LOPE DE VEGA

OBRAS

6

10
A-91

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Las fechas a lápiz son de obras no citadas todavía (Enero-1966).

1597-1603	LOPE DE VEGA	Adonís	III (1896) 25 b :
1613-18	"	Mujeres sin hombres	III (1896) 65 b :
c1612-13	"	Perseo	III (1896) 100 a :
1610-15	"	Laberinto Creta	II (1896) 129 b :
1622	"	Vellocino de oro	I (1896) 149 a :
1620-21	"	Marido más firme	II (1896) 189 b :
1620-25	"	Bella Aurora	II (1896) 226 a :
1625-35	"	Amor enamorado	I (1896) 255 b :
1620-35	LOPE DE VEGA ?	Contra valor	III (1896) 307 a :
1604-12	LOPE DE VEGA	Grandezas Alejandro	II (1896) 335 a :
1596-1603	"	Honrado hermano	III (1896) 393 b :
1594-1603	"	Roma abrasada	I (1896) 408 b :
1596-1603	"	Esclavo de Roma	II (1896) 467 a :
1598 ?	"	Imperial Otón	I (1896) 488 b :
1597-1603	"	Reina Juana de Nápoles	III (1896) 551 a :
1597-1612	"	Rey sin reino	II (1896) 574 b :
1606 ?	"	Gran Duque Moscovia	I (1896) 614 a :

J. VAL /1966

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

10-A-51

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

VI

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

R. 37197

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO VI

COMEDIAS MITOLÓGICAS

COMEDIAS HISTÓRICAS DE ASUNTO EXTRANJERO

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1896

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EJEMPLAR NÚM. 1

DE LA BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COMEDIAS MITOLÓGICAS

COMEDIAS HISTÓRICAS DE ASUNTO EXTRANJERO

RAE - ACADEMIA ESPAÑOLA

OBSERVACIONES PRELIMINARES

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Comprende este tomo dos secciones del Teatro de Lope de Vega: las comedias mitológicas, en número de ocho, y las históricas de asunto no español, que son nueve: total, diez y siete piezas.

I.--ADONIS Y VENUS.

Esta *tragedia*, como la llamó Lope, es anterior á 1604, puesto que está mencionada en la primera lista de *El Peregrino en su patria*. Pero no fué impresa hasta 1621, en la *Décimasexta parte* de las comedias de su autor, cuyo texto seguimos. Don Juan Eugenio Hartzenbusch la reimprimió en el tomo IV y último de la colección selecta de Lope, que formó para la Biblioteca de Rivadeneyra.

En la dedicatoria á D. Rodrigo de Silva, duque de Pastrana, da á entender Lope que el *Adonis* había sido fiesta palaciega, lo mismo que *El Premio de la hermosura*, que inmediatamente la antecede en el tomo: «Encarecióme tanto Vuesa Excelencia, el día de aquel insigne torneo, la gallardía, destreza y gala con que se representó *El Premio de la hermosura* por lo mejor del mundo, que habiendo de salir á luz *esta tragedia, que tuvo en otra ocasión las mismas calidades*, he querido ofrecerla á su entendimiento.....»

Como veremos en su lugar, y consta en la minuciosa descripción de aquella fiesta, la comedia de *El Premio de la hermosura* fué representada en el Parque de Lerma el lunes 3 de Noviembre de 1614, haciendo los principales papeles el Príncipe heredero (que fué luego Felipe IV) y sus tres hermanos, es á saber, el infante D. Carlos, la Reina de Francia D.ª Ana de Austria y la infanta D.ª María, asistidos por las principales damas de la corte. Hemos de suponer, pues, que estos mismos ilustres actores, puesto que no pueden imaginarse otros de igual ó mayor alcurnia, representaron en otra ocasión la tragedia de *Adonis y Venus*.

Esta tragedia, que más bien debe llamarse ópera ó poema lírico, está fundada en uno de los mitos más conocidos y que más veces han sido explotados por el arte. Este mito, aunque transmitido á nosotros por la antigüedad grecolatina, no es de

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

origen clásico, sino oriental, y su aparición fué muy tardía en Grecia. Adonis, el dios muerto y llorado por las mujeres, era una divinidad siria ó fenicia, de que ya nos habla el profeta Ezequiel (VIII, 14): «*Et introduxit me per ostium portae domus Domini, quod respiciebat ad aquilonem: et ecce ibi mulieres plangentes Adonidem.*» El nombre que en el texto hebreo corresponde al de Adonis, es *Thammuz;* pero todos los intérpretes de la Sagrada Escritura, así como los mitólogos modernos, están conformes en la identificación de ambas divinidades, cuyo culto era una de las abominaciones idolátricas que habían contaminado á Israel en los días de aquel Profeta. La fiesta de *Thammuz*, mezclada de llanto y de regocijo, coincidía en Oriente con el solsticio de verano, y era celebrada principalmente en Biblos de Fenicia y en Antioquía, á las márgenes del Orontes. Enlazada, como todas las creencias de los fenicios, con los cultos de Asiria y Babilonia, ya por derivación directa, ya por proceder de una fuente común, simbolizaba en primer término la leyenda de Adonis el cambio y la renovación anual de las estaciones, la alternativa de las fuerzas conservadoras y destructoras del mundo; viniendo á ser *Adon* (el Señor) uno de los *Baalim* ó personificaciones secundarias del gran dios naturalista, á quien solían llamar *Baal*, y algunas veces *El*. En la tradición que parece más antigua, en los misterios de Gebal, Adonis era el dios del sol considerado en la estación de primavera, muriendo cada año, abrasado por los calores del estío ó entorpecido por los hielos del invierno, para renacer continuamente, siempre joven y hermoso, con el calor fecundante y la vegetación nueva. Dos partes tenían, pues, las *Adonías:* una lúgubre, en que las mujeres, vestidas de duelo, con túnicas flotantes y sin ceñidor, con los cabellos sueltos las de Biblos, y las de Alejandría cortados de raíz, iban á la orilla del río á llorar á la divinidad muerta, cuya imagen solía exponerse sobre un lecho fúnebre ó un catafalco colosal, terminando por lo común las lamentaciones con el entierro del dios; y una segunda parte, toda de alegría orgiástica, en que alrededor del lecho de Adonis resucitado se reunían todos los emblemas del poder generador y vivificante, y se plantaban en vasijas de plata llenas de tierra, ó simplemente en tiestos de barro, los famosos *jardines de Adonis*, sembrando en ellos gérmenes de ciertas plantas (especialmente la lechuga, el eneldo, el trigo), que, desarrollándose rápidamente por la concentración del calor, crecían, y morían después de una vegetación de pocas semanas; nuevo y gracioso emblema de la perpetua renovación de la Naturaleza, á la vez que de lo inestable y efímero del placer y de la vida humana.

Ya los antiguos señalaron notables analogías entre este culto y el egipcio de Osiris, y juntos parecen haber pasado á la isla de Chipre, de donde se transmitieron á la Grecia continental en época que no puede señalarse con certidumbre, pero que, según el parecer de doctos mitógrafos, no es anterior al siglo VI antes de nuestra Era. Sabemos por Plutarco (1) que en Atenas se celebraban ya las *Adonías* en tiempo de la guerra del Peloponeso, pero sus vestigios en la literatura son bastante

(1) *Vida de Alcibiades*, 18.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

tardíos. Por de contado, no está el nombre de Adonis en los poemas homéricos, ni tampoco en la *Teogonía* de Hesiodo, tal como hoy la conocemos, aunque, al parecer, estaba en el texto que manejó Apolodoro. El mismo Apolodoro, en su *Biblioteca* (III, 14, 4), extracta en prosa lo que el poeta cíclico Panyasis había escrito de Adonis, hijo incestuoso de *Smirna* (Mirra) y de su padre el rey de Asiria, Tiante. Nació del árbol en que su madre había sido transformada por castigo de los dioses: fué amado de Afrodite, que para ocultarle de los ojos de todo el mundo le encerró en un arca, cuya custodia confió á Persefone (Proserpina), que, encendida también en sus amores, no quiso entregar el depósito. Sometida la cuestión al fallo de Zeus, el monarca de los dioses decidió que Adonis pasaría ocho meses del año con Afrodite y cuatro en la sombría morada de Persefone. Esta es la forma más antigua que conocemos del mito en Grecia, y en ella conserva su primitivo carácter naturalista.

Pero aunque el culto de Adonis se propagase bastante en la Grecia insular y aun en la continental, no puede decirse que llegara á ser popular nunca, como lo era en Fenicia, en Siria ó en Frigia, y como más adelante lo fué en Alejandría. Por eso no ha dejado huella ni en el Teatro trágico de Atenas, ni en lo más excelso de la poesía dórica, en Píndaro, por ejemplo. Aun en los voluptuosos líricos de la escuela eólica, sólo dos versos de Alceo de Mitilene, y otro fragmento de la poetisa Praxila, le recuerdan. La forma, la expresión literaria de estos misterios, únicamente la encontramos en dos poetas llamados alejandrinos por su escuela, aunque por su patria fuesen siciliano el uno y el otro de Smirna. La tradición poética respecto de Adonis, la única que los modernos han conocido y seguido, arranca de dos idilios de Teócrito (el XV y el XXX) y de uno de Bión, que es la primera y más célebre de las escasas poesías suyas que tenemos. Imitando probablemente un *mimo* de Sophrón, pone delante de nuestros ojos Teócrito, en el idilio dramático de *Las Siracusanas*, composición de las más encantadoras que en el género familiar posee la literatura antigua, el bullicio, la algazara, el esplendor y pompa con que se celebraban en Alejandría las fiestas de Adonis, representadas tan al vivo que nos parece presenciarlas en compañía de las dos habladoras de Siracusa que dan nombre al diálogo. Nada más gracioso, más finamente detallado, que este cuadrito de género, al cual pone espléndido remate el ingenioso poeta con un himno triunfal, solemne y magnífico, en que se nota cierto género de inspiración religiosa, que el autor sentía, por lo menos, de un modo arqueológico. Menos afortunado Teócrito al tratar directamente el mismo asunto en el diálogo, bastante amanerado, de Venus y el jabalí, dejó que en esta parte le arrebatara la palma su discípulo Bión, cuyo *epitafio* (ó sea canto fúnebre) de Adonis participa mucho más del sentimentalismo romántico que de la serenidad clásica. Hay en esta elegía una pasión ardiente y lánguida á la vez, una tristeza muelle y afeminada que remeda sin duda muy al vivo las ternezas y los desfallecimientos de las devotas de Biblos, cuando, puestos los ojos en el Norte, sucumbían á aquella embriaguez de dolor, todavía más ardiente y enloquecedora que la del deleite.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En la tradición griega, y probablemente también en la primitiva oriental, Adonis muere en una cacería, herido en el muslo por el diente de un jabalí. Este animal se encuentra en mitos análogos de diversos pueblos: en la península de Siam mata al dios de la luz, Sommonokodon; entre los escandinavos, á Odino. Todo esto prueba la remota antigüedad de su simbolismo, así como el pasaje de Apolodoro, extractando á Panyasis, demuestra sin réplica el primitivo carácter astronómico de la leyenda. El jabalí funesto para Adonis, es el invierno. La alternativa morada del dios en el imperio de Proserpina y en el de Venus, es símbolo del paso del sol por los signos zodiacales. Adonis ostenta siempre los atributos de una divinidad solar, sin que por eso deje de simbolizar en ocasiones los frutos de la tierra que el sol madura y hace llegar á granazón, y especialmente el trigo. Como todas las divinidades naturalistas de origen oriental, Adonis era primitivamente andrógino, y en los misterios órficos se le invocaba unas veces como masculino y otras como femenino; de lo cual siempre quedaron vestigios en la enervadora tristeza de su culto. Pero ya entre los fenicios se le daba por dolorida esposa á Astarte, identificada unas veces con la luna, otras con la tierra, algunas con el planeta Venus, y asimilada por los griegos con su Afrodite, aunque en su origen tuviese más semejanza con la Cibeles frigia, así como Adonis, privado de su virilidad por la herida en la ingle, recuerda al mutilado Atys. Pero en el culto chipriota, en el de Pafos, Amatunte é Idalia, donde esta divinidad asiática se reveló á los griegos por vez primera y tuvo sus más famosos santuarios, la Astarte siro-fenicia no fué nunca divinidad lunar ni terrestre, sino que fué la propia Afrodite, nacida de la espuma de las olas, deidad de los marineros y deidad del amor, adorada en Corinto y en el Erix de Sicilia y en mil templos de diversos nombres, según expresión de Teócrito (1).

Ovidio, discípulo indirecto de los poetas alejandrinos, de cuyas buenas y malas condiciones participa tanto, acabó de humanizar el mito, que ya lo estaba tanto en Bión y en el mismo Teócrito, y le trató como trataba todas las fábulas de la antigüedad, sin ningún género de reverencia piadosa, ni de sentido simbólico, sino como amenas é interesantes leyendas de amores y de transformaciones. La historia de Adonis, enlazada caprichosamente con la de Hipómenes y Atalanta, ocupa una

---

(1) Sobre el desenvolvimiento é interpretación de este mito véase en primer término la *Simbólica* de Creuzer, obra inmortal en conjunto, aunque resulte hoy anticuada en algunas de sus partes, y no sean aceptables todas sus explicaciones excesivamente alegóricas y sutiles (*Symbolik und Mythologie der alten Völker*....., edición de 1840, t. II, páginas 417-436), y la traducción ó más bien refundición francesa de Guigniaut, *Religions de l'antiquité*, 1829, t. II, primera parte, páginas 42-56, con la importante nota añadida por el traductor (917-943), discutiendo las opuestas opiniones de Movers y Engel, sobre el origen fenicio ó chipriota del mito, y dando cuenta de sus numerosas representaciones en monumentos escritos y figurados, especialmente en espejos etruscos, vasos de la Magna Grecia, bajos relieves, grupos de tierra cocida, sarcófagos, urnas, pinturas murales, etc.—Cf. Maury, *Histoire des religions de la Grèce antique*, 1859, t. III, pág. 193 y siguientes.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

parte considerable del libro x de las *Metamorfosis*, desde el verso 504, en que acaba la fábula de Mirra,

At male conceptus sub robore creverat infans.....,

hasta el 739, en que el libro termina. De aquella narración, escrita con la pasmosa facilidad y lozanía propias del estilo de su autor, proceden, casi sin excepción, todos los Adonis modernos: lo mismo el ardiente y carnal poemita *Venus and Adonis* (1593), primicias de la juventud de Shakespeare, el cual rivalizó allí con las espléndidas orgías de color de la pintura veneciana; que *La Mort d'Adonis* de Lafontaine (1650), y que el interminable *Adone* (1623) del caballero Marino, en 20 cantos y más de 40.000 versos, tenido en su tiempo por un prodigio, y hoy por dechado de mal gusto y primer monumento de la corrupción poética en Italia, aunque quizá no merezca tal grado de vituperio, ni tampoco de alabanza. Quien haya visto frescos de Lucas Jordán podrá formarse idea de la brillante manera del Marino, en que siendo todo falso, lo mismo el dibujo que el colorido, hay, sin embargo, constante halago para los ojos. No es el *Adone* propiamente un poema, ni menos un poema épico, sino más bien una galería de cuadros voluptuosos, y á veces lascivos (1), trazados con pincel fácil y amanerado, pero prodigiosamente rico de cálidas entonaciones, que por el momento deslumbran, hasta que se conoce la receta, ó más bien el vicio intrínseco del procedimiento. Por otra parte, el ánimo menos severo llega á hastiarse de tan empalagosa molicie. El poeta napolitano reproduce y exagera lo peor de los defectos del estilo de Ovidio, su licenciosa y negligente fluidez, su verbosidad inagotable; pero tiene también muchas de sus buenas cualidades: armonía constante, amenidad en la expresión, nimio pero ingenioso estudio de los detalles, cierta frivolidad graciosa que anima y realza las cosas pequeñas, y un dón mucho más alto, la viveza de las imágenes, la virtud plástica de la palabra. Todo esto, unido á la concordancia perfecta con el gusto ya depravado de su tiempo, lo mismo en Italia que en Francia y en España, explica la boga inmensa, aunque transitoria, que tuvieron el *Adone* y su autor, que se convirtió en jefe de escuela y en dogmatizador de una nueva secta poética, para lo cual le ayudaban juntamente su ingenio, su audacia y su charlatanismo. Lope, que le admiraba demasiado, que era amigo personal suyo, que le elogió en términos pomposos, y que á veces tuvo el mal gusto de imitarle en sus poesías líricas y en sus poemas mitológicos, no pudo hacerlo en esta tragedia, puesto que ya hemos visto que estaba escrita antes de 1604, y el *Adone* no fué terminado ni impreso hasta 1623.

Su única fuente, pues, así para ésta como para casi todas sus comedias mitológicas, fueron las *Metamorfosis* de Ovidio, uno de los libros de la antigüedad que conservaron más crédito en la Edad Media, cuando le llamaban *la Biblia de los*

(1) Sobre todo en el canto 8.°, *I Trastulli*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

poetas (1), popularidad que, naturalmente, fué en aumento después de la restauración de las letras. Tan divulgado estaba en España este gran repertorio de fábulas mitológicas, que el Tostado, en su voluminoso comento sobre Eusebio, no dudó en intercalar casi íntegro el texto ovidiano, traducido y glosado por él; haciéndose además, durante el siglo XV, dos diversas traducciones castellanas (una de ellas atribuída al Gran Cardenal Mendoza) y una catalana de Francisco Alegre (1494), todas en prosa, como lo fué todavía, á mediados del siglo XVI, la de Jorge de Bustamante, á la cual siguieron en breve tres versiones poéticas, aunque ninguna de ellas clásica ni definitiva: la de Felipe Mey (sólo de los siete primeros libros), en octavas reales (1586); la de Antonio Pérez Sigler, en verso suelto y octavas rimas (1580); la de Pedro Sánchez de Viana, en tercetos y octavas (1589). Con más fortuna y habilidad que estos traductores totales, la mayor parte de nuestros ingenios del siglo XVI y del siguiente se ejercitaron en dar vestidura castellana á cada una de las innumerables fábulas de Ovidio. Hubo algunas que sirvieron para ejercitar el ingenio de cinco ó seis poetas diversos, y si se reuniesen por orden estas imitaciones, resultaría quizás una paráfrasis completa de las *Metamorfosis*, muy superior á todas las que andan impresas.

Por lo que toca á la *Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta*, D. Diego de Mendoza fué quien la introdujo en nuestro Parnaso (2) con un poemita en octavas rea-

---

(1) Don Alfonso el Sabio, que incorporó en su *Grande et General Estoria* casi todo el contenido de las *Metamorfosis*, largamente parafraseado y amplificado, dice de este poema: «*El Ovidio mayor non es ál entre ellos sinon la theología et la Biblia dellos entre los gentiles*».

(2) Parece posterior un lindo romance artístico inserto en el *Cancionero general* de Amberes de 1557, y que, por no haber sido reproducido en el *Romancero* de Durán, creo oportuno insertar aquí para salvarle del olvido:

Á caza va el lindo Adonis,
Á caza como solía;
Despedido se ha de Venus,
Que á los cielos se subía.
Sus canes le van siguiendo;
Muestran muy gran alegría;
Rico venablo en su mano,
Labrado de atauxía,
Hecho por el dios Vulcano
Con extraña policía.
Por un monte muy espeso,
Que de Juno se dezía,
Entra veloce el mancebo;
Bien muestra su lozanía.
No busca corzos ni gamos,
Liebres, conejos que había;
De las iracundas fieras
Muy gran codicia tenía:
Andando á un cabo y á otro,
La caza se le ofrecía.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

les, que es sin disputa el mejor de sus ensayos en el metro italiano. Esta *Fábula*, publicada por primera vez en la edición de Boscán que hizo en 1553 Alonso de

---

Un puerco se ha levantado,
Y viéndole que salía,
Comiénzale de seguir
Con esfuerzo y agonía;
Los perros por otra parte,
Cada qual, qual más podía.
El puerco les haze cara,
Y Adonis que assí lo vía,
Pone mano á su venablo
Y en el rostro le hería.
Viéndose herido el puerco,
Con gran rabia arremetía;
Con rabia arremete á Adonis,
Que sin temor le atendía.
Con los ásperos colmillos
En una ingle le hería;
Muerto cae el lindo joven,
Pie ni mano no bullía.
Venus, quando vió que Adonis
En tierra muerto yazía,
Dexa de subir al cielo,
Del camino se volvía.
Por presto que da la vuelta,
El triste espirado había;
De pechos sobre el arena,
Que de sangre la teñía,
Envuelto en ella le halla,
Que gran lástima ponía.
Llora sobre el cuerpo muerto,
De dolor se amortecía;
Llamábase desdichada,
Mil veces se maldezía.
Al cielo dize con él:
Llama á la fortuna impía;
Como mujer sin sentido,
Sus blancos paños rompía;
Á las nimphas de las aguas
Donde criado se había,
Se queja del triste hado,
Y á grandes voces dezía:
—«Lloren todas las Deessas
La grande desdicha mía,
Y llore el húmido reyno,
Neptuno y su compañía;
Llore Mirra por su hijo
Muy más que llorar solía.»
Tanto llorara la Diosa,
Tantos extremos hazía
Encima del cuerpo yerto,
Que á los Dioses conmovía.
En la boca le besaba

Ulloa (1), sigue bastante de cerca el texto de Ovidio, pero le desarrolla y amplifica con nuevas circunstancias generalmente poéticas y delicadas. La franqueza de la ejecución agrada, si se prescinde de los horribles consonantes agudos de que solía plagar D. Diego sus endecasílabos, y si se perdonan otras que hoy parecen incorrecciones métricas, y eran entonces consecuencia necesaria de la lucha con un nuevo y difícil instrumento. Después de la tercera égloga de Garcilaso, pocas octavas descriptivas se habían hecho tan felices y galanas como algunas de este poema; v. gr.:

Acaso Adonis por allí venía,
De correr el venado temeroso;
No de otra arte que el Sol cuando volvía
En Lidia los ganados al reposo;
El polvo que en el rostro se veía,
Y el sudor, le hacían más hermoso;
Como con el rocío húmida y cana
Sale la fresca rosa en la mañana.
Tan mansa y sosegadac ercando iba
La fuente el fresco prado y alameda,
Que aunque corriese presurosa y viva,
Á la vista mostraba estarse queda;
El junco agudo ni la caña esquiva,
Ni la ova tejida y vuelta en rueda,
Estorbaban el agua que corriese,
Ni el suelo que en lo hondo no se viese.
De césped vivo, de alta yerba verde,
Se cerraba la margen por defuera,
Con el bledo inmortal, que nunca pierde
La color en invierno y primavera,
Y con la roja flor que nos acuerde

Y estas palabras dezía:
—«¡Oh Adonis, mi Adonis,
Descanso del alma mía!
La vida sin ti, mi bien,
Yo, ¿para qué la querría?
Salgan de mí los plazeres
Que en verte tomar solía;
La tristeza y el pesar
Anden en mi compañía.
Lloraré triste tu muerte
En eterno noche y día
Porque siempre se me acuerde
Lo mucho que te quería.

(1) Es el texto que sigue W. I. Knapp en su apreciable edición de las *Obras poéticas de don Diego Hurtado de Mendoza* (Madrid, 1877, t. XI de la colección de *Libros españoles raros ó curiosos*). El Sr. Knapp ha corregido con acierto casi todos los yerros de la antigua edición de Hidalgo (1610), aunque alguna vez, por excepción, ésta ofrece mejor texto que el suyo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El caso de Jacinto en la ribera
Con otras flores varias y hermosas,
Süaves yerbas y plantas olorosas.
  Los árboles ramosos y cerrados,
Que al cielo amenazaban con la cima,
Ceñían el lugar tan apretados
Como tejida mimbre ó tela prima;
Veense los pardos montes apartados
Y las dudosas sierras por encima,
Los cerros con los valles desiguales,
Albergo de los brutos animales.
  Luego en medio del prado se asentaron,
Y trabándose estrecho con los brazos,
La yerba y á sí mesmos apretaron,
Mezclando las palabras con abrazos:
Nunca revueltas vides rodearon
El álamo con tantos embarazos;
Nunca la verde, entretejida hiedra,
Se pegó tanto al árbol ó á la piedra.
. . . . . .

Todo esto no es de Ovidio, sino de D. Diego de Mendoza, el cual añade en lo restante de la fábula otra porción de rasgos felices, ya por la sentencia, ya por la expresión, unos originales, otros imitados de Virgilio, Lucrecio y otros poetas latinos, y quizá también de algún italiano contemporáneo suyo. Véase, por ejemplo, esta gallarda invocación á Venus:

  Tú, sobre todas soberana Diosa,
Alumbras los mortales en el suelo;
Tú venciste en la tierra, de hermosa,
La que de clara vences en el cielo;
Por ti se aplaca el viento, el mar reposa;
Tú del género humano eres consuelo,
Por ti nos abre el año nuevas flores,
Tú das principio y fin á los amores.
  ¿Quién á las simples y ligeras aves,
Cuando acuciosas edifican nidos,
Hace con voces dulces y süaves
Declarar sus cuidados encendidos?
¿Quién á los otros animales graves
Mueve con nueva furia los sentidos,
Correr ásperos valles y sombríos,
Y nadar, presurosos, hondos ríos?
  ¿Quién dió fuerzas al joven que deshecho
Le enciende amor y le resuelve en fuego,
En noche escura el tempestuoso estrecho
Atravesar con lluvia y tiempo ciego,

Cortar las bravas olas con el pecho?
Truena y ábrese el cielo, y el mar luego,
Rompe las altas peñas asonando;
Mas él con su furor pasa nadando.

Véase por final esta hermosa octava, en que pinta D. Diego con colores virgilianos el encuentro de Venus con el moribundo Adonis; y abandonando á Ovidio, hace suyos aquellos patéticos versos del episodio de Eurialo (*Æneid.*, IX, 435-7):

Purpureus veluti quum flos, succisus aratro,
Languescit moriens; lassove papavera collo
Demisere caput, pluvia quum forte gravantur.

Tal lo halló como flor de primavera
Que poco antes honraba el verde prado,
Fresca, alta, y en el orden la primera,
Mas fué, al pasar, tocada del arado;
Cual el blanco jazmín ó adormidera,
Cogido en un instante y arrojado,
La tez y resplandor y hermosura
Vueltas en sombra eterna y noche escura.

No hay duda que en esta estancia se aventajó mucho D. Diego al italiano Girolamo Parabosco, cuyo fábula de Adonis está escrita en el mismo metro que la suya:

Qual fior ch'acerbamente vien rapito
Da dura invida man, purpureo langue,
Cosi il bel viso vago e colorito
Resta al colpo cordel palido, essangue.
Il color natural fugge smarrito
Dietro a l'aura vital, ch'esce col sangue,
Le luci gia d'Amor sede, e governo
Chiudendo hor morte in duro sonno eterno.

No fueron poco numerosos los poetas castellanos que después de D. Diego de Mendoza trataron este mitológico argumento (1). Sobresale entre ellos Juan de la

---

(1) El soneto de Arguijo, *Venus en la muerte de Adonis*, no es de los mejores suyos. Véase otro de un ingenioso novelista, muy poco conocido como poeta:

Venus, que de su Adonis ve bañado
En sangre el cuerpo que adorado había,
Y que, para su mal, se ennoblecía
Con el rojo color el verde prado;
Boca con boca, aquel aliento helado,
En los ardientes labios recogía,
Y de amante y cortés, se detenía
Del joven el espíritu cansado.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Cueva, por su poemita en 119 octavas reales, *Llanto de Venus en la muerte de Adonis* (1), impreso en el rarísimo volumen de sus *Obras poéticas* (Sevilla, 1582). Sólo de nombre conocemos la *Fábula de Myrra*, en octavas, escrita á los diez y siete años por el prócer sevillano D. Fernando Afán de Ribera Henríquez, marqués de Tarifa, y dado á luz por D. García de Salcedo Coronel, en Nápoles, 1631; y así, no podemos dar razón ninguna de su mérito, como tampoco de la *Fábula de Adonis y Venus*, en silva, del madrileño Alonso de Batres, citada por Montalbán en su *Para todos*, y que acaso no llegó á imprimirse. El poema de *Venus y Adonis*, en octavas, que se lee entre las *Rimas* del Marqués de San Felices, don Juan de Moncayo y Gurrrea (Zaragoza, 1652), es un tenebroso aborto gongorino, lo mismo que su *Poema trágico de Atalanta é Hipómenes*, en 12 cantos, impreso por separado en 1656.

Con el nombre del Conde de Villamediana se conservan en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, rotulado *Poesías varias de poetas españoles ilustres* (Bb. 180, letra del siglo XVII), siete considerables fragmentos de una fábula de Adonis *en canción informe*, ó sea en silva, y que comienza así:

Del mar Panfilio en el profundo seno,
Yace abrigada Chipre.....

En estos fragmentos, donde los rasgos de mal gusto no escasean, hay, sin embargo, un calor y una soltura que vanamente se buscarían en otras hinchadas y ampulosas fábulas de Villamediana, tales como la de *Faetón*, la de *Apolo y Dafne*, la del *Fénix*, y aun la de *Europa*, que por el metro es la única que se parece á ésta. Gallardo dice, hablando del trozo en que se describe el concúbito de Venus y Adonis, que «*está respirando voluptuosidad y fuego*», y, en efecto, puede competir con lo más lascivo del Marino. Añádase que el estilo general de estos fragmentos denuncia un poeta menos culterano y de más lozana fantasía descriptiva que Villamediana, por lo cual no sería imposible que perteneciesen al florido y ameno ingenio granadino Pedro Soto de Rojas, en cuyo *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos* (Granada, 1652), obra póstuma que publicó su amigo Trillo de Figueroa, se insertan también fragmentos de un poma de *Adonis*. Pero no teniendo ahora á la vista tan raro librillo, no puedo dar más fundamento á esta conjetura.

Cuando Venus los labios le arrimaba,
El hondo mar que fué su nacimiento,
Trasladado en sus ojos se mostraba;
Que mientras roba aquel postrer aliento,
La Diosa tristes lágrimas lloraba,
Pagando en agua lo que lleva en viento.

(Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *Rimas castellanas*, fol. 19.)

(1) El original autógrafo de Cueva está en el segundo tomo ó parte de la preciosa colección de sus manuscritos poéticos, que perteneció al Conde del Águila, y pertenece ahora á la Biblioteca Capitular de Sevilla.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Otro poeta de Granada, que en la primera mitad del siglo XVIII conservaba, juntamente con resabios de gongorismo (templados imperfectamente por la disciplina clásica), mucho de la robustez, pompa y armonía que en el XVII había caracterizado á los pequeños grupos ó escuelas de su patria y de Antequera (de que Pedro de Espinosa fué colector y principal representante), el canónigo D. José Antonio Porcel, hablista abundante y versificador numeroso, muy celebrado en la *Academia del Trípode* de su ciudad natal, y en la *del Buen Gusto* de Madrid, tomó pie de la fábula de *Adonis* para componer, con título y forma de *églogas venatorias*, un largo y extraño poema, muy aplaudido en su tiempo, aunque sólo corriese manuscrito; muy olvidado después, hasta estos últimos años, en que por primera vez le dió á luz nuestro docto compañero el Sr. D. Leopoldo A. de Cueto, marqués de Valmar, en su rica y selecta colección de la poesía castellana del siglo XVIII (1). Más que por méritos intrínsecos, aunque alguno tiene, figura en ella el *Adonis* de Porcel por su celebridad tradicional, basada especialmente en el dicho de D. Luis José Velázquez, que con su habitual penuria de sentido estético llegó á afirmar que en estas églogas había «pedazos excelentes, tan buenos como los mejores de Garcilaso». Pero, además, como nota oportunamente el discreto colector, da interés á esta obra su mismo carácter de transición entre la poesía del siglo XVII y la del XVIII. Porcel pretende ser ya poeta clásico y académico, pero lo es con cierta bizarría muy española, que con frecuencia le despeña por los abismos del mal gusto, pero que á veces le sugiere poéticas imaginaciones, haciéndole ver la antigüedad de un modo romántico. De esto hay ejemplos aun en la misma descripción de los amores de Venus y Adonis, y en las frecuentes escenas de caza que sirven de fondo al poema. Consta éste de más de 4.500 versos, siendo, por tanto, el más largo de todos los poemas sobre este argumento, á excepción del *Adone*, del Marino, que seguramente Porcel conoció, pero del cual se desvía con buen acuerdo, huyendo, sobre todo, de imitarle en los pasajes eróticos. El fondo de la narración procede de Ovidio, de quien toma, no sólo la fábula de Mirra y Adonis, sino la de Céfalo y Procris, la de Pico y Canente, y otras. Algunas aprovechó de poetas modernos, por ejemplo, la fábula del Sátiro y la Fuente del desengaño, que procede del *Bernardo* de Valbuena. Para dar algún género de unidad á este poema flojamente enlazado, y cuya acción se interrumpe á cada momento con larguísimos episodios y ociosas descripciones, el canónigo Porcel, que poéticamente se firmaba *el Caballero de los Jabalíes* (aunque probablemente en su vida habría matado ni visto á tiro ninguno), acudió al recurso de suponer recitadas todas las historias por dos ninfas cazadoras, mientras estaban en la parada al cuidado de sus redes. De aquí el título de *églogas venatorias*, con que el autor pensó introducir nuevo género en el Parnaso castellano, sin conocer acaso ó sin acordarse de la brillante y apasionada *Égloga venatoria* de Herrera,

De aljaba y arco tú, Diana, armada.....,

(1) Tomo LXI de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

ni de los fragmentos descriptivos de la *Comedia venatoria* de Góngora, que son de lo mejor de su segunda manera. Pero de las faltas y sobras del *Adonis* de Porcel no hay para qué hablar aquí, cuando ya hizo de ellas exacta y desinteresada crisis el poeta mismo en el vejamen ó *Juicio lunático* que leyó en la *Academia del Buen Gusto*.

Fué la historia de Adonis asunto académico en varias ocasiones: uno de estos certámenes puede verse en los *Ocios poéticos* de D. Ignacio Álvarez de Toledo, (raro tomo, impreso, sin indicación de lugar, hacia 1675), pág. 25. Y, finalmente, dió tema á la parodia y á la burlesca sátira, por ejemplo, en los *Donaires del Parnaso* de D. Alonso de Castillo y Solórzano (1624) (1), y en *El Fabulero* del chistoso poeta gaditano D. Francisco Nieto y Molina, que en época bastante tardía del siglo XVIII imitaba con gracia á los poetas de donaire de la centuria anterior (2).

El asunto de Adonis ha aparecido varias veces en el teatro (3), pero casi siempre en forma de ópera ó tragedia musical, que es la más adecuada, ya que no la única posible, para las fábulas mitológicas, sobre todo cuando en ellas intervienen encantamientos y transformaciones. No conozco ni *Les Amours de Vénus et d'Adonis* de Mr. Devisse, representada en 1685, ni la ópera *Venus y Adonis* del lírico francés Juan Bautista Rousseau (4); pero una y otra deben de valer poco á juzgar por la obscuridad en que yacen. Limitaré, pues, mi tarea á dos obras españolas de este argumento, la presente tragedia de Lope, y la zarzuela de Calderón *La Púrpura de la rosa* (5).

---

(1) *Fábula de Adonis*. Es un romance que principia:

¡Oh tú, luciente planeta,
Sacra lámpara del cielo!.....

(Donaires del Parnaso, por D. Alonso de Castillo Solórzano, gentilhombre del Marqués del Villar.) Madrid, por Diego Flamenco, año de 1624.

(2) Vid. *Fábula de la Rosa* y *Fábula de Hipómenes y Atalanta*.

(3) Ya los antiguos tuvieron tragedias de Adonis. Según el escoliasta de Aristófanes *(Thesmoph.*, 1059) y Ateneo *(Deipnosophistarum*, IX), este asunto había sido tratado por dos príncipes, Dionisio el Tirano y Tolomeo Philopátor.

(4) De esta última decía La Harpe: «*No se puede hablar de amor en tono más frío ni más ridículo.*» *(Lycée, XVIIIe siècle. Poésie, chap.* VI. *De l'opéra.)*

(5) De D. Alonso de Anaya y Espinosa, poeta obscuro de principios del siglo XVIII, hay una titulada *Tragedia de Venus y Adonis, y Belona Enamorada*. La versificación es sonora, y el estilo de Calderón no está mal imitado en algunas partes.

Sólo por curiosidad bibliográfica puede citarse otra piececilla sobre el mismo argumento compuesta por uno de los poetastros que infestaban nuestra escena á fines de aquella centuria, digno rival y émulo de Comella: *El triunfo del Amor. Drama en un acto, que ha de representarse por la compañía de Eusebio Ribera el día 26 de Agosto de 1793. Su autor D. Gaspar Zavala y Zamora* (Madrid, imp. de la viuda de Ibarra, 1793).

Esta opereta tiene visos de traducción de alguna pieza extranjera, que acaso fuera *Les Amours de Vénus et d'Adonis*, primer acto de las *Fêtes de Paphos, ballet héroïque*, en tres actos

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Lope contaba el *Adonis* entre las cinco comedias suyas que tenía por mejores (1). «Están de suerte escritas (decía), que parece que el poeta se detuvo en ellas.» Esta decisión puede parecer caprichosa, pero no lo es del todo, porque principalmente se funda en el mayor aliño del estilo y en la corrección sostenida, cualidades que es imposible dejar de reconocer en el *Adonis*, pieza de pobre invención y floja contextura dramática, como tenía que serlo por su asunto, pero admirablemente escrita y versificada, como si el poeta hubiese querido suplir, á fuerza de magnificencia lírica y lujo descriptivo, la falta de interés humano del asunto. Grillparzer, que la leyó en 1857, exclamaba lleno de admiración (2): «En la tragicomedia de Venus y Adonis, compuesta para una fiesta regia, mostró Lope de Vega lo que era capaz de hacer cuando quería concentrar sus fuerzas. Es una obra tan deliciosa, escrita con tal excelencia y tan magistralmente desde el principio al fin; es tan ingenioso el desarrollo poético y el modo de tejer la fábula mitológica, que no conozco en este género cosa alguna que pueda compararse con ella. La época presente no querrá convenir en ello porque ha perdido el sentido para este género de belleza, que tanto sentían los fuertes y hábiles artistas españoles.»

Aunque, como indica Grillparzer, en toda la tragedia son notables la pureza del estilo, la suave cadencia de la versificación, y pudiéramos añadir la tierna expresión de los afectos, todavía podemos señalar, como trozos dignos de particular encomio, el monólogo de la cazadora Atalanta en el acto primero; en el segundo, el trozo cantable (y que seguramente fué cantado) que pronuncia Hipómenes antes de entrar en el certamen de la carrera con aquella ninfa voladora, y la legítima y muy graciosa anacreóntica «Por los jardines de Chipre», que sin nombre de autor, y como romance suelto, se insertó en el *Romancero general;* y, finalmente, en el acto tercero, la invocación de la furia Tesifonte, y el romancillo en que el pastor Frondoso cuenta la catástrofe de Adonis:

Cual cándida azucena
Del labrador pisada.....

El carácter musical domina en toda la tragedia, y se manifiesta, sobre todo, en el empleo frecuente de los versos de siete sílabas, que tienen en esta pieza de Lope un carácter clásico y anacreóntico muy marcado, y tanto más digno de reparar cuanto que son muy anteriores á los de Villegas, cuyas *Eróticas* «á los veinte limadas y á los catorce escritas», no aparecieron hasta 1618. De los del bachiller Francisco de la Torre nada podemos decir con certeza en cuanto á su fecha, puesto

---

y un prólogo, letra de Collé y música de Mondonville, representado en el teatro de la Academia Real de Música en 1758.

(1) Las otras cuatro eran: *Mirad á quién alabáis*, *El Perseo*, *El Laberinto de Creta* y *Felisarda*. (Véase el *Prólogo dialogístico* á la parte décimasexta.)

(2) *Grillparzer's Sämlitche Werke*, 17; *Studien zum spanischen Theater*, 197-98.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

que todavía es un enigma la personalidad de tan excelente poeta, que por su estilo tampoco parece muy anterior á Lope de Vega.

Hablando Schack, en general, de las comedias de Lope sobre temas de la antigüedad, da á entender que en ellas el argumento mitológico está tratado de un modo romántico, lo mismo que en las obras análogas de Calderón. Mucho habría que decir sobre este punto, y, á mi entender, Lope y Calderón difieren en esto tan profundamente como en lo demás. Lope, como todos los poetas modernos, trata las fábulas antiguas sin espíritu religioso, pero las trata con cierta fidelidad histórica, nacida de aquella plena objetividad que era la característica de su numen. Voluntariamente no las altera ni desfigura. Es claro que el mito de Adonis no conserva en él, como no conserva tampoco en el poema de Shakespeare, vestigio alguno del sentido cosmológico que tuvo al principio, ni de la grandeza trágica que debía de ostentar en las fiestas de Biblos y aun en las de Alejandría. No es siquiera el Adonis de los bucólicos griegos, pero conserva mucho del Adonis galante y afeminado de Ovidio, y se engalana con los colores, falsos sin duda, pero todavía brillantes, de la degeneración bizantina. Todo lo que se refiere á la infancia de Adonis y á los juegos de Cupido, remeda la elegancia amanerada, la puerilidad ingeniosa, la afectada sencillez de las oditas del seudo Anacreonte. Hay, pues, en esta tragedia cierto género de clasicismo enervado, que el poeta español (mucho más culto y leído de lo que generalmente se supone) se asimila con mucha gracia y frescura, sin perjuicio de parodiarlo de vez en cuando con algún rasgo humorístico como las estratagemas del pastor Frondoso y su ambigua consulta al oráculo (imitadas de Ateneo y de la Antología Griega), ó la extraña resolución que Venus toma de meterse *monja* en el templo de Vesta, lo cual da lugar á la irreverente canción de Cupido:

Cuando yo fuere fraile, madre;
Madre, cuando yo fuere fraile.

Lope de Vega, pues, hasta cuando escribe libretos de ópera (que esto son, en rigor, sus comedias mitológicas), permanece fiel á la tendencia realista y humana de su poesía, al paso que Calderón concibe todo drama como una especie de ópera, y en las que llama *fiestas* huye de tal modo de la realidad histórica ó mitológica, que, como dijo su grande apasionado Guillermo Schlegel, «sus ficciones ligeras y fantásticas apenas tocan la tierra».

Buen ejemplo es de ello *La Púrpura de la rosa*, *zarzuela* ó *representación musical* (que de ambos modos se intitula) hecha en el coliseo del Buen Retiro para celebrar la publicación de las paces con Francia y las bodas de la infanta de España María Teresa con Luis XIV, en 1659. Precede á la zarzuela una loa, en que personajes alegóricos, tales como la Alegría, la Tristeza y el Vulgo en hábito de loco, se van arrancando las palabras unos á otros en la acostumbrada forma de versos simétricamente cortados:

No, cuando es justo que arguyas.....
No, cuando es razón que infieras.....

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que hay tan parciales acasos.....
Tan neutrales contingencias.....
Que mezclando llanto y risa.....
Que alternando gozo y pena.....
Obliguen que á un tiempo mismo.....
Fuercen á que á una hora mesma.....
En distintos coros.....
En tropas diversas.....
De parleras aves.....
De fuentes risueñas.....

La zarzuela, que es muy breve, pues se reduce á una sola jornada, fué *cantada enteramente*, por lo cual, en el sentido técnico, debe calificarse de ópera. Así se deduce de estos versos de la loa:

Por señas de que ha de ser
Toda música; que intenta
Introducir este estilo,
Porque otras naciones vean
Competidos sus primores.
. . . . . .
¿No miras cuánto se arriesga
En que cólera española
Sufra *toda una comedia*
Cantada?.....

De este dato se infiere que *La Púrpura de la rosa* fué, en el orden de los tiempos, la segunda ópera castellana (después de *La Selva sin amor).* A lo menos no consta ninguna intermedia. Esta sola circunstancia daría gran interés á la composición, aunque no la realzasen además los bellísimos y musicales versos en que abunda, algunos tan poco usados entonces como los de doce y diez sílabas, y la maestría feliz con que Calderón los combina y entrelaza, excediéndose en esta parte á sí mismo, y mostrando la misma pericia técnica que en los *Autos.* Este aspecto poético-musical es el que principalmente debe estudiarse en esta pieza, cuyo estilo, por lo demás, adolece de la misma mezcla de luz y de sombras que caracteriza el estilo calderoniano en todas las obras de aparato: estilo fascinador, pródigo de imágenes y metáforas, rico en *speciosa miracula*, pero crespo, enfático y, sobre todo, amanerado, con todos los vicios de una decadencia literaria muy avanzada. Es cierto que el genio sintético de Calderón llega en ocasiones á dar á este galimatías y hojarasca un superior sentido, que hace olvidar ó perdonar el barroquismo de la dicción; pero esto no acontece en *La Púrpura de la rosa*, que lleva todas las huellas de una improvisación acelerada. Pasando de la encantadora naturalidad de Lope á estos artificios y contorsiones de estilo, se siente una impresión de tedio y fatiga. Tampoco son felices las alteraciones que Calderón introduce en la leyenda, ni el recurso romántico de hacer morir á Adonis víctima de los celos de Marte. Venus no es una

mujer enamorada como en Lope; falta pasión en sus quejas, y cuando ve muerto á su Adonis por el fiero diente del jabalí, sólo se le ocurre prorrumpir en esta absurda letanía:

¿Cómo, soberanos dioses,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Riscos, selva, prados, bosques,
Aves, brutos, fieras, peces,
Troncos, plantas, rosas, flores,
Fuentes, ríos, lagos, mares,
Ninfas, deidades y hombres,
Sufrir tal estrago?.....

El mismo Calderón hubo de conocer el mal efecto de este final, y para neutralizarle quiso halagar el oído de los espectadores con algo que les fuese muy familiar y grato, é intercaló una glosa del romance de Góngora, *En un pastoral albergue*, mezclado con fragmentos de aquel otro no menos famoso que principia: *Sale la estrella de Venus*. La intercalación podía no ser oportuna, pero dirigiéndose á un auditorio que sabía de memoria ambos romances, el efecto era infalible (1).

II.—LAS MUJERES SIN HOMBRES.

A juzgar por su asunto, debe de ser la misma que con el título de *Las Amazonas* se cita en la primera lista de *El Peregrino* (1604). Pertenece, por consiguiente á la primera manera de Lope; pero éste no la dió á luz hasta 1621, en la *Décimasexta parte* de sus comedias, en la cual figuran otras tres piezas mitológicas suyas. La dedicó á *la señora Marcia Leonarda*, seudónimo poético con que solía designar á su última enamorada D.ª Marta de Nevares y Santoyo.

No es del caso resumir aquí las doctas y prolijas investigaciones á que ha dado ocasión el mito de las Amazonas, á quienes en Grecia se atribuía la fundación del templo famoso de la Artemis ó Diana de Éfeso, y aun la de la ciudad misma. El mito, sin embargo, no era griego de origen, sino que procedía de las religiones del Asia occidental. La primera morada que se asigna á este pueblo de belicosas mujeres es en Themyscira, cabe el río Termodonte, en la Capadocia, de donde pasaron á la región que se extiende entre el mar Negro y el mar Caspio, y á las montañas del Cáucaso. Su leyenda puede tener varios sentidos. Para Creuzer y otros mitólogos de los más famosos, las Amazonas eran sacerdotisas de la Luna; y el pecho que se cercenaban, y de cuya ablación reciben nombre, es un símbolo de la continencia que se obligaban á observar, ya periódicamente, ya por todo el curso de su vida. La

(1) Para ésta y las demás comedias de Calderón debe consultarse siempre el excelente *Comentario* de Valentín Schmidt, única obra de su género que hasta ahora tenemos sobre ninguno de nuestros grandes dramáticos. (*Die Schauspiele Calderon's dargestellt und erlaütert*..... Elberfed, 1857. Páginas 325-328.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

amazona era, pues, una *virago* adscripta al servicio de un culto entre sidérico y marcial; pero el carácter varonil que se la asigna puede considerarse también como emblema del antiquísimo hermafroditismo de las divinidades asiáticas, que ha dejado vestigios enteramente opuestos en el culto de Cibeles y Atys, cuyos sacerdotes eran eunucos. Una deidad casta y belicosa como la Luna, debía exigir de las vírgenes consagradas á ella el sacrificio de renunciar á la maternidad y dedicarse á los ejercicios guerreros.

Pero al lado de este elemento ascético y simbólico, que Creuzer creía derivado de los ritos iranios, asirios y babilonios, hay que reconocer en la fábula de las Amazonas un cierto fondo histórico, en que pretenden descubrir algunos las huellas de un primitivo estado *ginecocrático:* y además, los restos de una tradición poética y de una geografía entre positiva y fantástica, basada en las relaciones obscuras é incoherentes de los antiguos viajeros. Culto de origen indoeuropeo, el de las Amazonas contrastaba por su carácter viril, y aun feroz y sanguinario, puesto que no excluía los sacrificios humanos (recuérdese la Artemis Táurica), con la enervada molicie del mito sirio de Adonis. El cinturón de la reina de las Amazonas, enemiga de los hombres, sólo podía ser desatado por héroes tales como Teseo y Hércules, domadores y extirpadores de monstruos. Los caballos blancos en que montaban aquellas vírgenes terribles, sólo podían ceder ante el empuje de los caballos de los Dioscuros, tal como los representa el incomparable vaso de Midias. Las Amazonas combatieron, no sólo contra el coro femenil de las Bassaridas, que acompañaban á Dionysos en su triunfal y civilizador paseo por el Asia, sino á Belerofonte y á Hércules, y á los grifos que custodiaban el oro en el país de los Arimaspes, cerca ya de los pueblos hiperbóreos. Innumerables monumentos de la antigüedad, especialmente bajos relieves y pinturas de vasos, eternizan todas estas hazañas, en que, á pesar de la densa nube de tantas ficciones, no dejan de entreverse los misterios de una antigüedad sagrada que quizá algún día levante del todo su velo (1).

Apenas hay poeta de la antigüedad, comenzando por Homero, ni historiador, comenzando por Herodoto, que no mencione repetidas veces á las Amazonas. Pero en vez de reunir y comentar aquí los pasajes relativos á este mito, trabajo ya admirablemente realizado en los grandes libros de mitología científica que son gala y orgullo de la erudición de nuestro siglo, prefiero tomar por guía al mismo Lope, que en su donosa carta-dedicatoria nos indica, burla burlando, sus fuentes, las cuales, como se verá, no fueron pocas ni vulgares, á no ser que las encontrase reunidas en alguna compilación de segunda mano, por ejemplo, en la *Officina*, de Juan Ravisio Textor, que manejaba mucho, ó en el libro de mitología de Natal Comes. De

---

(1) Vid. Creuzer, *Symbolik* (tomo II de la edición alemana, páginas 573-577, y en el *Apéndice*, páginas 671-678). En la traducción de Guigniaut, t. II, páginas 86-92, y la extensa disertación del traductor, en que recopila otros muchos trabajos sobre la materia, páginas 976-990. Maury, *Religions de la Grèce antique*, t. III, páginas 162 y siguiente.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

todos modos, se verá con qué fondo de erudición y cultura preparaba este maravilloso improvisador aun las obras suyas que parecen más ligeras.

Por la historia de las Amazonas se conoce (dice Lope) que las mujeres pudieran vivir solas «en concertada república, ejercitar las armas, adquirir reinos, fundar ciudades y dar principio á una de las maravillas del mundo, que fué el templo de Diana en Éfeso».

Así lo afirman, entre otros, Píndaro, citado por Pausanias (*Achaica*, 2), y Calímaco en el himno á Diana (v. 237 y siguientes). Puede que Lope no hubiese leído los himnos de Calímaco, pero seguramente conocía la *Periegesis* de Pausanias, que tradujo al castellano su grande amigo D. Francisco López de Aguilar.

«Hubo antiguamente muchas (amazonas) y en diferentes partes; de las africanas hace memoria Beroso.»

Esta cita pudiera creerse equivocada, porque realmente no se halla entre los fragmentos auténticos del legítimo Beroso caldeo, recogidos en la magna colección de Carlos Müller. Pero está en el Beroso apócrifo que corría en tiempo de Lope, y que había sido forjado, como otros muchos libros del mismo género, por Juan Anio de Viterbo, á fin del siglo XV. Allí se dice que el rey de Libia, Jarbas, fué vencido por ciertas mujeres belicosas, á quienes tuvo que someterse y ceder su reino (1).

«De las scíticas hace mención Diodoro, que éstas fueron las que mataron á sus maridos, y que jamás fueran vencidas de Hércules si Antiopía, en Temiscira, no se enamorase de Teseo; claro estaba que el valor de mujeres determinadas sólo con la blandura del amor podía ser vencido.»

Diodoro Sículo, en efecto, es de todos los historiadores antiguos el que más extensamente discurre sobre las Amazonas, especialmente en el lib. II, cap. XLV y siguientes. Y puesto que Lope se apoya en sus palabras, quiero ponerlas aquí, traduciéndolas del texto griego con la posible fidelidad.

«Junto al río Termodonte vivió en otro tiempo un pueblo gobernado por imperio de mujeres, y en que las mujeres administraban, como si fuesen varones, las cosas de la guerra. Dicen que una de ellas, superior á las otras en fuerza y valor, tomó oficio y título de reina, y juntando un ejército de mujeres, le ejercitó en la disciplina militar y comenzó á invadir en son de guerra los países comarcanos. Creciendo en valor y en gloria, fué dilatando más sus conquistas; y como las cosas la sucediesen prósperamente, diciéndose hija de Ares abandonó á los hombres el trabajo de la lana y las demás ocupaciones domésticas en que suelen emplearse las mujeres. Y dió leyes por las cuales exhortaba á las mujeres á los empeños belicosos, al paso que á los hombres los reducía á condición servil y á trabajo humilde y abatido. En cuanto nacía un varón, quebrantaban y debilitaban sus rodillas y sus brazos, haciéndole de este modo inútil para las armas y la guerra. Á las hembras

(1) *Apud Libycam Hyarbas cum Palladiis fœminis belligerans, non fuit in illis par. Quare donis occurrens se ac regnum illarum permisit potestati.* (*Antiquitatum Variarum Auctores, Lugduni, apud hæredes Seb. Gryphii*, pág. 44.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

quemaban la teta derecha, para que su protuberancia no les causase en la guerra molestia ni impedimento; y de aquí procede el nombre de Amazonas que se dió á aquel pueblo. Hizo más esta reina, tan esclarecida por su ingenio y su estrategia: fundó una gran ciudad, que llamó Themyscira, á orillas del Termodonte, y la exornó con un célebre palacio. En todo lo que toca al buen orden del estado y disciplina de la guerra valió mucho, hasta conseguir que todos los pueblos que están del lado acá del Tánais la rindiesen obediencia. Después de todas estas proezas logró en una batalla fin glorioso, peleando con heroica fortaleza.

»Sucedióle en el trono su hija, que no sólo emuló las virtudes de la madre, sino que puede decirse que en algunas cosas se aventajó á ella. Ejercitaba á las doncellas desde su primera edad en la caza, y las avezaba cada día á los sangrientos ejercicios de la guerra. Estableció en honor de Ares y de Artemis el sacrificio solemne que llaman *tauropolos*. Llevando sus armas al otro lado del Tánais, sometió á su imperio todos los pueblos que hay hasta la Tracia. Y volviendo de allí con gran botín á su reino, edificó para los dioses sobredichos magníficos templos, y con la blandura y moderación de su gobierno se hizo muy bienquista de sus vasallos. Entonces, dirigiendo sus expediciones á distinta región, conquistó gran parte del Asia, llegando triunfante hasta la Siria. Después de su muerte, el cetro se perpetuó en las hembras de su linaje, todas las cuales gobernaron con loa, y amplificaron el poder y gloria de las Amazonas, que en el curso de muchos siglos se difundió por toda la tierra. Uno de los trabajos que Eurysteo impuso á Heracles (el hijo de Alcmena y de Zeus), fué apoderarse del cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas. Para lo cual, declarándolas la guerra, desbarató sus ejércitos en batalla campal, y apoderándose de Hipólita y de su cíngulo, enflaqueció para siempre las fuerzas de aquel pueblo. Porque los bárbaros comarcanos, despreciando su debilidad y acordándose de su derrota, postraron de tal modo en continuas guerras á las Amazonas, que ni siquiera ha quedado rastro de su nombre. Sin embargo, pocos años después de Heracles, cuando ardía la guerra troyana, todavía Pentesilea, que se titulaba hija de Ares y era emperatriz de las reliquias del pueblo de las Amazonas, huyendo de su patria por expiar cierta muerte que había cometido, se ofreció como aliada á los troyanos después de la muerte de Héctor, y mató por su mano á muchos griegos. Pero á pesar de su valor sucumbió á manos de Aquiles, cerrando así la heroica carrera de su vida. Dicen que ésta fué la última de las belicosas Amazonas, porque, muerta ella, fueron descaeciendo cada vez más las fuerzas de su nación, hasta desaparecer del todo. Por eso los modernos que oyen contar estas leyendas de las Amazonas no las tienen por legítimas antigüedades, sino por meras fábulas.»

En el lib. IV, cap. XXVIII, vuelve Diodoro á hablar de las Amazonas, y refiere así su expedición al Ática y la victoria que sobre ellas alcanzó Teseo:

«Cuentan que las Amazonas que habitan á la orilla del río Termodonte quisieron vengarse de los griegos por los daños que Heracles las había inferido. Su mayor odio era contra los atenienses, por haber reducido Teseo á servidumbre á su reina Antíopa, ó, como otros escriben, á Hipólita. Contando, pues, con el auxilio de los

scitas, reunieron grande ejército, con el cual, atravesando el Bósforo Cinmerio, y entrando por la Tracia, recorrieron gran parte de Europa, y últimamente pusieron sus reales en el Ática, en el sitio que hoy se llama *Amazoneo*, ó de las Amazonas. Teseo, apenas supo su llegada, llamó á las armas á sus conciudadanos y salió á campaña contra ellas, llevando consigo á Antíopa, de la cual había engendrado á Hipólita. Trabada la pelea, en que brilló el valor de los atenienses, obtuvo el triunfo Teseo, pereciendo muchas de las Amazonas en el combate, y siendo compelidas las demás á alejarse del Ática. Y añaden que Antíopa, peleando varonilmente al lado de su marido Teseo, acabó allí su vida con heroica catástrofe. Las Amazonas que habían sobrevivido á la batalla, desesperando de volver á su patria, se refugiaron en Scitia, y allí, perdiendo su nombre, hicieron vida común con los scitas.»

Estos textos fueron los que principalmente llamaron la atención de Lope, y por eso son los únicos que transcribo íntegros, pues, por lo demás, Diodoro (III, 52-55) habla también de las Amazonas de Libia, que distingue de las del Termodonte; y describe largamente su imperio *ginecocrático*, en que los varones sólo servían para la procreación y para los cuidados domésticos, sin tener parte alguna en la milicia ni en el gobierno. Habitaban al Occidente de la Libia, en la fabulosa ínsula de Hesperia, junto á la laguna Tritonia. Desconocían el trigo y los demás cereales, y vivían principalmente del fruto de los árboles y de la leche y carne que les suministraban los ganados de vacas, ovejas y cabras, de que tenían gran copia. Diodoro refiere después las ciudades que fundaron, las guerras que tuvieron con los Atlantes y las Gorgonas; las proezas de la reina Mirina al frente de su ejército, vestido de escamas de serpientes; la destrucción de la ciudad de Cerne, y el espantoso degüello que allí hicieron de todos los varones aptos para manejar las armas; el pacto de Mirina con los Atlantes, y la fundación que hizo de otra ciudad en lugar de la que había destruído (1); sus conquistas en la mayor parte de África; sus expediciones guerreras á Arabia, Siria y Cilicia, domando todas las naciones hasta el Tauro, de donde descendió por la Frigia Mayor á la región marítima, fundando por dondequiera ciudades y templos, entre ellos el de la Madre de los Dioses en la isla de Samotracia, famosísimo por los misterios de los Corybantes. Lo de haber dado muerte á sus maridos no lo encuentro atribuído en Diodoro, ni en ningún otro antiguo, á las Amazonas, sino á las mujeres de Lemnos; pero sin duda Lope (que habría leído esta historia en el lib. V de la *Tebaida* de Estacio) confundió las especies por fiarse demasiado de su prodigiosa memoria.

«De alguna fué vencido Alejandro (prosigue nuestro poeta), visitando en Hircania (como refiere Justino) á Thalestris, su hermosa reina, que llevaba en su com-

---

(1) En la erudita Memoria de D. Joaquín Costa, *Islas líbicas: Cyranis, Cerne, Hesperia* (Madrid, 1887), puede verse una ingeniosa interpretación de estos antiguos mitos geográficos. Combate razonadamente la hipótesis de Mr. D'Arbois de Jubainville, según el cual la isla Hesperia parece ser España, é ibéricas las Amazonas de la Libia, cuya historia nos ha conservado Diodoro (*Premiers habitants de l'Europe*, lib. I, cap. III).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

pañía trescientas mil mujeres; no le parezcan á Vm. muchas....., pues en aquella república, ni hacían labor, ni tenían celos, ni las maltrataban sus maridos, y de diez á diez años eran sus partos, que no es lo que menos acaba sus vidas y consume sus hermosuras.»

La visita de Thalestris á Alejandro es fábula consignada por muchos antiguos (entre ellos el mismo Diodoro tantas veces citado), pero el pasaje de Justino, abreviador de Trogo Pompeyo, á quien Lope determinadamente se refiere, está en el lib. XII, cap. III de sus *Historias*, si bien en los textos que ahora manejamos no dice que Thalestris viniera con 300.000 mujeres, sino sólo con 300, lo cual es una variante bastante notable (1). Pero en los Justinos que corrían en tiempo de Lope se leía 300.000, y así lo interpreta el antiguo traductor castellano Jorge de Bustamante: «En esta tierra le vino al encuentro Thalestris, ó, como otros dizen, Minothea, reyna de las Amazonas, con trezientas mill mujeres, que había venido veynte y cinco jornadas por entre gentes muy ásperas y enemigas, sólo por tener ayuntamiento con Alejandro por haber generación dél, cuya venida puso en todo el exército de Alexandro grande admiración, así por el hábito que traían, no usado á mujeres, como por ver el gran desseo que esta señora había tenido de aquel concúbito ó ayuntamiento, pues que tanto trabajo por él había pasado. Por esta causa holgaron los unos y los otros treynta días; y quando á ella le paresció ya estaría preñada, luego se volvió (2).»

«Arriano y Jenofonte (continúa Lope) se rien de tal fábula.»

Arriano, el más grave y verídico de los historiadores de Alejandro, rechaza, en efecto, la fábula de Thalestris, pero no niega la existencia de las Amazonas. En el libro VII, cap. XIII, de su *Anábase* advierte además que ni en Tolomeo, ni en Aristóbulo, ni en otro autor fidedigno, se halla el cuento de haber presentado Atrópates, sátrapa de Media, á Alejandro cien mujeres vestidas y equipadas como soldados de caballería, salvo que llevaban hachas y peltas en vez de lanzas y escudos. Arriano tampoco le presta asenso porque, en su entender, la nación de las Amazonas ya no existía de tiempo atrás, pues no las nombra Jenofonte en el relato de la retirada de los Diez mil, aunque habla del Faso, de la Cólquide y de todos los pueblos de la costa bárbara que recorrieron los griegos antes y después de salir de Trapezunte. Arriano, sin embargo, no pone en duda la antigua existencia de este

---

(1) *Ibi ei occurrit Thalestris (sive Minithya) Amazonum regina, cum CCC mulieribus, XXV dierum inter infestissimas gentes itinere confecto, ex rege liberos quæsitura: cujus conspectus adventusque admirationi omnibus fuit, et propter insolitum feminis habitum, et propter expetitum concubitum. Ob hoc tredecim diebus otio a rege datis, ut visa est uterum implesse, discessit.* (Así en el texto de Wetzel, seguido en la colección Lemaire.)

(2) *Justino, clarissimo abreviador de la Historia general del famoso y excellente historiador Trogo Pompeyo. En la qual se contienen todas las cosas notables y más dignas de memoria que hasta sus tiempos han succedido en todo el mundo. Traduzido en lengua castellana. En Anvers, en casa de Martín Nucio*, 1586, pág. 83.

pueblo, atestiguada por muchos célebres escritores; y aun parece tratar con cierto respeto la fábula de su expedición al Atica, que, por lo visto, se había convertido en un lugar común entre los oradores atenienses, cuando tenían que hacer el panegírico de los soldados muertos en cualquier batalla, enumerando de paso todas las antiguas glorias de su ciudad. En uno de estos discursos, Cimón describía la batalla de Teseo contra las Amazonas con tanto lujo de detalles como hubiera podido describir las guerras médicas.

«Yo hallo las Amazonas en Virgilio y en todos los autores (termina Lope), y no sólo en aquellos tiempos, sino tan cerca de nuestra edad, que en el viaje de Magallanes fueron vistas, si no mienten las relaciones de Sebastián del Cano y de Gonzalo de Oviedo.....»

La Camila virgiliana, cuyo hermoso episodio ocupa gran parte del lib. XI de la *Eneida*, es, en efecto, una amazona itálica, que á su vez sirvió de tipo á las Bradamantas, Marfisas, Clorindas y demás mujeres belicosas que con tanta frecuencia aparecen en los poemas caballerescos (1). Juntamente con estas nuevas manifestaciones del tipo individual de la amazona, el mito clásico de las Amazonas pueblo retoñó en la fantasía de los heroicos españoles descubridores y conquistadores de las tierras antárticas. No recuerdo, á pesar de lo que dice Lope, que se hable de ellas en las relaciones del viaje de Magallanes. Donde por primera vez creyeron haberlas visto los nuestros fué en la prodigiosa expedición de Francisco de Orellana, aguas abajo del río Marañón. Fray Gaspar de Carvajal, que relató aquella navegación como testigo de vista (2), y á quien sigue paso á paso, abreviándole algo, Gonzalo Fernández de Oviedo (3), citado por Lope, consigna de este modo las noticias que Orellana recibió de un indio, y que seguramente fueron transformadas en su imaginación por la influencia del mito clásico, con el cual casi en todo concuerdan:

«El Capitán (Orellana) le preguntó qué mujeres eran aquellas que habían venido á les ayudar y darnos guerra: el indio dijo que eran unas mujeres que residían la

---

(1) También influyó en ellos el recuerdo de la reina Pantasilea, que es personaje muy principal en la *Crónica Troyana*, y muy celebrado por los poetas de la Edad Media. Recuérdense, por ejemplo, las quejas que pone nuestro Marqués de Santillana en boca de la reina de las Amazonas, enamorada de Héctor.

(2) *Descubrimiento del río de las Amazonas, según la relación, hasta ahora inédita, de fray Gaspar de Carvajal, con otros documentos referentes á Francisco de Orellana y sus compañeros. Publicados á expensas del Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes de Tilly, con una introducción histórica y algunas ilustraciones, por José Toribio Medina. Sevilla, imp. de E. Rasco*, 1895. Páginas 66-68.

(3) Páginas 571-574 del tomo IV de la edición de la Academia de la Historia. Lope no conoció, seguramente, esta parte del Oviedo, que ha estado inédita hasta 1851, pero sí la larga carta que el mismo cronista escribió al cardenal Bembo dándole cuenta de aquella expedición; carta que Juan Bautista Ramusio extracta en el tomo III de su colección italiana de navegaciones y viajes.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

tierra adentro siete jornadas de la costa..... El Capitán le preguntó si estas mujeres eran casadas: el indio dijo que no. El Capitán le preguntó que de qué manera viven: el indio respondió que, como dicho tiene, estaban la tierra adentro, y que él había estado muchas veces allá, y había visto su trato y vivienda; que, como su vasallo, iba á llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El Capitán preguntó si estas mujeres eran muchas: el indio dijo que sí, y que él sabía por nombre setenta pueblos, y contólos delante de los que allí estábamos, y que en algunos había estado. El Capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja: el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo á otro iban caminos cercados de una parte y de otra, y á trechos, por ellos puestos, guardas porque no pueda entrar nadie sin que pague derechos. El Capitán le preguntó si estas mujeres parían: el indio dijo que sí. El Capitán le dijo que cómo, no siendo casadas, ni residía hombre entre ellas, se empreñaban: él dijo que estas indias participan con indios en tiempos; y cuando les viene aquella gana, juntan mucha copia de gente de guerra y van á dar guerra á un muy gran señor que reside y tiene su tierra junto á la destas mujeres, y por fuerza los traen á sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja, y después que se hallan preñadas les tornan á enviar á su tierra sin les hacer otro mal; y después, cuando viene el tiempo que han de parir, que si paren hijo le matan y le envían á sus padres, y si hija, la crían con muy gran solemnidad y la imponen en las cosas de la guerra. Dijo más: que entre todas estas mujeres hay una señora que subjeta y tiene todas las demás debajo de su mano y jurisdicción..... Dijo que hay muy grandísima riqueza de oro y plata, y que todas las señoras principales y de manera no es otro su servicio, sino oro ó plata, y las demás mujeres plebeyas se sirven en vasijas de palo, excepto lo que llega al fuego, que es barro. Dijo que en la cabecera y principal ciudad, en donde reside la señora, hay cinco casas muy grandes, que son adoratorios y casas dedicadas al sol, las cuales ellas llaman *caranain*, y en estas casas, por de dentro, están, del suelo hasta medio estado en alto, planchadas de gruesos techos aforrados de pinturas de diversos colores, y que en estas casas tienen muchos ídolos de oro y de plata en figura de mujeres, y mucha cantería de oro y de plata para el servicio del sol; y andan vestidas de ropa de lana muy fina, porque en esta tierra hay muchas ovejas de las del Perú: su traje es unas mantas ceñidas desde los pechos hasta abajo, encima echadas, y otras como manto, abrochadas por delante con unos cordones; traen el cabello tendido y puestas en la cabeza unas coronas de oro tan anchas como dos dedos..... Dice que tienen una orden, que en poniéndose el sol no ha de quedar indio macho en todas estas ciudades que no salga afuera y se vaya á sus tierras: más dice, que muchas provincias de indios á ellas comarcanas los tienen ellas subjetos y los hacen tributar y que les sirvan, y otras hay con quien tienen guerra, y especial con la que ya dijimos, y los traen para tener qué hacer con ellos: éstos dicen que son muy grandes de cuerpo y blancos..... Y todo lo que este indio dijo, y más, nos habían dicho á nosotros á seis leguas de Quito, porque de estas mujeres había allí muy gran noticia, y por las ver vienen muchos indios el rio abajo mil y cuatrocientas leguas, y así nos

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

decían arriba los indios que el que hubiese de bajar á la tierra de estas mujeres había de ir muchacho y volver viejo.»

No faltó entre los contemporáneos del P. Carvajal quien se burlase de la crédula candidez del dominico extremeño y de su capitán Orellana. De ellos fué el excelente historiador Francisco López de Gómara, hombre de muy buen sentido, sazonado con no leve dosis de escepticismo. «Entre los disparates que dijo (Orellana), fué afirmar que había en este río Amazonas, con quien él y sus compañeros pelearon. Que las mujeres anden allí con armas y peleen no es mucho, pues en Paria, que no es muy lejos, y en otras muchas partes de Indias, lo acostumbran; ni creo que ninguna mujer se queme y corte la teta derecha para tirar el arco, pues con ella le tiran muy bien; ni creo que maten ó destruyan sus propios hijos, ni que vivan sin marido, siendo lujuriosísimas. Otros, sin Orellana, han levantado semejante hablilla de Amazonas después que se descubrieron las Indias, y nunca tal se ha visto, ni se verá tampoco, en este río. Con este testimonio, pues, escriben y llaman muchos río de las Amazonas, y se juntaron tantos para ir allá (1).»

El juicioso Antonio de Herrera, con menos pasión contra Orellana, se limita á decir que «no debiera dar este nombre á aquellas mujeres que peleaban, ni con tan flacos fundamentos afirmar que había Amazonas, porque en las Indias no fué nueva cosa pelear las mujeres y desembrazar sus arcos, como se vió en algunas islas de Barlovento y Cartagena y su comarca, adonde se mostraron tan animosas como los hombres» (2).

Estas Amazonas redivivas aparecieron en el teatro por arte del maestro Tirso de Molina, autor de *Las Amazonas en Indias*, segunda parte de su trilogia de los Pizarros, impresa por primera vez en 1635, en la parte IV de sus *Comedias*, recogidas por su sobrino D. Francisco Lucas de Avila. El nombre de *Menalipe* dado á la principal de las heroínas indica ya que el autor tuvo presente la comedia de Lope, de la cual, además, conserva la suya muchas reminiscencias. En este notable drama el mito indiano aparece fundido con el clásico del modo que lo revela el razonamiento de la amazona Menalipe á Gonzalo Pizarro, que transcribiré en gran parte por no ser esta comedia de Tirso de las que se encuentran en las ediciones modernas:

Más há de trescientos siglos
Que de las Scitias remotas,
La asiática y la europea
Salieron, dejada Europa,
Á apoderarse de la Asia
Las naciones belicosas,
De cuyos troncos y líneas,
Si no ramos, somos hojas.

(1) *Historiadores primitivos de Indias* (colección Rivadeneyra, t. I, pág. 210).
(2) Década V, lib. VIII, pág. 196. (Madrid, 1723.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Despoblaron por la guerra
Los varones las montüosas
Provincias que baña el Tánais
Y el Termodonte corona:
Sin hombres, pues, nuestra patria,
Quedaron en su custodia
Las mujeres, bien seguras
De que ajenas plantas pongan
En sus límites sus sellos;
Porque á la fama le consta
Que sólo distinguió el sexo
Sus hombres de sus matronas.
Aquéllos, pues, divididos
Por el Asia en varias copias,
Sujetaron, desde Armenia
Hasta la India y sus aromas,
Cuantas naciones osaron
Resistirse á las heroicas
Violencias de su milicia,
Tiranizando coronas
Y despoblando ciudades,
Siendo contra sus victorias
Lo que á las llamas la cera,
Los Menfis y Babilonias.
Señores ya del Oriente,
Pacíficos en su zona
Y felices sus conquistas,
Quisieron que sus esposas
Presentes participasen
Delicias, que no se gozan
Mientras, distantes las almas,
La unidad no las conforma.
Enviaron á traerlas
Un ejército, en la flota
Que al Archipiélago hurtaron,
Llena de presas y joyas.
. . . . . .
Tomaron tierra en su patria,
Poblándose nuestras costas
De arrogancias y laureles
Al son de cajas y trompas;
Pero como acostumbradas
Las mujeres, por sí solas,
Al imperio de su gusto,
Exentas de las argollas
Que anudó naturaleza
Al cuello frágil que doman

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Opresiones varoniles,
Pues si alegran, aprisionan,
Por no asegundar coyundas,
Rebeldes las armas toman,
Soberbias al campo salen,
Valientes el parche tocan;
Horribles, los arcos flechan;
Resueltas, dardos arrojan;
Ingratas, su sangre asaltan;
Bárbaras, sus dueños postran,
Y en breve tiempo, verdugos
De su carne y gente propia,
Viudas por sus manos mismas,
Triunfando á su casa tornan.
Erigen después un templo
Á la crueldad, y por diosa,
Llevándola sangre humana,
Con sacrificios la adoran,
Estableciendo preceptos
(Que hasta hoy ninguna deroga)
De no admitir en sus tierras
Hombre que sus leyes rompa
Y su libertad oprima.
Sólo en los meses que adorna
De flor Amaltea los campos,
Y el sol al Géminis dora,
De la nación más cercana
Tantos varones convocan,
Cuantos basten á suplir
Lo que la muerte nos roba.
. . . . . .
Los que mujeres no nacen,
Desde el pecho á las congojas,
Desde la cuna á las aras,
Desde la luz á las sombras,
Siendo su madre el ministro,
Filos al acero embotan,
Y al simulacro dedican
Blanca sangre en leche roja;
Pero la que sale á luz
Hembra feliz, alboroza
Con regocijos el pueblo,
Conduciéndola la pompa
Festiva al templo y sus aras,
Donde la queman ó cortan
El pecho izquierdo, que al arco
El noble ejercicio estorba.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Creció á número infinito
La república matrona
(Que la templanza en la Venus
Más fértiles frutos logra),
Y conquistando provincias
Comarcanas, las remotas,
Siempre invencibles, debelan,
Hasta que el solio colocan
De su imperio formidable
En la ciudad que ambiciosa
Al orbe leyes impuso
Y el cielo escalar blasona.
Si antigüedades leiste,
¡Oh gran Pizarro!, no ignoras
Que ocuparon sus laureles
Tantos reinos como historias:
Lampridia y Martesia, reinas,
Hicieron temblar á Europa;
Oritia y Pentesilea
Aseguraron á Troya,
Que no llorara cenizas
Viviendo ella, si patrona
De Aquiles, que la dió muerte,
No fuera la ciega diosa.
Ésta (que de la hacha de armas
Y la rodela inventora
Fué) vinculó en Menalipe
Hazañas que á Grecia asombran,
Pues abrasando el milagro
En que Éfeso á Cintia invoca,
En oprobio de los griegos
Dió llantos al Asia toda.
Monarcas del orbe, en fin,
Triunfaban las Amazonas,
Cuando en Atenas Teseo
Las obscureció victorias,
Venciéndolas su fortuna,
No sus fuerzas, que envidiosas,
Hasta hoy tiemblan las esferas
Que en sus luces los pies pongan.
Armáronse á la venganza
Las que en Scitia belicosas
Quedaron, y al elemento
De sal, una armada arrojan.....
Las reliquias derrotadas,
Sin que aproveche la sonda,
Sin que el timón obedezca

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ni el aire velas recoja,
Siguen incógnitos rumbos;
Y sin saber su derrota,
Piélagos un mes naufragan,
Hasta que al fin las emboca
Por ese monstruo de ríos,
Ese hidrópico, que agota
Pecheras inmensidades
Que pródigo al mar otorga.
Cincuenta leguas de anchura
Se miden entrambas costas,
Cuando besa los umbrales
De las océanas ondas.
Venciendo, pues, con la industria
Las argonautas heroicas
Horribles dificultades,
Guían las brumadas proas
Trescientas leguas arriba,
Hasta la ribera hermosa
De esta provincia, que oculta,
Les feria el puerto que toman.
Fundan pueblos, labran campos,
República y reino forman,
Y, prosiguiendo sus leyes,
Ínclitas progenitoras
Fueron nuestras, conquistando
Sus descendientes famosas
Cuantas naciones vecinas
Sus montes y valles moran.
Esta es mi antigua ascendencia;
En mis sienes, su corona
Veneraciones conserva;
Quien á Menalipe nombra,
Que es mi fatal apellido,
La rodilla al suelo postra,
Y como á casi deidad,
Pone en la arena su boca.
Martesia, sacerdotisa
Y mi hermana, prodigiosa
En las armas y en las ciencias,
La diadema de éstas goza;
Tan sabia, que si conjura
Esas aguas, esas rocas,
Esos brutos, esas plantas,
Los fuerza á que la respondan
Y avisen de cuanto pasa
Desde la adusta Etïopia

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Hasta la helada Noruega,
Que el sol seis meses ignora.

El papel de Teseo en esta pieza corresponde á Gonzalo Pizarro, á quien dice la amazona rendida á su amor:

Admíteme por tu esposa;
Derogaránse mis leyes,
Juzgaránse venturosas
Á tus pies estas provincias;
Diamantes que al sol se opongan,
Te rendirán estos cerros,
Perlas el mar de sus conchas;
Á montes la plata pura,
El oro á cargas, que brotan
Esos ríos, esas fuentes,
Esmeraldas, pluma, aromas.....
Y un alma nunca rendida,
Que dueño te reconozca.

Literariamente, la comedia de Tirso, sin ser de las mejores suyas, vale algo más que la de Lope. Tiene la ventaja del interés histórico; tiene el feliz maridaje del mito geográfico antiguo con el moderno, y el ser, por decirlo así, un retoño tardío de una leyenda poética y antiquísima. La comedia del insigne mercenario peca monstruosamente contra la verdad histórica, puesto que el héroe de ella es Gonzalo Pizarro, quedando en segundo término, ó más bien en celosa penumbra, el verdadero descubridor, Francisco de Orellana. Pero en el terreno dramático no carece de gracia é interés aquella contienda de amores que entablan en torno de él las Amazonas, mientras por otro lado fermentan en su ánimo los ambiciosos proyectos de insurrección y dominio sugeridos por su demonio familiar, el maestre de campo Francisco de Carvajal.

La comedia de Lope, aunque escrita con esmero, como todas las suyas de asunto mitológico, en las cuales parece que se propuso subsanar con las bellezas de estilo la escasa novedad del argumento, me parece que ocupa el último lugar entre las producciones suyas de este género. El argumento está tratado como en broma, quizá porque á ello convidaba lo inverosímil de la fábula, y el efecto general tiene más de cómico que de trágico. Sin embargo, en el carácter de la amazona Antiopía y en la apasionada expresión de sus anhelos amorosos, se reconoce á veces la mano del gran poeta. Los dulces lazos del cautiverio en que la Reina detiene á Teseo, recuerdan inmediatamente los episodios de Alcina y Rugero en el *Orlando*, y de Armida y Reinaldo en la *Jerusalem*.

Rara vez ha vuelto á presentarse en el teatro moderno la fábula de las *Amazonas* (1).

---

(1) La comedia de D. Antonio de Solís, *Las Amazonas*, sólo merece rápida mención, no sólo por ser de corto mérito, como todas las comedias *heroicas* de su autor, que no había nacido

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El frío y correcto La Motte Houdart (1) la trató con poca fortuna en una tragedia con música, *Marthesia* (2), y también ha dado tema más de una vez á la ópera cómica y á la parodia (3).

III.—EL PERSEO.

Esta tragicomedia se designa también con los títulos de *La Fábula de Perseo* y *La Bella Andrómeda*, y debe de ser posterior á 1618, puesto que no aparece en las listas de *El Peregrino*. Lope la publicó en la *Parte décimasexta* de sus *Comedias* (1621). Se encuentra también, en edición suelta del siglo pasado, con el título de *La Bella Andrómeda*.

Las empresas de Perseo son una de las más célebres fábulas heroicas de los griegos. Creuzer, según su constante sistema, la consideraba como enlazada con el simbolismo de los antiguos cultos orientales. El mito de Perseo, fundador de la ciudad de Micenas, contiene, á su juicio, los principales elementos del gran símbolo de Mithras. Perseo, cuyo nombre indica ya su origen, es Mithras Perses, un héroe solar, una encarnación ó epifanía terrestre del dios de la luz. Los vestigios de este culto no hay que buscarlos en Persia misma, donde quedó obscurecido, ya que no anulado, por la reforma de Zoroastro, sino en Etiopía y en Grecia, en los extremos orientales del África y de Europa, adonde lentamente transmigró desde el corazón del Asia. La genealogía de Perseo, tal como nos la transmiten los antiguos mitógrafos, le enlaza con el Egipto, que podemos considerar como una estación intermedia en la propagación de estos símbolos. Perseo, como Hércules, que desciende de él, es un purificador en el cielo y en la tierra; es el matador justiciero que, alado y luminoso, descabeza con su espada de oro á la Gorgona, símbolo de las tinieblas y del mal; libra á Andrómeda, expuesta á ser víctima de la voracidad de los monstruos; engendra en ella un hijo de la luz, *Perses*, y completa su obra civilizadora haciendo

---

para tal género, sino porque, además, es remota la semejanza de su argumento con el de la comedia de Lope, siendo diversos, á excepción de Menalipe, los personajes, y de pura imaginación casi todos; por ejemplo, Astolfo, Polidoro príncipe de Sarmacia, etc.

(1) *Marthesia, primera reina de las Amazonas*, tragedia en cinco actos, con un prólogo. Música de Destouches. Representada en 1699.

(2) Francisco Provenzale, maestro napolitano del siglo XVII, casi olvidado hasta la reciente tesis doctoral de Rolland (pág. 188), había compuesto en 1671 una ópera en tres actos sobre el argumento de las Amazonas, con el título de *Il Schiavo di sua moglie*. Muchos de los personajes son los mismos que en la comedia de Lope: Hipólita, Menalipe, Teseo, Hércules..... Esta partitura se conserva manuscrita en la biblioteca de Santa Cecilia de Roma. Puede sospecharse que el autor del libreto, que fué probablemente el siciliano A. Perruci, tuvo presente la comedia de Lope.

(3) Por ejemplo, en *La Isla de las Amazonas*, ópera cómica de Le Sage, en un acto, representada por primera vez en el teatro de la Feria de San Lorenzo, en 1720, é impreso en las varias ediciones del *Théâtre de la Foire* del ilustre autor del *Gil Blas*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

levantar por los cíclopes, herreros subterráneos que llevaba en su séquito, los muros de la ciudad de Mycenas.

Görres, mitólogo de la misma escuela que Creuzer, admitía también el origen persa del semidiós argólico, identificándole con Feridun, el héroe nacional de los iranios, que es también un héroe solar, vencedor de Zohak, príncipe de las tinieblas.

Aunque ya Herodoto (II, 91) creía á Perseo oriundo de Egipto, no son pocos los que rechazan tal origen, lo mismo que el de Persia; y ora le buscan analogías en otras religiones del Asia occidental, especialmente en el mito de Belerofonte, de Licia y Cilicia, que parece una mera duplicación del de Perseo; ora le proclaman resueltamente divinidad helénica sin parentesco alguno con las asiáticas. Tal fué, en éste como en todos los casos análogos, la tesis de Ottfried Müller, que sólo veía en Perseo el numen tutelar de Argos.

De todos modos, es remotísima la antigüedad de su leyenda en Grecia; su nom- está ya en la *Ilíada* (lib. XIV, v. 319 y siguientes), y aunque en su origen fuese un símbolo de la fuerza vegetativa nacida de la lluvia *(Dánae*, la tierra seca fecundada por la lluvia de oro de *Zeus)*, es muy verosímil que de mito cosmológico se fuese transformando, como tantos otros, en leyenda histórica, y mezclándose con el recuerdo de héroes reales; tendencia que en todas las fábulas griegas es muy visible y que explica en parte el doble hechizo que en ellas se advierte.

En cuanto á la leyenda de Andrómeda y el monstruo marino, estrechamente ligada con la de Perseo, no son pocos los que la suponen venida de la costa de Siria, y creen descubrir en ella un fondo semítico ó cananeo, puesto que el gran dios marítimo de Tiro parece haber sido representado por un monstruoso cetáceo (1).

Consta que la fábula de Andrómeda y Perseo apareció varias veces en el teatro ateniense. Sófocles había compuesto una tragedia, ó, según otros, un drama satírico sobre este argumento. Su rival Eurípides hizo otro tanto, y con tal éxito que, según refiere chistosamente Luciano al principio de su tratado sobre el modo de escribir la historia, cuando el famoso comediante Arquelao, en tiempo del rey Lysímaco, representó esta tragedia delante de los habitantes de Abdera, éstos enloquecieron de tal suerte que, complicándose su entusiasmo artístico con el excesivo calor del verano, cayeron en la extraña manía de salir por las calles gesticulando y declamando todos con grande énfasis el primer verso de la pieza: «*Amor, tirano de hombres y dioses*», y no convalecieron de tal locura hasta el principio del invierno. Pero de esta pieza tan celebrada no quedan más que cortos fragmentos y la parodia que de una de sus escenas hizo Aristófanes en las *Tesmoforias*. Pérdida menos sensible es la de otra *Andrómeda* del tenebroso Lycophrón, que se había propuesto renovar á su manera muchos de los argumentos de Eurípides.

Pero á pesar de estas tragedias y del bellísimo fragmento en que Simónides describe los lamentos de Dánae dentro del arca en que el vengativo Acrisio la ence-

---

(1) Creuzer: *Symbolik*, I, 267-290 (*Mithras Perses oder Perseus*); Creuzer-Guigniaut, I, 367-377; II, 157-166 y 1.001-1.011; Maury, I, 302-305, etc.

rró juntamente con su hijo Perseo, lo cierto es que sólo por los poetas latinos se comunicó á los modernos esta leyenda, y muy especialmente por medio de Horacio y de Ovidio. El lírico romano, al principio de una de sus odas (lib. III, carm. XVI), recuerda en dos estrofas la fábula de Júpiter y Dánae:

Inclusam Danäem turris ahenea,
Robustæque fores, et vigilum canum
Tristes excubiæ munierant satis
Nocturnis ab adulteris;
Si non Acrisium, virginis abditæ
Custodem pavidum, Jupiter et Venus
Risissent: fore enim tutum iter et patens
Converso in pretium Deo.

Ovidio, en las *Metamorfosis* (lib. IV, v. 610 y siguientes, y lib. V, hasta el verso 249), es la verdadera fuente de *El Perseo*, de Lope; de las *Fortunas de Andrómeda y Perseo*, de Calderón, y de todas las Andrómedas modernas (1).

Lope contaba *El Perseo* entre las cinco piezas que trabajó con más cuidado; predilección muy natural si se atiende á la belleza de los versos y no á la fábula misma, en que no introdujo novedad alguna, limitándose á seguir paso á paso el relato mitológico, desde que Acrisio, rey de Mesenia, encierra en una torre á su hija Dánae, y Júpiter la seduce transformado en lluvia de oro, y el niño y la madre son abandonados por el vengativo abuelo al furor de las olas, que los arrojan á las costas de Acaya; hasta que Perseo, ya adulto, y enterado por Diana de su origen celeste, acomete la empresa del castillo de Medusa, para la cual Mercurio le presta la espada, y Palas el escudo y el espejo mágico que tenía la virtud de cegar ó dejar inmóvil á quien le miraba; triunfa de los gigantes que guardaban la puerta, resiste á las asechanzas de Medusa, que en vano intenta detenerle con halagos de amor; la corta la cabeza, cuyos cabellos se convierten en sierpes, y de cuya sangre, derramada por la tierra, nace el alado caballo Pegaso; convierte en monte á Atlante, el rey astrónomo de la Mauritania, y despoja en su huerto el árbol de los ramos de oro; se enamora de Andrómeda, cuyo rostro había visto en un espejo encantado de Medusa, y llega á Tiro muy á punto para salvar á aquella princesa del monstruo, á quien había sido expuesta por la celosa venganza de Latona.

Muy fácil es hacer la censura de esta pieza con el criterio clásico, como ya la hizo D. Alberto Lista (2), puesto que no hay en ella unidad de acción, en el sentido vulgar de la palabra, y además abunda en episodios inconexos, como los amores de Lidoro y el rey Polidetes con Dánae, y la locura del príncipe Fineo, enamorado de Andrómeda. Parece que en ésta debía concentrarse el interés de la obra, y, sin em-

(1) Juan de la Cueva tiene en el *Coro Febeo* un romance tan malo como casi todos los suyos, contando cómo Perseo libró de la muerte á Andrómeda (n. 457 de Durán).

(2) *Lecciones de Literatura Española* (Madrid, 1836), t. I, páginas 197-201.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

bargo, no aparece hasta el tercer acto, al paso que en el curso de los dos anteriores van entrando y saliendo una porción de personajes, de que no vuelve á hablarse en adelante.

Todas estas observaciones, de puro evidentes, nada prueban ó prueban muy poco, si nos fijamos en la especial poética de Lope y en el verdadero carácter de esta tragicomedia y otras suyas análogas, así mitológicas como históricas, en que la unidad consiste, no en la agrupación artificiosa de las escenas en torno de un momento capital del mito ó de la leyenda, sino en la unidad é integridad de la leyenda misma, transportada al teatro épicamente, con todo su natural é histórico desarrollo. Si á este teatro, cuya esencia es épica, se le quiere aplicar la misma preceptiva que á la tragedia clásica ó á la de sus imitadores modernos, se corre peligro de no entenderle bien y de fallar muy injustamente. Lope se apodera del mito (que para él es *Perseo* y no Andrómeda, como lo prueba el título de su obra en la edición auténtica), y al llevarle á las tablas no construye una nueva fábula, sino que respeta todos los elementos de la antigua. Por eso hace comenzar la acción antes que el héroe nazca; hace apresurar nueve meses la carrera del tiempo; y se atreve á presentar en escena la lluvia de oro de Dánae, la transformación de Atlante en montaña, la aparición del monstruo marino y la de Perseo en su alígero Pegaso. Todos estos efectos escénicos, que en medio de la imperfección de la maquinaria de entonces debieron de ser muy gratos á los espectadores, están sometidos, no á una facticia unidad teatral, como la que han buscado otros poetas en los amores de Andrómeda, sino á la primitiva unidad orgánica del mito, al destino heroico de Perseo; por donde Lope viene á resultar más fiel al espíritu de la antigüedad que otros poetas que han hecho profesión de seguirla más de cerca.

La belleza de dicción es grande en todo el drama, y la han reconocido y admirado aun los mismos críticos que más censuran la irregularidad del plan. El diálogo de Júpiter y Mercurio en el acto primero, recuerda el de Mercurio y la Noche al principio del *Anfitrión* de Molière, quizá porque en uno y otro autor se ve la huella de Luciano. El monólogo del cazador Perseo es una de aquellas felices inspiraciones líricas que Lope encontraba siempre para cantar la soledad, y la vida libre y descansada en campos y selvas:

Verdes montes de Acaya,
Que con la blanca arena
Del sacro mar la hierba entretejiendo,
Por unas partes playa,
Por otras selva amena,
Estáis su eterno curso resistiendo;
Vosotros que, poniendo
Los verdes pies calzados
De robles y sabinas,
En aguas cristalinas,
Miráis vuestros extremos coronados
Del gran dosel de estrellas

Que borda el sol cuando se esconden ellas.
  Claros, humildes ríos,
Pues á perder el nombre
Llegáis al mar con inocente prisa (1),
Y en sus soberbios bríos,
Á imitación del hombre,
En olas de furor trocáis la risa;
Un cazador os pisa
Criado en las ciudades,
Y en su confuso estruendo,
De donde viene huyendo
A vuestras siempre alegres soledades:
Dadme tierna acogida,
Pues os doy la más parte de la vida.
  En vuestros verdes brazos,
Árbol, ya (2) Ninfa hermosa,
Encomiendo el venablo, y á las fuentes
Que con tan varios lazos
Por la arena lustrosa
Sonorosas dilatan sus corrientes,
Por morir diligentes
En el cristal salado,
Mi descansado sueño,
Mi libertad sin dueño,
Que nunca vió de amor el arco armado.
¡Dichoso yo que puedo,
Libre de su rigor, dormir sin miedo!
  Llore el celoso ausente
Los temidos agravios,
Y celebre el presente los favores,
Al amigo los cuente,
Si fué de amantes sabios,
Y yo mi libertad á vuestras flores;
Que sólo los amores
De las parleras aves
Me causan alegría,
Cuando aparece el día,
Sentado entre la hierba, á los süaves
Céfiros que recrean
Los que vivir en soledad desean.

Las *Fortunas de Andrómeda y Perseo*, comedia, ó más bien *fiesta* de D. Pedro Calderón, que se representó en el coliseo del Buen Retiro en 1653 (después de la

---

(1) *La «inocente prisa» es admirable, da un carácter de la idea: huir con prisa y no saber que se va á perder hasta el nombre.* (Nota de D. Alberto Lista.)

(2) El *ya* está usado aquí en el sentido italiano de *en otro tiempo* (*già*).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

pacificación de Cataluña, á la cual se alude en los últimos versos), está más artificiosamente trabada y enlazada que la de Lope, y ostenta aquel género de habilidad técnica, algo amanerada sin duda, pero ingeniosísima, en que tanto sobresale su autor. Calderón no principia *ab ovo* como Lope, sino que prepara con mucha destreza el reconocimiento de Perseo; mantiene suspensa la curiosidad del espectador sobre aquel enigmático personaje; hace que Mercurio evoque la figura de Andrómeda y que se presente á Perseo en traje de cazadora, para que ya desde las primeras escenas nazca en su pecho el amor que ha de traer el desenlace de la obra; enlaza con el argumento principal los personajes de Lidoro y Fineo, que en Lope estaban siempre desligados de ella, y que aquí sirven para preparar las aventuras de Medusa y Andrómeda; complica la parte fantástica de la obra con nuevos elementos tomados de las *Metamorfosis* de Ovidio, por ejemplo la aparición del Tártaro y la gruta de Morfeo, sirviéndose de ésta para representar en sueños á Perseo la historia de su madre Dánae, con acompañamiento de música que repite este estribillo:

El que adora imposibles,
Que llueva oro;
Sin él nada se vence,
Y con él todo.....

La pompa teatral; el hechizo del canto; la enérgica entonación de algunos versos, especialmente de los de arte mayor; la clásica invención del suave coro y danza de las Nereidas que vienen á consolar á Andrómeda atada á la roca, como las Oceánidas á Prometeo en la tragedia de Esquilo, bastan para dar altísimo valor á esta fiesta de Palacio, que si no fué una buena tragedia, fué, por lo menos, una ópera maravillosa, que era lo único que cuadraba al intento del poeta. Calderón peca por sobra de artificio, como Lope, quizá, por ausencia de él. Si éste se contenta con los motivos que la leyenda le ofrece, aquél los inventa, á veces, quiméricos y sutiles, como los celos de Fineo para explicar el sacrificio de Andrómeda, que mejor y más solemnemente explicado está en Ovidio y en Lope por la ira de Latona contra las jactancias de su madre Casiopeia:

Illic immeritam maternæ pendere linguæ
Andromedam.....

La misma diferencia se observa en el estilo, que carece siempre en Calderón de aquella lozana frescura, de aquella expansión mansa y caudalosa del estilo de Lope, y que en estas obras de su vejez, si asombra en ocasiones por la novedad y extrañeza de los pensamientos poéticos, más veces fatiga con la tempestad de palabras huecas y sonoras, que no siempre llegan á encubrir el cansancio y desmayo de la fantasía creadora.

El asunto de Andrómeda parece nacido para el teatro musical, y, en efecto, se le encuentra ya en las primeras tentativas de la ópera italiana. Su verdadero fundador, Claudio Monteverde, de Cremona, contemporáneo de Lope, trabajaba en 1618 en

una *Andrómeda* con letra de Ercole Mariani (1), que, ó no existe, ó no ha tenido nunca la celebridad del *Orfeo*, de la *Ariadna*, de la *Coronación de Popea* y de otras obras de aquel gran maestro. El primer teatro público destinado al drama musical, el de San Casiano de Venecia, abierto en los mismos días de Monteverde, inauguró en 1637 sus representaciones con una *Andrómeda*, letra del director Benedetto Ferrari y música de Francisco Manelli, de Tívoli (2). El boloñés Giacobbi había compuesto en 1610 otra *Andrómeda*, de la cual sólo se conserva el libreto (3).

No es ópera propiamente dicha, pero sí tragedia con música, la *Andrómeda* de Pedro Corneille, representada en 1650. Más semejanza tiene con lo que en España entendemos por zarzuela. Pero en la obra de Corneille, la música apenas pasa de ser un accesorio decorativo. «Cada uno de los cinco actos, lo mismo que el prólogo (dice su mismo autor), tiene su decoración particular, ó, á lo menos, una aparición ó tramoya, con un concierto de música, que no lleva más intento que satisfacer á los espectadores en tanto que sus ojos se entretienen en ver subir y bajar las máquinas, ó se fijan en alguna cosa que les impide prestar atención á lo que dicen los actores, por ejemplo, en el combate de Perseo con el monstruo; pero me he guardado muy bien de hacer cantar nada que no fuese necesario para la inteligencia de la pieza, porque comúnmente las palabras que se cantan son mal entendidas por la confusión que produce la diversidad de voces que las pronuncian juntamente, y producirían grande obscuridad en el cuerpo de la obra si tuviésemos que enterar al auditorio de alguna cosa importante. No sucede lo mismo con las máquinas, que no son en esta tragedia ornamentos accesorios, sino que en algún modo constituyen su nudo y desenlace, y son tan necesarias en él que no podríais suprimir ninguna sin que se desplomase todo el edificio.»

La *Andrómeda* de Corneille precedió en tres años, como se ve, á la de Calderón; pero no tiene relación alguna con ella, salvo el ser las dos piezas de grande espectáculo, con intervención mayor ó menor de la música, y estar tratado en ambas el asunto de un modo ideal y fantástico, y no legendario y novelesco, como en Lope. Á pesar del mérito de algunos versos, la *Andrómeda* de Corneille no figura entre las obras más selectas de su autor, y generalmente no se la cita más que como una curiosidad histórica.

Treinta y dos años después del estreno de la tragedia de Corneille, y cuando ya la ópera propiamente dicha había triunfado en Francia, Quinault, el más insigne de los poetas libretistas de este período, acompañado como siempre por el músico Lulli, dió en 1682 al teatro de Versalles un *Perseo* que hizo olvidar inmediatamente la *Andrómeda*. Voltaire, que admiraba mucho el talento lírico de Quinault y se complacía en vindicarle de las injustas detracciones de Boileau, dice de este drama que «fué, como todo lo que salía de la pluma de su autor, tierno, ingenioso, fácil,

(1) Rolland, *Les Origines du Théâtre Lyrique Moderne* (París, 1895), pág. 85.
(2) Ídem, pág. 105. Vid. sobre Ferrari á Tiraboschi, *Biblioteca Modenese*, II, 265.
(3) Ídem, pág. 117.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

natural, armonioso»; y lo comprueba con varios ejemplos, en su comentario á Corneille. Aunque de esta admiración de Voltaire haya rebajado mucho la posteridad, que no concede á Quinault más que méritos de segundo orden, los cuales, por otra parte, apenas son apreciables para un extranjero, todavía el juicio de este fino crítico prueba la importancia relativa del poeta y de su obra.

Lope de Vega no trató solamente en forma dramática la fábula de Perseo, sino también en un poemita en octavas reales, *La Andrómeda*, que dedicó á D.ª Leonor Pimentel, é imprimió en 1621, juntamente con *La Filomena* y otras rimas, y del cual hablaremos cuando en esta colección le llegue el turno; bastando decir por ahora que tiene las mismas cualidades y los mismos defectos que todos sus poemas cortos de asunto mitológico, entre los cuales *La Circe* es sin disputa el mejor. No faltan en nuestros líricos otras composiciones al mismo asunto: por ahora recuerdo una canción que el ya citado canónigo Porcel leyó en la *Academia del Buen Gusto*, «á la hermosura, pudor, susto y libertad de Andrómeda, expuesta al monstruo marino». Y todavía puede añadirse el poemita burlesco, y no falto de alguna gracia, del bachiller Alejo de Dueñas, que lleva por título: *Dánae, ó la crianza mujeril al uso* (Pamplona, 1787).

IV.—EL LABERINTO DE CRETA.

Tragicomedia anterior á 1618, puesto que está citada en la segunda lista de *El Peregrino*. Publicada en 1621, en la *Parte décimasexta* de las comedias de Lope, juntamente con las tres piezas mitológicas que anteceden á ésta en el presente tomo. Va precedida de una misteriosa dedicatoria á cierta señora *Tisbe Fénix*, de Sevilla, la cual había sido celebrada por uno de sus apasionados en un breve poema de Píramo y Tisbe, que no atinamos cuál sería de los muchos que en castellano se compusieron sobre tal argumento.

Comprende esta pieza de Lope una parte considerable de las tradiciones relativas á Teseo, no considerado como esposo de Fedra y padre de Hipólito, tal como en el teatro trágico aparece, sino como el héroe épico, domador del toro de Maratón, vindicador de la libertad del Atica, vencedor del Minotauro y de los rodeos del laberinto de Creta con ayuda del hilo de Ariadna. Largo sería, y no propio de este lugar, resumir las opiniones de los mitólogos sobre los diversos elementos que entraron en la composición de esta leyenda, y sobre la interpretación de los varios personajes y emblemas que en ella figuran. Los que buscan en Oriente el origen de casi todos los mitos griegos, no dejan de ver en el laberinto que Dédalo fabricó para el rey Minos un monumento religioso análogo al laberinto simbólico de Egipto; en Minos, una derivación del Menes egipcio; en Teseo, un héroe solar como lo es Hércules; en Ariadna, la constelación de la corona boreal; en el Minotauro, una reminiscencia de Typhón-Apophis, el maléfico hermano de Osiris, el viento abrasador del desierto, la personificación de todas las influencias sidéricas ó atmosféricas que pueden ser funestas á los dones de Ceres, á las labores de la tierra. Todas estas

interpretaciones y otras no menos sutiles son de Creuzer, en su obra clásica tantas veces citada. Teseo, pues, agricultor y legislador, semidiós del Atica, héroe civilizador que somete los toros al yugo y les hace abrir el fecundo seno de la tierra, habría empezado por ser un símbolo astronómico enlazado con los misterios de Creta y con la propagación del primitivo culto de Démeter. Si esto fuera así, como ingeniosa y doctamente pretendía la escuela ya pasada de moda, que veía en todas partes símbolos hieráticos, ¡qué distancia de ese nebuloso Teseo, de esa prosaica divinidad de calendario agrícola y meteorológico, al personaje tan humano y tan vivo que fué labrando la fantasía de los griegos, á esa especie de caballero andante de la antigüedad, cuyas aventuras y triunfos nos cuenta Plutarco en la primera de sus *Vidas paralelas* con la misma formalidad y los mismos escrúpulos cronológicos que si se tratase de una figura realmente histórica! Las hipótesis del autor de la *Simbólica* no han hecho fortuna en cuanto á este mito: han parecido aquí más arbitrarias que en ninguna parte, y tienen, además, el grave inconveniente de despojar la leyenda de sus accidentes más poéticos. Más crédito ha logrado la exégesis enteramente histórica de Ottfried Müller, que viendo, sobre todo en el desarrollo de la mitología helénica, el testimonio de las luchas de raza, adivina en Teseo al héroe nacional de los jonios, que representa el triunfo del helenismo sobre la barbarie de las tribus pelásgicas. Ningún crítico moderno defiende la existencia personal de Teseo; pero su existencia histórica en este otro más elevado sentido de fundador y héroe *epónymo* de su pueblo, es cosa que apenas puede negarse. El simbolismo astronómico, suponiendo que exista en su leyenda, es mucho menos visible que en los trabajos de Hércules, que tampoco se explican con esa clave única, puesto que el hijo de Alcmena, además de héroe solar, es, sobre todo, el héroe nacional de los dorios, el enemigo de los opresores, el que purga la tierra de malvados y de tiranos. La personalidad de estos héroes fué desprendiéndose muy pronto del germen naturalista de la religión primitiva, para convertirse en símbolos de raza é invadir de este modo el campo de la historia propiamente dicha.

Innumerables son los monumentos que el arte antiguo dedicó á Teseo; y ¿cómo no había de suceder así, si era el protector, el patrono de la ciudad artística por excelencia? El templo más maravilloso después del Partenón, y el que mejor ha resistido á los estragos del tiempo, está consagrado á su gloria. El cincel de los escultores de la grande escuela de Fidias eternizó en frisos y metopas sus trabajos y sus luchas, juntamente con los de Hércules. Más adelante, los bajos relieves, las medallas, las piedras grabadas, y sobre todo las pinturas de los vasos, reprodujeron á porfía la efigie del semidiós del Atica y todos los episodios de su carrera heroica. Los poetas cíclicos le consagraron epopeyas que de su nombre se llamaron *Teseidas*, y llegaron á formar un género especial que rivalizó con las *Heracleidas*. Pero ninguno de estos poemas ha llegado á nuestros tiempos, ni tampoco las tragedias de que Teseo era protagonista (no hablo de aquellas, todavía existentes, en que interviene como personaje secundario); ni la *Hecale*, de Calímaco, que era, al parecer,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

más bien que una epopeya, un cuento en verso, con cierto carácter familiar y realista, como todavía lo indican los treinta y tres fragmentos auténticos que de ella quedan, los cuales, dilucidados por la sabia crítica de Naeke y otros filólogos, sirven para conjeturar con alguna verosimilitud el plan de aquella composición, que tenía por objeto principal la victoria de Teseo sobre el toro de Maratón, pero que concedía largo espacio, con muy refinado primor de detalle, que nos parece moderno, aunque sea frecuente en los alejandrinos, á la descripción de la noche que pasó Teseo bajo el techo hospitalario de la viejecita Hecale antes de ir á la lucha con el animal monstruoso. El episodio encantador de Filemón y Baucis en las *Metamorfosis* ovidianas, parece haber tenido su modelo en este relato.

Ovidio también fué el principal conductor por donde las míticas narraciones relativas á Teseo llegaron á la poesía moderna. El lib. VIII de las *Metamorfosis* cuenta, aunque rápidamente, gran parte de las fábulas de Minos y Scylla (asunto también del pequeño poema atribuído á Virgilio, *Cyris*); del Minotauro y laberinto de Creta; del hilo de Ariadna, su abandono por Teseo, sus triunfales nupcias con Baco y la apoteosis de su corona entre las estrellas. Mucha es la facilidad y gracia del estilo de Ovidio; pero ¿quién no cambiaría todos sus ingeniosos procedimientos por algo que se pareciera á las sublimes imprecaciones que en boca de la abandonada Ariadna pone Catulo en el *Epitalamio de Tetis y Peleo*,

Indomitos in corde gerens Ariadna furores.....,

y que son quizá el arranque más apasionado del arte antiguo, salvo la Dido virgiliana y la Medea de Apolonio? Probablemente Catulo traducía ó imitaba á algún poeta alejandrino que hoy no conocemos; pero lo hacía con tal plenitud de sentimiento poético y tal perfección de forma, que parece que el fuego de la pasión serpea todavía por las venas de aquel trozo de purísimo mármol: «*Saxea ut effigies Bacchantis*».

No menos que los poetas contribuyó á guardar la memoria del mito de Teseo el popularísimo y ameno libro del biógrafo de Queronea, quien, compilando, según su costumbre, anécdotas esparcidas en muy diversos autores, la mayor parte de ellos perdidos para nosotros, é interpretándolas con sencillo *evemerismo*, tejió con todas ellas una entretenida novela, que colocó la primera entre sus *Vidas*, poniéndola en parangón con la historia no menos fabulosa de Rómulo.

No creemos que Lope tuviera presente á Plutarco, que le ofrecía menos cantidad de elementos poéticos. Prefirió seguir á Ovidio, aunque solamente en cuanto á los hechos, que, por lo demás, trató con su libertad habitual. En la disposición de la fábula se observa más unidad de la que solía poner en sus piezas mitológicas. El parricidio de Scylla y el monstruoso adulterio de Pasifae (uno y otro en relación), sirven de antecedentes á la acción; pero ésta se limita realmente á la hazaña de Teseo en el laberinto de Creta, y á los amores y abandono de Ariadna, interpolados con algunos episodios de pura invención del poeta, como el desafío del príncipe de Lesbos, Orantes, y varias escenas pastoriles y villanescas. Es obra bien escrita,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

y sin duda por eso la contó Lope entre las cinco predilectas suyas; pero en conjunto me parece inferior, no sólo al *Adonis*, sino al *Jasón*, que veremos luego, y al *Perseo*. Son notables, por su sentido político (que es el mismo que se trasluce en la silva de *El Siglo de oro* y en otras poesías líricas de Lope), estos versos que pronuncia Teseo en loor del régimen democrático de Atenas:

Porque es república justa,
Y no ha de hacer cosa injusta
Cuando más valor tuviera.
Aquí, con justicia igual,
Sin que á uno falte, á otro sobre,
Al que es rico y al que es pobre
Se reparte el bien y el mal.
Estos gobiernos difieren
De otros injustos y odiosos,
Adonde los poderosos
Se salen con lo que quieren.
¡Ay del reino en que por fuerza
El pobre ha de padecer,
Y el rico hacer y poder
Que la ley con él se tuerza!

Por lo demás, el asunto está tratado enteramente á la española: «Salen Fedra y Ariadna en hábito de hombre, con capas y espadas.» Los pastores cantan y bailan la tradicional Maya. Hay mucho menos sabor clásico que en otras piezas de Lope. Su Ariadna no es la trágica Ariadna de Catulo, «*ardenti corde furentem*», sino más bien una heroína de romance caballeresco, cuyo sueño remeda el de D.ª Alda, la esposa de D. Roldán:

Soñaba que un pardo azor
Una paloma sacaba
Del nido en que yo dormía,
Y que del mar por las aguas
Á la margen de otro puerto
Se la llevaba en las alas.....

Al fin del acto primero hay un contraste bastante dramático entre la desesperación de Ariadna y la tranquila vida de que gozan los pobres pescadores que la recogen en su cabaña.

Calderón, que, según vamos viendo, volvió á tratar la mayor parte de los argumentos mitológicos que Lope había puesto en escena, desarrolló la fábula de *El Laberinto de Creta* en la jornada segunda de la extraña comedia que, con el título de *Los tres mayores prodigios*, fué representada delante de Felipe IV la noche de San Juan de 1636 en el patio del Real Palacio del Retiro. Nada más raro que la estructura de esta pieza, que en realidad comprende tres comedias, las cuales fueron simultáneamente representadas por tres compañías en tres diferentes tablados,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

y pasan en las tres partes del mundo conocidas por los antiguos. Los héroes son Hércules, Teseo y Jasón, que sólo aparecen reunidos en la loa y al final del acto tercero, en que se juntan los tres teatros. Hércules quiere rescatar á su Deyanira, robada por el centauro Neso, y sus dos amigos se le ofrecen, con todo género de protestas caballerescas, á buscarla por mar y tierra en el plazo de un año. En la jornada primera Jasón aporta á Colcos, y con ayuda de Medea roba el vellocino de oro. En la segunda, Teseo triunfa del Minotauro y escapa del laberinto de Creta. En la tercera, Hércules liberta á Deyanira y mata al centauro, pero muere envenenado por la túnica de Neso y abrasado en la pira del monte Oeta, como en las tragedias de Eurípides y de Séneca.

No ha de buscarse en este capricho dramático, compuesto de acciones inconexas entre las cuales no existe más que un lazo artificial, otra cosa que lo que el autor quiso poner, es decir, sonoros versos y mucho lujo de decoraciones y pompas teatrales. Era un espectáculo más bien para los ojos y para el oído que para el entendimiento, y el desarrollo es tan superficial que Schmidt llega á compararle con las piezas de los teatros de muñecos. Sin embargo, cuentan los contemporáneos que á este juguete cortesano debió Calderón el hábito de Santiago, que no hubiera obtenido por méritos de *La vida es sueño* ó de *El Príncipe Constante*, ya escritos antes de aquella fecha.

La célebre poetisa de Méjico sor Juana Inés de la Cruz, imitadora de Calderón en lo dramático, como de Góngora en lo lírico (imitaciones casi siempre frustradas, en que malgastó mucha parte de su natural y agudo ingenio, que sólo campea con espontaneidad en sus versos amatorios y familiares), hizo á Teseo protagonista de otra comedia, *Amor es más labyrinto*, escrita para festejar los días del virrey Conde de Galve; pieza muy endeble, no sólo por culpa del argumento mitológico, sino por vicio de culteranismo, por mala contextura dramática y sobre todo por estar afeada con un infelicísimo acto segundo, que no es de la monja, sino de su colaborador el licenciado D. Juan de Guevara. En el primer acto, que es lo menos malo de la comedia, pueden elogiarse algunos toques valientes y calderonianos, así en el relato de Teseo como en el discurso del Embajador de Atenas. Todavía está escrita con peor gusto que la pieza de sor Juana, *El Labyrinto de Creta, fiesta de la zarzuela representada á Su Majestad* (Carlos II) por D. Juan Bautista Diamante, inserta en la *Parte décimaséptima* de *Comedias varias nunca impressas, compuestas por los mejores ingenios de España* (Madrid, 1677).

En Francia, Tomás Corneille, aunque inspirándose menos de lo que debiera en la divina poesía de Catulo, hizo una *Ariadna* (1672) elocuente y patética, muy superior al resto de sus obras y que todavía hoy alcanza la honra de ser reimpresa al fin de las de su glorioso hermano.

La ópera italiana se había apoderado muy pronto de este asunto. La segunda *Favola in musica*, de Claudio Monteverde, fué una *Ariadna*, representada en Mantua en 1608, en las fiestas de la boda del Príncipe heredero de aquel ducado con la Princesa de Saboya. La partitura se ha perdido, pero entre los madrigales á cinco

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

voces del mismo Monteverde (1614) está *Il lamento d'Arianna*, que debe de proceder de la misma ópera, la cual, en el invierno de 1639, fué repetida en Venecia (1). Cuando nació la ópera francesa, fué el *Teseo* de Quinault (música de Lulli) uno de sus primeros ensayos (1675). Cítase también un *Teseo* de La Fosse, trágico secundario del tiempo de Luis XIV.

En nuestra lengua, fuera de las antiguas comedias ya citadas (2) y de dos poemas culteranos (3), no recuerdo más que la cantata de *Ariadna*, de D. Manuel José Quintana, que figura en todas las ediciones de sus poesías desde la de 1802, y que, á la verdad, no es más que un ensayo juvenil poco adecuado á las condiciones del gran poeta lírico cuyo nombre lleva.

V.—EL VELLOCINO DE ORO.

Texto de la *Parte décimanovena* de las comedias de Lope (1623). La fecha y circunstancias de la representación se infieren de la dedicatoria á D.ª Luisa Briceño de la Cueva, recién casada entonces con D. Antonio Hurtado de Mendoza (*el discreto de Palacio*), ingenioso poeta montañés (4) y, como tal, semipaisano de Lope, que parece haberle profesado singular estimación.

«Esta fábula de Jasón (dice Lope), ni escrita ni representada en competencia y oposición de la que ilustró con su presencia y hermosura el Sol de España, sino *re-*

---

(1) Rolland, *op. cit.*, páginas 85-86.

(2) *El melodrama en un acto, con períodos de música, «Ariadna abandonada en Naxos»*, que Rita Luna y Manuel García representaron en 1794, tiene todas las trazas de ser traducción, y muy descuidada por cierto.

(3) Es el primero la *Ariadna* de D. García de Salcedo Coronel (Madrid, 1624). Lope de Vega dice de él en la aprobación que «está escrito en estilo grave, con versos dulces y numerosos, altas, propias y castas locuciones». Pero, á la verdad, el poema es digno de un tan ferviente devoto como Salcedo fué de la última manera de Góngora, sobre cuyas obras compuso un enorme y pedantesco, aunque no inútil, comentario que le ha dado más celebridad que todos sus versos propios.

Poeta gongorino no menos furibundo fué el cordobés D. Miguel Colodrero de Villalobos, que en el tomo de sus *Varias rimas* (Córdoba, 1629) tiene una *Fábula de Theseo y Ariadna*.

El soneto de D. Juan de Arguijo, *Ariadna*, es una elegante imitación de algunos versos de Catulo:

> Sed quid ego ignaris nequicquam conqueror auris;
> Externata malo? Quæ nullis sensibus auctæ
> Nec missas audire queunt, nec reddere voces.
> Ille autem prope jam mediis versatur in undis,
> Nec quisquam adparet vacua mortalis in alga.
> . . . . . .

(4) Nació en Castro Urdiales, y era Alguacil mayor de aquella villa, según resulta de las pruebas que hizo para tomar el hábito de Calatrava en 1623.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

presentada y escrita para acompañar su fiesta de Aranjuez, la mayor que de aquel género ha visto el mundo, como las relaciones del Sr. D. Antonio tendrán advertida á Vmd., la dedico y ofrezco..... He querido que Vmd. sepa mi obligación con tan humilde ofrenda, si bien calificada con los dueños que tuvo, porque como el manto obscuro de la noche recibe tanto honor de las estrellas, así *los rudos versos desta fábula del resplandor de las señoras damas que la representaron*. Mal dije noche; pues, aunque no estuvieran allí SS. MM., su bizarría y hermosura la hicieron día.....»

Trátase aquí de la fiesta, trágicamente famosa, que para celebrar el cumpleaños del rey Felipe IV se celebró en Aranjuez el 15 de Mayo de 1622 (1), y en la cual fueron representadas, por las damas de la reina D.ª Isabel de Borbón, dos comedias, *Las Glorias de Niquea*, del Conde de Villamediana (en que hizo papel mudo la Reina misma), y *El Vellocino de Oro*, de Lope de Vega. No faltan narraciones de este festejo, pero todas ellas se refieren más bien á la comedia del primer día (la de Villamediana) que á la del segundo. Tal acontece con las acotaciones que el mismo Conde puso á su comedia, y se hallan en todas las ediciones de sus obras, comenzando por la de Zaragoza, 1629; y con las dos relaciones, una en prosa y otra en verso, que compuso D. Antonio de Mendoza, y á las cuales se refiere Lope en la dedicatoria de esta comedia. Extractaremos de una y otra la parte general de la fiesta, y lo particular de la pieza de Lope, prescindiendo de todo lo relativo á *Las Glorias de Niquea*, punto ya muy curiosamente dilucidado por los biógrafos del maldiciente y desventurado Villamediana.

«En este sitio, pues (dice el Conde, después de hacer un pomposo elogio de Aranjuez), determinó la Reyna Nuestra Señora hazer una fiesta como suya, con las Damas de su palacio, en recuerdo del dichoso nacimiento del Rey nuestro señor, que fuera ocho dias del mes de Abril, que por gozar más de aquel regalado sitio se dilató hasta los quinze de Mayo deste año..... Aquí la arquitectura animó su soberbia traza, que si bien no la vió executada en pórfidos y jaspes, ostentó vanaglorias, aun-

---

(1) Debió haber sido el 8 de Abril, pero se retrasó más de un mes, quizá por el mal tiempo. «En fin, las fiestas empezaron (dice el cronista de Felipe IV), y sus principios fueron toros, y luego dos grandes comedias, y de tan noble ostentación, que sus magníficos teatros casi pudieran competir con los famosos que celebra la venerable antigüedad. Mas ni en tan quieta diversión, y en quien se hallaron nuestros Reyes y los Infantes sus hermanos, y Embaxadores de los Príncipes y la nobleza cortesana, quiso faltarles la fortuna con sus reveses ordinarios. Era de noche, y proseguíanse con gran aplauso las comedias, cuando su propia admiración, entre el silencio divertida, dió tiempo y causa á que una luz, cayendo encima de un dosel, con emprenderle, y assi mesmo algunos ramos del teatro, pusiesse en riesgo su auditorio, y con tan grande turbación que apenas pudo preservarle de la violencia de las llamas la más prevista diligencia, mezclando entonces un temor las aguijadas, y los cetros, y las personas más supremas con las más ínfimas y bajas. Tal dexo tuvo el regozijo de Aranjuez.»—(Céspedes y Meneses: *Historia de Felipe IV*. Barcelona, 1634. Fol. 101.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

que en materias débiles, viéndose más hermosa y luzida entre bosquejos de madera y lienzo que en la grave opulencia de Romanos Coliseos (1).»

En el mismo estilo retumbante y gongorino, y con los mismos impertinentes y prolijos rodeos, prosigue la relación, de la cual sólo apuntaré aquellas cosas que sirven para comprender el aparato escénico con que fueron presentadas ambas piezas: «Despeñóse el sol, y entre nubes de oro y púrpura encaminó su carro á los Campos Américos, dando lugar á la noche más serena y apacible que regalaron auras suaves y templados zéfiros, á quien miraba el calor con tanto miedo que, mientras duró la fiesta, no se atrevió á passar de los palenques que sirven de vistosa corona á la isla: no se le diera mucho al artífice que la noche, aunque fuera de envidia, turbara las estrellas de su manto, porque en vez de sus luces adornó con tantas el coronado espacio que la Astrología, privada de conocer mil y veinte y dos estrellas, hallara nuevas márgenes de faroles y antorchas en más crecido número..... Nuestro gran Monarca Filipo, que guarde el Cielo, ocupó lugar debido á su persona, á cuyo lado estaban los Infantes Carlos y Fernando, y á sus espaldas, en pie, algunos Señores de Castilla, que sirven en su cámara, sin los demás que en torno al Coliseo ocupaban asientos iguales; y fué acertada la voz que corrió en la corte del rigor de la entrada, pues, de otra suerte, fuera otra calle Mayor de Madrid la menor de los jardines de Aranjuez, y el ímpetu de la gente hiziera estorbos al aplauso que pretendieron los Reyes, si bien no se vió lugar vazío, aviendo tantos.

»Sonaron instrumentos músicos en diferentes coros, y la señora Infanta y Damas salieron á danzar una máscara, que, para que la vista pudiera darles atencion, fué importante cubrirse el rostro; que, á dexarse ver, pienso que perdieran su lustre la pompa y grandeza de los trages, y su valor las piedras, que parece que los montes Orientales avian abortado en aquel sitio su mayor tesoro. Dióse fin á la máscara, y con humildes reverencias á Su Magestad dexaron el teatro, que á no ocuparle tan presto, entre consonancias de nuevos instrumentos, un opulento carro, bañaran tinieblas el espacio que adornaban luces.»

Después de esta máscara y de una loa dióse principio á la comedia del Conde. Las damas que tomaron parte en la representación (además de la Reina, que apareció como diosa de la Hermosura, y de la Infanta) fueron D.ª Margarita de Tabara, D.ª Francisca de Tabara, D.ª Antonia de Acuña, D.ª Isabel de Aragón, doña María de Salazar, D.ª Bernarda de Bilbao, *una negra, grande cantora, criada de la Reina*, D.ª María de Aragón, D.ª Leonor de Quirós, D.ª Lucía Ortiz, D.ª Francisca de Zárate, D.ª Inés de Zamora, D.ª Antonia de Mendoza, D.ª María de Guzmán.

Terminada la *Niquea* (cuyo asunto caballeresco estaba tomado del libro de *Don Florisel*, una de las continuaciones del *Amadís de Gaula*), «cerróse la montaña y

---

(1) *Obras de D. Juan de Tarsis, Conde de Villamediana y Correo mayor de Su Majestad, recogidas por el licenciado Dionisio Hipólito de los Valles..... Madrid, por Diego Díaz de la Carrera. Año* 1634. Fol. 2 y siguientes.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

cubrióse el teatro; y en tanto que los músicos cantaron el soneto de la segunda escena se volvió á dividir el monte, y pareció en lo superior del trono un jardin, bella translacion de Hiblea, y las gradas con blancos macetones de flores, y yerbas diferentes, y á los lados fuentecillas que por espías del Tajo estaban percibiendo la fiesta, para que pudiese llevar su relacion al Rey de las aguas; entre las hermosas flores parecieron sentadas todas las Ninfas que introduxo la fábula, y con ellas la Reina nuestra señora y la señora Infanta, de donde con alegres passos ocuparon el teatro, y al compás de dulces instrumentos danzaron, con que tuvo fin la fiesta.»

El relato de Mendoza tiene más sustancia, y es menos crespo y enmarañado. Empieza también con una descripción de los jardines y campos de Aranjuez, y del jardín de la Isla, y luego entra en materia del modo siguiente:

«Estas representaciones, que no admiten el nombre vulgar de comedia, y se le da de *invencion* la decencia de Palacio (desprecio más que imitacion de los espectáculos antiguos, de que aun hoy Italia presume tanto), merecía más atinada pluma..... Ageno gusto (y no mi presuncion) me empeña en esta noticia, si no ingeniosa, verdadera, que me hallé presente, y entonces lo admiré, y agora lo escribo con el recelo de su ofensa.

»Dividióse Palacio en dos quadrillas para hacer distintas las fiestas; de la primera se nombró dueño la Reyna, que con la grandeza della la hizo digna de sí; y de *la segunda fué autora la Sra. D.ª Leonor Pimentel* (1), dama de aventajado entendimiento, y que con él sólo pudo prometerse la competencia, si fuera possible.

»A fabricar el aparato de la invencion de Su Magestad vino á Aranjuez el capitan Julio César Fontana, ingeniero mayor y superintendente de las fortificaciones del Reyno de Nápoles, hijo de aquel tan celebrado arquitecto por las fábricas de Sixto V, y comparable artífice con su padre. Levantóse un teatro de ciento y quinze pies de largo y setenta y ocho de ancho, y siete arcos por cada parte, con pilastras, cornijas y chapiteles de orden dórico, y en lo eminente dellos unas galerías de balaustres de oro, plata y azul, que las ceñian en torno, y sustentaban sesenta blandones con hachas blancas y luzes innumerables, con unos términos de relieve de diez pies de alto, en que se afirmaba un toldo, imitado de la serenidad de la noche, multitud de estrellas entre sombras claras, y en el tablado dos figuras de gran proporcion, la de Mercurio y Marte, que servian de gigantes fantásticos y de correspondencia á la fachada, y en las cornijas de los corredores muchas estatuas de bronze, y pendientes de los arcos unas esferas crystalinas que hazian quatro luzes, y alrededor tablados para los cavalleros y el pueblo, y una valla hermosísima que detenia el paso á la gente, y en medio un trono donde estavan las sillas del Rey y de los Señores Infantes Don Cárlos y Don Fernando, sus hermanos, y abaxo tarimas y estrados para las Señoras y Damas: formábase una montaña de cinquenta piés de latitud y ochenta de circunferencia, que se divide en dos; y con ser má-

(1) Amiga y favorecedora del ingenio de Lope, quien la dedicó *La Filomena*, *La Andrómeda* y otros poemas suyos.

quina tan grande, la movía un solo hombre con mucha facilidad; cubria el aparato, y era de la misma orden dórica, y se subia por muchas gradas á un nicho espacioso, poblado de muchas fieras: lo que ocultaba este monte se descubrirá quando se vaya haciendo relacion de las apariencias en el lugar en que sirvieron en la fábula.

»Era el sujeto la Gloria de Niquea, conocida en los libros de Amadís; escrivióse (1) con atencion á la soberanía de Palacio, por saber la corta licencia que se les concede en él á los versos y el atino con que se han de escrivir, en que se ven poco pláticos los que se han criado lexos de la severidad de su escuela.

»Estava señalada la fiesta para el dia de San Filipe, y la ocupacion de tanta fábrica la dilató hasta el primero de Pasqua de Espíritu Santo, que estuvo ya en perfeccion todo. Al fin del dia se encendieron las luzes, con que quedó dudosa la noche; tomaron sus puestos los que tuvieron permision de verla, que fué limitada; porque, á dar licencia general, fuera mucho el embaraço con la gente que acudiera de Madrid, y la que camina con sus Magestades y Altezas era bastante para que no le faltasse grande auditorio..... Ocuparon los dos estrados las Señoras y Damas que se hallaron en Aranjuez: el uno la Condessa de Olivares y D.ª Francisca Clarut, mujer de D. Baltasar de Zúñiga; la Marquesa de Castel-Rodrigo y D.ª Margarita de Melo, su hija, y la Condesa de Barajas; y el otro las señoras D.ª Juana de Aragon, D.ª Leonor Pimentel, D.ª Ana Bazan, D.ª María Sande, guarda mayor de las Damas; la Sra. D.ª Margarita de Tabora y la Condesa de Castro, dueñas de honor.

»Hizo señal la música de trompetas y chirimías que salian el Rey y los Infantes al sitial de sus assientos, y luego salieron al tablado muchos violones y el Maestro de danzar con ellos, y dando lugar los Menestriles á los instrumentos, se abrieron dos puertas y se empezó una gallarda muestra.»

Sigue una descripción muy circunstanciada de la máscara, con los trajes de las damas; y luego se expone, con la misma prolijidad de detalles, el aparato de la loa y de la comedia de D. Juan de Tarsis, acabada la cual «cubrió de improviso la montaña todo el teatro, y volvióse luego á abrir aquella máquina al son de los instrumentos, y con novedad no esperada, lo que fué monte y edificio, vimos convertido en bellísimos jardines con flores y fuentes naturales, tan ingeniosamente y con tanta presteza transformadas, que, con ser mucho el artificio, se dió la admiracion á la brevedad. Y para la apuesta de la Reyna nuestra señora con la Sra. D.ª Leonor Pimentel (observando una costumbre antigua de Palacio, que se llama adivinacion, en que se pone una joya por gusto y no por precio), aparecian en lo eminente de un trono Su Magestad y la Infanta, las Damas y Meninas sentadas en las gradas haziendo generosa apariencia, y todas ceñian su brazo derecho con un liston carmesí, iguales y enlazados de forma que no hazian distincion. Era el precepto que, juntándolos todos la señora Doña Leonor, para vencer, acertasse con el que pendia del brazo de la Reyna.

---

(1) Es muy de reparar el estudio que hace Mendoza para no nombrar en parte alguna de su relación al Conde de Villamediana.

»Llegó la señora Doña Leonor, y perdió solamente el poder ganar; que para acabar de perder era ley que la Reyna atinasse en su fiesta con el liston que ceñia su mano. Acompañaron esta accion todos los instrumentos y cantores, que, siendo España naturaleza de las más excelentes voces del mundo, de las mejores se funda la Capilla Real, que á su Maestro deve la Música haver juntado en los tonos la destreza y el buen ayre de cantar, ajustando lo crespo del facistol á lo dulce de la guitarra, y á la eminencia de su arte la novedad de Palomares, la blandura de Juan Blas y el espíritu de Alvaro, y todo logrado en esta ocasion.

»Dióse fin á la fiesta danzando el *turdión* la Reina, la Infanta y la Señora Doña Ana María Manrique, con espadas y sombreros; las señoras D.ª Isabel de Aragon D.ª Antonia de Mendoza y D.ª Francisca de Tabora.»

De la segunda fiesta, la dirigida por Leonor Pimentel, no sabemos más que lo que el mismo Mendoza quiso decirnos en un lóbrego y conceptuoso romance, cuya última parte debemos transcribir íntegramente como ilustración necesaria á la comedia de Lope, de la cual, por otra parte, contiene una especie de análisis ó resumen:

Escucha; ¿qué ruido es éste
Que en el jardin de los negros,
Entre selva y edificio
Es lo dudoso más cierto?
Otro segundo theatro
Miro, si no del primero
Competencia, ya de todos
Admirable menosprecio.
Ya la música es principio
De ilustre fiesta, y de un nuevo
Trono, que aun del sol no fuera
Dorado blason pequeño.
Sale una máscara hermosa
En que del otro hemisferio
Las luzes, contra sí mismas,
Hazen duda al vencimiento (1).
En lo hermoso y peregrino
De los trajes, descubrieron
Su demasía el poder,
Y su eleccion el ingenio.
Oye á la fama y la envidia,
Que pisando el sitio ameno,
Publican de la otra fiesta
Nobles encarecimientos.

(1) Al margen del texto de Mendoza se lee esta acotación: «La máscara de quatro quadrillas de á tres. La primera, la señora Infanta. Las señoras D.ª María de Guzman y D.ª Francisca de Tabora.»

La fábula empieza, y Colcos
Y Jason dan el sujeto,
Y la pluma el Fénix claro,
Cisne de Apolo el más tierno.
¡Qué lastimeros gemidos
Suenan en el mar, que el centro
Assalta en azules ondas
Del Sol los dorados cercos!
«¡Favor, Neptuno divino!»
Dice una voz; y otra luego:
«¡Ondas, dexadnos passar,
Templad los rigores vuestros;
Piadosa ninfa de Tetis,
Socorre dos marineros (1)
Que el aire cortan sin velas,
Que el mar dividen sin remos!»
En bajel de rizos de oro
Salen al buscado puerto
Los quexosos fugitivos,
Del mundo hermanos más bellos.
No es el Géminis famoso
De igual belleza, ni fueron
Las verdes selvas testigos
De tanto Adonis y Venus.
Enamóranse las Ninfas,
Bellas hijas de Nereo,
De su dorado animal,
Imágen de un rico necio:
En desconocidas playas
Los hermosos extranjeros
Á lo peregrino fían
Las esperanzas de un Reyno.
Friso refiere lo noble
De su grande nacimiento,
De una madrastra la envidia,
Y de una envidia el veneno.
En su triste desamparo
Los anima el dios guerrero;
Que á lástimas de la tierra
No se llama sordo el cielo.
Una generosa dama (2)
Hace un divino compuesto
De Marte y Narciso, entrambos
Sin lo vano y lo soberbio:

(1) «Las señoras D.ª Ana de Sande y D.ª María Coutiño.»
(2) «La señora D.ª Luisa Carrillo.»

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De fuertes luzidas armas
Ciñe su bizarro cuerpo,
Y de arneses victoriosos
Las paredes de su templo.
De los ínclitos varones
Publica los claros hechos,
Que viven siempre inmortales
Sobre los hombros del tiempo.
Que á los montes se retiren
Les avisa; que de buenos,
Grandes varones, fué siempre
Huésped sagrado el desierto.
El vellocino le ofrecen,
Que será blason al cuello
De tantos grandes Filipes,
El Quarto, en todos primero.
De su querida Medea
Sale quexoso Fineo;
Que desdichadas finezas
Labran desdenes de hielo.
Segundo parto del mar,
Principio á tanto escarmiento,
Es tyrano de las ondas,
Volante animoso leño.
Para quexa de los siglos,
Hércules, Jason, Teseo,
Dan nueva guerra á las vidas
En campañas de agua y viento;
Con más codicia que gloria
Rompen el mar; que al sediento
Afán de ambicion humana
No bastan golfos en medio.
Conquistar el vellocino
Es su empresa, y á su intento
Armas previenen y assombros
Los admirados isleños.
Medea y el Rey se inclinan
Á diferentes afectos:
Él, á defender sus muros,
Y ella á rendir pensamientos.
Solicitan de hija y padre
Jason y sus compañeros
El agrado, aunque ninguno
Es falso, y todos son griegos.
Fineo celoso mira
La novedad, y en el pecho
Iras fabrica y venganzas;

Que son traydores los zelos.
La bella Elenia se muestra
Su amante, y un jardinero
Galán su desdén acusa
En dulces suspiros tiernos.
Mal fiada de sus ojos,
Busca Medea el esfuerzo
De encantos, que sin belleza
Son delito y no remedio;
La hermosura es solo encanto,
Y en sus bellos ojos preso
Jason, no quiere otro hechizo;
Que hermoso basta un cabello:
Desconfía por amante,
No por hombre, y en un fresco
Jardin, de amores Reales
Vulgarísimo tercero,
Hablarle intenta Medea,
Y Elenia en blandos concentos
Lo triste del alma fía
Á lo dulce de un soneto:
Sirenas halla en la tierra,
Más que en el mar; mas, ¿qué es esto,
Que ya todo el aparato
Es jurisdiccion del fuego?
Llama veloz penetrando
De uno en otro ramo seco,
Penacho es de luz, y en plumas
Ardientes vuelan los techos.
La seguridad advierte
De aquel hermoso mancebo (1),
Que á la alteracion se niega
Por quietar el susto ageno.
Por él temen todos, y él
Mira seguro el incendio,
Que en la turbacion de todos
No se aparta del sossiego;
Ni de su lado, aquél siempre
Sólo á su servicio atento (2),
De quien la fama y la gloria
No serán testigos muertos.
Del numeroso auditorio
Mira á lo baxo y plebeyo,

(1) «El Rey nuestro Señor.»
(2) Es seguramente el Conde-Duque de Olivares, aunque no lo acota Mendoza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que ya es en él confusion
Lo que bastaba recelo;
El temor es el peligro,
Y en la fuga y el aprieto,
Del remedio que procura
Se compone todo el riesgo.
Ya el gallardo ilustre joven,
Quanto es dulce parentesco
Del amor y de la sangre,
Vínculos del alma estrechos,
Saca en sus bizarros brazos,
Más fino que con el viejo
Noble padre, aquel Troyano
Fénix del ardor sangriento.
Animosa la hermosura
Con el semblante sereno,
De la blanca aurora imita
Los albores más risueños;
Á las humanas deidades
Las dexan de amparo lexos,
Los viles con el espanto,
Los nobles con el respeto,
Hasta que necessitando
De cortés atrevimiento,
Con decencia la osadía
Se pone animosa en medio;
Como á sagrados Penates
El dulce glorioso peso
Dan al hombro, que á las plantas
Fueran profanos trofeos:
¡Quántas atentas finezas
Se malograron, que abriendo
Lugar, dió al agua peligros
Quien no las halló en el fuego!
Alguno á quien bellos ojos
Callado favor pidieron,
Sin dolerse ni empeñarse,
Todo lo miraba Nero (1).
Dió treguas el alboroto,
Los sustos aplauso dieron,
Festivo quedó el peligro,
Y quedó corrido el miedo.
Sólo tuvo de desdicha
Lo que los ojos perdieron,
Quitando á la admiracion

(1) Alusión al antiguo romance *Mira Nero de Tarpeya.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Lo que ser pudo escarmiento.
Mereció ser competencia
Y sirvió con el suceso
De luminaria, que tuvo
Hasta en lisonjas extremos.
Dexó engañarse la fama
De relaciones, fingiendo,
La novedad desatinos,
Y la ignorancia mysterios:
Hasta el accidente mismo
Nos dexó alegría, haziendo
Los donayres experiencias
De los engaños del pueblo
Altamente celebrados;
Ansí los años Febeos
Del Sol quedan inmortales,
Ya que no pueden eternos (1).

Los últimos versos se refieren, aunque de un modo intencionadamente obscuro, no sólo por el estilo habitual del poeta, sino por consideraciones de otro orden, al accidente del incendio súbito del teatro, y á las extrañas voces que entonces corrieron sobre la causa del siniestro, y que hallamos consignadas en los viajes de Mme. d'Aulnoy y de Van Aarsens de Sommerdyck, los cuales no dudan en suponer que el mismo Conde de Villamediana, loco de amor por la reina Isabel, pegó fuego al improvisado escenario para poder sacarla en sus brazos. Esta tradición, que nos parece novelesca é inverosímil, pero que seguramente tuvo origen en alguna voz que corrió muy acreditada entre los contemporáneos (como lo indica el mismo empeño con que el cortesano poeta Mendoza procura desvirtuarla y hacer que sea Felipe quien, rompiendo por las llamas, salve á la Reina), acaba de rodear de una aureola romántica esta fábula de Lope.

Con estas explicaciones podrá entenderse la *loa famosa* que precede á la comedia, ó más bien *invención*, como quería Mendoza que se llamase á estas representaciones de Palacio, de las cuales él mismo dice que «no se rinden á los preceptos comunes de las farsas, que es una fábula unida; ésta se fabrica de variedad desatada, en

---

(1) *El Fénix castellano D. Antonio de Mendoza, renascido de la gran Bibliotheca del Ilustríssimo Sr. D. Luis de Sousa, Arzobispo de Lisboa..... Lisboa, en la imprenta de Miguel Manescal*, 1690. Páginas 426-445.

En vano hemos buscado relación de estas fiestas en las Cartas de Andrés de Almansa Mendoza (1621-1626), principal noticiero de esta época, y á quien cuadra mejor que al Mendoza poeta el retrato que en una de sus cartas al Duque de Sessa hace Lope de aquel Mendoza, «*retrepado siempre en los coches de los grandes y títulos..... asistente perpetuo á la comedia, calificador de los sermones entre los poetas, y de los dramas entre los oradores sagrados, consultor de los sonetos, embajador de la Señoría de la discrecion en esta Corte, agente de la puerta de Guadalajara, y Mercurio de las nuevas y sátiras de este reino*».

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

que la vista lleva mejor parte que el oído, y la ostentacion consiste más en lo que se ve que en lo que se oye». Hasta en la extensión y distribución se aparta de las reglas generales del Teatro de Lope, puesto que es muy breve y no tiene división de actos. Es, por consiguiente, un espectáculo palaciego muy análogo á la ópera.

Lope, sin embargo, con mejor acuerdo que el Conde de Villamediana, que había tomado de un libro de caballerías su embrolladísimo argumento, difícil de desarrollar en tan corto espacio, prefirió acudir al arsenal de la mitología, donde encontró una fábula perfectamente acomodada para este género de exhibición pomposa, con la ventaja de ser ya familiar á los espectadores, lo cual permitía más rapidez en la acción, subordinada, como tenía que estarlo, á las máquinas, decoraciones, danzas, músicas y tramoyas. Sembró toda la obra de versos bellísimos y triunfó como lírico, ya que las condiciones de la obra apenas le permitian mostrar su talento dramático.

El mito geográfico de los Argonautas (conocido ya del autor de la *Odisea*), y el de los amores y encantos de Medea, enlazado de antiguo con él (puesto que ya aparecen juntos en la *Teogonía* de Hesiodo, aunque son de origen diverso), habían sido poetizados de mil maneras por los autores clásicos, y al poeta moderno apenas le quedaba novedad posible en tal argumento. Prescindiendo de la tragedia de Eurípides (1) y de todas aquellas en que Medea no es la virgen de Colcos enamorada y hechicera, sino la esposa vengativa, la maga ofendida y celosa; podía escoger entre el solemne y triunfal relato épico-lírico que se contiene en la *Pítica* IV de Píndaro; el poema de Apolonio de Rodas, obra exquisita y refinada del arte alejandrino, á la cual el patético episodio de Medea (canto 3.°) da un valor psicológico y sentimental, sólo igualado ó superado entre los antiguos por el lib. IV de la *Eneida;* la exposición también muy dramática de Ovidio en el lib. VII de las *Metamorfosis*, al cual puede añadirse la *Heroída* XII, composiciones una y otra en que es visible la influencia de Eurípides y de Apolonio, especialmente en el análisis de los afectos de Medea, y del conflicto y lid de contrapuestas pasiones que arde en su pecho; y, finalmente, hasta la dura y seca *Argonáutica* latina de Valerio Flaco, no falta de mérito, sin embargo, en su concisión sentenciosa.

Lope de Vega, según su costumbre, tomó por guía á Ovidio, y lo mismo han hecho casi todos los poetas modernos que han llevado á las tablas este argumento. Antes de indicar rápidamente algunas de estas obras advertiré que esta *fiesta* palaciega de nuestro poeta fué repetida en 1633 en Viena, y en 1649 en Milán (2).

---

(1) Sófocles había tratado el asunto de los argonautas en dos tragedias, *Los Scitas* y *Las Mujeres de Colcos*, citadas varias veces por el escoliasta de Apolonio. Quizá la *Medea* latina de Attio, de la cual ha conservado Cicerón (*De natura Deorum*, II, 35) un curioso fragmento, en que se pinta el asombro de un pastor al ver por primera vez un barco, era imitación de esta tragedia, más bien que de la *Medea* de Eurípides.

(2) Hallo esta noticia en un escrito reciente sobre Lope, que contiene muchas indicaciones eruditas y útiles á pesar de su brevedad:

Studien zu Lope de Vega, von Professor Engelbert Günthner. (Program des Konigl. Gymnasiums in Rottweil zum Schlusse des Schuljahrs, 1894-95.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El acto primero de *Los tres mayores prodigios* de Calderón, trilogia de que ya dimos cuenta en el artículo anterior, está dedicado á la conquista del vellocino de oro. No insistiremos sobre esta pieza, que el mismo Valentín Schmidt califica de aborto dramático, reconociendo en esta ocasión la superioridad del arte sencillo de Lope. Ni hablaremos de *Los Encantos de Medea* de D. Francisco de Rojas, porque esta monstruosa comedia, en la cual nada hay digno del autor de *García del Castañar*, no tiene por asunto la primera parte de la leyenda de Jasón, sino la segunda, esto es, los celos y la venganza de Medea. Con el título de *El vellocino de oro conquistado* cita Salvá en su *Catálogo* un drama anónimo, en un acto, sin advertir si le tenía impreso ó manuscrito. Probablemente será traducción, hecha en el siglo pasado, de alguna de las óperas extranjeras compuestas sobre este argumento (1). Con efecto, así como los celos de Medea son materia propia de la tragedia, sus encantamientos pertenecen más bien á la jurisdicción del drama lírico, que los ha explotado muchas veces. Creemos que abre la serie el *Jasón* de Francisco Cavalli (verdadero fundador de la ópera veneciana), cantado con letra de Jacinto A. Cicognini, en 1649, en el teatro de San Cassiano; obra la más conocida y famosa de aquel compositor, que en los cantos de Medea puso, según dice Gevaert, una pasión salvaje, y en los de Jasón acertó á contrastar con arte sentimientos muy diversos (2). *La Toison d' Or*, de Pedro Corneille, tiene algún interés para los españoles por haber sido representada en 1661, con ocasión de la paz de los Pirineos y del matrimonio de Luis XIV, precisamente al mismo tiempo en que nuestro Calderón, celebrando idéntico suceso, componía para el teatro del Retiro *La púrpura de la rosa*. La pieza de Corneille lleva el título de *tragedia*, pero en rigor no lo es, ni tampoco una ópera, sino una pieza de grande espectáculo en que la declamación ocupa más lugar que la música; una especie de zarzuela heroica ó seria. Sólo se recuerdan de ella algunos elocuentes versos del prólogo, relativos á los desastres de la guerra. Otra ópera de *El Vellocino de Oro*, de Juan Bautista Rousseau, yace en el olvido más profundo.

Pero lo más digno de recordarse en un estudio acerca de Lope es la trilogia sobre

---

(1) Pudo ser la misma que corre impresa, en italiano y castellano, formando parte de la serie, ya rara, de las óperas cantadas en el teatro del Buen Retiro en tiempo de Fernando VI.

El vellón de oro conquistado. Composición dramática para representarse en el Real Coliseo del Buen Retiro, festejándose el feliz día natalicio de su Magestad Cathólica el rey nuestro señor Don Fernando VI, en el año de 1749.

La música es de Juan Bautista Mele. No consta el nombre del poeta. La traducción es del médico italiano D. Orlando Boncuore, y tan detestable como todas las suyas.

Hay otra posterior de poeta anónimo y músico español ó domiciliado en España:

Jasón ó la conquista del Vellocino. Zarzuela heróica que han de representar las dos compañías de cómicos de Madrid, en el teatro del Príncipe este año de 1768. Puesta en música por Don Cayetano Bruneti, músico de la Real Capilla de su Magestad. En Madrid, en la imprenta de la viuda de Eliseo Sánchez.

(2) Rolland, *op. cit.*, pág. 173.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El Vellocino de Oro, que compuso el más grande admirador y profundo crítico de nuestro poeta, Grillparzer, tratando en piezas diversas los tres momentos de la leyenda: el asesinato de Frixo, la expedición de los Argonautas, el abandono y la venganza de Medea; animándolo todo con el poético é interesante contraste entre las costumbres griegas y las de los bárbaros. Así Medea, encantadora poderosa en la Cólquida, siente que su prestigio mágico la abandona en Corinto, y que la serena luz del helenismo triunfa de las sangrientas y obscuras supersticiones del Ponto inhospitalario. Al mismo tiempo el poeta ha humanizado el carácter de Medea, presentándole con las suaves tintas de la *Argonáutica* de Apolonio, y aun ha modificado el terrible desenlace mediante un recurso sentimental é ingenioso (si bien algo apartado de la simplicidad de motivos que se admira en los antiguos), haciéndole nacer, no ya de un arrebato de celos, sino de la desesperación de Medea al verse abandonada por sus hijos, que se abrazan á su rival Creusa: combinación que parece haber imitado Legouvé en su conocida tragedia sobre el mismo asunto.

No hay en la trilogia de Grillparzer reminiscencias del *Jasón* de Lope, cuyo Teatro apenas había comenzado á estudiar en aquella fecha (1824); y aunque algunos críticos, entre ellos W. Scherer, han creído notar cierta semejanza entre la escena de la llegada de Frixo con los griegos á Colcos, y otra de *El Nuevo Mundo* de Lope de Vega, tal coincidencia, que por lo demás es muy remota, tiene que ser enteramente casual; pues, como demuestra el agudo y docto crítico Arturo Farinelli en su excelente libro sobre Grillparzer y Lope (1), el poeta austriaco no había leído todavía en 1822, fecha de aquella parte de la trilogia, «Los Huéspedes» (*Gastfreundes*), ninguna comedia de Lope, y sólo dos años después alcanzó á ver hasta seis ó siete, ninguna de las cuales es *El Nuevo Mundo*, cuyo estudio no hizo hasta 1850.

VI.—EL MARIDO MÁS FIRME.

Texto de la *Parte veinte* de las comedias de Lope, publicada por su autor en 1630. La composición de la obra no debe de ser muy anterior, como lo persuaden la elegancia y corrección del estilo, propios de la última y mejor manera de Lope, el cual dirigió esta obra al fecundísimo polígrafo portugués Manuel de Faria y Sousa en agradecimiento de la dedicatoria que éste le había hecho de su fábula de Narciso. La epístola de Lope es curiosa, no sólo por el notable elogio que contiene del «abundante, insigne, dulce, heroico, grave y amoroso caballero Juan Bautista Marino», ídolo poético de aquellos tiempos; sino por la defensa indirecta y hábil que Lope hace de su propia fecundidad en estos discretos términos, que hoy mismo debieran meditar sus censores: «..... la abundancia, que algunos desestiman, á mí me persuade con el ejemplo de los campos; que el concierto breve de los cultivados jardines es inferior á la inmensa copia de la naturaleza, que en su variedad ha puesto hermosura.....»

---

(1) *Grillparzer und Lope de Vega, von Arturo Farinelli.* Berlín, 1894.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Asunto de este poema dramático es la fábula de Orfeo y Eurídice. Sin pretender entrar aquí en las múltiples y difíciles cuestiones que se refieren á la personalidad mítica de Orfeo, cuyo nombre no aparece citado antes de Píndaro, pero que, como iniciador de los misterios y de las purificaciones, como poeta sacerdotal á quien se atribuyen innumerables himnos, y como fabuloso patriarca de la doctrina llamada órfica, y de las prácticas teúrgicas y mágicas, compendia y domina toda la historia de la teología helénica, tal como se manifestaba á los iniciados en las asociaciones secretas, recibiendo luego más complejo y trascendental sentido merced á la exégesis de los neoplatónicos alejandrinos, sólo nos cumple decir que de este Orfeo *mistagogo* y teosófico no hay huella apenas en los poetas latinos, que fueron los únicos de que Lope se valió; como no la hay, en general, en la literatura moderna, hasta la aparición del poema simbólico que en prosa compuso Ballanche por los años de 1830, obra algo nebulosa pero pensada con rara elevación y nobleza, y con gran sentido de las cosas divinas de la antigüedad, en lo que tienen de más profundo.

El Orfeo de que aquí tratamos es un personaje mucho más humano, y no esconde su cabeza en la penumbra del símbolo. Es el leal amador de Eurydice, el *marido más firme*, que por ella baja al Infierno, y la rescata, y vuelve á perderla por una imprudencia nacida del mismo exceso de su amor, y la llora inconsolable por los hielos hiperbóreos y por los montes Rifeos, hasta que, en el furor de la nocturna orgía, le hacen pedazos las bacantes de Tracia, ofendidas de su desdén, y arrastra el Hebro su cabeza, que todavía repite con fría lengua el nombre de Eurydice. Tal es el Orfeo cuya flébil elegía repiten los divinos versos de Virgilio en el lib. IV de las *Geórgicas* (484-527), como un prolongado y lánguido suspiro:

Te, dulcis conjunx, te solo in litore secum,
Te, veniente die, te decedente canebat.

Ovidio también, con menos profundidad de sentimiento, y menos pureza y castidad de forma, aspiró á renovar este argumento en los 85 primeros versos del lib. X de sus *Metamorfosis*, que por cierto terminan con un rasgo repugnante, el cual basta para quitar toda poesía á la leyenda:

Ille etiam Thracum populis fuit auctor, amorem
In teneros transferre mares; citraque juventam
Ætatis breve ver, et primos carpere flores.

Varios poetas castellanos se han ejercitado sobre la fábula de Orfeo, pero aquí sólo citaré dos, que lo hicieron como en rivalidad, contemporáneos de Lope, si ya uno de ellos no fué él mismo. En 1624 apareció el *Orfeo* (1) de D. Juan de Jáu-

(1) *Orfeo, de Don Juan de Jáuregui. Al Excelentíssimo Señor Don Gaspar de Guzman, Conde de Olivares, Sumiller de Corps, Cavallerizo mayor, etc..... En Madrid, por Juan Gonzalez. Año* 1624. 4.° El poema se divide en cinco cantos.

Fué incluído este poema en 1681, como obra de D. Agustín de Salazar y Torres, en la colec-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

regui, florido y lozanísimo ingenio sevillano, educado en Italia en el gusto clásico, acérrimo impugnador de las viciosas innovaciones de Góngora, si bien en este tiempo ya comenzaba á dar muestras de inficionarse de ellas, no siendo tan puro y natural su estilo como en sus primeras *Rimas;* contagio debido acaso al trato asiduo con Lucano, el Góngora de la antigua Roma, cuya *Farsalia* se ocupaba en traducir por entonces. Es el *Orfeo* obra de transición entre las dos maneras de Jáuregui; pero las faltas de gusto que en él se observan no son tan graves ni tan continuas como en la versión parafrástica de la *Farsalia.* El mismo severísimo Quintana no dudó en dar entrada en su colección selecta á la parte principal de este poemita, si bien refundido y abreviado por él con mucho acierto. De las octavas que conserva forma el siguiente juicio, que no queremos retocar en nada: «En ellas se luce el gran versificador, el escritor ameno y elegante, el poeta que cuenta ó pinta con resolución y con brío. No hay, ciertamente, bastante variedad de formas, pero las que usa son bellas; y aunque se ve bien que el autor ha puesto en su trabajo mucho estudio y mucho esmero, este esmero y este estudio no son estériles, y, sin ofender á la facilidad, producen casi siempre el efecto á que aspiran. Hay pasajes de mérito muy superior: tales son los presentimientos tristes de los dos esposos en medio de sus delicias, la descripción de los lugares por donde se pasa al infierno, los efectos del canto de Orfeo en las márgenes del Aqueronte, y la separación súbita y espantosa de los amantes al salir del infierno. Es lástima que el discurso de Orfeo á Plutón, que debiera ser el trozo de más resalto, sea lo más débil del poema.»

Hay, sin embargo, en él un rasgo ingenioso y feliz, que Quintana aplaude mucho; es cuando Orfeo, para enternecer á Plutón, le recuerda el rapto de Proserpina:

Fué triunfo tuyo tu feliz consorte:
Yo, imitando tu amor, busco la mía.

El *Orfeo* de Jáuregui, escrito con la intención de contraponerle al *Polifemo* de Góngora, y confirmar con la práctica lo mismo que teóricamente había predicado en el *Discurso poético contra el hablar culto y obscuro*, excitó la mordaz agudeza del poeta de Córdoba en el soneto que principia:

Es el *Orfeo* del señor don Juan.....

donde se burla con gracia, y no sin razón, de que Jáuregui, después de haber censurado tan agriamente la obscuridad y afectación de su estilo, viniera á la postre á imitarle, sobre todo en la introducción de latinismos y otras voces exóticas, por lo cual acaba llamándole «*cisne gentil de la infernal palude*».

Pero aunque Jáuregui fuese tan declarado enemigo de Góngora, no por eso tenía

---

ción póstuma de sus obras líricas y dramáticas, publicada en 1681 con el título de *Cythara de Apolo;* pero este error del colector del libro, que fué D. Juan de Vera Tassis, fué deshecho por Sebastián de Armendáriz, que restituyó á Jáuregui la propiedad del poema, imprimiéndole junto con su *Farsalia* en 1684, edición póstuma también.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

muy cordiales relaciones con Lope de Vega y su grupo, sino que era á modo de corifeo de una pequeña escuela poética que aspiraba á mantenerse á igual distancia de la llaneza del uno y del culteranismo del otro, sin dejar por eso de cultivar cierto género de dicción artificiosa y remontada. No le faltaban devotos, aunque en número escaso, muy fervorosos, que llegasen á titularle *príncipe de los poetas de España*, rótulo que encontramos manuscrito, de letra del tiempo, al margen de la portada de un ejemplar de sus *Rimas*. Ofendidos por esta ú otras razones los parciales de Lope, hicieron correr de molde aquel mismo año otro *Orfeo*, también en octavas y en cuatro cantos (uno menos que el de Jáuregui), que lleva al frente el nombre del predilecto discípulo de Lope, Dr. Juan Pérez de Montalbán (1). Fué voz muy acreditada entonces, y que luego ha encontrado no pocos valedores, la de ser Lope de Vega el verdadero autor del poema con que se estrenó Montalbán en la república de las letras, por generosa ó calculada dádiva de su maestro, á quien acaso no pareció decoroso presentarse al público como queriendo arrebatar la palma á Jáuregui. Nicolás Antonio le da resueltamente por de Lope, y un ejemplar de la primera edición, que perteneció á Gallardo y hoy al Sr. Sancho Rayón, tiene en la portada esta acotación de algún curioso de aquel tiempo: «*Este* Orfeo *le hizo Lope de Vega, y le hizo en cuatro días.*» Leído atentamente el poema, no desmiente su parentesco con las demás fábulas mitológicas de Lope, tales como *La Circe*, *La Andrómeda*, *La Filomena*, *La Rosa blanca;* pero esta manera no fué tan peculiar de Lope que algunos discípulos suyos no llegasen á remedarla con habilidad; por ejemplo, Marcelo Díaz de Callecerrada en su *Endimión*. Montalbán pudo hacer otro tanto, aunque sus tendencias en la lírica eran más crespas y gongorinas. De todos modos, este segundo *Orfeo*, sea de Lope ó de Montalbán, aunque escrito con notable soltura, no vale lo que el de Jáuregui, y fué temeridad el improvisarle en cuatro días tratándose de una obra de puro artificio, de ninguna novedad é interés por su asunto, y que sólo podía salvarse mediante aquella labor reflexiva de

---

(1) *El Orfeo en lengua castellana. Á la décima musa Doña Bernarda Ferreira de la Cerda.....* Madrid, 1624. (Reimpreso al fin de los *Sucesos y Prodigios de Amor* de Montalbán, en la edición de Barcelona, 1640, y en otras varias.) El título tiene algo de irónico, como cuida de advertirlo Lope de Vega en una carta que va al principio: «El título, á mi modo de sentir, es extremado; con él por lo menos no se enojarán con v. m. esos señores que se llaman cultos, pues ya confiesa que escribe *en la lengua castellana*, con cuyo advertimiento se abstrahe de toda voz y locucion peregrina, menos las recebidas, y que blandamente sirven de ornamento al estilo grande.....» La alusión á Jáuregui es evidente, y todavía lo es más esta otra: «Todos los que escriben estas tropelías reprehenden en los otros lo que ellos mismos hacen, censurando por desatinos en los libros ajenos lo que en los suyos veneran por oráculos; pero no es mucho que no se conozcan si andan á escuras: yo á lo menos en esta confusion hallo de una misma suerte á los *cultos* que á los *teñidos*, que habiéndolos conocido antes, ahora estudio en conocerlos. V. m. finalmente acierta en apartar este Poema suyo desta *tercera* lengua, como lo declara el título, y así pienso que lo harán de aquí adelante los naturales de Castilla, á diferencia de lo que se va introduciendo, á quien cada provincia dará su nombre.....»

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

estilo que en todos sus versos solía emplear el culto y estudioso poeta hispalense. Como el poemita publicado con nombre de Montalbán ha de entrar en esta colección á título de obra atribuída con alguna verosimilitud á Lope, para entonces reservamos el ampliar este juicio, y también el hacernos cargo de las alusiones, muy curiosas para la historia literaria, que en el último canto y en los preliminares del libro se contienen.

Más importan para nuestro propósito los *Orfeos* dramáticos que principian en el siglo XV con obra tan insigne como la de Angelo Poliziano, en la cual propiamente comienza la secularización del Teatro de Italia; pues si bien en la estructura dramática conserva todavía mucho de las antiguas *representaciones* sagradas, en el espíritu es enteramente clásica, y está llena de bellísimas reminiscencias de Virgilio y Ovidio, de Teócrito y de Mosco, gentilmente injertadas en el árbol de la poesía toscana. «El coro de las dríadas y el de las bacantes (dice Carducci) son los más antiguos y elegantes ejemplos de la lírica propiamente clásica, y en el último de ellos los críticos del siglo pasado reconocen el origen de la poesía ditirámbica, cultivada después con industria más ó menos feliz, pero siempre eruditísima, en las dos edades literarias que nos precedieron.» Largamente han litigado los críticos italianos sobre el nombre que había de dársela, considerándola unos como tragedia por el argumento patético, por la catástrofe y aun por la división en actos, hasta entonces desusada, mientras que otros ven en ella el primer rudimento de la fábula pastoril, tal como había de mostrarse en el *Aminta* y el *Pastor Fido;* y no falta quien la considere como el primer conato de melodrama, atendiendo principalmente á la canción de Aristeo y á los coros de ninfas y bacantes. Pero aunque en todo esto haya alguna apariencia de razón, y puedan sin grande esfuerzo discernirse en el *Orfeo* los rudimentos de diversos géneros dramáticos que luego habían de desenvolverse con vida particular, creemos con Carducci y con Ancona (1) que han sido los dos más doctos ilustradores de esta pieza, que el *Orfeo* es simplemente lo que en Italia se llamaba una *representación*, es decir, una narración en diálogo, análoga en su forma exterior á las que se habían compuesto (algunas de ellas por el mismo Lorenzo de Médicis) sobre asuntos de la Sagrada Escritura y vidas de los santos y leyendas piadosas; sin más diferencia que la novedad del argumento clásico, la mayor poesía de lengua y de estilo, y el desarrollo de la parte lírica, que pertenece enteramente al juvenil y vigoroso espíritu del Renacimiento. Fué, pues, el *Orfeo* una obra de transición entre el drama sagrado y el profano, y precisamente á este carácter debió su gran popularidad, hasta el punto de haberse hecho

---

(1) Carducci: *Le Stanze, l'Orfeo e le Rime di Messer Angelo Ambrogini Poliziano, rivedute sui codici e su le antiche stampe..... Firenze*, 1863.

A. de Ancona: *Origini del Teatro Italiano.....* (*Torino*, 1891), t. II, páginas 2 y 349.

La fecha y circunstancias de la representación del *Orfeo* han sido puestas en claro por I. de Lungo en la *Nuova Antologia* (15 de Agosto de 1881).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

de él una reducción en octavas reales, que todavía sigue reimprimiéndose en ediciones de cordel para uso del vulgo.

Compuso el Poliziano su *Orfeo* en 1471 para ser representado en la corte de Mantua, con ocasión de las fiestas que el marqués Ludovico celebró en honor del Duque de Milán, Galeazzo Sforzza; pero le refundió y adicionó considerablemente después de 1480, como se ve en el texto publicado por el P. Ireneo Affo en 1776, que se acerca más á las formas del teatro clásico, sin perder por eso su primitivo é intrínseco carácter de *representación.*

Tenía ya en este *Orfeo* del humanista toscano grande intervención la música, puesto que acompañaba á los principales trozos líricos, á la canción de Aristeo, al coro de las dríadas, á la plegaria de Orfeo y á la bacanal. No es maravilla, por consiguiente, que al aparecer el drama lírico, se apoderase en seguida de este asunto, que parecía nacido para él, y que precisamente había de obtener en el poema musical, andando los tiempos, la interpretación más bella que después de los días de Virgilio ha logrado. El *Orfeo* de Monteverde (1), la más antigua de sus óperas, cantada en Mantua en 1607, primero en la Academia *degli Invaghiti*, y luego en el teatro ducal, con letra de Alejandro Striggio, abre dignamente este catálogo: el *Orfeo* de Gluck (con mediano libreto de Calsabigi), primer melodrama en que las palabras y el canto concurrieron inseparablemente á un mismo fin estético y se subordinaron á una misma acción, marca el punto culminante de la serie, y la fecha de su representación en París (1774) es una de las más memorables en la historia del arte dramático musical, renovado en la teoría y en la práctica por los ejemplos y la doctrina del músico alemán, harto conformes con el credo estético que en su hermoso libro *De las revoluciones de la ópera* formulaba por aquellos días nuestro P. Arteaga (2).

Volviendo á la comedia ó tragedia de Lope, no queremos omitir, como muestra curiosa de lo que solía ser nuestra crítica seudo clásica de la primera mitad del siglo pasado, el juicio que de ella hizo D. Agustín Montiano en el primero de sus *Discursos sobre las tragedias españolas* (3). Se verá en él, en medio de algunas observaciones sensatas, un concepto casi mecánico del teatro con desconocimiento ú olvido de su carácter poético.

---

(1) Ya antes de Monteverde existían dos *Eurídices*, una de Jacopo Peri, representada en las bodas de María de Médicis con Enrique IV (1600), cantando el mismo autor el papel de Orfeo, y otra de Julio Caccini, del mismo año y sobre el mismo libreto, compuesta por Rinuccini. Pero estos primeros conatos, aunque memorables por su fecha, fueron enteramente eclipsados por el genio de Monteverde.

(2) El *Orfeo* de Gluck fué cantado por primera vez en Madrid, el 1.º de Enero de 1799, en el teatro de los Caños del Peral.

(Carmena: *Crónica de la ópera italiana en Madrid*, pág. 39.)

Con el título de *El Amor Constante* hizo D. Gaspar de Zabala y Zamora una imitación ó traducción libre de la ópera de Calsabigi.

(3) Segunda impresión. Madrid, año de 1750, páginas 53-55.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

«El assunto de *El Marido más firme*, que es la fábula de Orfeo, no es el más propio para una tragedia, assí porque los solos afectos amorosos no son capaces de llenarla dignamente, como porque la solucion, que ha de ser la que más excite la compasion, si se parte, pierde mucho de su fin. Así, la lástima á que empeña la muerte de Eurídice se minora con oir á Orfeo, que intenta bajar por ella al Infierno, y con la esperanza de que podrá conseguir el sacarla: de modo que al volver con ella no están ya los ánimos en disposicion de sentir (segun era necesario) que la pierda, por quebrantar la condicion que le impuso Proserpina de no mirarla hasta salir á la luz.

»Sobre todo, estas ficciones de la antigüedad suelen ser poco posibles y menos verosímiles; y, por consiguiente, las más estrañas y repugnantes á los preceptos trágicos. Sin esto, el hacer príncipe á Aristeo, el forjar que en su ausencia se apodere Albante de su Reyno; que venga éste en las últimas escenas á matarle, y que, al descubrirle, lo quiera ejecutar porque averigua que ha servido á su padre Claridano, infiriendo de aquí que ha quitado el honor á Fílida, su hermana, es doblar la accion é introducir materias inconexas con la principal. Además, que no sólo es inverosímil anteponer un corazon rebelde, á la ambicion de reinar el deseo de restituir la honra á su hermana, sino que trunca toda la proposicion de la tragedia con que acabe en casamiento, dejando desairado el pesar de Orfeo, y aun risible, con hacerle que sea el que ajuste la boda.

»No hablo de que Fabio acompañase á su amo Orfeo en el viaje de los abismos con las alforjas y graciosidad que se expresa, porque las impropiedades de esta especie exceden los límites de la imaginacion más disparada, y aun no cabe en ella el inferir remotamente la causa ó apoyo con que se introducen en una que se supone tragedia, si no se intenta defender que es lícito todo lo que desvaría el antojo ó sueña el capricho.»

No es tal, ciertamente, el intento que guía á la crítica moderna cuando mira bajo aspecto tan diverso estas mismas cosas que tanto escandalizaban á los preceptistas de antaño, los cuales, por otra parte, no dejan de tener razón en aquellos reparos de sentido común que son tan obvios como irrefutables, y que ninguna escuela puede contradecir. Tal acontece con lo inoportuno de los chistes y de las alforjas de Fabio: no porque el *gracioso* del Teatro español sea en sí mismo condenable, puesto que no sólo suple con ventaja al enfadosísimo *confidente* de la tragedia francesa ó á la *nodriza* de las tragedias de Eurípides, sino que muchas veces desempeña con superior sentido una función análoga á la del coro antiguo, restableciendo la armonía de los afectos, perturbada por la pasión del protagonista, sino porque, dado el carácter especial de la fábula mitológica de Orfeo, se destruye el efecto de su bajada á los infiernos haciéndole acompañar por un criado chistoso, cuyas sandias ocurrencias quitan toda poesía y majestad á estas escenas.

Si es justa esta censura de Montiano no lo parecen tanto las demás, y á casi todas ellas puede darse cumplida satisfacción dentro de la misma preceptiva dramática que él profesaba. Pues aunque los afectos amorosos no sean la única ni la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

principal materia de la tragedia, sobre todo de la tragedia ateniense, y estén casi ausentes de las obras de Esquilo, y tengan muy secundario lugar en Sófocles, no es menos cierto que imperan ya en muchas obras de Eurípides, y que son el principal fuego de que vive y se alimenta aquel Teatro clásico francés por Montiano tan admirado. La obra más perfecta de ese Teatro es *Fedra*, una tragedia de amor. Sino que nuestros críticos del siglo pasado eran tan estrechos y recoletos que no dudaban en adicionar con nuevos y caprichosos mandamientos el credo poético de sus maestros. También Jovellanos quería excluir, ó poco menos, de la poesía lírica el amor, por parecerle materia poco digna de un hombre grave.

Que las ficciones de la antigüedad sean poco verosímiles, y, por consiguiente, «las más extrañas y repugnantes á los preceptos trágicos», parecería sentencia muy propia en boca de un romántico intransigente, pero implica contradicción en Montiano, tan acérrimo defensor de la tragedia clásica francesa, la cual ordinariamente tomaba de la antigüedad sus fábulas, y que sólo por excepción trató asuntos bíblicos en *Ester* y *Atalía*, ó asuntos cristianos en *Polieucto*, ó asuntos de la Edad Media en *El Cid*.

La duplicidad de acción es innegable en esta comedia de Lope, y no lo es menos la inutilidad de algunos personajes pegadizos que, con sus amoríos é intrigas particulares, distraen la atención y enervan el interés de la fábula. Pero tales interlocutores parásitos y acciones subalternas han sido plaga de todos los teatros del mundo, y no se libró de ellos la tragedia francesa en sus obras más selectas, como lo prueba el personaje de la Infanta en *El Cid*, y el de Aricia en *Fedra*.

El conflicto que en el ánimo de Albante surge entre la ambición de reinar y el deseo de vengar la honra de su hermana, nada tiene de inverosímil; antes es esencialmente trágico. Puede tacharse, sí, de contrario al espíritu de la antigüedad; pero en descargo de Lope ha de alegarse que todo dramaturgo, queriéndolo ó no, atribuye las acciones de sus personajes á aquellos motivos del orden moral más comprensibles para sus espectadores, sin lo cual correría el peligro de no ser entendido por nadie.

El desenlace ó solución de la tragedia es ciertamente doble si se atiende á la acción subalterna de la venganza de Albante, pero es único en lo que pertenece á la lealtad conyugal de Orfeo y á la pérdida de su esposa. La impresión de esta catástrofe y las alternativas de esperanza y temor por donde el ánimo de Orfeo va pasando, no aminoran el interés, como no le aminora en la *Alceste* de Eurípides el verla primero muerta y luego resucitada.

La tragedia de Lope termina ofreciendo una segunda parte que probablemente no llegó á escribirse, y que no sabemos lo que hubiera contenido, puesto que la fábula de las bacantes que despedazaron á Orfeo no parece asunto propio del teatro, sobre todo con la explicación que de tal mito da Ovidio.

Después de Lope trató este argumento D. Antonio de Solís en su comedia *Eurídice y Orfeo*, que también acaba prometiendo una segunda parte, si bien de contenido diferente:

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

..... Y con esto,
Señores míos, se acaba
La gran fábula de Orfeo
Sin mi mujer, porque nada
Tenga de trágico el cuento.
Al curioso que quisiere,
Muy atacado á lo cierto
De una fábula, que vuelva
Eurídice á los infiernos,
Para la *segunda parte*
Se le convida. *Laus Deo.*

Esta promesa quedó sin cumplir como tantas otras, y á la verdad no se perdió mucho. La comedia pertenece al género de las mitológicas de Calderón, á quien Solís imitaba constantemente en sus obras de grande espectáculo, tales como *Triunfos de amor y fortuna* y *Las Amazonas*. No faltan en estas piezas de aparato trozos de versificación muy estimables, y, en general, el estilo de Solís, aunque aliñado y culto en demasía, con visos de culterano, es menos enfático que el de Calderón, de quien, por otra parte, no tiene la sonora robustez, ni la imaginación potente y colorista, ni la pompa heroica y altisonante. El vivo y agudo ingenio del futuro historiador de la conquista de Méjico, que no iba acompañado de grandes alientos poéticos, se acomodaba mucho mejor al cortesano discreteo de la comedia de costumbres, y en este género mostró cierta originalidad sutil y alambicada, cuyo tipo es la comedia de *El Amor al uso*. Pero en sus fiestas palaciegas, el desarreglo mismo del plan parece forzado, y la afectación del estilo insípida. Por lo demás, el tema mitológico está tratado como una comedia de capa y espada; gran parte del embrollo estriba en haber perdido Orfeo el retrato de Eurídice; hay cuchilladas y escondites, y Aristeo y Felisardo se muestran muy enterados de las leyes del duelo.

VII.—LA BELLA AURORA.

Es la primera de las 12 comedias insertas en la *Parte veintiuna* (póstuma) de las de Lope, publicada en 1635 por su hija D.ª Feliciana del Carpio.

Da asunto á esta pieza la fábula mitológica de Céfalo, Procris y la Aurora, que Ovidio narró dos veces, venciéndose á sí mismo en suavidad y elegancia; la primera en el *Arte amatoria* (lib. III, v. 685-746), aconsejando á la mujer enamorada y celosa que no se deje engañar fácilmente por vanas apariencias:

Nec cito credideris: quantum cito credere lædat,
Exemplum vobis non leve Procris erit.....;

la segunda en el lib. VII de las *Metamorfosis* (v. 661-685), donde se pone la relación en boca del mismo Céfalo. Idéntico es el sentido de ambas narraciones, aunque haya entre ellas leves discordancias. En la primera, el cazador Céfalo, agobiado por el calor, se acoge cerca de una fuente sagrada en los purpúreos collados del

Himeto, y allí, abandonando sus criados y sus perros, se tiende en el verde césped é invoca el *aura* refrigerante:

Accipienda sinu, mobilis Aura, veni.....

Alguien, movido de mala voluntad ó interpretando erradamente este suspiro, lleva la noticia á Procris, que, juzgándose engañada por su marido, cae en todos los extremos de la pasión celosa, desgarra sus vestiduras, ensangrienta frenéticamente su rostro con las uñas, y vuela por los campos como una furibunda bacante azuzada por el tirso de Lieo:

Ut rediit animus, tenues a pectore vestes
Rumpit, et indignas sauciat ungue genas.
Nec mora: per medias sparsis furibunda capillis
Evolat; ut thyrso concita Baccha, vias.

Encamínase al paraje en que su marido solía reposar de las fatigas de la caza; llega Céfalo á templar en la fuente los ardores del mediodía, y repite su acostumbrada invocación al céfiro y al aura. Comprende Procris su error, y cuando, llena de alegría, mueve las hojas para ir á lanzarse en los brazos de su esposo, éste, creyendo sentir los pasos de una fiera, lanza contra ella mortífero dardo. Procris muere bendiciendo la mano que la ha herido y consolándose en su agonía con no haber sido ofendida en su amor por rival ninguna. Todo lo expresa, con la tierna molicie propia de su estilo, el poeta sulmonense en estos versos:

Ante diem morior, sed nulla pellice læsa:
Hoc faciet positæ te mihi, terra, levem.
Nomine suspectas jam spiritus exit in auras:
Labor io! Cara lumina conde manu.
Illa sinu dominæ morientia corpora mœsto
Sustinet, et lacrimis vulnera sæva lavat.
Exit, et incauto paulatim pectore lapsus,
Excipitur miseri spiritus ore viri.

Más complicada, y no sé si más poética, es la leyenda en las *Metamorfosis*. Allí la causa de la catástrofe es el amor y la venganza de la Aurora, que arrebata á sus palacios aéreos á Céfalo; pero se ve desdeñada por él, que entonces más que nunca se hallaba inflamado en amores de Procris, con quien era reciente su consorcio:

. . . . . Ego Procrin amabam;
Pectore Procris erat, Procris mihi semper in ore:
Sacra tori, coitusque novos, thalamosque recentes,
Primaque deserti referebam fœdera lecti.

La Aurora hace concebir á Céfalo infundados celos de su mujer, que huye á las selvas, donde, víctima del funesto error producido por la palabra *aura*, muere herida por el mismo dardo que ella había donado en prenda de amores al gallardo cazador, de quien se despide en versos suavísimos:

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

. . . . . Per nostri fœdera lecti,
Perque Deos supplex oro, superosque, meosque;
Per si quid merui de te bene; perque manentem
Nunc quoque, quum pereo, causam mihi mortis, amorem;
Ne thalamis Auram patiare innubere nostris.

En este segundo relato de Ovidio se inspiró principalmente Lope de Vega para su tragedia, que Grillparzer (1) considera como obra de la decadencia del gran poeta, y que, en efecto, no deja de mostrar signos de cansancio, disimulados, sin embargo, con la pureza del estilo y la esplendidez de la versificación, cualidades en que Lope, en vez de decaer, se aventajó á sí mismo en sus últimos años. Pero adviértase que este cansancio parece nacido, no de agotamiento de la fantasía de su autor, que, por el contrario, se mostraba en otras composiciones de aquellos días tan fresca y lozana, sino de la desventaja del argumento mitológico, que, por estribar en un juego de palabras, llevaba consigo cierta insipidez. Los celos de Procris eran materia menos propia del teatro que de la elegía, y elegíacamente los había tratado Ovidio, á quien Lope procuró emular en el sentimiento y en la facilidad melódica, ya que no estaba en su mano dar á la fábula de Céfalo el interés dramático de que carecía. Procuró, sin embargo, animarla con diversos episodios, entre los cuales merece particular atención, por la gracia poética con que está desenvuelto, el del rapto de Céfalo por la Aurora, que recuerda, según oportuna observación de Schaeffer, la leyenda de Tanhäusser y su estancia en la montaña de Venus (2). Ingeniosa y bien imaginada también es la escena en que Céfalo se presenta á su esposa, para probar su virtud, disfrazado de mercader de joyas (situación que parece reminiscencia de varios cuentos orientales). La escena que precede á ésta tiene mucha semejanza con otra del *Examen de maridos*, de D. Juan Ruiz de Alarcón, comedia no impresa hasta 1631, pero cuya representación refiere á 1625, con buenos indicios, el ilustre biógrafo de aquel ingenio.

Por su título de tragedia no podía librarse *La Bella Aurora* de las iras censorias de D. Agustín Montiano, que, en su ya citado *Discurso* (3), la juzga en estos términos: «No sé cómo puede aspirar á ser tragedia, porque se reduce á la fábula de Céfalo y Procris, alterada en la sustancia, en el modo, y hasta en los nombres, pues llama Floris á ésta. Todo su contexto es cómico, á la moda de su arte; nada hay de trágico sino la muerte de Floris; y como no tiene relacion al título de *La Bella Aurora*, no se sabe cuál accion es la que corresponde á la tragedia; de suerte que, al parecer, la triste y funesta es la accesoria, y la amorosa y divertida la principal.»

Esto es cuanto á Montiano se le ocurrió decir sobre una pieza cuya versificación es tan deliciosa que sólo puede negarse á su halago el que tenga enteramente ta-

(1) Página 48.
(2) *Geschichte des Spanischen National dramas*, I, 199.
(3) Página 51.

piados los oídos al mágico poder de la poesía. ¿Qué importa el cambio de nombre de Procris en Floris (cambio dictado seguramente por la eufonía), ni tampoco la mezcla de dos acciones, que ya Ovidio había presentado juntas, y ninguna de las cuales es cómica, como dice Montiano, aunque sólo una de ellas tenga desenlace lastimoso; siendo, por lo demás, los amores de la Aurora precedente necesario para explicar y justificar dramáticamente los celos de la mujer de Céfalo? ¿Qué importa todo esto, digo, ni menos la cuestión técnica de si la pieza ha de llamarse comedia ó tragedia, cuando se lee la tierna despedida del Príncipe de Tebas y su reciente esposa; ó los versos líricos en que la Aurora, no rendida aún á las flechas del Amor, canta la esquivez de las selvas y la dulce compañía de la casta Diana; ó las apasionadas escenas de su enamoramiento, y la audacia gallarda con que está presentado aquel levantarse del tálamo la ninfa celeste para preceder al sol en su carrera, y aquel remordimiento que va disipando la embriaguez de los sentidos de Céfalo y renueva en él la memoria de su primero é inculpado amor? Léanse, finalmente, las endechas de Floris en el acto segundo:

Divina Diana,
Gloria de las selvas.....,

y se verá á qué queda reducida la impertinente crítica de Montiano.

Calderón volvió á tratar este argumento en su *fiesta cantada*, *Celos, aun del aire, matan*, que se estrenó en el coliseo del Buen Retiro antes de 1662, y de la cual él mismo hizo una parodia en su comedia burlesca *Céfalo y Procris*, representada á Sus Majestades, el día de Carnestolendas, en el salón Real de Palacio; farsa disparatada pero de algún chiste, en la cual Calderón remeda también varios pasajes de otra comedia suya, *Auristela y Lisidante*, no de otro modo que Aristófanes parodiaba escenas de las tragedias de Eurípides. Por lo que toca á *Celos, aun del aire, matan*, es, sin disputa, una de las piezas mitológicas que mejor demuestran la admirable aptitud de Calderón para la poesía lírica cantable; pero no merece tanta alabanza el enmarañado artificio de la pieza, en que, huyendo de la sencillez de Lope, mezcla con la fábula de Céfalo la historia de Eróstrato, el que quemó el templo de Diana en Éfeso (1).

El tema mitológico de la comedia de Lope ha sido tratado por varios poetas líricos españoles, ya en serio, ya en burlas. De los primeros fué el licenciado D. Jerónimo de Porras, culto y elegante ingenio antequerano y feliz imitador de los poetas latinos, el cual encabezó con una *Fábula de Céfalo y Procris*, en octavas reales, el

---

(1) Uno de los más aventajados discípulos de Calderón, D. Agustín de Salazar y Torres, volvió á tratar el asunto de Céfalo y Procris en su comedia *El Amor más desdichado*, «fiesta que se representó á los Excmos. Sres. Duques de Alburquerque», siendo el Duque virrey de Sicilia. Véase esta pieza en el segundo tomo de la *Cythara de Apolo*, colección póstuma de las obras líricas y dramáticas de Salazar, publicada por su mayor amigo, D. Juan de Vera Tassis y Villarroel (Madrid, 1694).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

raro tomito de sus *Rimas*, impreso en Antequera en 1639 (1). También el canónigo Porcel dedicó en su mayor parte á este asunto la cuarta y última de las *églogas venatorias* que, juntas, componen su *Adonis*, de que ya hemos dado alguna noticia. Entre los poemas jocosos merece leerse, por lo suelto y desenfadado, el que compuso en sus mocedades D. Diego Antonio Rejón de Silva, que luego, con más noble intención pero con menos estro, cantó las excelencias de la Pintura en un sensato y prosaico poema, todavía más olvidado hoy que el de Iriarte sobre la Música, que le sirvió de modelo (2).

En el teatro de la ópera no podían faltar *Céfalo* y *Procris*. Ya uno de los autores *primitivos* del género ó estilo *representativo*, uno de los precursores de Monteverde, Julio Caccini, hizo representar en 9 de Octubre de 1600, en el Palazzo Vecchio de Florencia, con ocasión de las bodas de María de Médicis con Enrique IV de Francia, una breve pieza pastoril titulada: *Il rapimento di Cefalo*. El carácter muy marcado de ópera que tiene la *tragedia* de Lope puede hacer sospechar que la obra lírico-musical del florentino influyese en la suya, y que acaso una música semejante á la de *La Selva sin amor* acompañase algunas, por lo menos, de sus principales escenas (3).

VIII.—EL AMOR ENAMORADO.

Publicóse en *La Vega del Parnaso*, colección póstuma de obras líricas y dramáticas de Lope, dadas á luz por su yerno Luis de Usátegui en 1637. Debe de ser una de las últimas obras de su autor, y el estilo así lo persuade. Hállase también en la *Parte treinta y una de Comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (1669), atribuída por groserísimo yerro del colector á D. Juan de Zabaleta, y también se ha impreso suelta con su nombre y el de D. Sebastián de Villaviciosa.

Aunque el título parece que anuncia un drama sobre los amores de Psiquis y Cupido, conforme á la bellísima fábula de Apuleyo (que dió tema para otra comedia de Lope, hoy perdida), el argumento es muy diverso y comprende dos partes: una mitológica, y otra de pura invención del poeta. La mitológica es la transformación de Dafne en laurel: lo que Lope añade, es decir, los amores de Cupido con la zagala Sirena, pertenece al género pastoril, en el cual también podría clasificarse esta

---

(1) *Rimas varias de el Licenciado don Gerónimo de Porras, natural de Antequera..... Impreso en Antequera*, por Juan Bautista Moreira, año de 1639.

(2) *Fábula de Céfalo y Procris, escrita en octavas jocoserias*. Publicada en el *Memorial Literario* de Julio de 1788, y reimpresa en el tomo III de los *Poetas líricos del siglo* XVIII, página 506.

(3) La más antigua pieza sobre este asunto en el teatro de Italia, y una de las más antiguas de asunto profano después del *Orfeo* de Poliziano, es la *Favola di Cephalo*, compuesta por Nicolo da Correggio y representada en Ferrara, bajo los auspicios del Duque Hércules de Este, en 1486; fiesta cortesana, en cinco actos, de tendencias clásicas, pero en la cual todavía se nota la huella de las antiguas representaciones sacras.

(Vid. A. de Arcona: *Origini del teatro italiano*, II, pág. 5.)

comedia, notable por la tersura, elegancia y riqueza de su bellísima versificación, más que por el artificio dramático, que es exiguo, como en las demás piezas de su clase. Pero todo lo disimula el lujo y esplendor de la dicción poética, que rara vez alcanza, aun en el mismo Lope, un grado de brillantez tan constante.

Del final de esta obra se infiere que fué fiesta de Palacio, representada delante de Felipe IV:

. . . . . Y aquí,
Divino planeta cuarto,
Luna, madre de otro sol,
Que gocéis por muchos años,
Dé fin en vuestro servicio
El Amor enamorado.

La fábula de Apolo, Dafne y la serpiente Pitón, que constituye uno de los episodios de esta pieza, procede del lib. I de las *Metamorfosis* ovidianas (v, 416-567), y ha sido una de las que con más frecuencia han sido traducidas é imitadas en la poesía moderna. Don Juan de Arguijo la redujo á un soneto:

Victorioso laurel, Dafnes esquiva..... (1).

Gregorio Silvestre la había contado en quintillas (2) con la gracia y fluidez características de sus coplas castellanas. El médico de Granada D. Agustín Collado del Hierro hizo sobre ella un largo romance (3). Dos veces la trató el Conde de Villámediana, una también en romance, y otra en octavas reales, todavía más anochecidas y lóbregas que las de su *Faetonte*. Tres veces por lo menos, Quevedo, no sólo en los sabidos sonetos,

Bermejazo platero de las cumbres.....
Tras vos un alquimista va corriendo.....,

sino en una linda fábula en quintillas, composición de su mocedad, que por no aparecer en ninguna de las *Nueve Musas*, bajo cuyas rúbricas fueron coleccionados sus versos, y sí solamente en las *Flores de poetas ilustres* de Pedro de Espinosa (Valladolid, 1605), es menos conocida de lo que merece. El estilo, más parece de Gil Polo ó de Luis Barahona que de Quevedo: prueba patente de la flexibilidad de aquel grande ingenio, nacido para dominar con igual señorío los tonos más diversos. La *fábula burlesca de Apolo y Dafne* de Salvador Jacinto Polo de Medina, composición aguda y chistosa, aunque no exenta de chocarrerías, logró mucha popularidad á mediados del siglo XVII, y sirvió de tipo á otras innumerables parodias mitológicas, ninguna de las cuales tiene el picante desenfado y ameno estilo de la primera. Uno de los últimos cultivadores de este género fué el ya citado poeta gaditano D. Fran-

(1) Otro soneto muy endeble, de Salas Barbadillo, sobre el mismo asunto, puede verse en sus *Rimas castellanas* (Madrid, 1618, fol. 13, vto.).

(2) Está en el segundo libro de sus *Obras* (edición de Granada de 1599).

(3) *Dafne y Apolo*: en 8.°, 36 páginas, sin lugar ni año.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

cisco Nieto y Molina, que en su *Fabulero* (1764) tiene también un poemita burlesco de *Apolo y Dafne*.

El combate de Apolo con la serpiente Pitón había sido ya tema musical entre los griegos. Julio Pollux, en su *Onomasticón* (IV, 84), nos ha conservado lo que hoy llamaríamos el programa del *nomo pítico*, especie de sonata ó concierto, de género esencialmente descriptivo é imitativo, que se atribuía á Sacadas de Argos y se remontaba á más de seiscientos años antes de Jesucristo. La lucha del dios con la serpiente se dividía en cinco partes. Cuando en el Renacimiento se aspiró á la imitación de la música griega, un compositor de Florencia, Lucas Marenzio, escribió en 1589, para las fiestas nupciales del gran duque Fernando de Médicis, un *Combate de Apolo con la serpiente Pitón*, del cual sólo quedan tres coros del pueblo de Delos, á doce, cuatro y ocho voces. Octavio Rinuccini, que había escrito las palabras del diálogo, compuso más adelante, con el músico Peri, la primera ópera sobre este argumento, la *Dafne*, representada en el Carnaval de 1597 en casa del sabio y generoso Mecenas de este arte nuevo, Jacopo Corsi. En la poesía, Rinuccini quiso remedar la forma del yambo: en la música, Peri intentó descubrir el secreto de la *diastemática* de los antiguos, buscando un término medio entre la rapidez de la declamación y la lentitud del canto, que fué lo que desde entonces se llamó estilo recitativo. La partitura de esta *Dafne* se ha perdido. En 1608, Gagliano hizo sobre el mismo libreto de Rinuccini una nueva música, que se conserva. La más antigua ópera alemana es también una *Dafne*, la de Enrique Schütz, escrita sobre el texto de Rinuccini, traducido por Opitz. Esta partitura, compuesta en 1627, se ha perdido también (1).

Ya indicamos, al tratar de *La Selva sin amor*, que los primeros ensayos de este género hechos en España debieron de ser también meras imitaciones del estilo recitativo italiano. En una *Relación* (impresa) *de lo más particular sucedido en España, Italia, Francia, Flandes, Alemania y en otras partes, desde Abril del año pasado de* 635 *hasta fin de Febrero de* 636 (2), se lee la siguiente noticia: «En 29 de Julio se representó en el Retiro la comedia de la fábula de *Dafne*, con notables tramoyas, de grande costa y artificio, que ordenó Cosme Lotti, peregrino ingenio para ellas.»

Opinó D. Juan Eugenio Hartzenbusch que esta comedia de *Dafne* pudo ser *El Laurel de Apolo* de D. Pedro Calderón; pero tal opinión no puede admitirse, porque no consta que la zarzuela de Calderón fuese representada hasta el 4 de Marzo

---

(1) La más antigua ópera italiana cantada en España fué una *Dafne*, única composición dramática conocida del músico hispano-siciliano Barón Manuel de Astorga. Esta representación fué organizada en la Casa Lonja de Barcelona, en 1709, por el Consejo de los Veinte para festejar al Archiduque de Austria, pretendiente á la corona de España.

(Véase el *Dictionnaire bibliographique des musiciens* de Sir Jorge Grower, París, 1872, y el curioso estudio histórico-crítico *La Opera en Barcelona* de F. Virelles Cassañes (Barcelona, 1888).

(2) Citada por D. Juan Eugenio Hartzenbusch en las notas á Calderón.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

de 1658, en las fiestas del nacimiento del príncipe D. Felipe Próspero. Pudo ser más bien *El Amor enamorado*, de Lope de Vega (que no murió hasta Agosto de aquel mismo año de 1635), ó quizá alguna otra *Dafne* que hoy no conocemos.

El Laurel de Apolo de Calderón es una zarzuela en dos jornadas, que su autor caracteriza muy exactamente en estos términos:

> No es comedia, sino sólo
> Una fábula pequeña
> En que, *á imitación de Italia*,
> Se canta y se representa.

Con razón elogió D. Alberto Lista, en su estudio sobre *Calderón considerado como poeta lírico* (1), el artificio y la armonía de los versos de esta composición teatral y la riqueza de imágenes poéticas que atesora. La declaración amorosa de Apolo á Dafne es, á pesar de algunas sombras de afectación, uno de los más hermosos pedazos líricos que pueden entresacarse de las obras de aquel inmortal poeta dramático.

La comedia de Salazar y Torres, *Triunfo y venganza de amor*, tiene, en sustancia, el mismo argumento que *El Laurel de Apolo*.

En este *Triunfo*, como en todas sus piezas de aparato, se luce el versificador galardo y numeroso, que seguramente aventajó á todos los de su tiempo en oído musical; pero todas ellas juntas no valen tanto como la única y deliciosa comedia de costumbres que Salazar dejó, *El Encanto sin encanto*, más conocida por el título de *La Segunda Celestina*.

Además de las siete comedias mitológicas impresas aquí, compuso Lope otras del mismo género, que no han llegado á nosotros. Parece que podemos referir á esta sección los siguientes títulos, tomados de la primera lista de *El Peregrino* (1604):

La Abderite.

Los Amores de Narciso. (Quizá quedará alguna reminiscencia de ella en la de Calderón, *Eco y Narciso*.)

El Ganso de Oro. (¿Sería la fábula de Júpiter y Leda? Escabrosa parece para puesta en escena, pero nuestros dramaturgos se atrevían á todo.)

Hero y Leandro. (La que existe impresa, suelta, con nombre de Mira de Amescua, es, seguramente, de este ingenio, y como suya la cita el M. Tirso de Molina.)

Psyches y Cupido. (Sobre esta bellísima fábula de Apuleyo compuso también Calderón su comedia *Ni Amor se libra de amor*.)

La Reina de Lesbos.

La Torre de Hércules.

La Tragedia de Aristea.

---

(1) *Revista de Madrid*, t. III, 1839.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En la segunda lista (1618) añadió los siguientes títulos:
La Casta Penélope.
La Atalanta.
De ninguna de esas piezas queda más noticia.

IX.—CONTRA VALOR NO HAY DESDICHA.

Es la primera de las 12 comedias insertas en la *Parte veintitrés* (póstuma) de Lope, publicada en 1638 por el librero de Madrid Pedro Coello, á quien Luis de Usátegui, yerno del poeta, había cedido el privilegio. Hállase también en la *Parte treinta y una de las mejores comedias que hasta hoy han salido, recogidas por el Doctor Francisco Toribio Ximenez* (Barcelona, 1638), raro tomo que pertenece á la colección de diferentes autores, llamada *extravagante* ó *de fuera de Madrid*, para distinguirla de la gran colección madrileña en 48 volúmenes. Hállase, finalmente, en edición suelta del siglo pasado, tan incorrecta como todas las de su clase. En los últimos versos de esta comedia añade Lope el segundo título de *El Primero Rey de Persia*. En los índices de Fajardo y Medel se la llama *Ciro* (ó *Zirro*), *hijo de la perra*, y, según Barrera, lleva también (no sé dónde) el título de *Ciro y Arpago*. Don Juan Eugenio Hartzenbusch la reimprimió en el tomo III de su colección selecta.

Sirve de base á este poema dramático la historia fabulosa de la infancia de Ciro, tal como la cuenta Herodoto en su *Clío* (107-123). Muchos rasgos de esta tradición antiquísima son comunes á otras análogas de diversos tiempos y naciones, por ejemplo, á la leyenda latina de Rómulo y Remo, ó á la leyenda turdetana de Gargoris y Abidis, de la cual nos presenta un resumen Justino, el abreviador de Trogo Pompeyo. Todo esto indica un fondo mitológico común y anterior á todas ellas, fondo que reaparece en muchos cuentos populares. Dice así la ingenua narración del padre de la Historia, traída á nuestra lengua más fiel que poéticamente por el jesuíta Bartolomé Pou, aventajado helenista del siglo XVIII (1):

«Sucedióle en el trono (á Cyaxares) su hijo Astyages, que tuvo una hija llamada Mandane. A este monarca le pareció ver en sueños que su hija despedia tanta orina que, no solamente llenaba con ella la ciudad, sino que inundaba toda el Asia. Dió cuenta de la vision á los magos, intérpretes de los sueños, é instruido de lo que el suyo significaba, concibió tales sospechas que, cuando Mandane llegó á una edad proporcionada para el matrimonio, no quiso darla por esposa á ninguno de los Medos dignos de emparentar con él, sino que la casó con un cierto Persa llamado Cambyses, á quien consideraba hombre de buena familia y de carácter pacífico, pero muy inferior á cualquiera Medo de mediana condicion.

»Viviendo ya Mandane en compañía de Cambyses su marido, volvió Astyages

(1) *Los nueve libros de la Historia de Herodoto de Halicarnaso, traducida del griego al castellano por el P. Bartolomé Pou, jesuíta.* Madrid, 1846, tomo I, páginas 55-67.

en aquel primer año á tener otra vision, en la cual le pareció que del centro del cuerpo de su hija salia una parra que cubria con su sombra toda el Asia. Habiendo participado este nuevo sueño á los mismos adivinos, hizo venir de Persia á su hija, que estaba ya en los últimos dias de su embarazo, y la puso guardias con el objeto de matar á la prole que diese á luz, por haberle manifestado los intérpretes que aquella criatura estaba destinada á reinar en su lugar. Queriendo Astyages impedir que la prediccion se realizase, luego que nació Cyro llamó á Harpago, uno de sus más familiares, el más fiel de los Medos y el ministro encargado de todos los negocios, y cuando le tuvo en su presencia le habló de esta manera: «Mira, no descui»des, Harpago, el asunto que te encomiendo. Ejecútale puntualmente, no sea que »por consideracion á otros me faltes á mí, y vaya por último á descargar el golpe »sobre tu cabeza. Toma el niño que Mandane ha dado á luz, llévale á tu casa y má»tale, sepultándole despues como mejor te parezca.» «Nunca, señor (respondió Har»pago), habreis observado en vuestro siervo nada que pueda disgustaros; en lo su»cesivo, yo me guardaré bien de faltar á lo que os debo. Si vuestra voluntad es que »la cosa se haga, á nadie conviene tanto como á mí el ejecutarla puntualmente.»

»Harpago dió esta respuesta, y cuando le entregaron el niño, ricamente vestido, para llevarle á la muerte, se fué llorando á su casa y comunicó á su mujer lo que con Astyages le habia pasado. «Y ¿qué piensas hacer?» (le dijo ella). «¿Qué pienso hacer? »(respondió el marido): aunque Astyages se ponga más furioso de lo que ya está, »nunca le obedeceré en una cosa tan horrible como dar la muerte á su nieto. Tengo »para obrar así muchos motivos. Además de ser este niño mi pariente, Astyages es »ya viejo, no tiene sucesion varonil y la corona debe pasar despues de su muerte »á Mandane, cuyo hijo me ordena sacrificar á sus ambiciosos recelos: ¿qué me res»tan sino peligros por todas partes? Mi seguridad exige ciertamente que este niño »perezca; pero conviene que sea el matador alguno de la familia de Astyages y no »de la mia.»

»Dicho esto, envió sin dilacion un propio á uno de los pastores del ganado vacuno de Astyages, de quien sabia que apacentaba sus rebaños en abundantísimos pastos dentro de unas montañas pobladas de fieras. Este vaquero, cuyo nombre era Mitradates, cohabitaba con una mujer consierva suya, que en lengua de la Media se llamaba *Spaca*, y en la de los griegos deberia llamarse *Kynos*, pues los Medos á la perra llaman *Spaca*. Las faldas de los montes donde aquel mayoral tenia sus praderas vienen á caer al Norte de Ecbatana por la parte que mira al Ponto Euxino, y confina con los Sappires. Este país es sobremanera montuoso, muy elevado y lleno de bosques, siendo lo restante de la Media una continuada llanura.

»Vino el pastor con la mayor presteza y diligencia, y Harpago le habló de este modo: «Astyages te manda tomar este niño y abandonarle en el paraje más desier»to de tus montañas para que perezca lo más pronto posible. Tengo orden para »decirte de su parte que si dejares de matarle, ó por cualquiera vía escapase el »niño de la muerte, serás tú quien la padezca en el más horrible suplicio; y yo »mismo estoy encargado de ver por mis ojos la exposicion del infante.»

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

»Recibida esta comision, tomó Mitradates el niño, y por el mismo camino que trajo volvióse á su cabaña. Cuando partió para la ciudad se hallaba su mujer todo el dia con dolores de parto, y quiso la buena suerte que diese á luz un niño. Durante la ausencia estaban los dos llenos de zozobra el uno por el otro; el marido solícito por el parto de su mujer, y ésta recelosa porque, fuera de toda costumbre, Harpago habia llamado á su marido. Así, pues, que le vió comparecer ya de vuelta, y no esperándole tan pronto, le preguntó el motivo de haber sido llamado con tanta priesa por Harpago. «¡Ah, mujer mia! (respondió el pastor); cuando llegué á la ciu»dad vi y oí cosas que pluguiese al cielo jamás hubiese visto ni oido, y que nunca »ellas pudiesen suceder á nuestros amos. La casa de Harpago estaba sumergida en »llanto; entro asustado en ella, y me veo en medio á un niño recien nacido, que, con »vestidos de oro y de varios colores, palpitaba y lloraba. Luego que Harpago me »ve, al punto me ordena que, tomando aquel niño, me vaya con él y le exponga en »aquella parte de los montes donde más abunden las fieras, diciéndome que Astya»ges era quien lo mandaba, y dirigiéndome las mayores amenazas si no lo cumplia. »Tomo el niño y me vengo con él, imaginando seria de alguno de sus domésticos »y sin sospechar su verdadero linaje. Sin embargo, me pasmaba de verle ataviado »con oro y preciosos vestidos, y de que por él hubiese tanto lloro en la casa. Pero »bien presto supe en el camino, de boca de un criado que, conduciéndome fuera »de la ciudad, puso en mis brazos al niño, que éste era hijo de la princesa Mandane »y de Cambyses. Tal es, mujer, toda la historia, y aquí tienes al niño.»

»Diciendo esto, le descubre y enseña á su mujer, la cual, viéndole tan robusto y hermoso, se echa á los pies de su marido, abraza sus rodillas, y anegada en lágrimas le ruega encarecidamente que por ningun motivo piense en esponerle. Su marido responde que no puede menos de hacerlo así, porque vendrian espías de parte de Harpago para verle, y él mismo pereceria desastradamente si no lo ejecutaba.

»La mujer entonces, no pudiendo vencer á su marido, le dice de nuevo: «Ya que »es indispensable que le vean espuesto, haz por lo menos lo que voy á decirte. Sabe »que yo también he parido, y que fué un niño muerto. A éste le puedes esponer, y »nosotros criaremos al de la hija de Astyages como si fuese nuestro. Así no corres »el peligro de ser castigado por desobediente al Rey, ni tendremos despues que »arrepentirnos de nuestra mala resolucion. El muerto, además, logrará de este »modo una sepultura regia, y este otro que existe conservará su vida.»

»Parecióle al pastor que segun las circunstancias presentes hablaba muy bien su mujer, y sin esperar más hizo lo que ella le proponia. La entregó, pues, el niño que tenia condenado á muerte; tomó el suyo difunto, y le metió en la misma canasta en que acababa de venir el otro, adornándole con todas sus galas, y despues se fué con él y le dejó expuesto en lo más solitario del monte.

»Al tercer dia se marchó el vaquero á la ciudad, habiendo dejado en su lugar por centinela á uno de sus zagales, y llegando á casa de Harpago le dijo que estaba pronto á enseñarle el cadáver de aquella criatura. Harpago envió al monte algunos

de sus guardas, los que entre todos tenia por más fieles, y cerciorado del hecho dió sepultura al hijo del pastor. El otro niño, á quien con el tiempo se dió el nombre de Cyro, luego que le hubo tomado la pastora, fué criado por ella, poniéndole un nombre cualquiera, pero no el de Cyro.

»Cuando llegó á los diez años, una casualidad hizo que se descubriese quién era. En aquella aldea, donde estaban los rebaños, sucedió que Cyro se pusiese á jugar en la calle con otros muchachos de su edad. Éstos, en el juego, escogieron por rey al hijo del pastor de vacas. En virtud de su nueva dignidad, mandó á unos que le fabricasen su palacio real; eligió á otros para que le sirviesen de guardias; nombró á éste inspector, ministro (ó, como se decia entonces, *ojo del rey*); hizo al otro su gentilhombre, para que le entrase los recados, y, por fin, á cada uno distribuyó su empleo. Jugaba con los otros muchachos uno que era hijo de Artémbares, hombre principal entre los Medos, y como este niño no obedeciese á lo que Cyro le mandaba, dió orden á los otros para que le prendiesen; obedecieron ellos, y le mandó Cyro azotar, no de burlas, sino ásperamente. El muchacho, llevando muy á mal aquel tratamiento, que consideraba indigno de su persona, luego que se vió suelto se fué á la ciudad y se quejó amargamente á su padre de lo que con él habia ejecutado Cyro, no llamándole Cyro (que no era todavia éste su nombre), sino: aquel muchacho, hijo del vaquero de Astyages. Enfurecido Artémbares, fuése á ver al Rey, llevando consigo á su hijo, y lamentándose del atroz insulto que se les habia hecho. «Mirad, señor (decia), cómo nos ha tratado el hijo del vaquero, vuestro es»clavo»; y al decir esto, descubria las espaldas lastimadas de su hijo.

»Astyages, que tal oia y veia, queriendo vengar la insolencia usada con aquel niño y volver por el honor ultrajado de su padre, hizo comparecer en su presencia al vaquero juntamente con su hijo. Luego que ambos se presentaron, vueltos los ojos á Cyro, le dice Astyages: «¿Cómo tú, siendo hijo de quien eres, has tenido la osadia »de tratar con tanta insolencia y crueldad á este mancebo, que sabias ser hijo de »una persona de las primeras de mi corte?» «Yo, señor (le responde Cyro), tuve »razon en lo que hice; porque habeis de saber que los muchachos de la aldea, siendo »ése uno de ellos, se concertaron jugando en que yo fuese su rey, pareciéndoles que »era yo el que más merecia serlo por mis prendas. Todos los otros niños obedecian »puntualmente mis órdenes; solo éste era el que, sin hacerme caso, no queria obe»decer, hasta que, por último, recibió la pena merecida. Si por ello soy yo tambien »digno de castigo, aquí me teneis dispuesto á todo.»

»Mientras Cyro hablaba de esta suerte, quiso reconocerle Astyages, pareciéndole que las facciones de su rostro eran semejantes á las suyas, que se descubria en sus ademanes cierto aire de nobleza, y que el tiempo en que le mandó esponer convenia perfectamente con la edad de aquel muchacho. Embebido en estas ideas estuvo largo rato sin hablar palabra, hasta que, vuelto en sí, trató de despedir á Artémbares con la mira de coger á solas al pastor y obligarle á confesar la verdad. Al efecto, le dijo: «Artémbares, queda á mi cuidado hacer cuanto convenga porque tu hijo no »tenga motivo de quejarse por el insulto que se le hizo.» Y luego los despidió, y al

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

mismo tiempo los criados, por orden suya, se llevaron dentro á Cyro. Solo con el vaquero, le preguntó de dónde habia recibido aquel muchacho y quién se le habia entregado, contestando el otro que era hijo suyo, y que la mujer de quien le habia tenido habitaba con él en la misma cabaña; volvió á decirle Astyages que mirase por sí y no se quisiese esponer á los rigores del tormento, y haciendo á los guardias una señal para que se echasen sobre él, tuvo miedo el pastor y descubrió toda la verdad del hecho desde su principio, acogiéndose, por último, á las súplicas y pidiéndole humildemente que le perdonase.

»Astyages, despues de esta declaracion, se mostró menos irritado con el vaquero, dirigiendo toda su cólera contra Harpago, á quien hizo llamar inmediatamente por medio de sus guardias. Luego que vino, le habló así: «Dime, Harpago, ¿con qué »género de muerte hiciste perecer al niño de mi hija, que puse en tus manos?» Como Harpago viese que estaba allí el pastor, temiendo ser cogido si caminaba por la senda de la mentira, dijo sin rodeos: «Luego, señor, que recibí el niño, me puse »á pensar cómo podria ejecutar vuestras órdenes sin incurrir en vuestra indignacion »y sin ser yo mismo el matador del hijo de la Princesa. ¿Qué hice, pues? Llamé á »este vaquero, y entregándole la criatura le dije que vos mandabais que la hiciese »morir, y en esto seguramente dije la verdad. Díle orden para que la espusiese en »lo más solitario del monte y que no la perdiese de vista en tanto que respirase, »amenazándole con los mayores suplicios si no lo ejecutaba puntualmente. Cuando »me dió noticia de la muerte del niño, envié á los eunucos de más confianza para »quedar seguro del hecho y para que le diesen sepultura. Ved aquí, señor, la ver»dad y el modo como pereció el niño.»

»Disimulando Astyages el enojo de que se hallaba poseido, le refirió primeramente lo que el vaquero le habia contado, y concluyó diciendo que, puesto que el niño vivia, lo daba todo por bien hecho. «Porque, á la verdad (añadió), me pesaba »en extremo lo que habia mandado ejecutar con aquella criatura inocente, y no po»dia sufrir la idea de la ofensa cometida contra mi hija. Pero ya que la fortuna se »ha convertido de mala en buena, quiero que envies á tu hijo para que haga com»pañia al recien llegado, y que tú mismo vengas hoy á comer conmigo, porque »tengo resuelto hacer un sacrificio á los dioses, á quienes debemos honrar y dar »gracias por el beneficio de haber conservado á mi nieto.»

»Harpago, despues de hacer al rey una profunda reverencia, se marchó á su casa lleno de gozo por haber salido con tanta dicha de aquel apuro y por el grande honor de ser convidado á celebrar con el monarca el feliz hallazgo. Lo primero que hizo fué enviar á palacio al hijo único que tenia, de edad de trece años, encargándole hiciese todo lo que Astyages le ordenase; y, no pudiendo contener su alegria, dió parte á su esposa de toda aquella aventura. Astyages, luego que llegó el niño, le mandó degollar, y dispuso que, hecho pedazos, se asase una parte de su carne y otra se hirviese, y que todo estuviese pronto y bien condimentado. Llegada ya la hora de comer y reunidos los convidados, se pusieron para el rey y los demás sus respectivas mesas llenas de platos de carnero, y á Harpago se le puso tambien la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

suya, pero con la carne de su mismo hijo, sin faltar de ella más que la cabeza y las estremidades de los pies y manos, que quedaban encubiertas en un canasto. Comió Harpago, y cuando ya daba muestras de estar satisfecho le preguntó Astyages si le habia gustado el convite; y como él respondiese que habia comido con mucho placer, ciertos criados, de antemano prevenidos, le presentaron cubierta la canasta donde estaba la cabeza de su hijo, con las manos y pies, y le dijeron que la descubriese y tomase de ella lo que más le gustase. Obedeció Harpago; descubrió la canasta y vió los restos de su hijo, pero todo sin consternarse, permaneciendo dueño de sí mismo y conservando serenidad. Astyages le preguntó si conocia de qué especie de caza era la carne que habia comido: él respondió que sí, y que daba por bien hecho cuanto disponia su soberano; y recogiendo los despojos de su hijo, los llevó á su casa con el objeto, á mi parecer, de darles sepultura.»

Prosigue refiriendo Herodoto cómo Astyages consultó á los magos y cómo se aquietó con la seguridad que éstos le dieron de que su sueño había tenido exacto cumplimiento con la elección de burlas que de Ciro habían hecho para rey los muchachos, después de lo cual no debía tener ningún temor de que llegase nunca á ser rey de veras.

«Alegróse mucho el rey con tales razones, y llamando á Cyro, le dijo: «Quiero »que sepas, hijo mio, que, inducido por la vision poco sincera de un sueño, traté de »hacerte una sinrazon; pero tu buena fortuna te ha salvado. Vete, pues, á Persia, »para donde te daré buenos conductores, y allí encontrarás otros padres bien dife»rentes de Mitradates y de su mujer, la vaquera.»

»En seguida despachó Astyages á Cyro, el cual, llegado á casa de Cambyses, fué recibido por sus padres, que no se saciaban de abrazarle, como quienes estaban en la persuasion de que habia muerto poco despues de nacer. Preguntáronle de qué modo habia conservado la vida, y él les dijo que al principio nada sabia de su infortunio y habia vivido en el engaño; pero que en el camino lo habia sabido todo por las personas que le acompañaban, porque antes se creia hijo del vaquero de Astyages, por cuya mujer habia sido criado. Y como en todas ocasiones, no cesando de alabar á esta buena mujer, tuviese su nombre en los labios, oyéronle sus padres y determinaron esparcir la voz de que su hijo habia sido criado por una perra, con el objeto de que su aventura pareciese á los Persas más prodigiosa, de donde vino, sin duda, la fama que se divulgó sobre este punto.

»Cuando Cyro hubo llegado á la mayor edad, y por sus prendas varoniles y amable carácter descollaba entre todos sus iguales, Harpago, enviándole regalos, le iba solicitando contra Astyages, de quien deseaba vengarse; porque viendo que como persona particular no le seria fácil asestar sus tiros contra el monarca, procuraba ganarse un compañero tan útil para sus planes, supuesto que las desgracias de aquél habían sido muy semejantes á las suyas. Ya de antemano iba disponiendo las cosas; y sacando partido de la conducta de Astyages, que se mostraba duro y áspero con los Medos, se insinuaba poco á poco en el ánimo de los sujetos principales, aconse-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

jándoles con maña que convenia deponer á Astyages del trono y colocar en su lugar á Cyro.»

Aquí la narración de Herodoto se extiende en detalles que Lope suprimió ó trató de otra manera, como el haber enviado Harpago una carta á Ciro dentro de una liebre que había cazado; y el arte que Ciro tuvo para levantar á los persas contra los medos, y organizar y aprestar un ejército contra su abuelo, de quien triunfa ayudado por la traición de Harpago, que, sediento de venganza, se pasa á él con la mayor parte de sus huestes.

«De este modo, pues, Astyages, habiendo reinado treinta y cinco años, fué depuesto del trono; por cuya dureza y crueldad los Medos cayeron bajo el dominio de los Persas, despues de haber tenido el imperio del Asia superior más allá del rio Halys por espacio de ciento veintiocho años, exceptuando el tiempo en que mandaron los Escitas. Así que los Persas, en el reinado de Astyages, teniendo á su frente á Cyro, sacudieron el yugo de los Medos y empezaron á mandar en el Asia. Cyro, desde entonces, mantuvo cerca de sí á Astyages todo el tiempo que le quedó de vida, sin tomar de él ninguna otra venganza.»

Tal es la leyenda que nos ha transmitido Herodoto, y que Lope tomó principalmente de su Historia, y no de Justino, que también la trae, aunque abreviada y con algunas variantes, en el lib. I de su epítome de Trogo Pompeyo (1). Así nos lo persuade el nombre del vaquero *Mitradates (Mitrídates* en Lope), que está en

---

(1) El romance erudito de Lorenzo de Sepúlveda (núm. 492 de Durán), que comienza

En la provincia de Media
Otro tiempo un rey había.....

está fundado en la narración de Justino, como lo prueba el detalle siguiente, que no se halla en Herodoto, y sí en aquel compendiador:

Pero la gente de Ciro
Con temor se retraía,
Y no pudiendo sufrir,
Ya las espaldas volvía.
Sus madres y sus mujeres
Al encuentro les salían,
Rogando que á pelear
Tornasen con osadía;
Mas tornar á la batalla
Ninguno de ellos quería.
Ellas, alzando las faldas,
Las vergüenzas descubrían:
Pregúntanles si en los vientres
Otra vez entrar querían:
La gente con la vergüenza
Á la batalla volvía.....

«*Pulsa itaque quum Persarum acies paullatim cederet, matres et uxores eorum obviam occurrunt: orant in prælium revertantur. Cunctantibus, sublata veste, obscœna corporis ostendunt,*

Herodoto, pero no en Justino; el que Ciro mande azotar á un solo muchacho, y no á varios, como dice el compendiador latino, y algunas otras diferencias que entre ambos textos se notan. No queremos decir con esto que Lope, cuya lectura, como ya hemos visto, era muy extensa y variada, dejase de consultar también á Justino. El germen, por ejemplo, del sueño de Ciro, de que Lope sacó tan admirable partido dramático, está en Justino (1).

Hay un episodio en esta comedia que no procede de la leyenda de Ciro, pero sí de una tradición muy antigua también, y, al parecer, de origen persa. Es la disputa entre Ciro y otros mancebos sobre cuáles son las tres cosas más fuertes. Este enigma se halla en los capítulos III y IV del lib. III de Esdras (llamado también de Zorobabel), libro excluído hoy del canon de las Sagradas Escrituras, pero que todavía siguió estampándose en muchas Biblias del siglo XVI, aun después de haberle rechazado como apócrifo el Concilio de Trento. De este cuento oriental se aprovechó ya en el siglo XIII D. Sancho IV el Bravo en el libro de los *Castigos et Documentos á su fijo* (cap. XXXIII). Pero esta curiosa versión altera y abrevia caprichosamente el apólogo original, que dice así, traducido por Cipriano de Valera (2):

Capítulo III:

«1. Siendo Darío rey, hizo una gran cena á todas sus gentes y criados.

»2. Y á todos los grandes de Media y de Persia; á todos sus Gobernadores, Capitanes y Cónsules y Prepósitos, desde la India hasta la Ethiopia, que eran ciento y veynte y siete provincias.

»3. Y desque ovieron bien comido y bevido, y se volvieron hartos, el rey Darío se subió á su cámara: y durmió hasta que se despertó.

«4. Entretanto, tres mancebos de la guarda, que guardaban el cuerpo del Rey, dixeron el uno al otro:

«5. Digamos cada uno nuestro dicho excelente, para que el que pareciere aver »hablado más sabiamente que los otros, el rey Darío le dé grandes dones en señal »de victoria:

»6. Que se vista de púrpura, que beba en oro, que duerma sobre oro, que ande en »carro con freno de oro, que trayga diadema de fino lino, y collar de oro á su cuello:

»7. Y que se asiente en el segundo lugar, despues de Darío, por su sabiduría, y »que sea llamado pariente de Darío.»

---

rogantes, «num in uteros matrum vel uxorum velint refugere». Hac repressi castigatione, in prælium redeunt: et facta impressione, quos fugiebant, fugere compellunt.» (Just. Hist., I, 6.)

El mismo rigor literal que en estas líneas se observa en todo lo demás del romance.

(1) *Lectis ille epistolis eadem somnio adgredi jussus est: sed præmonitus ut quem primum postera die obvium habuisset, socium cœptis adsumeret.* (Just., I, 5.)

(2) No parecerá superflua tan larga cita si se reflexiona que, por no incluirse en las Biblias modernas los libros III y IV de Esdras, son tan poco conocidos estos apócrifos, que persona tan docta como el Sr. Amador de los Ríos, al tratar del libro de D. Sancho, no acertó á identificar el *Zorobabel*, perdiéndose en inútiles conjeturas por creer que se trataba de un libro de apólogos al modo de *Calila* y *Dina* ó del *Sendebar*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

»8. Entonces cada uno escrivió su dicho, y lo firmó; y pusiéronlo debaxo del almohada del rey Darío, diziendo:

«9. Quando el Rey se levantare, dársele ha aqueste escripto; y aquel cuyo dicho »fuere juzgado por el más sabio, por el Rey y por los tres Príncipes de Persia, ser »le ha dado el premio de la victoria, como lo avemos escripto.»

»10. El uno escrivió: «Poderosísima cosa es el vino.»

»11. El otro escrivió: «Poderosísima cosa es el rey.»

»12. El otro escrivió: «Poderosísimas son las mujeres; mas á todas las cosas so- »brepuja la Verdad.»

»13. Y como el rey se levantó, ellos, tomando sus escriptos, se los dieron, y él los leyó.

»14. Y envió á llamar á todos los Príncipes de Persia y de Media, y á los Gobernadores, Capitanes, Prepósitos y Cónsules.

»15. Y sentándose á Consejo, fueron leydos los escriptos delante dellos.

»16. Entonces el Rey dixo: «Llamad á esos mancebos para que cada uno declare »su dicho.» Y como fueron llamados entraron dentro.

»17. Y el Rey les dixo: «Declaradnos vuestra scriptura.» Entonces el primero, el qual avia dicho de la potencia del vino, comenzó y dixo:

«18. ¡Quán poderoso es el vino, oh varones! Él engaña el entendimiento de to- »dos los que lo beben.

»19. Haze que el ánimo del rey y el del desamparado, el del siervo y el del libre, »el del pobre y el del rico, sea de una manera.

»20. Las voluntades de todos vuelve alegres y contentas, y haze olvidar toda »tristeza y deuda.

»21. Él haze ricos los ánimos de todos, y que ni haya memoria de rey ni de »gobernador. Haze que no se hable sino por talentos.

»22. Y que despues que han bebido, no se acuerden ni de amistad ni de herman- »dad, y desde á poco desenvaynen las espadas.

»23. Y despues que son libres del vino, nadie tiene memoria de lo que ha hecho.

»24. Por ventura, oh varones, ¿no es potentísima cosa el vino, que fuerza á hazer »todo esto?» Y desque éste hubo dicho, calló.»

Capítulo IV:

«1. Entonces el segundo, que habia dicho de la potencia del rey, comenzó á hablar:

«2. Oh varones, ¿por ventura los hombres no son los más poderosos, pues que se »enseñorean de la tierra y de la mar, y de todas las cosas que hay en ellas?

»3. El rey, pues, será el más poderoso, pues que se enseñorea de todos ellos, y »les manda á todos, y ellos hazen todo lo que él dize.

»4. Si él les dize que hagan guerra el uno al otro, ellos la hazen. Si él los envia »contra los enemigos, ellos van y derriban los montes, y los muros, y las torres.

»5. Matan, y son muertos, y no salen de la palabra del rey. Si vencen, todo lo »traen al rey, ansí los despojos como lo demás.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

»6. Lo mismo hazen los que no guerrean ni batallan, mas labran la tierra. Lo que »siegan, despues de haber sembrado, al rey lo traen, y los unos á los otros se com- »pelen á pagar los tributos al rey, aunque él no sea más de un hombre solo.

»7. Si él dize que maten, ellos matan. Si dize que suelten, sueltan.

»8. Si él dize que hieran, ellos hieren; si dize que derriben, derriban; si dize que »edifiquen, edifican.

»9. Si él dize que corten, cortan; si dize que planten, plantan.

»10. Y todo el pueblo y sus potestades obedecen á uno; y él, entretanto, está »assentado, come y bebe y duerme.

»11. Y ellos le guardan puestos arredor dél, y ninguno puede yr á hazer sus »negocios, mas todos le son obedientes.

»12. Oh varones, ¿cómo no será el rey más poderoso, pues es ansí obedecido?» Y calló.

»13. Entonces el tercero, que era Zorobabel, el qual habia dicho de las mujeres y de la Verdad, comenzó á hablar:

«14. Oh varones, ni el rey, aunque es grande, ni muchos hombres, ni tampoco el »vino, es el más poderoso.

»15. ¿Qué cosa, pues, les es superior y tendrá señorío sobre ellos? ¿Por ventura »no son las mujeres? Las mujeres engendraron al rey y á todo el pueblo, que »domina en la mar y en la tierra.

»16. Ellos nacieron dellas, y ellas criaron á los que plantaron las viñas, de las »quales es hecho el vino.

»17. Ellas hazen las ropas de los hombres; ellas hazen lo que haze á los hombres »honrados, y los hombres no pueden vivir sin las mujeres.

»18. Si ellos han allegado oro ó plata, ó qualquiera otra cosa hermosa, en »viendo una mujer hermosa y bien aderezada,

»19. ¿No ponen los ojos en ella, dexando todo lo demás, y la están mirando »la boca abierta, desseándola más que á oro ni á plata, ni á otras cosas her- »mosas?

»20. El hombre dexa á su padre que lo ha criado, y á su propia tierra, y se junta »con su mujer.

»21. Passa su vida con su mujer, y ni tiene memoria de padre ni de madre, ni de »su tierra.

»22. De aquí, pues, podreys conocer que las mujeres dominan sobre vosotros. ¿No »trabajays y afanays vosotros, y todo lo days y lo traeys despues á las mujeres?

»23. Toma el hombre su espada y sale fuera á saltear y robar, ó á navegar sobre »la mar ó los rios.

»24. Vee el leon, camina de noche; quando habrá hecho el hurto, y robado y »despojado, tráelo todo á su amiga.

»25. Porque más ama el hombre á su mujer que á su padre ni madre.

»26. Y muchos se tornaron locos por la vista de las mujeres, y otros, por causa »dellas, fueron vueltos siervos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

»27. Muchos se perdieron y cayeron y peccaron por causa de las mujeres.

»28. ¿No me creeys, pues, ahora? ¿Por ventura el rey no es grande en su poder, »pues todas las regiones temen de tocarle?

»29. Con todo eso, yo he visto á él y á Apames, su amiga, hija de Bartaco el »Magnífico, la qual estaba asentada á su mano derecha,

»30. Y le quitaba la diadema de su cabeza y la ponía sobre la suya, y heria al »Rey con su mano izquierda.

»31. Y el Rey, á todo esto, la estaba mirando con la boca abierta. Si ella se le reia, él se reia tambien; si ella se enojaba con él, él la lisonjeaba para hazer la paz.

»32. ¿Cómo, pues, oh varones, no serán las mujeres las más poderosas, pues »hazen tales cosas?»

»33. Á esto el Rey y los Príncipes se miraban el uno al otro. Y él comenzó á hablar de la Verdad.

«34. Oh varones (dize); las mujeres, ¿no son las más poderosas? La tierra es »grande y el cielo alto, y el sol ligero en su carrera, porque en un dia da una vuelta »al cielo y se torna á su lugar.

»35. Pues el que ha hecho estas cosas ¿no es grande?

»36. A la Verdad invoca toda la tierra; y tambien el cielo la celebra, y todas las »cosas la reverencian y la temen, y nada hay iniquo donde ella está.

»37. El vino es iniquo, el rey es iniquo, las mujeres son iniquas, toda la natura»leza de los hombres es iniqua y todas sus obras son iniquas: no hay en ellos Ver»dad, y en su iniquidad perecen.

»38. Empero la Verdad permanece en su vigor eternamente, y vive y domina »por siglos de siglos.

»39. En ella no hay accepcion ni diferencia de personas, mas haze todas las cosas »justas, y de toda injusticia y maldad se aparta. Todos aprueban sus obras.

»40. En su juizio nada hay injusto: ella es la fortaleza, el reyno, la potencia y la »majestad de todos los siglos. Bendito sea el Dios de Verdad.»

»41. Esto dicho, calló: y todo el pueblo clamó y dixo: «La Verdad es grande, y »la más poderosa.»

»42. Entonces el Rey le dixo: «Demanda lo que quisieres, aliende de lo que está »escripto, que nos te lo concederemos: por quanto eres hallado el más sabio, tú »te assentarás despues de mí, y serás llamado mi pariente.»

»43. Y él respondió al Rey: «Acuérdate del voto que heziste el dia que tomaste »la possesion de tu Reyno, de reedificar á Jerusalem» (1).

Esta comedia, *Contra valor no hay desdicha*, es la mejor que Lope compuso sobre argumentos de la historia antigua, y una de las buenas de su inmenso repertorio. Hubo de ser también una de las últimas, como parecen indicarlo los postreros versos:

---

(1) *La Biblia, que es los Sacros Libros del Viejo y Nuevo Testamento. Segunda edicion revista y conferida con los textos Hebreos y Griegos y con diversas translaciones. Por Cypriano de Valera..... En Amsterdam, en casa de Lorenzo Jacobi*, 1602.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ACADEMIA BIBLIOTECA

Y aquí dió fin el poeta,
Que *aun vive* para serviros.....

Abandonando Lope el procedimiento enteramente épico que en las comedias heroicas de su juventud había seguido, de poner en acción y representación una crónica entera, acumulando los hechos por el orden mismo en que sucedieron, sin buscar entre ellos más artificioso enlace que el que en la historia tienen, y evitando toda narración previa ó incidental, construye aquí más dramáticamente su plan, excluyendo de él el nacimiento é infancia de Ciro, á quien presenta ya mancebo, y aclarando gradualmente el misterio de su origen mediante largos relatos de Astyages mismo y de Harpago. De este modo, á la vez que se aprovechan en la pieza casi todos los datos tradicionales (suprimiendo únicamente algunos demasiado primitivos y ya inadmisibles en el teatro, como el primer sueño de Astyages), aparecen agrupados en torno de un núcleo dramático, que es la revelación y el cumplimiento del alto destino de Ciro, retardado en vano por las malas artes de su abuelo. Hay en esta comedia mucho que aplaudir, no sólo en el sentido de la inspiración fresca y genial, que nunca falta en Lope, sino también en el de la reflexión y el estudio, que parecen menos compatibles con su producción enorme y acelerada. Sin necesidad de ideologías, como dice Grillparzer, acierta á darnos nuestro poeta desde la primera escena cabal noción del arrogante carácter de Ciro, cuando, ignorante todavía de su excelsa prosapia, expresa de este modo, dirigiéndose á su supuesto padre, el vaquero Mitrídates, los altos pensamientos que bullen confusamente en su alma:

Padre, no penséis que vos
Solo mi artífice fuistes;
Porque, si el cuerpo me distes,
Las almas infunde Dios.
. . . . . .
Corta un escultor un leño
Y señala una figura,
Que acabar después procura
Por las líneas del diseño.
Este leño os debo á vos,
Figura muda y en calma;
Que la perfección del alma
Sólo se la debo á Dios.
. . . . . .
¿Todo ha de ser cultivar
La tierra y seguir dos bueyes?
¿No tienen los dioses leyes
Para saberlos honrar?

Las escenas de la supuesta coronación de Ciro, y del juego de muchachos convertido en veras, están llenas de animación, y ponen más y más de resalto la vigorosa juventud de ánimo y cuerpo del protagonista:

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No hay hombre en toda la aldea
Que no le tema, señor,
Ni por fuerza ó por amor
Moza que suya no sea.
Él goza, sin que con él
Ruego ó justicia aproveche,
De las ovejas la leche,
De las colmenas la miel.
Él come lo que no ara,
Y coge lo que no siembra;
Un oso á brazos desmiembra,
Y una tigre desquijara.....

Este personaje, que lleva en su frente el sello de la predestinación para el imperio, y que, conducido á la presencia del rey Astyages, repite con indómito brío:

Y yo también en mi aldea
Soy rey de los labradores.....,

tiene, como todos los grandes ambiciosos (el Wallenstein de Schiller, por ejemplo), la superstición astrológica, la confianza ciega en su estrella, mezclada con la confianza en su propio valor:

Que si huyeren las estrellas,
Estará firme á lo menos
La que nació con mi dicha.
Venga el mundo contra mí;
Que si con valor nací,
Contra valor no hay desdicha.

Guarnecido el pecho de tal armadura, logra sobreponerse á los agüeros cortando las piernas á su caballo cuando le derriba en tierra en el momento de su aclamación:

Ya, vasallos, el agüero
En mi caballo cayó;
. . . . . .
Él es muerto y yo soy vivo:
Conque el agüero cesó;
Que no hay fortuna contraria
Que no la venza el valor.

Así resiste á la procesión de sombras que le asaltan la noche antes de la batalla; escena que recuerda inmediatamente otra admirable del *Ricardo III* de Shakespeare, aunque en Lope lo sobrenatural es siempre más rápido y cruza por la escena como un relámpago. Ni la voz del espectro de su padre, que le incita á huir, ni el fatídico presagio del cometa, bastan á intimidarle. Sus alientos de conquistador están moralmente realzados por la conciencia de que va á ser el vengador de la inocente sangre del hijo de Harpago. Pero, satisfecha ya su venganza, perdona magnánima-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

mente á su abuelo, sublimando y purificando de este modo su propia naturaleza, que no es ya la del joven temerario, la del aventurero osado y feliz, sino la del monarca sabio y prudente:

. . . . . Eso no;
Que ningún hombre venció
Si no supo perdonar.
. . . . . .
Porque es tan alta la gloria
De perdonarte vencido,
Que hasta este punto no ha sido
Verdadera la victoria.....

En la creación de este carácter, al cual se contrapone hábilmente la hipócrita crueldad de Astyages, consiste el principal pero no el único mérito de este drama, donde, aparte del interés novelesco del argumento, hay situaciones teatrales hábilmente preparadas (por ejemplo, el encuentro de Ciro y Harpago al fin de la jornada segunda); escenas idílicas de aquel género en que tanto sobresale Lope; versificación y estilo generalmente intachables; frases poéticas y felices (1) en medio de su llaneza y sabroso realismo, y aun máximas morales expresadas con sentenciosa concisión.

Lope de Vega ha repetido en varias comedias (por ejemplo, en *El Gran Duque de Moscovia*, en *El Hijo de los leones*, etc.) caracteres análogos al de Ciro, y lances que tienen semejanza con los de esta obra. También la tiene el Heraclio del Dr. Mira de Mescua en *La Rueda de la fortuna* (pieza cuyas relaciones más remotas con la de Calderón, *En esta vida, todo es verdad y todo es mentira*, y por consiguiente con el *Héraclius* de Corneille, hizo ya notar Hartzenbusch, no sin oposición de Viguier):

En la corte de los reyes
No hay mancebo más bizarro;

(1) ¿Pensáis que viene enseñado
Este fuerte capitán
Al regalado faisán
Y al vino aromatizado?.....
. . . . . .
¡Oh! Bien haya, dije yo,
Debajo de un pobre techo
La olla de un labrador,
Los rotos manteles puestos
Sobre una tabla de pino,
Y aquel ver salir hirviendo
El repollo en el verano,
Los nabos en el invierno.....
. . . . . .
Porque los contentos, Filis,
Si hay en el mundo contentos,
No están en las ceremonias,
Sino en el gusto y el sueño.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El movimiento de un carro
Detiene con cuatro bueyes.
Tan ligero corre y salta,
Que alguna vez ha alcanzado
Al corzuelo remendado
Por la montaña más alta.
Es una cuartana fría
Del león bravo y furioso;
Es un vaguido del oso,
Del lobo melancolía.
Porque al lobo, oso y león
Los acobarda y destierra;
Y sobre todo, á la guerra
Tiene extraña inclinación.

No sólo es patente la imitación de la figura de Ciro, sino que hay en la fabulosa historia que del emperador Heraclio finge Mira de Mescua un trueque de niños, un príncipe villano y otro destronado, con circunstancias no idénticas, pero que de todos modos parecen reminiscencias. La situación final de *La Vida es sueño*, en que Segismundo vence y perdona á su padre, coincide también, hasta cierto punto, con la de Ciro venciendo y perdonando á su abuelo.

Sobre el mismo argumento de la comedia de Lope versa uno de los mejores libretos de Metastasio, *Ciro Riconosciuto* (música del Caldara), representado por primera vez en el jardín de *La Imperial Favorita*, de Viena, en presencia de los soberanos, el 28 de Agosto de 1736, para festejar el día natalicio de la emperatriz Isabel, mujer de Carlos VI (1). Metastasio conocía una parte del Teatro de Lope y le estimaba mucho, pero no creo que en esta ocasión le imitase. En el prólogo no cita más que á Herodoto, Ctesias y Valerio Máximo. Por otra parte, el plan de ambas obras es muy diverso, teniendo en la de Metastasio grande intervención los padres de Ciro, Cambises y Mandane, que no aparecen en la de Lope. Hay, sin embargo, algunas escenas que se parecen bastante; por ejemplo, aquella en que Astyages reconoce á su nieto:

ASTIAGE.

. . . . . É quello
Di Mitridate il figlio?

ARPAGO.

Appunto.

ASTIAGE.

Oh Dei,
Che nobil volto! Il portamento altero
Poco s'accorda alla natia capanna.....
. . . . . .

(1) *Opere del signor Abate Pietro Metastasio*, t. v. *In Parigi, presso la vedova Herissant*, 1780, página 111 y siguientes.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

. . . . . Arpago, e pure
In quel sembiante un no so che ritrovo
Che non distinguo, e non mi giunge novo.....
. . . . . .

El poeta moderno prepara esta *anagnórisis* con más destreza técnica que el antiguo. En Lope, Astyages dice candorosamente en cuanto oye hablar á Ciro:

¡Vive Júpiter sagrado,
Que tanto á Mandane imita,
Que tiene en el rostro escrita
La verdad de mi cuidado!
Éste, sin duda, es mi nieto;
Que en aquel rudo horizonte
No fuera el parto de un monte
Tan atrevido y discreto;
Porque son precisas leyes,
De que tengo claras señas,
Que peñas engendran peñas,
Y reyes producen reyes.

Este libreto, lo mismo que casi todos los de Metastasio, fué traducido al castellano, aunque infelizmente, en el siglo pasado, é imitado por el cómico José Concha en su pésimo drama *Ciro, príncipe de Persia*.

X.—LAS GRANDEZAS DE ALEJANDRO.

Lope la llamó *tragicomedia*, y la dedicó al Duque de Alcalá, virrey del Principado de Cataluña. Está impresa en la *Parte décimasexta* de las comedias de su autor (Madrid, 1621).

Creemos inútil detenernos en el análisis de esta desatinada pieza, en que el autor, siguiendo á escape la narración de Quinto Curcio ó de cualquier otro autor de los más conocidos, acumula en tres actos una gran parte de la historia de Alejandro, presentando los hechos sin la menor trabazón dramática y del modo más informe y grosero que puede imaginarse. Es una de las pocas obras enteramente malas que nos ha dejado Lope. Nada hay en ella digno del ingenio de su autor, á excepción de algunos trozos de versificación, y muy especialmente del precioso romance puesto en boca de Vitelo en la primera jornada:

En los montes de Corinto
Guardaba cabras, señor.....
. . . . . .
Por mi cabaña una noche
Este mancebo pasó:
No le dí el faisán preciado,
Ni el vino espirando olor;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No sábanas que amortajan
Al avariento señor.
Díle en la tejida encella
El cándido naterón,
Miel virgen en su alcornoque,
Blanco pan, que allí nació;
La cama de pieles blancas
Donde algunas veces yo
No tuve envidia á los reyes,
Y que envidiara el mayor.,...

Figura en esta pieza, como episodio, la generosidad de Alejandro con Apeles, que sirve de tema á una comedia de Calderón, *Darlo todo y no dar nada*, *Apeles y Campaspe*. El filósofo cínico Diógenes es uno de los personajes de esta pieza, y aparece también en la de Lope cantando unas bellas estancias en loor de la soledad:

Puro, divino cielo,
Libro donde se escribe
La más alta y mejor sabiduría.....

Hay, además, en la tragicomedia de Lope pomposas descripciones de combates y de fiestas, brillantes retazos que pudieran lucir en mejor paño. Pero fué temeridad llevar á las tablas tal argumento, aun sin contar con lo rudo y primitivo de la ejecución. Las hazañas de Alejandro son materia esencialmente épica, y todo poeta que las trate en otra forma tiene que estrellarse. Bien lo prueban, dentro de escuelas muy distintas, el fracaso de la tragicomedia de Lope en España, y del *Alexandre* de Racine en Francia.

Prometió nuestro poeta una segunda parte, que quizá no llegó á escribir, y que debía contener el resto de la historia del héroe después de su entrevista con el sumo sacerdote hebreo Jado, en la cual puso término á la primera, sin duda para darla una especie de conclusión religiosa.

XI.—EL HONRADO HERMANO.

Publicó Lope esta *tragicomedia* en la *Parte décimaoctava* (Madrid, 1623); pero debía de tenerla escrita mucho antes si, como creemos, es la misma que con el título de *Los Horacios* se cita ya en la primera lista de *El Peregrino* (1604). Ha sido reimpresa por D. Eugenio de Ochoa en el tomo II del *Tesoro del Teatro español*, publicado en París por el editor Baudry.

La fuente de esta comedia de Lope está indicada por él mismo en la dedicatoria al contador Juan Muñoz de Escobar: «Esta romana historia de los Horacios y Albanos, que en su primer libro escribe el príncipe de ella, Tito Livio, ofrezco á v. m..... No quise que fuese fábula, sino verdadera historia, y tan calificada que no se desdeñó San Agustín de escribirla en el lib. III de su *Ciudad de Dios*, en el cap. XIV,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

disculpando las lágrimas de Horacio con el ejemplo de Eneas y de Marcelo en Sicilia; que cuando no tuviera esta calidad y la que le dan los principios de la sagrada Roma, haberla dedicado á v. m. y honrado de su nombre era calificación bastante.»

El texto de Tito Livio (capítulos XII y XIII del lib. I de la 1.ª Década) dice así en la vetusta traducción de Fr. Pedro de Vega, corregida por Francisco de Encinas, que era la que corría con más crédito en tiempo de Lope:

«XII. Muerto el Rey Numa, tornó el regimiento del Reyno á Entrereyes. É despues fué eligido por Rey Tulo Hostilio..... Este Rey, no sólo fué desemejable al pasado (Numa) en el procurar de la paz, mas aun fué más feroz que Rómulo. Pues como viese que la ciudad se envejecia con ocio, buscaba todas las causas que podia para despertar guerra. É acaesció que los labradores Romanos robaron los campos de los Albanos, y los labradores de Alba tambien se entregaron en los campos de los Romanos. É tenia el Reyno de Alba entonces Gayo Civilio. En un tiempo vinieron los legados de estas dos ciudades á repetir (1) las cosas tomadas. É Tulo mandó á los suyos que no hiciesen cosa sin su mandamiento (2), porque creia que los Albanos negarian, et así tendria él ocasion para les hacer guerra (3). Tulo mandó rescibir muy amigablemente á los mensajeros de Alba, et hízoles grandes fiestas. Entretanto, supo de los suyos cómo los Albanos les habían negado las cosas tomadas y cómo les habían denunciado guerra para dende en treinta dias. Entonces Tulo mandó á los legados de Alba que dixesen lo que querían. Ellos, ignorando lo que los Romanos habian hecho en su ciudad, dixeron cómo les pesaba si en aquella embaxada dixesen alguna cosa que al Rey Tulo no agradase mucho, mas que no podían hacer otra cosa, y que venian á pedir las cosas que los Romanos habían tomado á los Albanos, y tenían mandamiento, que si no gelas quisiesen restituir, les denunciasen guerra. Oyendo Tulo esta su embaxada, respondióles et díxoles: «Decid á vuestro Rey, que el Rey de los Romanos hace á »los Dioses testigos, que primero él y su pueblo no quisieron otorgar á los legados »Romanos las cosas tomadas; que por esto, ellos son la causa desta guerra.» É tornados los embaxadores con esta respuesta, entrambas las partes se aparejaban para venir á la batalla. É bien civil fué esta guerra, porque fué entre parientes, ca del linaje Troyano decendian todos..... El fin de la batalla hizo la guerra menos miserable, ca no se peleó en haz ordenada, et siendo destruidos los tejados et paredes de Alba, fué pasada toda la gente que en ella moraba á Roma. Pues los Albanos vinieron primero con gran exército y comenzaron á destruir el campo Romano, y asentaron despues su real á cinco millas de Roma, cercándolo con grandes cavas.

---

(1) En el sentido latino de *repetere*, reclamar.

(2) Mal traducido. El texto dice: *Ne quid prius quam mandata agerent*, esto es, que no tratasen de nada antes de cumplir el mandato que llevaban.

(3) El texto latino añade *pie*, esto es, piadosa, religiosamente, sin faltar á la santidad de los juramentos y de los tratados.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En este real murió Civilio, Rey de Alba, y los suyos hicieron dictador á Mecio Sufecio. Entretanto, Tulo, feroz Rey de los Romanos, con deseo de castigar bien á los Albanos por la guerra injusta que le habian movido, pasó de noche al real de los enemigos, et vino al campo de Alba. Sabiendo esto Mecio por las guardas, acercó su exército lo más que pudo al de los Romanos. É envió un legado á Tulo á le rogar que ante que se diese la batalla viniesen entrambos á habla. É puestas las haces á punto, salieron los dos capitanes en medio á la habla acompañados con algunos de los suyos, y dixo Mecio: «Yo he visto que la causa desta batalla es que nues»tro Rey Civilio, porque no le quisistes dar las cosas que á los Romanos habian »sido tomadas, se movió á ella. É no dudo que tú, Tulo, tengas el mismo achaque. »Mas si la verdad se ha de hablar, más creo yo que la causa de esta guerra entre »dos pueblos vecinos y conjuntos por sangre, es la codicia del imperio, que no la »del tornar á demandar las cosas tomadas. Yo no sé si acierto que esta haya sido la »intencion del Rey de los Albanos, mas esto es cierto, que yo despues que la gue»rra es comenzada, soy hecho Capitan. É á mí me paresce que será mejor que nos»otros nos ayuntemos contra los Hetruscos y Volscos, los quales no esperan otra »cosa sino que nosotros peleemos en uno, para que ellos puedan despues acome»ternos más á salvo. Pues si los Dioses nos aman, no miramos que, no contentos »con la cierta libertad que agora tenemos, queremos cometer al juego de la fortuna »mudable todo nuestro poder y señorio. Busquemos, pues, alguna via por la qual, »sin derramamiento de nuestra sangre, se pueda deliberar quál destos dos pueblos »se enseñoreará del otro.» No desagradó á Tulo este partido, como quiera que era de mayor corazon y tenia gran esperanza de alcanzar la victoria. É halláronse á caso en cada uno de los exércitos tres hermanos de un vientre, iguales por edat et fuerzas. É los unos de estos eran llamados Horacios, y los otros Curiacios. É gran error hallo en no estar escripto por quál de estos dos nombres eran llamados los tres mancebos que se hallaron en el exército Romano. É los más dicen que los mancebos Romanos fueron llamados Horacios, y á creer esto se inclina mucho mi ánimo. Pues con estos seys hermanos acordaron los Reyes de librar el pleyto, de manera que con aquellos quedase el imperio que alcanzasen la victoria. É antes que entrasen los seys mancebos en el campo se hizo conveniencia entre los dos exércitos, que el pueblo de los que venciesen, en pacífica concordia tomase el señorío del otro.

»XIII. Esta fué la primera pleytesia ó pacto que hallamos que hayan hecho los Romanos en caso semejante, poniendo solamente en las fuerzas de tres mancebos todo el negocio de la batalla en que tanto iba. É luego que los dos Reyes con sus exércitos fueron en esto concertados, el Fecial, que era el que tenia cargo de tratar et firmar las pleytesias ó conveniencias hechas por el pueblo Romano, hizo los auctos et ceremonias al tal caso pertenescientes, requiriendo á su Rey, et haciéndole hacer los juramentos acostumbrados. É leyendo despues en presencia de todos las leyes que entre los dos pueblos estaban firmadas, hizo esta oracion diciendo: «Oye, »¡oh Júpiter! Oye tú, padre fundador del pueblo de los Albanos; oye agora tú,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

»pueblo Albano, que guardareis firmemente lo que agora os ha sido rezado en estas »tablas. É si el pueblo Romano viniere contra ello, primero por consejo público ó »secreto, tú, Júpiter, lo hiere en aquel dia, como yo heriré agora este puerco, y »tanto más lo castiga, cuanto más eres que ellos poderoso.» É diciendo esto, hirió con una piedra un puerco. De la misma manera los Sacerdotes de los Albanos hicieron sus juramentos segun su costumbre. Estas cosas acabadas, los seys hermanos tomaron sus armas, et llenos de las voces de los que los expectaban, salieron al campo en medio de las dos haces. É tocada la señal para se combatir, los mancebos tiernos que tenian en sus corazones el esfuerzo de dos grandes exércitos, se llegaban unos á otros. É á los primeros encuentros, los dos de los Romanos cayeron muertos uno encima de otro. En cuya caida, como el pueblo de los Albanos diese voces con gozo, los Romanos se turbaron et perdieron la esperanza del señorio, viendo que no quedaba de los suyos sino uno vivo, al qual los tres Curiacios tenian cercado. Este mancebo Romano, viendo el peligro, et considerando que los contrarios estaban heridos, y que si junto con todos tres se combatiese que no podria vencerlos, hizo que huia, porque así los pudiese apartar de en uno. É como huyese del lugar de la batalla un poco, miró atrás et vido como los tres hermanos Curiacios lo seguian, no juntos, mas uno en pos de otro. É tornando con saña al primero, asióse con él. É como los Albanos diesen voces á los otros para que corriesen á ayudar al hermano, ya el Romano, habiendo á aquél muerto, iba á buscar al segundo. É peleando con él, lo mató como al primero. É como quedase solo el tercero, et viese que estaba al igual, crecióle el corazon et dixo: «Yo que he enviado los dos hermanos al otro »mundo, tambien enviaré á éste que queda, porque los Romanos se enseñoreen de »los Albanos.» É diciendo esto, arremetióse contra él, et dióle una lanzada por la garganta, que cayó luego en tierra muerto. Et tomándole los despojos, salió con gozo del campo, rescibiéndolo los Romanos con placer incomparable. É tanto este su gozo fué mayor, quanto el temor antes fuera más intenso. Enterraron los cuerpos de los suyos; no con iguales corazones, porque unos los enterraban como vencedores, otros como vencidos; unos como acrescentados en su imperio, otros como subjectos á señorio ageno. É fueron enterrados en el mesmo lugar que cada uno de ellos cayó muerto. É antes que de allí los dos exércitos se partiesen, Mecio, Rey de los Albanos, segun las conveniencias et pactos firmados, dixo á Tulo, Rey de los Romanos, qué era lo que le mandaba hacer. Tulo, usando del señorio, le dixo que tuviese en armas la juventud Albana, para que estuviese aparejada cada vez que la hubiese menester, mayormente si se hobiese de hacer guerra á los Veyos. Estas cosas acabadas, tornáronse los exércitos á sus casas. É Horacio llevaba los despojos de los tres hermanos. É como una su hermana virgen, que habia sido desposada con uno de los Curiacios muertos, lo saliese á rescebir ante de la puerta Capena, et viese sobre los hombros del hermano una vestidura de su esposo, que ella hiciera, soltó los cabellos y comenzó llorando á llamar el nombre del esposo. Estas lágrimas de la hermana despertaron en tan gran ira al hermano vencedor, que tornandó la espada la mató con ella, diciendo: «Vete, pues, agora con tu desordenado amor, pues que,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

»olvidando la muerte de tus hermanos, y la victoria del vivo, y el bien de la patria, »lloras el enemigo Romano.» Muy feo paresció este caso á los Padres y á todo el pueblo, mas impedia mucho su pena el beneficio reciente que habia hecho á Roma. Mas sin impedimento de esto fué presentado preso al Rey. El Rey, por no ser juzgador de tan triste juicio, llamando el consejo del pueblo, sometió la causa á dos varones, diciéndoles: «Yo os doy facultad para que juzgueis á Horacio á muerte, et »si apelare de vuestra sentencia, véase la apelacion si es buena, et si fuese vencido, »azótenle, y despues córtenle la cabeza, et pónganla en un palo, porque á él sea cas»tigo, y á otros exemplo.» Estos varones, recibiendo este poderio del Rey, como quiera que lo quisieran dar por libre, no osaron, mas antes condenándolo á muerte, uno de ellos pronunció la sentencia, diciendo: «Yo juzgo que Horacio sea muerto. »Por ende tú, verdugo, átale las manos.» É como el verdugo le pusiese el lazo, Horacio apeló al Rey, diciendo que podia temprar el rigor de las leyes. É puesta la apelacion delante el pueblo, fueron todos movidos á compasion en este juicio, mayormente por el padre de Horacio, que daba voces y decia que él tenia por bien la muerte de la hija, y que no le matasen el hijo, pues que pocos dias antes viéndose con tres hijos tan nobles, agora le querian dexar sin ninguno. É llegándose al hijo, besábalo mostrando á todo el pueblo los despojos de los Curiacios. É volviéndose á los duunviros: «¿Cómo podeis ver debaxo de la horca, azotado y llagado, al que »poco antes vistes entrar con victoria? ¿cómo? Aun los ojos de los Albanos no lo »podrian mirar.» No pudo ya más el pueblo sufrir las lágrimas del padre, et fué absuelto más por admiracion de virtud, que no por derecho de justicia. É porque esta muerte que hizo Horacio de su hermana fué manifiesta, et non quedase sin algun castigo, mandaron al padre que pagase cierta cantidad de pecunia para hacer sacrificios, y que el hijo, cubierta la cabeza, pasase debaxo de un cabrío que estaba puesto al través en el camino, bien como quien pasa debaxo de yugo (1).»

Esta traducción, harto débil y sumamente abreviada, pero que por su sencillez y sabor arcaico no hemos dudado en preferir á otras más recientes, dista mucho de reproducir, ni de lejos siquiera, la augusta majestad épica del relato de Tito Livio, ni el sagrado poder de las fórmulas jurídicas (*lex horrendi carminis, fœdus ictum*) que en él intercala, y en las cuales creía adivinar Niebuhr restos de la primitiva poesía romana. «*Jubesne me, Rex, cum patre patrato populi albani fœdus ferire?.....*» «*Audi, Jupiter, audi, pater patrate populi albani: audi tu, populus albanus: ut illa palam prima postrema ex illis tabulis cerave recitata sunt sine dolo malo.....*»

---

(1) *Todas las Décadas de Tito Livio Padvano, que hasta el presente se hallaron y fueron impressas en latin, traduzidas en Romance castellano, agora nuevamente reconoscidas y emendadas, y añadidas de más libros sobre la vieja translacion. Véndese la presente obra en Anvers, en casa de Arnoldo Byrcman, á la enseña de la Gallina gorda.* (Impreso en Colonia Agrippina, 1553.)

Juan de la Cueva, en el *Coro Febeo de romances historiales* (Sevilla, 1587), trae uno de *los Horacios y Curiacios*, poniendo en malos versos la prosa de Tito Livio (núm. 515 en Durán).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

«*Si prior defexit publico consilio, dolo malo, tu illo die, Jupiter, populum romanum sic ferito ut ego hunc porcum hic hodie feriam: tantoque magis ferito, quanto magis potes pollesque.....*» Ni ¿cómo trasladar dignamente en lenguaje vulgar, conservando algo de su bárbara concisión simbólica, la famosa sentencia: «*Duumviri perduellionem judicent: si a duumviris provocarit, provocatione certato: si vincent, caput obnubito: infelici arbore reste suspendito: verberato vel intra pomœrium, vel extra pomœrium.*» Tienen aquí las palabras latinas, hasta en su hórrida cadencia, un valor sacramental que en toda traducción se pierde, aun ahora que la noción histórica del primitivo derecho romano ha penetrado en todos los espíritus cultos. La tragedia de los Horacios está ya en germen en Tito Livio: *I, lictor, colliga manus. Provoco* (1). Pero ni el rudo traductor del siglo XVI reparaba en esto, ni Lope reparó tampoco, desgraciadamente para los que quisiéramos que en todo hubiese acertado siempre.

El Honrado hermano es una pieza algo menos mala que *Las Grandezas de Alejandro* (lo cual no es mucho decir, ciertamente), y quizá no merece en absoluto la calificación de *pitoyable* que la da Mr. Viguier, crítico agudo é ingenioso cuando no se dejaba arrastrar de su *miso-hispanismo* sistemático (2). Los dos primeros actos son una comedia de capa y espada, de amoríos y pendencias, que podría interesar si los personajes fuesen caballeros particulares, pero que produce insufrible tedio por lo anacrónico y absurdo de los lances, de las costumbres y de los sentimientos atribuídos á héroes de la primitiva Roma. Los diálogos no están mal escritos; en la locución hay cosas dignas del ingenio de Lope (3); pero la fanfarronada continua, el insípido lenguaje de la galantería en boca de personajes semibárbaros, las ridículas invocaciones de la hidalguía y el honor, la falta absoluta de color histórico en lo moral, todavía más que en lo material, deslustran á cada paso esta tragicomedia, donde no queda rastro ni sombra de la grandeza romana. Horacio, paseando la calle de su amada, recita una impertinente sextina; un senador amenaza á su hija con hacerla entrar monja en el templo de Vesta; Tulo Hostilio tiene tratamiento de Alteza (verdad es que Corneille se le da de Majestad); Julia y Eufrosina se disfrazan en hábito de hombres, se embozan en sendas capas y tiran de la espada en un asalto

---

(1) Este rasgo no se le escapó á Lope, puesto que le traduce literalmente, pero colocándole fuera de su sitio y despojándole de su sentido jurídico, con lo cual pierde todo su efecto.

(2) Mr. Ep. Viguier: *Fragments et Correspondance* (París, 1875, pág. 79).

(3) Por ejemplo, estos versos y otros muchos que pudieran citarse:

Fía más del limpio arado
Que no de la espada ociosa:
Roma tiene ese valor,
Que no sólo engendra fiero
El hidalgo caballero,
Sino el tosco labrador.
. . . . . .

No carece de curiosidad y mérito, en la segunda jornada, un soneto con estrambote, que re-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

de esgrima; hay danzantes y máscaras, y encuentros nocturnos. El autor ni siquiera parece haber comprendido dónde estaba el interés del argumento, puesto que sólo en el último acto, y eso del modo más atropellado, pone en escena algo de lo que cuenta Tito Livio. Hay en esta parte versos buenos, pero todo está estropeado con novelescas y pueriles invenciones, como la de hacer que Julia, por el deseo de salvar la vida de su novio, embote y melle los filos de la espada de su hermano Horacio. El combate de los hermanos está presentado con el ceremonial caballeresco propio de un *juicio de Dios:*

¿Protestáis á los dioses que ninguno
De hierba ó de palabra se ha valido,
Ni ha hecho encantamiento ó hechizo alguno,
So pena de cobarde y fementido?

Lo mejor de la obra es el razonamiento final del padre de Horacio, porque aquí el poeta apenas hace más que traducir á Tito Livio.

Una circunstancia enteramente fortuita ha dado á esta pieza una celebridad inmerecida, que para sí quisieran muchas docenas de producciones admirables de Lope. No ha faltado algún escritor español, entre ellos el ya citado Ochoa, que, por mal entendido patriotismo, haya querido ver en *El Honrado hermano* el germen de el *Horacio* de Corneille, opinión que han patrocinado, en odio á los franceses (1639), algunos críticos alemanes (1). Lo más singular es que algún crítico francés, ligero

---

cuerda inmediatamente el famoso de Castiglione, *Superbi colli, e voi sacre ruine*, tantas veces imitado en serio y en burlas por nuestros poetas (Cetina, Artieda y el mismo Lope con el seudónimo de Tomé de Burguillos):

Muros de Roma, plazas, teatros, cuevas,
Imagen de la fábrica troyana;
En siete montes máquina tan llana
Que, con sus puertas ciento, vence á Tebas:
Pirámides, colosos, torres nuevas,
Arcos, baños y templos, barbacana
Donde la nueva juventud romana
Hace de su valor tan altas pruebas:
¡Salud, divina patria, madre noble
De Horacios, Tulios, Fabios y Fabricios!
¡Salud, del Tibre espléndida ribera!
¡Salud, penates lares! Y tú, al doble,
Templo de mis divinos sacrificios,
Casa de Venus, de mi fuego esfera;
Y tú, la luz primera
De aquestos ojos, junta nuevamente
Al alma que te he dado, el cuerpo ausente.

(1) Entre lo que se ha escrito sobre el asunto, lo más curioso y digno de leerse, á pesar de las rarezas propias del estilo y del criterio de su autor, es el largo capítulo de Klein (*Geschichte des Drama's*, x, 313-340). Por lo mismo que su tesis no es la mía, creo que deben ser pesadas maduramente sus razones. Si quisiéramos emular la impertinencia con que los franceses suelen tratar de nuestras cosas, bastaría con traducir lo que de Corneille se dice en esa disertación.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ciertamente, pero no despreciable, y cuya obra alcanzó el alto honor de ser premiada por la Academia Francesa (1), haya patrocinado tal especie, que no resiste á la más superficial comparación entre ambos textos, de los cuales bien puede asegurarse que casi nada tienen de común más que el argumento histórico y la fuente clásica, que para uno y otro autor fué Tito Livio (2). El paralelo debe rechazarse en absoluto, porque es igualmente injurioso para ambos poetas, siendo *Horacio* una

---

(1) *Histoire comparée des littératures espagnole et française. Par Adolphe de Puibusque.* París, 1863, t. II, página 120 y siguientes.

(2) Por esta fuente común se explican siempre las coincidencias aparentes, pero á veces muy especiosas, que se encuentran en el texto de ambos poetas, y que han deslumbrado á algunos críticos, incluso á Klein (*Geschichte des Drama's*, X, 325).

Dice, v. gr., Corneille:

Nous sommes vos voisins, nos filles sont vos femmes.....
Nous ne sommes qu'un sang et qu'un peuple dans deux villes:
Pourquoi nous déchirer par des guerres civiles?.....
Nos ennemis communs attendent avec joie
Qu'un des partis défait leur donne l'autre en proie.....
Contre eux dorénavant joignons toutes nos forces.....

y Lope:

Deudos somos, vecinos y parientes:
Determinemos cuál de los dos pueblos
Vendrá, sin tanta sangre derramada,
Desta suerte á quedar señor del otro.
. . . . . .
Y juntos los señores y sujetos,
Vencer podremos nuestros enemigos.....

Pero uno y otro poeta lo que hacen es parafrasear las palabras del embajador albano en Tito Livio: «*Cupido imperii duos cognatos vicinosque populos ad arma stimulat..... Etrusca res, quantum circa nos teque maxime sit, quo proprior es, hoc magis scis..... Memor esto, jam quum signum pugnæ dabis, has duas acies spectaculo fore; ut fessos confectosque, simul victorem ac victum aggrediantur..... Ineamus aliquam viam qua utri utris imperent, sine magna clade, sine multo sanguine utriusque populi decerni possit.*»

Klein abusa mucho de estas similitudes aparentes. Burlándose, por ejemplo, no sin algún motivo, de la admiración algo afectada que los franceses manifiestan por el famoso *qu'il mourût*, se le ocurre decir que esta frase, tenida por sublime, procede de una comedia de D. Guillén de Castro, *Los Malcasados de Valencia*, donde un amante dice á su dama:

¿Qué importa, si de tus ojos
Vi salir rayos de fuego?
¿Qué haré?.....

y ella contesta:

Morir y callar.

Las palabras se parecen, pero lo que da valor al rasgo de Corneille no son las palabras, sino la situación trágica en que las pronuncia el viejo Horacio. Sacadas de allí pueden ser hasta insignificantes, como lo son en el pasaje de Guillén de Castro. Otra cosa es el *Morir, que por ti lo hiciera yo*, de *El Príncipe constante*, aunque también está puesto en un episodio de amores y no en ninguna de las escenas capitales de la obra.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

de las obras maestras de Corneille, y *El Honrado hermano* una de las más insignificantes de Lope. Tanto valdría que para juzgar del genio cómico de Molière olvidásemos *Tartufe* y *El Misántropo*, y sacásemos á colación *La Princesa de Elide*, en que tan infelizmente imitó, ó más bien estropeó, *El desdén con el desdén* de Moreto. El valor estético del Teatro español no depende de que los franceses hayan imitado mayor ó menor número de piezas de él, y no hay para qué suponer imitaciones ilusorias cuando sobra con las ciertas é irrefragables, incluso algunas que los franceses ignoran ó callan. Con el mismo desacierto en el elogio que otros en la censura (para que con los franceses tengamos mala suerte hasta cuando nos elogian), sostiene Puibusque que la tragicomedia de Lope presenta *un interés más vivo que la de Corneille;* como si el vulgar embrollo de la pieza española pudiera interesar á nadie como interesa la magnífica lucha de afectos de amor y patria y la soberbia elocuencia trágica que hay en el drama de Corneille. Lope de Vega tenía sobre él la ventaja (y hace bien en notarlo Puibusque) de poder transportar íntegro el cuadro histórico al teatro. El sistema dramático que seguía le autorizaba para poner en acción, y no en relato, el combate de los hermanos, la muerte de Camila, el juicio de los duunviros y la apelación al pueblo; pero por lo mismo es de sentir que no sacase partido alguno de tales ventajas, con las cuales podía haber hecho un drama de historia clásica que fuese digno hermano de *Las Almenas de Toro* ó de cualquier otro de su inmensa galería de cuadros de la historia nacional, en que hay situaciones análogas. El llanto de la hermana de Horacio empieza noble y dignamente:

No vengo, enemigo hermano,
Á ver de tu gloria el fruto
Para el imperio romano,
Sino, cubierta de luto,
Á llorar mi esposo albano;
No vengo con alegría
Á celebrar este día,
Sino con mi llanto triste,
Pues que el homicida fuiste
De la vida que fué mía.....;

pero pronto se echa á perder con sutilezas y juegos de palabras sobre la sangre y la muerte y la vida; con lo cual se enflaquece y enerva todo el vigor trágico, que, por el contrario, estalla con arrogante vehemencia en las imprecaciones desesperadas de la Camila de Corneille:

Rome, l'unique objet de mon ressentiment!
Rome, à qui vient ton bras d'immoler mon amant!
Rome, qui t'a vu naître, et que ton cœur adore!
Rome, en fin, que je hais parce qu'elle t'honore!
Puissent tous ses voisins, ensemble conjurés,
Saper ses fondements encor mal assurés!
Et si ce n'est assez de toute l'Italie,

Que l'Orient contre elle à l'Occident s'allie;
Que cent peuples unis des bouts de l'univers
Passent pour la détruire et les monts et les mers!
Qu'elle-même sur soi renverse ses murailles,
Et de ses propres mains déchire ses entrailles;
Que le corroux du ciel, allumé par mes vœux,
Fasse pleuvoir sur elle un déluge de feux!
Puissé-je de mes yeux y voir tomber ce foudre,
Voir ses maisons en cendre, et tes lauriers en poudre,
Voir le dernier Romain à son dernier soupir,
Moi seule en être cause, et mourir de plaisir!

Esta pieza ha merecido el honor, muy poco justificado, de ser una de las poquísimas piezas de Lope que modernamente se han traducido al italiano. El traductor de *L'Onorato fratello* fué un Sr. Giovanni La Cecilia, que compiló en Turín un *Teatro selecto español*, mostrando tan poco discernimiento y tal ignorancia de la materia que llegó á traducir *La Vida es sueño* atribuyéndosela á Lope de Vega (1).

Y ya que de Italia se habla, no hemos de omitir aquí que mucho antes de Lope y Corneille, á mediados del siglo XVI (1546), había compuesto una tragedia sobre el argumento de los Horacios un escritor á quien ciertamente nadie esperaría encontrar en tales caminos, y que salió de la empresa harto mejor que lo que pudiera esperarse de su pésima reputación moral, del mediano talento poético que mostró en otras obras y de la imperfección del arte dramático en su tiempo.

La *Horacia* de Pedro Aretino, que era pieza rarísima y generalmente desconocida hasta que modernamente se han hecho de ella varias reimpresiones, es quizá el mejor ensayo trágico que apareció en Italia en el siglo XVI, y de seguro la obra más culta y limada de su autor, la más noble y decorosa, una de las rarísimas que están libres de toda impureza, y que, por el contrario, se nutren con la savia de afectos limpios y generosos. Si á Corneille, y con más razón á Lope, se les puede tachar de haber recargado de complicaciones ociosas la austera sencillez del relato de Livio, el Aretino no merece tal censura, puesto que se atiene estrictamente á la narración del historiador romano; y con aquel sentimiento de la antigüedad, que nunca ha faltado totalmente en Italia, aun á los más incultos y degenerados, como lo era, sin duda, el Aretino, no sólo respeta en lo esencial la grandiosa y nativa poesía del argumento, sino que muestra en los pormenores un celo y escrúpulo de la puntualidad arqueológica muy loables siempre y rarísimos en su siglo. Esta tragedia conserva formas clásicas, y en ella se hace uso del coro, no sólo como accesorio lírico al fin de los actos, sino interviniendo el pueblo, como persona dramática, en el juicio y

(1) *Teatro scelto spagnuo antico e moderno. Raccolta dei migliori drammi, commedie e tragedie. Versione italiana. Con discorsi preliminari di Angelo Brofferio, Stefano Arago e Leandro Moratin.* 8 ts. 12.° *Torino, Unione tipografico-editrice*, 1857-59. *El Honrado hermano* está en el t. v, páginas 235-291. La traducción es en prosa, como todas las demás de esa colección.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

absolución de Horacio. Pero este clasicismo ya se ve que es muy diverso del de las tragedias francesas, y por lo amplio de su desarrollo, y por la franqueza de la ejecución, enteramente histórica y libre de convenciones y artificios teatrales, más bien parece que anuncia la gran manera de las tragedias romanas de Shakespeare el cual de fijo no conocía la *Horacia*. En los lamentos de la hermana de Horacio (que el Aretino llama *Celia*, Lope *Julia*, y Corneille *Camila*), el poeta toscano acierta á sacar provecho de un rasgo muy poético de Tito Livio (*cognitoque super humeros fratris paludamento sponsi, quod ipsa confecerat*), que Corneille suprimió, sin duda por no parecerle bastante ajustado á la fastidiosa etiqueta de la tragedia francesa, y que Lope se limitó á recordar secamente en estos versos:

¡Suelta el manto y los despojos,
Infame Horacio; que yo
Los labré con estos ojos!

El Aretino peca por el extremo contrario: prolonga demasiado este recuerdo del vestido, y no le pone en el momento de la catástrofe, sino en un diálogo entre Celia y la inevitable *nodriza* del teatro clásico:

Di cerulea seta in or contesta
Fu di te, Curiazio, il vestimento
Del quale io feci a te largo presente.....
Ecco le spoglie trasforate, e guaste,
E sanguinose, si che lo splendore
Della seta e dell'or più non riluce.
. . . . . .

La arenga de Horacio el viejo se prolonga demasiado en el Aretino, pero cuando sigue más de cerca á Tito Livio saca ventaja á Lope y á Corneille:

Io, o Popolo divin, creder non posso,
Non io che non so creder, che ti piaccia
Veder di nodi ingiuriosi astrette
Quelle armigere, franche, uniche mani,
Che di servile ubbidienza han cinto
Tutto l'arbitrio dei liberi Albani
E disgombrate le catene dire,
Che si son gite raggirando intorno
Alla romana libertà serena.
. . . . . .
Ma cingeransi mai d'orrido fune
Quella gola, e quel collo, che di gemme
E d'oro ancor devria cinger monile?
All'arbore infelice appenderasi
Colui che ha dato al popolo, alla patria
Vita e felicità? Or non udite
Parole uscir dai morti Curiazii,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Che a gran voce riprendon l'impietade
Di te, Popol Romano. . . . . (1).

Los amantes de la sencillez clásica no pueden menos de aplaudir también en el Aretino el haber sacado del fondo histórico todos los elementos de su tragedia; y

---

(1) «*Hunccine, quem modo decoratum ovantemque victoria incedentem vidistis, Quirites, eum sub furca vinctum inter verbera et cruciatus videre potestis? quod vix Albanorum oculi tam deforme spectaculum ferre possent. I, lictor, colliga manus, quæ paulo ante armatæ imperium populo romano pepererunt; i, caput obnube liberatoris hujus orbis: arbori infelici suspende: verbera, vel intra pomœrium, modo inter illam pilam et spolia hostium; vel extra pomœrium, modo intra sepulchra Curiatiorum.....*»

Lope imitó este pasaje, aunque sólo *per summa capita*, en los siguientes versos:

¿Es posible que del cuello
Os quite el forzoso lazo
Con aquellas manos fuertes,
Y que agora atéis sus manos?
¿Por el que no sois agora
Todos juntos de Alba esclavos,
Como esclavo le tenéis
Al pie del verdugo atado?
. . . . . .
Mirad que los albaneses,
Con haber perdido el campo,
La libertad de su patria
Y los fuertes Curiacios,
Están llorando de verme
Y llamándoos pueblo ingrato.
¿Quién jamás corona ha visto
Ni cabello coronado
Para cortalle el verdugo,
Ni un hombre muerto triunfando?
. . . . . .

Y Corneille en estos otros:

Lauriers, sacrés rameaux qu'on veut réduire en poudre,
L'abandonnerez-vous à l'infâme couteau
Qui fait choir les méchants sous la main d'un bourreau?
Romains, souffrirez-vous qu'on vous immole un homme
Sans qui Rome aujourd'hui cesserait d'être Rome,
Et qu'un Romain s'efforce à tâcher le renom
D'un guerrier à qui tous doivent un si beau nom?
Dis, Valère, dis-nous, si tu veux qu'il périsse,
Où tu penses choisir un lieu pour son supplice:
Sera-ce, entre ses murs que mille et mille voix
Font résonner encor du bruit de ses exploits?
Sera-ce hors des murs, au milieu de ces places
Qu'on voit fumer encor du sang des Curiaces,
Entre leurs trois tombeaux, et dans ce champ d'honneur
Témoins de sa vaillance et de notre bonheur?
Tu ne saurais cacher sa peine à sa victoire:
Dans les murs, hors des murs, tout parle de sa gloire.
. . . . . .

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

aunque da á los debates judiciales una extensión que sería insoportable en el teatro, compensa en parte este defecto con el hábil empleo de la pompa escénica y de las costumbres, ritos y ceremonias de los antiguos. Confieso que me agradan mucho más que los amores de Camila y Sabina en Corneille, de Julia y Flavia en Lope, y me parecen más dignos de la gravedad del coturno los detalles de la religión romana en que el Aretino se complace; por ejemplo, la intervención del fecial Marco Valerio, preparando la mística verbena y el *silex* tajante para herir al puerco del sacrificio y denunciar la paz ó la guerra á los albanos.

Convienen todos los críticos, aun los más admiradores de Corneille (y sabido es en qué términos admiran los franceses á sus clásicos), en algunos defectos bien palpables en la construcción de su tragedia, compensados, es cierto, con la viril elevación del sentimiento, con el famoso *qu'il mourût*, con el carácter del viejo Horacio. La acción es doble por confesión de su propio autor, y según Voltaire, triple (victoria de Horacio, muerte de Camila, proceso de Horacio); el personaje de Sabina es inútil ó más bien perjudicial al interés, sobre todo en el último acto; y no hay duda que el diálogo languidece en muchas ocasiones, aunque pronto vuelve á levantarse merced al nervio y vigor de las sentencias, en que Corneille tanto sobresale. Un obscuro poeta italiano, de quien sólo conocemos las iniciales *A. L. U.*, intentó remediar, no sin éxito, algunos de estos lunares, en una tragedia que en 1799 se publicó en Venecia en la conocida colección que lleva el título de *Il Teatro moderno applaudito*. De esta imitación italiana, y no directamente de la tragedia francesa, procede la *Camila* española del excelente humanista y poeta D. Dionisio Solís (1828), obra escrita en vigorosos y magníficos versos, de verdadera entonación trágica, de locución noble y robusta, aunque plagada de latinismos que debieron de hacer extraño efecto en el público del teatro, poco avezado entonces, como ahora, á este género de doctas audacias (1). Lo que no puede aprobarse, ni en D. Dionisio Solís, ni en el poeta italiano á quien imitaba, es que, por remediar el defecto de la unidad de acción, inherente al argumento mismo, hayan contravenido á la verdad histórica en cosa sabida de todo el mundo, haciendo que Camila no muera á manos de Horacio, sino que ella misma se arroje sobre una espada. De este modo,

---

(1) *Camila. Tragedia en cinco actos. Por Dionisio Solís. Madrid, imprenta de I. Sancha*, 1828. El mismo Solís había traducido antes una ópera italiana del mismo argumento, *Horacios y Curiacios*.

Suponemos que el original sería *Gli Orazzi e Curiazzi*, ópera seria en dos actos, letra de Segrafi y música de Cimarosa, cantada en Barcelona en 1807, y en Madrid (Teatro del Príncipe) en 1817. Sobre el mismo asunto hay una tragedia lírica de Mercadante.

Además de la *Camila* de D. Dionisio Solís, conozco otras dos piezas españolas relativas al asunto de los Horacios, entrambas de muy corto mérito:

Tragedia original en cinco actos, El Primer Horacio héroe. Su autor D. Joseph Antonio del Lamas..... En Madrid, en la imprenta de D. Benito Cano, 1790.

El Padre Romano. Tragedia por D. Pedro Ocronley, exprofesor de Elocuencia en el Real Colegio de San Fernando de Sevilla. Barcelona, librería de Saurí y C.ª, 1831.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

por no incurrir en una falta puramente técnica, y que lo es tan sólo dentro de los principios de cierta escuela, se pierden todas las grandiosas escenas del proceso de Horacio, y se desvirtúa la obra con un desenlace frío y hasta ridículo, que no puede menos de impacientar al espectador, por ser contrario al que él esperaba en virtud de la historia que lleva aprendida. Si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes, de un defecto análogo adolece el final de la *Juana de Arco* de Schiller, aunque traído por la razón contraria, es decir, por exceso de idealismo romántico. De este modo las escuelas extremas se tocan, y una y otra contrarían á la verdadera noción del drama histórico.

XII.—ROMA ABRASADA.

Si es, como creo, la misma cosa que el *Nero cruel* citado en la primera lista de *El Peregrino*, ha de ser anterior á 1604; pero Lope no la publicó hasta 1625, en la *Parte veinte* de sus comedias, dedicándosela al cronista Gil González de Avila. Ha sido reimpresa por Hartzenbusch en el tomo IV de su colección selecta.

Comprende esta que Lope llamó *tragedia* la historia entera de Nerón, y aun puede decirse que empieza antes de su advenimiento al imperio, puesto que las primeras escenas pertenecen al reinado de Claudio. El fondo de la obra procede remotamente de Suetonio, Tácito y Dión Casio, pero dudo que Lope se tomara el trabajo de reunir y compulsar sus narraciones. Probablemente las encontró juntas en cualquiera compilación historial, que pudo ser, según Ticknor, la *Crónica general*, pero que, á mi juicio, fué más bien la *Historia Imperial y Cesárea*, de Pero Mexía, de la cual, como más adelante veremos, tomó Lope otros argumentos.

Obra de irregular y monstruosa estructura, sin ningún género de enlace interno entre sus escenas, que se suceden con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio. El poeta no nos perdona ningún acto de la vida de Nerón; ni siquiera la escena en que, después del parricidio, contempla con lascivos ojos el cadáver de su madre. La acción dura veinte años, con grande escándalo del erudito Montiano (1), que tomaba, sin duda, esta obra más por lo serio que su autor mismo. Es una pieza de teatro de muñecos, en que Lope parece burlarse del asunto (2), amontonando con el mayor desorden los más complicados y heterogéneos incidentes, y mezclando en abigarrado tropel los personajes más disímiles, resultando de todo ello una especie de mascarada poética, que, con ser tan absurda, divierte por lo que tiene de parodia. La rapidez desaforada de la acción, y la mezcolanza de costumbres antiguas y modernas, contribuyen al efecto cómico de ésta, que, con llamarse tragedia, es una de las cosas menos trágicas del mundo, á pesar de los horrores que en ella se acu-

(1) *Discurso primero sobre las tragedias españolas*, pág. 50.

(2) ¿Qué mayor burla que esta reflexión de un labrador, después que Nerón se mata:

«*¡Qué cara ha puesto tan fea!*»

¡Notable final de tragedia!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

mulan. Hasta las pretensiones incestuosas de Agripina se expresan sin el menor rebozo y con la franqueza más bárbara á que haya osado ningún teatro. Algunos rasgos exteriores del carácter de Nerón, su vanidad literaria, sus tendencias histriónicas, sus hábitos de juglar, están representados con viveza y gracia. Las escenas del acto segundo, en que sale á rondar por las calles de Roma «con rodela y capotillo», dando música y cantando versos á las mujeres, insultando á los pacíficos transeuntes y andando á cuchilladas con la justicia, poco tienen de romanas; pero en su género son amenas y chistosas, y recuerdan otras análogas en diversas comedias de Lope; por ejemplo, el principio de *El Castigo sin venganza*. Hay en todo el diálogo mucha bizarría, mucho desenfado, algazara juvenil y endiablado movimiento, que nunca faltan aun en los borrones más informes de Lope, porque nacían en él de una efervescencia poética continua. Algunos trozos líricos y descripciones merecen también notarse; por ejemplo, el elogio de España, puesto, como era natural, en labios de Séneca, en la primera jornada; el curioso pasaje en que Otón compara el amor de los mozos y el de los viejos, inspirándose manifiestamente en Ovidio (*A. Am.*, III, 565) (1); las brillantes octavas en que se describe la *domus aurea* de Nerón (2), y el cuadro del incendio de la ciudad, en que el poeta, para dar color popular y nacional á la obra, utiliza muy oportunamente, según su costumbre, el famoso romance viejo:

---

(1) Ille vetus miles sensim et sapienter amabit;
Multaque tironi non patienda feret;
. . . . . .
Ignibus hic lentis uretur, ut humida tæda;
Ut modo montanis silva recisa jugis.
Certior hic amor est: brevis et fecundior ille.....

Dice así la imitación de Lope:

FÉLIX.
Luego ¿es grande el amor en hombres viejos?
OTÓN.
Los mozos, Félix, en efecto mozos,
Que gozamos con gusto y bizarría
La verde primavera de los años
Sin admitir humanos desengaños;
Los mozos que pasamos por las flores
Que pasaron también nuestros mayores;
Los mozos, que pensamos que la vida
Es una cosa que jamás se acaba.....,
No tenemos amor tan verdadero;
Pero un hombre que ya pasó los días
Mejores de su edad, y está en las noches;
El que con blanca barba ve mezclarse
Unos cabellos como el oro rubios,
Y en su boca desierta ajenos dientes,
Ama, regala y sirve noche y día.

(2) Como curioso objeto de comparación quiero copiar la que hay en la *Crónica general*, ya que Ticknor supone que fué el principal texto que siguió Lope:

Mira Nero de Tarpeya
A Roma cómo se ardía.....

Este romance, que está ya citado en el primer acto de *La Celestina*, y cuyo primer verso llegó á hacerse proverbial, no es, sin embargo, muy antiguo, y pertenece de lleno á la poesía erudita. Tal como le traen el *Cancionero de romances* de Amberes, y la *Silva* de Zaragoza, y tal como le entresacó Durán (núm. 571) de un pliego gótico, anterior sin duda, en que va acompañado de una glosa que aquél atribuye á un cierto Vázquez ó Velázquez de Avila, está lleno de reminiscencias clásicas y mitológicas, y es composición asaz pedantesca de cualquier humanista. Lope, con el certero instinto que en estas cosas tenía, se apodera sólo de los primeros versos, que quizá pertenecieron á una canción más antigua, y desarrolla el motivo en forma lírica, resultando poeta más popular que el autor del romance (1).

XIII.—EL ESCLAVO DE ROMA.

Citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604). Impresa en la *Octava parte* de las comedias de Lope (1617).

«Fizo un palacio tan ancho é tan grande que avie en el portal dél tres migeros (*) en luengo, é delante una albuhera tan grande que semejava mar, é cerróla toda de casas, á manera de villa: é fizo aderredor moradas apartadas en guisa de aldeas, en que avie muchas viñas, é muchos campos, é prados verdes, é montes en que criava toda natura de bestias bravas: é las paredes todas cubiertas de oro, é de piedras preciosas. Los logares en que avie á cenar todos eran cubiertos de tablas de marfil en que avie muchos cañutos por do le destellavan de suso unguentes de muchas maneras. É el logar mayor é más honrado en que cenava, era redondo, é andava siempre á derredor de noche é de dia á la manera del mundo.» (Fol. 107 de la edición de 1604.)

(1) En la *Parte dieciocho* de *Comedias Nuevas Escogidas* figura, falsamente atribuída á Calderón, una que lleva por título *Séneca y Nerón*. Se ignora quién sea su verdadero autor.

Sólo por pertenecer al Teatro español mencionaré los tres abortos siguientes:

Séneca y Paulina. Drama trágico en un acto, por D. Luciano Francisco Comella. Representada en 1790.

El Honor más combatido y crueldades de Nerón (del cómico José Concha). Año de 1791.

El Silano. Tragedia en cinco actos. Barcelona, 1797. Es el argumento de Octavia y Popea.

Merece citarse la moderna tragedia de *La Muerte de Nerón*, publicada de un modo algo misterioso en 1861. Su autor, ya fallecido, y á quien sólo designaremos por sus iniciales *B. V.* y *G.* de *T*, gustó, por buenas razones, de ocultar su nombre, firmando, según la costumbre inglesa, con los títulos de otras obras suyas que igualmente dejaba anónimas (*por el autor de «La Condesa Viuda», de «Blanca», de «Harmodio», de «La Devolución del anillo de boda», etc.*).

Era persona de raro gusto y extrañas imaginaciones, pero de cultura clásica nada vulgar, acompañada de ciertas dotes poéticas. En *La Muerte de Nerón*, que como estudio histórico no carece de mérito, llevó cándidamente la puntualidad arqueológica hasta el extremo de poner en escena lo más monstruoso de la novela de Petronio.

(*) Millas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Da argumento á esta pieza la conocida anécdota del león de Androcles, referida por Eliano en su tratado *De los animales*, lib. VII, cap. VIII, y por Aulo Gelio en sus *Noches áticas*, lib. V, cap. XIV, refiriéndose á las *Egipciacas* del gramático Apión, que se daba por testigo presencial del hecho. Ambas narraciones se reducen en sustancia á lo mismo, y no sabemos si Lope tuvo presente alguna de ellas, ó si tomó este caso prodigioso de cualquiera de los libros de segunda mano en que anda repetido; por ejemplo, de las *Epístolas familiares* de Fr. Antonio de Guevara (letra XXIV á D. Iñigo Manrique). Creo que ésta es la verdadera fuente; y me lo persuaden el nombre de *Andronio*, casi idéntico al *Andrónico* de Guevara, y más distante del *Androcles* de Eliano y Aulo Gelio; el personaje del cónsul *Léntulo*, que no suena en ninguno de los dos textos antiguos, pero corresponde al cónsul *Daco*, inventado por el Obispo de Mondoñedo; el tiempo que Andronio vivió en la cueva del león, que en Eliano y Aulo Gelio son tres años, mientras que Guevara los reduce á cuatro días enteros con sus noches, y Lope, buscando un término medio, á tres meses, y algún otro indicio de menos importancia. Por ser tan común el libro de las *Epístolas familiares*, á él remito á quien quiera ver todos los pormenores del sabroso y novelesco relato del Obispo de Mondoñedo, muy retóricamente amplificado, según su costumbre. La sustancia del caso se puede reducir á estas pocas palabras del Dr. Jerónimo de Huerta en su comentario á Plinio (lib. VIII, capítulo XV):

«Eliano..... y Aulo Gelio..... escriben de un esclavo llamado Andronio, el cual huyó á Africa, y en un monte fué sustentado de un leon tres años, sólo porque le sacó una espina de una mano; y sucedió despues que, siendo preso Andronio y traido á Roma, echándole un dia entre las fieras, en una fiesta que se hacia en el circo, por caso estaba entre ellas el mismo leon, que habia sido cazado y traido allí para aquel espectáculo; y viendo el leon á su amigo, puso en él los ojos y estuvo un rato mirando, y luego poco á poco se fué acercando hacia él, y cuando pensaba que le hiciera pedazos, bajando la cabeza y arrastrando el pecho en el suelo, llegó á Andronio, que, falto de aliento y temblando, habia comenzado á sentir en el alma la cruel muerte que esperaba recebir su cuerpo; y lamiéndole las manos, y haciéndole muchos halagos, le dió á conocer su amistad, y puesto á su lado, le defendió de una onza (pantera) que estaba puesta en el circo (1).»

No puede imaginarse argumento más impropio para un drama. El interés recae en el león *filántropo*, cuya presentación en las tablas, que hoy mismo sería difícil empeño para cualquier director de escena, debía de ser problema insoluble en el siglo XVII. Sólo la buena voluntad de los espectadores podía suplir lo que á la re-

(1) *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo. Traducida por el Licenciado Gerónimo de Huerta, médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisicion. Y ampliada por el mismo, con escolios y anotaciones, en que aclara lo escuro y dudoso, y añade lo no sabido hasta estos tiempos. Año 1624. Con Privilegio. En Madrid, por Luis Sanchez.* Tomo I, pág. 376.

RED HISTÓRICA ESPAÑOLA

presentación faltaba. Para preparar la fuga del esclavo imagina Lope una intriga de amor y celos, muy poco interesante. El primer acto está mejor escrito que los demás, como ya advirtió Grillparzer; pero en conjunto la comedia vale poco, y sólo puede citarse como un capricho extravagante, análogo á *El Perro de Montargis* ó á otros dramas de protagonista irracional.

XIV.—LA IMPERIAL DE OTÓN.

Impresa en la *Octava parte* de las comedias de Lope (1617). Es edición muy incorrecta, como la de casi todos los tomos no publicados por el mismo Lope.

El héroe de este notabilísimo poema dramático no es ninguno de los emperadores germánicos que llevaron el nombre de Otón, sino el rey Otocar de Bohemia, uno de los pretendientes al imperio antes y después del advenimiento de Rodulfo de Hapsburgo. Encontró Lope este argumento en la *Historia Imperial y Cesárea* del Magnífico Caballero Pero Mexía (1), que era el principal, si no el único libro por donde los españoles se enteraban entonces de las crónicas de Alemania. Refiere, pues, Mexía que, muerto el emperador Guillermo, «los Electores del Imperio, que son, como todos saben, el Duque de Sajonia, y Conde Palatino del Rin, y Marqués de Brandemburg, y los Arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréberi, y en discordia *el Rey de Bohemia (que era Otoncaro)*, comenzaron á entender en elegir nuevo Emperador, y comunicándose primero por cartas, y despues por vistas, y al cabo juntándose en Francofordia, no se pudieron acordar, porque los que procuraban el Imperio eran muchos, y la cosa se trataba por dádivas, y promesas, y por negociaciones y vías extrañas. Venidos al cabo con grande dificultad á hazer eleccion en el dia de la Epiphanía del año de *mil y dozientos y quarenta y siete*, los votos se dividieron en dos partes: el Duque de Saxonia, Adulpho, y el Arzobispo de Tréberi, y el Marqués de Brandemburgue, eligieron al rey D. Alonso, el que llamamos el Sabio, de Castilla, hijo del rey Santo D. Fernando....., cuya fama era muy grande por el mundo, de su saber y liberalidad, y de victorias habidas contra infieles, antes que fuese Rey, y aun despues: y el Arzobispo de Maguncia, llamado Eberardo, y Cunrado, Arzobispo de Colonia, y Luis, Conde Palatino del Rin, dieron sus votos á Ricardo, hermano del Rey de Inglaterra. Y así se partieron en discordia, y cada una de las partes tenia por Emperador al que habia eligido, y otros ó los más dezian que la eleccion era ninguna, por ser iguales en los votos, y no haber mayor parte, *porque no parece que el Rey de Bohemia votase*, ó fuese que no se hallase

(1) *Historia Imperial y Cesárea. En que sumariamente se contienen las vidas y hechos de todos los Emperadores, desde Julio César hasta Maximiliano Primero. Compuesta por el Magnífico caballero Pedro Mexía, vecino de la ciudad de Sevilla. Prosíguela el Padre Basilio Varén....., enriqueziéndola con las proezas de los últimos Césares Austriacos, desde Carlos Quinto á Ferdinando Tercero. Madrid, 1655.* Páginas 515-519. Es una de las últimas ediciones de este libro popularísimo, que tuvo muchas. La más antigua es la de Sevilla, 1545.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

presente, ó que no quiso conformarse con ninguna de las partes, y fué singular en su voto, ó porque procuraba el Imperio para sí».

Prosigue contando Pero Mexía cómo murió Ricardo después de haberse coronado en Aquisgram, y cómo por varias circunstancias no tuvo efecto la elección de Alfonso el Sabio; episodio de nuestra historia que omitimos por ser tan conocido y porque no tiene relación directa con el asunto de esta comedia. Lo que se refiere á ella es lo que sigue:

«Alemania estaba desamparada de cabeza y señor. Porque aunque Ricardo, hermano del Rey de Inglaterra, y el rey D. Alonso de Castilla, fueron elegidos en discordia, el rey Ricardo murió luego, y el Rey nunca habia podido venir á procurar el imperio. Juntos, pues, así los Electores todos, hubo entre ellos grandes diferencias, y dudas tales, que duró tres años la junta sin se conformar; porque cada uno queria al que más le cumplia, ó de quien más interese podia ó pensaba haber. Algunos decian que no se podia hacer eleccion porque el rey D. Alonso de Castilla era elegido, y el mismo Rey envió sus procuradores á lo requerir y protestar, y decian que se aderezaba para venir al Imperio, como era la verdad; otros estorbaban la eleccion porque tenian tierras y posesiones usurpadas del Imperio, y temian perderlas; finalmente, la cosa estaba en grande curiosidad y diferencia. Pero al cabo deste tiempo plugo á nuestro Señor que se hubieron de conformar; y como quiera que *el Rey Otoncaro de Bohemia* tenia la mayor parte de los Electores, y tuvo por muy cierto que seria elegido, ellos, mudando consejo, se determinaron de elegir el más prudente y el más buen Príncipe y esforzado que en aquel tiempo habia, y éste fué Rodulfo, conde de Hapsburg y de Hassa.....

»Luego que fué publicada la eleccion de Rodulfo por Emperador, fué grande el alegría que las ciudades y pueblos de Alemania recibieron, y aquellos que deseaban paz y justicia, así por el deseo que tenian de verse con Emperador, como porque de Rodulfo se tenia grande estimacion y esperanza que seria buen Príncipe; porque era tenido por de gran seso y muy esforzado, habiendo de ambas cosas dado grandes muestras en muchos hechos y actos de paz y de guerra andando en el servicio del emperador Felipe, que fué su padrino de la Pila, y despues en el del Rey de Bohemia; pero *los embaxadores del rey D. Alonso y del Rey de Bohemia* partieron muy agraviados y descontentos de Francofordia para sus casas, haciendo primero sus protestaciones.

»El conde Rodulfo....., sabida su eleccion, se vino á la ciudad de Aquisgram, y guardada la costumbre, fué coronado en ella, y le vinieron embaxadores de los Príncipes de Alemania á le congratular. Pero *el Rey de Bohemia*, ni el Duque de Baviera ó Bavaria, no lo quisieron obedecer ni tener por emperador, y vinieron en el rigor que diremos.....

»El nuevo Emperador, pues, como valeroso, y deseoso de ordenar y reformar el Imperio, convocó luego Cortes y Dieta para la ciudad de Nuremberga, á la cual vinieron todos los Príncipes por su persona, y los impedidos por sus procuradores, salvo *el Rey de Bohemia* y Duque de Baviera, que ni quisieron venir, ni enviar,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ni tampoco lo querian haber por emperador. Por lo qual Rodulfo, con acuerdo de los presentes, despues de haber dado orden en la paz de Alemania y señalado término, dentro del cual se restituyesen y entregasen las tierras y posesiones ocupadas en el Imperio vacante....., les envió á notificar, con grandes protestaciones, que pareciesen en Augusta dentro de cierto término, donde mandó ajuntar segunda Dieta. Venido el plazo, y el Emperador ya llegado á Augusta, todos vinieron ó enviaron á dar sus justas disculpas, y aunque Henrico, Duque de Baviera, no vino, envió á dar por sus procuradores la obediencia al Emperador. Pero *de parte del Rey de Bohemia* no fué así, antes envió sus Embaxadores, y entre ellos un Obispo, á los quales, siéndoles dada audiencia pública, el Obispo comenzó una fabla larga y pausada, en que quiso fundar no valer la eleccion que de Rodulfo se habia hecho, *y que el Rey de Bohemia* no le debia dar la obediencia, ni reconocer por señor. De lo cual el Emperador y los Príncipes presentes hubieron tanto enojo, que, sin dexarle acabar su fabla, fué mandado salir de las Cortes y de la ciudad, y así se partieron él y sus compañeros, y en la Dieta fué declarado *el Rey de Bohemia* por rebelde y desobediente, y que se debia proceder contra él y contra sus Estados. Y desde allí luego le envió Rodulfo á Henrico, burgravio de Nuremberga, que es dignidad y título en Alemania, á le pedir y requerir que luego desocupase y le entregase el Ducado y Estado de Austria y Stiria, y lo mismo á Carintia y Carniola, que tenia usurpadas. Pero *Oton Caro* no lo quiso ni pensó hacer, antes se comenzó á armar y aderezar para resistir, y el Emperador, acabadas las Cortes, hizo gente y exército contra él, donde sucedió lo que contaremos.....

»El Emperador pasó adelante, y entró en Austria, que *Oton Caro* tenia ocupada y tomada toda, en todas las fuerzas de la cual tenia puesta gente de Bohemia. Pero no obstante esto, al Emperador se le dieron algunos castillos, y otros tomó por fuerza de armas, y despues puso cerco sobre la ciudad de Viena, al socorro de la cual, habiendo siete semanas que el Emperador la tenia cercada, *el Rey de Bohemia* vino con muy buen exército de sus Reinos y de las tierras de Moravia, y de los otros sus Estados, y al campo del Emperador vino el Rey de Hungría á le servir, porque era enemigo del *Rey de Bohemia*, que le tenia tomadas algunas tierras. Y estando los dos exércitos para venir á batalla, ciertos Monjes y personas otras religiosas y de buena vida, se interpusieron en concertar al Rey de Bohemia con el Emperador, y andando é interviniendo de una parte á otra, pudieron tanto, que la concordia se asentó, y el Emperador hubo de perdonar al rey *Oton Caro* con que luego entregase los Estados de Austria, Carinthia, Stiria y Carniola al Emperador, y al Rey de Hungría lo que le tenia tomado, y que el Emperador le otorgase de nuevo el Reino de Bohemia y Moravia, y que él viniese por su persona á le dar la obediencia y jurarla en la forma acostumbrada. El Rey hubo de cumplir y hacer luego todo lo dicho, porque le pareció que no tenia otro remedio y estaba á punto de perder lo que le dexaban; pero pidió que cuando viniese ante el Emperador á hacer la solemnidad de la obediencia, que fuese en lugar secreto. Y esto hacia él porque como era soberbio y vanaglorioso, sentia mucho hincar la rodilla ante hom-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

bre que habia llevado su sueldo; pensando él que el Emperador haria lo que le suplicaba, porque lo esperó en una tienda cerrada, él vino á ella, y estando cerca del estrado del Emperador, la rodilla en el suelo, haciendo el homenaje, artificiosamente, porque así estaba aderezada, fué abierta la tienda de tal manera, que fué visto de todo el ejército, de que él recibió grande pena. Acabada así esta concordia, y *el Rey de Bohemia* vuelto á su casa y reino de Bohemia, donde tenia á su mujer la Reina, dicen todos que, como fuese vana y soberbia, lo recibió muy mal, diciendo que no merecia ni debia llamarse Rey, ni traer corona dello, quien habia perdido tales Estados sin probar la ventura de la batalla, y se habia humillado desarmado delante del que habia sido su criado, teniendo tantas y tantas gentes de su parte; y que pues él habia hecho tal paz, que le diese á ella las gentes y ejército que él tenía, que ella cobraria por guerra y batalla lo que él por huirla habia perdido. Estas palabras de la mujer, y otras semejantes que otros dias pasaron, juntándose con el dolor que el Rey traia de lo perdido, le movieron tanto, que, arrepentido de lo hecho, se determinó tornar á rebelar y llevar el negocio por armas. Para lo cual luego tornó á juntar sus gentes, y si algo le quedaba por entregar, lo fortificó y reparó, y partió para Austria á cobrar lo entregado. Lo cual hizo con tanta presteza y determinacion, que se apoderó de muchos lugares de Austria. Y sabido por el Emperador lo que el Rey de Bohemia hacia, con no menos presteza que él llamó y convocó sus gentes y algunos de los Príncipes del Imperio, y vino contra él muy poderoso. El cual, con grande determinacion, lo esperó en el campo á la batalla, la cual hubieron en veinte y seis de Agosto en el año de 1277, muy recia y porfiada, y andando en lo más recio de ella, *el Rey de Bohemia* fué herido mortalmente con una espada por un Bertoldo, criado de la boca del Emperador, y cayó de su caballo á tierra; lo cual, y la fuerza de los contrarios, fué causa de que los suyos fuesen vencidos y el Emperador vencedor y señor del campo, y el Rey fué hallado despues muerto y desnudo como su madre lo parió. Habida tan señalada victoria por el Emperador, no la ejecutó con el rigor que pudiera, antes dexando el rey *Oton Caro* un hijo llamado Wenceslao, lo casó con su hija llamada Jutha ó Juditha, y lo invistió y confirmó de nuevo en el Reino de Bohemia y de Moravia, y porque era de poca edad dió el cargo de su persona y estado al Marqués de Brandemburgue.»

Con esta materia histórica tejió Lope el hilo de su *Imperial de Otón*, drama que contiene bellezas de primer orden, y que con todo eso no ha obtenido hasta ahora atención alguna de la crítica española, que tantas injusticias tiene que reparar respecto de Lope. Hay en esta pieza, y no queremos ocultarlo, notables desigualdades: algunas se pueden achacar á lo incorrectísimo del texto que ha llegado á nuestros días (1); otras á la manera libre y desordenada con que Lope concebía y ejecutaba

(1) Aprovecho esta nota para corregir una errata grave, no advertida á tiempo en el texto de esta comedia, pág. 488, columna segunda, línea 12; dice: «*Otón conmigo otros cinco.*» Debe decir: «*Votan conmigo, etc.*»

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

el drama histórico, sin cercenar cosa alguna, por más que dañase á la unidad del plan y no se ajustase á las conveniencias teatrales. Aun entrando en su sistema, y justificándole en parte, todavía pueden parecer demasiado largas y episódicas las escenas en que interviene el caballero español D. Juan de Toledo, embajador de Alfonso el Sabio y sostenedor de sus derechos al imperio. El personaje está bien imaginado; sirve para enlazar el asunto con nuestra historia y hacerle grato al público nacional; no es inútil su protesta ante los Electores, ni su presencia en el campamento del rey Otón, de quien se aparta indignado cuando ve su poquedad de ánimo:

Pusilánimo príncipe y cobarde,
No hará cosa jamás que buena sea.
. . . . . .
Dile á Mendoza que mi gente llame;
Que no he de amanecer entre esta gente.

Pero aparte de que sus palabras tocan muchas veces en los lindes de la fanfarronería; el mismo empeño que el autor pone en realzarle, haciendo que súbitamente se enamore de él una principal dama alemana, llamada Margarita, y abandone su casa y sus padres para seguirle, disfrazada de paje de rodela, distrae la atención (que debiera concentrarse en el principal asunto) hacia un episodio novelesco de poquísimo interés. Estas observaciones son más aplicables al primer acto que á los restantes, en que la acción camina mucho más limpia y desembarazada. Y esta acción se eleva á las regiones de lo épico, en que Lope triunfa siempre que se deja llevar de la espontaneidad de su genio.

Dos caracteres vigorosamente trazados, y contrapuestos entre sí con ingenua franqueza digna de la poesía primitiva, dominan en este grandioso cuadro: el rey Otocar de Bohemia, á quien, para conformarnos con Lope, llamaremos *Otón*, y su mujer, la reina Etelfrida. Él, de apocado espíritu, aunque no falto del valor necesario para morir con las armas en la mano; ambicioso sin resolución, perseguido continuamente por terrores supersticiosos, locamente apasionado de su mujer, y siervo de su voluntad poderosa, que le arrastra fatalmente á la catástrofe. Ella, fiera, arrogante, magnífica en el desbordamiento de sus iras y en su desesperación final, es una lady Macbeth, salvo el crimen; es la furia de la ambición femenina que subyuga la débil voluntad de su marido, y aprovechando las ráfagas de vanagloria que cruzan por su mente, le impele á su loca empresa con el doble aguijón de la afrenta y del amor. Casi todo lo que dicen y hacen estos personajes es digno del mayor trágico del mundo. Su entrada en escena es ya original é interesante, y envuelve los comienzos de la acción en una atmósfera de misterio poético. Cuando Otón espera muy confiado las nuevas de su elección para el solio imperial, un funesto agüero viene á perturbar el espíritu de la Reina. Un ave ratera hace presa en su halcón favorito y le mata. Otón procura tranquilizarla en estos gallardos versos:

¿Las aves, señora mía?
No haya más desde este día
Si ellas enojo os han dado.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Cortad á todas los cuellos,
Despedid mis cazadores;
No haya á mi mesa ventores,
No más cuidado con ellos.
Mis azores de Noruega
Y mis aletos indianos
No anden más en vuestras manos
Ni en los aires de esta vega.
. . . . . .
Primas, torzuelos, neblíes,
Halcones y gavilanes,
Tuerza una mano cruel;
Y porque no me alborote,
Ni parezca un capirote,
Ni suene más cascabel.
Ya no más mudas ni crías:
Las alcandoras romped.

Sobreviene en esto el mensajero que trae las nuevas, tristes para Otocar, de la elección de Rodulfo de Hapsburgo. El diálogo es rapidísimo, como conviene á la ansiedad de tal momento:

ALBERTO.
Creo
Que habíais tenido deseo
De mi venida, señor.
OTÓN.
Tú mismo puedes juzgallo,
Aunque me tienes incierto.
ALBERTO.
Por los ijares he abierto,
Desde la corte, el caballo.
. . . . . .
OTÓN.
En fin, ¿no me han elegido?
ALBERTO.
No, señor.
OTÓN.
¡Ah, Reina! ¡Ah, cielo!
ETELFRIDA.
No era, señor, mi recelo
Tan vanamente creído.

La indignación de la Reina estalla al oir el nombre de Rodulfo, antiguo criado de su casa:

¡Rodulfo! Al cielo divino
Hago voto y juramento,
Si no os armáis, y al momento

Ponéis el campo en camino,
De no tener, aunque os ama
El alma, y dueño os confiesa,
Silla, Rey, en vuestra mesa,
Ni lugar en vuestra cama.
. . . . . .
Ó dadme la gente á mí:
Yo iré á la guerra por vos.....

Su entusiasmo arrastra á Otón, y sus halagos acaban de persuadirle:

Quiérote dar mis brazos, Otón mío;
Que nunca más galán me pareciste
Que ahora con aquesa honrada cólera.
. . . . . .
. . . . . Á las mujeres,
Ninguna cosa más nos enamora
Que el valor de los hombres, como el tuyo:
¡Tú estás agora gentilhombre y bravo!

La terneza casi femenina está siempre del lado de Otón: el impulso varonil está en Etelfrida. Así se ve en la hermosa escena de la despedida con que comienza el acto segundo:

ETELFRIDA.

Mi querido Otón, adiós;
Y en vuestra custodia y guarda
Vaya el Ángel de la Guarda.

OTÓN.

Basta, mi bien, que vais vos:
Que aunque es verdad que es tan alta
De un ángel la compañía,
Si él me faltase, podría
La vuestra suplir su falta.
. . . . . .

ETELFRIDA.

No os quiero agora tan tierno,
Sino más fuerte y feroz;
Que la afeminada voz
Desdice al marcial gobierno.
Como el que muere ha de ser
El hombre que va á la guerra,
Que lo que deje en la tierra
No piense volverlo á ver.
Perdono vuestras ternuras
Al amor que me tenéis,
Porque aún sentido no habéis
Cuánto son las armas duras.
. . . . . .
No suene la tierna voz,

Sino la caja sonora
Y la trompa vencedora,
Hiriendo el aire feroz.
Alegre la chirimía
El caballo castellano,
Que abra el suelo con la mano,
Viendo la silla vacía.
Huela pólvora, y no algalia,
Bullan galas soldadescas,
Y no cueras de olor frescas
Con pasamanos de Italia;
Que espero en Dios, mi señor,
Que volveréis victorioso.

OTÓN.

Hablé galán, como esposo;
Perdonad si ha sido error.
En vuestros ojos presentes
Excusé fieros alardes,
Porque, en fin, es de cobardes
Ser con mujeres valientes;
Allá, con el enemigo,
No he de estar enamorado:
Si haberos ángel llamado
Fué culpa, dadme el castigo.

. . . . . .

ETELFRIDA.

. . . . . .

No os enojéis, Otón mío;
Que si ocasión os he dado,
Fué por veros enojado
Para veros con más brío.

. . . . . .

Así yo con invención
Os quiero mirar brioso,
Para veros más hermoso
Sin que entendáis la razón.

. . . . . .

OTÓN.

No volveré á vuestra puerta
Sin la corona imperial.

ETELFRIDA.

De este palacio Real,
Mayor la hallaréis y abierta (1),
Porque para entrar por ella

(1) Alude á la puerta, aunque gramaticalmente no está muy claro.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No cabréis si no se ensancha;
Que la Imperial es muy ancha
Y está el mundo encima della.

OTÓN.

Yo os doy palabra, mi amor,
No venir sin ella á veros:
Adiós.

ETELFRIDA.

Adiós, caballeros;
Servid al Rey mi señor.

Lope hace grande uso de lo maravilloso en este épico argumento. La noche antes del rendimiento y humillación de Otón, el sabio Merlín comparece en el campamento de Rodulfo de Hapsburgo para anunciarle con espíritu profético las glorias futuras de la Casa de Austria. Al mismo tiempo Otón lidia en su tienda con una sombra, como ya la hemos visto en la tragedia de Ciro, como volveremos á verla en otras muchas, pero pocas veces con tanto efecto psicológico como aquí, porque realmente esa sombra, aunque visible por un momento para los espectadores, sólo existe en la fantasía de Otón, y es no más que la proyección exterior de las nocturnas quimeras que asedian su mente enfermiza. Hay en esta alucinación versos que parecen shakespirianos, y que recuerdan las palabras de Hamlet al espectro de su padre:

Sombra espantosa, ¿qué me quieres? Tente.....
Toda la noche asistes á mi tienda.....
El pabellón ocupas y la cama,
Pesada más que si de plomo fueras,
Como si fuese corporal la sombra.
¡Háblame! ¿Qué me quieres? ¿De quién eres?
¿Quién te envía? ¿Qué debo que no pago?
Mira que ya me va faltando esfuerzo
Y se me cubre el corazón de nube,
Recogiéndose allí toda la sangre.....
Sin duda que es la sombra de mi muerte,
Sin duda que morir tengo mañana.....
¡Oh fiera sombra, prodigiosa y triste!

Esta sombra es el *deus ex machina* que determina la súbita cobardía de Otón, el cual sin combatir se entrega á Rodulfo, pactando sólo, por un resto de vanagloria, muy propio de su carácter, que no sea pública su humillación ante el Emperador cuando vaya á su tienda á prestarle pleito homenaje. Esta idea es la única que atormenta á Otón en medio de su caída:

¡Que he de besar yo la mano
Que mi sueldo recibió!
¡Que he de estar á los pies yo,
Siendo rey, de un hombre humano!.....

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El pacto queda hecho de palabra, pero el de Hapsburgo le quebranta cautelosamente, y expone al Rey de Bohemia á la afrenta que él más temía. De grande efecto teatral debió de ser la aparición de la tienda de Rodulfo, y el caer súbitamente sus lienzos al son de las chirimías, viéndose en el fondo al Emperador armado, y con todos los símbolos de su excelsa dignidad, la corona, la espada, el globo del mundo con la cruz, y á sus pies arrodillado el rebelde Otón, y expuesto de repente á las miradas de todo el ejército, para que sea notoria á todos su deshonra. Otón se transfigura entonces, aunque sólo por un momento; la llama de la vergüenza sube á su frente, é increpa en estos términos á su soberbio y fraudulento vencedor:

Caiga (1), pues cayó en el suelo
Tu palabra, fama y ley;
Que no es palabra de rey
La que no se guarda al cielo.
. . . . . .
Hoy á caer se comienza,
Con tu tienda y mi valor,
La cortina de tu honor
Y el velo de mi vergüenza.
Ya quedamos descubiertos
Entre nuestros campos mudos,
De un mismo valor desnudos
Y de una infamia cubiertos.
Tú, la palabra rompida
Que diste á un hombre de honor;
Yo, humilde á vil vencedor
Que infama toda la vida.
. . . . . .
Dame esa mano; que quiero
Besártela, confiado
Que á lo menos has tomado,
Para servirme, dinero.
Verás que yo cumplo así
Mi palabra como bueno,
Y tú me la rompes, lleno
De afrentosa gloria, á mí.....

Rodulfo contesta invocando su autoridad imperial, según el concepto del Imperio en los siglos medios:

Que, en fin, yo soy el segundo,
Después del Papa, en el suelo;
Que por eso me da el cielo
Esta espada y este mundo.....

(1) La tienda.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Con tan horrible torcedor en el alma vuelve Otocar á Bohemia abrumado bajo el peso de su afrenta. Allí le espera su expiación más terrible. El diálogo entre la Reina y el mensajero que le anuncia su venida, es un modelo de energía y rapidez trágica:

ATAULFO.

. . . . . .

El Rey vuelve.

ETELFRIDA.

¿Qué? ¿Vencido?

ATAULFO.

¡Pluguiera á Dios!

ETELFRIDA.

¡Ay de mí!
Si vive, y hablas ansí,
Sin duda que viene herido.

ATAULFO.

¡Más valiera!

ETELFRIDA.

¿Qué me dices?
¿Vivo y no herido, y suspiras?
Ataulfo, tú no miras
Que en eso te contradices.

ATAULFO.

¿Cómo quieres que le llame
Á un hombre que se rindió?

ETELFRIDA.

¿Fué vencido y preso?

ATAULFO.

No.

ETELFRIDA.

¿Libre?

ATAULFO.

Sí.

ETELFRIDA.

Llámale infame.

. . . . . .

No ha de entrar Otón aquí;
Cerrad esas puertas luego.

Cuando el infeliz Monarca llega á Praga encuentra cerradas las puertas de su palacio, y ve en lo alto del adarve á su mujer armada de punta en blanco, que lanza sobre él una horrible tempestad de injurias y vituperios:

Si tienes tan tiernos brazos,
¿Por qué fuistes á la guerra?

. . . . . .

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Bueno vienes ¡por mi vida!
Con la corona imperial.....
. . . . . .
Antes, la puerta entendí
Ensanchar para la entrada;
Y tal vienes, que cerrada
Viene á sobrar para ti.
¡Qué descuidado venías
Que ignoraba tu bajeza,
Pues tocaste, por grandeza,
Trompetas y chirimías!
Á tu público desprecio
No sé qué nombre le llame;
No basta venir infame;
Que también viniste necio.
. . . . . .
Vendrás ahora galán
Á gozarme muy despacio,
Entre el ámbar de palacio
Y lejos del alquitrán.
Pero ¡por tu vida! en vano
Amor tu ausencia provoca;
Que no ha de besar mi boca
Quien besó á otro la mano.
Es Rodulfo muy soldado;
Traerála sucia y sangrienta,
Y habrá, después de la afrenta,
Algo á tu boca pegado.
. . . . . .
Si en la guerra sombras sueñas,
Asiendo el aire que pasa,
Mejor quedarás en casa
Con mi labor y mis dueñas.

A tan afrentosas palabras, el coraje de la desesperación se apodera de Otocar, y ya no le abandona hasta el fin, precipitándole á la derrota y á la muerte. En vano se le vuelve á aparecer la sombra; ya no le intimida. Tiembla en su mano el acero al entrar en la batalla, conoce que está perdido, pero no duda en arrojarse á la sima que se abre ante sus pies:

Ved en lo que un hombre pára:
¡Todo por una mujer!

Cuando ve roto su campo, y es herido mortalmente en la fuga, su último pensamiento es para ella:

Mas, aunque por ella muero,
Quiero partir á buscalla,
Que más que al alma la quiero.....

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Para acrecentar lo patético de este momento, Lope pide, como de costumbre, á la musa popular que mezcle su voz con la suya, y en los labios del moribundo Rey vagan los versos del romance viejo del Marqués de Mantua:

¿Dónde estás, señora mía,
Causa de todo mi mal?

La última escena raya en lo sublime á fuerza de sencillez. La Reina llega al campo á tiempo de recoger los últimos ayes de Otón, á quien reconoce por ellos:

Ansí se queja mi Otón
Cuando está malo en la cama.

Pero su indomable espíritu se levanta con más bríos que nunca después de la catástrofe. Oigamos sus últimas palabras, dirigidas á Rodulfo:

Venció Otón aunque vencido,
Porque en morir ha cumplido
Con la deuda del honor:
Si no murió emperador,
Murió á la corona asido.
Aunque vencedor te hallas,
No por eso le atropellas;
Las cosas basta intentallas,
Cuando son tan grandes ellas
Que es imposible acaballas.
Aunque el mundo me disfame
De ver que muerto te ame,
Como ya, mi bien, lo estás,
Digo que te quiero más
Mil veces muerto que infame.

Este drama, que en todo espíritu sincero tiene que dejar una profunda emoción poética; este drama, tan grandiosamente pensado, ejecutado con tanta fuerza y lozanía; este drama, en que compite el nervio de la dicción con el interés de las situaciones, y que por sí sólo bastaría para dar á su autor el título y consideración de gran poeta, no tiene, como antes he advertido, celebridad alguna en España. No recuerdo haber leído ni una sola línea de autor español en recomendación de él. Verdad es que lo mismo sucede con centenares de piezas de Lope, contándose entre ellas algunas de las más admirables.

No acontece lo mismo en Alemania. Tanto por su belleza intrínseca, cuanto por el especial interés histórico de su argumento, *La Imperial de Otón* ha sido allí muy estimada, como lo prueban, no sólo los testimonios de Schack, Rosenkranz, Lemcke y otros críticos, sino el drama que sobre el mismo asunto escribió Grillparzer con el título de *Prosperidad y caída (Próspera y adversa fortuna*, que hubieran dicho nuestros dramaturgos del siglo XVII) *del rey Otocar* (*König Ottokars Glück und Ende* (1825), obra que, sin ser imitación directa de la de Lope, está, sin embargo,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

penetrada de su espíritu. Ambas obras difieren profundamente, es cierto, en el plan y en los detalles. La de Grillparzer es fruto de un estudio histórico muy concienzudo; la de Lope, una inspiración brillantísima; lo que al discípulo de reflexión, le sobra al maestro de espontaneidad poética. Si á Lope le habían bastado dos páginas de la compilación de Pero Mexía para extraer de ellas el drama que contenían en germen, Grillparzer se entregó á un estudio y comparación tan detallada de las fuentes, que sobre este punto sólo ha podido escribirse una cabal monografía (1). Utilizó la crónica rimada de Otocar por Horneck, la historia cronológica de Bohemia de Pubitscka, el *Espejo de Honor* de Fugger, el *Interregnum* de Lambacher, el *Codex epistolarum Ottocari* publicado por Aichens, el *Codex epistolarum Rudolphi* y otros muchos libros. El *Otocar* de Grillparzer, más histórico que el de Lope, nada tiene de la pusilanimidad de éste. El uno aborrece á Rodolfo, el otro le teme. El poeta austriaco escribía bajo la impresión, todavía reciente, de la caída de Napoleón, y vino á hacer de su héroe un Napoleón en pequeño. Ambas tragedias parecen escritas en glorificación de la Casa de Austria; pero Grillparzer presenta un Rodolfo dulce, benigno y justiciero; Lope un príncipe violento y despótico, aunque con el derecho y la fortuna de su parte. Grillparzer tenía la segunda intención de mostrar en el fundador de la dinastía de los Hapsburgos un ideal de príncipes; Lope tenía puestos los ojos únicamente en el contraste dramático entre la debilidad y la fuerza. En lo que más se siente el influjo de Lope sobre la tragedia de Grillparzer es en el personaje de la Reina, que él y la historia llaman Cunegunda «Algo de la sangre de Etelfrida corre por las venas de Cunegunda», ha dicho el crítico que mejor ha estudiado comparativamente ambas piezas. Pero Grillparzer la retrata con tintas más suaves, y con detrimento de su pureza épica la hace más delicada y femenina, como cuadraba al genio del poeta y al nativo sentimentalismo alemán. La terrible *virago* de Lope se humaniza mucho en sus manos, pierde su ferocidad al mismo tiempo que su virtud conyugal, y se convierte en una húngara ardiente y apasionada no ciertamente por su marido, á quien detesta, sino por el intrigante Zawisch, que viene á ser el instrumento de la catástrofe, tirando de las cuerdas de la tienda de Rodolfo, con lo cual queda á salvo el honor de este príncipe, que en la comedia de Lope falta redondamente á su palabra, colorando la violación con razones casuísticas. Aparte de la influencia directa de Lope en este drama de Grillparzer, notan los críticos alemanes que en él mostró por primera vez aquel poeta el arte que principalmente decía haber aprendido en su lectura; es á saber: el de expresar con naturalidad, y de un modo directo, todos los detalles, y poner en su propia luz las circunstancias y los personajes accesorios, para que cada parte de la obra artística, y no sólo el total de ella, tuviese la apariencia de la vida (2).

---

(1) Klaar: *König Ottokars Glück und Ende. Eine Unterchusung über die Quellen der Grillparrzeschen Tragödie.* (Leipzig, 1885.)

(2) Véase el magistral estudio, ya citado, de A. Farinelli, en que está hecho con la debida extensión el paralelo entre ambos dramas. (*Grillparzer und Lope de Vega.....*, páginas 65-78.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Antes de Grillparzer se habían ejercitado sobre el mismo tema patriótico de Otocar otros poetas alemanes, entre ellos Collín, y quizá algún poeta bohemio le habrá tratado en su lengua tcheca, aunque de fijo con muy diverso espíritu que los alemanes.

XV.—LA REINA JUANA DE NÁPOLES.

Publicada en la *Sexta parte* de las comedias de Lope (1615).

No he podido determinar la fuente inmediata de esta comedia de Lope; pero sospecho que la tiene y que puede ser alguna novela italiana. De la verdadera historia apenas conserva más que los nombres de la reina Juana (primera de este nombre en Nápoles); de sus dos maridos, Andrés de Hungría y Luis de Tarento, y el asesinato del primero; pero todo ello exornado con circunstancias ficticias y muy desconforme de cómo pasó realmente. Las bodas de Juana con el Príncipe de Hungría estaban hechas antes que muriese el rey Roberto (1343), y no fueron, como se supone en la comedia, resultado de la violencia de Andrés y de sus amenazas de guerra. La brutalidad de éste y de los húngaros de su séquito irritó á los barones napolitanos y dió ocasión al crimen de 17 de Septiembre de 1345, en que Andrés fué estrangulado y arrojado por una ventana del castillo de Aversa; crimen del cual no se probó nunca que la Reina hubiese sido cómplice, pero al cual no fueron extraños sus más íntimos confidentes, entre ellos la famosa Felipa Catanea, que por caso inexplicable no interviene en la obra de Lope, aunque sí en otra comedia castellana sobre el mismo asunto, la cual citaré después. Pero aunque no sea cierto que la Reina armase el brazo de los asesinos, á lo menos lo es que se holgó de las resultas del crimen y se aprovechó inmediatamente de él para contraer segundas nupcias con el príncipe Luis de Tarento. No sin razón, pues, el Rey de Hungría, hermano mayor del muerto, la acusó públicamente en aquella carta que casi todos los cronistas transcriben, y termina con estas palabras: «*Impetrata fides præterita, ambitiosa continuatio potestatis regis, neglecta vindicta, et excusatio subsequuta, te viri tui necis arguunt consciam et fuisse participem: neminem tamen divini humanive judicii pœnas nefario sceleri debitas evasurum*» (1). En cumplimiento de sus amenazas, el húngaro invadió el reino de Nápoles, y Juana, abandonada por sus partidarios, tuvo que refugiarse en Aviñón, donde obtuvo la paz por mediación del Papa. Pero ni esto, ni la muerte de Luis de Tarento, ni el nuevo matrimonio de Juana con el desterrado Rey de Mallorca Jaime III, ni, finalmente, la trágica muerte de aquella Princesa, todavía más desdichada que culpable, y muy celebrada de sus contemporáneos, no sólo por la delicadeza de sus gustos artísticos y literarios (heredados de su padre, el protector de Petrarca y de Bocca-

(1) *Istoria civile del regno di Napoli, di Pietro Giannone..... Tomo terzo. In Venezia, 1766, presso Gianbatista Pasquali.* Pág. 172.

cio), sino por la prudencia y sabiduría de su gobierno en el tiempo en que pudo ejercerle por sí misma, vienen aquí á nuestro propósito, puesto que no trata de ellas la comedia de Lope, cuya acción se reduce al asesinato de Andrés y á los amores de la Reina con Luis de Tarento. El segundo título de *El Marido bien ahorcado*, con que se la designa en ediciones sueltas, indica bien claramente el argumento y aun el espíritu de la obra, donde realmente se justifica, con la manga ancha que suele ser propia de los poetas, la muerte alevosa del primer marido de Juana.

A mi entender, el Conde de Schack, tan recto estimador por lo común del Teatro de Lope, y que si peca alguna vez es más bien por sobra que por falta de entusiasmo, no ha sido del todo justo con esta producción, que califica de muy infeliz, añadiendo que desearía que Lope no fuese autor de ella, aunque desgraciadamente su autenticidad sea incontestable (1). Tiene razón el docto y simpático crítico en el principal reparo que la pone; es á saber: en que la vulgaridad de las pasiones que en ella juegan, aunque se presenten en su mayor grado de exaltación y determinen acciones violentas, no bastan para inspirar el terror trágico, antes la misma atrocidad de la catástrofe anula su efecto. Añádase á esto la odiosidad de todos los personajes que en la obra intervienen, de donde resulta una gran monotonía y ausencia de contrastes, siendo de todo punto imposible tomar interés por ninguno de ellos, ni seguir con atención el laberinto de las tramas abominables que forjan los unos contra los otros.

Pero aun con estos vicios radicales, que relegan á muy secundario lugar esta comedia de Lope, es forzoso reconocer en algunos pasos de ella la mano del gran poeta. Las escenas nocturnas del jardín en el acto primero constituyen un delicioso idilio, en que los versos se deslizan suave y lánguidamente, llenos de poesía y de misterio, haciéndonos respirar la atmósfera tibia y embalsamada de los verjeles de Nápoles. Así exclama la enamorada Isabela:

Mil celosas fantasías
Me han traído á este jardín;
Si hay pasadas alegrías,
Mucho temo vuestro fin
Después que sé que sois mías.
La luna ha salido ya,
Y en una corona de oro
La luz en sus rayos da;
Pero ¿no es éste el que adoro?
Él es, y durmiendo está.....

Con la misma encantadora sencillez prosigue toda esta escena, en que la reina Juana pone la corona en la cabeza de Luis de Tarento, dormido.

El segundo acto es realmente infeliz: la locura de Ludovico y los desatinos que

(1) Tomo III de la traducción castellana, pág. 89. Tomo II del original alemán, pág. 327.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

hace y dice durante ella; los brutales arrebatos de Andrés, que se empeña en forzar á Isabela y declara cínicamente, y sin el menor disimulo dramático, la intención que tiene de deshacerse de su mujer, forman un cuadro sobremanera desapacible y presentado con muy poco arte. Pero al acercarse la conclusión cesa de dormitar el poeta, y preludia la catástrofe con escenas verdaderamente trágicas entre el Rey y la Reina. ¡Lástima que estén tan mal preparadas! Pero en una acción que fuera humana y patética, como la de *Otelo* ó la de *El Tetrarca*, lucirían mucho. La letra que cantan los músicos de la Reina,

Si te quisiere matar
Algún enemigo fiero,
Madruga y mata primero;

aquel *¡madruga!* que repite como diabólico estribillo la confidente, Margarita; el fatídico cordón de seda que la Reina labra y que ha de servir para ahorcar á su marido, son medios de grande efecto escénico, reforzado por la terrible concisión del diálogo, que es afilado como punta de puñal. El desenlace resulta mucho más espantoso que en la historia, puesto que Lope, lejos de atenuar la responsabilidad de Juana, quiere glorificarla por su crimen, y ella misma es la que manda á sus criadas que ahorquen á Andrés de una viga.

Grillparzer (1) advierte que esta comedia más tiene de la manera de Calderón que de la de Lope, por lo artificioso y poco natural de los incidentes, que no nacen de las entradas de la acción, sino que vienen preparados por el cálculo. Pero debe advertirse que en 1615, fecha de la impresión de esta pieza, Calderón no tenía más que catorce años, y mal podía ejercer influjo de ninguna clase en Lope, de quien, en rigor, no fué contemporáneo, sino sucesor, y no muy inmediato. Lo que hay es que en la variedad portentosa del arte dramático de Lope están los gérmenes del de Calderón, como de todos los demás estilos y maneras que sucesivamente fueron desarrollándose en nuestra escena.

El progreso del convencionalismo teatral (compensado, ciertamente, con otras ventajas) es visible en otra pieza, bastante notable, que sobre el mismo asunto trágico de *La Reina Juana* posee nuestra literatura del siglo XVII: obra publicada como de tres ingenios, en la *Parte veinticuatro* de *Comedias escogidas* (Madrid, 1666) (2). De estos ingenios sólo podemos afirmar con certeza que uno de ellos fué Rojas, puesto que su nombre consta en los últimos versos:

---

(1) Página 105 de sus *Studien*.

(2) Ha de advertirse que en la *Parte séptima* de la misma colección se había impreso con el mismo título, y también como de tres ingenios, una comedia enteramente diversa, que es *La Reina Juana*, de Lope. Se ve que el coleetor del tomo confundió las dos piezas por versar sobre el mismo argumento; pero esta misma confusión sirve para probar que ya estaba escrito en 1654 (fecha de aquel tomo) *El Monstruo de la Fortuna*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y don Francisco de Rojas,
Por el celo de serviros,
Pide, para tres ingenios,
Con ser tres, no más de un vítor.

La tercera jornada, por consiguiente, le pertenece. Hartzenbusch atribuyó la primera á Calderón, y, realmente, el estilo parece suyo. Las décimas que recita Felipa Catanea son casi idénticas á las famosas de *La Vida es sueño* (1). Pudo, no obstante, el encubierto autor de esta jornada copiar á Calderón, ó Calderon copiarle á él; cosa frecuentísima en las costumbres literarias de aquel siglo. Con menos fundamento se adjudica á Montalbán el acto segundo, que es cabalmente el mejor de la obra. Los versos de Tirso, en su comedia *Del enemigo el primer consejo*,

Al galán la bigotera,
Á Pérez la lavandera
. . . . . .
Causan tan grandes cuidados.....,

pueden referirse á un Pérez cualquiera que no sea Montalbán, y á una lavandera que nada tenga que ver con la de las orillas del Sebeto.

Esta comedia es, sin duda, una imitación de *La Reina Juana de Nápoles*; pero en el intermedio de una á otra había aparecido un libro del cual tomaron muchas cosas los tres autores. En 1625, Juan Pablo Mártyr Rizo puso en lengua castellana un libro semihistórico, seminovelesco, del cronista francés Pedro Matheo (*Pierre Mathieu*), uno de los pocos escritores de su nación que lograron algunos lectores en España á principios del siglo XVII. Titulábase el libro *Historia de la prosperidad infeliz de Felipa Catanea, la lavandera de Nápoles* (2), y en él su autor, tomando

(1) Nace con belleza suma
El ave, al hielo temblando,
Y apenas mira al sol, cuando
Se halla vestida de pluma;
Antes que el hambre presuma,
Sustento llega á tener....., etc.
Nace el bruto más airado
Y apenas se ve nacido,
Cuando de una piel vestido....., etc.
Nace el pez de ovas y lamas,
Tan mudo, que aun no respira,
Y en un instante se mira
Cubierto de alas y escamas....., etc.
. . . . . .
¿Cómo, una vez y otra vez,
¡Cielos! en discurso igual
No excede lo racional
Á la fiera, al ave, al pez?....., etc.

(2) No hemos visto la primera edición, cuyas aprobaciones, transcritas en la segunda, son de 1624. Esta segunda, que pertenece á la serie de novelas y libros de entretenimiento reim-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

por guía principal á Juan Boccacio en el cap. XVI, lib. IX de su obra *De casibus virorum illustrium*, contaba las aventuras de una mujer siciliana, de humilde origen, que por haber sido nodriza de un hijo de la Duquesa de Calabria había llegado á obtener gran privanza en la corte de Nápoles durante los reinados de Roberto y de Juana, siendo íntima confidente de la Reina y parte muy principal en el asesinato de su marido Andrés, viniendo al fin, ya vieja decrépita, á expiar sus crímenes é intrigas, no en el patíbulo, sino en el potro del tormento, donde sucumbió. Era Pedro Matheo escritor agudo y sentencioso, de más ingenio que juicio, aunque muy preciado de moralista y político, y en suma, uno de aquellos pretensos imitadores de Tácito que pululaban en toda Europa al comenzar aquella centuria, y que, afectando concisión de oráculos, intentaban emular la austera profundidad de su maestro, sin conseguir las más veces ni siquiera dar realce á las más vulgares máximas y advertimientos que les sugería el espectáculo de las cosas de su tiempo. No sabemos si este librillo acerca de Felipa Catanea fué anterior ó posterior al trágico suceso de la Mariscala de Ancre, pero parece aludir á él en todas sus circunstancias.

La obrita de Pedro Matheo, curiosa por su asunto, aunque fastidiosamente escrita, tuvo muchos lectores, y de ella se valieron principalmente los autores de *El Monstruo de la Fortuna*, aprovechando, no obstante, las principales situaciones de la de Lope, y repitiendo textualmente el famoso verso *Madruga y mata primero*. La tragedia de Rojas y sus colaboradores, aunque inferior á la de Lope en el estilo, que no está exento de manchas de culteranismo, y menos poética que ella en algunos pormenores, está mejor concertada y es más propia para la escena, donde se ha sostenido hasta nuestro siglo, como lo prueba el artículo que en 1822 escribió sobre ella D. Alberto Lista en el tomo XV de *El Censor*. Las pasiones que juegan en la acción no son tan viles; los crímenes se consuman con circunstancias menos atroces y repugnantes; hay más lógica en el desarrollo de la fábula; hay terror trágico y no meramente horrores fisiológicos; y el personaje de Felipa Catanea, levantada desde el humilde oficio de lavandera hasta la cumbre del favor cortesano, y despeñada luego en un abismo de desdichas, pero conservando en medio del crimen cierta generosidad y grandeza, que la llevan á dar la vida por salvar á su señora, es original é interesante y honra el talento de los tres poetas que le crearon, entre los cuales tuvo probablemente la dirección Rojas, tan apto para manejar dignamente el

---

presos por el famoso librero Padilla, tiene el título siguiente: *Historia de la prosperidad infeliz de Felipa de Catanea, la Lavandera de Nápoles. Escrita en francés por Pedro Matheo, chronista del Rey christianíssimo, y en castellano, por Juan Pablo Mártyr Rizo. Aora añadido un tratado en alabanza del color verde. Segunda impresion. Año de* 1736. *En Madrid, á costa de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla.* 8.º

Precede á la obrita un *juicio* de D. Francisco de Quevedo, que nota de historiador apasionado y poco puntual á Pedro Mateo, y ofrece escribir *la historia de Felipa Catanea con toda certeza y diligencia, para que, bien informados los que atienden á tales estudios, tengan la noticia sin mancha.* No consta que el gran polígrafo llegase á realizar su propósito.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

puñal de Melpómene. El estilo es noble y sentencioso, pero frecuentemente afectado. Lo más débil de la obra es, sin duda alguna, el carácter de la Reina; pero no creemos, como Lista, que haya en la pieza duplicidad de acción, puesto que su asunto principal no es el asesinato de Andrés, sino la prosperidad y caída de Felipa Catanea, que es la verdadera heroína de la tragedia, y no la reina Juana, como sucede en Lope. Precisamente por haber querido los tres ingenios concentrar todo el interés dramático en el carácter de la lavandera descuidaron tanto y dibujaron con tan pálidas tintas el de la Reina. Dado el plan que siguieron, les fué forzoso renunciar á la anécdota del cordón, que no sólo estaba en la comedia de Lope, sino en el libro de Pedro Matheo (1). Pero la escena final del segundo acto, en que Juana y su favorita conciertan el crimen y salen juntas á realizarlo, está admirablemente calculada para el efecto teatral y es de aplauso seguro.

XVI.—EL REY SIN REINO.

Publicada por Lope en la *Parte veinte* de sus comedias (1625), dirigiéndosela al capitán Fr. Alonso de Contreras, del hábito de San Juan, cuyas hazañas se refieren largamente en la dedicatoria.

Son argumento de esta pieza las turbulencias y estado anárquico del reino de Hungría, que precedieron á la elección del rey Matías Corvino (1457). La fuente de Lope hubo de ser aquí, como en *La Imperial de Otón*, la *Historia Imperial y Cesárea* de Pero Mexía (2), en el cap. III de la biografía del emperador Federico III:

«Pasada, pues, la victoria habida por Juan Huniades, capitan de Hungria, del Turco, el emperador Federico, que de aquella guerra tenia grande cuidado, y aunque el rey Ladislao estaba en su desgracia, habia ya acudido y socorrido para ella todo lo que mejor pudo, luego entendió en procurar paz en Alemania para prevenir á lo de adelante si se ofreciese. Y andando entendiendo en esto, murió el rey Ladislao de Hungria y Bohemia, siendo de edad de diez y ocho años, estando en la ciudad de Praga, esperando la hija del Rey de Francia, con quien estaba asentado de casar, y túvose sospecha que murió de yerbas. Vacaron por su muerte, por no quedar herederos, los reinos de Hungria y Bohemia, y tambien lo que tenia del Ducado de Austria; lo cual no poca inquietud causó en la tierra, y en ambos reinos hubo grandes alteraciones sobre la eleccion y sucesion, pretendiendo diversos príncipes tener derecho á ello; pero al cabo los de Bohemia tomaron por rey á Jorge Pogiabracio, que era Gobernador desde vida de Ladislao, y hombre de gran linaje y valor. Los húngaros eligieron á Matias, hijo del excelente capitan Juan Huniades, así por el amor y respeto que á su padre habian tenido, como por tener de su per-

(1) «No hubo mucho intervalo entre el intento y la ejecucion. La noche precedente (el Collenucio lo dice así, mas no lo afirma) hizo la Reyna un cordon de oro y seda. Andrés le preguntó que qué hazia. Y ella respondió: «Esto se hace para ahorcaros.»

(2) Página 590.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

sona contentamiento y buena esperanza, que era mancebo de diez y nueve años, y estaba preso en Bohemia por la muerte del Conde de Cilia. Al cual Pogiabracio rey dió libertad, y se vino á reinar á Hungria, casándolo primero con su hija, y fué despues valeroso y excelente Rey.»

Esta comedia, de fastidiosa lectura, no ofrece materia á ninguna observación particular. Tampoco intentaré desenmarañar su complicada y extravagante urdimbre. Parecen notarse en ella algunas reminiscencias de *El Gran Duque de Moscovia*, última pieza de las incluídas en este tomo.

XVII.—EL GRAN DUQUE DE MOSCOVIA

Y EMPERADOR PERSEGUIDO.

Texto de la *Séptima parte* de las comedias de Lope (1617). Ha sido reimpresa por Hartzenbusch en el tomo IV de su colección. Traducida al alemán por M. Rapp en su *Spanisches Theater* (1). Ya en el siglo XVII lo había sido en lengua holandesa con el título de *Den grooten hertoghevan Moskovien oft gheweldighe heerschappije* (1672). Se cita otra traducción en la misma lengua por Francisco Wouters. Tengo entendido que existe también versión rusa, ó á lo menos algún estudio ó monografía sobre esta comedia. *El Príncipe perseguido*, obra de tres ingenios, Luis de Belmonte, Moreto y D. Antonio Martínez, incluída en *El mejor de los mejores libros que han salido de comedias nuevas* (Madrid, 1653), es una mera refundición de *El Gran Duque de Moscovia* (2).

El impostor conocido con el nombre del falso Demetrio apareció en Polonia en 1603 y fué muerto en Moscou en 1606. Diez años después estaba ya impresa la comedia de Lope. No podemos fijar la fecha de su representación; pero debe de ser bastante anterior, porque en ella el falso Demetrio (verdadero para Lope, como para la mayor parte de sus contemporáneos) queda con vida y en quieta y pacífica posesión de su imperio. No había llegado, por consiguiente, á España la nueva de su muerte, acaecida en un tumulto popular á los once meses escasos de su reinado. ¿Cuál pudo ser la relación que Lope tuvo presente, entre las varias que corrieron por Europa sobre este peregrino acontecimiento? La que parece más conforme es la del italiano Barezzo Barezzi (1606) (3), y quizá hubo otra castellana por el mismo es-

---

(1) Los cuatro primeros tomos están consagrados á Lope. Forma parte de la *Bibliotek ausländischer Klassiker in deutscher Uebertragung* (Hildburghausen, 1868).

(2) Á la segunda jornada, que escribió Moreto, pertenece aquella saladísima descripción de la vida conventual:

Dices bien que es purgatorio.....

(3) De ella cita Mérimée una traducción francesa: *Discours merveilleux et véritable de la conqueste faite par le jeune Démétrius, grand-duc de Moscovie, du sceptre de son frère, avenue en cette année 1605, avec son couronnement du dernier juillet, par Bareze Barezi.* (Arras, 1606.)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

tilo. Pero seguramente no se valió de la *Tragœdia moscovitica*, impresa en Colonia en 1608 (1), porque ésta, como ya su título lo indica, alcanza hasta la muerte de Demetrio. Cabe también la hipótesis (y á ella inducen los errores históricos que hay en la comedia) de que no se valiera Lope de relación impresa, sino de informes orales de algún jesuíta polaco ó de algún español residente en los colegios de Polonia, único conducto por donde entonces podían tenerse en España nuevas de un país tan remoto y tan incomunicado con el nuestro. Es sabido que á los jesuítas de Polonia se acusó entonces de haber contribuído al crédito y á la empresa del falso Demetrio, creyéndole (de buena fe seguramente) legítimo heredero del Imperio, y dejándose engañar por las esperanzas que daba de abrazar el catolicismo y poner fin al cisma griego en Rusia.

Los pormenores de la vida de este aventurero pueden leerse, ya en la clásica y famosa historia de Rusia, de Karamsin (2), ya en la interesante monografía que Próspero Mérimée compuso con aquella precisión de estilo y penetrante agudeza que realzan sus trabajos históricos, menos leídos que sus admirables novelas, pero muy dignos de serlo (3). Compendiaremos en dos palabras, siguiendo á uno y otro autor, los principales hechos que pueden servir de ilustración á esta comedia.

Iván IV *el Terrible*, Zar y Gran Duque de Moscovia, murió en 1584, dejando dos hijos, Fedoro y Demetrio. El primero, que tenía ya veintidós años, le sucedió en el trono; pero enfermizo de cuerpo y débil de espíritu, dejó las riendas del gobierno en manos de su cuñado Boris Godunof, político ambicioso, hábil y sin escrúpulos. Demetrio, que era muy niño, fué relegado, en compañía de su madre, al pueblo de Uglitch, donde pereció trágicamente el 15 de Mayo de 1591, á los diez años de edad, atribuyéndose su muerte á haberse clavado un cuchillo en uno de los ataques de epilepsia que padecía, si bien la voz pública culpó á Boris de haberle hecho asesinar para abrirse más fácilmente el camino del trono. La indignación popular contra los asesinos del niño Demetrio produjo en Uglitch un tumulto espantoso, del cual resultaron innumerables víctimas. Boris castigó aquellos excesos con represalias todavía más horribles: destruyó casi totalmente la ciudad, hizo cortar la cabeza ó la lengua á muchos de sus moradores, deportó á los restantes á Siberia, encerró en un monasterio á la Zarina viuda, y pudo considerarse tranquilo poseedor del Imperio cuando en 1598 murió Fedoro, no sin sospechas de envenenamiento, que la historia formal rechaza como tantas otras invenciones del mismo jaez. Boris, siguiendo la misma conducta que otros grandes ambiciosos, fingió

---

(1) *Tragœdia moscovitica, sive de vita et morte Demetrii, qui nuper apud Ruthenos imperium tenuit, narratio ex fide dignis scriptis et litteris excerpta (Coloniæ, apud Gerardum Grenenbruc, anno 1608.)*

(2) *Histoire de l'empire de Russie, par M. de Karamsin, traduit par M. de Divoff..... Paris, Bossange, 1826.* Tomo XI.

(3) *Épisode de l'histoire de Russie.—Les faux Démétrius. Troisième édition.* París, Michel Lévy, 1875.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

rechazar la corona que se le venía á las manos, y representó la comedia política de no ceñirla sino después de instado con mucho ahinco por el clero, por los boyardos y por el pueblo.

Gobernó Boris algunos años dando muestras de prudencia y firmeza; pero sus reformas legislativas, sus exacciones fiscales, el favor que daba á algunos extranjeros, principalmente alemanes, y hasta sus conatos para mejorar la civilización de su pueblo, le atrajeron la animadversión de una gran parte de sus vasallos, acrecentándose el descontento con el hambre y la peste que afligieron el país desde 1601 á 1603. Precisamente en estos momentos empezó á correr el rumor de que el príncipe Demetrio vivía y estaba refugiado en Polonia. En efecto; un joven de veinte á veintidós años, que servía á un gran señor de Lituania en calidad de paje según unos, ó de cocinero según otros, descubrió con gran secreto á su señor que él era el hijo de Iván, escapado milagrosamente del cuchillo de Boris gracias á un error de los asesinos, que habían matado en su lugar al hijo de un siervo, cuya persona había sustituído á la del Príncipe, su médico, deseoso de salvarle. Además de ciertas señas personales que convenían al Príncipe, como la de tener un brazo más largo que otro, el desconocido presentaba, como prueba de su identidad, un sello de oro con las armas de Rusia y una cruz de diamantes, que decía haber recibido de su padrino de bautismo, según la costumbre griega. Aunque el aspecto del pretendiente era algo vulgar y no prevenía mucho en su favor, daba muestras de haber recibido educación caballeresca, muy superior al humilde oficio que en Polonia desempeñaba. Era diestro en todos los ejercicios de equitación y esgrima, hablaba y escribía con igual facilidad el ruso y el polaco, y aun tenía algunas nociones de latín, aprendidas probablemente en algún convento. Su verdadera personalidad, como la de otros impostores, continúa siendo un enigma para la posteridad. Su enemigo Boris afirmó siempre que Demetrio era un monje apóstata y fugitivo llamado Jorge Otrepief, y esta opinión ha sido generalmente admitida por los historiadores, incluso Karamsin. Pero Mérimée opone algunas dificultades no leves á la identificación de ambos personajes, y prefiere ver en el falso Demetrio un cosaco de la Ukrania, y en el monje Otrepief un mero instrumento suyo, un emisario encargado de sublevar en su nombre las hordas del Nieper y del Don.

Fraile ó cosaco, el audaz aventurero se granjeó muy pronto el favor de muchos señores polacos, que, convencidos ó no de la legitimidad de sus pretensiones, pero animados por la aversión nacional contra los rusos, por la esperanza del botín, y principalmente por el espíritu inquieto y belicoso que caracterizó siempre á aquella nobleza, abrazaron su causa y afectaron tratarle como á príncipe soberano. El principal de estos fervientes partidarios fué el palatino Mniszek, á cuya hija Marina dió el impostor palabra de matrimonio, cumplida luego en Moscou después de su triunfo.

El mismo Rey de Polonia, Sigismundo, consintió, aunque no con mucho entusiasmo, en reconocer á Demetrio como *zarevitz*, y autorizó á los caballeros polacos para asistirle con sus armas y con su dinero. También el Nuncio del Papa, y

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

los jesuítas se le mostraron favorables por haber abjurado, aunque en secreto, del cisma griego.

Al mismo tiempo, los cosacos del Don, que constituían una especie de república militar independiente, sublevados por las predicaciones de Otrepief, juntaron sus hordas con el pequeño pero brillante ejército que en Polonia había levantado Demetrio, el cual, penetrando en el territorio ruso con éxito casi siempre favorable á sus armas, derrotó ó inutilizó, á fuerza de arrojo y habilidad, las masas enormes, pero indisciplinadas, que Boris le opuso; introdujo la deserción en sus tropas, supo atraerse á los principales boyardos, y, finalmente, triunfó después de una campaña de cerca de un año, sucumbiendo Boris menos de enfermedad que de tristeza y desesperación, y siendo estrangulado por sus infieles partidarios el único hijo que dejaba.

El impostor, en quien su condición de tal no excluía dotes de príncipe magnánimo y de político notable, entró vencedor en Moscou, donde reinó un año, que fué tiempo suficiente para que diera indicios de grandes pensamientos civilizadores, que han sido comparados nada menos que con los de Pedro el Grande. Pero los tiempos no estaban maduros para tales empresas, y el falso Demetrio sólo acertó á concitarse el odio de su pueblo por la afición que manifestaba á los extranjeros, especialmente á los polacos, y por su matrimonio con una católica. Estalló, pues, una insurrección formidable, en que fué asaltado el Kremlin y hecho pedazos el usurpador, en 27 de Mayo de 1606, sirviéndole de sangrientos funerales la matanza de la mayor parte de los polacos que había en la ciudad.

Como se ve, el falso Demetrio sobrepujó mucho el nivel de los príncipes supuestos de que la historia está llena, aunque tuviera ciertos puntos de contacto con el tipo general de estos aventureros, en quienes suele haber una mezcla extraña de impostura y de alucinación de grandezas. Había salido de la nada; su patria y su nombre son todavía un misterio; tenía veinticinco años cuando murió, y á esa edad, por el solo esfuerzo de su brazo y de su inteligencia, había conquistado un grande imperio, cosa á que nunca pudieron llegar, ni con cien leguas, el pastelero de Madrigal, ni Marco Tulio el calabrés, ni los demás falsos Sebastianes, ni los numerosos Luis XVII, que tan poco rastro han dejado de su paso por el mundo, fuera del hecho de su impostura.

Un personaje tan original parece que estaba convidando la fantasía de los poetas dramáticos. Lope fué, sin duda, el primero que lo llevó á la escena, si no en vida del protagonista mismo, porque apenas hubo tiempo para esto dado lo efímero de su reinado, á lo menos en los años que inmediatamente siguieron á su muerte. La historia está francamente alterada, como de nación tan lejana, y de la cual el autor y su público debían de tener noticias harto confusas. El Gran Duque de Moscovia, padre de Demetrio, resulta aquí abuelo, y no se llama Iván el Terrible, sino Basilio. Sus dos hijos son Teodoro (en la historia Fedoro) y Juan. Teodoro está pintado como un imbécil, que perdió el seso por hierbas que le dieron. En cambio, el niño Demetrio es discretísimo. Pero el abuelo Basilio tiene puesto su cariño exclusiva-

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

mente en Juan; aborrece de muerte á Teodoro, á su mujer Cristina y á su hijo, y se empeña en apartarlos de la sucesión á la corona. La princesa Cristina, temerosa de los riesgos que corre su hijo, se le confía á Lamberto, caballero tudesco de probado valor y fidelidad, para que le tenga oculto en su castillo y le eduque y adoctrine en los ejercicios propios de la caballería, en compañía de un hijo suyo de la misma edad. Basilio, que es tan bárbaro ó más que el Iván de la historia, abofetea á su nuera Isabel y mata de un garrotazo en la cabeza al hijo que amaba, haciendo luego grandes demostraciones de duelo, y muriendo de la pena que su propia brutalidad le causa. Con esto queda por Gran Duque el estúpido Teodoro, con la regencia de Boris, que desde luego pone asechanzas á la vida del niño Demetrio, cuya vida salva Lamberto poniendo en su lugar á su propio hijo.

En el acto segundo el fiel Lamberto muere en brazos de Demetrio, que busca asilo en un monasterio, con la mejor intención de consagrarse á la vida ascética y contemplativa:

Y con disfrazado nombre
Vivir, Rufino, como hombre
Que para morir nací.
. . . . . .
Ya no soy rey. ¿Qué queréis?
Un pobre fraile soy ya.
. . . . . .
Haced cuenta que estoy muerto:
Ya no quiero otra corona.....

Pero todavía en aquel quieto y religioso asilo le persiguen los recelos de Boris, á cuyos oídos ha llegado el vago rumor de que Demetrio vive todavía, y pasando por el monasterio nota la extraña semejanza entre su sobrino y aquel novicio, cuya muerte propone sin ambages al prior. Afortunadamente, el encubierto príncipe, que ha oído la conversación con tiempo, cuelga los hábitos de un árbol y se refugia en Livonia, donde hace primero oficio de segador, y entra después, como *pícaro* ó pinche de cocina, en la servidumbre del Conde Palatino, de cuya hija Margarita (la *Marina* de la historia) se había enamorado. Desde aquí la comedia va más de acuerdo con la historia, si bien difiere de ella en suponer que el tirano Boris se da de puñaladas por librarse de las manos de su adversario. Hay que advertir, sin embargo, que entre los contemporáneos no faltó quien atribuyese la repentina muerte de Boris á suicidio.

El texto de esta pieza ha llegado á nosotros en un estado deplorable, como generalmente sucede con todas las comedias que Lope no imprimió por sí mismo. Hay trozos en que evidentemente faltan versos, y otros en que parece notarse intercalación de ajena mano. Aun descontando todo esto, resulta en su estilo una de las obras más descuidadas de su autor. Pero la marcha de la acción es novelesca é interesante; el diálogo muy vivo y libre de afectaciones; hay frases de gran efecto dramático, como la que pronuncia asustado Boris cuando cree reconocer á su

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

sobrino en el novicio del convento: «*Parece un santo..... y parece á Demetrio.*» El protagonista habla muchas veces como conviene á su misterioso carácter, y ojalá que el poeta hubiera dejado pendiente el enigma en vez de revelarle desde el principio:

Hijo fuí de quien no fué
Sin servicio y sin valor;
Porque fué..... esclavo y señor.....
De quien lo mismo heredé.
Nunca mi padre fué nada;
Mi madre no era profeta,
Ni aun pienso que fué discreta
Porque fué muy confiada.
Dió su hacienda, y me dejó
Pobre; y cuando ansí me vi,
Á sagrado me acogí:
Vos sois Duque y fraile yo.

Parece que se oye á Gabriel de Espinosa en *Traidor, inconfeso y mártir.*

El sacrificio que Lamberto hace de su propio hijo en aras de la lealtad monárquica, parece monstruoso y antihumano; mejor presentó Grillparzer una situación análoga en su drama de *El Servidor leal á su señor (Treuen Dieners seines Herrn)*.

Merecen alabanza en *El Gran Duque de Moscovia*, por lo fáciles y naturales, algunas escenas episódicas, como la de la cocina del Palatino, ó la de los segadores, con la linda letra para cantar:

Blanca me era yo
Cuando entré en la siega;
Dióme el sol, y ya soy morena.....

Lope, según su costumbre, se introduce á sí propio en la comedia con el nombre de *Belardo* (1).

El argumento del falso Demetrio ha sido tratado de un modo más histórico por dos insignes autores modernos, en obras de forma dramática, pero no destinadas á la escena. El gran poeta ruso Alejandro Puskin compuso en 1825 su *Boris Godunof*, crónica dialogada en verso y prosa, siguiendo la pauta de las de Shakespeare; obra que fué para Rusia lo que el *Goetz de Berlichingen* para Alemania. Aun leído en las traducciones el magnífico drama de Puskin (2), se admira en él aquel saludable y poético realismo en que los rusos son maestros, y que no deja de tener afinidades íntimas con algo de nuestra vieja literatura. Este poema dramático termina

(1) Juicios varios de esta comedia pueden verse en Mr. Enk (*Studien über Lope de Vega Carpio.* Viena, 1839), Grillparzer, 267; Farinelli, 78-88.

(2) *Alexandre Pouchkine. Poèmes dramatiques, traduits du russe par Ivan Tourguéneff et Louis Viardot.* París, Hachette, 1862.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

como el de Lope, con el exterminio de Boris y de su raza, y el ensalzamiento de Demetrio, que para Puskin, como para todos los rusos, era el monje Otrepief, cuya evasión del convento se anuncia en una de las primeras escenas. Las semejanzas entre el poeta ruso y el español tienen que ser remotísimas, no sólo porque el uno estaba bien enterado de la historia y el otro no, sino por el contrario aspecto con que presentan el carácter de Demetrio, impostor para el uno y príncipe legítimo para el otro. Tiene, además, la obra de Puskin un carácter local y patriótico de que la de Lope carece en absoluto.

Pero como entrambos dramatizan la historia entera en el grado y medida en que cada uno la conocía, y mezclan los cuadros familiares con las escenas trágicas, no han podido menos de coincidir en algún caso; por ejemplo, en la superstición astrológica atribuída á Boris por los mismos analistas rusos.

Próspero Mérimée, que con tanta habilidad y elegancia había trazado la historia del falso Demetrio, quiso también dar forma artística á los resultados de su investigación, y compuso, en 1852, *Les débuts d'un aventurier*, profundo estudio psicológico del carácter del impostor, considerado, no en toda su carrera, sino sólo en los comienzos de ella, como ya lo indica el título. Esta, como todas las demás obras dramáticas de Mérimée, comenzando por el *Teatro de Clara Gazul*, fué escrita para la lectura y no para la representación, y sus bellezas son de las que en la lectura y no en el teatro pueden apreciarse. Mérimée persiste en su favorita idea de separar la personalidad del falso Demetrio de la del ebrio y grosero monje Otrepief, con quien generalmente se le confunde. En esto y en todo lo demás difiere de Puskin, y aun hace estudio de apartarse de su drama, mostrando, en cambio, aquellas cualidades que le son características y le dan acaso el primer lugar entre los prosistas franceses modernos: la precisión nerviosa y rápida, el arte exquisito para sorprender los detalles característicos, grabándolos hondamente como en una plancha de finísimo acero.

Además de estas piezas históricas de asunto ajeno á España, Lope compuso otras, de algunas de las cuales quedan los títulos. En la primera lista de *El Peregrino* hallamos los siguientes:

Rómulo y Remo.
El Rey de Frisia.
Güelfos y Gibelinos.
El primero Médicis.
Los Jueces de Ferrara.
La Poncella de Francia. (Quizá queden algunas reminiscencias de esta tragedia de Juana de Arco en *La Poncella de Orleans* de D. Antonio de Zamora.)

En la segunda lista se añadió *El Gallardo Jacobín.* (Suponen Schack y otros, no sé con qué fundamento, que el héroe de esta pieza pudo ser Jacobo Clemente. No parece verosímil que Lope, á pesar del famoso capítulo del libro *De Rege* del padre

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mariana, se hubiera arrojado á hacer en la escena la apoteosis del tiranicidio. Más me inclino á creer, con Barrera y Chorley, que *El Gallardo Jacobín* es errata por *El Gallardo Jacimín*, segundo título de *El Hidalgo Abencerraje*, inserto en la *Parte diecisiete* de Lope.)

Los Duques de Saboya. (Existía, al parecer, en el siglo pasado, puesto que se la cita en los catálogos de Medel y Huerta.)

En el catálogo de Huerta se pone como de Lope *La mayor hazaña de Alejandro Magno*, que no sabemos si sería distinta de *Las Grandezas de Alejandro.*

El Príncipe Escanderbeg, que Fajardo atribuye á Lope sobre el testimonio de una *Parte veintiocho extravagante,* es conocidamente de Luis Vélez de Guevara.

Antes de terminar este Prólogo debo advertir que la comedia de *La Niñez del P. Rojas*, publicada en el tomo anterior, y cuyo autógrafo, procedente de la colección de Osuna, se guarda hoy en la Nacional, no era inédita, puesto que figuraba en la *Parte dieciocho* de *Comedias nuevas escogidas* (Madrid, 1662).

M. Menéndez y Pelayo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COMEDIAS MITOLÓGICAS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ADONIS Y VENUS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ADONIS Y VENUS

TRAGEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL EXCMO. SR. D. RODRIGO DE SILVA

DUQUE DE PASTRANA

Encarecióme tanto Vuesa Excelencia, el día de aquel insigne torneo, la gallardía, destreza y gala con que se representó El premio de la Hermosura *por lo mejor del mundo, que habiendo de salir á luz esta tragedia, que tuvo en otra ocasión las mismas calidades, he querido ofrecerla á su entendimiento y honrarla de su nombre, seguro de que los dueños de la traza, y que con tanta graçia y gentileza la representaron, darán por bien empleado mi pensamiento, y mi elección por justa. Reciba Vuesa Excelencia este reconocimiento humilde, en tanto que con mayores musas canto las hazañas de su Excelentísimo padre en Flandes, que tanto dejó que imitar con su heroica vida, y que sentir con su temprana muerte. Dios guarde á Vuesa Excelencia.*

LOPE DE VEGA CARPIO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ADONIS Y VENUS

PERSONAJES

Menandro.	Frondoso.	Hipómenes.	Tesifonte.
Timbreo.	Apolo.	Tebandro.	Ninfas.
Atalanta.	Venus.	Narciso.	Pastores.
Camila.	Cupido.	Jacinto.	Cupidillos.
Albania.	Adonis.	Ganimedes.	Música.

ACTO PRIMERO.

Menandro y Timbreo.

MENANDRO.

Prosigue, amigo Timbreo,
La relación de tu mal;
Que yo sus desdenes creo.

TIMBREO.

Ver tu sentimiento igual
Á mis desdichas, deseo.
Como digo, entró Camila
En el templo de Diana;
Seguí sus rayos, y vila
Como el alba entre oro y grana
Menudo aljófar destila.
Huyó la noche de ausencia
Luego que su luz salió;
Mas con esta diferencia:
Que el campo reverdeció,
Y me abrasó su presencia.
Iba con otras, y entre ellas
Excedía las más bellas
Lo que excede al cuerpo el alma,
Al mirto humilde la palma,
Y la luna á las estrellas.
Las colores que tenía,
Con que al rubí y esmeralda,
La rosa y clavel vencía,
Envidiaba la guirnalda
Que sus cabellos ceñía.
Cegaba el vellos tan bellos,
Que el aire formaba dellos
Ondas, como suele el mar:
Pienso que para anegar
Mil vidas y almas en ellos.
Iban los azules velos
De sus ojos, dulce guerra
De amor, vistiendo los cielos;
Porque cielos en la tierra,
Daban á los cielos celos.
El vestido pudo hacer
Envidia á su compostura;
Que el saberse componer
No es la menor hermosura
De una gallarda mujer.
Las cuatro esferas primeras,
Menandro, en Camila vieras:
La luna en el pie gentil,
De donde el florido Abril
Sacaba las primaveras;
La esfera de Venus bella
Era el cuerpo; el dulce hablar
Mercurio; el sol en la estrella
Del rostro.

MENANDRO.

Aprenda á pintar
La naturaleza de ella,
Si no es arte que te debe.
Pero prosigue, que es breve
El tiempo.

TIMBREO.

Á la lumbre pura,
Menandro, de su hermosura
Llegué, convertido en nieve.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Fuíla á hablar; pero sentí
Asir la lengua al temor,
Y quedé fuera de mí;
Pero venciendo el amor,
De tres veces, diie así:
«Pastora de ojos serenos,
Aunque de mil rayos llenos,
¿Cuándo vida me darás?»

MENANDRO.

Prosigue.

TIMBREO.

No dije más,
Y me entendiera con menos.
Quedó entonces tan hermosa,
Como del alba á la risa
Suele salir vergonzosa,
Entre su verde camisa,
Bañada en sangre, la rosa.
Cuando quiso responder,
Vi que Frondoso llegaba;
Y sin hablar, sólo en ver,
Vi, Menandro, que la amaba.

MENANDRO.

Bien se puede conocer;
Que si á Camila tenías
Por espejo, bien verías
Si se miraba Frondoso
En la luz del rostro hermoso,
Cuando en su cristal te vías.
Al templo habemos llegado
De Apolo.

TIMBREO.

Deste cuidado
Me sacará su respuesta.

MENANDRO.

Gente viene.

TIMBREO.

Ninfa es ésta
De extranjero monte y prado.

Atalanta, con un dardo en la mano; Menandro y Timbreo.

ATALANTA.

No desdice al estado (Para sí.)
De una doncella tierna
Querer saber el que tendrá su vida;
Que el femenil cuidado
Que nuestro sér gobierna,
No es bien que al varonil valor se mida.
Cuando la edad florida
Á su límite llega,
Es la igual compañía
Lo que es el sol al día,
Y el claro norte al que en el mar navega.
Los hombres fueron hechos
Para alivio vital de nuestros pechos;
Que, fuera de ser forma
De la materia nuestra,
Y de nuestras potencias y sentidos
Alma que los informa,
Que los guía y adiestra,
Son Argos del honor, siempre advertidos.
Amores atrevidos
Defienden el deseo;
Y aun esto no es de suerte
Que con temprana muerte
No descendiese la mujer de Orfeo
Al centro en que hoy suspira
Contra la fuerza de su dulce lira.
Saber quiero de Apolo,
En su templo divino,
Qué esposo quiere darme en casamiento;
Que este cuidado solo
Es solo peregrino
De mi primero y casto pensamiento.
Si miro el firmamento,
Unas con otras veo
Sus esferas casadas,
Con manos argentadas.
La luna abraza al sol, cuyo himeneo
La alumbra y vivifica,
Y á su humildad los rayos de oro aplica.
Si contemplo la tierra,
¿Cuál animal no tiene
Su semejante, con quien ande y viva?
Cuantas plantas encierra,
Amor las entretiene;
Que su generación de amor deriva.
Esta hiedra lasciva
Y esta vid trepadora,
Fresnos y olmos enlazan;
Los espinos se abrazan,
La tórtola casada gime y llora,
Del caro esposo ausente.
Su centro busca el agua desta fuente.
Dígame, pues, Apolo
Qué esposo será el mío:
Fórmese de dos almas Androgeo.
Quien nace para solo
(Cosa que desconfío),
Ó es bestia ó es deidad; y así deseo
Al yugo de Himeneo
Rendir el cuello, á ejemplo
De cuantas cosas miro.
Pero ¿por qué suspiro,
Si aqueste suntüoso y rico templo
Es, por lo menos, donde
Apolo por su oráculo responde?

Camila, Albania, Atalanta, Menandro y Timbreo.

CAMILA.

Á buen tiempo hemos llegado, (Ap. á Alb.)
Que aun está Apolo cubierto.

ALBANIA.

Más me mata un bien incierto
Que un daño determinado.
Pues no pienses que será
Solo aquí nuestro deseo.
Menandro es aquél

CAMILA.

Timbreo,
Albania, con él está.

ALBANIA.
¿Qué querrán saber de Apolo?
CAMILA.
Lo que nosotras también.
ALBANIA.
¿Á cuál dellos quieres bien?
CAMILA.
Sábelo Amor.
ALBANIA.
¿Amor solo?
CAMILA.
Sí, porque no me forzara
Á declararme, sin ver
Que á quien me inclino á querer,
Á quererme se inclinara.
ALBANIA.
Qué, ¿ninguno de los dos
Te ha dicho amores jamás?
CAMILA.
Pienso que celosa estás.
ALBANIA.
¿Yo celosa?
CAMILA.
Sí, por Dios.
ALBANIA.
¿De quién?
CAMILA.
De mí.
ALBANIA.
Pues ¿tú sabes
Lo que yo quiero?
CAMILA.
Imagino,
Temo, sospecho, adivino.....
ALBANIA.
Si son nuestros ojos llaves
De los secretos del alma,
Abre con ellos el pecho.
CAMILA.
Ya lo contemplo, y sospecho
De su tormenta y su calma,
Que como la imán se va
Tras el norte á quien camina,
Así amor la vista inclina
Donde el pensamiento está.
TIMBREO.
Camila, Menandro, viene (Aparte á él.)
Á saber algún secreto.
MENANDRO.
Si ella te quiere, ¿á qué efeto
De tu amor sospechas tiene?
TIMBREO.
Albania viene con ella,
Que presumo que te adora.
MENANDRO.
De otro sol parece aurora,
Y de otra aurora la estrella.
Disimulé por saber (Aparte.)
Á quién amaba Timbreo.
Tanto á Camila deseo,
Cuanto puede un alma arder.
Las sospechas que tenía
De Timbreo, he descubierto.

Frondoso, con un pájaro en la mano.—Dichos.

FRONDOSO.
Por saber si Apolo es cierto, (Para sí.)
Ó vana su profecía,
Este pájaro he traído
Para poderle engañar;
Que se le pienso mostrar,
Pero en la mano escondido.
Preguntaréle si está
Vivo: si dice que sí,
Apretaréle, y así
Le diré que muerto es ya.
Si me dijere que es muerto,
Soltaréle entonces yo,
Diciendo que no acertó,
Y que es su oráculo incierto.
Con esto, entre los pastores
Desacreditado ya,
Ninguno amor mudará
Por el fin de sus amores;
Que por lo que pronostica
De bien ó mal, las mujeres
Á diversos pareceres
Con sus respuestas aplica:
Y ellas, que no han menester
Achaques para mudarse,
Saben muy bien disculparse
De querer y aborrecer.

Descúbrese una cortina, y vese en un altar, sobre una basa, el dios Apolo, con su lira y resplandor de sol en la cabeza.—Dichos.

FRONDOSO.
Ya corrieron la cortina (Aparte.)
De Apolo al sagrado altar.
Quiero primero escuchar
Lo que á tantos adivina.
TIMBREO.
Dime, sagrado Apolo,
Divino autor del día,
¿Ama la prenda mía,
Ó á mí me quiere solo?
APOLO.
Lo que tu prenda quiere,
Ausente vive, y por su ausencia muere.
TIMBREO.
¡Ausente! Pues si agora
Me tiene aquí presente,
¿Cómo dice que ausente,
Y que su ausencia llora?
Mas no soy yo á quien ama.
Erró su centro mi amorosa llama.

Vase.

MENANDRO.
Apolo, tú, que mides
El tiempo con eterno
Curso, y el frío invierno

Del verano divides,
¿Veráse mi deseo
Adonde el fin de mi esperanza veo?

APOLO.

Sirve, pretende, espera:
Todo el amor lo alcanza.

MENANDRO.

¡Ay, dichosa esperanza!
Menandro, persevera;
Que el fin de un pensamiento
Es premio de mil años de tormento.

Vase.

CAMILA.

Febo, cuyo deseo
Nos dió el laurel hermoso,
Premio del estudioso,
De las armas trofeo,
¿Tendré ventura amando?

APOLO.

En vano esperas.

CAMILA.

Moriré esperando.

Vase.

ALBANIA.

Padre de cuanto vive,
Artífice del oro,
¿Querráme á quien adoro?

APOLO.

Á olvidar te apercibe.

ALBANIA.

¿Tú eres Apolo santo?
No en vano Dafnes te aborrece tanto.

Vase.

FRONDOSO.

A todos les ha dado (Aparte.)
Su oráculo fingido
Desabrida respuesta.
El Dios está mohino:
Sospecho que es la causa
Que no le han ofrecido
Lo que otras veces suelen.
Pues si dioses divinos
Responden á los hombres
Con rostro desabrido
Cuando no les dan nada,
¿De qué nos afligimos
Si oráculos humanos,
Por interés movidos,
Responden á la ofrenda
Alegres y propicios?
Si aquellas blancas aras,
Del sacerdote al filo,
Tiñeran de su sangre
Nevados corderillos;
Si las espigas rojas
Del ofrecido trigo
Cubrieran los altares,
Ó el oloroso vino;
Si perlas, si diamantes,
Si púrpura de Tiro
Vistieran su persona,
Mirara lo que dijo.
Sin interés del premio,
Acuden siempre tibios
El soldado á las armas,
El letrado á los libros.
No pienso darle nada,
Supuesto que lo digo,
Porque á engañarle vengo
Con este pajarillo.
Diga, señor Apolo,
El que pasa los ríos
Sin mojarse los rayos
De sus cabellos lindos,
Alquimista famoso,
Que sin mercurios vivos
Sabe hacer oro y plata
En los crisoles indios;
El que ve cuanto pasa
Pasando los resquicios,
Mostrando al cielo á Venus
Con el planeta quinto;
En esta mano tengo
Cerrado un jilguerillo:
¿Es vivo, ó muerto acaso?

APOLO.

Rústico cabrerizo,
En tu imaginación
Y pensamiento mismo,
Conforme á mi respuesta,
Le tienes muerto y vivo:
Vivo, si digo muerto;
Muerto, si vivo digo.

FRONDOSO.

¡Vive Júpiter santo,
Que la verdad me ha dicho!
¡Tomarse con los dioses,
Temerario delito!

APOLO.

Merecieras, Frondoso,
Como Júpiter hizo,
Á los fieros gigantes
Fulminarte en castigo,
Ó que, como Anteón,
En ciervo convertido,
Huyeras de tus perros
Por árboles y riscos;
Mas porque no te atrevas
Ni á extranjeros ni amigos,
Parecerás lo que eres.

FRONDOSO.

¡Qué loco y necio he sido!
Adorno de los cielos,
Lámpara de los signos,
Corona de los días,
Poeta de los siglos,
Medida de los tiempos,
Fitonicida altivo,
Compás de cielo y tierra,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que desde tu epiciclo
Los miras y gobiernas
Desde que Dios te hizo,
¡Ten piedad de Frondoso!

APOLO.

¡Vete, villano indigno!

FRONDOSO.

Voyme, que estás airado.
¡Ay, Júpiter Olimpio!
Todo se lo perdono,
Como no sea pollino,
Porque animal y necio
Es desdichado oficio.

Vase.

ATALANTA.

Pues he quedado sola con Apolo,
Quiero saber qué dice á mi deseo;
Que en él espero mi remedio sólo.—
Dime, supremo autor de cuanto veo,
Filósofo divino, sol hermoso,
Délfico, Delio, Cintio y Didimeo,
¿Será mi casamiento venturoso?

APOLO.

Tarde, Atalanta, y con peligro.

Ciérrase el templo con música.

ATALANTA.

¡Tarde,
Y con peligro! ¡Ay, cielo riguroso!
¡Peligro en el casarme! Dios me guarde
De casarme jamás. ¡Triste respuesta,
Que me ha dejado el corazón cobarde!
En dura confusión estaba puesta;
No lá pienso tener de aquí adelante.
Sola quiero vivir en vida honesta,
Porque si de peligro semejante
Puedo librarme, no es razón que viva
Sujeta á esposo ni á fingido amante.
Yo pienso por los montes, fugitiva
De los hombres, vivir entre las fieras,
Con ellas mansa, con el hombre altiva.
No me podrán sus burlas ni sus veras
Vencer eternamente, porque venzo
Las alas de los vientos más ligeras.
Montes de Arcadia, desde aquí comienzo
(Porque del pensamiento que tenía
De pretender esposo, me avergüenzo)
A vivir en vosotros. Este día,
Ninfas de bosques, prados, selvas, fuentes,
Me recibid en vuestra compañía.
Con redes, con ardides diferentes,
Los ciervos, osos, jabalíes y gamos,
Los toros más selvajes y valientes,
Sabré matar, y de sus fuertes ramos
Honrar los frontispicios de los templos.
Ninfas de Cintia, vamos juntas, vamos:
Animen mi valor vuestros ejemplos.

Vanse.

Venus y Cupido.

VENUS.

Por estas márgenes hechas
De clavellinas y rosas,
Sin cuidado y sin sospechas
Podrás matar mariposas,
Cupido, con esas flechas.
Blancas, pajizas, doradas,
Verdes, claras y moradas,
Con más ojos que un pavón,
Andan en esta ocasión,
Seguras de ser tiradas:
Mátame algunas; que quiero
Entre rosas del tocado
Ponérmelas, porque espero
Aquel sangriento soldado,
Por cuyas hazañas muero.
Parte, que en el traje humano
Quiero verle en esta selva,
Primero que Apolo indiano
Otra vez á verme vuelva,
Y yo en la red de Vulcano.

CUPIDO.

¡Donaire, madre, tenéis!
¿Mariposas me decís
Que mate? Pues ¿no sabéis
Que muerta por mí vivís
De amor del Dios que queréis?
¡Linda caza á quien derriba
A la garza más altiva
Y al águila más rëal!

VENUS.

Cuando el vuelo celestial
Subes de mi esfera arriba,
Muestra el poder que engrandeces;
Mas cuando estás en el suelo,
Imita lo que pareces.

CUPIDO.

Siendo primero que el cielo,
¿Nombre de niño me ofreces?
¿Háceslo para encubrir
Tus años?

VENUS.

Si mariposas
No es caza que ha de servir
Á tu gusto, entre estas rosas
Tórtolas siento gemir.
Ellas y otros pajarillos
Te podrán entretener,
Ó destos verdes junquillos
Puedes á esta sombra hacer
Jaulas en que tengas grillos.

CUPIDO.

Quien los pone de prisión
Al más libre corazón,
¿Cazará grillos del campo?

VENUS.

Palomas blancas, que al ampo
De la nieve iguales son,
Por ser quien mi carro tira,
Te mandaba no tirar;
Ya te doy licencia.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CUPIDO.

Admira
Que mandes ejecutar
Flechas de amor, armas de ira,
En aves simples, señora;
Porque yo á las bravas tiro,
Donde la fiereza mora.

VENUS.

Temerosas liebres miro
Por estos bosques agora;
Tira alguna, y del pellejo,
Como Hércules, te viste.

CUPIDO.

Agradézcote el consejo.
¡Niño finalmente hiciste
Al que es más que el tiempo viejo!
Pues ¿no te acuerdas que á Apolo,
Que de haber muerto á Fitón
Se alababa, vencí solo?
¿Ignoras tú la opinión
Que tengo de polo á polo?
¿Es esta la vez primera
Que yo te venzo? ¡De mí
Te ríes de esa manera!

VENUS.

Ya te conozco: ¡ay de mí!

CUPIDO.

¡Así me tratas! Espera;
Que antes de un hora verás
Si mariposas, palomas
Ó liebres venzo.

VENUS.

Jamás
Mis tiernas palabras tomas
Como ellas son. ¿Dónde vas?
Espera, Cupido, advierte....

Vase Cupido.

Fuése, y enojado parte;
De su venganza me advierte;
Ó enamora de otra á Marte,
Ó de su amor me divierte.
Como es niño al fin Amor,
Presto se enoja: no sabe
De burlas.

Camila y Venus.

CAMILA.

¡Con qué rigor (Aparte.)
Apolo, á todos süave,
Dió respuesta á mi temor!
Aconséjame que olvide.....
Pero ¿qué pastora es ésta
Que nuestra ribera mide?
¡Qué hermosa! ¡Qué bien compuesta!
¡Qué rayos de amor despide!
Quiérola hablar. Si eres diosa,
Perdóname, ninfa hermosa;
Mas si eres humana prenda,
Haz que de tu boca entienda
Tu enigma dificultosa.
¿Eres, dime, desta sierra,
Ó extranjera?

VENUS.

De otra soy.

CAMILA.

¿Qué buscas por esta tierra?

VENUS.

Buscando mi manso voy,
Que del redil se destierra.
¿Hasle visto por ventura?

CAMILA.

¿Qué señas?

VENUS.

Una carlanca
Y esquila de plata pura.

CAMILA.

¿Qué piel?

VENUS.

Encarnada y blanca,
Con sola una mancha obscura.

CAMILA.

¿Hacia dónde?

VENUS.

El remolino
De la frente le cubrió.

CAMILA.

Ayer á este monte vino;
Pero sospechara yo
Que os trajo.....

VENUS.

Ya lo adivino.
Algún amor, decir quieres.

CAMILA.

Bien podemos las mujeres
Unas con otras hablar.

VENUS.

Lo mismo vengo á buscar.
Profeta de amores eres;
Y esto se causa también
De que algún pastor querrás.

CAMILA.

Alguno quiero también.

VENUS.

¿Merécelo?

CAMILA.

Y tanto más,
Que adoro.....

VENUS.

¿Qué?

CAMILA.

Su desdén

VENUS.

¿Su desdén adoras?

CAMILA.

Sí.

VENUS.

¿Tanto merece?

CAMILA.

Quisiera
Hablarte de espacio aquí.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VENUS.

Yo escucharte.

CAMILA.

Pues espera.

VENUS.

Comienza.

CAMILA.

Escúchame.

VENUS.

Di.

CAMILA.

Amor, que á nadie perdona,
Porque si pueden sus fuerzas
Trastornar el armonía
Del cielo, ¿qué hará en la tierra?
Como se ve, por ejemplo,
De Júpiter, que por ellas
Ya fué cisne, ya fué toro,
Como sus historias cuentan.....
Pues Venus....., con ser su madre,
Mil veces por estas selvas
La vieron seguir pastores,
Si Anquises guardaba ovejas.
Diana, con ser tan casta,
Bajó de su blanca esfera
Mil veces al monte Lathmo.....

VENUS.

Hartas disculpas son esas.
No digas más: ya sé yo
Que tiene amor fuerza extrema.

CAMILA.

Éste, pues, hizo que Mirra,
Loca, aunque hermosa doncella,
Amase á su mismo padre;
Pero teniendo vergüenza,
Se descubrió á un ama suya,
Que temiendo que se diera
La muerte, por remedialla,
Llevarla á su padre intenta
En forma de otra mujer:
El Rey, sin saber quién era,
Ofendió los cielos altos.
Escondieron las estrellas
Sus rayos de tal maldad,
Pero la noche postrera,
Un hacha mandó traer
Para poder conocerla.
Apenas la vió Ciniras,
Cuando Mirra, con vergüenza
De su padre y de sí misma,
Huyó por montes y selvas.
Á la tierra de Sabá
Llegó la triste, y en ella
Pidió á los dioses castigo.
Los dioses, porque su ofensa
Pudiese llorar mejor,
Cubriéndola de corteza,
En árbol la transformaron,
Que aquellas aromas tiernas
Llora, que se llaman mirra,
Mirra, ó lágrimas sabeas.
Mas llegado el día del parto,
Bramaba el tronco; que apenas,
No siendo diosa Lucina,
Pudiera entender sus quejas.
Vino y sacó un bello niño,
Que dándole á las deesas (1)
De los ríos, le criaron
Con tan alta gentileza,
Que no hay náyade en su fuente,
Dría en bosque, en monte orea,
Amadríade por árbol,
Que no se pierda por ella.
Adonis tiene por nombre;
Amores mejor dijeran,
Porque todos los del mundo
Se cifran en su belleza.
Una de las que le adoran
Yo soy; pero no me quieras
Más mal; que como es tan niño,
Que le hablen de amor le pesa.
Despreciando la hermosura,
Su oficio es cazar las fieras;
Mas no ha cazado ninguna
Que como su pecho sea.
Mas ¿para qué te le alabo?
Él mismo á esta fuente llega.
Advierte que es basilisco:
Pon á tus ojos defensa.

Adonis; Cupido detrás de él; Venus y Camila.

ADONIS.

Sin reparar en Venus ni en Camila.

Selvas y bosques sombríos,
Adonde la primavera
Se baña en cristales fríos,
Y donde la luz primera
Dió vida á los ojos míos;
Árbol divino sabeo,
Cárcel de mi triste madre,
Por quien agora me veo
Hijo y nieto de mi padre,
Y monstruo de su deseo:
Sabed que en esta ocasión,
Sin estimar sus placeres,
Que siempre pesares son,
Aborrecer las mujeres
Tengo por justo blasón.
Como en vuestras espesuras,
Bosques de mi tierna edad,
Paso las horas seguras,
Más precio mi libertad
Que todas sus hermosuras.
Cansado de haber seguido
Un corcillo volador
Que dejo en el monte herido,

(1) *Deesas*, diosas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Para templar el calor,
Á vuestra sombra he venido.
Por eso, fuente serena,
Cuyas aguas cristalinas,
Espejos de Filomena,
Vuelven diamantes las chinas
Y perlas la blanca arena,
Perdonad si os enturbiare;
Que quiero bañarme en vos
Mientras este sol pasare.

CUPIDO.

Hoy veréis si amor es Dios. (Aparte.)
Ya tiro: Venus repare;
Que aunque más mi madre sea,
La tengo de herir de amor.

VENUS.

¿Qué puede ver quien te vea? (Aparte.)

Tira Cupido una flecha á Venus.

¡Ay Dios, ¡qué extraño dolor!

Vase Cupido.

Venus y Camila; Adonis, sin verlas.

CAMILA.

Los ojos, pastora, emplea
En Adonis con recato.

VENUS.

Él es del cielo un retrato;
Pero el que adoro es divino.
Cupido á vengarse vino. (Aparte.)
¡Mal hijo, rapaz ingrato!
¿Quieres que yo persüada
Á este Adonis, y le diga (Ap. á Camila.)
Tus partes?

CAMILA.

Serrana amada,
Dile que mi amor obliga
Á un monte, á una piedra helada.
Mis desatinos le cuenta.

VENUS.

Entre esos lirios te sienta;
Que le voy á hablar.

CAMILA.

Los cielos
Te libren de amor y celos,
Que es el mal que me atormenta.

VENUS.

¿Cómo te llamas?

CAMILA.

Camila.

VENUS.

Parte, que le voy á hablar.
Allí me aguarda.

Vase Camila.

Venus y Adonis.

ADONIS.

Destila,
Viento, deste cedro azar;
Tus varias alas afila,
Anima mi sentimiento,
Favonio aromatizado;
Céfiro, á mi voz atento,
Hurta á las flores del prado
De su boca el dulce aliento.
Mi carcaj, arco y saetas
Y venablo, pongo aquí,
Hierba, en tus manos secretas.

VENUS.

Tente.

ADONIS.

¡Ay, Dios! ¿Quién eres, di,
Que mi descanso inquïetas?

VENUS.

No huyas por mil razones;
Por mujer, la principal.

ADONIS.

Con eso temor me pones.

VENUS.

Si fuera mujer mortal,
Y sujeta á imperfecciones.....

ADONIS.

Pues ¿quién eres?

VENUS.

Venus soy,
Que, sólo á buscarte, vengo
De la esfera donde estoy.

ADONIS.

Respeto á tu nombre tengo.
Mil alabanzas te doy,
Y en sacrificio, Señora,
La voluntad que jamás
Rendí á mujer.

VENUS.

Desde agora
Sabrás qué es amor, sabrás
Querer bien á quien te adora.

ADONIS.

¿Qué es amor?

VENUS.

¿Amor?..... Deseo.

ADONIS.

¿De qué?

VENUS.

De lo que es hermoso.

ADONIS.

Luego ¿querré lo que veo?

VENUS.

Si te agrada.

ADONIS.

Eso es forzoso.

VENUS.

Por tu condición lo creo.

ADONIS.

Cuéntanme de amor mil males;
Pónenme temor.

VENUS.

Amor
Es falso entre los mortales;
No se entiende ese rigor
Con los dioses celestiales.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ADONIS.

Antes la misma razón
Me da á entender tu mudanza.

VENUS.

Los dioses nunca lo son.

ADONIS.

Luego en humana esperanza,
¿Hay divina posesión?

VENUS.

Cuando la humana hermosura
El cielo baja á la tierra,
¿Qué posesión más segura?

ADONIS.

Dicen que el Dios de la guerra
Ó la tiene, ó la procura.
Pues si amas á Marte, en parte
Mujer humana te veo.

VENUS.

Bien dices, que quiero á Marte,
No porque á Marte deseo,
Sino porque quiero a-marte.
Ya no quiero aquel soldado
Que mi celoso marido
Ha puesto en tanto cuidado.

ADONIS.

¡En tanto amor, tanto olvido!

VENUS.

No es amor gusto acabado.

ADONIS.

Si la memoria te vuelve,
Y de tu pasada historia
Tantos amores revuelve.....

VENUS.

¿Y si olvidó la memoria
Quien á olvidar se resuelve?

ADONIS.

Yo, Venus, soy un mancebo
De la manera que ves:
Á competir no me atrevo,
Aunque licencia me des,
Ni con Marte ni con Febo;
Que cuando el fuego consumas,
De las cenizas secretas
Saldrá, cuando más presumas,
En oyendo las trompetas,
Y en viendo brillar las plumas.
Veo tus ojos divinos
Llenos de sol, veo dos cielos;
Pero ya son adivinos
Los míos, que por tus celos
Vengo á llorar desatinos.
Tu talle, tu bizarría
Y tu deidad, de que arguyo
Mi dicha con osadía,
Me fuerzan á ser más tuyo
Que tú pretendes ser mía.
Pero si Febo ó si Marte
Celosos de mí.....

VENUS.

Detente.
¡Qué es ofenderte ni darte
Disgusto!

ADONIS.

Febo luciente,
¿No ha de hallarme en cualquier parte
Marte, ¿no puede también
Matarme con tantas armas?

VENUS.

No, mis ojos; no, mi bien:
Y en vano, Adonis, te armas
Contra amor dese desdén;
Que así en el alma guardarte
Y en mis ojos esconderte
Sabrá el gusto de gozarte,
Que ni Febo pueda verte,
Ni Marte pueda matarte.
Vencido me ha tu hermosura:
Si te igualo al ser que soy,
¿Pagarásme?

ADONIS.

Está segura.

VENUS.

Adonis, á Chipre voy;
Fíame la nieve pura
De esa blanca hermosa mano.

ADONIS.

¡Dichoso el mortal que vino
Desde el ser humilde humano
Á merecer el divino
De tu valor soberano!

VENUS.

Tú puedes honrar el suelo.
Palomas, alzad el vuelo.

ADONIS.

No querría ser Faetón,
Y caer por ambición
Hecho pedazos del cielo.

Suben los dos en un carro, que se levanta sobre una nube. Música hasta que desaparece.

ACTO SEGUNDO.

Hipómenes y Tebandro.

TEBANDRO.

Deja, por Dios, la caza;
Sepamos qué es aquesto.

HIPÓMENES.

En confusión me ha puesto
Ver la campaña y plaza
Deste bosque sagrado,
De tan diversas gentes coronado.
Las mudas soledades,
De los pastores nido,
Imitan en rüido
Las confusas ciudades,
Y á sus varios oficios
Los árboles se vuelven edificios.

TEBANDRO.

El que va navegando,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El norte va siguiendo;
Quien ignora, leyendo;
Quien mira, preguntando.
Pregunta si te admiras,
Y no te admirarás de lo que miras.

HIPÓMENES.

Aquí vienen pastores,
Tebandro: preguntemos
Qué gente es la que vemos.

Menandro y Timbreo.—Dichos.

MENANDRO.

¡Qué triste fin de amores,
Oh míseros amantes!

TIMBREO.

¡Ay, Menandro! pues amas, no te espantes.

HIPÓMENES.

Pastores deste monte, selva y prado,
¿Qué suceso ha causado aquesta junta?

MENANDRO.

Bien muestra esa pregunta ser su dueño
No de aqueste pequeño monte.

HIPÓMENES.

Vivo
Donde su extremo altivo alcanza apenas.
Ver las campañas llenas de mil gentes
De partes diferentes, nos admira.

MENANDRO.

Toda la que se mira en este prado,
Sabed que se ha juntado á la carrera,
Que ¡nunca á Dios pluguiera se inventara!
¿De la hermosura rara nunca oistes
De Atalanta, ó supistes este nombre?

HIPÓMENES.

No es justo que te asombre esta ignorancia,
Si miras la distancia de la tierra
Nuestra, que este mar cierra.

MENANDRO.

Estad atentos.
Con dulces pensamientos de casarse
Atalanta á informarse al templo vino
De Apolo; y el divino dios Febeo
Respondió á su deseo que se guarde,
Que con peligro y tarde casaría.
Ella, desde este día, por el monte
Que todo este horizonte muestra en torno,
Con varonil adorno entretenida,
Pasaba honesta vida descuidada.
Mas siendo deseada su hermosura
(Que ésta no está segura aun entre fieras),
Pensó de mil maneras esconderse,
Y vino á resolverse que al fin fuese
De aquel que la venciese.....

HIPÓMENES.

¿En qué? ¿En la lucha
Ó en el tirar?

MENANDRO.

Escucha: es tan ligera,
Que al viento en la carrera se adelanta.
Quiso, pues, Atalanta que corriesen
Los que la pretendiesen, y rendida,
Entregarse vencida al victorioso.
¡Oh caso lastimoso, que al vencido,
Que le cueste ha querido la cabeza!
Y es tal su ligereza, que los cuellos
De mil mancebos bellos han regado
Con su sangre este prado.

HIPÓMENES.

¿Qué me cuentas?

MENANDRO.

Lo que verás si intentas la aventura.

HIPÓMENES.

Por mortal hermosura, al fin prestada,
Flor, sombra, viento, nada, ¿hay algún loco
Que se estime en tan poco?

TIMBREO.

Si la vieras,
Yo sé que no dijeras lo que dices.

TEBANDRO.

Por más que solemnices su hermosura,
La vida..... es gran locura aventuralla.

HIPÓMENES.

No diera por gozalla en casamiento
Un cabello. ¡Oh, qué cuento tan donoso!

MENANDRO.

Si de su cuerpo hermoso y rostro vieras
El milagro, dijeras lo contrario.

HIPÓMENES.

Sé que el pincel es vario en la belleza.

TIMBREO.

Ésta á naturaleza misma espanta.

HIPÓMENES.

Mi vida es mi Atalanta. Dios me guarde.
Pues no soy muy cobarde; que las fieras
Deste monte y riberas deste río,
Saben el brazo mío.

TIMBREO.

Laureada
De flores viene, honrada y victoriosa,
La bella ninfa hermosa.

HIPÓMENES.

Habrá vencido
Algún necio atrevido su hermosura.

TIMBREO.

Morir tienen por dicha.

HIPÓMENES.

¡Qué locura!

Ninfas y pastores con instrumentos; Atalanta detrás con una guirnalda de flores.

MÚSICA.

Triunfa la hermosura,
Vence Atalanta.
Lo que cuesta se estima:
¡Viva quien mata!
No estiman los hombres
Las empresas llanas;
Todo lo que es fácil
Como fácil pasa.
Las dificultades
Merecen almas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Lo que cuesta se estima:
¡Viva quien mata!
Siendo la hermosura
Prenda tan alta,
Por culpa del dueño
No es estimada.
Atalanta sola
Supo estimarla.
Lo que cuesta se estima:
¡Viva quien mata!

MENANDRO.
¿Qué te parece?
HIPÓMENES.
No sé
Cómo te diga, pastor,
Lo que en sus ojos miré.
TIMBREO.
¿Qué sientes?
HIPÓMENES.
Muero de amor:
Rayo en mis sentidos fué.
¡Con qué brevedad entró
Por el más noble sentido
Al alma que me abrasó!
TEBANDRO.
¿Qué dices?
HIPÓMENES.
Que estoy perdido.
Otro soy; que no soy yo.
¡Cuán en vano me espantaba
De aquel que por tu belleza
Una vida aventuraba,
Cifra de naturaleza
Donde su poder se acaba!
Que mil vidas que tuviera,
Todas por ti las perdiera.
Tebandro, yo he de correr.
TEBANDRO.
¿Búrlaste?
HIPÓMENES.
Burlé, sin ver
Lo que vi; ¡que nunca viera!
¡Ay de mí! ¿Por qué dilato
Poner en ejecución
Lo que ya en el alma trato?
TEBANDRO.
Por tan liviana ocasión,
¿Eres á tu vida ingrato?
Detente: no digas nada
Á esta mujer, si es mujer
Cosa tan fiera y helada.
HIPÓMENES.
Si la pudiese vencer.....
TEBANDRO.
Esa esperanza engañada
Todo este campo ha teñido
De sangre, de mil que han sido
Como tú; mas Dios te guarde.
HIPÓMENES.
Y ¿seré yo más cobarde,
Si es mi amor más atrevido?
Si alguno la ha de vencer,
¡Ay cielos! ¿no puede ser
Que sea yo? ¿Qué me acobardo?
ATALANTA.
¡Qué mancebo tan gallardo! (Aparte.)
HIPÓMENES.
¡Qué más que humana mujer! (Aparte.)
ATALANTA.
¡Oh, cuánto me pesaría
Que á pretenderme viniese!
HIPÓMENES.
¡Ay, si la llamase mía! (Aparte.)
ATALANTA.
¡Ay, si la muerte le diese, (Aparte.)
Y qué lástima sería!
HIPÓMENES.
De la sentencia el rigor (Aparte.)
Me hiela; abrásame amor.
Temor me está deteniendo;
Pero amor me está diciendo
Que me dará su favor.
ATALANTA.
De cuantos mancebos vi, (Aparte.)
Ninguno así me agradó.
¡Nunca yo le agrade así!
Que aunque más le quiera yo,
Él jamás me quiera á mí.
¿Quién ha visto no querer
El que quiere ser querido?
Pues en mí se viene á ver,
Porque ha de morir vencido,
Y no he de ser su mujer;
Pues dejarme vencer yo
Y perder mi honor, no puedo.
HIPÓMENES.
Si amor se determinó, (Aparte.)
¿Por qué me detienes, miedo?
Nunca quien amó temió.
¿Quiero? Sí. Pues ¿cómo temo?
¿Temo? No. Pues ¿en qué cosa
Reparo, si en el extremo
Desta luz soy mariposa,
Y á cada vuelta me quemo?
¡Oh tú, que en belleza igualas
El sol, de su luz vestida,
Que por los ojos exhalas,
Llévame también la vida
Donde me quemas las alas!
Doncella hermosa, ó deidad
Divina, que en sombra humana
Disfrazas tu claridad,
Á tu vista soberana
Se presenta mi humildad.
El premio de tu hermosura
Me anima á perder la vida,
Que por el bien que procura,
Es más inmortal perdida
Que la del alma segura.
Si te venzo y te poseo,
No porque eres celestial

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Desprecies mi buen deseo;
Que soy, aunque soy mortal,
Hijo del rey Megareo.
De mi amor me maravillo
Cómo aspiro á tanta gloria;
Mas ya vencido, me humillo.
Corramos: tú á la victoria,
Y yo, señora, al cuchillo.

ATALANTA.

Mancebo, cualquier que seas,
Gran lástima tengo en ver
Que á ti mismo no te veas,
Pues pudiéndote querer,
Otra hermosura deseas.
Si no te dueles de ti,
Ten de tus padres dolor;
Que ya veo desde aquí
La fuerza de su rigor
Por el que me das á mí.
Si es mostrar que amor me tienes,
Yo le creo sin probar
El ánimo con que vienes.

HIPÓMENES.

Con mostrarme ese pesar,
Más me animas que detienes.
Si primero que supiese
Que te agradaba, te di
El corazón, no te pese
De que quien te agrada á ti
Lo que le has dado te diese.
Ya no hay remedio: más quiero
Que vivir sin ti, morir.
Si de amor por verte muero,
¿Qué más morir que vivir
Adonde la muerte espero?
Corramos, y los despojos
Goza, y no te cause enojos;
Que yo gusto, y justo es,
De que mates con los pies
Lo que abrasas con los ojos.

ATALANTA.

¡Que sea tan desdichada (Aparte.)
Y de tan contraria suerte,
Que de lo que más me agrada,
Para su temprana muerte
Sea mi hermosura espada!
Vete, mancebo, y no quieras
Pagarme mal este amor:
Mira que la muerte esperas.

HIPÓMENES.

Yo he de morir.

ATALANTA.

¡Qué dolor!
¡Qué mal tu edad consideras!

HIPÓMENES.

Acaba ya.

ATALANTA.

Yo no quiero.
¡Jüeces!.....

HIPÓMENES.

¿Ó es ley, ó no?

MENANDRO.

Ley es.

HIPÓMENES.

Pues si es ley, ¿qué espero?
Vencida se confesó.

ATALANTA.

Hoy le doy la muerte, hoy muero. (Aparte.)

HIPÓMENES.

¿Qué respondes?

ATALANTA.

Que á correr
Vamos, pues quieres morir.

HIPÓMENES.

Ve adelante.

ATALANTA.

¿Qué has de hacer?

HIPÓMENES.

Mi persona prevenir.

ATALANTA.

¡Cielos, dejalde vencer!

Vanse todos menos Hipómenes.

HIPÓMENES.

Ya parte á la carrera,
Ya con pecho brioso
Desnuda el cuerpo hermoso,
Para quedar ligera.
Ya bulle, con los velos
Enamorado el aire.
¡Qué gracia! ¡Qué donaire!
De todos tengo celos.
¡Oh! ¡Quién cegar pudiera
A cuantos han mirado
El cuerpo delicado
De aquella hermosa fiera!
Deidades de los cielos,
Debeisos de reir;
Que estoy para morir,
Y me muero de celos.
No dirá amor, si advierte
Lo que estoy esperando,
Que voy de espacio amando,
Pues corro hasta mi muerte.
De morir no me pesa;
Que si vencer deseo,
Es por el bien que veo
De tan gloriosa empresa.
Venus, reina divina,
De amor estrella pura,
Que al sol por su hermosura
Su rayo siempre inclina;
Soberano planeta,
Que amor al hombre influyes,
Tú que de ingratos huyes,
Mi ruego humilde aceta.
Dos palomas ofrezco
Á tus aras sagradas,
De oliva coronadas,
Si tanto bien merezco.
De mis años te duele
Y de mi padre anciano;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que no me queda hermano
Que su vejez consuele.
Si amaste, Venus bella,
Mira la pena mia,
Y en este mar me guía
Como divina estrella.

Venus, que baja del cielo en una nube cerrada, de la cual salen muchos pajarillos. Algunos cupidillos en la nube. Música. Hipómenes.

VENUS.

Hipómenes, yo vengo enternecida
De tus ruegos y lástimas, y quiero
Darte favor y remediar tu vida
Con una industria en que tu bien espero.
Atalanta no puede ser vencida,
Porque el viento veloz no es tan ligero.
Sobre los trigos, con destreza extraña,
Camina sin doblar la débil caña;
Pero con estas tres manzanas de oro,
Así la vencerás en la carrera.
En viendo la ventaja, su decoro
Descompondrás echando la primera;
Si ves que la codicia del tesoro
La vence, la segunda y la tercera
Podrás echar; que mientras va por ellas,
Podrás dejar atrás sus plantas bellas.
Con esto, al palio llegarás primero,
Gozando el premio que mil vidas cuesta.

HIPÓMENES.

¡Reina de las estrellas, y lucero
Que aposentas al sol cuando se acuesta,
Madre de amor, retrato verdadero
De la piedad, los cielos hagan fiesta
A tu nombre divino, y los amores
Siembren sobre la tierra oliva y flores!
Por ti vive la paz, por ti se aumenta
Y propaga el linaje de los hombres;
El ave vuela, el árbol se sustenta,
Y hasta las fieras de temidos nombres.
Dame licencia, y á mi curso atenta,
Turba el suyo ligero.

VENUS.

¡No te asombres!
Que vencerás si mi consejo tomas.

HIPÓMENES.

Tuyas serán dos cándidas palomas.

Súbese Venus en la nube al son de música, y vase Hipómenes.

Cupido, Narciso, Jacinto y Ganimedes.

JACINTO.

¿Á qué habemos de jugar?
Diga Cupidillo un juego.

CUPIDO.

Mis juegos todos son fuego.
¿Para qué os queréis quemar?

GANIMEDES.

Dile tú, Narciso.

NARCISO.

¿Yo?

GANIMEDES.

Tú, pues.....

NARCISO.

Vaya al esconder.

CUPIDO.

No soy dese parecer.

JACINTO.

Al esconder, ¿por qué no?

CUPIDO.

¿No soy amor?

JACINTO.

Es verdad.

CUPIDO.

Pues cosa imposible ha sido
Estar amor escondido;
Que el fuego da claridad.

JACINTO.

Ganimedes diga un juego.

GANIMEDES.

Juguemos á la gallina
Ciega.

NARCISO.

Bien; echo la china.

JACINTO.

¿Para qué? Cupido es ciego.

CUPIDO.

Aunque ciego, Dios me guarde.

NARCISO.

¿Á quién toca como á ti?

CUPIDO.

No me hagáis gallina á mí,
Porque no hay amor cobarde.

NARCISO.

Di tú, Jacinto, algún juego.

JACINTO.

Juguemos á la palmada.

CUPIDO.

Ninguno desos me agrada;
Todos son juegos de ciego,
Y no quiero juego yo
Que tanto imita los celos.

NARCISO.

¿Cómo?

CUPIDO.

Todos son desvelos,
Y adivina quién te dió.

JACINTO.

¿Ningún juego te da aliento?
Ya es ese mucho rigor;
Pero basta ser tú amor
Para nunca estar contento.

CUPIDO.

Juguemos al abejón.

GANIMEDES.

Para ti es de gusto, hermano;
Que al que coges á tu mano
Le das lindo bofetón.

NARCISO.

Juguemos á los señores.

CUPIDO.

Donde hay amor no hay señor,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que todo lo iguala amor:
Por eso, no te enamores.

GANIMEDES.

Juega al toro de las coces.

CUPIDO.

Soy amor: no quiero toro,
Y más, coces.

NARCISO.

Eso ignoro.

CUPINO.

Es porque no me conoces.

NARCISO.

¿No es mejor ir á coger
Fruta á alguna huerta?

JACINTO.

Sí.

GANIMEDES.

¿Habrá fruta por aquí?

JACINTO.

En Chipre, ¿no la ha de haber?

NARCISO.

Espérate, Ganimedes;
Que allí he visto una colmena.

GANIMEDES.

¿Tiene miel?

NARCISO.

Toda está llena.

GANIMEDES.

¿Saltarás tú las paredes?

NARCISO.

Si tú te pones á gatas,
Pondréme de pies en ti.

JACINTO.

Paso: un pastor viene aquí;
No te entienda lo que tratas.

Frondoso (1), Cupido, Narciso, Jacinto y Ganimedes.

FRONDOSO.

Después que el señor Apolo (Aparte.)
Estuvo conmigo airado,
Ando por aqueste prado
Afligido, triste y solo.
Díjome, por maldición,
Que á nadie parecería
La forma que antes tenía:
¡Bien castigó mi intención!
Desde entonces no he dejado
Fuente, ni aun arroyo dejo,
Que no me sirva de espejo:
En su cristal me traslado.
Pero en unas me parezco
Elefante, en otras toro:
Yo ¡triste! aflíjome, lloro,
Y en extremo me entristezco.
Huyo de mí por no verme;
Mas viendo que voy conmigo,
Dejo lo mismo que sigo,
Y comienzo á enloquecerme.
¡Oh Apolo! De tu justicia,
Á tu piedad santa apelo.
¡Oh, cuánto castiga el cielo
Un pecado de malicia!
Confieso que fué maldad;
Mas tú eres Dios, yo soy hombre;
La diferencia del nombre
Ha de obligar tu deidad.

GANIMEDES.

¡Ay, Jacinto! Allí, ¿no estaba
Un pastor?

JACINTO.

Allí le vi.

NARCISO.

¿Volvióse culebra?

CUPIDO.

Sí.

GANIMEDES.

¡Oh, qué culebra tan brava!
Huye, Cupido.

FRONDOSO.

¿Qué es esto?
Culebra dicen que soy.
Á verme á esta fuente voy.

Vase.

Cupido, Ganimedes, Narciso y Jacinto.

JACINTO.

Arma el arco, tira presto.

CUPIDO.

¡Oh, si esta sierpe matase
Como Apolo!

NARCISO.

Ya se huyó.

CUPIDO.

Luego ¿no le tiro?

NARCISO.

No.

CUPIDO.

Miedo tuvo que tirase.

JACINTO.

Deso las fuerzas se arguyen
De tus manos rigurosas,
Pues las sierpes venenosas,
Amor, de tus flechas huyen.

---

(1) La acción de esta comedia principia en Arcadia, según se infiere de la escena sexta del primer acto, donde dice:

Montes de Arcadia, desde aquí comienzo
Á vivir en vosotros.

En la escena sexta de este acto segundo, Cupido y los niños sus compañeros aparecen en Chipre, como lo manifiestan estos dos versos:

GANIMEDES.
¿Habrá fruta por aquí?
JACINTO.
En *Chipre*, ¿no la ha de haber?

El pastor Frondoso, á quien vimos en Arcadia en el acto primero, aparece en Chipre en esta jornada, sin que se exprese cómo la hizo: deben, pues, faltar algunos versos en que se diría cómo iba ó le llevaban tan fácilmente de un punto á otro, pues luego remanece en Arcadia otra vez.—*(Nota de D. Juan Eugenio Hatrzembusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Trepemos á la colmena;
No hay de qué tener temor.

GANIMEDES.

Llega desta parte, Amor.

CUPIDO.

¡Oh, qué linda miel!

NARCISO.

¿Es buena?

CUPIDO.

¡Ay, ay, ay!

GANIMEDES.

¿Qué es eso?

CUPIDO.

¡Ay, madre,
Que una déstas me picó,
Que andan en la miel!

JACINTO.

Pues yo
Oí decir á mi padre
Que, sacando lo que deja,
Cesa el dolor.

GANIMEDES.

¡Ay, Narciso!
Que huigamos de aquí te aviso,
No te pique alguna abeja.

NARCISO.

Vamos, Jacinto.

GANIMEDES.

También
Á casa me quiero ir.

Vanse Jacinto, Ganimedes y Narciso.

CUPIDO.

¡Ay Dios, que me he de morir!
¡Tanto mal en tanto bien!
¿Esto es miel? ¿Esto es dulzura?
¡Qué amarga pena que cuesta!
¿Esta es miel? Ponzoña es ésta,
Engaño y traición segura.
¡Ay! ¿Qué haré, triste de mí?
Hinchado se me ha la palma.
¡Ay, que si lo sabe el alma,
Se me saldrá por aquí!

Vase.

Venus y Cupido.

VENUS.

Cansada estoy de buscarte.
Yo juro que he de ponerte
Á la escuela, por hacerte
Bueno á puro castigarte.
¿Dónde has estado perdido?
En las espaldas te quiero
Poner, Cupido, un letrero.
Ya no es Amor conocido:
Como reina el interés,
No saben quién es Amor.

CUPIDO.

¡Ay, qué terrible dolor!

VENUS.

¿De qué lloras?

CUPIDO.

¿No lo ves?
Por los jardines de Chipre,
Madre, andaba divertido,
Entre las flores y rosas
Jugando con otros niños.
Cuál trepa por algún sauce,
Presumiendo alcanzar nidos;
Cuál hace jaulas de juncos
Por coger los pajarillos;
Cuál coge verdes almendras,
Cuál blancas flores de espinos,
Cuál entreteje guirnaldas
De rosas y azules lirios,
Cuando en unos corchos altos,
Los sabrosos edificios
De cera y miel nos llamaron
Con sus panales nativos.
Púsose Jacinto á gatas;
Comenzó sobre él Narciso
Á ver si sacar podía
La miel por algún resquicio.....
Yo, ¡triste! que siempre fuí
Para mi gusto atrevido,
Metí la mano en el corcho.....

VENUS.

¡Qué notable desatino!

CUPIDO.

Madre mía, una avecilla
Que apenas no tiene pico,
Me ha dado el mayor dolor
Que pudiera un áspid libio.
Ves aquí, madre, la mano.
Ponme un paño. Estoy perdido.
Cúrame presto, ¡ay de mí!
¡Presto, presto!

VENUS.

No des gritos,
Sino advierte que tú eres
Niño pequeño, Cupido,
Y que, en picando en los ojos
Como fiero basilisco,
Dejas en el alma y pecho
Más fuego que en el abismo.
Y eres tan cruel tirano,
Que á mí propia me has herido,
Con ser tu madre: y así,
Te ha dado el cielo el castigo.
De Adonis me enamoraste.....
¡Muerta estoy, pierdo el jüicio!
Celos de las ninfas tengo
Deste bosque y deste río.
Á buscarle vengo aquí
Por tu ocasión, enemigo:
¡Plegue al cielo que te vea
Puesto en el mismo peligro:
Que, siendo amor, te enamores,
Porque mueras en tu oficio,
Y no maldigan los hombres

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Mi vida por tus delitos!
Que no hay mujer que no diga,
De las que una vez te han visto,
Que no está por ti sin fama,
Desde Lucrecia hasta Dido.
Por ti Roma, España, Troya.....

CUPIDO.

Quedo, madre, que yo os digo
Que no soy sólo el culpado
De tus locos desatinos.
Todos se quejan de amor:
Ya he visto versos y libros,
Porque todas sus flaquezas
Quieren disculpar conmigo.
¿Qué importa que yo os provoque,
Si tenéis libre albedrío?
Pero no hacéis resistencia
Á vuestro propio apetito.
Yo iré á vengarme de vos:
Sabrá Marte y el Sol mismo
Lo que pasa con Adonis.

Vase.

VENUS.

Oye, vuelve. Espera, niño.
Fuése. ¿Hay tal atrevimiento?
Pues ¡por Júpiter divino,
Que te has de acordar de mí
Si otra vez los cielos piso!

Frondoso y Venus.

FRONDOSO.

¿Hay ventura tan alta ni tan célebre?
En efecto, las cosas más difíciles
Tienen su fin; que á todo llega un término.

VENUS.

Frondoso, ¿de qué vienes tan atónito?

FRONDOSO.

Pastora celestial, belleza angélica,
¿Quién eres tú que de mi nombre rústico
Te has acordado, cuando aquestos bárbaros
Me tienen por león, por sierpe rígida,
Que unos me llaman toro y otros sátiro?

VENUS.

Una extranjera soy, que de las márgenes
Del Erimanto vine á vuestros límites.

FRONDOSO.

Si no eres Venus ó la luna errática,
Arïadna serás, serás Andrómeda,
Imagen ya de la celeste máquina.
Mas pues que te disfraza el mortal hábito,
Oye el suceso en este breve epílogo.
Atalanta veloz, que huyendo el tálamo
Vino por estos bosques, siempre indómita;
La que, como has oído, fué tan áspera,
Á cuantos en el curso ligerísimo
Pudo vencer, dió en pena muerte infélice.
Corrió esta tarde con el bello Hipómenes;
Pero valióse de una industria el Príncipe,
Que tres manzanas, más que las Hespérides,
Que Medea guardó con arte mágica,
Le fué arrojando entre las plantas ágiles;
Con que, mientras la ninfa iba cogiéndolas,
Ganó el laurel tan digno de sus méritos.
Diéronsela sus padres sin escándalo,
Y celebróse allí la boda espléndida,
Á que han venido en infinito número
Habitadores destos campos fértiles.
Esta es historia digna de corónica.
Dadme licencia, pues están pacíficos,
Que desta fuente en el cristal diáfano
Que corre entre los pies de aquellos árboles,
Pues ya que me llamáis mi nombre y título,
Me vaya á ver con miedo de un oráculo
Que me ha representado en mil imágenes.

VENUS.

Guíete amor.

FRONDOSO.

Y cumpla tus propósitos.

Vase.

VENUS.

Huélgome que Atalanta, ya doméstica,
Sea de amor por mis ardides víctima.
Eso me debe Hipómenes solícito.
Bañen mis aras dos palomas cándidas,
Cante su amor en dulce voz Calíope,
Desde el blanco alemán al negro etíope.

Hipómenes y Atalanta, sin ver á Venus.

HIPÓMENES.

Dulcísima esposa mía,
Que mil años guarde el cielo
En mi alegre compañía;
Sol que has dado en mortal velo
Envidia al que alumbra el día:
Tan rico de tu hermosura
Voy por aquesta espesura,
Que se para, al ver que llevo
Otro más hermoso Febo,
La celeste arquitectura:
No venció mi ligereza
La tuya; venció mi amor,
Que siendo igual en grandeza
Al sol, pienso que es mayor
Que tu divina belleza.
Vencí, Atalanta, vencido:
Victorioso y preso voy.

ATALANTA.

Mi bien, la vencida he sido:
Yo confieso que lo estoy,
Y que amor lo ha permitido.
Antes de vencer, venciste,
Porque desde que te vi,
Á tu valor me rendiste:
Á correr vencida fuí,
Y tú victorioso fuiste.
No fué codicia del oro
De las manzanas, mi bien;
De ti sí, que eres tesoro
De mayor valor, y á quien
Por oro del alma adoro.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HIPÓMENES.

Pues ¿qué piensas tú que fueron
Las manzanas que la palma
De la victoria me dieron?
Las tres potencias del alma,
Que tus desdenes vencieron.
La primera, que á tu gloria
Ofrecí, sin libertad
Para tan alta victoria,
Fué mi ciega voluntad;
La segunda, mi memoria.....
Pero pienso que hablo á tiento;
Que creo que la primera
Fué, esposa, mi entendimiento;
Porque si no te entendiera,
No amara con fundamento.
De entenderte nació amarte;
Pero mira que he de hablarte
En cosas de amor aquí:
Del cielo, á quien te pedí,
Vengo, Atalanta, á celarte.
Estos árboles no son,
Por ser deste monte sendas,
Buenos en esta ocasión:
Aquí hay un templo.

ATALANTA.

No ofendas
Su divina religión;
Mira que de Venus es.

HIPÓMENES.

¿Qué es Venus?

ATALANTA.

Venus es diosa,
Y reina de amor.

HIPÓMENES.

Después
Que yo te vi más hermosa,
Pongo esa diosa á tus pies.
No hay Venus ya, ni de amor
Otra diosa que Atalanta.

VENUS.

¡Qué bien me paga el favor! (Aparte.)
¿Hay descortesía tanta?
¿Hay ingratitud mayor?

HIPÓMENES.

¿Sabes, mi bien, que quisiera
Ver esa Venus aquí,
Porque confesar la hiciera
Que eres más bella, y que á ti
El arco y flechas te diera?
Que tú has de matar de amor;
Porque Venus, que le vende
Por interés, ¿qué valor
Puede tener, pues ofende
Su calidad?

VENUS.

¡Oh traidor! (Aparte.)
¡Oh costumbre de los hombres,
El pagar los beneficios
Con estos ingratos nombres!
¿Estos son los sacrificios?

HIPÓMENES.

Vamos, mi bien: no te asombres,
Que no hay dioses en la tierra
Que puedan hacerme guerra
Donde tengo tu hermosura.

Éntranse en el templo Hipómenes y Atalanta.

VENUS.

¿Hay mayor descompostura?
Á poder decir que yerra
En alguna cosa el cielo,
Fuera en no haber destruído
Con agua ó con fuego el suelo.
¡Bien lo tengo merecido,
Pues en su bien me desvelo!
¡Traidor, mis manzanas de oro
Te han dado á Atalanta bella,
Y así tratas mi decoro!
Mas no vivirás con ella,
Por la vida á quien adoro.
¡Vive Adonis, que he de daros
La pena que merecéis,
Y en leones transformaros,
Para que al mundo le deis
Con dos ejemplos tan raros!
Salid luego de mi templo,
Dejando la humana forma,
Pues tan fieros os contemplo:
Esa figura os conforma.
Servid, ingratos, de ejemplo.

Salen del templo dos leones que se echan á los pies de Venus.

No hay que moverme con llanto.
Por esos montes huid,
Dando á las fieras espanto:
Entre ellas siempre vivid,
Pues las parecisteis tanto.
¡Qué triste estoy! Buscar quiero
Mi sol, que con él confío
Templar este enojo fiero.
Amanece, Adonis mío,
Si soy tu amado lucero.

ACTO TERCERO.

Apolo y Cupido.

APOLO.

Mucho me espanto de ti,
Que me digas su afición.

CUPIDO.

Tu celosa condición,
Dorado Apolo, advertí.
Tengo tan aborrecida
La de mi lasciva madre,
Y el ver que al cielo y mi padre
Ofenda su libre vida,
Que darte aviso intenté,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Para que otra vez tu mano
Ponga la red de Vulcano.

APOLO.

Todo lo he visto y lo sé.
¿No sabes que soy el sol,
Vida y luz de los vivientes,
De cuyos rayos ardientes
Es todo el mundo un crisol?
¿No sabes que estoy mirando
Desde mi eclíptica bella,
Y por las figuras della
Discurriendo y paseando
Esta máquina inferior
Donde nada se me encubre,
Porque todo lo descubre
Mi divino resplandor?
¿No ves que en mis paralelos,
Que el año del mundo cuenta
Por trescientos y sesenta
Y cinco, giro los cielos,
En que reparto los dias;
Y que más que el pensamiento
El primero movimiento
Recoge las fuerzas mías,
Y desde Oriente á Poniente
Me obliga á ver cuanto encierra
El círculo de la tierra,
La blanca y la adusta gente?
¿No ves que tan presto voy,
Cuando es noche en este polo,
Á ver el Ártico?

CUPIDO.

Apolo,
Pues de tus ojos estoy
Cierto que todo lo ven,
¿Cómo has sufrido que viva
Libre esta Venus lasciva
Con este Adonis también?
¿No basta el amor de Marte,
Que fué de los dioses risa?

APOLO.

Mi luz, que el mundo divisa,
En dos polos se reparte.
Mientras iba al de Calixto,
La Luna, mi hermana, fué
La que en mi lugar dejé,
Y ella sin duda lo ha visto.
No me ha querido decir
Su injusta conversación,
Porque adora á Endimïón;
Antes la quiere encubrir;
Que bien saben las mujeres,
Unas por otras, amando,
Ya callando, y ya negando,
Encubrirse sus placeres.
Lo que yo vi por el día
No fué más de un tierno hablar;
Que á veces no puedo entrar,
Cupido, donde querría.
En los bosques se escondieron,
Cuyos árboles frondosos
Nunca á mis rayos celosos
Entrada á sus plantas dieron;
Mas yo haré venganza en ellos
Luego que el verano llegue,
Cuando la humedad les niegue
Para sus verdes cabellos.
Esto vi; mas sospeché
Que era sólo amor Cupido;
Pero si tú la has herido,
Culpa de tus flechas fué.
¿Cómo á Venus se la pones?

CUPIDO.

Si va á decir la verdad,
Yo pongo en su voluntad
Estas libres aficiones.
Todo es venganza de ver
Que esta loca se desvela
En que yo vaya al escuela,
Y aprenda, Apolo, á leer.
Ya leo, ya sé escribir,
Compongo versos de amor,
En que digo aquel rigor
Que doy al alma á sentir;
Mas ella, porque el maestro
Me azote, me pone allí;
Que por lo que toca á mí,
Ya estoy en las letras diestro.
Haz, por tu vida, venganza
Deste mal nacido amor.

APOLO.

Adonis es cazador,
Que puede darte esperanza.
Vete, y déjame con él;
Que yo le daré la muerte.

CUPIDO.

Pues ¿adónde vuelvo á verte?

APOLO.

Junto á aquel verde laurel.

CUPIDO.

¡Aun no tienes olvidada
Á Dafnes, que en él suspira!

APOLO.

¡Oh traidor! ¡Qué flechas de ira
Pusiste en su vida airada!
Vete, que si de mi historia
Me renuevas el dolor,
No haré cosa, niño Amor,
Que no aflija mi memoria.

CUPIDO.

Guárdete Júpiter santo.

Vase.

APOLO.

De Venus me afligen celos
Desde que ayer por los cielos
Enjugué del alba el llanto.
Pagarme tiene la injusta
Muchas burlas que me ha hecho
Salga Adonis de su pecho,
Cosa de que tanto gusta.
Bajen mis rayos divinos

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á los centros abrasados,
Aunque no están enseñados
Á tan obscuros caminos.
  Á las tinieblas eternas
Demos luz. Oye, Plutón:
Tú, que la vil confusión
De la obscuridad gobiernas,
  Á mi claridad camina;
Y aunque estés en fuertes lazos,
Deja un momento los brazos
De tu amada Proserpina.
  Deja la tiniebla, y ponte
Presto á escuchar la voz mía,
Ó de tus furias me envía
Á la fiera Tesifonte.
  Sal presto: ¿quieres acaso
Que entre mi luz más adentro?

Aparece un alcázar infernal, y sale de él la furia Tesifonte.

Tesifonte y Apolo.

TESIFONTE.

Ya desde el obscuro centro
Salgo á detener tu paso.
  Detente, Apolo divino.
Tesifonte soy: ¿qué mandas?
Tú, que por los aires andas,
Y es el cielo tu camino,
  ¿Cómo descendiste al centro?
Aquella dorada cinta
Que tu luz adorna y pinta,
No la has de hallar aquí dentro.
  Las figuras celestiales
Son aquí tormentos feos,
Tántalos y Prometeos
En sus penas infernales.
  Aquí no hay que repartir
El año en sus doce meses,
Ni hay aquí plantas ni mieses,
Ni flores que producir.
  Aquí no hay oro ni plata,
Alquimista celestial;
De sólo fuego inmortal,
Discordia y rigor, se trata.
  ¿Qué es lo que quieres, que así
Con tus rayos nos ofendes,
Pues hacer día pretendes
La noche que vive aquí?

APOLO.

  Tesifonte sangrienta,
Señora de las armas,
Que con hachas de fuego
Influyes guerras tantas,
Yo no quiero que al mundo
Como otras veces vayas,
Ceñida de serpientes,
Y de diamante armada,
Á destruir la Europa,
Á disfamar el Asia,
Al África desierta,
Ni á las indianas playas.
Estése queda Grecia,
Y Troya, coronada
De muros y de olivas,
No tiemble de Casandra.
Duerma el soldado fuerte;
Los parches de las cajas
Sólo á los dados sirvan,
Y á la fortuna varía;
Las trompetas sonoras,
El bronce por quien hablan
Para siempre enmudezcan,
Ciegas de poco usadas.
Esténse las banderas
Dobladas en las astas,
Sin que las haga el viento
Colores de sus alas.
Las espadas sangrientas
No salgan de las vainas,
Ni las pintadas flechas
De los carcajes salgan.
No se esmalten de plumas
Las lustrosas celadas,
Ni los fresnos y abetos
Den ramas á las lanzas.
Las naves de altos bordes
Embarquen oro y plata;
No lleven municiones
Ni escuchas en las gavias.
Que vayas quiero sólo
Á los bosques de Arcadia,
Y en un jabalí fiero
Embistas tu arrogancia.
Éntrate, Tesifonte,
En sus fieras entrañas,
Para matar á Adonis,
Que ha de salir á caza;
Que yo te le pondré
Donde con furia extraña
Su verde edad malogres,
Y á Venus su esperanza.

TESIFONTE.

Apolo soberano,
Que tú lo mandes basta
Para que te obedezca
Cuanto el infierno abarca.
Vete ligero al cielo,
Porque después que estampas
Tu luz en mis tinieblas,
Descansan estas almas.
Ni aquel peñasco duro
Que á Sísifo quebranta,
Ni de Ixïon la rueda,
Ni las cincuenta hermanas.... (1).
Caronte alzó los remos
De su mohosa barca;

(1) Se han puesto aquí puntos suspensivos para indicar que el sentido queda cortado; pero parece que no es interrupción hecha por el autor, sino que faltan versos. *(Nota de D. Juan E. Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Radamanto no juzga,
Ni el Cancerbero ladra.
Yo voy luego á ese bosque,
Y por la misma traza
Daré la muerte á Adonis.

APOLO.

Si aquella vida acabas,
Te prometo cien libras
Del oro de la Arabia
Para unas armas bellas.

TESIFONTE.

Pues cumple tu palabra,
Y vete presto al cielo;
Que su grandeza agravias
En este obscuro limbo.

APOLO.

Yo vuelvo á ver mi patria.

Vanse.

Venus, deteniendo á Adonis.

VENUS.

Detente, por vida mía,
Si la estimas, prenda amada.

ADONIS.

Suelta, acaba.

VÉNUS.

No querría
Que te sucediese nada.

ADONIS.

En mi destreza confía;
Que yo suelo al más ardiente
Fiero jabalí, que baña
De sangre y de espuma el diente,
Testigo aquesta montaña,
Atravesar el tridente.
Un oso bajaba ayer,
Todo de abejas pintado,
Á este arroyuelo á beber,
Ó porque en su vidro helado
Pensaba su ardor vencer;
Y por esos ojos bellos,
Espejos de aquestos míos,
Y esos divinos cabellos,
Pues mis juveniles bríos
Pudiste rendir con ellos,
Que de errarle con sospecha,
Junté del arco las puntas
Con tal fuerza, que la flecha,
Al acabar de estar juntas,
Rompió los aires derecha;
Y estando un instante en calma,
Después de muerto vivió
Para darme mayor palma,
Porque la flecha no dió
Lugar que saliese el alma.
Pero, en fin, como le toca
Á lo mortal que no impida
Lo mismo que le provoca,
Como le cerró la herida,
Salió el alma por la boca.

VENUS.

Mi bien, ya estoy satisfecha
De tu valor, si por dicha
Piensas que hablé con sospecha;
Mas suele ser la desdicha
Del arco del cielo flecha.
¿Adónde hallará reparo
El hombre cuando le tira?

ADONIS.

Si tengo un Dios por amparo
Y escudo para su ira,
¿Qué más divino reparo?

VENUS.

¡Ay, mi bien! En casos tales,
Temor hiela, y amor ciega.
No sólo entre los mortales
La envidia vive; que aun llega
Á los dioses celestiales.
Siéntate aquí, por mi vida.

ADONIS.

¡Oh, cómo vienes extraña!
¿Ya mi valor se te olvida?
Deja que aquesta montaña,
Siguiendo las fieras, mida.
Si mi rostro y mi cabello
Señas femeniles son (1),
Mira que un hombre, si es bello,
Tiene más obligación.....

VENUS.

¿De qué?

ADONIS.

De no parecello.
Un feo procure ser,
Á puro artificio, hermoso;
Y un hermoso, parecer
Valiente, fuerte, animoso,
Ó confiese que es mujer.

VENUS.

Ya, mis ojos, que porfías,
Digo que vayas; mas quiero,
Pues son tan grandes los días,
Que pases el sol primero
Al pie destas fuentes frías.
Esto no es contra el valor
De tu nombre.

ADONIS.

Eso es muy justo.

VENUS.

Y entretanto, mi señor,
Te contaré por mi gusto
La ocasión deste temor.

ADONIS.

Ya te obedezco, y aquí
Me siento.

VENUS.

Espera, que á ti
Que te sirva es justa cosa

(1) Probablemente haría una actriz el papel de Adonis. *(Nota de D. Juan E. Hartzenbusch.)*

El regazo de una diosa.

ADONIS.

Comienza.

VENUS.

Está atento.

ADONIS.

Di.

Siéntase Venus, y pónese Adonis en su regazo, recostado.

VENUS.

Hubo, querido Adonis,
En aquestas montañas
Una famosa ninfa,
Que se llamó Atalanta.
Por no casarse, hizo
Una ley tan extraña,
Que á los que pretendían
Casarse, los forzaba
Á que corriesen juntos;
Pero si no ganaban,
Cortábales los cuellos.
¡Qué caras esperanzas!
Venció treinta mancebos,
Que de provincias varias
Vinieron á la empresa
Vencidos de su fama;
Entre los cuales uno,
Que Hipómenes llamaban,
Me ofreció dos palomas
Si mi favor le daba:
Movióme el pecho, y díle
De oro tres manzanas.
Fué su codicia estorbo
De sus ligeras plantas,
Y llegando primero,
Venció la bella ingrata,
Y se casó con ella;
Que fué notable hazaña.
Mas donde el beneficio
Sus pies divinos alza,
La ingratitud los pone,
Borrando sus estampas.
Así el mancebo ingrato,
Pasando una mañana
Por un templo de dioses,
No sólo degolladas
Firmaron (1) las palomas
Con plumas de sus alas
La obligación del voto
Sobre las blancas aras,
Mas infamó mi templo,
Por quien mi mano airada
Los convirtió en leones;
Que es, Adonis, la causa
Por donde yo te ruego
Que no vayas á caza:
No tomen en tu vida
Deste agravio venganza.

Duérmese Adonis en el regazo de Venus (1).

¿Duermes, mis ojos? ¿Duermes?
Parece que le baña
Los ojos blando eclipse
De sus estrellas claras.
Amadríades verdes
Destas montañas altas,
Salid á entretener
El bien de mi esperanza.
Tejed alegres coros
Y amorosas guirnaldas
Al nuevo amor dormido,
Incendio de las almas.

VENUS.

Canta.

Rapacillo lisonjero,
El de los ojos vendados,
Si no aciertas cuando tiras,
¿Por qué te pintan con arco?
Niño, que engañas el tiempo,
Un viejo de tantos años,
¿Por qué le hurtaste las alas,
Pues que te vas tan despacio?

Apolo, sin ser visto de Venus; Adonis, dormido.

APOLO.

Quien llega á tan triste tiempo (Aparte.)
Después de tiempo tan largo,
¿Para qué pide esperanzas,
Cuando le dan desengaños?
¿Es posible que mis ojos
Á Adonis están mirando
En el regazo de Venus?
¡Él durmiendo, ella cantando!
Pero yo soy el que sueño,
Pues mis ojos engañados
Quieren juntar lo divino,
Por lo imposible, á lo humano.

VENUS.

Canta.

Tú fuiste incendio de Troya,
De España, Roma y Cartago;
Ni ha tenido imperio el mundo
De quien no fueses tirano.
Yo me estaba en mi sosiego,
De mi libertad gozando,
En la deidad de mi trono,
Sin pensamientos humanos.

APOLO.

¡Que sufran celos de Apolo (Aparte.)
Tal infamia! ¡Que en sus brazos

(1) *No* firmaron.

(1) Este grupo no podía ser hecho con decencia sino por dos mujeres. *(Nota de D. Juan E. Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Vean un hombre mortal,
Y no le abrasen mis rayos!
Cielos, ¿soy el sol? ¿Quién soy?
Cielos, si haberme mirado
Con alas de cera un hombre
Tuvistes por tanto agravio;
Si Faetón era otro yo,
Y le veis precipitado
En el mar de su soberbia,
Pudiendo en mi propio llanto,
¿Cómo sufrís esta fuerza?
Pero ¿qué espero? ¿Qué aguardo?
Voy á incitar las tres furias,
Que una es poco en tantos daños.
Buscar quiero algún pastor
Que ayude á mi engaño, en tanto
Que Tesifonte se viste
De aquel animal airado.
Verán los cielos agora
Qué son celos, pues llegaron
Á cegarme, si son celos
Los celos averiguados.

Vase.

Adonis, que despierta, y Venus.

ADONIS.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

VENUS.

¿Qué tienes, señor?

ADONIS.

No sé.

VENUS.

Pues habiéndote aquí puesto
Desde mis brazos en pie,
¿Te levantas descompuesto?

ADONIS.

La sangre de aquesta edad,
Como está ardiendo en las venas,
Finge con ferocidad
Campañas de guerras llenas,
Armas, sangre y novedad.
Esto soñaba: no quieras
Que con privación tan grande
Intente algunas quimeras.

VENUS.

¡Que el sueño en tus ojos ande
Con imágenes tan fieras!
Yo le haré dar tal castigo,
Que no se burle contigo.
Mas ¿qué soñabas, mi bien?

ADONIS.

Déjame.

VENUS.

¡Tanto desdén,
Querido señor, conmigo!

ADONIS.

Era todo fantasía.

VENUS.

¿Qué tenías, prenda mía?
De tan mal sueño me advierte.

ADONIS.

Corta vida y triste muerte,
Soñaba yo que tenía.

VENUS.

Pues ¿eso te da pasión?

ADONIS.

Tanta y con tanta razón,
Que sólo en este recelo
Puede tener tu consuelo
Alegre mi corazón.

VENUS.

No creas lo que se ve
En ese lienzo imperfeto
De que el sueño pintor fué;
Pero advierte que el discreto
Tiene por madre á la fe.

ADONIS.

Por serlo desde este día,
Si por eso lo he de ser,
Al sueño y su fantasía
Te prometo no creer,
Mas á la fe, madre mía.

VENUS.

Eso está puesto en razón.
Vete á cazar.

ADONIS.

Bien podré,
Sin que me cause pasión
Con su temor; que bien sé
Que los sueños, sueños son.

Vanse.

Apolo y Frondoso.

APOLO.

Tente, no huyas de mí.

FRONDOSO.

Dióme el verte mil desmayos:
Detén, Apolo, los rayos;
No muestres tu fuerza en mí.
Yo soy el que te quería
Con el pájaro burlar;
Pero bien vine á pagar
La loca malicia mía.
Á ninguno he parecido
Este mismo ser que soy;
Á todos asombros doy,
Ando de mí mismo huído.
Ya no llego á mi cabaña,
Mi ganado menosprecio;
Si tuve el cayado en precio,
Ni me ayuda ni acompaña.
Todo lo dejo olvidado,
Y jamás cobrarlo espero;
Que, de perdido, no quiero
Mi ganado y mi cayado.
Á tal desesperación
He venido, que he perdido
Mi sentido, mi vestido,
Mi cayado y mi zurrón.
Á todos parezco mal,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Nadie lo que soy arguye,
Mi propia sombra me huye.
¿Quién ha visto pena igual?
Por venganza ó compasión
Aun no hay en mi mal testigos:
Los que me eran más amigos,
Ya mis enemigos son.

APOLO.

Lástima tengo de ti;
Mas yo te perdonaré
Y á tu forma volveré,
Si una cosa haces por mí.

FRONDOSO.

¿Qué puede haber, Delio santo,
Difícil para servirte?

APOLO.

Quiero un secreto decirte:
Mira si te estimo en tanto.
¿Conoces un cazador
Bellísimo deste monte,
Que por todo su horizonte
No hay hermosura mayor?

FRONDOSO.

¿Es Adonis, por ventura?

APOLO.

Por desventura, dirás.

FRONDOSO.

Por la mía mucho más
Que por su mucha hermosura.
Mi bella Camila adora
Ese monstruo de belleza,
Donde la naturaleza
Sus riquezas atesora.
¡Nunca yo le conociera!
¡Nunca este monte habitara!
El viento á verle se para;
Fuentes y árboles altera.
Las ninfas que le han criado
Pierden el seso por él;
Hasta un ingrato laurel
En su tronco ha suspirado;
Y aun dicen, y ser podría,
Que ha bajado á nuestro suelo
Desde su tercero cielo,
Venus, á verle algún día.

APOLO.

Ahora bien: lo que has de hacer
Es no más de irle á buscar,
Y decirle que pasar
Un jabalí viste ayer,
Y que entiendes que está aquí;
Que con codicia vendrá.

FRONDOSO.

Yo voy; mas decid: ¿será
Verdad que yo vuelva en mí?

APOLO.

Pues que ya te perdoné,
No dudes que será cierto.
Busca á Adonis.

FRONDOSO.

Hoy le advierto.

APOLO.

Y hoy la muerte le daré. (Aparte.)

Vase.

FRONDOSO.

¡Qué ventura tan grande que he tenido
En que Apolo ofendido
Perdonase mi culpa!
Ya no seré de aquestos montes fiera.
Admitió mi disculpa.
Mas ¿qué valle, qué prado, qué ribera
Tendrá al hermoso Adonis?
Filomela, Coronis,
Progne y tantas hermosas dulces aves,
Que con voces süaves
Celebráis su hermosura,
¿Qué fuente clara y pura
Le tiene agora, ó qué florido prado?
Mas ¿no es aquéste? ¡Ay, cielos!
Sí, pues los lirios deste arroyo helado
Se han vestido de celos.

Adonis, Camila, Albania y Frondoso.

CAMILA.

No desprecies mi amor, deidad divina,
Aunque en humanos velos
Cubres el resplandor.

ADONIS.

Camila bella,
Á tu Menandro inclina
Los ojos, de piedad y amor vencidos.

ALBANIA.

¡Con qué dichosa estrella
Nació destos floridos
Valles la ninfa que gozar espera
En dulce matrimonio
De tus años la verde primavera!

ADONIS.

De vuestro amor me basta el testimonio
De tantas alabanzas.

ALBANIA.

Qué, ¿ninguna te mueve?

ADONIS.

Albania, yo no doy mis esperanzas
Como el almendro loco,
Que la rígida nieve
Del Capricornio helado tiene en poco.
Como el árbol discreto, el moral sabio,
Procedo en mi temor y en vuestro agravio.

CAMILA.

Di, cuando burla sea,
Que mi amor agradeces.

ALBANIA.

Di, porque yo lo crea:
«Mi voluntad mereces.»

ADONIS.

Digo que mayor daño
Hace un fingido bien que un desengaño.

CAMILA.

¿Á cuál, di, por lo menos,
Te inclinas de las dos?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALBANIA.

¿Á cuál estiman
Esos ojos serenos?

ADONIS.

Vuestros ruegos me fuerzan y me animan.
¿Queréis que os diga á entrambas lo que siento
De vuestra pretensión y pensamiento,
Discreción y belleza,
Donde naturaleza
Puso la ciencia del pincel cifrada?

ALBANIA Y CAMILA.

Sí.

ADONIS.

Pues ninguna de las dos me agrada.

ALBANIA.

¿En qué montañas ásperas naciste?

CAMILA.

¿Qué tigre te dió leche, qué leona?
¿Qué Cáucaso engendró tu basilisco?
¿En qué desierta, inhabitable zona,
En qué Libia aprendiste
Esta cruel dureza?

ALBANIA.

¡Oh, más duro que risco
En las ondas del mar inexpugnable!

CAMILA.

¡Oh, más fiero que el viento embravecido
En los Euripos donde brama Scila!

FRONDOSO.

Á Adonis:

Por no estorbar que Albania y que Camila
Te dijesen sus celos, me detuve.
Por este monte sube
Agora un jabalí cerdoso y fiero:
Si quieres que te sirva de montero,
Sígueme, Adonis, y darásle muerte
Con esta jabalina.

ADONIS.

¡Oh buen pastor!

FRONDOSO.

Agora, Adonis fuerte,
Quiero ver tu valor y gentileza.

ADONIS.

Por la huella camina,
Mientras mis perros llamo.

FRONDOSO.

Pues empieza.

ADONIS.

¡To, Melampo; to, Cástor; to, Menipo!
Ya vienen.

FRONDOSO.

Pues al paso me anticipo.

Vanse los dos.

Menandro, Timbreo, Camila y Albania.

MENANDRO.

¿Aquí me dices que están?

TIMBREO.

Aquí, Menandro, las vi.

MENANDRO.

¿No estaba Adonis aquí?

ALBANIA.

Agora, Menandro, van
Él y Frondoso ligeros
Tras un jabalí.

MENANDRO.

Si busca
Fieras, ¿para qué se ofusca
En buscar pechos más fieros?
Aunque pues sois tan de cera
En adorar su desdén,
No os viene este nombre bien:
El que os desprecia es la fiera.

ALBANIA.

¡Menandro tan declarado!

MENANDRO.

Antes, Albania, te advierto
Que soy galán encubierto
Con temor de mal pagado.
No me querría embarcar
Donde no pueda salir;
Que encubierto puedo huir,
Y declarado esperar.
Hasta ver nuestros desvelos,
Lazos del favor hacéis;
Mas cuando en la red nos veis,
Nos matáis á puros celos.

ALBANIA.

De mi error desengañada,
Y el oráculo advertida,
Quiero estimarte ofendida,
Y amarte desengañada.

TIMBREO.

Á Camila:

Y tú, ¿qué dices de mí?

CAMILA.

Que agradecida á tu amor,
Me ha pesado del rigor
Que te he mostrado hasta aquí.

TIMBREO.

Verdad ha venido á ser
El pronóstico de Apolo.

ALBANIA.

Tú eres mi amor, y á ti solo,
Menandro, pienso querer.

CAMILA.

Y yo á ti solo, Timbreo.

MENANDRO.

¡Gracias á amor soberano
Que vuestro rigor tirano
Conoció nuestro deseo!

Adonis, dentro.—Dichos.

ADONIS.

Dentro.

¡Ay cielos!, ¡que me mata!
¡Socorro, Venus bella!
¿Adónde estás, señora?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pues ¿cómo aquí me dejas?

CAMILA.

¿Qué voces dolorosas,
Pastores, son aquellas?

ALBANIA.

Adonis me parece.
¿Si le ha muerto la fiera?

ADONIS.

Dentro.

Ayúdame, Frondoso.

Frondoso con Adonis en brazos.

FRONDOSO.

Pastores desta selva,
Ayudadme á llorar
Tan mísera tragedia.

ALBANIA.

¿Es muerto el bello Adonis?

FRONDOSO.

Cual cándida azucena
Del labrador pisada,
Inclina la cabeza;
Cual oriental jacinto
Cuando la noche llega,
Las olorosas hojas
Marchita, humilla y cierra.
Salió de aquestos robles,
Sobre quien ya descienda
De Júpiter tonante
La furibunda flecha,
Un jabalí cerdoso,
Que por la boca abierta,
En vez de blanca espuma,
Arrojaba centellas.
Yo vi donde tocaban
Arder la verde hierba,
Cual suelen los rastrojos
Que los pastores queman.
El animoso mozo
(El corazón me tiembla
Sólo en deciros esto)
Salió de aquella senda;
Y apenas el venablo
Afirmado en la tierra
Le puso al pecho, cuando
Por él al suyo se entra.
Los agudos colmillos,
¡Ay cielos! atraviesan
La carne delicada.....

TIMBRO.

Tente: ¿qué ninfa es ésta?

Venus y Cupido.—Dichos.

VENUS.

Dejadme ver, pastores,
La muerta vida de mi Adonis caro.

ALBANIA.

Venus, de los amores
Diosa, ¿cómo á tu amor no diste amparo?

VENUS.

Porque el hado tenía
Dispuesta la tragedia deste día.
Ponelde en este suelo.
¡Ay, mísera de mí! Póngase luto
En mi tercero cielo
Toda estrella de amor.

CUPIDO.

¡Qué triste fruto
Ha dado tu esperanza!
Madre, quien siembra amores, viento alcanza.

VENUS.

Bellísimo mancebo,
Envidia de los hombres, y por dicha
Del mismo hermoso Febo,
Bien te pronosticaba esta desdicha.
Mas ¿qué voz ó qué espejo,
Á la primera edad dará consejo?
Mas pues que los amores
Pocas veces nos rinden mejor fruto
De sus hermosas flores,
Memoria de tu muerte y de mi luto
Quedará desta forma.
Tu cuerpo en flores mi dolor transforma.

Desaparece Adonis, y sale en su lugar una rama llena de flores y hojas.

CAMILA.

¡Oh, qué rama tan hermosa,
De olorosas flores llena!

TIMBREO.

Por memoria de su pena
La vuelve en ella la Diosa.

MENANDRO.

Parécese al tornasol
Que tras Apolo se viene.

CAMILA.

Azul y amarillo; tiene
Colores de cielo y sol.

VENUS.

Ya que mi Adonis querido
Es muerto, y su roja sangre
Se ha vuelto en aquestas flores,
No es justo que de amor trate.
Yo me quiero recoger
Entre las monjas vestales.
No me busques más, Cupido.

CUPIDO.

¿Vos monja? ¡Qué disparate!
Cuando yo fuere fraile, madre;
Madre, cuando yo fuere fraile.

MENANDRO.

Sois para monja muy dama:
Cupido os conoce, y sabe
Que no lo podréis sufrir.

VENUS.

Sí haré, que la causa es grande.

TIMBREO.

Que vos os consolaréis,
Como las mujeres hacen;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que lloran al primer día,
Y al segundo hacen donaire.

VENUS.

No creáis que me consuele,
Ni que deje de encerrarme.

CUPIDO.

Callad, madre: no creáis
Que dejaréis los galanes,
Las ventanas, los favores,
Las joyas, los ricos trajes,
Los billetes y los celos.

VENUS.

Nadie del mundo me trate.
Al templo de Vesta voy:
Allí no me busque nadie.
Monja quiero ser, y quiero
Que treinta rejas me guarden.

CUPIDO.

Cuando yo fuere fraile, madre;
Madre, cuando yo fuere fraile.

VENUS.

Ya para mí murió el mundo,
Galas, músicas y trajes.
Todo se acabó en Adonis,
Que muerto á mis ojos yace.
Con él se acabó mi vida,
Y comienzan mis pesares.

TIMBREO.

Y aquí la tragicomedia
Del bello *Adonis* acabe.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS MUJERES SIN HOMBRES

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS MUJERES SIN HOMBRES

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á la Sra. Marcia Leonarda.

No es disfavor del valor de las mujeres la Historia de las Amazonas, *que, á serlo, no me atreviera á dirigirla á Vm.; antes bien las honra y favorece, pues se conoce por ella que pudieran vivir solas en concertada república, ejercitar las armas, adquirir reinos, fundar ciudades y dar principio á una de las maravillas del mundo, que fué el templo de Diana en Éfeso. Hubo antiguamente muchas, y en diferentes partes; de las africanas hace memoria Beroso; de las scíticas Diodoro, que éstas fueron las que mataron á sus maridos, y que jamás fueran vencidas de Hércules si Antiopía, en Temiscira, no se enamorara de Teseo: claro estaba que el valor de mujeres determinadas sólo con la blandura del amor podía ser vencido. De alguna lo fué Alejandro, visitando en Hircania (como refiere Justino) á Thalestris, su hermosa reina, que llevaba en su compañía trescientas mil mujeres; no le parezcan á Vm. muchas, pues ha visto en la corte un día del Ángel, ó en el Soto de Manzanares el 1.º de Mayo, que llaman Verde: pues en aquella república, ni hacían labor, ni tenían celos, ni las maltrataban sus maridos, y de diez á diez años eran sus partos, que no es lo que menos acaba sus vidas y consume sus hermosuras. Arriano y Jenofonte se ríen de tal fábula; yo las hallo en Virgilio y en todos los autores, y no sólo en aquellos tiempos, sino tan cerca de nuestra edad que en el viaje de Magallanes fueron vistas, si no mienten las relaciones de Sebastián del Cano y de Gonzalo de Oviedo; y aun he oído decir que andan algunas entre nosotros, como son viudas mal acondicionadas, suegras terribles y doncellas incasables, que todas éstas infaliblemente son amazonas ó vienen de ellas; Vm. juzgará á su gusto de esta opinión, pues en todas las cosas la tiene tan excelente, advirtiendo que no le ofrezco su historia para que con su ejemplo desee serlo, antes bien para que conozca que la fuerza con que fueron vencidas tiene por disculpa la misma naturaleza.—Dios guarde á Vm.*

Su más aficionado servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS MUJERES SIN HOMBRES

PERSONAS DE LA COMEDIA

Hércules.	Pileo.
Teseo.	Antiopía.
Jasón.	Deyanira.
Tíndaro.	Menalipe.
Montano.	Hipólita.
Fineo.	

ACTO PRIMERO.

Dice Pileo, soldado, dentro:

PILEO.

Ataja, ataja, Teseo.
Por esta parte, Jasón.

Sale Montano vestido de pieles.

MONTANO.

¡Qué notable confusión!
En gran peligro me veo.
Peñas de esta cueva obscura,
Conservad mis años tristes,
Ó si no, diré que fuistes
Mi patria y mi sepultura.
Mirad que me habéis criado;
Ó diré en aquesta guerra
Que aun el centro de la tierra
No defiende á un desdichado.

Salen Hércules, Teseo y Jasón.

TESEO.

Por aquí pienso que entró.

HÉRCULES.

Tira á esa cueva ese dardo.

JASÓN.

Mejor, Hércules gallardo,
Será que éntre dentro yo.

HÉRCULES.

Si es algún fiero animal
No visto de humanos ojos,
Y eres, Jasón, sus despojos,
¿Habrá desventura igual?
Yo, que fuí segundo Apolo
Con más valiente Fitón,
Seré en aquesta ocasión
Quien le despedace solo.

MONTANO.

Detente, famoso griego,
Y el primer hombre que aquí
En todos mis años vi.

HÉRCULES.

Hoy con mi ejército llego,
Dejando en el mar mis naves.
¿Quién eres?

MONTANO.

Un hombre soy,
Que, aunque entre peñas estoy,
Son mis desdichas más graves.
Aquí, entre ellas, me mantengo
De una fuente y de una palma,
Y ellas me tienen por alma,
Y yo por cuerpo las tengo.
Soy su voz; que sólo aquí

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Responde el eco á mi voz.

HÉRCULES.

Por eso el curso veloz
De tu carrera seguí;
Que donde piensas que estoy
No imaginé que hombre hubiera,
Sino que, errando la esfera,
Por rumbo diverso voy;
Que las naves en que vengo
Es una nueva invención
Del valeroso Jasón,
Que por compañero tengo.
De tablas y árboles hechas,
Sirven de casas sin pies,
Que cortan el mar que ves
Como voladoras flechas.
Hasta hoy ningún metal
Sujetó su imperio exento,
Ni con hierro, lienzo y viento
Rompió sus campos de sal,
Ni con las herradas proas,
Selvas de corales tiernos.

MONTANO.

Merecéis nombres eternos,
Merecéis eternas loas.

JASÓN.

Éste que mirando estás,
Es el famoso tebano
Hércules, y fuera en vano
Presumir decirte más
Si fueras hombre civil,
Porque en aquestas montañas
Ignorarás sus hazañas,
Aunque es la fama sutil
Penetradora de mares,
De montes y de cavernas;
Mas tú, si aquéstas gobiernas,
Y en sus rústicos altares
Te ofrecen las verdes Drías,
Como á Fauno ó Semideo,
El fruto de su deseo,
Y las cultivas y crías,
Dinos qué ribera es ésta,
Porque en aquesta conquista
Tenemos tu extraña vista
Como celestial respuesta.

TESEO.

Después, rústica deidad,
Que el gran Hércules que ves
Ha puesto el mundo á sus pies
Con tanta facilidad;
Después que venció leones
É hidras, si sus nombres sabes,
Las estinfálidas aves,
Gigantes y geriones,
Á Busiris y á Diomedes,
Á los hijos de Crisauro,
Mató el robador Centauro;
Y porque admirado quedes,
Tuvo en sus hombros el mundo,
Y puso en Cádiz de España
Las dos columnas que baña
La furia del mar profundo.
Y después de conquistado
Con Jasón el vellocino,
Á una empresa indigna vino
De la ocasión provocado;
Indigna de su valor,
Pues contra mujeres viene
Hombre á quien el mundo tiene
De polo á polo temor.
Si es aquesta Temiscira,
Y lava el pie de este monte
Caudaloso Tremedonte, (1)
Desde sus riberas mira,
Porque discurre la fama
De la crueldad de esta gente,
Loca, bárbara, insolente,
Á quien Amazonas llama,
Que, según es su fiereza,
Aun piensan que esta victoria
No ha de hacer menos la gloria
Del laurel de su cabeza.

MONTANO.

Griegos ilustres, oid
Un rato la historia atentos
De esas fieras que buscáis
Cortando mares inmensos:
Esta tierra es Temiscira;
Detrás de este monte excelso,
Corre por arenas de oro
El Tremedonte soberbio.
Aquí una fuerte ciudad
Encierra en murado cerco
Las bélicas Amazonas,
Y éste es su origen primero:
Maltrataba Gesismundo,
Con las manos y los celos,
Á Lisandra, su mujer;
Creció en ella el sentimiento;
Juntóse á unas deudas suyas
En unas fiestas de Venus,
Donde, al contar sus trabajos,
Vió que eran más los ajenos.
Cuál contaba que su esposo
Era por extremo necio,
Que debe de ser la cosa
Más triste del casamiento;
Cuál, que era celoso y loco;
Cuál, esquivo y avariento;
Cuál, descuidado de amor;
Ya entendéis, pues sois discretos.
Cuál, levantando el cendal,
Mostrando los brazos llenos
De los golpes, y con ser
Blanca nieve, jaspes hechos.
No contaban los disgustos
Que les dan ellas á ellos,
Ya con celos, ya con voces,

(1) Así por *Tremodonte.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ya con perder el respeto,
Ya con destruir la hacienda
En galas y atrevimientos,
Sin otras cosas; que soy
Hombre, y la vida les debo.
Salió esta tarde que digo,
De este furioso consejo,
De acuerdo matarlos todos,
Que fué temerario acuerdo.
Y como son las mujeres,
Si les importa el secreto,
En el sufrimiento yunques
Y estatuas en el silencio,
Tan bien supieron trazarlo,
Que una noche, á un mismo tiempo,
Todos los mataron juntos,
Maridos, hijos y deudos.
«¡Mueran los hombres, decían,
Pues quieren, tiranos fieros,
Que les guardemos las honras
Que jamás nos guardan ellos!»
Sobre las sangrientas camas
Yacían los cuerpos muertos,
Pasando desde el fingido
Al más verdadero sueño.
Corrió sangre Tremedonte,
Y por no mirarlo el cielo,
Rebozó su sol con nubes,
Vestido un capote negro.
Era yo entonces de un año,
Y mi madre, fuertes griegos,
Vencida de amor, que, en fin,
Se aparta mal de los pechos,
Entre el horror de la noche
Me trajo á este monte, haciendo
Cueva una cuna, ó sepulcro,
Que era entonces lo más cierto.
Dejóme, y volvió otro día;
Hallóme vivo, y poniendo
Su pecho á mi boca, dióme
El bien llorado sustento.
Fué prosiguiendo el venir
Con tal secreto, que creo
Que no lo supo en siete años
Aun su mismo pensamiento.
Díjome que me guardase
De ser visto en ningún tiempo,
Porque harían de mi vida
Lo que de tantas hicieron.
Contóme toda la historia
De este trágico suceso
Después que vió que tenía
Discurso mi entendimiento.
Debió de morir, sin duda,
Pues no la vi más, perdiendo
De siete años quien era
Mi vida, amparo y sustento.
Como vi que no venía,
Lloré tanto que los ecos
De mi voz en sus oídos
Decir mi nombre pudieron.
Al fin la necesidad
Me enseñó á buscar sustento,
Ya á las fuentes, ya á las ramas,
Ya por el florido suelo.
Hice un arco de serval,
Y algunos mimbres torciendo,
La cuerda, en que flechas puse
Con el natural ingenio,
Labradas con pedernales,
Y los más agudos de ellos
Entre las puntas metidos,
Con que el jabalí y el ciervo
Me dan sustento y vestido,
Y ésta es la vida que tengo.
Lo que de mi madre supe
En razón de su gobierno,
Es que entre todas, por reina
Á la más sabia eligieron;
Que hicieron leyes notables,
Y que un tiempo estatuyeron
En que van á buscar hombres
(¡Qué desatinado intento!);
Procuran volver preñadas,
Y con el mismo concierto,
Si paren varón, le envían
Al padre que fué su dueño;
Si es mujer, críase entre ellas,
Donde la enseñan, naciendo,
Letras y armas, porque son
En letras y armas extremo.
No sé más de lo que he dicho,
Pero sabrá mi deseo
Guiaros á su ciudad
Si vais á ponerle cerco.

HÉRCULES.

Ha sido tu relación
De tal gusto para mí,
Que á tantos monstruos que vi
Excede tu admiración.
Por semidiós te tenía
De estos montes; ya que sé
Quién eres, te llevaré
Á esta conquista por guía.
Ven con nosotros; que quiero
Que mudes traje.

MONTANO.

Señor,
Seguro de tu valor,
Que sabré servirte espero.

HÉRCULES.

Pues haz, valiente Jasón,
Que salga toda la gente;
Y tú, Teseo, que intente
Ir en formado escuadrón,
Puesto que no da lugar
De este sitio la aspereza.

TESEO.

Tú verás con la presteza
Que las restituye el mar;
Y advierte que es menester,
Aunque mujeres, cuidado.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HÉRCULES.
¿Cuándo, Teseo, no ha dado
Cuidado cualquier mujer?
Si un león, con tal valor,
Teme á un gallo de tal suerte,
Bien puede el hombre más fuerte
Tener á mujer temor.

Vanse.
Salen Antiopía, Deyanira y Menalipe, en bizarros trajes.

ANTIOPÍA.
Hoy he de ser reina.
MENALIPE.
Tente.
DEYANIRA.
No será mientras yo vivo.
ANTIOPÍA.
Ese proceder altivo
Pondré á mis pies fácilmente.
MENALIPE.
Deja, Antiopía, la espada,
Y averigüen las razones
Vuestras justas pretensiones.
ANTIOPÍA.
Yo vengo en razón fundada.
DEYANIRA.
Nadie tiene más razón
Que Deyanira, Amazonas.
ANTIOPÍA.
¿Tú de igualarte blasonas
Conmigo en esta ocasión?
DEYANIRA.
Pues ¿no es bien que me anticipe
En letras y armas contigo?
ANTIOPÍA.
Pues ¿tú te igualas conmigo?
Apártate, Menalipe.
MENALIPE.
Acabad ya de ser necias;
Reinad las dos.
ANTIOPÍA.
Eso no;
Y agora presumo yo
Que mis méritos desprecias.
Bien pudiera Dios hacer
Dos soles; mas hizo Dios
Uno solo porque dos,
¿Qué paz pudieran tener?
Mira cómo despeñó
Faetón el carro aquel día
Que igualársele quería,
Y todo el cielo abrasó.
Ni dos soles, ni dos reyes;
Que claro está que han de ser
De diverso parecer
Y dar diferentes leyes.
MENALIPE.
Pues un medio se ha de dar.
DEYANIRA.
El que tú quisieres di.
ANTIOPÍA.
Yo he de ser reina, ó aquí
Nos habemos de matar.
Murió Marpecia, que, en fin,
Fué nuestra reina y señora:
¿Quién queda mi igual ahora?
DEYANIRA.
Pon á la soberbia fin;
Que no sólo soy tu igual,
Pero te excedo en valor.
ANTIOPÍA.
Que hablas, tengo temor,
Deyanira, por tu mal;
Que ¡vive Dios! si me enojo,
Que te coja por un pie,
Y que á los aires te dé
Por plumas y por despojo.
DEYANIRA.
Llega, verás que de un brazo
Te estrello con las estrellas,
Y que, aunque te vuelvan ellas,
Ha de ser mayor el plazo.
ANTIOPÍA.
¿Quieres cansarte de hablar?
Que si te cojo, me obligo
Á dar desde aquí contigo
Un bofetón á la mar.
DEYANIRA.
¿Quieres apostar que yo
Te arrojo de esa otra parte?
ANTIOPÍA.
Creo que tengo de darte.....
MENALIPE.
Bueno está.
ANTIOPÍA.
No lo está.
MENALIPE.
No.
ANTIOPÍA.
Pues ¿qué quieres que parezca?
¿Mujer con lengua no más?
DEYANIRA.
Mujer eres y serás
Cuando ocasión se te ofrezca.
ANTIOPÍA.
Tú no, que á nuestro senado
Con nuevas le persuadías
Que se acercasen los días
Del término concertado.
MENALIPE.
Para buscar la ocasión,
¿Qué os queda más que decir?
DEYANIRA.
No te quiero persuadir
Á que yo tenga razón.
ANTIOPÍA.
Júzguenlo diez de nosotras,
Y verás la que la tiene.
MENALIPE.
Si á tales términos viene,
Querré entrar entre vosotras,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y á mi intento las demás (1).

DEYANIRA.

Mira, Antiopía, que estás
En este intento muy fuerte.

ANTIOPÍA.

Mira, Deyanira amiga,
Que, aunque á mí reinar me veas,
Será lo que tú deseas,
Sin que otro intento se siga.
Y que sólo quiero el nombre;
Que tuyo será el imperio,
Porque esto tiene misterio.

DEYANIRA.

Quieres hacerte tan hombre,
Que sola esa mayoría
Me ha tenido porfiada.

ANTIOPÍA.

Tan hombre soy, que me enfada
Su nombre: por vida mía,
Que agradezcas tanto amor
Como sabes que me debes,
Y que mi elección apruebes.

DEYANIRA.

Reconozco tu valor,
Y por mi reina te quiero.

ANTIOPÍA.

Agora te doy mis brazos.

DEYANIRA.

Servirán de eternos lazos
Para la amistad que espero.

MENALIPE.

¡Gracias á Júpiter santo
Que estáis en paz!

ANTIOPÍA.

Reina soy.

MENALIPE.

Y yo el parabién te doy
Como quien se alegra tanto.

DEYANIRA.

En mí venció la razón:
Toma esta silla, y ordena
Leyes, pues que vives llena
De valor y erudición.

ANTIOPÍA.

Tú sola contradecías
Mi imperio, y así podré.....

DEYANIRA.

Humilde te beso el pie.

ANTIOPÍA.

Pues oid las leyes mías.
Establezco, y será la ley primera,
Que la mujer que trate de hombre alguno,
Por la primera vez pague diez doblas,
Veinte por la segunda, y de esta suerte
Se doblará la pena y el delito.

DEYANIRA.

Mira que es gran rigor.

MENALIPE.

Ya queda escrito.

(1) Falta el primer verso á esta redondilla.

DEYANIRA.

Hablar sólo de un hombre honestamente,
No me parece digno de castigo.

ANTIOPÍA.

No se ha de replicar á lo que digo:
Quien habla en una cosa, ¿no la tiene
Dentro del corazón?

MENALIPE.

Eso es, sin duda.

ANTIOPÍA.

Y lo que vive en él, ¿no se desea?

MENALIPE.

¿Quién lo puede negar?

ANTIOPÍA.

Luego ¿es delito?

MENALIPE.

Ya te digo, señora, que está escrito.

ANTIOPÍA.

Mando asimismo que ninguna pueda
Tener prenda ó retrato de algún hombre.

DEYANIRA.

Dar en los hombres.....

MENALIPE.

¿Con qué pena quieres?

ANTIOPÍA.

La misma.

MENALIPE.

Ó somos bestias ó mujeres:
¿Á qué animal le pesa de haber visto
Señales de su mismo semejante?

ANTIOPÍA.

Esto es á las costumbres importante:
Á la mujer que fuere bachillera,
Ó inventare vocablos exquisitos,
Dos doblas; una para nuestras obras,
Y otra para quien venga á denuncialla.

DEYANIRA.

En esa ley mi entendimiento calla.

ANTIOPÍA.

Mando que en la palestra de la esgrima,
Adonde ejercitamos las espadas,
Sólo se éntre con ellas, no con arcos.

MENALIPE.

Así lo escribo.

ANTIOPÍA.

Y mando que si alguna
No supiere las armas diestramente,
En llegando á veinte años sea llevada
Por las públicas calles en castigo:
Á las que murmuraren, las condeno
Á que no puedan vestir seda.

MENALIPE.

Bueno.

ANTIOPÍA.

Pues por eso reformo yo las cosas
Que son para el provecho necesarias
De república tal como la nuestra;
Que, en efecto, gobierno de mujeres,
Á Rómulo admirara, al pío Eneas,
Á Pompilio, á Solón y al gran Licurgo;
Pues bien sabéis que nunca imaginaron

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Los ingenios jamás de hombres algunos
Que pudieran librarse de mujeres.

MENALIPE.

Así es verdad, porque los hombres fueron
La causa, y el amparo, la defensa,
Y todo el bien que las mujeres tienen,
Ya que los hombres á no serlo vienen,
Honrando á las mujeres de tal modo
Que ellos lo pueden y gobiernan todo.

ANTIOPÍA.

Quiero que la que fuere melindrosa,
Y no hablare de suerte que parezca
Hombre robusto, sea desterrada
De nuestra tierra.

DEYANIRA.

Aquesta ley me agrada.

ANTIOPÍA.

Las que en las muchas guerras que tenemos
Trajeren banda ó prenda alguna, luego
Mando que se dedique á nuestro templo
Para aumentar hacienda y patrimonio:
Se dilaten los años.

DEYANIRA.

¿Eso dices?
No adviertes que al aumento contradices.

ANTIOPÍA.

Esto copiad, y firmarélo.

DEYANIRA.

Advierte.....

ANTIOPÍA.

No hay que advertir, que queda de esta suerte.

DEYANIRA.

Muchas leyes has dado, y muy cansadas.

ANTIOPÍA.

Por dicha, Deyanira, no te agradas.

DEYANIRA.

Á los hombres nos quitas, y pretendes
Que se dilate el verlos.

ANTIOPÍA.

Veinte doblas
Después de esa palabra que has hablado.

DEYANIRA.

¿Hizo Dios cosa como el hombre, Antiopía?

ANTIOPÍA.

Debe treinta.

DEYANIRA.

¡Por Dios, que si me aprietas,
Que deba mil millones!

ANTIOPÍA.

Vete luego;
Que yo soy reina, y ya mi pie besaste.

DEYANIRA.

¡Qué bien el darte el reino me pagaste!

Sale Hipólita.

HIPÓLITA.

Con alboroto notable.....

ANTIOPÍA.

¿Qué es esto? (1).

(1) Falta la mitad de este verso.

HIPÓLITA.

Turbada estoy.

ANTIOPÍA.

Habla presto.

HIPÓLITA.

No sé, reina, cómo hable.

ANTIOPÍA.

¿Qué puede haber sucedido?
Hipólita, vuelve en ti.

HIPÓLITA.

Un campo de griegos vi
Por ese campo esparcido,
Viniendo de mi labor.

ANTIOPÍA.

¿Griegos tan cerca?

HIPÓLITA.

Si el mar
Los pudo en la tierra echar,
¿No es justo darme temor?
Unas casas de madera
Que encima del agua andaban,
Como el caballo volaban,
Castigado en la carrera.
Unos árboles desnudos
De hojas, y cuerdas por brazos,
Con mil diferentes lazos,
Gruesos al pie, arriba agudos,
Daban, de lienzo vestidos,
Fuerzas á los animosos,
Vientos que mueven furiosos
Sus máquinas detenidos;
Que pariendo en la ribera
Infinidad de soldados,
Competían con los prados
Que pinta la primavera.
Las casas no las sacaron
Á tierra.

ANTIOPÍA.

No digas más.
Que mayor pena me das
Que otras veces me causaron.
Las guerras que nos han hecho
Los hombres, por tierra han sido;
Que nunca el mar ha sufrido
Que opriman su altivo pecho.
Con justa causa aborrezco
Esta gente poderosa,
No porque estoy temerosa,
Que á su destrucción me ofrezco.
Mas por ver su atrevimiento;
Que si ya son por la mar
Peces, mañana han de dar
En ser aves por el viento.

DEYANIRA.

Armas serán menester:
Salgamos á la defensa;
Que el que piensa lo que piensa,
Dice que deja de hacer.

MENALIPE.

También el peligro es cierto
De quien sin orden se atreve;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que á un grave caso se debe
Consejo.

HIPÓLITA.

Pues yo os advierto
Que marchan á aquestos muros.

ANTIOPÍA.

A cerrar las puertas parte,
Deyanira, y venga Marte;
Que ya sé que están seguros.
Que si sus almenas bellas
Pueblas, cubres y coronas
De valientes Amazonas,
Como está el cielo de estrellas,
Yo sé que los hombres fieros
Han de dar tales desmayos,
Cual suelen los fuertes rayos
A los humildes corderos.
Brillen las armas de suerte
Que les parezca á la vista
Tan difícil la conquista
Como posible la muerte.
Las banderas que enarbolan
Vuestros brazos varoniles,
Parezcan huertos pensiles
Cuando en el campo tremolan;
Que entretanto yo sabré
Prevenir la gente.

DEYANIRA.

Voy;
Que basta saber quién soy
Para que temor les dé.

Vase.

ANTIOPÍA.

Tú, Menalipe, á la plaza;
Saca al son de una trompeta
Tu compañía, y sujeta
A tu imperio; ordena y traza
Que estén á caballo á punto
Que puedan salir á ver
Si éstos nos han de ofender:
Ofender, ni un mundo junto.
Hombres no son; y aunque fueran
Dioses, á nuestro valor
No pueden causar temor.
Camina.

MENALIPE.

¡Los hombres mueran;
Que yo sola basto á ciento,
A mil, y á dos mil, y haré
Que debajo de este pie
Conozcan su atrevimiento!

Vase.

ANTIOPÍA.

Tú, Hipólita, harás poner
Mi caballo á punto luego;
Que quiero ver á este griego
Y sus intentos saber.
Ponle de suerte que espante
Él por sí sólo sus ojos:
¡Ay de sus locos despojos
Cuando los ojos levante!

HIPÓLITA.

Ya voy, y segura voy
Que han de temblar sólo en verte.

ANTIOPÍA.

Que salga lucido advierte:
Sola estoy, mas no lo estoy,
Cercada de pensamientos;
Que como quiero á los hombres,
Cuando infamo más sus nombres,
Envidio más sus contentos.
Sean mil veces bien venidos;
Que ya confieso que son
Amados del corazón
Y en la lengua aborrecidos.
Entre esta gente nací
Que aquella opinión sustenta,
Y que puede ser que sienta
Lo mismo que siento en mí.
¿Quién os puede aborrecer,
Perfección, gracia y belleza,
Que á nuestra naturaleza
Dió principio vuestro ser?
Alguna que no os merece,
Perdió vuestra compañía;
Si el Filósofo decía
Que la mujer apetece
Al hombre como á la forma,
La materia.....; mas ¿qué digo?
El valor que emprendo y sigo,
¿A esta flaqueza conforma?
¿Crió Dios el animal
Más fiero que el hombre? No:
Por castigo nos le dió,
Mas no puede hallarse igual.
Pues ¡muera el hombre! ¿Qué digo?
Sí, bien digo; pero no:
Viva y muera, porque yo
Le hallo amigo y enemigo.
Suspéndase la opinión;
Venguemos á las mujeres,
Pues el fin de sus placeres
Pesares y enojos son.
Puesto que conozco yo
Que el tiempo que sois leales,
No hay más lindos animales
En cuanto el mundo crió.

Vase.

Tocan cajas; salen Hércules, Teseo, Jasón, Montano y Fineo, soldados.

HÉRCULES.

Este sitio parece acomodado:
Agua tiene abundante; que no hay cosa
Más necesaria á un campo que alojado
Espera verse en ocasión forzosa.

TESEO.

Bellísima ciudad.

JASÓN.

Muro formado

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Con bravo ingenio y mano artificiosa;
La fama es bien que á Babilonia quite,
Aunque perdone el lago de Asfaltite.
Bien pueden en los muros, coronados
De tan diversas armas y banderas;
Si ellos son defendidos como honrados,
En vano, Alcides, la victoria esperas;
Cuando Alejandro trujo sus soldados
Puestos con tanta orden en hileras,
Cargados de oro, y no venció victoria
Que le diese opinión digna de historia.
Cuando desnudos siguen la pelea,
El soldado galán; y así estas damas
Quieren también que el muro mujer sea.

HÉRCULES.

No las conoces bien, pues las infamas;
Vaya una espía que de cerca vea,
Escondida por árboles y ramas,
En qué disposición están agora;
Que no es infame quien la fama adora.
¡Fineo!

FINEO.

¿Gran señor?

HÉRCULES.

Parte animoso,
Y mira, casi el tiro de una flecha,
Qué muro tiene, qué defensa y foso.

FINEO.

Ya voy, y del peligro con sospecha:
Más quisiera, Teseo generoso,
El golfo ver que el Helesponto estrecha,
Y en Sicilia volcanes abrasados,
Que muros de mujeres fabricados;
Que no ansí la gallina en gallinero
De las viejas jamás se vió picada,
Como yo me he de ver vuelto en harnero
Donde á mi pobre cuerpo den cebada;
Con mil pellizcos ya me considero,
Y no morir con varonil espada,
Sino á puro pellizcos y alfileres;
Que sin hombres son diablos las mujeres.

HÉRCULES.

Aunque finge temor, hombre es Fineo
Que dará buena cuenta de este cargo:
¿No te agrada, Montano, el nuevo empleo?

MONTANO.

Al ser agradecido no me alargo.

HÉRCULES.

Bella es esta ciudad que agora veo;
Su dulce libertad á fin amargo
Condena el cielo.

TESEO.

Alcides está triste:
¿Qué pensamiento su color se viste?

HÉRCULES.

¡Por vida de Teseo, que intentemos
Vencer á estas mujeres sin espada:
No perdamos honor!

TESEO.

Consultaremos
Del fuerte Marte la deidad sagrada;
Su oráculo divino seguiremos;
Que no ha de ser en vano la jornada

MONTANO.

Cerca de aqueste monte en que vivía,
Antiguamente un alto templo había,
Donde estas belicosas Amazonas
Consultaban á Marte soberano.

HÉRCULES.

Si tú, Jasón, mi pensamiento abonas,
Nunca en mujer infamaré la mano.

JASÓN.

Parece á tus laureles y coronas
Indigna estimación; pero Montano
Nos guíe al templo.

MONTANO.

Por aquella senda.

HÉRCULES.

¿Quién hay que una mujer hermosa ofenda?

Vanse.

Salen Antiopía é Hipólita.

ANTIOPÍA.

¿Salió Menalipe?

HIPÓLITA.

Fué
Con seis caballos al campo.

ANTIOPÍA.

¡Que donde la planta estampo,
Hombre humano ponga el pie!
Finalmente, Deyanira
Quiso más guardar el muro.

HIPÓLITA.

Por su contorno, seguro
El bravo ejército mira.

ANTIOPÍA.

Presto su arrogancia fiera
Se verá desbaratada;
Presto con aquesta espada
Los mataré: ¡quién lo viera!
Bizarro ha sido el alarde
De mis Amazonas fuertes.
¡Con qué rigurosas muertes
Han de acabar: ¡Dios los guarde!
Aquí verán lo que pueden
Contra su ejército altivo,
Porque no ha de quedar vivo
Sólo un hombre: ¡ay, muchos queden!
Pues que vienen con intentos
De hacernos tan grandes daños,
¡Mueran! y vivan mil años,
Y el que menos, á quinientos.

Sale Menalipe.

MENALIPE.

El cielo, Reina hermosa,
Te favorece y ampara;
Marte benigno te mira.

ANTIOPÍA.

.....¡Oh! Menalipe gallarda,
¿Qué nuevas hay que te obligan
Á tan buenas esperanzas?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MENALIPE.

Salí al campo.

ANTIOPÍA.

Ya lo sé;
No á esmaltarle en partes varias,
Como primavera fértil,
Aunque otras veces lo esmaltas,
Mas de sangre de estos hombres,
Que en estas casas de tablas
Han venido á hacernos guerra.

MENALIPE.

De suerte de ellos te enfadas,
Que no me atrevo á decirte
Una venturosa hazaña.

ANTIOPÍA.

En tiempo de guerra, amiga,
Andan las leyes trocadas;
Que el tiempo, legislador,
Dispone cosas contrarias.

MENALIPE.

¿Hablaré de hombres?

ANTIOPÍA.

¿Qué dudas,
Pues de guerras de hombres hablas?

MENALIPE.

Uno he preso.

ANTIOPÍA.

¡Cielo santo!

MENALIPE.

Si de esa suerte te enfadas,
No te diré que le traje
Á la ciudad con mi guarda.

ANTIOPÍA.

¿Hombre en la ciudad?

MENALIPE.

¡Señora,
Esto es guerra! Así se trata.

ANTIOPÍA.

¿Dónde está el hombre?

MENALIPE.

En palacio.

ANTIOPÍA.

¿En palacio? ¡Cosa extraña!
Dile que se vuelva luego.

MENALIPE.

Ya voy.

ANTIOPÍA.

Un instante aguarda.
¿Esto no es guerra?

MENALIPE.

¡Pues no!

ANTIOPÍA.

¿No se usa en las batallas
Prender cautivos?

MENALIPE.

Por fuerza.

ANTIOPÍA.

Pues, ¿qué temo? Al hombre llama.

MENALIPE.

Hombre, entrad.

Sale Fineo.

FINEO.

Dame esos pies,
Minerva divina, Palas,
Hermosa Venus.

ANTIOPÍA.

Detente.

FINEO.

Señora, es común usanza.

ANTIOPÍA.

¿Los pies me pides?

FINEO.

Advierte
Que de esta suerte se habla,
Por cortesía, entre hombres.

ANTIOPÍA.

¿Quién es aquesta canalla
Que ha venido á nuestra tierra?

FINEO.

¡Canalla! Mala palabra;
Ella me fríe en aceite,
Ó que me desuellen manda.
¿Cuánto va que mi pellejo
Le pone en alguna lanza?
¡Pobre Fineo!

ANTIOPÍA.

¿Qué dices?

FINEO.

Que son desgracias.

ANTIOPÍA.

¿Qué patria?

FINEO.

La gran Tebas de cien puertas.

ANTIOPÍA.

¿Cómo el capitán se llama?

FINEO.

Hércules; de quien se cuentan
Por el mundo tantas fábulas,
Aunque, según imagino,
Verdades son sus hazañas.
Éste es el que á las dos sierpes
Que enviaba Juno airada,
Por los celos de Alcumena,
Las apretó las gargantas
Estando niño en la cuna;
Éste venció las tartarias
Fieras; éste ató al Cerbero,
Y en las bodas de Ipodamia,
Á los Centauros lascivos.
Basta decir que no infama
Monstruo la naturaleza
Que no venciese en batalla;
Solamente se le fué,
Entre fieras tan extrañas,
La necedad; que es discreto,
Y nunca pudo alcanzarla.

ANTIOPÍA.

¡Qué bien habla cualquier hombre!
¿Son los demás á tu traza?

FINEO.

No, señora, que yo soy
Un soldado de agua y lana,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Puesto que agua no la bebo,
Sino es por mucha desgracia.

ANTIOPÍA.

Como quien tiene apetito
De comer, que le da gana
Cualquier rústico sustento,
Así yo me contentaba
Con el primer hombre de éstos.
¿Al fin, es hombre que á tantas
Hazañas ha dado fin?

FINEO.

Su fama, señora, pasa
El último paralelo,
Donde el sol su curso acaba.

ANTIOPÍA.

¿Tiene buen talle?

FINEO.

Es robusto.

ANTIOPÍA.

¿Qué es lo que robusto llamas?

FINEO.

Hombre fornido de miembros,
Trabado y ancho de espaldas.

ANTIOPÍA.

¿Trae capitanes fuertes?

FINEO.

Tales, que cualquiera basta
Para conquistar el mundo.

ANTIOPÍA.

¿Qué nombres, edad y traza?

FINEO.

Aquí viene el gran Teseo,
El que, con industria y armas,
Mató al Minotauro.

ANTIOPÍA.

¿Qué hombre?

FINEO.

Lindo talle, hermosa cara.

ANTIOPÍA.

¿Es como tú?

FINEO.

¡Buenas noches!
Pocas has visto, pues llamas
Buena aquesta cara mía,
De tudesco con cuartana:
Éste es un mozo valiente,
Por quien, perdida Aridana,
Se fué con él hasta Grecia:
Alto, blanco, buena cara,
Discreto, galán.....

ANTIOPÍA.

¿No más?
¿Qué dejas á los que faltan?

FINEO.

Viene Jasón.

ANTIOPÍA.

¿Es Jasón?

FINEO.

El que robó las manzanas
Y el vellocino de oro;
Mató la sierpe encantada;
Dueño de la gran Medea,
De quien temblaba Tesalia
Y los montes de la luna.

ANTIOPÍA.

¿El mismo?

FINEO.

Es hombre de fama.

ANTIOPÍA.

¿Qué talle?

FINEO.

Mediano cuerpo,
Brío, gentileza y gracia
Y agudeza en hombre rubio.

ANTIOPÍA.

Pues ¿á los rubios les falta?

FINEO.

No digo tal; mas lo rubio
Se atribuye á cosas bajas;
Que yo he visto barbinegros
Con cuatro dedos de escarcha.
Quiere decir que Jasón
Es brioso.

ANTIOPÍA.

Mucho alabas
Estos hombres.

FINEO.

Poco he dicho.
Son hombres de quien la fama,
Para encubrir sus victorias,
Tan sólo un punto se aparta:
Discretos, valientes hombres.

ANTIOPÍA.

Pronto veremos si alcanzan
Sus obras á su opinión.

FINEO.

Y presto verás que pasan.

ANTIOPÍA.

¿Has comido?

FINEO.

No he comido.
Sabe el cielo que tomara
Una pierna de carnero;
Pero no, que es cosa mácha,
Y acá no sufrís varones;
Aunque, por Dios, que me espanta
Que podáis criar gallinas
Sin gallo.

ANTIOPÍA.

Las leyes no hablan
Con animales.

FINEO.

Aquí,
¿Tienen marido las cabras?

ANTIOPÍA.

Y todo animal y ave.

FINEO.

Y ¿no os da pena que hagan
Sus nidos y desposorios?

ANTIOPÍA.

Nunca en eso se repara;
Vé, Hipólita, y á ese hombre

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Da de comer y regala.

Vase Antiopía.

HIPÓLITA.

¿Cómo te llamas?

FINEO.

Fineo.

HIPÓLITA.

¿De qué tierra?

FINEO.

Soy de Tracia.

HIPÓLITA.

¿Qué padres?

FINEO.

Nobles.

HIPÓLITA.

¿Qué nombres?

FINEO.

Los nombres, Guizpundio y Gazmia.

HIPÓLITA.

¿Eres casado?

FINEO.

Busqué
Una mujer que no hablara,
Y no la hallé en todo el mundo.

HIPÓLITA.

¿Qué años tienes?

FINEO.

Los que pasan,
Nadie cree que los tiene;
Pues ¿quién sabe los que faltan?
Mas tú, que mueles conmigo
De represa, ¿en qué pensabas
Con tantas preguntas?

HIPÓLITA.

Mira
Que la privación levanta
Todo mortal apetito,
Y que, por leves, nos mandan
Apenas hablar en hombres,
Porque quien en ellos habla,
Paga cien doblas y tiene
Poco honor, que es mayor paga;
No vemos hombre en tres años;
Y aunque andamos recatadas,
Sabe Dios los corazones,
Que, en fin, no se ven las almas;
Yo soy Hipólita, y soy
Hija de Camila Aspacias;
Fué mi padre un noble griego,
Según ella me contaba;
Llamóse mi abuela Adipes,
Hallóse en cuatro batallas,
Fué mujer.....

FINEO.

Calla, por Dios,
Mujer del diablo, y repara
Que, porque te vas de lengua,
Hablando te desustancias.

HIPÓLITA.

Si se llega ahora el tiempo
Que la ley buscar nos manda
Maridos por quince días,
¿No me querrás por tu dama?

FINEO.

Querría comer agora,
Porque esas cosas se tratan
Después con mayor contento.

HIPÓLITA.

¡Qué poco sabéis de faltas!

FINEO.

Comamos, como te digo,
Cualquier cosa de sustancia;
Que tras la panza, mis ojos
Dicen que viene la danza.

ACTO SEGUNDO.

Salen Teseo y Fineo.

TESEO.

Dichosa fué tu prisión:
¡Ojalá yo fuera el preso!
Que fué dicha te confieso,
Si las prisiones lo son.
Qué, ¿tanto te regalaron?

FINEO.

No lo puedo encarecer,
Que era de tanto placer
Que ejercicios no intentaron.

TESEO.

Alejandro, en el Oriente,
Indios desnudos vencía,
Y así por la Scitia fría
Tártaros vió solamente.
Pero esta conquista bella
Es de un reino de hermosura,
Adonde es gloria y ventura
Ser preso y rendido en ella.

FINEO.

¡Cuán de veras lo dijeras
Si me vieras regalar!
Sobre cuál me había de hablar,
Notables pendencias vieras.
Allí colegí, Teseo,
Qué puede la privación,
Y qué lindas cosas son
Las que se ven á deseo.
¡Vive Dios, si por acá
Tal falta de hombres hubiera,
Que hubiera mujer que diera
Lo que el más necio les da!
No hay prisa de pan en falta
Como la hubiera á comprar
Hombres.

TESEO.

Muero por llegar
Al fin de empresa tan alta.

FINEO.

Mil bienes dije de ti
A la Reina, y es de suerte

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Su amor que muere por verte.

TESEO.

¿Por verme la Reina á mí?

FINEO.

¡Cómo esas cosas decía!

TESEO.

¿Es muy hermosa?

FINEO.

La aurora,
Cuando los cielos colora
Y abre las puertas al día,
Es baja comparación:
Ni la Elena, honor de Apeles;
De jazmines y claveles
Su boca y mejillas son.
Finalmente, al enviarme
Con libertad, fué por ti.

TESEO.

¿Podré verla?

FINEO.

Señor, sí.

TESEO.

¿Cosa que intente engañarme?

FINEO.

¡Oh, bien haya tierra, amén,
Donde tanto un hombre estiman!
Dulces deseos me animan
Y aun algo de amor también.
Nunca me han hecho los cielos
Más bien, pues con mil placeres
Me vi cercar de mujeres
Sin ver quien me diese celos.
Por acá, si os descuidáis,
Luego hay un hombre en la esquina,
Otro en casa os da mohina,
Y otro de noche topáis.
Éste el regalo la envía,
El otro el tierno papel:
Como moscas á la miel
Andan todos á porfía;
Pero allí.....

TESEO.

No digas más;
Que vienen todos aquí.

Entran Hércules, Jasón, Montano y Tíndaro.

HÉRCULES.

¿Tanta gente?

TÍNDARO.

Señor, sí.
Sabiendo Alcides que estás
En esta empresa famosa,
Vienen de toda la tierra
Para ayudarte en la guera;
La tierra es fértil y hermosa,
Y como ha sido guardada
Y de rica tiene nombre
Con tanta razón, no hay hombre
Que pueda ceñir la espada
Que nó venga en tu favor.
Yo, á lo menos, con mi gente
Vine, tebano valiente,
No más de por tu valor.

HÉRCULES.

Tíndaro, príncipe noble,
Muy agradecido estoy.

TÍNDARO.

Tu soldado, Alcides, soy;
Coronen laurel y roble
Tus sienes, valiente Alcides.

FINEO.

Aquí tienes á Fineo.

HÉRCULES.

¿Qué hay, Fineo?

FINEO.

Que al deseo
La empresa valiente mides,
Que es muy digna de quien eres;
Que si monstruos has vencido,
Los que mayores han sido
Son de hermosura en mujeres.

HÉRCULES.

En fin, ¿te prendieron?

FINEO.

Fuí
Preso para ser dichoso:
Espera, Alcides famoso,
Que oigo una trompeta allí.
De la ciudad ha salido;
Sin duda es embajador.

HÉRCULES.

Si estas guerras son de amor,
Doyme, Jasón, por vencido.

Sale Antiopía á caballo con un dardo en la mano.

ANTIOPÍA.

Griegos ilustres, que habéis
Sujetado á vuestro imperio
El libre mar, á quien sólo
Puso Dios término eterno:
Vosotros, que por sus aguas
Habéis hallado cimientos
Para portátiles casas,
Aves de madera y viento:
Al que es mayor de vosotros,
Al que se precia soberbio
De que á la vista de Atlante
Tuvo en sus hombros el cielo:
Al que dicen que bajó
Por Proserpina al infierno,
Y que ató las tres gargantas
Por donde ladra Cerbero:
Al que dió muerte á la hidra
Y al fiero animal Nemeo,
Al español Gerión
Y al medio caballo Neso;
Porque sepa que le falta
El mayor monstruo del suelo,
Que es una mujer airada
Y de valeroso pecho,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Le provoco y desafío
A que salga cuerpo á cuerpo
Á hacer batalla conmigo
De aquesta campaña en medio,
Donde le daré á entender
Que las mujeres tenemos
Mayor valor que los hombres
Y más generoso esfuerzo.
Que el ser necios ó cobardes
No es defecto del sujeto,
Sino que en las letras y armas
No queréis darnos maestros.
Treta es vuestra, viles hombres,
Porque no tengáis sujetos
Que, estudiando letras y armas,
Clara ventaja os hacemos.
¿Queréisla ver? Advertid
Ese gallardo Teseo;
(No sé quién es de vosotros),
Fué á Creta de Grecia preso:
¿Pues venciera el Minotauro
Si una mujer, con su ingenio,
No le diera el hilo de oro
De aquel Laberinto ciego?
Pues Jasón, si aquí me escucha,
¿Trajera del fértil reino
De Colcos el vellocino,
No ayudándole á emprenderlo
Su enamorada Medea?
Que á no ayudarle, es muy cierto
No deshiciera el encanto
Y se librara del fuego.
Esto no lo negaréis,
Y lo que negaros puedo
Es que tengáis más valor,
Porque yo digo que es menos.
¿Quién en la guerra de Troya
Hizo más valientes hechos
Que las fuertes Amazonas?
Testigos, Achiles y Héctor.
La fuerte Pantasilea
El mundo tuvo suspenso;
Camila honró las mujeres
Con mil laureles eternos.
El venir á conquistarlas
No os los darán si yo puedo;
Antiopía soy, que agora
Tiene deste reino el cetro.
Ea, Alcides, ¿á qué aguardas,
Pues que te teme el infierno?
Toma este dardo por guante;
Que aquí en el campo te espero.

Vase.

HÉRCULES.

Aguarda, Reina, espera: ¿qué pretendes?

TESEO.

¿Eso dices? Pues ¿cómo agora quieres
Hacer lo que aquí tanto nos defiendes?

JASÓN.

¿Córreste de venir contra mujeres,
Y quieres ya salir al desafío?
Advierte, capitán, que Alcides eres.

HÉRCULES.

¿Conmigo tanta furia, tanto brío?
Dejadme castigarla.

TESEO.

Tente un poco.

HÉRCULES.

Si tiene ese valor, conozca el mío.

TESEO.

¡Por Júpiter, que estoy de amores loco!
¡Qué lindo talle! Más que has dicho, creo:
Darle mi alma me parece poco;
Confieso que es bellísima, Fineo,
Y que me quiere bien sólo por fama.

FINEO.

Así me dijo entonces su deseo.

TESEO.

¿Cómo lo podré ver?

FINEO.

El amor llama
Á la industria en cualquiera pensamiento.

JASÓN.

Salir, Alcides, tu valor infama;
Esta guerra no es campo tan sangriento:
Mejor es proceder como galanes,
Mostrando que es amor el fundamento,
Porque, como valientes capitanes,
No será justo en guerra de mujeres,
Ni hay laureles aquí, sino arrayanes:
Venus y Amor nos muestran sus placeres:
Marte se correrá si le imitamos.

HÉRCULES.

Pues ¿qué modo en la guerra llevar quieres?

JASÓN.

Que con embajador le prevengamos
Á la paz ó á la guerra blandamente,
Y que á gozar de sus regalos vamos.

TESEO.

Habla en esto Jasón discretamente:
Yo quiero ser embajador.

HÉRCULES.

Pues parte,
Y di á la Reina que la paz intente;
Que en este templo consultando á Marte
Quedaremos nosotros: vé, Teseo.

TESEO.

En deseos de amor ayuda el arte:
¡Qué contento me lleva mi deseo!

Vanse Teseo y Fineo.

HÉRCULES.

Abrid vosotros las puertas:
Veamos lo que responde.

MONTANO.

Ya están, Alcides, abiertas.

HÉRCULES.

¡Bravo, Marte!

JASÓN.

Corresponde
Con su fama.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HÉRCULES.
En todo aciertas.

Corren una cortina y aparece Marte armado con una lanza en la mano.

HÉRCULES.
Dime, belicoso Marte,
Señor de la quinta esfera,
¿Será la espada ó el arte
El fin que la guerra espera?
Que esto vengo á consultarte.
MARTE.
Cuando, griegos valerosos,
El mayor poder del suelo
Venza esos pechos famosos,
Bajarán del tercer cielo
Ramos de oliva amorosos;
Y entonces, con los leones
Harán las mansas corderas
Vida en perpetuas uniones.

Cierran la cortina.

JASÓN.
No dijo más.
HÉRCULES.
Bien pudieras
Dejar estilos lacones
Y hablar con más claridad.
JASÓN.
Yo, si te digo verdad,
No lo entendí.
MONTANO.
Enigma fué.
TÍNDARO.
¡Que en oráculos esté
Siempre incierta la verdad!
MONTANO.
Dice que el mayor poder,
Griegos, os ha de vencer.
Yo presumo que es mayor
Del mundo el poder de amor,
Y que éste debe de ser.
Bajar del tercero cielo
Los ramos de oliva al suelo
Paz presumo que será,
Pues Venus en él está,
Y casamientos recelo.
Que el juntarse los leones
Y las corderas, bien muestra,
En tan perfectas uniones,
Que de aquesta junta vuestra
Nacerán claros varones.
HÉRCULES.
Montano ha dicho verdad.
MONTANO.
Es justa declaración:
Pues tratemos de amistad.
JASÓN.
Bien dices, mujeres son;
Con armas será crueldad.
HÉRCULES.
Pues alto: cesen trofeos,
Y comiencen himeneos,
Dulces yugos, tiernos lazos:
Sean las armas abrazos,
Y los soldados deseos.

Entrense; salgan Deyanira y Menalipe.

DEYANIRA.
Para griegos y soldados,
No vienen muy atrevidos.
MENALIPE.
Bien parecen, esparcidos
Por esos bosques y prados.
DEYANIRA.
Son hombres en quien la guerra
Es natural.
MENALIPE.
Gran temor
Me ha dado el alto valor
Que su capitán encierra.
DEYANIRA.
Las batallas que han de hacer
Las mujeres, no son éstas.
MENALIPE.
Tu discreción manifiestas:
Trate de amor la mujer;
Pero ya que nuestro honor
Consiste en que el hombre entienda
Que no es bien que siempre ofenda
Á la mujer su valor,
Haya mujeres soldados,
Y mujeres escritores;
Escribamos sus errores;
Vivan también deshonrados.
No siempre suya ha de ser
La historia y la pluma.
DEYANIRA.
Es cosa,
Menalipe, lastimosa,
Lo que pasa una mujer.
Ellos escriben mil faltas
De nosotras, y ellos son
Quien usurpa la opinión
De las victorias más altas.
Sin esto, es justo vengar
Los celos y los agravios
Que han hecho amantes y sabios
Con escribir y engañar.
Pero Antiopía ha venido.
MENALIPE.
Salió al campo valerosa.

Sale Antiopía.

ANTIOPÍA.
Basta, Deyanira hermosa;
Que el griego cobarde ha sido.
El caballo arremetí,
Y á tiro de flecha de él
Hablé valiente con él,
Que luego le conocí:

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Desafiéle.

DEYANIRA.

¿Salió?

ANTIOPÍA.

Si saliera y me buscara,
Cobarde no le llamara,
Pues más de dos horas yo
Estuve con mis deseos,
Cansándome de injuriallo
Y con el diestro caballo
Haciendo mil escarceos.

DEYANIRA.

Presumo que fué desprecio,
Pues dices, haciendo alarde,
Que es para bravo cobarde,
Y para galán muy necio.

MENALIPE.

Gente se le va juntando
A la fama que ha corrido.

DEYANIRA.

Ó por la riqueza ha sido,
Que ya estarán deseando:
Ó por alguna hermosura;
Que suele por la belleza
Dar el hombre la riqueza

ANTIOPÍA.

No estoy del griego segura;
Que pues no saca la espada,
Alguna traición intenta.

Entra Hipólita.

HIPÓLITA.

Después de venir contenta
De tu dichosa jornada,
Te vengo á decir, señora,
Que está aquí un embajador
Del campo griego.

ANTIOPÍA.

El valor
Les mueve que han visto agora.
¿Qué os parece: será bien
Recibirle?

DEYANIRA.

¿Por qué no?

MENALIPE.

Lo mismo aconsejo yo.

HIPÓLITA.

Y yo, señora, también;
Que es el gallardo Teseo,
Y un hombre tan gentil hombre,
Que excede la vista al nombre.

ANTIOPÍA.

Vete, que hablarle deseo:
Vosotras, ¿no queréis ver
Este hombre?

DEYANIRA.

No es razón
Que estés sola, porque son
Libres con cualquier mujer.
Aquí queremos estar.

ANTIOPÍA.

¿Y tú también?

MENALIPE.

Yo también,
Porque autorizarte es bien
Cuando te vienen á hablar.

ANTIOPÍA.

No las puedo echar de aquí:
Antes de venir amor,
Sirven de aposentador
Los celos: mal para mí.

Entran Teseo y Fineo.

TESEO.

A tu divina hermosura,
Como de los cielos prenda,
Se humilla el duque Teseo.

ANTIOPÍA.

Esa humildad es soberbia:
Levantaos del suelo, Duque;
Que si es por galán, se advierta
Que en mujeres imposibles
Es excusada fineza.

TESEO.

A vos se os debe, que sois,
Invicta y hermosa Reina,
La señora universal
Del reino de la belleza

ANTIOPÍA.

Sentaos aquí. ¡Lindo talle!
¡Qué bien compuesta presencia!
Dichosa quien le merece:
No sé yo quién le merezca. Aparte.
¿Qué hay, Fineo?

FINEO.

Ya lo ves.
He dado en ser estafeta
De hombres, y aquí he pensado
Que ha de haber correspondencia.

TESEO.

Lo que á Venus en el cielo,
Se os debe á vos en la tierra:
Sois jardín de aquestas flores,
Sois sol de aquestas estrellas:
El gran Hércules Thebano,
Honra de su patria, Grecia,
Y asombro del mundo, dice
Que os vió, generosa Reina,
Y que de vuestro valor
Tan aficionado queda,
Que quiere trocar en paces,
Si vos gustáis, estas guerras;
No salir al desafío
No ha sido falta de fuerzas,
Sino respeto que os tiene,
Porque no es razón; y hoy, Reina,
Para besaros la mano
Me envía á pedir licencia:
Esta es toda mi embajada.

ANTIOPÍA.

No puedo daros respuesta

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Sin consultar mi Senado
Para ver lo que decretan.

FINEO.

Basta; que debe de haber
Algún Senado de viejas
Con quien hacen sus consultas.

ANTIOPÍA.

Pues ¿qué querías que fueran?
Para que respuesta lleves,
Que pues la noche se acerca,
Descansaréis en palacio;
Que mañana haré que vengan
A consejo, y os diré
Lo que decretado queda.
¡Hipólita!

HIPÓLITA.

Gran señora,
¿Qué me mandas?

ANTIOPÍA.

Enseña
Al duque Teseo á mi cuadra:
Dormirá esta noche en ella.

TESEO.

Mucho agradezco el favor
Que me hace Vuestra Alteza,
Y al cielo por tanta gloria
Como he recibido en verla.
Cuanto de lejos admira,
Tanto enamora de cerca:
A la majestad Real
Que le dió naturaleza,
Añade un semblante dulce
Que tras sí las almas lleva,
Y pienso será mejor
Dar á Alcides por respuesta
Que vi un ángel, que vi á Venus,
Al sol, á la primavera,
Á los Campos Eliseos;
Á la divina Minerva;
Á Palas, la bella armada,
Llenos los ojos de flechas:
Yo me voy y quedo aquí,
Y haciéndoos más reverencias
Que á Júpiter, sacrifico
Mi alma en vuestra belleza.

ANTIOPÍA.

No os vais hasta que veáis
De qué manera celebran
Mis damas vuestra embajada,
Famoso Duque de Atenas.

Quítanse las espadas y bailan estas letras:

Música.

No es posible que el fruto
De amor suave
Le consiga perfeto
Sin darnos parte.
Los filósofos dicen
De cierta ciencia,
Que no sufre vacíos
Naturaleza.
Si faltando los hombres
No hay ser perfeto,
Rematemos el mundo
Si faltan ellos.
Como el sol á la luna
Sus rayos tiende,
Eso mismo los hombres
Á las mujeres.
¿De qué sirven las galas
Con que se adornan?
Porque no hay hermosura
Si no se goza.
El ejemplo nos dieron
Las altas palmas,
Que no rinden sus frutos
Si no se casan.
Si faltando los hombres
No hay ser perfeto,
Rematemos el mundo
Si faltan ellos.
Pero si se atreven
Á estar sin ellos,
Es porque se libren
De tantas ellos.
Linda cosa es el hombre
Sin libertades;
Hombres y mujeres
Fueron iguales.

TESEO.

Loco voy de lo que he visto;
Ruego al cielo, hermosa Reina,
Que lo que cantan aquí
De nuestra esperanza sea
Agüero tan venturoso,
Que vais á contarlo á Grecia.

Vanse Teseo y Fineo.

ANTIOPÍA.

¡Qué cortés cosa es el hombre!
¡Ah! ¡Mal haya la primera
Que nos privó de este bien!

DEYANIRA.

¡Qué divina gentileza
El cielo puso en el Duque!

ANTIOPÍA.

Detente tú, y no obscurezcas
Las gracias de este mancebo,
Pues no es posible que puedas.
Parte á hacer de ostentación
La más regalada cena
Que en convite de los dioses
De inmortal poder se cuenta.
Haya un bello Ganimedes
Por quien en cristales beba
Ambrosía, y sírvanle ninfas
Dulce confección del néctar.
Tú, Menalipe, apercibe
La cama, y sea tal que exceda
La de Roxania, Amazona,
Ya de nuestro imperio reina,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En las bodas de Alejandro.

DEYANIRA.

Justamente consideras
El valor del Duque.

MENALIPE.

El mundo
Es bien que quieras que sepa.
Perdida voy por Teseo;
Nunca pensé que pudiera
El ver un hombre quitarme
Alma, vida, aliento y fuerzas.

Vase.

ANTIOPÍA.

Hipólita, ¡grande mal!

HIPÓLITA.

Pues qué, señora, ¿sospechas,
Piensas que el Duque ha venido
Con alguna estratagema?

ANTIOPÍA.

Bien dices, pues vino á darme
La muerte.

HIPÓLITA.

Pues en la cena
Dale veneno.

ANTIOPÍA.

Él á mí
Me le ha dado en su belleza.

HIPÓLITA.

No te entiendo.

ANTIOPÍA.

Necia eres.

HIPÓLITA.

No te espante que sea necia;
Que hablar en hombres es cosa,
En tu república, nueva.

ANTIOPÍA.

Hable quien quisiere ya:
Rompan las leyes, no tenga
Temor, pues yo le perdí.

HIPÓLITA.

¿Qué dices?

ANTIOPÍA.

Que antes que viera
Los hombres, imaginaba
Su crueldad y su fiereza.
Vilos, y vi su blandura.

HIPÓLITA.

Pues ¿qué es lo que hacer intentas?

ANTIOPÍA.

Por ver al Duque esta noche,
Le dilaté la respuesta.
Dame una capa y sombrero,
Que pienso adorar la puerta
Desde el terrero.

HIPÓLITA.

No entiendo
Que eres tú quien eso intenta.

ANTIOPÍA.

Pues bien lo puedes creer;
Que de mujer que desprecia
Más desde lejos al hombre,
Más de cerca le desea.

Vanse.

Salen Hércules, Jasón, Montano y Tíndaro.

TÍNDARO.

El ánimo compuesto contradice;
Mucho tarda Teseo; ya es muy tarde.

HÉRCULES.

De su nobleza y su valor desdice.

JASÓN.

Bien puede ser que la respuesta aguarde

TÍNDARO.

Que le han muerto, señor, Montano dice.

MONTANO.

Conozco esta nación, y estoy cobarde;
Aborrecen los hombres, y es de suerte
Que habrán hecho canciones á su muerte.

HÉRCULES.

Debo á Teseo el amistad que sabe
Toda la Grecia, que su bien desea,
Desde que aquella vez primera nave
Llegó á robar el árbol de Medea.
Pues si á traición un príncipe tan grave
Temiscira mató, ninguno crea
Que volverá sin que vengado quede,
Si el daño la venganza igualar puede.

JASÓN.

Yo parto á la ciudad con tu licencia,
Puesto que no he perdido la esperanza
De que la causa de su larga ausencia
Algún secreto diferente alcanza;
La edad, que vence siempre á la prudencia,
Habrá dado ocasión de su tardanza;
Y como tantas hay, por dicha ha sido
Menos que el sabio Ulises preferido.
Yo parto, sin que pueda detenerme
Mortal peligro.

HÉRCULES.

Sufriré mil penas
En tanto que te vuelva á ver y á verme
Libre de aquestas bárbaras sirenas;
Pero ¡por Marte, aunque en su esfera duerme,
Que primero que deje las arenas
Del Tremedonte aurífero, visite
Las que convierte en peñas Asfaltite!
Que en esta tierra vil no quede viva
Una sola mujer, aunque no hubiera
Otras en todo el mundo, y la excesiva
Venganza de su fin la causa fuera.
Que en cuantos el linaje humano estriba,
Valor no hallo que igualar pudiera
Vida de un hombre solo, y más si es bueno,
Que todo el mundo de mujeres lleno.
¿Conmigo una república de ovejas,
Enseñado á vencer fieros leones?
¿Conmigo, que adorné de sus guedejas
Mi pecho fuerte en tantas ocasiones?
¿Hércules forma de mujeres quejas,
Á quien tiemblan las ínfimas regiones,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y no está el alto Júpiter seguro
En el alcázar del eterno muro?
Poned á punto, griegos, las banderas;
Que antes que el alba obscura el velo vista
De luz, y en sus celestes vidrieras
Por el Oriente las del sol revista,
Sus cuerpos cubrirán estas riberas
Y mi frente el laurel de su conquista;
Que es infamia mortal de nuestros nombres
Vencer mujeres tan valientes hombres.

Sale Deyanira con capa y sombrero de noche.

DEYANIRA.

Amor que tienes poder
Hasta en los dioses del cielo,
Y que montañas de hielo
Suele tu fuego encender:
A la presteza del ver
Es brava reguridad
Responder la libertad
De mi juvenil temor;
Que perderás el valor
Con tanta facilidad.
El primer hombre que veo
No es bien que me rinda tanto;
Pero ya, ¿de qué me espanto
Después de tanto deseo?
Yo vi al gallardo Teseo,
Tan digno de ser amado,
Que me trae su cuidado
A ver si le puedo ver;
Que, aunque es hombre y yo mujer,
Anda el oficio trocado;
Nuestros blasones y famas,
Resistencias y ademanes,
Paró en que somos galanes,
Y los hombres nuestras damas;
De laureles verdes ramas
Ciñen mal tan tiernas frentes;
No habemos sido prudentes
En querer trocar los nombres,
Porque de vivir sin hombres
Se siguen mil accïdentes.

Sale Menalipe en el mismo hábito.

MENALIPE.

Si tuviese tal ventura
Que aquesta noche te viese,
Griego hermoso, y mereciese
La gracia de tu hermosura,
De Venus estoy segura
Que diese invención y celo,
Y que detuviese el vuelo
Mejor en esta ocasión,
Que por ver á Endimïón
La hermosa luna del cielo.
Lindo talle te acompaña
Esa gallarda presencia,
Después de aquella elocuencia
Que tu bella lengua baña;
No es naturaleza extraña
De la tuya aquesta mía;
Y ¿qué animal Libia cría
En su calurosa arena
Que tenga el vivir por pena
En su dulce compañía?
No es lo que en las almas ves
Lo que dice nuestro nombre,
Porque una mujer sin hombre
Materia sin forma es;
Blasonamos, y después
Á vuestro amor nos rendimos:
Ser de vosotros tuvimos,
Y de este ser viene á ser
Que aquello deja de ser
Que sin este ser vivimos.

Salen Antiopía é Hipólita en el mismo hábito.

ANTIOPÍA.

Pienso que me has entendido.

HIPÓLITA.

¿Cómo entrarás con secreto?

ANTIOPÍA.

Estando para el efeto
Su aposento prevenido;
Pon una cortina allí,
Y yo detrás estaré,
Desde donde ver podré
Á quien ya me tiene ansí.

HIPÓLITA.

¿Y si te viese?

ANTIOPÍA.

¿Qué importa?

HIPÓLITA.

Pienso que es lo que deseas.

ANTIOPÍA.

Tal estoy, que aunque lo creas
Ningún temor me reporta.

HIPÓLITA.

¿Tú ver un hombre?

ANTIOPÍA.

No sé,
Hipólita, qué me obliga.

HIPÓLITA.

¿Quieres que yo te lo diga?

ANTIOPÍA.

No me lo digas.

HIPÓLITA.

¿Por qué?

ANTIOPÍA.

Porque en mujer, se te acuerde
Que es el perder mayor mengua
La castidad de la lengua
Que en lo que en las obras pierde.
Vete, y pondrás la cortina;
Que detrás, por más recato,
Me quiero fingir retrato,
Si no es que el trato imagina.

HIPÓLITA.

Yo voy, y estaré á la puerta.

Vase.

ANTIOPÍA.

¿Gente aquí? ¡Válgame el cielo!
Alguna traición recelo
De la afición encubierta.
Dos me parece que son.

DEYANIRA.

En confusión estoy puesta;
Pienso que la Reina es ésta,
Que ha sabido mi afición.

MENALIPE.

Dos sombras vienen aquí;
Ó mi afición ha sabido,
Ó á lo que vengo ha venido.

ANTIOPÍA.

¿Quién va? ¿No responden?

DEYANIRA.

Sí;
Mas ¿quién lo quiere saber?

ANTIOPÍA.

La Reina.

DEYANIRA.

Con ese nombre
No hay recelo que me asombre.

ANTIOPÍA.

Pues ¿quién es?

DEYANIRA.

Una mujer.

ANTIOPÍA.

¿Es Deyanira?

DEYANIRA.

Sí soy.

ANTIOPÍA.

¿Á tales horas aquí?

DEYANIRA.

¿Cómo no miras en ti
Que estás también donde estoy?

ANTIOPÍA.

Yo pretendo asegurar
Á Teseo.

DEYANIRA.

Yo también;
Que rondar me está más bien
Por capitán de la mar.

ANTIOPÍA.

¿Quién viene contigo?

DEYANIRA.

Aquí
No viene nadie conmigo.

ANTIOPÍA.

¿Quién eres? ¡Hola! ¿Qué digo?

MENALIPE.

El rayo dió sobre mí.

ANTIOPÍA.

¿No hablas?

MENALIPE.

Pasen adelante.

ANTIOPÍA.

Mira que la Reina soy.

MENALIPE.

Menalipe soy, que estoy
En ocasión semejante,
Con cuidado que á Teseo
No le suceda algún daño.

ANTIOPÍA.

Á todos vale un engaño,
Y todos mata el deseo;
Pues dime, ¿tócate á ti
La defensa de esta puerta?

MENALIPE.

Andaba gente encubierta,
Y tu peligro temí.

ANTIOPÍA.

Notable piedad mostráis
Con el hombre.

MENALIPE.

Basta el nombre.

ANTIOPÍA.

No sé si guardáis el hombre,
Mas sé que al hombre aguardáis.
Ahora bien, mirad las leyes,
Y que esta vez no os castigo
Por ciertos respetos.

MENALIPE.

Digo
Que van donde quieren reyes.

ANTIOPÍA.

Si no os sabéis defender
De un hombre, ¿que haréis de tantos?

DEYANIRA.

¿De qué estás haciendo espantos?
¿Es cosa nueva en mujer
El ver una novedad?

ANTIOPÍA.

Ahora bien, nos os halle aquí.

DEYANIRA.

¿Son celos?

MENALIPE.

Pienso que sí.

ANTIOPÍA.

No es sola mi voluntad,
Éstas aman á Teseo;
Ganar quiero por la mano.

DEYANIRA.

No era sólo amor tirano
Este mi loco deseo;
Pero el remedio es ganar
Por la mano los ajenos.

MENALIPE.

Ya declarada, es lo menos
Ó morir, ó porfiar.
Oye, no la halle aquí.

DEYANIRA.

Ni yo, si vuelvo, la halle.

MENALIPE.

Salga de la calle, y calle.

DEYANIRA.

Calle, y véngase tras mí.

Vanse.

Salen Teseo y Fineo.

TESEO.

Bella tierra.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FINEO.

Celestial.

TESEO.

¡Oh, quién siempre aquí viviera!

FINEO.

Sí; mas ¿qué salud pudiera
Vivir en peligro igual?
¿Entre tanta mujer quieres
Salud? ¿No te causa enojos
Que, como otros de piojos,
Te comieras de mujeres?
¡Linda cena nos han dado!

TESEO.

Tanta mujer la servía,
Que por los ojos comía.

FINEO.

Yo tenía más cuidado
De embutir muy bien la panza.

TESEO.

Ver tan dulce diferencia
Me quitaba la paciencia
Y aumentaba la esperanza.
Unas, hermosas morenas,
Otras blancas, éstas graves,
Aquéllas dulces, suaves,
Y de mil donaires llenas.
Si en aquesta reparaba,
La otra ya se ofendía;
Apenas ésta quería,
Cuando aquélla deseaba.
¿No has visto un árbol cargado
De fruta entre ramas y hojas,
Que no sabes cuál escojas,
En su abundancia ocupado?
Pues tal estaba yo en ver
Tal diferencia de caras.

FINEO.

Si en fruta mujer reparas,
En la flor la has de coger,
Porque, en estando madura,
Á los cochinos con ella.

TESEO

¿Cuál te pareció más bella
Y de mayor hermosura?

FINEO.

Una gallina rellena,
Que como ámbar trascendía.

TESEO.

La que cantaba y tañía,
¿No era buena?

FINEO.

Era muy buena.

TESEO.

¿Y la que te dió á beber?

FINEO.

¡Noramala para ti!

TESEO.

Brindé á sus ojos, bebí.

FINEO.

La razón pudiera hacer.....

TESEO.

¿Quién viene? Que es importante
Estar esta noche en vela,
Que hay en amistad cautela,
Y es el peligro bastante.

Sale Hipólita.

Es Hipólita.

HIPÓLITA.

Yo soy,
Que he venido á desnudaros.

TESEO.

Tanta humildad.....

HIPÓLITA.

Y á rogaros
Que descanséis.

TESEO.

Cierto estoy
De la merced que me hacéis:
Aquesta silla me agrada.

FINEO.

En esta alfombra y almohada
Me pretendo recostar;
Tiéndome en aqueste suelo.

TESEO.

El dormir entre enemigos
Tiene ejemplos por testigos.

HIPÓLITA.

Sin razón tenéis recelo;
Quitaos siquiera la espada.

TESEO.

No la pienso desceñir:
Id, mi señora, á dormir.

HIPÓLITA.

No quiero ser porfiada;
Yo me voy, y el cielo os guarde.

Vase.

TESEO.

Mas no velemos ansí,
Que si aquéstas hombres fueran,
Menos recelos me dieran,
Y menos cuidado aquí;
Porque fiar de mujer
No fué de discretos hombres,
Y más mujeres sin hombres,
Que es animal de otro ser.
¡Fineo!

FINEO.

¿Quiéresme dejar?

TESEO.

¡Que vienen las Amazonas!

FINEO.

No hay que tratar.

TESEO.

Bien abonas
Tu diligencia en velar;
Pasearme quiero un rato:
¡Qué hermosa pintura es ésta!
Sin duda que es Alejandro
Éste que en la mano izquierda

Tiene el mundo; aquél es Paris,
Huésped y ladrón de Elena;
Esta amazona á caballo
Parece Pantasilea,
Si no es, por dicha, Camila,
Ó la gallarda Marpecia;
Allí, el incendio de Troya
Muestra que en los hombros lleva,
Al anciano padre Anchises,
El hijo piadoso Eneas.
¿Qué cubre aquesta cortina?
Quiero correrla. ¡Oh qué bella

Corra una cortina, adonde estará Antiopía.

Imagen! Bulto parece
De Palas ó de Minerva;
Sin duda es Lisipo ó Fidias
Su autor: parece de seda,
Y no mármol su vestido:
Carne he tentado, no es piedra.
¿Quién eres?

ANTIOPÍA.

La Reina soy.

TESEO.

Pues ¿escondida la Reina?
Traición me has hecho.

ANTIOPÍA.

Detente.

TESEO.

¿Qué quieres que me detenga?

ANTIOPÍA.

Amor nunca fué traidor.

TESEO.

Pues ¿qué quieres tú que crea
De una mujer que se esconde?

ANTIOPÍA.

Si es la cortina vergüenza,
¿De qué te espantas, Teseo,
Que por cortina la tenga?

TESEO.

Mal has pagado mi amor,
Y no es temor de tus fuerzas,
Sino que te he dado el alma,
Y darme la muerte intentas.

ANTIOPÍA.

Engáñaste; que la mía
Te di en viéndote, y te diera
Tantas, si fuera posible,
Como el cielo tiene estrellas.

TESEO.

¿Podré creerte?

ANTIOPÍA.

Podrás
Si el pecho á mi cuello acercas.

TESEO.

¿Matarásme si te abrazo?

ANTIOPÍA.

Matarte de amor quisiera.

TESEO.

¿Mis brazos fío en los tuyos?

ANTIOPÍA.

Como en ellos me prometas
Ser mi esposo.

TESEO.

Ya lo soy.

Dentro voces de Deyanira.

ANTIOPÍA.

Voces dan.

DEYANIRA.

Abre estas puertas.

TESEO.

¿Ves como es traición?

ANTIOPÍA.

No es.

DEYANIRA.

¡Abre, traidor!

FINEO.

¿Quién nos quiebra
Las puertas del aposento?

Despierta.

TESEO.

Abre, y todo el mundo venga.
¿No soy el Duque Teseo?

FINEO.

Ya las abrió.

TESEO.

Sola entra
Una mujer.

ANTIOPÍA.

Yo me vuelvo
Antes que aquésta me vea,
Á ser retrato.

TESEO.

¿Por qué,
Dime, Deyanira, alteras
Mi quietud con tales voces?

DEYANIRA.

¡Detén la espada!

TESEO.

¿Qué intentas
Con alterar mi quietud?

DEYANIRA.

¿Es bueno, griego, que vengas
Por embajador de Alcides,
Y que entretanto que cenas
Venga su ejército al muro?
Mas tales estratagemas,
¿Cuándo no las inventaron
Los capitanes de Grecia?
¿Eres el caballo tú
Por quien hoy Troya, desierta,
Yace entre cenizas frías?

TESEO.

Si se acercan á la cerca
Es porque me he detenido
Y muerto me consideran;
Pero á detenerlos voy.

DEYANIRA.

Mas quiero que te detengas,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Duque; que aquesta invención
Es sólo para que sepas
Que te adoro, ilustre Duque.

TESEO.

¿Que me adoras?

FINEO.

Dios nos vuelva
Á Grecia; que nos ahogan
Mujeres.

DEYANIRA.

¿De qué te alteras?
Deyanira soy, que di
Aqueste reino á la Reina;
Si me quieres, serás rey.

TESEO.

¿Cómo quieres que te quiera?

DEYANIRA.

Queriendo, sabrás querer;
Llega á mí los brazos, llega.

FINEO.

¡Vive el cielo, que son brujas!
Dios con bien nos amanezca.

TESEO.

Yo bien te diera los brazos;
Pero el retrato de Elena
Me da respeto y temor,
Que fué mi mujer primera.
Primero la robé yo
Que Paris.

DEYANIRA.

Y ¿es bien que temas,
Duque, una mujer pintada?
Llega; no te esquives, prueba.

ANTIOPÍA.

No llegará; que yo soy,
Deyanira, la que piensas.
La Reina soy.

DEYANIRA.

¡Cielo santo!

ANTIOPÍA.

¡Ah de mi guarda!

DEYANIRA.

¿Qué intentas?
¿Por qué me mandas prender?

ANTIOPÍA.

Pues ¿no quieres que te prenda
Si solicitas los hombres,
Que es contra las leyes nuestras?

Entran Menalipe é Hipólita.

MENALIPE.

¿Qué manda tu Majestad?

ANTIOPÍA.

Porque ninguna se atreva
Á deshacer nuestras leyes,
Y á proceder deshonesta,
Prended luego á Deyanira.

MENALIPE.

¿Qué hizo?

ANTIOPÍA.

Infamar, ligera
De pensamientos y brazos,
Nuestra opinión tan honesta;
Que habló en amores al Duque.

MENALIPE.

¿Al Duque? ¡Notable afrenta!
Perdiendo se va el recato,
Acabando la vergüenza;
Marchítase la virtud,
No hay cosa que buena sea.
¿Es posible, Deyanira,
Que afrentas con tal bajeza
Nuestra limpia honestidad
Y nuestra opinión, que vuela
De polo á polo en el mundo?
Ya, ¿qué confianza queda
Si tú pierdes los estribos?

FINEO.

Antes no entró en la carrera,
Porque al ponerse en la silla
Le dió dos coces la yegua.

DEYANIRA.

En fin, sola soy la mala,
Y vosotras sois las buenas.

ANTIOPÍA.

No se dilate esto más;
Llevadla.

DEYANIRA.

¿Por qué me llevas?

ANTIOPÍA.

Porque al Duque dijo amores.

DEYANIRA.

Pues haz también que te prendan;
Que no estabas acá dentro
Para tratar de las guerras.

ANTIOPÍA.

Yo vine á tratar las paces.

DEYANIRA.

Pues si ya las tienes hechas,
¿Para qué prendes á nadie?

ANTIOPÍA.

Porque quieren deshacerlas.

MENALIPE.

Ea, camina.

DEYANIRA.

Sí haré;
Que á fe que, aunque tú me llevas,
Que te quedarás mejor

MENALIPE.

¿Yo?

DEYANIRA.

Tú, pues.

MENALIPE.

Mentira es esa.
¿Hay recato cómo el mío?

HIPÓLITA.

Camina.

DEYANIRA.

Menos soberbia;
Que todas somos mujeres.

Vanse.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TESEO.
Vuelve los ojos, no seas
Ingrata á tan grande amor.
ANTIOPÍA.
¡Qué bien me llama y me ruega!
Digo que te doy los brazos;
Que más quiero, aunque no quieras,
Que con las mujeres paz,
Tener con los hombres guerra.
TESEO.
Yo soy tuyo.
ANTIOPÍA.
Yo soy tuya.
FINEO.
Pregúntale (ansí te veas
En paz cuando estéis casados),
Si tienen la teta izquierda,
Que dicen que se las cortan
Á las amazonas bellas;
Porque conozco mujer
Que hasta la cinta le llegan.

ACTO TERCERO.

Salen Hércules, Jasón, Montano y Tíndaro.

HÉRCULES
¡Que no te dejen entrar!
JASÓN.
Aunque mil veces decía
Que de tu parte venía,
Nunca me dieron lugar.
De suerte que he sospechado
Que no es gusto de Teseo,
Á quien, como Ulises, veo
De su hermosura olvidado,
Y en poder de su enemigo.
MONTANO.
Vanas sospechas te dan
De tan fuerte capitán
Y de tan honrado amigo.
La Reina, que enamorada
Debe de estar de Teseo,
Si dió fin á su deseo,
Temerá quedar burlada.
Y ansí no dará lugar
De que éntre á verle Jasón.
HÉRCULES.
Y de esa loca afición,
¿Quién le podrá disculpar?
JASÓN.
Yo no digo que supiese
El Duque que le busqué;
Pero de que un mes se esté,
Y que por un hora fuese,
¿Cómo puede dar disculpa?
TÍNDARO.
Estar preso lo será.
HÉRCULES.
Si preso de amor está,
La misma prisión le culpa.
TÍNDARO.
¿Será el primer capitán
Que haya vencido mujer?
HÉRCULES.
Aquí no le han de valer
Cuantas disculpas le dan;
Que si nos coge el invierno
Con esa armada en el mar,
En tanto que enamorar
Quiere regalado y tierno
Esa hechicera amazona,
No hay que caminar á Grecia.
MONTANO.
Cobardemente desprecia
La fama de que blasona.
TÍNDARO.
Una vez fuera de sí,
¿De qué quieres que se acuerde?
HÉRCULES.
Si no ve el honor que pierde,
Mire que me pierde á mí.

Sale Pileo.

PILEO.
En una yegua alazana
Con bordada guarnición,
Que aun es aquesta nación
De los caballos tirana,
Con un penacho que admira
Al viento, que con él juega,
Á nuestro ejército llega
La amazona Deyanira.
HÉRCULES.
Mas qué, ¿la guerra pregona?
PILEO.
Yo la vi con tantas galas,
Que presumí que era Palas
Ó la gallarda Belona.

Sale Deyanira.

DEYANIRA.
Dame, gallardo tebano,
Esa mano generosa.
HÉRCULES.
Si la pidieras de esposa,
Bien fuera darte la mano.
DEYANIRA.
¿Quién había de prender
Mano de quien tiembla el mundo?
HÉRCULES.
¿Quién? Un Hércules segundo
Porque le hubiese mujer;
Y á fe que tenéis segura
La victoria comenzada:
¿Para qué ceñís espada
Si matáis con la hermosura?
DEYANIRA.
Á quien no pudo vencer
El poder del mundo todo,
Bien es que se hallase modo

De que le venza mujer;
Que alguna os habrá vencido.

HÉRCULES.

No hay tan fuerte corazón
Que una amorosa afición
No haya humillado y rendido.
Quejóse á Venus Amor,
Y dicen que fué la queja
De que una pequeña abeja
Le dió terrible dolor;
Y que le dijo: «¿Es posible
Que el ejemplo no te enseña
Que, siendo cosa pequeña,
Da dolor tan insufrible?»
Á diferencia del hombre,
Pequeña fué la mujer;
Pero púdole vencer
Hasta afeminar su nombre.
¿Habéis acaso entendido?

DEYANIRA.

Sí, lo decís por Teseo,
Lo que de vuestro deseo
De la ciudad me ha traído.
Antiopía, enamorada
Del Duque contra las leyes
(Que amor es rey que á los reyes
Jamás obedece en nada),
Tan loco le tiene ya,
Que, porque yo le reñí,
Me mandó prender; que ansí
Medra quien consejos da.
Mas supe librarme yo,
Porque es el oro, en efeto,
Tan poderoso y discreto
Que la libertad me dió.
Luego propuse vengarme,
Y á decirte me dispuse,
Porque es razón que me excuse
El prenderme y maltratarme,
Por dónde puedes entrar
En aquesta ciudad bella,
Porque hay riquezas en ella
Que las pudiera envidiar
La abundancia del rey Midas,
Y de quien tus naves llenas,
Tendrán más oro que arenas;
Y cuando hermosura pidas,
Más hermosuras que el oro
Y quizá de más valor;
Que á los deleites de amor
No llega el mayor tesoro.
Mas no me tengas en menos
De lo que merezco ser,
Que de celos de mujer
Hallarás los libros llenos;
Y no sólo en ellos fundo
El darte aquesta ciudad,
Que con tanta majestad
Se ha dado á estimar al mundo,
Sino que á mí me tocaba
El reino que me quitó
Antiopía, porque yo
Con menos oro me hallaba.
Éste da reinos é imperios,
Alejandro vence guerras,
Humilla rebeldes tierras,
Y tiene grandes misterios.
¿Qué dices?

HÉRCULES.

Que me has llevado
Parte del alma tras ti,
Y si sois todas ansí,
Teseo está disculpado.
Póngase luego, Jasón,
En orden el campo todo,
Y asalte el muro de modo
Que muestre que griegos son;
No hay que aguardar á Teseo.

JASÓN.

¿Por qué se puede aguardar?
Teseo no ha de dejar
La gloria de su deseo
Por cuantos tiene la fama.

HÉRCULES.

Seguidme, griegos famosos,
Cuyos hechos valerosos,
Desde la cuna á la cama
Del sol tienen opinión;
Y tú, bella Deyanira,
Sirve de norte á quien mira
La imán de nuestra afición,
De que están mis ojos llenos;
Serás reina de Amazonas.

DEYANIRA.

No será de tus coronas
La que te engrandezca menos.

Vanse.

Salen Teseo, Antiopía, Fineo é Hipólita.

TESEO.

Las flores de este jardín
No igualan á tu belleza;
Que puso naturaleza
En ti de mis males fin.
Ya de Grecia no me acuerdo,
Ni de mi amigo Jasón;
Tus ojos la patria son
Por quien con razón me pierdo.

ANTIOPÍA.

¿Con qué quieres que encarezca
Mi dulce amor tus favores,
Sino con decirte amores
Hasta que amor me enloquezca?
Siéntate, que dondequiera
Te quisiera ver de asiento:
Goza estas fuentes, que el viento
Con blandos golpes altera;
Que sus tejidos cristales,
De envidia de mi placer,
Ya te vienen á traer
Aljófar entre corales;

Mira estas flores, que en ti
Pienso que se están mirando.

TESEO.

Tanto me estás obligando,
Que ya estoy fuera de mí.
Más se alegran estas flores
El día que á verlas sales;
Vendrán á ti por cristales
Y por diversas colores;
Y en mi vida yo creyera
Ser de tal vida capaz,
Ni pensé que en tanta paz
Viniera á parar la guerra;
Pero ¿en qué menos placeres
Pudieran parar los nombres
De guerras en que los hombres
Conquistan á las mujeres?

ANTIOPÍA.

¿Quiéresme bien?

TESEO.

El efeto
Lo dice en caso tan grave,
Y advierte que lo que sabe
No lo pregunta el discreto.

ANTIOPÍA.

Amor sí, que, aunque lo vea,
Quiere saber é inquirir
Lo que sabe, por oir
Mil veces lo que desea;
Que nadie amando se hartó
De oir que le quieren bien,
Si se lo dicen tan bien
Y siento lo mismo yo.

TESEO.

Pues no hay amor sino en mí;
Que si esta verdad estimas,
Imagina que me animas
Más que el alma que te di;
No me acuerdo de las naves,
Ni de mí mismo; que aquí
Dice amor que me perdí.

ANTIOPÍA.

¡Qué bien engañarme sabes!

FINEO.

Pues, Hipólita, ¿qué haremos
Tú y yo sentados?

HIPÓLITA.

Hablar
De amor.

FINEO.

El enamorar
Es mentir y hacer extremos;
Aquí se cifra no más,
Y luego en el dar dinero.

HIPÓLITA.

Tarde enamorarte espero.

FINEO.

Agora sí que verás
Tantos hombres que te den
Hastío; que amarme á mí
Es porque yo estoy aquí
Y los otros no se ven.

HIPÓLITA.

No digas tal, que te quiero
Por ti mismo.

FINEO.

¡Qué mal gusto!

HIPÓLITA.

El gusto no ha de ser justo,
Sino gusto verdadero.
Ese moreno me agrada.

FINEO.

Siempre escogéis lo peor.

HIPÓLITA.

Es fuego amor.

FINEO.

Es amor
Fuego de Troya abrasada.

HIPÓLITA.

Pues ¿qué es lo que le sustenta?

FINEO.

Carbón.

HIPÓLITA.

Luego tu color,
¿Es para el amor mejor?

FINEO.

La conclusión me contenta;
Mas ¿en qué topa escoger
Las mujeres lo peor?

HIPÓLITA.

En que el humilde es mejor
Para cualquiera mujer:
Un lindo quiérese á sí,
Y piensa que se le debe
Todo amor, y vuelto en nieve,
De hora en hora dice un sí.
Un hombre desconfiado
Y que no puede imitalle,
Lo que le falta de talle,
Pone de amor y cuidado.

FINEO.

¿De qué lo sabéis, si aquí
Nunca con hombres hablaste?

HIPÓLITA.

De ser mujer.

FINEO.

Eso baste.

Caja dentro.

ANTIOPÍA.

¿Es caja?

TESEO.

Señora, sí.

ANTIOPÍA.

De nuestra gente será;
Duerme y descansa.

TESEO.

Sí haré,
Que ¿adónde mejor podré,
Que adonde mi centro está?

ANTIOPÍA.

¡Ay, si pudiera creerte!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Otra vez tocan.

TESEO.

No creo
Que estoy seguro.

ANTIOPÍA.

Teseo,
Ningún temor te despierte:
Duerme, que yo estoy aquí,
Y desvelada en amar.

TESEO.

Otra vez vuelve á tocar.

ANTIOPÍA.

Si es fuera.

TESEO.

Pienso que sí.

Sale Menalipe alborotada.

MENALIPE.

¿Cómo estás de esa suerte entre las flores
Deste jardín, que á los de Chipre iguala,
Cuando con mil trompetas y atambores
El griego Alcides nuestro muro escala?
¿Es justo que ahora estés diciendo amores,
Cuando no sólo la campaña tala,
Mas ya parte del muro desmantela
Á quien con sus engaños te desvela?
¿Tienes, por dicha, honor? ¿Eres tú aquella
Que daba leyes? ¿Cómo te has cegado
Tanto que el primer hombre te atropella?
¿Qué has visto, qué has tratado y qué has ha-
¿Antiopía eres tú, que, como estrella [blado?
De Marte, en la de Venus te has trocado?
Á ti sin armas, entre claras fuentes,
Desmayan amorosos accidentes?
Saca la espada y tu ciudad defiende,
Ó deja á la más digna la corona;
Que así conserva, quien reinar pretende
Cetro, reputación, vida y persona;
Y si el amor de ese mancebo enciende
El pecho de tan ínclita amazona,
Vete con él y no le tengas preso,
Que es la mayor prisión estar sin seso.

ANTIOPÍA.

¡Por Marte, que en ti hiciera la primera
Venganza, Menalipe, á no haber visto
Que amor y honor te obligan de manera,
Que de darte la muerte me resisto!

TESEO.

A mí me toca responder si fuera
Esta la fama que á mi honor conquisto;
Mas no te alargues más, aunque te obligue
Honor, que á la virtud abraza y sigue.
Vamos al muro, que el pensar que he sido
Muerto por la distancia que he tardado,
Fué causa que el ejército atrevido
Haya vuestras murallas asaltado;
En viendo que estoy vivo y que he tenido
La culpa, cesará el asalto airado,
Y volverán del mar á las riberas,
Deponiendo las armas y banderas.

HIPÓLITA.

No tengas pena; tuya soy, Teseo.

ANTIOPÍA.

Y yo, ¿no soy del mundo fiero asombro?
Si ser Hércules tiene por trofeo,
Entre mujeres Hércules me nombro;
No debe de saber cómo peleo,
Ni ha visto el arco, ni la aljaba al hombro,
Parte que bastó sola á mil despojos.

TESEO.

Lo creo si las flechas son tus ojos.

HIPÓLITA.

¿No vas á pelear?

FINEO.

De mala gana;
Que estoy de sopa dulce hasta el gollete.

HIPÓLITA.

¿Quieres una lustrosa partesana?

FINEO.

Bueno; lo que no tiene me promete.

HIPÓLITA.

Un jaco te daré.

FINEO.

Por la mañana
Es lindo jaco un jarro de clarete.

HIPÓLITA.

¿Son los hombres ansí?

FINEO.

Los más.

HIPÓLITA.

¿Los buenos?

FINEO.

Los buenos no, mas siempre son los menos.

Vanse.

Salen Hércules, Jasón, Deyanira, Montano, Tíndaro y Pileo.

HÉRCULES.

Arrimad al fuerte muro,
Soldados, esas escalas.

JASÓN.

Eso pensaba yo hacer,
Teseo, por tu venganza;
Pero ya que sé que vives
Por deshonra de tu patria,
El primero serás tú
Para quien saque la espada.

DEYANIRA.

Por este lienzo que veis
Está la parte más flaca
Y que es de menos firmeza.

HÉRCULES.

Aquí podéis arrimallas:
Toque esa parte á Jasón;
A Tindaro de Tesalia
Le toque aquésta, y Montano
Le ayude aquí con sus armas:
¡Ea, generosos griegos!

TÍNDARO.

Tú verás que á nadie falta

RAE ACADEMIA ESPAÑOLA

Valor á tu sombra, Alcides.

MONTANO.

Pileo, esta parte guarda
En tanto que subo al muro.

PILEO.

Mal ese nombre le llamas;
Ya es Parnaso de Helicona,
Pues le cercan Musas tantas.
¡Vive el cielo! que es vergüenza
Sacar armas tan honradas
Contra ejército de ninfas.

HÉRCULES.

Ya es tiempo: tocad las cajas.

Tocan cajas, y sale arriba Teseo y las Amazonas con alcancías, y van subiendo Tíndaro y Montano por las escalas, y, acabadas, dice Teseo:

TESEO.

¡Ah, valiente general!
¡Ah, soldados de mi patria!
¿No me conocéis?

HÉRCULES.

¿Quién eres
Que desde el muro nos llamas?

TESEO.

Teseo soy.

JASÓN.

¿Tú?

TESEO.

Yo soy.

JASÓN.

Sospecho que nos engañas;
Pero ¿quién, si no tú, agora
Entre mujeres se hallara?

TESEO.

Pues, Jasón, ¿tú hablas ansí?

HÉRCULES.

Jasón como debe habla:
Tú no, que negar no puedes
Que entre mujeres te hallas.

TESEO.

¿Con embajada no vine?

HÉRCULES.

¡Por Dios que es linda embajada
Dejar burlados los hombres
Y quedarte con las damas!
Si haces labor con ellas,
Buena disculpa: eso basta;
Ponte una rueca, Teseo;
¿Para qué quieres espada?
Mientras duermes, por ventura,
Entre delicada holanda,
¿Quieres que estemos nosotros
Velando por la campaña?
Mientras comes á la mesa
De esa Amazona bizarra,
¿Quieres que comamos hierbas
Que apenas la tierra esmalta?
Nunca tuvo Circe á Ulises
Tan olvidado y sin armas.
Dime, tú, ¿qué determinas
Y qué quieres que yo haga?
¿Quieres que me vuelva á Grecia
Y que sea esta jornada
Para dejarte cautivo?

TESEO.

Injustamente me tratas,
Constándote de mis obras,
Con tan indignas palabras:
No me ha respondido Antiopia,
Que indecisa agora aguarda
Lo que el Senado decreta.

HÉRCULES.

¿Qué Senado ó qué nonada?
¡Gentiles lacedemonios,
Lindos atenienses!

TESEO.

Pára,
Que alguna vez te han vencido.

JASÓN.

Teseo, del muro baja,
Y tratemos esto á solas.

TESEO.

Haré, Jasón, lo que mandas:
La Reina hablaré; y si quiere
Rendirse, ¿qué mayor gala
Que vencerla con respeto?
Que es mujer, y el serlo basta.

JASÓN.

¿Qué dices?

HÉRCULES.

Que quede así.

JASÓN.

Vete á hablarla.

TESEO.

Voy á hablarla;
Que pienso que del asalto
Detrás del muro descansa.

Vase Teseo.

DEYANIRA.

¿Veis cómo vive Teseo,
Y cómo rendido trata
La defensa de la Reina?

HÉRCULES.

Es, Deyanira gallarda,
El mayor poder amor:
Por eso á Marte retratan
La túnica de diamante
Y la espléndida celada
Rendida á los pies de Venus:
Ya Apeles en una tabla
Pintó pisando el Amor
Los libros y las espadas.
Y en fe de aquesta verdad,
Y porque á Teseo valga
Algún ejemplo que vuelva
Por la opinión de su fama,
Hoy quiero de un verde mirto
Ceñir tus sienes doradas
Por reina de la hermosura
Y deste reino que aguardas,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De quien, á pesar del mundo,
Serás, Deyanira amada,
Tan señora, que sus reyes
Vengan á besar tus plantas.

DEYANIRA.

Las tuyas solas merecen
Esa grandeza; y pues pagas
Mi amor, más quiero que en Grecia
Digan que voy por tu esclava,
Que ser reina en Temiscira.

HÉRCULES.

Vamos, y tocad las cajas
A recoger nuestra gente.

JASÓN.

Mujeres todo lo amansan.

Vanse.

Salen Teseo, Antiopía, Hipólita y Fineo.

TESEO.

¿Esto debes á mi amor?

ANTIOPÍA.

Conozco lo que te debo;
Pero es, en todo rigor,
Tu amor, Teseo, muy nuevo,
Y muy antiguo mi honor.

TESEO.

Luego ¿no quieres rendir
La ciudad que he prometido?

ANTIOPÍA.

No, que si pueden decir
Que con amor he vivido,
Con honra quiero morir.

TESEO.

Antiopía, si tu amor
Fuera verdad, y pagaras
El mío en todo rigor,
Más en mi amor repararas
Que en ese tu necio honor.
Ese ejército cruel
Que el muro asalta, si de él
Acaso infamarte quieres,
No pienses que es de mujeres
Como las que están en él.
Hombres son de valor tanto,
Aunque el tuyo los desprecia,
Que desde un rincón de Grecia
Dan á todo el mundo espanto.
Ya ves que no puede ser
Defenderte, ni yo hacer
Que por mi amistad lo esperes,
Pues por defender mujeres
Me infamaron de mujer.
Hércules tiene valor
Tal, que en rendirte no ofendes
El tuyo; y si dice amor
Que en esto tu honor defiendes,
Quiero defender mi honor.
Yo no puedo estar aquí
Con lo que dicen de mí
Si me cuentan por mujer,
Pues enseñado á vencer,
Me dejo vencer de ti;
Que en este juego que admiran
Los que del amor se ciegan
Y picados se retiran,
Lo que no ven los que juegan,
Echan de ver los que miran.

ANTIOPÍA.

Teseo, yo te confieso
Que tu pensamiento adoro;
Y aunque con tan loco exceso,
Siempre á mi honor y decoro
Guardé una parte del seso.
Este sagrado me ha dado
Para mi honor mi valor;
Mi amor ha muerto, y turbado
De ver que ha muerto, mi honor
Quiere acogerse á sagrado;
Que si tú me lo tuvieras,
Yo sé que aquí te quedaras
Y mi ciudad defendieras.

TESEO.

Ni en que soy hombre reparas,
Ni en el peligro que esperas.
De mis hazañas, ¿no infieres
Que fama y laurel me dan?
Basta, Antiopía; ¿qué quieres,
Que yo sea capitán
De un escuadrón de mujeres?
Pues ya, como al fin sospecho,
Sabré defender mi pecho;
Que amor, cuando grande ha sido,
Siempre acaba arrepentido
De las bajezas que ha hecho.
Quédate con Dios, que has dado
En que á tu honor le previenes
La fama que le has guardado;
Que si tú sagrado tienes,
No ha de faltarme sagrado.
Que aunque es verdad que te di
Más alma que está conmigo,
Si tú vivieres sin mí,
Sentirélo, pero digo
Que sabré vivir sin ti.
Piensa tu hermosura, en vano,
Que sentiré las porfías
De tu rigor inhumano,
Y trato de pocos días
Es tempestad de verano.

ANTIOPÍA.

¡Espera, ingrato, un instante!

TESEO.

¿Qué quieres?

ANTIOPÍA.

¿Ansí te vas?
¿Eres diamante ó amante?

TESEO.

Tú, pues no me labras más,
Más serás ya que diamante.
¿Ríndeste, ó voyme?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ANTIOPÍA.

¡Ay de mí,
Que toda el alma te dí!

TESEO.

¿Qué importa si ya la niegas,
Pues que la ciudad no entregas,
Que es señal que vive en tí?

ANTIOPÍA.

Esa conclusión no es buena:
Mal arguye tu porfía,
Porque el alma, de amor llena,
Te puedo dar como mía,
No la ciudad que es ajena.
¿Qué dirán las Amazonas
Si me doy tan fácilmente,
Sino que el amor que abonas
Quiere quitar de su frente
Tan excelentes coronas?
Vete, que quiero morir.

TESEO.

Mucho te debe tu honor:
Adiós.

ANTIOPÍA.

Qué, ¿te puedes ir?
Aguarda; que dice amor
Que no lo puedo sufrir.

TESEO.

¿Para qué quieres que aguarde?

ANTIOPÍA.

Para ver si puede ser
Rendirme.

TESEO.

No estés cobarde.

ANTIOPÍA.

Fuí para amarte mujer:
Honor, ya me adviertes tarde;
Pero no, que no es razón,
Pues sólo en morir contigo
Volveré por mi opinión.

TESEO.

Voyme, en fin.

ANTIOPÍA.

¡Vete, enemigo,
Que me mataste á traición!

TESEO.

Pues no vuelvas á llamarme.

ANTIOPÍA.

¿Oyes?

TESEO.

¿Qué tengo de oir?

ANTIOPÍA.

Que no he de verte.

TESEO.

Es cansarme.

ANTIOPÍA.

Vuelve, pues he de morir.

TESEO.

¿Á qué, señora?

ANTIOPÍA.

¡Á matarme!

TESEO.

Esto es locura.

ANTIOPÍA.

Sí es:
Taparme quiero los ojos.....
Vete.

TESEO.

Voyme.

ANTIOPÍA.

Vete, pues.

Vase Teseo.

Aunque lágrimas y enojos
Me los cegarán después.

TESEO.

Voyme, pues: ganó la palma
Honor, que amor atropella
Y pone la vida en calma;
Mas dejándome sin ella,
¿Cómo he de vivir sin alma?
Mas aunque el alma me asombre,
No pierda su honor mi nombre;
Que es infamia no creer
Que cuanto pueda mujer
No sepa sufrir un hombre.

Vase.

HIPÓLITA.

¿Cómo quedamos los dos?

FINEO.

Yo no me puedo quedar.

HIPÓLITA.

Que, en fin, ¿me quieres dejar?

FINEO.

¡Lindo descuido, por Dios!
Pues ¿qué querías que hiciera
Solo entre tantas mujeres?
¿No es razón que consideres
El peligro en que me viera?
Siempre á las mujeres dejo
Su honor aparte, aunque muchas,
Aunque pueden comer truchas,
Suelen comer abadejo:
Yo me voy.

HIPÓLITA.

¿Por qué no quieres
Quedarte?

FINEO.

Por mi inquietud;
Que no hay falta de salud
Como sobra de mujeres.

Vase Fineo.

ANTIOPÍA.

¿Fuéronse ya?

HIPÓLITA.

Ya se fueron;
Descubrir puedes los ojos.

ANTIOPÍA.

¡Qué pocas penas y enojos
Nuestros cuidados les dieron!
Nunca, Hipólita, pensé

Que eran tan fuertes los hombres;
Agora sí que sus nombres
En alto lugar pondré.
Fuertes son, fuertes los veo,
Pues que de tan fuertes lazos
Saben desasir los lazos
Y levantar el deseo.
Esta noche nos están
Diciendo amores, ternuras,
Y dejándonos á obscuras
Á la mañana se van.
No hallo comparación
Para su velocidad,
Que en nuestro amor y amistad
Correos de posta son;
Que acabado de venir,
Ello solo se detiene;
Que dejando en la que viene,
En otra vuelve á partir.
¡Oh, cuánto puedes, honor!
Aunque á las almas cruel,
Tus sienes son de laurel,
Pues que vences tanto amor.
¿Habrá mi dulce Teseo
Salido de la ciudad?

HIPÓLITA.

Mira su velocidad,
Pues le imaginas correo.

ANTIOPÍA.

¿Podré si á verle en el muro
Me pongo?

HIPÓLITA.

Mejor será
Que adviertas que no estará
Del enemigo seguro.

ANTIOPÍA.

Mal hice en no me rendir:
¿Llamaréle? ¡Vuelve, espera!
Pero mejor es que muera,
Pues todo acaba en morir.
¿Cómo pasaré sin él?
Pero si muero, ¿qué temo?
Donde me hielo, me quemo;
¿Hay desdicha más cruel?
Ya no tengo de escuchar
Sus regalos; ¿es posible
Que así, tierno y apacible,
No me ha de hablar ni mirar?
¿Qué sirve esta fama y nombre,
Pues que no puede en mujer
Haber perfección ni ser
Si no le viene del hombre?
Pero no pierda por mí
Tanta opinión adquirida
Si su honor está en mi vida.

Sale Menalipe.

MENALIPE.

¿Está aquí la Reina?

HIPÓLITA.

Sí.

MENALIPE.

Apenas salió Teseo,
Señora, de la ciudad,
Cuando con nueva crueldad
Y más ardiente deseo
Hércules asalta el muro,
Y en otra parte Jasón
Quiere ganar opinión,
De la victoria seguro.
¿Qué haces de aquesta suerte?
¿Habémonos de rendir?

ANTIOPÍA.

No, amiga, sino morir,
Que está el laurel en la muerte.
Fuése Teseo, ¡oh traición!
Sin quererme defender;
Que dice que soy mujer
Y que infama su opinión.
Pues ¡vive Marte! que presto
Le dé á entender mi valor,
Que puede ser lo mejor
Que los que en el mundo he puesto.
Mucho los hombres prometen
Cuando nos quieren vencer;
Pero pasado el placer,
No quieren que los aprieten.
Bravo caso que por mí
Perdáis, fuertes Amazonas,
Tantas ilustres coronas:
Yo vuestra deshonra fuí;
Mas no faltará la espada
Que á Dido la muerte dió;
Que no quedo menos yo
Burlada y enamorada.

MENALIPE.

Y esa espada, ¿no es mejor
Ponerla al pecho cruel
Que te engañó?

ANTIOPÍA.

No, que en él
Puse el alma y vive amor;
Pues en llegando la espada
Hacer en su pecho herida,
Mataré mi propia vida,
Que está en él depositada.
Harto me rogaba aquí
Que me rindiese; mas veo
Que, así como así, Teseo
Se quiere burlar de mí.
Que no deben sus placeres,
Como tan mal enseñada,
De agradar la que es honrada
Como las otras mujeres.
Ya vuestras leyes rompí,
Ya todo vuestro recato
Deshizo este griego ingrato,
Y se ha burlado de mí.
Llévame el alma, y sospecho
Que no sé qué me ha dejado
Con que piensa que ha pagado
Tanto mal como me ha hecho.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mas si le quiero matar,
Podré matándome á mí;
Que pienso que tengo aquí
En quien me puedo vengar.
De suerte que, con matarme,
Podré matar mi enemigo,
Y de él y de mí, conmigo,
De mi deshonra vengarme.

MENALIPE.

No pensé que era tu mal
Tan grande como lo veo;
Veneno te dió Teseo,
Porque el amor es mortal.
Ya disculpo á Deyanira,
Que con los griegos se fué
Celosa de ti.

ANTIOPÍA.

¿Qué haré?

MENALIPE.

Tu poco valor me admira;
Defender, pues Reina eres
De esta gente, con valor
Tus mujeres.

ANTIOPÍA.

¡Ay, honor,
Mal defendido en mujeres!

MENALIPE.

Vamos; y antes de entregar
La ciudad, las vidas mueran,
Porque estos hombres esperan
De nuestras vidas triunfar.
Ea, ¿de qué estás suspensa?

ANTIOPÍA.

Vamos, que tienes razón,
Si de perdida opinión
Es el morir recompensa;
Porque de suerte me veo
Que, no pudiendo vivir,
Tengo por dicha morir
A los brazos de Teseo.

Vanse.

Hércules dentro.

HÉRCULES.

¡Ea, generosos griegos,
Romped las puertas, entrad,
Y una vez en la ciudad,
No admitáis llantos ni ruegos!

TÍNDARO.

¡Aquí, valiente Jasón;
Que nos hacen resistencia!

Salen Pileo é Hipólita riñendo.

PILEO.

Ríndase, y tenga paciencia;
Que herir mujer es traición.

HIPÓLITA.

¡Cobarde! ¡Mátame aquí!

Salen Jasón y Menalipe riñendo.

JASÓN.

¡Detente!

MENALIPE.

Riñe, ¿qué esperas?

JASÓN.

Á saber quién soy, rindieras
Las armas.

MENALIPE.

¿Rendirme á ti?

JASÓN.

Advierte que soy Jasón.

MENALIPE.

Suspende un poco la espada;
Que es tu fama celebrada
Y es heroica tu opinión.

JASÓN.

¿Quién eres, bella amazona?

MENALIPE.

Menalipe soy; ¿qué quieres?

JASÓN.

Entre estas bellas mujeres
Tienes ilustre corona.
¡Oh, qué gallardos despojos
La guerra me prometió,
Si ya no lo fuera yo
De las niñas de tus ojos!
Arderme en sus llamas siento
Como en divino crisol;
Que pelear con el sol
No es humano atrevimiento;
No sé cómo te pedí
Que tus armas me rindieras,
Si pretendo que supieras
Que ya estoy rendido á ti.
Fuera de lo que tu fama
Me obligó en esta conquista,
Lo estoy tanto de tu vista,
Que ya tu esclavo me llama.
No desprecies á Jasón,
Hombre que hasta el otro polo
Es respetado.

MENALIPE.

Tú sólo
Mereces justa afición.
Pero con ver el ejemplo
De Teseo, que se fué
Ingrato á la mayor fe
Que amor ha visto en su templo.....
Déjame, griego, morir:
Vuelve á levantar la espada.

JASÓN.

Mira, Menalipe amada,
Que si aquí te dejo ir,
Has de venir á poder
De griego que valga menos,
Y no todos, aunque buenos,
Te han de poder merecer;
Fuera de que siendo mía
No te quiero yo matar.

Dice Teseo dentro, y sale riñendo con Tíndaro.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TESEO.
Griegos, ¿en qué han de parar
Vuestra locura y porfía?
Retiraos, que yo lo mando.
TÍNDARO.
Hércules es general,
Y este es su bando Real.
TESEO.
Adonde yo estoy no hay bando.

Salen Hércules y Deyanira.

HÉRCULES.
¿Quién es el que manda adonde
Está la gloria de Tebas?
TESEO.
Teseo soy, fuerte Alcides.
HÉRCULES.
Y ¿qué importa que lo seas?
TESEO.
¿Así tratas los amigos?
HÉRCULES.
Y ¿tú los amigos dejas?
TESEO.
Yo estaba tratando paces.
HÉRCULES.
Y yo sustentando guerras.
TESEO.
Ésta no es justa.
HÉRCULES.
Sí es,
Y basta que yo la emprenda.
TESEO.
Por la parte que me toca,
Procuraré defenderla.
HÉRCULES.
¿Tú conmigo?
TESEO.
¿Por qué no?
¿Has tenido alguna empresa
Á que no fuese Teseo?
HÉRCULES.
Desde que entraste en Atenas,
Á mi sombra fuiste tú;
Que sin ella no pudieras
Pasar el negro Aqueronte,
Adónde las almas penan.
TESEO.
Hércules, menos palabras;
Que no soy yo sierpe fiera,
Centáuro ó volante arpía
Temeroso de tus flechas.
Soy Teseo, y tan valiente
Como tú.
HÉRCULES.
Pues que deseas
Morir, defiéndete, loco.
DEYANIRA.
No quiera Marte que pierda
La guerra tales dos hombres.
TESEO.
Si soy tal, ¿cómo no llegas?
HÉRCULES.
Porque, estando el cielo en medio,
Con todo su sol me ciega.
JASÓN.
Mis dos mejores amigos
Probar las fuerzas intentan;
Aquí me aguarda, no huyas.
MENALIPE.
Ya no puedo aunque quisiera.
JASÓN.
¿Qué es esto, valiente Alcides?
HÉRCULES.
Viene á quitarnos la empresa
Teseo, siendo la flor
De la hermosura y riqueza;
Pues ¡vive Marte! que ya
Es imposible que pueda,
Porque los fuertes soldados
Mujeres y oro saquean,
Dos cosas que han dado al mundo
Fuerte codicia, y materia
Á la fama y á la historia.
JASÓN.
Teseo, ¿no te contentas
Con habernos engañado
Gozando otra nueva Elena,
Sino que quieres quitarnos
La honra volviendo á Grecia
Vencidos de unas mujeres?
TESEO.
No quiera Marte que emprenda
Vuestro deshonor, si bien
He causado vuestras quejas;
Sólo os pido, pues ya estáis
En la ciudad, que á la Reina
Guardéis el justo decoro.
TÍNDARO.
Ya pienso que viene presa.

La Reina salga riñendo con Pileo y Montano.

MONTANO.
Rinde la espada.
ANTIOPÍA.
¿Yo á ti?
¿Quién eres?
MONTANO.
Soy sangre vuestra,
Y el hombre sólo que vió,
Á la piedad de unas peñas,
Vuestra crueldad inhumana,
Y no lo fueron las fieras.

Salen Fineo é Hipólita riñendo.

FINEO.
¿Tú te defiendes de mí?
HIPÓLITA.
¿Qué quieres que me defienda
Si me rendí donde sabes?
FINEO.
Hízoos la naturaleza

En lo secreto amorosas,
Y en lo público soberbias.

HÉRCULES.

¡Paso, valientes soldados!

MONTANO.

¡Señor, la Reina!

HÉRCULES.

¿La Reina?
¿Quién la prendió?

MONTANO.

Yo, señor.

FINEO.

Por mí, señor, viene presa.

ANTIOPÍA.

¿Presa? No, mientras que tenga
La espada en la mano diestra
Y en el pecho el corazón.

TESEO.

Aquí la ocasión me fuerza
Á morir al lado tuyo.

ANTIOPÍA.

Pues adonde yo te vea,
¿Quién me ha de quitar la vida?

TESEO.

Pues ¿qué es lo que pretendéis?

HÉRCULES.

Yo daré un medio que sea
Justo y conveniente á todos.

TESEO.

Prosigue.

HÉRCULES.

El campo comienza
Á destruir la ciudad:
Tanto el oro desenfrena;
Yo haré que cese el rigor
Como la Reina conceda
Que pueda cualquier soldado
Llevar la mujer que quiera,
Como ella no se resista
Y su persona aborrezca,
Que en tal caso no es razón
Que ninguno las ofenda;
Con esto irán nuestras naves
Honradas de aquesta empresa,
Los soldados bien pagados,
Y las mujeres contentas.

TESEO.

Reina, justo me parece
Si tú permites que sea.

ANTIOPÍA.

Ahora bien, yo vengo en ello
Como no repliquen ellas.

MONTANO.

Yo voy por una mujer:
Dios me la depare buena.

FINEO.

Yo por otra, pues hay tantas,
A escogerla entre sesenta.

PILEO.

Yo voy por una ojizarca,
Entre blanca y entre negra,
A manera de pernil;
Quiero decir, flaca y fresca.

MONTANO.

Venus, si la topo tal,
En la jerigonza nueva
Te ofrezco cuatro sonetos
Que sólo Dios los entienda.

HÉRCULES.

Reina, pues ya la amistad
En estas paces comienza,
Deyanira es mi mujer.

ANTIOPÍA.

Por muchos años lo sea,
Que mil abrazos la doy.

DEYANIRA.

Perdona si alguna ofensa
Te pude hacer ofendida.

TESEO.

Pues si á Deyanira llevas,
Alcides sabe que es mía
La bella Reina.

HÉRCULES.

¡Quien fuera
Más digno! Tu amigo soy.

JASÓN.

Pues dale, Reina, licencia
A la bella Menalipe
Para que mi esposa sea.

ANTIOPÍA.

Ella es, señor, la dichosa;
Escogió como discreta.

FINEO.

Hipólita no será,
Porque parezca coneja
De aqueste pobre gazapo.

ANTIOPÍA.

Dale la mano, y con ella
Fin *Las mujeres sin hombres*,
Aunque no los hay sin ellas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL PERSEO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL PERSEO

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

Á ANTONIO DOMINGO DE BOBADILLA

VENTICUATRO Y EJECUTOR PERPETUO DE SEVILLA,
FAMILIAR DEL SANTO OFICIO.

Por ninguno de los beneficios recibidos de los príncipes tan altamente escribieron los poetas antiguos como por la estimación y defensa de sus versos; por ésta compuso Claudiano la victoria de Estilicón contra Alarico, y dijo en la prefación de la guerra Gética:

Nam mihi conciliat gratas impensius aures,
Vel meritum libri, vel Stilconis amor.

Y se considera en Ausonio Galo, en el libro de sus epístolas, á Simaco, á Paulino y á Tetradio, y hasta en la condición de Marcial por infinitos ejemplos, á quien el emperador Adriano llamaba su Virgilio; pues á Estertinio reconoció tanto por haber puesto su retrato en su estudio. Y porque esto sería proceso infinito, lea Vm. la epístola de Plinio á Cornelio Prisco, elogio de su muerte, en que le envió los versos que había hecho en su alabanza, y hallará estas palabras: Merito ne eum, qui hoc de me scripsit, et tunc dimissi amicissime, et nunc amicissimum defunctum esse doleo? *etc. Pues siendo así que mis escritos han hallado en Vm. tal protector en esa ínclita ciudad, tal estimación y tal Mecenas, ¿cómo podré dejar de escribir sus alabanzas y de ofrecerle el corto caudal mío con amoroso y agradecido rendimiento?*

Es la insigne Sevilla madre felicísima de innumerables ingenios en todas facultades, y de cuya opinión, el escritor que la consigue, debe estar animoso y satisfecho; pues quien por medio de Vm. la hubiese consegiudo, viviendo desconfiado de sus estudios é ingenio, ¿qué gracias, qué alabanzas, qué dignas demostraciones á tan generosa voluntad le debe? Los hombres que en su república, senadores, tienen la superior autoridad, compiten con los príncipes, á quienes dió el nacimiento lo que á éstos la ciencia y el natural merecimiento de sus virtudes.

Hay verdades que parecen lisonjas, y hay lisonjas que parecen verdades; y por no caer de las primeras en las sospechas de las segundas, y porque no sea más la cubierta que el presente, envío

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

á Vm. la fábula de Perseo, tan celebrada de Ovidio, de Horacio y de Apolonio, y por quien dijo Silenciario, entre otros, aquellos versos:

Sic Danae devicta fuit, non ullus amator
Aurum cui fuerit, supplicet tunc Veneri.

Vuesa merced la reciba en su protección, pues ya le obliga salir á luz en su nombre; que quien á tantos versos (que como expósitos andan por el mundo) ha puesto á la sombra de su amparo y patrocinio, mejor podrá los que le ofrezco, pues ya son suyos. Dios guarde á Vm. como deseo.

Su capellán:

Lope de Vega Carpio.

EL PERSEO

PERSONAS DE LA TRAGICOMEDIA

Lisardo.	Armindo.	Soldados.	Lisandro.
Apolo.	Júpiter.	Polidetes.	Cazadores.
Mercurio.	El Tiempo.	Perseo.	Diana.
Amintas.	Cardenio.	Fenicio.	Fineo.
Fileno.	Celio.	Un Gigante.	Laura.
Medusa.	Virgilio.	Andrómeda.	Felino.
Mirelio.	El Rey de Tiro.	Aristeo.	
Ismenio.	Danae.	Elisa.	
Jacinto.	El Rey Acrisio.	Polinestór.	

ACTO PRIMERO.

Salen Lisardo y Armindo.

LISARDO.

En esta torre la ha puesto.

ARMINDO.

¿Eso es celos, ó es honor?

LISARDO.

Mi desdicha; pues tan presto
Como conoció mi amor,
Vino á matarme dispuesto.
En fin, yo vengo á perder
Mi bien sin poderla ver.

ARMINDO.

No se llama bien perdido
Si de otro dueño no ha sido
Ni puede venir á ser.

LISARDO.

¡Ay, Armindo! ¿No es perderle
El no verle y desearle?

ARMINDO.

No está el perderle en no verle,
Porque á la vista faltarle
No es el dejar de tenerle.
Quien tiene el oro guardado,
No dice que le ha perdido;
Y así, tu bien encerrado
En esta torre, no ha sido
Perdido, sino estimado.

LISARDO.

Armindo, quien oro tiene,
Tiene de él también la llave,
Con quien á sacarle viene;
Y como el remedio sabe,
Así la falta entretiene.
Pero si el Rey ha encerrado
Su hija en aquesta torre
Celoso de mi cuidado,
¿Qué remedio me socorre?
¿Qué esperanza me ha quedado?

ARMINDO.

También tiene el avariento
En el escritorio el oro,
Y en el oro el pensamiento,
Y hay quien le robe el tesoro
Con ingenioso instrumento.
De aquesta torre las guardas,
No son toros ni dragones.
¿Qué temes, qué te acobardas,
Si más heroicos blasones
Para tu nobleza aguardas?
Danae está cerrada aquí,
Que no en ajeno poder;
Procura entrar.

LISARDO.

¡Ay de mí!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Podré las guardas vencer?

ARMINDO.

¿Pues no?

LISARDO.

¿Aun no dijeras sí?
Téngolo por mal agüero.

ARMINDO.

Consulta á Apolo primero,
Que en este templo responde.

LISARDO.

Siempre en su respuesta esconde
Lo falso y lo verdadero.

ARMINDO.

De sus oráculos son
Equívocos los sentidos.
Mas yo sé que á tu razón
Los dará Apolo entendidos;
Por ser de amor su pasión.
¿Cómo Apolo y la cruel
Dafne hermosa, huyendo de él,
En laurel se convirtió?

LISARDO.

Así viera, Armindo, yo
Mi bella Danae laurel.

ARMINDO.

Entre estas peñas cubiertas
De lauros se ven las puertas
Del templo sacro, y algunas
Altas dóricas colunas.

LISARDO.

¿Si estarán agora abiertas?

ARMINDO.

La deidad que favorece
Los amantes las abrió.
Llega, y tu víctima ofrece.

LISARDO.

Á quien ama, pienso yo
Que todo amor le enternece.

Descubriéndose el templo de Apolo, se vea en una grada con un rostro dorado y cercado de rayos, y en un arco por encima pintados los doce signos.

LISARDO.

Famoso padre del tiempo,
Producidor de los años;
Lámpara eterna del cielo,
Sol divino, Apolo sacro,
Á cuyo calor el oro
Nace entre duros peñascos,
Con que viene á ser después
Imitador de tus rayos;
Ya sabes que en la gran Tebas
Soy el príncipe Lisardo,
Hijo del famoso Alcino
Y descendiente de Cadmo.
Entre muchos pretendientes,
Por dicha solicitado
De la fama, vine á ver
Este divino milagro
De la hermosura de Danae,
Que el universal teatro
Del mundo apellida Fénix,
Más única que el arabio;
Que por nacer de sí misma,
Sin mezcla de ajenos brazos,
Se abrasa en mirras sabeas
Y en cinamomos pancayos.
Vila, soberano Apolo,
Y sentí luego del arco
De amor la dorada flecha:
Tú sabes si puede tanto.
Quedéme á servirla ciego,
Y en dos años no he dejado
Amorosa diligencia
De las que enseña el cuidado,
Sin personales servicios;
Pienso que en aire, y en campo,
Y hasta en el mar, no han tenido
Los elementos tratados,
Cosa que no haya vencido
Á sus ojos y á sus manos;
De que conozco su amor,
Pues no le merezco ingrato,
Porque en sus demostraciones
Matemáticas hallamos
En las obras, que sin ellas,
Dicen que el amor es falso.
Cuando pensé, finalmente,
Que el premio estaba llamando
Á las puertas del deseo,
Acrisio, su padre, airado,
Celoso de mis venturas
Ó mis glorias envidiando,
(Que tal vez naturaleza
Envidia lo que ha formado),
En una torre la encierra
Adonde apenas sus rayos
Hallarán paso á sus ojos,
Que celos no dejan paso.
¿Qué industria podrá vencer,
Que alcance al ingenio humano,
La dificultad que digo?

APOLO.

Oye, príncipe Lisardo:
Si á tan gallarda hermosura
Puede hacer tiro acertado
Ó vencer alguna cosa,
Es sólo el oro.

LISARDO.

Qué, ¿tanto
Podrá el oro, sol divino?

APOLO.

Lo más imposible hallo
Rendido al oro.

LISARDO.

Es tu hijo;
Tendrá el valor de tus rayos.

APOLO.

Oro la podrá vencer,
Oro rendirá sus brazos,
Porque el oro es la rüina
De torres y muros altos.

LISARDO.
Yo pensaba que el amor
Era más fuerte.
APOLO.
Es engaño;
Poderoso es este rey,
Gran fuerza pongo en criallo.

Ciérrase el templo y cantan dentro:

Con la fuerza del oro
No hay fuerza alguna,
Porque el sol que le cría
Le dió las suyas.
LISARDO.
¿Qué te parece?
ARMINDO.
Que creo
Todo lo que dice Apolo,
Y que rendida la veo.
LISARDO.
Con el oro, Armando, sólo,
No hay imposible deseo.
Él gana fuertes ciudades,
Allana dificultades,
Perdona grandes agravios,
Agrada á necios y á sabios,
Y roba las voluntades.
ARMINDO.
Ven, que pues de este metal
No te falta lo que basta,
Tuya es Danae.
LISARDO.
Si mi mal
Con el oro se contrasta,
¿Será deidad celestial?
ARMINDO.
Tenlo por cierto.
LISARDO.
No ignoro
Que es valiente, aunque el decoro
Temo de tan noble dama
ARMINDO.
Como eso dice la fama
De los milagros del oro.

Vanse, y salen Júpiter y Mercurio.

MERCURIO.
Pues tú bajas del cielo,
Alguna grave empresa te ha movido.
JÚPITER.
Pisar mi planta el suelo
En traje humano no sin causa ha sido.
MERCURIO.
¿Es venganza de injuria
Quien mueve tu deidad á tanta furia?
JÚPITER.
Si castigar quisiera,
Mercurio, algún soberbio, ya tú sabes
Que en el cielo pudiera,
Donde fulmino por el mar las naves,
Y en la tierra derribo
El bárbaro edificio más altivo:
Aquellos arrogantes
Que haciendo torres de soberbios montes
Los robustos gigantes,
Los encelados bravos y tifontes,
En Sicilia oprimidos,
Debajo de las aguas dan bramidos.
No me trae venganza,
Amor me trae.
MERCURIO.
Amor, Júpiter, sólo
Hiciera tal mudanza,
Que el poderoso pie que pisa el polo
En que se mueve el cielo,
Enriqueciera de su estampa el suelo.
¿Podré, si mi secreto
Te obliga, ¡oh Rey de los planetas! claro
Conocer el sujeto?
JÚPITER.
Ya sabes que mi pecho te declaro,
Y que á todo me ayudas.
MERCURIO.
Eres planeta, y temo que te mudas.
JÚPITER.
Cuando amaba á Alcumena,
Á ti te dí la forma del esclavo
De Anfitrión.
MERCURIO.
La pena
De Juno temo, tu privanza alabo.
JÚPITER.
Persígueme con celos.
MERCURIO.
Terribles son, pues entran en los cielos.
JÚPITER.
Á lo menos sutiles;
En fin, los celos al amor afinan.
MERCURIO.
¿Cómo, siendo tan viles,
Engrandecen á amor y le encaminan?
JÚPITER.
Yo te diré el secreto.
MERCURIO.
Que nunca lo he entendido te prometo.
JÚPITER.
Cuando el platero apura
El oro en el crisol que el fuego enciende,
En la sustancia pura
Del oro el blanco solimán extiende,
Con que limpio le saca,
Y él vase en humo cuando el fuego aplaca;
Tal, cuando amor te afina,
Es menester el solimán de celos
Con que la llama fina
Sale pura del fuego de recelos:
Queda amor en lo sumo,
Y celos, si lo fueron, vanse en humo.
MERCURIO.
¿Quién, si no tú, pudiera
Decir cosa más rara? Al fin celosa
Juno tu amor altera;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pero dime, ¿quién es la Ninfa hermosa
Que te ha bajado al suelo?

JÚPITER.

Los dioses rinde amor, penetra el cielo;
En esta torre vive
Danae gallarda, donde el Rey tirano
Padre suyo, prohibe
La entrada al puro sol, al viento vano,
Con guardas, muro y foso,
Pertrechos de los miedos de un celoso.
Ésta, Mercurio, adoro;
Mas dice Apolo que vencerse puede
Con la fuerza del oro.

MERCURIO.

Pues ¿á qué esperas que vencida quede?

JÚPITER.

¡Que venza la riqueza
Á la que vence á un dios, que es la belleza!

MERCURIO.

De su poder me admiro.

JÚPITER.

Yo pienso, en lluvia de oro transformado,
En la torre que miro,
Entrar preciosamente disfrazado.

MERCURIO.

Si el cielo así lloviera,
Ningún quejoso por la tierra hubiera,
Ni el mar se navegara,
Ni hubiera pleitos, ni sangrientas guerras;
Pero ¿quién trabajara
Y cultivara las desiertas tierras?

JÚPITER.

Ven, volveréme en oro.

MERCURIO.

Mayor fuerza tendrás, mayor decoro.

Éntranse, y salen Danae y Elisa.

ELISA.

No sé por qué sufres bien
Que el Rey te trate tan mal.

DANAE.

Porque en fuerza desigual,
Es necio cualquier desdén;
Si me quejara también,
Parece que le obligara
Á que de mí confirmara
La sospecha que he tenido.

ELISA.

Ya el amor se acerca á olvido
Cuando en sospechas repara.

DANAE.

Bien conozco que el amor
Que debo, Elisa, á Lisardo,
Príncipe ilustre y gallardo,
Puede atropellar mi honor;
Pero no quiere el valor
De mi noble nacimiento
Dar riendas al sentimiento,
Sino mostrarme tan fuerte
Que para la misma muerte
Se prevenga el sufrimiento.
Mi padre en aquesta torre
Me guarda, de amor ajeno;
Pero traigo yo el veneno
Que ya por mis venas corre.
Á sus recelos socorre
Con las guardas de estos muros;
Mas ¿cómo estarán seguros,
Si puede conmigo entrar?
Pues no le podrán guardar
Si fueran diamantes duros.

ELISA.

Pues si amor entró contigo
En esta obscura prisión,
¿Qué remedia la invención
De tu padre ó tu enemigo?

DANAE.

Dar á mis ojos castigo,
Elisa, de haber mirado,
Y librarse del cuidado
De que me vaya tras ellos;
Que pienso que ha visto en ellos
Parte del amor pasado.

ELISA.

Lástima te tengo á ti,
Pero mayor á Lisardo.

DANAE.

Tarde su remedio aguardo
Si ha de consistir en mí.

Cae una flecha con una carta.

ELISA.

Una flecha ha dado aquí,
Desde el campo disparada.

DANAE.

Una carta está clavada
En la punta.

ELISA.

¿Qué no muestra
La necesidad maestra?
Lee presto.

DANAE.

Estoy turbada.
«Después que en torre tan fuerte,
Danae bella, te encerró
Tu padre, he quedado yo
Sin alma y vida, sin verte,
Tan cercado de la muerte
Como de guardas lo estás.
Presto morir me verás;
Que ya mi espíritu quiere
Ir á vivir donde muere
Porque no padezca más.
Verdad es que, consultado,
Dice Apolo que ese muro
Tan fuerte no esté seguro
Del rico metal dorado;
Pero hame dado cuidado
No saber si tú le quieres;
Que cuando amáis las mujeres,
Poco reparáis en oro;

RAM ACADEMIA ESPAÑOLA

Que vuestro mayor tesoro
Son vuestros mismos placeres.
Si á las guardas se ha de dar,
Háblalas, Danae, por mí;
Que el oro que tengo aquí,
Puede esa torre igualar.
Bien me puedes avisar
Con esa flecha, que aguardo
Del arco bello y gallardo
De tu mano de marfil:
Tuyo mil veces y mil,
Tu desdichado Lisardo.»

La nube con el oro.

ELISA.

Deja la carta, y repara
Que por la ventana ha entrado
Una nube, que ha eclipsado
Al sol con su lumbre clara.

DANAE.

Sobre el pabellón se para.

ELISA.

Parece que viene el sol
Dentro de aquel arrebol.

DANAE.

Una lluvia baja de ella
Que parece hermosa y bella;
Oro en ardiente crisol.

ELISA.

¡Ay, señora, coger quiero
Estas auríferas perlas!

DANAE.

Pues que tú quieres cogerlas,
En mi aposento te espero.

Vase.

ELISA.

No fué aquel siglo primero,
Rico de mayor tesoro;
Esta sí que es edad de oro:
Tocar quiero lo cogido,
Porque, si es oro fingido,
Volveráse de oro en lloro.

Vanse, y salen Acrisio, rey; Polinestor, capitán, y soldados.

ACRISIO.

Iré en persona, y templaré su furia
Si fuera el mismo Marte, y estuviera
Armado de diamante y en su Esfera.

POLINESTOR.

Si no quieres dejar la patria amada,
Nómbrame á mí para castigo suyo.

ACRISIO.

Bien sé, Polinestor, el valor tuyo;
Pero para terror de mi enemigo,
Yo propio es justo que le dé castigo.
Danae, mi hija, que pudiera darme
Cuidado, como á padre temeroso,
De ver en tal edad tal hermosura,
Cerrada queda en esa torre obscura,
Á donde yo serví de barbacana:
Mis justos celos por alcaide quedan;
Seguro estoy que apenas verla puedan
Del sol los rayos, ni tocar los marcos
De sus balcones, que tan fuertes arcos
Cierran con tan antigua arquitectura.
Conducir el ejército procura
Á la playa del mar, y vamos luego
Á dar esta batalla á sangre y fuego.

POLINESTOR.

Tu gusto es ley; tu ley, nuestra obediencia.

ACRISIO.

Pues no verás volver soldado alguno
Sin premio generoso y sin despojos;
Que á mí, Polinestor, basta por gloria
Ceñirme del laurel de la victoria.

Éntranse, y salen Júpiter, Mercurio y el Tiempo.

MERCURIO.

Aquí viene á ver qué quieres
El Tiempo.

JÚPITER.

¡Oh Tiempo veloz!

TIEMPO.

Al respeto de tu voz,
Que mi dueño y autor eres,
Vine con más ligereza
De la que paso en los vanos
Bienes y gustos humanos.

JPÚITER.

Conozco bien tu presteza,
¡Oh Tiempo! Cuántos pesares
Has hecho volando menos;
Cuántos contentos ajenos
Con tus ligeros azares!
¡Cuántas ciudades famosas
Que amenazaban el cielo,
Han visto por ti en el suelo
Sus pesadumbres hermosas!
¡Cuántos soberbios imperios,
Cuántas altas majestades
Reduciste á soledades
Y á míseros cautiverios!
¡Cuántas guerras has vencido
Con tus secretas victorias,
Y cuántas justas memorias
Has sepultado en olvido!
¡Cuántas hermosuras raras
En tanta fealdad conviertes,
Que has dado al mundo de muertes,
Pues por malquisto no paras!
Lo que has visto no se escribe,
Lo que encubres no se sabe,
Todo lo cierras con llave,
En ti muere cuanto vive.
Pues, Tiempo veloz, advierte
Que pases en un instante

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Nueve meses adelante.

TIEMPO.

¡Nueve meses! ¿De qué suerte?

JÚPITER.

Volando: Tiempo, ¿eso dices?
¿Quién te ha quebrado las alas,
Que al móvil primero igualas?

TIEMPO.

Si el ver mis siglos felices
Consiste en tu voluntad,
¿Qué cosa podré negarte?

JÚPITER.

Pues, Tiempo, á correr te parte;
Pon este aumento á tu edad,
Pon el reloj nueve meses
Adelante.

TIEMPO.

Alguno intentas
Que salga al mundo.

JÚPITER.

Si alientas
El curso que nunca ceses,
Verás nacer un mancebo
Valiente, un gran capitán,
Donde juntas se verán
Las partes de Marte y Febo.

TIEMPO.

Tú verás cómo camino.

JÚPITER.

Pues aprisa, Tiempo sabio,
Antes que llegue el agravio
De un padre de serlo indigno.
Danae bella está en estado,
Por engaños de mi amor,
Que puede de mi valor
Dar á la tierra un traslado.
Fingiendo una nube de oro,
Queda engañada de mí;
Mas pudo engañarte á ti:
Hame costado un tesoro.
Esta es la lluvia y la nube,
Porque siempre los amantes
Esparcen oro y diamantes;
Por quien en su torre estuve,
Por quien sus guardas vencí
De Acrisio.

TIEMPO.

Vuelve á los cielos,
Pues se acabaron sus celos;
Que hablando conmigo aquí,
Todo ese tiempo ha pasado
Que pides de tal manera,
Que vuelve ya su bandera
Y él de laurel coronado.

JÚPITER.

Bien dices; que ya las cajas
Siento: ¡oh, qué bien has corrido!

TIEMPO.

Mercurio en volar he sido.

MERCURIO.

Á Mercurio te aventajas.

TIEMPO.

Tras mí propio voy volando.

JÚPITER.

¡Oh, Tiempo, bien es que asombre
Á los descuidos del hombre
El ver que pasas callando!

Vase, y salen Polinestor, Acrisio y soldados.

ACRISIO.

Parad las cajas bélicas,
Pues ya el vistoso ejército
Mira de la ciudad los muros fénices,
Vencido el fiero bárbaro
Que, con el suyo indómito,
Pensó poner en nuestros cuellos débiles
Sus duros yugos ásperos.

POLINESTOR.

Gracias al alto Júpiter,
Que con victoria próspera
Vuelven sus negras águilas,
Ceñida de laurel la frente espléndida,
Pues á su vuelo horrísono
Sus aguas ha humillado el mar fluctísono.

ACRISIO.

Yo le ofrezco, por víctima,
Inciensos aromáticos,
Y al sacro Apolo, entre sus aras délficas,
Dos corderillos cándidos;
Mas porque amor solícito,
El ver la hermosa Dánae,
Mi amada hija, iguala á vuestros méritos,
Dejad la ciudad ínclita,
Y suspenso el estrépito
De las armas belígeras,
Llegaremos pacíficos
Á la dichosa torre.

POLINESTOR.

Nuestros ánimos
Al tuyo felicísimo
Rendidos tienes, Príncipe invictísimo.

Sale Lisandro, guarda de la torre.

LISANDRO.

Antes, invicto señor,
Que más al muro te acerques
De la torre que á tu hija
En guarda y sin guarda tiene,
Manda que á Lisandro corten
La cabeza si te ofenden
Desdichas que el cielo causa.

ACRISIO.

Espera, calla, detente:
Cuando vengo victorioso,
Y tierra y mar obedecen
El imperio de mis armas;
Cuando las augustas frentes
Coronan mis capitanes
De siempre verdes laureles,
Con esas tristes palabras

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Me recibes y detienes,
Y parece que á mis plantas
Pones funestos cipreses.
¿Qué puede haber sucedido?
¿Qué tardas, qué te suspendes?
¿Vive mi hija?

LISANDRO.

Sí vive.

ACRISIO.

Pues bien, ¿de qué te entristeces?

LISANDRO.

Oye aparte.

ACRISIO.

Ya te escucho.

LISANDRO.

En tanto que el mar te ofrece
Libre su campo de plata
Para que arándole llegues
Á la contrapuesta orilla,
Por cuyas márgenes verdes
Dieron lugar sus contrarios
Para que soldados siembres;
En tanto, pues, que venciste
El ejército rebelde,
Y de sus ricos despojos
Premiaste tu invicta gente,
Júpiter, supremo rey
De los círculos celestes,
El que gobierna los astros
Y los polos estremece,
En una dorada nube
Sobre el pabellón desciende
De Danae, tu bella hija;
La obscuridad resplandece,
Y el suelo de oro descubre;
Las guardas alegres duermen;
Que á los dioses y á los rayos
Nadie la entrada defiende;
Mas ¿por qué te sangro á pausas?
Danae.....

ACRISIO.

No prosigas, tente;
Que en diciendo nube y oro,
Un metal que tanto puede,
Dudé de la castidad
Y de la sangre que tiene.
Dirás que se acerca el parto.

LISANDRO.

Ya son los postreros meses.

ACRISIO.

Entra, y con aquesta daga
Pasa su pecho si quieres
Librar el tuyo.

LISANDRO.

¡Señor!

ACRISIO.

¡Dale, villano, la muerte!

LISANDRO.

Yo voy, pues ése es tu gusto.

ACRISIO.

Y yo aguardo á que me cuentes
Cómo pasaste hijo y madre.

POLINESTOR.

¡Señor! ¿Qué es esto?

ACRISIO.

No pienses
Que hay en nuestra vida humana
Felicidad que no trueque
La contradicción divina
Con algún nuevo accidente;
Parece que los pesares
Son sombra de los placeres,
Y que los males están
Como acechando los bienes.
¿Qué sirven, Polinestor,
Las victorias del Oriente,
Los triunfos y arcos navales
Que nuestras armas merecen,
Si al llegar á nuestra patria,
Lisandro, en palabras breves,
Dice que mi loca hija,
Que entre rejas y paredes
De duro mármol guardaba,
Del alto Júpiter quiere
Darme un hijo?

POLINESTOR.

¡Extraño caso!

ACRISIO.

Mas no hará; que le promete
Más tristes bodas el hado,
Más trágico fin la suerte.
Ya le habrá pasado el pecho.

POLINESTOR.

Tú la matas justamente;
Mas no es hazaña de padre
Si á Jupiter, que obedecen
Todas las cosas que hoy viven,
Rindió sus castos desdenes.

ACRISIO.

¡Ay, Polinestor! No creo
Que el alto Júpiter fuese;
Que el mentir y el disculparse
Tuvo principio en mujeres.
¿Habrá el príncipe Lisardo
Vencido guardas aleves
Con oro, y dicen que en oro
Júpiter sus rayos vuelve?
¿Con esto querrá forzarme
Á que su deidad respete,
Y tal agravio perdone?
Pues á mí.....

POLINESTOR.

Lisandro es éste.

Sale Lisandro.

LISANDRO.

Al tiempo, invicto señor,
Que la ejecución previene
Mi obediencia por tu ira,
Siento á Elisa diligente,
Que cierto bulto que saca,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Entre sus ropas envuelve:
Llego á preguntar lo que es,
Y el miralle me defiende;
Porfío, resiste; en fin,
El bulto llora, y concede
Lo que Elisa me negaba.
Descubro la ropa, y vense
La hermosura y la piedad
En un niño que parece
Traslado del mismo sol.

ACRISIO.

¡Calla!

POLINESTOR.

Señor, ¿qué pretendes
Contra la inocencia suya?
Tú, que victorioso vienes
De tanto fiero enemigo,
¿Será razón que ensangrientes
Esas vencedoras armas
En vida tan inocente?
¡Señor!

ACRISIO.

Quítale la vida
Al niño, y darás la muerte
Á la madre; que el dolor
Será cuchillo más breve.

POLINESTOR.

Mira que el dios, agraviado,
Podrá ser que hacer intente
Venganza en ti.

ACRISIO.

Si es de sabios
El mudar consejo, advierte
Que mi hija y nieto, juntos,
Quiero que á la mar se entreguen
En una nave sin velas,
Sin pilotos y sin gente.
Ea, Lisandro, en la playa
Hay muchas; haz que se apreste
Una, que al niño y la madre
Por las altas mares lleve,
Y plega al cielo que luego,
Movido el azul Tridente,
Hasta las luces sagradas
Su salado vidro encrespe:
En esto no me repliques;
Que haré matarte.

POLINESTOR.

Ya puedes
Llamarte piadoso padre.

ACRISIO.

Haz que en la nave los dejen,
Y mueran entre sus olas.

POLINESTOR.

El cielo, que favorece
La inocencia, los ampare.

ACRISIO.

Yo haré que Lisardo aleve
Me pague engañar con oro
Una mujer inocente,
Porque no hay cosa que tanto
Los humanos ojos ciegue,
La castidad descomponga,
Y el santo honor atropelle.

Vanse, y salen Amintas, Cardenio y Fileno, pastores.

CARDENIO.

Yo soy de más premio dino;
Á mí ¿quién me ha de igualar?

AMINTAS.

Cardenio, orillas del mar
Baja de ordinario Alcino;
Ya sabéis que es el más sabio
De todos nuestros pastores.

CARDENIO.

Si son mis versos mejores,
Es la competencia agravio.

FILENO.

Yo no sé de qué ha nacido,
Cardenio, tu presunción.

CARDENIO.

De la razón.

FILENO.

¿Qué razón?

CARDENIO.

Haberos siempre vencido.

AMINTAS.

El propio jüicio es ciego,
Nadie juzga bien de sí.
¿Éste no es Alcino?

FILENO.

Sí.

AMINTAS.

Pues llega á hablalle.

FILENO.

Yo llego:
Claro honor de estas montañas,
Sabio Alcino, único y solo
Que estos valles, nuevo Apolo,
Con luz de tu ingenio bañas:
Amintas, Cardenio y yo,
Jüez te habemos nombrado
De unos versos.

ALCINO.

Si el ganado
Rudos principios me dió,
¿Cómo puedo juzgar bien
De cosas de ingenio?

CARDENIO.

Excusas
Humildes, si de las Musas
Pudieras serlo también:
Advierte que sobre apuesta
Los tres habemos escrito.
Fileno ha puesto un cabrito,
Yo una blanca y limpia cesta
De tiernos mimbres tejida,
Llena de hierbas, y un vaso
Amintas, que del Parnaso
Tiene la cumbre esculpida;
Es el sujeto, que ha estado
Clori enferma de los ojos;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Castigo de sus enojos,
Aunque es su desdén culpado:
Mandáronle finalmente
Cortar del cabello el peso,
El cual, por ser en exceso,
Causaba aquel accidente;
Á este mandato cruel
Has de escuchar tres sonetos.

ALCINO.

Ellos serán tan perfetos
Que os honre un mismo laurel;
Diga Cardenio el primero.

CARDENIO.

Mejor es que Amintas diga,
Y que Fileno prosiga.

AMINTAS.

Pues escucha.

ALCINO.

Atento espero.

AMINTAS.

Para cortar á Clori los cabellos,
Solícita la tierra pretendía
Saber del cielo en qué lugar quería
Poner sus lazos para honrarse de ellos.
El sol decía que á sus rayos bellos
Se debe el oro, pues le engendra y cría,
Y por tener dos soles, dijo el día
Que el cielo dividiese el sol con ellos.
Amor, de su belleza pretendiente,
Los pidió para el arco extraña historia;
Mas dijo Venus por honrar el suelo:
Cielo por cielo, estén sobre su frente;
Pues hay almas que aspiran á su gloria,
Y tenga sol la tierra como el cielo.

ALCINO.

¡Juro por Apolo que es
Notable!

FILENO.

Escúchame á mí.

ALCINO.

Ya te escucho.

FILENO.

Advierte.....

ALCINO.

Di.

FILENO.

Pues oye, y juzga después:
Aunque vengarme de tu sol pudiera,
Si tu cabello un bárbaro cortara
Y en sus niñas amor me retratara,
Cuando en tus ojos sin temor me viera;
Aunque sin rayos en tu hermosa esfera,
Tu divina belleza contemplara,
Y cuanto yo quisiera te mirara,
Que yo sé bien que eternamente fuera;
Y aunque me abrases, Clori, me parece
Que á mi remedio está mejor pedirte
Guardes el oro, que andan por robarte;
Que si todo el cabello amor me ofrece
Para ocasión, y no he podido asirte,
Sin él, ¿de qué asiré para obligarte?

ALCINO.

Es extremado, Fileno,
Pero es rara la invención
De Amintas.

CARDENIO.

Dame atención.

ALCINO.

Sin ella á nadie condeno.

CARDENIO.

Enferma Clori de sus ojos bellos,
Y por mandarlo físico inhumano,
Consulta el permitir que alguna mano
Sacrílega le corte los cabellos.
¿De qué sirviera, le responden ellos,
Habernos hecho el cielo soberano
Prisión de amor, si el pensamiento vano
No se enlazara fuertemente en ellos?
Bien dicen, Clori, y es razón que huyas
De cortarte el cabello, aunque recelo
Te ofende el peso de las almas suyas;
Que si al cielo no pesan las del suelo,
Es porque en gloria están; pero las tuyas
Pesan porque padecen en tu cielo.

ALCINO.

Es muy de tu ingenio, (1)
Y de laureles y famas
Tanto los tres epigramas,
Que estoy confuso, Cardenio;
Yo no sé por quién juzgar,
Y ansí, á los tres daros quiero
Tres premios.

AMINTAS.

Á mí el primero.

ALCINO.

Iguales los pienso dar;
Pero advertid: ¿qué es aquesto?....

Sale Celio, pastor.

CELIO.

Acudid presto, pastores,
Que da una nave al través
En las peñas de este monte;
No trae velas ni jarcias,
Ni cuelgan de los penoles
Flámulas ni gallardetes
De diferentes colores;
Junto al cruzado bauprés
Viene dando tiernas voces
Una mujer con un niño,
Que las duras peñas rompe;
No hay piloto ni maestre,
Ni aguja que siga el norte,
Porque, á lo que da á entender,
Viene sola habrá diez soles;
Atada he visto á la orilla
Una barca humilde y pobre,
Hacienda fiada al mar,
De míseros pescadores;
En ella pasar podemos

(1) Verso corto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á la nave, porque cobren
Vida estos dos peregrinos
Que la madre tierra acoge.
¡Muévaos, pastores, el niño,
Si por ser mujer no os pone
La madre en igual cuidado;
Que si las ondas los sorben,
Pedirá el cielo sus vidas
Á vuestra crueldad enorme!
Ea, ¿qué me estáis mirando?

ALCINO.

Cardenio, las ocasiones
De hacer bien mueven las peñas,
Cuanto más los pechos nobles.
¡Ea, partid á librarla!

CARDENIO.

Vamos; que es piedad conforme
Á la que el cielo ha tenido
Para que el mar los perdone:
Ven, Fileno.

FILENO.

Ven, Amintas.

AMINTAS.

Iré contigo aunque tome
La barca en peso

ALCINO.

Si el cielo
Á la inocencia socorre,
Bien se ve en este milagro.
Ea, famosos pastores,
Que se anega ya la nave:
¡Qué bien la barquilla corre
Impelida de los remos!
Haced que con ella aborde,
Ya se acerca, ya la embiste.

La nave.

DANAE.

¡Piedad, soberanos dioses!

CARDENIO.

Á los dioses agradece
El darte ayuda los hombres.

FILENO.

Ea, dame el niño á mí.

AMINTAS.

Y tú en estos brazos ponte:
¡Qué peregrina belleza!

CARDENIO.

Si la viera en estos bosques,
Creyera que era Diana;
Y si entre mirtos y flores
De los jardines de Chipre,
La diosa de los amores.

DANAE.

El cielo os pague el favor
Que me habéis hecho.

CARDENIO.

Responde
Á tu hermosura tu lengua.

ALCINO.

Para que más presto cobres
Las fuerzas que habrás perdido,
Será razón que te alojes,
No en palacios coronados
De muros y de altas torres,
Sino en mi pobre cabaña.

DANAE.

No habrá lugar que no sobre
Á la desdicha en que estoy.
¿Qué tierra es ésta?

CARDENIO.

No informes
Tu temor de justas dudas,
Ni nuestra vista te asombre;
Que no has dado en Polifemos,
Ni entre Abarimos feroces;
Esta es Acaya; aquí vive
Un rey que no se conoce
Más poderoso en el Asia.

Voces dentro.

¿Voces dan?

FILENO.

Voces; ¿adónde?

AMINTAS.

¿No es en el mar?

CARDENIO.

No, en la tierra;
Deben de ser cazadores.

ALCINO.

Cazadores son del Rey.

CARDENIO.

Todo el cielo se dispone
Á tu favor, que con ellos
Viene.

DANAE.

La vergüenza escoge
Mi humildad; quiero esconderme.

ALCINO.

Guárdate que al cielo enojes;
Que por ventura le trae
Para que tus yerros dore.

DANAE.

Quien tantas fortunas tiene,
¿Para qué tiene temores?
Pues á quien el cielo ayuda,
Ingratamente responden.

Salen el Rey, Polidetes y cazadores.

CARDENIO.

Entróse por las selvas encantadas.

POLIDETES.

El furioso venablo está corrido.

CARDENIO.

De aquestas peñas bajan despeñadas
Las nieves de este monte encanecido;
En ellas estará, que las pisadas
Muestran que al agua va corriendo herido;
Si le quieres seguir, estas arenas
De lengua sirven, de su sangre llenas.

POLIDETES.

¿Qué gente ésta?

CARDENIO.

Invicto Rey de Acaya,
Pobres pastores somos de este monte,
Que cuando el sol las verdes cumbres raya
De este medio marítimo horizonte,
De estas peñas bajamos á la playa,
En cuya margen á mirar disponte
Esta perdida nave, que sin jarcias,
Sin marineros ni defensas marcias,
Esta bella mujer que ves, traía
A discreción de los furiosos vientos,
Con este bello niño, que servía
De mover los celestes firmamentos,
En esta nave que en el mar yacía
Con mal aderezados instrumentos;
Por ella entramos, que á morir por ella,
La piedad fuerza de una cosa bella:
Sacámosla á la tierra, y á este punto
Llegaste tú por voluntad del cielo,
Que el bien en la ocasión ofrece junto.

POLIDETES.

¿Eres deidad en disfrazado velo?
Venus nació en la mar; no te pregunto
Si eres la madre del señor de Delo,
Y si es el niño el sol; que si el mar pisas,
De que eres diosa del amor me avisas.
¿Dónde caminas? ¿Dónde vas? ¿Qué quieres
De mi tierra, de mí, de mis vasallos,
Antes que el mar con blanca espuma alteres,
Corriendo en tus marítimos caballos?

DANAE.

La más infeliz soy de las mujeres;
Trabajos imposibles de escusallos
Me trajeron al punto en que me veo.

POLIDETES.

¿Que eres mujer mortal?

DANAE.

Morir deseo.

POLIDETES.

¿Posible es que mortal naturaleza
Con justa emulación del cielo ha dado
Tan rigurosa envidia á su belleza,
Que la puede tener de su traslado?
Si eres noble, corona tu cabeza
De mi laurel; y si de humilde estado,
Mira qué quieres por haberme herido,
A tan dulce dolor agradecido.

DANAE.

Del rey Acrisio soy hija, á quien celos
Aprisionaron en un alta torre
Por sosegar sus bárbaros desvelos,
Medio de que la envidia se socorre;
Amor, que tiene en los remotos cielos
Jurisdicción, y sus provincias corre,
A Júpiter forzó, que en nubes de oro
Me despojase del mayor tesoro:
Este niño nació de esta desdicha;
Y presumiendo el Rey que de Lisardo,
Que con menos poder y menos dicha
Me pretendió pacífico y gallardo,
Así como la nueva le fué dicha,
Llamando al nieto, en su opinión bastardo,
Por no manchar la espada en actos viles,
Y temiendo las quejas femeniles,
En esta nave al viento nos entrega,
Que de piedad humana condolido,
Cuando del hombre la crueldad le niega,
Al puerto de tus pies me ha conducido;
No por la vida mi temor te ruega,
Ántes la muerte, invicto Rey, te pido,
Porque no puede haber más triste estado
Que no topar la muerte un desdichado.

POLIDETES.

Hermosa Infanta, cuando yo naciera
En las ásperas cumbres del Caucaso,
Y me hubiera criado alguna fiera
De las que impiden á la Libia el paso,
Aun entonces el pecho me moviera
La relación de tan amargo caso:
Rey soy de una república de Grecia,
Que de ciencias políticas se precia:
Ven con tu hijo á mi palacio luego;
Que pues lo fué de Júpiter divino,
No me da deshonor; antes le ruego
Que asista á nuestras bodas por padrino.
Hoy has de ser mi esposa; que amor ciego
Nunca permite á la razón camino.
¿Cómo es tu nombre?

DANAE.

Danae.

POLIDETES.

Pues hoy eres
Reina de Acaya.

DANAE.

Honrar tu hechura quieres.

POLIDETES.

Vamos á la ciudad.

DANAE.

Voy temerosa.

POLIDETES.

Agravias tu valor.

AMINTAS.

¿Qué te parece?

CARDENIO.

Que dondequiera una mujer hermosa
Halló posada, y la mejor merece.

ALCINO.

Pastores, pues que dais al Rey esposa,
Id á la corte.

AMINTAS.

La ocasión se ofrece
De salir de pobreza; juntos vamos,
Y al Rey favores y merced pidamos.

ALCINO.

Tú, ¿qué le pedirás?

FILENO.

Que á letra vista
Me dé este monte de oro.

AMINTAS.

¿Y tú, Cardenio?

CARDENIO.

Que una plaza me dé de coronista,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Estudio que conviene con mi ingenio.

AMINTAS.

¿Qué quieres escribir?

CARDENIO.

La gran conquista;
Pero venid, que ya nos llama Ismenio,
Porque no hay que esperar en otra alguna
Si esta vez no me ayuda la fortuna.

ACTO SEGUNDO.

Sale Perseo, galán, de caza.

PERSEO.

Verdes montes de Acaya,
Que con la blanca arena
Del sacro mar la hierba entretejiendo,
Por unas partes playa,
Por otras selva amena,
Estáis su eterno curso resistiendo;
Vosotros que, poniendo
Los verdes pies calzados
De robles y sabinas,
En aguas cristalinas,
Miráis vuestros extremos coronados
Del gran dosel de estrellas
Que borda el sol cuando se esconden ellas.
Claros, humildes ríos,
Pues á perder el nombre
Llegáis al mar con inocente prisa,
Y en sus soberbios bríos,
Á imitación del hombre,
En olas de furor trocáis la risa,
Un cazador os pisa
Criado en las ciudades,
Y en su confuso estruendo,
De donde viene huyendo
Á vuestras siempre alegres soledades:
Dadme tierna acogida,
Pues os doy la más parte de la vida.
En vuestros verdes brazos,
Árbol, ya Ninfa hermosa,
Encomiendo el venablo, y á las fuentes
Que con tan varios lazos
Por la arena lustrosa
Sonorosas dilatan sus corrientes,
Por morir diligentes
En el cristal salado,
Mi descansado sueño,
Mi libertad sin dueño,
Que nunca vió de amor el arco armado;
Dichoso yo que puedo,
Libre de su rigor, dormir sin miedo.
Llore el celoso ausente
Los temidos agravios,
Y celebre el presente los favores,
Al amigo los cuente,
Si fué de amantes sabios,
Y yo mi libertad á vuestras flores;
Que sólo los amores
De las parleras aves
Me causan alegría,
Cuando aparece el día
Sentado entre la hierba á los suaves
Céfiros que recrean
Los que vivir en soledad desean.

Échase á dormir, y sale Diana de cazadora.

DIANA.

La gloria de la fama á mucha gente
Ha hecho, aunque forzada, virtuosa,
Y en conservar su nombre diligente.
Desde que la perdió Venus hermosa,
Mi castidad lució más levantada,
Como con sus contrarios cualquier cosa.
Diana de las selvas soy llamada,
Proserpina del centro, y de los cielos
Luna de la gran noche respetada.
Mi tibia claridad, mis castos hielos;
Murmura el agua, de mi imperio silla,
Encubro amores y descubro celos.
Mas esta castidad que maravilla
Consiste más que en conservar la fama:
Bien lo sabe del mar la verde orilla,
Y de la obscura selva alguna rama,
Donde mi envidia ha visto en algún nido
La que me da quien es amado y ama;
Libre de amor, y de cazar rendido,
Yace en la hierba el príncipe Perseo,
Del engaño de Júpiter nacido;
Por las orillas de la mar le veo
Muchas veces correr, donde escondida
No he podido esconderle mi deseo.
De su valor mi castidad vencida,
Dormido busca á quien despierto huyera;
Que en su defensa perderé la vida.
Desde aquí su hermosura considera
Mi ciego amor, mil veces venturosa:
¡Quién te merezca, ay cielo! ¡Si yo fuera!
Quiero cubrirle de jazmín y rosa
El bello rostro, pero al golpe blando
Despierta: poco tiempo fuí dichosa;
Mas desde aquí le puedo estar mirando.

PERSEO.

Detente, sueño, ¿dónde vas ligero?
Mas no vendrás, porque te estoy llamando;
Para ser engañoso y lisonjero,
Muy poco asistes, sueño, á quien engañas.

DIANA.

Él se levanta. ¡Ay, Júpiter! ¿qué espero?

PERSEO.

Ruido siento entre estas verdes cañas,
No me engañé; ¿quién eres, Ninfa hermosa
Que en tantas soledades me acompañas?
¿Eres la diosa de esta selva umbrosa?
Que quiero consagrarte los despojos
De un león que he muerto si eres tú la diosa.
Aunque mejor al templo de tus ojos
El alma consagrara, en cuyas puertas

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Puede poner el sol sus rayos rojos.

DIANA.

La misma soy, pero es razón que adviertas
Que me debes, Perseo, justamente
Ese favor que en ofrecerme aciertas.
Yo fuí la luz más clara y refulgente
Por quien fuiste á esta tierra conducido
Contra el furor del húmedo tridente.

PERSEO.

¿Yo vine á aquesta tierra, yo he tenido
Peligros en el mar?

DIANA.

¿A dónde piensas
Que eres nacido?

PERSEO.

Yo aquí soy nacido,
Mi padre es Rey de Acaya; ¿qué pretendes
Con engaños indignos de tu nombre,
Que es ley humana y la divina ofendes?

DIANA.

Perseo, no eres tú de mortal hombre
Hijo, como has pensado; que es tu padre
Júpiter celestial, aunque te asombre.
El rey Acrisio, padre de tu madre,
Luego que el parto vió, mas no creyendo
Que lo mortal á lo divino cuadre,
Os puso en una nave, pretendiendo
Daros la muerte sin manchar la espada,
La cual, sin gente y velas discurriendo
Entre los golfos de la mar salada,
En esta misma orilla tomó puerto
Prósperamente, de mi luz guiada.

PERSEO.

Pues di, ¿por qué mi madre me ha encubierto
Su historia y mía?

DIANA.

Con temor acaso
De algún peligro en tus hazañas cierto.
¿No sabes de Faetonte el triste caso,
Por ser hijo del Sol, cuando aquel día
Al mar llegó primero que al ocaso?

PERSEO.

¿Que no es mi padre el Rey? ¿Que yo tenía
Padre tan diferente?

DIANA.

Si quisieres
Bañarte en esta fuente pura y fría,
Hallarás en su margen, cuando fueres,
Quien te sirva y regale.

PERSEO.

Ninfa, espera,
Si no es que allá por gran favor me esperes.

Sale Celio, criado de Perseo.

CELIO.

¿Hasta cuándo, señor, en la ribera
Del mar has de ser peña, si la luna
En su campo de plata reverbera?
¿No has de dar parte á la ciudad ninguna?
Temo nos convirtamos en dos fieras.

PERSEO.

Temo, Celio, el rigor de mi fortuna;
Así como la vi tan cerca, vieras
Una diosa del mar.

CELIO.

Si en eso estabas,
¿Qué mucho que de amor te suspendieras?

PERSEO.

Si ella y amor trocaron las aljabas,
Vinieran fieras y murieran hombres.

CELIO.

¿Por qué cuando llegó no me llamabas?
Mas nunca de estas fábulas te asombres;
Que estas diosas de selvas y de ríos
Tienen sólo las voces y los nombres:
Si he de ocupar los pensamientos míos,
No ha de ser en espíritus de viento,
Castigo de mis locos desvaríos.
Tentar me agrada más que andar á tiento;
Deja las endiosadas hermosuras,
Alta contemplación del pensamiento,
Y daréte á escoger, de dos figuras,
En llegando á la corte, la más bella.

PERSEO.

Dejemos estas verdes espesuras,
Pues ya de Venus la primera estrella
Al ocaso de Febo resplandece,
Y él se transpone á las espaldas de ella,
Con cuya libertad la noche crece.

Vanse, y salen el Rey, Polidetes y Fenicio.

POLIDETES.

Esta ha sido la ocasión,
Y en esto quiero que adviertas.

FENICIO.

Bien me parece que aciertas
En encubrir tu intención,
Que si conoce Perseo
Por qué le apartas de ti,
Ni querrá salir de aquí,
Ni logrará su deseo.

POLIDETES.

Temo con razón, Fenicio,
Que el reino me ha de quitar.

FENICIO.

Así se suele pagar
De padre el piadoso oficio;
Que la humana ingratitud
No da mejor galardón.

POLIDETES.

Bien tengo satisfacción
De su valor y virtud;
Pero si llega á saber
Que no es mi hijo, sospecho
Que mi muerte es el derecho
Con que le ha de pretender.

FENICIO.

Milagro del cielo ha sido
Que su madre, al fin mujer,
Haya podido tener
Este secreto escondido.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mas como te tiene amor
Y obligación, habrá estado
Siempre con este cuidado.

POLIDETES.

Aquel celestial valor
Que de ser quien es le infunde
Celestial naturaleza,
Si descubre su grandeza,
Temo que en mi mal redunde.
Yo vengo determinado:
Este consejo es mejor.

FENICIO.

Guarda la viña, señor:
No toca á razón de estado;
Que es defensa natural.

POLIDETES.

Él viene.

FENICIO.

¡Qué hermoso talle!

POLIDETES.

Mucho es que el alma le calle
Lo que tiene celestial.

Salen Perseo y Celio.

PERSEO.

Los pies me puedes dar hoy justamente,
Pues por no me quedar sin ti la noche,
Corrí del mar aquí.

POLIDETES.

Mejor los brazos.

CELIO.

Yo tomaré los pies mientras ocupas
Tu pecho en ellos.

POLIDETES.

Bien venido seas;
¿Cómo te fué en la caza?

PERSEO.

Á tu servicio.

POLIDETES.

Mucho te habrás entretenido.

PERSEO.

Tanto,
Que sólo tú del campo me volvieras.

CELIO.

Ya sólo de su voz huyen las fieras.

POLIDETES.

Hijo, no son el campo y soledades,
No los ciervos cobardes, no los osos
Valientes, no los fuertes jabalíes,
Prueba de la virtud de un pecho noble;
Que el hombre entre hombres le confirma al doble.
Ya es tiempo, ¡oh hijo! honor ilustre y gloria
De mi sangre, que emprendas una hazaña
Digna de ti y de mí: de mí, pues eres
El espejo en que miro lo que he sido;
Y de ti, porque debes á tus años
De tu valor iguales desengaños.
Debajo, ¡oh felicísimo Perseo!
Del monte Atlante hay un castillo fuerte,
Cuyas piedras parecen de diamante;
Su foso cubre el agua de una fuente
Hasta besar su levadiza puente:
Es esta habitación de un monstruo horrendo,
Enemigo mortal de los humanos,
Pues cuantos llegan á sus fieras manos
Convierte en piedras de figuras varias.
¿Para quién son las armas necesarias
De un hombre como tú?

PERSEO.

Si tú me mandas
Ir á esa empresa, yo la juzgo fácil;
Á lo menos serálo á mi obediencia.

POLIDETES.

Bien sabes tú si he de sentir tu ausencia;
Pero porque la gloria de esta hazaña
Es digna del valor que te acompaña,
Sufriré mi dolor, mi justo llanto.

PERSEO.

No te enternezcas, ni lo sientas tanto,
Que no es feliz agüero en las partidas.

POLIDETES.

¿Es poco que del alma te dividas?
Pero volviendo al caso, en esta tierra
Que digo fué rey Floro; éste tenía
Tres hijas: la mayor Medusa llaman,
Á quien por ser más sabia dejó el reino;
¿Qué digo sólo sabia? y más hermosa
Que todas las mujeres de su tiempo:
Esta transforma en piedra cuanto mira,
Que el cielo mueve á más piedad que ira:
Las otras dos este castillo guardan,
Velándole solícitas; de suerte
Que no hay entrar si no les dan la muerte.

PERSEO.

Rey, padre y señor mío, porque creo
Que si Danae, mi madre, lo entendiese,
Mi valor impidiese tu deseo,
Mientras me parto, ocúpala de modo
Que piense que en la caza me entretengo.

POLIDETES.

Vuélvate el cielo á mis llorosos ojos.

PERSEO.

Tú me verás volver con los despojos.

POLIDETES.

¿Qué te parece?

FENICIO.

Que el mancebo fuerte
Cayó en la liga.

POLIDETES.

Bien tracé su muerte.

Vanse el Rey y Fenicio.

PERSEO.

¿Qué sientes de esta jornada?

CELIO.

Que es digna de tu valor,
Y que es muy justo, señor,
Que pruebes en él la espada.
Pero no te ha dicho el Rey

Todo el peligro.

PERSEO.

Bien veo
Que fué ponerme deseo,
Noble industria y justa ley.
Pero ¿qué me importa á mí
Siendo quien soy y heredando
Su valor.

CELIO.

Andan contando
Tantas cosas por ahí,
De este monstruo de Medusa,
Que temo que no volvamos.

PERSEO.

Ya, Celio, es fuerza que vamos;
Prometílo, no hay excusa.

CELIO.

Si en piedra me vuelvo allí,
Bien mi amor contigo medra;
Mas no es muy malo ser piedra
Para lo que pasa aquí.
Que hay cosas que quien lo fuera
Sólo las puede sufrir,
Por no ver y por no oir
Lo que á las piedras altera.
Las hermanas de Medusa,
Que tienen, dice la gente,
Un ojo sólo en la frente,
Mas con luz grande y difusa.
Éste se puede quitar
Y se presta entre las dos,
Que es una cosa ¡por Dios!
Que me ha dado que pensar.
Si fueran así, Perseo,
Las mujeres, santo Apolo,
Y entre dos un ojo solo,
No hubiera tanto deseo.
En fin, éstas son así,
Y tú vas á conquistallas.

PERSEO.

Corto defecto les hallas.

CELIO.

¿Corto te parece?

PERSEO.

Sí.

CELIO.

Un ojo es fealdad ¡por Dios!
Y sin provecho también:
Una lengua fuera bien
Que tuvieran entre dos.
Pero vemos que no hay yedra
Sin muro.

PERSEO.

Yo sé quién soy.

CELIO.

Temblando de miedo voy;
Medusa me vuelve en piedra.

Vanse, y salen Medusa y el príncipe Fineo.

FINEO.

Con este intento he venido,
Bella Medusa, á tu tierra;
Siempre tu defensa he sido.

MEDUSA.

Ya me libré de esa guerra:
Ya queda Atlante vencido.

FINEO.

Apenas la guerra oí,
Cuando mi tierra dejé.

MEDUSA.

Por eso fié de ti
Mi castillo; que bien sé
Que estoy muy segura aquí.

FINEO.

Ni yo sin tu gracia entrara,
Temiendo que me mudara
Tu ingenio en diversa forma.

MEDUSA.

Tu seguridad conforma
Bien con voluntad tan clara.
¿Qué hay en el reino de Tiro?

FINEO.

Mi amor, que es mayor que el reino,
Y la hermosura que miro,
Pues dejo el reino en que reino
Y en el ajeno suspiro.

MEDUSA.

¿Es bella Andrómeda?

FINEO.

Tanto
(Perdóneme tu valor),
Que de que viva me espanto
Quien la ha visto.

MEDUSA.

Habla tu amor.

FINEO.

Y hablar pudiera mi llanto.
¿Cómo te sabré pintar
Su divina perfección,
Que si del corto alabar
Se pierde la estimación?
Más la encarece el callar.
¿Qué diré de sus cabellos,
Ondas del mar, pues en ellos
Tantos tormentos corrí,
Que muchas veces me vi
Para engañarme con ellos?
De los ojos, ¿qué diré?
Nunca el sol tanto lo fué,
Que no les diese ventaja;
Pues su luz á rogar baja
Que al mundo por él la dé.
La nariz, bella é igual,
Es un compás de cristal
Con que los ojos divide,
Que en medio el campo reside
De azucena y de coral.
En la boca está corrida
Del mismo Tiro la grana,
Con ser en Tito nacida,
Y á sus manos la mañana
De blanco marfil vestida.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mas ¿para qué te encarezco
La que alabar no merezco?
Mírala en este retrato,
Aunque fué el pincel ingrato
Al valor por quien padezco.

MEDUSA.

Muestra á ver. ¡Qué hermosa cara!

FINEO.

En que es la sombra repara
Del sol por quien vivo y muero.

MEDUSA.

Aqueste retrato quiero.

FINEO.

Pienso que no me excusara
De servirte si estuviera
Donde comprarse pudiera.

MEDUSA.

Salte luego del castillo.

Vase,

FINEO.

Quien prueba el filo al cuchillo,
¿Cuál otro suceso espera?
¡Ay de mí, que me engañó
El mismo amor, que alabando
Lo amado, el hombre que amó
Se dejó llevar, hablando,
Donde después le pesó!
¡Oh dulcísima alabanza
De lo que se quiere bien!
Hablé en justa confianza
De su favor, mas también
Justo castigo me alcanza;
Sólo puedo defender
Mi ignorancia en avisar
Que el hombre debe saber,
Que mujer no ha de alabar
Delante de otra mujer.

Vase, y salen Celio y Perseo.

PERSEO.

Antes de llegar al fuerte,
Me parece justo, Celio,
Pues ya no deben estar
Sus muros y torres lejos,
Pedir al cielo favor,
Que es el camino derecho
Tomar todos los principios
De la protección del cielo.

CELIO.

Bien se ha visto que él te ayuda,
Pues humilde el más soberbio,
Ha dado paso á tu nave
Haciendo paz con el viento.
En la tierra, ¿no has tenido
Huésped traidor?

PERSEO.

Pedir quiero,
Celio, á los cielos favor.

CELIO.

Pues habla, invicto Perseo;
Que aun el cielo, que es juez
Donde no valen cohechos,
Como no ha menester oro,
Quiere que le ofrezcan ruegos.

PERSEO.

Padre Júpiter, señor
Del mar y el mundo: si es cierto
Que soy tu hijo, y que amaste
Mi madre, en cuyo aposento,
Vestido de nubes de oro,
Venciste su casto pecho,
Enseñando á los amantes
Cómo se rinden más presto,
Mira que el Rey, mi padrastro,
Con envidiosos intentos,
Hoy á la muerte me envía
Para asegurar su reino.
No permitas que me vuelva
Medusa en mármol si tengo
Parte celestial, que es cosa
Que puede inflamar tu imperio:
Ayúdame, padre mío.

Música.

CELIO.

El cielo con mansos truenos
Se rompe: deidades bajan:
Luz viste el aire sereno.

Bajan con dos tornos, Mercurio con una espada, y Palas con un escudo, y en medio un espejo.

MERCURIO.

Júpiter, tu amado padre,
Como á hermano que eres nuestro,
En tu favor nos envía,
Ínclito y noble Perseo;
Mercurio soy, que esta espada
Te vengo á dar, con que el cuello
Cortes de la vil Medusa.

PALAS.

Yo, que soy Palas, te quiero
Dar este luciente escudo,
Cuyo cristalino espejo,
Á la vista de Medusa,
Será contrario veneno;
Con éste la cegarás.

PERSEO.

Dulce orador y maestro
De la Retórica, padre
De la elocuencia: no acierto
Á agradecer el favor,
Y así, Palas, porque creo
Que más le ofende que alaba
El corto agradecimiento,
Decid á mi padre amado
Que, en fe de lo que le debo,
Quemaré en sus sacras aras
Mirras y aromas sabeos,
Y matando un blanco toro
Á quien el árbol de Febo
La arrugada frente ciña,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ó el verde mirto de Venus,
Calentaré con su sangre
Los mármoles de su templo.
No seré nunca Faetonte,
Ni le pediré soberbio
El carro del sol prestado
Para discurrir los cielos.
Ni los ejércitos claros
De las luces de sus techos,
Erráticas de temor
Huirán de mi atrevimiento.
Humilde seré, deidades;
Eso de mi parte os ruego
Que le digáis.

MERCURIO.

Él te guarde.

PALAS.

Adiós, invicto Perseo.

Suben.

CELIO.

Admirado estoy, señor,
Y de escucharte suspenso:
¿De Júpiter eres hijo?
Dame esos pies.

PERSEO.

Tente, Celio;
Que prometí ser humilde.

CELIO.

Los nobles que son discretos,
Mientras más alto el lugar,
Más fácil muestran el pecho.
Al resplandor de esta espada,
Y al filo de sus aceros,
Temblarán, como de Alcides,
Los jueces del infierno.
No tiene más luz el sol
Que la luna de este espejo;
Con esta banda le cubre.

PERSEO.

Ya, Celio, el castillo veo;
Retírate, que han bajado
La puente.

CELIO.

Á tu lado quiero
Mostrar también que soy hijo
De alguna imagen del cielo,
Pues pinta la Astrología
Caballos, sátiros, perros,
Peces y otras sabandijas
En sus cristalinos velos.
Cuatro hombres salen armados:
¿Cuatro dije? Cuatrocientos.
¿Cuatrocientos? Cuatro mil.

Echan una puente que estará asida con sus cadenas, y con barandas pintadas, de una y otra parte, á la puerta del castillo, y saldrán por ella cuatro caballeros armados.

CABALLERO 1.°

¿Quién es aquel caballero
Que al castillo de Medusa
Llegó sin tener primero
La licencia que era justo?

PERSEO.

¿No me veis? Yo soy, que vengo
Á ser su huésped en tanto
Que paso el monte Liceo;
Es despoblada esta tierra,
Y todo este campo yermo;
Claro está que este castillo
Obliga á su hermoso dueño
Para que los peregrinos
Hallen la piedad que creo
De su divino valor.

CABALLERO 1.°

Dejad las armas; que pienso
Que hallaréis buen hospedaje.

PERSEO.

Las armas no; que no puedo
Dejar las obligaciones
De mi noble nacimiento.

CABALLERO 1.°

Aquí nadie entró con ellas.

PERSEO.

Pues yo sin ellas no entro
Aun en mi propio palacio.

CABALLERO 2.°

¿Qué nombre tenéis?

PERSEO.

Perseo;
Y pues os digo mi nombre,
Bien será que sepa el vuestro.

CABALLERO 1.°

La Envidia me llamo yo.

PERSEO.

El apellido condeno;
Que aunque tuvistes principio
Veinte años después del Tiempo,
Nunca probáis ser hidalgo;
Que nacéis del daño ajeno.

CABALLERO 2.°

Yo me llamo la Lisonja.

PERSEO.

Vos sois bueno para necios,
Aunque tanto os encubrís
Que engañáis á los discretos.
Vos, ¿quién sois?

CABALLERO 3.°

La Ingratitud.

PERSEO.

¿Y en forma de caballero
Viene tan grande villano?

CABALLERO 3.°

¿Pues no puede haberle entre ellos?

PERSEO.

No, que parece imposible.
Pero vos, ¿quién sois?

CABALLERO 4.°

Los Celos.

PERSEO.

¿Los Celos vienen aquí?

RAE ACADEMIA ESPAÑOLA

Que me dijeron, me acuerdo,
Que en el infierno el Amor
Les dió casa de aposento.
Ahora bien, ya estoy aquí.

CABALLERO 1.°

¡Muera el atrevido griego!

Arma.

CABALLERO 2.°

¡Muera!

PERSEO.

Quitaré, villanos,
La banda al luciente espejo.

Descubre el espejo, y ellos, como ciegos, batallan unos con otros, y éntrense.

CELIO.

Cegado los ha la luz
Del cristal; tanto, que ciegos
No saben á dónde van;
Perdiéndoles voy el miedo.

Salga un gigante.

GIGANTE.

¿Quién es aquel atrevido
Que las guardas ha deshecho
Del castillo de Medusa?

CELIO.

¿Qué Tifón, qué Polifemo,
Tuvo tal disposición
Ni tan prodigioso cuerpo?

PERSEO.

¿No me veis? Un hombre soy
Que desencantar deseo
La gente de este castillo,
Donde príncipes diversos
En piedra están convertidos
Por la fuerza del imperio
De la hechicera Medusa.
Mas tú, ¿quién eres, horrendo
Monstruo?

GIGANTE.

Yo soy la Porfía.

PERSEO.

Mucho has crecido.

GIGANTE.

Este cuerpo
Me ha dado la confianza;
Ríndeme las armas presto,
Ó serás tú lo que soy.

PERSEO.

Mira este escudo.

GIGANTE.

Estoy ciego;
Guiadme al castillo.

Vase.

PERSEO.

¿Quién
Guiará el entendimiento
De una porfía gigante?
Pero yo tras ellos entro.

Entra.

CELIO.

Favoreced, cielos santos,
Á quien sus principios tuvo
De vosotros, pues estuvo,
Por serlo, en peligros tantos.
No dejéis que muera aquí
Un hijo, vuestro en efeto
Ya conocido, y secreto
Hasta agora para mí.
Sin duda le volverá
Medusa en piedra; ¿qué haré?
¿Si esperaré, si me iré,
Si osaré, si entraré allá?
Soy leal y bien nacido;
Si me voy sin él de aquí,
¿Qué dirá el mundo de mí
Y donde soy conocido?
Mas también, ¿qué es lo que medra
De ser un hombre de bien
Piedra, y que ocasión le den
Y calle como una piedra?
Si estoy en algún zaguán,
Sentaránse sobre mí;
Y si me labran aquí,
¿Qué golpes no me darán?
Si soy dintel de una puerta,
¿Qué lluvias no han de caer
Sobre mí? ¿Pues qué he de hacer
En fortuna tan incierta?
Pero quiérome quedar;
Pues si me han de convertir,
Como hombre podré sufrir,
Y como piedra callar.

Salen Medusa y Perseo.

PERSEO.

¿Á mí me dices amores
Tú, más que Circe cruel?

MEDUSA.

Si en este fuerte, si en él
Los más bravos, los mejores,
Los más ilustres guerreros,
En piedra ves convertidos,
Por presumir atrevidos
De sus valientes aceros,
Y sólo de tu valor
Miro sus guardas rendidas,
Y entre tus plantas sus vidas,
¿Quién no ha de tenerte amor?
Yo, ilustre y noble Perseo,
No estaba enseñada á ver
Hombre que pudiese hacer
Fuerza á mi libre deseo.
Pero habiendo visto en ti
Tan soberano valor,
Nace de mi hielo amor
Y se muda el alma en mí.
Ya sé quién eres; ya sé

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que la envidia te envió
Donde te matase yo;
Pero no te mataré.
Ya sé que naciste de oro,
Calidad que te ennoblece,
Y que el cielo te guarnece
El alma por más decoro.
Que no sin acuerdo de él
Eres de oro semejante,
Porque un alma de diamante
Bien es que se engaste en él.
No lo seas en dureza,
Sino en precio y calidad;
Estima mi voluntad,
Pues es la mayor riqueza.
Casarémonos los dos,
Gozarás de estos palacios,
De estos campos los espacios,
Dignos del hijo de un dios.
Hay aquí caza famosa,
Montes de laureles llenos,
Prados de flores amenos,
Ríos de pesca famosa.
Están los tiempos aquí
Siempre en una igual templanza;
Que la celestial balanza
Su peso dispone así.
Tengo yo regalos tales,
Que los envidian los reyes;
Aquí no alcanzan las leyes,
Aquí no llegan los males.
Acepta mi ofrecimiento:
Serás, Príncipe, dichoso.

PERSEO.

Monstruo de la tierra hermoso,
Y de los cielos portento,
Yo, como Ulises, debiera,
Atapados los oídos,
Pasar los golpes temidos
De Scila y Caribdis fiera.
Pero ya que no guardé
Sentido tan importante,
Alma de duro diamante
Para escucharte seré.
Aquí estoy significando
La virtud, y tú, cruel,
El vicio: sirva por él
La primera edad entrando.
Yo le sabré resistir
Y cortaré la cabeza;
Que la mayor fortaleza
Consiste en saber huir.
Con lisonjas y blanduras,
La tierna edad engañáis,
Y después que nos cegáis,
Nos volvéis en piedras duras.
Allí no siente el mancebo
Que pierde en ciega pasión,
Tiempo, hacienda y opinión,
Asido del blando cebo.
Hasta que en el tiempo justo
Desengaña su esperanza
Á vuestra fácil mudanza,
Ó su arrepentido gusto.
Medusa, yo no he de ser
De los que el vicio cautiva.

MEDUSA.

Pues ¿de qué virtud te priva
Querer yo ser tu mujer,
Y entregarte mis riquezas?
¿Qué hacienda quiero quitarte?

PERSEO.

Ya sé yo, Medusa, el arte
De engañar nuestras flaquezas;
Deja las palabras vanas:
Todas comenzáis así.

MEDUSA.

Basta; que afrentas en mí
Las hermosuras humanas.

PERSEO.

Medusa, yo sé tener
Respeto á las que merecen
Honor, porque resplandecen
Como el sol.

MEDUSA.

Yo soy mujer
Digna del mayor decoro;
Esto merezco por mí,
Y merezca yo de ti
La vida, porque te adoro.
Si mi rostro no es disculpa
De tu amor, ni mi afición
Toda sangre, no es razón
Dar á la virtud la culpa.
Cuando no dais en viciosos,
Es la virtud alabada;
Que de lo que no os agrada
Sois todos muy virtuosos.
Dame tú que yo naciera
Á tu gusto; que yo sé
Si el ejemplo que se ve
De vicio, virtudes fuera.
Pero si yo no te agrado,
Palabra, Perseo, te doy
De traerte donde estoy
El rostro más celebrado
Que ha hecho naturaleza.

PERSEO.

¿Quién?

MEDUSA.

La Princesa de Tiro,
La bella Andrómeda.

PERSEO.

Admiro
La fama de su belleza;
Pero tú, ¿cómo podrás?

MEDUSA.

Mis encantos lo han de hacer;
¿Quiéresla ver?

PERSEO.

¡Quiero ver
Si pueden engaños más!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MEDUSA.
Dame, Mirelia, un espejo,
PERSEO.
¿Qué quieres hacer?
MEDUSA.
Que veas
Su rostro en él, si deseas
Ver cómo tomó consejo
Con el cielo el lisonjero
Pincel de su aurora bella,
Porque, en fin, no quiso hacella
Sin consultalle primero.

Sacan el espejo, y dásele.

PERSEO.
Es la más bella mujer
Que en toda mi vida vi;
Dame este espejo.
MEDUSA.
Si aquí
Le puedes agora ver,
En apartándome yo
No podrás; pero, en pequeño,
Te daré un rostro que el dueño
Con lágrimas me dejó.
No es tan vivo como aquí,
Pero está bien natural:
Toma.
PERSEO.
Es cosa celestial.
MEDUSA.
¿Quiéresla?
PERSEO.
Digo que sí;
Mas no por eso se excusa
Tu muerte.
MEDUSA.
¡Bien me has pagado!
PERSEO.
Yo vengo determinado
Á darte muerte, Medusa;
Esto es ya reputación.
MEDUSA.
Pues falso y vil caballero,
Mi ciencia mostrarte quiero,
Si hasta agora mi afición.
PERSEO.
Y yo mostrarte el cristal
De Palas.
MEDUSA.
¡Ay, muerta soy!
PERSEO.
Así muerte al vicio doy
Con la virtud celestial.
CELIO.
Bien has hecho; que ya estaba
Temblando.
PERSEO.
¡Oh, Celio! ¿Aquí estás?
¡Tenme el escudo!
CELIO.
¿Qué harás?
PERSEO.
Cortar de esta sierpe brava
El cuello.
CELIO.
Culebras fieras
Los cabellos se le han vuelto.
PERSEO.
Á un pecho heroico, resuelto,
¿Qué importan vanas quimeras?

Ahora saca la cabeza de Medusa llena de culebras

De esta manera parece
El vicio en el desengaño.
CELIO.
¿Qué es esto?
PERSEO.
¡Prodigio extraño!
CELIO.
De la sangre que humedece
La tierra, un cabello sale
Con alas de mil colores;
No hay en los pinceles flores
Que su variedad no iguale.
PERSEO.
Por el monte va subiendo,
Y en su cumbre, hacia el Oriente,
Hizo con el pie una fuente;
Su cristal baja corriendo.
CELIO.
Discreto ha sido Perseo
En no decir murmurando
Que ya lo estaba esperando.
PERSEO.
¿Quién son aquéstos que veo
Alrededor de la fuente?
CELIO.
Musas y poetas son.
PERSEO.
¿Qué escriben?
CELIO.
Una canción
Que bañó en laurel su frente.
PERSEO.
¡Ellas la quieren cantar!
CELIO.
¡Qué divinos instrumentos!
PERSEO.
El cielo armónico, acentos
Tan dulces puede imitar.

Chirimías, y junto al Pegaso sale la fuente, y sentados alrededor, Virgilio con tinta y pluma, y Musas. Cantan:

Esta fuente milagrosa,
Cuyas cristalinas aguas
Hizo el alado Pegaso,
Que el monte Parnaso baña,
Será el divino licor
Que dará influencia y gracia

Á los famosos poetas
Para contar alabanzas
De la virtud y grandeza,
De los reyes y monarcas,
De los nobles caballeros,
De las letras y las armas.

VIRGILIO.

Oíd, naciones del mundo,
Al que vuestros siglos llaman
Príncipe de los latinos,
Versos que las Musas cantan:
Virgilio soy, que quisiera
No haber nacido en Italia,
Por loar, siendo español,
Los claros reyes de España.
Al soberano Filipo,
Á quien los siglos aguardan
Para corona del mundo,
Y sol de la esfera de Austria.
Á sus prendas, que han de ser
Gloria de España y de Francia,
Porque coman sus leones
Flores de lises doradas.

Cantan.

Vendrán los siglos dichosos,
Aunque parece que tardan,
En que habrá nuevos Virgilios
Que cantarán su alabanza.

Chirimías, y cúbrese.

PERSEO.

Cubrióse con la cortina
De una nube.

CELIO.

¡Extraño caso!
Que esta fuente del Parnaso,
¿Será, señor, tan divina?

PERSEO.

¿No la ves?

CELIO.

Y ¿han de beber
Tantos poetas aquí?

PERSEO.

Las Musas dicen que sí.

CELIO.

¡Oh, qué de ellos ha de haber!
Subamos, que quiero en ella
Echarme de pechos.

PERSEO.

Vamos;
Que si el Pegaso llevamos,
De la huerta hermosa y bella
Del bravo rey Atalante
Pienso hurtar el ramo de oro.

CELIO.

Será un precioso tesoro.

PERSEO.

Sube.

CELIO.

Voy, mas no te espante
Subir donde suben pocos.

PERSEO.

La dificultad la abone.

CELIO.

Fuente, Dios os lo perdone.
¡Oh, que habéis de hacer de locos!

Vanse, y salen el Rey Atalante y Fineo.

FINEO.

Gran Rey de Mauritania, invicto Atlante,
Que venga á consultarte no te admires
Si merece piedad un tierno amante;
Tú sólo, pues, cuando los astros mires,
Darás remedio á mi confusa pena
Con los que de ellos á mi vida inspires.
Yo sirvo, como ves, en tierra ajena
Á la divina Andrómeda, y querría
(Tanto temen mis ojos vella ajena),
Saber por tu famosa astrología
Qué fin ha de tener mi pensamiento
Y si ha de ser en vano mi porfía

ATALANTE.

Yo he mirado el celeste movimiento,
Los lugares del Sol y de la Luna,
Y puesto los planetas en su asiento;
Ninguno te da próspera fortuna,
Ninguno la miró con trino aspecto,
Ni te ha de dar felicidad ninguna:
Opuesta Venus, muestra injusto efecto
En estas amorosas pretensiones;
Marte caído, y Júpiter sujeto.
Á gran peligro tu sentido pones
Si no dejas la empresa.

FINEO.

¡Estoy perdido!

ATALANTE.

Bien lo dicen tus obras y razones.

FINEO.

Donde el alma perdí, pierda el sentido;
Que no hay dolor que tema, ó bien que espere,
Quien sabe que es amar aborrecido:
Yo voy, en fin, donde mi estrella quiere;
Suceda bien ó mal, elijo el daño;
Que poco puede ser á quien ya muere.

ATALANTE.

El cielo muestra que de un reino extraño
Vendrá, Fineo, un Príncipe valiente,
Fin riguroso de tu loco engaño:
Éste á la bella Andrómeda inocente
Librará de un peligro.

FINEO.

¿Será suya?

ATALANTE.

Así lo muestra el cielo, así lo siente.

FINEO.

Pues, Atlante, mi vida se concluya:
¿De qué nación parece?

ATALANTE.

Será griego.

FINEO.

¡Maldiga el cielo, amén, la ciencia tuya!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Quién pudiera poner á Grecia fuego
Para matar ese hombre! Mas ¿qué digo?
Quien te ha de ser de gusto, venga luego;
Que de sus bodas yo seré testigo
Para matarme, y para verla guardo
La vida, de quien soy tan enemigo;
Que no porque en perdella me acobardo.

Sale Mitelio, criado.

MITELIO.

Si estás ya desocupado,
Aquí, señor, ha venido
El valeroso Perseo,
Del alto Júpiter hijo.
Quiere albergarse en tu casa;
Que va á los reinos de Tiro
A ver á Andrómeda bella.

ATALANTE.

¿Es éste que viene?

MITELIO.

El mismo.

Salen Perseo y Celio.

PERSEO.

Prospere tu vida el cielo.

ATALANTE.

Seas, griego, bien venido:
¿Qué es lo que en mi casa quieres?

PERSEO.

De tus planetas y signos,
De tus figuras celestes,
Pudiera haberme traído
La opinión del mundo errada;
Mas nunca el ingenio mío
Pudo aplicarse á esta ciencia,
Que la confieso y estimo;
Sólo vengo á verte, Rey,
Y á tenerte por amigo,
A descansar en tu casa
De mi confuso camino,
Como pudiera en la mía,
Porque de mi abuelo Acrisio
Lo fuiste algún tiempo.

ATALANTE.

Fuí
Su amigo, y serlo confirmo;
Mas ya ves, pues, gran Perseo,
Como por dicha has oído,
Que huyendo el vulgo profano,
A mis libros me retiro;
Los amigos verdaderos
Que yo tengo, son mis libros:
No doy á nadie en mi casa
Lugar, porque no permito
Que mis estudios perturben
Aun vasallos y vecinos.
He fabricado una huerta,
Donde hay un árbol que estimo,
Por tener los ramos de oro
En el precio que á mí mismo.
Y como en el mundo no hay,
Aun en el mayor amigo,
Seguridad, no consiento
Huésped: que perdones pido.

PERSEO.

A tan tirana crueldad
Y á tan loco desvarío,
Con la cabeza que ves
Daré yo justo castigo.

ATALANTE.

¡Válgame el cielo!

CELIO.

¿Mudóse
En monte?

PERSEO.

Fué merecido
De tu crueldad; que á mi padre
No se hace mayor servicio
Que con honrar al que es huésped.

CELIO.

Todo de robles y pinos
Se va cubriendo el peñasco.

PERSEO.

Entra en el jardín conmigo,
Y tomaré el ramo de oro.

CELIO.

Del oro tienes principio:
No es mucho que te aficione.

PERSEO.

¡Ay, Celio, que voy perdido
Por Andrómeda!

CELIO.

Sospecho,
Que desde aquí irás á Tiro.

PERSEO.

Iré á verla.

CELIO.

Pues ¿Amor
Enciende lo que no ha visto?

PERSEO.

Sí, Celio; que ese milagro
A sólo Amor es debido,
Porque es de todos los dioses
El dios mayor aunque es niño.

ACTO TERCERO.

Salen Andrómeda y Laura.

ANDRÓMEDA.

Quien nunca supo de amor,
¿Cómo ha de juzgar de amores?

LAURA.

Los principios, son favores;
Los fines, pena y dolor;
Para en desdén el mayor,
Con celos ó con ausencia.

ANDRÓMEDA.
Hablas, Laura, de experiencia,
Y soy ignorante yo.
LAURA.
Dichoso quien nunca vió
Los términos de esta ciencia.
Pensé, Andrómeda, que había
La conquista de Fineo
Encendido tu deseo.
ANDRÓMEDA.
Nunca más helada y fría
Fué Citia que el alma mía
Á los tiros de su fuego;
Nunca me ablandó su ruego,
Ni el conocimiento mío
Rindió su libre albedrío
Á imperio de un dios tan ciego.
LAURA.
Fineo merece ser
Estimado y preferido.
ANDRÓMEDA.
Pues nunca de mí lo ha sido,
Culpa debo de tener;
Pero yo vengo á entender
Que hay cosas que sin querellas
Obran los cielos en ellas,
Y por el mismo rigor;
Que no puede haber amor
Sin gusto de las estrellas.
LAURA.
Pues ¿cómo te quiere á ti
Sin correspondencia tuya?
ANDRÓMEDA.
Porque ha sido estrella suya,
Que no tiene fuerza en mí.
LAURA.
Una vez contar oí,
Andrómeda, que parió
Venus, y que se crió
Cupido hasta cierta edad,
Y aunque con rara beldad,
Nunca de esta edad pasó.
Viendo, pues, que no crecía,
Venus consulta una diosa
Que en duda de cualquier cosa
Cierto oráculo tenía;
Díjole que no sería
Mayor hasta que pariese
Otro niño que tuviese
La misma edad que Cupido;
Que ésta la causa había sido
De que el Amor no creciese.
Finalmente: Venus bella,
Á otro niño que parió,
Correspondencia llamó,
Y creció el Amor con ella.
Si se puede amar sin ella,
Yo no lo sé de rigor;
Habrá amor, mas no mayor
Que un agradarse en presencia,
Porque sin correspondencia
No llega á ser hombre amor.
ANDRÓMEDA.
Mas yo sé, Laura, de mí,
Que nunca á Fineo amé.
LAURA.
Yo, bella Andrómeda, sé,
Por mi mal, que adora en ti.
ANDRÓMEDA.
Laura, no me des á mí
La culpa de tus enojos;
Si son celosos antojos,
En su presencia verás
Que no he puesto en él jamás
Con la voluntad los ojos.
LAURA.
Si conoces mis desvelos,
Mis locos celos disculpa;
Que si amor yerra sin culpa,
Menos la tendrán los celos;
Celos hicieron los cielos
Para ser de amor templanza,
Mas de hoy más, en confianza
De que solos celos son,
Camina á tu posesión
Sin desmayar la esperanza.

Sale Fineo.

FINEO.
Mata, desdeña, abrasa, hiela, enciende
El alma que te adora, desdén mío;
Que cuando más me matas, más te envío
La libertad del alma que te ofende;
Castiga, aflige, rompe, injuria, prende
Lo que el cielo me dió por albedrío;
Que en mi firmeza contrastar confío,
Cuanto la tuya en tu rigor pretende.
Compitamos los dos: yo en atreverme
Para que mi locura se confirme,
Y tú en matarme, helarme y encenderme;
Que no pienso jamás arrepentirme;
Que aunque es verdad que puedes deshacerme,
No serás tan cruel como yo firme.
ANDRÓMEDA.
Aquí tienes á tu amante,
¿Qué quieres de mi rigor?
LAURA.
Que ni el rigor ni el amor
Le detenga ni le espante.
FINEO.
La ocasión tengo delante
Del peligro en que me veo.
ANDRÓMEDA.
Aquí os aguarda, Fineo,
La bella Laura.
FINEO.
No sé
Qué respuesta, Laura, os dé
Sin ofender mi deseo.
Yo tengo, Andrómeda, aquí
Lo que aborrezco y adoro;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De un desprecio me enamoro,
Sigo quien huye de mí,
Y huyo de quien me sigue;
Y aunque la razón me obligue,
Tanto un desdén me lastima,
Que persigo á quien me estima,
Y estimo á quien me persigue.
Aquí están mi mal y bien
En línea tan desigual,
Que de mi bien á mi mal
No hay proporción que le den;
Aquí mi amor y desdén.
Pero yo en ellos tan necio,
Que dejo el amor y precio
El desdén; porque no hay llama
Que abrase más á quien ama
Que tratalle con desprecio.
Pero los merecimientos
De la hermosura que adoro
Vuelven en gloria y tesoro
La ocasión de mis tormentos;
Más quieren mis pensamientos,
Mis potencias, mis sentidos,
Morir siendo aborrecidos
De la dulce prenda mía,
Que vivir sin alegría
Donde aborrecen queridos.

ANDRÓMEDA.

Responde, Laura, por ti.

LAURA.

Á ti, Andrómeda, te toca,
Pues el amor te provoca,
Y el desdén me toca á mí.

ANDRÓMEDA.

Fineo, yo siempre fuí
Amiga de desengaños.

FINEO.

Tente, no aumentes mis daños;
Que donde amor es locura,
La más importante cura
Es fiar de los engaños.
¿Qué sirve desengañar
Á quien no ha de aborrecer,
Ni aconsejar no querer
Á quien no puede olvidar?
Yo quiero sin premio amar.
¿Qué te importa que me engañe?
Porque si no hay mal que dañe
Á quien ya no espera bien,
Más le enamora un desdén
Que un favor que desengañe.

El Rey de Tiro y Aristeo.

REY.

Arrojaré de la frente
El laurel sacro, y el cetro
De las manos.

ARISTEO.

Gran señor,
No importa; piérdase el reino,
Viva Andrómeda, tu hija.

ANDRÓMEDA.

Padre y señor, ¿qué es aquesto?

REY.

En otros enojos fuiste,
Con verte un cielo sereno,
Templando las tempestades
Del mar de mi tierno pecho;
Y agora, Andrómeda, el verte
Aumenta más mis tormentos,
Porque ya, por mi desdicha,
Eres tú la causa de ellos.

ANDRÓMEDA.

¿Yo, señor?

REY.

Entre las rocas
Del mar, un monstruo soberbio
Apareció, como sabes,
Vertiendo ardiente veneno,
Con que la tierra y la mar
Juntas se van destruyendo.
Hice consultar los dioses,
Y responden en su templo
Que por tu soberbia madre,
Que se igualaba con ellos,
Aqueste monstruo ha criado
Para que destruya el reino,
Y que abrasará la tierra
Con rabias, veneno y fuego
Si no le entregan.....

ANDRÓMEDA.

¿Á quién?

REY.

¿A quién, preguntas? ¡Ay, cielo!

ANDRÓMEDA.

¿Soy yo, por dicha, señor?

REY.

Tú lo entendiste más presto
Que dió lugar á mis labios
El justo amor que te tengo.

ANDRÓMEDA.

Latona, madre de Apolo,
Aunque diosa, con intento
De vengarse de mi madre,
Estas crueldades ha hecho,
Indignas de su deidad;
Pero si el bien de este reino
Consiste en que muera yo,
Y ésta es voluntad del cielo,
Yo obedezco, padre mío,
Porque no hay mortal remedio
Para resistir su gusto.

REY.

Con esa humildad has puesto
Mi alma en mayor dolor;
Parte, Laura, parte luego
Á decirle que soy padre,
Y que intentaré remedios
Hasta perder reino y vida.

LAURA.

¡Muerta voy!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REY.

¡Y yo lo quedo!

ARISTEO.

Fineo está aquí, señor.

REY.

¿Qué sientes de esto, Fineo?

FINEO.

Que aun á pensar lo que dices
No se atreve el sentimiento:
¡Que el oráculo cruel
Te dió el injusto consejo
De dar á Andrómeda á un monstruo
De la mar!

REY.

Apolo en Delfos,
Y aquí todas las deidades,
En cuyos sagrados templos
Teñí los jaspes de sangre
Con sacrificios diversos.
Ello es cosa irremediable;
Ya Tiro se va encendiendo
De peste; ya se conjura
Contra mí el airado pueblo.
Á Andrómeda piden todos:
¿Qué haré? No puede ser menos
De que, atándola á una roca,
Apaciente el monstruo fiero.
Vamos á ver si es posible
Que tenga piedad el cielo
De su hermosura y mis canas.

FINEO.

¡Cielos divinos, supuesto
Que un desdén pide venganza,
Y un desprecio un mal deseo,
No quiero venganza así,
Y es mucho el rigor que veo,
Para una tierna hermosura
Y para un amor tan tierno!
¡Revocad, cielos piadosos,
La sentencia! ¡Á vos apelo,
Clarísimas lumbres santas,
Por cuyos cursos eternos
Las segundas causas tienen
Los daños ó los provechos!
¡Piedad, hermosos cielos,
Y pues tan sabios sois, mudad consejo!
Si de Andrómeda la madre
Tuvo aquel soberbio intento
De competir con Latona,
Madre de Diana y Delio,
No era mucho, pues tenía
Andrómeda en sus cabellos
El sol, la luna en su rostro,
Más bellos que Cintia y Febo;
Disculpa tuvo, deidades:
¿Cómo hacéis que un monstruo horrendo
Venga á eclipsar luna y sol
En el cielo que habéis hecho?
¡Piedad, hermosos cielos;
Que la venganza no es de nobles pechos!

Sale Ismenio.

ISMENIO.

¿Con este cuidado estás,
Noble príncipe Fineo,
Cuando se anega en su llanto
Este desdichado reino?
¿No sabes lo que responde
El oráculo sangriento
Del injusto Apolo, y cómo
Entregan al monstruo el cuerpo
De Andrómeda, porque al suyo
Pueda servir de sustento?
¡Ya la llevan á la mar!
¡Ya en unas rocas han puesto,
Para los pies y las manos,
Cuatro cadenas de hierro!
¡Oh, Andrómeda desdichada!
¿De qué ha servido que el cielo
Te diese tanta hermosura?

FINEO.

¿Qué es lo que dices, Ismenio?

ISMENIO.

¿No has estado en lo que digo,
Ó el debido sentimiento
En éxtasis te arrebata?

FINEO.

¡Ay de mí! Todo lo entiendo,
Todo lo entiendo y lo lloro,
Todo lo lloro y lo siento,
Todo lo siento, y en todo
No siento humano remedio;
Que ya la quieren llevar,
Y que no es posible menos.
¡Ay, cielos! Si otros amantes
Pierden el seso de celos
Por ausencias, por desdenes,
Ó por ingratos desprecios,
Por ver morir en el mar
Un ángel, y que del pecho
De un monstruo sustento sea,
Razón es que pierda el seso.
¡Ea, crueles cielos!
¿De mí os vengáis? Pues ¡muera yo primero!
¡Afuera, enojosa vida;
Que un largo aborrecimiento
Halla en la muerte descanso;
Que es piedra y busca su centro!
Muerta Andrómeda, mi bien,
¿Qué vida estimo? Dejemos,
Alma, en aquesta ocasión
La cárcel del sufrimiento.
¡Ea, Ismenio, al mar camina;
Trágueme el monstruo; yo quiero
Ir á hacer en sus entrañas
Á mi Andrómeda aposento!
Juntemos los dos allí,
Si no las almas, los cuerpos;
Que muchos se entierran juntos
No habiendo vida en los huesos.
¡Ea, camina adelante!

ISMENIO.

¡Señor, señor!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FINEO.

Calla, necio;
Que allá en los Campos Elíseos
Más despacio nos veremos.
¡No quiero piedad, cielos,
Sino que me matéis; mas ya estoy muerto!

Vanse, y salen Perseo y Celio.

PERSEO.

Este es el reino de Tiro.

CELIO.

Famoso vuelo hemos dado.

PERSEO.

Yo, Celio, poco me admiro,
Pues en un caballo alado
Pasando voy cuanto miro.

CELIO.

No entendí que consintiera
Ancas el señor Pegaso;
Pero de aquesta manera
Suben muchos al Parnaso,
Aunque es difícil carrera;
No porque somos nosotros
Poetas, mas porque dan
En hurtarse unos á otros,
Presumo que algunos van
Á las ancas de los otros.

PERSEO.

¿Dejástele acomodado?

CELIO.

Afeitando queda á un prado
El verde cabello, en quien
La planta que corre bien,
Ofrece un arroyo helado.

PERSEO.

¡Ay, Celio, vengo perdido
Adorando este retrato!

CELIO.

¡Gran muestra del cielo ha sido!

PERSEO.

¿Qué será el real ornato,
Sol de tanta luz vestido?

CELIO.

Será verle á mediodía.

PERSEO.

En aquella casería
He visto un pastor.

CELIO.

¿Qué digo?
¡Hola, pastor! ¡Hola, amigo!

Riselo, pastor.

RISELO.

¿Quién llama con tal porfía?

CELIO.

Bajad al prado, y guiad
Dos extranjeros perdidos
Á la ciudad.

RISELO.

¿Qué ciudad?

CELIO.

Tiro.

RISELO.

¿No tenéis oídos,
Ó no sabéis qué es piedad?
¿No veis hacia aquella parte
La playa del mar cubierta
De gente, que se reparte
Por aquella peña incierta,
Donde halló camino el arte?

PERSEO.

Pues ¿qué significa aquello
Que ya desde aquí se ve?

RISELO.

Que llevan, suelto el cabello,
Para que sustento dé
Á un demonio, un ángel bello.

PERSEO.

¿Quién decís?

RISELO.

Un pez del mar
Que los dioses han criado,
Porque quieren castigar
Habérseles igualado.
¿Quién lo pudiera excusar?
Porque la Reina de Tiro
Parió Andrómeda tan bella,
Al cielo quiso hacer tiro;
Mas cayó el tiro sobre ella
Y sobre el reino que miro.
Que aqueste fiero animal
El oráculo descubre,
Y para que cese el mal
De pestilencia, le cubre
Una sentencia mortal:
Á Andrómeda diz que toca
La suerte, y en una roca
Atada, esperar que el pez
Se la engulla de una vez
Por la siempre abierta boca.

PERSEO.

¿Á Andrómeda, la Princesa
De Tiro?

RISELO.

La misma digo,
Que ya en la roca está presa,
Ó la llevan al castigo.

PERSEO.

Esta sí que es alta empresa;
Pero ¿hay desdicha mayor
Si viene el monstruo primero?

CELIO.

Donaire tienes, señor:
¿Con un animal tan fiero
Quieres probar tu rigor?
Deja, pues no la conoces,
Que los cielos rompa á voces,
Porque de este pez acaso
Puede espantarse el Pegaso,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y echarte del aire á coces.

PERSEO.

¡Ay, bella Andrómeda mía!
¿Mía dije? ¿Si es que habló
Al alma la profecía?
¿Si acierta, y que puedo yo
Librarla este triste día?
¡Ay, cielo! ¿Qué habrá servido
Á Medusa haber vencido,
Y cortando el fiero cuello,
Ver su dorado cabello
En áspides convertido?
¿Qué de su sangre caída
En el mar, ver el coral,
Que queda en agua teñida;
Y en un monte desigual
Volver de Atlante la vida?
¿Qué importa el haber cortado
De la huerta el ramo de oro,
Si vuelvo á Grecia afrentado
De que dejo el bien que adoro
A un monstruo en él sepultado?
No lo quiera el cielo así,
Ni que se diga de mí
Que no aventuré la vida
Por la cosa más querida
Del alma en que ya la vi.
Desata el Pegaso luego,
Y á la peña le conduce
Mientras que yo á hablarla llego.

CELIO.

¿Qué furia tu pecho induce?
¿Estás loco?

PERSEO.

Loco y ciego.
Vamos, Celio; que el hablar
Es parte de cobardía.

CELIO.

No es cobardía el pensar.

JACINTA.

El pensar no es valentía,
Cuando se ha de ejecutar.

(Vanse).

RISELO.

Sin duda este caballero
Debe de ser loco, y tanto,
Que intenta vencer un fiero
Monstruo; mas el mar y el llanto
Le hará sepulcro primero.

Dentro voces.

Lirano, Felino y Jacinta.

LIRANO.

¡Guarda el loco, guarda el loco!

RISELO.

Si lo dicen por aquel
Que este monstruo tiene en poco.

FELINO.

¡Lirano, guardate de él!

Salgan huyendo, y Fineo tras ellos, y desnudo, en caballo de caña.

FINEO.

¡A qué furor me provoco!

CELIO.

¡Huye, Jacinta!

JACINTA.

No puedo,
Que me tiene helada el miedo.

FINEO.

Huyes, Andrómeda ingrata,
Como del muerto el que mata.

JACINTA.

¡Ay, señor, estése quedo!
Ni soy Andrómeda yo,
Ni dromedario tampoco.

FINEO.

¿No eres Andrómeda?

JACINTA.

No.

RISELO.

¿Qué es esto, Lirano?

LIRANO.

Un loco
Que de este monte salió;
Y la ocasión habrá sido
De haber perdido el sentido,
De la Princesa el suceso.

FINEO.

¿Qué mucho que pierda el seso,
Mi bien, quien os ha perdido?
Creedme, que esta locura,
Pues es para no sentir,
Se puede llamar cordura;
Que en no poderla sufrir
Se aumenta la desventura.

JACINTA.

Señor, yo no sé de amor;
Mas sé que locura es,
Y ella se cura mejor.

FINEO.

Si se pierde el bien después,
No tener seso es mejor;
En fin, di verdad, ¿no eres
Andrómeda?

JACINTA.

Ni aun quisiera.

FINEO.

Pues ¿quién?

JACINTA.

Jacinta.

FINEO.

Y ¿qué quieres?

JACINTA.

Que me dejes.

FINEO.

¡Quién pudiera!

JACINTA.

Pues ¿qué puede haber que esperes
De una villana aldeana?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FINEO.
Casarme quiero contigo.
JACINTA.
¿Cuándo?
FINEO.
Luego.
JACINTA.
¿Y no mañana?
FINEO.
Con mujeres no me obligo
Á fe tan incierta y vana,
Porque lo que dicen hoy,
Mañana es tan diferente,
Que lleno de miedo estoy.
JACINTA.
¿Temes que mudarme intente?
FINEO.
No, que más discreto soy,
Y cualquiera que lo es,
Á pocos lances alcanza,
Que siendo, como lo ves,
La mudanza en la mudanza,
No habrá que mudar después.
Ahora bien, ¡hola, pastores!
Id todos á prevenir
Galas de varios colores;
Que como suelen salir,
Los picos llenos de flores,
Las abejas al aurora,
Así saldremos agora
Á la boda que esperamos;
La selva os ofrece ramos,
Y sus verdes faldas Flora.
¡Ea, cantad mi alegría!
RISELO.
Bien dice; vamos, pastores:
Celebrad tan dulce día.
FINEO.
Tú, porque al cielo enamores,
Hermosa Andrómeda mía,
Parte á vestirte de estrellas,
Ponte las luces más bellas.
JACINTA.
Y ¡cómo que dice bien!
FINEO.
Vestiréme yo también
De lo que sobrare de ellas:
Ea, traed instrumentos.
LIRANO.
Sí, señora, al monte vamos.
FINEO.
Hoy hacen fin mis tormentos.
JACINTA.
Echad por entre estos ramos.
FINEO.
Decid, en dulces acentos,
Mil canciones á Himeneo.
JACINTA.
Ventura ha sido librarme.
RISELO.
¡Huye, Jacinta!
JACINTA.
No; creo
Que me ha dejado.
FINEO.
Es matarme
El dilatar mi deseo.
LIRANO.
¡Guarda el loco, guarda el loco!
¡Hola, pastores del valle,
Huid!
RISELO.
No hemos hecho poco,
Aunque es lástima dejalle.
Vanse.
FINEO.
Todo cuanto miro y toco
Me parece que de mí
Se lastima.
Ismenio.
ISMENIO.
Por aquí
Me han dicho algunos pastores
Que, diciendo al aire amores,
Camina fuera de sí.
Mas aquél debe de ser,
Que con su imaginación
Se acaba de suspender;
En perdiendo la razón
Amor, no hay más que perder.
FINEO.
¡Oh fiera condición de los humanos!
Que no se mueva nadie al daño ajeno,
Pues daréme la muerte con mis manos!
Verdes adelfas, si tenéis veneno
Y tanto os parecéis á la hermosura
Que mata con mirar blando y sereno,
Dadme la muerte. ¡Oh fuente clara y pura!
¡Baña de ese cristal mi ardiente pecho!
Pero ¿quién estorbármelo procura?
Debajo vive de tu claro techo,
Antípoda del agua, otra persona:
¡Dichoso tú que en agua estás deshecho!
¡Hola, dame la mano! Mas perdona
Si te hice mal: el agua se ha turbado.
ISMENIO.
¡Qué bien á quien le sirve galardona
Este villano amor!
FINEO.
Ya vuelve airado,
Aunque me mira ya con más sosiego:
¡Oh, cómo estás en agua descansado!
¡Oh, quién templara así su ardiente fuego!
Mas yo me quiero entrar allá contigo;
Descansemos los dos.
ISMENIO.
Tente; ¿estás ciego?
FINEO.
¿Quién es?
ISMENIO.
Ismenio soy.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FINEO.

¡Ismenio amigo!
¿Has visto por allá mi entendimiento,
Que no le puedo hallar aunque le sigo?
¿Has visto mi memoria, que no siento
En qué anda divertida mi memoria
Con la imaginación y el pensamiento?
Pues de mi voluntad es una historia
Decir de qué manera va perdida
Por cierta pena y para cierta gloria.
¿Has topado mi seso?

ISMENIO.

Á la caída
De este valle topé.....

FINEO.

Dímelo presto:
Así conserves sin amor tu vida.

ISMENIO.

Un pastorcillo, de ciprés funesto
Ceñida la cabeza, que decía
(Pero perdona si te ofendo en esto)
Que ya el monstruo fierísimo tenía
Sepultada tu Andrómeda en su pecho,
Y que el lloroso pueblo se volvía.
Por eso vuelve en ti; que es sin provecho
Llorar un hombre por el bien perdido,
Si está de que es perdido satisfecho.

FINEO.

¡Cielos! ¿Que ya murió quien sola ha sido
La luz de aquestos ojos? ¡No es posible,
Que estuviera de luto el sol vestido!
Yo pienso que su espíritu invisible
Se pasara á mi pecho, en quien tuviera
Infierno, aunque portátil, insufrible.
Que bien sé yo que Júpiter quisiera
Que parara en mi fuego quien ha sido
Para mí amor de condición tan fiera.
¡Selvas, si lo sabéis, si habéis tenido
Nuevas del mar adonde estuvo atada,
Que me desengañéis humilde os pido!
Árboles de coral, que en la salada
Superficie del agua alzáis las frentes,
Decid si vive allá mi prenda amada!
¡Nácares de colores diferentes,
Así de perlas en la bella aurora
Vuestras conchas llenéis resplandecientes,
Que me digáis si pisa mi señora
Las arenas del mar, para que vaya
Adonde tanta gloria se atesora!

ISMENIO.

¿No ves volver la gente de la playa?

FINEO.

¡Oh duro embajador, en cuyo acento
Mi vida muere y mi valor desmaya,
Haréte mil pedazos, y en el viento
Te arrojaré como Hércules á Licas!

ISMENIO.

¡Qué buen pago me das!

FINEO.

Pago en tormento:
No tengo agora yo prendas más ricas;
Toma deseos, ansias, rabia, celos.

ISMENIO.

¡Buen galardón á mi servicio aplicas!

FINEO.

Toma congojas, iras y desvelos,
Y aquel desprecio de su largo olvido;
Que esto me han dado por amar los cielos.
Estas son las riquezas que he tenido;
Bien las conocerá, para su daño,
Quien sabe que es amor aborrecido.

ISMENIO.

¿De qué te sirve ya tan ciego engaño?

FINEO.

¿De qué? Para un perdido entendimiento
No hay remedio más vil que el desengaño.
Ninfas del mar, que en cristalino asiento
Labráis de oro y aljófar, sobre telas
De verdes ovas que tendéis al viento,
Los amores, los celos, las cautelas
De los dioses marítimos que corren,
En carros de cristal, el mar sin velas,
Tejed mi historia allá, porque no borren
Los tiempos el discurso de mis males,
Mientras los dulces versos le socorren.
Pintad en vuestras peñas desiguales
Á la divina Andrómeda desnuda
Entre nácares, perlas y corales;
Al monstruo fiero, que la gente ruda
Dice que fué castigo de los cielos,
La piedad sorda, y la inocencia muda,
Y á mí, llorando en tantos desconsuelos
Hasta volverme en agua, aunque vengado
De su injusto desdén y de mis celos.

ISMENIO.

Detente; ¿dónde vas?

FINEO.

Determinado
De provocar al monstruo al desafío.

ISMENIO.

¡Mira tu engaño!

FINEO.

¡Ay, Dios, que no has probado
Amor tan verdadero como el mío!

Vanse, y salen Perseo y Celio.

PERSEO.

¿Has prevenido á Pegaso?

CELIO.

Ya con los varios cambiantes
De las plumas de las alas
Quiere dar envidia al aire.

PERSEO.

Á compasión me ha movido
Ver el lastimoso padre
De Andrómeda, porque de ella
Las mismas peñas las hacen.

CELIO.

Vuelve los ojos, señor:
Verás en cadenas graves,
De la desdicha un retrato,
De la piedad una imagen;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Por Júpiter, que es mujer
Bellísima!

Descúbrenla atada á una roca.

PERSEO.

¡Que se trate
De envidia, venganza y celos,
Entre dioses celestiales!
Pero tan rara hermosura,
Celio, y tan divinas partes,
Bien es que dé al cielo envidia,
Que no á los hombres mortales.
Oye con qué dulce voz
Se queja.

ANDRÓMEDA.

¡Cielo, ayudadme,
Dadme remedio y valor
En desdicha semejante!
Yo no os pido ya mi vida,
Que no hay cosa que más canse
Que aquello que se aborrece;
Valor os pido, que baste
Para morir animosa.
¡Oh, claras, altas deidades,
Que por doseles del sol
En gradas de eterno jaspe,
Miráis las humanas cosas!
¡Oh, estrellas, vivos diamantes,
Que repartís la influencia
De los bienes y los males,
Tened compasión de mí.
Y tú, ¡mar inexorable,
Que has producido este monstruo,
Así de preciadas naves
Tus campos cubiertos veas,
Que tus peñascos ablandes
Á las olas de mis penas.

PERSEO.

¡Ay, cielo, que voces tales,
Por las puertas del oído
El muro al alma combaten!
¡Qué dulcemente se queja!

CELIO.

Consuela (así Apolo guarde
Tu vida de este peligro)
Sus ansias; que en tales trances
Es más desdicha el no haber
Quien en las desdichas hable;
Mira cómo de sus ojos
Tan bellas lágrimas caen,
Que en el mar se vuelven perlas,
Y aun el codicioso sale
Á la peña á recibillas.

PERSEO.

¡Ah, bella Andrómeda!

ANDRÓMEDA.

¡Ah, padre!
¿Llamas tú?

PERSEO.

No soy el Rey
Indigno de que se llame
Tu padre, pues que consiente
Que por un reino te mate
La vana opinión del vulgo.

ANDRÓMEDA.

Pues ¿quién eres?

PERSEO.

Quien te trae
Remedio, ó ha de morir
Contigo.

ANDRÓMEDA.

¡Ay, Dios, que no sabes
El peligro á que te pones!
Deja, mancebo arrogante,
Una empresa tan difícil
Aunque te parezca fácil;
Advierte que son los dioses
Los que estas venganzas hacen;
Tú mortal, ellos divinos,
¿Qué fuerzas serán bastantes?

PERSEO.

Hermosa Andrómeda, advierte
Que el más supremo, el más grande,
El más fuerte de los dioses,
El que fulmina gigantes,
Es mi padre generoso,
Que en Danae, mi bella madre,
Transformado en lluvia de oro,
Me ha dado fuerzas iguales.
Perseo soy, que he venido,
Rompiendo los claros aires,
En el caballo Pegaso,
Á defenderte y librarte
Y á darle la muerte al monstruo;
Que no son incontrastables
Los hados á la virtud.

ANDRÓMEDA.

Sólo en decir que á librarme,
¡Oh príncipe generoso!
Natural valor te trae,
Parece que cobro vida.

PERSEO.

Valor y amor tan iguales,
Que son dioses en mi pecho;
Pues cuando el valor se alabe
De ser de Júpiter hijo,
Amor es dios, que al dios Marte,
Dentro de su quinta esfera,
Desciñe el dorado alfanje.
Cuando dí muerte á Medusa,
Pensó, Andrómeda, engañarme
Con enseñarme tu rostro,
Prometiéndome sus artes
Traerte al castillo luego.
Partí de él al sabio Atlante,
Que volvió mi espejo en monte,
En cuyas entrañas yace
De su encantado jardín,
Lleno de blancos azahares.
El ramo de oro quité
Que al pie de dos fuentes nace;
Pero sabiendo tu historia,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Dije: ¿qué importa que cante
La fama hazañas heroicas
Y las del amor se callen?
Y así, vine por los cielos,
Desde donde inmensos mares,
Altos y soberbios montes
Y populosas ciudades,
Á mis ojos parecían,
Donde estaban tan distantes,
Lo que en el mapa sucinto.
Pero no es razón que aguarde
Á que venga el fiero monstruo.
Voy á librarte; mas dame
Palabra que serás mía;
Que á Grecia quiero llevarte,
Donde á los reinos de Acrisio
Quiero dar por reina un ángel.

ANDRÓMEDA.

¡Ay, valeroso Perseo,
Tu esclava puedes llamarme!
Átame en cadenas tuyas
Como de éstas me desates.
Si yo fuese tan dichosa
Que del peligro escapase
En que me han puesto los dioses,
Haré con tu nombre altares,
Donde pueda cada día
Mil almas sacrificarte.

PERSEO.

Aguárdame, Celio, aquí.

CELIO.

¿Aquí me dejas?

PERSEO.

¡Cobarde!
¿Qué temes?

CELIO.

¿No he de temer
Que te vayas por el aire
Y que yo quede en la tierra?
Pues si agora el monstruo sale,
¿Qué favor puede valerme,
Ó qué deidad ayudarme?

Vase Perseo, y entran el Rey de Tiro, Aristeo, Laura y criados.

REY.

Amor me vuelve á ver mi desventura,
Que no me deja que los ojos vuelva
A mi justo dolor; antes procura
Que en verle y en matarme se resuelva,
Si de la peña la riscosa altura,
Desde los pinos de su verde selva
Tiróme amor del alma; que amor tira
Cuando el peligro de lo amado mira.
¡Ay, desdichada Andrómeda! Pluguiera
Al alto cielo que tu madre cara
La soberbia que tuvo no tuviera,
Ni á la madre de Apolo se igualara:
El claro sol desde su cuarta esfera,
Y en el cielo primero Cintia clara,
Se asoman ya por los balcones de oro
Á ver tu muerte y mi paterno lloro.
¿Es posible, deidades celestiales,
Que quepa en vos crueldad tan insufrible?

ARISTEO.

Señor, cuando castigan los mortales,
Es acto de justicia irremisible.

REY.

Bien pueden revocar sentencias tales;
Que no es su tribunal inaccesible
Al ruego de las lágrimas humanas,
Que inclinan las deidades soberanas.
¿Qué ruido es éste, viene ya la fiera?

LAURA.

Éste es, señor, el príncipe Fineo,
Loco de amor.

REY.

¡Cuán venturoso fuera
Si le imitara yo, como deseo!

Fineo en caballo de caña y mal armado, y Celio.

FINEO.

Aparta, aparta; ¿es ésta la ribera?

ISMENIO.

Pues ¿no lo ves?

FINEO.

La mar apenas veo;
Que aunque es tan grande, Ismenio, en mis enojos
Me parece mayor la de mis ojos.
¿Quién está aquí?

REY.

¿No me conoces?

FINEO.

¿Eres
El Rey de Tiro?

REY.

¡Extraña desventura!

FINEO.

No te congojes, Rey, ni desesperes;
Librar mi amor á Andrómeda procura.
Yo traigo con agujas y alfileres
Hecha una pasta, cuya fuerza dura
Le quitará la vida al monstruo horrendo.

CELIO.

Viene á comer, y morirá comiendo.

FINEO.

Tú verás cómo á Andrómeda restauro
Á nueva vida en término sucinto,
Y, como el otro fiero Minotauro,
Deshago el intrincado laberinto;
Mas si merezco de la empresa el lauro,
Pues en nobleza no le soy distinto,
No me la has de quitar, porque esa infamia
Renovará las bodas de Hipodamia.
Yo traigo mil valientes elefantes,
Dragones de la mar, rinocerontes,
Cocodrilos, nantícoras, gigantes,
Que mudarán estos soberbios montes.
Romperé las murallas de diamantes
Si lo estorban Cocitos y Aquerontes

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Del mismo infierno, y á su can trifauce
De su cadena le ataré de un sauce.
Dame, Ismenio, de presto otro caballo.

ISMENIO.

Sube, señor, pues hace un loco ciento.
Mas calla un poco.

FINEO.

Cuerdo yo si callo.

ISMENIO.

Que otro caballo viene por el viento.

FINEO.

Tú eres el loco en sólo imaginallo.

Arma.

LAURA.

Señor, vuelve á mirar al cielo atento,
Y verás por el aire un hombre armado.

REY.

Todo me da temor, todo cuidado.

Perseo, en el Pegaso, baja.

PERSEO.

¡Ah, valerosos fenicios,
Que me estáis mirando atentos,
Yo soy de Júpiter hijo,
Yo soy el fuerte Perseo,
Yo soy quien viene á librar
La bella Andrómeda.

REY.

Creo
Que de la continuación
De mi triste pensamiento
Estas imágenes nacen.

FINEO.

¡Hola, tú! También yo vengo
Á librarla en mi caballo;
Pero vengo por el suelo;
Que de comer zanahorias
Estoy pesado de cuerpo.
¿Cómo te subiste allá?

PERSEO.

Júpiter, mi padre inmenso,
Me ha dado aqueste favor.

FINEO.

Pues ¡alto! Los dos libremos
Andrómeda; tú por alto,
Y yo, por bajo; mas pienso
Que no se podrá partir,
Pues ha de ser ella el premio.
Baja, y haremos los dos
Batalla, y si yo te venzo,
Será solamente mía.

CELIO.

Ea, mi famoso dueño;
Que ya viene el monstruo alzando
Montañas de agua á los cielos:
¡Ánimo ahora, señor!

REY.

¡Qué prodigio tan horrendo!
¿Quién no tiembla de miralle?

Arma.

ANDRÓMEDA.

¡Favor, ilustre Perseo!

La sierpe sale echando fuego por la boca, y tocan trompeta, y riñe y queda ella tendida.

PERSEO.

¡Victoria, cielos!

CELIO.

¡Victoria!
La mayor que ha visto el tiempo,
Ni piensa guardar la fama
En sus archivos eternos.

PERSEO.

Ten, Celio, aqueste caballo
Mientras subo por el premio.

REY.

¡Cielos, es tanto mi bien
Que lo que he visto no creo!

ANDRÓMEDA.

Desata, Príncipe heroico,
Tu esclava, pues es tan cierto
Que me encadenas el alma
Como que lo estaba el cuerpo.

PERSEO.

Mi bien, no tanta humildad;
Que yo soy esclavo vuestro.

FINEO.

Eso no, que sólo yo,
Bella Andrómeda, merezco
El nombre de tu marido.

REY.

¿Qué dices, loco Fineo?

FINEO.

Que á Andrómeda me has de dar,
Ó me han de volver mi seso.

PERSEO.

Ahora bien, ¿quiéresle?

FINEO.

Sí.

PERSEO.

Pues mírate en este espejo,
Que tiene tales virtudes
Que vuelve piedra á quien quiero,
Y á quien deseo hacer bien
Le da claro entendimiento.

FINEO.

Yo estoy, Perseo, á tus pies;
Y en fe de que te agradezco
Restituirme el jüicio,
Volviendo de loco á cuerdo,
Te pido que al Rey le pidas
Á mi Laura en casamiento.

PERSEO.

Yo se lo suplico.

REY.

Y yo
Con mi gusto lo concedo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FINEO.
Dadme la mano.
LAURA.
Esta dicha
Merece mi sufrimiento.
FINEO.
No, sino vuestra hermosura.
REY.
Perseo, tuyo es mi reino;
Reina tú.
PERSEO.
Yo, gran señor,
En Grecia mi reino tengo;
Allá iré con mi esposa,
Que dicen que Acrisio es muerto.
REY.
Primero se harán las bodas.
PERSEO.
Lleva ese caballo, Celio.
CELIO.
Él se subió por el aire.
PERSEO.
En tan próspero suceso
La bella Andrómeda acabe
Y fábula de *Perseo*.

FIN.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL LABERINTO DE CRETA.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL LABERINTO DE CRETA

TRAGEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

Á LA SEÑORA TISBE FENIX EN SEVILLA

El breve poema de Tisbe y Píramo, aunque dilatado en la majestad de los versos y el estilo, que ha días llegó á mis manos, de quien es Vm. la mitad del argumento y el todo de la idea de su autor, me puso codicia entonces de conocer sujeto que pudo hacer probable lo que Ovidio escribio con encarecimiento de poeta, y por quien dijo el antiguo Montemayor:

Dos amantes, que dotar
De tal gracia y hermosura
Naturaleza procura,
Que no les dejó lugar
Do cupiese la ventura.

Después, el favor y honra que hace Vm. á mis escritos, de que no me ha faltado embajador y Mercurio, ha convertido lo que fué curiosidad en obligación de reverenciar esta deidad oculta, y celebrar su divino entendimiento, dado á conocer por sus papeles, y su hermosura, acreditada por quien con mayor conocimiento le aseguraba, y yo debo creerlo así, pues sobre el testimonio de Sóphocles hace mayor probanza de la beldad de Teórides, y grosero sería quien negase que Salauca había sido entendidísima habiéndolo afirmado Aristóphanes. Mucho menos que todo esto excede el corto valor de tan desigual presente, en que ofrezco á Vm. El Laberinto de Creta, *mientras con mayor musa (corrida esta cortina misteriosa) á dueño descubierto manifieste la inclinación con que deseo honrarme de este nombre. Y hame venido bien el de la fábula, pues tengo de vivir en esperanza y silencio hasta que Vm. se digne de hacerme este favor, y yo me libre de tanta escuridad á la luz de su conocimiento, con seguridad de no ser ingrato al hilo de oro. Dios guarde á Vm.*

Lope de Vega Carpio.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL LABERINTO DE CRETA.

PERSONAS DE LA TRAGICOMEDIA.

Rey de Creta.	Florelo.	Oranteo.
Feniso, *capitán.*	Liseno.	Un alcaide.
Soldados.	Polineces.	Lucindo.
Fineo.	Teseo.	Doriclea.
Dédalo.	Albante.	Fabio.
Cila.	Fedra.	
Lauro.	Ariadna.	

ACTO PRIMERO.

Salen Minos, rey de Creta; Feniso, capitán, y soldados.

MINOS.

En cuanto la humana gloria
Deleites, Feniso, alcanza,
El primero es la venganza,
Y el segundo es la victoria.
Hoy entrambos los poseo,
Pues he tenido, Feniso,
Con la victoria de Niso
La venganza de Androgeo.
Matáronme los de Atenas
Mi hijo, y Júpiter santo
Quiere que con otro tanto
Tengan consuelo mis penas.
Si á mi hijo dieron muerte,
Tu hijo á Niso mató;
Con que de Grecia me dió
La ciudad más noble y fuerte.
Después que por tantas veces
Su muro habemos cercado,
Tres vueltas el sol ha dado
Desde el Aries á los Peces.
Mas si mil siglos dilata
Los rayos de su tesoro,
Ya en el vellocino de oro,
Ya en las escamas de plata,
No era posible gozar
La venganza y la ocasión
Menos que con la traición
Que nos dió puerta y lugar.
Mató Cila, patricida,
Al Rey, su padre, por mí,
Á quien la palabra di
Indigna de ser cumplida.
Entregarme la ciudad
Lo prometió, y lo cumplió;
Pero no pensaba yo
Que fuera con tal crueldad.
Ni amor es justo que mande
Llegue tal mujer á Creta;
Que puesto que amor sujeta,
No para crueldad tan grande.
La ciudad entrado habemos,
Y aunque la puerta me ha dado,
Yo quedo desobligado,
Porque los reyes queremos
De la victoria, el valor,
Por traidor ó por leal,
Pero es cosa natural
Aborrecer al traidor.

FENISO.

Invicto Rey, no pudiera
Ser la ciudad conquistada
Si no es que Cila, engañada
De su amor, la puerta abriera;
Porque el gallardo Teseo,
Y otros griegos generosos,
La guardaban codiciosos
De ganar honra y trofeo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ella, con la confianza
De que tu mujer sería,
Te dió, Minos, en un día
Ciudad, victoria y venganza.
Agora no sé si es bien
Que la dejes de este modo.

MINOS.

Los dioses lo han hecho todo,
Y nuestra dicha también:
Némesis, la diosa airada
De la venganza, ha querido
Que Cila pierda el sentido
De loca y de enamorada,
Y que yo quede vengado
De la muerte de Androgeo.

FENISO.

Bien dejarás su deseo
Bastantemente burlado,
Porque, á no tener amor,
No hubiera humano interés.

Sale Cila, dama.

CILA.

¿Está aquí el Rey?

FENISO.

Ella es.

MINOS.

¿Qué haré?

FENISO.

Escucharla, señor.

CILA.

Rey Minos, á quien se humillan
Los altos muros de Creta,
Como agora á tu victoria
Los imposibles de Atenas:
Bien sabes los muchos años
(Testigo esta misma cerca)
Que no pudiste llegar
Á ver sus famosas puertas,
Y que el sol, tu armado campo,
Cuando el aurora comienza
Á dar vida á cuantas cosas
Se la quitan las tinieblas,
Hasta que por el ocaso
Van haciendo las estrellas
Corona á la obscura noche,
Diamantes de su cabeza,
Hallaba en la escarcha helada
Del invierno, y en la siesta
Del caluroso verano,
Sin poder hacerle ofensa;
Hasta que yo, desde el muro,
Para desdicha tan cierta,
Te vi gallardo á caballo
Armado de todas piezas;
No de otra suerte que á Marte
Pintan en la quinta esfera,
Desde la lustrosa gola
Á la dorada esquinela.
Daba la blanca celada,
De varias plumas compuesta,
A los aires tornasoles
Y á sus alas ligereza.
Ibas haciendo escarceos
Con tanta gracia, que apenas
Volvías el rostro, cuando
Llevabas tras ti la media
Del alma, porque quedaba
La otra para la vuelta,
Más obediente á tus ojos
Que tu caballo á la espuela.
Con esta imaginación
Pasé mil noches enteras,
También hallándome el alma
En más peligrosa guerra;
Hasta que, venciendo amor
La razón y las potencias,
Te ofrecí de darte, Minos,
La ciudad y el alma abiertas
Si me llevabas contigo;
Y tú, como si no hubiera
Dioses que el vicio castigan
Y que las virtudes premian,
Falsa palabra me diste,
Pues dicen que me la quiebras,
Y que te quieres partir
Y dar á los vientos velas.
Pero guárdate, que vas
A peligro de tormenta;
Que va en mis ojos el mar
Y mis suspiros en ellas.
Por ti, al tiempo que dormía
Mi padre (crueldad sangrienta),
Corté el cuello y vertí sangre,
La misma que dió á mis venas.
Las llaves te di, y entraste
La ciudad, de quien saqueas
Más oro que ve el aurora
Donde con marfil se peina.
Buen pago de amor tan grande
Será dejarme en la tierra
Que he vendido, y que está toda
Bañada en sangre paterna.
No lo harás; que no eres tú
Nacido en las libias selvas,
Ni en los montes de Tesalia
Te dieron leche sus fieras.
Pero si como ellas fueres,
Una cosa me consuela:
Que no hay desdicha en la vida
Que con la muerte lo sea.

MINOS.

Cila, á mí me pesa mucho
De que, en fin, por mi ocasión
Hayas hecho la traición
Que ya de ti misma escucho.
De Atenas quise vengarme,
Mas no con tanto rigor;
Que era venganza mayor
Vencella sin infamarme.
Verdad es que yo te dí
La palabra, que cumpliera

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Si por otro medio fuera
El bien que tengo por ti.
Nunca entendí que mataras
Al Rey; que por ese modo
Antes lo perdiera todo
Que tu intento ejecutaras.
¿Qué dirá el mundo de mí
Si á Creta, Cila, te llevo,
Sino que en caso tan nuevo
Consejo y armas te dí?
Pues ¿es justo que le infame
Tan glorioso capitán,
Por antojos que te dan
De que yo mujer te llame?
No, Cila; no puede ser
Infamarme por tu gusto,
Ni repudiar fuera justo
A Pasife, mi mujer.
Fuera de eso, si llevara
En mi nave tu alevoso
Corazón, era forzoso
Que la mar se alborotara.
Mejor te podrá sufrir
La tierra que te ha criado,
El mar no; que el mar sagrado
No te querrá consentir.
Llevo mis dioses conmigo,
Que también se enojarán.

CILA.

¡Qué justamente me dan
De mi locura castigo!
En fin, ¿me dejas?

MINOS.

No puedo
Llevarte; que quiero el mar
Tranquilo, por navegar,
Cila, á mi patria sin miedo.

CILA.

El cielo se muestre airado
De suerte que nunca veas,
Ni la patria que deseas,
Ni el fiero mar sosegado.
Salgan de su cueva obscura
Los vientos que alteran tanto
Las aguas, y en su azul manto
No esté la luna segura.
Vayas á tus hijas bellas
En relación, no en persona;
Ó te quite la corona
Un vil vasallo por ellas.
Y aunque los muros ganados
Te den por venganza gloria,
Infame aquesta memoria
La gloria de tus pasados.
Y si ausencia suele ser
Del honor ladrón sutil,
Seas el hombre más vil
Que fué jamás por mujer.
No se cuente de ninguno
La ofensa que de ti cuenten;
Todos los hombres se afrenten
De que cupiese en alguno.
No se acompañen de ti
Por hombre que mereció
Tener mujer que llegó
Á despreciarse de sí.

Vase.

MINOS.

¡Bravos enojos!

FENISO.

Mujer
Airada, ¿qué efetos quieres?

MINOS.

Es afrenta de mujeres,
Y piensa que yo he de ser
De los hombres, capitán,
La infamia y el deshonor;
Y aunque ausencias dan amor,
Á mí ninguno me dan.
Llamad á los principales
De Atenas, porque tratemos
Que en libertad los dejemos,
Pero con medios iguales:
Que me han de reconocer
Por señor.

FENISO.

Ese tributo
Será de esta empresa el fruto.

MINOS.

Con esto pienso volver
Á la patria que mi ausencia
Siente con tanto rigor.

FENISO.

Tres años ha, gran señor,
Que le falta tu presencia.

Sale Polineces.

POLINECES.

¿Dónde está Minos?

MINOS.

Aquí,
¡Oh Polineces famoso!
¿Bueno de la patria vienes?

POLINECES.

Gracias al cielo que pongo
Mi boca en tus pies.

MINOS.

Levanta.
¿Qué hay de Creta?

POLINECES.

Que está en hombros
De tu fama todo en paz.

MINOS.

¿Mis hijas?

POLINECES.

No mira Apolo
Cosa más bella en el Asia.

MINOS.

¿La Reina? ¿Vuelves el rostro?
¿Callas? ¿Qué es esto? Responde.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POLINECES.
Señor, si no te respondo
No es sin ocasión.
MINOS.
¿Qué dices?
POLINECES.
Que estoy, señor, temeroso.
MINOS.
¿Es muerta?
POLINECES.
¡Pluguiera al cielo!
MINOS.
Notables sospechas tomo
De algún accidente fiero.
POLINECES.
No se vió de polo á polo
Mayor desdicha.
MINOS.
La Reina,
¿Mayor mal que muerta? ¿Cómo?
Habla, yo te doy licencia
Si el caso es más afrentoso
Que se ha contado en el mundo.
POLINECES.
Siendo fuerza darte enojos,
Y no pudiendo excusarse,
El justo silencio rompo,
Aunque fuera bien estar
Mudo amor, el honor sordo,
Ciego el mundo, el sol sin rayos,
Para no volverse locos.
Sabrás que Pasife, ¡ay cielo!
Iba con hábito corto
Por un bosque cierto día,
Cuando al cristal de un arroyo
Cortesano en murmurar
Á la espalda de unos olmos,
Bajaban de tus pastores
Las vacas, que en los cogollos
De la hierba entretenían
La sed, con pies perezosos.
Puso los ojos Pasife
En un blanco y rubio toro,
Novillo de pocos años,
Más doméstico que hosco,
Tan pintado de la piel,
Con varias manchas el lomo,
Que sólo por las estrellas
Es el del sol más hermoso.
Las puntas de media luna
Que tiene menguado el rostro,
Corto de nariz y cuello,
Y de esmeraldas los ojos;
Donde no ha probado el yugo,
Con un remolino rojo
Tan bello, que parecía
Revueltas madejas de oro.
Enamoróse Pasife
De este animal, dando asombro
Á Creta, aunque hay opiniones
Que es Júpiter poderoso,
Que como á la bella Europa,
De quien tomó el nombre heroico
La tercer parte del mundo,
Enamoró cauteloso
En forma de toro blanco:
Tienen por cierto que él sólo
Pudo hallar en sus deseos
De la ejecución el modo.
Pasife, en fin, ha parido,
Si es de Júpiter, un monstruo
Medio toro y medio humano;
Y es tan público y notorio,
Que vienen de varias partes
Á verle por espantoso
Prodigio en naturaleza,
Pero conviniendo todos
En que es de Júpiter hijo,
Siendo efecto prodigioso
De imaginarle Pasife
En forma de blanco toro:
Así lo entienden los sabios
Y los filósofos doctos;
Tal es la fuerza que tiene
La imaginación en todo.
Está en dos años tan grande,
Tan fiero y tan riguroso,
Como un toro que sus celos
Escribe en los verdes troncos,
Haciendo á golpes que tiemble
Y que le responda el soto.
Júpiter á nadie afrenta:
Por eso á Júpiter nombro
Por dueño de aquesta hazaña;
Que á no ser suya, era poco
Perder el seso y la vida,
Pues no menos victorioso
Halló el fuerte Anfitrión
Vencido el casto decoro
De Alcumena, cuyo hijo
Ganó tan altos despojos,
Que el gran Hércules Tebano,
Antes de salirle el bozo,
Dijo bien qué padre tuvo
Con hechos tan valerosos.
MINOS.
No prosigas mi afrenta y desventura,
Trágico embajador; nunca yo vea
La patria ingrata, aunque mi bien procura,
Y el dueño de mi mal Júpiter sea;
Eclipse el claro sol su lumbre pura,
Apáguese la lámpara Febea,
Porque no pueda ver la mortal gente
Tal monstruo de mi honor eternamente;
Que de imaginación de un blanco toro,
En que Júpiter vino transformado,
Pasife, indigna del real decoro,
Haya el monstruo que dices engendrado,
No fuera tanta ofensa del tesoro
Que en el honor divino está guardado;
Mas nunca el vulgo juzga bien; que en todo
Elige siempre el más indigno modo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Vengado se ha de mí, vencida Atenas,
Pero yo haré que llore mi deshonra.

FENISO.

Aquí vienen sus fuertes defensores.

Salen Teseo, Albante y Fineo, criado de Teseo.

TESEO.

Aquí tienes, gran Minos, tus vencidos.

ALBANTE.

Aquí tienes, señor, á tus vasallos.

MINOS.

Valeroso Teseo, Albante noble,
No me llaméis el vencedor; que el cielo
Me quita de las manos la victoria
Con un suceso de portentos lleno:
Nació en mi casa un monstruo en esta ausencia;
Que en ausencia, atenienses, de un marido,
¿Qué puede sino un monstruo haber nacido?
Cuantos males nacieron en el mundo,
Hijos crueles fueron de la ausencia;
Vengados estaréis de que Pasife
Pariese un medio humano y medio toro,
Hazaña infame del lascivo Júpiter,
Deidad indigna de tan alto nombre,
Pues tiene acciones y bajezas de hombre.
Si cuando yerra un rey dicen que tiene
Indignamente el cetro, no conviene
Que tenga el de los cielos dios lascivo
Que, en toro transformado, me ha quitado
La honrosa vida del honor sagrado;
Porque cuando es secreto el adulterio,
No viene á ser con tanto vituperio.
Mas no penséis que no os alcanza parte;
Que en parias quiero que me deis cada año
Diez hombres de vosotros, que devore
Y coma aqueste monstruo de Pasife.

TESEO.

Serás obedecido como mandas.

MINOS.

En dejando presidio en vuestros muros,
Parto á la patria á ver mi desventura,
Si dura hasta llegar vida tan dura.

Váyanse, y queden Teseo, Albante y Fineo.

TESEO.

Extraño suceso.

ALBANTE.

Extraño,
Y que venganza nos diera
Á no ser por nuestro daño.

FINEO.

Diez hombres para una fiera,
Fiero tributo de un año;
Pedid que resuelva en uno,
Si no es más de sentimiento
Tributo tan importuno.

ALBANTE.

No lo hará, que no le siento
Para partido ninguno.

FINEO.

Pues si de aquel blanco toro
La señora, su mujer,
Se enamoró sin decoro,
¿No fuera mejor querer
Parias y tributo en oro?
¿Qué culpa le tiene Atenas?
¡Ah, mujeres! ¿Qué no haréis?

TESEO.

Respeta, necio, las buenas.

FINEO.

¿Agora toros corréis,
De extraños antojos llenas?
¡Ah, señor, que aquellos son
Los daños que se cometen
Con capa de religión!
Dioses dicen que se meten
En toros; ¡linda invención!
Lo mismo es el ir al templo,
Vengo del templo, contemplo,
Doy al templo, y lo interior
Es todo vicio y error,
Como lo dice este ejemplo.

TESEO.

Menester es que pensemos
Cómo un hombre se ha de dar
Cuando ser uno alcancemos;
Que una vida no hay pensar
Que por dineros la hallemos.

FINEO.

¿Cómo no? Mil hallaréis
Cuya vida, así á la sorda,
Como de un puerco, veréis
Que la quieren corta y gorda,
Y ésta comprarla podréis.
Aquel que su vida emplea
Sólo en vicios, no repara
En que larga ó corta sea,
Porque solamente pára
En cumplir lo que desea.
Hombre he visto yo tan malo,
Que por un mes de regalo
Seis años de vida vende.

TESEO.

Quien esa vida pretende,
Á tales bestias le igualo.

ALBANTE.

Paréceme á mí, Teseo,
Que para excusar las muertes
De aqueste tributo feo,
Se echasen comunes suertes
Y se hiciese igual empleo.

TESEO.

Dices bien, que, en general,
Todos tendrán esperanza,
Y será la ley igual;
Que no es ley la que no alcanza
Del plebeyo al principal.

FINEO.

¡Vive el cielo, que no quede
Hombre en Atenas!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TESEO.
Sí hará,
Pues la ley á nadie excede.
FINEO.
Necio está Minos.
ALBANTE.
Querrá
Vengarse.
TESEO.
Vengarse puede.
FINEO.
¿No fuera más acertado
Que este Minos, ó cominos,
Matara este monstro airado,
Que no por tales caminos
Dar á la fama cuidado?
¿Está loco?
ALBANTE.
Puede ser.
FINEO.
Hará bien, pues su mujer
Ha dado en esta flaqueza;
De aquel toro, en la cabeza
Las armas ha de tener.
Y desde hoy queda sabido
Que por este blanco toro,
El desdichado marido
Á quien se pierde el decoro,
Queda en toro convertido.

Vanse, y entran Oranteo, príncipe de Lesbos, y Ariadna.

ARIADNA.
No puedo significar
Mi pena con más rigor.
ORANTEO.
Yo no me quejo de amor,
Que amor no puede agraviar;
De mí me debo quejar,
No por el alto sujeto,
Mas porque no fuí discreto
En amar tan confiado,
Causa que nunca ha dejado
De producir tal efeto.
ARIADNA.
Si mi padre quiere darme
Á Feniso por marido,
Y lo que allá le ha servido
Pagarle aquí con matarme,
Mejor puedo yo agraviarme
De la pena que me alcanza
Por mi necia confianza;
Pero discúlpome luego,
Pues le guía, como á ciego,
Siempre al amor la esperanza.
Por servicios de la guerra
Me han escrito que me dan
Á este fiero capitán,
Que toda mi paz destierra;
Si Minos, mi padre, yerra,
Presto lo dirá el efeto;
Si obedecerle es precepto,
Yo le prestaré obediencia;
Pero para vuestra ausencia
Corta vida me prometo.
No me puedo resistir,
Aunque no es la causa el miedo;
Mas si resistir no puedo,
Bien sé que puedo morir.
Sin vos no quiero vivir,
Y bien me podéis creer;
Que aunque mujer, puede ser
Porque cuando tiene amor,
No hay fortaleza mayor
Que la más flaca mujer.
ORANTEO.
¡Hermosa Ariadna mía,
Como el alba pura, hermosa,
Centro del alma dichosa
Que por su cielo os tenía!
Ya se acabó mi alegría
Y comenzó mi tristeza;
Que puesto que mi firmeza
Vuestros agravios resista,
¿Quién vivirá sin la vista
De vuestra rara belleza?
Estoy tan agradecido
De ver vuestro sentimiento,
Que ha crecido mi tormento
Y mi obligación crecido;
Menos hubiera sentido
En verme en tan triste estado
Siendo de vos olvidado.
ARIADNA.
Luego ¿pésaos de tener
Este amor que me deber?
ORANTEO.
¿Qué os debo si os he pagado?
Desconciertan mi sentido,
Señora, vuestros conciertos,
Siendo los daños tan ciertos
Como las nuevas lo han sido;
Quien tanto bien ha perdido
En esta injusta mudanza,
¿En qué tendrá confianza,
Quedando en esta ocasión,
Quien creyó la posesión,
Apenas con la esperanza?
Pero no podrá mi suerte,
Ya que de vos me divida,
Quitarme tanto la vida
Que se dilate mi muerte;
Todos mis males concierte;
Que no podrán sus enojos
Triunfar de tantos despojos
Que lleve el tiempo la palma,
Pues más os deja en el alma
Que os aparta de los ojos.
Fortuna contraria intente
Mostrar en mí su poder,
Que no ha de poder hacer
Que no os quiera eternamente:

Tan dueño seréis ausente,
Como siempre lo habéis sido,
Y por consuelo he tenido,
Si le tiene pena igual,
Que no ha de hacerme otro mal
Después de haberos perdido.
Temores han de matarme
De que, puesto que juréis
Que en el alma me tendréis,
Estáis cerca de olvidarme.
De cuanto bien pudo darme
Quien me puso en tal estado,
Hoy quedo desobligado,
Y de mi dicha quejoso,
Pues no fuera yo dichoso
Para no ser desdichado.

Vase.

ARIADNA.

¿Á dónde vas amenazando ausencia,
Dueño del alma venturosa mía?
Que no suele olvidar el que porfía,
Porque donde hay memoria no hay paciencia.
Amenaza atrevida la presencia;
Mas luego que la vista se desvía,
Vuelve en su fuerza amor, que á sangre fría
No sabe hacer al gusto resistencia.
Amor, cuando se ha dado por despojos,
No muda la pasión mudando cielos;
Que ven las almas si no ven los ojos.
Juegan los que aman si lo son desvelos;
Mas no se ausente nadie por enojos,
Que lo que saca amor vuelven los celos.

Sale Fedra, hermana de Ariadna.

FEDRA.

¿Con ese cuidado estás?
Luego ¿no escuchas la salva
Que hoy ha hecho el mar al alba?

ARIADNA.

En mí á la noche dirás.
Porque, partido Oranteo,
¿Qué me puede haber venido
Que iguale al bien que he perdido,
Ni satisfaga al deseo?

FEDRA.

¿Y si dicen que es el Rey?

ARIADNA.

¡Mayor mal si con él viene
Feniso!

FEDRA.

Amor nunca tiene
Con su misma sangre ley.

ARIADNA.

¡Ay, Fedra, que no hay consuelo
Para tan grave dolor,
Porque es la ausencia en amor
Un rayo ardiente del cielo!
Que como á un árbol desnuda
De sus hojas y sus ramas,
Y en sus abrasadas llamas
Su verde esperanza muda,
Así, donde ausencia alcanza,
Aunque son sus fuegos hielos,
Trueca en lo azul de los celos
Lo verde de la esperanza.

FEDRA.

Pésame de verte ansí;
Pero si la fiera ausencia
Es del amor resistencia,
Lo mismo será de ti:
Si te olvida, olvidarás.

ARIADNA.

Amor juzga lo presente,
Y yo presumo que ausente
Querré más, penando más.
¿Qué voces son éstas?

FEDRA.

Creo
Que se acerca el Rey.

ARIADNA.

Si fuera
Mi muerte, mejor viniera
Á mi esperanza y deseo.

Salen Minos, Feniso, soldados y cajas.

MINOS.

Echad esas banderas por el suelo,
Como conviene á un capitán sin honra.

FENISO.

Mira que ofende tu dolor al cielo
En presumir que Júpiter deshonra.

ARIADNA.

Si tus hijas te pueden dar consuelo,
Padre y señor, su cuello y brazos honra
De los que tantos reinos han vencido.

MINOS.

Vencido vengo yo, mi honor perdido.
¿Dónde está la cruel?

FEDRA.

Tu furia huyendo.

MINOS.

Hijas, yo vengo como veis; que es justo
Perdone amor si con mi honor le ofendo.

ARIADNA.

Carece de consuelo tu disgusto.

MINOS.

Dejadme aquí mientras venganza emprendo,
De un poderoso no, puesto que injusto;
Pero de la cruel que me ha ofendido.....

FEDRA.

Guárdete el cielo.

MINOS.

Aun vida no le pido.
¡Hola! ¡Llamadme á Dédalo!

FEDRA.

Aquí viene
El mayor arquitecto que respeta
Grecia, ni ha visto el Asia.

DÉDALO.

Den los dioses

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á tu venida prósperos sucesos.

MINOS.

Dédalo amigo, ¿qué sucesos prósperos
Puede esperar un hombre desdichado,
Á quien, para consuelo de sus penas,
Ponen la culpa al poderoso Júpiter,
Y ha sucedido á Marte, que tenía
Envidia de mis armas y victorias,
Tomó venganza, obscureció mis glorias?
¿Has visto acaso el monstruo que ha infamado
La bella, en variar naturaleza,
Y aquí tan fea, bárbara y disforme?

DÉDALO.

Sí, gran señor.

MINOS.

Pues ¿cómo haré una fábrica
Donde pueda encerrar aquesta fiera,
De tan sutil ingenio y artificio,
Que el que entrare una vez salir no pueda?

DÉDALO.

Después que me escribiste que tenías
Esa intención, y que encerrar querías
Este monstruo feroz, á quien la fama,
De toro y Minos, Minotauro llama,
Yo hice y estudié varios diseños,
Y de tantos modelos y artificios
Hice elección del que verás presente,
Que aquí te le tenía prevenido,
Para que, si te agrada lo pintado,
Quede en madera y piedra ejecutado.

Corriendo una cortina se vea en un lienzo pintado el Laberinto, y el Minotauro dentro.

MINOS.

¡Por los dioses, que es digno de tu ingenio!
Y dime, ¿es de esta suerte el fiero monstruo?

DÉDALO.

Este, es señor, el monstruo retratado,
Aquí ha de estar de aquesta plaza en medio;
Esta es la puerta; pero no hay remedio
De hallarla el que una vez por ella entrare.

MINOS.

Pues ¡alto! Á ejecutalla, insigne Dédalo;
Que á ti te dará fama en todo el mundo
Del más supremo é ingeniòso artífice,
Y á mí del hombre de mayor desdicha.

DÉDALO.

Tú verás brevemente en pie la fábrica.

MINOS.

Matara el Minotauro; pero temo
La ira del gran Júpiter si es suyo;
Que para mí, sin diferencia alguna,
Es hijo de la envidia y la fortuna.

Vanse, y salen Teseo y Fineo.

FINEO.

No te quiero consolar.

TESEO.

No hay en este mal consuelo.

FINEO.

Airado tienes el cielo.

TESEO.

Hoy me mandan embarcar.

FINEO.

¡Que te cupiese la suerte
Entre más de seis mil hombres
De tan diferentes nombres!

TESEO.

¡Fuerte mal! ¡Desdicha fuerte!

FINEO.

Si fuera para algún bien,
La suerte se te escondiera.

TESEO.

Para bien no me cupiera,
Ni me dieran parabién;
Para mal, y tanto mal,
Conmigo acertó mi nombre.

FINEO.

¿Cómo permiten que un hombre
Tan valiente y principal
Vaya á dar pasto á una fiera?

TESEO.

Porque es república justa,
Y no ha de hacer cosa injusta
Cuando más valor tuviera.
Aquí, con justicia igual,
Sin que á uno falte, á otro sobre,
Al que es rico y al que es pobre
Se reparte el bien y el mal.
Estos gobiernos difieren
De otros injustos y odiosos,
Adonde los poderosos
Se salen con lo que quieren.
¡Ay del reino en que por fuerza
El pobre ha de padecer,
Y el rico hacer y poder
Que la ley con él se tuerza!

FINEO.

No entiendo lo que es justicia;
Mas con los que nobles son,
Es justo que haya excepción.

TESEO.

Debes de hablar con malicia.

FINEO.

Esto es cosa natural,
Puesto que un sabio decía
Que en la muerte sólo había
Justicia á todos igual.
En fin, ¿te piensas partir
Á morir?

TESEO.

Si esto conviene
A la patria, un noble tiene
Obligación de morir.

FINEO.

Acompañarte es forzoso,
De tu valor animado.

TESEO.

Eres, Fineo, criado
Leal, noble y animoso.
Por lo menos, si la suerte
Para morir me ha cabido,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Piadosa conmigo ha sido
En la causa de mi muerte.
Vamos, que aguarda la nave,
Y el mar bonanza promete.

FINEO.

Mas que todo se inquiete
Con cuantas tormentas sabe.....

TESEO.

No llegaré á salvamento,
Puesto que es el viento tal.

FINEO.

Para caminar al mal,
A nadie ha faltado viento!

Vanse, y salen Oranteo y Lauro.

LAURO.

Si no se la pediste,
¿De qué te quejas, que es injusta cosa?

ORANTEO.

¡En eso no consiste
Haber perdido mi querida esposa!
Consiste en la estrellas,
Que no importa querer si olvidan ellas.
¡Ay, Lauro! Yo vivía
En Creta, de Ariadna enamorado,
Esperando que el día
Que del gobierno militar cansado
Minos cruel volviera,
De mi esperanza posesión me diera.
Escribióle el tirano
Que la daba á Feniso en casamiento;
Feniso, á cuya mano
Debe su victoriosa fama, á intento
De hacerle rey de Creta,
Al cetro trasladando la jineta.
Mal hizo, porque Minos
No ignoraba mi amor, ni que desciendo
De los dioses divinos,
Y que de Lesbos soy Príncipe.

LAURO.

Entiendo
Que, si allí te aguardaras,
El fin de tu esperanza conquistaras.

ORANTEO.

Lauro, si la ha casado,
¿Qué esperanza me queda? Yo soy muerto;
¡Plega al cielo que, airado,
El mar sorba sus naves en el puerto,
Y en las ondas furiosas
Derrame las banderas victoriosas!

LAURO.

Son cortas maldiciones,
Para la grande que del cielo tiene,
Si á contemplar te pones
Que á ver un monstruo de deshonra viene.

ORANTEO.

Yo he visto en Creta, Lauro,
El fiero y espantoso Minotauro.
En tanto que fabrica
El Laberinto, que este nombre llama
Al sitio en que le aplica
Infamia para él, y eterna fama
Para su gran maestro,
Dédalo insigne, en todas artes diestro,
Y en cercos intrincados
Se pierden sin poder hallar salida,
A muerte condenados,
Los que le sirven de sustento y vida,
Yo tendré prevenido
El monstruo, de un ejército lucido.
Éste, en el Laberinto,
De naves de alto bordo irá á quitalle,
En término sucinto,
La vida que me quitas, y roballe
A Feniso la joya,
Como á los griegos el ladrón de Troya.
Ven, porque demos luego
Voz á la fama, lienzo al mar, á Marte
Materia, á amor más fuego.

LAURO.

Ya los consejos son sólo ayudarte.

ORANTEO.

Dar consejo al que ama,
Es animar con soplos á la llama.

Vanse, y salen Minos, Ariadna, Fedra, Feniso y Dédalo.

MINOS.

La fábrica es excelente.

ARIADNA.

Es imposible que en Grecia
Haya un edificio igual.

FEDRA.

Ya por naciones diversas
Va discurriendo la fama
Con alas y plumas nuevas.

DÉDALO.

Yo pienso, invicto señor,
Que el Laberinto no sea
Menos que su Minotauro,
Monstruo de naturaleza.

MINOS.

Yo estoy servido de ti,
Y así pienso hacer que tenga
Ícaro, tu hijo, el premio
Del trabajo que te cuesta.

FEDRA.

Aquí viene, invicto Rey,
Un embajador de Atenas.

Salen Teseo y Fineo.

TESEO.

Yo no soy embajador,
Supuesto que mi nobleza
Diera ocasión á la patria
Para cargos de más fuerza;
Teseo soy; y aunque fuí
Duque generoso en ella,
Por la suerte me ha cabido
Ser el más vil de mi tierra;
Vengo á morir, con que he dicho
Que no soy nada, y quisiera

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ser más, para que estimara
Perder la vida por ella;
Sus ciudadanos te dieron
Palabra segura y cierta
De darte cada año, en parias,
Diez hombres para esta fiera;
Yo soy, rey Minos, el uno,
Que no me he puesto en defensa
Por la lealtad que te digo,
Y que á tus pies me presenta;
Porque en razón de su honor,
Que es una vida me pesa,
Pues por ella aventurara
Cuantas el cielo me diera:
¿Qué quieres hacer de mí?

MINOS.

Teseo, la fortaleza
De tu generoso pecho
No pudo dar mayor muestra;
Pésame que fueses tú,
A quien la pasada guerra
Hizo ilustre en mi opinión;
Pero si lo quiere Atenas,
Y tú serle tan leal,
Feniso, á una torre lleva
Al Duque, en tanto que al monstruo
De su arrogancia sustenta.

Vase.

TESEO.

Voy contento de saber
Que por tales medios quieras
Encubrir tu deshonor.

Vase Teseo, y asga Ariadna á Fineo.

ARIADNA.

¿A quién digo?

FINEO.

¿Quién es?

ARIADNA.

Tenga
El paso, que yo le llamo.

FINEO.

¡Ah, mi bellísima Reina!
¿Cuándo mereció mi boca
Besar la dichosa arena
Adonde ponéis los pies,
Aunque está revuelta en perlas?

ARIADNA.

¿Es éste el duque Teseo?

FINEO.

Éste es aquel de quien cuentan
Tan espantosas hazañas;
Éste el que la mar soberbia
Pasó con Jasón á Colcos
Hasta robar á Medea;
Éste el que bajó al infierno
Con Hércules, el de Grecia,
Y á la bella Proserpina
Presentó cosas diversas:
Para el calor que hace allá
Por el verano las fiestas,
Un abanillo famoso;
Y porque estaba dispuesta
De vestir á la española,
Seis puños como rodelas,
Que en el infierno también
Quieren descubrir muñecas.
Éste le ayudó á matar
Los centauros, en la mesa
De las bodas de Hipodamia;
Éste.....

ARIADNA.

Basta que éste sea
Teseo, de cuya fama
No hay poca noticia en Grecia;
Lástima me da su edad,
Su hermosura y gentileza.

FINEO.

Dios os lastime en el alma
Por esa piedad; que en ella
Se conoce, gran señora,
Vuestra bondad y nobleza.
Y cierto que es sinrazón
Echar un hombre á una bestia,
Aunque tratar con un necio
Pienso que lo mismo fuera.
No habrá tantico remedio,
Porque es cargo de conciencia
Matar un mozo á bocados,
Como suele cuando entra
Un asno en un melonar.

ARIADNA.

¡Ay, hermana, quién pudiera
Dar vida á aqueste mancebo!

FEDRA.

Bien podrás si tú lo intentas.

ARIADNA.

Que lo intentaré no dudes.

FINEO.

Sí, ¡por Dios! para que tenga
Un esclavo esa hermosura
Y un amante esa belleza.

ARIADNA.

¿Es casado?

FINEO.

No es casado,
Como dicen, ni Dios quiera
Que se vea en tanto mal;
Digo mal, mal de paciencia.

ARIADNA.

Venme á hablar aquesta noche.

FINEO.

No hay bien que al hombre no venga
Por manos de la mujer.
¡Benditas mil veces sean!
Mas cuando vuelve la cola
Marzo, y el diablo se suelta,
Todo hombre guarde la cara,
Quiero decir, la cabeza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ACTO SEGUNDO.

Sale Teseo, preso.

TESEO.

Cuando en el nido el pajarillo asiste
En larga noche del invierno airado,
Y espera el alba, que con rayo helado
Baña los montes, y los campos viste:
Luego que de jacinto y amatiste
Saca el rico cabello coronado,
Trueca las pajas al ameno prado,
Y en los rayos del sol la noche triste.
Yo, de otra suerte, en noche obscura y fría,
De aquesta cárcel que me dió la suerte,
No doy lugar á la esperanza mía.
¡Desdichado de aquel que de tan fuerte
Prisión no espera que amanezca el día,
Pues ha de ser la noche de su muerte!

Sale Fineo.

FINEO.

Bien puedes, en tanto mal,
Darme albricias de tu bien.

TESEO.

No sé yo, Fineo, por quién
Hablas en estilo igual.
Si es que se acerca el salir
Del Minotauro homicida.
¡Quién vió jamás que la vida
Diese albricias al morir!

FINEO.

Deja tu injusta tristeza,
Y en esta cárcel verás
Más que el sol; bien digo, más;
Dos soles de más belleza.
Tu talle, ó tu buena dicha
(Que aquesto debe de ser,
Que no hay talle en el querer
Entrar fuerte la desdicha),
Á dos hermosas señoras
Obliga á ver si podrás
Vivir ó no; al fin verás
En tu noche dos auroras:
La bellísima Ariadna,
Hija de este rey Cominos,
Que con tales desatinos
Hace su afrenta más llana;
Y Fedra, su hermana bella,
Vienen á verte.

TESEO.

¿A mí?

FINEO.

Sí.

TESEO.

¿Quién te lo ha dicho que ansí
Me favorece mi estrella?

FINEO.

Esta noche con las dos,
Hasta las dos y aun las tres,
Estuve, y supe quién es
Este amor, que es ciego y dios.
Verdad es que las moví
Con tan ilustre parola,
Como si fuera española
La provincia en que nací.
Porque dicen que hay en ella,
Y escriben graves autores,
Los mayores habladores
Que la verdad atropella.
Enternecióse Ariadna,
Y con más inclinación
Dió lugar á la afición
Que comenzaba en su hermana.
Ya vienen las dos aquí:
Ellas dirán lo demás.

TESEO.

Notables nuevas me das.

Salen Fedra, Ariadna y un alcaide.

ARIADNA.

¿Está aquí?

ALCAIDE.

Señora, sí.

ARIADNA.

Pues ¿en tan obscura parte?

ALCAIDE.

Mandólo el Rey de esta suerte,
Mientras que le dan la muerte.

ARIADNA.

Vete.

FINEO.

Ya vienen á hablarte.

ARIADNA.

¿Eres tú el Duque?

TESEO.

Yo soy,
Angel, el duque Teseo;
Ya no preso, pues ya veo
Que en diverso cielo estoy.
Ya estoy libre, aunque cautivo
De vuestra rara belleza;
Que en noche de tal tristeza,
No menos gloria recibo.
¿Por dónde, hermosa Ariadna,
Entró sol tan verdadero,
Sin que llegasen primero
Las nuevas de la mañana?
Ya no es posible que pueda
Venir la muerte importuna,
Ni moverse la fortuna
Si vos le tenéis la rueda.
Y vos, Fedra celestial,
Que acompañáis su hermosura,
Y que esta cárcel obscura
Hacéis balcón oriental,
¿Cómo entenderéis aquí
Que os doy agradecimiento
Justo, pues el mal que siento
Pensaréis que habla por mí?
Los dioses, tan venturosas

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Os hagan, como merece
Vuestra piedad.

FEDRA.

Quien padece
Prisiones tan rigurosas
Sin culpa, tenga esperanza
Que le ha de librar el cielo.

TESEO.

La esperanza y el consuelo
A un mismo tiempo me alcanza.

ARIADNA.

Duque, lástima y piedad,
Y al ver tu ilustre persona,
Digna de mayor corona
Que el nombre de tu ciudad,
Mi tierno pecho ha movido
A procurar tu remedio,
Puesto que está de por medio
Peligro tan conocido.
Toda esta noche he pensado
Cómo has de poder entrar
Y salir de aquel lugar
Por tantas puertas cerrado.
Y como siempre el amor
Es maestro, y suele ser
Más sutil en la mujer,
Hallé el remedio mejor.
Yo te daré de oro un hilo,
Que á las puertas has de atar,
Por donde puedas tornar
Siguiendo aquel mismo estilo.
Que no te podrás perder
Si con él vienes siguiendo
La puerta, ya que al horrendo
Monstruo acabes de vencer.
Para el cual has de llevar
Tres panes, con tal veneno,
Que de su sentido ajeno,
Caiga en el mismo lugar.
Entonces, con una maza
Que te daré, larga y fuerte,
En sangre, dándole muerte,
Bañarás la inculta plaza.
Pero porque el padre mío
Ha de saber quién te ha dado
La industria, y vengar airado
En mi amor su desvarío,
Palabra nos has de dar
De llevarnos á tu tierra,
Adonde se intenta guerra,
Y si quisiere vengar,
Tú nos podrás defender.

TESEO.

Palabra á los cielos doy
Que serás, y lo eres hoy,
Mi bien, mi reina y mujer.
Y es corto premio á quien eres,
Cuando no por dar á un hombre
Vida, que ha de darte nombre
Entre famosas mujeres.
Fía de mi obligación
Como de hombre bien nacido,
Y que á la muerte ha venido
Por el bien de su nación;
Que no seré ingrato al bien
Que de tus manos recibo,
Señora, si salgo vivo.

ARIADNA.

Vida los cielos te den.

TESEO.

Serás duquesa de Atenas
Si del Laberinto obscuro
Salgo con vida, y lo juro
Á cuantas luces serenas
Sirven de claras saetías
Á los dioses celestiales,
Para ver á los mortales
Por doradas celosías;
Y fálteme todo el cielo
Si á esta palabra faltare.

ARIADNA.

El cielo tu vida ampare
Y vuelva á tu patrio suelo.

TESEO.

La nave que me ha traído,
Y espera sólo saber
Qué nuevas ha de volver
De lo que me ha sucedido,
Esa misma, con secreto,
Nos ha de llevar de aquí.

ARIADNA.

No querría que de mí
Formase el Rey mal conceto:
Vamos, Fedra; que yo voy
Á prevenir á Teseo
Las armas.

TESEO.

Ya con deseo
De ver el peligro estoy.

FEDRA.

¡Ánimo, Duque valiente!

TESEO.

Basta esa voz, Fedra hermosa,
Como cuando sonorosa
Trompeta el caballo siente.

Vanse las dos.

¿Qué esperáis, fieros tiranos?
Venid por mí.

FINEO.

Poco á poco.

TESEO.

Con tantos favores loco,
Ya tengo el mundo en las manos.

FINEO.

Pues no le dejes caer:
Tenle firme en un estado
Porque está tan delicado,
Que se te podrá romper.
Quebraránse muchas damas,
Todas melindres y enfados,
Y algunos afeminados,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Fénix de sus mismas llamas.
Quebraránse mil discretos,
Que de puro circunscritos,
Por vocablos exquisitos
Andan á buscar concetos.
Quebraránse mil que están
Arbitrando sacar oro
De sangre ajena, tesoro
Que alguna vez pagarán;
Y quebraránse..... Callemos,
Que hay gran peligro en hablar.

TESEO.

Es menester concertar
Cómo esta nave saquemos.

FINEO.

Luego ¿ya cuentas vencido
Este fiero Minotauro?

TESEO.

Haz cuenta que el verde lauro
Tengo en la frente ceñido.

FINEO.

Dícenme que este animal
No guarda á nadie decoro,
Y de quien es hombre y toro
Se ha de temer mucho mal.
Esta bestia, que desprecios
Hace del cielo y abismo,
Va caballero en sí mismo,
Como suelen ir los necios;
Porque de la cinta arriba
Es hombre, y de medio abajo
Toro, que en España el Tajo
De hierba y cristales priva.
Yo te aseguro de mí,
Que estoy temblando de miedo

TESEO.

¿Y yo que temer no puedo
Después que á Ariadna vi?

FINEO.

¿Y las dos has de llevar?

TESEO.

Eso es forzoso.

FINEO.

¡Por Dios,
Que es brava carga las dos,
Y que ha de quejarse el mar!
Mas porque el peso no espante
Y las puedas conducir,
Como alforjas podrán ir,
Una atrás, y otra delante.

Vanse, y salen el príncipe Oranteo y Lauro.

ORANTEO.

Esto me escribe, Lauro, el Rey de Creta,
Viendo que ya mi ejército salía.

LAURO.

Temor le solicita é inquieta.

ORANTEO.

Fué con razón de la venganza mía.
La fama, que las cosas interpreta,
Anticipó de mi partida el día,
De suerte que, aun apenas vió mis naves,
Cuando le persuadió temores graves.
No tremolaba una bandera al viento,
Ni un gallardete el agua amenazaba,
Ni por la racamenta, el alto asiento
De la gavia, piloto caminaba,
Cuando el eco del bélico instrumento
En la playa de Creta resonaba,
Y la gente que apenas conducía,
Á las espaldas del temor venía.
Viendo su carta, en que se ofrece á darme
Á la bella Ariadna en casamiento,
Á Creta he vuelto alegre de casarme.
La blanda paz, que no la guerra intento,
Amor las duras láminas desarme,
Pues desde su primero nacimiento
Es tan desnudo, como niño y ciego;
Y depuesto el bastón, viva el sosiego.
Verdad es que antes de entregarme á Minos,
Quiero saber en Creta, de secreto,
Si son engaños de su pecho indignos
Y de un pecho Real bastardo efeto;
Que si es engaño, los labrados pinos,
Y el lienzo por las ondas inquïeto,
Oprimirán el mar con nueva armada
Y á dos agravios sacaré la espada.

LAURO.

Bien has hecho en venir secretamente,
Hasta saber, señor, si te ha engañado,
Vencido de la fama diligente
Y de tu prevención amenazado.

ORANTEO.

Este es el Laberinto que eminente
Resplandece en el centro de este prado,
Artificio de Dédalo, en que puedes
Mirar vencido al célebre Arquimedes;
Aquí tiene prisión el Minotauro,
A quien sustenta la vencida Atenas,
Desde que á Minos, la corona y lauro
Rindió la presunción de sus almenas;
Sátiro no se vió, fauno ó centauro,
Ni monstruo por las líbicas arenas,
De más espanto y prodigiosa fama.

LAURO.

¡Triste del griego á quien la suerte llama!

ORANTEO.

De aquesta parte, en rejas y balcones
La gente mira un hombre de buen talle
Que ha entrado en él.

LAURO.

Si aquí, señor, te pones,
Podrás con justa lástima miralle.

ORANTEO.

Con armas entra.

LAURO.

Á tales ocasiones,
¿Qué bronce puede ó por diamante armalle?

ORANTEO.

Lástima tengo á su persona y brío;
Lleguemos, Lauro, á ver el desafío.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen Teseo, y Fineo con una maza, y apártanse á un lado los dos, Lauro y Oranteo.

TESEO.

Muestra la maza, Fineo,
Y favorézcame Marte.

FINEO.

Temblando estoy de mirarte
En tal peligro, Teseo.

TESEO.

Extraña suerte de guerra;
Pero poco me importuna
Si he vencido mi fortuna,
Que es mayor monstruo en la tierra.

FINEO.

Yo no he visto aquesta fiera
Más que pintada, señor;
Pero á tu heroico valor,
¿Qué Libia temor pusiera?
Mató Apolo la serpiente
Á quien llamaron Fitón,
Con arco y flechas, que son
De un dios tan diestro y valiente;
Hércules, la hidra fiera,
Porque Júpiter le dió
Las fuerzas, á quien honró
Después la estrellada esfera.
Pero si los dos aquí
Vieran este monstruo fiero,
Rindieran flechas y acero
Al valor que miro en ti.

TESEO.

Si fuera este desafío
Con Hércules, con Jasón,
Con el griego Telamón,
Al fin hombre é igual mío,
¿Qué debiera agradecerme
La patria?

FINEO.

¡Que un animal
Te ponga en ocasión tal!

TESEO.

Amor me manda atreverme.

FINEO.

¡Que nazca de una mujer
Un monstruo como esta fiera!
Mas ¿de quién nacer pudiera
Sino de su mismo ser?
Que no es menos de admirar
Que nazca de ellas la ira,
La lisonja, la mentira,
Y el monstruo de hacer pesar.
Que no le hay que más extrañe
Naturaleza ¡por Dios!
Que el ver que la sirvan dos,
Y que á los dos los engañe.
Si has visto el monstruo de celos,
Cree, Duque belicoso,
Que han hecho con él hermoso
Al Minotauro los cielos.
Si has visto la ingratitud,
Dirás que es monstruo mayor,
Y no lo es pequeño amor,
Del alma eterna inquietud.

TESEO.

Atar quiero el hilo de oro.

FINEO.

Júpiter vaya contigo:
Que no puedo ser testigo
De tu valor; siento y lloro.

TESEO.

Deidades santas, favor;
Favor, Marte; favor pido,
Y á ti, amor, pues has vencido
Todos los dioses de amor.
¡Favor, hermosa Ariadna,
Tú que las armas me diste
Porque digas que venciste
Como deidad soberana!
Que si salgo de los lazos
Donde mi muerte contemplo,
Haré de tu cuello un templo,
Y colgaré en él mis brazos.

Vase.

ORANTEO.

¿Entró el ateniense?

LAURO.

Entró
Dándole aplauso la gente.

ORANTEO.

Y ya mi sol, del oriente
De su balcón se quitó.
Vamos, Lauro, á ver si puedo
Verla sin ser conocido;
Que de ausencia temo olvido.

LAURO.

Amor, señor, todo es miedo.

FINEO.

Ya la gente, lastimada
Del valeroso Teseo,
Deja ventanas y rejas;
Todos le cuentan por muerto.
Y para mí, si á la plaza
Que es del Laberinto el centro,
Ha llegado, ya lo está
Como otros valientes griegos.
¡No fuera este medio toro
Un hombre de los que vemos
Pacer, mansos, por las calles,
Y no tan bárbaro y fiero!
¡Ah, cielos, mi buen señor
Á manos de un toro pierdo!
Estoy por entrar. ¿Qué haré?
Mas que no he de acertar temo,
Que me falta el hilo de oro;
Oro me falta, no puedo,
Porque monstruo de mujer
Sin oro, es cosa de cuentos;
Aun en negocios de acá,
Ni acertamos, ni podemos,
En faltando el hilo de oro,
Que es con que se sale de ellos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ya no se siente rüido:
¡Oh, Pasife del infierno,
Como hiciste un torihombre,
No hicieras un hombriciervo!
Que los ciervos son cobardes,
Y aunque armados, van huyendo;
Pero los toros son bravos,
Y más en hombres enjertos.
La noche baja, y sus luces
Enciende la luna al cielo.
Dos bultos vienen aquí:
¡Si son las sombras del miedo!
Mas ya, ¿qué puedo temer?

Salen Fedra y Ariadna en hábito de hombres con capas y espadas.

FEDRA.
Animosa vienes.
ARIADNA.
Vengo
Animando la esperanza
Para que sustente al cuerpo.
FEDRA.
Con este disfraz, seguras
Á la puerta aguardaremos
Del Laberinto, hasta ver
La disposición del cielo.
ARIADNA.
¿Es hombre aquél?
FEDRA.
Eso muestra,
Ariadna, el movimiento.
ARIADNA.
Fineo debe de ser.
FEDRA.
Lleguemos cerca.
ARIADNA.
¡Ah, Fineo!
FINEO.
Mi nombre han llamado, ¡ay triste!
¡Buen ánimo; llegar quiero!
¿Quién va?
ARIADNA.
¿No conoces?
FINEO.
Sí;
Conozco tu voz, y pienso
Que si supiera que estabas
En esta puerta Teseo,
Fuera parte para darle
Tan glorioso vencimiento.
ARIADNA.
El tardar me causa pena.
FEDRA.
Rüido en las puertas siento.
ARIADNA.
Pues si en ellas hay rüido,
Muerto es el monstruo.
FEDRA.
Eso pienso.
Sale Teseo.

TESEO.
¡Gracias á los altos dioses
Que del Laberinto ciego
Salgo con vida! ¿Quién va?
FINEO.
Dos ángeles y Fineo.
TESEO.
¿Ariadna y Fedra?
FINEO.
Sí.
TESEO.
¡Luces hermosas del cielo!
FINEO.
Quedito, no hables de luces;
Que á obscuras es mejor eso.
ARIADNA.
Teseo, el verte con vida
En tanta gloria me ha puesto,
Como me tuvo el temor
Entre penas y tormentos;
Ya quiero darte los brazos
Como á mi esposo.
TESEO.
No puedo
Responderte de alegría.
FEDRA.
Puesto que yo soy lo menos,
Teseo, para que tenga
Esta tu ventura aumento,
En cambio del parabién
Pido tus brazos.
TESEO.
En ellos,
Hermosa Fedra, tendrás
El corazón de su dueño.
ARIADNA.
¿Cómo sucedió tu dicha?
TESEO.
Até el hilo de oro, y entro
Dando vueltas á mil calles
Por infinitos rodeos;
Cuando pensaba que estaba
Del Laberinto en el centro,
Estaba más lejos de él,
Y cerca cuando más lejos.
Finalmente: yo llegué
Á un sitio en cuadro pequeño,
Donde estaba el Minotauro
Echado entre varios huesos;
Cuando vi tanto cadáver,
Imaginé si de aquéllos
Dentro de tan breve espacio
Había de ser mi cuerpo;
Pero animándome el alma,
Al monstruo horrible me acerc
Que puesto en sus cuatro pies
Me mira espantoso y fiero;
Yo entonces aquellos panes
Le arrojo, y él, dando en ellos,
Comenzó á tragar su muerte
En el cifrado veneno;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Alzo la maza animoso,
Y de los golpes primeros,
Con dos horrendos bramidos,
Doy con el monstruo en el suelo:
Bañado en espuma y sangre
Sobre la hierba le dejo,
Y asiendo del hilo el cabo,
Por él á la puerta vuelvo.

ARIADNA.

¡Gracias á los altos dioses!
Pero, gallardo Teseo,
Mira que el peligro es grande,
Si es grande el atrevimiento:
Vamos al mar; que si acaso
Siente mi padre soberbio
Que de su casa faltamos,
No habrá disculpa ó remedio
Para salir con la vida.

TESEO.

La nave queda en el puerto
Con amigos y criados.

FEDRA.

Pues ¿qué aguardáis? Caminemos.

TESEO.

Ven, mi señora, y tú, Fedra,
Dale la mano á Fineo.

FINEO.

¡Lucero seré desde hoy,
Que al sol de la mano llevo!

Vanse, y salen Minos, Oranteo, Lauro y Polineces.

MINOS.

Agravio notable ha sido.

ORANTEO.

No pensé, señor, que fuera
De ninguno conocido,
Hasta que en Creta supiera
Si el ausencia causa olvido;
Pero, pues que ya lo estoy,
Ya sabeis cuán vuestro soy;
Dadme á besar vuestras manos.

MINOS.

Á los dioses soberanos
Gracias infinitas doy
De nuestra paz, Oranteo.

ORANTEO.

Sólo servirte deseo.

MINOS.

Hoy Ariadna ha de ser
Tu mujer; que tal mujer
En ti justamente empleo;
Feniso está consolado
De que le case con Fedra.

ORANTEO.

Y yo de tu mano honrado.

Sale Feniso.

FENISO.

Escriba la fama en piedra,
Acero ó bronce dorado,
Hecho de tanto valor.

MINOS.

¿Qué es eso, amigo Feniso?

FENISO.

Es que á Teseo, señor,
Dar victoria el cielo quiso;
Ya es Teseo vencedor.

MINOS.

Pues ¿cómo ha entrado?

FENISO.

No sé
De la manera que entró;
Sé que á Dédalo rogué
Que entrase, y que entró, y que vió
Que en vano su industria fué,
Porque en medio de la plaza
Halló al Minotauro muerto.

MINOS.

¡Por Marte, que ha dado traza
Á este engaño!

FENISO.

Si es concierto,
Su vida injusta amenaza;
Que él te dirá la verdad.

MINOS.

Llamad también á Teseo.

SOLDADOS.

No ha parado en la ciudad;
Que piensa que este trofeo
No ha de ganar tu amistad.

MINOS.

Bien hizo en huirse el griego
Y no probar mi furor.

ORANTEO.

Que te consueles te ruego,
Si lo merece mi amor.

MINOS.

Llamad á mis hijas luego,
Porque hoy Fedra ha de tener
En Feniso noble esposo,
Y de Oranteo ha de ser
Ariadna.

ORANTEO.

¡El poderoso
Cielo aumente tu poder!

FENISO.

¡Dilate tu señorío
Desde el Sur al Norte frío!

MINOS.

Con tales yernos, espero
Hacer guerra al mundo.

ORANTEO.

Hoy quiero
Decirte el intento mío:
No tienes hijo varón,
Rey Minos, y así es razón
Que nombres quién ha de ser
El que te ha de suceder,
Pues que dos tus hijas son.

MINOS.

Que gobernéis juntos quiero

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Este reino.

ORANTEO.

Yo lo pido,
Si tú eres servido, entero,
Porque en siendo dividido,
De gusto y paz desespero.
O sea suyo ó sea mío,
Porque amor y señoríO
No permiten compañía.

FENISO.

Ni lo quisiera la mía;
Que tengo bastante brío
Para gobernar á Creta.

ORANTEO.

Y yo para los gobiernos
Del mundo, que se sujeta
Á mi valor.

MINOS.

¡Paso, yernos!
Vivo estoy, ¿qué os inquieta?

Sale Polineces.

POLINECES.

No hay en palacio señal
De estar tus hijas en él.

MINOS.

¿Qué dices?

POLINECES.

Que hay grande mal,
Si lo que dicen por él
Fuese á la verdad igual.

MINOS.

Advierte bien, Polineces
Que es mi muerte lo que dices.

POLINECES.

Digo, señor, que las bodas
Que esperas, se vuelven todas
En tragedias infelices,
Porque cuentan que Teseo
Se las lleva por la mar.

MINOS.

¿Qué te parece, Oranteo?

ORANTEO.

Que no se puede fiar
Sino es del cielo el deseo.

MINOS.

¿Hay tan grande atrevimiento?
Él vino á vengar á Atenas;
Pero de mis hijas siento
Que era imposible ser buenas
Mirando su nacimiento.
Pasife, madre de un toro,
¿Qué pudo engendrar que fuese
Digno del Rëal decoro?
Seguirle tengo, aunque pese
Al mar, ¡por Marte! que adoro,
Que bien saben sus caminos,
Aunque inciertos, quién es Minos.
¡Aguarda, ladrón Teseo!

(Vase.)

FENISO.

Perdí el reino, y no el deseo.

ORANTEO.

¡Ay, Lauro, haré desatinos!

LAURO.

¡Que Ariadna te ha olvidado,
Y que se va con Teseo!

ORANTEO.

Si de Fedra enamorado,
Cosa que más cierta creo
Para aliviar mi cuidado,
Lleva á Ariadna con ella,
No culpemos á Ariadna;
Pero si es mudanza en ella,
¡Ay de mi esperanza vana!
¡Ay de mi contraria estrella!
No le dé amor los efetos;
Mas pensaré que en su amor
Caben mayores defetos,
Porque temer lo peor
Es condición de discretos;
Ven conmigo, que he de hacer
Guerra á Atenas por venganza.

LAURO.

¿De mujer se ha de temer?

ORANTEO.

Sí, Lauro, que la mudanza
Halló su céntro en mujer.

Vanse, y sale Teseo desembarcando, y Fineo.

TESEO.

Mal las ha tratado el mar.

FINEO.

El mar ¿á quién trata bien?
Pues no sé en el mundo á quien
No le haya dado un pesar.

TESEO.

En estas islas tomé
Puerto por que vean la tierra.

FINEO.

Pues que no tratan de guerra
Buen advertimiento fué.

TESEO.

Temeroso en Lesbos entro.

FINEO.

Tierra fué justo tomar;
Parece jüez el mar,
Que hace echar lo que está dentro.

TESEO.

Haz cuenta que tú lo eres,
Y que confesar me haces.

FINEO.

¿Qué tenemos?

TESEO.

Pocas paces.

FINEO.

¿Por qué?

TESEO.

Porque hay dos mujeres.

FINEO

Dos hombres y una mujer

Suélense ver; pero asombre
Ver dos mujeres y un hombre,
Porque no se suele ver.

TESEO.

Casados enamorados,
¿No sirven á dos mujeres?

FINEO.

Sí, pero son sus placeres
De bolsa y de gusto aguados.

TESEO.

Una habemos de dejar.

FINEO.

¿Dónde?

TESEO.

En estas islas.

FINEO.

¡Bueno!

TESEO.

Bueno ó malo, yo estoy lleno
De amor, y no hay replicar.

FINEO.

¿Qué importa tener amor
Para hacer como quien eres?
Que desamparar mujeres
No es de hombres de tu valor;
Y Fedra no ha merecido
Que la dejes.

TESEO.

Necio estás,
Pues entendiendo no vas
Que me ha quitado el sentido.

FINEO.

¿Fedra?

TESEO.

Fedra, pues.

FINEO.

¿Qué dices?

TESEO.

Que adoro en Fedra, Fineo,
Y que de un justo deseo
No es bien que te escandalices.
En el camino del mar,
De Fedra me enamoré.

FINEO.

Si justo ó si injusto fué,
Yo no quiero disputar;
Pero dejar á Ariadna,
Esa es bajeza, señor,
Indigna de tu valor,
Y una ingratitud villana;
Que Ariadna te dió á ti
La vida en una ocasión
Tan notable, y no es razón
Que se lo pagues así.

TESEO.

¿Tú me hablas de esa suerte?

FINEO.

Puesto que soy tu criado,
Soy un ateniense honrado.

TESEO.

Daréte, infame, la muerte.

FINEO.

No me matarás á mí
Por monstruo en lisonjas feo,
Mas por honrado Fineo,
Y que en tu casa nací;
Y si huyo tu furor,
Es así sólo en respeto
Del pan que comí, en efeto,
De tu padre, y mi señor;
Y huélgome de quedarme
En tan honrada ocasión.

TESEO.

Aguarda.

FINEO.

Tienes pasión,
Y te ha de pesar matarme.

Huye Fineo, y salen Ariadna y Fedra, y dos ó tres criados músicos.

ARIADNA.

¿Qué es esto, mi bien?

TESEO.

Aquí
Á un isleño preguntaba
Qué ciudades ó qué villas
Este distrito adornaban;
Y de razón en razón,
Me dijo arrogancias tantas,
Que le quitara la vida
Á no volver las espaldas.

ARIADNA.

Pues ¿cómo, siendo extranjero,
No sabéis vos que acompaña
La humildad al peregrino?

FEDRA.

Teseo no se acordaba
Que nos dejaba en la mar.

TESEO.

Este verde prado esmaltan
Tantas flores, que convidan
La vista y alegra el alma;
Asentémonos aquí,
Y al son del agua que baja
Á dar tan presto tributo
Al mar, de esas peñas altas,
Cantarán alguna cosa
Para que duerma Ariadna,
Pues la trata el mar tan mal.

ARIADNA.

Peor los celos me tratan.

MÚSICOS.

¿Qué canción le cantaremos?

ARIADNA.

De celos podéis cantarla.

FEDRA.

Celos no cantan, que lloran.

ARIADNA.

Á unos lloran y á otros cantan.

Sentadas ellas y Teseo, cantan:

Mala noche me han dado celos;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tal la tenga quien me los dió.
¡Qué mala noche me han dado
Tus celos, Fílida mía!
¡Ay, Dios, si llegase el día
Para ver si me ha engañado!
Toda la noche he pasado
Con mil sueños y desvelos;
Despertáronme los celos,
Y el amor se lo mandó;
Tal la tenga quien me los dió.

TESEO.

¿Duerme Ariadna?

FEDRA.

Ya duerme.

TESEO.

Pues Fedra, tan adorada
De mi alma y de mis ojos,
Levántate.

FEDRA.

¿Qué palabras
Son ésas?

TESEO.

Presto verás
Que amor me debes: levanta.
¡Ea, griegos generosos,
Á embarcar! ¡Alto: á la playa!

FEDRA.

¿Qué dices?

TESEO.

Que irás en brazos.

FEDRA.

¡Hermana, hermana, Ariadna!

Llévala en brazos, y Ariadna despierta.

ARIADNA.

Parece que oí mi nombre,
Y huélgome, porque estaba
Con mil congojas de un sueño
Que me traspasaba el alma;
Soñaba que un pardo azor
Una paloma sacaba
Del nido en que yo dormía,
Y que del mar por las aguas,
Á la margen de otro puerto
Se la llevaba en las alas.
¡Ah, mi querido Teseo!
¡Ah, mi señor, mi esperanza,
Mi esposo! ¿No respondéis?
¿Qué es esto? ¿Nadie me habla?
¿Nadie está conmigo aquí?
¡Ay, que no de balde estaba
Temeroso el corazón!
Él se ha llevado á mi hermana,
Él me ha dejado dormida,
Aunque despierta á mis ansias.
Desde esta peña veré
Si la sospecha me engaña:
Aquella es la nave. ¡Ay, cielo,
Que ya por la mar se alarga,
Todas las velas tendiendo
Al viento de mi esperanza,
Aunque no era menester,
Si el de mis suspiros basta!
¡Oh cruel griego! ¡Oh traidor!
¡Qué bien, ingrato, me pagas
Esa vida que me debes!
¡Oh Fedra, también ingrata!
Aunque no puedo creer
Que eres cómplice en la causa
De mi muerte. Si Teseo
Te lleva por fuerza, hermana,
Voy á echarle maldiciones,
Y detiéneme que vayas
Con él porque no te alcancen
Las que á traidores alcanzan.
Mas ¡plega á Dios que aquel día
Que desembarque en su patria,
Le mate el mayor amigo
Dentro de su misma casa!
No sé qué tengo de hacer;
Cuanto miro me desmaya,
Cuanto dejo me destruye,
Cuanto siento me acobarda.

Sale Fineo.

Gente viene.

FINEO.

Voces dan.
¿Si habrán salido á la playa
Fedra y Ariadna? ¡Ay, cielo!
¡Bella señora Ariadna!

ARIADNA.

¿Quién me nombra en tal desdicha?

FINEO.

¿Tú, señora, desdichada?

ARIADNA.

Desdichada, pues me deja
Teseo, y lleva á mi hermana.

FINEO.

Eso me dijo furioso;
Y porque yo procuraba
Que no hiciera tal bajeza,
Sacó contra mí la espada;
Volvíle el rostro, y es justo,
Aunque volver las espaldas
Á un traidor es darle el rostro,
Que en ellas tiene la cara.
Ejecutó su deseo:
No llores, señora amada;
Que, en fin, es madre la tierra,
Y la mar siempre madrastra.
Esta es la isla de Lesbos.

ARIADNA.

¿De Lesbos?

FINEO.

¿De qué te espantas?

ARIADNA.

De que es de un hombre á quien fuí
Tan injustamente ingrata,
Como lo ha sido Teseo
Con mi amor y mi esperanza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FINEO.

Tú estás en traje, señora,
Con que podrás, disfrazada
Y á mi lado, hallar remedio,
Con segura confianza
Que te ha de ayudar el cielo.

ARIADNA.

Allí se ven unas casas
Sobre mal labrados pinos,
Cubiertas de seca paja.

FINEO.

Sin duda son pescadores
Que aquí, con sus pobres barcas,
Se ríen de la fortuna.
¡Dichoso el que en redes pardas
Pesca dos pequeños peces,
Y no los que el mundo mandan
Llenos de cuidados tristes!

ARIADNA.

En estas pobres cabañas
Pensaremos el remedio,
Pues á los que no le hallan
Ayuda la muerte presto,
Para quien el dolor basta.
Sin memoriales decreta,
Sin ruegos, de penas saca,
Sin medicamentos cura,
Y sin interés regala.

FINEO.

Muy griego ha sido Teseo.

ARIADNA.

Tienen en el mundo fama
De traidores.

FINEO.

Por ventura,
Fuera mayor tu desgracia.....
¡Da gracias al alto cielo!

ARIADNA.

Doylas en desdichas tantas,
Pues deja con honra un cuerpo
De donde se eleva el alma.

ACTO TERCERO.

Salen Oranteo, Lucindo y Lauro.

ORANTEO.

Así sosiego en Lesbos como en Creta.

LAURO.

Nunca quien tiene amor tiene sosiego,
Pasión que el alma y corazón sujeta
Á la afición del apetito ciego.

ORANTEO.

La venganza me abrasa é inquieta:
Parte, Lucindo, á Atenas; parte luego,
Y al bárbaro Teseo desafía,
Paris troyano de la prenda mía;
Dile que de sus armas ofendido
El Príncipe de Lesbos, Oranteo,
Le reta de traidor y mal nacido,
Y que serlo de Júpiter no creo;
Dile que fué cobarde y atrevido,
No vencedor del Minotauro feo,
Sino engañoso Ulises, que importuno
Quitó la vida al hijo de Neptuno;
Y dile que si teme que la guerra
Pueda ser de peligro sospechosa,
Que no sea en la mía, ni en su tierra,
Sino en el campo de la mar undosa,
Porque el teatro que estas islas cierra
Nos servirá de plaza belicosa,
Donde nos puede dar la de un navío
Lugar seguro y libre al desafío.

LUCINDO.

Iré á cumplir en todo tu deseo;
Pero no sé si en la batalla aciertas,
Porque en Atenas cuentan de Teseo
Grandes hazañas.

ORANTEO.

Todas son inciertas:
La que cuenta con Hércules no creo,
Ni que rompió las infernales puertas;
El ir á Colcos sí, pues ya se sabe
Lo de Jasón y la primera nave.
En fin, se halló en el robo de Medea,
El vellocino y las manzanas de oro,
Que en todo lo que es hurtos bien se emplea,
Como en la prenda que en el alma adoro.

LUCINDO.

En fin, ¿quieres que el mar el campo sea?

ORANTEO.

Pues ¿quién podrá mejor, con el decoro
Debido darnos plaza al desafío
En la primer cubierta de un navío?
En él abordaremos con los nuestros,
Y subiendo los dos por las escalas,
Haremos solos la batalla diestros,
Donde no tienen los cobardes alas.

LUCINDO.

Y ¿á quién nombráis para jueces vuestros?

ORANTEO.

Los dioses de la mar, que de las salas
Cristalinas saldrán sobre las olas,
Y desde el cielo las deidades solas.
Harán corona al vencedor dichoso,
De ramos de coral, las ninfas bellas,
Y seré yo, sin duda, que celoso
Igualo con suspiros las estrellas.

LUCINDO.

Yo parto á obedecerte.

ORANTEO.

Y yo, animoso
Lucindo, espero mi favor en ellas.

LUCINDO.

¡Los cielos te darán justa victoria!

Vase.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ORANTEO.

Y cuando muera yo, ¿qué mayor gloria?
Tú, en tanto, Lauro, porque ya me ofende
El confuso rumor de las ciudades,
Gente apercibe; que mi amor pretende
Vivir entre las mudas soledades;
Él quiere que á la caza me encomiende,
Y que diga á las selvas mis verdades
Porque murmuren blandos arroyuelos,
Y no criados de mis locos celos.

LAURO.

En fin, ¿quieres vivir en la campaña
Entreteniendo de Ariadna bella
La pena con que amor tu vida engaña?

ORANTEO.

Quiero pasar mi soledad en ella;
Las fieras seguiré por la montaña,
Guerra también, pues es imagen de ella;
Que á quien se despidió de su alegría,
La soledad es dulce compañía.

Salen Ariadna de pastorcillo, y Diana de labradora.

ARIADNA.

¿Quiéresme dejar, Diana?

DIANA.

Las duras peñas conquisto;
No se debe de haber visto
Tal fiera en belleza humana.
¿De qué tigres has nacido?

ARIADNA.

Antes si de ellos naciera
No huyera de ti, pues fuera
Á tu rigor parecido.

DIANA.

Bien, Montano, me has pagado
El hospedaje, á la fe,
Cuando perdido te hallé
En los olmos de aquel prado.
¡Pluguiera á Dios que la mar
Te comiera antes que vieras
Las chozas de estas riberas,
Pues me viniste á matar!
¿Para qué te echaba aquí,
Si fuera mujer que allá
Te sepultara, pues ya
Das en burlarte de mí?

ARIADNA.

Diana, ¿qué puedo hacer,
Si yo no sé qué es amor?

DIANA.

Prueba, y sabráslo, traidor.

ARIADNA.

¿Cómo lo puedo saber?
Enséñame tú.

DIANA.

No creo
Que amor se puede enseñar;
Pero puédese guiar
De la esperanza el deseo.

ARIADNA.

¿Qué es deseo y esperanza?

DIANA.

El deseo es de algúnbien,
Y la esperanza, por quien
Vive mientras no se alcanza.

ARIADNA.

No sé retóricas yo,
Háblame en la lengua mía;
Que esa filomocofía
El diablo te la enseñó.

DIANA.

Ahora bien, yo quiero darte
Una lección de querer,
Aunque el arte sólo es ver,
Y de lo visto agradarte:
Mírame.

ARIADNA.

Ya te he mirado.

DIANA.

Más, digo.

ARIADNA.

¿Otra miradura?

DIANA.

Aunque me falte hermosura,
Imagina que te agrado.

ARIADNA.

Ya lo imagino.

DIANA.

Desea
Gozar tu imaginación.

ARIADNA.

¿Cómo?

DIANA.

Con la ejecución,
Que es donde amor se recrea.

ARIADNA.

¿Qué es ejecución?

DIANA.

¿Hay cosa
Más rústica?

ARIADNA.

¡Soy un necio!

DIANA.

Ó haces de mí desprecio
Como te soy enfadosa,
O eres el más ignorante
De cuantos hombres nacieron.

ARIADNA.

Así mis males me hicieron:
Ya me enmendaré adelante.

DIANA.

Si aguardas como Narciso
Á enamorarte, mis ojos
Hacen fuente mis enojos;
Que en mí te mires te aviso.

ARIADNA.

También mi enfado te avisa;
Que en viendo que una mujer
Llora, de puro placer
Me estoy cayendo de risa.

DIANA.

Despréciame bien, que á fe

Que has de llorar algún día.

Sale Fineo.

FINEO.

Buena irá la vaquería,
Bien tu cuidado se ve.

ARIADNA.

¿Qué quieres, si no me deja
Diana?

FINEO.

¡Que siempre andáis
Quejosos! Nunca acabáis
Este dimuño de queja.

ARIADNA.

Quiere que la quiera yo,
Y yo no quiero, ni sé.

FINEO.

Ea, que yo la querré;
Vete tú.

ARIADNA.

¿Voyme?

DIANA.

Eso no.

ARIADNA.

Aunque no quieras.

Vase.

DIANA.

¡Ah, ingrato!

FINEO.

Detente, escucha á Fineo.

DIANA.

¡Que te canse mi deseo!

FINEO.

Oye mis quejas un rato.

DIANA.

¿Qué quieres?

FINEO.

Que estés aquí,
Y me escuches mil palabras.

DIANA.

¿No ves que se van las cabras?

FINEO.

¿Por dónde van?

DIANA.

Por allí.

FINEO.

Señalas por donde va
Montano; mi muerte creo.

DIANA.

Pues no te canses, Fineo,
Que no he de quererte ya
Si no haces que se case
Conmigo Montano.

FINEO.

¿Yo?

DIANA.

Tú, pues; que no dirá no
Si le ruegas.

FINEO.

¡Que esto pase
Y no se caiga mi amor
De su estado en ese suelo!

DIANA.

Si no, tú enciendes un hielo.

FINEO.

Tú tienes gracioso humor;
Favor prometes hacerme
Para después de casada.
El corretaje me agrada,
Pero no quiero atreverme,
Porque sé que no es Montano
Para casado.

DIANA.

¿Qué tiene?

FINEO.

Un defecto.

DIANA.

¡Bueno viene
Tu amor á engañarme en vano!

FINEO.

¡Por Júpiter, que no es
Para mujer, esto es cierto!

DIANA.

Tus celos has descubierto,
Y tu celoso interés.
Quédate para villano.

Vase.

FINEO.

Yo te he dicho la verdad,
Y el faltarle voluntad
Es no ser hombre Montano.

Sale Adriadna.

ARIADNA.

Y como que no lo soy:
¿Fuése esta necia?

FINEO.

Ya es ida.

ARIADNA.

¿En qué ha de parar mi vida?

FINEO.

En ese cuidado estoy.

ARIADNA.

¡Cuántos daños me han venido
De haber dejado á Oranteo!

FINEO.

Llevóse á Fedra Teseo,
Pagó tu amor con olvido.

ARIADNA.

¿No irías á la ciudad
Á saber en lo que entiende,
Si otro nuevo amor le enciende,
Ó siente mi soledad?
Que los pastores que han ido
Algunas veces allá,
Dicen que en la corte está,
Y que ha días que ha venido.

FINEO.

Por servirte yo lo haré,
Y porque esa inclinación

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Está fundada en razón.

ARIADNA.

Delito de ausencia fué
El agravio de Oranteo:
Bien le pago; parte allá,
Y mira en qué punto está
Mi desdicha y su deseo;
Que todo el pasado amor
Ha vuelto á resucitar
Al dejarme en tal lugar
Aquel villano traidor.
Pero fué justo castigo
Que me dejase Teseo,
Pues olvidando á Oranteo,
Hice al amor mi enemigo,
Y á las deidades del cielo
Cuantas han sabido amar.

FINEO.

Yo voy á ver si hay lugar
En tu amor á su desvelo.
Fía, señora, de mí,
Que te sirvo con lealtad.

ARIADNA.

Conozco tu voluntad.

FINEO.

Para servirte nací.

Vase Fineo.

ARIADNA.

Arrepentido amor de haber querido
Bastardo amor contra el amor primero,
Volvió á querer; que el fuego verdadero
Estaba en las entrañas escondido.
Bien dicen que el ausencia causa olvido,
Culpa le pongo y disculparme quiero;
Pero probar que no es olvido espero,
Amor que vuelve á ser como había sido.
Mientras que en la memoria el fuego asista,
No importa que le falte la presencia
Para que del olvido se resista.
Cubrióle la ceniza de la ausencia,
Pero como sopló la dulce vista,
Volvió la llama á su primera esencia.

Salen Oranteo, Lauro y cazadores.

LAURO.

No hay que seguirle: al agua va derecho.

ORANTEO.

Pues muera en ella como yo, abrasado,
Lauro, en el agua de mis tristes ojos.

LAURO.

¿No divierten los campos tus enojos?

CAZADOR 1.°

Atravesado de la dura flecha,
Fué á dar veneno á la primera fuente.

ORANTEO.

¡Ay de aquel preso que con alma siente!

CAZADOR 2.°

Si le quieres seguir, cerca está el río.

ORANTEO.

Mis ojos le hacen, si no es mar, el mío.

LAURO.

Si quieres descansar, aquí parece
Un pastorcillo.

ARIADNA.

Gente de la corte
Para consuelo de mi mal se ofrece.

ORANTEO.

¡Hola, pastor dichoso, que los campos
Vives con libertad que no has perdido,
Pues lo que no habrás visto de hermosura,
Tendrá de amor la voluntad segura!
¿Habrá por este bosque en qué descanse
Un cazador de fieras, que una fiera
Le trae en soledad adonde muera?

ARIADNA.

¡Válgame Apolo! ¿Qué ilusión es ésta
Que á los ojos me pone amor?

ORANTEO.

¿No hablas?

ARIADNA.

Estaba embebecido en vuestro rostro,
Y tan enquillotrado en vuestras galas,
Como por estos montes no las vemos,
Que apenas acertaba á responderos;
Chozas pobres y humildes hacen sombra
Al valle que miráis, y él las rodea
De arroyos mansos y de frescos árboles;
Si queréis descansar, no hay blancos mármoles,
Molduras de oro y cristalinos vidrios;
Paredes negras hay, camas de paja,
Techos de troncos y fagina dura,
Donde es la brevedad la arquitectura.

ORANTEO.

Lauro, yo estoy sin mí, pues he llegado
Á imaginar que este pastor parece
En todo á la bellísima Ariadna.

LAURO.

No te engaña el amor, porque en mi vida
Vi cosa más extraña y parecida;
Sólo la tez, que el sol aquí los cura,
Diferencia en entrambos la hermosura.

ORANTEO.

Pastor, ¿sabes quién soy?

ARIADNA.

Algo sospecho.

ORANTEO.

¿Quieres venir conmigo?

ARIADNA.

No dejara
La simple vida de los campos verdes
Por las mentiras de la corte vuestra
Si me hiciérades príncipe de Lesbos.

ORANTEO.

Pues ¿no es mejor vivir con tal regalo?

ARIADNA.

Donde hay tantas pensiones, todo es malo;
Mejor se alcanza aquí del árbol mismo
La fruta sazonada, que del plato;
Mejor se bebe con la mano propia,
Que en el cristal de la dorada taza;
Aquí, sin los dineros, una plaza

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Común á todos dió naturaleza.

ORANTEO.

El ingenio igualó con la belleza.
Yo voy á descansar; tú, en tanto, Lauro,
Haz que toda esta gente se recoja,
Y cree que por este pastorcillo
Habitaré estos valles hasta tanto
Que de Atenas Lucindo traiga nuevas.

ARIADNA.

¿Qué tienes en Atenas?

ORANTEO.

Una ingrata
Que mientras más me olvida más me mata.

Vase.

ARIADNA.

¡Cielos, vuestra gran piedad
Conozco, alabo y bendigo,
Pues mereciendo castigo,
Me dais premio y libertad!
Éste es mi amado Oranteo,
Á quien yo tan mal pagué,
Que se está en la misma fe
De su pasado deseo.
Mucho despierta la mía
El ver tanta obligación;
Volved, volved, corazón,
Á la que el alma tenía.
¿Cómo le hablaré? ¿Qué haré?
Temor tengo; los pastores
Vienen; dejadme, temores,
Pues hay en agravios fe.

Salen Diana y Doriclea, villanas, y Fabio, Florelo y Liseno, vaqueros.

FABIO.

Todo se ha de concertar
Para el día de la fiesta.

LISENO.

Traiga Florelo las flores,
Corte laurel de las selvas;
Que yo haré un rico teatro
Adonde asentarse pueda
El mismo Rey.

FLORELO.

¿Qué hay, Montano?

ARIADNA.

Mientras andan las ovejas
Rumiando tiernos cogollos,
Con que trasquilan la tierra,
Me estoy haciendo canciones.

DIANA.

¿No serán de amor?

ARIADNA.

Pudieran.

DIANA.

Sí, pero no le tendrás
En tu vida á quien le debas.

ARIADNA.

¿Sábeslo tú?

DIANA.

Yo lo sé.

ARIADNA.

Si fuí ingrato, ya me pesa;
¿Habéis visto á mueso Rey,
Recién venido de Creta?

DORICLEA.

¿Dónde?

ARIADNA.

No lejos de aquí;
Que anda cazando las fieras.

DIANA.

Guarda no te cace á ti.

ARIADNA.

¿Soy yo fiera?

LISENO.

De hablar deja
De las cosas de los reyes,
Pues sabes que nuestra fiesta
Es, cada año por Abril,
Hacer un rey y una reina.

ARIADNA.

Pues ¿á qué efecto le hacéis?

FABIO.

A que mande y le obedezcan
Los pastores de este monte.

ARIADNA.

¡Venturoso el que lo sea!

FLORELO.

Pues no pienses que es costumbre
En estas montañas nueva,
Que no menos que una diosa
Elige el rey y le aprueba.

ARIADNA.

¿Diosa?

FLORELO.

Detrás de este monte,
Adonde sus plantas besa,
Con boca de plata, un río
Que trueca por flores perlas,
Hay un templo muy antiguo,
Que casi no tiene puertas,
Donde está una bella imagen
De la famosa Minerva;
A ésta vamos los pastores,
Y coronados de hiedra
Le pedimos que señale
Quién serán los reyes, y ella
Lo dice al besarle el pie,
Porque pone en la cabeza
De los que han de ser, la mano.

ARIADNA.

A la fe, que he de ir á verla
Por ver si me escoge á mí.

LISENO.

¡Ojalá que tú lo seas!

FABIO.

Vamos á cortar laureles.

FLORELO.

Vamos, Diana.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DIANA.
Si llegas
A ser rey, ¿qué has de mandarme?

Quedan solas Doriclea y Ariadna.

ARIADNA.
No más de que me aborrezcas.
DORICLEA.
Oye una palabra aparte.
ARIADNA.
¿Qué me quieres, Doriclea?
DORICLEA.
Sábete que yo deseo
Con todo extremo ser reina;
Y como son las mujeres
Sutiles cuando desean,
Yo he pensado cierta industria.
ARIADNA.
Industria, ¿de qué manera?
DORICLEA.
La diosa visten cada año,
Y aqueste me la encomiendan.
Pondréte yo sus vestidos,
Y estarás en lugar de ella;
Que tu hermosura, Montano,
Es mayor que su belleza.
Y así podrás escogerme
Para que yo reina sea.
ARIADNA.
Pues ¿yo tengo de vestirme
Como mujer?
DORICLEA.
¿Qué perdieras
En hacerme á mí este gusto?
ARIADNA.
Pues ¿cómo quieres que tenga,
Para estar hecha de mármol
Y sobre el altar, paciencia?
DORICLEA.
Allí se está poco tiempo.
ARIADNA.
Cuando á ser diosa me atreva,
¿No ves que han de conocerme?
DORICLEA.
Es imposible que puedan,
Porque de ramas y flores
Estarás casi cubierta.
ARIADNA.
Ahora bien, yo quiero ser
Diosa, porque no me tengas
Por cobarde.
DORICLEA.
No hay peligro;
Que es gente de aquesta tierra
Más rústica que sus pinos.
ARIADNA.
Razón es que te obedezca,
Porque con gusto, quien ama,
Nada que le piden niega.
DORICLEA.
Pues ¿amas tú?
ARIADNA.
¿No soy hombre?
DORICLEA.
Diana de eso se queja.
ARIADNA.
Donde no quiero, se entiende;
Que si quiero.....
DORICLEA.
Un poco espera:
¡Quiéreme á mí!
ARIADNA.
Ya no puedo,
Pues me haces diosa Minerva.
DORICLEA.
¿Qué importa, pues eres hombre,
Que seas mujer por defuera?
ARIADNA.
Bien dices; pero, en efecto,
Los dioses y diosas bellas,
¿No será bien que queramos
Las personas de la tierra?

Vanse, y salen Teseo y Albante.

TESEO.
Esto di por respuesta.
ALBANTE.
Es muy conforme á tu valor divino.
TESEO.
Albante, al punto apresta,
Como por el dorado vellocino,
Una famosa nave,
Que ya Neptuno mis hazañas sabe.
A mí me desafía
El Príncipe de Lesbos, Oranteo;
Su tierra ni la mía
Le parecen seguras; no lo creo,
Porque en la propia suya
Pretendo yo que mi valor se arguya.
ALBANTE.
¿La mar quieres que sea
Teatro de este campo de batalla?
TESEO.
Su muerte vil desea.
¿Á dónde está la fama, que le calla
Mis hechos, mis despojos,
Que ocupaban sus lenguas y sus ojos?
¿Duerme acaso la historia
En que estarán las plumas ocupadas,
Que á la eterna memoria
No viven con mi nombre consagradas,
Y las estatuas de oro,
Con el vencido monstruo semitoro?
Pon mis armas á punto;
Sosiega el mar, Neptuno; dame viento,
Eolo, porque, junto
Á la margen del húmedo elemento,
Con este brazo airado
Manche de sangre su cristal salado.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Sale Fedra, y deténgale.

FEDRA.

¿Qué es esto, señor mío?
Tened el paso; ¿dónde vais?

TESEO.

Señora,
Á un loco desafío.
Por una hermana que un villano adora,
El príncipe Oranteo
Quiere probar las armas con Teseo.
No hay para qué encubriros,
Siendo tal la ocasión, esta jornada.

FEDRA.

Lágrimas y suspiros
La harán con vos de un alma enamorada,
Ó muerta por ventura:
Vuestra nave será mi sepultura.
¿Por un mozo arrogante
Dejáis, mi bien, vuestra querida esposa?

TESEO.

Mi Fedra, no os espante,
Siendo como es la causa tan honrosa;
Que no es bien que se alabe
De hablar soberbio, pues obrar no sabe.
Hércules, ¿qué dijera?
¿Qué dijera Jasón y otros tebanos,
Si en Grecia se supiera
Que no deshice entre mis fuertes manos
Este cobarde mozo
Que ayer apenas le apuntaba el bozo?

FEDRA.

Dirán, dulce bien mío,
Que os detuvo la rémora de Fedra
El ir al desafío,
Porque os tengo abrazado como hiedra;
Que un olmo está sin brazos
Cuando le prenden amorosos lazos.
Hércules ocupaba
El estrado de Yole, reina bella,
Donde dicen que hilaba
Como si fuera tímida doncella;
Luego si amar sabía,
Verá que esto es amor, no cobardía.
Jasón dejó la guerra
Más de una vez, y el mismo airado Marte
Amó, y bajó á la tierra;
Las armas de diamante puso aparte,
Y el niño Amor, desnudo,
Jugó con la celada y el escudo.
Asido en red de acero,
De los dioses al cónclave Vulcano
Mostró su aspecto fiero,
Y se burlaron de su fuerte mano,
Si bien los más honestos
Quisieran verse en tales redes puestos.
Hazañas tenéis hechas
Que pueden disculpar esta jornada
De cobardes sospechas;
Ya se sabe quién sois, colgad la espada;
Que nunca sus colmillos
Mostró el león á tiernos corderillos.

TESEO.

Fedra, dejar no puedo
El ir á Lesbos; pero haré una cosa
En que á lo justo excedo,
Que es llevarte conmigo, dulce esposa,
Y ofrecer los despojos
De aquel mancebo á tus hermosos ojos.
¿Agrádate el partido?
¿Querrás volver al mar?

FEDRA.

Contigo, esposo,
El agua del olvido
Contenta pasaré, y el arenoso
Campo que el sol entibia
De Arabia estéril y abrasada Libia;
No quiero yo más gloria
Que acompañarte y verte.

TESEO.

Ven conmigo
Cierta de la victoria,
Si merece este nombre el dar castigo.

FEDRA.

Agora sí que muestras
Que rige un corazón las almas nuestras.

Vanse, y salen los pastores al templo, coronados, con la música y mucho regocijo. Baile.

Hicieron á Venus maya,
Diosa interesable siempre,
Los pastores de la isla
Donde más imperio tiene.
Como los meses de Mayo
Eran sus mejores meses,
Ya porque está verde todo,
Ya porque la diosa es verde,
Belisa y la bella Antandra
Pedían con una fuente,
Y á la gente que pasaba
Esto cantaban alegres:
«Den para la maya,
Que es hermosa y galana.»
Pasó Riselo y les dió
Un doblón para alfileres,
Y Fabio para chapines,
Que pies celebraba siempre.
Pasó Bato y no dió nada,
Y las pastoras, al verle
Tan cobarde en el dativo,
Le cantaron de esta suerte:
«Pase, pase el pelado,
Que no lleva blanca ni cornado.»
Pasó Amor, y aunque desnudo,
Llevaba al cuello pendiente
Un carcaj de flechas de oro,
Con plumas blancas y verdes:
«Dad para la maya
El caballero,
Que más vale honra
Que no el dinero.»

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Amor, entre las pastoras,
Flechas de oro repartía;
Pensaban que era moneda
Y á puñados las cogían.
Quedaron enamoradas,
Y Venus muerta de risa
De ver cómo le cantaban,
Y á propósito decían:
«Iba á coger miel la colmenera,
Y picóle una abeja porque no vuelva.»

LISENO.

Bien se ha cantado y bailado.

FLORELO.

Famosamente, á la fe.

FABIO.

¡Qué buena la burla fué!

FINEO.

Si está siempre Amor pelado,
¿Por qué en aquella ocasión
No se le daba la vaya?

DIANA.

Por no afrentar á la maya.

FINEO.

Que es su madre, y no es razón.
Esto de «pase el pelado»,
Al Amor le viene bien;
Que siempre lo está por quien
Le da posada y cuidado.

Salen Lauro y Oranteo.

ORANTEO.

Para ver al pastorcillo
Vengo al templo.

LAURO.

Bien has hecho,
Pues que así descansa el pecho.

ORANTEO.

Más, Lauro, me maravillo
Mientras que le miro más.

LAURO.

Y yo, mientras más le trato,
Más me parece retrato
De la que adorando estás.

ORANTEO.

Ponte aquí porque veamos
Lo que éstos quieren hacer.

LAURO.

Querrán al templo ofrecer
Esas guirnaldas y ramos.

ORANTEO.

No veo á Montano aquí;
Si se quedó en el aldea,
Ya no es posible que sea,
Lauro, fiesta para mí.

DIANA.

Descubrid la imagen bella.

LISENO.

Sepamos quién ha de ser
Rey.

DORICLEA.

Agora habéis de ver
Mi curiosidad en ella.

Corran una cortina y esté en su altar Ariadna con venablo y celada, suelto el cabello.

LISENO.

Á la fe, que está famosa.

FABIO.

Yo nunca la he visto tal.

ORANTEO.

¿Hay cosa más natural,
Lauro, á mi bien que esta diosa?

LAURO.

Como estás apasionado,
Cuanto miras se te antoja
Que es ella.

ORANTEO.

Mucho me enoja
Tu descuido en mi cuidado:
Mírala bien; que parece
Su mismo hermoso traslado.

LAURO.

Digo que es tan imitado,
Que el mismo retrato ofrece,
Como el cristal del espejo
El rostro del que se mira.

ORANTEO.

¿Esto es verdad ó mentira?

LAURO.

Escucha aparte un consejo.

FLORELO.

Soberana diosa, ¿á quién
Eliges de estos pastores?

LISENO.

Así más dicha en amores
Que á Paris tus armas den,
Que sea yo rey por ti.

FABIO.

Llegad todos las cabezas.

DIANA.

Tan recio vas, que tropiezas.

FINEO.

Á mí señaló.

DORICLEA.

Y á mí.

Pone la mano sobre la cabeza de Fineo y de Doriclea.

FINEO.

¡Ea, yo soy rey!

DORICLEA.

Y yo
Soy reina.

FINEO.

Mando.....

FABIO.

¿Qué mandas?

FINEO.

Que me llevéis en volandas,
Digo, en hombros, que á pie no,

Donde me harte de comer.

DIANA.

Y ¿no mandas otra cosa?

FINEO.

¡Mandad, reina poderosa,
Pues que ya sois mi mujer!

DORICLEA.

Mando que de veras sea.

FINEO.

Mando que no pueda ser
Tan de veras hasta ver
Si es melón ó si es badea.

LISENO.

Mandad cosas buenas.

FINEO.

Mando
Que callen todos los necios,
Y que les den tantos precios
Cuantos ganaren callando.

FABIO.

Eso es pedir imposibles.

FINEO.

Mando que la envidia deje
Á la virtud, y aconseje
Bien, y no infamias terribles:
Mando que mujer ninguna
Pueda dinero pedir.

DORICLEA.

Pues ¿con qué la han de servir?

FINEO.

¡Reina, no seáis importuna;
Que os quebraré la cabeza!

DORICLEA.

¡Ay! ¿Á la reina?

FINEO.

Y al diablo,
Si me atraviesa un vocablo
Cuando estoy en mi grandeza:
Mando al fin que pierdan todos
Cuantos jugaren conmigo:
Mando que ningún amigo
Tenga lisonjeros modos:
Mando que ninguno esté
Confiado en que es discreto:
Mando que tenga un soneto
Treinta versos.

FABIO.

Pues ¿por qué?

FINEO.

Porque á poetas de agora
Les dan cámaras de versos;
Mas para tiempos diversos
Dejemos, reina y señora,
Estas mandas y aranceles;
Vamos, y dadme la mano.

DORICLEA.

Cantad.

DIANA.

¿Dónde está Montano?

FINEO.

¿Huelo á rey?

DORICLEA.

Á novio hueles.

Vanse, y quedan Lauro y Oranteo.

ORANTEO.

Bien dices; que no habrá cosa
Más discreta que roballa.

LAURO.

Es cosa fácil llevalla
Á tu palacio esta diosa.
Y en ella contemplarás
Á Ariadna.

ORANTEO.

Ten de ahí.

ARIADNA.

Hombres, ¿qué es esto?

ORANTEO.

¡Habló!

LAURO.

Sí.

ORANTEO.

Diosa, si ofendida estás,
Perdona; que el parecerte
Tanto á una belleza humana
Me dió ocasión.....

LAURO.

¡Soberana
Diosa, que fué amor advierte!

ARIADNA.

La que buscas, Oranteo,
En estas islas está;
Y muy presto se verá
Que aquí la dejó Teseo
De celos de su mujer:

ORANTEO.

Cierra, Lauro, la cortina,
Porque la diosa divina
Bien lo debe de saber;
Aquí me dijo que está
Ariadna.

LAURO.

¡Qué gran bien!

ORANTEO.

Su mirra y ámbar te den,
Pancaya, Arabia y Sabá.
Maten en tus sacras aras
Bueyes, cabras y corderos,
Y hasta los toros más fieros,
Si en su fiereza reparas.

Salga Lucindo.

LUCINDO.

¿Está aquí el Príncipe?

ORANTEO.

Aquí
Me tienes, Lucindo amigo.

LUCINDO.

Todo el palacio testigo,
Señor, la embajada di
Al arrogante Teseo,
Y en la presencia de Albante.

ORANTEO.
Y ¿qué dijo el arrogante?
LUCINDO.
«¿Es posible que Oranteo
Tiene tal atrevimiento?
Di que me voy á embarcar,
Porque quiero castigar
Su atrevido pensamiento.
Que no en el campo del mar,
Sino en su corte entraré,
Y le mataré, y le haré.....»
ORANTEO.
No te alargues en hablar,
Sino sólo ven conmigo;
Que esperándole en la playa,
Haré que su gente vaya
Con las nuevas del castigo.
LAURO.
Ausencia es siempre atrevida.
ORANTEO.
Yo haré que sepa Teseo
Que hay valor en Oranteo
Para quitarle la vida.

Salen el rey Minos, Feniso y gente.

MINOS.
Como es en tierra de amigo,
Bien podemos tomar tierra.
FENISO.
Un capitán envié
Á que tu venida sepa.
MINOS.
¿Qué es esto del desafío
Que nos han dicho que intenta
Oranteo con Teseo?
FENISO.
Que el mozo arrogante piensa
Probar con él en el campo
Del mar la encantada fuerza;
Que por robarle á Ariadna,
Sólo por hacerle afrenta,
Á desafiarle envía,
Y ya le aguarda á que venga.
MINOS.
Es muy gallardo Oranteo.
FENISO.
Sí; pero el Duque de Atenas
Es de los hombres notables
Que tiene en las armas Grecia;
Túvole por compañero
Hércules, y por Medea
Á Colcos fué con Jasón.
MINOS.
Á muchos valientes ciega
La arrogancia, y los humildes
Humillaron su soberbia.

Salen Oranteo, Lauro y gente.

ORANTEO.
¿En mis islas el rey Minos?
MINOS.
¡Oh, valerosa defensa
De mi honor!
ORANTEO.
¿Cómo, señor,
Sin avisarme?
MINOS.
La fiera
Furia del mar, caminando
Con mis soldados á Atenas,
Me arroja en brazos del viento,
Y él me puso en tus riberas.
ORANTEO.
Como quiera que haya sido,
Al viento, al mar lo agradezcan
Mis islas, pues hoy las honras.

Toquen.

MINOS.
¡Hola! ¿Qué cajas son éstas?
FENISO.
Huyendo algunos pastores,
Desamparan sus aldeas.
FABIO.
Huye por aquí, Liseo.
DORICLEA.
Diana, no te detengas;
Que hay soldados en la playa.
DIANA.
Temblando voy, Doriclea.
MINOS.
¿Qué es esto, amigos pastores?
FINEO.
Señor, que dicen que llega
Á destruir estas islas
Furioso el Duque de Atenas.
MINOS.
Luego ¿ya desembarcó?
FINEO.
Con alguna soldadesca
De la que trae más lucida.
MINOS.
¿Qué haremos?
ORANTEO.
Ver cómo quiebra
El concierto de la mar;
Mas solo no se atreviera.

Salen Teseo, Albante, Fedra y gente.

TESEO.
Yo quiero hablarle en persona.
ALBANTE.
Gente hay aquí.
ORANTEO.
¿Cómo entras
Por mi tierra de esa suerte?
TESEO.
Huélgome que aquí te ofrezcas,
Porque sepas que Teseo
No ha temido humanas fuerzas;

RAE RACADEMIA ESPAÑOLA

Que á las divinas no más
Quieren los dioses que tema.
Aquí en la mar, en la corte,
Con las armas que tú quieras,
Te daré á entender que he sido
Sólo robador de Fedra,
Como de propia mujer.

ORANTEO.

Bien sé que Ariadna bella
Dejaste en aquestas islas;
Y como tú no la tengas,
Cesa la ocasión de hacer
Contigo batalla ó guerra.

MINOS.

Si cesare de tu parte,
No pienses, traidor, que cesa
De la mía; yo soy Minos,
Á quien con tanta cautela
Robaste sus bellas hijas.

FINEO.

¿Quién diablos trajo de Creta
Este rey Minos ó Menos?

TESEO.

Pues ¿qué es lo que ahora intentas,
Si con Fedra estoy casado
Y traigo conmigo á Fedra?

FEDRA.

Rey y señor, aquí estoy.

MINOS.

Hija, aunque el alma se alegra,
De veros sin vuestra hermana
Es razón que me entristezca.
¡Por los dioses que ha de darme
Teseo á Ariadna bella,
Ó que con aquesta armada,
Que tiene más de cien velas,
He de echar la suya á fondo!

ORANTEO.

Y yo ayudarte á que sea
Despreciada su arrogancia.

FINEO.

Yo quiero impedir la guerra.
¿Conócesme, invicto Duque?

TESEO.

¿Quién eres?

FINEO.

¿Ya no te acuerdas
De Fineo?

TESEO.

¡Oh, mi Fineo!

FINEO.

Yo he vivido en estas selvas
Desde que tú me dejaste.

TESEO.

¿Qué hay de Ariadna?

FINEO.

Que es muerta.

TESEO.

¿Muerta?

FINEO.

Sí; mas un pastor
Que aquí guarda veinte ovejas,
Le parece por extremo;
Yo le traeré, di que es ella,
Y en saliendo del peligro,
Te burlarás, cuando vuelvas
Al mar, de este rey Cominos,
Pariente de Alcaravea.

TESEO.

Vé volando; que la industria,
Notablemente en empresas
Graves, usamos los griegos.

FINEO.

Aguarda, que voy por ella.

Vase.

TESEO.

Rey Minos, y tú, Oranteo,
No porque temor os tenga
Me allano á dar Ariadna;
Mas porque en aquestas tierras
Transformada en pastorcillo
Ha estado, alegre y contenta
De escaparse de Feniso.

FENISO.

De mí, ¿por qué?

TESEO.

Porque sepas
Que la mujer, si aborrece,
Cualquier desatino intenta.

MINOS.

Venga Ariadna, aunque esté
En la forma que ella quiera,
Como me la des con vida.

Salen Fineo y Ariadna.

FINEO.

¡Hermosa Ariadna, llega!

ARIADNA.

Que no soy yo, ¿no lo ven?

MINOS.

¡Viven los dioses, que es ella!

ORANTEO.

Que no es, señor; que es un mozo
Que aquí guarda las ovejas
De este Fineo, á quien yo
Mil veces vi en esta selva.

FEDRA.

¿Cómo no? Dame los brazos.

ARIADNA.

Suplícole se detenga:
Mire que está aquí mi amo.

TESEO.

Fineo, ¿qué burla es ésta?
¡Por Marte, que es Ariadna!

FINEO.

Pues ya es tiempo que se sepa;
Daos las manos de amistad.

ORANTEO.

Luego ¿es ella?

FINEO.

Y yo, ¿quién era?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Fineo, el mayor amigo
De Teseo.

DIANA.

¡Ay, Doriclea,
¡Que es mujer Montano!

ORANTEO.

¡Cielos!
Hoy haré que en gloria vuestra
Celebre Lesbos mi historia.

MINOS.

Hija, de verte me pesa
En tanto mal; pero hallarte,
Notablemente me alegra.
Dale la mano á Oranteo,
Y en paz haremos las fiestas.

FINEO.

Denme á Doriclea á mí.

DORICLEA.

Tu esclava soy.

TESEO.

Aquí cesa
La enemistad.

ORANTEO

Y da fin
El Laberinto de Creta.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL VELLOCINO DE ORO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL VELLOCINO DE ORO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL VELLOCINO DE ORO

DEDICADA

Á LA SRA. D.ª LUISA BRICEÑO DE LA CUEVA

MUJER DE D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA
CABALLERO DEL HÁBITO DE CALATRAVA, SECRETARIO DE S. M.

Esta fábula de Jasón, ni escrita ni representada en competencia y oposicion de la que ilustró con su presencia y hermosura el Sol de España, sino representada y escrita para acompañar su fiesta de Aranjuez, la mayor que de aquel género ha visto el mundo, como las relaciones del Sr. D. Antonio tendrán advertida á Vm. la dedico y ofrezco, por estas calidades atrevido y por mis ignorancias temeroso. Bien conozco que á sus bodas debíamos, los que le tenemos por maestro, felices epitalamios, y á su venida célebres parabienes; pero en tanto que á los dichosos sucesos que resultan del matrimonio se previenen las Musas para pagarlo todo, he querido que Vm. sepa mi obligación con tan humilde ofrenda, si bien calificada con los dueños que tuvo, porque como el manto obscuro de la noche recibe tanto honor de las estrellas, así los rudos versos de esta fábula, del resplandor de las señoras damas que la representaron. Mal dije noche; pues aunque no estuvieran allí SS. MM., su bizarría y hermosura le hicieran día, y ahora impresa, las excelentes partes de Vm. que, por celestial consonancia, vinieron á su centro, que como en los elementos es fuerza, en los méritos es dicha. Dios guarde á Vm.

Su capellán,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL VELLOCINO DE ORO

FIGURAS DE LA COMEDIA

Helenia.	Fineo.	Soldados.
Friso.	Medea.	Fenisa.
Doriclea.	Jasón.	El Rey de Colcos.
Marte.	Teseo.	Ninfas y Música.

LOA FAMOSA.

Tocando un clarín primero, salga una dama á caballo en el Pegaso, que ha de traer unas alas á los lados, y ella un tocado de plumas altas, y un manto de velo de plata, bordado de ojos y lenguas, preso en los hombros.

Yo llego á buena ocasión,
Si no me engaña el deseo;
Los mismos que dijo son
Hoy en su templo Febeo,
El gran padre de Faetón.
Aquí dijo que hallaría,
En las siestas de este día,
El Sol y Luna de España:
¡Qué gloria los campos baña!
¡Qué resplandor! ¡Qué alegría!
Dióme el caballo Pegaso,
De varias plumas vestido,
Que estampa en el aire el paso,
Cuyas alas me han traído
De las cumbres del Parnaso.
Puesto que la tierra y cielo
Puedo penetrar de un vuelo,
Porque toda plumas soy,
Ciega de mirar estoy
Tantos cielos en el suelo.
Con haberme fabricado
¡Oh, tú que el cielo gobiernas,
Alto Júpiter sagrado!
Toda de lenguas eternas,
Aquí todas me han faltado.
Pues para ver sin enojos
Tan soberanos despojos,
Pocas las estrellas son
Del esmaltado pavón
Á quien Argos dió los ojos.
Ya mi propósito muda
El resplandor de su llama:
De hablar he quedado en duda;
¿Quién dijera que la Fama
Jamás estuviera muda?
Pero podré disculparme,
Aunque el callar es mudarme
En otra naturaleza;
Que sólo vuestra grandeza
Pudo á silencio obligarme.
Yo vi á Alejandro, y hablé
De Alejandro, aunque señor
De toda la tierra fué,
Y á César, cuyo valor
Sobre Roma puso el pie.
Pero aunque tantas parecen
Mis lenguas, hoy enmudecen
Viendo con tanto valor
Un Alejandro mayor,
Pues dos mundos le obedecen.
Yo vi reinas, cuya historia
Osé escribir, y dejar
Para siempre á la memoria;
Y aquí me viene á faltar
Pluma para tanta gloria.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pero ¡qué desconfianza
Hace de quien soy, mudanza!
Hablar quiero; que pues soy
La Fama, obligada estoy
Á vuestra eterna alabanza.

Sale por otra parte, tocándose chirimías, otra dama á caballo, con un tocado de palmas de oro enlazadas, y un manto de plata en los hombros, bordado de palmas.

DAMA 2.ª

El sitio lo manifiesta:
Él es, que á la vista ofrece
Tan esmaltada floresta:
No he tardado, pues parece
Que dan principio á la fiesta.
Todo lo alcanza el deseo;
Retratos del cielo veo
Con tan altas majestades,
Que pienso que en sus deidades
La turbada vista empleo.
Y como su perfección
Apenas la diferencio,
Y de igual belleza son,
La lengua han puesto en silencio,
La vista en admiración.
Luego que el sonoro fin
Del animado clarín
De la Fama hirió mi oído,
Vine á este jardín, que ha sido
Ya cielo, que no jardín.
Lejos de las señas voy:
Errar el sitio podía;
¡Oh, qué venturosa soy!
Pues á este jardín venía,
Y dentro del cielo estoy.
Presumo, deidades bellas,
Que estoy en él, pues por ellas
Es fácil de conocer
Que tierra no puede ser
Donde hay sol, luna y estrellas.
Aquí se turbara Apeles
Viendo sus luces mayores,
Y dejara los pinceles,
Aunque le dieran colores
Los jazmines y claveles.
Aquí Virgilio dejara
La pluma, en el mundo rara,
Pues para miraros sólo,
Todos sus rayos Apolo
En medio del cielo pára.
No es alabaros mi intento;
Que si tanta perfección
Fiara á mi entendimiento,
Cayera, como Faetón,
Al mar de mi atrevimiento.
Por eso, claras estrellas,
Angélicas luces bellas,
Daré al silencio mis faltas;
Que ofende las cosas altas
Quien no sabe encarecellas.
Quisiera tener lugar
Desde donde ver pudiera
La fiesta; quiero mirar
El sitio. ¿Quién me pudiera
Mejor de todo informar,
Que aquella dama, que llama
Á su vista mi deseo?
¿Quién sois, generosa dama?
Aunque las señas que veo
Me dicen que sois la Fama.

DAMA 1.ª

La Fama soy.

DAMA 2.ª

Este día
Llevaréis bien qué contar.

DAMA 1.ª

Lo que no acierto á mirar,
Acertar después querría
Á encarecer y pintar.
Vos, ¿quién sois?

ENVIDIA.

La Envidia soy.

DAMA 1.ª

¿La Envidia? Pues ¿tan gallarda?
No la pintaron ansí
Tantas edades pasadas:
Poetas é historiadores,
De manera la retratan,
Que no hay furia, no hay arpía
Con quien tenga semejanza;
Vos disfrazada venís.

DAMA 2.ª

El nombre, Fama, os engaña;
Que yo no soy esa Envidia
Que las historias infaman.
Soy aquella Envidia noble,
Que es virtud heroica y santa;
No la que es vicio, que aquí,
Como hay tanto sol, no entrara.
¿No veis lleno mi vestido
De laureles y de palmas?
Pues por envidia las tengo
En las letras y en las armas.
Lloró Alejandro de envidia
Que su padre no dejaba
Más tierra que conquistase,
Que fué de excederle causa.
Con envidia de Platón
Estudió cosas tan raras
Aristóteles, que pudo
Merecer más nombre y fama.
Aquesta Envidia soy yo;
Porque si yo no animara
Los ingenios de los hombres,
Las plumas y las espadas,
Ni hubiera libros famosos
De tantas ciencias, ni hallaras,
Fama, á quién dar tus laureles.

DAMA 1.ª

Altamente desengañas
La que tu nombre promete;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pero ¿á qué vienes, qué aguardas
De esta fiesta?

DAMA 2.ª

Quien la emprende,
Á que pretenda me llama,
Con envidia de otra fiesta,
Puesto que ninguna basta
Animar á lo imposible
Las fuerzas de su esperanza.
Yo le dije que advirtiese
Que era la empresa tan alta,
Que á la misma Envidia noble,
Con ser tan noble, desmaya;
Y que habiendo precedido
Tan rara invención, que basta
Á ocupar eternamente
Fama por naciones varias,
Todo el bronce de tus lenguas,
Todo el vuelo de tus alas,
No hallaba camino alguno,
Porque la desconfianza
Es ya mayor que la Envidia.

DAMA 1.ª

¿Tú, por quien tantas hazañas
Se han hecho en el mundo, dices
Ahora tales palabras?
¿Qué invención pretende hacer?

DAMA 2.ª

Aquella historia que canta
Ovidio, de donde tuvo
Principio el Tusón de España.

DAMA 1.ª

¿Es la de Frixo y Helenia?

DAMA 2.ª

Esos trujeron al Asia
El vellocino de oro,
Á quien Marte puso en guarda,
Con dos toros, un dragón,
Por cuya empresa las aguas
Vieron la primera nave
Abrir sus campos de plata.

DAMA 1.ª

¿Quién le conquistó?

DAMA 2.ª

Jasón,
Dando favor á sus armas
Los encantos de Medea.

DAMA 1.ª

¿Quién viene?

DAMA 2.ª

Volando baja.

Venga por lo alto, en una invención, la Poesía vestida de dama, con un laurel en las manos y en la cabeza.

POESÍA.

Envidia noble, prosigue:
No tengas temor, que ya
La Fama oyéndote está,
Y tus pensamientos sigue:
Aunque la desconfianza
Buenos sucesos prometa,
Siempre fué cosa discreta
Desconfiar con templanza.

DAMA 2.ª

Tu opinión quiero seguir:
¿Quién eres?

POESÍA.

Soy la Poesía,
Que á los Reyes este día
Vengo á alabar y servir.

DAMA 2.ª

Vienes á buena ocasión;
Diles lo que yo no puedo.

POESÍA.

Á mi pluma tengo miedo:
Tan altas deidades son;
Pero llamaré á mi hermana.

DAMA 2.ª

¿Quién?

POESÍA.

La Música.

DAMA 2.ª

Pues di
Que los alabe por ti,
Y que lo escriba la Fama.

Váyanse la Envidia y la Fama, y diga la Poesía:

POESÍA.

¿Oyes, Música?

Responda una voz de adentro cantando.

MÚSICA.

¿Quién es?

POESÍA.

Tu hermana: soy la Poesía.

MÚSICA.

¿Qué quieres?

POESÍA.

Loar querría
Las dos estrellas que ves.

MÚSICA.

Vete á tu fiesta, y verás
Cómo celebran las Musas
Su valor, pues tú te excusas.

POESÍA.

Música, no puedo más.

Vuélvase á subir, y cante la Música este villancico:

MÚSICA.

Ya son mundos las almas,
De gloria llenas;
Que Isabel y Felipe
Reinan en ellas.
En los reinos reinan
Todos los reyes,
En las almas sólo
Quien los merece;
Pero amor les tienen.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen por el mar Helenia y Frixo, sentados en un carnero de oro, diciendo así:

FRISO.

¡Favor, Neptuno divino,
Si te obliga la inocencia!

HELENIA.

¿Quién ha de hacer resistencia
Al furor de su destino?

FRIXO.

Á tu centro cristalino
Lleguen, deidad soberana,
Las lágrimas de mi hermana;
Pero déjasla llorar
Porque enriquezca tu mar
La mayor riqueza humana.
Alza los ojos al cielo,
Hermosa Helenia, si está
El mar tan airado ya,
Que se ha convertido en hielo:
Obliga el piadoso celo
De las supremas deidades;
Que si no las persüades
Con ver llorar dos estrellas,
Temo por sus perlas bellas
Mayores adversidades.

HELENIA.

Este dorado animal
Debéis haber codiciado,
Ninfas de Neptuno airado,
Por el precioso metal:
Por los campos de cristal
No sabrá pacer corales
Entre ramas desiguales;
Dejalde, que ya le espera
Coronada la ribera
De jacintos orientales.

FRIXO.

Mientras más, Helenia, lloras,
Más enriqueces el mar,
Que en conchas sale á buscar
Tus dos divinas auroras:
Guarda el valor que atesoras,
Hermana querida, en ellas,
Que pues con perlas tan bellas
Permiten que las respondas,
Codiciosas son las ondas,
Y envidiosas las estrellas.

HELENIA.

Loca de verse pisar
Por donde más se dilata,
Encrespa lazos de plata
La superficie del mar;
Ondas, dejadnos pasar!

FRISO.

¡Ondas, tened compasión!

HELENIA.

¡Ninfas, piedad, si es razón!

FRIXO.

El mar sus montes allana;
Que aquellos bultos, hermana,
Celajes de tierra son.

HELENIA.

Las nubes celajes nombras,
Pero en el temor consiste;
Que siempre engañan á un triste
Las esperanzas con sombras.

FRIXO.

¡Ay, Dios! Con razón asombras
De la aspereza del mar,
Si nos salen á matar
Sus ninfas.

HELENIA.

No puede ser,
Porque con tanto placer
Á nadie se dió pesar.

Ábrase un peñasco y salga de él Doriclea, ninfa, sentada en un delfín de plata.

DORICLEA.

En los palacios, sobre blanda arena,
De perlas y corales fabricados,
Al Rey que el proceloso mar enfrena,
¡Oh, hermanos, cuanto hermosos, desdichados!
Envidiosa propuso una sirena,
Y á los marinos dioses convocados,
Que os diese el agua eterna sepultura;
Así trata la envidia á la hermosura.
Ese animal dorado pretendía
Que fuese á su deidad sacrificado
Sobre fuego del ámbar que el mar cría,
Por atrevido á su cristal sagrado:
No se calificó por osadía,
Sino desdicha, haber su campo arado;
Que puesto que hay desdichas atrevidas,
Las perdona el peligro de las vidas.
Varios fueron los votos; mas venciendo
Las ninfas, que á piedad habéis movido,
Tres veces el Tridente reprimiendo
Las voces del Consejo dividido,
Manda que os guíe á la ribera, haciendo
Camino este delfín al atrevido
Bello animal, que de su gran tesoro
Bordó las aguas con guedejas de oro;
Y que ninguna ninfa osada sea
Á hurtar sutil de su dorada lana,
Hasta que en tierra algunas hebras vea,
En que ensarte su aljófar la mañana:
Friso, yo soy la ninfa Doriclea,
Sigue mis pasos con tu bella hermana;
Que ya, como á marítimas deidades,
En la orilla os reciben las nayades.

Salen la Música y las ninfas que puedan, coronadas de corales y perlas, con velos de plata sobre vestidos azules, y ramos de coral y perlas en las manos, y Frixo y Helenia desciendan del carnero de oro.

MÚSICA.

Á quien el mar perdona,
Recíbale la tierra;
Así piadoso el cielo
Defiende la inocencia.

Náyades de las fuentes,
Y de la mar sirenas,
Rendid vuestras envidias
Á la Idëal belleza.
Cantemos dulces coros,
Sembrando por la arena
En ramos de corales
Los racimos de perlas,
Pues lo quieren los dioses,
¡Vivan Frixo y Helenia!
Hermanos perseguidos
De su madrastra fiera.
Y á quien el mar perdona
Recíbale la tierra;
Así piadoso el cielo
Defiende la inocencia.

FRIXO.

Sagradas ninfas del mar,
Y tú, hermosa Doriclea,
Parto de las claras ondas,
Gloria y honor de las selvas;
Tú, como Venus, nacida
De las espumas que besan,
De las peinadas orillas
La blanca y lustrosa arena,
Oid la historia que pudo
Ser por desdichas tragedia,
Si faltara la piedad,
Atributo á la nobleza:
Adonde la blanca aurora
Compone la cuna tierna,
Fénix de su misma luz,
Al sol que renace en ella,
Sabio, aunque no venturoso,
El rey Atamante reina,
Depuesta la blanca espada
De mil gloriosas empresas.
Casóse en sus tiernos años
Con la bellísima Celia,
De quien los dos somos hijos
Con desdichadas estrellas.
Mi nombre, ninfas, es Frixo,
Mi hermana se llama Helenia,
Gran sujeto á la Fortuna
Para ejercitar sus fuerzas.
Los dos nos criamos juntos
Hasta que la primavera
De nuestra edad dividió
La vida por la sospecha.
Atamante, con los años,
Que todas las cosas truecan,
Puso el dolor en olvido,
Sombra de memorias muertas.
Juntó consejeros sabios,
Todos pienso que lo eran,
Mas la voluntad de un rey
Fué siempre la ley primera.
Dijo que quería casarse,
Todos convienen que acierta;
Que pretensiones y aumentos
Abonan cuanto se yerra.
Casóse con Erifile,
Más hermosa que discreta,
Aunque era bien entendida,
Pero con poca prudencia.
Quísola con pocos años;
Que la edad que á muchos llega,
Ama con mayor lealtad
Y agradece que le quieran.
Ganóle el alma Erifile;
Que no es mucho que esto pueda
El artificio en los brazos
Cuando nieva en las cabezas.
Comenzó á olvidar sus hijos,
¿Quién pensara que pudiera?
Pero ¿quién no lo pensara
Entrando la envidia en ella?
Yo, en la caza divertido,
Le presentaba las fieras,
Pero nunca con ninguna
Pude aplacar su fiereza.
Como vi que la cansaba,
Seguí animoso la guerra,
Ó para que me matasen,
Ó agradarla con mi ausencia.
Dábame el cielo victorias
Como si yo las pidiera;
Pero rasgábanle el alma
Las cajas y las trompetas.
Cuando vía tremolando
Las victoriosas banderas
Entrar al son de las cajas,
Se desmayaba en las rejas.
Mi hermana, por otra parte,
Procuraba entretenerla,
Ya con labores que hacía,
Ya con inventarle fiestas.
Llegó á su extremo la envidia,
Creció con lo que otros menguan,
Porque, al revés de otros vicios,
Con buenas obras se aumenta.
En fin, supo hacer de modo
Que, de mi padre en la ausencia,
Nos mandó echar en el mar
En un arca sin cubierta.
Al retirarse las ondas
De las opuestas riberas,
Obedientes al imperio
Que puso la luna en ellas,
Vimos el golfo cantando
Tan lastimosas endechas,
Que gimieron los delfines
Y lloraron las sirenas.
Mil veces vimos el arca
De las estrellas tan cerca,
Que á poderse desclavar,
Alcanzáramos estrellas;
Y mil veces al abismo
Descender con tal violencia,
Que nos pareció que ya
Pasaba de las arenas,
Cual suelen de los pintados

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Arcos, para que desciendan
Con la violencia que suelen,
Los indios tirar las flechas.
En medio de estas desdichas,
Sobre las ondas se muestra,
En un sepulcro de espumas,
Sombra nuestra madre Celia.
«Hijos, nos dice llorando,
¿A dónde á morir os lleva
La envidia de una madrastra?»
Lloramos juntos con ella,
Y ella, á Júpiter moviendo,
De quien tuvo descendencia
Su sangre, miró piadosa
Las márgenes de la tierra,
De donde aqueste animal
Rompe las ondas soberbias,
Y para fe del milagro
Doradas las rubias hebras.
Subimos en él los dos,
Y aunque á costa de perderlas,
Por altas montañas de agua
Hallamos sendas estrechas.
Pero como por envidia
Salimos de nuestra tierra,
También quiso airada el agua
Que muriéramos en ella;
Hasta que con tu favor,
Bellísima Doriclea,
Pisamos los verdes campos
Destas enramadas selvas.
Contra quien ayuda Dios,
Cánsase la envidia necia;
Que cuando hubiera fortuna,
Dios gobernará su rueda.

DORICLEA.

¿Á quién, con vuestros cuidados,
Príncipes, no les daréis,
Si inocentes padecéis,
Y hermosos sois envidiados?
Pero vivid confiados
De que saldréis con victoria;
Que el cielo tiene memoria
De que estáis en tierra ajena,
Y que ha de ser vuestra pena
Para más descanso y gloria.
Donde la vista termina
Deste horizonte la cumbre,
Su dorada pesadumbre,
Que con las nubes confina,
Consagrado á la divina
Deidad de Marte, levanta
Un templo, por cuya planta
Los délficos diferencio,
Donde en respeto y silencio
Veneran su imagen santa.
Aquí, nereidas hermosas,
Conduciréis á los dos,
Porque al armígero dios,
En sus aras belicosas,
Lleno de purpúreas rosas,
Ofrezcan este animal,
Preciosa víctima igual
Á su divino decoro,
Pues al estrellado Toro
Vence la luz celestial;
Que yo vuelvo en mi delfín
Á los centros del Nereo,
Porque ya el vario Proteo
Toca el sonoro clarín:
Tendrán vuestros males fin
Con este holocausto santo;
Y luego que en negro manto
Suba el humo al quinto cielo,
Bajará vuestro consuelo,
Y cesará vuestro llanto.

Mientras van las ninfas guiando el carnero de oro, que irá sobre sus ruedas, vuelva á cantar la Música:

Apacibles prados,
Creced las hierbas;
Que ganado de oro
Pasa por ellas.

Aquí suenan trompetas y cajas, tiros, arcabuces y fuegos, y se abra el templo del dios Marte, donde, sobre otras tantas columnas, se vean nueve retratos de los nueve de la Fama, y en la décima el emperador Carlos V, á caballo, entre diversas armas y despojos, que por todo el templo estén pendientes de velos de plata y lazos de colores; Marte en medio, armado, con plumas, lanza y rodela.

FRIXO.

Sacro armipotente Marte,
Dios de las batallas fuerte,
Que de no temer la muerte
Sangriento enseñas el arte;
Si tuve en tus glorias parte
Por tantas victorias claras,
Recibe, pues siempre amparas
Á los que tu amor merecen,
Los que esta víctima ofrecen
Á los jaspes de tus aras.
Dos desterrados hermanos,
De ajena ofensa inocentes,
Tienes á tus pies presentes,
Favor pidiendo á tus manos;
Así los brazos humanos
Veas de tu blanca diosa
En tu esfera luminosa,
Sin que el sol, que en medio vive,
De tanta gloria te prive,
Lleno de envidia celosa;
Y así Vulcano, jamás
Forme red, del cielo risa,
Á quien de tu amor avisa
Por los celos que le das;
Y así no te cuente más
De Adonis, Venus, la historia,
Ni despierte la memoria
El lirio azul de su amor;
Pues dar á un triste favor,
Aun es en los hombres gloria.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MARTE.

Hijos del noble Rey del claro Oriente,
Felicísima sangre de Atamante,
Á quien la envidia trujo el mal presente,
Y envidia de mujer siempre arrogante;
El cielo os mira ya piadosamente;
Ningún temor vuestra inocencia espante,
Que presto volveréis al patrio suelo;
Así lo dice ya présago el cielo.
El templo adonde estáis os asegura
De todo cuanto la Fortuna intenta;
Así la ofrenda recibir procura
Quien la estrellada máquina sustenta;
La Fama, que al igual del tiempo dura,
De los preceptos del olvido exenta,
Aquí tiene su centro, aquí reside,
Aquí favor para las letras pide.
Aquél de la celada que remata
Un sol entre suspensos paralelos,
Al valeroso Josué retrata,
Que le detuvo, y admiró los cielos;
Aquél del peto de luciente plata,
Que el manto cubre de listados velos,
Es el pastor que derribó el Gigante
Á los cercos del cáñamo tronante;
Aquél de la casaca azul celeste,
Es el gran defensor de los hebreos,
Á quien la Fama eternos siglos preste
Bronce inmortal, elogios y trofeos;
Éste de la encarnada sobreveste,
Que con presteza igual á sus deseos
Bebió de polo á polo el mar profundo,
Es Alejandro, vencedor del mundo;
Héctor, aquél del morrión dorado,
Invicto, aunque en el griego desafío,
Entre la roja púrpura bañado,
Aró la arena del troyano río;
Éstos que no han nacido, aunque han llegado
Por el valor futuro al templo mío,
Júpiter manda que su imagen sea
Copiada aquí de su divina idea;
Aquél es César, ínclito romano,
Que ha de obrar y escribir tantas historias;
Este es Carlos, francés, llamado el Mano,
Coronado de palmas y victorias;
Aquél, Arturo, el ínclito britano,
Y éste Bernardo, que á mayores glorias
Llegara si le viera edad alguna
Con menos sangre ó con mejor fortuna.
Décimo destos que la Fama nombra,
Manda poner sobre esta basa y plinto,
Con la ferocidad que al Cita asombra,
Al Marte de la tierra, á Carlos quinto;
La reina de las aves hará sombra
De suerte á España en término sucinto,
Que dando envidia á las demás naciones
Penetren los dos polos sus pendones.
El vellocino que hoy me sacrificas,
De tanto honor le haré que ilustre el pecho
De los reyes de España, entre las ricas
Piedras que el fuego esmaltarán deshecho;
Mira á qué cielo su valor aplicas,
Después de estar de treinta estrellas hecho,
Cuando le bañe el sol en su alta esfera,
Al paso de la verde primavera.
La venturosa edad que está esperando
Dorado el siglo de mayor tesoro,
De tres Filipos le verá adornando
El católico pecho entre aspas de oro:
Yo, en tanto, á un árbol le pondré, formando
Para custodia de mayor decoro,
Dos toros y un dragón, linces de fuego,
Á cuyas armas su riqueza entrego.
Y ojalá que llegara á la dichosa
Del gran Felipe cuarto el vellocino;
Que destos animales la espantosa
Furia domara su valor divino;
Que del bridón rigiendo la espumosa
Boca, y vibrando el temple diamantino,
Los deshiciera con valor profundo,
Que en años diez y siete asombra el mundo.
No me permite Júpiter que cuente
Los grandes hechos deste gran Monarca,
Mas que le ponga en el lugar decente
Que libra del olvido y de la parca.
Tú, Frixo, en tanto, de tu patria ausente,
Con tosca piel y con grosera abarca,
Vive estos montes con tu hermana bella;
Que aun tiene rayos tu enemiga estrella.

Ciérrese el templo, y salga, después de haberse tocado las trompetas, el príncipe Fineo en hábito de caza, con un venablo.

FINEO.

Monte que al cielo subes,
Cuyos ásperos riscos
Apenas retratar el mar se atreve,
Penetrando las nubes
Tus altos obeliscos,
Ya vestidos de hierba, ya de nieve,
Por donde el paso mueve
La fiera más hermosa
Que á vuestros valles pasa,
La nieve que me abrasa,
La hermosa imagen de jazmín y rosa,
La bella ninfa altiva,
Más que vuestros arroyos fugitiva.

Sale Medea en hábito de caza por otra parte, con arco y flechas.

MEDEA.

Montes que en aspereza
De peñas elevadas,
Silvestres fieras, bárbaros pastores,
Excedéis la fiereza,
Y selvas encantadas
De Arcadia, faltos de aves y de flores,
Por no escuchar amores,
Por no entender suspiros,
Á vuestras soledades
Ofrezco libertades,
Al viento voces y á las fieras tiros;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que quien de amor se ofende,
Huyendo de quien ama se defiende.

FINEO.

Amor, duro castigo
De nuestros pensamientos,
Que á tantas humildades nos obligas;
Pacífico enemigo,
Que los entendimientos
Dulce enloqueces, y áspero fatigas;
Así jamás persigas
Á quien no te merece,
Pues tu poder ignora
Quien mata á quien le adora,
Que me digas, amor, ¿cómo padece
Tus penas sin mudanza
Quien no supo jamás qué es esperanza?

MEDEA.

Desdén que me defiendes
De los atrevimientos
En que suelen caer las voluntades,
Y victorioso emprendes
Con altos pensamientos
Castigar las ajenas libertades;
Pues tú me persuades
Que amor es todo engaños,
Prosigue en tus extremos;
Juntos los dos pasemos
La verde primavera de mis años;
Que es insufrible pena
Querer vivir por voluntad ajena.

FINEO.

Bellísima homicida
Del alma que desdeñas,
Dulce cuidado generoso mío,
Que me cuestas la vida,
¿En cuál de aquestas peñas
Tu retrato verá mi desvarío?
Pues vengarme confío
En los piadosos cielos
De tu cruel belleza;
Que por ser tu aspereza
Sujeta un hora, aunque me maten celos,
Quiero pedir que quieras,
Y morirme de amor porque tú mueras.

MEDEA.

Aborrecido amante,
Que conquistas en vano
El hielo de mi pecho, ¿cómo emprendes
Deshacer un diamante,
Pues ya como tirano
La dulce libertad del alma ofendes?
Imposibles pretendes,
Los rayos del sol miras,
Siembras en el arena,
Pues mientras con más pena
Loco de amor por mi desdén suspiras,
Con más libre deseo
Mi libertad en tu desprecio empleo.

FINEO.

¡Ay, dulce imaginación,
Poderosa á hacer efeto!
¡Ay, imposible sujeto
De mi loca pretensión!
¡Ay, sombra del pensamiento!
Mas, pues no puede abrasar
La sombra, os haré pensar
Que es verdad mi atrevimiento,
Llegad, corazón turbado,
Y tanta dicha gozad;
Que alguna vez es verdad
Lo que piensa un desdichado.
Si pudieran esconderme
De tu luz tantos enojos,
Te conocieran mis ojos
En que te pesa de verme.
Yo sé que no me ha engañado,
Prima, el pensamiento mío,
Pues que me muestras desvío
Aun antes de haberme hablado.
Excusas palabras breves
Por mostrar largos enojos,
Pues remites á los ojos
La respuesta que me debes.
Tú no vas á matar fieras,
Porque, si fueras, sospecho
Que á la crueldad de tu pecho
Volver el arco pudieras.
Irás á matarme á mí:
¡Ojalá lo fuera yo,
No para matarme, no,
Para no esperarte, sí!
Yo espero; tira, procura
Mi muerte, si ya la esperas,
Porque solamente fieras
Huyeran de tu hermosura.
Que puesto que me aborreces,
Podré tener por favor
Matarme amor, que al amor
En arco y flechas pareces.

MEDEA.

Gallardo primo Fineo,
Pésame de verte triste,
Si tu tristeza consiste
En tu amoroso deseo.
Tanta desesperación
Es indigna de hombre sabio,
Ni querer formar agravio
Que no se funde en razón.
No sé yo que esté obligada
Á amar una dama á quien
Dice que la quiere bien;
Porque no ha de amar forzada.
Voluntad que no responde
Á quien muestra voluntad,
A mayor dificultad
Que la de amor corresponde.
Es definición de amor
Correspondencia de estrellas;
Que donde no quieren ellas,
Pierden servicios valor.
Fuera desto, en cortesía
Te estima mi voluntad.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FINEO.

Agradezco tu piedad,
Ingrata enemiga mía;
Porque es tenerla de mí
El darte prisa á matarme;
Que deberte el engañarme,
Fuera más crueldad en ti.
El Rey, tu padre, Medea,
Desde la muerte de Albano,
Mi amado padre y su hermano,
Mi aumento y vida desea.
Él me ha criado: ¡ay de mí!
Que de criarme contigo
Nació este amor, mi enemigo,
Pues que nunca nace en ti.
¡Caso extraño que se aumente
Amor sin amor! Pues mira
No llegue de amor la ira
Á que la venganza intente.
Que podrá ser que algún día
Te arrepientas de mis daños
Vencida de otros engaños,
Ya que no de mi porfía.
Falten las luces serenas
De tus estrellas crueles,
Para tu boca claveles,
Para tu frente azucenas.
Eclipse la nieve pura
Su divino resplandor,
Porque el tiempo es el mayor
Contrario de la hermosura.
Y entonces, amor lo quiera,
Que no te aborrezca, no,
Pero que me vengue yo
De tu hermosura siquiera.

MEDEA.

Fineo, yo escucho mal
Á quien habla en querer bien.

FINEO.

Detente, hermoso desdén,
Para mí muerte inmortal;
Que aunque el respeto perdone,
Amor licencia me da.

MEDEA.

Mira, Fineo, que ya
Parece que el sol se pone.
¿No lo ves en su arrebol?

FINEO.

Detén las plantas crueles
Porque no haya dos laureles,
Pues no hay más de un solo sol.
Ama un hombre que te adora
Á ejemplo de cuanto vive,
Que vida de amor recibe,
Y por vivir se enamora.
No viene la primavera
Con verdes pasos al prado,
Cuando de amor esmaltado,
De sus flores fruto espera.
Apenas las libres aves
Ven la risa de la aurora,
Cuando amor las enamora
Y enseña amores suaves.
Las palomas se requiebran
Y las tórtolas se casan:
Hasta las aguas que pasan,
En las pizarras se quiebran;
Que amor junta hasta las piedras,
Y en los árboles de Alcides
Suben las fértiles vides,
Y por los muros las yedras.
Deja un león el rigor,
Brama por su amada ausente;
No hay sirena en mar, ni en fuente
Ninfa, que no tenga amor.
No hay pez en el mar profundo
Que no tenga sentimiento:
Amor es un elemento
En que se conserva el mundo.
Pues ¿sola no ha de querer
Obedecer tu belleza
La ley de naturaleza?
¿Eres montaña ó mujer?

MEDEA.

Mientras más me persuades,
Más me enojas; primo, adiós;
Que de estar solos los dos
Murmuran las soledades.
En palacio me dirás
Lo que no te escucho aquí.

FINEO.

¿Oirásme en palacio?

MEDEA.

Sí.

FINEO.

Falsa esperanza me das.

MEDEA.

En fin, ¿esperanza es ya?

FINEO.

No dice el alma que es mucha,
Porque quien sola no escucha,
Acompañada ¿qué hará?
Dame un favor.

MEDEA.

¿Qué favor?

FINEO.

Una flor; que si la alcanza,
Será en mi alma esperanza
Lo que en tu cabello es flor.

MEDEA.

Hartas, primo, tiene el prado;
Cógelas, y adiós, que suena
Gente.

Vase.

FINEO.

Detente, sirena
Del mar de mi amor turbado.
Detente; tenedla, cielos;
Creced en forma de ríos,
Agua os dan los ojos míos;
Poneos delante, arroyuelos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Zarzas, en besar dichosas
Sus pies, detened sus pies;
Pero si es Venus, después
Volveréis á tener rosas.
Detened su ligereza,
Peñas; pero no querréis,
Por lo que della tenéis,
Que aunque no es sangre, es dureza.
¡Ay de mi corta ventura,
Que de mis méritos no;
Que el cielo nos igualó
En lo que no es hermosura!
¿Cómo es posible culparme
De ser tan indigno? Hoy muero;
En vuestros cristales quiero
¡Oh, puras fuentes! mirarme.
No soy el loco Narciso;
Pero ¿cómo me aborrece
Medea, si aquí parece
Que naturaleza quiso
Favorecerme en no ser
Tan desigual á Medea?
¡Cielos, mi muerte desea!
Amar es obedecer.
Yo me quiero dar la muerte;
Vengaréme de mi amor,
Y della, si su rigor
De tanta crueldad le advierte.
Vuelve, Medea, á mirarme
Morir, no á verme querer,
Pues no quisiste volver
Á darme vida y matarme.
Mas echarme quiero en ti;
Ondas, abrid vuestro centro:
Voces oigo: si son dentro,
Deben de salir por mí.

Dentro digan Jasón y Teseo:

JASÓN.

Tierra, y tierra deseada.

TESEO.

Llega á tierra.

TODOS.

¡Tierra, tierra!

FINEO.

Parece gente de guerra;
Pero la vista, engañada,
No conoce que en el mar
Es imposible haber gente,
Porque el húmedo Tridente
No se ha dejado pisar.
Gente viene. ¡Hola, pastor,
Que habitas estas cabañas,
Que de neas y espadañas
Compone tosca labor!
¿Sabes de qué se ha causado
En la mar este rüido?

Sale Frixo en traje de pastor.

FRIXO.

Señor, yo estaba dormido
En las sombras deste prado,
Cuando el confuso alboroto
Del agua me despertó,
Y vi que el ganado huyó
Desde su ribera al soto.
Dile silbos, rasgué el viento
Con la honda, y á la fe,
Que ignorante le llamé
De tan extraño portento;
Que volviendo al mar los ojos,
Vi por sus campañas rasas
Unas portátiles casas
Llenas de varios despojos,
Con más cuerdas que se mira
Un instrumento ordenado,
Y asiendo un lienzo pintado
Decir: «Bota, amaina y vira»,
Gente que dentro se esconde:
En fin, el furor del viento
Con seguro movimiento
Templadamente responde;
Que cortando las espumas
Que forma el azul cristal,
Entre los campos de sal
Parece flecha con plumas.
Al principio imaginé
Que fuese ballena ó foca,
Isla movediza ó roca;
Pero engañado quedé.
Que dejando la mar fiera,
De la alta casa trasladan,
En tablas que asidas nadan,
Á la mojada ribera
Cajas, armas, gente fuerte,
Galas, espadas y lanzas.

FINEO.

Tened paciencia, esperanzas,
Que hay mayor mal que la muerte.
Guerra es ésta; no es razón
Que no ayudéis á Medea,
Puesto que ingrata desea
Vuestra injusta perdición.
Pastor, si galán pastor
Lo puede ser deste valle,
De tu discreción y talle
Me prometo igual valor.
Vente á la corte conmigo.

FRIXO.

Señor, tengo aquí una hermana,
Y no es para cortesana.

FINEO.

¿Por qué si viene contigo?
Que yo no puedo creer
Que digna de estar no sea
Con la divina Medea,
Ángel, peñasco y mujer;
Pues es forzoso que á ti
Se parezca.

FRIXO.

Pues allá,
Si ella con la Reina está,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Qué pensáis hacer de mí?

FIÑEO.

¿Tú no serás jardinero
Del Rey mi tío?

FRIXO.

Si, á fe,
Porque es oficio que sé.

FINEO.

Llevarte á la corte quiero.

FRIXO.

Estoy diestro en saber bien
Lo que las flores requieren,
Unas que poca agua quieren.
Y otras que mucha también.
Los claveles, azucenas,
Clavellinas, carmesíes,
Anémonas, alelíes,
Lirios de moradas venas;
Rosas, mayas, valerianas,
Manutistas y mosquetas,
Tornasoles y violetas,
Narcisos y mejicanas;
De artemisas y jacintos,
Campanillas, cidronelas,
Junquillos y pimpinelas
Entre verdes laberintos,
Haré un jardín tan perfeto,
Que pueda envidiarle Apolo.

FINEO.

Si te llevo, es porque sólo
Has de saber un secreto.

FRIXO.

¿Es de negocios de amor?

FINEO.

¿Tan presto lo has conocido?

FRIXO.

Sí, señor, que enfermo he sido,
Y os conozco en la color.

FINEO.

Cajas vuelven á sonar:
¿Cómo te llamas?

FRIXO.

Lisardo.

FINEO.

Aquí lo que fuere aguardo.

FRIXO.

Mi hermana voy á llamar:
Griegos son: no hay que me asombre,
Pues tengo el nombre mudado;
Que de quien muda el estado,
Aun apenas queda el nombre.

Salen cajas, banderas y soldados, Jasón y Teseo.

JASÓN.

Aquí hay un hombre, Teseo.

TESEO.

Llega de paz, que la guerra
Por donde habemos venido
No es posible que la teman.

JASÓN.

Caballero, si lo sois
Como el semblante lo muestra
Que naturaleza escribe
En la frente la nobleza,
¿Podemos llegar de paz?

FINEO.

Capitanes, vuestra lengua
Dice quién sois, y esta hazaña
Digna de las armas griegas.
Soy el príncipe Fineo,
Sobrino del rey Oeta,
Rey de Colcos, padre ilustre
De la divina Medea;
Medea, cuya hermosura
Es de aqueste reino Elena,
No para incendios de Troya,
Ni para infamias de Grecia.
Hoy anda en aqueste monte
Cazando silvestres fieras,
Seguro que diese el mar
Á vuestras armas licencia.
Y por quien sois os suplico,
Que con el milagro sepa
La intención con que venís.

JASÓN.

Tu cortesía y nobleza
Obligan, Príncipe ilustre,
Á que Jasón te agradezca
El alma con que le escuchas,
La voluntad que le muestras.
Y, pues ya te he dicho el nombre,
Sabrás que reinaba en Grecia
Pelias con Esón, mi padre:
Murió Esón, y quedó Pelias;
No teniendo sucesión,
Dábale notable pena
El ver que yo le heredase;
Que está la envidia más cerca
Que la amistad y la sangre;
Aquella víbora fiera,
Á quien mata el bien ajeno,
Y el mal del amigo alegra.
Y con no haber heredero
Que en el reino le suceda,
Trató mi muerte conmigo,
Ó por lo menos mi ausencia.
Díjome Pelias un día:
«Hijo, si en la primavera
De tus años no ejercitas
Las armas, ¿qué honor profesas?
Entra por el ocio amor,
Tirano de las potencias,
Y muere un hombre sin fama,
Vida de memorias muertas.
Tú tienes alto valor,
Que de nuestra sangre heredas,
Raro ingenio, salud firme,
Pocos años, muchas fuerzas.
Adquiere nombre que á todos
Nos dé honor, y harás que sea
Nuestra sangre tu corona,
Y tu victoria la nuestra.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Hércules tiene vencidas
Las difíciles empresas
Del mundo, en Europa y Asia;
Como la sierpe Lernea,
El fiero león de Arcadia,
Y la calidonia fiera.
Mató al gigante Aqueloo;
Y así, no queda qué emprendas
Sino el vellocino de oro,
Que Marte puso en la huerta,
Pendiente de un lauro verde,
Del Rey de Colcos, Oeta.
Si éste conquistas, Jasón,
Heroica fama te espera,
Bronces y jaspes te aguardan
Con epigramas eternas.»
Y puesto que vi su envidia,
No quise que conociera,
Ni en mi valor cobardía,
Ni en sus intentos bajeza.
Hablé al gallardo Teseo,
Honor y gloria de Tebas,
Y porque pasar á Colcos
Por alta mar era fuerza,
Pensamos los dos un día
La mayor cosa y más nueva
Que imaginaron los hombres;
Porque estando en una selva,
Se cayó un nido de un árbol
De manera en la ribera
Del mar, que con padres é hijos,
Las mimbres y pajas secas
Conducidas de las ondas,
Que como ves salen y entran,
Fueron caminando al golfo
Sin que el agua las ofenda.
Atravesóse una pluma
Entre dos pajas, y en ella
Daba el viento, que movía
El nido con blanda fuerza.
Luego fabriqué una nave
Y puse en un árbol velas,
Á imitación de la pluma,
Para moverla por ellas.
Diéronme pinos las faldas
Del Pegaso, y por hacerla
De su monte su apellido,
Fué la nave Pegasea;
Aunque otros la llaman Argos,
Porque ejecutó mi idea
Un griego de aqueste nombre,
Que al diestro Dédalo afrenta.
Echéla al mar, adornada
De blancas jarcias y cuerdas,
Con que he tocado el abismo
Y espantado las estrellas.
Los peligros que he pasado
No es razón que los refiera,
Por acercarse la noche
Cubierta de sombras negras.
Yo vengo de paz á Colcos,
Y así es razón que precedas
Mi embajada, dando al Rey
De mi pensamiento cuenta.
Que si tiene por casar,
Como yo pienso, á Medea,
Y en esta empresa me ayuda,
Yo me casaré con ella.

FINEO.

¡Notable hazaña la tuya!
No me admira lo que intentas,
Mas la de pasar el mar
Á pesar de su soberbia.....
Yo te quiero conducir
Al Rey, pero no pretendas
Casamiento con su hija,
Por ciertas cosas secretas
Que yo te diré después.

JASÓN.

No quiera Dios que le ofenda,
Que sólo servirle quiero.

FINEO.

Sígueme, para que veas
Al Rey de mayor valor,
Y á la más hermosa Reina.

Aquí se divide la comedia, para que descansen, con alguna música, y salgan Jasón, Teseo y Fineo, el Rey de Colcos, Medea, su hija, con galas de palacio, y Fenisa, dama.

JASÓN.

Tan alta empresa conquisto.

REY.

Joven valeroso y fuerte,
Tanto me alegro de verte
Cuanto siento haberte visto.
Conozco que la alta empresa
Es digna de tu valor;
Mas como obligas á amor,
De que la emprendas me pesa.
Y del rey Pelias me espanto,
Generoso caballero,
Pues no teniendo heredero,
Te puso en peligro tanto.
¿Sabes lo que has de vencer
Por el vellocino de oro?

JASÓN.

Señor, la fama que adoro
No la puedo merecer
Teniendo la espada ociosa.
Mis reinos, y no ellos solos,
Mas pienso que los dos polos
Saben mi empresa famosa.

REY.

De un verde laurel pendiente
Dicen que está, cuyo pie
Se conserva libre en fe
De un dragón resplandeciente,
Cuyas alas, de cambiantes
Colores y tornasoles,
Á las nubes y arreboles
Del Poniente semejantes,
Cubren las escamas duras

De que tiene el cuerpo armado,
De un verde jaspe esmaltado
De oro entre líneas obscuras.
Los ojos son dos topacios
Con aquella luz flamante
Que, estando cristal delante,
Expira por sus espacios.
La boca de rayos llena,
Y los pies de cocodrilo
Que en las márgenes del Nilo
Tiembla su estampa la arena.
Dos toros están con él,
Cuyas frentes importunas
Coronan menguantes lunas
De aspecto horrible y cruel.
Por ojos, boca y narices
Vierten humo y fuego á veces,
Con que manchan sus dobleces
Las arrugadas cervices.
Como de erizos cubiertas
Tienen las pieles tostadas,
Las uñas de bronce armadas,
No, como suelen, abiertas:
Mira, Jasón valeroso,
Lo que vas á conquistar.

FENISA.

Basta; que das en mirar,
Medea, este griego hermoso.

MEDEA.

¿No te parece disculpa
Su extremada gentileza?

FENISA.

Tu condición y aspereza
Tan nuevos efectos culpa.

MEDEA.

Entróme por compasión
Al alma la voluntad;
No es amor, sino piedad,
Ó entrambos efectos son;
Que los merece también
Su gentileza briosa.

FENISA.

Si ya le miras piadosa,
Vendrás á quererle bien,
Y sería novedad
En tu rigor.

MEDEA.

Suele amor
Tomar, para entrar mejor,
La capa de la piedad.
¡Por Júpiter, que es gallardo
Y que no acierto á dejalle!
Mas muérome por miralle,
Y de verle me acobardo.
Querríame despedir,
Fenisa, del Rey y dél,
Y no sé qué he visto en él
Que no me deja partir.

FENISA.

De cualquier suerte conmigo,
Medea, estás disculpada,
Y yo también, si me agrada
Aquel capitán su amigo.
Bizarros los griegos son:
¿No es muy gallardo Teseo?

MEDEA.

La envidia de mi deseo
Te dió, Fenisa, ocasión.
En fin, ¿te parece bien?

FENISA.

Estoy por decir que sí.

MEDEA.

Dilo, Fenisa, que á mí
Me agrada Jasón también.

FENISA.

Pues no se concierta mal;
Que ellos nos están mirando.

MEDEA.

Y Fineo murmurando
Celos de mudanza igual.

JASÓN.

¿Has reparado, Teseo,
En la divina Medea?

TESEO.

Tú en ella la vista emplea,
Por no decir el deseo;
Que yo, desde que miré
Á Fenisa, no he quitado
Ni la vista ni el cuidado
De sus ojos.

JASÓN.

Dicha fué
No encontrar las aficiones;
Que te aseguro que ya
Medea en el alma está,
Donde tú á Fenisa pones.

TESEO.

Si Marte, amigo Jasón,
Nos saca en paz desta empresa,
Y á algún celoso no pesa
Que ya nos mira á traición,
Pienso que á Grecia volvemos
Casados.

JASÓN.

No podrá ser,
Porque ya comienzo á ver
En este Príncipe extremos.

TESEO.

Es su primo.

JASÓN.

Cuando amor
Sobre la sangre se aplica,
El parentesco duplica
La fuerza de su rigor.
Celoso y triste le veo;
No lo estará sin razón.

TESEO.

¿En qué lo has visto, Jasón?

JASÓN.

En que ya lo estoy, Teseo.

FINEO.

¡Cielos, que habéis conducido

Un extranjero á mi tierra,
De paz para darme guerra,
Piedad de mí; muerte os pido!
Que el alma que en luces viene
Á los ojos de Medea,
Dice que á Jasón desea,
Y los dél, que amor la tiene.
Porque los gustos ó enojos,
Como no saben mentir,
No los pueden encubrir,
Por más que finjan, los ojos.
Pero ¿qué me estoy matando,
Si los toros y el dragón,
Ya de la loca pasión
De los dos me están vengando?
Fieras que guardáis el verde
Laurel donde está colgado
El vellocino dorado
Con quien el sol rayos pierde;
Si amor, si celos tuvistes,
Pues sabéis que es mal tan fiero,
De algún novillo extranjero
Cuando en las selvas vivistes,
Haced á Jasón pedazos;
Que si no bastaren juntas
Vuestras encantadas puntas,
Yo os quiero prestar mis brazos.

REY.

Jasón, nuestro huésped eres;
Vamos á hacer sacrificio
Á Marte, piadoso oficio,
Para que victoria esperes;
Que en habiendo descansado
Trataremos de la empresa.

JASÓN.

Señor, el descanso cesa
Donde comienza el cuidado.
El sacrificio es muy justo,
Que el mejor principio es Dios;
Mas pues son los toros dos,
Hacérsele dellos gusto
Sirviendo el arena de ara
Adonde pienso verter
Su sangre.

REY.

Bien puede ser;
Pero será hazaña rara.

JASÓN.

No temo encantados fuegos
De toros ni de dragones.

FINEO.

¡Qué necios y fanfarrones
Son estos cobardes griegos!

Váyanse, y queden Medea y Fenisa.

MEDEA.

Nuevo pensamiento mío,
Fuego en mi hielo engendrado,
¿Dónde vais desatinado
Á tan dulce desvarío?
¿Qué es de la esperanza y brío
Con que jamás la pasión
De amor venció la razón
Que agora rendida os culpa?
Pero daréis por disculpa
El no haber visto á Jasón.
¡Ay, Fenisa, con qué prisa
Entré á ser de amor esclava
Cuando más segura estaba
De sus engaños, Fenisa!
Amor parece á la risa
Del alba, que en llanto pára;
Pero ¿quién no imaginara
Que, viniendo á matar fieras,
La muerte, Jasón, me dieras
Para que amor se vengara?
Mas ¿cómo sin resistir
Un extranjero valor,
Me dejo vencer de amor
Y me condeno á morir?
Ya no me quiero rendir;
Que es necia facilidad,
Mas fuera de ser crueldad,
Pongo á peligro la vida,
Porque en siendo resistida,
Se aumenta la voluntad.
Si desde mis tiernos años
He estudiado encantamentos;
Si la tierra, el mar, los vientos
Obedecen mis engaños,
Y resultan tantos daños
De no ayudar á Jasón
Que seré su perdición,
¿Ha de morir su belleza
Á manos de la fiereza
De aquel fogoso dragón?
No quiera Júpiter santo
Que yo le deje morir,
Pues que lo puedo impedir
Si con yerbas los encanto;
Que si yo le obligo tanto,
Él se casará conmigo,
Y llevándome consigo
Reinaré con él en Grecia:
Loca estoy sobre estar necia,
Pues cuanto imagino digo.

FENISA.

Espantada estoy, señora,
De ver tan nueva mudanza.

MEDEA.

¡Qué justa desconfianza
Me ha dado, Fenisa, agora!
¡Si finge que se enamora
Jasón, y quiere en su tierra
Otra mujer! Mucho yerra
Quien tiene á un extraño amor;
Toma las llaves, honor,
Y al amor el alma cierra.

FENISA.

¡En extraña confusión
Te ha puesto tu pensamiento!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MEDEA.

Sólo el no ayudarle siento,
Porque ha de morir Jasón:
¡Qué lástima! ¡Qué ocasión
Tan triste! ¿Por qué me atrevo
Á consentir, si le debo
Amor, Fenisa, y no engaños,
Que en lo mejor de sus años
Muera tan galán mancebo?
Ahora bien, esto es amor;
No le resistamos más.

FENISA.

Resuelta á su amor estás.

MEDEA.

Con licencia de mi honor,
Lo estoy á darle favor;
Llama á Silvia, hablarla quiero.

FENISA.

¿Es Silvia del jardinero
La hermana?

MEDEA.

La misma es;
Que aunque rústica la ves,
Fué cortesana primero;
Della me quiero fiar
Para hablalle en el jardín.

FENISA.

La pared de este jazmín
Hoy la he visto aderezar.

MEDEA.

Allí está cogiendo azahar.
Dale una voz.

FENISA.

¡Silvia!

Sale Helenia en hábito de serrana con patenas, corales, sombrero de villana, sayuelo y manteo.

HELENIA.

¿Quién
Me llama?

FENISA.

Quien de tu bien
No tiene poco cuidado.

HELENIA.

Si supiera hablar el prado,
Él lo dijera también.
No debe á la primavera
Más flores que á vuestros pies;
Y ¿qué mucho, de quien es
La primavera primera?
Salir el cristal quisiera
Desta fuente á hurtar mis labios.

MEDEA.

Álzate, que son agravios
Las lisonjas á discretos.

HELENIA.

Siendo de la causa efetos,
Nunca se agravian los sabios.
¿En qué os sirvo?

MEDEA.

Estoy turbada.

HELENIA.

Basta; vos tenéis amor,
Porque del rostro el color
Subió la sangre alterada:
Pues no reparéis en nada;
Mujer soy, y también quiero
Un gallardo caballero
Desde que en palacio estoy:
Mirad cómo cuenta os doy
De mis desdichas primero.

MEDEA.

¿Cosa que celos me des?

HELENIA.

Que de vos los tengo yo
Es lo más cierto.

MEDEA.

Eso no,
Que es muy principal.

HELENIA.

¿Quién es?
Que no le querré después
Que sepa que vos le amáis.

FENISA.

Silvia, si acaso os burláis,
Aunque nacida en aldea,
Daréis enojo á Medea.

HELENIA.

Fenisa, engañada estáis;
Que si os quisiese decir
Quién soy, bien puedo querer
Lo que pueda merecer
Á quien hoy me veis servir.

MEDEA.

Deja, Silvia, de fingir
Donaires de tu deseo.

HELENIA.

Quiero á tu primo Fineo.

MEDEA.

Pues quiérele, que es razón,
Porque yo, Silvia, en Jasón
Mis pensamientos empleo.
Pero mira que es locura
Tu amor.

HELENIA.

Yo sé que le puedo
Querer.

MEDEA.

¿De qué tienes miedo?

HELENIA.

¡Aun aquí no estoy segura!

MEDEA.

Hablar á Jasón procura,
Y dile que quiero hablalle
En el jardín.

HELENIA.

Iré á dalle
Tan buenas nuevas, señora:
Por lo menos te enamora
Discreto y con lindo talle.
Bien haya la dama, y bien
Le suceda; que en disculpa

Puede ofrecer de su culpa
Que quiere á un discreto bien.

MEDEA.

Añade el talle también,
Silvia, y el donaire y brío,
Y quédate, adiós.

HELENIA.

Confío
En su piedad que algún día
Cese la desdicha mía,
Y sepáis el valor mío.

Vanse, y quede sola Helenia.

HELENIA.

Hiedras que, destos álamos esposas,
Á un hielo frío enseñaréis amores,
Y viendo á vuestros pies crecer las flores,
Con más amor los abrazáis celosas.
¿Qué sienten vuestras almas amorosas
Cuando las viste Abril de sus colores,
Pues llegan á tener competidores,
Por celos hiedras, por amores rosas?
Yo, viendo que les dais tantos abrazos,
Mis locas esperanzas aventuro,
Porque no hay posesión sin firmes brazos.
Vuestros amores imitar procuro,
Porque quien tiene el bien con menos lazos,
¿Cómo puede pensar que está seguro?

Sale Jasón.

JASÓN.

Aunque Lucrecia sea
Menos urbana, ¡qué razón sería,
Serrana, á quien desea
Servir agradecida el alma mía,
Pisar sendas agora,
Que en ellas estampó su pie el aurora!
No he podido excusarme,
Porque vengo á poner la boca en ellas,
De hablarte y de preciarme,
Que vi por atrevido las estrellas,
Si verlas en el suelo
Es ser Faetón del sol y caer del cielo.
Aquí estuvo Medea,
Aquí Venus, aquí el Amor vendado,
Que merece que sea
De los dioses temido y estimado,
Y aquí, con tu licencia,
Quiero adorar la sombra de su ausencia.

HELENIA.

Á la fe, generoso
Jasón, hijo de Marte, que merezco,
Si estáis tan amoroso,
Albricias con las nuevas que os ofrezco.
Medea quiere hablaros;
Yo vi perlas cubrir sus ojos claros:
Si sois favorecido
De sus famosas artes, haced cuenta,
Jasón, que habéis vencido;
Que si retroceder la luna intenta,
Lo hará tan fácilmente
Que ni las plantas ni la mar aumente.
Divina, encantadora,
Para vuestro favor era Medea;
Ya el sol las nubes dora
Del occidente á que llegar desea:
Y la noche tirana,
Huyendo viene de la aurora indiana.
Aquí esperad; que creo
Que presto la traerá su amor rendida.

JASÓN.

¿Es posible que veo
Tan cerca mi esperanza conducida
Al puerto? Desconfío,
Que no puede ser cierto por ser mío.
Este anillo, serrana,
Aunque es diamante, amor le da más precio.

HELENIA.

Tened: no soy villana:
Precio el amor, y el interés desprecio;
El amor es tesoro,
Y no es favor sin voluntad el oro.
Si os veis, Jasón, por dicha
En Grecia rey con la real Medea,
Doleos de mi desdicha,
Porque Lisardo lo que ha sido sea,
Lisardo, aquel mi hermano.

JASÓN.

En fe de que lo haré te doy mi mano.

HELENIA.

Pues voyme, que parece
Que siento en el jardín manso rüido;
Todo cuadro florece,
Y el viento, entre los árboles dormido,
Parece que despierta.

JASÓN.

No me engañes amor; mi gloria es cierta.

Vase Helenia y sale Medea.

MEDEA.

Claras, cristalinas fuentes,
Que con dulce voz sonora,
De amor, de celos, de ausencia,
Parece que estáis quejosas;
Altos árboles en quien
Duermen, sosiegan, reposan
Mil pintados pajarillos
Que esperan la blanca aurora;
Narcisos enamorados
Que estáis cubriendo de aljófar,
Para templar vuestro fuego
Las tersas cándidas hojas;
Violetas, color de amor,
Que entre clavellinas rojas
Moráis, que no hay esperanza
Segura de ser dichosa,
¿Si habrá llegado Jasón?
Hablad, encarnadas rosas,
Si no enmudecéis de envidia

Del carmesí de su boca.
Mas ¡ay Dios! ¿qué sombra es ésta?

JASÓN.

¡Qué bien me llamaste sombra;
Que á un cuerpo que está sin alma
Sólo este nombre le toca!
No os alteréis; Jasón soy,
Á quien Silvia dijo agora
Que hablarme queréis: si es cierto,
Amor á esos pies me arroja;
Si es mentira, habrá consuelo
En morir; que al fin, señora,
Hay muerte para los tristes,
Y para mí muerte honrosa;
Porque quien muere por vos,
Califica su persona
De discreta en la elección
Y en la firmeza dichosa.

MEDEA.

Jasón, grande atrevimiento
Fué el vuestro; no se perdonan
Menos tales osadías
Que con muertes afrentosas.
Salid luego del jardín;
Que si os hallan á estas horas
Los Argos del Rey mi padre,
Será vuestra vida poca.

JASÓN.

Engañóme el amor mío,
Que de vuestro amor me informa,
No la necia confianza
Que á los que lo son provoca:
Perdonadme, y estad cierta
De quien tan loco os adora,
Que os sabré vengar de mí
Con más rigor que vos propia;
Porque al rígido dragón,
Sin armas que me socorran,
Me echaré desesperado.

MEDEA.

Esperad.

JASÓN.

Voy á que ponga
Mi muerte en ejecución.

MEDEA.

¿Y si vuestra vida importa
Á la que yo he de vivir?

JASÓN.

Vida que vuestra se nombra,
Guardalda para serviros.

MEDEA.

Me la guardo.

JASÓN.

¿Vos?

MEDEA.

Yo sola.
Que si Pelias os envía
Á empresas dificultosas,
Y si celoso mi padre
Á que os volváis os exhorta;
Si trata de perseguiros,
Con toda el alma celosa,
Mi primo y galán Fineo;
Si Marte, que por custodia
De su vellocino ha puesto
Dragón que vierte ponzoña,
Y toros que aspiran fuego;
Si el mar, de temor que os cobra,
Porque no volváis, Jasón,
Á pisar sus libres ondas,
Brama, y le permite el cielo
Que el freno el arena rompa;
Si la tierra, por extraño
Que la inquieta y alborota
Con banderas y trompetas,
Temiendo que la deshonra
Suceda á Colcos que á Grecia,
Siendo yo Elena, y él Troya,
Claro está que sola soy
La que merezco la gloria
De haberos favorecido.

JASÓN.

Alta, celestial corona
De los dioses, que inmortales
Hizo la divina ambrosia,
Dadme palabras: mal dije;
Que debo pediros obras
Que paguen tales favores,
Que son las humanas cortas;
Dadme mil veces los pies.

MEDEA.

Ya no es tiempo de lisonjas;
Yo estoy ciega, tú eres hombre;
Que no hay duda que no rompan
Por cualquiera novedad
Que les venga á la memoria.
Jura á los supremos dioses
Que seré, Jasón, tu esposa,
Y me llevarás á Grecia;
Porque, si me dejas sola,
Todos me darán la muerte
Si por mí del árbol robas
El vellocino dorado.

JASÓN.

Juro á las deidades todas
Cuantas el supremo cielo
Resplandecientes adornan,
Y prometo al dios de amor,
Y á la soberana diosa
Que engendró del mar la espuma,
Que si salen vencedoras
Estas manos de la empresa,
Jamás se rindan á otra,
Aunque me diesen con ella
Cuanto la tierra atesora,
Cuanto los dos polos miden,
Desde donde el sol se postra
Adonde el Oriente encrespa
Sus guedejas luminosas.

MEDEA.

Pues siendo así, fuerte griego,
Cierta tienes la victoria;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Yo te daré mi favor.

JASÓN.

Beso tus manos hermosas.

MEDEA.

Aunque no era menester
Para las tuyas heroicas;
Pero mira que no sean
Tus palabras engañosas;
Porque si otra dama quieres,
Cuando ingrato correspondas
Á tanto amor, yo sabré
Crecer de la mar las olas
Y darte sepulcro en ellas.

JASÓN.

¡Plega á Dios, dulce señora,
Que si en mi vida he sabido
Qué es amor.....

MEDEA.

No jures; sobra
Ese noble sentimiento.

JASÓN.

Digo que la mar esconda
Mis naves y mis soldados,
Alterada y procelosa,
Si otra dama quiero bien,
Si otra mujer me aficiona,
Si he dado alguna palabra,
Ni dicho amores á otra;
Porque sola tu hermosura,
Que cuanto mira enamora,
De toda mi libertad
El supremo imperio goza.

Sale Fineo.

FINEO.

¡Juntos Medea y Jasón!
No en vano amor me avisaba
Que cuidadosa miraba
Su gentil disposición.
¡Qué presto que el alma avisa
De los pesares y enojos,
Con la lengua de los ojos,
Que baña el amor en risa!
No me engañó la sospecha,
No fueron celos, que son
Una amorosa ilusión
De imaginaciones hecha.
¡Oh, griego, apenas te vi,
Cuando dije: hoy ha llegado
Para Medea cuidado,
Y desdicha para mí!
Pero ¿cómo un extranjero
Ha de tener libertad
Para tanta deslealtad?
¿Qué aguardo? ¡Matarle quiero!

JASÓN.

¡Ay, Medea! En el jardín
Está tu primo Fineo.

FINEO.

Principios de su deseo
Serán de su vida el fin.

MEDEA.

No temas; que yo sabré
Hacer que á ninguno vea.

FINEO.

¿Por dónde se fué Medea?
Jasón, ¿por dónde se fué?
¿No estaban agora aquí?
¿No los vi? ¿Qué es esto, cielos?
¿Si me engañaron mis celos?
Pero no, que yo los vi.
¿Cómo pudieran mis ojos
Engañarme? ¿Aquí no estaban?
¿Yo no los vi que se hablaban?
Celos miran con antojos,
Cuyo engaño hace mayores
Las cosas de lo que son.

MEDEA.

¿No ves, querido Jasón,
Que tienta ramas y flores?

JASÓN.

Quien sabe hacer invisibles,
Bien sabrá darme favor.

MEDEA.

Aunque sobra tu valor
Á mayores imposibles,
Tú verás el que te doy;
Vete, y hablaré á Fineo
Para engañar su deseo.

JASÓN.

Con mil cuidados me voy.

MEDEA.

¿De qué, Jasón?

JASÓN.

¡Ay, Medea,
Celos tengo!

MEDEA.

¿De mí ó dél?

JASÓN.

De que, si has de hablar con él,
Harás que yo no te vea.

Vase Jasón.

MEDEA.

Fineo, ¿qué haces aquí?

FINEO.

¿Tú estabas aquí, señora?

MEDEA.

No estaba; que llego agora.

FINEO.

Y ¿sola llegaste?

MEDEA.

Sí.

FINEO.

¡Ay, que tus engaños son!
Yo sé que estaba contigo
Jasón.

MEDEA.

¿Quién?

FINEO.

Pero ¿qué digo?
Que tú estabas con Jasón.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ya, Medea desleal,
He visto tu pensamiento,
Porque fué tu atrevimiento,
Para mis celos, cristal.
¿Eres tú la que tenía
Tal aspereza y rigor?
¿Á un extranjero traidor,
Tanto amor, tanta osadía?
Tus melindres, tus desdenes,
¿Han tenido aqueste fin?
¿Tú sola en este jardín?

MEDEA.

¡Qué libre y qué necio vienes!
Y aunque á un celoso y á un loco
Se ha de hacer igual desprecio,
No ha de perdonarse un necio,
Aunque es de tenerse en poco.
Hablar este caballero,
Huésped de mi padre, ¿es ya
Quererle bien?

FINEO.

Claro está.

MEDEA.

Y tú, furioso y grosero,
Siéntelo como quisieres,
Y advierte que los celosos
Á mil yerros amorosos
Obligaron las mujeres.
Porque como sus desvelos
Las despiertan del temor,
El primer paso de amor
Dan en pidiéndoles celos.

Vase.

FINEO.

¿Á qué puede llegar mi desventura,
Pues no me queda sombra de esperanza?
Pero si no lo fué, ¿de qué mudanza
Puedo quejarme á quien mi mal procura?
La muerte, por lo menos, me asegura
Que sola el fin de mi desdicha alcanza;
Mas tener en la muerte confianza,
Afrenta la piedad y la hermosura.
No despiertan mis celos tu osadía;
Que ya te daba amor dulces desvelos,
Tirana ingrata de la vida mía.
Mas quien quiere al temor correr los velos,
Y amar con libertad lo que temía,
Da por disculpa que le piden celos.

Sale Helenia.

HELENIA.

Aquí está mi nuevo amante;
Triste está, ¿qué puede ser?

FINEO.

¿Qué tengo ya que perder?
¿Qué mal habrá que me espante?
Ya sólo te debo, amor,
En mis desdichas tal dicha,
Que no ha quedado desdicha
Para que tenga temor.

HELENIA.

Guarde Júpiter, Fineo,
Ese talle y gallardía.

FINEO.

¿Para qué, serrana mía?
Hoy hizo fin mi deseo,
Hoy enterré mi esperanza.

HELENIA.

¿A dónde?

FINEO.

En este jardín.

HELENIA.

¡Vos la esperanza! ¿Á qué fin?

FINEO.

Á que fin tan triste alcanza.

HELENIA.

Viéndoos quejar por aquí,
Mil veces he deseado
Saber si amor os ha dado
La causa?

FINEO.

Serrana, sí;
La causa el amor me dió
Tan hermosa y tan cruel,
Que cuando me quejo dél,
Con mirarla me pagó.

HELENIA.

Yo apostaré que Medea
Os ha puesto en tal rigor.

FINEO.

Á Medea tengo amor.

HELENIA.

¡Qué mal vuestro amor se emplea!

FINEO.

Ya sé que quiere á Jasón.

HELENIA.

Olvidad; que yo os daré
Á quien queráis.

FINEO.

No podré,
Porque me dan ocasión.

HELENIA.

Pues ¿con ella no olvidáis?

FINEO.

Obliga mucho un desprecio.

HELENIA.

En los necios.

FINEO.

Yo soy necio.

HELENIA.

No mentís, pues porfiáis;
Pero si os diese una dama
Que no la iguala Medea,
¿La olvidaréis?

FINEO.

Quien desea
Desamar quien le desama,
No habrá cosa que no intente:
¿Dónde está?

HELENIA.

No seáis ingrato;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mirad aqueste retrato,
Que podrá ser que os contente.

FINEO.

Aquí dice Helenia, y más,
Hija del rey Atamante.

HELENIA.

La misma tenéis delante.

FINEO.

¿Eres tú?

HELENIA.

Sí.

FINEO.

¿Cómo estás
En este traje?

HELENIA.

Mi hermano
Frixo, y no Lisardo, huyendo
Nuestra madrastra, y rompiendo
Las ondas del Oceano.
Sobre aquel carnero de oro,
Hoy vellocino de Marte,
Á quien de Medea el arte,
Contra su honor y decoro,
Quiere entregar á Jasón,
Llegamos á aquesta tierra.

FINEO.

Yo pienso que el griego yerra
En buscar su perdición.

HELENIA.

¿Por qué, si le favorece?

FINEO.

Porque le sabré matar.

HELENIA.

¿Ya no te quieres vengar?

FINEO.

¿De quién?

HELENIA.

De quien te aborrece.

FINEO.

Yo quisiera, mas no puedo.

HELENIA.

Pues vuélveme mi retrato.

FINEO.

Perdona si soy ingrato.

HELENIA.

Tan necia y burlada quedo
Como ya tu amor lo queda;
Pero guárdame el secreto
Como noble.

FINEO.

Eso prometo,
Y de amarte cuando pueda.

HELENIA.

¡Cuando puedas! Podrá ser,
Fineo, aunque agora no,
Que te haya olvidado yo
Y no te podré querer.

Sale Frixo.

FRIXO.

Generoso Fineo, ¿cómo agora
Tan descuidado estás entre jardines,
Mirando cómo Abril esmalta á Flora
De claveles, mosquetas y jazmines?
¿No has oído romper desde la aurora
Las cajas, parches, bronces, los clarines,
Porque salen Jasón, Teseo y Lidoro
Á conquistar el vellocino de oro?
¿No te mueve el belígero aparato,
Los soldados, las armas y la gente,
Que á ver del Macedón tan gran retrato,
Discurre por los campos diligente?

FINEO.

Los sentidos parece que desato
De un sueño en que los tuve, y que ya siento
De otra suerte mi honor agravios tales.

FRIXO.

Admira el ver que con el Rey no sales.

FINEO.

Sin duda que me tiene con encanto
Medea en el jardín suspenso agora,
Y que me ha detenido tiempo tanto,
Los días que juzgué menos de un hora;
Del dulce sueño en que dormí me espanto.
Pero ¿qué no podrás, encantadora?
Yo voy á ver mi muerte; que bien creo
Que le ha de dar tan inmortal trofeo.
Mil sombras se me ponen á los ojos:
¿Qué es esto, desleal?

FRIXO.

Señor, camina.

HELENIA.

¡Qué lástima me causan sus enojos!

FRIXO.

Con encantos le ciega y desatina.

FINEO.

Deben de ser de mi furor antojos,
Pues, Medea, mi honor se determina
Á quitalle la vida.

FRIXO.

Ya no acierta
Ni á salir del jardín, ni á hallar la puerta.

Vanse, y con músicas de cajas, y soldados delante sale Teseo, y Jasón detrás, armado, con una maza al hombro.

TESEO.

Este es, Jasón, el lugar
Donde está el verde laurel.

JASÓN.

Hoy me pretendo con él
Victorioso coronar.

TESEO.

El ánimo te ha de dar
Más valor del heredado.

JASÓN.

Yo voy en él confiado,
Pero más en quien adoro,
Mayor vellocino de oro
Si le llevo conquistado.
Y advierte, amigo Teseo,
Que estén á punto las naves,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que con embates suaves
Surquen el golfo á Nereo,
Porque éste es menor trofeo
Que llevar robada á Grecia
La prenda que el alma precia
Como más alto blasón,
Por quien mi loca afición
Hasta la vida desprecia.

TESEO.

Yo haré que estén aprestadas,
Jasón, de jarcias y velas,
Y de las aferravelas,
Blancas flámulas colgadas;
Con las áncoras levadas
Esperándote estarán.

JASÓN.

Júpiter, Teseo galán,
Permita un céfiro solo
Que venga manso del polo
Donde las flores están.

TESEO.

¿Dónde dijo que esperaba,
Jasón, la hermosa Medea?

JASÓN.

Cuando la lumbre febea
Su luciente curso acaba,
Saldrá por el ancha cava
Del fuerte al campo, á las señas
Que haremos desde las peñas.

TESEO.

¿No ha de llevar á Fenisa?

JASÓN.

De que la lleva me avisa
Con otras damas y dueñas.

Abriéndose una nube, se vea al dios Marte.

MARTE.

Puesto que decretó, Jasón valiente,
La voluntad del cielo soberano,
Por ser de mi poder bellipotente,
Que no fuese esta empresa de hombre hu-
[mano;
Pues á solos los hijos se consiente
En lo que reservó poner la mano;
Verte con tal valor fuerte y discreto,
Pudo mudar el celestial decreto.
Tiene aqueste poder la virtud santa,
Que los decretos celestiales muda,
Y castigando al que su ley quebranta,
Al que tiene valor, piadoso ayuda:
Si se puede decir que al cielo espanta,
Y que tu ser mortal le puso en duda,
Por ti será, Jasón, pues tu grandeza
Fué indigna de inmortal naturaleza.
Á ti sólo se debe, á ti se guarda
La empresa del dorado vellocino;
Á ti, por quien el mar humilde aguarda
Que rompa su soberbia lienzo y pino;
Así le agrada la facción gallarda
Con que esparciste del pintado lino
Las flámulas al viento, que las flores
Dejó por ocuparse en sus colores.
La invención de la nave Pegasea
Júpiter te agradece, y ha mandado
Que con cuarenta y cinco estrellas sea
Imagen en el círculo dorado,
Y que de la bellísima Medea
Tengas favor contra el dragón alado
Y los toros de fuego, pues al hielo
De su desdén te dió favor el cielo.
La empresa esfuerza tu Rëal decoro,
Pues llevas dos tan ricos vellocinos,
Que ciegan del artífice del oro
Humano resplandor, rayos divinos:
Lugar primero que al fenicio toro,
Darán al Aries los celestes sinos,
El sol principio al año, á Abril favores,
Perlas al alba, esmaltes á las flores.

Envolviéndose Marte en aquella nube, dirá Teseo:

Ya se descubre el laurel
Con el vellocino de oro;
Ya el dragón, ya el fiero toro,
En guarda se ponen dél.

JASÓN.

Medea, si eres fiel
Á la palabra jurada,
De su violencia encantada
Libra tu amado Jasón.

TESEO.

Ya sale el fiero dragón:
Prueben la maza y la espada.

Aquí se descubre un laurel, y en él el vellocino de oro; á sus pies dos toros echando fuego, y el dragón acometa á Jasón, á quien venza primero, tocando cajas y trompetas.

JASÓN.

Del fiero dragón la guerra
Vencí ya, griegos valientes;
Quiero quitarle los dientes
Y sembrarlos por la tierra;
Pero ¿qué secreto encierra
Salir de la tierra armados
Cuatro valientes soldados
Que entre sí mismos pelean?

TESEO.

Unos con otros desean
Vencerse y matarse airados:

Salen cuatro personas armadas de petos y celadas, con muchas plumas, coseletes de un color, y espadas cortas ceñidas, las lanzas plateadas, y dancen el torneo al son de varios instrumentos, y acabado, salgan los toros á Jasón, y él los acometa.

JASÓN.

¡Fieras, aquí moriréis,
Que me da favor y esfuerzo
La nueva Elena, que á Grecia,
No á Troya, en mis naves llevo!
¿Qué resistís su poder,
Si yo con alma no puedo?

Pero ¿quién que la tuviera
Fuera rebelde á su cielo?
Cayeron, Teseo amigo:
¡Victoria, victoria, griegos!
Quito el vellocino de oro:
¡Oh prenda, oh joya, oh trofeo,
Que estimo después que sé
Que has de coronar los cuellos
De los monarcas de España,
Cuando esté mayor su imperio!
Y entre ellos el gran Felipe,
Cuarto en nombre, aunque primero
En soberano valor
Y en divino entendimiento.
¡Oh! ¡Si quisieran los hados
Que aquellos felices tiempos
Viera yo, cuando enlazara
Con felice casamiento
La flor de lis de Borbón
De Felipe cuarto el pecho!

TESEO.

Mira, Jasón, el peligro
En que estás.

JASÓN.

Ya, mi Teseo,
Veo que el Rey se va airado
De mi ilustre vencimiento;
Éste querrá consultar
Las envidias de sus deudos,
Y que, abrasando las naves,
Á traición quedemos muertos.
La noche baja, ¡ay de mí!
Cubre de nublados negros,
Luna, tu luciente rostro;
Y vos, diamantes eternos,
Cubrid el azul engaste;
Que me parece que siento,
Si no me ha engañado el alma,
La ventura que deseo.

Salen con sombreros y capotillos de camino Medea y Fenisa, y las damas que puedan acompañándolas.

MEDEA.

¿Es mi Jasón?

JASÓN.

Soy, señora
Del alma, un esclavo vuestro.

MEDEA.

¿Dónde está la nave?

JASÓN.

Aprisa
Acosta el barco, Teseo.

TESEO.

La nave, con la creciente,
Llega á la orilla.

JASÓN.

Pues presto
Subid, señora, en la nave,
Antes que advierta Fineo
Mi ventura y su desdicha.

TESEO.

Mucho, Fenisa, agradezco
Que vengáis con este gusto.

FENISA.

¿Cómo pudiera ser menos,
Teseo gallardo y noble,
Si á ser vuestra esposa vengo?

Descúbrase la nave con muchas velas y música; pongan en ella las damas, y al hacer las velas salga Fineo con una lanza.

FINEO.

¡Aguardad, griegos infames;
Aguardad, cobardes griegos;
Y tú, que el alma me llevas,
Aguarda, vil extranjero!
¿Tú eres noble? ¡Mientes, mientes
Mil veces, pues, en desprecio
De los dioses, á tu huésped
Eres traidor cuando menos!
Su hija llevas al Rey
Por tantos regalos hechos,
Que te pudiera haber dado
La muerte en profundo sueño.
¿Tú eres el hijo de Esón?
¿Tú te precias, hechicero,
De la sangre de Alejandro?
¿Dicen tan bajos concetos,
Anales de Macedonia,
De aquel de la guerra espejo?
¡Vive Júpiter, infame,
Que si no te ayuda el viento,
Tengo de arrojarme al mar,
Asirte de los cabellos
Y traerte preso á Colcos!
Pero ¡ay de mí, que vas lejos!
Toma esta lanza en señal
De que en tierra y mar te reto
De traidor, y desafío
Todos tus cobardes griegos.
¡Tened la nave, cielos! Mas ¡ay, cielos,
Que yo con mis suspiros la doy viento!
Hermosa y cruel Medea,
Nacida para portento
De las desdichas de Colcos,
¿Quién cegó tu entendimiento?
¿Dónde caminas perdida,
Dejando tu padre y deudos
En eterna confusión,
Muerto á mí, que por ti muero?
¡Maldito seas, amor,
Ingrato á buenos deseos,
Que menguas con los servicios
Y creces con los desprecios.
¿Cómo trazaste el engaño
Con que este griego, tan presto
Lleva el vellocino, y lleva
La luz de mis pensamientos?
¡Tened la nave, cielos! Mas ¡ay, cielos,
Que yo con mis suspiros la doy viento!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen Helenia y Frixo, el Rey y gente.

FRIXO.
Por aquí dicen que va.
REY.
Sobrino mío, ¿qué es esto?
FINEO.
Que á Medea y á Fenisa
Llevan Jasón y Teseo.
No queda dama en tu casa:
Lleva á Felismena, Celio,
Á Lucinda, Liriodoro,
Y á Felisarda, Androgeo;
Á Diana lleva Ergasto,
Y á Filida lleva Ardenio,
Á Rosimunda, Alejandro,
Y á Lisida, Doricleo.
Mira en el golfo la nave,
Montes de espuma rompiendo,
Porque las alas de amor
Hacen á las velas viento.
Perdidos somos: aquí
Tienes, señor, los que fueron
Testigos desta desdicha.
HELENIA.
Engañado te han los celos,
Que yo y mi hermano, señor,
Ninguna cosa sabemos.
REY.
¡Armas, vasallos, al arma!
Vamos por tierra tras ellos;
Que bien sabemos adónde
Tomarán sus naves puerto.
Toca trompetas y caja,
Formen escuadrones luego:
¡Vamos contra Grecia, amigos!
FRIXO.
Señor, aunque el traje nuestro
Es de villanos, advierte
Que fué nuestro nacimiento
Más alto que el de Jasón;
Yo haré de mi propio ingenio
Naves que á la Grecia pases,
Porque retratadas tengo
Las de Jasón pieza á pieza,
Cuerda á cuerda, lienzo á lienzo.
Todo lo he visto y notado;
Pero si pasas, te quiero
Suplicar que de Atamante
Me restaures en el reino,
Que mi madrastra me usurpa
Porque me dicen que es muerto.
REY.
Si tú las naves fabricas,
Presto la venganza espero.
FINEO.
Si con lo que intentas sales,
Palabra te doy que luego
Será mi mujer tu hermana.
FRIXO.
La voluntad te agradezco.

Aquí se descubra con música de chirimías y trompetas la nave, y por lo alto, abriéndose un cielo que baje en una nube, el dios del Amor con dos coronas de rosas, y puesto encima de la gavia del árbol mayor, diga así:

Heroico griego Jasón,
Por cuyo valiente esfuerzo,
Con aplauso de los dioses
En los balcones del cielo,
Y con envidia y disculpa
De los hombres semideos,
Se ha dado glorioso fin
Á tan alto vencimiento;
Y tú, divina Medea,
Á quien mis flechas hicieron,
Para su favor, lugar
En el desdén de su pecho:
Amor os corona, y quiere
Mi madre, la hermosa Venus,
Que por amantes dichosos
Tengáis lugar en su templo;
Y asistir á vuestras bodas
Con Lucina é Himeneo,
Para daros sucesión
Que dure siglos eternos.
JASÓN.
Gracias te doy, dulce Amor.
MEDEA.
Y yo, dulce Amor, te ofrezco
Un alma siempre rendida.
AMOR.
Con esto, Jasón, me vuelvo
Al tercer cielo, en que vivo.
JASÓN.
Hagan las velas, Teseo,
Para que con dulce fin
Á Grecia nos lleve el viento.

Dando vuelta á la nave se dé fin á la comedia.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL MARIDO MÁS FIRME

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL MARIDO MÁS FIRME

TRAGEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

Á MANUEL FARÍA DE SOSA

NOBLE INGENIO LUSITANO.

La fábula de Orfeo, que he dedicado al nombre de Vm., saliera á luz segura si tuviera las partes, colores retóricos y artificios poéticos que el Narciso de que Vm. ha honrado el mío en su dulce lengua portuguesa, donde verdaderamente se ven la erudición del arte y la excelencia del ingenio, que, como escriben de Antheo, que luchando con Hércules, todas las veces que tocaba la tierra cobraba nuevas fuerzas con el amparo de la patria, y no le pudo vencer hasta apartarle de ella, como él se alaba en Ovidio:

Sævoque alimenta parentis
Antæo eripui, *etc.*

Y en Juvenal:

Procul à tellure tenentis, *etc.*

Así, los que se alejan de la propia lengua por levantarse al aire de su arrogancia mueren desamparados de su naturaleza, perdiendo las fuerzas que les hubiera dado reconocer la patria. Todo lo que he visto de Vm., así en prosa como en verso, muestra bien la fertilidad de su claro juicio, que la abundancia (que algunos desestiman) á mí me persuade con el ejemplo de los campos, que el concierto breve de los cultivados jardines es inferior á la inmensa copia de la naturaleza, que en su variedad ha puesto hermosura, que en ella no sólo no produce flores el arte; pero estaría como el fuego sin combustible, ejercitando su actividad dentro de su misma esfera, de que sería necesario que hubiese ingenios elementos próximos al cielo, donde por su raridad no fuesen vistos, ni tuviesen necesidad de nutrimento, y que los nuestros no fuesen verdadero fuego, sino igneum aliquid. *Escriba Vm. con fertilidad libros, canciones, fábulas, epitalamios, á imitación del abundante, insigne, dulce, heroico, grave y amoroso caballero Juan Bautista Marino, honrando y dilatando su lengua y la nuestra, que tan felizmente casa, vene-*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

rado de los que saben que el alabanza no está en los presuntuosos que abrevian la mano al cielo, sino en los hombres virtuosos y científicos, *y lea esta fábula, aplicándola á su moralidad, con el epigrama de Estephano Forcatulo:*

Quid sibi vult antiqua rogat hæc fabula, lector?
An quod is agrestes traxerit ore viros?
Inmanes flectit Regina oratio rerum:
Blanda nec alloquitur lingua: quid ergo? facit,

Capellán de Vm.,

Lope Félix de Vega Carpio.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL MARIDO MAS FIRME

FIGURAS DE LA TRAGEDIA.

Aristeo.	Dantea.	Un barquero.
Camilo.	Celio.	Proserpina.
Eurídice.	Tirsi.	Radamanto.
Fílida.	Riselo.	Un capitán.
Orfeo.	Claridano.	Albante.
Fabio.	Frondoso.	

ACTO PRIMERO.

Salen Aristeo, Príncipe de Tracia, y Camilo.

ARISTEO.

Ya reino en aquesta tierra.

CAMILO.

Luego ¿no piensas volver?

ARISTEO.

Más hubiera menester
Volver en mí que á mi tierra.

CAMILO.

¿Qué locura te destierrra
De donde á ser Rey naciste?

ARISTEO.

No preguntes lo que viste,
Que no puede ser locura
La que en tan alta hermosura
Celestialmente consiste.

CAMILO.

No pensé que un cazador
Miraba más que á las fieras,
Y que, si amaras, pudieras
Cazando olvidar tu amor;
Ya de tu reino, señor,
Estás muy lejos: advierte
Que te pones de esta suerte
Á gran peligro.

ARISTEO.

Ya es tarde;
Que no hay desdicha que aguarde
Quien tiene en poco la muerte.
Parte, Camilo, y aquí
Me deja, ó sea loco ó cuerdo;
Que si por amor me pierdo,
No me he perdido por ti;
Á mis vasallos les di
Que de selva en selva errando
Me entretengo, y vuelve cuando
Te parezca, á ver si soy
Ó vivo ó muerto, pues voy
Ó vida ó muerte buscando.
Hoy, cuando el alba salía
Coronada de azucenas,
Y de estos montes apenas
Las cabezas guarnecía,
Vi que cantando venía
Gran copia de labradores,
Cubiertos de varias flores;
Seguílos, y abrióse un templo,
Donde la imagen contemplo
De Venus, diosa de amores.
Ya Febo, de luz vestido,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Columnas y frontispicios
De sus altos edificios,
Bañaba de oro fingido,
Cuando, suspenso el rüido,
Advierto una ninfa hermosa,
Hecha de jazmín y rosa,
Á quien Venus concediera
Templo y altar si dijera:
«¡Pastores, yo soy la diosa!»
Eurídice se llamaba,
Que luego este nombre oí,
Y al niño de Venus vi
Rendirle flechas y aljaba;
Como vió que la miraba,
Con el velo se cubrió,
Y más hermosa quedó,
Como mirar puede ser
El sol al amanecer,
Y cuando se enciende, no.
Las ansias que me vinieron,
Los rayos que me causaron,
Los que en mis ojos entraron
Y de sus cielos salieron,
Venus y Amor bien los vieron,
Y aun las ninfas y pastores,
Que, en mis trocadas colores,
Dijeron: «Este hombre ha sido
De mortal veneno herido,
Ó muere de mal de amores.»
Hablaba Eurídice hermosa
Con Venus sobre casarse,
Sin poder averiguarse
Cuál de las dos fué la diosa;
Pero de la selva umbrosa
Salió tan triste, que creo
Que teme un triste himeneo;
Ó que si es este temor
De amor, la madre de Amor
No viene con su deseo.
Yo, como pájaro amante
Suele de una en otra rama
Seguir la prenda que ama,
Hasta que el arco le espante
Y le fuerce á que no cante,
Del cazador engañoso,
Sigo su pie, donde airoso
Las arenas estampó,
Y cuando á su padre halló,
Cesó mi canto amoroso.

CAMILO.

¡Perdido estás!

ARISTEO.

No lo niego.

CAMILO.

Pues ¿cómo la servirás,
Si aquí te quedas?

ARISTEO.

Tú irás,
Camilo, á mi reino luego,
Y sin decir mi amor ciego,
Entretén de día en día
Mis vasallos; que podría
Ser tan piadoso el amor
Que naciese de este error
Alguna ventura mía.

CAMILO.

Mucho sentirán no verte;
Y si aquestas cosas van
Á la larga, pensarán
Que yo te he dado la muerte.

ARISTEO.

Á Ulises, Camilo, advierte
Tantos años desterrado,
Y defendido su Estado
De una valiente mujer:
Pues ¿qué puedo yo perder
En poco tiempo olvidado?

CAMILO.

¿Y en este tiempo podrás
Andar en aquesta selva?

ARISTEO.

Cuando en su pastor me vuelva,
Podré conquistarla más.

CAMILO.

Tu valor ofenderás.

ARISTEO.

No haré, pues con más valor
Hicieron por el rigor
Que este veneno reparte,
Júpiter, Mercurio y Marte,
Transformaciones de amor.
Parte y déjame; que quiero,
Sin ser fuego, cisne, toro,
Sátiro, ni lluvia de oro,
Ver la causa por quien muero.

CAMILO.

¡Perdido te considero!

ARISTEO.

Yo confieso que lo estoy.

CAMILO.

Á disculparte me voy.

ARISTEO.

Di que presto volveré.

CAMILO.

Y si tardas, ¿qué diré?

ARISTEO.

Di que de Eurídice soy.

Vase Camilo.

Pensaba la moral filosofía
Pintar de amor la fuerza, que el decoro
Pierde á los dioses, cuya flecha de oro
Los mayores planetas desafía,
En la transformación y fantasía
Del argentado pez y el rubio toro,
Ó lloviendo las nubes el tesoro
Que el sol engendra y que la tierra cría.
Pero mejor su fuerza se entendiera
Si el alma, y no los cuerpos, transformara,
Pues que su calidad y esencia altera.
Que más encarecido amor quedara

RÉAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Si el alma, desasida de su esfera,
Al cuerpo de quien ama se pasara.

Sale Eurídice, ninfa, vestido corto, velos de plata, plumas, calzadillos antiguos con listones, y Fílida, labradora.

EURÍDICE.
Esto Venus respondió.
FÍLIDA.
¡Injusta tristeza!
EURÍDICE.
Mira
Que engañar con la mentira
No es de amigas.
FÍLIDA.
Pienso yo
Que en las cosas no entendidas,
Asegurar la verdad
Con daño, no es amistad.
EURÍDICE.
Cuando mi tristeza impidas,
Si después ha de llegar,
Verás que es entretener
El mal, que viniendo á ser
Mayor, me puede matar:
Los sabios, que no se ciegan,
Dicen, y han de ser creídos,
Que los males prevenidos
Son menores cuando llegan.
Pues si yo prevengo el mío,
Claro está que no será
Tan grande llegando ya.
FÍLIDA.
Bella Eurídice, confío
En la piedad celestial
Que el bien has de conseguir;
Pero vuélveme á decir
De dónde infieres tu mal.
EURÍDICE.
Fílida: Venus, la diosa
De amor, á mi casamiento
Este oráculo responde,
Luego verás si le entiendo:
«Breve, gustoso, perdido.»
Pues si breve ¿cómo es bueno?
Que el bien breve ya no es bien,
Pues le sigue el mal tan presto.
Gustoso se sigue á breve:
Aquí, Fílida, confieso
Que puede ser con mi gusto,
Y por breve le condeno.
Después de breve y gustoso,
Dice perdido: no creo
Que perdido hay bien, pues ya
Resulta más sentimiento
De perderle que fué gusto
Adquirirle.
FÍLIDA.
Yo interpreto
Al contrario esas tres cosas,
Y que me escuches te ruego:
Breve casamiento, dice
Que te casarás muy presto.
Gustoso, que lo ha de ser
Siendo gallardo tu dueño.
Perdido, que lo estará
De amor por ti; y si no es esto,
Que otra ha de perderle acaso
Si le ha tenido primero;
Ó que, en fin, le has de perder,
Y esto es lo mejor que veo
En tus bodas, Euridice;
Porque si perdido es muerto,
Morir primero el marido
No sé si es bien, pero pienso
Que de morir la mujer
Le viene menos provecho.
ARISTEO.
¿Qué arroyuelo en noche fría
Prendió descuidado el hielo,
Y detenido en el suelo
Calló su dulce armonía,
Como mirando quedaron
Tu hermosura, detenidos,
Eurídice, mis sentidos,
Y su ejercicio olvidaron?
Mas que me engaño recelo
En la hermosura que vi;
Que el sol me detiene á mí,
Y á los arroyos el hielo:
Porque al sol que me procura
En sus rayos confundir,
Puede el del cielo pedir
Prestada luz y hermosura;
Y que es enigma recelo,
Pues corren en su calor
Los arroyuelos mejor,
Y yo con el sol me hielo:
Llegaré, porque perder
La ocasión no es discreción,
Siendo ley de la ocasión
Ó tarde ó nunca volver.
EURÍDICE.
¡Ay, Fílida! ¿Qué es aquesto?
FÍLIDA.
¡Huye!
ARISTEO.
Eso no: deteneos;
Que no son cuerpos deseos,
Para saberlos tan presto.
Forastero y cazador,
Por estas selvas perdido,
Dice amor que me apellido.
EURÍDICE.
Huye, que trata de amor.
ARISTEO.
De amor de las fieras digo:
Si lo sois, no os detengáis.
EURÍDICE.
Finalmente, ¿qué buscáis?
Porque sabed que me obligo

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De cualquiera cortesía.

ARISTEO.

Á mí mismo voy buscando,
Que me perdí desde cuando
Os vi con tal gallardía.

EURÍDICE.

Dejad lo que en la ciudad
Debe de ser gentileza,
Ó probaréis la aspereza
Si decís la voluntad.
Si son fieras, todo el monte
Es fieras, roble y sabina,
Hasta donde le termina
La raya del horizonte.
Si es fuente, de aquellas peñas
Se despeñan cinco ó seis,
Que entre pizarras diréis
Que á vuestra sed hacen señas.
Si es poblado, en ese valle
Hay dos ó tres caserías,
Que las mismas fuentes frías
Os llevarán á buscalle.
Si es gusto, no le busquéis,
Porque tengo un gran disgusto,
Y donde no tienen gusto,
No es posible que le halléis.

ARISTEO.

De fuentes, caza y poblado,
El poblado buscaré;
Que el gusto ya no podré
Si el disgusto os le ha quitado.
Voy, aunque con mil enojos,
Al poblado á descansar,
Si descanso puedo hallar
Ausente de vuestros ojos.

Vase Aristeo.

FÍLIDA.

¡Buen talle de cortesano!

EURÍDICE.

En irse lo fué no más.

FÍLIDA.

¿De qué parecer estás?

EURÍDICE.

De que me consuelo en vano
Si Venus ha respondido
Á mi honesto pensamiento,
Que será mi casamiento
Breve, gustoso y perdido.

FÍLIDA.

Aquella sagrada selva
Dividen cristales vivos
De un arroyo, que en invierno
Hace que le llamen río.
Cubren su verde ribera
Verdes álamos y alisos,
Donde á coro le responden
Las aves desde sus nidos;
Donde habita el sabio Orfeo,
Aquel músico divino,
Que mueve á escuchar su canto
Los árboles y los riscos.
Éste, fuera de esas gracias,
Es excelente adivino
De las cosas por venir;
Consúltale, te suplico,
Y sabrás de las palabras
Que la madre de Amor dijo,
La sentencia verdadera.

EURÍDICE.

Tu pensamiento confirmo;
Que de la ciencia de Orfeo
Notables cosas me han dicho
Pastoras de aqueste valle.

FÍLIDA.

Pues sígueme.

EURÍDICE.

Ya te sigo;
Que en una pena dudosa,
En suspender el jüicio
Hasta saber si lo es,
Consiste el mayor peligro.

Vanse.

Salen Orfeo y Fabio, uno galán y otro criado.

ORFEO.

Toma, querido Fabio, el instrumento.

FABIO.

Suspéndele, por Dios; que en este prado
Los árboles te siguen, y en el viento
Las aves á escucharte se han parado;
De aqueste río el líquido elemento
Cubrió las ondas de silencio helado,
Y te oyeron sus íntimos vecinos
Debajo de doseles cristalinos.
Estaban los leones, y pintados
Tigres, como de pórfidos de fuentes,
De tu divino canto transformados,
Y suspensos los ojos transparentes;
Hasta los elementos concertados
Dejaron los enojos diferentes,
Haciendo por tu dórica armonía,
Con detener el sol, mayor el día.

ORFEO.

Fabio, mi voz no fuera tanta parte
Como el cantar las alabanzas justas
De Júpiter, Mercurio, Apolo y Marte.

FABIO.

Con la razón y la verdad te ajustas,
Pagas la deuda á Dios, honras el arte,
Cuando cantar sus alabanzas gustas;
Que á Dios se deben primitivos dones
De los versos, la voz y las canciones.
Mas dime, ¿cómo á Venus (bella diosa
De amor y de hermosura) no has cantado
Algún himno, algún verso, alguna prosa?

ORFEO.

No la tengo por diosa en igual grado:
Del casto amor la madre generosa

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Adoro, Fabio, y la de amor vendado
Tengo en desprecio ya, después que ha sido,
No amor vendado, sino amor vendido.
La que engendra celestes pensamientos
Y á su contemplación las almas guía,
Celebrarán mis dulces pensamientos
Desde que nace hasta que muere el día;
Pero no gastaré cuerdas ni acentos
Con la Venus de Chipre, que solía
Dar precio á las mujeres, porque precio
La libertad que les entrega el necio.
¡Qué cosa es ver un amador perdido
Vivir fuera de sí y en cuerpo ajeno!
Amor del matrimonio permitido
Conserva el mundo; lo demás condeno.

FABIO.

Y fuera de él, ¿no sabes que ha nacido
Más de algún bueno?

ORFEO.

No por eso es bueno
Aquel primero error.

FABIO.

¿Qué gente es ésta?

ORFEO.

Las pastoras que á Venus hacen fiesta.

Salen los músicos, baile, pastoras y pastores.

MÚSICOS.

Zagalas del valle,
Venid y veréis
Coronar á Orfeo
De verde laurel.

DANTEA.

Pongo en tu cabeza,
Músico divino,
Este verde lauro,
De tus sienes digno.
Ninfas de este río,
Venid y veréis

MÚSICOS.

Coronar á Orfeo
De verde laurel.

ORFEO.

Pastores y bellas ninfas
De aquesta sagrada selva,
Muy obligado me siento
Á vuestro amor y nobleza.
No tengo con qué pagaros
Las honras de aquesta fiesta,
Y aqueste verde laurel
De que adornáis mi cabeza,
Sino es con la voluntad;
Porque para tantas deudas,
¿Qué valor tendrán mis obras?

CELIO.

Si puedes, llega, Dantea,
Y dile tu pretensión.

DANTEA.

Venus, madre de Amor bella,
Todos los años nos da
Por este tiempo respuestas:
Declárame tú la mía:
Así para dulces cuerdas
Jamás te falten los ríos
De darte simples culebras.
Mira, generoso Orfeo:
Yo dije á Venus (¡qué necia
Fué mi pregunta; mas vaya,
Que no nací más discreta!):
«Venus, yo quiero un marido
Que aquestas tres cosas tenga:
Rico, sabio y amoroso.»

ORFEO.

Y ¿qué te dió por respuesta?

DANTEA.

«Las dichas y las desdichas
Nacieron con las estrellas.»

ORFEO.

Pues en tanta claridad,
¿Qué tienes por cosa incierta,
Si en las estrellas consiste
Tener dicha ó no tenerla?

DANTEA.

En fin, ¿no me dices nada?

FABIO.

Yo te lo diré, Dantea.

DANTEA.

¿Tú, Fabio?

FABIO.

Pues ¿no soy yo
Pastor de alguna experiencia?

DANTEA.

No quiero tus desatinos.

FABIO.

Si tú á la diosa le ruegas
Por marido rico y sabio
(Dos cosas raras y nuevas),
Y añades que sea amoroso,
Bien á tu pregunta necia
Responde, con que esa dicha
Con las estrellas se engendra;
Mira entre tantas cuál fué,
Y pregúntaselo á ella;
Que yo, con aconsejarte
Que sólo sabio le quieras,
Pienso que hallarás con él
El amor y la riqueza;
Porque un hombre, cuando sabe,
Sabe mandar las estrellas.

CELIO.

Ahora bien, yo te pregunto.....

ORFEO.

Celio, di.

CELIO.

«Gran Citerea,
(Le dije á Venus) ansí,
Por más que el sol lo pretenda,
Jamás tu cojo marido
Los hurtos de Marte sepa,
Que me digas si me ha hecho
Mi hermosa mujer Filena
Algún hurto.»

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ORFEO.
Y ¿qué responde?
CELIO.
Miróme, y dijo risueña:
«Pregúntalo, Celio, al signo
Donde entra la primavera.»
ORFEO.
Y ¿no sabes tú cuál es?
CELIO.
No, ¡por Júpiter!
FABIO.
No creas
En signos.
CELIO.
¿Por qué razón?
FABIO.
Porque no hay quien los entienda.
¿No ves que dicen sí y no?
Y esto te da por respuesta
El toro, porque en su signo
La primavera comienza.
CELIO.
Guarda la cara.
TIRSI.
Pastores,
Dad lugar que Tirsi pueda
Preguntar.
RISELO.
Llega y pregunta.
TIRSI.
«Oráculo de estas selvas,
Dije á Venus, más famoso
Que las Délficas y Délias,
Yo quiero cierta casada,
Cuyo marido me cela,
Y de lo que yo la doy
Jamás le ha pedido cuenta.
¿Mataráme?»
ORFEO.
Y ¿qué te dijo?
TIRSI.
«Dentro asiste, y teme fuera.»
ORFEO.
Quiere decir que hay galanes
Á quien es justo que temas,
Y que mientras dentro asistes,
No es posible que te ofendan.
FABIO.
Bien haya el marido al uso
Que finge celos, y deja
Que su mujer tome y dé
Para encarecer la venta.
RISELO.
Pregunté, gallardo Orfeo,
Á Venus, dulce sirena
De amor: «¿Qué haré para ser
Famoso, que soy poeta?»
ORFEO.
Y ¿respondió?
RISELO.
«Escribe obscuro.»
ORFEO.
Pues ¿qué más clara respuesta?
FABIO.
Es ansí, porque los versos,
Quien no los entiende, piensa
Que dirán que los entiende
Si por buenos los celebra.
Hay tanta bachillería
En el mundo, que desprecian
Lo que fácilmente alcanzan,
Por extremado que sea.
ORFEO.
Ahora bien, volveos, pastores,
Y tú, Fabio amigo, cuelga
Su verde laurel á Apolo
Por lisonja de su pena.

Vanse cantando.

Zagalas del valle,
Venid y veréis
Coronar á Orfeo
De verde laurel.

Salen Fílida y Eurídice.

FÍLIDA.
Ya le dejan.
EURÍDICE.
Y ya
Confieso que voy contenta
De ver tal hombre.
FÍLIDA.
Tu exenta
Condición segura está;
Pero no hay ninfa en la selva,
En fuente ó en árbol more,
Que no le quiera y le adore.
EURÍDICE.
Déjale que el rostro vuelva.
FÍLIDA.
¿Qué temes?
EURÍDICE.
Nunca pensé,
Filida, que yo temiera.
ORFEO.
Fabio, ya la primavera
Pone en nuestra selva el pie,
Ó por ventura la aurora,
Celosa busca su esposo,
Ó por este bosque umbroso
La luna el pastor que adora.
No os recatéis, ninfa bella;
Llegad, oid, no temáis:
¿Soy, por dicha, á quien buscáis?
¡Dichosa mi buena estrella!
Y estimad este deseo;
Que en mi vida sucedió
Tal cosa por mí, pues yo
De mí mismo no lo creo.
¿Qué enmudecéis? ¿qué miráis?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No enseñéis á hacer colores
Con la vergüenza á las flores
Que fugitiva pisáis.
Que sois Venus he pensado,
Que á castigarme salís
De aquel templo en que vivís
Por el desprecio pasado:
Señora, no os conocía;
Mal hablé, dadme perdón.

FÍLIDA.

¿Puede haber más confusión?

EURÍDICE.

Sí, Fílida.

FÍLIDA.

¿Cuál?

EURÍDICE.

La mía.

FÍLIDA.

¿Qué tienes?

EURÍDICE.

Aun no he caído
En el mal que tener puedo;
Pues tengo miedo del miedo
De decir lo que he sentido.
Pienso que debe de haber
También basiliscos hombres.

FÍLIDA.

Llega á hablarle: no te asombres.

EURÍDICE.

Si mata con sólo ver,
¿Qué espero de oirle hablar,
O qué vidas tengo yo,
Pues una que Dios me dió,
Ya me la pudo quitar?

FÍLIDA.

¡Qué cierto de los desdenes
Es dar en facilidades!
Mas si va á decir verdades,
Disculpa, Eurídice, tienes;
Que á no haberte declarado,
Lo que dices te dijera;
Mas si estás de esta manera,
Retiraré mi cuidado;
Que, cual suele el jugador
Que vió la suerte primero
Retirar presto el dinero,
Quiero retirar mi amor.

ORFEO.

Hablando están.

FABIO.

Y de ti,
Y la ninfa tan turbada,
Que quiere, y no quiere nada,
Y se va, y se queda aquí.

ORFEO.

Hermosa ninfa, merezca
Un hombre que aborreció
Á cuantas mujeres vió,
Que á vuestros ojos ofrezca
Desdeñosa libertad,
Riguroso pensamiento,
Por la novedad que siento
Rindiendo la voluntad.
No soy villano grosero:
Destas selvas soy señor,
Aunque ya esclavo de amor
Después que os adoro y quiero.
Orfeo, ninfa, es mi nombre,
Aquel músico que un día
La celestial armonía
Hizo que envidiase un hombre.
No se atreve el mismo Apolo
Á competir con mi mano;
Á Júpiter soberano,
Ninfa, reconozco sólo.
Y sola vuestra hermosura
Es la que conozco ya,
Pues ninguna vida habrá
De vuestros ojos segura.

EURÍDICE.

Yo soy, generoso Orfeo,
Eurídice; ninfa he sido
De Diana, que he tenido
Sólo el cazar por trofeo.
De mi padre importunada,
Palabra anoche le dí
De casarme, aunque en el sí
No hay persona interesada.
Fuí al templo, y á Venus bella
Consulté mi pretensión;
Respondióme una razón
Que hay tres enigmas en ella:
«Breve, gustoso y perdido.»
¿Qué sientes de todas tres?

ORFEO.

Lo breve, ya en mí lo es
Si me quieres por marido;
También, si á tu gusto soy,
Podrás hallar la segunda,
Y si en perdido se funda
Tu pena, de amor lo estoy.
Conque ya queda entendido
Todo el oráculo ansí,
Pues hallas marido en mí,
Breve, gustoso y perdido.

EURÍDICE.

¿Conoces, dime, á Frondoso?

ORFEO.

Sé que es un gran mayoral.

EURÍDICE.

Ese es mi padre.

ORFEO.

Es igual
Tu ingenio á tu rostro hermoso;
Pues con sólo preguntar
Si á tu padre conocía,
¿Quieres, Eurídice mía,
Que también le vaya á hablar?
Yo lo haré; que pues los hados
Nos conciertan de esta suerte,
Seré tuyo hasta la muerte.
Montes, selvas, bosques, prados,

Que mi dulce voz y acento
Celebrastes, y el rigor
Con que me burlé de amor,
Venid á mi casamiento.
Vosotras, fuentes perenes,
De corriente siempre igual,
Que con risa de cristal
Murmurastes mis desdenes,
Cantad en vuestras arenas
Por prados de flores llenos,
Que aquellos ojos serenos
Fueron para mí sirenas.
Vamos, Fabio, ven conmigo;
Ven conmigo, Fabio amado

FABIO.

¡Por Dios, que voy admirado!
Y casi confuso, digo:
Tú, para todas cruel,
¿Aquí tan blando? No creo
Que nace de tu deseo;
Veneno te han dado en él;
Venus airada, el Amor,
Su hijo, se han conjurado
Contra ti, que has despreciado
Su poder y su valor.

ORFEO.

Fabio, si á Eurídice bella
Me dan, ¿qué llamas agravio?
Ven conmigo; vamos, Fabio.

FABIO.

Vamos, y con buena estrella,
Que alguna pena he tenido
De que dijese la diosa
Que será de esposo, esposa,
Breve, gustoso y perdido:
Lo breve, como hoy se acabe
El concierto con los viejos;
Lo gustoso, no está lejos;
Lo perdido, Dios lo sabe.

Vanse Orfeo y Fabio.

EURÍDICE.

¿Qué sientes de mi ventura?

FÍLIDA.

Siento que estoy envidiosa.

EURÍDICE.

¡Gran mudanza!

FÍLIDA.

¡Rigurosa!

EURÍDICE.

¡Breve dicha!

FÍLIDA.

Y mal segura.

EURÍDICE.

Anda, que no; que la dicha
Busca al dueño.

FÍLIDA.

Así se nombra;
Mas también tiene por sombra
El breve bien la desdicha.
Cuando yo algún hombre veo
Subir presto á gran fortuna,
Témole desdicha alguna
Y en la brevedad no creo.
Y la causa de esto es,
Si yo no me engaño en esto,
Que ninguno subió presto
Que afirmase bien los pies.

EURÍDICE.

Fílida, yo tengo á Orfeo,
Y sobre tanta ventura,
No tenga cosa segura
Como lo esté mi deseo;
Porque sobre tanto bien,
¿Qué puede haber que sea mal?

Sale Claridano, pastor, viejo, y Aristeo, galán, de labrador.

ARISTEO.

Para todo liberal
Me hallaréis, padre, también;
Lo menos será el arado,
Ni cosa en el campo veis
Para que no me tendréis
Valiente y ejercitado.

CLARIDANO.

Seguro estoy, sólo en ver
Vuestra persona, que á todo
Os tengo de hablar del modo
Que los buenos suelen ser;
Con esto os he recibido
En mi casa tan contento,
Que por hijo igual os cuento
Á los hijos que he tenido;
Á quien tanto parecéis,
Que en parte me consoláis.

ARISTEO.

Padre, no os entristezcáis,
Pues que tal hija tenéis;
Que la gallarda y hermosa
Fílida, que ayer la vi,
En templo, en selva y en mí,
Es deidad, es ninfa, es diosa.

FÍLIDA.

Mi padre y un labrador
Bajan del monte.

EURÍDICE.

Pues vamos,
Fílida, por estos ramos
Á hablar de mi loco amor.

FÍLIDA.

¿Tan presto, Eurídice, tratan
Tus deseos de amor? Bueno.

EURÍDICE.

Sí, que el amor y el veneno
No lo son si tarde matan.

Vanse Eurídice y Fílida, y salen Claridano y Aristeo.

CLARIDANO.

Con esto, ya concertados

Quedamos.

ARISTEO.

Más quiero hacer
Por vos; que pienso poner
En estos valles y prados
Un ejército famoso
De abejas que labren miel.

CLARIDANO.

Si en este valle, si en él
Asientas, pastor dichoso,
Ese ejército, por ti
Vendré á ser más estimado
Que el mismo Apolo.

ARISTEO.

Este prado
Me has de dejar todo á mí.
De estos alcornoques rudos
Desnudaré las cortezas,
Que con soberbias cabezas
No temen verse desnudos;
Donde pondré las primeras
Enjambres, que al alba hermosa,
Con susurro y voz gozosa
Irán marchando en hileras.
Vistiéndose de sus flores,
Los prados despintarán,
Y al aire parecerán
Mariposas de colores.
Formarán su arquitectura,
Y en sus vasos el licor
Que dió codicia al Amor
Para hurtar tanta dulzura;
Aunque le picó una abeja,
Y á su madre se quejó,
Que de escuchar se vengó
Su tierna, aunque injusta queja,
Diciéndole: «Tú también
Eres pequeñito, Amor,
Y das terrible dolor
Cuando tratas con desdén.»
Finalmente, Claridano,
Enriquecerte deseo.

CLARIDANO.

Mis brazos te doy; que creo
Que no me agradaste en vano
Desde el punto que te vi;
Con esto al monte me voy,
Porque satisfecho estoy
Que está mi cuidado en ti.

Vase Claridano.

ARISTEO.

Y mi cuidado, ¿en quién? Pero no creo
Que estar pudiera en otro mi cuidado,
Y aunque sin esperanza mi deseo,
En mi pecho más firme y abrasado:
¿Quién dijera que el príncipe Aristeo
Pudiera á tal mudanza haber llegado?
Pero ¿qué no podrá quien de los cielos
Derriba dioses y los mata á celos?
En forma de pastor, bella Euridice,
Sigo tu sombra, y tu hermosura adoro,
Y espero al alba que tu sol matice,
Bañando en llanto lo que baña en oro.
Tu rigor á tus ojos contradice,
Tu esquiva condición á tu decoro;
Prueba á querer; que el hielo, aunque más pueda,
Si no se llega al sol, hielo se queda.
Determinado estoy á no partirme
De aquesta selva hasta rendirte amando:
¿Ves estas peñas? Pues yo soy más firme
Esperando, sufriendo y conquistando;
No podrá de tus ojos dividirme,
Ni Julio ardiendo, ni Diciembre helando;
Ya soy pastor, ya guardo desvaríos
En las riberas de los ojos míos.

Sale Eurídice.

EURÍDICE.

Amor, á quien jamás guardé respeto,
No parezcáis villano en la venganza,
Pues eres dios, y es perdonar efeto
Digno de quien tan alto nombre alcanza;
Castigar mis desdenes te prometo,
Y amar aunque me falte la esperanza;
Perdona, Amor, que, á tu poder rendida,
Te ofrezca el alma si me das la vida.
No había visto yo mi amado Orfeo,
Rebelde á tu valor y á mi hermosura,
Ni su divina voz me dió deseo,
Que la montaña enterneció más dura;
Ya le vi, ya le oí; ya adoro y creo
Tu gran poder; ya el alma le procura,
Para dar de tus glorias testimonio,
Si le merezco, en justo matrimonio.
Tratando están ¡ay Dios! de los conciertos
Mi padre y él! ¡Oh Júpiter piadoso!
Alma, Venus, haced que salgan ciertos,
Pues él también pretende ser mi esposo;
Selvas, montañas, prados y desiertos,
Testigos de su canto sonoroso,
Pedid al cielo.....

ARISTEO.

Tente, y no le pidas.

EURÍDICE.

¡Ay, Eco, tú es posible que me impidas!
Jamás goces en flores á Narciso,
Ni su memoria en esta clara fuente.

ARISTEO.

La fuente enturbio ya, las flores piso,
Con llanto y con buscarte diligente.

EURÍDICE.

Pastor, cualquier que seas, yo te aviso
Que soy ajena ya, si no me miente
El bien; que hasta aquel punto que se alcanza,
Engaña con el gusto la esperanza.

ARISTEO.

¿Sabes quién soy?

EURÍDICE.

Pareces extranjero.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ARISTEO.

De mi patria y de ti, que por ti vivo
En esta selva; dije mal, pues muero;
Agora no, mientras tu luz recibo;
No mires en el hábito grosero;
De púrpura Rëal por ti me privo;
Aristeo es mi nombre, Tracia el reino
Donde, ausente de ti, dicen que reino.
Matóme tu hermosura andando á caza
De fieras, que vengaste con ser fiera;
No tengo de volver á Tracia, traza,
Sino es que tu piedad me estime y quiera;
En tu rigor la muerte me amenaza:
¡Ay, no permita tu piedad que muera!
Mejor que con el hombre que decías,
Podrás conmigo.....

EURÍDICE.

Tente: ¿qué porfías?
Antes que deje yo de amar al dueño
Que ya tiene propuesta la esperanza,
La codicia tendrá segura dueño,
Y discreta será la confianza;
No pienses que por loca te desdeño,
Mas porque es imposible la mudanza.

ARISTEO.

¿Posible es que mujer ¡ay, Euridice!
Que es imposible la mudanza dice?
¡Qué mal hice en vestirme, para verte,
Este rústico traje!

EURÍDICE.

¿Qué importara?

ARISTEO.

Quien quiere al basilisco dar la muerte,
De espejos cubre brazos, pecho y cara;
Si viniera vestido de esta suerte,
No me mataras tú, yo te matara;
Que viendo tu hermosura desde lejos,
Te mataras tú misma en mis espejos.
Pero pues que mis ojos no han podido
En sus niñas, señora, retratarte,
Dándome muerte el alma que has rendido,
Será el espejo en que podrás mirarte:
Allí verás que amor pintor ha sido,
Y basilisco tú para matarte;
Pues morirás mirando tu hermosura;
Que el alma es inmortal, é irá segura.

Vase Aristeo.

EURÍDICE.

No me puedo persuadir
Que es este pastor quien dice;
Deidad es, deidad parece;
Temo; su poder me aflige;
Pero aunque, como otra Daphe,
Viese de Apolo seguirme,
Antes laurel que traidora,
Antes sin alma que libre.
¿Quién es la que tan ligera
Salta, sin que apenas pise,
La margen de aquel arroyo?

Sale Fílida.

FÍLIDA.

Ya, venturosa Euridice,
Eres esposa de Orfeo,
Que no hay hombre á quien no incline
Su persona y su elocuencia,
Que con los dioses compite.
Frondoso, tu padre, quiere:
Sola mi envidia te impide;
Mas si tú gozas el bien,
¿Qué se te da que te envidien?

EURÍDICE.

Fílida, ¿qué te daré
De albricias? Mas quien recibe
Vida, ¿qué dará por ella?
Estas cintas carmesíes
Tienen un retrato de oro
Donde están Apolo y Clicie;
Él en su carro de sol,
Y ella que, ya flor, le sigue.
Sin esto, el alma y los brazos,
Y después haré que Tirsi
Te dé en casa diez corderos,
Que desde lejos son cisnes.
¿No respondes? ¿No te alegras?
¿Qué tienes? ¿De qué estás triste?

FÍLIDA.

De tu bien.

EURÍDICE.

¿De mi bien?

FÍLIDA.

Sí.

EURÍDICE.

¿Sí dices?

FÍLIDA.

Sí.

EURÍDICE.

¿Sí repites?

FÍLIDA.

Esto no te ofende á ti.

EURÍDICE.

¿Cómo que no?

FÍLIDA.

Ya lo dije;
Que á un amor desesperado
Esto y más se le permite.
Toma tu retrato y cintas;
Que no quiero persuadirme
Á que es bien tomar barato,
Pues con ninguno se mide
Cuando pierdo el bien que pierdo.

EURÍDICE.

Basta; no quiero reñirte
Esas locuras en día
Que las albricias me pides
Del bien que temí dudoso,
Y tú me le das tan firme.

Vase Eurídice.

FÍLIDA.

¡Si yo tuviere gusto, airados cielos,
Descanso, paz, contento y alegría,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En tanto que vistiere el alma mía
Estos cansados y mortales velos!
¡Que tenga más congojas y desvelos
Que arenas de oro este arroyuelo cría,
Y que mi desengaño y mi porfía
Sigan mi amor, donde me abrasen celos!
Tristezas quiero ya: no quiero engaños,
Ni en las tormentas presumir bonanzas,
Si el cuidado mayor vencen los años.
Tiempo, apelo de amor á tus mudanzas;
Que más quiero morir con desengaños,
Que no vivir con falsas esperanzas.

Sale Aristeo.

ARISTEO.

Cierto me dicen que es ya
Y que concertados quedan:
¿De qué sirve preguntarla
Después de cierta la pena?
Pastora, que Apolo guarde,
¿Sabes tú si es nueva cierta?

FÍLIDA.

¿Dices casarse Euridice,
Ninfa de esta verde selva?

ARISTEO.

¿Adivinas, ó respondes?

FÍLIDA.

Si no es ésta le respuesta,
Es, por lo menos, pastor,
Lo que yo pienso.

ARISTEO.

Bien piensas,
Que lo mismo voy pensando;
Y si de los dos se engendra
Un pensamiento tan triste,
Que será quiero que sepas
Víbora de mis entrañas.

FÍLIDA.

Si que se case te pesa
Eurídice, á mí su esposo.

ARISTEO.

Mi mal el tuyo consuela.

FÍLIDA.

Ya se están dando las manos.

ARISTEO.

Los pastores hacen fiesta:
¡Plega á los cielos, amén,
Que se vuelvan en tragedia!

Sale la boda: Frondoso y Claridano, viejos; Eurídice y Orfeo de las manos, Dantea y los músicos.

Desposado dichoso,
Gozad la novia,
Porque nunca Venus
Fué tan hermosa.

Sale Fabio.

FABIO.

Volved, mayoral Frondoso,
El alegría en tristeza,
Porque Venus é Himeneo
Asisten, las hachas muertas,
Á las bodas de Euridice.

FRONDOSO.

Notable rüido suena.

CLARIDANO.

La pared adonde estaba
Pintada Eurídice bella,
Dió en tierra.

Caiga por dos cordeles el retrato de la que hiciere la Eurídice, así, en pie, arrimado al vestuario.

FRONDOSO.

¡Válgame el cielo!

ORFEO.

Venus, ¿qué venganza es ésta?
Amor, ¿ya no estoy rendido?
Pero ven, no tengas pena;
Que pues yo te llevo viva,
La tabla será la muerta.

Vanse todos, y queden allí Aristeo y Fílida.

ARISTEO.

Bien sé lo que significa.

FÍLIDA.

¿Qué imaginas?

ARISTEO.

Que me deja
Orfeo aquésta pintada,
Y que la viva me lleva.

FÍLIDA.

Hacerla quiero pedazos.

ARISTEO.

¿Cómo, si por alto vuela?

Tórnese el retrato á su lugar.

FÍLIDA.

Como á toro me ha dejado,
Pues pensando que pudiera
Dar en la sombra del hombre,
Doy con la frente en la tierra.

ACTO SEGUNDO.

Sale Eurídice.

Amor desconfiado,
De ti dicen que nadie te ha tenido,
Dichoso ó desdichado,
Sin celos, porque, apenas al sentido
Tocaron tus desvelos,
Cuando son de tu sol sombra los celos.
Yo sola, de tus iras
Libre, amando salí: libre me veo;
Sospechas ni mentiras
No me han dado temor, ni apenas creo

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que hay celos más que el nombre,
Ni que los tiene la mujer del hombre.
Diga quien celos tiene:
¿De qué manera son cuando atormentan?
¿Cuándo su pena viene?
¿De qué nacen y adónde se sustentan?
Y siendo infierno celos,
¿Por qué tienen el nombre de los cielos?
Adórame mi esposo
Con tal pureza de alma y de sentido,
Que ni él está celoso,
Ni celos tengo de él, porque no han sido
Tales nuestros amores
Que puedan atreverse los temores.
Cuando la noche fría
El mundo baña en miedo, en hurto, en sombra,
Amada esposa mía,
Y otras veces también mujer, me nombra:
¡Quién tan larga la hiciera
Que dos siglos después amaneciera!
Y cuando el alba hermosa
Las perlas que le hurtó liberal llueve,
Y la encarnada rosa
En copas de coral aljófar bebe,
Dice que en mí las mira,
Y porque vió la luz del sol suspira:
En vida tan contenta,
¿Qué puede haber que el alma que le adora
Más tema, ni más sienta,
Que ser corta la vida, pues agora
Por gozarle quisiera
Que fuera cuerpo el alma, y siempre fuera?

FÍLIDA.

Si los jüeces fieros
Que en el infierno con rigor castigan
Crueles y severos,
Á quien jamás las lágrimas obligan,
Hicieron fuego eterno,
Celos, ¿cómo no estáis en el infierno?
Quien dijere que pudo
Amar sin celos miente claramente,
Ó es tan grosero y rudo
Que las ofensas del amor no siente;
Que quien sin celos ama,
No tiene honor y el de ser hombre infama.
El cisne no permite
Otro cisne en el agua donde nada,
Ni que le solicite
Otro amante su prenda: la sagrada
Paloma, á Venus bella,
Que como sabe amar, teme perdella.
Yo muero de celosa,
Mas no puedo estorbar á quien me quita
Mi bien, por más dichosa,
Que no le goce, aunque á morir me incita;
Que el nombre de marido
Tiembla el furor que abrasa mi sentido.
¿Qué importa, amado Orfeo,
Que me consuma yo por gracias tantas
Cuantas ve mi deseo,
Cuando hablas, cuando escribes, cuando cantas,
Si Eurídice, tu esposa,
Mujer te quiere, como yo celosa?

EURÍDICE.

Filida, ¿tú estás aquí?

FÍLIDA.

Guárdente, ninfa, los cielos.

EURÍDICE.

No sé qué te oí de celos,
¿Es verdad que hay celos?

FÍLIDA.

Sí.

EURÍDICE.

¿Qué son celos?

FÍLIDA.

Un temor.

EURÍDICE.

¿De qué?

FÍLIDA.

De perder quien ama
El bien que tiene.

EURÍDICE.

¿Eso llama
Celos la que tiene amor?

FÍLIDA.

Esto pienso.

EURÍDICE.

Y ¿á qué efeto
Teme quien ama perder
El bien?

FÍLIDA.

Porque puede ser,
Y así el temor es discreto.

EURÍDICE.

¿Cómo?

FÍLIDA.

¿No puede mirar
Otra mujer lo que quieres?
¿No hay mil hermosas mujeres
Que le pueden agradar?

EURÍDICE.

¿Por qué, queriéndome á mí?

FÍLIDA.

Porque no todas las cosas
De mil mujeres hermosas
Estarán juntas en ti.
Si eres blanca, podrá ser
Que le agrade una morena:
Si eres compuesta y serena,
Tan bulliciosa mujer.
Y aunque tú discreta seas,
Otra puede saber más,
Y hay gracias que no tendrás
Que se imaginan en feas;
Sin esto, lo que se tiene,
Suele no estimarse tanto.

EURÍDICE.

De lo que dices me espanto.

FÍLIDA.

Pues de esto que digo viene
Á estar la propia mujer
Celosa de su marido,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Porque es un bien adquirido
Qüe no se puede perder.

EURÍDICE.

Con no apartarme jamás
Del bien que el cielo me dió,
No seré celosa yo.

FÍLIDA.

Más pienso que lo serás;
Que si le oprimes, es cierto
Cansarle, y el que se cansa,
En otra parte descansa.

EURÍDICE.

De no dejarle te advierto.

FÍLIDA.

¿Qué importa para ofenderte
Con el pensamiento, y dar
Tú en celos de imaginar
Que es posible no quererte,
Y querer á otra mujer?

EURÍDICE.

Más claro verlo quisiera,
Auque celosa me viera.

FÍLIDA.

Pues no es difícil de hacer.
Tu esposo ayer, que salía
De tu casa al prado, vió
Que de buenos aires yo
Por el arroyo venía;
Con las dos manos alcé
El faldellín tan igual,
Que, al pasar, aun el cristal
No dió señas de mi pie;
Pero diéronla sus ojos,
Pues me dijo: «Pies tan bellos,
Bien merecen que tras ellos
Se vaya el alma en despojos;
Menos ligeros quisiera
Que en el arena saltaran,
Para que estampa dejaran
Donde la boca pusiera.
Y así con deseos vanos
Rogué al amor que después
Tropezaran vuestros pies
Para que os diera las manos.»

EURÍDICE.

¿Eso te dijo mi Orfeo?

FÍLIDA.

Esto me dijo.

EURÍDICE.

¡Ay de mí!
¡Muerta soy!

FÍLIDA.

¿Siénteslo?

EURÍDICE.

Sí.

FÍLIDA.

¿Mucho?

EURÍDICE.

Que morir me veo.

FÍLIDA.

¿Tanto?

EURÍDICE.

Á la muerte me has puesto.

FÍLIDA.

¿Es gran pena?

EURÍDICE.

Es rigurosa.

FÍLIDA.

Pues eso es estar celosa.

EURÍDICE.

¿Esto es celos?

FÍLIDA.

No es más que esto.

Vase Fílida.

Salen Orfeo y Fabio.

FABIO.

¿Tan contento estás?

ORFEO.

Estoy
Tan contento, Fabio amigo,
Que es lo menos lo que digo
De lo que dichoso soy.
Si me acuesto, no querría
Que el alba se levantase,
Para que no me obligase
Al ejercicio del día,
Ó pasase, ya que fué,
Con tanta velocidad
Que en la misma claridad
Pusiese la noche al pie.

FABIO.

¡Qué venturoso casado!
Alguno conozco yo
Que en una noche pensó
Que ya era el mundo acabado.
Tan larga le parecía,
Que, cuando el alba salió,
A un espejo se miró
Por ver si canas tenía.

ORFEO.

Sería la mujer fea.

FABIO.

Sobre que era fea y fría,
Algo de necia tenía.

ORFEO.

Fabio, no hay cosa que sea
Más extraña para mí,
Que á un amigo le sufráis,
Cuando muy necio le halláis,
Un año y muchos ansí.
Que una grande calentura
Ó algún terrible dolor,
Una noche, que en rigor
Parece que un siglo dura.
Y que no tenga paciencia
Para sufrir un casado
La mujer que Dios le ha dado:
Ó falta honor ó prudencia.

FABIO.

¿Qué dolor ó calentura,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Qué amigo necio se iguala
A una mujer?

ORFEO.

La más mala
Servir y agradar procura,
Y, en fin, es propia mujer.

FABIO.

Eso es lo peor que tiene,
Porque todo el daño viene
De no poderla perder.
La calentura se quita
Curándola, y el dolor
Con medicinas, señor,
Que el médico solicita.
Pero la propia mujer
Solamente con la muerte,
Porque es la cosa más fuerte
Que un hombre puede tener.

ORFEO.

Bienaventurado el hombre
Que halló mujer á su gusto,
Sin ocasión de disgusto
Y sin temor que le asombre.

FABIO.

¿Qué llamas temor?

ORFEO.

De ser
Celoso, un bien de los cielos
Grande, y que no tenga celos
De su ofensa su mujer.

FABIO.

No tendrá celos de ti
Eurídice, pues desprecias,
Sean discretas ó necias,
Cuantas se pierden por ti.

ORFEO.

¡Ay, Apolo! ¿Cómo está
Triste Eurídice? Mi bien,
¿No me habéis? ¿Qué es esto? ¿Quién
Pena, mis ojos, os da
Y los vuestros entristece?
Ó ¿hacéislo, señora mía,
Para que imagine el día
Que vuestra luz le anochece?
¿Qué accidente padecéis?
¡Triste de mí! ¡Yo soy muerto!

EURÍDICE.

Allá, del pie descubierto
De Fílida lo sabréis.

ORFEO.

¿Qué pie? ¿Qué Fílida? ¿Cuándo
A Fílida vi ni hablé?

EURÍDICE.

Cuando le vistes el pie
El arroyuelo saltando.

ORFEO.

Celos ó engaños han sido
Si pensáis que yo la vi.

EURÍDICE.

Ella me lo ha dicho aquí.

ORFEO.

Pues ella lo habrá fingido
Para burlarse, mis ojos.

EURÍDICE.

Dijístesle: «Pies tan bellos,
Bien merecen que tras ellos
Se vaya el alma en despojos;
Menos ligeros quisiera
Que en el arena saltaran,
Para que estampa dejaran
Donde la boca pusiera.
Y así, con deseos vanos,
Rogué al amor que después
Tropezaran vuestros pies
Para que os diera las manos.»

ORFEO.

¿Yo dije tal?

FABIO.

¿Ves, señor,
Que no puede haber casado
Que no viva, si es amado,
Sujeto á tanto rigor?
Mal haces, señora mía,
En creer una envidiosa
Que, de tu gusto celosa,
Poneros en mal quería.
Las galas y el buen marido
Envidia toda mujer;
Por esto debe de haber
Lo del arroyo fingido.
Y pruébolo. Si le viera
El pie tu marido Orfeo,
Que no la alabara creo,
Porque ayer en la ribera
De ese nuestro humilde río,
Una chinela dejó
Con la fuerza que saltó,
Que tiene pesado el brío:
Halléla, que aquel distrito
Suelo pescar muchas veces,
Con cuatro libras de peces
Como si fuera garlito:
Llevéla á darle matraca,
Y en albricias me dió el pie,
Donde aquel cesto calcé
En una lengua de vaca.

ORFEO.

¡Ay, Eurídice querida,
Qué agravio á mi amor has hecho,
Sabiendo tú que en mi pecho
Sirves por alma á la vida!
Deja esos vanos recelos,
Envidia vil de los dos;
Que no ha hecho gracias Dios
Con que puedan darte celos.
Envidiando tu hermosura,
De su cabeza sacó
Este embuste quien pensó
Darte el pesar que procura.
Pero dice mi firmeza
Que en vano su engaño es,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pues aunque entra por los pies,
Ni tiene pies ni cabeza.
¡Si los vi, plega á los cielos
Que me aborrezcas, mi bien,
Y que mis celos te den
Causa para darme celos!
Estimo el verte celosa
Si son señales de amor,
Y vuelve con su rigor
La más tibia, más gustosa;
Pero no el ver sin razón
Que mi inocencia.....

EURÍDICE.

No quiero
Quererte sin que primero
Me des más satisfacción.

FABIO.

¿Quieres que vaya, señor,
Por la chinela que digo?

ORFEO.

Mi Eurídice, ven conmigo:
Verás si es firme mi amor.

EURÍDICE.

Vamos; que ya mis desvelos
Me muestran, á costa mía,
Que sé lo que no sabía.

ORFEO.

Pues ¿qué sabes?

EURÍDICE.

Lo que es celos.

ORFEO.

Ven, que la satisfacción
Te hará olvidar su pesar.

EURÍDICE.

¿Cómo los podré olvidar
Después que sé lo que son?

Vanse Eurídice y Orfeo.

FABIO.

No es posible que no sea
Con causa quejarse aquí
Eurídice; yo mentí,
Que sólo su paz deseo;
Que chinela tan notable
En mi vida pienso vella;
¡Si apenas cupiera en ella
El alma de un miserable!
Calcésela en las orillas
Del arroyo en que la hallé,
Y con andarla en el pie
Sentí en las manos cosquillas;
No sé qué pueden tener
Los pies para enamorar,
Pues ni ellos saben hablar,
Ni al que habla responder.
Mas no enamoran por vanos
Cuando por la saya asoman;
Que como los pies no toman,
Quiérense más que las manos.
Orfeo debe de haber
Con aquellos pies topado;
Que esto de hablar de casado
Melindres deben de ser.
Celoso estoy; que pues yo
La bella Fílida amé
Cual figura por el pie,
Lo mismo le sucedió.
No blasone ningún hombre
Que amare, con posesión;
Que los hombres hombres son,
Y es la libertad su nombre.
Aristeo viene aquí;
¿Cuánto va que me persigue,
Sin que el enojo le obligue
Con que ayer le respondí?

Sale Aristeo.

ARISTEO.

En tu busca, Fabio amigo,
Ando desde hoy todo al valle.

FABIO.

Para lo que tú me quieres,
Es lo mismo no buscarme.

ARISTEO.

Ya no quiero que me quiera
Aquella nueva Anaxarte,
Aquella Daphe laurel,
Y más ingrata que Daphe.
Volverme á mi reino quiero,
Y sólo quiero rogarte
Que, porque en ausencia suya
No venga amor á matarme,
Hagas de suerte que lleve
Aquel retrato en que salve
La vida, como en el templo
De tan soberana imagen.
Daréte por él dos joyas
Que valen cuatro ciudades,
Aunque para su hermosura
Menos que estas flores valen.
Como ella al sol en belleza,
Aquí vence al oro el arte,
Lo falso á lo verdadero,
El relieve á los diamantes.
Dame, Fabio, este contento;
Que quiero luego embarcarme
Á Tracia, de donde quiero
Otro presente enviarte
En que conozcas mi amor.

FABIO.

Aristeo, no te canses;
Ya ves que para ser hurto
Es aquel retrato grande,
Y que, echándose de ver,
Era poco que me maten;
Tras esto, como en las bodas
Cayó en tierra y pudo alzarse,
Está en más veneración
Que los sagrados Penates:
Si tú quieres uno mío
Con que puedas consolarte,
Yo te le daré; mas es

De mala mano.

ARISTEO.

¡Que trates
Mi amor, Fabio, de esta suerte!

FABIO.

Ahora bien, para obligarte
Una cosa quiero hacer,
Para tu remedio fácil:
Bien sé que me engañas.

ARISTEO.

¿Cómo?

FABIO.

En decirme que ausentarte
Puede ser posible amando.

ARISTEO.

¿No pueden, Fabio, forzarme
Los desdenes?

FABIO.

Los desdenes
Detienen un firme amante.
Si Troya se les rindiera
En viendo las griegas naves,
No ganara fama Aquiles
Ni los demás capitanes:
Diez años de resistencia
Dieron los hechos iguales
Al laurel de la victoria.

ARISTEO.

La verdad me persuades;
Pero dime tu consejo.

FABIO.

¿Conoces en este valle
Á Fílida, una pastora
Que cuando á la tarde sale,
Hay dos albas aquel día,
Con salir siempre á la tarde?

ARISTEO.

De vista no más.

FABIO.

Pues oye:
Si Medea, Circe, Hecale
Y las demás hechiceras
Que historia y fábula saben,
Resucitaran agora,
Le rindieran vasallaje;
Es mujer que escribe letras
En la luna, tempestades
Levanta en cielo sereno,
En los más tranquilos mares:
Á la mujer más helada
Que quiera, perdida hace,
A quien en su vida pudo
Obligarla que le amase.
No hay diablo en el hondo abismo
Seguro, como le llame;
Luego, á ver lo que les manda,
Del negro Aqueronte salen:
Una vez azotó á uno.

ARISTEO.

¿Cómo puede ser, si sabes
Que son espíritus?

FABIO.

¡Bueno!

ARISTEO.

Pues ¿qué quieres?

FABIO.

Que repares
En que es interior la pena.

ARISTEO.

Ahora bien, ¿qué podrá darme,
Para remedio de amor,
Fílida cuando le hable?

FABIO.

¿Cómo qué? Hierbas, palabras,
Versos, conjuros.....

ARISTEO.

Pues parte
Y tráeme á Fílida aquí;
Que si puedo remediarme,
Diez colmenas te prometo.

FABIO.

Pues para desengañarte
De que ya sabe tu intento,
Basta que á buscarte baje
Fílida al valle.

ARISTEO.

Es verdad.

FABIO.

Pues solo quiero dejarte;
Pero advierte, mayoral,
Que si es verdad, has de darme
Las colmenas prometidas.

ARISTEO.

Pocas son para pagarte.

FABIO.

Estoy bien con las abejas,
Porque son muy semejantes
A los ingenios que inventan,
Pues de varias flores hacen,
Con su trabajo y estudio,
Aquel licor tan suave.
Y con los zánganos mal,
Que dicen que entre ellas nacen
Y la dulce miel les comen,
Porque estas bastardas aves
Parecen á los que hurtan,
Por mucho que lo disfracen,
Lo que los otros trabajan.

ARISTEO.

Ya llega.

FABIO.

Apolo te guarde.

Vase Fabio y sale Fílida.

FÍLIDA.

Éste es aquel amante de Euridice
Tan desdichado como yo, que adoro
A quien la adora.

ARISTEO.

Mucho contradice
A la opinión que tiene su decoro.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pero si Fabio con piedad me dice
Que sabe el arte de olvidar, que ignoro,
Ó el de querer, ¿qué más me importa? ¡Ay,
[cielo!
¿Qué temo? ¿Qué pretendo? ¿Qué recelo?
Hermosa ninfa, á quien siempre responda
Fértil el trigo que en tus eras mides,
Y Baco tan copioso corresponda
Que lleguen al lagar las propias vides;
Y apenas con el tiro de la honda
Alcances en el monte que resides
A la postrera oveja del ganado,
Tan ancho baje desde el monte al prado:
Yo soy un hombre cuyo nacimiento
Lejos de aqueste valle, es más honroso
De lo que te promete el ornamento
Que disfraza mi intento cauteloso;
En fin, un amoroso pensamiento,
Que basta que le entiendas amoroso,
Me ha detenido por aquestos sotos,
Del alma sueños, de la vida lotos.
Apenas de Euridice la hermosura
Vieron mis ojos, cuando ya casada
La goza Orfeo, aquel cuya ventura
No tiene reinos con su gusto en nada.
Lloré, volvíme loco, y por la dura
Tierra arrojado, me halló el alba helada
Mas de una noche, porque al fin le quiere,
Y no quiere que yo remedio espere.
Hame dicho un pastor, pastora mía,
Que tú sola podrás, si puede alguna,
Ó quitarme esta loca fantasía,
Ó remediar tan áspera fortuna;
Por ti, la condición más dura y fría,
Más áspera, rebelde é importuna,
Dicen que tierna y blanda quiere y ama,
Y que quien ama, lo que amó desama.
¡Ay, Fílida gallarda! Si á los cielos
Mueve un amante, imítalos agora:
Ó quítame este amor, ó aquestos celos,
Ó de mi amor á Eurídice enamora,
Ó en ella siembra incendios, ó en mí hielos.
Alábese tu ciencia vencedora
De aquel desdén, y ofreceré á tus ojos
Almas, en vez de inciensos y despojos.

FÍLIDA.

Saber que te han engañado,
¡Oh generoso Aristeo!
Puede templar el deseo
De castigarte culpado.
¿Parécete que hay en mí
Para tal oficio partes?
Si yo sé de amar las artes,
Del cielo las aprendí.
Los hechizos de allá vienen:
De ellos, Aristeo, me valgo;
Que puesto que pueden algo,
Es corto el poder que tienen.
No hay hechizo en la mujer
Como merecer amor,
Porque forzar lo interior
No sé cómo puede ser.
Con mal anda la hermosura,
Y aun la edad, cuando se vale
De hechizos quien ya se sale
Del mismo bien que procura.
Amor, ¿qué pide? Otro amor;
Pues si no es amor forzado,
Claro está que no ha llegado
Á conseguir su favor.
No quiero, aunque bien pudiera,
Enojarme, y la razón
Es tu engaño y mi afición,
Que la tuya considera.
Si á Eurídice quieres bien,
Yo me muero por Orfeo;
Su esposa te da deseo,
Y á mí su esposo también.
Y aunque has venido engañado,
No ha de ser en vano ya;
Que de tu engaño saldrá
Remedio á nuestro cuidado.
¿No es hechicera quien sabe
Hacer invenciones?

ARISTEO.

Sí;
Y perdóname si fuí
Contra persona tan grave,
Mal informado de Fabio,
Pastor grosero y burlón;
Que es todo ingenio bufón
Dispuesto á cualquier agravio.
Bien sé yo que quien hechiza
No está de sí satisfecha;
La edad que ya no aprovecha,
Busca el fuego en la ceniza.
Pero quien fía de sí
Lo que puede enamorar,
Basta dejarse mirar
Como yo te miro á ti.
Amanecer á la aurora
Una mujer afeitada
De jazmín y de encarnada
Rosa, altamente enamora.
La que se acuesta clavel,
Y lirio azul amanece,
Busque hechizos, pues merece
Que la aborrezcan por él.
Pero pues es justo dar
Nombre de hechicera á quien
Hace una invención, ya es bien
Que te lo pueda llamar.
Gustos, melindres, amores,
Regalos y niñerías,
En las noches y en los días
Son los hechizos mayores.
Haz, Fílida, pues que sabes,
Para los dos, pues pasión
Propia te obliga, invención
Con que nuestra pena acabes.

FÍLIDA.

Vete hacia el templo de Apolo,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Digo, de Venus; que allí
La llevaré.

ARISTEO.

¡Cómo!

FÍLIDA.

Á mí
Su amor da crédito sólo;
Diréle que quiere hablarme
Su esposo; celosa irá;
Saldrás: el lugar está
Lejos.

ARISTEO.

No hay más que informarme;
Voy á esperarla.

FÍLIDA.

Camina.

ARISTEO.

Ahora duélete de mí;
Y pues por ti me perdí,
Tu mano piadosa inclina.

Vase Aristeo.

FÍLIDA.

Ella baja. ¡Qué ventura!

Salen Eurídice y Dantea.

EURÍDICE.

Vuelve, Dantea, al lugar,
Porque será no le hallar
Para mí gran desventura.

DANTEA.

¿De dónde se desató
El retrato que perdiste?

EURÍDICE.

De aquestas cintas. ¡Ay, triste!

DANTEA.

¿No le echaste menos?

EURÍDICE.

No.

DANTEA.

Consuélate con que el vivo
Ya no te puede faltar.

EURÍDICE.

No me puedo consolar
Del disgusto que recibo.
Cuenta las hierbas, las flores;
Que entre ellas se habrá escondido.

DANTEA.

Yo voy.

FÍLIDA.

¿Qué te ha sucedido?

Vase Dantea.

EURÍDICE.

Desdichas, siempre mayores,
Pues he topado contigo.

FÍLIDA.

Mal me debes de querer.

EURÍDICE.

Por fuerza te he de tener
Por el mayor enemigo.

FÍLIDA.

¿No era yo tu grande amiga?

EURÍDICE.

Sí, Fílida; pero es cosa
El enseñarme á celosa
Que aborrecerte me obliga.

FÍLIDA.

¿No ves que aquello fingí
Para enseñarte los celos?

EURÍDICE.

¡Oh, cuán á mi costa ¡cielos!
Tus lecciones aprendí!
Mas no puedo persuadirme
Á que no me engañe Orfeo.

FÍLIDA.

No me meto en su deseo;
Yo sé que soy siempre firme.

EURÍDICE.

Dime, pues me has enseñado
Esto que nunca supiera,
¿Quiérete bien?

FÍLIDA.

No quisiera
Darte, Eurídice, cuidado.
Orfeo me quiere bien;
Tú eres mi amiga; ¿qué importa?

EURÍDICE.

No cuando mi vida acorta,
Y mi esperanza también.
Pero yo, ¿por qué te creo?

FÍLIDA.

En llegando á imaginar
Que yo te puedo engañar,
Se correrá mi deseo.

EURÍDICE.

¿Cómo podré yo saber
Que te quiere?

FÍLIDA.

Ven conmigo
Para que seas testigo,
Que es lo más que puedo hacer.

EURÍDICE.

¿Adónde?

FÍLIDA.

Bien cerca es;
Donde dijo que vendría
A buscarme.

EURÍDICE.

¡Y me decía
Que nunca te vió los pies!
¡Ah, traidor, no hay que fiar!
Llévame contigo.

FÍLIDA.

Es cosa
Injusta.

EURÍDICE.

Ya estoy celosa;
Que no era posible amar

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Sin celos; miente quien ama
Si dice que no los tiene;
Que apenas al alma viene
El amor, cuando los llama.
Celos no son diferencia
De amor, que en todo rigor
Sustituyen al amor,
Si no son su misma esencia.
Pero pues estos enojos
Á él le entraron por los pies,
Aunque la muerte me des,
Éntrenme á mí por los ojos.

FÍLIDA.

Ahora bien, vamos; que quiero
Hacer dos cosas injustas,
Pues que tú de entrambas gustas,
Previniéndote primero:
Una en serle desleal,
Y otra en pagar mal su amor.

EURÍDICE.

No es justo por un traidor
Decir de los hombres mal;
Pero si por tales modos
Hombre me pudo ofender,
¡Viven los cielos, de ser
Fuego que los queme á todos!

Vanse, y salen Aristeo y Camilo.

ARISTEO.

¡Extrañas nuevas son!

CAMILO.

Á mí me pesa
De ser el portador; mas no cumpliera
Con mi lealtad, señor, si no viniera.
Albante se levanta con tu reino,
Ya es rey de Tracia Albante, y con violencia
Hace que le obedezcan tus vasallos:
Entró por la ciudad con mil caballos
Y cuatro mil infantes, bien seguros
De tal traición los mal guardados muros,
Y apoderóse del alcázar luego,
Jurando de llevar á sangre y fuego
El reino todo: huyeron tus amigos
Para no ser de tal maldad testigos;
Y él, viendo que era ya señor de todo,
Vistió de sus escudos y pendones,
Plazas, ventanas, casamatas, fuertes,
Palacios, templos, naves, que aun almenas
Hizo de sus banderas sus entenas.

ARISTEO.

¿Hay tal maldad, hay caso tan extraño?
¡Que Albante tuvo tal atrevimiento!
¡Que Albante fué traidor á mi corona!

CAMILO.

Señor, como á la ausencia llaman muerte,
Por muerto te ha tenido en esta ausencia;
No le faltan amigos; que el delito
Fundado en interés, oro ó gobierno,
Siempre halló compañía, siempre amparo.

ARISTEO.

No puedo responderte, aunque reparo
En que la dilación dañarme puede,
Por quien mil veces mayor mal sucede,
Y es porque estoy en ocasión agora
Del premio que mi amor alcanzar trata
De la mujer más bella y más ingrata.

CAMILO.

¿Ingrata en tanto tiempo?

ARISTEO.

¿Tú imaginas
Mujer humana?

CAMILO.

No, las hay divinas.

ARISTEO.

Casóse cuando apenas te partiste.

CAMILO.

Pues ¿qué es lo que casada pretendiste?

ARISTEO.

Lo que agora la industria me promete.

CAMILO.

¡Que amor á tantos daños te sujete!

ARISTEO.

Por este valle abajo, entre unos juncos,
Pasa un arroyo, cuya limpia balsa
Del agua mansa, en apariencia falsa,
Parece con los lirios y espadañas,
Con la igualdad de las menudas cañas,
De terciopelo verde, fondo en plata;
Pues vete, y en la margen que remata
Aguárdame sentado mientras vuelvo
Con la victoria ó con mayor desdicha.

CAMILO.

Amor te dé, señor, ó seso, ó dicha,
Aunque suele quitar entrambas cosas;
Que no quiero, aunque es justo, replicarte,
Que sé de coro de servir el arte,
Y sé la obstinación de los que aman,
Que los consejos de su bien desaman.

Vase Camilo, y salen Eurídice y Fílida.

EURÍDICE.

Tarda Orfeo.

FÍLIDA.

Habrá venido.

EURÍDICE.

Tú me debes de engañar.

FÍLIDA.

Para tanto sospechar,
Mucha paciencia he tenido.

EURÍDICE.

¡Ay, Fílida, no te quejes,
Pues me enseñaste á celosa!

FÍLIDA.

Quiero dejarte quejosa.

EURÍDICE.

Más lo estoy de que me dejes.

FÍLIDA.

¿No has visto que el cazador,
Porque dé en la red la caza,
La de otra parte amenaza
Y así la coge mejor?
Pues voy aquella alameda,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Porque, si me aguarda allí,
Venga á la red y dé en ti.

Vase Fílida.

ARISTEO.

¡Victoria, si sola queda!
Pero en vano me adelanto
Con la victoria; que, en fin,
Dicen que se canta al fin,
Y yo al principio la canto.

EURÍDICE.

En notable confusión
Me ha puesto Fílida, cielos,
Pues desengaños de celos
Mayores engaños son.
No siento pasos, ni veo
Cosa en tanta soledad,
Indicio de la verdad
Que teme y busca el deseo.
Verdad que el sentido ofusca
Para que se hiele y queme,
Pues la busca quien la teme,
Y teme hallar lo que busca.
¿Para qué averiguo insultos?
Celos, si no os quiero hallar,
¿Para qué os vengo á buscar?
Mejor estaréis ocultos.
Una sombra he visto allí,
Si es justo darle este nombre
Al cuerpo; mas siendo de hombre,
Todo es sombra para mí.
Él se esconde en la arboleda.
¿Si es mi esposo? Él es. ¿Qué espero,
Si de ver me desespero
Que á Fílida esperar pueda?
Llegaré determinada
Aunque me quite la vida;
Que una mujer ofendida,
Ni teme fuego, ni espada.
Traidor esposo, ¿qué importa
Que estos álamos y fresnos
Hagas capa, con que dejes
Ciego el toro de mis celos,
Si ellos en ti, y en los troncos.....
¿Qué es esto, cielos?

ARISTEO.

Que el cielo
Te trujo á esta soledad
Para mi bien y remedio.
Aristeo soy; ¿qué miras,
Pues al Príncipe Aristeo
Has convertido en pastor,
Y en tosco cayado el cetro?
Por ti mi reino he perdido,
Pues ya me ha quitado el reino
Un traidor: espera, escucha.

EURÍDICE.

El traidor en tí le veo
Para el reino de mi honor,
Que más que el tuyo le precio.
¡Viven los dioses, que ha sido
De la vil Fílida enredo
Traerme á la soledad,
Donde tu violencia temo!
Pero primero la vida,
Y dos mil vidas primero
Perderá mi honor constante,
Que te alabes.....

ARISTEO.

Quedo, quedo;
Que ya no puedo sufrir,
Eurídice, tus desprecios.
¿Qué milagro te parece
Agora en el mundo nuevo,
Que se rinda una mujer,
Ó con fuerzas ó con ruegos?
¿Quién es Orfeo, tu esposo?
¿Por dicha es Marte soberbio?
¿Es Júpiter? ¿Es Apolo?
¿No es un hombre? ¿No es Orfeo?
¿No soy Rey de Tracia yo,
Que, fuera de esto, merezco,
Por mí mismo y por mi amor,
Más que ese músico necio?
Si él sabe cantar, yo sé
Llorar en el instrumento
Del alma; si él versos hace,
Yo sé también hacer versos;
Si él mueve piedras cantando,
Por eso le tengo en menos,
Pues, sin ser animal ni hombre
Las piedras mueve el dinero.
Y para que á ti te mueva,
Una nave te prometo
Con todo el casco de plata,
Sin otra madera ó hierro
Desde la popa al bauprés,
Y en vez de jarcias y lienzos,
Chafaldetes, trizas, trozas,
Brandales y racamentos,
Oro y seda, cuyos cabos
Tremolen de perlas llenos.
Diana, esa diosa casta,
Quiso á Endimión, y vemos
Que hoy día en el monte Lathmo
Le baña en profundo sueño:
Y la causa por que hizo
Á Anteón forma de ciervo,
Fué para que no contase
Que vió desnudo su cuerpo:
Mira lo que en estas selvas
Lloró por Adonis Venus.
Diosas eran, tú mujer;
Deja los vanos trofeos
Del honor, que es invención
Del mundo, y un vil decreto
De los hombres, que se pierda
El hombre á mujer sujeto,
Y no la mujer, si el hombre
Pone en otra el pensamiento.
Pienso que admites mi amor,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Porque dice tu silencio,
Que te vence mi razón.

EURÍDICE.

Mirando tu atrevimiento,
Perdí para responderte
La lengua; y aunque me veo
Lejos de mi amado padre,
De mi dulce esposo lejos,
Estoy cerca de quien soy,
Y de lo que soy me acuerdo:
¡Vete, infame; que si pongo
Una flecha al arco.....

ARISTEO.

Pienso
Que quieres darme ocasión
Al más riguroso medio.

EURÍDICE.

Si te apercibes, advierte
Que nunca mis pies ligeros
Fueron vencidos. ¡Diana,
Favor!

ARISTEO.

¡Detenedla, cielos!
Eurídice, ¿dónde vas?
Cristalinos arroyuelos,
En mares os convertid,
Mis ojos podrán hacerlos.
Peñascos, poneos delante,
Hechos volcanes de incendios,
Porque una mujer de nieve
Detengan montes de fuego.

Sígala, y Eurídice salga por la otra parte.

EURÍDICE.

Sagradas ninfas, que fuistes
Desde vuestros años tiernos
Compañeras de Diana,
Dando vuestros pies ligeros
De puntapiés á los aires,

Haga que corre.

Que se vengaba en los velos;
Vosotras, que á todas fieras
Con los lustrosos aceros
Del venablo no temistes,
Antes el oro sangriento
Daba indicios del valor
Y del varonil esfuerzo,

Caiga.

Valed..... ¡Ay, triste! ¡Ay de mí!
¿Qué está en la hierba, qué es esto?
¡El pie me ha mordido un áspid!
¡Ya discurre su veneno
¡Al corazón! ¡Muerta soy!

ARISTEO.

¡Bien haya el piadoso suelo
Que te detuvo, Euridice!
Pero, ¿qué esto que veo?
Las rosas de las mejillas,
Cándido jazmín se han vuelto;
Los claveles de los labios,
Bañó temeroso hielo:
Eurídice, ¡ay, triste! ¡Un áspid
Ya por las hierbas corriendo,
Sin duda mordió sus pies!

Salen Fabio y Orfeo.

FABIO.

Por aquí dijo Fileno
Que le vió bajar al valle.

ORFEO.

Aquí suenan tristes ecos.

FABIO.

Allí se queja un pastor:
¿Qué esto, amigo Aristeo?

ARISTEO.

Bajando de la montaña,
Adonde sabéis que tengo
Las más guardadas colmenas,
Oigo en una voz: «¡Ay, muerto!»
Tan tiernamente que el aire
Fué piedra imán del cabello,
Y el corazón, alterado,
Llamó á la puerta del pecho.
Miré á la voz el origen,
Y vi ¡ay, Dios! que de ella el dueño.....
Llegad, que para decirlo,
Ni lengua ni vida tengo.

Vase.

FABIO.

Fuése.

ORFEO.

Miremos quién es.

FABIO.

¡Tu esposa!

ORFEO.

¿Qué dices?

FABIO.

Veo
Su vestido, y no su rostro.

ORFEO.

¡Ay, Fabio, aquí está su cuerpo,
Aquí mi sol eclipsado,
Y su hermosura en el cielo!
¡Eurídice!

FABIO.

Con tu voz
Parece que cobra aliento.

EURÍDICE.

¿Eres mi esposo?

ORFEO.

Yo soy.
Pues mi Eurídice, ¿qué es esto?

EURÍDICE.

Mordióme un áspid el pie

Por esas selvas huyendo.....

ORFEO.

¡Triste de mí!

EURÍDICE.

Del rigor
De un hombre.

ORFEO.

¡Extraño suceso!

FABIO.

Señor, mira que estos males
Quieren aprisa el remedio.

ORFEO.

¡Ella se me muere, Fabio!

FABIO.

Pues haz que tus brazos presto
La lleven al sabio Alcino.

ORFEO.

Vida mía, ¿quién te ha muerto?

EURÍDICE.

Tus celos, esposo mío.

ORFEO.

¿Mis celos, mi bien?

EURÍDICE.

Tus celos.

ORFEO.

¿Cuándo ó cómo?

FABIO.

No responde.

ORFEO.

Yo voy; pero aunque la llevo
Muerta, ella me lleva á mí,
Que voy en sus brazos muerto.

FABIO.

¡Oh, buen áspid, si nacieran
Muchos que mordiesen luego,
No digo las que me escuchan,
Sino las que mal me han hecho!

ACTO TERCERO.

Salen Fabio, Celio, Tirsi y Dantea.

CELIO.

Huye, Fabio, por aquí.

FABIO.

Será terrible rigor;
Que en huir de mi señor
Me mandas huir de mí.

TIRSI.

Mientras parece locura,
Puedes temer un agravio.

DANTEA.

Siente justamente Fabio
Tan notable desventura

FABIO.

La tragedia lastimosa
De la muerte de Euridice,
Pide amor que se eternice
Por obligación forzosa:
En Orfeo, de perder
El seso; en mí, de sentir.

DANTEA.

¡Que en fin viniese á morir!

CELIO.

Decreto debió de ser
De los dioses y los hados,
Porque Alcino la aplicó
Hierbas con que imaginó
Dar vida á jaspes helados.
Su castidad, agradable
Al cielo, mostró piadoso
Con un lirio blanco, hermoso,
De forma tan admirable,
Que las hojas argentadas
En las de esmeralda abrió,
Y con líneas dividió
De oro luciente esmaltadas.

DANTEA.

Pues ¿de dónde le salía?

CELIO.

Del pecho, á quien los pastores
Cubrieron de cuantas flores
La primavera tenía.

FÍLIDA.

¿Si es éste Orfeo?

DANTEA.

No aguardo
Su locura y sentimiento:
Huye, Tirsi.

TIRSI.

Soy el viento.

FABIO.

Aguardo, porque fe guardo.

Todos huyen; Fabio quede, y sale Orfeo.

ORFEO.

Selvas, que á los acentos de mi canto
Con ecos siempre alegres respondistes
Cuando me fué piadoso el cielo santo,
Agora, si la causa conocistes
De mi dolor preciso y lastimoso,
Llorosas repetid mis voces tristes:
Yo soy aquel amante, aquel dichoso
Que mereció llamarse de Euridice,
Para tan breve tiempo, dulce esposo.
¡No sé quién sigue á amor; no sé quién dice
Que es éste el mayor bien de los mortales,
Por más que sus venturas solemnice:
¡Ay, nunca yo para desdichas tales
Gozara venturoso tantos bienes
Si habían de parar en tantos males!

FABIO.

Quiero llegar, señor.

ORFEO.

¡Ay, Dios!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FABIO.

¿Qué tienes?

ORFEO.

¿De dónde vienes, Fabio? ¿Qué preguntas,
Tan bárbaro, mi mal? ¿De dónde vienes?
Tengo en el alma cuantas penas juntas
En el mundo inventaron los tiranos,
Las esperanzas de mi bien difuntas,
Y tengo tantos males inhumanos,
Que pienso que de mí, como veneno,
Huye la muerte de poner las manos.
Mas dime, Fabio, aqueste prado ameno,
¿No te acuerdas que estaba en aquel monte,
Y aquel undoso mar de flotas lleno?
¿No te acuerdas que todo el horizonte
Cubrían puras fuentes cristalinas?
Advierte, antes que Febo se transmonte,
Como cubierta de esmeraldas finas
Euridice, que es ya cándida aurora,
Corre á sus rayos de oro las cortinas.
¿No la ves? ¿No la ves? Dile: Señora,
¿Por qué dejas tu esposo de esa suerte?

FABIO.

No replicarle es más cordura agora:
Señora, ¿por qué dejas á la muerte
A tu querido esposo? ¿Cuál agravio
Pudo jamás, quien te adoraba, hacerte?

ORFEO.

Bien dices, Fabio. ¡Oh, mi querido Fabio,
Cómo muestras en esto ser amigo!
Nunca en su ofensa se movió mi labio:
¿Por qué me das, mis ojos, tal castigo?
Eurídice se fué, ya me ha dejado:
Llorad, montes, llorad, llorad conmigo.

FABIO.

Señor, si está por dicha en aquel prado,
Vamos allá.

ORFEO.

No hará, que de las flores
Tendrá temor.

FABIO.

¿Por qué?

ORFEO.

Muerte le han dado.
Claveles que envidiaron sus colores,
Su blancura jazmines y mosquetas,
Que celos quieren mal, si bien amores,
¿Criaron en las hojas más secretas
Aquel áspid cruel, si no le mueve
La fuerza superior de los planetas,
Que á su divino pie mordió la nieve?
¿Que bañó de coral cinco azucenas,
A quien apenas el amor se atreve?
Que en el rubí de sus preciosas venas
Hizo su diente bárbara sangría,
Temblando Amor, que le miraba apenas?
¡Que no puse por venda el alma mía!
¡Oh, cómo justamente me castigo
De aquella ingratitud y tiranía!
Llorad montes, llorad, llorad conmigo.

FABIO.

Señor, descansa un rato.

ORFEO.

¿Qué es descanso?
¿Tú, Fabio, contra mí? ¿Tú mi enemigo?
¿Yo vivo, muerta Eurídice? ¿Yo canso
El cielo con suspiros cuando hay muerte?
¿Por qué me das aliento, viento manso?
Arboles, ¿qué miráis de aquesta suerte?
¡Viven los cielos, que me sois traidores!
¡Óh, sauce vil, pedazos quiero hacerte!
No, no es posible, ver entre las flores,
Desde el balcón de vuestras verdes ramas,
El áspid que dió muerte á mis amores:
Y tú, casto laurel, que el nombre infamas,
¿Por qué no le avisaste á mi Euridice?

FABIO.

¡Pastores, ah, pastores!

ORFEO.

¿A quién llamas?

FABIO.

A quien tu triste llanto solemnice.

ORFEO.

¡Perro, ya te conozco: morir tienes!

FABIO.

Deja el cuello, señor; yo, ¿qué te hice?

ORFEO.

Yo sé que eres el áspid, y que vienes
A matarme también; toma la planta.

FABIO.

¡Ay, que me ha muerto!

ORFEO.

Dame aquí mis bienes
Dame de mi Euridice el alma santa,
Pues le mordiste el pie.

FABIO.

¿Yo la he mordido?
Tu engaño testimonios me levanta.

ORFEO.

Yo no te vi; que estabas escondido
Debajo de una higuera.

FABIO.

Si yo fuera,
Dejara el pie más limpio y más pulido,
Y los higos más sucios me comiera:
Mira que no soy yo; suéltame un poco.

ORFEO.

Por morder aquel pie, ¡quién áspid fuera!
¡Yo quiero ser el áspid!

FABIO.

¿Estás loco?

ORFEO.

Mordámonos los dos.

FABIO.

¿Somos poetas?

ORFEO.

¡Musas, pues yo lo soy, aquí os invoco!

FABIO.

Aun eso está en razón; busca perfetas
Figuras de decir con lengua clara,
Pues tus mismos conceptos interpretas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ORFEO.

Las musas se me huyeron.

FABIO.

¡Quién pensara
Que se fueran de un triste! Son mujeres
Gente que sólo en interés repara.
Llámalas con dinero si las quieres;
Enséñales la bolsa.

ORFEO.

Faltó el arte.

FABIO.

Pues sin arte, señor, no perseveres,
Que de los versos es la mayor parte,
Si bien el natural entró primero.

ORFEO.

Eurídice, ¿qué haré para cobrarte?

FABIO.

Señor, ya es sin remedio tu mal fiero.

ORFEO.

Fabio, ¿no son las almas inmortales?

FABIO.

Eso es sin duda.

ORFEO.

Pues cobrarla espero:
Y ¿adónde van después que los mortales
Despojos dejan?

FABIO.

Todos los que escriben,
Filósofos y sabios naturales,
Dicen que en el infierno las reciben,
Y que pasando de Aquerón la barca,
En los Campos Elíseos después viven.

ORFEO.

Pues yo quiero, primero que la Parca
El hilo corte á mi vital gobierno,
Ir á buscarla si Carón me embarca;
Que cantando á las puertas del infierno,
Pienso mover su rey inexorable;
Cantando alegraré su llanto eterno.

FABIO.

Tú serás el marido más notable
Que haya tenido el mundo, pues que quieres,
Una vez muerta tu mujer amable,
Volverla á ver.

ORFEO.

Y tú el más necio eres;
Que sus muertes se deben con mil vidas
Comprar cuando son buenas las mujeres:
Toma luego el camino, y no me impidas.

FABIO.

¿A qué ciudad te partes?

ORFEO.

Yo gobierno,
Y sirves tú.

FABIO.

Cuando lo justo pidas,
Bien sé que es de amador afecto tierno;
Pero ¿cuál hombre ha dicho á su criado:
Toma luego el camino del infierno?
¿Soy yo logrero? ¿Vendo vino aguado?
¿Echo yo en azafrán hebras de vaca?
¿Juzgué cosa jamás mal informado?
¿Fingíme santo yo con la matraca
De lo exterior? ¿Robé la hacienda ajena?

ORFEO.

Fabio, de tu flaqueza fuerzas saca;
Que yo tengo de ver la infernal pena.

FABIO.

Déjame despedir, sepa un amigo
Que voy, no sé si diga á tierra ajena.

ORFEO.

Aquí te aguardo.

FABIO.

Á grande mal me obli-
[go.

Vase Fabio.

ORFEO.

Presto te pienso ver, querida esposa:
Llorad montes, llorad, llorad conmigo.

Sale Fílida.

FÍLIDA.

No ha nacido mujer más venturosa.
Aquí está Orfeo.

ORFEO.

Ya no habéis de oirme
Sin Eurídice, monte y selva umbrosa,
Hasta que me llaméis marido firme.

FÍLIDA.

Quisiera, divino Orfeo,
Como te dí el parabién,
Darte el pésame también
De la desdicha que veo;
Pero de tu ingenio creo,
Y de tu heroico valor,
Que sabrás templar tu amor
Aunque instrumento del alma,
Porque vencerse es la palma
Y la victoria mayor.
Eurídice muerta yace
Mordido aquel blanco pie
Que á las estrellas se fué
Donde ya como sol nace;
Y aunque justamente hace
Tu amor aquel sentimiento
Digno á su merecimiento,
No es de discretos buscar
Lo que sólo puede hallar
Perdiéndose el pensamiento.
Vuelve los ojos á ver,
Porque tu tristeza impida,
Una mujer que se olvida
Por ti de su mismo ser;
Ya no se puede querer
Lo que una vez se perdió:
Hállame á mí, porque yo
Pienso que podré olvidarte
De Eurídice, con amarte,
Pero las tristezas no.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ORFEO.

Algo olvidado de mí
Á fuerza de mi dolor,
Que ya sabes de mi amor
El alto bien que perdí;
Deseo saber de tí
Quién eres; que si mi canto
Movió las fieras á espanto,
Puede ser que alguna seas,
Ó peña que dar deseas
Ecos á mi triste llanto.
¿Eres tigre, eres león,
Eres árbol, ó quién eres?

FÍLIDA.

Siempre tú con las mujeres
Tuviste esa condición,
Para ti todas lo son;
Pero Fílida merece
Lo que tu amor no agradece;
Que, fuera de ser quien soy,
Hago mucho, pues que doy
El alma á quien me aborrece.
No hay en la selva quien pueda
Enriquecer tu deseo
De más oro y plata, Orfeo,
Ni mayor nobleza hereda;
Pues cuando con esto exceda
Á cuantos hoy tiene el valle,
Y después de darte y dalle
Á él valor, y á ti mujer,
Algo pueden merecer
Mi entendimiento y mi tale.

ORFEO.

Fílida, si yo tuviera
Pensamiento de querer
Otra mujer, mi mujer
Pienso que después te hiciera;
Que el tiempo lugar me diera
Con que mi Eurídice lloro;
Pero ni estimo tesoro,
Ni me obliga tu belleza;
Que quiero más mi tristeza,
Que tu belleza y el oro.
Ésta sólo vive en mí,
Y en ella aquel alma bella,
Como tú dices, estrella,
Aunque fué sol para mí;
Con ella el alma perdí,
Y así la pienso buscar;
Que hasta volverla al lugar
Adonde estuvo primero,
Ni dejar de llorar quiero,
Ni puedo dejar de amar.

FÍLIDA.

Escucha.

ORFEO.

Es cosa perdida.

FÍLIDA.

Pues ¿dónde vas de esa suerte?

ORFEO.

Á los reinos de la muerte
Para que me den la vida.

FÍLIDA.

Está Venus ofendida
De ti.

ORFEO.

Ya lo sé, y que ha sido
El oráculo cumplido,
Pues á mi Eurídice un día
Dijo que esposo tendría,
Breve, gustoso y perdido.

FÍLIDA.

Dame los brazos siquiera,
Pues de este valle te vas.

ORFEO.

Si no la viera jamás,
Por ser cortés te los diera.

FÍLIDA.

¿Tu necio amor verla espera?

ORFEO.

Yo voy por ella á despecho
Del infierno.

FÍLIDA.

Es loco hecho.

ORFEO.

No, que si espíritu es ya,
Por la boca me entrará
Y sacaréla en el pecho.

Vase Orfeo.

FÍLIDA.

¿Qué aguardáis, vana esperanza,
Qué es lo que queréis de mí?

Sale Fabio graciosamente de camino, con unas alforjas, una lancilla.

FABIO.

Pienso que voy bien así
Con mis alforjas y lanza.

FÍLIDA.

¿Quién es aqueste extranjero?

FABIO.

¡Que se vaya de esta suerte
Un hombre al infierno, ¡oh muerte!
Sin ver tus huesos primero!
Mas mi Fílida está aquí.

FÍLIDA.

¿Es Fabio?

FABIO.

¿Pues no me ves?

FÍLIDA.

¿Dónde vas?

FABIO.

Donde después
No sepa nadie de mí.
Pero aunque es larga jornada
Y mala en todo rigor,
Despedir me manda amor
De tu pie, Fílida amada,
Que sólo fué lo que vi

Para enamorarme tanto.

FÍLIDA.

¿Dónde vas?

FABIO.

Daréte espanto.

FÍLIDA.

¿Dónde?

FABIO.

Al infierno.

FÍLIDA.

¡Ay de ti!

FABIO.

Dame el pie que me mató;
Llevaréle á chamuscar,
Porque le quiero pagar
El fuego que me causó.

FÍLIDA.

¿Qué llevas aquí?

FABIO.

Al infierno
Llevo despachos, algunos
De amigos tan importunos,
Que hasta con su fuego eterno
Pretenden corresponderse.

FÍLIDA.

¡Qué gentil correspondencia!

FABIO.

Aunque es ahora en ausencia,
¿Quién duda que esperan verse?
Á ciertas bellas Cleopatras
Llevo papeles; ¿qué piensas?
Y entre cuentas de despensas,
Escrituras de mohatras.
Otras supuestas me han dado
Con antedatas crueles,
Y también llevo papeles
De los que piden prestado.
Toda esta alforja cargué
De firmas negadas.

FÍLIDA.

Mira
Que pasará la mentira
Y vas caminando á pie.

FABIO.

¡Oh, qué llevo de recetas
Que han aprovechado mal!

FÍLIDA.

Tú llevas lindo caudal.

FABIO.

De esto que escriben poetas
Llevo un camello cargado;
Pero porque tarde es ya,
Licencia y brazos me da.

FÍLIDA.

Mira que te han engañado
Si acaso vas con Orfeo.

FABIO.

¿Qué he de hacer si es mi señor?

FÍLIDA.

Reñirle tan loco error
Y reducir su deseo.

FABIO.

¿Piensas que soy el primero
Á quien llevaron amigos
Al infierno?

FÍLIDA.

¡Qué castigos
Te han de dar!

FABIO.

Ya los espero.

FÍLIDA.

Por haber sido alcahuete.

FABIO.

¿Yo?

FÍLIDA.

Pues ¿niégaslo, traidor?

FABIO.

¿Fuí más de concertador?

FÍLIDA.

¿Qué necia afición te mete
En ir con un loco allá?

FABIO.

Pésame que un buen marido
Vaya al infierno perdido,
Quedando tantos acá
Que pudieran ir mejor;
Ellos saben si yo miento:
Ahora bien, dejarte siento,
Que me debes tierno amor;
Mira qué quieres de allá:
¿Algunas habas ó afeites,
Untos, solimán, aceites?
Aunque no hay pocos acá.
¿Qué hechizos ó qué conjuros,
Que ésta es fruta que el infierno
Lleva en verano é invierno,
Ó qué vocablos obscuros?
Mira qué pariente acaso
Quieres que salude, y mira
Si quieres que á la mentira
Le pida algún nuevo caso;
Allá pienso visitar
Pastores que aquí traté.

FÍLIDA.

Loco estás.

FABIO.

Más lo estaré
Si no me dejan tornar:
¡Adiós, mundo; adiós, aldea;
Adiós, prado, selva, fuente;
Que voy á beber caliente,
Que no hay mal que mayor sea!
¡Adiós, ingratos extremos,
Malas lenguas sin castigos;
Adiós, traidores amigos,
Que presto allá nos veremos!

Vase Fabio.

FÍLIDA.

¿Puede haber locura igual,
Puesto que ha sido firmeza?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen Claridano y Aristeo.

ARISTEO.

Claridano, yo agradezco
Ese sentimiento y pena
Que mostráis en mi partida.

CLARIDANO.

Sabe el cielo que me pesa
Mucho más de lo que muestro.

ARISTEO.

El ser forzosa mi ausencia
Os pudiera consolar
Si la causa refiriera.

CLARIDANO.

Supuesto que enriquecido
La labor de las abejas
Me dejan, más siento agora
El ver que mi casa dejas;
De ella te quise hacer dueño,
Y darte á Fílida bella,
Fílida, que con el sol
Se atreve á hacer competencia:
¿No la quieres, quieres irte?
Dame esos brazos.

ARISTEO.

Conceda
Tan larga vida á tus años
El cielo, que nietos veas
De tus nietos.

CLARIDANO.

A ser tuyos,
¡Qué dicha, qué gloria fuera!

Vase Claridano.

FÍLIDA.

¿De qué va tierno mi padre,
Y te da los brazos?

ARISTEO.

Llegas,
Fílida, á buena ocasión,
Pues hoy me parto á mi tierra.

FÍLIDA.

Con razón mi padre siente
Tu partida, que á estas peñas
Dará pena; ya los campos
Llorarán tu breve ausencia,
Ya las abejas no harán
De las flores de estas selvas,
Con el rocío del alba,
Blancas ciudades de cera.
Todo cesará sin ti,
Que trujiste las colmenas
Desde los valles de Tracia
Á las montañas de Tebas;
Pero dime si es verdad,
Como entre pastores suena,
Que eres rey.

ARISTEO.

Ya que me parto,
Poco importa que lo sepas:
La hermosura de Euridice,
Que ya, por mi causa, muerta,
Resuelve en tierra las rosas,
Y en polvo las azucenas,
Me detuvo en estos campos
Donde vine á cazar fieras,
No tan fieras para mí
Como lo fué su dureza:
Ya sabes toda mi historia,
Y que, huyendo en esta vega,
En forma de áspid la envidia
Mordió sus pies blancos, que eran
Antípodas de su cara,
Por no mirar sus estrellas.
Muérome por estos valles
De ausencia y de eterna ausencia;
¿Para qué quieres que viva
Si ya no es posible verla?

FÍLIDA.

¿Cómo no, si ya su esposo,
Con su lira y su voz tierna,
Por ella al infierno parte?

ARISTEO.

¿Qué dices?

FÍLIDA.

Que va por ella.

ARISTEO.

Pues ¿presume enternecer,
Por más que celeste sea
Su voz, muros de diamante?

FÍLIDA.

No sé si es mucha soberbia;
Mas lo que no puede hacer
La música, tú no creas
Que lo harán fuerzas humanas.

ARISTEO.

No sé si aquí me entretenga
Hasta ver qué trae de allá.

FÍLIDA.

Espera, ansí te concedan
Los dioses ver á Euridice.

ARISTEO.

Sí haré, si tú me confiesas
Que es más locura esperallo
Yo, que ir Orfeo por ella.

FÍLIDA.

Para que tengan ejemplos
Dos imposibles, aciertas:
Tan falsa esperanza en ti,
Y en él tan necia firmeza.

Vanse.

Salen Orfeo y Fabio.

ORFEO.

Bien sé que vas cansado.

FABIO.

No pudiera
Cansarme de servirte en tal camino
Si el pretendido fin posible fuera.

ORFEO.
Pues yo, Fabio, posible le imagino.
FABIO.
Camino del infierno, ¡quién dijera
Que fuera con la vida un peregrino!
ORFEO.
Peregrino de amor, de amor profundo,
Me ha de llamar eternamente el mundo.
FABIO.
¡Que no se halle una venta, con ser cierto
Que aquesta senda va á su llama eterna!
¡Que no haya un bodegón en este puerto,
Una carnicería, una taberna!
Todo está de peñascos encubierto;
Donde el sol amanece de linterna,
En medio luce, entrando por arriba,
Que pienso que del cielo se derriba;
Ya los oídos de temor me tapo
Del son de los tormentos que imagino;
No vuelvo más aquí si de ésta escapo;
Todo es pálidas sombras el camino;
Si rueda por la peña algún gazapo,
Sospecho que es espíritu malino;
No hay árbol que no piense, entre estos fieros,
Que es algún alma á quien debí dineros.
ORFEO.
Aquí me aguarda, y dame el instrumento,
Que ya la puerta de diamante veo.
FABIO.
Pues ¿ya me dejas solo?
ORFEO.
Sólo intento
Que llegue á lo imposible mi deseo.

Vase.

FABIO.
¡Cielo, que estás á mi desdicha atento,
Si tu dorada luz llega al Leteo,
Dame favor! ¡Temblando estoy! ¡Ay, triste,
Qué negra sombra estos peñascos viste!
Ya templa Orfeo aquella dulce lira
Que enterneció los fieros animales;
Ya canta, ya suspende, ya se admira
El reino obscuro con acentos tales:
Cesó la pena ya, paró la ira;
Estos son los palacios infernales:
¡Qué lindos cuartos hay! Letreros tienen;
Quiero leer mientras sus dueños vienen:
Cuarto de amores, cuarto de logreros,
De los difamadores, de testigos
Falsos, de ingratos, de ladrones fieros,
De fingidos y bárbaros amigos;
Cuarto de cortesanos majaderos
(Aquestos son terribles enemigos),
Cuarto de damas, cuarto de valientes,
Y cuarto de cansados pretendientes;
Cuarto de mal casados y maridos
Al uso (no lo entiendo; al fin, casados),
De fulleros también y de atrevidos;
Cuarto de necios, cuarto de cuñados:
Pero ¿quién viene aquí? que mis sentidos,
De la sombra menor están turbados.
Orfeo vuelve ya, dejado el canto,
En el barco del reino del espanto.

Dé vuelta un barco negro con Orfeo y el Barquero.

BARQUERO.
Salta, valeroso amante;
Deja el temido Aqueronte,
Puesto que en aquesta orilla
Hallarás llamas por flores.
ORFEO.
Vuelve la barca; que aquí
No habrá para qué me tornes,
Si me conceden sus puertas
Romper los helados bronces.
FABIO.
Señor barquero, aunque estoy
Destotra parte, perdone
Preguntarle si ha pasado
Á ciertos murmuradores
Que no dejan honra á vida.
BARQUERO.
Son muchos; dime los nombres.
FABIO.
Allá voy, aguarde un poco.
ORFEO.
Dormido el perro triforme
Que guarda esta negra puerta,
¿Qué puede haber que me enoje?
Las tres furias no ejercitan
Sus infernales azotes,
Ni los tres fieros jüeces
Culpas de las almas oyen.
¿Está la famosa reina?

Córrase una cortina y véase Proserpina en una silla, velos de plata negros, cetro y corona.

PROSERPINA.
¿Quién eres tú, mortal hombre,
Cuya voz silencio impuso
A las infernales voces?
¿Quién eres tan venturoso,
Que los fieros escuadrones
De espíritus suspendiste
Refiriendo tus amores?
Habla, bien puedes; ¿qué temes?
ORFEO.
Pues permites que te informe,
¡Oh reina, en el cielo Luna
Entre lucientes faroles;
Diana en los verdes campos,
Entre Narcisos y Adonis;
Proserpina en este reino,
Castigo de almas enormes!
Yo soy Orfeo de Tracia,
Orfeo soy; enseñóme
Apolo á tocar la lira,
Que me ha dado inmortal nombre;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Caséme con Euridice,
Ninfa de los verdes bosques,
Que por guardarme lealtad
A su nobleza conforme,
La mató un áspid, huyendo;
Bajó á tu reino; dejóme
Tan triste, que me atreví,
Sin que la muerte me asombre,
Á cantarle tristes versos,
Y cuyas dulces canciones
Enternecieron los pechos
De Meguera y Tisifonte.
Si los cielos, si sus cursos
É inteligencias veloces,
Los planetas y los signos
Que su máquina componen,
Son música y armonía
Que allá las deidades oyen;
Si cuanto Júpiter hizo
Sigue su concierto y orden,
Pueda merecer de ti
Quien tregua á tus penas pone
Que á mi Eurídice me vuelvas:
Así nunca el sol enoje
Tus siempre obscuras tinieblas
Con sus claros resplandores.

PROSERPINA.

Tu música y tu firmeza
Y tus humildes razones,
Merecen que nuestro Imperio
La inviolable ley derogue.
¡Radamanto!

Sale Radamanto.

RADAMANTO.

¿Gran señora?

PROSERPINA.

Dondequiera que se aloje
De Eurídice el alma, quiero
Que al cuerpo en que estuvo torne;
Parte á los Elíseos Campos
Con su esposo, y no le estorben
Para dársela los ríos,
Ni las infernales torres.

RADAMANTO.

Pues ¿tú derogas, señora,
Las leyes de tus mayores?

PROSERPINA.

No hay regla tan general
Que no padezca excepciones;
Y cuando no fuera Orfeo
Digno de tales favores,
Por su voz, que suspendió
Nuestros tormentos entonces,
Por el marido más firme
Este premio se le otorgue.

ORFEO.

¿Qué te puedo responder
En tantas obligaciones,
Sino que mi pluma y lira
Harán inmortal tu nombre?
Vamos, Radamanto, vamos.

PROSERPINA.

Advierte las condiciones,
Orfeo, con que te doy
A tu esposa.

ORFEO.

¡Por los dioses,
Reina, de no serte ingrato!

PROSERPINA.

Que hasta que estés en los montes
De Tracia no has de volver,
Aunque sus manos te toquen
La cabeza, á ver tu esposa,
Porque tus pies y tus voces
Seguirá detrás de ti.
Si es que te atreves, disponte
Á llevarla adonde vives;
Que si la promesa rompes,
Apenas la habrás mirado
Cuando la pierdas y llores.

ORFEO.

Gran cosa me pides, reina;
Pero todas son menores
Que mi amor.

PROSERPINA.

En este cetro
Jura.

ORFEO.

Basta que le tomes
En la tierra de esos pies;
Yo voy por el alma noble
De mi Eurídice.

PROSERPINA.

Pues mira,
Que aunque su voz te enamore,
No la mires.

ORFEO.

Mi alegría
Esa tristeza interrompe.

PROSERPINA.

Porque si una vez la pierdes,
No haya miedo que la cobres.

ORFEO.

¡Ay, mi bien, por verte muero!
¡Dura condición me ponen!

Vanse.

Sale Albante, un capitán y soldados.

ALBANTE.

En esta selva sagrada,
La Venus dicen que vive.

CAPITÁN.

Armas y gente apercibe.

ALBANTE.

Capitán, no importa nada
La lealtad al Rey jurada,
Que el reinar es una acción
Que disculpa la traición:
Por la espada se han ganado

Imperios, que al mundo han dado
Materia de admiración.
Apártate un poco aquí
Y sabrás quién soy.

CAPITÁN.

Ya sé
Tu principio.

ALBANTE.

Humilde fué:
En estas selvas nací;
De sus cabañas partí
Á ver las grandes ciudades,
Trocando las soledades
Por las armas y las iras,
Y por guerras y mentiras
Las paces y las verdades.
Serví al príncipe Aristeo,
Que es el que vengo á matar;
Después que emprendí reinar
Tan mal seguro me veo;
Muerto, ningún hombre creo
Que se me puede oponer;
Sólo tengo que temer
No ser aquí conocido
De un hombre por quien he sido,
Digo, por quien tengo ser.
Es un rico mayoral
De esta selva, al fin pastor;
Pero su sangre y valor
Con los príncipes igual,
Y aunque no me esté tan mal,
Quisiera que se excusara,
Que me viera y que me hablara.

CAPITÁN.

Mejor es, de mi opinión,
Hablarle, y darle razón
De tu dicha nueva y rara,
Que secreto sabrá ser.

ALBANTE.

Hay también otro testigo.

CAPITÁN

Pues ¿qué importa si es amigo?

ALBANTE.

No es amigo, que es mujer.

CAPITÁN.

¡Cómo!

ALBANTE.

Hermana.

CAPITÁN.

Pues hacer
Que el viejo no se lo diga,
Porque de hermana y de amiga
Siempre quedó que temer.

ALBANTE.

Conozco aquesta cabaña.

CAPITÁN.

¿Vive aquí?

ALBANTE.

Sí.

CAPITÁN.

Pues entremos;
Esa gente que traemos,
Se aloje por la campaña;
Que hay gente en esta montaña,
Aunque no sabe de guerra,
Que con los leones cierra.

ALBANTE.

¡Oh tiempo! ¿A quién guardas ley?
¡Quién me dijera que rey
Me viera esta humilde tierra!

Sale Orfeo sin volver la cabeza, hablando con Eurídice, y ella detrás con un velo de plata sobre el vestido.

ORFEO.

Camina, Eurídice bella,
Camina, señora mía;
Que á mí no sé quién me guía,
Pues se queda atrás mi estrella.

EURÍDICE.

Ya voy, mi querido esposo;
No temas, contigo voy.

ORFEO.

¡Cielos, venturoso soy,
Pero ciego venturoso!
Ya fabrico tu hermosura
Dentro en la imaginación;
Pero los deseos son
Mayores que la ventura.
Quisiérate yo tocar,
Quisiera llegarme á ti.
¿No respondes? ¡Ay de mí!
Mi bien, ¡no ceses de hablar!

EURÍDICE.

Por oirte, señor mío,
Iba callando.

ORFEO.

No es justo;
Hablemos juntos, que gusto
De no temer tu desvío.

EURÍDICE.

Hablar dos no puede ser,
Y estar á entenderse atentos.

ORFEO.

Mi vida, dos instrumentos
Juntos se suelen tañer,
Y no pueden disonar
Si iguales están templados,
Y así, tú y yo enamorados,
Podemos á un tiempo hablar.

EURÍDICE.

La verdad me persuades;
Habla, y no estemos en calma;
Que es grande música el alma
Para templar voluntades.
No hará el amor disonancia
De nuestras dulces razones,
Pues templó dos corazones
Una misma consonancia.
Mas ¿cómo callas agora?

ORFEO.

Por oirte y entenderte;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y así, quiero de otra suerte
Hablar contigo, señora.
¿Sentiste el morir?
EURÍDICE.
Por ti.
ORFEO.
¿Mucho?
EURÍDICE.
No hay comparación.
ORFEO.
¿Qué es morir?
EURÍDICE.
Es división.
ORFEO.
¿De quién?
EURÍDICE.
Del alma y de ti.
ORFEO.
¿Cuerpo soy suyo?
EURÍDICE.
¡Pues no!
ORFEO.
Luego ¿el alma no?
EURÍDICE.
También.
ORFEO.
Engáñaste.
EURÍDICE.
¿Yo, mi bien?
ORFEO.
Sí, que á ser el cuerpo yo,
Tú fueras viva y yo muerto.
EURÍDICE.
Luego ¿estás vivo sin mí?
ORFEO.
Sin ti no; mas oye.
EURÍDICE.
Di.
ORFEO.
¿Fué celos tu mal?
EURÍDICE.
Fué cierto.
ORFEO.
¿Qué pensaste ver?
EURÍDICE.
Traiciones.
ORFEO.
Y ¿qué viste?
EURÍDICE.
Aquel pastor.
ORFEO.
Pues ¿qué te dijo?
EURÍDICE.
Su amor.
ORFEO.
¿Qué importan vanas razones?
EURÍDICE.
Temí sus obras.
ORFEO.
¡Ay, dioses!
¿Quién llegará en ansias tales,
Adonde de tantos males
Entre mis brazos reposes?
Muriéndome voy por verte,
Y no verte es vivir yo;
¿Quién, como yo, caminó
Entre la vida y la muerte?
¿Si estarás como solías,
Cuando vuelvas á animar,
Alma, que me la has de dar,
Aquellas cenizas frías?
¿Si tendrás las mismas rosas?
¿Si las mismas azucenas
Partirán azules venas
De tus manos amorosas?
¿Cuándo llegaré yo á verlas,
Y á gozar como gozaba,
Aquel clavel que me hablaba
Entre dos hilos de perlas?
¿Cuándo te diré, mi bien,
Aquellos tiernos amores,
Mereciéndolos mayores
Por la privación también?
EURÍDICE.
Presto, mi vida, verás
Cómo te pago esa fe,
Cuando mis brazos te dé.
ORFEO.
¡Ay, cielos, no puedo más!
¡Vuelvo á verte, loco estoy!
EURÍDICE.
Tente, mi bien.
ORFEO.
No podré.
EURÍDICE.
¿Qué has hecho, esposo?
ORFEO.
No sé.
EURÍDICE.
¡Perdísteme!
ORFEO.
¡Muerto voy!

Por el escotillón del teatro, ó con otra invención, se le desaparezca.

Eurídice, ¡esposa¡ En vano
La llamo; volvióse en viento,
Desvanecióse á mis ojos:
¡Ay de mí! ¿De quién me quejo?
Juré, quebré la palabra,
Vengué á mi enemiga Venus:
¡Oh privaciones de amor,
Y cuánto mal me habéis hecho!
Mucho me costaste, esposa;
Si te conquisté discreto,
Necio te perdí, que son
Los más necios, dando en necios;
¿Qué disculpa podré dar
De mi loco pensamiento?
¡Oh privaciones de amor,
Y cuánto mal me habéis hecho!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Por aquí se fué. ¿Qué haré?
¡Volvedme mi esposa, cielos:
Pero ¿cómo se la pido,
Pues que no la tienen ellos?
¡Esposa, esposa!

Fabio dentro.

FABIO.
Ya salgo.
ORFEO.
Respondió, sí, porque el eco
Respondiera: «¡Esposa!», y dijo:
«Ya salgo,» Pues ya te espero;
Sal, mi bien, ¿qué aguardas? ¡Sal!
FABIO.
Pues di quién eres primero.
ORFEO.
Orfeo soy.
FABIO.
¡Qué ventura!

Sale Fabio por donde se fué Eurídice.

Dame tus brazos, Orfeo.
ORFEO.
¿Quién eres?
FABIO.
¿No me conoces?
Fabio, tu pastor.
ORFEO.
¿Qué es esto?
¿De dónde vienes ansí?
FABIO.
¡Del infierno!
ORFEO.
¿Del infierno?
FABIO.
Pues ¿no me dejaste allá
Y te viniste, trayendo
La bella Eurídice?
ORFEO.
¡Ay, Fabio,
Perdida por mal consejo!
Juré no volver á verla
En todo el camino, y fueron
Tan fuertes las privaciones,
Que la vi en amor deshecho.
Apenas miré su bulto,
No sé si en alma ó en cuerpo,
Si fantasma, ó si verdad,
Que todo parece sueño,
Cuando se huyó de mis ojos
Y se fué resuelta en viento.
¡Oh privaciones de amor,
Y cuánto mal me habéis hecho!
FABIO.
Pues Orfeo, si tú piensas
Volver por ella al infierno,
Busca quien vaya contigo,
Que yo en el mundo me quedo.
ORFEO.
Esta es la sagrada selva
Donde vi tus ojos bellos,
Eurídice.
FABIO.
Las cabañas
Se arden en voces y en fuego.

Salen Aristeo y Camilo con espadas, defendiéndose de Albante; el capitán y soldados, Claridano y Fílida de por medio.

ARISTEO.
¿Á tu rey, traidor Albante?
ALBANTE.
No es mi rey hombre que ha hecho
Tal deshonor en mi casa.
ORFEO.
¿Cuál es Eurídice de éstos?
FABIO.
Mira, señor, que estás loco.
CLARIDANO.
¡Hijo, detente!
ALBANTE.
¡Primero
Quitaré á un traidor la vida!
FÍLIDA.
Hermano, si te merezco
Respeto, advierte.....
ALBANTE.
Ya es tarde.
ARISTEO.
¿Después de quitarme el reino
Me quitas la vida?
ORFEO.
¡Aquí
Debe de ser el infierno,
Que hay la misma confusión!
Almas, ¿quién sois? ¡Deteneos!
ARISTEO.
¿Qué es esto?
ORFEO.
¿No conocéis
Á Orfeo? Volvedme, os ruego,
A Eurídice.
FÍLIDA.
¿Hay tal desdicha?
Loco está.
FABIO.
Loco se ha vuelto.
FÍLIDA.
¿Qué es esto, Fabio?
FABIO.
No sé;
Sacamos por muchos ruegos
A Eurídice, al fin mujer,
Hijas del agua y del viento,
Y en un volver de cabeza,
Advierta todo hombre cuerdo,
Se nos ha desparecido.
ORFEO.
Cuanto mal tengo, merezco;
Pero si me dan tristezas
Lugar para conoceros,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mientras acabo la vida
Llorando amorosos versos,
Decidme: ¿por qué razón
Con tantas armas os veo?

ARISTEO.

Después de quitarme Albante
Mi reino, viene.....

ALBANTE.

No vengo
Á matarte si me vuelves
Mi honor, pues con esto puedo
Dar satisfacción de mí.

ORFEO.

Ya vuestras quejas entiendo.
Aristeo, da la mano
A Fílida, y á tu reino
Vuelve con ella; que Albante
Así queda satisfecho
De la sospecha que tiene.

ALBANTE.

Si él se casa, yo lo quedo,
Para que goce mi hermana
La corona que yo pierdo.

ARISTEO.

La mano le doy.

FABIO.

Señores,
Adviertan.....

CAPITÁN.

¿Qué quieres?

FABIO.

Quiero
Casarme; que bien podré,
Pues he estado en el infierno.

CAPITÁN.

¿Con quién?

FABIO.

¡Dantea! ¿Ella aquí?
Dame esa mano.

DANTEA.

Ya temo
Que me la quemes.

FABIO.

Tu nieve
Templará después mi fuego.

ORFEO.

Aquí mi historia dió fin,
Mis quejas no, y ansí quiero
Que oigáis la segunda parte
Y perdonéis nuestros yerros.

LA BELLA AURORA.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA BELLA AURORA

TRAGEDIA FAMOSA

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

CÉFALO.
FLORIS.
FABIO.
ELISA.
EL PRÍNCIPE DORISTEO.
PERSEO.
AURORA.
BELISA.
JULIO.
ANTEO, *villanos*.
UN GIGANTE.
FELICIO.

ACTO PRIMERO.

Salen Céfalo, de camino, y Floris.

CÉFALO.

Señora, fálteme Dios
Si hallo cosa en esta ausencia
Que pueda hacer resistencia
Al mal de faltarme vos.
Y es para el alma tan fuerte,
Que su consideración
No tiene comparación
Con el rigor de la muerte.
Crece la tristeza mía
Con tanta violencia, amor,
Que en el temor y el dolor
Mil veces muero en un día.
Yo llevo, en fin, de los dos
Mayor soledad agora,
Que no estáis sola, señora,
Acompañada de vos;
Que para comparación
De que en dolor me igualáis,
Pues que vos con vos estáis,
Mayores mis males son:
Dad ventaja á mi memoria
De las penas que sentís,
Porque donde vos vivís,
¿Qué puede haber sino gloria?
Cesar la eterna armonía
De las esferas del cielo,
Alma del sol, que en el suelo
Cuanto vive engendra y cría:
Hacer eterna amistad
Los elementos, parece
Decir que haceros merece
Mi presencia soledad.
No lo creáis, pensamiento;
Máteme cuerdo el pesar,
Y no sin seso el pensar
Tan altos merecimientos.

FLORIS.

Si es cumplir la obligación
Que á los discretos les dan
El ser marido y galán,
Céfalo, en esta ocasión,
Como ya propia mujer,
Viéndoos burlar y partir,
Pondré el cuidado en sentir,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No le pondré en responder:
Y no diré el sentimiento,
Si no es que celos me den
Para responder también
Vuestro mismo entendimiento.
Que dicen que suelen ser,
Con la fuerza del sentir,
Tan discretos en decir
Como necios en hacer.
Sé que os vais, y que no es justo
Que me obligue lo que os culpa,
Porque no tiene disculpa
Quien se parte por su gusto.
Y así, no quiero admitir
Lo que vos me podéis dar;
Que quien lo pudo excusar,
¿Cómo lo puede sentir?
Y aunque galán presumáis
Quererme satisfacer,
Basta ser propia mujer
Para que no lo sintáis.

CÉFALO.

Vos habéis, mi bien, caído
En yerro en que muchas dan,
Que no puede amar galán
El que posee marido;
Porque la seguridad
No quita fuerza al amor,
Que antes, en todo rigor,
Aumenta la voluntad;
Ni sé qué pueda tener
De discreto ni de grave
El marido que no sabe
Ser galán de su mujer.
Que adonde hay entendimiento
Y discurso de razón,
Una justa posesión
No quita el merecimiento.
Que me parto por mi gusto
Niego, pues voy tan forzado
Cuanto sé que causa he dado,
Mi bien, á vuestro disgusto.
No presumáis tan cruel
Que mi amor en celos anda,
Pues el Príncipe me manda
Ir á esta caza con él.
¿Qué excusa pudiera dar
Que me pudiera valer?
Que de la propia mujer
Nunca se admite el pesar.
Porque, fuera de perdelle,
Quedáramos mal los dos
Si dijera que por vos
Dejaba de obedecelle.

FLORIS.

La disculpa no os faltara
Si el gusto y la novedad
Para dejar la ciudad,
Á mis brazos no os forzara:
Mas no quiero daros pena,
Que me voy pasando á dama,
Cosa que la buena fama
En mujer propia condena:
Y aunque al honor fuera impropia,
¡Ay Dios, quién supiera hacer
Que se pudiera perder
Esto de ser mujer propia!

CÉFALO.

¡Oh, qué donaire tan grande!
¡Oh, qué imposible tan nuevo!

Salen Fabio y Elisa, criados.

FABIO.

Yo cumplo con lo que debo,
Si no es que quedar me mande.

ELISA.

Bien te supieras quedar
Si me tuvieras amor.

FABIO.

No hay amor donde hay señor,
Ni quedar donde hay mandar.

ELISA.

¿Otros criados no había?

FABIO.

No seas, Elisa, loca;
Que hay criados de la boca,
Que la sirven todo el día,
Que en dando todo señor
En llamar siempre un criado,
Aquél es de su cuidado
Inmortal ejecutor.

CÉFALO.

¿Es Fabio?

FABIO.

¿Qué es lo que quieres?

CÉFALO.

¿Qué hay de partida?

FABIO.

Que ya
Todo apercibido está.

FLORIS.

Fabio, cuidadoso eres.

FABIO.

Lo primero los rocines,
Aunque boca abajo están,
Relinchos por gracias dan
Que al campo los encamines;
El tuyo el bocado muerde
Bañando el oro en espuma,
Ya papagayo sin pluma
Todo vestido de verde;
Porque sin las guarniciones,
Verdes por partes distintas,
En crin y cola, mil cintas
Sirven de plumas y alones;
Yo llevo aquel bayo á quien
Cubre el enmaderamiento,
Un pellejo macilento
Por quien las tripas se ven.
Si ves el rocín, señor,
Pensarás que han puesto allí
Un viejo guadamací

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á un banco de un herrador.
Por Dios, que pienso que voy
Sobre la envidia á esta caza!

CÉFALO.

¿No vas con gusto?

FABIO.

Mi plaza
Á quien la quisiere doy.

CÉFALO.

Él correrá.

FABIO.

Poco ó nada;
Presto tus ojos lo vean,
Sino es que los ciervos sean
Hechos de paja y cebada.
De perros nos va mejor,
Galgos, sabuesos y bracos,
Grandes, chicos, gordos, flacos,
Que atados forman, señor,
Una capilla perruna
En esa puerta, que es cosa
Insufrible.

CÉFALO.

Dulce esposa,
Yo voy corriendo fortuna
En el mar de vuestros ojos;
No me aneguéis de esa suerte,
Ni el sol que de ellos se vierte
Eclipse nubes de enojos.
Venid á verme partir
Pues tan presto he de volver.

FLORIS.

Temo que os he de perder,
Porque me suele decir
El alma muchas verdades.

CÉFALO.

¿Perder por ir á cazar
Á un monte? ¡Qué incierto mar
Para apartar voluntades!
Venid, que el Príncipe espera.

FLORIS.

No me puedo consolar.

FABIO.

Y ella no puede llorar.

ELISA.

Llorar ¡oh Fabio! quisiera;
Pero tengo el corazón
Encontrado con los ojos.

FABIO.

Pues pescados sin remojos
Secos, incomibles son;
No llores si hay fe tan poca;
Que llorar y no sentir,
Es por los ojos mentir,
Que suele ser por la boca.

Salen el Príncipe de Tebas, Doristeo, de caza, y Perseo, privado suyo

DORISTEO.

Si sabes qué es amor, sabrás, Perseo,
Que es siempre industrias todo.

PERSEO.

No sé de amor el modo,
Mas sé que amor es hijo del deseo,
Y que para gozar lo que desea,
No hay imposible que difícil sea.

DORISTEO.

Adoro la divina prenda hermosa
De Céfalo dichoso,
Imposible forzoso,
Por ser, como lo es ya, su casta esposa:
Hoy al campo le llevo
Sin estimar lo que á mí mismo debo.
No á quitarle la vida, porque fuera
Quitársela á su esposa:
Una industria amorosa
Me enseña á que le deje en la ribera
Del mar, ó entre las selvas divertido,
Para que vuelva á pretender su olvido;
Favor pido al amor, Céfalo ausente,
Que ausencias suelen darle:
No con dejar de amarle,
Con menos quiero yo que me contente:
Háblemе sólo á mí, sólo merezca
Mi amor, que sin amarme le agradezca.
Dos ojos tiene el cielo: el verdadero
Se llama el sol dorado;
Con resplandor prestado
Sale la luna; pues lo mismo quiero.
Quiera á Céfalo bien, ¡qué desvarío!
Y resplandor prestado será el mío.

PERSEO.

Si no supiera yo lo que es amarte,
Divina Floris mía,
Fuera vana porfía
Sus experiencias presumir el arte;
El Príncipe te adora, y yo en secreto,
Pero con esperanza á un mismo efeto.
Mas ¿quién tan atrevida y locamente
Al poder amoroso
Querrá oponer celoso
Su loco amor, si el Príncipe le siente?
Porque no sólo la lealtad debida,
Que igual peligro correrá la vida.

DORISTEO.

¿Murmuras de mi loco pensamiento,
Ó por ventura piensas
Que igualará defensas
Floris á su amoroso atrevimiento?
Pues ten por cierto (aunque parezca loco)
Que, á ser posible, le tuviera en poco.
Ármese Floris de desdén conmigo,
Cubra el hermoso cielo
De cristalino hielo,
Y los dioses me den mayor castigo
Que á quien hurtó su llama, que no puedo
Tener menos amor ni mayor miedo.

PERSEO.

Conmigo estás, señor, tan disculpado,
Que de este pensamiento
Á tu merecimiento,
Si no te conociera, hubiera dado

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Aquel lugar que la naturaleza
Puso en tu sangre por mayor grandeza.
Ama á Floris divina, al campo lleva
A su engañado esposo;
Que amor es poderoso,
Y no es la industria en sus intentos nueva:
De los dioses que adoras en su templo,
Los engaños de amor toman ejemplo.
Coronado de flores, blanco Toro,
Pasó la mar á Europa,
Sin vela, ó viento en popa,
Júpiter, que otra vez en lluvia de oro
Transformado, gozó de Danae bella.

DORISTEO.

Valed, engaños, mi amorosa estrella.

Salen Céfalo y Fabio.

CÉFALO.

Déme, señor, Vuestra Alteza
Los pies.

DORISTEO.

¡Oh, Céfalo amigo!
¡Ay celos, de amor castigo!
¡Ay, soberana belleza!
¡Oh, qué gran favor me has hecho
En quererme acompañar!

CÉFALO.

Esto es servirte, y mostrar
Que amor me debe tu pecho.

DORISTEO.

El ser tan recién casado,
Bien claro muestra que ha sido
Haberme favorecido
Y para siempre obligado.
Quedará Floris muy triste.

CÉFALO.

Es discreta, y vió que es justo
Servirte, porque en tu gusto
Todo el de los dos consiste;
Pero al fin, como mujer,
En lágrimas.....

DORISTEO.

¡Qué rigor!
¡Quién las mereciera ver!
Pero lágrimas lloradas
Por otro amor fuego fueran,
Por más hermosas que hicieran
Tus estrellas enojadas.
Ahora bien, Céfalo, vamos;
Que ya nos llaman ausentes,
Las sombras entre las fuentes,
Y la caza entre los ramos:
Que yo también dejo á quien
No siente mi ausencia menos;
Volveremos de amor llenos,
Y de despojos también:
Tú para dar á tu esposa,
Y yo á cierto desdén mío;
Que mucha venganza fío
Para la vuelta amorosa
De esta ausencia, aunque ha de ser
Más breve de lo que piensas.

CÉFALO.

No hay para mi amor ofensas
Como no darte á entender
Que aventurara por ti
Mayor bien, si mayor fuera,
Aunque mi esposa perdiera,
Que es el mayor que hay en m
A los montes que me llevas
Y adonde Alcides bajó,
Iré por servirte yo;
Sólo quiero que me debas
Este amor, este deseo.

DORISTEO.

¿Quién viene contigo?

CÉFALO.

Fabio;
Que en dejarle hiciera agravio
A su amor.

DORISTEO.

Así lo creo.

FABIO.

Déme tu Alteza los pies.

DORISTEO.

¿Traes, Fabio, aquestos días
Aquel humor que solías?
Que ha mucho que no me ves.

FABIO.

Señor, las cosas están
De forma, ó fueron mejores,
Que gastarán los humores,
Y aun la vida gastarán.
Perece el mundo, y no espero
Que ha de haber otro segundo.

DORISTEO.

¿Cómo ansí?

FABIO.

Falta del mundo
El alma, que es el dinero.
No sé cómo pueda darte
De esta sentencia el sentido;
Lo que estaba repartido,
Está todo en una parte.
No tiene la mocedad
Las costumbres que solía;
La vejez niega y porfía
Las señales, y la edad:
Esto no entra bien aquí;
De damas, el interés
Se ha vuelto amor.

DORISTEO.

Si ansí es,
Bien andará para mí
El mundo con sus mudanzas,
Pues podré, Floris, con oro,
Atrevido á tu decoro,
Esforzar mis esperanzas.
En fin es el interés
Muy poderoso.

FABIO.

Es de modo,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que es dueño y señor de todo.

DORISTEO.

Muy justamente lo es;
Y á su ejemplo, esta cadena
Te has de poner.

FABIO.

Ya tenía
Otra mayor, que es la mía,
De tus beneficios llena.

DORISTEO.

Fabio, Fabio, los criados
Todos sois murmuración,
Si por cualquiera ocasión
Nos veis de dar descuidados.
¡Ay de los señores, Fabio!
Porque, en dejando de dar,
Cosa no sabéis hablar
Sin nuestra ofensa y agravio.

FABIO.

Si con aquesta pensión
Esta cadena me dabas,
Más intereses cobrabas
Que sus principales son:
Lo que yo decir quería
No lo interpretaste bien,
Porque el interés también
Más altamente porfía:
Bien sé que dais, y que honráis,
Y sé, pero no te enojes,
Que dais como los relojes,
Que no sabéis lo que dais;
Dad á un cuerdo, á un noble, á un sabio,
Y daréis bien.

DORISTEO.

Ahora bien, (Aparte)
Yo quiero darte también
Por esas tres cosas, Fabio;
Venme á hablar sin que te vea
Céfalo.

FABIO.

Tu esclavo soy.
¿Qué es esto? Confuso estoy.
Algo el Príncipe desea.

Vanse.

Salen la ninfa Aurora, y Belisa, con arcos, velos y baqueros.

BELISA.

Amor menospreciado,
Venganzas apercibe.

AURORA.

De quien segura vive,
No se verá vengado;
Que él con deseos tira,
Que no con arco y flechas, que es mentira,
Pues esos reportados
Con cuidados que velan,
Cuando más se revelan,
¿Cómo serán cuidados?
Si el amor es deseo,
Haced que el alma ignore lo que veo.

BELISA.

Pues cuando ven los ojos
Lo que es digno de amarse,
¿Puede el alma ocultarse
Para no darle enojos?
Mas ignoras con arte
Que el alma está del todo en toda parte.
Desengáñate, Aurora,
Que el alma es la primera,
Que lo que considera,
Por los ojos adora;
Que el cuerpo no hace cosa
Sin consultarla, ó casta, ó amorosa.

AURORA.

Belisa, yo te digo
Que, si ella se resiste,
Que nunca la conquiste
Pensamiento enemigo:
Donde ella no consiente,
Ni el gusto obliga, ni el sentido siente.
La dulce compañía
De la casta Diana,
Desde que la mañana
Abre la puerta al día,
Hasta que se la cierra
La obscura hija de la helada tierra,
Es gloria, es alegría
De un casto y libre pecho,
Que no ha pagado pecho
Á humana compañía;
Allá, por las ciudades
Hay mujeres que entienden voluntades.
Aquí, seguir las fieras
Por selvas enramadas,
Á veces avisadas
De las aves parleras,
Es el mayor contento
Que puede presumir el pensamiento.
Ver bañar una siesta
Á la bella Diana,
Adonde planta humana
Ni llega, ni molesta;
Tan blanca y transparente,
Que parece figura de la fuente;
Y de ninfas cercada,
Como luna de estrellas,
Celebra las más bellas,
Después de ser de todas envidiada.
¡Qué diversa escultura
Descubre sin el velo la hermosura!
Es vida más contenta
Por estas soledades,
Que cuantas las ciudades
Que el loco vulgo aumenta
Dan al entendimiento;
Que amor, ¿cuándo no fué pena y tor-
[mento?

Salen dos villanos: Julio y Anteo.

JULIO.

Todo queda apercibido;

No falta sino que venga.

ANTEO.

Feliz monte cuando tenga
Rey tan amado y querido,
Que le quiere de manera,
Sin haber visto su cara,
Que para que me matara,
Quisiera volverme fiera.
Dos veces esta mañana
Salí á ver si viene ya.

JULIO.

Quedo, que están por acá
Dos Nínfolas de Diana.

ANTEO.

¿Mirarélas?

JULIO.

No sé, á fe;
Dicen que vuelven cochinos
Los hombres.

ANTEO.

¡Qué desatinos!
No hacen mal, Julio.

JULIO.

Pues ¿qué?

ANTEO.

Si las van á ver desnudas,
Vuelven los hombres venados,
Que por eso en nuestros prados
Hay tantas seguras mudas;
Mas si los hombres no son
Bachilleres y atrevidos,
Los dejan con sus sentidos,
Sin haber transformación.

AURORA.

¡Labradores!

ANTEO.

¡Santo cielo!

AURORA.

¿De qué andáis alborotados?

ANTEO.

Nínfolas que en estos prados
Habitáis en mortal velo,
Sabed que viene á cazar
Hoy el Príncipe de Tebas.

AURORA.

Pues, ¡tomad por esas nuevas!

JULIO.

¡Ay, que nos quieren tirar!

ANTEO.

¡Huye, Julio!

JULIO.

¡Corre, Anteo!

ANTEO.

¡Ah, borrachas!

BELISA.

¡Cuáles van!

AURORA.

¡Qué poco de verme dan
Estos tebanos deseo!

BELISA.

El Príncipe es alabado
De hermoso.

AURORA.

No hay igualdad
Con la hermosa libertad
De un corazón descuidado.

BELISA.

Luego ¿no le piensas ver?

AURORA.

¿Yo ver hombres en mi vida?

BELISA.

Desde aquí, Aurora, escondida,
¿En qué se puede ofender
Nuestra señora Diana?
Mira que en este rüido
Se conoce que han venido.

AURORA.

Á lo que tengo de humana
Piden los ojos su parte.

Dentro:

¡To, to! Por acá, Melampo.

BELISA.

De gritos se vuelve el campo
Sabrosa imagen de Marte.

Salen Céfalo y Fabio con venablos.

CÉFALO.

¡Qué notables espesuras!

FABIO.

Nunca mayores las vi.

BELISA.

Escondámonos aquí
Para mirarlos seguras.

CÉFALO.

No ha tocado el sol más claro
Sus arenas plateadas.

AURORA.

Estas zarzas intrincadas
Nos servirán de reparo.

Escóndense.

CÉFALO.

¿Dónde el Príncipe quedó?

FABIO.

Siguiendo va por la selva
Un jabalí que al de Adonis
Imitaba en la fiereza.
Yo, en viéndole los colmillos,
Hice broquel de una peña;
Que todo animal que muerde,
Es como veneno en flecha.
También hay en la ciudad
Jabalíes que penetran
Honras con dientes de envidia,
De los cuales no aprovecha
Guardarse el más recatado;
Mas como de aquéstas pueda,
Es necedad arrogante.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CÉFALO.
Son las domésticas fieras
Las que dan más ocasión
Á que los hombres las teman.
Las de esta selva son muchas:
Temo que el Príncipe quiera
Salir tan presto de aquí.
FABIO.
Ten, señor, por cosa cierta
Que saldrá presto si ama.
CÉFALO.
Si él amara, no viniera
Á los montes, en que olvidan
Los que aborrecer desean.
FABIO.
¿Qué sabes tú si hay agravio
Que obligarle á olvidar pueda?
Pero no se aplican bien
Á la caza estas materias.
Mira dónde has de pasar
El sol de esta ardiente siesta:
¿Qué ladra el perro del cielo
Á las vecinas estrellas?
CÉFALO.
Esta fuente, Fabio amigo,
Donde encajara un poeta
Esto de planta sonora,
Cristal vivo, voz de perlas,
A quien hacen verde toldo
Los alisos que la cercan:
Como laurel de su margen,
Y sombra de sus arenas,
Con dulcísima harmonía
Es cítara de estas selvas,
Adonde á versos las aves
Historias de amor alternan;
Ella nos llama; no es bien,
Cansados, buscar por ellas
Más frescura que sus aguas,
Más alfombra que su hierba:
Ríndete aquí.
FABIO.
¡Por Apolo,
Que presumo que durmiera,
No digo al son desta fuente,
Que parece que se queja,
Pero en un trillo por cama,
Y por algodón sus piedras.
Aquí mi venablo arrimo.
CÉFALO.
Aura, mis ojos refresca.
FABIO.
¿Quién es Aura?
CÉFALO.
El viento manso
Que por estas hojas suena.

En echándose, salgan Aurora y Belisa.

BELISA.
¿Qué te parece?
AURORA.
No he visto,
Belisa, mayor belleza:
¿Es posible que son tales
Todos los hombres de Tebas?
BELISA.
Si del primero que has visto
Te agradas desta manera,
¿Para qué, de amor burlando,
Mostrabas tanta aspereza?
AURORA.
¿No has visto hablar de la mar
Los que no han entrado en ella?
¿No has visto la valentía
De quien nunca vió la guerra?
Pues así yo blasonaba
De las hondas y armas fieras,
Hasta que vi sus peligros
Y conocí sus tormentas:
Por cierto, el hombre es gallardo;
Presumo que si le viera
La misma casta Diana.....
BELISA.
Tente, Aurora, no lo sepa.
AURORA.
Ahora bien, voyme de aquí
Antes que el hombre nos sienta;
Pero no, vuelve; ¿qué importa
Cuando nos hable y nos vea?
Pero ¿soy yo la que digo,
Belisa, cosas como éstas?
BELISA.
Déjame mirar á mí
El que, con menos nobleza,
Acompaña al que tú miras.
AURORA.
Mírale presto, y no seas
Causa que despierte acaso.
BELISA.
¡Buena traza!
AURORA.
Pues si es buena,
Para él será lo mejor.
¡Huye!
BELISA.
Vamos.
AURORA.
Pero espera;
Que, aunque es gran diosa Diana,
Dicen que es más fuerte que ella
Venus, y que le ha mandado
Que sus secretos no entienda
Júpiter, porque el amor
Todas las cosas aumenta,
Y no quiere que los dioses
Puedan impedir que crezcan.
Volvamos á ver el hombre.
BELISA.
Como pájaro te enreda,
Mientras más piensas que huyes,
La liga de su belleza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AURORA.
¿Cómo le podré yo hablar?
BELISA.
No podrás si no despierta.
AURORA.
Pues ¿cómo haremos rüido?
BELISA.
Finjamos algunas quejas.
AURORA.
¡Ay, qué terrible león!
¡Valedme Venus, Minerva,
Palas!
BELISA.
¡No hay quien nos socorra!
CÉFALO.
Fabio, ¿qué voces son éstas?
FABIO.
Toma, señor, tu venablo.
AURORA.
¡Por Marte que nos defiendas,
Mancebo, en tus fuertes brazos
De la furia de esta fiera!
CÉFALO.
¿Por dónde va?
AURORA.
¿Qué virtud
Tienes, señor, contra ellas,
Que en viéndote huyó?
FABIO.
Las ramas
Por aquella parte suenan.
AURORA.
¡Yo me desmayo!
CÉFALO.
¡Hola, Fabio!
¡Agua!
FABIO.
De allí se despeña
Una ninfa de cristal.
CÉFALO.
Señora, ¿tanta flaqueza,
Siendo de estas selvas ninfa,
Siendo cielo de esta tierra?
AURORA.
Ya estoy en mí.
FABIO.
Pues el agua
Algún ninfo se la beba;
Que en las selvas es el vino
Elemento de más fuerza.
CÉFALO.
Vos os desmayáis de ver
Las fieras; mayor flaqueza
Es el desmayarse un hombre
Mirando las rosas bellas.
AURORA.
¿Quién sois, señor?
CÉFALO.
He venido
Con el Príncipe de Tebas
Á estos bosques á cazar;
Perdíme esta ardiente siesta
De los demás caballeros.
AURORA.
Vuestro disgusto me pesa;
Pero porque este favor
(Aunque para tanta deuda,
Si bien con gran voluntad,
Será la paga pequeña)
Agradecer pueda en algo,
Venid donde daros pueda
En que podáis descansar.
CÉFALO.
Transformándome en estrella,
Fuera á gozar de ese cielo;
Mas ¿cómo tanta bajeza
Ocupará tal lugar?
AURORA.
Esa humildad fuera buena
En otros merecimientos,
Mas no en la nobleza vuestra,
Que bien se ve en vuestro rostro.
Detrás de aquesta arboleda,
Adonde están más casados
Los álamos y las yedras,
Yace un palacio en que vivo,
Á cuya vistosa puerta
Forman linteles y jambas
Las enramadas cabezas
De ciervos de aquestos montes,
Y las forcejudas testas
De jabalíes y osos;
Porque sirve su fiereza
De rústica arquitectura.
Vamos; estaréis en ella
Hasta que decline el sol
Y el Occidente se vea
Vestido de azules nubes.
CÉFALO.
Ya es fuerza que os obedezca,
Porque, como á las deidades
Que estas montañas respetan,
Os tengo en veneración.
AURORA.
Yo agradezco la obediencia.
¿El nombre?
CÉFALO.
Céfalo es;
¿Y el vuestro?
AURORA.
Aurora.
CÉFALO.
No tengan
Más bella aurora mis ojos
Siempre que el cielo amanezca.
FABIO.
¿Y yo tengo de ir allá?
BELISA.
Pues ¿no ve que si se queda
Le harán aquí mil pedazos
De aqueste monte las fieras,
Y que hay en estos sagrados

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Bosques figuras diversas
De sátiros y de faunos?

FABIO.

¡Por Dios, mala gente es ésa!

BELISA.

¿Cómo es su nombre?

FABIO.

Mi nombre
Por una parte comienza
De la música.

BELISA.

¿Es el ut?

FABIO.

No es el ut.

BELISA.

¿El re?

FABIO.

No acierta.

BELISA.

Apostaré que es el mi.

FABIO.

Pase adelante dos letras.

BELISA.

¿Es el fa?

FABIO.

Fabio me llamo.

BELISA.

Humor gastas.

FABIO.

Bien quisiera:
¿Cómo se llama?

BELISA.

Belisa
Porque no se desvanezca.

FABIO.

¿Belisa de golpe?

BELISA.

Sí.
Y sígame, por que tenga
Menos calor, hasta tanto
Que el sol antípoda sea.

FABIO.

Pienso que vamos vendidos;
Que nunca los hombres llevan
Más peligro que tratando
Con mujeres bachilleras.

Salen el príncipe Doristeo y Perseo, de noche.

DORISTEO.

Noche de amor, amparo, norte y guía,
Secretaria de todos sus secretos,
Muda enemiga del parlero día,
Madre de pensamientos y concetos;
De celos y de honor secreta espía,
Indiferente á necios y á discretos;
En fin, noche que callas cuando mira
El cielo con más ojos tu mentira.
Mientras que la verdad de la mañana
Descubre engaños, y en el campo flores,
Y en estrados de raso azul y grana
Sale á juzgar el sol causas mayores,
Permite que en otra alba soberana
Sin celos amanezcan mis amores;
Pues no le faltará blando rocío,
Quinta esencia de amor, al fuego mío.
Dejo los montes, y dejando en ellos
También mis celos, vengo á ver tus puertas,
Hermosa Floris, que á tus ojos bellos
Traigo una vida entre esperanzas muertas:
Recoge, si salieres, tus cabellos,
Si tanto amor los mereciere abiertos;
Que si piensa la noche que es el día,
En Tebas se sabrá la pasión mía.

PERSEO.

Si tuviera tu amor, y si tuviera,
Príncipe, tu poder, yo me arrojara
Donde la fuerza más lugar me diera,
Y de penas injustas me excusara;
Júpiter por ejemplo me sirviera,
Y en lluvia de oro por la torre entrara;
Que por su gusto un Príncipe mancebo,
¿Por qué no puede ser Júpiter nuevo?
Ven con armas aquí, rompe, derriba,
Pues ya en el campo su marido ausente,
Ninguna cosa de gozar te priva
La hermosura de Floris.

DORISTEO.

Necio, tente,
Y nunca amor permita que se escriba
De un hombre como yo que fuí insolente;
Porque los altos poderosos dueños,
El espejo han de ser de los pequeños:
Pues ¿cuál entendimiento enamorado
Brazos buscó sin ser correspondido?
¿Á quién pudo mover un rostro airado,
De forzadas colores encendido?
Quieren gustos de amor un mismo agrado,
Un mismo sentimiento consentido;
Porque en disgustos pretender contentos,
Es tañer, sin templar, dos instrumentos:
Llama, Perseo, y déjame que intente
El olvido primero de su esposo.

PERSEO.

Ya he llamado, y responden tibiamente

DORISTEO.

Llama con voces de mi amor celoso.

Elisa en alto.

ELISA.

¿Quién llama á tales horas?

DORISTEO.

Ya el Oriente
Abrió la puerta á Febo luminoso;
Di, Elisa, que es el Príncipe de Tebas,
Bien triste de traer tan tristes nuevas.

Floris en alto.

FLORIS.

¿Qué es esto, gran señor?

DORISTEO.

Mandad, señora,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que abran la puerta.

FLORIS.

No será posible
Céfalo ausente.

DORISTEO.

Bien podéis agora;
Yo soy quien soy.

FLORIS.

Yo soy un imposible.

DORISTEO.

La cortesía que valor desdora,
¿Dónde vive el honor tan invencible?

FLORIS.

¿Qué me podéis querer mi dueño ausente?

DORISTEO.

¿Téngolo de decir públicamente?

FLORIS.

Pues cosa que no puede ser tan clara
Yo no la escucharé.

DORISTEO.

¡Brava aspereza!
¿Pensáis que os tengo amor?

FLORIS.

¿Quién tal pensara?

DORISTEO.

Bien pudiera por vos tanta belleza.

FLORIS.

Los criados no es gente que repara
En la seguridad ni en la nobleza;
Los que saben que son siempre testigos,
Los llaman los primeros enemigos;
Pero ¿qué puede ser que no se pueda
Decir menos que abriendo á tales horas?

DORISTEO.

Quisiera yo, pues á mi cuenta queda,
Darte consuelos de dolor que ignoras:
Tu gran lealtad mañana me conceda,
Si aquesta noche tu marido lloras,
Que te venga á decir de qué manera
Murió en el monte á manos de una fiera.

FLORIS.

¡Ay! mísera de mí, no me engañaba
El alma en tanto mal!

PERSEO.

Quitóse, ó creo
Que cayó de la reja donde estaba;
Pero ¿qué es lo que intenta tu deseo?

DORISTEO.

Que le olvide no más.

PERSEO.

¿Y si no acaba
De olvidarle jamás?

DORISTEO.

Mira, Perseo:
Si un vivo ausente lo que ves padece,
El que no ha de volver, ¿qué se merece?

PERSEO.

Pues, ¿él no volverá?

DORISTEO.

No, que yo tengo
Ordenado á Tancredo y á Lidoro
Que le detengan, sin decir que vengo
A la ciudad y á ver el sol que adoro.
Iré y vendré, si á Céfalo entretengo,
Guardando á su nobleza igual decoro.

PERSEO.

Terribles voces dan.

DORISTEO.

Ven, no me espanto;
La nueva es falsa y verdadero el llanto.

Salen Fabio y Belisa.

FABIO.

Si algún amor me has debido,
Que más es que algún amor,
Di, ¿qué laberinto ha sido
Este de tanto rigor,
Belisa, en que estoy metido?
¿En qué palacio encantado,
Si bien es tan regalado,
Mi señor y yo vivimos,
Si por una hora venimos
Y un siglo habemos estado?

BELISA.

¿Un siglo te ha parecido?

FABIO.

Con las cosas que aquí veo
Estoy tan desvanecido,
Que he pensado, y aun lo creo,
Que há mil que habemos venido.
Todo es salas y aposentos,
Dorados los pavimentos,
Y los techos de cristal,
Con pintura celestial
En paredes y cimientos;
Todo es camas de labores
Extrañas, ricos estrados,
Donde parecen, con flores
Varias, pedazos de prados
Las alfombras de colores:
Todo es jardines y fuentes,
Cuyas sonoras corrientes
Caminan sendas de arena,
Con larga espaciosa vena,
Por mil cuadros diferentes.
Y componen sus labores
Flores de tales colores
Y con tanta actividad,
Que parece que es verdad
Que hay elemento de flores;
Tanta flor, tanta violeta,
Cristales y oro verás,
Plata y perla tan perfeta,
Que no es posible haber más
En la frente de un poeta.
¿Qué es esto, Belisa?

BELISA.

Fabio,
El tebano, tu señor,
Es gallardo, es fuerte, es sabio;
Los que merecen amor,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

También merecen agravio.
Nunca verás hombre feo,
Necio é indigno, querido;
El ser tal movió el deseo
De Aurora; la Aurora ha sido
Digna de su hermoso empleo.
El palacio es del Aurora,
Ninfa que el sol enamora
Y que, amándola, porfía
Á seguirla cada día,
Y con sus rayos la dora.
Ella, aunque cada mañana
Lo espera en camas de grana,
De diamantes y zafiros,
Da por Céfalo suspiros,
Aunque es hermosura humana.
¿Ves las perlas y el cristal
Que llueve el cielo al Aurora?
Pues es, con ser desigual,
Que por su Céfalo llora
Y que á su sol quiere mal.
Ella le tiene encantado
Y de la caza olvidado,
Dándole favor Diana.

FABIO.

Si Diana fué liviana,
El mundo vive engañado;
Casta por nombre tenía,
Aunque cierto tropezón
Me dicen que tuvo un día
Con aquel Endimión
Que en sus menguantes dormía.
¡Oh, cuántas, con ser tan diosas,
Tienen flaquezas humanas!

BELISA.

Fabio, en todas estas cosas
Calla; que las lenguas vanas
Nunca fueron provechosas.
Mira que es santo el callar
Y que, en llegando á contar
Á tu dueño lo que digo,
Te ha de venir el castigo
En este mismo lugar.

FABIO.

Temblando estoy; no he topado,
Belisa mía, en los días
Que en este palacio he estado,
Sino sátiras y arpías
Que en su lengua me han hablado.
No sé por dónde me trujo
Á este monte mi fortuna;
Que si á tratar me redujo,
Belisa, gente cabruna,
Yo he de salir mono ó brujo.

BELISA.

Calla; mira que el hablar
Llaman veneno los sabios,
Que á muchos suele matar.

FABIO.

Yo me coseré los labios;
Pero déjame quejar.

Salen Céfalo y Aurora.

AURORA.

No me puedo detener;
Diana á llamar me envía.

CÉFALO.

No es posible que me quieras,
Pues ausentarte porfías.
Ya que de mi propio ser,
Hermosa Aurora, me olvidas,
No me dejes; que de celos,
La vida, el gusto me quitas.
¿Antes que el cielo amanezca
De mi lado te desvías?
¿Dónde, Aurora, te levantas?
¿Cómo, señora, no miras
Que el mayor gusto de un hombre
Que adora mujer ó amiga,
Es, en abriendo los ojos,
Decirle: «Amor, buenos días»;
Mirar cómo abre los suyos,
Y le mira, vuelta en risa
La bella boca, y le dice:
«Buenos los tengas, mi vida?»
Tú, con irte de mis brazos,
De tan alto bien me privas;
¿Dónde vas tantas mañanas
Destocada y mal vestida?
Vuelvo á verte, y no te hallo;
Lloro de amor y de envidia
Del dichoso que te lleva.

AURORA.

¡Qué engañada celosía!
¿No ves que, si me estuviese
Entre tus brazos dormida,
Siendo el Aurora, que el sol
Á la tierra no saldría?
Yo voy por él, y á correr
De su cama las cortinas,
Para que al mundo amanezca,
Que ¡por tu vida y la mía!
Que las perlas, que las flores,
Beben cuando ya se libran
De la prisión de la noche,
En que estuvieron marchitas;
Son lágrimas que me debes.

FABIO.

¡Qué mal hace quien camina!
Pobre sol, que con ser sol,
Sólo porque cada día
Anda en estas ocasiones,
Cervales rayos le crían.

AURORA.

Déjame, mi bien, pues sabes
La verdad; que con más prisa
Que voy volveré á tus brazos.

CÉFALO.

Parte, y déjame sin vida.

AURORA.

Ven, Belisa, que ha media hora
Que la noche fugitiva

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Se atreve al sol por mi causa.

BELISA.

Siguiéndote voy.

AURORA.

Camina.

CÉFALO.

¿Qué es esto, Fabio?

FABIO.

¡Ay, señor!
Desdichas tuyas y mías;
Aquí estamos encantados.

CÉFALO.

¿Qué dices?

FABIO.

Pues ¿no imaginas
Que te han quitado el amor
De tu esposa y tu familia?

CÉFALO.

¿De qué lo sabes?

FABIO.

Aquí
Me lo ha contado Belisa.

CÉFALO.

Encantado estoy.

FABIO.

Señor,
Advierte que Aurora es ninfa
De Diana, y le ha pedido
Favor.

CÉFALO.

Todo eso es mentira,
Porque la casta Diana
No trae en su compañía
Ninfas que con hombres duerman.

FABIO.

Si á Diana llaman trina,
Será casta cuando es luna;
La luna es húmeda y cría,
Mas en la tierra es Diana,
Y en el centro Proserpina:
Tales vemos las mujeres,
Que por la nobleza altivas,
En la condición son flacas.

CÉFALO.

Pues déjame que la siga,
Pues he de ver si el sol sale
Como ella dice.

Vase Céfalo.

FABIO.

No pidas
Desengaños á los celos,
Que ejecutan más que fían;
Él va mirando las nubes,
Que es natural fantasía
De hombre que ama. ¿Qué es aquesto?
Abrió la tierra una mina;
Parece que pare un hombre.

Toquen una caja.

Con los dolores suspira:
¡Muerto soy! ¡Qué gran gigante!

Salga un gigante por un hueco del teatro.

GIGANTE.

Hombre que en Tebas habitas,
¿Sabes dónde estás?

FABIO.

Señor,
No ha mucho que lo sabía;
Ya he perdido la memoria.

GIGANTE.

Cuando á un parlero le avisan
De que no diga un secreto
Y la palabra le obliga,
¿Qué espera el tal hablador,
Y más cuando es la ofendida
Persona tan principal?

FABIO.

Señor, si en toda mi vida
Dijere cosa que vea,
Aun de personas indignas,
Que me entierren donde estás;
Súbase la tiranía
Adonde le diere gusto;
Ande el poder homicida
Quitando vidas sin causa;
Las letras desnudas vivan;
Pida por Dios el ingenio,
Y la necedad se vista
Telas de Persia, y esconda
El oro de las dos Indias;
Haya estrellas en la arena,
Y cardos en donde habitan
Los dioses; el más cobarde
Se asiente en la esfera quinta,
Y el más valiente á sus pies;
Hable la lisonja y sirva;
Den palos á la verdad
Y premios á la mentira;
Pueda el que tiene dineros,
Y el que no, pueda desdichas;
Que no hablaré más palabra.

GIGANTE.

Jura en el cetro que miras
Del gran dios Demogorgón.

FABIO.

Señor Gorgón, si en mi vida
Dijere cosa que vea,
Hagan los dioses salchichas
De este cuerpo desdichado.

GIGANTE.

Tú verás si te castigan.

Métase por donde salió.

FABIO.

¡Lo que ha menester saber
Un hombre para que viva!
Finalmente, no hay que hablar

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Si se cae el cielo encima:
El que es discreto, silencio,
Y ande lo de abajo arriba;
Que si muere en pie el conejo,
Es no más de porque chilla.

ACTO SEGUNDO.

Salen el príncipe Doristeo y Perseo.

DORISTEO.

Notables cosas hace la fortuna,
Si á la fortuna se ha de dar la causa.

PERSEO.

La nueva fué fingida, y vez alguna
Pronostica verdad.

DORISTEO.

¿De qué se causa?

PERSEO.

Si el alma con avisos importuna,
Y no le ponen accidentes pausa,
Por lo que participa de divina,
Á pretender remedio el dueño inclina.

DORISTEO.

Dije á la bella Floris que quedaba
Su esposo muerto á manos de una fiera
Cuando con más salud solicitaba
La caza por el monte y la ribera;
Y aunque mi amor (fingiendo) la engañaba,
La mentira salió tan verdadera
Que há un año y más que Céfalo, perdido,
Pasó las aguas del eterno olvido.
Mas otro tanto tiempo mi esperanza
Padece su crueldad, sin ser posible
Entrar en su firmeza la mudanza.
¡Oh, gran lealtad, mas condición terrible!
¡Qué falsa fué, Perseo, mi esperanza!
Porque dura montaña inaccesible,
Del peñasco de Sísifo cargado,
Llevo en los hombros mi mortal cuidado.
Sale la noche, y cubre los mortales
De sueño y de temor, y yo despierto
Á idolatrar de Floris los umbrales,
Y parezco dormido en estar muerto.
Sale de los palacios orientales
La fresca Aurora, envuelta en velo incierto,
Y hallándome á su puerta, al sol avisa
Que para ver mi amor se dé más prisa.
Sale el dorado sol; no sale á verme,
Sino para que venga á retirarme
De acción tan loca; en tanto Floris duerme
Descuidada de verme y remediarme.
¿De qué esperanzas puedo ya valerme,
Ó qué mayor crueldad desengañarme?
Yo, en tanta confusión, morir me veo
Si no muere primero mi deseo.

PERSEO.

Tratemos, si á tu Alteza le parece,
Casar á Floris.

DORISTEO.

Si á un marido muerto
Guarda la fe que á su memoria ofrece,
Con el vivo su amor será más cierto.

PERSEO.

Si el marido, señor, su fe merece,
Será sin duda pensamiento incierto;
Pero siendo el marido de tu mano,
No podrá ser tu pensamiento vano.

DORISTEO.

Luego ¿ha de ser fingido el casamiento?

PERSEO.

Y de manera que la noche propia
Ocupes su lugar.

DORISTEO.

Sabrá mi intento,
Y para mi opinión es cosa impropia.

PERSEO.

Yo quiero, pues te he dado el pensamiento
De alguna historia verdadera copia,
Ser su fingido esposo.

DORISTEO.

Agora veo
Tu fe, tu amor y tu lealtad, Perseo.
Ejecuta la industria más discreta
Que ha visto el ciego amor, y reina luego;
Que no hay otra esperanza que prometa
Fin á mis penas y á mi amor sosiego.

PERSEO.

¿Llamo?

DORISTEO.

Bien puedes.

PERSEO.

Si la boda aceta
La bella Floris, en amor tan ciego
No espere Doristeo de este engaño
Hallar provecho, porque soy su daño.

Salen Floris y Elisa.

ELISA.

Á mucho, Floris, te atreves.

FLORIS.

No puedo ser descortés.

DORISTEO.

Ya mueve en los blancos pies
Dos cristales y dos nieves.

PERSEO.

Siempre los que amáis pensáis
Desatinos semejantes.

DORISTEO.

En estrellas de diamantes
De á cinco rayos andáis.

PERSEO.

¡Que esto no entienda mi amor,
Enfermo del mismo mal!

DORISTEO.

Hermosura celestial,
De hablaros tengo temor.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORIS.

No le tenga Vuestra Alteza
De quien á sus pies está.

DORISTEO.

Quedo, que se correrá
La misma naturaleza;
No os hizo á vos, para ser
Humilde á ninguna cosa,
Mortal; antes como á diosa
Os tengo de obedecer.
Días ha que no salís,
Días ha que nadie os ve;
Ya, Floris, pasó, ya fué
Lo que lloráis y sentís.
Tiempo es ya de descansar
De penas que no agradecen
Los muertos, ni las merecen,
Pues no las han de pagar.
Diréis que aboga por mí
Mi amoroso pensamiento;
Ya, Floris, es otro intento
Con el que he venido aquí.
Que, viendo vuestra firmeza,
Mudé amor por no querer
Contra violencia vencer
Tan desdeñosa belleza;
Y ya sólo vive en mí
La opinión de vuestro honor;
Que si la ofendió mi amor,
No se ha de quedar ansí.
¡Vive Júpiter sagrado
Que os he de restituir
Cuanto se puede mentir
De un poderoso cuidado!
Yo os he casado; mirad
Si deseo vuestro honor;
Perseo os tenía amor
Por gusto de mi amistad:
Bien os empleáis en él;
Yo quiero ser el padrino.

FLORIS.

Por cierto que os imagino
Cruel conmigo y con él:
Conmigo, pues intentáis
Quitarme tan justa pena;
Y con él, pues de amor llena
El alma, á otro amor me dais.
Porque si habéis intentado
Quitarme á un amigo esposo,
¿Qué habéis de hacer, poderoso,
Sino quitarme á un criado?
¿Es éste acaso el intento
Con que habéis venido aquí?
¿Concertáis los dos ansí
Este injusto casamiento?
Pues cuando fuérades vos,
Que no digo yo Perseo,
Os igualara el deseo,
Y el mismo amor de los dos.
Yo fuí de Céfalo; yo
Soy de Céfalo, y seré
De Céfalo, que esta fe
No murió cuando él murió.
Ella vive, y vive en mí
Céfalo, ni ha de tener
Otro dueño á quien querer
Alma que una vez rendí.
No soy yo de las mujeres
Que piensan más de una vez,
Y vos mismo sois jüez
En amorosos placeres.
Aquella que allí pasó,
Pasa en la memoria en mí;
Si á Céfalo dije sí,
Diré á todo el mundo no.

DORISTEO.

Floris, no es esto lealtad,
Mas causa engendra este efeto;
¡Por mi vida, que hay secreto
Que engaña con la verdad!
Y perdonad que, cansado
De tan necia resistencia,
No remito á vuestra ausencia
Lo que de vos he pensado.
Aquí hay oculta persona
Que en secreto os entretiene;
Yo sabré por dónde viene,
Quién le ayuda y quién le abona,
Aunque, si acaso es criado,
Tendrá más dificultad.

FLORIS.

Respetar la majestad
Á escucharos me ha obligado;
Pero ¡quién pensar pudiera
Que, contra mi honestidad,
Tan injusta libertad
En vuestro valor cupiera!
En viendo que una mujer
Se conserva sola y casta,
Y que el interés no basta
Para poderla vencer,
Luego decís que hay secreto
De criado ó de galán,
Ó que por ventura están
Con miedo de algún defeto.
Decís que por encubrir
Faltas secretas son buenas,
Por ver si con estas penas
Se quisiesen descubrir.
Cansadas tretas ¡por Dios!
Para probar la firmeza,
É indignas de la nobleza
De un Príncipe como vos.
Y para no proceder
Adelante en enojaros,
Porque quiero perdonaros
Y no me quiero ofender,
Dadme licencia.....

DORISTEO.

Esperad.

FLORIS.

No puedo escuchar agravios;

Demás que los reyes sabios
Siempre honraron la verdad.

Vase.

DORISTEO.

Oye, Elisa.

ELISA.

Yo, ¿qué puedo?

DORISTEO.

Dile á esa cruel que soy
El Príncipe, y di que estoy
Tal que á mí me tengo miedo.

ELISA.

Vos haréis como señor,
Estimando la lealtad
De esta mujer.

Vase.

DORISTEO.

Perdonad,
Obligaciones de honor,
Que voy á hacer desatinos.

PERSEO.

¡Terrible crueldad!

DORISTEO.

De suerte
Que solicita mi muerte
Su honor con rayos divinos;
Mas yo he de hacer, ó perderme,
Que antes que ella pueda hacer
Que me canse de querer,
Se canse de aborrecerme.

Salen Céfalo y Fabio.

CÉFALO.

¿Qué dices, Fabio? ¿Es posible
Que ha un año que estoy aquí?

FABIO.

Digo mil veces que sí.

CÉFALO.

Fabio, parece imposible.

FABIO.

Dos veces en el Carnero
Que pinta la astrología
He visto el sol desde el día
Que aquí llegamos.

CÉFALO.

¿Qué espero,
Sino que eterna prisión
Sepulte, Fabio, mis años?

FABIO.

La causa de estos engaños
Amores y hechizos son.

CÉFALO.

¿Aurora hechicera?

FABIO.

Sí.

CÉFALO.

Pues tan hermosa, ¿se vale
De otras cosas?

FABIO.

No te sale
Del alma el amor á ti.
Y cuando alguna mujer
Que pagan su amor no alcanza,
Ó por gusto, ó por venganza,
De esto se suele valer;
Si suspiras, si estás triste,
¿Qué te espanta?

CÉFALO.

¿Cómo puedo
Dejar de sentir, si quedo
Sin el cielo en que me viste?

FABIO.

No me atrevo muchas veces,
Céfalo, á desengañarte;
Que tengo para avisarte
Muchos ojos por jüeces.
La noche que te advertí
De cosas que no sabías,
Y falté más de seis días,
¿Adónde piensas que fuí?

CÉFALO.

¿Dónde estuviste?

FABIO.

No sé
Si era monte ó si era prado;
Que en jumento transformado,
De hierbas me sustenté.
No sabía la ocasión,
Y un día una fuente clara
Me mostró la indigna cara
De un animal de razón.
Y aunque me vi, ni por sueños
Del agua me enamoré,
Puesto, Céfalo, que sé
Que hay Narcisos borriqueños.
Acordéme de que había
Algunos hombres ansí,
Que enamorados de sí,
Se miraban cada día.
Cuando vi las dos orejas
Y aquella nariz bestial,
El hocico desigual,
Hundidos ojos y cejas,
Saqué del alma dos graves
Suspiros; mas tales fueron,
Que como de un trueno huyeron
De todo el bosque las aves.
En fin, con el negro hocico
La clara fuente enturbié,
Pues causa de verme fué
En figura de borrico.
Y fuí diciendo entre mí:
«Quien se ve de esta manera,
¿Cómo es posible que quiera
Enamorarse de sí?»

Entran Belisa y Aurora.

AURORA.

Con este disgusto vivo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BELISA.
¿Tan triste Céfalo está?
AURORA.
Tanto, Belisa, que ya
De mi propio amor me privo.
BELISA.
¿De qué nace su tristeza?
AURORA.
De algún amor que ha dejado.
BELISA.
¿En un año no ha borrado
Cualquier amor tu belleza?
¡Hombre firme!
AURORA.
En esta fuente
Dos rayas quisiera hacer:
Una, de que haya mujer
Que quiera tan neciamente.
Y otra, de que al fin de un año,
Con una mujer hermosa,
Se le acuerde de otra cosa
Á un hombre firme en su engaño.
CÉFALO.
¿Cómo nos podremos ir
Sin que lo supiese Aurora?
FABIO.
Es tan gran madrugadora,
Que nos ha de ver huir.
Temo estas selvas, que están
Llenas de sombras y miedos,
De laberintos y enredos,
Y de respuestas que dan.
Allí asoma un elefante,
Allí una mona, allí un oso,
Salta un sátiro peloso,
Y un fauno medio gigante.
No sé qué habemos de hacer.
AURORA.
Céfalo mío, ¿qué es esto?
CÉFALO.
¡Oh bella Aurora! ¡Oh mi bien!
Cortina hermosa del cielo,
Primero estrado del sol,
Arco de su luz primero,
Peine de marfil, con quien
Compone el rubio cabello.
No en vano los verdes prados
De improviso florecieron,
Perlas bordaron las aguas
De estos limpios arroyuelos.
No en vano las libres aves
Iban alternando versos
De sauce en sauce, de flor
En flor, con tan dulces ecos.
¿Cómo te has tardado tanto
Con el sol? ¡Muero de celos!
¿Qué te ha dicho de los hombres
Á nuestras plantas opuestos?
Ya me mataba de verte
Aquel ardiente deseo
Con que te adoró mi vida.
AURORA.
Pon á tu lengua silencio,
Tebano infame, y advierte
Que las deidades sabemos,
No sólo vuestros engaños,
Vuestros mismos pensamientos.
¿Qué mujer en hombre fía
Si sé que te vas huyendo,
Si ese día que lo intentas
Me dices falsos requiebros?
Dime toda la verdad;
Que por fuerza no te quiero
Si fueras el mismo Apolo.
CÉFALO.
Aurora, tu ofensa temo;
No te espantes que los hombres
Aquellas prendas amemos
Que nos dieron igualmente
En matrimonio los cielos.
Señora, yo soy casado
En Tebas, y te prometo
Que es digna Floris, mi esposa,
Del grande amor que la tengo;
Juntos los dos nos criamos,
Y amor de suerte en dos pechos,
Que vino á ser una el alma
Y uno mismo el pensamiento.
Era yo recién casado,
Y de los brazos el tiempo
Tan poco, que aun no llegamos
Á perdernos el respeto.
Dábale á Júpiter gracias
De ver, en amaneciendo,
Á mi lado abrir los ojos
Ángel tan hermoso y bello,
Una imagen de marfil,
Una tan perfecta Venus,
Que me mataba la envidia,
Si supiera mis secretos,
Cuando el Príncipe de Tebas,
Cuando el galán Doristeo,
Me manda que le acompañe
A esta caza, en que durmiendo
Me viste, divina Aurora,
Y donde ha un año que duermo;
Que no puede tanto olvido
Ser menos que eterno sueño.
Dióme de mi loco engaño
Aviso Fabio.
FABIO.
¿Qué has hecho,
Qué has dicho?
CÉFALO.
Y fuí poco á poco
Mi desdicha conociendo.
FABIO.
Hoy me matan, hoy me chupan
Brujos, jimios y camellos;
Ya no saldremos de aquí.
CÉFALO.
Con esto, Aurora, muriendo

De celos de la hermosura
De Floris, no estoy contento
Con tus regalos y gustos;
Que si hay honor de por medio,
No creas que hay hombre alegre
Con cuanto bien tiene el suelo.
Es sola, es moza, es hermosa:
Tiene gallardos mancebos
Tebas, y tan atrevidos,
Que á nadie guardan respeto.
Pero aunque me mate aquí
Mi celoso pensamiento,
La obligación de mi honor,
Y el ansia de mis deseos,
No saldré de aquesta selva
Ni de tu obediencia, haciendo,
De servirte y adorarte,
De nuevo mil juramentos;
Porque viendo.....

AURORA.

No prosigas.

CÉFALO.

Señora.....

AURORA.

Basta, no quiero
Tus palabras ni tus obras.
Ya, Céfalo, te aborrezco;
Porque no hay mujer tan vil,
Ni de tan bajo sujeto,
Que quiera un hombre forzado.
Vete de mis ojos luego;
Que á fe que te ha de pesar.

CÉFALO.

Aurora, si te merezco
Por un año de tus brazos
Que me escuches, oye.

AURORA.

Necio,
Vete, pues vas por tu mal.

Váyase Aurora.

FABIO.

Belisa, ¿qué culpa tengo
Del desamor de mi amo?

BELISA.

¡Cómo no, si tus consejos
Han sido causa de todo!

FABIO.

¡Plega á Júpiter inmenso,
Que si yo.....

BELISA.

¡Ya es tarde, infame!
Presto verás.....

FABIO.

¿Qué tan presto?

BELISA.

Que te han de sacar los ojos
Mil mochuelos.

FABIO.

¡Mil mochuelos!

Váyase Belisa.

CÉFALO.

¿Qué haré ¡triste de mí! que dice Aurora
Que por mi mal veré mi esposa amada
Si fué á mi honor y á su valor traidora?

FABIO.

No digas tal, que Aurora habló enojada.

CÉFALO.

Ya parte á verla el alma que la adora,
Mas con vergüenza y con razón turbada
De ver que la ofendí.

FABIO.

No la ofendiste,
Pues que forzado y engañado fuiste.

CÉFALO.

Un año habrá que falto, y de manera
Estoy trocado que fingirme quiero
Un hombre extraño.

FABIO.

¡Bárbara quimera!

CÉFALO.

Probaré con amor y con dinero
Á conquistar su fe.

FABIO.

Cuando te quiera,
¿Que discreción será?

CÉFALO.

Saber espero,
Por lo que hará conmigo, lo que ha hecho
Conociendo su falso ó firme pecho.

FABIO.

No lo aconsejo.

CÉFALO.

Celos, dicen, Fabio,
Y la ocasión que dió mi larga ausencia,
Con lo que Aurora dice que á mi agravio
Ni amor ni honor han hecho resistencia:
Á ver mi muerte voy.

FABIO.

No hay hombre sabio,
Como ha probado en tantos la experiencia,
Que haya probado ni mujer ni espada,
Que á bien librar ha de quedar probada.

Salen.

Salen Floris, Elisa y Fineo.

FINEO.

Tu padre tiene este gusto,
Y estas memorias me dió.

FLORIS.

Si al Príncipe respondió
Mi lealtad con tal disgusto,
Y queriendo que Perseo,
Su más privado y amigo,
Se desposase conmigo,
¿Qué me persigues, Fineo?

FINEO.

¿Piensas en tan verde edad
Conservarte de esta suerte?

¿No has de salir, no han de verte?
¿Todo ha de ser soledad?
¿No estará mejor guardado
Tu honor de un mancebo hermoso,
Que no sujeto al ocioso
Vulgo, siempre desbocado?
¿Qué podrá decir de ti,
Si hermosura y soledad
Nunca hicieron amistad?

FLORIS.

Soledad, sola, ¡ay de mí!
Mas no digas que te envía
Mi padre, porque sospecho
Que el Príncipe.....

FINEO.

Mal has hecho
En dudar de la fe mía;
Si hablé al Príncipe jamás,
Júpiter permita.....

FLORIS.

Tente;
Muestra los papeles.

FINEO.

Dente
Vida los cielos.

FLORIS.

¿Hay más?

Lea:

«Alexandro, natural de Corinto, caballero ilustre, es de diez y ocho años, hermoso y rico.»

FINEO.

¿Son buenas partes?

FLORIS.

Famosas;
Pero son diez y ocho años,
Para marido, muy pocos;
Porque, como no han gozado
Del mundo, quieren saber
Qué otros gustos, qué otros brazos
Tienen diversas mujeres;
Y así, tengo por gran daño
Que el marido sea tan mozo.
Con tu licencia, le rasgo.

FINEO.

Lee aquéste, que sospecho
Que te agrade.

FLORIS.

Si me agrado,
Te doy palabra de ser
Suya.

FINEO.

Á los méritos salgo.

FLORIS.

Lea:

«Lisardo, mancebo noble, de talle y costumbres, rizado de cabello, y cuidadoso de sus galas, de lindas manos y.....»

Aquí me quedo, en la y.
¿Éste me alababas tanto?

FINEO.

Pues ¿fué más bello Narciso?

FLORIS.

Talle y costumbres alabo;
Lo rizado del cabello
No me agrada, que es mal caso
Que nos estemos los dos
Por la mañana rizando;
Porque, si entran á saber
Qué mandamos los criados,
No sabrán quién de los dos.....
Mas basta, no lo digamos.

FINEO.

¿Cómo ha de ser un mancebo?

FLORIS.

Un mancebo sin cuidado.

FINEO.

¿Sucio acaso y mal vestido?

FLORIS.

No, sino muy bien; y ¿acaso
La limpieza y el aseo
No está en un hombre afectado,
Que está más tiempo al espejo
Que pide un cuello? Veamos
El que se sigue.

FINEO.

Será
Darte más novios cansancio.

FLORIS.

Lea:

«Cesarino, alto y barbinegro, de edad de cuarenta años.»

FINEO.

Reparas; luego ¿te agrada?

FLORIS.

En los cuarenta reparo;
Que como mujeres y hombres
Siempre los años negamos,
Añado diez á cuarenta,
Y así tendrá cincuenta años.

FINEO.

Pues ¿cómo, si es barbinegro?

FLORIS.

¿Y eso juzgas por milagro?
Y de ochenta puede serlo
Con un poco de cuidado.
¿Llamaron?

FINEO.

Sí.

FLORIS.

Vete y vuelve.

FINEO.

Voyme, el volver excusando;
Que quien se quiere casar,
No mira en tantos ni en cuántos.

Váyase Fineo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORIS.

Vé, Elisa, y mira quién llama;
Que yo no pienso querer
Hombre en mi vida, ni ser
Contraria á mi honesta fama.

ELISA.

Voy, señora.

FLORIS.

La que nace
Como nací, se obligó
Á la fe que guardo yo;
Que puesto que muerto yace
Mi esposo, está vivo en mí.

ELISA.

A la puerta un mercader,
Dice que te quiere ver.

FLORIS.

¿Mercader, Elisa, á mí?
Despídele; que no quiero
Ver sedas, oro ni galas;
Que es dar más ojos, más alas
Al pensamiento ligero.

ELISA.

Parece que estás más triste
Que el día que aquesta nueva
Que á tantas penas te lleva
Del trágico nuncio oiste.
Déjale entrar; que no sé
Lo que te quiere.

FLORIS.

No quiero.

ELISA.

Advierte que es extranjero,
Como en el traje se ve,
Y que no aventuras nada;
Por ventura, es en provecho
Tuyo.

FLORIS.

Necia estás; sospecho
Que darme pena te agrada.
Di que éntre.

ELISA.

Entrad, caballero.

Salen, en hábito de mercaderes, Céfalo y Fabio, con una caja.

CÉFALO.

Júpiter, señora, os guarde.

FLORIS.

¡Buena persona!

CÉFALO.

Cobarde,
Fabio, estoy; pero ¿qué espero?

FLORIS.

Vos seáis muy bien venido.
¿De dónde sois?

CÉFALO.

Soy de Atenas.
Helada tengo en las venas
La sangre.

FABIO.

Y yo estoy perdido.

FLORIS.

¿Para qué me habéis buscado?
¿Qué es lo que os dicen de mí?

CÉFALO.

Hoy en el palacio oí
Que os casáis ó habéis casado;
Tengo joyas extremadas
De todas piedras; querría
Que os agradasen.

FLORIS.

Tendría
De nuevas tan excusadas
La culpa algún cortesano
Ocioso.

CÉFALO.

Pues ¿no es verdad?

FLORIS.

Aquí vive la lealtad
De un muerto.

CÉFALO.

Es lealtad en vano;
Que también decir oí
Que era vuestro esposo muerto
De una fiera en un desierto.

FLORIS.

Es verdad.

CÉFALO.

Pues siendo ansí,
¿Por qué no os queréis casar?

FLORIS.

Porque muerta adoro en él.

CÉFALO.

No sois discreta, pues ¿dél
Ya qué podéis esperar?
Yo entré á venderos el oro
Y piedras que traigo aquí,
Y después, Floris, que os vi,
Con toda el alma os adoro.
Soy, como veis, extranjero
Con quien no podéis perder;
Y aunque me veis mercader,
Disfrazado caballero.
Porque me dejéis serviros
Os quiero esta noche dar
Una cintura y collar
De diamantes y zafiros
Que vale diez mil ducados. (Aparte.)

FLORIS.

¿Á quién no hicieron pensar,
Y pensando dar lugar
Á efectos menos honrados?
Yo, Elisa, no he respondido
Por dudar el interés,
Mas por ver lo mucho que es
Á Céfalo parecido.
¿Has visto error, si este nombre
Se debe á naturaleza,
Como en la igual gentileza
De Céfalo y de este hombre?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Confieso que ha despertado
La memoria algún deseo.

ELISA.

Con inclinación te veo.

FABIO.

Dudosa está.

CÉFALO.

Si ha dudado
Floris, me ha sido traidora.

FABIO.

Habla bajo, no te entienda.

FLORIS.

No porque interés pretenda
De cuanto el indio atesora,
Os respondo, caballero,
Con alguna voluntad:
Cuando os vais de la ciudad,
Hablaros despacio quiero.

Quítese la capa Céfalo, y diga sacando la espada:

CÉFALO.

¡Ah, infame! ¡Viven los cielos,
Que has de morir á mis manos!
¡No eran mis recelos vanos,
Verdades eran mis celos!
¡Yo soy Céfalo, tu esposo:
Vivo estoy!

FLORIS.

¡Cielos, valedme!
¡Montes, selvas, socorredme!

Váyanse los dos.

FABIO.

¡Tente, señor!

CÉFALO.

¡Soy celoso!

FABIO.

¿Y tú, Elisa, hasme ofendido?

ELISA.

¿Yo, Fabio? Pues ¿qué me has dado,
Ó cuando me has obligado
Con el nombre de marido?

FABIO.

Tienes, Elisa, razón;
Y aunque tu marido fuera,
Y de tu amor no tuviera
Ni mí honor satisfacción,
No te probara jamás,
Porque á la mujer más casta
Sólo un antojo le basta,
Que es golpe en vidrio, y no hay más.

Diana y Aurora. Diana en hábito de diosa, con arco.

DIANA.

Esto me dicen de ti.

AURORA.

Si verdad, señora, fuera,
Ó el hombre visto se hubiera,
Ó se conociera en mí;
Si satisfacción te di
De mi castidad, Diana;
Si es de Apolo la mañana,
Y las tardes tuyas son,
Con siniestra información
Te quiere engañar Silvana.

DIANA.

No Silvana solamente;
Dórida, Filis, Dantea,
Dicen lo mismo.

AURORA.

Aunque sea
Su envidia tan vil que intente
Que tu gran deidad me afrente,
No debes luego creer
Cosas dichas por tener
De mi privanza recelos;
Porque es con envidia y celos,
Áspid la mejor mujer.

DIANA.

Bien sé yo que las mañanas,
Aurora, estás con el sol,
Y que al primer arrebol
De sus luces soberanas,
En blancas telas y granas
Le envuelves, y das al suelo;
De las tardes no recelo:
Vas conmigo á las florestas;
Pero ¿no hay noches, no hay siestas?

AURORA.

¿Qué cosa se encubre al cielo?
Haz mejor información,
Y de tus baños me arroja
Si mi término te enoja.

DIANA.

En fin, ¿testimonio son?

AURORA.

Como á ti de Endimión,
Pues, en fin, te han levantado,
Diana, que le has amado.

DIANA.

¿Qué cosa en el sentenciar
La ira puede templar
Como hallarse el juez culpado?

Floris huyendo.

FLORIS.

Á tu soberano amparo
Una tebana mujer
Su vida quiere ofrecer,
Falta de humano reparo.
No es, señora, el sol más claro
Que mi inocencia.

DIANA.

¿Quién viene
Siguiendo?

FLORIS.

Quien no tiene
Piedad.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DIANA.

Sosiega segura.

FLORIS.

Matarme un traidor procura
Que mi deshonra previene.

DIANA.

No osará llegar aquí,
Ó en mármol le volveré;
Mil vidas le quitaré
Si él sólo un cabello á ti.
Todo el suceso me di
Porque la verdad me obligue
Que te guarde y le castigue.

FLORIS.

Oye, señora, mi historia,
Si me basta la memoria
Para tanto mal.

DIANA.

Prosigue.

FLORIS.

Divina Diana,
Gloria de las selvas,
Luna en las celestes
Regiones etéreas:
De las ninfas castas
Ilustre defensa,
A quien los lascivos
Sátiros respetan:
Hija soy, señora,
De Ericteo y Celia;
Mi primera patria,
La famosa Tebas.
En mis años tiernos,
Porque apenas eran
Convenientes años
Para tener penas,
Amé, siendo amada
De quien bien pudiera
Ser amor, por niño,
De mejores flechas.
Aumentóle el tiempo;
Que el amor se aumenta
Con las privaciones
Cuando dos desean.
Céfalo era el nombre
De mi dulce prenda,
Pintura admirable
De naturaleza.
Íbamos al campo,
Dándonos licencia,
A coger las flores
De la primavera.
Él me coronaba
La frente con ellas;
Yo, con mis collares,
La suya de perlas.
Daba el tiempo á amor
Atrevidas fuerzas;
Vieron nuestros padres
Peligrosas muestras.
Encerrada estuve,
Pero no se encierran
Las almas que salen
En escritas letras.
Al fin nos casaron,
Porque no vinieran
Á mayores daños
Privaciones necias.
Apenas un mes,
Locamente ciega,
Gocé de mi esposo
Las caricias tiernas,
Cuando Doristeo,
Príncipe de Tebas,
Necio amante mío,
Causa de mis penas,
Por aquestos montes
Á caza le lleva,
Y para engañarme
Perdido le deja.
Díceme que es muerto;
Mentirosas nuevas,
Por ver si podía
Vencerme con ellas;
Pero á él y á muchos
Hizo resistencia
Limpia castidad
Y casta limpieza.
No quise casarme,
Puesto que pudiera
Con grandes señores.
¡Qué injusta firmeza!
Pues después de un año,
Con la voz diversa,
El rostro y el traje,
Y diciendo que era
Mercader corintio,
Céfalo me prueba
Con diversas joyas
De preciosas piedras.
Yo, no porque fuese
Codiciosa de ellas,
Mas porque el retrato,
El rostro y presencia
De mi esposo vía,
Alguna flaqueza
Repartí á los ojos,
Permití á la lengua;
Él, sacando entonces
La espada sangrienta
De fieras del campo,
Quiso hacerme fiera,
Diciendo: «¡Ah, traidora!
¿Esta fe profesas?
¿Este amor me guardas?
¿Este honor respetas?»
Yo, triste, turbada,
Sin hallar respuesta,
Sin tener disculpa,
Sin saber enmienda,
Porque nunca aguardan
En desdichas ciertas

Espadas desnudas,
Razones compuestas,
Salí de mi casa,
Dándome una huerta
Paso para el campo
Entre unas acequias.
Viéneme siguiendo,
Y entre aquellas peñas
Oigo decir: ¡Floris!
«¡Adúltera, espera!»
Nunca yo he sido;
Él sí que me deja
Por otra mujer
En tan larga ausencia;
Mas para los hombres
No se hicieron quejas;
Suyas son las culpas,
Nuestras son las penas.

DIANA.

Lástima me ha dado oirte;
Pero ya has llegado á parte
Que no podrá molestarte
Aunque se canse en seguirte;
Que no será poderoso
Si mil engaños apresta.

AURORA.

¡Ay, triste! Floris, es ésta
Por quien me deja su esposo;
Pero ya con más consuelo
De su desdén y aspereza,
Pues nunca mayor belleza
Salió del pincel del cielo.

FLORIS.

Estoy, señora, segura
De tu grandeza y piedad.

DIANA.

Tu inocencia y mi deidad
De su traición te asegura;
Ven, y estarás en mis baños.

AURORA.

Por mi mal quieren los cielos
Que tengan tan fieros celos
Tan hermosos desengaños.

Salen el Príncipe, Perseo y cazadores.

DORISTEO.

Dos veces el dorado vellocino,
Que á Colcos dió jardín y nombre eterno,
Dorado Febo, infatigable vino,
Enjugando los ojos al invierno,
Desde que en este monte peregrino,
Amor sin esperanza y sin gobierno,
Con Céfalo á seguir las fieras y aves
Me trujo sólo entre cuidados graves.
Aquí, si tienes bien en la memoria,
Perseo, este lugar, quedó engañado,
Y yo volví solícito á mi gloria,
Que tanta pena y confusión me ha dado.
¡Dichoso ausente, cuya nueva historia
Á la fama dará mayor cuidado
Que pudo de Penélope la tela!
Siendo verdad aquí, y allá cautela,
¿De cuál mujer se cuenta tal hazaña?
¿Qué difunto gozó de tal firmeza?

PERSEO.

Ó fué sepulcro suyo esta montaña,
Ó peña se volvió de su aspereza;
Ninguna cosa á Floris desengaña
Para que dé lugar á su belleza:
¡Notable amor!

DORISTEO.

Merece bronce eterno
Tan duro corazón, pecho tan tierno.

Entre Céfalo.

CÉFALO.

Inmensos montes, que á mis tristes quejas
De peñas me prestáis duros oídos;
Hiedras del claro Apolo, verdes rejas
Que dais á tantos álamos vestidos;
Mar que en escollos bárbaros te quejas,
Triste de ver tus campos oprimidos
De un monte vuelto en pájaro ligero,
Decidle á Floris que sin ella muero.
Árboles que escaláis las intrincadas
Nubes, con verdes almas arrogantes,
Por quien segunda vez miran turbadas
La guerra que intentaron los gigantes;
Sonoras fuentes que corréis templadas,
Salpicando las hierbas de diamantes,
Formando ese arroyuelo lisonjero,
Decid á Floris que sin ella muero.

DORISTEO.

¿Céfalo no es aquéste? ¡Caso extraño!

PERSEO.

Parécelo, ¡por Júpiter!

DORISTEO.

¡Ay, cielos!
Aunque en los ojos puede haber engaño,
Éstas verdades son, no son recelos:
Céfalo, ¿dónde vas? ¿Quién á tal daño
Redujo tu valor?

CÉFALO.

Celos.

DORISTEO.

¿Qué celos?

CÉFALO.

Celos de Floris, Floris fugitiva,
Que no quiere que ya con ella viva.

DORISTEO.

¿El seso le han quitado?

PERSEO.

Así parece.

DORISTEO.

Pues ¿dónde está tu Floris?

CÉFALO.

Este monte
La esconde en su aspereza, y me enloquece
Por todo aqueste bárbaro horizonte.
Si piadosa por dicha se os ofrece

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Antes que como sol se me transmonte,
Pasando el mar, á mis suspiros fiero,
Decid á Floris que sin ella muero.
Después de un año que viví escondido
En este monte con extrañas pruebas
De mi fortuna, y de un amor fingido,
Fuí disfrazado á ver mi esposa á Tebas.
Engañáronme celos, y atrevido
Propuse á su virtud infamias nuevas:
Saqué la espada. ¡Qué rigor, ¡ay, cielos!
De lo que puede un desengaño en celos!
Huyó, seguíla, y en aquesta selva
La voy buscando, sin saber por dónde;
Mas no es posible que á escucharme vuelva;
Que por más que la llamo no responde.

DORISTEO.

Pues, Céfalo, por más que se revuelva,
Si no es que el centro de este mar la esconde,
Penetraré las selvas con mi gente
Antes que vuelva el sol al Occidente.
Ea, Perseo, no ha de quedar rama.
Que no vamos contando una por una.

PERSEO.

Hoy á nueva esperanza amor te llama.

DORISTEO.

Favorecerme quiere la fortuna.

Éntrense y salga Fabio.

FABIO.

Por este arroyo que el cristal derrama
De aquella fuente en quejas importuna,
Unos pastores dicen que le vieron:
Aquél parece; él es, no me mintieron.
¿Dónde vas, señor mío, de esta suerte?

CÉFALO.

¡Eh, Floris de mi vida!

FABIO.

¿Yo tu vida?

CÉFALO.

¡Oh, dulce causa de mi amarga muerte!
Vuelve á mis brazos, ¿dónde vas perdida?

FABIO.

Que no soy Floris, sino Fabio; advierte
Que estás sin seso.

CÉFALO.

El alma, divertida,
Á la imaginación la representa

FABIO.

Pues dile al alma tú que no te mienta.

CÉFALO.

Fabio, busquemos á mi amada esposa,
Pidámosle perdón de aquel agravio.

FABIO.

Busquémosla, señor, que es justa cosa.

CÉFALO.

Rompe la voz en esos montes, Fabio.

FABIO.

¡Floris! ¡Ah, Floris!

CÉFALO.

Dile, Fabio, ¡hermosa!
Quizá responderá.

FABIO.

Concepto sabio,
Que á hermosa no hay mujer, puesto que fea,
Que no responda y que es su nombre crea.
¡Floris hermosa, Floris más hermosa
Que al prevenir el sol la blanca aurora!

Aurora éntre.

AURORA.

¿Quién llama á Aurora?

CÉFALO.

¡Oh, Floris amorosa!
Céfalo, aquel que tu hermosura adora.

AURORA.

Vengada estoy de ti; no soy tu esposa,
Tu enemiga, villano, soy agora.

CÉFALO.

¿Sabes, Aurora, de mi Floris nuevas?

AURORA.

Sé que la goza el Príncipe de Tebas.

CÉFALO.

Espera, aguarda. ¡Ay de mí!

FABIO.

¿No ves que es venganza?

CÉFALO.

Espera.

FABIO.

Por entre las ramas corre.

CÉFALO.

Daréle voces que vuelva

Dentro:

¡Aurora, Aurora!

Diga desde adentro, y siempre más lejos:

AURORA.

¿Qué quieres?

CÉFALO.

Dime, Aurora, así amanezcas
Clara, cristalina y limpia,
¿Hablas de veras?

AURORA.

De veras.

CÉFALO.

¿El príncipe Doristeo
Á mi Floris lleva?

AURORA.

Lleva.

FABIO.

Mira, señor, que es el eco
Que en aquellos valles suena.

CÉFALO.

Déjame, Fabio, que ya
Fueron ciertas mis sospechas.
¿No es verdad, hermosa Aurora,
Y que ya son ciertas?

AURORA.

Ciertas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CÉFALO.
¿No se va con Doristeo
Floris á Tebas?
AURORA.
Á Tebas.
FABIO.
No porfíes, no la llames;
Y porque mejor lo creas,
Déjame que la pregunte:
Aurora, ¿eres necia?
AURORA.
Necia.
FABIO.
¿Eres traidora?
AURORA.
Traidora.
FABIO.
¿Eres vieja y fea?
AURORA.
Fea.
FABIO.
Que era fea confesó,
Pero calló que era vieja,
Que hasta el eco en las mujeres
La edad y los años niega.
CÉFALO.
¿Qué haré, Fabio?
FABIO.
No creer
Esta celosa hechicera,
Sino buscar á tu esposa.
CÉFALO.
Prados, montes, fuentes, selvas,
¿Dónde está mi bella Floris?

Floris éntre con Elisa.

FLORIS.
Que la lleve al baño, ordena
Diana, estas blancas tocas.
ELISA.
Y á mí estas flores y hierbas.
FLORIS.
¿No es buena esta vida, Elisa?
¿No te hallas bien con ella?
ELISA.
No volviera á la ciudad
Por los tesoros de Grecia.
FLORIS.
¿Qué hará mi enemigo esposo?
ELISA.
Querrá dar á tu inocencia
La muerte, y por galardón
De tu lealtad y firmeza,
La infamia de que le has hecho
La no imaginada ofensa.
CÉFALO.
Fabio, Fabio, vuelve el rostro,
¿No es Floris, mi esposa, aquélla?
FABIO.
Sí, señor, y aquélla, Elisa.
CÉFALO.
Floris, mi vida, no temas;
Yo soy Céfalo, tu esposo,
Quien te adora y te desea.
FLORIS.
¡Socorro, hermosa Diana!
CÉFALO.
No huyas, aguarda, espera.
FABIO.
Aguarda, detente, Elisa.

Las dos, huyendo, se pongan en dos tramoyas que estarán en dos partes del lienzo del vestuario, y, dando la vuelta, al abrazarlas se hallarán con dos sátiros muy feos en los brazos.

CÉFALO.
¡Ay, soberana belleza!
FABIO.
¡Ay, cielos! ¿Qué es lo que veo?
CÉFALO.
¡Ay, cielos! ¿Qué bestia es ésta?
FABIO.
Suéltame, por Dios, los brazos,
Belisa en demonio enjerta.

Vuelvan á dar la vuelta, y queden solos.

CÉFALO.
¿Piensas que tendré temor
Aunque en mil formas te vuelvas?
Seguirte tengo.
FABIO.
¡Ay de mí!
Pero esto no es cosa nueva,
Que mil vestidas mujeres,
Á los que á gozarlas llegan,
Si la cáscara les quitan,
Se vuelven cosas más feas.

ACTO TERCERO.

Salen Floris y Céfalo.

CÉFALO.
Escúchame desde aquí.
FLORIS.
¿Qué tengo ya de escucharte?
CÉFALO.
Los dioses, dura Anaxarte,
Te vuelvan piedra por mí.
FLORIS.
Ya te espero.
CÉFALO.
Escucha.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORIS.

Di.

CÉFALO.

Sin armas, señora, estoy;
Palabra á tus ojos doy,
Esposa, de no ofenderte:
No voy á buscar tu muerte,
Á buscar mi vida voy.

FLORIS.

¿Tengo yo tu vida?

CÉFALO.

Sí;
Que está sólo en escucharme.

FLORIS.

Pues ¿cómo quieres matarme
Estando tu vida en mí?

CÉFALO.

Si celoso te ofendí,
Te adoro desengañado;
Pero aunque sé que has estado
Como en la mar firme roca,
Quiero oirlo de tu boca
Para quedar descansado.
Nunca más el alma enciende
Amor porque nunca olvide,
Que cuando un celoso pide
Disculpas á quien le ofende.
Bien tu hermosura me entiende;
Mira qué amor pudo hallar
En el alma más lugar,
Ni en el honor más disculpa,
Que, siendo yo quien te culpa,
Enseñarte á disculpar.
Discúlpate con mi amor,
Jüez, abogado y parte,
Porque sólo en disculparte
Consiste, Floris, mi honor.
Ama el jüez tu valor;
El deseo que en mí ves
Abogado tuyo es;
Parte, amor, tras tanta ausencia;
Mira, Floris, qué sentencia
Darán contra ti los tres.

FLORIS.

Engañada, esposo mío,
Por tu muerte, aunque fingida,
Llegué hasta perder la vida
Con piadoso desvarío.
Los dioses, de quien confío
Que te han de decir quién fuí
Y en qué soledad viví,
No quisieron que muriese,
Para que mi honor pudiese
Volver agora por mí.
Pregúntale á Doristeo
Mi resistencia y valor,
Y las fuerzas de mi honor
Contra su loco deseo;
También pregunta á Perseo
Si sus bodas desprecié;
Qué casamientos dejé
Pregunta á Tebas, y luego
El elemento del fuego
Verás ardiendo en mi fe.
Pues entre mil despreciados,
¿Por qué había de querer
Un extraño mercader
Y unos celos disfrazados?
Despertaste mis cuidados,
Que casi fueron antojos,
Viendo á Céfalo en tus ojos.
Si tú te ofendiste á ti,
No digas que te ofendí,
Ni me des sin causa enojos.
Que cuando te hubiera amado
No quedaras ofendido,
Porque siendo tú el querido,
No fueras el agraviado.
Fuera de eso, disculpado
Pudiera quedar mi error,
Pues eras muerto, señor,
Y con testigos tan ciertos,
Pues se entierra con los muertos
El respeto del honor.
Los maridos, pues lo eres
De aquella fiera homicida,
No vuelven de la otra vida
Á castigar sus mujeres.
Memorias castigar quieres
De tu mismo amor celoso,
Ni fué error, pues fué amoroso;
Que si quererte quería,
Era que el alma decía
Que eras tú mi dulce esposo.
Fué error de la fantasía
Adonde te estaba viendo,
Como quien dice durmiendo
Las cosas que hace de día.
Por esta causa sería,
Que como en lo que te quiero
He pensado un año entero,
De costumbre que he tenido
En abrazarte fingido,
Te abrazaba verdadero.

CÉFALO.

Ya, ¿de qué puedo agraviarme?
Que, aunque ofendido me hubieras,
Disculpa, Floris, tuvieras
En la gracia de culparme.
Llega, permite abrazarme;
Bien dices: ya estaba muerto.
Ya estoy de mi engaño cierto.

FLORIS.

¿Querrás hacerme pedazos?
Pero si muero en tus brazos,
Yo sé que en morir acierto.

Abrácense.

CÉFALO.

¡Ay, mi bien! ¡Qué gran consuelo!
¡Ay, no te apartes de mí!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Ay, quién se quedara ansí,
Como el Géminis del cielo!

FLORIS.

¿Ya no me matas?

CÉFALO.

Estoy
Muerto en tus brazos.

FLORIS.

Espera:
Diana es ésta.

CÉFALO.

Quisiera
Hablarla, ¡qué necio soy!
Que dicen que ningún hombre
La puede hablar.

FLORIS.

Es verdad;
No quieras que su deidad,
Ó te castigue, ó te asombre:
Escóndete, esposo, allí.

CÉFALO.

¿Iráste con ella?

FLORIS.

No,
Que no te he abrazado yo
Para apartarme de ti.

Diana y Aurora, y Diana con un dardo dorado.

AURORA.

Un hombre me parecía.

DIANA.

Será pastor de esta selva.

AURORA.

Huyó en viéndote.

DIANA.

No vuelva
Floris á mi compañía.
¿Qué es esto, enemiga? ¿ansí
Has despreciado mi amparo?

FLORIS.

Si el engaño te declaro,
Tú misma hablarás por mí:
Céfalo, mi dulce esposo,
Con tal llanto ha satisfecho
Mi temor, que habemos hecho
Paces; ya no está celoso,
Ya conoce mi lealtad,
Ya mi firmeza agradece;
Y así, razón me parece,
Diana, que tu deidad
Me dé licencia, que quiero
Volverme á Tebas con él.

DIANA.

Mira, no te fíes de él,
Prueba su verdad primero,
Que puede ser que por mí
Te respete en esta selva,
Y que cuando á Tebas vuelva
Se quiera vengar de ti.

AURORA.

Es muy justo advertimiento:
Viva algún tiempo contigo
Donde, temiendo el castigo,
Excuse el atrevimiento;
Que después que algunos días
Vuelva en tus brazos amor
Á ser el mismo, ó mayor,
Del que entonces conocías,
Volverás á la ciudad.

FLORIS.

Paréceme buen consejo.

AURORA.

Aquí tiene un pastor viejo
Una famosa heredad,
Con una casa extremada,
Y yo haré que os tenga en ella

FLORIS.

Tú serás, Aurora bella,
Mi amparo.

DIANA.

Floris amada,
Quisiera tener qué darte,
Ya que de mi compañía
Te partes.

FLORIS.

Señora mía,
No el alma, el cuerpo se parte.

DIANA.

Sólo este dardo te doy,
Prenda que en mucho estimé
Desde que á Tebas bajé,
En cuyas selvas estoy.
No le tirará persona
Sin matar á quien tirare;
No hay fiera que en monte pare,
Por cuantos el sol corona;
No hay tan ligero animal
Que no alcance.

FLORIS.

Por mi esposo,
De tu brazo generoso
Aceto el don celestial;
Que es notable cazador
Y lo estimará en extremo.

DIANA.

Que dilato, Floris, temo
Las paces de vuestro amor.
Tú, Aurora, busca esa casa,
Y quedaos los dos con Dios.

Váyase.

AURORA.

Bien podéis hablar los dos,
Pues ya de las selvas pasa.

FLORIS.

Yo voy, con licencia tuya,
Á hablar mi Céfalo amado.

Váyase.

AURORA.

Amor, el daño pasado
En más bien te restituya.

¡Ay de mis pensamientos mal logrados!
¡Ay de mis esperanzas mal nacidas,
Un año vanamente entretenidas
En contentos de amor siempre engañados!
Arrojé de mis brazos despreciados
Un hombre que me cuesta tantas vidas,
Y vuelven á dar sangre las heridas
Viendo mi amor los celos declarados.
Mientras quien llora agravios no procura
Ver la ocasión, en duda se defiende
Y del bien que merece se asegura;
Pero si el alma ve que quien la ofende
Goza de mayor gracia y hermosura,
Hiélase el gusto y el amor se enciende.

Salen Felicio y Anteo, villanos.

FELICIO.
Un año habrá por agora
Que vino el Príncipe aquí.
ANTEO.
Junto á la fuente le vi.
AURORA.
Pues ¡Felicio!
FELICIO.
¡Hermosa Aurora!
AURORA.
¿No sabes como te quiero
Dar dos huéspedes famosos?
FELICIO.
Cortesanos enojosos,
Si son de Tebas, espero.
AURORA.
No son sino dos casados
Que han dejado la ciudad,
Para hacer de su amistad
Testigos montes y prados.
FELICIO.
Pensé que era de la gente
Que paga en lisonjas vanas,
Que habla tardes y mañanas,
Y sabe más quien más miente.
Pensé que era quien no da
Y de todo se aprovecha,
Gente que nada sospecha
En lo que interés le va;
Pero pues casados son
Y de allá vienen huyendo,
Sólo serviros pretendo,
No quiero más galardón.
AURORA.
Voy por ellos.
FELICIO.
Mi Belisa
Sabe ya lo que ha de hacer.
AURORA.
De que me habéis de perder,
Celos, el amor me avisa.

Váyase.

Entra Fabio.

FABIO.
¿En qué tengo de parar
Al fin de tanto camino?
¿Yo por selvas peregrino,
Sin hallar villa ó lugar?
¿Yo sin comer y dormir
Por seguir á una mujer?
Conviértete en alcacer,
Dafne, y déjame vivir.
Aquí en la hierba se envuelve,
Allí se torna gazapo,
Aquí de un tigre me escapo,
Allí en sátiro se vuelve.
Yo ¡triste!, de rama en rama,
Como tras pájaro nuevo,
Sus ojos llevo por cebo,
Y voy donde amor me llama.
Aquí están dos labradores.
FELICIO.
Éste es algún cazador.
FABIO.
¿Si sabrán de mi señor?
¿Han visto un loco de amores
Que va por aquí perdido?
FELICIO.
En esta selva no posa
Sino la más casta diosa,
No la madre de Cupido.
Mirad, señor cortesano,
Que la piséis con respeto.

Váyanse.

FABIO.
Oye.
ANTEO.
¿Qué manda?
FABIO.
En efeto,
¿No hay poblado hasta lo llano,
Ni qué comer ni beber?
ANTEO.
Fuentes hay y fruta alguna.
FABIO.
Fruta y agua en panza ayuna,
¿Quién la podrá detener?
FELICIO.
Pues advertid, caballero,
Que no de todas se bebe,
Donde más limpio se mueve
Claro cristal lisonjero;
Porque hay fuente que en bebiendo
Quita el seso.
FABIO.
¡Santo Dios!
FELICIO.
Que hacen necios más de dos.
FABIO.
¿Necios? Ya lo estoy temiendo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FELICIO.

Muchos hay en mi lugar
Que de esta fuente han bebido;
Bien haya el vino, que ha sido
Discreto en callar y hablar.
Hay fuente que hace los hombres
Miserables, gruñidores,
Falsos, ingratos, traidores.

FABIO.

No digas más, no las nombres.

ANTEO.

Árbol de fruta hay aquí,
Que, en tirando de una pera,
Sale del árbol afuera,
Ligero como un neblí,
Un sátiro por detrás,
Y sacude un pescozón.

FABIO.

Montes de los diablos son;
No los vuelvo á ver jamás.

FELICIO.

Aquí hay manzano que quita
La generación á quien
Come su fruta.

FABIO.

Está bien:
No en balde en montes habita;
Pero espántome que, luego
Que se supo en este valle,
Las pastoras de buen talle
No los hayan dado al fuego.

ANTEO.

Hay unos árboles bellos
Que hacen luego encanecer.

FABIO.

Ganaría de comer
Hombre que tratase en ellos.

ANTEO.

Si con su fruta topáis,
Vos saldréis viejo.

FABIO.

No quiero
Comer en mi vida.

FELICIO.

Espero
Que luego los conozcáis.

ANTEO.

Si alguna ninfa saliere
De estas ramas en que andáis,
Guardaos que no comáis
Ninguna cosa que os diere;
Y quedaos con Dios.

Váyanse.

FABIO.

El cielo
Os guarde; yo estoy sin mí:
¿Adónde voy por aquí?
Que el temor me ha vuelto en hielo.

Entre Aurora con Belisa, y traigan dos fuentes de plata con flores, y debajo, en la una de ellas, harina, y en la otra humo.

BELISA.

Ya quedan aposentados
Por darte gusto, señora.

AURORA.

No les amanezca aurora
Con rayos del sol dorados.
Celos me matan, Belisa;
Pero, vamos, que Diana,
Toda esta alegre mañana,
Fatigada el monte pisa,
Y ya querrá descansar.

FABIO.

Allí dos pastoras veo:
Comer y beber deseo;
Mas no me atrevo á llegar.
Pero ¿qué dudo? Que Aurora
Y Belisa son.

AURORA.

¿Qué es esto?
¿Hombre en tan secreto puesto?

FABIO.

¿No me conoces, señora?

AURORA.

¿Es Fabio?

FABIO.

El mismo.

AURORA.

Pues ¿dónde
Vas de esta suerte perdido?

FABIO.

Á mí señor, ofendido,
Tu selva sagrada esconde.
Que en busca de su mujer
Va loco de valle en valle.
¿Tenéis, mientras no le halle,
Algo que pueda comer?
¿Qué es lo que leváis ahí?

BELISA.

Llega el rostro y comerás.

FABIO.

¿Dentro?

BELISA.

Sí.

AURORA.

Llégate más.

FABIO.

No he topado nada aquí.

Levante el rostro del plato de la harina todo blanco.

BELISA.

¡Oh, qué hermoso que has quedado!

FABIO.

Sí, pero nada topé.

AURORA.

Prueba de éste.

FABIO.

Probaré.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Las flores solas me has dado.

Alce la cara llena de humo.

BELISA.

Agora que estás hermoso,
Cuanto quisieres tendrás.

Váyanse las dos.

FABIO.

Qué comer quisiera más.

BELISA.

¡Adiós, mi Fabio amoroso!

FABIO.

Tras ellas irme quisiera,
Pero temo un mal suceso.

Doristeo y Perseo y su gente.

DORISTEO.

Gran trabajo me ha costado
Hallar á Floris, Perseo.

PERSEO.

En fin, sabe Vuestra Alteza
Que aquí tienen aposento.

DORISTEO.

Y que están los dos en paz
Para matarme de celos.

PERSEO.

Acaba ya con su esposo,
Pues que no hay otro remedio;
Que esta tierra da ocasión,
Con mil animales fieros,
Para ponerles la culpa,
Y será cierto el suceso.

DORISTEO.

Toda esta selva sagrada
Llena está de semideos,
Silvanos, sátiros, faunos,
Centauros y anfesibenos;
Hanle de ver porque están
Todos los árboles llenos,
Y publicarlo de suerte
Que pierda el honor que tengo.

FABIO.

Cazadores son, y aquél
Debe de ser Doristeo.
¿Qué temo de hacerle señas?
¡Á la ho, ah caballeros!

DORISTEO.

¡Júpiter santo me valga,
Y qué sátiro tan feo!

PERSEO.

Fauno es, sin duda.

FABIO.

¿Yo fauno?

DORISTEO.

Tírale y mátale, Ardenio.

FABIO.

¡Tírale y mátale! Pies,
En vos está mi remedio.

Húyese.

CAZADORES.

¡Guarda el fauno! ¡Hola, pastores!

PERSEO.

¡Guarda el fauno!

FABIO.

¡Yo soy muerto!

Felicio y villanos con chuzos.

FELICIO.

¿Qué es de él, por dónde va?

DORISTEO.

Ya sube el monte, midiendo
Con las plantas los peñascos,
Y con los brazos el viento.

JULIO.

¡Que no llegáramos antes!

DORISTEO.

Mal los queréis.

JULIO.

Hannos hecho
Grandes males.

DORISTEO.

¿Cómo ansí?

ANTEO.

¿Qué cabrito, fruta y queso,
No nos comen cada día?

JULIO.

La comida es lo de menos.
¡Ay de la moza que agarran!

DORISTEO.

Pues ¿llevanla?

JULIO.

Sin remedio.

DORISTEO.

¿Dónde?

JULIO.

Allá se la zambullen
Por esos bosques espesos.
No ha un mes que la pobre Silvia,
De nuestro zagal Riselo,
Parió dos medios cabritos,
Uno blanco y otro negro.

DORISTEO.

Id, pastores, á seguirle;
Y vos aguardad, buen viejo,
Que el Príncipe os quiere hablar.

FELICIO.

Los pies mil veces os beso:
Seguid el fauno, pastores.

ANTEO.

¡Voto al sol, que le derriengo
Si con la tranca le alcanzo!

FELICIO.

Si soy del servicio vuestro,
Mandadme, Príncipe ilustre.

DORISTEO.

Fiarte, Felicio, quiero,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Conociendo tu valor,
Un pensamiento secreto.

FELICIO.

¿Es acaso amor de Floris?

DORISTEO.

¡Ay, padre, por Floris muero!
Tu Rey soy, mas si me ayudas,
Hacerte mi Rey prometo.

FELICIO.

Si es para daros entrada,
No puedo decir que puedo,
Porque es la mujer más casta
Que ha visto en su edad el tiempo;
Si para sacarla adonde
La podáis hablar, sospecho
Que lo que el ingenio falte,
Me diga el amor que os tengo.

DORISTEO.

Eso te pido no más;
Y á no estar, como lo vemos,
Tan cerca mis cazadores,
Hiciera un notable exceso:
Besara tus pies, Felicio.

FELICIO.

¡Señor, yo soy el que debo
Ser la tierra de esos pies!

DORISTEO.

¿Cómo podrás?

FELICIO.

Oye atento:
Lo que más á las mujeres
Las saca de sí, son celos;
Ella lo está de su esposo;
Decirle que quiere quiero
Una ninfa de este valle;
Con esto le irá siguiendo,
Y tú, escondido, podrás
Hallar á tu mal remedio.

DORISTEO.

¿Haráslo así?

FELICIO.

Luego al punto.

DORISTEO.

Ellos vienen, yo te dejo.
¡Hola, seguidme!

PERSEO.

Mi amor
Se cansó de dar al viento
Esperanzas lisonjeras;
Y es el del Príncipe eterno.

Salen Floris y Céfalo.

CÉFALO.

¿Estás asegurada
Del amor que te tengo, Floris mía?

FLORIS.

Estoy bien empleada,
Pues te gozo, mi bien, como solía;
Que en lo demás, la muerte
Ya no lo puede ser después de verte.

CÉFALO.

Después que me has contado
Que el Príncipe te amaba, estoy celoso,
No porque te he culpado,
Pero porque un amante poderoso,
Si quiere con violencia,
Ni basta honestidad, ni resistencia.

FLORIS.

Pésame de tu pena:
Amando, somos necias las mujeres;
Mas de esta selva amena
En mi vida saldré si tú no quieres.
Él viva las ciudades,
Y yo contigo aquí las soledades.
Asegura mis celos
Del tiempo que has faltado de mis brazos.
Así te den los cielos,
Después de larga vida, largos plazos
Para que á vivir vuelvas.

CÉFALO.

De mi amor son testigos estas selvas:
Si Júpiter formara de su idea
Una belleza tal, una hermosura,
Que la del sol, tan celestial criatura,
Con sus divinos ojos fuera fea;
Si cuanto Abril en flores hermosea
Tuviera su color, su nieve pura,
Y para su riqueza la ventura
Le entregara la copia de Amaltea;
Si fuera amor de su valor despojos,
Y de su perfección jamás oída,
La misma castidad tuviera antojos;
Si como el fénix única nacida,
No te olvidara, Floris de mis ojos,
Porque eres alma de mi propia vida.

FLORIS.

Pues si, de su poder por muestra rara,
Hermoso un hombre Júpiter hiciera,
De suerte que la envidia no pudiera
Poner falta en su cuerpo ni en su cara;
Si de Apolo la cítara igualara,
Y en la voz á las Musas excediera,
Y si al planeta de la quinta esfera
La fama de las armas le quitara;
Si de sabio, discreto y entendido
Todos los sabios le rindieran palma,
Y el más antiguo rey de bien nacido;
Si su valor tuviera el mundo en calma,
No te olvidara, Céfalo querido,
Porque eres cielo en que descansa el alma.

CÉFALO.

Siendo verdades ciertas
Las que me dices, Floris de mis ojos,
¿Qué importan las inciertas
Sospechas de mis celos?

FLORIS.

Darme enojos
Con celos ya no es justo.

CÉFALO.

Amor sólo con celos da disgusto,
Mas no sabe excusarlos;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Huélgome de vivir en esta selva
Para poder dejarlos.

FLORIS.

Si tú no quieres que en mi vida vuelva
Á la ciudad, mi vida,
De cuanto no eres tú mi amor se olvida.

CÉFALO.

La caza es mi ejercicio;
Aquí viviré yo con más contento:
Mi regalado oficio
Es seguir por el campo, ó por el viento,
Las aves ó las fieras,
Ó pescar de Anfitrite en las riberas.
Aquí, cuando la aurora
Hurte cabello al sol para el tocado
De la frente de Flora,
Saldré con tu licencia al verde prado,
Á la caza que pare,
Y á néctar te sabrá lo que matare;
No saldré por la tarde
Por que no falte noche á tu deseo,
Ni cuando Febo arde
En las guedejas del León nemeo,
Pondré á la luna redes,
Porque no quiero yo que sola quedes.

Dentro:

JULIO.

¡Guarda el fauno, guarda el fauno!

FLORIS.

¿Qué es esto?

FELICIO.

No os cause pena;
Que no se atreven de día
Los faunos á las aldeas;
Éste es un sátiro necio
Que habrá topado en las eras
La bota de algún pastor,
Y busca dónde la duerma.

Entre huyendo Fabio, tiznado.

FABIO.

¡Socorro, amparo, señores!

CÉFALO.

Pues ¿aquí te atreves, bestia?

FABIO.

Céfalo, detén la espada.
Fabio soy.

CÉFALO.

¿Tú Fabio? Espera.

FABIO.

Sí, señor; ¿no me conoces?

CÉFALO.

Pues ¿cómo desta manera
Andas por aqueste monte?

FABIO.

¿Qué tengo?

CÉFALO.

¿Qué? La más fea
Figura y rostro que han visto
Los pastores de esta selva.

FABIO.

Sin duda me han trastornado.

CÉFALO.

Vente conmigo.

FABIO.

No creas
Que mientras aquí vivieres
Serás lo que de antes eras.

CÉFALO.

En esta fuente te quiero
Lavar.

FABIO.

Vamos, y si llega
Algún pastor á matarme,
Te ruego que me defiendas.

Váyanse.

FLORIS.

Dime, huésped, ¿desta suerte
Tratan los hombres aquí?

FELICIO.

Los que no se guardan, sí.

FLORIS.

De sus engaños me advierte.

FELICIO.

¿Qué mayor que el de tu esposo?

FLORIS.

¿Á mi esposo han engañado?

FELICIO.

Ninfas se han enamorado
De su talle y rostro hermoso,
Y aun él lo ha estado de alguna.

FLORIS.

¡Ay de mí!

FELICIO.

No lo sé bien,
Ni á ti es razón que te den
Celos de la misma Luna:
Disimula, que podrás
Callando saber quién es.

FLORIS.

Tú, si alguna cosa ves,
Huésped, ¿no me avisarás?

FELICIO.

Como viere tu prudencia.

FLORIS.

Palabra te doy de ser
Para los celos mujer,
Mas no para la paciencia.

FELICIO.

Pues yo me voy á informar
De pastores deste valle;
Que como tu lengua calle,
Bien lo podrás remediar;
Pero si hablas aquí,
Transformarán á tu esposo.

FLORIS.

Vete.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FELICIO.

Júpiter piadoso
Se duela de él y de ti.

Váyase

FLORIS.

¡Oh mal que el cielo dió para castigo
De quien vivir con libertad pretende!
No digo amor, que amor á nadie ofende;
Celos iba á decir, agravios digo.
Pero si celos son con un testigo,
¿Qué amor de la sospecha se defiende?
Pues una sola vida y alma enciende
Á quejarme de ti, dulce enemigo.
Dice mi amor que deje los desvelos,
Con que á engañarme la sospecha viene
Entre seguridades y recelos.
Y como en esta duda se entretiene,
Voy á quererte, y tiénenme los celos;
Voy á olvidarte, y el amor me tiene.

Entren Céfalo y Fabio.

CÉFALO.

Aun agora pareces
Hombre como los otros, Fabio amigo.

FABIO.

Dame tus pies mil veces,
Si puedo ya, señora, hablar contigo.

FLORIS.

Fabio, de aquestas selvas
Será milagro que á la patria vuelvas.

FABIO.

Dios nos defienda á todos.

CÉFALO.

Mi bien, antes que el sol su rostro encienda,
Por los más tiernos modos
De amor, te pido, dulce hermosa prenda,
Licencia para darte
Despojos de una fiera en cierta parte:
Dióme un pastor aviso;
Déjamela matar por vida tuya;
Que al Príncipe no quiso
Darle este lance en una selva suya,
Y por eso querría
Que fuese empresa solamente mía;
No te enojes, mis ojos;
Que por sus luces amorosas juro
De no te dar enojos,
Pues con jurar por ellos te aseguro
De volver esta siesta,
Y aguardarásme tú la mesa puesta.
Ea, ¿qué dices? ¿puedo?
Di que sí por tu vida.

FLORIS.

Ya lo digo.

CÉFALO.

Con pena quedas.

FLORIS.

Quedo
Triste de no saber que voy contigo.

CÉFALO.

Y dentro de mi pecho,
De amores tuyos y regalos hecho.

FLORIS.

No me digas amores;
Que quien los dice al tiempo que se parte,
Gustos tiene traidores.

CÉFALO.

Pues ¿hay causa mayor?

FLORIS.

Quiero avisarte,
Mi bien, que han de decirse
Para quedarse, y no para partirse.
Este dardo Diana
Me dió para las fieras, tan dichoso
Que no hace suerte vana
En tigre, en pardo, en sierpe, en león, en oso,
Que cobardes venados
De verle se le rindan por los prados.
Éste te doy, mis ojos,
Porque te acuerdes en aquesta ausencia.

CÉFALO.

¿Ausencia? Dasme enojos.
Siempre, mi vida, estás en mi presencia:
Aceto y beso el dardo
Que basta á hacerme cazador gallardo.
De hoy más tembladme, fieras,
Que de vosotras soy fatal estrago
Por montes y riberas;
Adiós, mi bien.

FLORIS.

Aun no me satisfago
De mi temor celoso,
Que es cobarde el temor si está dudoso.

CÉFALO.

Vente, Fabio, conmigo.

FABIO.

¿Allá tengo de ir?

CÉFALO.

No tengas miedo.

FABIO.

¿Que es miedo? Voy contigo,
Ya Marte en el valor.

FLORIS.

Muriendo quedo:
Los cielos te acompañen;
Ni las fieras, mi bien, ni el sol, te dañen.

FABIO.

No voy con mucho gusto,
Que desde que por fauno me tuvieron,
Traigo mortal disgusto.

FLORIS.

¡Ay, cielos! Mis deseos se cumplieron,
Si este nombre merecen
Celos que á ver si son verdad se ofrecen:
Seguir quiero á mi esposo;
Sin duda alguna ninfa que le tuvo
Con encanto amoroso,
Y un año en este bosque le detuvo,
Le ha dicho que le aguarda:
¡Celos, volad, que amor es ave y tarda!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Belisa éntre.

BELISA.

¿Dónde vas, Floris hermosa?

FLORIS.

No me detengas, Belisa,
Pues que mi inquietud te avisa
Que debo de estar celosa.

BELISA.

Ya que has vuelto á ser esposa
De Céfalo, sin temor
Vive, que el pasado amor
De quien aquí le quería,
Se templó desde aquel día
Que conoció tu valor.

FLORIS.

¿Quiéresme decir quién es?

BELISA.

No, pues que ya no te ofende.

FLORIS.

Belisa, el amor se enciende
Con las dudas, ya lo ves.

BELISA.

Si te ha de pesar después,
Mejor encubierto está.

FLORIS.

¿Ni una letra me dirá
Tu rigor de esta mujer?

BELISA.

Una, ¿qué te puede hacer?

FLORIS.

¡Di, por Dios!

BELISA.

Comienza en A.

FLORIS.

Di la segunda siquiera;
Que bien me lo debes tú.

BELISA.

¡Extraña estás!

FLORIS.

Dila.

BELISA.

Es U.

FLORIS.

¿Burlas, Belisa?

BELISA.

Quisiera.

FLORIS.

Dime la letra tercera.

BELISA.

La tercera letra es R.

FLORIS.

Haz que esa letra se cierre.

BELISA.

Perdona; que estás cansada.

FLORIS.

Soy celosa desdichada,
No habrá cosa en que no yerre.

Váyase Floris.

BELISA.

¡Necia estás!

Entre Aurora.

AURORA.

¿Qué es lo que agora
Dijiste á Floris de mí?

BELISA.

Tres letras le dije aquí
De tu nombre, hermosa Aurora;
Que como su esposo adora,
El dueño saber procura
De sus celos.

AURORA.

No es cordura,
Porque se aumenta el amor
Con la envidia y el temor
Que da la ajena hermosura.
Cuando yo á Floris no vía,
Menos sentía el desdén,
Belisa amiga, de quien
Por ella me aborrecía;
Mas desde aquel triste día,
Por Céfalo estoy muriendo;
De Floris lo mismo entiendo
Si supiese que soy yo
Por quien un año olvidó
Lo que envidiosa pretendo.

BELISA.

Hablando habemos bajado
Á la fuente de Diana.

AURORA.

Lo fresco de la mañana
Ilustró su verde prado.

BELISA.

Las verdes ramas han dado
Señal de que gente viene.

AURORA.

Ya ni guardarme conviene,
Ni ser más que una mujer
Que mira en otro poder
Toda la vida que tiene.

Salen Céfalo, con el dardo, y Fabio.

FABIO.

Aquí puedes descansar.

CÉFALO.

Y más, que las linfas puras
Se adornan de dos figuras.

FABIO.

Y es mármol que sabe andar.

CÉFALO.

Cansado vengo de dar
Pasos sin provecho al viento.

AURORA.

¿Eres tú, monstruo sediento?
¿Vienes á dar á la fuente
Veneno, con que la gente
Muera de cristal violento?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Eres tú quien me dejó
Cuando más alma le di,
Y quien luego trujo aquí
La causa que me mató?
¡Ingrato! ¿En qué te ofendió
Mi amor? Fuéraste con ella,
Gozárasla; mas traella
Donde la viesen mis ojos,
¿Fué para aumentarme enojos,
Ó para darlos á ella?
¿Qué puede Floris hacer
Si sabe que yo te quiero?
Y yo, ¿qué he de hacer, si muero
De que la has de querer?
Las dos habemos de ser
Desdichadas, pues te agrada,
Por bizarría excusada,
Que perdamos alma y vida;
Ella, celosa querida,
Y yo, celosa olvidada.

Váyase.

CÉFALO.
¡Aurora, Aurora!
BELISA.
No es bien
Que vuelva á satisfacciones
Mujer que á morir la pones
Con tan ingrato desdén.
FABIO.
Y tú, ¿quéjaste también
De que soy ingrato yo?
BELISA.
¿Tú no eres hombre?
FABIO.
Yo, no.
BELISA.
¿Eres fauno? ¿Bestia eres?

Váyase Belisa.

FABIO.
¿Tales dejáis las mujeres
Á quien vida y alma os dió?
Tú me debes de engañar;
Que yo debo de tener
Otra cara desde ayer.
CÉFALO.
Allí te puedes mirar;
Mas déjame descansar
Al rüido de esta fuente;
Que amor, cuando ya no siente,
Es mármol á toda queja,
Y si vuelve á lo que deja,
Todo cuanto dice miente.

Siéntase Céfalo.

FABIO.
En amores acabados,
Siempre fuí de parecer
Que ni el hombre, ó la mujer,
Vuelven bien reconciliados.
Aquellos gustos pasados
Todos parecen fealdades;
Las finezas, necedades;
Las locuras, fantasías;
Los papeles, boberías,
Y los amores, frialdades:
Descansa, y goza tu esposa.

Sale Floris.

FLORIS.
Por aquí pienso que van:
Pero ¿qué digo? Allí están;
Selva, esconde una celosa.
CÉFALO.
¡Ven, Aurora mía amorosa!
¡Ven, Aura mía suave!
FLORIS.
¡Ay cielos, todo se sabe!
¿A Aura llama? ¡Sí, Aura espera!
¡Viva mi honor, mi amor muera
Como mi vida se acabe!
CÉFALO.
¡Aura, venme á refrescar;
Que tengo de aquesta siesta
Gran deseo de tus brazos!
FLORIS.
¡Ay Dios, sus brazos desea!
Aura llama; ya, ¿qué dudo?
Las letras dicen que es ella;
Verdad me dijo Belisa,
Ellas son las mismas letras:
La primera letra, es A;
U, la segunda; tercera,
Es R.
CÉFALO.
¡Ven, Aura hermosa!
FABIO.
Ya por estas hojas suena.
FLORIS.
No querría que de mí
Le advirtiesen estas quejas;
Aquí me quiero esconder
Para aguardar á que venga.
Traidores hombres, ¿de quién
Puede fiarse una ausencia?
Loca está mujer que os ama.

Entrese.

CÉFALO.
Ya el viento, Fabio, refresca.
FABIO.
No tengo por buena vida
La del cazador.
CÉFALO.
No seas
Enemigo de la caza,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que es imagen de la guerra.

FABIO.

Es notable su trabajo;
Ya por montes, ya por sierras,
Ya le derriban los troncos,
Ya el caballo le despeña;
Oféndele el sol, el aire;
Come mal, duerme en la hierba,
Y aun se envejece más presto:
Dichoso un hombre que juega;
Lindo vicio estar sentado
En una silla á una mesa,
Hecho tejedor de naipes.
Unos salen, otros entran;
Si gana, dice donaires;
Toda la chusma celebra
Las necedades que dice
Por los baratos que espera.
Nunca le faltan dineros,
Todos le dan y le prestan,
No le despeña el caballo
Estáse la silla queda,
Y nunca es tan desdichado,
Por más que jugando pierda,
Que no le falten amigos
Y dineros.

CÉFALO.

Bien te quejas,
Y conforman á tu honor
Tus deseos.

FABIO.

Yo quisiera
Ejercicios descansados.

CÉFALO.

¿Qué es lo que en las ramas suena?

FABIO.

No sé, por Dios.

CÉFALO.

¿Si es acaso,
Fabio amigo, aquella fiera
Que nos dijo aquel pastor?

FABIO.

No creas, señor, que es ella.

CÉFALO.

¿Cómo no? Tirarla quiero.

FABIO.

No la tires.

CÉFALO.

¡Fuera!

FABIO.

Espera.

CÉFALO.

Haz esta famosa suerte,
Dardo de Diana bella.

Dentro:

FLORIS.

¡Ay, esposo, que me has muerto!

CÉFALO.

¿Es voz?

FABIO.

El alma me tiembla:
Que me has muerto, esposo, dijo.

CÉFALO.

¿Esposo? Apártate.

FABIO.

Llega.

Salga Floris con otro dardo atravesado, que le habrán puesto entretanto que estaba escondida, de la misma manera, terciado de azul y oro.

FLORIS.

¡Ay, Céfalo de mi vida,
Aunque ya la tengo apenas!

CÉFALO.

¿Eres tú, señora mía?

FLORIS.

¿Quién quieres, mi bien, que sea?

CÉFALO.

¿Yo te he muerto?

FLORIS.

Tú me has muerto.

CÉFALO.

¡Desdichada fué mi estrella!
¿Qué haré, Fabio?

FABIO.

Estoy sin alma.

CÉFALO.

Mataréme antes que muera.

FLORIS.

¡Esposo, esposo!

CÉFALO.

¡Mi vida!

FLORIS.

¡Ay Dios, qué mal te aconsejas
En matarte, pues me matas
Dos veces de esa manera!
Llégate á mí, señor mío;
Oye, ansí más dichas tengas
Que tu desdichada esposa,
Pues ha de ser la postrera,
Una palabra no más;
Mira que ya por la puerta
De la herida sale el alma.

CÉFALO.

Aquí estoy, para que creas
Que no sé cuál es mayor,
Ó la vergüenza, ó la pena.

FLORIS.

Sólo un bien quiero pedirte
Que en la muerte me concedas,
Y hasme de dar la palabra
De cumplir lo que prometas;
Que lo que pide el que muere,
Obliga con mucha fuerza.

CÉFALO.

¿Qué me puedes tu pedir
Que dificultoso sea,
No pidiéndome que viva
Después que te viere muerta?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORIS.

Que no te cases con Aura,
Aura que tanto deseas,
Aura que tanto llamabas,
Pues que me has muerto por ella:
Por ella vine celosa;
Mi amor, mi bien, te merezca
Que no le des este gusto.

CÉFALO.

¿Hay desdicha como aquésta?
¿Celos de Aura te han traído
Siguiéndome por la selva?
Aura, amores, no es mujer,
Ni yo la llamé por verla;
Aura es un viento, mis ojos,
Que blandamente refresca.
¿Hay tal engaño?

FABIO.

¡Por Dios,
Que con razón te lamentas
De tu estrella desdichada!

CÉFALO.

Y ¡qué desdichada estrella!
¡Pastores de aquestos montes,
Ninfas, aves, flores, fieras,
Venid á matarme todos;
Yo os maté la primavera,
Yo he muerto al sol!

El príncipe Doristeo, Perseo, Aurora, Belisa, Felicio y todos.

DORISTEO.

¿Qué es aquesto?
Céfalo, ¿de qué te quejas?

CÉFALO.

¡Ay, príncipe Doristeo!
¿Qué mal puede haber que sea
Como el mío? ¡He muerto á Floris!

DORISTEO.

¿Tú mismo?

CÉFALO.

Entre estas adelfas,
Celosa estaba escuchando
Las palabras lisonjeras
Que al Aura dije, abrasado
Del sol en su ardiente siesta.
Pensé que era fiera, ¡ay triste!
Tiréle este dardo, que era
Prenda de la infame diosa
Que estas riberas afrenta.
¡Dejadme quitar la vida!

DORISTEO.

Deja la espada: no quieras
Más espada que el dolor.

AURORA.

¡Floris! ¡Ah, Floris!

BELISA.

¡Ah, bella
Floris!

FABIO.

Ya el alma partió.

CÉFALO.

¡Ah, señora! ¿Al fin me dejas?
¿Por qué me estorbáis matarme?
¡Vive Dios, Luna sangrienta,
Que de envidia diste el dardo
A mi esposa, que á tu esfera
Suban mis brazos gigantes,
Con más olimpos y Flegras!
Echaréte de los cielos,
Porque los cielos no tengan
Envidiosas del valor
De la virtud de la tierra;
Ya saben que no eres casta,
Aunque de casta te precias;
Pregúntale á Endimión
Qué dice de tus flaquezas.

FABIO.

¡Ah, señor, vuelve en tu acuerdo!

DORISTEO.

El alma tengo suspensa.

AURORA.

Y yo, en lugar de venganza,
Le ofrezco lágrimas tiernas.

DORISTEO.

Floris, yo fuí desdichado
En amarte; si mi pena
Es tan grande aborrecido,
¿Cuál será la que le queda
Á quien fué de ti adorado?
Dadle, ninfas de estas selvas,
Sepultura en oro y jaspe,
Y acabe aquí la tragedia
De la mujer que ha tenido
Más desdicha y más firmeza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL AMOR ENAMORADO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL AMOR ENAMORADO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Sirena, *nympha.*
Alcino, *labrador.*
Daphne, *nympha.*
Silvia, *labradora.*
Bato, *villano.*
Phebo.
Aristeo, *Príncipe de Thesalia.*
Peneo, *río.*
Corebo, *criado.*
Venus, *diosa.*
Cupido.
La Luna.
Diana, *diosa.*
Júpiter.
Liseno, *padre de Sirena.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Sirena, ninfa, huyendo.

SIRENA.

Júpiter, sacra deidad,
Piedad si no falta en vos,
Que dejarais de ser dios
Si os faltase la piedad:
Blasón de la majestad
Es tenerla aunque castigue,
Y á que la espere me obligue;
Que no me hubiérades hecho
Para ser alma del pecho
De una fiera que me sigue.
No sé por dónde dilate
El pecho, de temor lleno;
¡Cielos, volvedme veneno
Porque al comerme le mate!
Cuando esta venganza trate,
Justo fué si muero ansí;
Pero, ¡qué necia, ¡ay de mí!
Á tal remedio os provoco;
Que fuera veneno poco
Para el que ella tiene en sí!
Ya, Silvia, pues no hay favor
En los dioses, montes, dadme
Socorro, ó precipitadme:
Será piadoso rigor;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No hay muerte como el temor,
Aunque después me la den;
Peñas, encubridme bien,
Creced, robles, aumentad
Las ramas; ¡cielos, piedad,
Mis padres matáis también!

Sale Alcino, labrador, galán.

ALCINO.

Por aquí pienso que fué;
Éstas son, ¡ay suerte mía!
De las flores que cogía,
Y debe el prado á su pie.
¿Si la hallaré? ¿Si podré?.....
¡Oh, esperanzas! ¡Oh, temores!
Pero ¿qué señas mejores
Que pies de tal perfección?
Aunque no sé cuáles son
Las estampas ó las flores.
¡Oh, prado, que no me des
Nuevas della en tantas penas,
Por donde van azucenas
Las de sus hermosos pies!
Jazmín, pues morir me ves,
¿Por dónde va mi jazmín?
Poned á su curso fin,
Tenedla, campos helados,
Si os queréis volver en prados,
Que va corriendo un jardín.
Aquí cayeron ahora,
Y aun con lágrimas también,
Que como perlas se ven
Si pasó como la aurora;
Pues si en vuestras hojas llora,
Habla, azahar; habla, clavel;
Pero ¿qué bulto es aquel
Que detrás de aquella peña
Más temor que cuerpo enseña,
Si está mi esperanza en él?
¿Eres tú, Sirena mía?
¿Eres tú, mi bien?

SIRENA.

¿Quién es?

ALCINO.

Quien te ha llorado después
Que tu muerte presumía:
Creí que muerto te había
El fiero animal impío;
Pero fué gran desvarío,
Pues ningún cuerpo vivió
Después que el alma faltó;
Que eres tú el alma del mío.
Desciende, mi luz, desciende.

SIRENA.

Estoy temblando.

ALCINO.

No impida
Temor tus pies; que mi vida
Es quien la tuya defiende.

SIRENA.

Temor, Alcino, me ofende,
De nieve me vuelve el pie.

ALCINO.

Antes, señora, lo fué.

SIRENA.

Desciendo en tu confianza.

ALCINO.

Ven á alentar mi esperanza,
Ya que no puedes la fe.

Ella baja.

SIRENA.

¿Cómo me hallaste?

ALCINO.

Seguí
Las flores que habías perdido,
Lenguas por donde he venido,
Que me dijeron de ti.

SIRENA.

¿Las flores te hablaron?

ALCINO.

Sí;
Y no fué la vez primera,
Ni fuera error, aunque fuera
Para peligros mayores,
El preguntar á las flores
Por la misma primavera.

SIRENA.

Sólo tú pudieras ser
De mi corazón sosiego.

ALCINO.

Pagado me has todo el fuego
En que el mío siento arder;
En la sangre puede hacer
Esa inquietud algún mal.
¿En qué te traeré el cristal
Desta fuente, que algún día
En mis ojos le traía,
Del alma fuente inmortal?

SIRENA.

Esos eran los cristales
Que la mía estima en más;
Voy á beber.

ALCINO.

Beberás
En búcaro de corales:
Ya que á recibirla sales
Para ser cristal en rosa,
No heredes, fuente dichosa,
La lisonja de Narciso:
Pero ya tarde te aviso;
Que es la causa más hermosa.
Ya que su boca á tus hielos
Hizo tan alto favor,
No dejes beber, pastor,
Que me matarás de celos;
Luego te convierte en hielos;
Siendo en tu campo sereno
Copa de ardiente veneno,
Y agua de ámbar para mí.

SIRENA.

Yo bebí, Alcino.

ALCINO.

Y yo ví
El clavel de perlas lleno;
Pero en esta envidia loca,
Tu boca fué el instrumento,
Y el agua mi pensamiento,
Que se acercaba á tu boca.

SIRENA.

Galán estás y discreto.

ALCINO.

¡Qué cosas hace el pensar,
Si fuese en todo lugar
La imaginación efeto!

SIRENA.

Puesto que me has obligado
Con tan fácil desatino,
Más que discreto, mi Alcino,
Te quisiera enamorado.

Salen Dafne, ninfa, Silvia y Bato, villanos rústicos.

DAFNE.

¿Que tú la viste?

BATO.

Alahé,
Que la vi subido en somo
De un cerro, y que tiene el lomo,
Que de conchas no se ve.
¿No habéis visto la corteza
De un jaspe? Tal es la piel,
Como que arrojó el pincel
Sobre la naturaleza;
Como murciélago son
Las alas, y llenas de ojos
Verdes, dorados y rojos,
Sin ser ruedas de pavón;
En lo que es dellas más tierno,
Estrellas se dejan ver
De plata, si puede haber
Estrellas en el infierno;
En la reverenda cola,
Bien puede, Dafne, caber
La tienda de un mercader:
¿Qué digo una tienda sola?
¡Voto al sol, toda una praza!

SILVIA.

Entre las gracias de Bato,
Como le cuesta barato,
Es mentir con linda traza.

BATO.

Luego ¿tampoco creerás
Que tien la barriga verde
En redondo, Dios me acuerde,
Cuarenta varas y más?

SILVIA.

¡Qué graciosa impertinencia!
¿Cómo se puede saber?

BATO.

Un sastre lo dijo ayer,
Hombre de buena conciencia,
Que le tomó la medida
Para hacelle un verdugado.

DAFNE.

Silvia, á mí me da cuidado
Ó verdadera ó fingida:
Y la cara ¿cómo es?

BATO.

Eso no es cosa tan fea;
Mas no hay hombre que la vea
Que pueda vivir después:
Un reinoceronte es nada,
Es un peñasco de hielos,
Es una mujer con celos,
Es una suegra enojada;
Un pedregoso barranco
Es la frente, y tien por crin
Las cerdas de un puerco espín
Labradas de negro y branco;
La nariz como guadaña,
Y los ojos dos incendios
Cercados de escolopendrios
En vez de ceja y pestaña.

SILVIA.

Dafnes, el miedo sería
Quien á mentir le provoca.

BATO.

Tres varas tiene de boca.

SILVIA.

¿Tres varas?

BATO.

Si cada día,
Como á los ganados venga,
Se almuerza cuatro cochinos
Y diez corderos añinos,
¿Qué boca quieres que tenga?
Ayer se comió un pastor,
Que le alcanzó de una encina.

DAFNE.

¡Ay dioses, tanta rüina,
Tanto mal, tanto rigor!
¿Es Sirena aquélla?

SILVIA.

Sí,
Y Alcino el que está con ella.

DAFNE.

¡Mi Sirena!

SIRENA.

Dafne bella,
¿Adónde vais por aquí?

DAFNE.

Amaneció con el día
Esta serpiente cruel
En el prado; y como en él
Tan poco reparo había,
Venimos al monte huyendo
Bato, Silvia y yo.

ALCINO.

La tierra
Se despuebla, y en la sierra
Van las aldeas haciendo
Una ciudad populosa.

DAFNE.

Pues tanto sabes, Alcino,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Por qué culpa ó qué destino
Esta sierpe venenosa
Vino á Tesalia?

ALCINO.

Anteayer
Contaba un sabio pastor
La causa deste rigor.

DAFNE.

Á todos harás placer
En referir lo que sabes.

ALCINO.

Diré, Dafne, lo que sé,
Que de Doristo escuché
Y de otros pastores graves.
Después que el alto Jove omnipotente,
De aquel abismo en sombras sumergido
Sacó el mundo invisible, y el presente
Por tantos siglos en eterno olvido,
Dos causas, la materia y la eficiente,
Estaban para ser, no habiendo sido,
En acto aquésta y en potencia aquélla,
Y entre las dos naturaleza bella.
Una era cielo en altos movimientos,
Y otra era tierra en firme compostura;
Mas como dividió los elementos,
Salió la luz resplandeciente y pura:
Fúlgida antorcha obscureció los vientos,
Globo de plata la tiniebla obscura,
Bordaron el zafir diamantes claros,
Del siempre cano mar brillantes faros.
La verde tierra, ya del fruto amago,
Se entapizó de hierbas y de ramas,
Cubriendo en agua el ara y viento vago,
Al fénix plumas y al delfín escamas;
No conocían el horrible estrago
De Marte fiero, y sus ardientes llamas,
Los hombres que en la edad de oro vivían,
Ni en los comunes términos partían.
Tras ésta, la de plata y la de cobre,
En que ya comenzaba la malicia
Y molestar con fuerza el rico al pobre,
Volviéndose á los cielos la justicia:
No permiten, airados, que la cobre,
Creciendo la maldad y la codicia,
En la de hierro, con que vió la tierra
Hurto, traición, mentira, incendio y guerra.
De los gigantes, el mayor, Tifonte,
Subir intenta á la región divina,
Poniendo un monte encima de otro monte,
Á quien airado Júpiter fulmina;
Después, con más rigor, todo horizonte
Cubrir de tantas aguas determina,
Que el alto extremo, exento al aire y hielo,
Apenas viese del Olimpo el cielo.
Soberbia tempestad la tierra inunda;
Las nubes ríos, las estrellas fuentes;
Témplase el cielo, y su piedad redunda
En dar nuevos al sol rayos lucientes:
Volvió la tierra á ser la vez segunda,
Y se dejó pisar de sus vivientes,
Produciendo más fértiles al hombre
Cuantas naturalezas tienen nombre.
Entre las fieras hórridas famosa,
Que entre los partos de la tierra estimo
Por la más estupenda y prodigiosa,
Tanto, que aun á pintarla no me animo,
Nació Fitón, serpiente venenosa,
Del gran calor del sol y húmido limo,
Tanto, que por la parte se corría
Que en su disforme producción tenía.
Ésta destruye la Tesalia ahora,
Cuya fama cruel el mundo admira
Por cuanto ilustra la oriental aurora,
Y donde el sol en negra sombra expira:
Ganados despedaza, hombres devora,
Y Júpiter airado, que los mira,
Mientras que más sus aras vuelven jaspe,
Más duro está que bárbaro arimaspe.

Dentro gran ruido de silbos y hondas, diciendo:

¡Huid, pastores, huid,
Que desciende de la cumbre
Del monte la sierpe al valle!
¡Todo lo tala y destruye!
¡Huid!

DAFNE.

¡Ay, Júpiter santo!

BATO.

De esta vez, Silvia, me sume
Fitón en su escuro vientre.

SILVIA.

¡Huye, Bato!

SIRENA.

¡Dafne, huye!

ALCINO.

¡Por aquí, Sirena!

SIRENA.

¡Ay, triste!

Tropezando los unos en los otros huyen, quedando Bato en el suelo.

BATO.

No hay cosa que no me ocupe
Frío temor: ¡muerto soy!
Ceres y Baco me ayuden.

Sale Febo con su arco y flechas.

FEBO.

De mi cuarta esfera al suelo
Bajo, penetrando nubes,
Á los montes de Tesalia,
Que tristes voces confunden;
Quejas de un fiero animal,
Envueltas en llanto suben
Á mis dorados palacios;
Su luz eclipsan y cubren.
Dejé el carro á discreción
De Flegón y Etonte; alumbren
El mundo, y las ruedas de oro
La región etérea sulquen;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que basta que el primer móvil,
Que tantos cielos incluye,
Desde la aurora los lleve
Donde su término cumplen,
Hasta que en sueño y silencio
La obscura noche sepulte,
Á las sierras, soledades,
Y á los hombres, pesadumbres.
Tomé el arco, y las saetas
Pintadas al hombro puse,
Antes que otro de los dioses
Tan alta hazaña me usurpe;
Que la envidia y la ambición
No hay cosa que no perturben,
Así en imperiales solios,
Como en pajizas techumbres.
Voy en busca de la fiera;
Mas ya la tierra descubre
Uno de los hombres muertos,
Por donde le siga y busque;
Pero no lo está del todo.
¿Vives, hombre?

BATO.

¡Venus dulce,
Febo dorado, favor!

FEBO.

Alza el rostro, no te turbes.

BATO.

¿Qué quiere, señora sierpe?

FEBO.

Hombre, escucha.

BATO.

¿Que la escuche?
Esta vez, por el pescuezo
Al estómago me engulle.

FEBO.

¿Estás herido?

BATO.

¿No ve
La sangre que se me escurre
Qué arromadizada viene?

FEBO.

Oye, necio.

BATO.

No me hurgue;
Que cosquillas de una sierpe
No hay hueso que no machuquen;
Cómame junto, por Dios,
Pero no me despachurre;
Manido estoy, no haya miedo
Que la haga mal en el buche.

FEBO.

Si estás herido, yo soy
El primero que compuse
Aforismos medicables;
Muestra el pecho, ¿qué rehuyes?

BATO.

¡Ay, que me muque, señores!
¡Ay, señores, que me muque!

FEBO.

Levanta, bestia.

BATO.

¿No es sierpe?

FEBO.

¿Aun no dejas que te cure?
Médico soy.

BATO.

Tarde viene:
No he menester que me purgue.

FEBO.

¿No estás herido?

BATO.

Yo no;
Que estas verdes alegustres
Donde huyendo tropecé,
De no le ver me disculpen.

FEBO.

¿Por adónde va Fitón?

BATO.

Señor, no me lo pregunte:
Así Dios le dé salud.

FEBO.

Villano vil, no te excuses,
Que tú me la has de enseñar.

BATO.

¿Yo cómo, si nunca supe
Por adónde van las sierpes?

FEBO.

No hayas miedo que te injurie
Yendo conmigo; que soy
Febo, el autor de la lumbre
Celestial; yo soy Apolo.

BATO.

Señor Pollo, el que nos hunde
Á rayos en el verano,
Y en el invierno se escurre;
Por acá los labradores
Se quejan que no madure
Las cosas cuando es sazón,
Que unas cría y otras pudre;
Y también los segadores,
Que dicen que los aturde,
Porque no hay vino que beban,
Que al momento no le suden.

FEBO.

Camina, ignorante, y dime,
Antes que Fitón se oculte,
Dónde le tengo de hallar.

BATO.

Mire, señor, que se aburre,
Porque se le ha de mamar
Como á higo por Octubre;
Tenga lástima á sus años,
Porque dan las juventudes
Dolor si en agraz se van.

FEBO.

Camina.

BATO.

Á mí no me culpe,
Pues él por fuerza me lleva;
Pero diga, ansí se enjugue
De las aguas del invierno

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Entre sus martas azules,
Si es sol que todo lo ve,
¿No es necedad que procure
Que yo le enseñe la sierpe?

FEBO.

¡Villano, no me disgustes!
Ahora soy cazador;
Saetas llevo, y no luces,
Con que deste al otro polo
No hay cosa que dificulte.
Ven sin temor; que me aflige
Ver lo que esta tierra sufre:
Que sólo es digna de Febo
Una hazaña tan ilustre.

Salen Aristeo, Príncipe de Tesalia, y Corebo, criado.

COREBO.

No está lejos Vuestra Alteza
De la gruta donde vive.

ARISTEO.

Ya mi pecho se apercibe,
Dafne hermosa, á tu belleza,
Honor de naturaleza
Y gloria de mi deseo;
Que no ha de negar Peneo,
Aunque tan ilustre río,
Su hija á mi amor, por mío,
Y á mi ser por Aristeo.
Príncipe heredero soy
De Tesalia. ¿Á quién pudiera
Dar su hija que le diera
La nobleza que le doy?
¡Perdido por ella estoy!

COREBO.

Bien, señor, lo manifiestas.

ARISTEO.

Vi, Corebo, en unas fiestas
Á Dafne, donde excedía
Cuantas damas aquel día
Las adornaron compuestas;
Como el diamante al rubí,
Como la rosa á la flor,
Y el ámbar á todo olor,
Vencer á todas la vi:
Todos los sentidos dí
Al primero movimiento;
Y viendo mi entendimiento
Tan dulce imaginación,
Solicitó su atención
Por la vista el pensamiento.
Rendíle, en fin, por los ojos
Cuanto supo y pudo amor,
Como suele al vencedor
El rendido los despojos;
Mas creciendo los enojos
De una pena tan suave,
Rompió el secreto la llave.

COREBO.

Esta es la cueva, señor.

ARISTEO.

La esperanza de mi amor,
Hoy en posesión acabe.

Descúbrese el río Peneo en su gruta.

¡Oh! Tú, famoso é ínclito Peneo,
Que entre el Olimpo y Osa
Riegas el Tempe, que con pies de rosa
Recibe tu cristal en su deseo:
Escucha atento al Príncipe Aristeo,
Si no perturba el aire hasta tu oído
De las sonoras aguas el rüido;
Levanta la cabeza, coronada
De tantas varias flores, y la copia
De fructíferas ramas esmaltada,
Digno blasón de tu grandeza propia.
El Nilo por Egipto y Etiopia,
El Gange por la India, y cuantos sorbe
El mar por todo el orbe,
Te rindan vasallaje.

PENEO.

Mi Aristeo,
Ese te debe sólo á ti Peneo.

ARISTEO.

Ya sabes, claro río,
Á qué me trae el pensamiento mío.

PENEO.

Tendréme por dichoso
En que mi yerno seas,
Pues de Dafne deseas,
Príncipe, ser esposo,
Y ella también será con estas bodas
Hermosa reina de las ninfas todas
Que habitan mi ribera;
Vuelve á tu casa y confiado espera,
Que en sabiendo su gusto, pues es justo,
Te la dará mi amor con mayor gusto.

ARISTEO.

De la nobleza de tu heroico pecho
Partiré satisfecho;
Que no es razón que un río semideo
Pueda volver atrás.

PENEO.

Parte, Aristeo;
Porque, entre cuantas cosas tienen nombre,
Los ríos solamente
Nunca vuelven atrás de su corriente;
Ejemplo para el hombre,
Si es hombre el que no cumple lo que dice.

ARISTEO.

El cielo te prospere de aguas puras.
¡Oh dulce auspicio de mi amor felice!
¡Oh tiempo, pues por todo te apresuras,
Pasa por mí veloz con alas nuevas,
Pero en dándome á Dafne no te muevas!

Él se va por una parte, y Dafne entra por otra, y Silvia.

DAFNE.

Gente de la ciudad, Silvia; ¿qué es esto?
¿Y con mi padre hablando?

SILVIA.

Estarán por ventura consultando

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tu casamiento.

DAFNE.

Siempre fué molesto
Ese cansado nombre á mis oídos.

SILVIA.

Pues ¿qué galanes?

DAFNE.

Menos que maridos.

SILVIA.

No pareces mujer, pues en naciendo,
Ese nombre les abre los sentidos,
Ni viven otra cosa persuadiendo
Á sus padres jamás.

DAFNE.

Pues yo no entiendo
Darle esa pesadumbre.

PENEO.

¡Dafne mía,
Escucha!

DAFNE.

¡Oh padre mío!

PENEO.

¿Vienes á lo que el Príncipe venía?
Merece amor, cuidado ha sido justo,
Puesto que más en esta parte fío
De tu elección que de mi propio gusto.
Él es el heredero
De Tesalia y de Marte,
En cuya militar doctrina y arte
Al más ejercitado le prefiero.
¿Qué respondes?

DAFNE.

Amado padre mío,
Bien sabes que á las selvas me desvío,
Huyendo, así de dioses como de hombres,
No sólo las personas, mas los nombres.
Yo soy ninfa del coro
De la casta Diana;
Perdona si el respeto, si el decoro
Por ley divina y obediencia humana
Debido á obligaciones naturales,
Fuera de prendas tales,
Te pierdo, pues no puedo obedecerte.

PENEO.

¿Cuando esperaba de Tesalia verte,
Dafne, reina y señora, y que me dieras
Nietos que en mis riberas
Los viera yo mancebos,
Ya Martes, y ya Febos,
Correr gallardos persiguiendo fieras,
Inobediente y loca me respondes?
¡Qué bien al grande amor que me has debido,
Y á tus obligaciones, correspondes!
Pues no me verás más.

DAFNE.

¡Padre querido!

Metióse entre las ondas, y cubrióse
De un pabellón de plata.

SILVIA.

Entre las aguas va diciendo: «¡Ingrata!»
Con murmurar sonoro.

DAFNE.

¿Permitióse,
Silvia, jamás á ninfa de Diana
Que se casase?

SILVIA.

Que es locura vana
Esto de ninfas: la naturaleza
Hizo para los hombres la belleza
Por aumentar el mundo.

DAFNE.

Si un hombre fuera Júpiter segundo,
Rey del supremo imperio,
Ó por este hemisferio
Tuviera la belleza de Narciso,
Le tuviera en los céspedes que piso:
Aborrezco los hombres, esto es cierto.

SILVIA.

Enojarás á Venus.

DAFNE.

Yo te advierto
Que della y de su hijo mal nacido
No se me da.....

SILVIA.

Detente, que Cupido
Es un dios que á los dioses inmortales
Hace temblar.

DAFNE.

Sus bienes y sus males
Son para gente loca, ociosa y vana:
Yo soy ninfa del coro de Diana.

SILVIA.

¡Oh, tanto coro y tanto dianizarte!

DAFNE.

¡Váyase Venus á casar con Marte!

Baje Venus.

VENUS.

Dafne, entre cuantas ninfas
Viven estas verdes selvas,
Tan soberbia como hermosa,
Y como hermosa soberbia:
¿Qué blasonas, qué presumes,
Ingrata á naturaleza,
Que no crió á la hermosura
Para vivir entre fieras?
¿Sabes que soy de quien hablas?
¿Sabes que los dioses tiemblan
Del menor rayo que influya
Mi dulce amorosa estrella?
¿Sabes que es mi hijo Amor?
¿Sabes que en las almas reina?
¿Sabes que no se resiste
Pecho mortal de sus flechas?
¿Sabes que aquella armonía
Que el cielo y tierra gobierna
Es Amor? ¿Sabes que están
Pendientes de su cadena
Los elementos que pone
En paz de su eterna guerra?
¿Sabes que es concordia Amor,

Y que el cielo se sustenta
En paz, moviendo sus orbes
Concertada inteligencia?
¿Por qué el matrimonio huyes,
Pues tu mismo ser te enseña
Que alma y cuerpo están casados
Como el agua con la tierra?
¿Qué fiera corre este campo,
Qué ave en el aire vuela,
Que hasta tener compañía
Viva contenta y quieta?
¿Burlas mis razones, Dafne?
¿Risa en mi propia presencia?
Pues ¡por Júpiter sagrado.....

DAFNE.

No prosigas, aunque sea
Atrevimiento al respeto
Debido por ley eterna
Á las celestes deidades,
Porque no has de hacer que tema
Ni de tu estrella los rayos,
Ni de tu hijo las flechas.
Yo sirvo y amo á Diana;
Si eres diosa, diosa es ella
Que templará como luna
Cuanto abrasares cometa.
Voyme á buscar, sin temerte,
La soledad de las selvas;
Que más que escuchar los hombres,
Estimo el tratar con fieras.

Vase.

VENUS.

¿Hay atrevimiento igual?

SILVIA.

Señora, aunque voy con ella,
No soy tan bárbara y loca;
Suplícole que me tenga
En posesión de mujer
Para cuanto me acontezca;
Y sepa Su Majestad
Que ninguna cosa llega
Á ser más mal empleada
Que hermosura en mujer necia.
¿Á los hombres quiere mal?
Que la imite no lo creas.
¿Qué me han hecho á mí los hombres
Por que yo los aborrezca?

Vase.

VENUS.

Con razón quedo corrida.
¡Amor, amor!

Sale Cupido con arco y flechas: harále mujer, en hábito corto y bizarro.

CUPIDO.

Dulce reina,
Dulce madre, dulce diosa,
Dulce llama, dulce estrella,
¿Qué me mandas?

VENUS.

No estoy yo
Para que tan tierno vengas,
Puesto que te doy los brazos.

CUPIDO.

Soy amor, hablo en mi lengua:
Mas ¿quién te ha dado ocasión
Para el enojo que muestras?

VENUS.

Una ninfa de Diana,
Un hielo, un alma de piedra,
Aquí con mil libertades,
De nuestra deidad blasfema,
De nuestro poder se ríe,
De amar los hombres se afrenta.
No eres mi hijo, Cupido,
Ni permito que me debas
Las alas de que formaste
Las plumas de tus saetas;
Pondré el amor en tu hermano,
No dejaré que me veas
Eternamente la cara,
Si de Dafne no me vengas.

CUPIDO.

Conozco á Dafne; hoy haré
Que de amores enloquezca;
Haréla llorar de celos,
Haré que con tristes quejas
Y lágrimas rompa el aire,
Y el seco prado humedezca;
No ha de vivir sólo un punto
Con quietud.

VENUS.

Venganza fuera
Fácil; mas temo á Diana,
Que luego me dice afrentas,
Mis adulterios infama,
Y la red de hierro alega
Con la risa de los dioses
Cuando me vieron en ella
Con el dios de las batallas;
También dice que en la tierra
Quise á Adonis, que hoy es flor,
Y que lloré la tragedia
Del sangriento jabalí
Entre las mirras sabeas
De los campos orientales.

CUPIDO.

Pues ¿cómo quieres que emprenda
Tu venganza?

VENUS.

Enamorando
Della á quien ella no quiera.

CUPIDO.

Ya sabes, madre y señora,
Que el Amor tiene dos flechas:
Una de plomo, otra de oro;
La de plomo es cosa cierta

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que causa aborrecimiento;
Hiriendo á Dafne con ella,
Y con la de oro algún dios,
Ten por segura la fuerza,
Porque al supremo poder
No puede haber resistencia.

VENUS.

Será discreta venganza.

CUPIDO.

Pues si es venganza discreta,
Ata con cintas de nácar
Al carro de oro las bellas
Palomas de jazmín puro;
Vuelve á tu luciente esfera,
Que yo la pondré por obra.

VENUS.

De aquellas rosas que engendra
El sacro monte Pangeo,
Producidas de mis venas,
Te prometo una guirnalda.

CUPIDO.

Si Juno, si Palas fuera,
Te han de rendir vasallaje.

VENUS.

Guardaos, mujeres soberbias;
Que anda enojado el Amor:
Amad, ó temed sus flechas.

Salen Febo y Bato.

BATO.

¿Viste la sierpe?

FEBO.

Ya vi
El fiero animal gigante.

BATO.

Pues si le tienes delante,
Déjame volver á mí.

FEBO.

Quiero que seas testigo
De que la sierpe maté.

BATO.

Sin verlo lo juraré
Y sin que vaya contigo,
Al uso de la ciudad,
Adonde hay tantos que juran,
Que escriben y que procuran
Lo que nunca fué verdad.

FEBO.

Júpiter, que mira el suelo,
Les dará justo castigo.

BATO.

No teme el falso testigo
Á Júpiter ni á su cielo.

FEBO.

Súbete á ese monte, Bato,
Y estarás seguro en él.

BATO.

Ya silba el monstruo cruel,
Del mismo infierno retrato.
Huid las sangrientas garras
De Fitón, ninfas, huid;
Pastores, trepad, subid
Por esas pardas pizarras:
Ya se acerca.

FEBO.

Extraño horror
Me pone el fiero vestiglo,
Que desde el primero siglo
No le vió el mundo mayor.

Sale la sierpe echando fuego.

Vertiendo fuego me espera:
¡Júpiter, dame favor!

BATO.

Mátale presto, señor.

FEBO.

Yo haré que á mis manos muera;
Cumplió el cielo mi esperanza;
Bizarro tiro: cayó.

BATO.

¡Voto al sol, que le acertó
Por la mitad de la panza!

FEBO.

Baja, Bato; que ya está
Vertiendo sangre en el prado.

BATO.

Aun no estoy asegurado;
Hacia la cueva se va.

FEBO.

Cortaréle la cabeza
Para ponella en el templo
De Diana.

BATO.

Sois ejemplo
De valor y fortaleza.
Ninfas, pastores, bajad
De los montes á los prados;
Los escondidos ganados
Por el valle apacentad;
Ya puede el rojo arrebol
Dorar la cándida lana
Desde la fresca mañana
Hasta que se ponga el sol;
Ya con las flechas felices
Rompió sus manos feroces.

Salen Dafne, Sirena, Silvia y Alcino.

DAFNE.

Bato, ¿de qué son las voces?

SIRENA.

Bato, ¿qué victoria dices?

ALCINO.

¿Tú alegre en esta ocasión?

SILVIA.

¿Tú sin miedo?

BATO.

Sí, alahé;
Pues ¿no queréis que lo esté,
Si Febo ha muerto á Fitón?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DAFNE.

¿Muerto?

BATO.

Y cortándole está
La cabeza.

ALCINO.

Digna hazaña
De un dios.

SIRENA.

De la montaña
Bajan los pastores ya.

DAFNE.

La fama, desde nosotras,
Con mil lenguas importunas,
Quita los ecos de unas
Para ponerlos en otras;
Ya se junta todo el valle
Para dalle el parabién.

BATO.

Ya vuestros ojos le ven.

SILVIA.

¡Lindo aspecto!

ALCINO.

¡Hermoso talle!

Sale Febo con la cabeza.

Hincaos de rodillas todos.

SILVIA.

Bato, de rodillas ponte.

BATO.

Desde lejos, que aun la temo;
Verá qué hocico y cogote
Que tenía el buen Fitón.

FEBO.

Venid seguros, pastores;
Que el arco de Febo ha muerto
La destrucción de los montes,
El incendio de los valles
Y el veneno de los bosques,
Para que su protector
De hoy más Tesalia me nombre.

ALCINO.

Libertador de la patria,
Por eternos siglos goces
La gloria de tanta hazaña.

DAFNE.

Tú solo mereces nombre
De vencedor inmortal.

SIRENA.

Á tus pies, Febo, se postre
Cuanto por el cielo ilustras,
Cuanto alumbras por el orbe.

SILVIA.

Á tus sacras aras, Febo,
Ofrezcan mirras y aloes
Los más apartados indios.

BATO.

En grandes obligaciones
Nos ha puesto su mercé;
Dios se lo pague, y le torne
Con bien de cualquier camino
Que vaya del Sur al Norte;
Que cierto que mos comía
Ese maldito serpoche
En montañas y en aldeas,
Los ganados y los hombres,
Ni mos quedaba cochino,
Aunque su mercé perdone,
Que en verdad que los perniles
Bien merecen que se nombren;
Ni cabritos, ni terneras,
Ni conejos, ni pichones,
Ni mondonguinos, ni gansos;
Pues gallinas, diez ó doce,
Sin pedir una toalla
Ni un panecillo, zampóse
De un espetón muchas veces,
Sin que las plumas lo estorben:
Pues lo que es leche, no es nada
Aunque lo cuente á la postre:
De veinte ó treinta calderas,
Apenas dejaba el cobre.

Dentro relinchos; pastores y pastoras con instrumentos, cantando y bailando, y Cupido detrás de ellos.

Á la gala de Febo
Cantad, pastores,
Y coronen sus aras
Rosas y flores.

UNA VOZ.

Del claro Peneo
Las verdes riberas,
De Arcadia los bosques,
De Tempe las selvas,
Á ofrecerle vengan
Precisos dones,
Y coronen sus aras
Rosas y flores.

CUPIDO.

Invisible entre esa gente
Rústica, bárbara y pobre,
Me trae una noble envidia
De ver que á Febo coronen
Por disparar una flecha,
Pues de todo su horizonte
No queda pastor ó ninfa
Que no le celebre y loe.
¡Qué vanaglorioso está!
¡Qué soberbio se antepone
Á las deidades celestes!

FEBO.

Entre estas peñas y robles
Un templo tiene mi hermana,
La hermosa Diana, adonde
Descansa cuando en las selvas
Fieras sigue, ciervos corre;
Porque es Diosa de la caza,
Y porque Arcadia la invoque,
La cabeza de Fitón
Quiero que su templo adorne.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALCINO.

Ya, de tu victoria alegre,
Los blancos velos descoge.

El templo se abra, y se vea Diana en altar con un venablo y un perro al lado, como la pintan.

FEBO.

Entre tus sacros trofeos
Permite, Diosa triforme,
Que á tu noble templo ofrezcan
Pastores y cazadores,
Tenga lugar esta fiera,
Porque no es justo que honre
Otro altar victoria mía.

DIANA.

Febo, tan grandes favores
Sólo mi amor los merece;
Cuantos tigres y leones
Tiene el Asia, cuantas fieras
Y armados rinocerontes,
No pudieran ser despojos,
Ni en todo el mundo mayores,
Que de Fitón la cabeza;
Esta ilustre y sobredore
Los demás triunfos y ofrendas
Con que mis aras componen;
Cuando en las selvas Diana,
Y cuando Luna en la noche,
Á honrarme vendré con gusto
De una fiera tan disforme.

FEBO.

No por lustros y olimpiadas,
Pastores, de hoy más se note
Mi triunfo, sino por años;
Mirad que esta ley impone
Febo en premio desta hazaña,
Porque mi victoria logre
La memoria que merece;
Y quiero que nombre tomen,
Estas fiestas que instituyo
De Fitón, juegos fitones.
Daré premio á los que fueren
Ya en la lucha los mejores,
Ya en correr, ya en hacer versos,
Ó en otras gracias conformes
Á la fiesta de aquel día.

ALCINO.

¡Viva Febo!

BATO.

Á Marte asombre
Este triunfo.

SIRENA.

¡Víctor, Febo!

DAFNE.

Cantad y ofrecedle flores.

Cantan.

Á la gala de Febo
Cantad, pastores, etc.

Todos se van cantando; quedan Febo y Cupido.

FEBO.

¿Ha llegado ningún dios,
De cuantos sobre las torres
Cristalinas de los cielos
Tienen asiento en sus orbes,
Á tanta fama, á tal gloria,
Á tal triunfo, á tanto nombre?
Vulcano es un vil herrero,
¿Qué importa que rayos forje?
Mercurio un tratante humilde,
Estafeta de la corte
De los dioses celestiales;
Pues Marte, de que interrompe
La paz del mundo se alabe,
Y de formar escuadrones,
Rizar plumas, limpiar armas,
Lanzas, espadas y estoques;
Pues Neptuno, con sus vientos
Y sus delfines veloces,
¿Quién puede ser?

CUPIDO.

Yo no puedo,
Febo, sufrir que blasones,
Afrentando las deidades,
Ni que á presumir te arrojes
Por una hazaña tan vil,
Que cuando á esta tierra importe,
Más fué acierto que valor.
¿Quieres que todos te adoren
Cuantos en Tesalia viven
Con dioses, que protectores
Tuvieron por tantos siglos,
Y no es bien que los provoques?
Vete á matar liebres viles,
Si cazador te dispones,
Y si sol, á ver hazañas
Que de mi valor te informen;
Que yo, de los dioses todos
El menor, si á mí me escogen,
Humillaré tus soberbias,
Vengaré tus sinrazones,
Haré.....

FEBO.

Detente, rapaz,
Si no quieres que de un golpe
Deje sin Amor el mundo.

CUPIDO.

¿Tú á mí? Mal me conoces.

FEBO.

Sí conozco: ¿no eres tú
El que inventó las traiciones,
Los agravios, las bajezas,
Las guerras, los tratos dobles,
Los adulterios, los celos,
Y otras tantas invenciones,
Con que no hay cielo que dejes,
Ni tierra que no alborotes?
¿No eres tú el hijo de Venus,
Dama que vivió sin orden
En Chipre por tantos años?
No dudes de que te sobren

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Padres nobles y plebeyos:
El que quisieres escoge.

CUPIDO.

¿Fué la tuya más horrenda,
Cuyas peregrinaciones
Sabe Delfos, y las cantan
Las ranas con roncas voces,
Trocando en pellejos verdes
Sus labradores capotes?
¿Qué respondes?

FEBO.

Por muchacho
No te arrojo, niño enorme,
Desotra parte del cielo.

CUPIDO.

Poco á poco y no me apoques:
¿Qué gigantes fulminaste?
¿Qué rayos tiraste entonces,
Que tales soberbias dices?
Si matar fieras feroces
Es gloria, mayor será
Matar las almas de amores.
¿Es blasón rendir las fieras,
Más que herir los corazones?
Tú flechas visibles tiras,
Yo invisibles, tan veloces
Que no hay resistencia humana
Que su ejecución estorbe.
Mira tú: del arco y flechas,
¿Quién puede con más razones
Blasonar?

FEBO.

Mira, Cupido:
Dejando aparte que pones
Fuego al mundo, que disculpa
Neciamente tus errores,
Tus tragedias y venganzas,
De que á los hombres despojes
De su libertad, no arguyo
Tu valor.

CUPIDO.

Eso respondes:
Pues ¿qué animal es igual
Al hombre?

FEBO.

Los que te acogen
Son hombres desocupados
Que viven en ocio torpe:
¿Qué virtudes has vencido?

CUPIDO.

No quiero afrentar los dioses
Ni cansarte con ejemplos.
¿Tú no te precias de noble,
De sabio y valiente?

FEBO.

Sí.

CUPIDO.

Y si te hiciese que llores
De amor, ¿qué dirás?

FEBO.

¿Yo?

CUPIDO.

Tú.

FEBO.

Vete, infame, y no me enojes.

CUPIDO.

Á la prueba, y sean testigos
Esos cielos que nos oyen.

FEBO.

Tengo impenetrable el alma.

CUPIDO.

Yo soy rayo.

FEBO.

Yo soy bronce.

CUPIDO.

Yo te haré cera.

FEBO.

Soy sol.

CUPIDO.

Si eres sol, serás Faetonte;
Que para fuerzas de amor,
Ni valen hielos ni soles.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Venus y Cupido.

VENUS.

¡Oh, qué bien me obedeciste!
En obligación te estoy;
Gracias, Cupido, te doy
Del cuidado que tuviste:
Alta venganza me diste
Si, después que me partí,
Dafne se burla de mí,
Y á su Diana siguiendo,
Por las selvas anda huyendo
De los hombres y de ti.
Gustarás de que me afrente
Con soberbia presunción,
Y te haya dado ocasión
Para ser inobediente.
¿En qué estrella, en qué accidente
Consiste que, sin temor,
Sea para mí rigor,
Ira, desdén y aspereza,
El que por naturaleza
Es para todos Amor?
Quien tantas almas enciende
De mi hijo no se alabe,
Pues que vengarme no sabe
De una mujer que me ofende.
Por toda Arcadia se extiende
De Febo la ilustre fama,
Que lo que sabes te llama,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Porque dió muerte á una fiera;
Y tú, como si lo fuera,
Tiemblas de ver una dama.
¡Vive Júpiter sagrado,
Que estoy de pura tristeza
Por quebrarte en la cabeza
El arco mal empleado!
Dime, cobarde y armado,
Dime, desnudo y valiente,
¿Cómo aquel valor consiente,
Que con tu sangre te dí,
Que Febo te venza á ti,
Y que á mí Dafne me afrente?

CUPIDO.

Infamas sin ocasión
Mi cuidado, madre mía;
Que no ha sido cobardía
Sino aguardar ocasión:
Yo daré satisfacción
Á mi agravio y tus enojos,
Y por esos bellos ojos,
Dulce estrella del aurora,
Que ha de ser antes de un hora
Dafne de tus pies despojos:
Yo, que sin guardar decoro,
Á Júpiter transformé,
Por Leda, en cisne, y mudé,
Por la bella Europa, en toro:
Vete, que el plomo y el oro
Hoy te dirán si me atrevo;
Que por lo que á ti te debo,
Y la parte que me alcanza,
Tendrás de Dafne venganza
Y yo la tendré de Febo.

VENUS.

¿Dasme la palabra?

CUPIDO.

Doy
Á tus ojos celestiales.

VENUS.

Pues por humildades tales
Mis brazos te doy, y estoy
Tan satisfecha, que voy,
Como pudiera vengada,
Contenta y desenojada.

Vase.

CUPIDO.

Tú, principio de mi vida,
Como me mandas servida,
Como mereces amada.
Selvas de Arcadia, montes y riberas,
Yo soy Amor; mi madre me ha reñido;
De hoy más, todo mortal guarde el sentido;
Que no he de perdonar aves ni fieras.
Tú, que las plantas, al correr ligeras,
Por las sendas estampas del olvido,
Presto verás, habiéndome ofendido,
Lo que va de las burlas á las veras.
Hoy has de aborrecer, y ser querida;
Y tú, vanaglorioso Febo, advierte
Que no te importa ser fitonicida.
No pienses libre de mis flechas verte,
Porque de cuantas cosas tienen vida,
Sólo no supo qué es amor la muerte.

Dentro ruido de pastores, y sale Bato.

BATO.

Desgraciado en premios soy:
Si el cielo premios lloviera,
Ninguno á mí me cupiera;
Por desesperarme estoy.
¡Oh, tiempo, no sé por quién
Eres á mi premio ingrato!
Todos alaban á Bato,
Pero nadie le hace bien.
¿De cuál peñasco arrojado
Me dará fin este río,
Que aun de morir desconfío,
Según nací desdichado?
Éste es bajo, éste eminente,
Éste aun no me da lugar;
Tal estoy, que no he de hallar
Peñasco que me contente.
Un mancebo viene allí.

CUPIDO.

Dime, que el cielo te guarde,
Pastor, ¿qué fiesta esta tarde
Celebra el Arcadia aquí,
Que tanta gente se junta?

BATO.

Deciros la causa quiero;
Que parecéis forastero
En el traje y la pregunta:
Dió Febo muerte á Fitón.

CUPIDO.

¿Qué Febo?

BATO.

El nacido en Delo,
El que lleva por el cielo
El dorado cherrión.

CUPIDO.

Y Fitón, ¿quién fué?

BATO.

Una fiera
Serpiente, que se comía
Los ganados, y este día
Celebran monte y ribera
Con juegos, que él ordenó,
De cantar, saltar, bailar,
Hacer versos y luchar,
Y todos los pierdo yo.

CUPIDO.

¿Cantáis vos?

BATO.

Muy mal.

CUPIDO.

¿Saltáis?

BATO.

Mucho peor.

CUPIDO.

¿Hacéis versos?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BATO.

Sí, señor; mas son perversos.

CUPIDO.

Pues ¿cómo queréis ganar?

BATO.

Porque como yo sabía
Que lo peor se premiaba,
Por lo mismo imaginaba
Que el premio merecería.

CUPIDO.

¡Oh, qué cosa tan mal dicha!

BATO.

Yo la he dicho muchas veces.

CUPIDO.

Donde son dioses jüeces,
Culpad á vuestra desdicha;
Que los dioses saben bien
Quién merece premio ó no.
Decid los versos, que yo
Quiero ser jüez también.

BATO.

¿Es dios su merced acaso?

CUPIDO.

Decid, que yo os lo diré
Después.

BATO.

Ya van alahé,
Pero quítese del paso:
En tomando su arco y flechas
Febo de un espetón
Mató á la Sierpe Fitón,
Y todos estos montes y riberas
Le hacen fiestas
Saltando y bailando,
Jugando y andando;
Y dicen que el dios Cupido
Nunca hizo tiro tan llocido,
Porque es herrero su padre,
Y su madre, por desastre,
Le hubo en un sastre,
Y nadie se asombre,
Que era mujer, y no hombre,
Y esto lo puedo jurar,
Aunque nunca la vi nadar.

CUPIDO.

¿Hay más?

BATO.

¿Poco le parece?

CUPIDO.

Si vos escribís ansí,
¿Qué premio esperáis?

BATO.

Á mí
Me han dicho que le merece.

CUPIDO.

Pues porque jamás culpéis
Los dioses, con este anillo
Os premio.

BATO.

Me maravillo,
Si es fino, que me lo deis.

CUPIDO.

Mirad que tiene virtud
Esa piedra para hacer
Que os quiera cualquier mujer.

BATO.

Dios le dé vida y salud:
Silvia me burló mil veces,
Hoy me tengo de vengar.

CUPIDO.

Ya no podréis murmurar
Siendo los dioses jüeces.
Finalmente, ¿á quién premiaron
De las ninfas?

BATO.

Por mejores
En todas gracias de flores,
Los cabellos coronaron
De Dafnes y de Sirena,
Que cantando las dos, creo
Que pudieran, como Orfeo,
Suspender la eterna pena.

CUPIDO.

¿Dafne premiada?

BATO.

¡Pues no!
Tanto, que con dulce guerra
La miró Febo en la tierra,
Y en el cielo se paró.

CUPIDO.

¿Febo la miró?

BATO.

Es mujer
Que se la pide á Peneo
Mueso príncipe Aristeo.

CUPIDO.

Desde aquí la pienso ver.

Todos los pastores de fiesta, con instrumentos, y Febo detrás coronado de roble, y Dafne y Sirena, de flores.

ALCINO.

En grandes obligaciones
Nos pone tu majestad,
Con hallarte ¡oh gran deidad!
En nuestros juegos fitones;
Con esto serán más claros,
Tú con más amor servido.

FEBO.

Mi propio interés ha sido,
Pastores, venir á honraros.

Habla Bato con el Amor, y no le ve.

BATO.

Ahora, ilustre mancebo,
Pues que no la conocéis,
La bella Dafne veréis,
Veréis al valiente Febo;
Mas ¿por adónde se fué?
Que sin verle no es posible.

CUPIDO.

Aquí estoy, pero invisible,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Donde ninguno me ve;
Desde aquí la flecha de oro
Á Febo quiero tirar;
Diana ha de perdonar,
Pues no ofendo su decoro;
Por enamorar á Febo,
La de plomo á Dafne tiro.

Tira dos flechas á Dafne y á Febo.

FEBO.

Parece que en Dafne miro
Nuevo ser, semblante nuevo;
Nunca tanto en su belleza,
Como ahora reparé.

DAFNE.

¡Qué diferente miré
De Febo la gentileza
De lo que la miro ahora!
Gallardo me parecía,
Como al tiempo que salía
De los brazos del Aurora:
¡Qué pena de verle tomo!
¡Qué mal talle! No merece
Ser deidad.

CUPIDO.

Ya le aborrece,
Ya va haciendo efecto el plomo,
Y el oro en Febo.

ALCINO.

Pastores,
Febo querrá descansar;
Volvamos á coronar
Su templo de almas y flores.

Éntrense todos cantando, y Febo detenga á Dafne.

FEBO.

Espera, Dafne, espera.

DAFNE.

¿Qué quieres?

FEBO.

Hazme un favor.

DAFNE.

¿En qué te sirvo?

FEBO.

Una flor
Desa guirnalda quisiera;
Ni es mucho á la primavera
Pedir flores por favores,
Que es propio tiempo de amores.

DAFNE.

¿Flores me pides á mí,
Cuando al Aurora y á ti
Deben los prados las flores?

FEBO.

Lo que se puede tomar
No puede favor llamarse,
Porque es cosa que ha de darse
Si favor se ha de llamar.

DAFNE.

El que á otro puede dar,
Es forzoso conceder
Que superior viene á ser,
Y tu deidad perdería
Si yo, de cosa que es mía,
Le puedo favorecer.

FEBO.

Dafne hermosa, la deidad
Celestial naturaleza,
De cuanto es mortal riqueza
No tiene necesidad:
Lo que pide es voluntad;
Las demás cosas son vanas
Para prendas soberanas,
Y ésta falta entre las dos;
Que siempre está pobre Dios
De voluntades humanas.
El olor del sacrificio,
Desde la ardiente ceniza
Los aires aromatiza,
Porque en su piadoso oficio
Es del corazón indicio,
Y por eso juzgas mal
En llamarte desigual;
Que es tal la fuerza de amor,
Que puede hacer inferior
Lo inmortal á lo mortal.
La violencia más segura
Para hacer desde la tierra
Á los mismos dioses guerra,
Es la perfecta hermosura.
El oro y la plata pura,
Las piedras, los minerales
Y las perlas orientales,
Las crío y engendro yo;
Pero nunca el sol crió
Esos ojos celestiales.
Que si pudiera mi mano
Dar á tu belleza ser,
¿Qué le quedaba que hacer
Á Júpiter soberano?
Y aun pienso, y tengo por llano,
Que tan perfecta y tan pura
Belleza y rara pintura
Ella misma se hizo á sí,
Porque de otra que de ti
No fuera tanta hermosura.
Yo puedo hacer en la mina
El diamante y el rubí,
No engastar en carmesí
Clavel tu boca divina:
Con esto, Dafne, imagina,
Si te parece extrañeza
Que conquiste tu belleza;
Que hasta un dios pudo rogar
Por lo que le puede dar
La mortal naturaleza.

DAFNE.

Febo ilustre, yo nací
Del claro río Peneo,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Como sabes, semideo,
En cuya orilla crecí
Hasta que las ninfas vi
De la triforme Diana,
Á quien dediqué lozana
Verde edad, que no hermosura,
Y á su casta imagen pura
La parte que tengo humana.
Aristeo me pidió
Por mujer, que de Tesalia
Es Príncipe, y la acidalia
Venus tanto se enojó
De que le dejase yo
Por seguir su casto coro,
Que contra el justo decoro
Á que me quieras te obliga,
Porque, queriéndote, siga
Las leyes de Amor, que ignoro.
Yo no quiero, ni he querido,
Ni pienso querer jamás,
Si todo el oro me das
De tus rayos producido:
Muda el amor en olvido;
Que aunque eres deidad, yo humana,
Será tu esperanza vana
Mientras más loca pretenda,
Pues cuanto Venus me ofenda,
Sabrá guardarme Diana.

Vase.

FEBO.

¡Al autor de la luz tanto desvelo,
Tanto desdén y desigual porfía!
Estoy por no salir, ni formar día,
Aunque la Tierra se lamente al Cielo.
Caiga la noche de sí misma al suelo,
Sin esperanza de la lumbre mía,
Porque la caza que estas selvas cría
Se envuelva en sombra de su eterno velo.
Suspende el arco al hombro, que profana
La ley de Amor, y si es buscar severa
Fieras tu condición, dulce tirana,
¿Qué fiera más cruel hallar espera
Que la que tiene, con belleza humana,
De piedra el alma, el corazón de fiera?

Cupido se le pone delante.

CUPIDO.

¿Adónde bueno, gallardo
Febo, el del famoso tiro?
¿Vienes de ver, por ventura,
Las fiestas y regocijos
Que á la muerte de Fitón
Las riberas deste río
Celebran con tanto aplauso
De juegos y sacrificios?
¿Ó, codicioso de hacer
Suerte igual entre estos riscos,
Buscas otra sierpe fiera
Que derribe excelsos pinos,
Que devore los ganados,
Y rompa los edificios?
¿Adónde la dejas muerta?
Que yo confieso que envidio
Las honras que estos serranos
Hacen á tu nombre invicto.
¿Qué dicha mayor que ver
Cómo eres dellos tenido
Por el mayor de los dioses
Que tiene el sagrado Olimpo?
Adórante cuantas ninfas
Habitan los extendidos
Campos que riega Peneo
En círculo cristalino,
Y más entre todas Dafne,
Su hija, con quien he visto,
De la florida ribera
Entre los verdes alisos,
Tan tierna y enamorada,
Que parece que yo mismo
La enseñaba los amores
Que á tus requiebros ha dicho.
¿Cómo la dejaste ir?

FEBO.

Mal nacido basilisco,
Dulce afrenta de las almas,
Grave error de los sentidos,
Engaño de la esperanza,
Tirano del albedrío,
Sinrazón de la razón
Y de la memoria olvido;
Pasión del entendimiento,
De la voluntad hechizo,
Suspensión de las acciones,
Humano con lo divino,
Y divino con lo humano;
El más traidor que ofendido,
Por envidia y por venganza
Te burlas, rapaz, conmigo:
¿Parécete que es victoria
Haberme Dafne rendido?
¿Lo que su hermosura ha hecho
Atribuyes á tu oficio?
Sus ojos, y no tus flechas,
Sus donaires, no tus tiros;
Que la hermosura perfecta
No mata con artificio.
Plega al cielo que te veas,
Siendo Amor, aborrecido,
Y que te deje, á quien ames,
Por hombre mortal é indigno,
Y que por tus ojos veas,
Abrasado en celos vivos,
Sus dos almas, sus dos vidas,
En un cuerpo hermafrodito.
Oigan los dioses mis ruegos,
En cuya piedad confío
Venganza de tus agravios,
Y piedad de mis suspiros.

Vase.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CUPIDO.

No sé cómo, viendo á Febo
Tan triste, el placer resisto;
Pero sin comunicarse,
¿Qué gusto jamás lo ha sido?
Voy á referir á Venus
Tus trofeos y los míos.
Dafne huye, Febo adora,
Yo triunfo. ¡Cupido, víctor!

Salen Dafne y Sirena.

SIRENA.

¿De eso vienes victoriosa?

DAFNE.

¿De qué quieres que lo esté
Con más razón?

SIRENA.

Desdén fué
De mujer loca y hermosa;
¿Dirás que de virtuosa
El desdén ha procedido?

DAFNE.

Valor y virtud ha sido.

SIRENA.

Yo no le doy ese nombre,
Pues al que es dios y al que es hombre
Tratas con un mismo olvido.
Que deseches á Aristeo
Me parece necedad,
Y de Febo la deidad,
Vanaglorioso trofeo:
¡Que ningún amor ni empleo
Tu condición te permita!
¡Qué nación el mundo habita,
Que haya despreciado al sol,
Desde el indio al español,
Y del alemán al scita?
¡Ah, Dafne! Júpiter quiera
Que no pague la locura
De emplear tanta hermosura
En ir siguiendo una fiera.

DAFNE.

Yo sé qué premio me espera,
Y no es esperanza vana,
Cuando lo sepa Diana,
De cuyo coro me precio,
Y por cuyo honor desprecio
Toda la riqueza humana.
Mas cuando su celestial
Compañía no siguiera,
Menos á Febo quisiera,
Porque me parece mal;
Tanto, que en odio mortal
El respeto he convertido.

SIRENA.

Si es gallardo y entendido
Un hombre, ¿qué ha de tener
Para quererte?

DAFNE.

Nacer
Con dicha de ser querido;
Tanto sol no me conviene,
Ni hay tan rudo labrador
Que me parezca peor
De cuantos Arcadia tiene.

SIRENA.

Venus le ama y le entretiene,
Y día y noche le sigue.

DAFNE.

Mal gusto.

SIRENA.

El cielo te obligue
Á hacer presto un necio empleo
En el sátiro más feo,
Que tus melindres castigue.
Todas las que sois así,
Arrepentidas lloráis
Después que á todos vengáis,
Como lo espero de ti.

DAFNE.

Vete, Sirena, de aquí,
Y no culpes mi desdén;
Que como tú quieres bien,
Hablas mal contra el decoro
De Diana.

SIRENA.

De su coro
Me río, y de ti también.
Nace al aurora la flor
Vanagloriosa de sí,
Y si pasa por allí
El gallardo cazador,
Parece que de temor
De que la toque su mano,
Aunque fué melindre en vano,
Á las hojas se retira,
Y cuando ya el sol expira,
La pisa el rudo villano.
Tu aspereza no es virtud,
Sino necia vanagloria;
En vano intenta victoria
Tu loca solicitud:
Yo culpo tu ingratitud,
De vana arrogancia llena.

DAFNE.

Vete y déjame, Sirena;
Que viciosa compañía
Hará que juzguen la mía
Por la libertad ajena.

SIRENA.

Si es porque de Alcino soy,
Yo estoy tan bien empleada
Como tú estás engañada.

DAFNE.

En mi daño si lo estoy:
Vete con Dios.

SIRENA.

Yo me voy;
Todo el tiempo lo sujeta:
Tú verás si eres discreta,
Y si yo la necia soy.

Vase.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DAFNE.

No hay cosa más importuna
Que la persuasión de un necio,
Cuando presume que sabe
Y que enseña al que es discreto.
No de otra suerte combate
La roca en la mar al viento
Con las ondas de las aguas
Una tras otra soberbio,
Que como quien burla dél,
Firme en su nativo asiento,
Vuelve en espumas los golpes,
Y en blanda risa los ecos:
Así se cansa quien piensa
Reducir mi entendimiento
Á no seguir de Diana
Limpia vida y trato honesto.
Por más imposible juzgo
Que pueda querer á Febo,
Que hacer solsticio sus rayos
Un año en medio del cielo.

Sale un ciervo por una puerta del teatro.

¡Oh, qué valiente animal!
Tan alto y hermoso ciervo
No le ha criado el Arcadia:
Seguirle y tirarle quiero.
¿Huyes? Yo sabré seguirte.
Yo mate este ciervo, y Febo
Mate serpientes Fitones.

Va tras él, y vuelve á salir por la otra parte.

No pareces muy ligero,
Ciervo gentil, por Diana,
Á quien humilde prometo
De tu pardo morrión
Las plumas para trofeo,
Más que penacho marcial,
Cobarde muestra del pecho,
De honrar su templo contigo:
Pero ¡ay, Júpiter! ¿Qué es esto?
Burla ha sido de los ojos,
Cual suele pintar el sueño
En el interior sentido
Formas de vanos efectos.
¡Ay Dios, ay triste, ay de mí!

Por donde el ciervo se desaparece sale Febo.

FEBO.

Sosiega, Dafne.

DAFNE.

¡Ay, cielos!

FEBO.

Febo soy.

DAFNE.

Pues ¿qué me quieres?

FEBO.

Que me escuches.

DAFNE.

¡Muerta quedo!

FEBO.

Yo te truje con engaño
Entre estos olmos y fresnos,
Adonde apenas las aves
Rompen el mudo silencio:
Fingí el ciervo que seguiste;
Hoy quedarán mis deseos
De tu desdén victoriosos,
Pues aun apenas el cielo
Nos puede ver, que las ramas
Edifican verdes techos
Para defender los troncos,
En que estriba su alimento,
Contra las estrellas sirias,
Que ladran por ofendellos.
Sosiégate, vuelve el rostro;
Qué, ¿te turbas? ¿Tan grosero
Villano me consideras?

DAFNE.

Mi desdicha considero
Y tu traición. ¿Esto hacen
Dioses? ¡Qué gentil ejemplo
Para los hombres mortales!

FEBO.

Si lo fuera yo, sospecho
Que me tuvieras amor;
Tú estás sin mayor remedio
Que trocar en voluntad
La fuerza.

DAFNE.

¿Fuerza? Primero
Se harán pedazos los polos
En que estriba el firmamento,
Y la rueda celestial
Caerá desasida de ellos;
Primero verán los hombres
Trocados los elementos,
Ligera el agua y la tierra,
Pesados el aire y fuego;
Primero aquellos diamantes
Del cielo.....

FEBO.

¡Oh, tanto primero!
Dafne, yo te adoro; yo
Soy el que tengo el gobierno
Del mundo; ya no es posible
Que puedan mis brazos menos
Que tus desdenes.

DAFNE.

¡Ay, triste!
¡Ay, infeliz!

FEBO.

Cuando huyendo
Fueras á aquellas regiones
Que eternamente me vieron,
Tengo de alcanzarte: Dafne,
Espera.

DAFNE.

¡Valedme, cielos!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen Bato y Silvia.

SILVIA.

¿Con ese talle querías,
Bato, que yo te quisiese?

BATO.

Sí querrás, aunque te pese.

SILVIA.

¡Qué neciamente porfías!

BATO.

Con la boca bien podrás
Decir sí; que dices no.

SILVIA.

En diciendo nones yo,
No diré pares jamás;
Estos son nuestros azares,
Estas nuestras condiciones.

BATO.

Como ésas han dicho nones,
Que después paran en pares;
Pues á fe que tengo aquí.....

SILVIA.

¿Á ver, por tu vida, á ver?

BATO.

Dime si me has de querer.

SILVIA.

Sí, resí, tatarasí.

BATO.

Por ver, ¿qué no harán mujeres?

SILVIA.

Si también tú dices no,
¿Cómo es posible que yo
Pueda pensar que me quieres?

BATO.

Mira qué anillo.

SILVIA.

Soy corta
De vista, en mi mano quiero
Verle.

BATO.

Pues jura primero.

SILVIA.

Y mi palabra, ¿no importa?

BATO.

La mujer no está obligada;
Que por esto viene á ser
Quien no la cumple mujer,
Y es rueca la que era espada.

SILVIA.

Plegue á Dios que, si lloviere,
Ni pie ni mano me moje,
Y que en la cama me arroje
Cuando más sueño tuviere;
Ni coma ni beba más
De lo que tuviere gana,
Y si fuere de mañana,
No me levante jamás.
¡Mira qué gran juramento!

BATO.

Alahé, que has de comprir
Lo que dices, ó morir
Por ello.

SILVIA.

Muestra, jumento.

BATO.

Toma.

SILVIA.

Mi Bato querido,
Dámele.

BATO.

¿Quiéresme?

SILVIA.

Pues.

BATO.

¡Verá el diablo! Verdad es;
Sacudióla el dios Copido;
Pero el hombre fué discreto
Que aquel anillo me dió,
Si por el dar entendió
La virtud de este secreto.
Ahora bien, dame un abrazo.

SILVIA.

¡Malos años para ti!

BATO.

¿Y el juramento?

SILVIA.

¿Yo?

BATO.

Sí;
Tú verás, llegado el plazo,
Cómo llueve y no te mojas,
Ni eres la mañana dueño
De tus pies, y que con sueño
Sobre la cama te arrojas.
Ésta me ha engañado, soy
Un tonto; engañarla quiero:
¿Silvia?

SILVIA.

¿Qué quiere el grosero?
Porque sepa que me voy.

BATO.

¿No sabes como el Fitón
Que mató Febo dorado
Preñado estaba?

SILVIA.

¿Preñado?
¿De quién?

BATO.

De otro serpentón
Que salió de la barriga
Aquella noche.

SILVIA.

¡Mal año!

BATO.

Tanto, que, temiendo el daño,
Á que consulten obliga
La diosa Temis, y dice
Que ha de comer solamente
Toda mujer que no siente
Qué es amor.

SILVIA.

¡Ay, infelice!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BATO.

Las que engañan, y después
Lo que prometen defienden,
Las que piden, las que venden
El amor por interés,
Las ingratas, las crueles,
Las tontas, las bachilleras,
Las que engañan con chimeras
Á los amantes noveles,
Las que toman los anillos.

SILVIA.

¡Ay, Bato, no digas más;
Que esta noche me verás
Al volver mis corderillos!
Pero porque no te vean
Busca un pellejo de lobo,
Y por uno y otro escobo
Haz de suerte que lo crean,
Porque me hables entretanto
Que anda el prado temeroso.

BATO.

Ser lobo es dificultoso:
Tomalle no lo era tanto;
Pero yo lo haré por ti
É iré á buscar el pellejo,
Que lobo, zorra y conejo
Me quiero volver; mas di:
¿Quiéresme ahora abrazar?

SILVIA.

Y ¡cómo si abrazaré!

BATO.

¡Oh, qué bien que la engañé!

SILVIA.

¡Oh, qué palos le he de dar!

Vanse.

Sale Dafne huyendo.

DAFNE.

¡Tened lástima de mí!
¡Favor, dioses inmortales,
No puedan desdichas mías
Desacreditar deidades!
Si la virtud no os obliga,
¿Cómo podrán los mortales,
Temiendo vuestra justicia,
Reprimir sus libertades?
¡Favor, piedad!

Febo dentro, como que viene de lejos.

FEBO.

¿Dónde huyes
Y de quién, hermosa Dafne?
Para, de piedad de ti,
Ya que no de mí, á escucharme:
Mira que de ti la tengo;
Pues para que no te canses,
Voy rogando á mis deseos
Que se detengan y paren.

DAFNE.

¡Cielos, ya suena más cerca!
¡Árboles, cubridme, dadme
Favor, pues falta á los dioses!

FEBO.

No soy yo rústico amante,
No soy villano grosero;
Tú verás, como me aguardes,
Que sólo me manda Amor
Que te mire, que te hable
Con aquel cortés respeto
Que es tan justo que te guarde.

DAFNE.

Parecéis malos jüeces,
Deidades inexorables,
Que en los reos no castigan
Los delitos que ellos hacen.
¡Oh, Júpiter! Si tú fuerzas
Á Egina, á Leda y Danae,
¿Cómo detendrás á Febo?

FEBO.

¡Detente, Dafne, un instante!
¿Cómo sufres que tus pies
Tantas espinas maltraten?
¿Quieres, por dicha, cruel,
Que, como á la hermosa madre
De Amor, produzca la tierra
Nuevas rosas de tu sangre?

DAFNE.

¡Ya le veo, yo soy muerta!
Peneo, mi dulce padre,
¡Favor!

Sale Febo.

FEBO.

No dirás que he sido
Tan veloz para alcanzarte
Como corriendo los cielos,
Aunque eres más bella imagen,
Que por mi eclíptica de oro
Forman eternos diamantes.

Váyase Dafne arrimando á la transformación.

Ya no tienes dónde huir;
Si quieres asegurarte,
En estos brazos te esconde.

DAFNE.

Tierra, tus entrañas abre,
Y en tu centro me sepulta.

Transfórmase en laurel.

FEBO.

Tente, espera; celestiales
Dioses, ¿qué crueldad es ésta?
¿Un arbol queréis que abrace?
¿Qué lo dudo? Ramos son
Que del duro tronco salen,
Alma de aquella cruel:
Venganzas son desiguales
De mis ofensas, Amor.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Dafne en el árbol.

DAFNE.

¡Ay!

FEBO.

Con qué voz lamentable,
Temblando el árbol se queja
Piadosamente suave:
¿Qué haré, que pierdo el sentido?
¡Que todo el cielo vengase
Á Venus! ¡Ah, falsos dioses!
Produce, tierra, gigantes,
Que intrépidos otra vez
Intenten aposentarse
En el alcázar eterno,
De donde arrojados bajen:
Poned montes sobre montes,
¡Oh terrígenas titanes!
Y matadme á mí el primero,
Si hay hombres que dioses maten:
¡Oh, cielos, quién ahora, en tantos males,
Pudiera ser mortal para matarse!
Árbol, aunque ingrato fuiste,
Quiero en la muerte mostrarte
Que fué mi amor verdadero,
Porque no hay prueba que iguale
Como, después de la muerte,
Firmezas de voluntades.
Tú serás el árbol mío,
Laurel quiero que te llamen,
Aunque en tu dura corteza
Su condición se retrate,
Cubriendo un alma de bronce
Y unas entrañas de jaspe.
Arrojo el roble, y desde hoy
Quiero de ti coronarme:
Desta rama haré á mi frente.....

DAFNE.

¡Ay!

FEBO.

Perdona; para honrarte,
Corona que también sea,
Para ilustres capitanes,
Triunfo de insignes victorias
Y premio de hazañas grandes.
Tú serás la verde insignia
De Césares imperiales,
Tú lauréola de ingenios
En las científicas artes,
Tú de poetas honor,
Que de siglo á siglo nacen.
Pero ¿qué puede haber, Dafne, que baste,
Si no tengo de verte, á consolarme?

DAFNE.

Febo, el favor agradezco,
Aunque arrepentida tarde;
Que para ejemplo de ingratas
Quiso el cielo transformarme
En el que llamas laurel.
Vengado estás; ya no aguardes
Oir más mi voz.

FEBO.

Temblaron
Las ramas: ya el alma parte
Á los Elisios. Permite,
Si no he de oirte, abrazarte,
Aunque es tanta tu dureza
Que, para que no te abrace,
Volverás á ser mujer
Y volverás á matarme,
Para que en vida y muerte no me falte
Desdén que huya, ni beldad que mate.

Sale Bato.

BATO.

Cosas mandan las mujeres
Á los hombres, que es un necio
El que por tan caro precio
Quiere comprar sus placeres.
¿Adónde hallaré, en efeto,
Este pellejo de lobo?
Silvia me tiene por bobo;
Pues á fe que soy discreto
Lo que para no envidiado
Dicen algunos que basta,
Y más no habiendo en mi casta
Ni dichoso ni letrado.
Si ésta me cumple el concierto,
Todos somos vengativos;
Muchos lobos topo vivos,
Y ninguno topo muerto.
Allí está Febo, á la fe;
Él del pellejo dirá,
Pues por esos mundos va
Y cuanto hay en ellos ve.
¡Ah, señor Febo!

FEBO.

¿Quién llama?

BATO.

Bato soy, aquel zagal
Que le enseñó el animal
Que le ha dado tanta fama.

FEBO.

¿Qué me quieres? Que recelo
Que para tu daño sea.

BATO.

Hanme dicho que voltea
Por la maroma del cielo,
Y véngole á pescudar
Si en el mundo nuevo ó viejo
Ha topado algún pellejo
De lobo que me enseñar;
Que esta noche Silvia y yo.....

FEBO.

Villano, ¿burlas á mí?

BATO.

Pues ¿con eso le ofendí?
¿De un pellejo se enojó?

FEBO.

Mataréte.

BATO.

¡Cielo santo,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Favor! Al monte me subo.

FEBO.

Aguarda.

BATO.

¡En qué poco estuvo
Que me diese con un canto!

Vase subiendo por el monte.

FEBO.

La Luna, mi blanca hermana,
Está de creciente ahora,
Ya de salir es la hora;
Escucha, hermosa Diana.

BATO.

¿Si acaso me llama á mí?
¡Ah, señor! ¿Topó el pellejo?

FEBO.

Si tú no me das consejo,
Luna, ¿qué ha de ser de mí?
Ven, Diana, ven hermana.

BATO.

Ya no me puede faltar:
¿Qué dice? ¿Que le he de hallar
En el templo de Diana?
Dios se lo pague, señor;
Que ya voy por el pellejo.

Vase.

FEBO.

Luna, de la tierra espejo,
Y del cielo resplandor,
En quien la noche se toca,
Y se miran las estrellas,
Si la luz que en ti y en ellas
Infundo sol te provoca,
Óyeme en la tierra Febo.

Por lo alto un carro de plata; Diana sentada en él con una media luna en el tocado.

DIANA.

Ya te escucho, hermano mío;
¿Qué tienes? ¿De quién te quejas?

FEBO.

De dos monstruos, madre é hijo,
Incendios de tierra y cielo,
Que á tu frígido epiciclo
Solamente han perdonado.

DIANA.

¿Qué te han hecho?

FEBO.

Ese Cupido,
Ese hermano de la muerte,
Ese decrépito niño,
Envidioso de que hiciese
Aquel celebrado tiro
Con que dí muerte á Fitón,
De Tesalia basilisco,
Me hirió de amor de la hija
De Peneo, ilustre río,
Que huyendo de mí, transforman,
Airados siempre conmigo,
Los dioses en árbol; mira
Si me quejo, si suspiro,
Si lloro con justa causa:
Como á mi hermana, te pido,
Si no remedio, venganza.

DIANA.

Por esta luz que recibo,
Febo, de tus claros rayos,
Y que doy por tantos siglos
Doce veces á los años,
Que he de hacer que el mal nacido
Rapaz, por quien le aborrezca,
De amor se abrase á sí mismo.
Tú verás enamorado
Al Amor, nuevo prodigio
Al mundo; que esta venganza
Será por los mismos filos.
No hay dios que esté bien con él,
Todos le han aborrecido;
Tú verás como le doy
Con mi castidad castigo.
¿No sabe Venus, no sabe
Que sus lascivos delitos
Descubren mis castos rayos?
Conmigo, Venus, conmigo.

FEBO.

Pues prosigue tu carrera,
Luna de los ojos míos;
Pisen tus ruedas de plata
Los celestiales zafiros;
Que ya se mira el Aurora
Coronada de jacintos,
Y las flores en los prados,
Y las aves en los nidos,
Hacen salva á su lucero
Con las hojas y los picos,
Para que mi carro de oro
Trueque por el griego el indio.

Pasa el carro lo demás del teatro por lo alto, y acabe la jornada segunda.

JORNADA TERCERA.

Sale Cupido.

CUPIDO.

¿Qué venganza del cielo,
Qué ira de sus dioses soberanos,
Con envidioso celo
Del imperio que tengo en los humanos,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pena me dió tan nuevamente fiera,
Que siendo el mismo Amor, de amores muera?
Aves enamoradas,
Que destas selvas en el Buen Retiro,
O solas, ó casadas,
No cantáis versos sin final suspiro,
Y con ecos dulcísimos sonoros
Amor y celos alternáis á coros;
Fieras que las montañas
Vivís en soledad, tal vez quejosas
De serlo mis hazañas,
Faunos lascivos y silvestres diosas,
Humor vital, vegetativas almas
De tantos cedros, plátanos y palmas;
Pastores deste prado,
Que tantas veces abrasé de amores:
Si hubiera yo pensado
Lo que era yo, mis penas y rigores,
Con más piadoso afecto hubieran sido
En mataros de amor temiendo olvido.
Tiré sin experiencia
De mi mismo dolor, que no sabía
De celos ni de ausencia;
Maté sin ver que se acercaba el día
De dar á todos tan cruel venganza,
Que me abrasa de amor sin esperanza;
Cual suele en blanda cera
Arder la luz y consumirse luego,
En mi abrasada esfera
Soy alimento de mi propio fuego,
Siendo en la cera, que mi fin recela,
Mi propio ardor el alma de la vela.
Aves, fieras, pastores,
Una ninfa cruel, una pastora,
Mata al Amor de amores;
Ya no hay amor, ni mata, ni enamora:
Sirena es ya, Sirena prende y mata,
Y siendo Amor con el amor ingrata.
Quebrar el arco quiero
En este tronco de mi mal testigo,
Pues de mí propio muero:
Yo me maté, yo fuí traidor conmigo;
Que en tanta confusión, en tanto abismo,
Yo mismo soy veneno de mí mismo.

Sale Febo.

FEBO.

Quedo, señor Amor, blanda la mano;
Que este laurel es mío,
Que tiene vida y sentimiento humano;
¿No ve que maltratarle es desvarío?
Si quiere enamorarle,
Desde lejos podrá mejor tirarle;
Que darle con el arco es bajo modo
Para el alma que cubre esa corteza,
Que tuvo en vida celestial belleza;
Si con las flechas mata el mundo todo,
No mate con el arco bajamente;
Abrase, tire, prenda, mas no afrente.
Si no le supo herir cuando vivía,
¿Por qué le hiere muerto?
Ó le castiga porque no quería
Ser más necia que fué.

CUPIDO.

¡Desdicha mía!
Vete, Febo, con Dios.

FEBO.

Esto le advierto:
Respete mi laurel, que ya corona
Césares, capitanes y poetas.
¿Cómo no habla? ¿Cómo no blasona?

CUPIDO.

Vete, Febo, por Dios, que mis saetas
Te han vengado de mí; las que tiraba
Se vuelven á mi pecho.

FEBO.

¿Cómo ha sido?
Ó ¿quién te hurtó las flechas del aljaba?
Ya soy tu amigo: cuéntame, Cupido,
Tan grande novedad, que te prometo
Sentir tus penas y guardar secreto.

CUPIDO.

¿Piensas, Febo, que el alma no te miro?
¿Ahora vienes á engañarme, Febo?

FEBO.

De verte amar me admiro:
¿No eres tú Amor? ¡Qué prodigioso y nuevo
Portento, amar Amor quien no le quiere!
¡Llorad, pastores, que el Amor se muere!

CUPIDO.

¡Basta, Febo, no más; ya estás vengado!

FEBO.

Cuantos males me has hecho, me has pagado.
Ahora, ingrato Amor, verás quién eres,
Pues que, siendo el Amor, de amores mueres.
¡Con qué traición mirabas,
Con qué crueldad herías!
¡Paga, villano Amor, el mal que has hecho!
Las saetas trocabas,
Y á Dafne me rendías,
En cuya nieve se abrasó mi pecho;
Ya quedo satisfecho
De todos mis agravios
Con verte, Amor, rendido;
Mira de hoy más, Cupido,
Cómo hieres los dioses y los sabios,
Que tantas maldiciones
Alcanzaron castigo á tus traiciones.

Vase.

CUPIDO.

¿Qué tal venganza he dado?
Aves, fieras, pastores,
Venid á ver á Amor enamorado;
Y dí los pasadores,
El arco y la cadena,
Á la bella Sirena;
Ella mata de amores,
Ella sola es amor, ella enamora;
Della os guardad, pastores, desde ahora;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que ya no soy Cupido,
Sino el Amor, que fué de amor vencido.

Sale Venus.

VENUS.

Amor, ¿de qué te lamentas?

CUPIDO.

De mí mismo, aunque acertara
Cuando de ti me quejara,
Que verme sin honra intentas.
¿Vienes á ver mis afrentas,
Por dicha?

VENUS.

Debes de estar
Loco.

CUPIDO.

Pudiera el pesar
Enloquecerme de triste,
Porque tú sola pudiste
Al Amor enamorar.

VENUS.

Pues ¿estáslo, Amor, de mí?

CUPIDO.

Yo siempre de ti lo estoy,
Mas hoy que venganza doy
Al mundo, no fué por ti.

VENUS.

¿Quieres bien?

CUPIDO.

Señora, sí;
Y tú lo sabes mejor.

VENUS.

Mientes, Amor; que en rigor,
Por tus ardientes castigos
¿Quién tiene más enemigos
En cielo y tierra que Amor?
¿Nunca has visto en una voz
La gente de algún lugar
Juntarse para matar
Un fiero animal feroz,
Que contra su furia atroz,
De que á todos parte alcanza,
Cuál con dardo, cuál con lanza,
Cuál con alabarda sale,
Porque entre todos iguale
Al agravio la venganza?
Pues esto han hecho contigo
Los dioses, y yo pudiera,
Pues no hay en Tesalia fiera
Como tú fuiste conmigo;
Marte en el cielo testigo,
Como Adonis en el suelo:
Pero puesto que recelo
La causa, dime quién es,
Para ayudarte después
Á pedir piedad al cielo.

CUPIDO.

Dulce madre mía,
Lucero el mayor,
Que del cielo esmalta
Su azul pabellón;
Divino planeta,
Celeste esplendor,
Prólogo del día,
Preludio del sol,
Á quien por benigna,
Júpiter le dió
Del tercero cielo
La jurisdicción:
Yo tuve con Febo,
Cuando, cazador,
Con valiente brazo
Dió muerte á Fitón,
La cuestión que sabes,
De que procedió
El laurel de Dafne
Con alma y sin voz.
Quejóse á los dioses,
Llamóme traidor;
No sé cuál de todos
Á todos vengó.
Hay una serrana,
Destos valles flor,
Gloria de su aldea,
De su prado honor,
Basilisco en vista,
Humano y feroz,
Ángel en belleza,
Fiera en condición.
Nunca con tal risa
Las hojas abrió
La rosa al rocío
Del primero albor,
Cuando Abril la esmalta
Del rojo arrebol,
Que ocultaba el Marzo
En verde botón:
Parece que el cielo
Jazmines tomó
Para hacer al rostro
Cándido color.
Si pintar quisiera
Tanta perfección,
Recibiera agravio
Su eterno pintor.
Quien mira su brío,
Dice con razón
Que la primavera
Por allí pasó.
Yo la vi una fiesta
Que al valle salió;
No sé qué me dijo,
Prestéla atención;
Que el oir al ver
Siempre fué veloz.
Miróme al descuido,
Cuidado me dió;
Que en viendo los ojos,
¡Ay del corazón!
Reparando en ella,
Un helado ardor

Discurrió mis venas
Y al alma llegó.
Pregunté la causa
Del nuevo vigor,
Respondióme el alma,
Madre, que era yo;
De suerte, señora,
Que yo mismo soy
El amor que tengo,
Pues muero de amor.
Nunca su ponzoña
Al áspid mató,
Como á mí me mata
Mi propio dolor;
Del aljaba pienso
Que se me cayó,
Yendo á recostarme,
Algún pasador,
Y por este lado
De suerte me hirió,
Que Amor, que era uno,
Se ha partido en dos.
A cuanto la digo,
Me responde: «No»,
Porque todos dicen
Que quiere un pastor;
Como es igual suyo
Presto se rindió,
Que amores iguales
Verdaderos son;
Tales partes tiene,
Que celoso estoy;
Que hay gustos que dejan
Por un hombre, un dios.
Ella viene, madre,
Voyme de temor;
Dile que me quiera
Si tu hijo soy.
De mí no se queje
Ningún amador,
Yo renuncio el arco,
Madre, desde hoy;
Sirena le tenga,
Que al Amor venció;
Madre, ya soy celos,
Ya no soy Amor.

Vase.

Salen Sirena y Silvia.

VENUS.

Con justa razón se queja
Amor. ¡Qué gentil mujer!
Mas necia debe de ser
Si un dios por un hombre deja,
Que implica contradicción
Ser Amor y no le amar.

SILVIA.

De hoy más te puedes llamar
Vengadora, y con razón,
De las mujeres que amaron
Y que mal pagadas fueron,
Pues que tus ojos rindieron
Á quien á tantos negaron:
Notable dicha has tenido.

SIRENA.

Silvia, yo no estoy contenta,
Porque, cuando el Amor sienta
Que por Alcino le olvido,
Querrá, con desconfianza,
Vengarse en los dos celoso.

SILVIA.

No hará; que en un poderoso
Es bajeza la venganza.
Si un hombre de gran fortuna
Dos mil virtudes tuviese,
Como vengativo fuese,
No tiene virtud ninguna;
Que es ofensa del valor
El no saber perdonar.

SIRENA.

Dirá Amor que es castigar
Mi amor porque es dios de amor.
Ve, Silvia, y llámame á Alcino,
Hable con mi padre luego,
Que Amor, de sí mismo ciego,
Podrá hacer un desatino;
Casémonos, que después
Él me guardará mejor.

SILVIA.

Yo voy.

SIRENA.

¿Qué me quiere Amor?
Si es amor, lo mismo es
Querer á quien he querido.

VENUS.

Á verte sola esperaba,
Menos arrogante y brava,
Más amor, menos olvido;
La madre del Amor soy,
Sirena, á quien tratas mal.

SIRENA.

Yo, planeta celestial,
En tu misma esfera estoy;
No soy ninfa de Diana,
Ni sus ejercicios sigo
Por estas selvas.

VENUS.

No digo
Que no procedes humana
En querer á quien te quiere,
Pero de no mejorarte,
Pudiendo en más alta parte,
Tu injusto desdén se infiere;
Si mi Cupido te adora,
¿Cómo ofendes su deidad
Con ajena voluntad?

SIRENA.

Antes presumo, señora,
Que le ofendiera en mudarme,
Pues siendo amor verdadero,
En sabiendo que á otro quiero,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Podrá su ley castigarme.

VENUS.

¿Serás la primer mujer
Que á dos en un tiempo quiera?

SIRENA.

Seré la mujer primera
Que á entrambos pueda querer;
El amor ha de ser uno,
Esto bien lo sabéis vos,
Porque la que quiere á dos,
No quiere bien á ninguno.

VENUS.

Poco sabes del papel
Del amoroso teatro,
Porque á dos, á tres y á cuatro
Puede entretenerse en él.

SIRENA.

Entretener no es amar.

VENUS.

Pues no ames y entretén.

SIRENA.

Quiero bien, y querer bien
Nunca dió tanto lugar;
Que á la mujer que es dichosa
En querer quien la ha querido,
No le ha de quedar sentido
Para querer otra cosa.

VENUS.

Muchos galanes, señora,
Acreditan la hermosura.

SIRENA.

La mujer que honor procura
Sin buena fama, no es buena.

VENUS.

Nunca la verdad se infama;
La virtud ha de vencer.

SIRENA.

¿Qué virtud puede tener
Quien no tiene buena fama?

VENUS.

Á la virtud que es segura,
No ofenden injustos nombres.

SIRENA.

En habiendo muchos hombres,
Es oficio la hermosura.

VENUS.

¡Qué bachillera cansada!

SIRENA.

Obrar bien no es hablar mal.

VENUS.

Métete monja vestal.

SIRENA.

¿Para qué si estoy casada?

VENUS.

No has de gozar lo que quieres.

Vase.

SIRENA.

Será injusto tu rigor,
Ó enemigos del honor,
Mujeres para mujeres:
¡Qué consejos de una diosa!
¡Cuántas se pierden ansí!

Voces de pastores, con silbos y estallidos de hondas.

Dentro:

¡Aquí, pastores, aquí!

SIRENA.

De todo estoy temerosa.

Dentro.

¡Al lobo, al lobo, pastores!

Salga Bato con pellejo de lobo atado al pescuezo, que le cubra las espaldas, y la cabeza metida por la suya.

BATO.

¡Qué desdicha! ¡Muerto vengo!
¿Adónde podré esconderme?

SIRENA.

¡Ay, triste! Una fiera veo:
¿Por adónde podré huir?

BATO.

Por Dios, Sirena, te ruego
Que me defiendas.

SIRENA.

El habla:
¡Cielos, qué animal tan fiero!
Sátiro ó fauno, ¿qué quieres?
¿Tan presto te vengas, Venus?

BATO.

Que no soy sastre ni macho.

SIRENA.

¿Eres centauro?

BATO.

¡Eso es bueno!
¿Yo cigarro?

SIRENA.

Pues ¿quién eres?
¡Ay, Dios!

BATO.

Un lobo moderno,
Que aun no estoy examinado.

SIRENA.

¿Lobo? ¡Socorredme, cielos!
Venus le envía á matarme.

BATO.

¿Qué viernes ó qué embeleco?
Mírame bien, que yo soy;
¿Tengo, por dicha, otro gesto
Del que tuve siendo Bato?

SIRENA.

¡Ay, Bato! Perdona el miedo:
¿Podré tentarte la cara?
Él es, ¿qué dudo?

BATO.

¿Tan presto
Me desconoces, Sirena?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SIRENA.

El temor, Bato, es tan ciego,
Que cree lo que imagina;
Pero dime, ¿quién te ha puesto
Desta suerte?

BATO.

Amor, Sirena.

SIRENA.

¿Tú tienes amor?

BATO.

¿No tengo
Mis diez y nueve sentidos,
Sin los demás movimientos?
¿No sabes que quiero á Silvia?
Díjome que por secreto
Viniese en forma de lobo;
Que hay vecinos que del sueño
Se quitan por acechar
Si hay en la calle requiebro.
Yo, Sirena, que no estaba
Ducho á ser lobo, el pellejo
Que ves le quité á Diana,
Porque me lo dijo Febo.
La Diosa, con el enojo,
Cuando las cabañas entro,
Solicitó los pastores
De valles, montes y cerros:
Juntáronse contra mí;
Yo, como era lobo nuevo
Y no sabía el oficio,
En cuatro pies iba huyendo;
Pero como no sabía,
Apenas en pie me vieron,
Huyeron, imaginando
Que fuese algún dios mostrenco;
Porque hay en Arcadia tantos
Que ya nos damos con ellos,
Pues solamente no es dios
El que no tiene dinero.
De pedradas, finalmente,
Y mordeduras de perros,
Que por poco me mataran,
Tal he quedado, que creo
Que soy lobo, y así voy
Á llevarle su pellejo
Y pedir que me perdone;
Que Amor, autor de embelecos,
Tuvo la culpa de todo.

SIRENA.

Él viene, y viene á buen tiempo:
Pídele, Bato, justicia
De Silvia.

BATO.

Ya no me atrevo;
Que como andan estos dioses
Con tantos enojos, temo
Que me convierta en gazapo,
Ó por ventura en vencejo;
Y conozco un arcabuz
Que está en tirallos tan diestro,
Que ha despoblado los aires,
Y no se halla uno dellos
Por un ojo de la cara:
Pues si en toro me convierto,
Sin que lo sepa la muerte,
Dará conmigo en el suelo.

Vase.

Sale Cupido.

CUPIDO.

¡Oh, bellísima Sirena!
No sin causa tan amenos
Hallé los prados de Arcadia,
Que obedientes florecieron
Á la estampa de tus pies.
Pienso que mi madre Venus
Habló ya contigo.

SIRENA.

Aquí
Me dijo tu pensamiento;
Yo le respondí que amaba,
Y que, amando, fuera yerro
Culpable amar otro amor.
Dilo tú como maestro
De amar, y como quien es
El legislador y dueño
Desta universal razón;
Di que sin culpa me siento,
Pues tú fuiste quien de Alcino
Me enamoró; mas yo quiero
Quererte si tú me das
La libertad para hacerlo.
Desenamórame, Amor.

CUPIDO.

Si soy Amor, ¿cómo puedo
Ser desamor? Ese oficio
Hace la ausencia, los celos
Ó la ingratitud.

SIRENA.

Pues todo
Te ofrece el mismo remedio;
Cánsate de verme ingrata,
Y pues celoso te veo
De Alcino, auséntate, Amor;
Mas ¿cómo ignoras, con serlo,
Que amor con amor se cura?
Quiere bien otro sujeto:
Podrá desenamorarte.

CUPIDO.

Toma tú el mismo consejo,
Y enamórate de mí:
Verás cómo olvidas luego
Á Alcino.

SIRENA.

No puede ser,
Si no me quitas primero
El amor que tú me diste.

Salen Silvia y Alcino.

ALCINO.

Mucho, Silvia, le agradezco

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que quiera que hable á su padre;
Que temo algún mal suceso
Como el de Dafne, que hoy lloran
Con turbias aguas Peneo
Y el Príncipe de Tesalia,
Que emprendió su casamiento.

SILVIA.

Ella, que te adora, Alcino,
Quiere poner tierra en medio
Con casarse; que este Amor
Anda en perseguirla necio,
Cuanto ella en aborrecerle
Discreta.

ALCINO.

Detente. ¡Ay, cielo!
¿No es Cupido aquel? ¡Ay, Silvia,
Qué buen aborrecimiento!
Amor y Sirena juntos.

SILVIA.

Sí, pero yo diferencio
El hablar por accidente
De haber sido por conciertos.

ALCINO.

No, Silvia, en la selva solos;
Si del mismo Amor no tengo
Celos, ¿de quién quieres, Silvia,
Que tenga en el mundo celos?

SIRENA.

Amor, Alcino está allí;
Que no le demos, te ruego,
Celos; que te doy palabra
De amarte en llegando el tiempo
De llevar á la montaña
El ganado, pues con esto
Y su ausencia habrá lugar.

CUPIDO.

El capítulo primero
De amar, es obedecer;
Yo me voy, y te obedezco.

Vase.

ALCINO.

No sé cómo acierte á hablarla.

SIRENA.

Nunca tuve más deseo
De verte, mi Alcino.

ALCINO.

Aparta
Los brazos, detén el pecho;
Que si en él ha entrado amor,
¿Cómo podrán estar dentro
Dos amores? Muchos años
Le goces; que yo no emprendo
Competencia con los dioses:
Ni soy Tifón ni Japeto.

SIRENA.

¿Qué dices? ¿Estás en ti?

ALCINO.

En ti no estoy, que es lo cierto;
Ni en mí, que, si en mí estuviera,
Nunca viera lo que veo;
Con los ojos no hay engaño;
Adiós, que al monte me vuelvo:
Si bajare al prado, plega.....

SIRENA.

Bueno está sin juramento;
Vete, pues gustas, Alcino,
De tratar con tal desprecio
Á quien deja un dios por ti.

ALCINO.

¿Tú le dejas?

SIRENA.

Yo le dejo.

ALCINO.

¿Cómo, si le tienes?

SIRENA.

¿Yo?

SILVIA.

Buenos andáis de conceptos;
Ea, Alcino, habla á Sirena.

ALCINO.

¿Que la hable yo primero?

SILVIA.

Quédate ahí como él plega;
Que se está el cielo riendo
De los amantes perjuros:
Sirena, no des con esto
Venganza á Amor, da los brazos
Á Alcino.

SIRENA.

¿Quién, yo primero?

SILVIA.

¡Qué venganzas tiene Amor
Tan tiernas!

SIRENA.

Yo no me vengo.

ALCINO.

Pues si yo también me enojo.

SIRENA.

Pues confiese, como es cierto,
Que yo no he tenido culpa.

ALCINO.

Que soy tu esclavo confieso,
Y que mis brazos te doy.

SIRENA.

¡Ay, Alcino! ¡Ay, Dios! ¡Ay, muero!

Estará de pies Sirena en la trampa del teatro, y al abrazarse los dos, se hundirá Sirena.

ALCINO.

¡Oh, Júpiter soberano!
Sirena, Sirena, ¿quién
Te lleva?

Dentro Sirena.

SIRENA.

¡Alcino!

ALCINO.

¡Mi bien!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pero ¿qué te llamo en vano?

SILVIA.

¡Qué desdicha! Por aquí
Se entró.

ALCINO.

Seguiréla yo.

Salga una fuente de agua hacia arriba.

SILVIA.

En agua se convirtió.

ALCINO.

Lo mismo será de mí,
Sirena del alma mía;
Agua son ya tus despojos,
Pues hechos fuentes mis ojos,
Te harán, de hoy más, compañía:
Heroica hazaña de amor
Convertir en agua el fuego,
Por ver si en ella me anego;
Más fué industria que valor:
Vuélveme en agua, y tendremos
Un mismo fin; vengarás
Tu pecho; mas no querrás
Para que no nos juntemos.
¡Triste padre cuando oyere
El suceso, y triste yo:
Selvas, Sirena murió;
Salvas, Alcino se muere.

Vase.

SILVIA.

Airados están los dioses,
Arcadia, contra tus selvas.

Sale Bato.

BATO.

Aquí está Silvia, alahé;
Que, aunque nunca Amor se venga,
Me lo ha de pagar ahora.
Pues Silvia, ¿es buena conciencia
Que me pongas por quererte
En hábitos que me muerdan
Cuantos perros tiene el monte,
Que los hay de mil maneras,
Invisibles y visibles?

SILVIA.

¡Ay, Bato, que desas quejas
No es tiempo ahora! Cupido,
Viendo inútiles sus flechas,
Convirtió á Sirena en agua.

BATO.

¿Tenemos otra lobera?

SILVIA.

Pluguiera á Dios: por aquí,
Bato, asoma la cabeza;
Verás qué fuente tan linda.

BATO.

Mas qué, ¿me arrojas en ella?

SILVIA.

¿Estas lágrimas son burla?

Sale una llama de fuego.

BATO.

Voy á verla. ¡Que me queman,
Que me abrasan!

SILVIA.

¿No era fuente?

BATO.

Chamuscóme las guedejas.

Cae un lienzo de lo alto en forma de palacio, que dejándolos en el teatro á los dos, cubre todo el monte.

SILVIA.

¡Ay, Bato! ¿Quién por el aire,
Sin que los cuerpos lo sientan,
Nos ha traído á esta casa?

BATO.

Silvia, tú eres hechicera;
Que desde aquello del lobo,
No es posible que no seas
Ó la hija del Sol, Circe,
Ó la de Colchos, Medea.

SILVIA.

¿Yo? ¿Cómo si estoy sin mí?
Ni ¿qué encantadora hubiera
Que formara este palacio?

BATO.

Las columnas que sustentan
La machina son de jaspe
Y de mil preciosas piedras.

SILVIA.

Locos debemos de estar,
Porque por aquella puerta,
Si no es engaño ó es sueño,
Salen Cupido y Sirena.

BATO.

¡Sirena está viva! Júpiter
Con bien me vuelva á mi tierra,
Que desde lo del pellejo
Ando como ánima en pena.

Salen Cupido y Sirena, y criados que les ponen sillas.

CUPIDO.

Sirena, yo soy Amor;
No temas, yo vivo aquí;
Todo lo que ves, fingí
De celos de tu pastor.

SIRENA.

Justo ha sido mi temor,
Dulce Cupido, hasta verte;
Que fuera venganza fuerte
É indigna de tu poder,
Por querer y no querer
Darme tan injusta muerte.

CUPIDO.

Siéntate.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SIRENA.

Dime quién son
Los que te sirven aquí.

CUPIDO.

Los celos, que van tras mí,
Linces en toda traición,
La fineza, la ocasión,
La esperanza y la mudanza.

SIRENA.

Buen criado la esperanza.

CUPIDO.

Y entre éstos, con plaza igual,
Los que siempre sirven mal.

SIRENA.

¿Quién?

CUPIDO.

La ausencia y la venganza;
Mas por que segura estés,
Llega, Silvia; llega, Bato.

SIRENA.

Serán los dos en retrato.

CUPIDO.

Serán los mismos que ves.

BATO.

Danos, señora, los pies.

SILVIA.

Y en albricias de tu vida,
Que yo los brazos te pida.

BATO.

Estoy de contento loco.

CUPIDO.

¡Hola! ¡Mientras duermo un poco,
Aperciban la comida.

BATO.

Ésta sí que es buena casa;
Que sin comer no hay placer,
Porque hay dios que sin comer
Toda la vida se pasa.

SILVIA.

Nunca del Amor fué escasa
La mano; aquí comerás
Ambrosía.

BATO.

Por jamás
Supe yo qué era ambrosía:
Di que me den ollería,
Que de eso conozco más.

SIRENA.

Quedóse dormido Amor.

SILVIA.

Debe de andar desvelado:
Cuando tiene el bien hallado,
Duerme un amante mejor.

BATO.

Por allí suena rumor.

Baja Diana por el aire.

DIANA.

De esta suerte, mi venganza
Á Venus y á Amor alcanza.

SIRENA.

¡Ay, Dios! ¿Quién me lleva?

DIANA.

Yo.

Asiendo Diana á Sirena, vuelan juntas.

BATO.

Silvia, todo se mudó.

SILVIA.

Todo es venganza y mudanza.

El palacio se sube arriba, y queda descubierto el monte.

CUPIDO.

¿Qué es eso, Sirena mía?

BATO.

¿Cuál Sirena? Aquí bajó
Quien volando la llevó
Por adonde nace el día.

SILVIA.

En la cabeza traía
Una luna plateada.

CUPIDO.

¿Qué es esto, Diana airada?
¿En fe de tu castidad
Te atreves á mi deidad?
¿Ya no estabas bien vengada?
¡Vive el cielo, que has de arder
De amores de Endimión,
Si tanta contemplación
Poderosa puede ser!
Éstos deben de tener
La culpa por no avisarme.
¡Matarlos quiero y matarme!

BATO.

¡Huye, Silvia, que está loco!

SILVIA.

¡Muerta soy!

Huyen los dos.

CUPIDO.

¡No lo estoy poco
De amor y de no vengarme!
Bien se conoce que ha sido
Venganza de cielo y tierra
Este rigor, esta guerra,
Este desdén, este olvido:
¿Yo rendido, yo vencido,
Yo celoso y despreciado?
¿Quién hubiera imaginado?
O ¿cómo pudiera ser
Que el mundo llegara á ver
El Amor enamorado?
Conjurados contra mí
Los dioses, dieron lugar
Que se pudiese vengar
Diana y Febo de mí:
Poder y nombre perdí;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Más fuerte fué quien me ha dado
Veneno tan abrasado;
Que Amor de mi propio amor,
Soy, para pena mayor,
El Amor enamorado.
Montes, la locura mía
Crece en venganza de Febo,
Y aunque en el amor no es nuevo,
No era yo quien le tenía:
Yo le daba y repartía,
Quedándome descuidado,
Y hoy tengo, sin ser amado,
El amor que á todos dí,
Para que se viese en mí
El Amor enamorado.
Si de la muerte el rigor
Mata, la muerte no muere,
Lo mismo de amor se infiere:
¿Cómo muere Amor de amor?
Mas ¿de qué sirve el furor,
Si no voy desesperado
Á vengarme del cuidado
Que mi propio amor me da?
Guardaos, mortales, que va
El Amor enamorado.

Vase.

Salen Febo y Diana.

FEBO.

Estoy agradecido,
Bellísima Diana,
Del castigo que has dado justamente
Al bárbaro Cupido,
No sólo yo, mas cuanto de la humana
Historia el mundo reconoce y siente

DIANA.

Febo, la novedad del accidente
De amor le vuelve loco.

FEBO.

Para lo que merece, todo es poco.

DIANA.

Lo que importa es casar los dos amantes,
Que puede ser que intente un desvarío
En los que menos pueden.

Salen Liseno, viejo, padre de Sirena, y Alcino.

LISENO.

Mis lágrimas, Alcino, son bastantes
Á vencer la corriente deste río
Cuando las suyas por su Dafne exceden
Las ondas desa mar.

ALCINO.

Si de Sirena,
Liseno, hubieras visto la desdicha,
Más fuera tu dolor, mayor tu pena.

LISENO.

¿Soy fiera yo, por dicha,
De los montes rifeos?
¿Serán más eficaces tus deseos
Que la naturaleza?
Yo lamento mi ser, tú su belleza:
¿Qué amor, que sentimiento
Puede igular á un padre?

ALCINO.

El de su esposo,
Pues concertado ya mi casamiento,
La pierdo con un fin tan lastimoso.

LISENO.

Piadoso el cielo fuera,
Si el cuerpo de Sirena me dejara,
Que á un mármol consagrara,
Donde sus honras fúnebres hiciera
Con llanto del Arcadia; mas el cielo
Aun no me quiso dar este consuelo.

DIANA.

El viejo padre me enternece, Febo.

FEBO.

Diana, pues con él viene su esposo,
Antes que algún engaño intente nuevo
El ofendido Amor, será forzoso
Que llegue el desengaño.

DIANA.

Lo que es razón intentas.

FEBO.

Liseno.

LISENO.

Febo ilustre.

FEBO.

¿Qué lamentas?

LISENO.

Á Sirena, mi hija, que me ha muerto
Con un traidor engaño,
Por tu venganza, Amor.

FEBO.

Sirena vive.

ALCINO.

¿Cómo, si yo la vi morir?

FEBO.

Sí es cierto
Los brazos le apercibe,
Y tú de esposo la dichosa mano,
Que fué de Amor el pensamiento vano.

Abriéndose el templo de Diana, se ve á Sirena en él.

LISENO.

Pastores destas riberas
Que visteis mi tierno llanto,
Venid á ver mi alegría:
¡Sirena vive!

SILVIA.

Lisardo,
Jacinta, ¡corred, llegad!

Los pastores y pastoras salen con instrumentos, y Silvia y Bato.

BATO.

¿De quién ha sido el milagro?

LISENO.

De Febo y Diana.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BATO.

Quisiera
Echarme á los pies de entrambos,
Ya que ayer se me perdió
Una borrica en el prado:
Por ventura sabrán della,
Y yo les daré su hallazgo.

Cantan los músicos.

MÚSICOS.

Vivan Febo y Diana,
Gocen sus rayos,
Y Sirena y Alcino
Se den las manos.

En este baile y relinchos entren Venus y Cupido, y los aparten.

CUPIDO.

Eso no, mientras yo tengo
Imperio de los humanos
Corazones: Amor soy,
Que vengo á vengar mi agravio.

VENUS.

Y yo soy Venus, Diana;
Que si los dos sois hermanos,
Cupido es mi hijo.

DIANA.

Venus,
Los dos quedarán casados
Porque es justo; vete á Chipre,
Que son intentos bastardos
De la autoridad de dioses.

VENUS.

¿Tú conmigo?

FEBO.

¡Venus, paso!
¡Mi hermana es Luna en el cielo!

VENUS.

¿Qué importa, si es el más bajo?

FEBO.

En el centro Proserpina,
Diana en selvas y campos.

BATO.

Temo que se han de matar,
Que ya aperciben los arcos.

SILVIA.

¡Ay, Bato! ¡El cielo se rompe!
¡Todo es trueno, todo es rayos!

En este ruido baje en un águila Júpiter.

JÚPITER.

Dioses, ¿queréis, por ventura,
Con tan recios desagravios,
Desconcertar la armonía
De los cielos soberanos?
Tú, Venus, ¿desde el tercero
Quieres oponerte al cuarto
Príncipe y Rey de la luz
Del estrellado teatro?

VENUS.

Yo, señor, desde aquí digo
Que mi hijo y yo dejamos
Á tu arbitrio la sentencia.

JÚPITER.

Si Febo por tus engaños,
Amor, á Dafne perdió,
La razón, á quien han dado
Nombre de alma de la ley,
Dice que es derecho llano
Que Amor no goce á Sirena.

ALCINO.

Como de Júpiter santo
Es la sentencia.

CUPIDO.

No importa;
De él y de todos aguardo
Vengarme presto.

ALCINO.

Yo sea,
Sirena mía, entretanto
Tu esposo, y vénguese Amor.

BATO.

Señor Jopiter sagrado,
Antes que se vuelva al cielo
En ese buitre volando,
Mande á Silvia que me quiera.

JÚPITER.

¡Silvia!

SILVIA.

¡Señor!

JÚPITER.

¡Quiere á Bato!

SILVIA.

Yo te obedezco.

FEBO.

Y aquí,
Divino planeta cuarto,
Luna, madre de otro sol,
Que gocéis por muchos años,
Dé fin en vuestro servicio
El Amor enamorado.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COMEDIAS HISTÓRICAS

DE

ASUNTO EXTRANJERO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONTRA VALOR NO HAY DESDICHA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONTRA VALOR NO HAY DESPECHA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONTRA VALOR NO HAY DESDICHA

PERSONAS

Ciro.	Filis, *dama*.	Un capitán.
Arpago.	Flora, *villana*.	Un criado.
El rey Astiages.	Bato, *gracioso*.	Villanos.
Evandro.	Mitrídates.	Músicos.
Fineo.	Riselo.	Soldados.
Albano.	Silvio.	Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

Ciro y Mitrídates, los dos en hábito de villanos.

MITRÍDATES.

Quitarte tengo la vida.

CIRO.

Tened, padre, la cayada;
Que la sufro levantada,
Pero no podré caída.

MITRÍDATES.

¡Tú tienes atrevimiento
Para responderme así!

CIRO.

Más sufrimiento hay en mí,
Que hay en vos entendimiento.

MITRÍDATES.

Acabóse: ya perdiste
La vergüenza; mas ¿perder,
Ciro, cómo puede ser,
Cosa que nunca tuviste?

CIRO.

¿Qué causa os he dado yo
Para tratarme tan mal,
Si este valor natural
Conmigo mismo nació?
Un honrado pensamiento,
Que me habéis de agradecer,
¡Viene con vos á perder
Su justo merecimiento!
Padre, no penséis que vos
Solo mi artífice fuistes;
Porque si el cuerpo me distes,
Las almas infunde Dios.
Este pensamiento honrado
Nace del alma; y así,
Lo que Dios infunde en mí,
¿Cómo puede ser culpado?
Corta un escultor un leño
Y señala una figura,
Que acabar después procura
Por las líneas del diseño.
Este leño os debo á vos,
Figura muda y en calma;
Que la perfección del alma,
Sólo se la debo á Dios.
Si traigo de la ciudad
Algunos libros que leo,
Decís que mi vida empleo
En tan loca vanidad;
Si lo que dellos aprendo
Escribo, os da tal cuidado
Que virtüoso os enfado,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y hombre de bien os ofendo.
¿Todo ha de ser cultivar
La tierra y seguir dos bueyes?
¿No tienen los dioses leyes
Para saberlos honrar?
¿No es bien saber los secretos
Naturales de las cosas
Á la labranza forzosas
Para acertar los efetos?
¿Qué se pierde por saber
El celestial movimiento?

MITRÍDATES.

Ese desvanecimiento,
Ciro, te ha echado á perder.
Esas guerras que has leído,
Y esos amores, te han hecho
Caballero á mi despecho,
Y por tu daño, atrevido.
Todas estas caserías
Quieres gobernar; muy necio,
Haces de todos desprecio:
Tales pensamientos crías.
Vive Filis esta aldea,
De Arpago hermana, privado
Del Rey, por no dar cuidado
Á su madrastra Dantea;
Y siendo tan principal,
La sirves, y eres contrario
De nuestro príncipe Dario:
¿Puede haber locura igual?

CIRO.

Padre, si á Filis serví,
No toda la culpa fué
Mía; que no la miré
Sin que me mirase á mí.
Nace de habernos criado
Juntos este noble amor.

MITRÍDATES.

Tan grande competidor,
Ciro, me pone en cuidado;
Que el peligro á que te pones
Es el que debo temer.

CIRO.

Yo me sabré defender
Con excusar ocasiones
En que le pueda dar celos.

MITRÍDATES.

De tu discreción lo fío.

CIRO.

Id seguro, padre mío.

MITRÍDATES.

Guarden tu vida los cielos.

Vase.

CIRO.

Las altas luces, despeñado en ellas,
Para que con sus rayos se confronte,
En el carro del sol pisó Faetonte
Con los diamantes de sus ruedas bellas.
Del fulgurante ardor formó querellas
Del Erídano claro el horizonte,
Viendo correr por el celeste monte
Extraño sol, atropellando estrellas.
Así, mi dulce pensamiento honrado,
¿Quién te podrá negar que al sol subiste,
Aunque mueras de Filis abrasado?
Con gloria mueres si atrevido fuiste;
Pues ya que no eres sol, has confirmado,
Muerto en el cielo, que del sol naciste.

Bato.

BATO.

¡Gracias á Júpiter santo
Que vengo á topar contigo!
¿Dónde estabas?

CIRO.

Bato amigo,
Canséme de esperar tanto.

BATO.

Los árboles uno á uno
He contado por el prado
Buscándote, y no he dejado
Valle ni pastor ninguno
Sin preguntalles por ti.

CIRO.

¿Qué hay de Filis?

BATO.

Que salía
Hoy para alegrar el día,
Y el alba en sus ojos vi.
Dí luego la norabuena
Á la selva; y á la fe,
Que donde estampaba el pie
Quedaba de flores llena.
Cantaban los ruiseñores
De árbol en árbol á coros,
Y los arroyos sonoros
Los bajos entre las flores.
Llegué con mi reverencia,
Y la dije: «Venus bella
Te guarde, aunque de su estrella
Le ofenda la competencia.»
Y ella, que apenas con risa,
«Bien vengas», me respondió,
Del clavel con que me habló
Cerró las hojas aprisa;
Que, á tardarse, no lo ignores,
Tan bellas perlas mostrara,
Que el alba se las tomara
Para aljófar de las flores.

CIRO.

Parece que se ha mudado
Tu rústico entendimiento.

BATO.

¿No has visto, en el aposento
Que el príncipe Dario ha entrado,
Quedar olor por un rato
Del guante de ámbar? Así,
En después que á Filis vi,
Has de imaginar á Bato;

Porque habrá sido ocasión,
Si estoy discreto contigo,
Que traigo el ámbar conmigo
De su rara discreción.
Mas aunque agora me precio
De discreto embajador,
Luego que cese el olor
Verás que me vuelvo á necio.

CIRO.

¡Oh Bato, mil años goces
La nueva sabiduría;
Que aun te dura todavía
El ámbar, pues te conoces!
Pocos hombres hallarás
Que conozcan lo que son;
Pero es esta imperfección
Piedad del cielo en los más.
Con esto, cielos, hicistes
Que no haya tales desprecios;
Que á conocerse por necios,
Muchos anduvieran tristes.
¿Dístele mis versos?

BATO.

Di
Tus versos.

CIRO.

Y ¿los leyó?

BATO.

Los leyó y agradeció.

CIRO.

Y ¿qué te dijo de mí?

BATO.

Que se admiraba de ver
Tan honrados pensamientos.

CIRO.

El estar tan desatentos,
Daño nos pudiera hacer.
Ella pasa por el prado:
Si en la fuente se detiene,
Yo, ¿la hablo?

BATO.

Hablaron hombres
Mortales diosas: ¿qué temes?

Filis.

CIRO.

Á tu pie, Filis divina,
Dice Bato que florecen
Las selvas; yo, que las haces
Campo de estrellas celestes.
No espera la blanca aurora,
En el nido donde duerme
El pájaro, con más ansias
Para ver las ramas verdes
Que tiñe de horror la noche
Y en mudo silencio envuelve,
Que yo tus hermosos ojos.

FILIS.

Ciro discreto y valiente,
Dario vino de la corte:
Peligro en hablarme tienes.
Mira que estimo tu vida.

CIRO.

Si tanto la favoreces,
Tendréla en mucho por ti.

FILIS.

Á tus nobles partes debe
Este amor mi obligación.

CIRO.

Si desa suerte engrandeces
Un villano como yo,
No será mucho que piense
Que estas selvas, estos montes,
Á ver los amores vuelven
De Endimïón y la Luna,
Permitiendo que contemple
Los rayos de tu hermosura,
Que el primer cielo enriquecen,
La humilde bajeza mía.
¡Ay, cielos! ¿Qué culpa tienen
Las almas de que los cuerpos
Naciesen humildemente?
El cielo no pudo errar
La infusión del alma: advierte
Que en ella están las virtudes,
Por quien el cuerpo merece.
Mírame todo por alma,
De la manera que suele
Mirar las perlas el alba
Por el agua transparente,
Sin reparar en la concha
Que les dió, cauta, á los peces,
Naturaleza por arma
Que las cubre y las defiende.
Alma soy, Filis: el alma,
Por inmortal, te merece,
Y prenda que con los dioses
En la eternidad conviene.

FILIS.

Ciro, si mi hermano Arpago
Y mi fortuna quisieren
Disponer de mí, te doy
La palabra..... Escucha.....

Hablan bajo.

Flora, sin ser vista de Ciro, Bato ni Filis.

FLORA.

¿Puede (Aparte.)
Llegar á más mi desdicha?
¿Puede el rigor de mi suerte?
Hablando están..... ¿Qué lo dudo?
¡Oh Filis, si tú supieses
Qué es celos, dudo que amor
Te dispusiese á ofenderme!
Celos es enfermedad
Que el mismo que la padece,
Con vergüenza de decirla,
No quiere que la remedien.
Pero yo, ¿por qué me quejo,
Cuando Ciro me aborrece,
Cuando de verme se espanta,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Cuando mi nombre le ofende?
Pero pienso que es la causa
Que más en el alma duele,
Ver que Ciro quiera á Filis,
Que no el ver que no me quiere.
Pidiéndola está un favor,
Y le dió una cinta verde,
Para mis celos azul.
¡Mal fuego la cinta queme!
¡Mal fuego el favor abrase!
Y si lo invisible puede,
Queme también la esperanza.
Ya se va. ¡Cielos, tenedme!

CIRO.

Estaré, Filis divina,
Siempre á tu gusto obediente;
Que en tanta desigualdad,
El alma que favoreces
Apenas me da palabras
Con que pueda agradecerte
La esperanza desta cinta,
Dulce prenda, lazo fuerte,
Que hará que mi obligación
Dure en ella eternamente.
Yo me voy; tú, Bato amigo,
Ven conmigo, y no me dejes;
Que si hay muertes para tristes,
También las hay para alegres.

BATO.

¡Oh, Ciro! ¡Plega á los cielos
Que este favor no te cueste,
Cuando no la vida, el seso!

Vanse Ciro y Bato.

FLORA.

¿Dasme licencia que llegue
Para hablarte dos palabras?

FILIS.

¡Oh Flora! ¿En qué te detienes?
Yo soy tu amiga.

FLORA.

Y yo soy
Tu esclava. Escucha.

FILIS.

¿Qué quieres?

FLORA.

Filis, hoy hace dos años
Que, para tantos enojos,
En Ciro puse los ojos,
Como él en mí sus engaños.
Referirte aquí los daños
Que me ha costado llegar
Á merecer sujetar
Su rigor á mis querellas,
Será contar las estrellas
Ó las arenas del mar.
Finalmente, me quería
Por dejarme de querer;
Que tanto suele vencer
Una amorosa porfía.
En estas selvas hoy día
Suenan fuentes, viven flores,
Testigos destos amores;
Pero hay, Filis, voluntades
Que no llegan á verdades
Y se quedan en favores.
Después, Filis, que viniste
De la corte á nuestra aldea,
Celos me mandan que crea
Que de mi mal causa fuiste.
Veneno pienso que diste
Desde tus ojos á Ciro.
Ya se enfada si le miro:
Tanto me pierde el decoro,
Que se aburre si le adoro,
Y me llego y me retiro.
Está ya tan caballero
El que era ayer labrador,
Que le respeto señor
Y cortesano le quiero.
De tu discreción espero
Que de sus locos intentos
Vengarás mis sentimientos;
Que pierdes de lo que vales
Si á prendas tan desiguales
Humillas los pensamientos.

FILIS.

Flora, esa misma razón
Te ha de obligar á pensar
Que yo no le pude dar
Para quererme ocasión.
Su buena conversación,
Mi soledad entretiene;
Mas si á darte celos viene,
Mira que es necio rigor
Pensar que de mi valor
Alguna esperanza tiene.
Ciro, entre esta humilde gente,
Es un mancebo entendido,
Á los demás preferido
Por lo discreto y valiente;
Pero no creas que intente
En público ni en secreto
Perderme, Flora, el respeto;
Que ese día, fuera poco
Que castigara por loco
Á quien escucho discreto.
Pero toma en tus desvelos
Un cuerdo consejo agora:
Y es, que nunca pidas, Flora,
De tu amor á nadie celos,
Porque de aquellos recelos
Y las penas que refiere,
Que lo merece se infiere;
Y siéndonos natural
La envidia, por hacer mal
Queremos lo que otra quiere.
Así que pedir te asombre
Celos, aunque haya razón,
Que es dar imaginación
De los méritos de un hombre;
Que la de más casto nombre

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Quiere ver lo que no viera
Sin la celosa tercera;
Y si le estorban el ver,
Por tema querrá querer
Lo que le quitan que quiera.

Vase.

FLORA.

¡Por qué notable camino
Castigó mi atrevimiento!
Despertó su pensamiento
Mi celoso desatino.
Tarde su consejo vino,
Y vino mi muerte en él;
Mas no piense la cruel
Salir con lo que desea,
Que he de revolver la aldea
Si la vuelvo á ver con él.

Vase.

Ciro, Bato, Albano, Riselo, Silvio y villanos.

ALBANO.

Ciro ha ganado á todos.

BATO.

¡Víctor, Ciro!

CIRO.

La honra os agradezco;
Que bien sé que por mí no la merezco.

RISELO.

La ligereza, como el salto, admiro.

SILVIO.

Valiente ha sido de la barra el tiro.

ALBANO.

No hay mozo que igual sea
Á Ciro en el aldea.

BATO.

Si no soy yo, que lo que habéis saltado
Miré sentado en la mitad del prado.

ALBANO.

Sólo resta luchar.

CIRO.

Pues si hay quien quiera,
Con los brazos abiertos Ciro espera.

BATO.

Yo lucharé contigo.

CIRO.

Mira que soy tu amigo.
Pero ven con un brazo.

BATO.

Para darte un abrazo.

Lucha Ciro con Bato.

SILVIO.

Con Bato dió en el suelo,
Asiéndole del brazo solamente.

BATO.

Una costilla me ha quebrado. ¡Ay, cielo!

CIRO.

Ea, persiana juventud valiente,
¿Quién lucha? ¿Quién me tuerce aqueste brazo?

BATO.

No yo, que estoy sin mí del batacazo.

CIRO.

Bato, dame esa mano si ver quieres
Milagros.

BATO.

Temo que de hierro eres.

CIRO.

Muestra, no temas.

BATO.

¡Ay, que me ha quebrado
La mano!

CIRO.

¿No hay, mancebos, en el prado
Quien luche, corra, salte ó quien esgrima?

RISELO.

Á todos desanima
Tu fuerza, ligereza y gentileza.
Mas justo es coronarte la cabeza
Deste verde laurel, que envidie Apolo,
Por siempre vencedor, único y solo.

ALBANO.

Tu digna frente adorne,

Pónenle una corona de laurel.

Para que cuando del ocaso torne,
En sus amadas hojas amanezca.

RISELO.

¿Quién hay que, como tú, el laurel merezca?

BATO.

Hagamos algún juego
Ya que estás coronado, porque luego
Celebremos alegre tu victoria.

CIRO.

Juguemos al reinar con la memoria
Deste laurel divino.

ALBANO.

Pues ¿quién ha de ser rey?

BATO.

Yo.

ALBANO.

¡Desatino!

CIRO.

Echad suertes, mancebos generosos,
Y á quien la suerte caiga obedeciendo,
El juego podréis ir entreteniendo.

SILVIO.

Si fuera por los hechos valerosos
Y por la dignidad de tu persona,
Tú solo merecieras la corona.

RISELO.

El que dijere tres cosas
Las más fuertes, que ése salga
Por rey.

CIRO.

Bien dice Riselo,
Y comience Silvio.

SILVIO.

Vaya.
La cosa más fuerte digo

Que es la fortuna, contraria
Para todas sus acciones,
En un discreto que calla.
La necesidad es fuerte,
Pues obliga á cosas bajas;
Y la muerte, pues los reyes
Son hierba de su guadaña.

CIRO.

Diga Albano.

ALBANO.

La porfía,
La ambición, que nunca para,
Y el diamante, pues que sólo
Con otro como él se labra.

CIRO.

Diga Riselo.

RISELO.

La mar
Con tormenta, ó cuando baja
El rayo, rompiendo el viento,
Á dar en sus torres altas;
Y sin temor de los dioses,
Un tirano de su patria.

CIRO.

Diga Bato.

BATO.

La más fuerte
Es la que á los hombres saca
De sentido, que es el vino,
Tan poderoso monarca
Que hace á muchos de su nombre
Que en diversas lenguas hablan;
Y con dormir siempre en cueros,
Entre la nieve y escarcha,
Jamás amanece helado;
Pues si un hombre se desmaya,
Con un traguito de gloria
Vuelve lo amarillo en grana.
La hambre es cosa muy fuerte;
Y porque de veras haya
Alguna cosa, es la honra,
Si la tiene á quien agravian.

ALBANO.

Diga Ciro.

CIRO.

Lo más fuerte
Que en el cielo y tierra se halla,
Es la voluntad, divina
Forma en la materia humana;
El amor, en cuyo triunfo
Tantas letras y armas tantas
Y tantas coronas rinden
Libros, laureles y palmas.
La mujer y su hermosura
Son fortaleza que basta
Á rendir los altos dioses,
De quien en historias tantas
Desde el principio del mundo
Sangrientas memorias hablan.

ALBANO.

Ciro venció.

BATO.

¡Víctor, Ciro!

SILVIO.

El sacro laurel que enlaza
Su frente, con verde auspicio
Pronosticó su esperanza.
Hincad todos la rodilla.

ALBANO.

¡Viva el rey!

TODOS.

¡Viva!

CIRO.

Por tanta
Fiesta, vasallos, hoy queda
Mi voluntad obligada.
Yo os haré merced á todos.

BATO.

¡Oigan qué presto nos manda,
Con ser rey por madurar!

RISELO.

Siéntate sobre estas ramas.

CIRO.

Quien ha de velar, vasallos,
Una república varia
De guerra y paz, no es razón
Que se siente.

BATO.

¡Buena entrada!
Pues ¿ha de ser grulla un rey?

CIRO.

Pues ¿qué labrador trabaja
Como un rey? Y yo he leído
Que un sabio á los reyes llama
De la república esclavos,
Y que por eso se pagan
Las rentas, que se le deben
Por ley divina y humana.

ALBANO.

Ya somos vasallos tuyos.
¿Qué mandas?

CIRO.

Quiero dar traza
En lo que importa al gobierno
De mi reino y de mi casa.
Tener un amigo es fuerza;
Quien esto niega se engaña,
Porque yo no puedo solo
Gobernar provincias tantas.
Quiero que éste Albano sea;
Que lo que el rey quiere y ama,
No lo ha de escoger el pueblo,
Sino su gusto y su gracia.

ALBANO.

Beso tus manos mil veces.

CIRO.

Mi capitán de la guarda
Será Silvio.

SILVIO.

Soy tu esclavo.

CIRO.

Mi presidente en la sala

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De mis Consejos, Riselo,
Pues la falta de las canas
Suplirá su entendimiento.

BATO.

Luego ¿á mí no me das nada?

CIRO.

Mi secretario has de ser.
Despachos, decretos, cartas
Y audiencias, corran por ti.

Fineo.

FINEO.

Ciro, tu padre te llama:
Deja las fiestas y juegos.

RISELO.

Con más respeto le habla.
Hinca la rodilla en tierra:
Mira que la mano alarga
Porque se la beses.

FINEO.

¡Yo!
Un tigre puede besarla.
Astiages es mi rey;
Que de Ciro la arrogancia
Ya debe de ser locura.

BATO.

¡Al rey desa suerte tratas!

CIRO.

Presidente.....

RISELO.

Gran señor.....

CIRO.

De pies y de manos ata
Este villano á aquel roble,
Y hasta que la sangre salga,
Dos labradores le azoten.

RISELO.

Á Fineo:

Camina.

FINEO.

¿Sabes que hablas
Con un hijo de un criado
Del Rey?

RISELO.

¿Para qué te cansas?
Mándalo el rey, y ha de ser.

FINEO.

¿Qué rey ó qué calabaza?

CIRO.

Llevadle de aquí.

RISELO.

Camina.

FINEO.

¿Hay tal insolencia?

RISELO.

Calla.

Riselo y otros villanos se llevan á Fineo.

CIRO.

Vasallos, ya tengo edad
Para casarme.

BATO.

¿Eso tratas
Tan presto?

CIRO.

Á la sucesión
Importa, para que vaya
En aumento mi corona,
Y porque á la guerra salga
En teniendo quien me herede.
Pero decidme: ¿qué dama
Estará mejor al reino?

ALBANO.

Lucinda es bella zagala.

CIRO.

Es necia, y saldrán mis hijos
Necios.

ALBANO.

Pues ¿salen del alma?

SILVIO.

Aunque morena, es hermosa
Y discreta Felisarda.

BATO.

No la quieras, porque tiene
Una madre temeraria,
Vieja, loca y socarrona.
Mejor me parece Antandra,
Sino que es un poco roma.

ALBANO.

Belisa tiene mil gracias.

BATO.

Belisa es flaca.

ALBANO.

¿Qué importa?

BATO.

¿No importa una reina flaca?
Á Semíramis, Camila
Y otras, las pintan las caras
Como un tamboril, á quien
La nariz sirve de flauta.

CIRO.

Si os digo verdad, vasallos,
Solamente á mí me agrada
La hermana de Arpago, Filis.

BATO.

¡Oh, qué graciosa arrogancia!
¡Siendo hija de un privado
Del Rey!

SILVIO.

Flora se olvidaba.....
Pero ella viene.

Flora.

FLORA.

¿Qué es esto,
Ciro? ¿En qué locuras andas?
Á Fineo, dos pastores,
Atado al tronco de una haya,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Le han dado tantos azotes
Que el suelo de sangre baña.
Dícenme que te haces rey;
Eso solo te faltaba.
Filis te ha quitado el seso.

BATO.

Mira, Flora, cómo hablas,
Que te mandará azotar
Si le replicas palabra.

CIRO.

En las cosas de los reyes,
Flora necia ó avisada,
Ningún discreto se meta.
Yo lo mando, y esto basta.

Vase.

FLORA.

¿Hay semejante locura?

BATO.

Flora, mucho te adelantas.
Tres cosas te importan, Flora,
Si quieres morir lograda,
Que en tres palabras se encierran.

FLORA.

¿Y son?

BATO.

Oye, mira y calla.

Vanse.

El rey Astiages y Arpago.

REY.

Hoy hace algunos años, noble Arpago,
Que vi mi reino libre, con mi vida,
De la desdicha del fatal estrago,
Por los sabios de Media prometida.
Á Júpiter divino satisfago
La sucesión que reparé perdida,
Con víctimas, por quien, deshecho en llanto,
Mancho las aras de su templo santo.
Sueños me atormentaban cada día;
Ya, gracias á los dioses, me dejaron
Sombras que nuestra antigua monarquía
Al imperio de Persia trasladaron.
Casé á Mandane, sucesora mía
(Tanto los adivinos me obligaron),
Con el hombre más bajo que hallar pude,
Porque á los hados el decreto mude.
Y no sólo con esto satisfecho,
Á mi primero nieto eché á las fieras,
En cuyos dientes rígidos deshecho,
No salgan mis sospechas verdaderas (Aparte).
Los altos cielos inmortal han hecho,
Como en su cielo están las once esferas,
Mi reino en Dario, pues de aquí se arguye
Que eterno en su valor se constituye.

ARPAGO.

Aplacar á los dioses, sacro Astiages,
Es inviolable ley contra sus iras:
Así corren del mundo los linajes,
Que tantos siglos propagados miras.
Con esto, sin mudanzas, sin ultrajes,
De mármoles fabrica eternas piras
La sucesión de la imperial corona,
Desde la fría á la abrasada zona.
Muerto aquel niño, que cumplió á los hados
El decreto cruel contra tu imperio
De quitarte el laurel, y los sagrados
Cercos romper con tanto vituperio,
Pacíficos quedaron tus cuidados
(Que fué del cielo singular misterio),
Y asegurada la fortuna adversa
De trasladar de Media el reino al persa.

Evandro y Fineo.

EVANDRO.

Si no castiga, señor,
Tu justicia esta maldad,
Ociosa la majestad
Tendrá suspenso el valor.
Pues has sido padre, advierte
Qué sentirán mis enojos
Mirando un hijo á mis ojos
Maltratado desta suerte.
Un mozuelo, labrador
Del monte en que tus ganados
Tengo, con bríos soldados
Y corazón de traidor,
Fingido en un juego rey,
Mi hijo mandó azotar
Porque no quiso guardar,
Siendo de burlas, su ley.
¡Vive Júpiter sagrado,
Que, como no le castigues,
Á poner fuego me obligues
Al monte en que se ha criado!
De agraviado el seso pierdo,
Y con los locos me igualo.
Soy padre, y no hay hijo malo;
Es hijo, y no hay padre cuerdo.
Mas fío de tu piedad
Que vengarás su malicia;
Que en la paz y la justicia
Consiste la majestad.

REY.

¡Por los dioses soberanos,
Que me has causado temor!
¡Rey fingido un labrador!
No son pensamientos vanos;
Porque no sin fundamento
En hombre tan bajo y vil
Cupiera lo varonil
De tan alto pensamiento.
Dime, mancebo, su nombre.

FINEO.

Ciro se llama, señor.

REY.

¿Es fuerte? ¿Tiene valor?
¿Es bien hecho? ¿Es gentil hombre?

FINEO.

Es tal, que en su compostura

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Trasladó naturaleza,
De Alcides la fortaleza,
Y de Adonis la hermosura.
Ni hay hombre en toda la aldea
Que no le tema, señor,
Ni por fuerza ó por amor
Moza que suya no sea.
Él goza, sin que con él
Ruego ó justicia aproveche,
De las ovejas la leche,
De las colmenas la miel.
Él come lo que no ara,
Y coge lo que no siembra;
Un oso á brazos desmiembra,
Y una tigre desquijara.
Verdad es que, por lo hablado,
Es apacible y discreto.

REY.

¡Cielos! ¿Si es éste mi nieto, (Aparte.)
Que habéis, por mi mal, guardado
Para quitarme el imperio?
Mas quiero disimular;
Que mandarle yo matar
Y vivir, no es sin misterio.
Parte con Evandro, Arpago,
Y á Ciro me trae. ¿Qué estás
Suspenso?

ARPAGO.

Ya voy.

REY.

Verás,
Evandro, si satisfago
Con mi ofensa tu venganza.

EVANDRO.

Así lo espero, señor.

REY.

¡Cielos, quitadme el temor, (Aparte.)
Pues que me dais la esperanza!

Vanse.

Ciro, Albano, Silvio, Bato y villanos, de soldados, con chuzos, espadas y banderas.

CIRO.

Parad, soldados, aquí
Para que la reina os vea.

ALBANO.

¿Qué reina? ¿Estás en tu seso?

CIRO.

Pues ¿ha de haber rey sin reina?

SILVIO.

Mira que se ha de enojar
De ser reina.

CIRO.

No lo creas;
Demás de que esto es de burlas,
Y Filis es muy discreta.

BATO.

Yo la dije esta mañana
Que querías hacer guerra
Á los vecinos mancebos
De la contrapuesta aldea,
No sólo para enseñarte,
Mas por castigar la afrenta
De entrarse por nuestras viñas
Y disfrutar nuestras huertas.
Díjela cómo cazaban
Por las vedadas dehesas,
Con redes nuestros conejos,
Nuestras perdices con percha,
Y parecióla muy bien.

CIRO.

Juega, Albano, esa bandera
Con aire y donaire.

ALBANO.

¿Cómo?

CIRO.

Mírame á mí.

ALBANO.

Toma.

CIRO.

Muestra.
Toca á rebato la caja,
Pon el pie desta manera,

Juega la bandera.

Y vuelve y revuelve.

ALBANO.

¿Quién
Te enseñó?

CIRO.

Naturaleza.

Mitrídates en la calle, Filis á la ventana.

MITRÍDATES.

¿Qué es esto, loco? ¿Qué haces?
Suelta la bandera, suelta.
¿No hay más que quitar de casa
Esta cortina de seda,
Que dejó olvidada Evandro?
Rómpela, y vendrán por ella,
Y será buena disculpa
Que en tus locuras la empleas.

CIRO.

Padre, temerario andáis
Conmigo.

MITRÍDATES.

Déjala, deja.

CIRO.

Por Dios, que creo que habemos
De atropellar la obediencia.

FILIS.

Dádsela, Ciro; que yo
Daré una cortina nueva
Que en la bandera pongáis.

CIRO.

En un libro de una guerra
He leído que es deshonra
Que la bandera se pierda.
Mi padre se irá en buen hora,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y vos, mi dueño y mi reina,
Veréis en esta campaña
Cómo su ejército ordena
Este capitán de amor
Que hoy en serviros se emplea.

Arpago, Evandro y Fineo.

ARPAGO.
¿Cuál es Ciro?
FINEO.
Aquel que tiene
En la mano la bandera.
FILIS.
¡Mi hermano! ¿Á qué viene al monte? (Ap.)
Irme quiero, no me vea.

Quítase de la ventana.

ARPAGO.
¿Eres Ciro?
CIRO.
Yo soy Ciro.
ARPAGO.
¿Qué gente de guerra es ésta?
CIRO.
Los mozos deste lugar,
Que para tiempos de veras
Se ejercitan en las burlas.
Por eso, cuando se ofrezca
En qué sirvamos al Rey,
No hayáis miedo que nos vean
Bisoños, sino enseñados.
ARPAGO.
¿De qué doctrina y escuela
Has aprendido á ordenar,
Ciro, ese campo que llevas,
Y que tan diestro conduces?
CIRO.
Naturaleza me enseña
La inclinación; lo demás
He aprendido de un poeta
Que arte militar escribe.
ARPAGO.
El Rey te llama: no seas
Rebelde á su mandamiento.
CIRO.
Por dicha le ha dado quejas
De mí el padre dese mozo;
Y supuesto que pudiera
Defenderme con mi gente
De que castigarme pueda,
No quieran los dioses, no,
Que á la corona suprema,
Aunque aventure la vida,
El justo respeto pierda.
MITRÍDATES.
Oye, Ciro.
CIRO.
¿Qué queréis,
Padre?
MITRÍDATES.
Escucha.
CIRO.
Si es que tema,
Perdonadme.
MITRÍDATES.
Si allí vas,
Hijo, no espero que vuelvas.
CIRO.
¿Por qué?
MITRÍDATES.
Yo sé la ocasión.
CIRO.
Si me echasen á las fieras
Ó me diesen dos mil muertes.....
MITRÍDATES.
Pues no pienses que me dejas,
Que allá tengo de ir contigo.
CIRO.
Matarán las dos ausencias
Á mi madre.
MITRÍDATES.
No lo excuso.
CIRO.
Dejad, soldados, la guerra,
Deponed todos las armas.
Tú, Bato, avisa á la reina
De que se va el rey de burlas
Porque le llama el de veras.

ACTO SEGUNDO.

El Rey, Arpago y acompañamiento.

REY.
¿Tan obediente ha llegado,
Arpago, el fingido rey?
ARPAGO.
Merece, por justa ley,
La muerte si está culpado;
Pero cuando á pensar llego
Que esta villana invención
No ha sido conspiración,
Sino sólo burla y juego,
Libre le siento de culpa,
Y el venir sin resistencia
Declara más su inocencia.
REY.
Mi temor no le disculpa. (Aparte.)
No me atrevo á declararme
Con éste, porque he pensado
Que le disculpa culpado
Para volver á engañarme.
No ha de penetrar mi intento

Hasta que sepa si ha sido
Cómplice en el rey fingido.

ARPAGO.

Algún grave pensamiento (Aparte.)
Molesta al Rey con temor
De tales fingidos nombres.

REY.

Fué siempre el alma en los hombres (Ap.)
El adivino mejor.
¡Cuántos, por no haber creído
Su divina profecía,
Lloraron, cual yo la mía,
Después de haber sucedido!
Que cuando el temor en calma
Tiene un pensamiento impreso,
Se ve pintado un suceso
En el espejo del alma.
¿Quién viene con él?

ARPAGO.

Su padre,
Que allá tus ganados guarda.

REY.

Y ¿tiene madre?

ARPAGO.

Lisarda
Se llama, señor, su madre,
Labradora como él.

REY.

Diles que entren. (Aparte.)

Vase Arpago.

REY.

Vil temor (Aparte.)
Me oprime, porque en rigor
No siento malicia en él,
Pues padres tiene en su aldea,
Tan rústicos labradores.

Arpago, Mitrídates y Bato.

CIRO.

Padre, no temas ni llores. (Ap. á Mitrídates.)
Entra, y lo que fuere sea.

MITRÍDATES.

¡Ay, Ciro! Temblando voy. (Aparte á él.)

ARPAGO.

Ya están, señor, á tus pies.

REY.

A Ciro.

¿Eres tú el rey?

CIRO.

¿No me ves?
Rey de los mancebos soy,
Que se juntan en mi aldea
Á jugar y entretener;
Porque, ¿cómo puede ser
Que de otra manera sea?
Es verdadera en ti solo,
Gran señor, la majestad;
Sólo tu imperio es verdad.
Que, como en el cielo Apolo,
Eres único monarca,
Cuya vida de justicia,
Come al ave de Fenicia,
Siempre respeta la Parca.
Reina entre los animales
El león; el campo alegra
Del aire el águila negra
Con plumas y alas reales;
El sol, en sus luces bellas
Reina; la luna en la noche,
Que de su argentado coche
Son vasallos las estrellas;
El delfín, en el rigor
Del mar, que asombra á las naves;
Y entre domésticas aves
El gallo madrugador.
De sierpes, naturaleza
Al basilisco le dió
Imperio, y así nació
Coronada la cabeza;
Y porque las monarquías
Del tiempo más claras vieses,
Mayo es el rey de los meses,
Y el jueves rey de los días;
En las flores, el clavel,
Y en las semillas, el trigo,
Y el tiempo, de cuanto digo,
Porque está sujeto á él.
Reinan, con mucha razón,
De los humanos despojos,
En las facciones, los ojos,
Y en el cuerpo, el corazón.
De las pasiones mayores
Rey quieren que el amor sea,
Y yo también en mi aldea
Soy rey de los labradores.

REY.

¡Vive Júpiter sagrado, (Aparte.)
Que tanto á Mandane imita,
Que tiene en el rostro escrita
La verdad de mi cuidado!
Éste sin duda es mi nieto;
Que en aquel rudo horizonte
No fuera el parto de un monte
Tan atrevido y discreto;
Porque son precisas leyes,
De que tengo claras señas,
Que peñas engendran peñas,
Y reyes producen reyes.
No le quisieron matar
Traidores que me engañaron,
Ó los dioses le guardaron
Porque les quiso estorbar
El intento que tenían
De que me matase á mí:
Oráculo que temí,
Y adivinos me decían.
Mas no salió muy adversa

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Entonces la astrología,
De que éste trasladaría
Mi cetro y corona al persa,
Quitándola de mi frente.
Pero ya el cielo, aplacado
De sacrificios, me ha dado
Remedio piadosamente,
Pues que vino á mi poder
Cuando en su primera edad
Intentó la majestad,
Reino que pudiera ser
Verdadero, aunque fingido,
De los juegos de la aldea,
En que puede ser que sea
El pronóstico cumplido.
Por lo menos, con secreto
Haré matar al villano:
Sin ser abuelo inhumano,
Hoy he de matar mi nieto.
Dime tu nombre, mancebo.

CIRO.

Ciro me llamo, señor.

REY.

¡Breve nombre!

CIRO.

Á mi valor
Y virtud pienso que debo
Hacerle con obras grande.

REY.

Con notable libertad
Hablas. Ello fué verdad. (Aparte.)
¡Que lo que su rey le mande
No cumpla un vasallo! ¡Ah, cielo!
Mas yo me sabré vengar.
¿Por qué mandaste azotar,
Bañando de sangre el suelo,
Un labrador inocente?

CIRO.

Porque no me obedecía,
Ni como á rey me tenía
El respeto conveniente.
Dos acciones de los reyes
Son premiar y castigar.

REY.

Y ¿no se han de moderar
Con justa piedad las leyes,
Como lo hacemos nosotros?

CIRO.

Había poco que era rey,
Y echéle toda la ley
Para ejemplo de los otros.
No tengáis por nueva cosa
Mi exceso, si se reprueba,
Porque la justicia nueva
Entra siempre rigurosa.
Después que pase algún mes
De jüez y de señor,
Templarán este rigor
El amor ó el interés.
Tiene el gobierno, pasadas
Las horas de la opinión,
Del amor la condición,
Que es más fuerte en las entradas.
Temer y amar ha de ser
La ley del buen gobernar:
Con beneficio el amar,
Y con castigo el temer;
Que aunque el beneficio hallo
Por la ley más provechosa,
Un buen castigo es gran cosa
Para que tema un vasallo;
Porque si un delito es grave
Y éste el rey no le castiga,
Mucho al cielo desobliga
Y al reino, que ya le sabe.

REY.

¿Adónde aprendiste, Ciro,
Esas razones de estado?

CIRO.

Los libros me han enseñado.

REY.

Tu virtud é ingenio admiro,
Porque cavar y leer
No caben en un sujeto.
¿Qué dudo de que es mi nieto, (Aparte.)
Y de que pudiera ser
Mi muerte si la piedad
Del cielo no me librara,
Y el pronóstico cesara
Fingiendo la majestad?
¿Tu padre?

MITRÍDATES.

Yo soy, señor.

REY.

Quedaos aquí tú y Arpago.
Llevad á Ciro vosotros
Donde, con mucho regalo,
Quiero que tenga aposento
Algún tiempo en mi palacio.

CIRO.

Beso tus Reales pies.
¿Qué te ha parecido, Bato, (Aparte á él.)
De lo que le he dicho al Rey?

BATO.

No te quisiera tan sabio; (Aparte á Ciro.)
Los reyes son como el sol,
Que han de deslumbrar sus rayos;
Que es tener en poco el cetro
Mirarlos de claro en claro.

CIRO.

Engáñaste, que yo sé
Que me queda aficionado.
Así son los hombres hombres;
Que, letrados ó soldados,
Sin favor del Rey, ¿qué importan?

BATO.

¡Por azotar un villano
Quieres que te dé favor!
Yo me holgaré que volvamos
Al monte como venimos.

Vanse Ciro, Bato y el acompañamiento.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REY.

Solos habemos quedado,
Porque me importa el secreto.

MITRÍDATES.

En el pecho me está dando (Aparte.)
Mil saltos el corazón.

REY.

Dime, labrador honrado,
Tu patria y tu nombre.

MITRÍDATES.

Soy
Tu ganadero, y me llamo
Mitrídates.

REY.

Este Ciro,
¿Es tu hijo? ¡Por el santo
Júpiter que, si me engañas,
Que de Agrigento el tirano
No ha de haber formado toro
Que te abrase á fuego manso
Como le haré para ti!

MITRÍDATES.

En la lealtad de vasallo
Pienso que hallaré mejor
La respuesta, que en el daño
Que me puede suceder
De no respetarte airado.
Arpago está presente, que á mi aldea
Trujo un niño, señor, entre mantillas
Ricas, en quien naturaleza emplea
Pinceles de sus altas maravillas.
Como suele en la copia de Amaltea
Azucena entre humildes florecillas,
Así, entre los pañales primitivos,
Del rostro en el marfil dos soles vivos.
Llegó, en efeto, con secreto y prisa,
Y me mandó que á fieros animales,
Adonde planta de pastor no pisa,
Le echase entre peñascos y jarales.
Apenas le tomé, cuando con risa
De su inocencia me mostró señales,
Porque fuese testigo en su inocencia
El recibir con risa la sentencia.
¡Cruel decreto, dar la muerte á vida
Que de la ejecución se está riendo!
Pero como de mí no fué admitida
La apelación, calló, perlas vertiendo.
Fuése Arpago, señor; yo, infanticida,
Llevéle al monte, aunque entre mí diciendo:
«¿Qué más fiera que yo?» Pues no pudiera
Ninguna de aquel monte ser más fiera.
Echéle entre dos peñas, que parece
Que piadosas entonces se abrazaban.
Aun agora decillo me enternece,
Y entonces ellas pienso que lloraban.
La hierba así que en sus espacios crece,
Y las flores, parece que ocultaban
El tierno niño, en ocasión tan fuerte,
Porque no le pudiese ver la muerte.
Volví á mi casa, que con tierno llanto
La senda apenas de aquel monte vía,
Donde hallé mi mujer, ¡oh cielo santo!
Que un hijo muerto malparido había.
Contéla el caso, y afligióse tanto,
Que me dijo llorando que tendría
Consuelo si aquel niño le trujese,
Si Júpiter vivir le permitiese.
Al monte parto con ligero paso,
Que apenas con los pies tocaba al suelo,
Cuando al bordar el sol de oro el ocaso,
Hallo mi niño y mi dolor consuelo.
Una perra le daba ¡extraño caso!
Piadosa el pecho por piedad del cielo,
Y de aves y animales defendía,
Que en torno dél la muerte conducía.
Álzole en brazos de la dura tierra,
Imprimiendo en su cara tiernos besos.
Voy por el monte, sígueme la perra
Entre las peñas y árboles espesos.
Llego á mi casa, en fin..... ¡Oh, cuánto yerra
Quien piensa que impedir puede sucesos
Que tienen ya los cielos decretados,
Ni reprimir la fuerza de los hados!
Crióle mi mujer, púsole *Ciro*
Por la perra que el pecho le había dado
(Que así se llama en nuestra lengua), y miro
El cielo á su favor determinado,
Porque cuando fingido rey le admiro,
Y saber su valor te da cuidado,
Conoces que es el niño que ha vivido
Para hacer verdadero el rey fingido.
Conocíase bien que era tu nieto
En tanta discreción y valentía,
Que no pudiera ser menor efeto
El que tan alta causa producía.
Ya de los cielos se cumplió el decreto
En el reino de burlas que fingía;
Si el haberle criado culpa ha sido,
De mi inocente error perdón te pido.

REY.

Dame tus brazos, dignos justamente
De un rey; que por piedad ninguno ha sido
Castigado en el mundo, ni ha perdido
El premio de librar á un inocente.
¡Oh Arpago! ¿De qué temes, cuando siente
Tu pecho que mi amor te ha perdonado
No haber ejecutado
Mi necio mandamiento?

ARPAGO.

Señor, yo le cumplí; que sólo siento
No verte el alma agora.

REY.

Pues ¿puede ser traidora
Alma de un rey?

ARPAGO.

El pensamiento humano
Sólo del cielo se defiende en vano.

REY.

Por mi corona, que te debo, Arpago,
La vida, y que te pago
Con la verdad que debo,
Agradecido á sucesor tan nuevo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y porque lo que digo verdad sea,
Vuélvase Ciro, vuélvase á la aldea;
Váyase libremente
Hasta que llegue tiempo conveniente
Que pueda declaralle por mi nieto;
Pero advirtiendo que ha de estar secreto,
Porque, por todo el coro
De los dioses que adoro,
Que si le declaráis quién es, que luego
Os abrase á los dos en vivo fuego.
¿Daisme aquesta palabra?

ARPAGO.

Yo la juro
Á Marte, protector del patrio muro.

MITRÍDATES.

De mí no tengo yo que asegurarte;
Que bien puede obligarte
Lo que he tenido tanto tiempo oculto.

REY.

Pues ya no dificulto
Que con estar secreto
Haré jurar por sucesor mi nieto.
Tú parte, Mitridates,
Porque de volver trates
Con Ciro al monte donde se ha criado.

MITRÍDATES.

¿Diréle alguna cosa?

REY.

Que me he holgado
De conocer en rústico sujeto
Un mozo tan valiente y tan discreto

MITRÍDATES.

Guarde tu vida el cielo.

Vase.

REY.

De tu piadoso celo
Satisfecho, con justa confianza,
Arpago generoso,
Te quiero dar de Ciro la crianza;
Que espero harás un rey tan belicoso,
Que ponga nuestra media monarquía
En los últimos límites del día.

ARPAGO.

Tan justas confianzas
Puedes tener de mí como de Ciro,
Mancebo de tan altas esperanzas
Que al resplandor de tus hazañas miro
Águila caudalosa.

REY.

Para pagarte la amistad piadosa
Que con él has usado,
Hoy, Arpago, serás mi convidado;
Hoy comerás conmigo, que es muy justo.

ARPAGO.

Beso tus Reales pies.

REY.

Por este gusto
No sé qué honras hacerte.
Llámame á Evandro.

ARPAGO.

Voy á obedecerte.

Vase.

REY.

¿Habrá maldad que como aquésta sea?
¡Oh, fementido Arpago!
¿Así mi imperio tu traición desea?
Pero yo te daré tan justo pago
Que sea más dolor que el darte muerte.
Villano, ¿desta suerte
Obedeces tu Rey? ¡Viven los cielos,
Que la sangre sosiegue mis desvelos
Del labrador valiente
Que quiere los laureles de mi frente
Trasladar á la suya!
Que no es justicia que á maldad se arguya
Que, á quien quiere matarme al mediodía,
Le mate yo á la aurora.

Evandro.

EVANDRO.

¿Qué manda Vuestra Alteza?

REY.

Evandro, agora
Mandé partir á Ciro sin castigo.

EVANDRO.

¿Así guardas justicia?

REY.

Evandro amigo,
No fué sin ocasión, porque no quiero
Parecer tan severo
Á los ojos del pueblo, aficionado
Á ese mancebo loco y alentado.
Hoy se parte, y hoy quiero que le mates.
Sólo va con el viejo Mitridates:
Síguele con soldados de mi guarda,
Y de noche le aguarda
Al paso más oculto deste monte.
Pero á pensar disponte
Que has de traerme su cabeza fiera,
Que el frontispicio de mi templo espera,
Como del oso ó jabalí le adorna
El cazador que torna
Alegre de la presa.

EVANDRO.

De que se tarde el claro sol me pesa,
De partirse al ocaso.

REY.

Ya te espero:
Por verlo muerto, muero.
¡Oh cielos, no os canséis de asegurarme (Ap.)
De un hombre que nació para matarme!

Vanse.

Filis y Bato.

FILIS.

Como si fuera la ausencia
Fácil pena al sentimiento,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Añadieron mis desdichas
El peligro á mis deseos.
¿Cómo dejas, Bato, á Ciro?
Que amor, en tales sucesos,
Del mal temiendo lo más,
Del bien espera lo menos.

BATO.

Aunque el Rey le recibió
Á los principios severo
Por enojo ó por costumbre
(Que es la majestad en ellos
Como un vínculo Real),
Después, con rostro risueño
Templó la deidad; que mueve
Mucho al airado el discreto.
Así diez años Ulises,
Matador de Polifemo,
Aquel gigante de un ojo,
Anduvo por varios reinos.
¡Oh, si le vieras hablar
Con atrevido despejo,
Pensaras que era Sibila
Ó el oráculo de Delfos!
Finalmente, le mandó
Regalar: y así, le dejo
En un cuarto de palacio
Tan metido á caballero,
Que parece que lo ha sido
Toda su vida.

FILIS.

El ingenio
Lo alcanza todo: y así,
Muchos hombres que subieron
En brazos de la fortuna
Á ocupar honrosos puestos,
Saben presto ser señores.

BATO.

Y aun saben serlo tan presto,
Que cuanto fueron humildes,
Parecen después soberbios.
Finalmente, por quitarte,
Filis, del peligro el miedo,
Me ha enviado á que te diga
Que no le tengas en esto;
Porque aunque lamenta Evandro
Los azotes de Fineo,
Espera Ciro del Rey,
En vez de castigo, premio.

FILIS.

¿Qué dice mi hermano Arpago?

BATO.

¡Por Júpiter que no entiendo,
Filis, si verdad te digo,
El alma destos enredos!
Él y el Rey y Mitridates
Andan hablando en secreto.
Ayer comió con el Rey.

FILIS.

¡Con el Rey! ¿Qué dices?

BATO.

Puedo
Asegurar lo que vi,
Y que entré á verlos comiendo.
¡Tanta plata, tantos platos,
De tantos manjares llenos,
Tanto servicio y criados,
Éste entrando, aquél saliendo,
Todos atentos al Rey,
Y alguno, por dicha, atento
Más al capón que comía
Que á la deidad del imperio!
¡Oh, bien haya, dije yo,
Debajo de un pobre techo
La olla de un labrador,
Los rotos manteles puestos
Sobre una tabla de pino,
Y aquel ver salir hirviendo
El repollo en el verano,
Los nabos en el invierno,
Á su lado su mujer
Con el hijo tierno al pecho,
El gato por mayordomo,
Y por maestresala el perro!
Porque los contentos, Filis,
Si hay en el mundo contentos,
No están en las ceremonias,
Sino en el gusto y el sueño.

FILIS.

¡Bueno vienes de la corte!

BATO.

Filis, este poco seso
De acá le llevé; que allá
No venden entendimientos.

FILIS.

Y ¿cuándo piensas volver?

BATO.

Esta noche volver pienso;
Que sólo á verte he venido.

FILIS.

Escucha un atrevimiento.

BATO.

¿Cómo?

FILIS.

Yo he de ver á Ciro;
Que secretamente quiero
Irme contigo esta noche.

BATO.

Á no estar el monte en medio,
Fuera fácil la jornada
Con recato y con silencio.

FILIS.

Entra, y despacio en mi casa
La venida trataremos;
Que amor no permite espacio
Donde le lleva el deseo.

BATO.

Míralo, Filis, mejor.

FILIS.

No gusta amor de consejos.

BATO.

Pues ¿de qué gusta el amor?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FILIS.

De ejecutar los remedios.

Vanse.

Mitrídates, y Ciro con espada.

CIRO.

Apenas de la licencia
Del Rey, padre, me informé,
Cuando de la corte fué,
Y para siempre, mi ausencia.
¡Bien haya mi pobre aldea,
Que me falte ó que me sobre,
Porque no hay contento pobre,
Ni bien que sin él lo sea!

MITRÍDATES.

Sólo me causa cuidado,
Ciro, de Evandro la queja,
Pues sin venganza le deja,
El Rey, del hijo azotado.
No hay satisfacción que cuadre
Á injuria tan afrentosa,
Y ya sabes que es la cosa
Más ciega del mundo un padre;
Que el amor con que le viene
Á estimar su pensamiento,
Le quita el entendimiento;
Pues ¿qué hará si no le tiene?
Temo, al fin, un padre airado,
Ciro, y aumenta mi pena,
Saliendo en noche serena,
Haberse el cielo turbado;
Que, aunque no está del aldea
Este monte muy distinto,
No hay Creta ni laberinto,
Que como su centro sea.
Las nubes, rotos los senos,
Las estrellas amenazan,
Que el campo desembarazan
Del cielo, huyendo los truenos.
Alguna desdicha temo
Entre tanta obscuridad.

CIRO.

Si vos, de tan larga edad
Llegando, padre, al extremo,
Teméis, con mayor razón
Temiera mi juventud
La muerte, sin la virtud,
Que es alma del corazón.
¿Qué monte, qué padre airado,
Qué cielo tempestuoso,
Qué enemigo poderoso
En obscura noche armado;
Qué voraz actividad
Del fuego, ni qué violencia
De agua ó viento, ó negra ausencia
De la solar claridad;
Qué relámpagos y truenos,
Qué rayos ni qué centellas?
Que, si huyeren las estrellas,
Estará firme á lo menos
La que nació con mi dicha.
Venga el mundo contra mí;
Que si con valor nací,
Contra valor no hay desdicha.

MITRÍDATES.

¡Ay, hijo! ¿Qué estás diciendo?
Aunque de valor te armas,
Gran rumor de gente de armas
Está el monte estremeciendo.
Pienso que sale verdad,
Ciro, el rigor que temí.

CIRO.

Pues padre, escondeos allí,
Entre aquella oscuridad;
Que si no habéis de ayudarme,
Mejor es que viváis vos.

MITRÍDATES.

Eso no permita Dios.
Vengan primero á matarme,
Y ¡ojalá pudiera ser
Que me transformara en ti,
Porque, matándome á mí,
Te pudiera defender!
Que es mi amor tan excesivo,
Que, si por ti me matara,
Pienso que resucitara
Con saber que estabas vivo.

CIRO.

Padre, retiraos allí:
Mirad que se acercan ya.

Evandro, Fineo y soldados.

EVANDRO.

Aquí suenan.

CIRO.

Y aquí está
Quien buscáis.

EVANDRO.

¿Es Ciro?

CIRO.

Sí.

EVANDRO.

¡Muera!

MITRÍDATES.

¡Ay, hijo de mi vida!

Riñen.

¿Cómo te diré quién eres (Aparte.)
Antes que mueras, pues mueres?

FINEO.

¿Tienes, hombre, revestida
La furia de Flegetonte
En ese pecho?

CIRO.

¡Villanos,
Mal conocéis estas manos!

Mételos á cuchilladas.

MITRÍDATES.
Huyendo van por el monte.
¿Quién pensara tal valor?

Dentro:

FINEO.
¡Padre, muerto soy!
MITRÍDATES.
Fineo
Es aquél. No es éste Ciro.
Marte, de su quinto cielo
Debió de bajar armado
De diamante. Ya no siento
Las voces. ¡Ay de mí, triste!
¿Si por dicha Ciro es muerto?
¡Ciro!..... Nadie me responde.
Sólo, de lástima, el eco
Repite su amado nombre.
Subir por el monte quiero.
¡Ánimo, caducas fuerzas!

Súbese por el monte.

Ciro, sangriento, con la espada desnuda.

CIRO.
Tres de los villanos dejo
Entre las peñas tendidos,
Y los demás van huyendo.
Herido estoy; pero poco.
Sólo de mi padre siento
La pena, porque habrá sido
La espada con que le han muerto.
¡Qué terrible obscuridad!
Si ignorar pudiera el cielo
Que no habían de matarme,
Pensara que lo había hecho
Por cubrir su gran teatro
De paños de luto negro.

Dentro y lejos:

BATO.
¡Ciro!.....
CIRO.
¿Qué voz es aquella?
Pensara que destos cerros
Era pastor si mi nombre
No pronunciara tan presto.

Dentro:

MITRÍDATES.
¡Ciro!.....
CIRO.
Otra voz diferente:
Que es de mi padre sospecho.
Por acá, por acá, padre.
No responde: mi deseo
Debió de burlarme.

Dentro y lejos:

FILIS.
¡Ciro!.....
CIRO.
¡Júpiter santo! ¿Qué es esto?
Parece voz de mujer,
Y si el alma no hace enredos
(Porque no es mujer el alma,
Si en el nombre, no en los hechos),
Filis es la que me llama.
¡Qué pensamiento tan necio!
¡En un monte..... á media noche!

Dentro:

FILIS.
¡Ciro!.....
CIRO.
Más cerca la siento.
Quiero responder. ¿Quién es?
¿Quién llama á Ciro?

Salen por tres partes á un tiempo, Filis, Mitrídates y Bato.

FILIS.
Yo.
MITRÍDATES.
Yo.
BATO.
Yo.
CIRO.
¡Cielos! ¿Quién respondió?
FILIS.
Yo soy.
CIRO.
¡Filis!
FILIS.
¿No me ves?
MITRÍDATES.
Si hay para un padre después
Brazos, aquí estoy contigo.
CIRO.
¡Padre!.....
BATO.
Y después un amigo.
CIRO.
¡Bato! ¿Es posible que os veo,
Ó es burla de mi deseo
Que los tres estéis conmigo?
FILIS.
¡Ay, mi bien! ¿Herido estás?
CIRO.
De tu amor, Filis hermosa.
FILIS.
No de balde tu dichosa
Presencia ¡oh Ciro! me das;
Pero pudiendo ser más
Entre enemigos tan fieros,
Que el eco de sus aceros
Llevaba el aire al oído,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Dichosa desdicha ha sido.

CIRO.

¡Ay, bellísimos luceros!
Cese el aljófar que os baña;
Que más me podréis vencer
Que los que pueden volver
Con más gente á la montaña.
Aun pienso que amor me engaña;
Que cuando tu voz oí,
Que era el alma presumí,
Que con la imaginación,
Hurtando á tu voz el son,
Hablaba dentro de mí.
¿Cómo vienes desta suerte?

FILIS.

Llevando á Bato por norte,
Me llevaban á la corte,
Ciro, las ansias de verte.
Era el estruendo tan fuerte
De las armas y las voces
De tus contrarios atroces,
Que en hielo me transformaron,
Y aun pienso que se espantaron
Los animales feroces.
Y si en aquesta ocasión
Vives, yo pienso que fué
Porque tu vida pasé
Desde el campo al corazón;
Que entre aquella confusión,
Fiero y bárbaro tropel
De tanta gente cruel,
Con el alma enternecida,
Dije: «Aquí estará su vida,
Y me matarán por él.»

CIRO.

Con este favor, mi bien,
Que amor trujo á mis oídos,
Los que huyeron, van vencidos;
Los demás, muertos se ven.
Pero pelear tan bien
No fué mucha valentía
Si Filis me defendía;
Que si más cerca llegara,
Con los ojos los matara,
Y yo descansar podía.
Padre, gran pena me distes.

MITRÍDATES.

Ninguna á mi pena iguala,
Ni pensé volverte á ver,
Perdido por la montaña.

CIRO.

Bato amigo, mucho debo
Á tu amor.

BATO.

Si me le pagas,
Claro está que no le debes.

FILIS.

¡Ay de mí! Gente con armas
Discurre el monte.

BATO.

Ellos vuelven.
Huyamos, Ciro.

CIRO.

Esta espada
No sabe huir. Todos juntos
Os poned á mis espaldas.

Arpago y soldados.

ARPAGO.

Pisando voy cuerpos muertos,
Que la misma luz del alba
Nos enseña por las sendas.

UN SOLDADO.

Sangrientas están las ramas.

ARPAGO.

¡Ay de mí si es muerto Ciro!

CIRO.

¡Ay, Filis, gran mal me aguarda! (Ap. á Filis.)
Arpago, tu hermano, es éste.
Detrás destas altas hayas
Es fuerza que os escondáis.

FILIS.

Bajo:

¿No estás, fortuna, cansada
De perseguirme?

BATO.

Señora, (Aparte á Filis.)
No temas aunque haya causa;
Que quien ha muerto á los otros
Se dará tan buena maña
Que hará de aquéstos lo mismo.

Retíranse Filis, Mitrídates y Bato.

CIRO.

Arpago, yo soy. ¿Qué aguardas?

ARPAGO.

Esperaba á conocerte;
Que tan poco á poco baja
El alba, que se ve apenas
Si es la noche ó la mañana.

CIRO.

Si á matarme vienes, ¿cómo
Tienes la espada en la vaina?

ARPAGO.

No vengo á matarte, Ciro;
Ciro, en que he sido repara
Quien dos veces te dió vida
Á costa de sus entrañas.
Retiraos todos.

CIRO.

¿Qué dices?

Retíranse los soldados.

ARPAGO.

Que escuches la historia larga
De tu vida y mi desdicha.

CIRO.

Dime, Arpago, si me engañas,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Porque no será valor.

ARPAGO.

Antes que del monte salgas
Sabrás si te engaño: escucha.

CIRO.

Yo escucho en tu confianza,
Pero más en mi virtud;
Porque, si á traición me matas,
Volveré del otro mundo
Y sabré tomar venganza.

ARPAGO.

Ciro valiente, de quien
Pende la corona toda
Del Asia, aunque te quitaban
Con la vida la corona,
Ya no es tiempo de callar;
Que cuando la verdad sobra,
Aunque rompa mi palabra,
Más que me infama, me honra.
No es la causa que yo tengo
Para vengarme tan poca;
Que no pedirá palabras
Quien hace tan malas obras.
El cielo me manda hablarte,
Que rompérsela no importa;
Antes el cielo se sirve
De que á un tirano la rompa.
El rey Astiages, de Media,
Tuvo por hija la hermosa
Mandane, de cuyo vientre
Soñó que con verdes hojas,
Entre fértiles racimos,
Salía una vid frondosa
Que toda el Asia cubría,
Por cuyo temor se informa
De los sabios que en su reino
Guarnecen talares togas.
Todos dicen que su hija,
Y unánimes se conforman,
Pariría un bello infante,
Que con fuerzas belicosas
El reino le quitaría;
Y de suerte el Rey se asombra,
Que en Persia casa á Mandane
Con la más pobre persona,
Aunque noble, que halló en Persia,
Pensando que al cielo estorba
El poder, á quien están
Sujetas todas las cosas.
Pero no hay fuerzas humanas
Que á las divinas se opongan;
Antes, resistido el cielo,
Á más rigor se provoca.
Preñada Mandane, el Rey
La vuelve á su casa, y toma
El niño que della nace,
Y á su marido la torna.
Éste me entrega, y me manda
¡Qué crueldad! que en una sola
Selva le deje á las fieras,
Que le devoren y coman.
No quise yo ser verdugo
De un ángel; que galardona
La piedad el cielo, tanto
La inocencia le enamora.
Con esto, aquel mismo día
Con tierno llanto le arroja
Mi ganadero á las fieras;
Después le vuelve á su choza,
Donde por suyo le cría,
En cuya rústica ropa
Aquel ánimo Real
No de otra manera brota
(Volviendo en coturnos de oro
Las que eran abarcas toscas)
Que del conducto la fuente,
Por la superficie rota,
Bullendo las arenillas,
Revienta menudo aljófar.
Éste fuiste, fuerte Ciro,
Que de burlas rey te nombras,
Porque te enseñaba el cielo
Que á las veras te dispongas.
Astiages, viéndote vivo,
De tal manera se enoja,
Que me convida á comer
¡Ay, Dios! con alma traidora.
Como, y después me pregunta
Si fué espléndida y sabrosa
La comida; yo, ignorante,
Le agradezco tantas honras.
Enséñame luego..... ¡Ay, cielo!
¡Qué lágrimas y congojas
El prólogo quieren ser
De mi tragedia llorosa!
Me enseña, dije..... ¡Ay de mí!
¿Cómo diré? ¿De qué forma?
En una sangrienta fuente
Vi la cabeza amorosa,
Pies y manos de mi hijo (1).
Tanto mueve y alborota
El alma ver que su cuerpo
Su mismo padre le coma.
En mi llanto y en su sangre
Mis tiernos ojos se mojan,
Por ver si pueden lavar
La misma engañada boca.
Volví el ser que dí á mi hijo
Á mi ser, como quien cobra
Lo que ha dado, y de mi carne
Se aumenta mi carne propia.
Así me dijo: «En tu hijo
Tomar venganza me toca
De no haberme obedecido,
Pues vive mi nieto agora.»
¿Qué león de Albania, qué sierpe
De Libia, qué tigre, qué onza

(1) Entre este verso y el siguiente deben de faltar algunos. En otras partes de esta relación, y en varias de la comedia, se echa de menos algo. *(Nota de don Juan Eugenio Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Hiciera tan gran crueldad
Cuando los hijos le roban?
Disimulé cuanto pude,
Y el Rey, con falsas lisonjas,
Te deja volver al monte
Para que sus peñas, sordas
Y mudas, fuesen testigos
De tu muerte lastimosa.
Apenas lo supe, Ciro,
Cuando quiere que socorra
Dos veces tu vida el cielo;
Pero cuando ya la aurora
Abre las puertas al día,
Veo en la florida alfombra
Del monte tres hombres muertos,
Y esa mano vencedora
De la crueldad de tu abuelo.
Vuelve, Ciro, á la memoria
Tus agravios; que los cielos
Con su mano poderosa
Le defienden, y te llaman
Al hecho de mayor gloria
Que en eterno bronce anima
De la alta fama la trompa.
Honra á tu madre Mandane,
Tu imperio heredado cobra
De quien mil veces te ha muerto
Con fieras, hierro y ponzoña.
Aunque para no matarte
Defenderte el cielo sobra;
Que es querer matar en él
Del sol la dorada antorcha.
Consagra al templo inmortal
Esta verdadera historia;
Tu mismo imperio restaura,
Tu frente de lauro adorna.
Yo te ayudaré. ¿Qué esperas?
Pelea, mata, despoja,
Atropella, venga, rinde,
Tala, quema, vence, roba;
Rey te llama, gente junta,
Las banderas enarbola.
Valor tienes, dí quién eres;
Que Dios te dará victoria.

CIRO.

¡Notable historia! Y tan llena
De prodigios, que me ha dado
Contento como cuidado,
Y como esperanza pena.
Lo que Júpiter ordena,
Resistir intenta en vano
La más poderosa mano;
Porque es mortal desatino
Contra el decreto divino
Oponerse intento humano.
No sin causa me ponía
El alma en el pensamiento
Ser rey; que este fingimiento
De aquella verdad nacía.
Esforzándose va el día;
Si nos ven, perdido soy.
Palabra de rey te doy,
Si me ayudas, de vengarte,
Escribiéndote en qué parte
Gente levantando estoy.
Mi padre, aunque no lo ha sido
Y un amigo que venía
Conmigo, buscar quería,
Que en el monte se han perdido;
Que por eso me despido
De ti con tanto recelo.
Dame tus brazos.

ARPAGO.

El cielo
Confirme nuestra amistad.

CIRO.

Tú verás mi voluntad.

ARPAGO.

Tú mi favor.

CIRO.

Tú mi celo.

ARPAGO.

Seré tu esclavo.

CIRO.

Tu amigo
Seré yo.

ARPAGO.

Mi rey serás.

CIRO.

Arpago, tu amigo es más,
Y cumpliré lo que digo.

ARPAGO.

Presto me veré contigo.

CIRO.

Cielos, escríbase en vos
Esta amistad de los dos.

ARPAGO.

Ya la guerra me provoca.

CIRO.

Toca al arma.

ARPAGO.

Al arma toca.

CIRO.

Arpago, adiós.

ARPAGO.

Ciro, adiós.

ACTO TERCERO.

Flora y Bato, de soldado gracioso.

BATO.

¿No vengo bizarro, Flora?

FLORA.

Y galán tan singular,

Que te pudiera envidiar
El que lo fué de la aurora.
Bien es que en esta jornada
Del más gallardo presumas,
Porque no hay galán sin plumas
Ni valiente sin espada.
Á lo gallardo he pensado
Que has de igualar el valor,
Porque del ruin labrador
Sale siempre el buen soldado.
Entre cuanta gente viene
Por varias partes á Ciro,
Sólo te alabo y te admiro
De cuantos soldados tiene.

BATO.

Díceslo, Flora, burlando;
Mas, pues ya no puede ser
Que á Ciro puedas querer,
Que me quieres voy pensando.
Ya Ciro es rey, ya gobierna
Ejércitos, no ganados;
Ya camina entre soldados
Á conquistar fama eterna.
Ya, en vez del rudo jumento,
Feroz caballo corrige
Con duro freno, y le rige
Entre la tierra y el viento.
Ya no hay bueyes que administre
La aguijada del arado;
Armas viste, y fresno herrado
Pasa de la cuja al ristre.
Con esto, de las crueldades
De su abuelo se defiende:
Imperios Ciro pretende,
No labranzas ni heredades.
No busca Ciro las tierras
Donde los ganados pacen;
Que las majestades nacen
Enseñadas á las guerras.
Ya, con más altos intentos,
Aspira á reinar, no á ti:
Quiéreme tú, Flora, á mí,
Y juntemos pensamientos.
Llevaréte, si me quieres,
Al lado por esas guerras;
Verás mares, verás tierras,
Que es condición de mujeres.
Ea, ¿qué lo estás pensando?
Que Filis, con ser quien es,
Á Ciro sigue después
Que ha visto á Ciro reinando.
Y tenemos copia inmensa
Contra el viejo Rey cruel,
Aunque nos han dicho que él
No se duerme en la defensa.
Que sabiendo que vivía
Su nieto, y que gente armaba,
De Júpiter blasfemaba
Y á Arpago matar quería.
Y así, de varias naciones
Tan grande campo ha formado,
Que cubre el más dilatado
De banderas y escuadrones.
Pero de Ciro el valor
Tan animoso le espera,
Que no pienso que pudiera
Ser el de Marte mayor.

FLORA.

Yo, Bato, desengañada
De que era bárbara ley
Querer un nieto de un rey,
Entre estos montes criada,
De pensamientos mudé;
Que era loca fantasía,
Y aquel amor que tenía,
Como se vino se fué.
Ni de ti ni de otro alguno
De cuantos Dios ha criado,
Estimaré su cuidado,
Ni le tendré de ninguno.
Hayan los hombres nacido
En buen hora, cuantos fueren,
Para quien ellos quisieren;
Logren su amor ó su olvido;
Que yo los doy desde aquí
Á las que no los conocen,
Y muchos años los gocen
Sin darme celos á mí.
Siempre nos causan desvelos
Los firmes y los más justos:
¡Mal año para sus gustos
Si tengo de ver mis celos!

Vase.

BATO.

Dejarás de ser mujer,
Serás piedra, y no persona;
Que la más fuerte amazona
Hombres hubo menester.
Mas ya nuestro Marte miro,
Que con la divina rama
Del sol, su gente le aclama
Por rey.

Tocan cajas dentro.

Ciro, con laurel; Filis, en hábito corto; Mitrídates, soldados y músicos.

SOLDADOS.

¡Rey Ciro, rey Ciro!

MÚSICOS.

Cantando.

Coronad, soldados,
La ilustre cabeza
Del valiente Ciro,
Nuevo rey de Persia.
¡Al arma, al arma, al arma; guerra, guerra!
Toca la caja, y ríndase la tierra.

Tocan la caja á rebato.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CIRO.

No desdice á mi laurel
La música, pues se cuenta
De Aquiles que se incitaba
Con la música á la guerra.
Por incapaz el caballo
Del dulce son de las cuerdas,
Al de la caja se anima,
Y á la voz de la trompeta.

MÚSICOS.

¡Al arma, al arma, al arma; guerra, guerra!
Toca la caja, y ríndase la tierra.

FILIS.

Bien pareces laureado;
Pero no sé cómo pueda
Pensar que me ha estado bien,
Ciro, tu inmensa grandeza.
Alégrome de mirarte
Príncipe de Persia y Media,
Y de ver que con justicia
Tan grande imperio pretendas;
El aplauso que te han dado
Las escuadras que gobiernas,
La fama de tus principios,
Las armas de tus banderas;
Pero no puedo alegrarme
Que contra mí te engrandezcas.
Reina me hiciste en las burlas
Para no serlo en las veras.

CIRO.

Filis, aquel mismo soy
Que antes de ser rey; no temas;
Que obligaciones honradas
Son en las almas eternas.
Bajos pensamientos tiene
Quien los amigos desprecia
Que tuvo cuando era humilde,
Por vanidad y soberbia.
Para mí siempre serás
Lo que fuiste.

FILIS.

No desea
Mi alma tus reinos, Ciro;
Tú solo en mi pecho reinas.

CIRO.

Mitrídates.....

MITRÍDATES.

Hijo mío.....
Perdona, que no quisiera
Perder aquel nombre amado
Que trasladaron las fieras
Á mis entrañas el día
Que pude librarte dellas.

CIRO.

Esta carta al Rey, mi abuelo,
Escribo para que crea
El ánimo con que estoy.
Tú la has de llevar.

MITRÍDATES.

Mis fuerzas
Ya no son para embajadas.
Á un soldado la encomienda
Que tenga tanto valor.

BATO.

Aunque locura parezca,
Yo se la pondré en las manos.

CIRO.

Pues ¿qué dirán si la lleva
Hombre como tú?

BATO.

Señor,
Los avisos de la guerra
No requieren calidades,
Sino personas resueltas.
Yo soy loco, y le daré
La carta, cuando el Rey fuera
Júpiter.

CIRO.

Pues parte, Bato,
Adonde las cajas suenan,
Y ten buen ánimo.

BATO.

Basta
Que á tu valor me parezca.
Hoy no volveré con vida,
Ó te traeré la respuesta.

Vase.

CIRO.

Bella Filis, ven conmigo:
Verás la gallarda muestra
Que hoy he mandado que haga
Mi ejército en tu presencia.

FILIS.

Los cielos te den victoria.

CIRO.

Llevándote por estrella,
Es poco ganar un mundo.
¡Hola, capitán! Apresta
Un caballo.

CAPITÁN.

Ya te aguarda
Con paramentos de tela.

CIRO.

Mi virtud es mi fortuna;
Que la virtud no se hereda.

Vanse.

El Rey y Arpago.

REY.

¿Qué muestra tanto valor?

ARPAGO.

Partí, señor, á la aldea,
Patria, si es bien que lo sea,
De aquel monstruo labrador;
Y antes, señor, de llegar,
Sonaba de la manera
El estruendo, como altera
Montes de espumas del mar.
Pregunté á un pastor que hallé,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Del estruendo la ocasión,
Y díjome: «Este escuadrón
Que mal formado se ve,
Es la gente del rey Ciro,
Que de varias partes viene.»
«¿Ciro, respondí, previene
Gente? Su locura admiro.
Pues un villano, ¿á qué efeto,
Que ayer ovejas guardó?»
«No es villano, replicó;
Que es del rey Astiages nieto.»
Su historia le ha referido
Un hombre que le ha criado.
Temióse apenas formado;
¿Qué hará después de nacido?
Que si antes de ser su ser
Le da el ser temor igual,
Después de ser, y ser tal,
¿Querrá que deje de ser?
De su poder engañado,
Piensa que el del cielo excede,
Porque aun el cielo no puede
Quitar el ser que no ha dado.»
Entro en el lugar, y veo
Las flautas vueltas templadas
Cajas, lanzas las azadas,
Y el cavar, galán paseo.
Hallo á Ciro, finalmente,
Entre estas bárbaras sumas,
Más coronado de plumas
Que de laureles la frente;
Y hablándole de tu parte,
Le digo cómo desea
Tu amor que el reino posea,
Dándole á Dario su parte.
Dice con vana arrogancia
Dos mil locuras, señor;
Y es repetirlas error,
Porque no son de importancia.
No le espantas general
Desta empresa.

Un criado.

CRIADO.

Aquí, señor,
Un rústico embajador,
Á quien le despacha igual,
Trae una carta de Ciro.

REY.

Dile que éntre.

CRIADO.

Yendo á avisar.

Entrad.

Sale Bato.

BATO.

No sé (Aparte.)
Si pida silla, que en pie
Al Rey con Arpago miro.
Mas no será maravilla
La que el jumento me dió;
Que muchos hay como yo,
Que pasan de albarda á silla.

REY.

¡Buen soldado!

ARPAGO.

Desta traza,
Deste talle, desta ley
Son los demás.

BATO.

Señor Rey.....

REY.

Hablad.

BATO.

Todo me embaraza. (Aparte.)

REY.

Dejad la espada, y decid.

BATO.

Vueso nieto, que Dios guarde,
Me dió esta carta ayer tarde.

REY.

En lo demás proseguid.

BATO.

Lo demás se me ha olvidado;
Pero todo viene ahí.

REY.

¿Sois soldado?

BATO.

Señor, sí.

REY.

Y ¿ha mucho que sois soldado?

BATO.

Soldado y embajador
Soy desde ayer.

ARPAGO.

¿Para mí (Ap. á Bato.)
Traes alguna carta?

BATO.

Sí;
Luego os la daré, señor.

REY.

Lee.

«Ciro á su abuelo.» ¡Arrogante
Título! «Tu gran crueldad
»(Que no hay hombre ni deidad
»Que en cielo y tierra no espante,
»Pues antes de tener vida
»Me la quisiste quitar)
»Me obliga á solicitar
»Verla de ti defendida.
»Para esto, y no perder
»El reino de mis pasados,
»Hice levas de soldados
»Contra tu injusto poder.
»El dinero que traía
»De Persia tu tesorero
»Tomé, porque es lo primero

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

»Que mayor falta me hacía.
»Verdad es que le dejé
»Luego un resguardo firmado
»De cómo estaba bien dado,
»Y que á cuenta lo tomé
»De lo que he de haber; que en todo
»Es bien la cuenta y razón »

BATO.

Y á mí en la misma ocasión
Me lo dijo dese modo.
Es Ciro muy puntual.

REY.

¡Mi tesoro! Hoy le destruyo.

BATO.

De lo que no fuere suyo
No ha de tomar un real.

REY.

Lee.

«Si quieres, como mi abuelo,
»Volverme el reino que es mío
»(Que matarme es desvarío
»Cuando me defiende el cielo),
»Yo te prometo de darte,
»Y como rey lo prometo,
»Donde vivas con secreto,
»De mi reino alguna parte.»
Torres en el viento labra.

BATO.

¿Oye, señor?

REY.

Hombre, di.

BATO.

Todo lo que viene ahí
Me lo dijo de palabra.

REY.

Si mandarte castigar
Mi grandeza permitiera,
Villano, tu muerte fuera
La que te hiciera callar.

ARPAGO.

Señor, si á tan vil sujeto
Humillas la majestad,
La suprema autoridad
Padecerá indigno efeto.
¿Qué gentil Héctor, qué Aquiles,
Qué rey de los animales
Ensangrentó las reales
Uñas en las liebres viles?
Demás de ser labrador
Y desigual enemigo,
Le reservan del castigo
Las leyes de embajador.
Cause risa á tu grandeza
Ver los soldados que tiene
Ciro, pues éste á dar viene
La muestra de su bajeza.

REY.

Arpago, no le imagines
Tan vil; que de no temer
Los principios, suelen ser
Tan desdichados los fines.
Que, aunque no es Aquiles griego
Para ponerme desmayo,
De un vapor se engendra un rayo,
Y de una centella un fuego.
Tú, villano, vete, y di
Que yo mismo á verle voy.

BATO.

Capitán de Ciro soy
Aunque villano nací,
Y por allá nos veremos;
Que de la hoz á la espada
No es muy larga la jornada,
Aunque parezcan extremos.
No os fiéis en escuadrones;
Que hay mancebo por allá,
Que con la honda os hará
Ir trompicando terrones;
Porque si Ciro tuviera
Cuatro mozos como yo,
No digo este imperio, no,
Mas toda el Asia rindiera.
Que es imposible criar
Tantos ejércitos vos
Como puede matar Dios,
Y yo ayudarle á matar.
Sólo de haberme mirado
Ciro he quedado tan fuerte,
Que puedo matar la muerte
Si fuese vuestro soldado.
¿Pensáis que viene enseñado
Este fuerte capitán
Al regalado faisán
Y al vino aromatizado?
¡Vive Dios, si no le dais
El reino y restituís!.....

REY.

¡Dioses! ¿Aquesto sufrís?
¿En qué entendéis? ¿Dónde estáis?
Blasfemo de vuestro nombre.
¡Á mí un villano!.....

ARPAGO.

Señor,
Que es loco y embajador.

REY.

¿Qué importa matar un hombre?

BATO.

Téngase allá todo rey;
Que no me envían á mí
Para que me mate así.

REY.

Válgale, Arpago, la ley,
No de embajador, de loco.
Di, villano, al otro infame
Que mi nieto no se llame;
Que á más furor me provoco.
Y que me espere: verá
Quién es rey y quién traidor.

BATO.

Ya no es Ciro labrador;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Rey es Ciro, y rey será.

Vanse.

Albano, Silvio, Riselo y Ciro.

ALBANO.

Dentro.

¡Válgate Júpiter santo!

SILVIO.

Dentro.

Tan presto se levantó
Que pienso que no ha caído.

RISELO.

Dentro.

No hay pájaro tan veloz.

CIRO.

Dentro.

Paso; no es nada, soldados.
Bueno estoy, no hagáis rumor.

Ciro y Filis.

FILIS.

¡Mal agüero!

CIRO.

Si es agüero,
No para mí.

FILIS.

¿Cómo no?
Caer, corriendo un caballo,
Cuando con tanta atención
Te aplauden y aclaman rey
Tus soldados á una voz,
¿No es agüero de caer
Del puesto á que te subió
Tu fortuna?

CIRO.

Espera, Filis;
Que á ver si es agüero voy.

Vase.

Albano, Riselo, Silvio y soldados.

ALBANO.

Donde al furioso caballo
Le detuvo el resplandor
De las espadas (que, huyendo,
Tan velozmente corrió
Que no se quejaba el prado
Que le lastimase flor
(Tanto puede aún en un bruto
Librarse de la prisión),
Bañado en sudor el cuerpo
De aquella furiosa acción,
Y el freno de espuma y sangre),
El fuerte Ciro llegó.

RISELO.

La espada saca.

FILIS.

¿Á qué efeto?

SILVIO.

Las dos piernas le cortó,
Con aire y airada mano,
De un revés.

ALBANO.

¡Bravo rigor!

RISELO.

Sentóse en tierra sin ellas
El que las puso mejor
Al parar en la carrera.

SILVIO.

Y el animal que formó
Naturaleza más bello
Para dar envidia al sol;
Porque, á tenerle su carro,
No despeñara á Faetón.

Ciro y Mitrídates.

CIRO.

Ya, vasallos, el agüero
En mi caballo cayó:
Tal es el temor y engaño
De la humana condición.
Él es muerto y yo soy vivo:
Conque el agüero cesó;
Que no hay fortuna contraria
Que no la venza el valor.

MITRÍDATES.

Conozco y todos conocen
Tu valiente corazón;
Pero cuando avisa el cielo,
¿Quién no ha de tener temor?
¿Qué rey murió sin cometa?
¿Á qué fatal destrucción
No precedieron presagios?
¿Qué infante en el pecho habló
Que no sucediesen guerras?

CIRO.

Pues, padre, en la guerra estoy.

Bato.

BATO.

Dame tus Reales pies,
Capitán, cuyo blasón
Ya le temen los dos polos.

CIRO.

¡Oh Bato, mi embajador!
¿Diste la carta al tirano
De mi vida?

BATO.

Y respondió,
Con injuria de los dioses,

Que dará satisfacción
Presto á tu loca arrogancia.
Pero ¡mira cómo Dios,
Cuando los hombres castiga
Por algún notable error,
Les ciega el entendimiento!
Pues la memoria perdió
Del hijo muerto de Arpago,
Y vienen juntos los dos,
Fiándole la más parte
Del ejército, que yo
Vi formar en escuadrones,
Que pudiera dar temor
Á los feroces gigantes
De la torre de Nembrot.

FILIS.

¡Oh, fuerte Ciro! No esperes
Este primero furor.
Retira tu gente adonde
Puedas con la dilación
Hacer mayor tu defensa
Y su peligro menor.

CIRO.

Por mirar á un caballero
Que de un caballo feroz
Se apea, no te respondo.
De paz las señales son.

FILIS.

¡Ay, Ciro! Mi hermano es éste.
Escóndete.

Retírase Filis.

Arpago.

CIRO.

¿Qué ocasión
Te la ha dado, noble Arpago,
Para hacerme este favor?

ARPAGO.

El Rey tu abuelo, Ciro valeroso,
No sólo airado de que no eres muerto,
Mas de entender que intentas animoso
De dalle la batalla á campo abierto;
Con saber que del tuyo numeroso
El dilatado monte está cubierto,
Por ser bisoña gente, determina
Ver á qué parte Júpiter se inclina.
Y ardiendo en ira de que tú dijeses
Que una parte del reino le darías
En que viviese luego que rey fueses,
Pues el justo respeto le perdías,
Como de espigas las doradas mieses
De Julio miran los postreros días,
Cubrió los campos de la gente propia,
Conducida á la gente de Etiopia.
Treinta mil hombres tuvo en breve plazo,
De á caballo los diez, de á pie los veinte,
De alfanje al lado y arco persa al brazo,
Ó el fresno al ristre del arnés luciente.
Las varias plumas en diverso lazo
Compiten á la fénix del Oriente;
De suerte que, confusas las colores,
Parecen campos de diversas flores.
Como primero que á la blanca aurora
Enrubie el sol las cándidas guedejas,
De sus vivientes átomos colora
Los blandos aires escuadrón de abejas,
Así á la voz del atambor sonora
Y á la trompa marcial marchan parejas
Las armadas hileras, y el sol mira
En cada morrïón un sol mentira.
De fogosos alígeros bridones,
Que la máquina elevan corpulenta,
Encintan lazos, crines y cordones;
Que al más bruto animal la gala alienta:
Y tan iguales van los escuadrones,
Que donde aquél levanta el pie, le sienta
El que le sigue con destreza tanta,
Que no cubre más tierra que la planta.
En medio, las banderas son el alma
Deste cuerpo que digo, donde el viento,
Cuando respeta las divisas, calma,
Y luego las convierte en su elemento.
El Rey detrás, como la verde palma,
Resiste al tiempo, de su ley exento;
Que la venganza, si en los años crece,
La más caduca edad rejuvenece.
Por no cansarte, digo que pudiera
El Rey de Media conquistar á Troya,
Si con Agamenón á Grecia fuera
Por la venganza de la hurtada joya.
No es inconstancia la que el alma altera;
Que la mitad del corazón apoya
Nuestra amistad, sino saber que es cierto
Que no te has de librar de preso ó muerto.
Esto será, si esperas enemigo
Tan poderoso con tan flaca gente;
Que yo sólo podré morir contigo
Cuando tu pecho intrépido lo intente.
Será la fe de verdadero amigo
Polo en que estribe amor eternamente,
Si en competencia del que sufre Atlante,
Donde fuere cristal, seré diamante.
Y porque en un estrago tan notable
Dicen que no ha de haber viva persona,
Quiero llevar mi hermana donde entable
Justa defensa á lo que el Rey blasona;
Porque es la guerra parca inexorable,
Que á ninguno respeta ni perdona;
Que si la pongo con defensa fuerte,
Luego contigo abrazaré la muerte.

Vase.

BATO.

Huye, señor; ¿qué esperas?

CIRO.

No he sentido,
Bato, que venga el Rey tan poderoso;
Siento la ausencia con temor de olvido
De aquel amor que conquisté dichoso.

ALBANO.

¡Agora, Ciro, amor!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RISELO.

¿Tienes sentido?

SILVIO.

Mira, señor, que es el huir forzoso.

CIRO.

Dejadme solo aquí, porque recelo
Que de vuestro temor se ofende el cielo.

Vanse todos menos Ciro.

CIRO.

Cuando la nave en el mar
Con fiera tormenta sulca
Las ondas, que con el viento
Arenas y estrellas juntan,
¡Qué de varios pensamientos
En la bitácora turban
Al piloto, que contempla
Tocada de imán la aguja!
¡Qué cuidadosa que sirve,
Y por todas partes cruza,
Más turbada que obediente,
La mal prevenida chusma!
Cuál dice «amaina», cuál «vira»,
Para que de presto acudan
Á la troza, al chafaldete,
Á la triza y á la amura.
Entre los cables y amarras
No hay cosa que no confunda
El temor, y no aprovechan
Filácigas ni ataduras.
Con remolinos pretende
El mar que la nave suba,
Á la que argentan estrellas,
Por escalas de agua turbia;
Hasta que, tranquilo el mar,
Quiere el cielo que descubra
Aquel brillador diamante
Que paz en la gavia anuncia;
Y aquel celestial topacio
Tiende la melena rubia,
Formando círculos de oro
Entre las nubes purpúreas.
Así corre mi esperanza
Con desesperada furia,
Tormenta de pensamientos
En el mar de mis fortunas.
Sentémonos, pues, cuidados,
Porque no deis en la dura
Tierra con el grave peso,
Aunque hay valor que le sufra.
Hable el alma, que preside
Á las potencias, é infunda
Su luz al entendimiento,
Que oprimen sombras obscuras.
Apenas sueños despiertos
La imaginación confusa
Fabrica por divertirme,
Cuando el temor me deslumbra.

Suenan toques de cajas en el aire.

¡Cajas de guerra! ¿Qué es esto,
Que por la región segunda
Tocan del aire, y los ecos
Á los dos polos resultan?
Las negras nubes se apartan,
Dando lugar que discurran
Tropas de armados persianos,
Que vanas sombras figuran.
Ya con lanzas, ya con rayos,
Ya con espadas desnudas,
Unos con otros pelean.
Ya se esparcen....., ya se ocultan.
Allí suenan instrumentos,
En cuyos ecos pronuncian
Victoria los claros aires.
¡Qué confusiones, qué dudas!

La voz de una sombra.

LA VOZ.

Ciro, no esperes al Rey.
Huye, que es mejor que huyas
Que no que la vida pierdas.

CIRO.

Mucho mi valor injurias.
¿Quién eres?

LA VOZ.

Tu padre soy.

CIRO.

Con tu bajeza deslustras
La majestad de mi madre,
Pues mi empresa dificultas.
¡Mal haya el tirano abuelo,
Que por temer, pues me escuchas,
Le dió á tan bajo caballo
Yegua de tanta hermosura!
Que si me diera un Aquiles,
¡Viven las deidades sumas,
Que aun ellas mismas no estaban
De mis hazañas seguras!
Si tuviera al sol por padre,
Como por madre la luna,
Su fénix me viera el cielo
Sin abrasarme la pluma.
¡Mal haya el tirano abuelo,
Mal haya una vez y muchas,
Que un sátiro y una ninfa
Puso á una misma coyunda!
Naciera yo todo sol,
Sin faltarme parte alguna,
Con que, sin mojar los rayos,
Bebiera del mar la espuma.
Vete, sombra, á tu descanso,
Vive la fúnebre tumba
De hombre vil, pues no mereces
Como rey doradas urnas.

LA VOZ.

Grandes desdichas te aguardan.

CIRO.

Mientras que la vida dura,
Contra valor no hay desdicha.

Déjame, sombra importuna.

Pasa un cometa por el teatro.

¡Qué fiero cometa pasa!
Todo parece que acusa
Mi temerario valor,
Y es lo que más me disculpa.
Parece que allí me nombra,
Entre sangrientas angustias,
El hijo de Arpago muerto.
¿Qué cosa, cielos, más justa
Que vengar un inocente?
Pues, valor, ó muere ó triunfa.
Dios penetra pensamientos,
Dios los corazones juzga,
Y á quien las vidas quitare,
Dios le quitará la suya.

Filis, en corto, con espada, botas y espuelas, y soldados.

FILIS.

Ciro, de mi hermano huyendo
Porque no me hallase, fuí
Alejándome de ti
Y acercándome volviendo.
Él se fué ya, presumiendo
Que me volví de temor
Á la corte, y no era error
Si yo la vida estimara;
Pero no hay cosa tan cara
Que no la desprecie amor.

CIRO.

Filis, de tanta firmeza
No sé yo qué gracias darte.
Yo soy en la guerra Marte,
Tú Venus en la belleza.
Coronaré tu cabeza
Si la victoria me dan
Los cielos.

FILIS.

Pienso que están
Contrarios á tu fortuna,
Si puede temer alguna
Tan ilustre capitán.
El Rey viene poderoso,
Cajas y trompetas suenan;
Todos el valor condenan
Con que esperas animoso.
El retirarte es forzoso
Hasta prevenir mejor
Quien esfuerce tu valor.

CIRO.

Filis, agravio me hicieras
Si tal consejo me dieras
Menos que con tanto amor.
Las cajas se acercan ya:
Yo voy á ordenar mi gente.

FILIS.

Oye.

CIRO.

Déjame.

FILIS.

Detente:
Tu vida en peligro está.

CIRO.

El cielo la guardará.

FILIS.

Muévate, Ciro, mi amor.

CIRO.

No puedo más.

FILIS.

¡Qué rigor!

CIRO.

Filis, morir ó vencer;
Porque es imposible haber
Desdicha contra el valor.

FILIS.

¡Oh amor! ¿Cómo temes tanto
Siendo todo corazón?

CIRO.

Suspende, que no es razón,
Filis amorosa, el llanto.

FILIS.

No puedo decirte cuánto
Tengo en los ojos impresos
Tus atrevidos excesos.

CIRO.

Quejaréme ¡oh luces bellas!
Que quieran vuestras estrellas
Pronosticar mis sucesos.

FILIS.

Si fueras, señor, tan mío
Como yo tu esclava soy,
Yo sé que dejaras hoy
Ese loco desvarío.

CIRO.

Con justa razón confío.

FILIS.

Sin ella, muerte me das.

CIRO.

¿Puedo ya volver atrás
En hechos malos ó buenos?
Déjame intentar lo menos,
Que el cielo hará lo demás.
Soldados, hoy quiero ver

Saca la espada.

Lo que me habéis prometido.
No os espante que haya sido
Del Rey mayor el poder.
Yo he de morir ó vencer:
Llevad siempre en la memoria
La fama, el triunfo, la gloria
De la alta empresa que sigo;
Que un poderoso enemigo
Hace mayor la victoria.

Tocan y dase la batalla, huyendo los soldados de Ciro de los del Rey, y éntranse.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Filis y Bato.

CIRO.

Dentro.

¡Así dejáis vuestro rey
Y vuestro amigo, traidores!
¿Así cumplís la palabra?
¿Falta amor, la fe se rompe?
¡Cobardes, huyendo vais!

FILIS.

¡Ay, Júpiter, que del monte,
Cubierto de flechas, baja
Ciro entre peñas y robles!

BATO.

Su gente cobarde huye,
Y él la sigue dando voces.
Cayó en tierra. ¿Si está herido?

Sale Ciro con algunas flechas clavadas en la rodela.

CIRO.

Persas, ¿dónde vais sin orden?
Mataré.....

FILIS.

Detén la espada.
Filis soy, ¿no me conoces?

CIRO.

¡Oh Filis! Mi gente infame,
Las espaldas vueltas, corre;
Que nunca fueron las obras
Á las palabras conformes.

FILIS.

¿Estás herido?

CIRO.

No siento
Heridas, sino traiciones.
Capitanes, yo soy Ciro;
Cese la infame desorden:
Soldados, yo soy el rey,
Vivo estoy: ¿qué os descompone?
Las mujeres os infaman
Con afrentosas razones;
¿Quién hay que oiga sus afrentas
Y á la batalla no torne?

Arpago y soldados.

ARPAGO.

Ánimo, valiente Ciro,
Que ya Arpago te socorre;
Mi gente paso á la tuya:
Los escuadrones recoge;
Que, aunque publica victoria
El Rey, si al paso te pones
Del monte, harás por lo menos
Que no los rinda y despoje.

CIRO.

¡Oh Arpago amigo, cumpliste
La palabra como noble!
Aunque parezco vencido,
No lo estoy mientras informe
El alma esta vida! Tengo
Justa esperanza en los dioses.
Dellos soy hijo; estas flechas
Te dirán que no soy hombre.
Diamantes tengo por alma
En pecho y manos de bronce.
Ninguna dellas me ha herido,
Marte detuvo sus golpes;
No pasan mortales flechas
Á divinos corazones.
Mi gente vuelve; que, en fin,
No hay cosa que los provoque
Como ver que las mujeres
Los afrenten y deshonren.
¡Ea, soldados, al arma!
¡Ah, cómo vuelven feroces!

ARPAGO.

León capitán de liebres,
Hará las liebres leones.

Éntranse. Tocan y vuélvese á dar la batalla, saliendo y entrando como suelen.

Ciro, el Rey, Arpago, Filis, con el rostro cubierto, Mitrídates, Bato y soldados.

REY.

Midió mi soberbia el suelo.
La espada, Ciro, detén,
Que no puede estarte bien
Matar á tu mismo abuelo.
En vano se opone al cielo
Poder mortal: no me des
La muerte, pues ya no es
Venganza, sino bajeza,
Pues siendo yo tu cabeza,
Me estás mirando á tus pies.

CIRO.

Levántate.

REY.

Para estar
De rodillas.

CIRO.

Eso no;
Que ningún hombre venció
Si no supo perdonar.

REY.

Aun no me dejan hablar
Las lágrimas para darte
Las gracias.

CIRO.

Fuera olvidarte
De que antes me has obligado
Rendido, porque me has dado
Ocasión de perdonarte;
Porque es tan alta la gloria
De perdonarte vencido,
Que hasta este punto no ha sido
Verdadera la victoria.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que puesto que la memoria
De tus crueldades pedía
La pena que merecía,
¿Cómo quitarte podré
Aquella vida que fué
El principio de la mía?
Casaste con hombre vil
Mi madre porque lo fuera
El que della procediera,
Que fué prevención sutil;
Mas yo en su pecho gentil,
Como el alma lo sabía,
Viendo que hombre vil nacía,
Dejé la del padre aparte,
Y sólo saqué la parte
Que de mi madre tenía.
Que aunque es en la formación
El padre primera forma,
Dios, que las almas informa,
Trocó la primera acción
En su vientre. Tu intención
Tanto al cielo se declara,
Que desde entonces me ampara;
Porque, á no nacer á ley
De todo príncipe ó rey,
Allá dentro me quedara.
De suerte que haberme dado
Padre humilde entonces, es
Más agravio que después
Mi muerte solicitado.
En fin, lo que no me has dado,
Que es vida, abuelo, te doy;
Vive, pues que vivo estoy;
No dejes de ser por mí,
Pues finalmente por ti
Soy todo aquello que soy.
Para que pases la vida
Una ciudad te daré
De mi reino, donde esté
Tu persona bien servida,
Y la mía defendida
De algún loco desvarío;
Que ya de ti no me fío,
Porque estás á toda ley
Más enseñado á ser Rey
Que no á ser abuelo mío.
¿Qué nombre á tus hechos das?
¿Qué historia, qué fama esperas,
Pues hallé piedad en fieras,
Y en tus entrañas jamás?
Pero con esto no más,
Por no ofender la esperanza
Que te da mi confianza;
Que, aunque el cuerpo no lo sienta,
El que de palabra afrenta,
Toma del alma venganza.

REY.

Yo daré con humildad
Á tu imperio la obediencia
Que verá el mundo.

CIRO.

Ya, Arpago,
Llegó ocasión á tus quejas,
Pues no he vengado á tu hijo.

ARPAGO.

Antes agravio me hicieras
En no darme parte á mí
De la piedad y grandeza
Con que has perdonado al Rey;
Y te suplico que seas
Tan piadoso, que me des
De aquesta piedad la media
Para que perdone al Rey.

CIRO.

¡Palabras de tu nobleza!
¿Dónde está Filis?

BATO.

Aquí,
Con esta banda cubierta.

FILIS.

Yo soy tu esclava.

CIRO.

Soldados,
La hermana de Arpago es reina.

FILIS.

Pagaste mi amor.

ARPAGO.

Y el mío.

CIRO.

Y aquí dió fin el poeta,
Que aun vive para serviros,
Á su historia verdadera
Fiado en vuestro valor,
Porque llamarse pudiera
Contra valor no hay desdicha,
Y el primero Rey de Persia.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS GRANDEZAS DE ALEJANDRO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS GRANDEZAS DE ALEJANDRO

TRAGICOMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR EL DUQUE DE ALCALÁ, VIRREY Y CAPITÁN GENERAL EN EL PRINCIPADO DE CATALUÑA.

Cuánto importa el entretenimiento para que los cuidados no consuman el sujeto disputa Séneca en su libro de La Tranquilidad de la vida, *y trae por ejemplo á Polión Asinio, aquel grande orador, que, en ciertas horas que descansaba, aun las cartas forzosas no leía.* Legum conditores *(dice)* festos instituerunt dies, ut ad hilaritatem homines publicè cogerentur, tanquam necessarium laboribus interponentes temperamentum. *No se puede entender esto mejor que de las comedias, que con pública alegría deleitan honestamente; y así, la autoridad de tan gran filósofo me ha dado atrevimiento de ofrecer ésta á V. Excelencia de entre la copia de cuidados de su gobierno, no para que imite tanto aquel orador riguroso que en algún tiempo no incline los ojos á su historia, pues lo es tan verdadera, siendo* Las Grandezas de Alejandro, *que no sólo se dirigen á V. Excelencia por este título, mas por el que pudiera merecer de sumo filósofo como lo fué Aristóteles, su maestro, pues no hay facultad en que V. Excelencia no sea eminente; cosa digna de mayor alabanza en un príncipe á quien su sola y natural virtud ha obligado á tan inmenso estudio, pues no habiendo nacido para vivir de las letras, tanto las ha estimado y adquirido que alcanzará por ellas inmortal nombre.*

Capellán de V. E.

LOPE DE VEGA CARPIO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS GRANDEZAS DE ALEJANDRO

TRAGICOMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS DE ESTA COMEDIA

ATALO.
PAUSANIAS.
TELEO.
DARÍO, *Rey de Persia.*
REY FILIPO.
ALEJANDRO.
LEÓNIDES.
MENÓN.
EFESTIÓN.
OLIMPIAS, *madre de Alejandro.*
ARIOBARZANO, *persa.*
ROJANE, *amazona.*
TIRRENO.
TAMIRA.
LISANDRA.
ARSACES.
FILIPO, *médico.*
LIRANO.
VILLANOS.
TEPOLEMO, *huésped.*
EL DUQUE HIRCANO.
DOS MUJERES DE JERUSALÉN.
REY DE EPIRO.
CAMPASPE, *dama.*
LISÍMACO.
APELES.
VITELO, *villano.*
AMINTA, *dama.*
DIÓGENES, *filósofo.*
UN CORREO.
SEVERINO, *soldado.*
TEBANDRO, *embajador.*
DEYANIRA.
POLIDORA.
DOLOMINO, *hortelano.*
EL SACERDOTE JADO.
UN ÁNGEL.

ACTO PRIMERO.

Salen Atalo, capitán, y algunos soldados en tropa, y Pausanias.

ATALO.

Pasad delante, soldados:
No os paréis aquí.

PAUSANIAS.

Detente;
Que entre los que están parados
Hay algún noble que siente
De pensamientos honrados.
Y eso de alzar el bastón,
No es hecho de capitán
Con los que tan buenos son
Que respetados están
Por sangre de Agamenón
De su hijo Orestes fuí
Clarísimo descendiente.

ATALO.

¿Cómo me hablas así?

PAUSANIAS.

¿No es respuesta conveniente?

ATALO.

¿Sabes lo que dices?

PAUSANIAS.

Sí.

ATALO.

¿Y que soy Atalo sabes,
Cuñado del Rey?

PAUSANIAS.

También;
Pero los hombres tan graves

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tratan sus iguales bien.

ATALO.

¡Que de igualarme te alabes!
Estoy....

PAUSANIAS.

Harto mejor fuera
Que yo mi agravio vengara,
Y no dudes que lo hiciera
Si á Filipo no mirara,
Y su obediencia temiera.
Pero de tu gran malicia
Yo le pediré justicia,
Y sabrás con su castigo
Cómo se han de usar conmigo
Las leyes de la milicia.
Que, á no esperar con razón
Que sabrá dejar vengada
Mi honra en esta ocasión,
Yo te volviera la espada
Por donde vino el bastón.

ATALO.

¡Prendedle!

PAUSANIAS.

¡Quitaos allá!

Vase.

ATALO.

Mas dejadle, que él irá
Donde le castigue el Rey;
¿Así se guarda la ley,
Así respuesta se da
Á un capitán como yo?

Sale el rey Filipo de Macedonia, Alejandro, su hijo Leónides y Efestión.

FILIPO.

¿Cuándo dicen que llegó?

LEÓNIDES.

Ayer dijo este correo.

FILIPO.

De verle tengo deseo.

EFESTIÓN.

Leónides, señor, le vió.

FILIPO.

Tengo notable afición
Al Rey de Epiro.

ALEJANDRO.

Has pagado
Deudas que tan justas son.

FILIPO.

Fuera de ser mi cuñado,
Que era bastante razón,
Á Cleopatra concerté
Darle en casamiento.

ALEJANDRO.

Fué
Muy justo darle á mi hermana.

FILIPO.

Con esto segura y llana
La dificultad dejé
De todas sus pretensiones
Y podré al Asia pasar,
Porque sus fieras regiones
Esta vez han de temblar
Mis esperados pendones.
La gente ¿está prevenida?

ATALO.

Y toda tan deseosa,
Gran señor, de tu partida,
Que á tu corona famosa
Añade el Asia rendida.

FILIPO.

De un límite al otro pienso,
Poner, Atalo, á tus pies.

ATALO.

¡Plegue á Júpiter inmenso,
Que entre los indios les des
Mirra y oloroso incienso!

FILIPO.

¿Qué hace Alejandro allí
Con aquel lienzo en los ojos?

LEÓNIDES.

Llorando está.

FILIPO.

¿Lloras?

ALEJANDRO.

Sí.

FILIPO.

¿Qué es lo que te causa enojos?
¿Quieres tú quedarte aquí?
¿Amas la patria, ó en ella
Dejas algo de tu edad?

ALEJANDRO.

Ni de mis gustos ni de ella,
Si te han dicho el amistad,
Señor, de Campaspe bella,
Siento soledad aquí;
No son lágrimas livianas;
Que son de envidia de ti,
Porque, si tú el mundo ganas,
¿Qué has de dejar para mí?

FILIPO.

Todo el mundo conquistado,
Alejandro, ¿es poca herencia?

ALEJANDRO.

Mal entiendes mi cuidado,
Porque ésta es la diferencia
En darme el mundo heredado.
Que me dejaras quisiera
Que yo el mundo conquistara,
Y que á mis pies le pusiera,
Para que yo me alabara
De que por mí le tuviera.

FILIPO.

¿Qué dices, Efestión?

EFESTIÓN.

Que es virtuosa ambición
La de Alejandro tu hijo.

FILIPO.

Ganarle quiero.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EFESTIÓN.

Eso dijo.

FILIPO.

Buenos pensamientos son.

Sale Pausanias.

PAUSANIAS.

Si la definición de la justicia
Es dar á cada cual su justa parte,
¡Oh, Rey de Macedonia! el que codicia
Ser justo rey, su sangre deje aparte;
Al estilo común de la milicia,
Disciplina política de Marte,
Tuve respeto al capitán que tengo,
De cuyo agravio á querellarme vengo;
No hice poco en detener la espada,
Que ya la vaina por salir rompía,
Quejosa de la mano, que, agraviada,
La debida venganza suspendía;
Mas la obediencia á tu valor jurada
Sirvió de freno cuando más corría;
Di la vuelta á la cólera, aunque fiera,
Porque á tus pies parase la carrera.
Detenerse en corrillo diez soldados
Cuando quieres salir, no es tal delito
Que merezcan por él los más honrados
Perder su honor, sobre la luna escrito.
¿Bastón á un noble, á mí, que á mis pasados
Añado gloria aunque la suya imito?
¡Justicia, Rey, ó al Asia te irás solo!

FILIPO.

Tiene razón Pausanias, ¡por Apolo!
¿Quién es el capitán que te ha ofendido?

PAUSANIAS.

Atalo, tu cuñado.

FILIPO.

¿Mi cuñado?
Merece ser, por serlo, preferido,
Aunque eres noble, á un popular soldado;
De un hombre que mi hermana ha merecido,
No sé cómo te llamas agraviado;
Vete, Pausanias: que el soldado sabio
Nunca de su mayor recibe agravio.

PAUSANIAS.

¿De esta manera vas al Asia? Dime,
¿Así piensas llamarte Rey de Oriente?
¿Quién quieres que á servirte, Rey, se anime?
¡Qué buen principio de engañar tu gente!

FILIPO.

¿No quieres tú que un capitán estime,
Tan generoso, claro y excelente,
Más que un soldado?

PAUSANIAS.

No, si es el soldado
Merecedor de tu laurel sagrado.
Pero yo te aseguro que esto sea
Parte para que el Asia, á que te partes,
Jamás tus naves en sus puertos vea,
Ni tremolen allá tus estandartes.

ATALO.

Calla, villano, ya.

FILIPO.

¿Quién hay que crea
Tal libertad?

ALEJANDRO.

Mejor es que te apartes,
Pausanias, del favor del poderoso.

PAUSANIAS.

¡Forzadme, cielos, á un morir famoso!

Vase.

ATALO.

¿Esto has sufrido?

FILIPO.

Es noble este mancebo,
Y habló con el agravio; ven conmigo,
Que diferir, mientras me parto, debo
De algunas libertades el castigo;
Pase la gente que contenta llevo
Donde me está aguardando mi enemigo,
Que tú verás si la justicia mengua.

ATALO.

Por ti la voz no le clavé en la lengua.

Vanse todos; queda Alejandro.

ALEJANDRO.

¡Qué contento al Asia parte
Mi padre, y qué triste yo,
Á quien con tal fuerza dió
Todas sus estrellas Marte!
Ganado me ha por la mano
El ser del mundo señor:
¡Cielos, usad de rigor,
Haced que venza el persiano!
Dejadme la empresa á mí,
Estése queda la fama;
Que he menester, pues me llama,
Que toda se ocupe en mí.

Sale Olimpias, madre de Alejandro.

OLIMPIAS.

¿Estáis ya muy de partida?

ALEJANDRO.

¡Oh mi madre, oh mi señora!
¿Quién duda que estáis agora
Cerca de perder la vida?
Vase Filipo, mi padre,
Á dificultosa empresa.

OLIMPIAS.

¿De eso piensas que me pesa?

ALEJANDRO.

Tendréisme amor como madre;
Pero mayor sentimiento
Os dará el Rey mi señor.

OLIMPIAS.

Si yo le debiera amor,
Fuera justo pensamiento:
¡Plegue al cielo, mi Alejandro,
Pues tantos males me ha hecho,
Que le sepulte el estrecho

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Adonde yace Leandro!
¡Plegue al cielo que sus naves
Se conviertan en sirenas,
De la quilla á las entenas,
Rotas en pedazos graves!
¡Plegue al cielo que su gente
Le venda al persa cruel,
Y que su verde laurel
Ponga la fama en tu frente!
¡Plegue al cielo.....

ALEJANDRO.

Ya los cielos
Se enojan; basta, señora:
¿En qué te ha ofendido agora?

OLIMPIAS.

Soy mujer, rabio de celos;
No me estima; quiere bien
Esas mujeres que trata.

ALEJANDRO.

Bastante dolor te mata.

OLIMPIAS.

Bastaba el menor desdén;
Que celos, no digo en seso
De mujer, que en el varón
De más alta perfección,
Obligan á un loco exceso.
Son, Alejandro, un furor
Que, en justo aborrecimiento,
Muda con rigor violento
La calidad del amor.
Amor, piadoso por sí,
Es con celos tan cruel
Que busca el daño de aquel
Que adoraba más que á sí.

ALEJANDRO.

Con mi padre no es razón
Que uséis de crueldad tan fiera.

OLIMPIAS.

Cuando Filipo lo fuera,
Era bastante ocasión:
No es tu padre.

ALEJANDRO.

No han podido
Llegar los celos á más,
Pues ofendiéndote estás
Para dejarle ofendido.
Y entre esas ofensas, madre,
¿No es menor mi bastardía?

OLIMPIAS.

De quien soy, hijo, confía
Que te he dado honrado padre.

ALEJANDRO.

Más que Filipo, ¿hay alguno?

OLIMPIAS.

Júpiter, dios inmortal,
¿No es padre más principal
Que de la tierra ninguno?

ALEJANDRO.

¡Júpiter! ¿Cómo?

OLIMPIAS.

¿Tú ignoras
Que los dioses han gozado
Mujeres?

ALEJANDRO.

¿Que me ha engendrado,
Madre, el mismo dios que adoras?

OLIMPIAS.

Júpiter te ha dado el ser,
Alejandro, con que vives;
Divino valor recibes
De su divino poder;
Mira si es la obligación
Que tienes para actos viles.

ALEJANDRO.

Si de la sangre de Aquiles,
De Pirro y de Agamenón
Tanto se precian agora
Mil macedones y griegos
Desde los troyanos fuegos,
¿Qué haré yo de un dios, señora?
Y no dios de humilde esfera,
Sino el mayor; dadme, madre,
Los pies con tan alto padre.

OLIMPIAS.

Detente, Alejandro, espera;
Esos agradecimientos
Muestra á los cielos amigos.

ALEJANDRO.

No he menester más testigos
Que mis propios pensamientos.
Alma, ¿soy su hijo? Sí,
Porque no cupiera en vos,
Á no ser hijo de un dios,
Lo que he pensado de mí.
Este deseo, este celo
De ser señor de la tierra,
Sólo es digno del que encierra
Tan alta parte del cielo.
Si tengo este sér divino
De mi gran padre heredado,
No es mucho lo que he pensado
Si de su valor me vino.
Olimpias, adiós; que el mundo
Es corto para esta mano;
Yo seré Alejandro el Magno,
Yo Júpiter el segundo;
Partiremos cielo y suelo
Los dos porque no haya guerra;
Yo seré dios en la tierra,
Pues lo es mi padre en el cielo.

Vase Alejandro y entra Pausanias.

OLIMPIAS.

Notablemente animé
Contra su padre el valor.

PAUSANIAS.

No os quejéis, divino honor,
De que venganza no os dé,
Porque ya pensando vengo
De dar la muerte á Filipo,
Y á la vida os anticipo,
Que es el mayor bien que tengo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Los caballos dejo á punto
En que me pienso escapar.

OLIMPIAS.

¿Á quién tratas de matar?

PAUSANIAS.

¡Matar!

OLIMPIAS.

Eso te pregunto.

PAUSANIAS.

¿Miras tú los pensamientos?

OLIMPIAS.

No, que á tu lengua lo oí.

PAUSANIAS.

Señora.....

OLIMPIAS.

Fía de mí
Mayores atrevimientos,
Si mayores pueden ser
Que matar á un Rey tirano.
¿De qué te turbas en vano?

PAUSANIAS.

De ver que eres su mujer.

OLIMPIAS.

Es verdad; pero celosa,
Que, con rigor de la injuria,
Ya no soy mujer, soy furia;
Di que soy mujer furiosa.
Pausanias, no hay que temer,
Porque no han hecho los cielos
Fuego mayor que en los celos,
Ni celos como en mujer.
¿Qué te ha hecho este tirano?

PAUSANIAS.

Mayor agravio me ha hecho,
Porque no me ha satisfecho
Del que me hizo un villano.
Estoy, Reina, sin honor;
Pedí justicia á mi Rey;
Pero no es común la ley
Donde hay interés ó amor.
Atalo me puso al pecho
Su bastón; Filipo dice
Que es justo; yo satisfice
Con mi obediencia al derecho
De capitán y de Rey;
Mas pues él no me ha vengado,
De vasallo ni soldado
No me ha de alcanzar la ley;
Atalo viva; no quiero
De Atalo venganza ya;
Filipo me pagará
Mi honor.

OLIMPIAS.

Defenderte espero;
Y ¡por vida de la vida
De Alejandro que te trato
Verdad!

PAUSANIAS.

Habla con recato;
Que si eres de esto servida,
Presto te daré venganza.

OLIMPIAS.

Altos pensamientos tienes:
¿Qué armas traes? ¿Con quién vienes?

PAUSANIAS.

Con mi propia confianza
Y aquesta daga francesa.

OLIMPIAS.

¿Dejas caballos á punto?

PAUSANIAS.

Sí, señora.

OLIMPIAS.

¡Oh, si difunto
Le viese! Mas de hablar cesa,
Que viene el Rey.

PAUSANIAS.

¡Morir tiene!

OLIMPIAS.

No, no, que no habrá remedio
De escaparte, porque en medio
De dos Alejandros viene.
El uno es el Rey de Epiro,
Que viene á ser su cuñado,
Y el otro mi hijo.

PAUSANIAS.

El hado
Por quien contra el Rey conspiro
Me lleva de los cabellos:
¡Hoy le tengo de matar!

OLIMPIAS.

Pues déjame ir á buscar
A quien te defienda de ellos.

Vase Olimpias, y salen Filipo y el Rey de Epiro, y Alejandro y capitanes.

FILIPO.

Entre tales columnas, Rey de Epiro,
Como dos Alejadros, hijo y yerno,
Seguro el templo de mi imperio miro.

REY.

Guarde, Filipo, Júpiter eterno
Tu ilustre vida, y con mayor estado
Aumente en paz tu cetro y tu gobierno;
La gloria de haber sido tu cuñado
Tanto crece con sér tu yerno agora,
Que nueva vida y nuevo ser me has dado.
¡Plegue á Dios que tu espada vencedora
Vuelva de mil laureles coronada
Desde las puertas de la blanca aurora!

FILIPO.

Si ella volviere á Macedonia honrada,
Tuyo será el provecho. ¡Hola, Leonides!
¿En qué se tarda mi Casandra amada?

LEÓNIDES.

Ya viene, gran señor.

PAUSANIAS.

¿Por qué me impides,
Temor cobarde, de tan alto hecho,
La gloria que ha de dar envidia á Alcides?
¿No he de morir? Pues muera satisfecho.

Dale, y huye.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FILIPO.
¡Ay, que me han muerto!
ALEJANDRO.
¡Oh, cielos, un tirano
Pasó á mi padre el inocente pecho!
LEÓNIDES.
Pausanias es.
REY.
Seguidle.
ALEJANDRO.
¡Oh, fiera mano!
REY.
¡Cielos, tan temerario atrevimiento
Pudo caber en pensamiento humano!
ALEJANDRO.
¡Padre! ¡Ah, padre! ¡Ah, señor! Ya en breve [aliento,
Envuelta el alma noble, al cielo parte,
Rompiendo alegre la región del viento.
REY.
Ya tiene igual en sus esferas Marte,
Y desde allí, como marcial estrella,
Puede, Alejandro, su influencia darte.
ALEJANDRO.
Todas mis esperanzas pongo en ella.
Llevad al Rey á Olimpia, capitanes;
Arrastrad las banderas y pendones
Con que pensaba hacer temblar el Asia;
Cubrid las cajas y los blancos yelmos
De negro luto, y den común tristeza
Con roncas lenguas las trompetas sordas;
Decidle que no voy acompañándole
Por no atreverme á resistir sus lágrimas.

Sale Efestión.

EFESTIÓN.
Ya queda el temerario mozo muerto,
Atravesado de diversas lanzas;
Ya el alma pertinaz baja al infierno,
Y éste es el punto que en la barca pasa.
LEÓNIDES.
Iba á tomar un bárbaro caballo,
En que pensó dejar atrás el viento,
Cuando llegó la lanza de Lisímaco,
Que le pasó de esotra parte el hierro.
ALEJANDRO.
¡Gran Rey habéis perdido, macedonios!
EFESTIÓN.
Buen rey nos queda en ti.
REY.
Sobrino mío,
Bien dice Efestión; tú reina y vive,
Que ya Filipo es muerto.
ALEJANDRO.
Abrid el templo:
Daré gracias á Júpiter divino.

Alcen una cortina, y en un altar esté un ídolo y un braserillo junto á él.

EFESTIÓN.
Aciertas en mostrarte religioso;
Que todos los principios favorables
Se han de tomar de los divinos dioses.
ALEJANDRO.
Echarle quiero incienso y ofrecerle
Mi corazón en víctima.
REY.
Bien haces;
Ya sube el humo al cielo.
LEÓNIDES.
Espera un poco.
No pongas tanto incienso en el brasero
Que aun no has ganado tú la Arabia felix
Donde se cría.
ALEJANDRO.
Para Dios, Leonides,
Las manos no han de ser jamás escasas;
Podrá ser que, por este incienso, Júpiter
Algún día me dé las dos Arabias;
¡Rey, señor, padre, si esta sangre es tuya,
Iguala mis sucesos con mi ánimo,
Que desde aquí voy á ganar el mundo!
REY.
¡Breve oración!
ALEJANDRO.
Enójanse los dioses
De los hombres parleros é importunos;
Cerrad, y vamos donde el Rey de Epiro
Se case con Casandra, porque luego
Quiero embarcarme al Asia.
LEÓNIDES.
El laurel toma.

Póngale el laurel.

ALEJANDRO.
Primero, amigos, sacaré la espada.
REY.
No resplandece más gallardo Marte.
EFESTIÓN.
¡Viva Alejandro!
ALEJANDRO.
Júpiter reciba
Vuestros deseos.
TODOS.
¡Alejandro viva!

Vanse, y sale Campaspe, dama de Alejandro, y Lisímaco.

CAMPASPE.
¿Qué quieres tú que te dé
Por las albricias?
LISÍMACO.
Si es justo
Que yo las pida á mi gusto,
Y el tuyo, Campaspe, fué,
Sólo te quiero pedir
De Alejandro, mi señor,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La gracia.

CAMPASPE.

Él te tiene amor;
Poco habrá que persuadir.

LISÍMACO.

Para mí, ninguna cosa
De más valor puede ser.

CAMPASPE.

Si hoy llego á ser su mujer,
¿Qué mujer fué tan dichosa?
Que ya es Rey, que ya ha llegado
Al laurel de mi deseo;
Por ser mi bien, no lo creo.
Capitán, ¿hasme engañado?

LISÍMACO.

Júpiter, Campaspe bella,
Me fulmine si te engaño.

CAMPASPE.

¡Bravo atrevimiento!

LISÍMACO.

Extraño,
Ó fuerza de alguna estrella.
No le aprovechó venir
De dos Alejandros tales
En medio.

CAMPASPE.

Somos mortales:
No hay resistencia al morir.
¡Quien le vió ya de partida
Para ganar el Oriente,
Y ve, Alejandro, tu frente
Del mismo laurel ceñida!
No goza el sol ningún hombre
Hasta la noche seguro;
Mas ¿cómo encubrir procuro,
Rey de mi alma, tu nombre?
Vive tú, reina, corona
Tu cabeza; el instrumento
Alabo.

LISÍMACO.

¡Justo contento!

CAMPASPE.

Filipo muerto, perdona;
Que, como á Alejandro adoro,
Deseo verle señor
De Macedonia; su amor
Templa de tu muerte el lloro.
Confieso que me ha causado,
Más que pesar, alegría,
Porque con la vida mía
Tu muerte hubiera comprado.
Lisímaco, cierta estoy
Que vendré á ser su mujer.

LISÍMACO.

Yo no le he visto querer,
No, ¡por la fe de quien soy!
Á mujer con tal extremo:
Eres la vida que vive;
Mas á verle te apercibe.

CAMPASPE.

Viene el sol, sus rayos temo.

Sale Alejandro muy galán, con laurel, y Efestión.

Mil años gocéis, señor,
De Macedonia el laurel:
¡Qué bien parecéis con él!
Aumentado habéis mi amor.
No os iguala, mi Alejandro,
Con ese bastón famoso,
El vencedor generoso
Del hijo fuerte de Evandro.
Ni así pareciera Aquiles
Sobre Troya airado y fiero,
Aunque más le ensalce Homero
En sus conceptos sutiles.
Dadme á besar esas manos;
Bien sabéis que es justa ley,
Mi vida, pues sois mi Rey.

ALEJANDRO.

¡Por los cielos soberanos
Que si yo te agrado á ti
De verde laurel ceñido,
Que nunca me has parecido,
Campaspe, tan bella á mí;
Y que diera por tener
Un retrato, prenda mía,
Del traje con que este día
Mi laurel vienes á ver,
Todo este reino heredado!

EFESTIÓN.

La alegría siempre aumenta
La hermosura; está contenta
De verte el laurel sagrado.
Y baña en claveles rojos
Y pura nieve la cara,
Y como en mañana clara
Relumbra el sol de sus ojos.

CAMPASPE.

Si de esta suerte os agrado,
Hoy me pienso retratar;
Que os quiero, Alejandro, dar
De mi alegría un traslado.

ALEJANDRO.

De jazmines y claveles
Á lo menos le darás;
Pues no se dilate más:
¡Hola!

EFESTIÓN.

¡Señor!

ALEJANDRO.

Llama á Apeles:
Retrate de mi Campaspe
La celestial hermosura,
Mientras hace su figura
Lisipo en mármol ó jaspe.
¡Viven los dioses, que estoy
Loco de mirarte así!
Nunca más reinaste en mí
Que hoy, Campaspe, que Rey soy.
Pedidme todos mercedes,
Que á ti no hay más que te dar;
Que si en mí puedes reinar,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Todo cuanto quieras puedes.

Salen Efestión y Apeles.

EFESTIÓN.

Con tabla, naipe y colores,
Apeles viene á servirte.

ALEJANDRO.

Apeles, no hay qué advertirte;
Hoy las estrellas, las flores,
Pintas al cielo y al suelo,
Hoy al mismo sol retratas;
Tu fama, Apeles, dilatas
Con admiración del cielo.
Hoy de la naturaleza
Has de ser competidor.

APELES.

Suspenso estoy, gran señor,
De contemplar su belleza.
Nunca tan pródigo vi
Al cielo de su hermosura.

ALEJANDRO.

Siéntate.

Siéntense Apeles y Campaspe.

APELES.

Está la pintura
Corrida de verse aquí.
Las colores no podrán
Competir con las que ven;
El arte y mano también
Cobardes de verla están.
¡Cielos, pintores divinos!
Es, Prometeo, mi fama,
Que os pretendo hurtar la llama:
¡Muerto soy! ¡Qué desatinos!
No creo que más turbado
Con el carro del sol fué
Faetonte, que aquí se ve
Mi pensamiento abrasado.

ALEJANDRO.

¿Qué dices?

APELES.

Digo, señor,
Que de una rara figura
Nadie entiende la hermosura
Como un perfecto pintor.

ALEJANDRO.

Yo sabré quererla bien
Si tú entenderla sabrás.

APELES.

Y tú la quisieras más
Si la entendieras también.

ALEJANDRO.

Basta al bien, para quererle,
Ser bien si no le entendemos;
Que también á Dios queremos
Y es imposible entenderle.

APELES.

Rindo la ignorancia mía;
Que ya sé que tu maestro
Aristóteles más diestro
Te dejó en filosofía
Que en las colores el mío.
¡Cielos, no acierto á pintar!

ALEJANDRO.

De ver á Apeles turbar
Me pesa.

APELES.

En vano porfío.
¿Qué importa poner aquí
Toda la fuerza del arte,
Si está amor por otra parte
Haciendo burla de mí?
Pinta tu belleza Apeles
En este naipe, y amor
Al alma con tal rigor,
Que hace las flechas pinceles.
Extraña desdicha ha sido,
Que en el que yo vengo á hacer
No te puedas parecer
Por lo que me has parecido.
Si pinto los ojos, ciego;
Si la boca, mudo estoy.

ALEJANDRO.

Amigos, perdido soy;
Por la luz conozco el fuego.
¡Vive Júpiter sagrado
Que, de retratar Apeles
Á Campaspe, los pinceles
El ciego amor le ha tomado!
Y le ha pintado en su cara
De suerte, que he visto en ella
Que está muriendo por ella.

EFESTIÓN.

Debe de ser que repara
En su mucha perfección.

ALEJANDRO.

De parar y reparar,
He perdido con mirar
Lo mejor del corazón:
Deja, Apeles, el retrato.

APELES.

Pues ¿no quieres que le acabe?

ALEJANDRO.

No sabrás.

APELES.

El cielo sabe
Que me ha sido el arte ingrato,
Ciego de tanta hermosura.

ALEJANDRO.

Muestra á ver: no le parece;
Mas no es mucho si se ofrece
Aquí como en niebla obscura;
Porque si el alma te viera,
Adonde la has retratado,
Apeles, con más cuidado,
Yo sé que se pareciera.

APELES.

¡Señor!

ALEJANDRO.

No me des disculpa

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De amar ni de aborrecer;
Que si culpa puede haber,
Yo soy quien tiene la culpa.
Mas porque veas que soy
Mejor pintor con el dar
Que tú para retratar,
El original te doy.
Mira si soy liberal,
Y no á tu pincel ingrato,
Pues que te pago el retrato
Con darte el original.
Allá despacio procura
Retratarla, que ha de ser
Tu mujer.

CAMPASPE.

¿Yo su mujer?

ALEJANDRO.

Cuelga esta rica pintura
Entre tus cuadros, ¡oh Apeles!

APELES.

¿Es tu grandeza ó es ira?

ALEJANDRO.

Que soy Alejandro mira.

APELES.

Hoy consagro mis pinceles
Al templo del dios de amor:
Dame esos pies.

ALEJANDRO.

La belleza
Que te he dado, es la grandeza
Que hasta agora hice mayor;
Riquezas y estados dí
Sin haberlas heredado,
Pero el alma no la he dado,
Apeles, sino es á ti.

APELES.

Fama tus hechos te den
Perdurable é inmortal;
Nunca he pintado tan mal
Ni me han pagado tan bien.
Mas yo te juro pintar
Un cuadro de aquesta historia,
Que al templo de la memoria
Sirva de famoso altar.

ALEJANDRO.

¿Lloras, Campaspe?

CAMPASPE.

¿No quieres
Que sienta perderte?

ALEJANDRO.

No,
Pues Apeles te ganó.

CAMPASPE.

Mira que Alejandro eres;
Mira que sin esto es ley
Justísima mi dolor,
Pues vengo á ser de un pintor
Cuando fuí reina de un Rey.

ALEJANDRO.

Campaspe, mira que el cielo
Se agravia, y su mismo autor,
Porque fué el primer pintor
De la fábrica del suelo
En dar vida, en dar belleza
Á las cosas con colores;
Mira que son los pintores
Segunda naturaleza.
De un rey, si tengo valor,
No pudieras tú emplearte
En más elevada parte
Que en el alma de un pintor.
Y es justo que te consueles
De ver su hermosa figura,
Porque se halle tal pintura
Sólo en la casa de Apeles.

CAMPASPE.

Antes dirá, quien supiere
Que fuí de un rey macedón,
Que fué por mi imperfección
Cuando en su casa me viere;
Que ya no tengo valor,
Pues por faltas que me hallaste
Á aderezar me enviaste
Á la casa de un pintor.

ALEJANDRO.

Mas antes dirá quien vió
Que tu amor me satisfizo,
Que si Alejandro te hizo,
Apeles te reparó.
Estima el arte divino;
Bien casas; tu boda apresta:
Vé con Dios.

CAMPASPE.

Grandeza es ésta,
Mas parece desatino.

APELES.

Tú verás presto en mi trato,
Campaspe bella, mi amor.

EFESTIÓN.

Triste vas.

ALEJANDRO.

Díle á un pintor
El alma por un retrato.

APELES.

Ven, mi Campaspe, y no llores,
Aunque es de amor justa ley;
Que si Alejandro era Rey,
Yo soy rey de los pintores.

Vanse, y salen Leónides y Atalo, capitanes.

LEÓNIDES.

Alejandro en Corinto fué elegido
Por general del Asia contra Dario.

ATALO.

Parece que comienza á ser temido.

LEÓNIDES.

Á lo menos comienza temerario.

ATALO.

Ya, de marciales hábitos vestido,
Previene el aparato necesario.

LEÓNIDES.

La gente acude.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ATALO.

Aficionada viene:
Tal es la fama que en Europa tiene.
Están por lista ya treinta mil hombres.

LEÓNIDES.

Un pecho liberal y generoso
Es piedra imán.

Salen Vitelo, villano, y Aminta, dama, en hábito de soldado.

AMINTA.

Camina y no te asombres;
Que no has de ser soldado y temeroso.

VITELO.

Contento voy de que soldado nombres
Un villano que ayer, tan perezoso,
Los bueyes de su arado iba siguiendo,
Y de sudor la tierra humedeciendo.
¿Por quién preguntaremos?

AMINTA.

Éstos creo,
Vitelo, que serán los capitanes.

VITELO.

¿Quién es aquí Alejandro? que deseo
Servirle.

LEÓNIDES.

¡Buenos mozos!

ATALO.

¡Y galanes!

AMINTA.

Déjame hablar á mí.

VITELO.

Si yo me veo
Una vez con aquestos tafetanes,
Á fe que han de saber los de mi tierra
Lo que medran los buenos en la guerra.

ATALO.

Amigos, Alejandro está en palacio;
Si os queréis alistar, venid conmigo;
Mas vos, ¿cómo vinisteis de esta suerte,
Que el traje que traéis no es de soldado,
Sino el que trae el que traéis al lado?

VITELO.

En los montes de Corinto
Guardaba cabras, señor,
Tan pocas que para ciento
Faltaban noventa y dos.
Vestíame en el invierno
De los copos de algodón
Que descuelga de las nubes
El viento murmurador.
Y en el ardiente verano,
De los enojos del sol,
Haciendo cama la hierba
Sobre alfombras de color.
Con poco trigo sembrado
Tenía, gracias á Dios,
Para cinco tiernos niños
Y un ángel que los parió.
Vino por aquella tierra
Un envidioso pastor,
Que al buen amo que tenía
Mis amores le contó.
Quitóme mis prendas caras,
Pedazos del corazón,
Y enviólas á otra tierra:
Lloran ellas, muero yo.
Quedé como en verde chopo
Querelloso ruiseñor,
Cuando le comió los pollos
De su nido pardo halcón.
Lloré soledades tristes,
Canté endechas de dolor,
Como pajarillo en jaula,
Y cautivo en la prisión.
Maldije mis enemigos,
Pero no me aprovechó;
Que nadie sintió mis males,
Sino quien supo de amor.
Faltaban horas al tiempo,
Sobraban á mi dolor,
Porque menguaban los ríos,
Y los de mis ojos no.
En medio de estas desdichas,
Donde sin remedio estoy,
Por mi cabaña una noche
Este mancebo pasó.
No le dí el faisán preciado,
Ni el vino espirando olor;
No sabanas que amortajan
Al avariento señor.
Díle en la tejida encella
El cándido naterón,
Miel virgen en su alcornoque,
Blanco pan, que allí nació;
La cama de pieles blancas,
Donde algunas veces yo
No tuve envidia á los reyes
Y me envidiara el mayor.
Contóme como pasaba
Alejandro macedón
Á la conquista del Asia;
Y aunque humilde labrador,
Vengo á servir de soldado,
Por no ver con ambición
Los tántalos de su hacienda,
Los sabios de su opinión,
La infamia en camas de seda,
La virtud en un rincón;
En las mujeres el oro,
En los hombres el dolor,
Oprimida la verdad,
Levantada la traición;
La ciencia en los hospitales,
Los necios llenos de honor,
Los amigos, todos falsos;
Y por eso, huyendo voy
Adonde muera sabiendo
La mano que me mató.

LEÓNIDES.

¿Qué te parece el villano?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ATALO.
Habla en sus desdichas bien.
AMINTA.
Mi vida os diera también,
Aunque los contara en vano,
Notable contento y gusto;
Mas viene el Rey.
ATALO.
Ven conmigo;
Que quiero hacerte mi amigo
Aunque labrador robusto.
VITELO.
Dadme, os suplico, una espada.
Veréis el hombre que soy.

Vanse Atalo y Vitelo.

LEÓNIDES.
Á solas contigo estoy;
¿Eres mujer?
AMINTA.
Mas no, nada;
Hombre y muy hombre.
LEÓNIDES.
No sé
Si te crea.
AMINTA.
Bien podrás.
LEÓNIDES.
Malos indicios me das.
AMINTA.
¿No asiento con aire el pie?
¿No piso con bizarría?
¿Tengo afeminada voz?
¿Piensas que en hablar feroz
Consiste la valentía?
Pues hombre soy, tan valiente,
Aunque me miras burlando,
Que puedo solo, luchando,
Cansar diez hombres, y aun veinte.
LEÓNIDES.
Ahora bien, en la ocasión
Sabremos presto quién eres.
AMINTA.
¡Qué mal pueden las mujeres
Encubrir su imperfección!
De Alejandro enamorada,
Vengo en el traje en que estoy.

Salen Alejandro, Efestión y Lisímaco.

ALEJANDRO.
Muchacho dicen que soy:
Veinte años tiene mi espada;
Yo, otros veinte; luego ya,
Si hay entre los dos cuarenta,
Podremos dar buena cuenta
De lo que á mi cargo está.
EFESTIÓN.
Demóstenes, como sabes,
Gran retórico de Tebas,
Es autor de aquestas nuevas,
Que con palabras süaves
Se ha mostrado á la ciudad,
Contra tu honor, elocuente.
ALEJANDRO.
Castigaré prestamente
Su opinión con mi verdad.
LISÍMACO.
Otros dicen que eres muerto,
Y tus capitanes matan.
ALEJANDRO.
¡Qué bien los griegos nos tratan!
ATALO.
Está todo el mundo incierto
De la esperanza que das.
ALEJANDRO.
Atalo, si se ha de poder
Algo en el mundo, ha de ser
Con la presteza no más;
Yo iré con tanta, que vea
El retórico hablador
Que, aunque mozo, tengo honor;
Y porque más presto sea,
Á media noche saldré
De la ciudad donde estoy.
ATALO.
¿Tan presto?
ALEJANDRO.
Á fe de quien soy
Que no meta en cama el pie;
Dame, amigo Efestión,
Esa bola de metal.
ATALO.
¿Para qué es invención tal?
ALEJANDRO.
He hecho aquesta invención
Para tenerla en la mano,
Mientras duermo, de esta suerte,
Porque al caer me despierte.
ATALO.
¿Sueño quieres tan liviano?
ALEJANDRO.
En el rey y el capitán,
Ha de ser el sueño así;
Dejadme un momento aquí:
¡Qué soldado tan galán!
¿Quién eres?
AMINTA.
Quieres dormir,
Y quiérote yo despierto.
ALEJANDRO.
Que no dormiré te advierto.
AMINTA.
No te lo quiero decir
Delante de tanta gente;
Cosa soy que hizo acaso
La naturaleza.
ALEJANDRO.
Paso,
Que te entiendo llanamente.

Vanse los capitanes.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Nunca el hombre quiere hacer
Lo que no es su semejante;
Término ha sido elegante,
Conozco que eres mujer.
Venme á ver cuando quisieres;
Que en tiempo que con rigor
Da cuidado el santo honor,
No han de ocuparle mujeres.

Vase Aminta; siéntase Alejandro en una silla con la bola en la mano.

ALEJANDRO.

Ven, sueño, y no te detengas,
Que has de volver cuando vengas;
Bien ves la priesa en que estoy.

Duérmese, y entra Vitelo ya de soldado gracioso, con cuera, plumas y espada.

VITELO.

Hasta su mismo aposento
De Alejandro pude entrar;
Que en no se mandar guardar
Conozco su pensamiento.
Vengo en traje de soldado
Á que me conozca el Rey;
Conocer es justa ley
El que es dueño al que es criado.
Quiero saber por quién voy
Á matar persas, y es bien
Que conozca el Rey también
Quién le sirve, pues yo soy.
Él está aquí, ¡santo cielo!
¡Sí duerme, durmiendo está!
¡Que éste es aquel de quien ya
Tiembla lo mejor del suelo!
¿Qué puede significar
Dormir este espanto humano
Con una bola en la mano?
¿Si me la quiere tirar?
Sin duda la tiene así
Para tirársela á quien
Le despertare.

Cáesele la bola, y despierta.

ALEJANDRO.

¡Detén
La furia, espera!

VITELO.

¡Ay de mí!

ALEJANDRO.

¡Hércules divino, aguarda!
¿Eres tú?

VITELO.

Yo no, señor.

ALEJANDRO.

¡Criados! ¡Hola, Antenor!
¿No hay un hombre de mi guarda?
¡Leónides, Efestión,
Venid, porque os cause espanto:
Veréis á Hércules santo,
El hijo de Anfitrión!

VITELO.

Señor, yo soy un soldado
Que á servirte vengo aquí.

ALEJANDRO.

¿Tú soldado?

VITELO.

Señor, sí.

ALEJANDRO.

¿Cómo ó por dónde has entrado?

VITELO.

Todos estaban durmiendo,
Ninguno me resistió.

ALEJANDRO.

¿Quieres algo?

VITELO.

Señor, no.

ALEJANDRO.

¡Ay, cielos, que ya os entiendo!
En sueños estaba hablando
Con Hércules, y él me envía
Quien me despierte; que el día
Se viene ya declarando.
Sígueme, cualquier que seas;
Toca al arma.

VITELO.

¡Muerto soy!

ALEJANDRO.

¿No me sigues?

VITELO.

Tras ti voy.

ALEJANDRO.

¿Te vas? ¡Yo haré que me veas!

Vanse, y sale Diógenes vestido como salvaje, de pellejos, con una escudilla.

DIÓGENES.

Puro, divino cielo,
Libro donde se escribe
La más alta y mejor sabiduría,
Al engañado suelo
Otras letras prohibe
De las que en ti se ven la noche y día
La divina armonía
De tus esferas miro,
Tu sol, luna y estrellas,
Leyendo siempre en ellas
La omnipotencia de tu autor, que admiro,
Pues todo cuanto encierra
Influyen á los hombre en la tierra.
¡Oh campos generosos,
Que con abierta mano
Me sustentáis de frutos diferentes;
Jardines siempre hermosos
Para el regalo humano,
Cubiertos de esos techos transparentes!
Á vos, hermosas fuentes,
Vengo con sed agora;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No traigo vasos de oro,
Que el barro humilde esmalta y sobredora;
Que en barro á beber viene
Quien es de barro y de quebrarse tiene.
Vivan los altos reyes
De púrpura vestidos;
Mortales son: no tengo que envidiallos:
Hagan, deroguen leyes,
Y tengan oprimidos
Reinos, provincias, mares y vasallos;
Sin armas, sin caballos,
En estas soledades
Fuí señor de mí mismo,
Del mar, del hondo abismo,
Pirámides, palacios y ciudades;
Que, aunque aforismo fuerte,
No hay tal filosofar como en la muerte.

Sale un correo.

CORREO.

Con una carta de Antígono
Vengo con notable priesa
Á dar aviso á Alejandro
De la libertad de Tebas.
Sed me aprieta: ¡oh fuente clara!
De limpios cristales hecha,
En ti me echaré de pechos.

DIÓGENES.

¿Es posible que éste beba
Sin vaso, y que traiga yo
Esta escudilla? ¿Hay simpleza
Como la mía? ¿Yo soy
El filósofo de Grecia?
¡Vive Dios que he de quebrarla,
Y beber como éste en ella!

CORREO.

Ya he bebido y refrescado
El cuerpo. ¿Eres hombre ó piedra?
¿Cuánto habrá de aquí á Corinto?

DIÓGENES.

Habrá media legua apenas.

CORREO.

Pues adiós.

Vase el correo.

DIÓGENES.

Guárdete el cielo,
Maestro, pues hoy me enseñas
Á beber sin otra ayuda.
¡Oh sabia naturaleza!
Cajas siento, y cerca están;
Sin duda es gente de guerra;
Dichoso el que vive en paz;
Dadme asiento, humilde cueva.

Suenan cajas; salga toda la gente y Alejandro detrás.

ALEJANDRO.

Antes que me aleje más,
Por honra de tanta ciencia,
Quiero á Diógenes ver.

EFESTIÓN.

Aquí está entre aquestas peñas.

ALEJANDRO.

Pues Diógenes amigo,
Sabiendo que voy á Tebas,
No has venido á visitarme;
¿Aun no merezco respuesta?
¿Quieres algo en mi partida
De lo poco que me queda?
Que hoy he dado á mis soldados
Mi patrimonio y herencia.
Todos van enriquecidos
De oro, joyas, plata y piedras.
¿Quieres algo?

DIÓGENES.

Que te quites
De este sol que me calienta;
Que no me lo puedes dar
Aunque Rey del mundo seas,
Porque es Dios quien me le envía.

LEÓNIDES.

¿Esta es la gloria de Atenas?

ATALO.

¡Qué bárbaro!

LISÍMACO.

¡Qué villano!

ALEJANDRO.

No murmuréis de sus letras,
Porque en despreciarlo todo
Su divina virtud muestra,
Y de no ser Alejandro,
Ser Diógenes quisiera;
Él se va; marchad, soldados;
Que larga jornada espera,
Que voy á ganar el mundo.

AMINTA.

Pues camarada, ¿qué llevas?

VITELO.

Bota y alforjas.

AMINTA.

Camina.

VITELO.

¿Vióte Alejandro?

AMINTA.

Esta siesta,
Y vi en él un gran milagro:
Que el sudor de su cabeza
Era como mirra y ámbar.

VITELO.

¡Esa es maravilla nueva!

AMINTA.

¿Haslo visto tú ni oído?

VITELO.

¿Luego no?

AMINTA.

¿De quién se cuenta?

VITELO.

De esta bota.

AMINTA.

Marcha.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VITELO.
Vamos.
AMINTA.
¡Cielos, el alma me lleva!

ACTO SEGUNDO.

Salen Darío, Rey de los persas, Menón, Teleo y soldados.

DARÍO.
¿Que se atreverá, Menón,
Ese Alejandro á pasar
Al Asia?
MENÓN.
De la opinión
Que ya empieza á ganar
Podrás saber la razón.
DARÍO.
¡Por Júpiter, que estoy loco
Si son ciertas esas nuevas! (1).
MENÓN.
Tan ciertas, que yacen muertos
Noventa mil hombres ya,
Que estaban de verle inciertos.
DARÍO.
Y ¿dónde dicen que está?
MENÓN.
Muy cerca de nuestros puertos;
Que los esclavos vendió,
Y á sus soldados les dió
Todo aquel grande tesoro;
Que á precio de plata y oro
Sus voluntades compró;
Los que de su poca edad
Se burlaban, ya le nombran
Incendio, rayo y deidad.
DARÍO.
Son griegos los que se asombran
De esa vil temeridad.
No somos así los persas;
Son nuevas esas fortunas,
Comienzan veces diversas
A ser prósperas algunas
Para acabar en adversas.
Como eres griego, Menón,
Alabas al Macedón.
MENÓN.
Griego soy, mas su contrario
Después que te sirvo, Dario,
Con la lealtad que es razón.
Y con ella no cumpliera
Cuando aquí no te avisara
Que dejes la guerra fiera
Con Alejandro.
DARÍO.
Repara.
MENÓN.
Esto es verdad.
DARÍO.
Considera
Que soy Rey de Persia.
MENÓN.
Advierte
Que ese mancebo orgulloso
Viene en hombros de la suerte.
DARÍO.
Si es Alejandro dichoso,
Yo soy, Menón, rico y fuerte;
Estorba luego su entrada
En Asia desde este puerto.
MENÓN.
Esta es mi vida y mi espada.
DARÍO.
Parte con gente, encubierto,
Animosa y bien armada,
Y ese muchacho atrevido
Envíamele azotado
Luego que le hayas vencido.
MENÓN.
No será poco cuidado
Si el paso á Alejandro impido;
Vaya Vuestra Majestad
Seguro de mi deseo.
DARÍO.
Ea, soldados, marchad;
Que ya á vuestras plantas veo
Su loca temeridad.
Decid á ese temerario
Mozuelo, atrevido, ciego,
Arrogante, loco y vario,
Para que se rinda luego,
Que sois la gente de Dario.

Vase.

MENÓN.
¡Qué fácil le ha parecido.
El rendir este mancebo!
TELEO.
También tú, Menón, has sido,
Siendo su nombre tan nuevo
Y apenas del Asia oído,
Con el Rey muy porfiado.
MENÓN.
¿Quién te mete á ti, soldado
De la guerra, en los consejos
Donde no hablan los viejos
Y viene el Rey engañado?
TELEO.
La razón de ver que asombres,
Con Alejandro y sus viles
Soldados, tan fuertes hombres.

(1) Dos versos aislados entre dos quintillas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Qué Héctor, qué Eneas, qué Aquiles,
Para que á Darío le nombres?
Es un muchacho liviano,
Cuyas grandezas fingidas
Ocupan al viento vano.

MENÓN.

No digas más.

TELEO.

No me impidas.....

MENÓN.

¿Cómo no?

TELEO.

¡Detén la mano!

MENÓN.

¡Detener! con esta daga
Detendré tu injusta mengua.

TELEO.

¡Muerto soy!

MENÓN.

No te doy paga
Para que diga la lengua
Lo que la espada no haga.
Si eres á Darío fiel,
Sirve de otra suerte á Dario;
Que no llevas sueldo dél
Por decir mal del contrario,
Mas por pelear con él.
Ea, soldados; si es justo
Obedecer, alto al puerto.
Contra el Macedón robusto
Buen ánimo, aunque os advierto
De que no voy con mi gusto;
Llámele Darío mozuelo;
Que, aunque llevamos ventaja
En gente, en armas y en celo,
Yo pienso que al Asia baja
El mayor rayo del cielo.

Vanse.

Dentro:

¡Tierra, tierra, soldados; ésta es Asia,
Tercera parte, y la mayor, del mundo!

TODOS.

¡Tierra, tierra, desata esos barcones!
¡Acosta, llega!

Véase Alejandro armado, en una proa de una nave, de pie, con una lanza en la mano.

ALEJANDRO.

Nadie tome tierra,
Soldados, antes que desde esta nave
Alejandro la hable y desafíe;
Ni salte en ella, pena de la vida,
Antes que yo, ninguno.

Dentro:

¡Hola, soldados!
Vaya pasando la palabra á todos:
Que nadie sea osado á tomar tierra
Primero que Alejandro.

ALEJANDRO.

Aquesta lanza,
Asia enemiga, por señal que vengo
Á hacerte guerra, de esta suerte arrojo
Desde mi nave, porque en ningún tiempo
Digas que me acogiste y te doy guerra.

Tira la lanza, y quítase.

EFESTIÓN.

Dentro.

Ya la tierra ha sentido de Alejandro,
Antes que el pie, las armas; ya no puede
Quejarse de que fué huésped ingrato.
¡Hola, acostá esas barcas, echad planchas,
Guarnid esos montones, poned cuerdas;
Guindemos lo primero los caballos!

LISÍMACO.

Dentro.

¿Hay resistencia?

EFESTIÓN.

Dentro.

No.

LISÍMACO.

Dentro.

Pues si no hay guerra,
¡Acosta, acosta; salta; tierra, tierra!

Sale Alejandro solo.

ALEJANDRO.

Puesto que salgo del mar,
No te beso, madre amada,
Que era traición si mi espada
Hoy te viene á ensangrentar;
No dirás que entro á engañarte,
Pues desde el mar, madre tierra,
Te notifiqué la guerra
Que Alejandro viene á darte.
No dirás que te pisé
Huésped, y que fuí traidor,
Pues que fué mi embajador
La lanza que te arrojé.
Como me has visto saltar
En ti del mar el primero,
Cree que seré el postrero
Que vuelva después al mar.
Ya sale toda mi gente;
Asia, tiembla; que ha salido
Del mar el fuego encendido
Que ha de abrasar el Oriente.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen todos los que puedan del ejército de Alejandro, Efestión, Leónides, Aminta, con su hábito de hombre, y Vitelo.

EFESTIÓN.
Danos á besar los pies.
ALEJANDRO.
Haberme los pies besado
Con que hoy el Asia he pisado,
Agüero de imperio es.
Alzaos todos; pues, Aminta,
¿Vienes buena?
AMINTA.
Y de tal suerte,
Que triunfando de la muerte
Hoy el corazón me pinta;
No traes soldado aquí
Que tenga más corazón.
ALEJANDRO.
Efectos, Aminta, son
De los brazos que te dí.
Quien á Alejandro se llega,
Participa su valor;
Que el valor es como olor,
Que adonde toca se pega.
Pues, amigo Efestión,
Ya estamos en Asia, ya
Alejandro en Asia está,
¿Qué te dice el corazón?
EFESTIÓN.
Que tu valor y ventura,
Del mundo te harán señor.
ALEJANDRO.
Mucho el celestial valor
Tan grande empresa asegura;
La parte que tengo humana,
Es de Alcides; la divina,
De Júpiter, que me inclina
Á empresa tan soberana.
Todos sabéis que soy dios
Igual al que rige el suelo;
Que este imperio y el del cielo
Tenemos entre los dos.
Del mundo seré señor;
Y si mi padre no fuera,
No sé si el cielo estuviera
Seguro de mi valor.

Salen Vitelo y Ariobarzano, persa.

VITELO.
Aunque el más humilde y roto
De los que en tu campo vienen,
Y en la guerra y la paz tienen
Para tus consejos voto,
Soy el primero que preso
Te traigo en Asia un persiano.
ALEJANDRO.
No te has alabado en vano:
La obligación te confieso.
¿Dónde le hallaste?
VITELO.
Venía
Por esas peñas al mar,
Codicioso de mirar
Tu armada.
ALEJANDRO.
Extraña osadía.
VITELO.
Derribéle de un flechazo
El caballo, y cayó en tierra,
Y después en buena guerra,
Cuerpo á cuerpo, brazo á brazo.
ALEJANDRO.
Hombre fuiste de valor,
Que el persa lo muestra en sí;
Yo me serviré de ti
En ocasiones de honor:
Denle treinta mil ducados.
VITELO.
No tengo en qué los llevar,
Pero quiérotelos dar
Á cambio, señor, prestados,
Para que cuando volvamos
Á la patria me los des.
ALEJANDRO.
¿Qué quieres por su interés
Cuando á Macedonia vamos?
VITELO.
Sólo que digas que fuí
Quien dineros te prestó.
ALEJANDRO.
Sí haré, si dices que yo
Fuí quien los mismos te dí.
Di, persa, ¿está lejos Dario?
ARIOBARZANO.
Cerca, y más cerca Menón.
ALEJANDRO.
¿Quién?
ARIOBARZANO.
Un griego de nación,
Capitán de tu contrario.
ALEJANDRO.
¿Espérame?
ARIOBARZANO.
Junto á un río
Que por fuerza has de pasar.
ALEJANDRO.
Luego ¿querrá pelear?
ARIOBARZANO.
Ya lo verás en su brío;
Aunque á Dario aconsejó
Que á Macedonia enviase
Su armada y te molestase,
Y el persa no lo creyó
Forzado de la arrogancia
De su gente.
ALEJANDRO.
¿Contra mí
Tienen arrogancia?
ARIOBARZANO.
Sí,
Y esperanza de ganancia.
Y agora que yo te veo

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tan mozo, estoy por pensar
Que te debe de engañar,
Más que el valor, el deseo.
Para decir á una dama
Requiebros, estás galán,
Mas no para capitán
Que emprende tan alta fama.
¿Es posible que en tus años
Han cabido pensamientos
De tantos atrevimientos?
¡Ay de tus locos engaños!
¿Quieres oir de qué suerte
Camina Dario?

ALEJANDRO.

¡Pues no!

ARIOBARZANO.

Escucha.

ALEJANDRO.

Haz cuenta que yo
Soy este mármol.

ARIOBARZANO.

Advierte.
El fuego sacro, inmortal,
Viene delante en braseros,
Rodeado de los magos,
Que vienen cantando versos.
Tras él, de color vestidos,
Vienen trescientos mancebos,
Y sesenta y cinco más,
Porque significan éstos
Los días que tiene el año.
Un carro triunfal tras ellos,
Á Júpiter consagrado,
Y un caballo, cuyo freno,
Dedicado al sol, se precia
En igual valor que un reino.
Á éste siguen doce carros
De plata y oro cubiertos,
Regidos con varas de oro
De sus aurigas soberbios.
Luego la caballería
De doce naciones, puestos
En orden con varias armas,
Plumas y trajes diversos.
Á éstos siguiendo vienen
Diez mil de á caballo luego,
Que llaman los inmortales.

ALEJANDRO.

Pues ¿por qué?

ARIOBARZANO.

Porque, en muriendo
Uno de ellos peleando,
Se arroja el otro tan presto,
Que no hace falta su vida,
Y así están siempre viviendo;
Todos ellos llevan ropas
De brocado, y todos éstos
Guarniciones de oro y perlas,
Y collares de oro al cuello.
Luego vienen los parientes
De Dario, persas y medos,
Que son hasta quince mil.

ALEJANDRO.

¿Quince mil?

ARIOBARZANO.

Sí.

ALEJANDRO.

¡Santo cielo!

ARIOBARZANO.

Decirte de éstos el traje
Es imposible, mas puedo
Asegurarte que al sol
Le pueden servir de espejo;
Piedras y telas que visten
Le desafían ardiendo;
Las piedras vencen sus rayos,
Las telas á sus cabellos.
Luego vienen los que traen
Todos los vestidos regios,
En maletas de brocado
Cordones de aljófar llenos.
Tras éstos camina Dario
En un carro, donde creo
Que, sin poderse vencer,
Arte y poder compitieron.
Sobre diez caballos blancos
Un yugo de piedras hecho,
Donde hay diamantes tan grandes
Que es locura encarecellos;
Sobre él dos estatuas de oro,
La Guerra y la Paz, y en medio,
Con una imperial corona,
El águila de su imperio.
Doscientos hombres le cercan
De sus más cercanos deudos,
Cuyos sayos persas cubren
Soles de perlas á trechos.
Con éstos viene la guarda
De catorce mil piqueros
Con las picas plateadas
Y de oro puro los hierros.
Luego treinta mil soldados
Cierran todo el rico ejército,
Formando un jardín las plumas
Sobre las alas del viento.
Luego quinientos caballos
Conducidos de los frenos,
Con otros tantos criados
Vestidos de blanco y negro.
En medio de otro escuadrón
Viene un carro y tronco excelso
Con Sisigamba, la madre
De Dario, en un rico asiento.
En otro sus bellas hijas
Y su mujer, y en doscientos
Caballos mansos sus damas,
Hermosas por todo extremo.
Luego los hijos de Dario,
Sus amas y amos con ellos,
Y los eunucos, vestidos
De carmesí terciopelo,
Guardan trescientas mujeres

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Amigas del Rey.

ALEJANDRO.

Trofeos
De capitán valeroso.

ARIOBARZANO.

Luego, en seiscientos camellos
Y mil acémilas, viene
El tesoro, en cuyo cerco
Vienen treinta compañías
De caballos y de arqueros.
Tras esto vienen las damas
Y mujeres de los deudos
Del Rey, y luego el bagaje,
Criados y vivanderos,
Con la retaguardia, á quien
Treinta capitanes medos
Gobiernan con sus banderas,
No menos ricos y diestros.
De esta suerte marcha Dario;
Mira, ambicioso mancebo,
Contra quién pasas al Asia,
Desnudo, pobre y soberbio.

ALEJANDRO.

Soldados, no diréis que os engañaba;
Haced fiestas, soldados; la riqueza
Que os prometí cuando en la mar entraba
Os trae Darío, y con mayor grandeza.
Mirad qué de oro y plata os esperaba,
Guardado del temor y la belleza
De un campo de mujeres, y que todas
No van á guerra, no, que van á bodas.
¡Oh, buen persiano, vete libremente!
Mas ¿qué te podré dar de albricias? Dudo.
Dadle el laurel más rico de mi frente,
Aunque dice que estoy pobre y desnudo
En ella, y dos diamantes que el Oriente
No vió valor igual, ni el sol les pudo
Dar mayor luz, no haciéndolos del fuego
Con que á los que le miran deja ciego;
Dadle el mejor caballo y diez soldados
Que le acompañen.

ARIOBARZANO.

¡Si quién soy supieras!

ALEJANDRO.

Aguarda, ¡por los dioses consagrados!
Que con ese temor me vituperas.
Dime quién eres.

ARIOBARZANO.

No por tus soldados,
Que enriquecer de nuestra plata esperas,
Dejaré de decirlo, pues me obliga
Tu generoso pecho á que lo diga;
Mas si lo digo, cierto estoy que luego
Seré preso de ti.

ALEJANDRO.

Dilo, persiano;
Que yo soy Alejandro: habla te ruego.

ARIOBARZANO.

Yo soy, Rey macedón, Ariobarzano;
Hijo de Dario soy, que vine ciego,
Por afición, á tu gallarda mano:
Los deseos de verte me han traído
Donde de este soldado fuí vencido.
Mi padre, con la gente y la riqueza
Que te digo, te espera, aunque primero
Menón, griego de insigne fortaleza.

ALEJANDRO.

Dame esos brazos, abrazarte quiero:
¡Vive el cielo, que envidio la grandeza
Con que has fiado, ilustre caballero,
Tu nombre, tu valor, á un enemigo
Que desde agora llamarás tu amigo!
Si te dí libertad sin conocerte,
Mejor agora, y este anillo mío.

ARIOBARZANO.

Recíbole por prendas de quererte;
Y ¡por el claro sol, que al padre mío
Tengo de dar con estos brazos muerte
Para darte de Persia el señoríol

Vase.

ALEJANDRO.

Espera, Ariobarzano.

EFESTIÓN.

Ya se parte.

ALEJANDRO.

Bárbaro, en fin; alegre estoy, ¡por Marte!
Ea, soldados, que Menón espera;
Venzamos éste, y demos sobre Dario.

LEÓNIDES.

¡Por Júpiter, que es mozo temerario!
Antes que saques la temida espada,
Visita el templo de la gran Minerva.

ALEJANDRO.

¿Es éste?

EFESTIÓN.

¿No le ves?

ALEJANDRO.

Abrid las puertas.

LEÓNIDES.

Ya están, señor, á tu grandeza abiertas.

Sobre un altar se vea una mujer en forma de la diosa, con un arnés y un morrión, su lanza en la mano, y en la otra un escudo.

ALEJANDRO.

Minerva, querida hermana,
Mi viaje empieza aquí;
La divina que hay en ti,
Ayude mi parte humana.
Hijo de Júpiter soy;
Alarga ese fuerte escudo
Con quien tanto el griego pudo;
Que la palabra te doy
De no te le hacer cobarde.

AMINTA.

No tomes nada á la diosa;
Por menos la belicosa
Grecia tomó á Troya tarde.
¿No te acuerdas de la cierva?

ALEJANDRO.

No se le quiero tomar,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que los dioses saben dar;
Dámele, hermosa Minerva.

Alargue la diosa el escudo, y désele.

ALEJANDRO.

Soldados, notable agüero
De nuestra felicidad:
Dióme el escudo; marchad,
Mía es el Asia. ¿Qué espero?
Ven, Aminta, y no te asombres.

AMINTA.

Minerva á tu lado viene.

EFESTIÓN.

Hasta con los dioses tiene
Ventura.

LISÍMACO.

Es rey de los hombres.

Vanse, y sale Rojane, amazona, vestido corto, muchas plumas, daga y espada, y otras dos con ella al mismo traje, Tamira y Lisandra.

ROJANE.

¿Con esta carta te envía?

TAMIRA.

Ésta, señora, me ha dado.

ROJANE.

No debe de haber hallado
Lo que por ti le pedía.

LISANDRA.

Lee la carta, y sabrás,
Rojane, la causa.

ROJANE.

Creo
Que lo fué ser mi deseo
Menos cierto cuando es más.
¿Al campo llegaste?

TAMIRA.

Fuí
De Arsaces bien recibida.

ROJANE.

Y ¿suénase la venida
Del gran Alejandro?

TAMIRA.

Sí;
Ya está en Asia, y tomó tierra
Junto á Propontis y Troya.

ROJANE.

Toma ¡oh, Tamira! esta joya.

TAMIRA.

¿Albricias temiendo guerra?

ROJANE.

¡Ay, amigas, tiempo es ya
Que sepáis mi atrevimiento!
Ningún mortal pensamiento
Seguro de amor está.
La fama de este mancebo
Por mis oídos entró
Al alma, donde estampó
Este Aquiles, este Febo.
Yo, de sus hechos vencida,
Quise las señas saber
De su persona, y poner
Adonde el alma la vida,
Si conformaba su talle
Con su nombre generoso,
Para que este mi amoroso
Deseo fuese á buscalle,
Y tuviese un hijo de él,
Como es costumbre amazona.

TAMIRA.

Y señas de su persona
No pueden, Reina, caber
En el pliego que te he dado.

ROJANE.

Retrato le pedí yo.

Abre la carta.

LISANDRA.

Lee.

ROJANE.

¡Ay, Dios!

LISANDRA.

¿Qué te envió?

ROJANE.

Un Alejandro cifrado
Dentro este naipe venía.

LISANDRA.

Muestra á ver.

TAMIRA.

¡Qué mozo es!

LISANDRA.

Aun no tienen veintitrés
Años tanta valentía.

TAMIRA.

Veinte dice en letras griegas.

LISANDRA.

¡Bello rostro, hermoso mozo!

ROJANE.

Es en los hombres el bozo,
Si á considerarlos llegas,
Como en el árbol la flor:
La barba, el fruto; las canas,
Las ramas secas, cercanas
Del frío invierno al rigor.
Arbol florido es agora
Alejandro.

TAMIRA.

Si has de ser
De un hombre mortal mujer,
¿Qué es lo que aguardas, señora?
Si has de tener hijos ya,
¿De quién serán más valientes,
Ni más hermosos?

LISANDRA.

Que intentes
Buscarle en razón está.

ROJANE.

De manera me ocupé,
Lisandra, en mirarle aquí,
Que la carta no leí,
Ni letra apenas miré.
Dadme licencia, retrato

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De un hombre que es sol, que es Dios,
Para que pueda sin vos
Estar este breve rato.
¿Qué decís? Dice que sí;
Parece que hablando está.

TAMIRA.

Vivo te parecerá.

ROJANE.

Vivo está, pues vive en mí.

Lee así:

«Tantos retratos había
De Alejandro en toda Grecia,
Por lo que ya el mundo precia
Su grandeza y valentía,
Que muchos malos pintores
Le retrataban, por ver
Que ganaban de comer
Con el nombre y los colores.
Y así, Alejandro mandó
Dar licencia sólo á Apeles,
De cuyos raros pinceles
Este retrató salió.
Para sacarle de Dario,
Que le quiso conocer,
Tú puedes echar de ver
Lo que ha sido necesario.
Haz cuenta que viendo estás
Su rostro, porque es pincel,
Que dice el arte que en él
No puede alcanzarse más.
Porque en sus colores mengua,
Y todos le dan la palma,
Es ése el rostro; que el alma
Se ha de pintar con la lengua.
De la cual sólo diré,
Ya que en lo imposible toco,
Que el mundo parece poco
Para estampa de su pie.»
¿Qué os parece?

LISANDRA.

Que la fama
No ha sido en esto parlera.

ROJANE.

¡Oh, espejo en quien reverbera
Del sol del alma la llama!
¡Oh, imagen de aquel valor
De quien ya tiembla la tierra,
Nuevo dios Marte en la guerra,
Nuevo Cupido en amor!
¡Oh, mancebo generoso,
Á quien ya la envidia tira
Rayos de venganza é ira,
Guárdete el cielo piadoso!
Que primero que te acabe
Tu misma virtud, diré
Dónde te retrataré
Sin ser yo pintor tan grave.
Haya sucesión de ti
En retratos verdaderos,
Y sean de los primeros
Los que has de tener en mí.
Vamos, Lisandra, Tamira,
Vamos á ver el mancebo
Más bello que ha visto Febo
En cuantas naciones mira.

TAMIRA.

¿Determínaste á que sea
Alejandro el que te goce?

ROJANE.

Pues ¿cuál hombre se conoce
Que tantas glorias posea?
Si nuestro reino amazón
Ha de ir, Tamira, en aumento,
No hemos de pedir al viento
La humana generación.
Esposo ha de haber; pues ¿quién
Cómo Alejandro será,
Que rindiendo el mundo está?

LISANDRA.

Con razón le quieres bien;
Y pues hijos es forzoso
Que procures, de ninguno
Como de Alejandro.

ROJANE.

Á Juno
Pudiera servir de esposo.
Vamos, que en mil causas fundo
Mi amor.

TAMIRA.

No hay más que decir.

ROJANE.

¿Por qué no me ha de rendir
Hombre que sujeta el mundo?

Váyanse, y éntre Alejandro con toda su gente después de haber tocado una caja.

ALEJANDRO.

¿Aquí me decís que está
El gran sepulcro de Aquiles?

EFESTIÓN.

Porque su fama aniquiles,
Mira sus cenizas ya.

ALEJANDRO.

¡Ojalá de ellas pudiera
Ser fénix!

EFESTIÓN.

¡Bravo blasón
Del griego!

ALEJANDRO.

En mi condición
Será la humildad primera.
¿Es éste el sepulcro?

EFESTIÓN.

Él es.

Véase un sepulcro.

ALEJANDRO.

¡Oh, mancebo generoso!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No envidio el ver que famoso
Pusiste á Troya á tus pies;
No envidio que á Héctor dieses
La muerte, ni tus hazañas,
Ni que en naciones extrañas
Gloriosa tu espada hicieses.
Envidio que hayas tenido
Aquel divino poeta
Homero, á quien no sujeta
Tiempo, envidia, muerte, olvido,
Por coronista famoso,
Pues con su verso divino
A hacer inmortales vino
Tu fama y nombre dichoso.

EFESTIÓN.

¿Lloras?

ALEJANDRO.

¿No he de llorar?
Por más que Aquiles hiciera,
Si Homero no lo escribiera,
Ya se empezara á olvidar.
Y de aquí á un siglo presumo
Que no hubiera de él memoria,
Porque tanta fama y gloria
Debe su espada á su pluma.
Dadme esas flores, que quiero
Cubrir el sepulcro adonde
El tiempo veloz esconde
Tan gallardo caballero.
Coronad con esos ramos,
Soldados, al grande Aquiles;
Que no son envidias viles
Éstas con que aquí lloramos.
Sino de grandeza llenas,
Con que la virtud nos llama,
Si hay pluma que nos dé fama;
Que en un siglo hay una apenas.

VITELO.

No digas eso, señor;
Que por muchas que hay en Grecia,
En tu campo hay quien se precia
De coronista mayor:
Y no éste sólo, que hay mil.

ALEJANDRO.

Vitelo, escribir, á todos
Se concede de mil modos;
Pero es un cansancio vil
Cuando no es con perfección:
El poeta ha de nacer.

VITELO.

¿En qué se han de conocer
Los que verdaderos son?

ALEJANDRO.

En el arte y natural
Que hacen las obras perfetas,
Y que todos los poetas
De aquél sólo digan mal;
Porque es más claro que Apolo
Que no le iguala ninguno,
Cuando todos se hacen uno
Para perseguir á un solo.

VITELO.

Si quieres ver al poeta
Que tus hazañas escribe,
Yo le traeré.

ALEJANDRO.

¡Marte vive,
Que me huelgue!

VITELO.

Sólo aceta,
Señor, su buena intención.

Vase por él.

ALEJANDRO.

Cuando yo se lo mandara,
Con la intención me pagara.

Salen Vitelo y el poeta con un libro.

VITELO.

Aquí viene Demofón.

DEMOFÓN.

Dame tus pies.

ALEJANDRO.

¿Eres, di,
El que escribe mis victorias?

DEMOFÓN.

Yo intento cantar tus glorias.

ALEJANDRO.

Lee á ver.

DEMOFÓN.

Comienzo así:

Lea.

«Canto del hijo divino
De Júpiter y de Marte
Las armas.»

ALEJANDRO.

Ya en esa parte
Has dicho un gran desatino.

DEMOFÓN.

¿Cómo?

ALEJANDRO.

Dos padres me das.

DEMOFÓN.

Hablo yo de los planetas
Á quien nacieron sujetas
Tus inclinaciones; mas
Júpiter te dió el reinar,
Y Marte te dió el vencer.

ALEJANDRO.

Éste debe de saber.....

DEMOFÓN.

Sólo procuro imitar.

ALEJANDRO.

¿Estudiaste?

DEMOFÓN.

Sí, señor.

ALEJANDRO.

¿Dónde?

DEMOFÓN.

En Atenas oí

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á Xanto.

ALEJANDRO.

Á escribir de mí,
¿Qué te movió?

DEMOFÓN.

Tu valor.

ALEJANDRO.

Prosigue, y venme á leer
Lo que escribes cada día;
Que aun sospecho que podría
Valerte mi parecer. ¿Peleas?

DEMOFÓN.

Cuando no escribo,
Y escribo si no peleo.

ALEJANDRO.

Tengo de honrarte deseo,
Y lo pienso hacer si vivo.
Hazle dar para papel
Veinte mil ducados luego.

DEMOFÓN.

Indigno á tus plantas llego.

ALEJANDRO.

Vete, Efestión, con él.
¿Así vuelve?

DEMOFÓN.

¿Qué me quieres?

ALEJANDRO.

La tinta se me olvidó;
Denle otros diez mil.

DEMOFÓN.

Si yo
Tengo de escribir quién eres,
Muy poco papel me has dado,
Y poca tinta, señor.

VITELO.

Olvidaste lo mejor.

ALEJANDRO.

¡Cómo!

VITELO.

Pluma.

ALEJANDRO.

Haste engañado;
Yo, para cualquiera suma,
Puedo darle lo que él llama
Tinta y papel; mas la fama
Es quien le ha de dar la pluma.

AMINTA.

¡Divino ingenio!

ALEJANDRO.

Esperad;
Cajas son éstas.

LEÓNIDES.

Señor,
Apercibe tu valor,
Pide á Júpiter deidad:
¿Ves este río?

ALEJANDRO.

Muy bien.

LEÓNIDES.

Pues el paso, que es forzoso,
Te defiende el valeroso
Menón.

ALEJANDRO.

La gente prevén,
Que le habemos de pasar.

LEÓNIDES.

¿El río? ¿Cómo, señor?

ALEJANDRO.

Imitando mi valor,
Porque yo os quiero guiar.

AMINTA.

Tente, Alejandro, y advierte
Que es un hecho temerario.

ALEJANDRO.

No quiero que piense Dario
Que acá se teme la muerte.

AMINTA.

Él dicen que viene luego
Para ayudar á Menón.

ALEJANDRO.

Entrad, que estas aguas son
Pequeñas para mi fuego.

AMINTA.

¿No veis que da al mar tributo
Por aquí?

ALEJANDRO.

No hay que temer;
Yo me las sabré beber,
Y pasaréis á pie enjuto.

Saque la espada, y síganle, y éntrense, y después de haber fingido un poco de guerra, salen Darío y Ariobarzano, su hijo.

DARÍO.

¿Dónde quieres hablarme?

ARIOBARZANO.

Es de importancia
Que te retires, gran señor, conmigo.

DARÍO.

Del campo no ha de ser larga distancia,
Que está cerca el ejército enemigo.

ARIOBARZANO.

¡Cielos! Aunque es cruel exorbitancia,
Y que obliga á temer vuestro castigo,
Matar un hijo á un padre yo no creo
Que nace de mí mismo mi deseo;
Secreta fuerza vuestra he sospechado
Que me ha forzado á que le dé la muerte:
Salid, daga, y pasad.

DARÍO.

Qué, ¿estás turbado?

ARIOBARZANO.

Túrbame, padre, una ocasión tan fuerte;
Miro tan cerca al enemigo airado,
Con ánimo y con fuerzas de ofenderte.....
Agora es tiempo.

DARÍO.

Déjale blasone,
Para que de sus triunfos me corone.

ARIOBARZANO.

¿Qué aguardo? ¿Qué me turbo?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DARÍO.

Ya sospecho
Que le tendrá mi capitán vencido;
Del río el paso es por extremo estrecho;
Ya de su sangre correrá teñido.

Sale Arsaces, capitán.

ARSACES.

Al gran valor de tu invencible pecho,
De ese Alejandro, macedón temido,
Un capitán, que quiere hablarte, pide
Licencia.

DARÍO.

Llegue luego; ¿quién le impide?
¿Qué me querrá Alejandro, Ariobarzano?

ARIOBARZANO.

Estará de pasar arrepentido
Al Asia viendo tu invencible mano,
Y por volverse pedirá partido.

Entra Lisímaco.

LISÍMACO.

Este papel es de Alejandro Magno.

DARÍO.

¿No dices más?

LISÍMACO.

No vengo apercibido
De otra oración.

DARÍO.

¿Tú sabes que soy Dario?

LISÍMACO.

Y ¿tú sabes qué soy de tu contrario?

DARÍO.

Si son los capitanes macedones
De esta manera fieros y arrogantes,
¿Qué será vuestro rey?

LISÍMACO.

No son razones,
En tiempo de las armas, importantes.

DARÍO

¿No pide aquí partido?

LISÍMACO.

Las naciones
Del Asia espero que, á sus pies triunfantes,
Le pedirán antes que pase el año.

DARÍO.

Quiero leer.

LISÍMACO.

Verás el desengaño.

Lee Darío:

«Para que veas que quiero
Vencerte con mi valor,
Y no porque algún traidor
Bañe en tu sangre su acero,
Guárdate de Ariobarzano,
Que te quiere dar la muerte,
Quitándole de vencerte
La gloria Alejandro Magno.»

DARÍO.

¡Válgame Júpiter santo!
No estimo tanto el saber
Que hombre á quien he dado el sér
Se atreva conmigo á tanto,
Como el ver que mi enemigo
Diga que me guarda así,
Sólo por vencerme á mí,
Y él solo honrarse conmigo.
Ya le comienzo á temer;
Sin duda es cierta su fama.
¡Arsaces!

ARSACES.

¡Gran señor!

DARÍO.

Llama
Á quien me dé de beber.

ARSACES.

Ya voy.

DARÍO.

Dile, embajador,
Á Alejandro, que agradezco
Su intención, y que me ofrezco,
Al premio de este favor,
En que, cuando esté á mis pies,
Le pienso dar libertad;
Y á ti, por esta amistad,
Pues en efecto lo es,
Te quiero ofrecer un don
Como á enemigo.

LISÍMACO.

No tengo
Licencia; á esto sólo vengo.

DARÍO.

Sé más cortés, macedón;
Darte mi espada quería
De un hijo. ¿Es igual favor,
Ariobarzano?

ARIOBARZANO.

¡Señor.....

DARÍO.

La tuya es la propia mía.
Dásela.

ARIOBARZANO.

De buena gana.

LISÍMACO.

Por ser arma, la recibo;
Que á volverla me apercibo
Á vuestros pechos mañana.

Toma la espada, y vase.

DARÍO.

¡Qué arrogante!

ARIOBARZANO.

Con los fieros
Nos quieren hacer temer:
Cuando los he menester,
Me quita el Rey los aceros.

DARÍO.

¡Ay, cielos!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ARIOBARZANO.
Señor, ¿qué tienes?
DARÍO.
Un gran dolor que me ha dado
En los pies.
ARIOBARZANO.
Andas cansado,
Vas al ejército y vienes.
DARÍO.
Ponme sobre ellos las manos.
Llega.
ARIOBARZANO.
¿Descansas ansí?

Póngase de rodillas á asirle los pies, y él le da con la daga.

DARÍO.
¡Hoy me libraré de ti,
Por los cielos soberanos!
ARIOBARZANO.
¡Ay, padre! ¿Por qué me has muerto?
DARÍO.
La daga quiero esconder.
¡Gente! ¡Ah, gente! ¿Puede ser
Tan notable desconcierto?

Salen Arsaces y gente.

ARSACES.
Señor, ¿qué es esto?
DARÍO.
¡Ay de mí!
Que el embajador villano,
Porque dijo Ariobarzano
Que hablase compuesto aquí,
Le sacó su misma espada,
Y pasándole se huyó
Con ella.
ARSACES.
¡Que le vi yo,
Y no reparase en nada!
Seguirle quiero.
DARÍO.
Camina:
Llevad mi hijo de aquí.

Llévenle.

Instrumento he sido así
De la justicia divina.

Sale Menón.

MENÓN.
Tras este suceso triste,
¡Oh famoso Rey del Asia!
Hecho el ánimo tendrás
Para menores desgracias.
Bien te aconsejé que fuera
Á Macedonia una armada,
Que divirtiera á Alejandro
La temeraria arrogancia.
¿Qué sirvió guardar el río?
Que con la desnuda espada
Pasó delante de todos,
Haciendo senda en las aguas.
No va con el viento en popa,
Todas las velas echadas,
La nave con más furor
Rompiendo las ondas canas,
Que el temerario mancebo,
Á cuya furia se apartan,
Dando lugar á su gente
Que acometa mis escuadras.
Mató Alejandro á Dirceo,
A Dulindo y á Pirasta,
Fuertes capitanes tuyos,
Con que los demás desmayan.
Á ejemplo del Macedón,
Entran, rompen, desbaratan;
Catorce mil quedan muertos,
Treinta capitanes faltan.
Con mil despojos y escudos
Á Grecia envió su armada
Con nuevas de la victoria;
Daránla de nuestra infamia.
Otros dicen que no ha sido
Esta arrogancia la causa,
Sino porque los soldados
Y nobles que le acompañan,
Vean que, pues ya no hay naves,
No les queda confianza
De que han de volver á Europa
Menos que ganando el Asia.
DARÍO.
No digas más; que bien veo
Que mi fortuna contraria
Trajo este rayo del cielo.
MENÓN.
Ya ganó á Lidia y á Caria,
Donde estaba el mausoleo
De Artemisia, celebrada
Por maravilla del mundo;
Ya el reino de Frigia pasa
Sin que ciudad se lo estorbe.
DARÍO.
Yo muero de envidia y rabia;
Mas ¿cómo, siendo quien soy,
Tan vil cosa me desmaya?
¿Cómo perder diez mil hombres?
Mañana mi gente salga
Para estorbarle que pase
De Cilicia y Caramania.
¡Ánimo, Menón!
MENÓN.
Señor,
Los que juegan, cuando ganan
Al principio, después pierden.
DARÍO.
¡Toca al arma!
MENÓN.
¡Toca al arma!

Vanse, y sale Alejandro y su gente.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALEJANDRO.
Esta es la ciudad de Midas:
¿Dónde está el yugo encantado?
EFESTIÓN.
Aquí está aquel lazo atado
Con las coyundas torcidas.
LEÓNIDES.
Quien desatare aquel nudo
Del hado, es precisa ley
Que sea del Asia rey;
Pero hasta aquí nadie pudo.
ALEJANDRO.
¿Sabe alguno cómo fué?
VITELO.
Yo, que he sido labrador,
Supe la historia, señor.
ALEJANDRO.
Pues dila.
VITELO.
Yo la diré:
Gordio, un labrador, un día
Iba en su carro de bueyes,
Cuando el ave de los reyes,
Símbolo de monarquía,
Que es el águila real,
Sobre el yugo se sentó.
Él la causa preguntó
Á una serrana su igual,
Y le dijo que sería
Rey, por cuya majestad
Entonces en la ciudad
La nobleza competía.
El oráculo de Apolo
Les dijo que al que topasen
En un carro, coronasen
Por rey, en el campo y solo.
Salieron, y haciendo rey
Al que humilde el campo aró,
A Júpiter consagró
Las coyundas de aquel buey:
Pero atadas de manera
Que el reino después gozase
Quien el lazo desatase;
Pero es imposible.
ALEJANDRO.
Espera,
¿Dónde está el yugo?
AMINTA.
Aquí está,
Del templo en la puerta asido.
ALEJANDRO.
Quiero probar.
AMINTA.
No han podido
Mil que lo han probado ya.

Véase el yugo con los lazos colgados, dados sus nudos como se pintan en las armas del rey D. Fernando; pero las cuerdas han de estar plateadas.

ALEJANDRO.
¡Válgame Júpiter santo,
Qué intrincado y qué confuso!
AMINTA.
No dudes de que se puso
Para confusión y espanto.
ALEJANDRO.
Pues ¿cómo á Alejandro ¡oh nudo!
Te resistes?
AMINTA.
No podrás.
ALEJANDRO.
¿Tú te defiendes no más
De quien el Asia no pudo?
Pues no te pienses quedar
Con esos lazos atados;
Que tanto monta, soldados,
Cortar como desatar.

Saque la espada y córtele, y cantan dentro:

Rey serás gran Alejandro,
Del Asia por esta hazaña,
Que más hace en lo imposible
Quien corta que quien desata.
Este yugo y sus coyundas
Tendrán los reyes de España
Por empresa de tus hechos,
Y por letra tus palabras.
EFESTIÓN.
Los reyes de España dicen
Que el yugo tendrán por armas,
Y por letra el «Tanto Monta».
ALEJANDRO.
Mi valor al cielo agrada.
Oid: ¿qué gente es aquésta?
LEÓNIDES.
Tres amazonas bizarras
Que te vienen á buscar.

Salen Rojane, Lisandra y Tamira.

ROJANE.
Dame esos pies, rey del Asia.
ALEJANDRO.
¡Oh, generosa amazona!
ROJANE.
De tus grandezas la fama,
Alejandro valeroso,
Me trae rendida á tus plantas:
Yo soy la reina Rojane;
Decirte mi nombre basta
Para que sepas quién soy.
ALEJANDRO.
Hoy por la mano me ganan
Tus deseos, Reina bella;
Que en extremo deseaba
Verte y servirte.
ROJANE.
Yo soy,
Divino Aquiles, tu esclava;
Tus hechos y tus virtudes
Hasta las aves los cantan

Por los campos del Oriente,
Donde como rayo pasas;
Esto me obligó á buscarte,
Pero agora á darte el alma
El resplandor, la hermosura
De tu persona gallarda;
Honra con tu sucesión
Las mujeres de mi patria,
¡Así te guarden los cielos!

ALEJANDRO.

Si para tuyo me guardan,
No menos contento estoy
De tu belleza.

VITELO.

¡Oh, qué gracia!
¡Viven los cielos, Aminta,
Que vienen estas guitarras
Á que les pongan bordones!
Hijos quieren las borrachas.

AMINTA.

Muriéndome estoy de celos.

VITELO.

¿Qué importa aquésta, entre tantas
Como á Alejandro persiguen?

AMINTA.

Bien dices, como se vayan
Luego que los hijos tengan.

VITELO.

Á las dos que la acompañan
Lleguemos á hablar los dos.

AMINTA.

¡Ah, mi señora!

TAMIRA.

¿Quién llama?

AMINTA.

Un soldado que ha sabido
Que en su tierra no se casan,
Sino que buscan varones
Cuando les viene la brama;
Si le agrada, suyo soy.

VITELO.

Si yo merezco agradarla,
No soy malo para padre.

LISANDRA.

¿Eres noble?

VITELO.

¿Es de importancia?

LISANDRA.

¿No lo echas de ver?

VITELO.

Yo soy
Hombre que en esta campaña
Presté treinta mil ducados
Á Alejandro.

LISANDRA.

Menos basta
Como él lo diga.

VITELO.

Sí hará:
Señor, ¿no es cosa muy llana
Que te presté treinta mil
Escudos, y que me pagas
Réditos de ellos?

ALEJANDRO.

Sí es.

VITELO.

Toca.

LISANDRA.

Ya es tuya Lisandra.

AMINTA.

Yo te daré información
De quién soy.

TAMIRA.

Como tú hagas
Que yo conozca quién eres,
Ya tu persona me agrada.

AMINTA.

¡Pese á tal! Soy una perla,
Aunque ésta fué la desgracia,
Que, como perla nací,
Me pueden poner en sartas:
Paje de Alejandro soy.

TAMIRA.

¿Del escudo?

AMINTA.

Y de la lanza.

TAMIRA.

Pues Tamira es tu mujer.

AMINTA.

El eco te desengaña.

ALEJANDRO.

Vamos, Rojane querida:
Verás mis fuertes escuadras,
Verás con quién gano el mundo.

ROJANE.

Veré, Alejandro, las armas;
Que bien he visto, con verte,
Con lo que las almas ganas,
Porque ganaras mil mundos
Si fueran mundos las almas.

Vanse los dos de las manos.

VITELO.

Toque, y véngase conmigo,
Verá mi rancho en seis ramas;
Mas para yegua de vientre
Cualquiera establo le basta.

Vanse los dos.

AMINTA.

Y ella se venga conmigo.

TAMIRA.

Ya estoy de ti enamorada.

AMINTA.

Pues sepa que si es traviesa.....

TAMIRA.

Diga.

AMINTA.

Que en las dos hay pata.

ACTO TERCERO.

Salen Leónides y Efestión.

LEÓNIDES.

Tanta felicidad, tantas victorias,
Vinieron á tener tan tristes fines
En la mitad del curso de sus glorias.

EFESTIÓN.

Cuando ya de la tierra los confines
Temblaban de Alejandro las hazañas,
Y hasta en la mar las focas y delfines,
Tras mil naciones bárbaras y extrañas,
Vencidas tras de haber pasado el Tauro,
Admirando sus ásperas montañas;
Cuando le prometía el verde lauro
Del Asia el grande imperio, y pretendía
Llegar al Ganges desde el blanco Anauro,
Llega Alejandro de su muerte el día.

LEÓNIDES.

No lo quieran los dioses que en tres años
Le ofrecieron tan alta monarquía.

Sale Lisímaco.

LISÍMACO.

Capitanes, ¿qué llantos tan extraños
Son éstos del ejército? ¿Qué es esto?

EFESTIÓN.

Estos son los mortales desengaños:
Mientras fuerte, Lisímaco, del resto
Del bagaje te encargas, descendimos
Del Tauro á Tarso, en sus extremos puesto,
Por quien las cristalinas aguas vimos
Del Cidno, un río que en sus faldas gira,
Y en cuya amenidad nos detuvimos.
El agua apenas Alejandro mira,
Cuando, todo sudado y polvoroso,
Desciñe el hierro con que el mundo admira,
Desnuda el blanco arnés, y el luminoso
Yelmo, de varias plumas coronado,
Sirve de flores en el prado hermoso;
El blanco cuerpo, de sudor bañado,
Arroja al agua; suenan las riberas,
Y rompe con la frente el vidrio helado;
Las aguas con mil círculos y esferas,
Reciben al señor del Asia en brazos;
Que son hasta las aguas lisonjeras.
Lascivo las regala con abrazos,
Y dejando envidiosas las arenas,
Labra el cristal de diferentes lazos;
Pero sus ondas Alejandro apenas
Deja, y sale á la margen, cuando helado,
Muestra el rigor del agua por las venas,
Pierde la voz, y en el ameno prado
Deja caer el cuerpo; finalmente,
Ya queda de su ejército llorado.

Sale Aminta.

LISÍMACO.

¡Ay, fiero mal!

AMINTA.

¡Oh, médico excelente,
Digno de ser, si con la cura sales,
Tenido por Apolo en todo oriente!

EFESTIÓN.

Aminta, ¿qué hay?

AMINTA.

Los dioses celestiales
Al médico Filipo han inspirado
Una bebida para casos tales,
Con que se obliga que al primer estado
Volverá la salud de nuestro dueño,
Porque á tomarla está determinado.

LEÓNIDES.

¿Salió de aquel desmayo?

AMINTA.

Y de aquel sueño
Mortal que tuvo prometiendo vida.

LEÓNIDES.

Ya viene.

EFESTIÓN.

¡Lo que rinde un mal pequeño!

Sale Alejandro con los brazos sobre los hombros de los soldados.

VITELO.

Filipo fué, señor, por la bebida;
Alégrate, que ya la confecciona.

AMINTA.

¿No veis al sol con la color perdida?

ALEJANDRO.

Dadme una silla.

LISÍMACO.

Tu Real persona
Guarde el cielo.

ALEJANDRO.

¡Oh, Lisímaco, levanta!

Siéntase.

LISÍMACO.

Parmenión, que tu imperial corona
Extiende á Capadocia, al indio espanta,
Esta carta me envía.

ALEJANDRO.

¡Qué alegría
Me has dado con su letra en pena tanta!

LISIMACO.

Estimo en esto la ventura mía.

Lee para sí Alejandro.

VITELO.

Pues, Aminta, ¿cómo fué

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Con la amazona engañada?
AMINTA.
Triste, confusa, turbada
Y corrida la dejé,
Pues por más que me regale
Y me esfuerce, fuí á su pena
Como puñado de arena
Que por los dedos se sale;
Como tesoro de duende
Que se le volvió carbón,
Ó como los sueños son
Del bien al que le pretende.
Lloró, comenzó á poner
Mil culpas á haber venido,
Porque pensó hallar marido,
Y, en efecto, halló mujer.
Mas como mujer no pudo
Ser para más que su sér,
Dejóme para mujer
Y acogióse.
VITELO.
No lo dudo;
Mas ¿no me dirás quién fué
El que el agravio deshizo?
AMINTA.
Leónides.
VITELO.
Elección hizo
De buen gusto.
AMINTA.
En él se ve.
¿Cómo te fué con la tuya?
VITELO.
Que hoy ó mañana se irá.
AMINTA.
Pues ¿por qué?
VITELO.
Preñada está,
Y es ésta costumbre suya;
Que como animales son
Aunque están enamoradas,
Porque, en estando preñadas,
No admiten conversación.
ALEJANDRO.
¡Válgame Júpiter santo!
Cuando para darme vida
Quiero tomar la bebida
De un hombre que estimo en tanto,
Me escribe Parmenión
Que con Dario ha concertado
Matarme; mas ha llegado
La carta á buena ocasión.
Aquí dice que le ofrece
Una hija por mujer:
¿Traidor, veneno á beber
Á quien te honra y engrandece?
No la tomaré ¡por Dios!
Mas ¿por qué tengo recelo,
Filipo, de tu buen celo
Y del amor de los dos?
Sin duda que han engañado
Á Parmenión; yo quiero
Tomar la bebida; hoy muero
De amigo y de confiado.
¡Vive Dios! de no temer,
Cosa vil de buen amigo,
Conciertos con mi enemigo,
¿Puede ser? Bien puede ser;
Mas ¿cómo temo? ¿No soy
Alejandro? Pues ya tarda.

Sale Filipo, médico, con un vaso y toalla.

FILIPO.
Aquí la bebida aguarda.
ALEJANDRO.
Mientras que bebiendo estoy,
Lee esa carta, Filipo.
FILIPO.
Toma el vaso, cuyo efeto
Es tu vida.
ALEJANDRO.
¡Qué indiscreto!
¡Cielos, mi muerte anticipo!

Mientras bebe Alejandro, lee Filipo así:

«Una hija le ha ofrecido,
Y una ciudad en que viva,
Dario á Filipo, que priva
Contigo.....»
FILIPO.
¡Ay, cielo ofendido!

Lee.

«Porque en la ocasión primera
Te mate: guárdate de él.»
ALEJANDRO.
¿Cuál á cuál fué más fiel?
¿Cuál será justo que muera:
Yo, que de ti me fié
Mientras el veneno hiciste,
Ó tú, que aquí me le diste
Contra la debida fe?
Juzga, Filipo, tu causa;
Juzga la mía, y muramos
Los dos, pues los dos llegamos
Á quien la muerte nos causa.
Yo, fiel amigo á ti,
Por tu mano moriré;
Tú, enemigo, tú, sin fe,
Morirás también por mí.
Que sin tomarle ha de ser
Tu veneno el que me has dado:
Muero, y moriré vengado;
Y aquí podrás conocer
Mi rara naturaleza,
Pues hoy á morir me obligo
Sólo por hacer contigo
Esta notable grandeza.
EFESTIÓN.
¡Veneno! ¡Oh perro!
FILIPO.
Tened,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Capitanes, las espadas,
Y á las de Dario, doradas,
Sangrientas las ofreced.
Escribe Parmenión
Que su hija me ha ofrecido
El persa; verdad ha sido,
Pero no lo es mi traición;
Porque yo le respondí
Como era justo al tirano,
Y el testigo está en la mano,
Que es el vaso que te dí.
¿Cómo te sientes?

ALEJANDRO.

Mejor;
Los brazos extiendo ya.

FILIPO.

Capitanes, bueno está
Vuestro divino señor;
Dadme luego el galardón
De haberle dado salud.

ALEJANDRO.

Yo siento ya la virtud
De mi ardiente corazón.

TODOS.

¡Viva Filipo!

FILIPO.

Decid
Que viva Alejandro.

TODOS.

¡Viva!
Premio Filipo reciba.

ALEJANDRO.

Ya le doy el premio, oid:
En mi asiento y carro de oro
Laureado le llevad,
Y con el mismo le dad
La mitad de mi tesoro.
Hoy es día de mercedes;
Pedid.

SEVERIO.

Yo pido, señor,
Para una hija favor;
Rey eres, casarla puedes.

ALEJANDRO.

Severio, en dote le doy
Una ciudad.

SEVERIO.

Mira bien,
Que es mucho el don.

ALEJANDRO.

Yo también
Soy mucho, que soy quien soy.
Escribe luego á Lisandro,
De lo mejor de mi imperio;
Tú pides como Severio,
Y yo doy como Alejandro.

AMINTA.

Hazme mercedes.

ALEJANDRO.

¿Yo á ti,
Aminta? ¿Qué es lo que quieres?

AMINTA.

Que dejes esas mujeres
Y me quieras sola á mí.

ALEJANDRO.

¡Qué bien tu intento acomodas!
No las puedo despedir.

AMINTA.

Pues ¿qué harás?

ALEJANDRO.

Sólo decir
Que te quiero más que á todas.

VITELO.

Vitelo llega á tus pies.

ALEJANDRO.

Pide, honor de mis soldados.

VITELO.

Que de treinta mil ducados
Me pagues el interés.

ALEJANDRO.

Confieso que te los debo;
Mas fué concierto pagarte
En Grecia.

VITELO.

Pensé obligarte,
Y hasme engañado de nuevo;
Que, según entrando vas
Por Asia, no volveremos
Á Grecia.

ALEJANDRO.

Pues ya daremos
Un medio.

VITELO.

¿Qué medio das?

ALEJANDRO.

Que te pague ¡oh buen Vitelo!
Cuando acabe de ganar
El mundo.

VITELO.

¡Buen esperar!

ALEJANDRO.

¿Es mucho?

VITELO.

¡Guárdete el cielo!
Pero ¿cuándo acabarás
De ganarle?

ALEJANDRO.

¡Vive Dios!
Antes de un año.

VITELO.

Por dos
Lo tomo.

ALEJANDRO.

Dudoso estás;
Pues éste el concierto sea:
Que si yo el mundo ganare,
No te pague; y si llegare
Á que le gane y posea,
Tú me pagues otro tanto.

VITELO.

¿Con eso sales ahora?
No estaré en tu campo un hora,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Por todo Júpiter santo!
Si no me das luego aquí
Mi dinero.

ALEJANDRO.

Pues ¿por qué?

VITELO.

Porque cuando le fié
Y para Grecia le dí,
Eras Rey de un reino solo;
Pero si me has de pagar
Cuando vengas á ganar
El mundo de polo á polo,
Serás señor, bien lo fundo,
Del dinero que te fío,
Pues ¿qué pediré por mío
Á quien es señor del mundo?

ALEJANDRO.

Enséñante los cuidados
¡Oh Vitelo! á ser sutil;
Mientras doy los treinta mil,
Le daréis cien mil ducados.

VITELO.

¿Qué dices? ¡Pagar no puedes
Treinta mil, y cien mil das!

ALEJANDRO.

Treinta de deuda son más
Que treinta mil de mercedes.

LEÓNIDES.

Ya, ¿qué te queda que dar?

ALEJANDRO.

Leónides, siempre me queda.

LEÓNIDES.

Tu Majestad me conceda
Aquel peto y espaldar
Que te envió el Rey de Epiro.

ALEJANDRO.

Dadle cien arneses luego.

LISANDRA.

También á pedirte llego.

ALEJANDRO.

Con buenos ojos te miro.

LISANDRA.

Ésos quizá te pidiera
Si no fuera atrevimiento.

ALEJANDRO.

Como te dieran contento,
Los sacara y te los diera.

LISANDRA.

Mirar bien, es dar los ojos;
Eso pido que me des.

ALEJANDRO.

No me ganes por cortés,
Que recibo de eso enojos.
No ha de haber hombre nacido
Que se me pueda alabar,
Que en cortesía y en dar
Haya á Alejandro vencido:
Dente el collar de Menón,
Que era todo de diamantes.

EFESTIÓN.

Con dádivas semejantes,
¿Qué dejas á Efestión?

ALEJANDRO.

Á ti, yo no te doy nada.

EFESTIÓN.

¿Por qué?

ALEJANDRO.

Porque eres mi amigo;
Que no he de partir contigo
Lo que es tuyo.

LEÓNIDES.

¡Honra extremada!

ALEJANDRO.

Por eso nada te dí;
Cuanto tengo, considera
Que es de la misma manera
De mi amigo que de mí.

LISANDRA.

Aquí está un embajador
De Dario.

ALEJANDRO.

Llegue.

Sale Tebandro, embajador, y criados con una caja.

TEBANDRO.

Un presente
Y carta del Rey de Oriente
Te traigo, invicto señor.

ALEJANDRO.

¿Presente? Muéstrale á ver.

TEBANDRO.

Abre la caja.

EFESTIÓN.

Estas son
Unas riendas.

ALEJANDRO.

¿Qué razón
Le pudo á Dario mover?

EFESTIÓN.

Aquí hay más: una pelota
Y una bolsa con dinero:
¡Presente extraño!

ALEJANDRO.

Leer quiero.

TEBANDRO.

El Macedón se alborota.

Lee Alejandro.

«El Rey de los reyes, Dario,
Y de los dioses pariente,
Á Alejandro, mi criado,
Le mando y digo que en breve
Á sus deudos, mis esclavos,
Se vuelva, y que se recueste
De su madre en el regazo,
Donde, para que le enseñen
Á ser hombre, envío esas riendas,
Que al cuello aplicarle pueden;
Esa pelota, con quien
Con otros muchachos juegue;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y ese dinero, que pierda,
Y con que pueda volverse;
Y si luego que ésta vea
No se fuere, inobediente,
Enviaré mis capitanes
Que azotado me lo entreguen.»
¿Hay soberbia semejante?
¿Dónde queda este insolente?

TEBANDRO.

¿Así hablas?

ALEJANDRO.

¿Y tú, loco,
Por embajador te atreves
Á decir que yo hablo así?
¿Dónde queda?

TEBANDRO.

Donde puedes
Vengarte de su arrogancia,
Pues ésta te lo parece,
De quien trescientos mil hombres
Trae de á pie, que guarnecen
Cien mil de á caballo, y todos
Mozos robustos y fuertes.

ALEJANDRO.

Dile á Dario, embajador,
Que Alejandro, Rey de reyes,
Se espanta de que así trate
A quien presto servir debe,
Y que tomo por agüero
Las tres cosas que me ofrece:
Las riendas, que pienso echar
Á la libertad de Oriente;
La pelota, porque al mundo
Que voy á ganar parece;
Y el oro, como á señor
De todo el oro que tiene:
Veinte mil hombres le he muerto
De á pie, y de á caballo siete;
Los demás vi por la espalda,
No sé el número que fuesen;
Si por cuatrocientos mil
Que trae arrogante viene,
Le aseguro que no aguarde,
Que me busque, aunque él lo piense,
Porque le pienso alcanzar
Tan presto, que apenas llegues
Á dar nuevas de que voy.

TEBANDRO.

Tu vida el cielo prospere.

Vase.

ALEJANDRO.

¡Ea, soldados, al arma!
Esta ocasión nos ofrece
Todo el imperio del Asia:
¡Muera Dario!

EFESTIÓN.

¡Vive, y vence!

Vanse, y salen Darío y Arsaces.

DARÍO.

Esto le escribí.

ARSACES.

Bien haces
En poner al Macedón
Freno.

DARÍO.

No pienses, Arsaces,
Que después de esta ocasión
Haré con los griegos paces.
¡Vive Júpiter! Si pasa
Á Tarso y su campo abrasa,
Que un freno de oro he de hacer,
Donde le vengan á ver
Con las fieras de mi casa.

ARSACES.

Volveráse á Europa luego
Que vea, señor, tu carta.

DARÍO.

Eso le mando y le ruego;
Que sólo que al mar se parta,
Le ha de librar de mi fuego.

ARSACES.

Tus hijas vienen aquí.

Salen Deyanira y Polidora.

DARÍO.

¡Deyanira, Polidora!

DEYANIRA.

¿Qué haces, señor, ansí?

DARÍO.

Dicen que Alejandro ahora
Huye del Asia y de mí:
¿Quieres que vaya tras él?

POLIDORA.

Antes, que te guardes de él;
Que lo que dice la fama
Es que te provoca y llama
Para batalla cruel.

DARÍO.

¿Alejandro?

DEYANIRA.

Sí, señor.

DARÍO.

¿El muchacho?

DEYANIRA.

Ese mancebo.

DARÍO.

Aquí está el embajador.

Sale Tebandro.

TEBANDRO.

A decirte no me atrevo
Del Macedonio el rigor;
Que fuera de su respuesta,
Arrogante y descompuesta,
Marcha tras mí con su gente
Tan veloz, que queda enfrente
De tus ejércitos puesta.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En las riendas, significa
Yugo á tu gente remota;
El oro, tu hacienda rica
Que conquista; y la pelota,
La bola que al mundo aplica;
Tomólo por buen agüero,
Y en un caballo ligero
Con una lanza corrió,
Con que su campo animó,
Y viene.

DARÍO.

No más; ¿qué espero?
Arsaces, no hay más que hacer;
Los carros de oro te encargo,
De mis hijas y mujer.
¿Para qué, Alejandro, alargo
La gloria que he de tener,
Y el castigo que he de darte?
¡Ea, valientes persianos,
Que os está aguardando Marte
Con el laurel en las manos!

ARSACES.

Tus escuadrones reparte;
Que hoy le has de quitar la gloria,
Y á la fama aquella pluma
Con que comienza su historia.

DARÍO.

Hoy haré que se consuma
Su nombre con mi victoria.

Vanse.

POLIDORA.

¡Ay, Deyanira! ¿Qué pecho
No se turba con el nombre
De Alejandro?

DEYANIRA.

Yo sospecho
Que es algún dios, y si es hombre,
De los mismos dioses hecho:
¿Qué suceso, qué fortuna,
Te prometen sus hazañas?

POLIDORA.

Que, pues fácil ó importuna,
De tantas tierras extrañas
No se le escapa ninguna,
Debe de querer el cielo
Á este mancebo famoso
Dar el imperio del suelo.

Tocan una caja y alguna guerra.

DEYANIRA.

Ya suena el son belicoso.

POLIDORA.

Toda me ha cubierto un hielo;
Aquí, en tanto, Deyanira,
Que pasa la guerra fiera,
Su estrago sangriento mira.

DEYANIRA.

Ya con la primer bandera
El griego al persa retira.
¿Es, por dicha, aquel mancebo
Este Alejandro?

POLIDORA.

Sí, es él.
Héctor, Paris y Deifebo
No se comparen con él.

DEYANIRA.

¡Fiero Marte!

POLIDORA.

¡Aquiles nuevo!

Vanse, suena la guerra, sale Alejandro.

ALEJANDRO.

Ea, valientes soldados,
Honor y gloria de Europa;
Darme el imperio del Asia
Está en vuestra mano sola.
Ea, fuertes capitanes;
Que fuera de tanta gloria,
De Darío y del mundo, aquí
Están las riquezas todas;
Yo no las quiero, soldados,
Sólo quiero la victoria;
Para vosotros serán
El oro, plata y las joyas;
Hijo de Júpiter soy,
No temáis; que basta y sobra
Para cuatrocientos mil
Esta espada ó esta sombra.

Suena la caja, salen Tebandro y Rojane, amazona, acuchillándose.

ROJANE.

¡Ríndete, persa cruel!

ALEJANDRO.

¡Oh, valerosa amazona,
Los fuertes hombres te imitan.

TEBANDRO.

Rendirme es cosa afrentosa;
Pero si es á tu hermosura,
Sólo con los ojos corta,
Tira rayos de la vista.

ROJANE.

¿Requiebros, persiano, agora?
¡Aquí dejarás la vida!

ALEJANDRO.

Ó peleas, ó enamoras:
Dale las manos atadas.

TEBANDRO.

¡Cielos, el huir me importa;
Que éste es el mismo Alejandro!

Vase.

ALEJANDRO.

Déjale, hermosa señora,
Y sígueme, porque veas
Cómo se rinden y postran

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á esta espada estos cobardes.

ROJANE.

Al lado de tu persona
No temo al mundo.

ALEJANDRO.

Camina,
Que eres mujer valerosa.

Vanse, y suena guerra, y sale Darío huyendo.

DARÍO.

¡Volved, fuertes capitanes!
¿Dónde vais huyendo en tropa?
¿Estas fueron las promesas
Vanas, soberbias y locas?
¡Cobardes persas, volved,
Que me quitáis la corona
Del Asia! ¿Mas qué me canso?
Ninguno á escucharme torna.
¡Oh, cuán lejos siempre están
Las palabras de las obras!
Temerario estrago han hecho
Las espadas macedonias;
Ya van llegando á los carros
De mis hijas y mi esposa:
Si aguardo pierdo el imperio,
Pero moriré con honra;
Mas quiero guardar la vida
Para ocasión más dichosa.
Quien muere, todo lo pierde;
Quien vive, todo lo cobra.
Yo te buscaré otra vez;
Triunfa, griego, triunfa agora.

Vase, y suena más guerra, y salen Aminta, Severio, Leónides, Lisímaco y las hijas de Darío presas.

AMINTA.

Digo que llegué primero.

SEVERIO.

Aminta, cuando te pongas
En quitarme lo que es mío,
Medirémonos las hojas.

LEÓNIDES.

Teneos, que estoy aquí.

AMINTA.

Capitán, con menos cólera.

LEÓNIDES.

Pues ¿tú te pones conmigo?

AMINTA.

Y con Marte si me enoja,
Porque, de Alejandro abajo,
No temo al mundo.

LEÓNIDES.

¿Estás loca?

Dentro:

¡Victoria por Alejandro!

SEVERIO.

Ya publican la victoria.

Sale Alejandro solo.

ALEJANDRO.

Gracias te doy, padre inmenso,
Por la gloria que me has dado;
Yo prometo á tu sagrado
Altar cien libras de incienso,
Mil toros, dos mil corderos
Que tiñan tus blancas aras.
¿Qué es esto?

LISÍMACO.

Si no reparas,
Señor, tus soldados fieros
Harán algún desatino;
Las hijas de Dario son.

LEÓNIDES.

Vuelve á ver su perfección
Y su donaire divino.

ALEJANDRO.

¿Aquí las hijas están
De Dario?

LISÍMACO.

Vuelve, señor,
Á verlas.

ALEJANDRO.

Tengo temor
De mirarlas, capitán.
¿No son hijas de vencido?

LISÍMACO.

Sí, señor.

ALEJANDRO.

Pues ¿qué me quieres?
Que podrán, siendo mujeres,
Lo que Dario no ha podido;
No dudes, verlas deseo;
Pero no las quiero ver,
Porque no sabe vencer
Quien no vence su deseo.

Vase.

LEÓNIDES.

No ha hecho mayor grandeza.

LISÍMACO.

Que aun no las quiso mirar.

SEVERIO.

No ha querido sujetar
Su victoria á su belleza.

LEÓNIDES.

Aminta, el premio tendrás
De esta hazaña, y tú, Severio,
Tu parte.

AMINTA.

Goce este imperio
Mi Rey, que no quiero más.

LEÓNIDES.

Alzad los ojos del suelo:
No tengáis á disfavor
Que Alejandro, mi señor,
Use de tan justo celo.

DEYANIRA.

Para usar de su crueldad

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No se quiso enternecer;
Que quien no nos quiso ver,
No quiso tener piedad.

LEÓNIDES.

Antes piedad nunca oída,
Por no usar con loco amor
La fuerza de vencedor
En la hermosura vencida;
Ejemplo á todos ha dado
De no forzar las cautivas.

POLIDORA.

Así del cielo recibas
Premio de habernos guardado,
Que alcances dél que nos vea
Porque se mueva á piedad.

LEÓNIDES.

No sé que la libertad
Mayor que el no veros sea;
Porque fué hazaña que asombre,
Si estaba el daño en el ver,
El no veros, por no hacer
Cosa indigna de su nombre.

Vanse; salen Lirano y Tirreno, villanos.

LIRANO.

Echa la ribera abajo
Todas las cabras, Tirreno.

TIRRENO.

Golosas del prado ameno,
Vienen por su verde atajo.
¡Por Dios! En tiempo de guerra
No me agrada ser pastor:
Lo uno, por el furor
Con que destruyen la tierra;
Lo otro, por el cuidado
En que me pone el pensar
Que fuera mejor trocar
Mi soldada á ser soldado.

LIRANO.

¿Tú soldado?

TIRRENO.

¿Por qué no?
Las armas me satisfacen;
También los soldados se hacen
De otros hombres como yo.

LIRANO.

Si en la primera ocasión,
Que en esto sólo me fundo,
Te despacha al otro mundo
Un soldado macedón,
¿Qué dirías de la vida
De los soldados allá?

TIRRENO.

Luego ¿los matan?

LIRANO.

Verá:
De una y otra fiera herida.

TIRRENO.

Pues, Lirano, más me quiero
Que acá la vida se pase,
Por más que Julio me abrase,
Por más que me hiele Enero.
Amanézcame en los ojos
El sol por el suelo echado;
De la noche el carro helado
Me cubra entre estos abrojos.
Déme esta fuente agua pura,
Y aquella encina bellotas,
Antes que gentes remotas
Muerte incierta y sepultura.
¡Rita acá, ganado mío,
Que no soy soldado ya!
Verá por dónde se va,
Mas que no para hasta el río.

Sale Darío huyendo.

DARÍO.

Si acaso tenéis, pastores,
Dónde me pueda albergar,
Y dan á un triste lugar
Árboles, fuentes y flores,
Hacedme este bien; que vengo
Poco menos que expirando;
Y advertid que, en descansando,
Volver al camino tengo;
Que no os daré pesadumbre.

LIRANO.

¿Sois soldado?

DARÍO.

¿No lo veis?

LIRANO.

Pues ¿cómo subido habéis
Por esa difícil cumbre?
¿Vais huyendo?

DARÍO.

Huyendo voy.

LIRANO.

Según eso, mal le ha ido
Á Dario.

DARÍO.

Queda vencido,
Y aun muerto pienso que estoy.

TIRRENO.

¡Vencido! Pues ¿puede ser
Que al mayor rey del Oriente,
Con tantas armas y gente,
Le pueda otro rey vencer?

DARÍO.

Sí, porque es ley en el suelo
Que estén sujetas y llanas
Todas las cosas humanas
Á la voluntad del cielo.
Dario, á quien el sol, apenas
Nacido, á dorar venía;
Dario, á quien Persia ofrecía
Oro y plata á manos llenas;
Dario, que un campo juntó
De cuatrocientos mil hombres,
La fama de cuyos nombres
El polo opuesto tembló;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Dario, que cuando salía
Dos mil criados llevaba,
Hoy muestra que el tiempo acaba
Toda esta gloria en un día.
Que de Alejandro vencido,
Mozo de buena fortuna,
Sin honra, sin gente alguna,
Va caminando perdido;
Y por dicha puede ser
Que, sin caballo y sin gente,
El que ayer mandó el Oriente,
Hoy no tenga qué comer.

LIRANO.

¿Sois vos, acaso, señor?

DARÍO.

Yo soy; mirad como en templo
Esta pintura y ejemplo
Del mundo.

LIRANO.

¡Extraño rigor!
Dadnos, señor, vuestros pies,
Y ese valor de rey persa
Mostrad en la suerte adversa.

TIRRENO.

Qué, ¿éste es el Rey?

LIRANO.

¿No lo ves?

TIRRENO.

¡Pardiez, que al alma me llega
Veros en tanto dolor!
Mas no os fatiguéis, señor,
Que os dé este golpe una ciega;
Ciega pasa la fortuna
Encontrando confianzas,
Porque es ley de sus mudanzas
No temer firmeza alguna.
Ese Alejandro, otro día
Será vencido de vos.

DARÍO.

¿Tenéis qué comer?

TIRRENO.

¡Por Dios,
Que ayer, señor Rey, lo había,
Y que hoy no hay más que algún pan,
Y no muy blanco!

DARÍO.

¡Ay de mí!
Señor de Oriente fuí,
Y hoy dos villanos me dan
Sus limitados sustentos;
Mas ánimo, corazón;
Que grandes desdichas son
Para grandes pensamientos.
Alejandro tiene presas
Mis hijas y mi mujer;
Rendirme, puede poner
Fin dichoso á sus empresas.
Pues no ha de ser de ese modo:
En Babilonia he dejado
Lo precioso de mi Estado
Y de mi linaje todo:
Segunda vez quiero hacer
Guerra á Alejandro.

LIRANO.

Señor,
Esforzad vuestro valor;
Conmigo habéis de comer;
Yo os daré la voluntad,
Que es mesa en que come Dios;
Y porque es digna de vos
Y de vuestra majestad,
Una rica pieza de oro
Con unas letras, que hallé
En este monte, os daré
Por postres: lo que es ignoro,
Como soy rudo pastor;
Vos lo veréis, que sabréis
Leer.

DARÍO.

¿Dónde la tenéis?

LIRANO.

Aquí, en el zurrón, señor.
Un famoso templo había
Orilla de aqueste mar;
Cayóse, viendo temblar
La tierra de espanto un día;
Mirando yo sus rüinas,
Esta tabla de oro hallé.

DARÍO.

Muestra.

LIRANO.

Ella es digna, á la fe,
De un rey.

Dale una tablilla dorada.

DARÍO.

Letras son latinas.

Lea:

«Cuando esta tabla descubierta fuere,
Vendrá de Macedonia un rey que ponga
Sobre el Asia los pies.»

DARÍO.

¡Cielo! ¿Qué es esto?
¿Tantos agüeros, tantas desventuras?
¡Oh, villanos correos de mi muerte!
¡Vive Júpiter santo, que esta espada
Os dé el hallazgo de la tabla de oro!

LIRANO.

¡Señor, mira que estamos inocentes!

TIRRENO.

¡Huye, Lirano, que se ha vuelto loco!

DARÍO.

¡Hasta perder la vida todo es poco!

Vanse, y salen Alejandro y su gente.

ALEJANDRO.

Rindióse, en fin, Sidón; rindióse Tiro.

LEÓNIDES.

Todo se rinde á tu valor supremo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALEJANDRO.
Á ser solo señor del mundo aspiro.
LEÓNIDES.
Que es poco el mundo á tu esperanza, temo.
ALEJANDRO.
Rey quiero dar á esta ciudad famosa.
LISÍMACO.
Aquí viene tu huésped Tepolemo.

Sale Tepolemo.

TEPOLEMO.
¡Guarde el cielo tu vida generosa!
ALEJANDRO.
Huésped, famosamente me has tratado.
TEPOLEMO.
Mi casa honraste, humilde, aunque dichosa;
Hago cuenta que á Júpiter sagrado,
Cual otro Filemón, en su pobreza
Tuve, puesto que indigno, aposentado.
ALEJANDRO.
Huésped, pagarte quiero.
TEPOLEMO.
¿Qué riqueza
Mayor que haberte en ella merecido?
ALEJANDRO.
Conozco, Tepolemo, tu nobleza:
Rey de Sidón te hago.
TEPOLEMO.
No ha tenido
Tu igual el mundo: ¿á un huésped de dos días
Haces rey de su patria obedecido?
ALEJANDRO.
¿Qué menos paga, huésped, merecías?
TEPOLEMO.
Señor, yo te suplico no lo mandes;
No son para reinar las fuerzas mías.
ALEJANDRO.
Venciste en eso mis hazañas grandes;
Mas nombra un rey, y el que quisieres sea,
Como ajustado á tus virtudes andes.
TEPOLEMO.
Si he de nombrar un hombre que posea
Por su virtud el reino, por mi mano,
No habrá, señor, alguno que me crea.
ALEJANDRO.
Di presto el que te agrada.
TEPOLEMO.
Es hombre llano.
ALEJANDRO.
¿Es virtuoso?
TEPOLEMO.
Sí.
ALEJANDRO.
¿Quién?
TEPOLEMO.
Dolomino.
ALEJANDRO.
¿Qué ejercicio?
TEPOLEMO.
Señor, es hortelano.
ALEJANDRO.
Pues tú dejas el reino, siendo dino
Por tu virtud del cetro, y otro nombras,
Sin duda es hombre de valor divino.
Parte por él.
TEPOLEMO.
Yo voy; que entre las sombras
De esta huerta, señor, está cavando.

Vase.

ALEJANDRO.
Camina, Tepolemo, que me asombras.
LEÓNIDES.
Aqueste labrador te anda buscando.

Sale Tirreno.

ALEJANDRO.
¿Qué quieres?
TIRRENO.
No acierto á hablar.
ALEJANDRO.
¿Qué te turba?
TIRRENO.
El ver un hombre
Tan divino, que se nombre
Dios del mundo y rey del mar.
ALEJANDRO.
Llega.
TIRRENO.
¿Darásme licencia
Que te toque?
ALEJANDRO.
No es razón
Si las imágenes son
Tratadas con más decencia;
Pues si nadie, por respeto,
Las llega, ¿qué harán al dios?
TIRRENO.
Qué, ¿eres dios?
ALEJANDRO.
Mira en los dos
El diferente sujeto.
TIRRENO.
Señor del mundo, aquel día
Que en Asia tu campo entró,
Un potrillo me parió
Una yegua que tenía.
Era tan bella, que luego
Me dí á pensar que era justo
Crialle para tu gusto.
ALEJANDRO.
Pues ¿por qué?
TIRRENO.
Escucha, te ruego:
Porque soñé que serías
Rey del Asia, y presumí
Que, en presentártele á ti,
Algún premio me darías:
Crióse el potro, y salió
De suerte, en estos tres años
Que por hechos tan extraños

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Asia tu nombre temió,
Que era bien digno de ti;
Mas cuando ya le traía,
En aquella casería
Que casi ves desde aquí,
Dos viejas y un labrador
Me le miraron de suerte
Que me le llevó la muerte
Como el arado á la flor.
Lloré triste, y desollando
El potro, que en carnes dejo,
Te traigo sólo el pellejo,
Que es aquel que estás mirando.

ALEJANDRO.

Yo te agradezco, buen hombre,
El intento que has tenido;
Y pues que criado ha sido
Ese caballo en mi nombre,
Quiero estimar el pellejo.
¡Hola! Guardadle muy bien,
Y haced que luego le den,
Por la intención y el consejo,
Dos caballos de los míos
Y seis mil escudos de oro.

TIRRENO.

Besen esos pies que adoro,
Indios negros, scitas fríos.

Vase Tirreno, y salen Tepolemo y Dolomino.

TEPOLEMO.

Aquí está aquel hortelano
Que has hecho rey.

ALEJANDRO.

Llega, amigo.

DOLOMINO.

No tendrán mayor testigo
Las grandezas de tu mano:
De una pobre humilde huerta
Á un reino altivo me pasas,
Y de estas deshechas casas
Á un aula de oro cubierta;
De un suelo, á tantas riquezas,
Y al cetro, de un azadón:
Conozca el mundo que son
De Alejandro las grandezas.

ALEJANDRO.

No son mías, de que estoy
Confuso, amigo, en extremo;
El grande fué Tepolemo,
Pues te da lo que te doy;
Que si rey te constituyo,
Rey me quedo, mas él no,
Pues el reino que te dió
Era solamente suyo.

LISÍMACO.

Ya ha llegado Efestión
De la gran Jerusalén.

Sale Efestión.

ALEJANDRO.

¡Vengas mil veces con bien!
¿Qué hay, tenemos provisión?

EFESTIÓN.

No quisiera decirte la locura,
Invicto Rey del mundo, hijo de Júpiter,
Con que estiman á Dario los hebreos
Por no causarte enojo.

ALEJANDRO.

¿Qué responden?

EFESTIÓN.

Dí tu embajada, Rey, al duque Hircano,
Y de Jerusalén al gran Pontífice,
Mandándolos que luego te obedezcan
Y que te envíen gente y provisiones
Con los tributos que pagar solían;
Y responden que hicieron homenaje
Á Dario, á quien por rey y señor tienen,
Y que no te conocen, ni era justo
Dejar al propio Rey por el extraño.

ALEJANDRO.

¡Blasfemo de los dioses, que es palabra
Que no dije en mi vida al nombre mío!
¿Jerusalén responde de esa suerte?
Pues ¡cómo! Voy de paz, siendo yo el rayo
Que envía Dios para abrasar el mundo,
¿Y atrevida me niega la obediencia?
Soldados, desde el día que salimos
De Europa, no he tenido tal respuesta,
Ni me parece que nos han quitado
Nuestro debido honor, pesar de Júpiter,
Aunque perdone el ser mi soberano
Padre en la tierra. ¡Vamos; marcha, toca!
No ha de quedar, Jerusalén, si puedo,
Piedra en tus muros. ¿Piensas, por ventura,
Loco Israel, que tienes capitanes
A quien se pare el sol como otro tiempo,
Que con trompetas y con luz vencías?

LISÍMACO.

¡Vivas mil años, guárdente los dioses!
Jerusalén es rica en todo Oriente;
No hay ciudad que nos pueda hinchir las manos
Con tal satisfacción.

ALEJANDRO.

Yo os doy licencia
Para un sangriento saco. ¡Vive Júpiter,
Que no ha de quedar hombre vivo en ella!
Los niños degollad, y las mujeres
Colgad de los cabellos por los árboles.
¡Muero, rabio, deshágome! ¿Qué es esto?
¡Jerusalén á mí! ¡Camina, toca!

EFESTIÓN.

Justa razón á enojo le provoca.

Vanse, y salen Hircano, Duque de Jerusalén, y Jado, sumo sacerdote.

HIRCANO.

En esta gran confusión,
¿Qué es lo que piensas hacer?

JADO.

Acudir á la oración,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que Dios tiene más poder
Que el soberbio Macedón.
Retírate, Duque, allí;
Que si el gran Dios de Israel
No da remedio por mí
Contra Alejandro cruel,
¡Ay, Jerusalén, de ti!

HIRCANO.

Llega, sacerdote santo,
Y misericordia pide
Al gran Dios que puede tanto;
Di que su pueblo no olvide,
Dile que escuche su llanto.

Salgan las mujeres de Jerusalén.

MUJER 1.ª

Generoso duque Hircano,
Y tú, Jado, soberano
Sacerdote, ¿qué respuesta
Tan airada y descompuesta
Disteis á Alejandro Magno?
¿Qué es esto, que ya furioso
Á Jerusalén camina?

MUJER 2.ª

Duque ilustre y generoso,
Mira el llanto y la rüina
De este tu pueblo piadoso;
Mira con qué confusión
Al alcázar de Sión
Suben mujeres cargadas
De sus hijos, las espadas
Temiendo del Macedón.
¿Por qué el tributo negáis,
Pues no era tanto tesoro?
Si acaso pobres estáis,
Tomad nuestras joyas de oro,
Pues nuestra sangre le dais.
¿No veis que siempre en el saco
Es la furia más sangrienta,
En dándose un pueblo á saco?

JADO.

Mientras su venida intenta,
Quiero ver si al cielo aplaco.

De rodillas.

¡Divino Dios de Israel,
Que del cuchillo cruel
De Faraón nos libraste,
Que abriste el mar y mandaste
Que se cerrase con él:
De Alejandro nos defiende,
Libra tu Jerusalén;
Detén el rayo que enciende
El Asia, pues hoy también
Tu templo arruinar pretende
¡Libra tu pueblo, Señor!

Un ángel en lo alto.

ÁNGEL.

Jado, no tengas temor.

JADO.

Furioso Alejandro viene:
¿Qué haré? que desnuda tiene
La espada de su rigor.

ÁNGEL.

Á toda Jerusalén
Harás vestir, y prevén
Palmas, ramos é instrumentos,
Y á recibirle contentos
Salga la ciudad también.

Desaparece.

JADO.

¿Á un hombre sangriento y fuerte,
Que blasfemó por vengarse,
Recibiré de esa suerte?
¿De qué servirá enramarse
Ni el ir cantando á la muerte?
Ahora bien, Dios lo ha mandado:
No hay que replicar á Dios.

HIRCANO.

¿Qué te responde?

JADO.

He pensado
Que faltarnos fe á los dos
Fuera soberbio pecado.
Venid, que Jerusalén
Se ha de vestir, y con ramos
Irle á recibir también.

HIRCANO.

¿Dios no lo manda? Pues vamos;
Música y palmas prevén.

Salga toda la gente de Alejandro, delante, en orden, y él detrás, armado.

ALEJANDRO.

¡Soberbia Jerusalén,
Sumo sacerdote Jado,
Cobarde Duque, vil gente,
Alcázar de David santo;
Gran templo de Salomón,
Fuertes puertas, muros altos,
Mirad que llega á vosotros
De Dios el ardiente rayo,
La espada de su justicia
Y el azote de su mano!
Alejandro soy, hebreos;
Agora veréis si paso
Vuestro arroyuelo Cedrón,
Yo que pasé mares tantos.
A Dario decís que dais
Tributo, á mi esclavo Dario,
Cuyas hijas y mujeres
Traigo presas en mi campo;
A Dario, que en Babilonia,
Entre mujeres hilando,
Está escondido de mí!
¿Qué es lo que aguardáis, soldados?
¡Fuego, armas, sangre, guerra:
Jerusalén ha de quedar por tierra!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen los músicos, una danza de mujeres, el Duque, el sacerdote, y los que pudieren coronados de laurel, con palmas y ramos.

Cantan:

Venga norabuena,
Con sus soldados,
A Jerusalén
Su rey Alejandro.

Apéase Alejandro en viendo al sacerdote, y échase á sus pies.

ALEJANDRO.

¡Oh, soberano señor!
Dame esos pies sacrosantos.

EFESTIÓN.

¿Qué es esto, señor del mundo?
¿Tú adoras pies de hombre humano?

LISÍMACO.

¿Tú eras aquel que decías
Que hasta los niños de un año
No perdonase el cuchillo?

ALEJANDRO.

¿De qué os admiráis, soldados?
Sabed que cuando salí
De Europa desconfiado,
Y confuso de emprender
Un pensamiento tan alto,
Dios me apareció en la forma
Que este sacerdote santo,
Con este mismo vestido,
Y así me dijo: «Alejandro,
Parte al Asia; que aquí estoy
De tu parte, y con mi amparo
Serás su rey.» Pues si yo
Veo aquí la forma y hábito
De Dios, que esto me promete,
No os cause, amigos, espanto
Que le adore y reverencie.

EFESTIÓN.

¡Justo ha sido!

LISÍMACO.

¡Caso extraño!

JADO.

Yo te mostraré, señor,
Cómo está profetizado
Del profeta Daniel
El fin del reino persiano,
Y la griega monarquía
Que en ti comienza, Alejandro.
Ven á nuestro santo templo,
Sacrifica á Dios.

ALEJANDRO.

¡Hircano,
Dame esos brazos!

HIRCANO.

Los piés
Te pido.

ALEJANDRO.

Aquí están los brazos.

HIRCANO.

El año séptimo, Rey,
No cogemos ni sembramos;
De este tributo nos libra.

ALEJANDRO.

Yo os hago exentos y francos:
Vamos al templo en que á Dios
Incienso y mirra ofrezcamos.
Esta es la primera parte;
Para la segunda guardo
El fin, aunque son sin fin
Las Grandezas de Alejandro.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL HONRADO HERMANO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL HONRADO HERMANO

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

Á JUAN MUÑOZ DE ESCOBAR

DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, SU CONTADOR MAYOR DE CUENTAS, ADMINISTRADOR GENERAL DE LOS ALMOXARIFAZGOS DE SEVILLA Y JUEZ DE SU DESEMPEÑO.

Esta romana historia de los Horacios y Albanos, que en su primer libro escribe el príncipe de ella, Tito Livio, ofrezco á Vm. por no entrar á conocerle sin reconocimiento, cosa que tanto he deseado por la fama (aunque menor que sus méritos) de su valor y prudencia, con las demás partes y virtudes por quien Su Majestad ha puesto á Vm. en tan honrosos cargos, y de quien es servido con tanta satisfacción y confidencia, con esperanza muy justa de mayores premios, dignos de su entendimiento y generoso pecho, cuya bondad se conoce de que se los desean tantos á quien Vm. tiene obligados con sus buenos oficios y cortesía; porque fué opinión del Filósofo en las Ethicas que aquello era bueno en sumo grado que no sólo usaba de su virtud para sí, sino también para los otros. *Esta bondad con prudencia, que celebraba Platón y le imitó Menandro, resplandece en Vm. con sumo encarecimiento, y á quien se debían mayores elogios que los que puede comprender tan corto ofrecimiento. No quise que fuese fábula, sino verdadera historia, y tan calificada que no se desdeñó San Agustín de escribirla en el libro* III *de su* Ciudad de Dios, *en el capítulo* XIV, *disculpando las lágrimas de Horacio con el ejemplo de Eneas y de Marcelo en Sicilia; que cuando no tuviera esta calidad, y la que le dan los principios de la sagrada Roma, haberla dedicado á Vm. y honrado de su nombre era calificación bastante.*

Dios guarde á Vm. como deseo.

Su capellán,
LOPE DE VEGA CARPIO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL HONRADO HERMANO

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DE LA COMEDIA

Curiacio.	Tisalbo.	*Labradores.*	Horacio 1.º	Sempronio.	*Embajadores.*
Fabio, *villano.*	Florenio.		Horacio 2.º	Auspicio.	
Curiacio 2.º	Fregelano.		Horacio 3.º	Lisandro.	
Curiacio 3.º	Casino.		Un criado.	Aquileyo.	
Mecio, *Rey de Alba.*	Eufrosina.		Tulio Hostilio.	Una máscara.	
Lisandro.	Flavia, *dama.*		Cayo Horacio.	Los dos Albanos.	
Julia Horacia.	Rosardo.		Quirino.		

ACTO PRIMERO.

Sale Curiacio, y Fabio, villano.

CURIACIO.

En el Imperio romano
Se llaman, Fabio, entrerreyes
Los que sustentan las leyes
Que les dió Rómulo Albano
Mientras que les falta rey.

FABIO.

Y ¿quién son?

CURIACIO.

Los senadores.

FABIO.

¿Cuántos?

CURIACIO.

Ciento.

FABIO.

¡Cien señores!
Bueno, no les cabe á ley.

CURIACIO.

No se entiende que lo son
Todos juntos que, si fuera
De aquella suerte, viniera
El gobierno á división.

FABIO.

Pues ¿cómo?

CURIACIO.

De aquestos ciento,
Cada uno es rey cinco días.

FABIO.

Romanas filosofías
Sobre su vil fundamento.
En el tiempo que uno de éstos

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Reina, ¿no puede hacer,
Con su absoluto poder,
Daños, señor, manifiestos,
Vengarse del enemigo,
Quitar la hacienda al extraño?

CURIACIO.

No, porque del menor daño
Le viene luego el castigo;
Que ¿cuál rey en cinco días
Se ha de atrever á hacer mal
Si espera castigo igual?

FABIO.

De algo son las quejas mías;
Que mientras hay rey, no son
Los labradores romanos,
En nuestros campos albanos,
Rayos, fuego y destrucción.
Viene el gobierno á entrerreyes,
Y vienen los labradores
Á volverse robadores
De nuestros campos y bueyes.
Cree tú que en cinco días
No habrá rey tan singular
Que no quiera aprovechar
Más sus cosas que las mías.
Famoso rey era Numa:
No sólo Roma le pierde,
Puesto que la envidia muerde
De sus grandezas la suma:
Que toda Italia le llora.

CURIACIO.

La romana religión,
Por Numa puesta en razón,
Su divino ingenio adora.
Y cree que no se rige
Roma sin él, de manera
Que el daño que os hacen quiera.

FABIO.

Luego yo por mí lo dije:
De tus hermanos y tuya
Es, Curiacio, aquesta hacienda,
Que yo tengo en encomienda,
Mas que la acabe y destruya.
Si tu padre vivo fuera,
Que tuvo valor troyano,
No se alabara el romano
Que su campo destruyera.
Que él solo, sin estorballo
Cuanto á su arrogancia doma,
Hasta las puertas de Roma
Arremetiera el caballo.
Y con igual confianza
De su razón y su mano,
Hasta su templo de Jano
Les arrojara su lanza.
¡Bueno es que de una alquería
Salgan cuatro labradores,
Y que los bueyes mejores
Roben de la tuya y mía!
Profesa tú ser quien soy,
Y dame tu estado á mí
Porque veas desde aquí
El castigo que les doy.
Ó si no, busca quien viva
En tus campos y labranza.

CURIACIO.

Incitas á la venganza,
Fabio, mi furia excesiva
Con el ejemplo paterno.
¿Es eso necesidad
Para entrar en la ciudad,
Y cuando fuera el infierno,
Mayormente en una huerta
Donde están cuatro villanos?

FABIO.

Aquí vienen tus hermanos.

CURIACIO.

Ten la venganza por cierta;
Hombre no ha de quedar vivo.

Salen dos hermanos menores de Curiacio.

CURIACIO 2.°

¿Con quién estáis enojado?

CURIACIO.

Con todo ese vil Senado
Romano, arrogante, altivo,
Que consiente y da licencia
Que nuestros campos albanos
Roben sus viles villanos
En nuestra misma presencia.
Pero no tiene el Senado
Culpa de esto, sino yo;
Quien mi hacienda me quitó,
De mí ha de ser castigado.
¿Cúya es aquella alquería?

FABIO.

De un romano generoso.

CURIACIO.

¿Llámase?

FABIO.

Horacio.

CURIACIO 3.°

Es famoso.

CURIACIO.

¿Por qué? ¿Por su valentía?

CURIACIO 3.°

Por su familia es ilustre,
Que ya á decrépito viene,
Y por tres hijos que tiene,
Que son de sus canas lustre.

CURIACIO.

¡Donaire tienes, por Dios!
¿Cuál padre en el mundo ha habido
Que otros tres haya tenido
Como yo y vosotros dos?
Tomad lanzas y caballos;
Que si en esa casa están,
En su defensa verán
Si podemos igualallos.

CURIACIO 2.°

¡Cómo igualar, pesia Roma!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tres hermanos albaneses
Tomen caballos y arneses;
Tú sólo una caña toma,
Para que así los espantes;
Que si yo voy, muertos son.

CURIACIO 3.º

No ha criado su nación
Otros tres más arrogantes.
¡Por Júpiter, que se cuenta
Que come el mayor los hombres!

CURIACIO.

Nunca de famas te asombres;
Ése déjale á mi cuenta.

FABIO.

No entiendo que hay nadie allí
De los que son los señores,
Que solos los labradores
Recogerse dentro vi;
Y por ventura, á comer
Los bueyes que os han robado.

CURIACIO.

Cuando haya el huésped llegado,
Podremos la cuenta hacer.
¡Pluguiera á Dios que estuviera,
Según la furia me abrasa,
Toda Roma en esa casa,
Porque toda Roma ardiera!

Salen Julia Horacia y dos labradores, Tisalbo y Florenio.

JULIA.

¿Volvieron mis hermanos
Á Roma?

TISALBO.

Ya se volvieron.

JULIA.

Bien la obligación cumplieron
De caballeros romanos.
Sola me dejan aquí.

TISALBO.

Mucha injuria nos has hecho;
Que, fuera de ellos, sospecho
Que nadie me iguala á mí.

JULIA.

Tienes, Tisalbo, razón,
Pero no de qué te afrentes,
Porque sois muy diferentes
Los dos en la profesión;
Porque en su Roma sagrada,
Ó en el campo cultivado,
Tú ejercitas el arado,
Y Horacio la blanca espada.

FLORENCIO.

No temas, Horacia hermosa,
Aunque sola te han dejado;
Fía más del limpio arado,
Que no de la espada ociosa.
Roma tiene ese valor:
Que no sólo engendra fiero
El hidalgo caballero,
Sino el tosco labrador.
Mira los tiempos presentes,
Pues con hechos hazañosos,
Labradores belicosos
Hurtan laurel á sus frentes.
Segura estarás aquí
De esos cobardes albanos.

Salen Fregelano y Casino, labradores, con Eufrosina, villana, en los brazos.

FREGELANO.

Camina apriesa.

EUFROSINA.

¡Romanos,
Romanos, piedad de mí!

CASINO.

Á mal tiempo hemos venido;
Que la hija de nuestro amo
Está á la puerta.

FREGELANO.

Hoy me llamo
Desdichado y atrevido.
Casino, ¿qué hemos de hacer?

CASINO.

¡Que aquésta de Roma acuda
Á tal tiempo!

FREGELANO.

Pues no hay duda,
Sino que la han de traer
Por fuerza padre y hermanos.

CASINO.

Sabe Dios lo que me pesa;
Pero al fin, haz con la presa
Lo que suelen los milanos.

FREGELANO.

¿Qué hacen?

CASINO.

Dan en el suelo
Con ella viendo el halcón.

FREGELANO.

Pollo de mi corazón,
Adiós, que levanto el vuelo.

CASINO.

Huye al campo, Fregelano,
Que entiendo que te han sentido.

Dejan á Eufrosina y huyen.

EUFROSINA.

¡Ay de mí!

JULIA.

¡Qué gran rüido!

TISALBO.

¿Qué temes?

JULIA.

No temo en vano.

FREGELANO.

Pues ¿de qué puedes temer?

JULIA.

Dos hombres huyendo vi.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TISALBO.
Pues ¡por Dios, que no hay aquí
Sino sola una mujer!
JULIA.
Bien dices; y labradora.
EUFROSINA.
Si algo al ser mujer se debe,
Ó por serlo vos os mueve
Mi llanto, hermosa señora,
Misericordia de mí.
JULIA.
Enjuga el llanto, aldeana.
EUFROSINA.
Pues sois, señora, romana,
Mostrad que lo sois en mí.
JULIA.
¿De dónde eres?
EUFROSINA.
Albanesa,
Ilustre romana, soy;
Vergüenza es decir que hoy
Fuí de Roma humilde presa;
No de sus águilas altas,
Que ellas más gallardas son.
JULIA.
Pues ¿quién te ha puesto en prisión
Y de qué familia faltas?
EUFROSINA.
Los que me prendieron creo
Que son de tu casería.
FLORENIO.
Fregelano es el que huía;
Casino el otro, ó Timbreo.
De tu miedo la han dejado.
JULIA.
Por eso, sin duda, ha sido.
EUFROSINA.
Sí, que los dos que han huído
Me hurtaron de mi ganado;
Que ha llegado ya el rigor
Á que hurten las mujeres.
JULIA.
La mejor oveja eres;
Hurta el lobo lo mejor.
No debían de saber
Que estaba yo agora aquí;
Tus albaneses en mí
Lo mismo pueden hacer.
Vé, Florenio, en busca de ellos.
TISALBO.
Los dos iremos.
JULIA.
Partid,
Y á esos villanos decid
Que me he enfadado con ellos.

Vanse Florenio y Tisalbo.

¿Cómo es tu nombre, pastora?
EUFROSINA.
Eufrosina, á tu servicio;
Y pues te he dicho mi oficio,
Direte mi dueño agora.
Digo, el que lo es de mi padre,
Y donde yo me crié,
Porque de su madre fué
Criada también mi madre.
Hay en Alba tres hermanos:
Curiacios tienen por nombre;
El que es de los tres más hombre,
Conocen bien los romanos.
Este señor es el dueño
De esta hacienda en que yo estoy.
JULIA.
Aficionada le soy
Por fama, mi fe te empeño.
Mil cosas he oído de él
En lo que á la guerra toca,
Con que alabarle provoca
Á su enemigo cruel.
Pero como en esta parte
Más le va á Roma que á mí,
Lo que es en la paz me di.
EUFROSINA.
De su paz puedo informarte;
Que es tan gallardo y galán,
Y tantas gracias encierra,
Que las damas de su tierra
Mil bendiciones le dan.
Y yo te juro, señora,
Que sin hablar á ninguna,
Conozco y sé más de una
Que su pensamiento adora.
JULIA.
Y ¿él no quiere bien?
EUFROSINA.
No tiene
Ese lugar con la guerra,
Y cuando viene á su tierra,
Sólo á defenderla viene;
Que antes su hermosura y trato
Á más blandura se aplica.
JULIA.
Es quien no la comunica
Á naturaleza ingrato.
Paga al cielo lo que debe
Quien, amado, á amar se inclina;
Es la hermosura, Eufrosina,
Una tiranía breve;
Es una flor fresca al alba,
Que á la tarde se marchita,
Que porque se pone y quita
Á su ocasión pintan calva.
No sé por qué á los soldados
El cielo hermosura dió,
Si á vivir los obligó
De tanta defensa armados.
En fin, la guerra entretiene
Sin amar tu ingrato albano.
EUFROSINA.
Bien sé yo por qué es tirano
De la hermosura que tiene,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y con nadie goza de ella.

JULIA.

¿Por qué, así te guarde Dios?

EUFROSINA.

Porque no os ha visto á vos,
Que sois en extremo bella;
Que, si os viera, no dudéis
Que de condición mudara,
Y con extremo os amara
Por el que en todo tenéis.

JULIA.

Qué, ¿te parece de mí
Que mereciera su amor?

EUFROSINA.

Gente suena. ¡Ay, qué temor!

JULIA.

Segura estarás aquí.
Mas ya no sé si lo estoy;
Que no está aquí nuestra gente.

EUFROSINA.

Ya pasan del río la puente.

JULIA.

Entra.

EUFROSINA.

Cierra.

JULIA.

¡Muerta soy!

Salen los tres Curiacios con tres lanzas y sus escudos embrazados, y Fabio, villano.

FABIO.

La puerta es ésta de la infame quinta,
Curiacios fuertes, que esta gente guarda.

CURIACIO 1.º

¡Así pudiera ser la esfera quinta!
¡Entra, derriba, rompe, quiebra!

CURIACIO 2.º

Aguarda.

CURIACIO 1.º

Al iracundo Marte, Apeles pinta
Hoy en mi furia; ya su efecto tarda.

CURIACIO 2.º

Lo que quiero decir no es detenerte,
Sino que no acometas lo más fuerte.

CURIACIO 3.º

Busquemos de la casa lo más flaco;
¡Qué bien dice Camilo!

CURIACIO 1.º

¡Oh, fiera cueva
De otro ladrón de Italia, de otro Caco,
La fuerza de un albano Hércules prueba!
Hoy su hacienda, su gente, meto á saco:
¡No ha de quedar arado, trillo, esteva,
Pala, bieldo, azadón, buey, carro y mula!

CURIACIO 2.º

Justa razón y enojo te estimula.

CURIACIO 1.º

¡Que no bastaba que á mis labradores
Robasen los villanos sus ganados!
Ya son de las mujeres salteadores:
¡Rompe armellas, cerrojos y candados!

FABIO.

¡Ay, hija! ¿Dónde estás?

CURIACIO 1.º

No llores;
Diez hombres llevarás por ella atados.

FABIO.

No me contento aunque me dieses once.

CURIACIO 1.º

Rompe esa aldaba y láminas de bronce.

CURIACIO 2.º

No pienses que es tan fácil; que ya intento
Romper la antigua clavazón dorada,
Ya con el hierro, ya volviendo el cuento;
Mas resiste su lámina acerada.

CURIACIO 3.º

Oid un poco: abrir la puerta siento.

CURIACIO 2.º

La llave da la vuelta.

CURIACIO 1.º

Eso me agrada;
Poneos los tres en ala, y salgan trece.

CURIACIO 3.º

Detén la lanza: una mujer se ofrece.

Sale Julia Horacia con una espada y rodela.

JULIA.

Generosos albaneses
Y valerosos soldados,
Más que de razón, forzados
De los propios intereses:
Teniéndoos por labradores
Me guardé de vuestra furia,
Porque la villana injuria
No respeta á sus mayores;
Pero, viéndoos caballeros,
Abrí y salí confiada,
Porque, al fin, la hidalga espada
Trae respeto en los aceros.
Salí á mostraros mi cara,
Porque, á tan grande poder,
Lo que no fuera mujer,
No es posible que bastara.
Lo primero en que me fundo,
Es la obligación del hombre;
Y lo segundo, mi nombre,
Que tiene asombrado el mundo.
Porque, en efecto, si aquí
Á robarme habéis venido,
Mostré que romana he sido
Muriendo como nací.
Los hombres que aquí vivían
Fuera están, como veréis
Cuando la casa ganéis,
Si es que ellos aquí os traían.
Mi padre y nobles hermanos
Son idos á la elección
Del rey, que en esta ocasión
No le tienen los romanos.
Que sola una labradora

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que en estos campos hallé,
Que presa dice que fué
De dos villanos agora,
En toda la casa vive,
Digo, con alma y razón.

CURIACIO 2.º

¿De qué es tanta suspensión?
Habla, la lengua apercibe.

CURIACIO 3.º

¿No respondes? Habla, hermano.

CURIACIO 2.º

Habla, ¿en qué te desvaneces?

CURIACIO 3.º

Marte de piedra pareces
Con esa lanza en la mano.
¿Qué tienes? ¿Qué te suspende?

CURIACIO 2.º

¿Era esa la arrogancia?
¿Cómo en tan breve distancia
Tanto el vil temor te ofende?
¡Romped las puertas, que es mengua,
Las láminas y cerrojos!

CURIACIO 3.º

Mueve siquiera los ojos,
Ya que no muevas la lengua.
Pon la lanza en tierra, y di
Que eres hombre á esta mujer.

CURIACIO 2.º

Medusa debe de ser,
Que le ha vuelto piedra así.

CURIACIO 3.º

¿De qué te has quedado inmoble?
¿Nunca has visto una mujer?

CURIACIO 1.º

Si hallara qué responder,
Dama generosa y noble,
Creo que, volviendo en mí,
Pudiera satisfaceros;
Y si hallé qué responderos,
Ya lo dije cuando os vi;
Pero, bien ó mal, pues debo
Responderos, por disculpa
De la cometida culpa,
Basta el castigo que llevo.
Engañado me han traído
Á vengar ciertos agravios,
Aunque no disculpen sabios
El que engañado ha ofendido.
Á una humilde casería,
El padre de esta pastora
Me trujo, por Dios, señora,
De los campos de otra mía;
Donde el alma temerosa,
Para ser de otros ejemplo,
Halla que ha violado el templo
De tan soberana diosa.
Los instrumentos que el suelo
Suelen arar y cavar,
Vine, señora, á robar,
Pero no estrellas del cielo.
Y el mismo en disculpa toma,
Que no me dieron aviso
De que estaba el Paraíso
Á cuatro leguas de Roma.
Y el no haber puesto lo sea,
De mi engaño y de estos dos,
Para un árbol como vos,
Los dragones de Medea.
Esos tres hermanos vuestros
Pensé, por ventura, hallar,
Con ánimo de probar
Contra los suyos los nuestros.
Pero si vuelven aquí,
Decid al mayor Horacio
Que se le rinde Curiacio
Porque no le vió y os vi.

JULIA.

Á tan noble proceder
Y tales obligaciones,
Parece que con razones
No se puede responder.
Noticia de vos tenía,
Ilustre y noble albanés;
Pero ya la fama es
Como noche de este día.
Huélgome de haberos visto;
Y aunque á Horacia y á romana
Parezca cosa liviana,
Que esta casa no resisto,
Franca os la doy toda, entrad;
Porque de locura pasa
Que defendiese la casa
Quien rindió la voluntad.
Bien sé yo que, si esto saben
Mis hermanos, me debéis
La vida; que no dudéis
De que luego me la acaben.
Pero, en fin, cortés Curiacio,
Entra, y pon en tu blasón
Que has vencido el corazón
De Julia, hermana de Horacio;
No con armas ni con gente,
Que eso fuera mucha mengua,
Sino con humilde lengua
Y con mirar blandamente;
Que bien sabes que, si abrí
Y me salí á defender,
No fué como vil mujer,
Ni que al temor me rendí.
Antes por valor merece
Que se celebrase al doble,
Pues me rendí como noble
Á un hombre que lo parece.
Por vencedor te declaras
Cuanto un buen término pueda,
Con tener la espada queda,
Que si no la ejercitaras.
Entra, que ¡viven los dioses!
Que, aunque el mundo me acobarde,
Has de tener esta tarde
Esta casa en que reposes.
Porque si es valor romano

Hacer una hazaña fuerte,
¿Qué más que darme á la muerte
Por un enemigo albano?

CURIACIO 1.°

No quiera el cielo, señora,
Que á tal peligro os pongáis.

JULIA.

Entrad, que diré que estáis
Á Horacio temiendo agora.

CURIACIO 1.°

Bien me conocéis: entremos.

CURIACIO 2.°

Mira, hermano, dónde vas.

CURIACIO 1.°

Quédate, villano, atrás
Para hacer estos extremos.

CURIACIO 2.°

Bueno, yo entraré el primero.

CURIACIO 3.°

Fabio, aquí está tu Eufrosina.

FABIO.

Ya lo sé, señor.

JULIA.

Camina,
Generoso caballero;
Confía de Julia Horacia.

CURIACIO 1.°

Como otra Palas os veo.

JULIA.

Yo á vos, como otro Teseo.

CURIACIO.

¡Qué lindo talle!

JULIA.

¡Qué gracia!

Salen Flavia, dama, y Rosardo.

FLAVIA.

Con su hermana, ¿de qué suerte?

ROSARDO.

Iban en su compañía
Los tres hasta su alquería.

FLAVIA.

La causa de eso me advierte.

ROSARDO.

Querrán, por dicha, señora,
Que fuera de Roma viva;
Que ésta su familia altiva,
Su honor como al cielo adora.

FLAVIA.

¿Ha dado alguna ocasión
Julia Horacia?

ROSARDO.

Antes sospecho
Que tiene de nieve el pecho
Y de piedra el corazón;
Porque en el decir y hacer,
Tan valeroso en su nombre,
Más tiene costumbres de hombre
Que blandura de mujer.

FLAVIA.

Pues ¿qué dices de su honor?

ROSARDO.

Que los Horacios son tales,
Que previenen por señales
Las tempestades de amor.

FLAVIA.

Luego ya, si dió señal,
Alguna ocasión les dió.

ROSARDO.

¿Ya no te he dicho que no,
Y que es á un mármol igual?
Sino que, viéndola hermosa,
No temen que se enamore,
Sino que alguno la adore
Por sangre horacia y por diosa.
En fin, ellos la han llevado
Á su huerta y soledad;
Que, lejos de la ciudad,
Lo estarán de este cuidado.

FLAVIA.

¿Quién te ha dicho á ti que amor
Las soledades desprecia?

ROSARDO.

Quien sabe lo que se precia
Del cortesano rumor.
Amor nace del deseo
Engendrado de los ojos.

FLAVIA.

Luego ¿sin ver no hay antojos?

ROSARDO.

De la vista nacen, creo.

FLAVIA.

Antes la imaginación
Es más fuerte que la vista;
Que no hay fuerza que resista
Nuestra propia inclinación.
Pensamiento de mujer
En soledades guardado,
Hará un hombre imaginado
Que pueda el alma querer;
Pero sin duda me engañas;
Que Horacio á su huerta lleva
Hoy alguna dama nueva.

ROSARDO.

¡Qué bien honras sus hazañas!

FLAVIA.

Antes tú, que á Julia has hecho
Esa afrenta, porque piensas
Que va más en mis ofensas
Que en su honor y casto pecho.
Turbado te has, ello es cierto:
El rostro es testigo mudo:
Responder quiero, ¿qué dudo?
La traición he descubierto.

ROSARDO.

Ni yo he mudado el color,
Ni Horacio te ofende así.

FLAVIA.

Llega ese bufete aquí:
Escribiré á tu señor.

Póngase á escribir.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ROSARDO.

Justamente, amor cruel,
Te llama el mundo locura;
Ved con qué furia apresura
La mano sobre el papel.

FLAVIA.

Basta, que he echado un borrón.

ROSARDO.

Quiérelo el cielo impedir.

FLAVIA.

Antes debe de salir
Lo que está en el corazón.
Torno á escribir; que los cielos
Dicen, como aquí se ve,
Que en el papel de su fe
Cayó esta mancha de celos.

ROSARDO.

Antes, siendo el papel tuyo,
Muestra el borrón, Flavia hermosa,
Que estás sin causa celosa,
Y á tu engaño lo atribuyo.

Doble el papel.

FLAVIA.

Otro cayó; toma allá:
Rásgale.

ROSARDO.

Ya está rasgado.

FLAVIA.

Con la tinta me he enojado,
Que no con Horacio ya.

Échelos por el vestuario.

Echa esos pedazos juntos
Por aquese corredor;
Que son hijos de mi amor,
Pero son celos difuntos.
El aire los engendró,
Al aire se han de volver.

ROSARDO.

Más te debo agradecer
Que Horacio, ese intento yo;
Que entiendo que, si le diera
Ese papel, me matara.

FLAVIA.

¿Quién sube?

ROSARDO.

Un poco repara.

Sale Horacio con los papeles rotos en la mano.

HORACIO.

¿De qué te alteras? Espera.

FLAVIA.

¡Ay, mi Horacio! Pues ¿aquí
De día has osado entrar?

HORACIO.

¿Á qué no dará lugar
Ver tanta mudanza en ti?
De dejar vengo á mi hermana
En nuestra labranza agora,
Y vine á adorar, señora,
Tu calle, puerta y ventana.
Pero á buen tiempo llegué;
Que, apenas las conocí,
Cuando por el viento vi
Hecha pedazos tu fe.
Vi que estos rotos papeles
Bajaban de tus balcones,
No con aquellas razones,
Flavia, que escribirme sueles.
Que tu letra es no podrás
Negarme, ni que á otro escribes
De quien ya celosa vives,
Porque de mí no lo estás.
Viéndolos caer, dudé:
Cogiéndolos, presumí:
Juntándolos, lo creí:
Leyéndolos, me abrasé.
Subí, atrevido y turbado:
Hallé á Rosardo contigo,
Donde todo lo que digo
Viene á quedar confirmado;
Porque, entrando, te hallaría
Escribiendo este papel
Que rasgaste, porque en él
No viese á quién se escribía.
¡Oh papeles, que, rompidos,
Juntasteis un desengaño
Que ha de remediar el daño
De mis sentidos perdidos!
¡Oh pedazos de la historia
De la condición de Flavia,
Capítulos en que agravia
Mi voluntad y memoria!
Puesto que os tengo en la palma,
Posible es que verdad sea
Que en un libro roto lea
Los pensamientos de un alma;
Y los que, en fin, no es posible,
Fuera de Dios, entender,
Donde se pueden leer,
Sino en un libro imposible.
Vióle mi engañado amor
Del mismo viento bajar,
Y ansí he venido á pensar
Que el viento ha sido su autor,
Y está muy puesto en razón
Hacer aqueste argumento,
De que compusiese el viento
Libro de tu condición.
¡Oh Flavia! ¿Cómo enmudeces?
¡Oh Rosardo! ¿Qué me miras?

FLAVIA.

Yo callo porque me admiras.

ROSARDO.

Y yo porque me enloqueces.

HORACIO.

Pues ¿no os he dicho verdad?

FLAVIA.

El papel fué para ti,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que enojada te escribí
Por irte de la ciudad.

ROSARDO.

Á todo estuve presente.

HORACIO.

Éste, por templar mi furia,
Quiere consentir mi injuria;
Que yo sé, Flavia, que miente.
Mira cómo dice aquí.

FLAVIA.

Aquí dice..... ¡Estoy corrida!

HORACIO.

Pues ¿cuándo, Flavia, en mi vida,
Causa de estarlo te dí?

FLAVIA.

Pues si te vas á tu aldea
Y llevas otra mujer,
¿No me tengo de correr
Que tan desdichada sea?

HORACIO.

¡Oh qué extremado color,
Para encubrirme con él
El agravio que el papel
Ha hecho á mi injusto amor!
¡Esto consienten los cielos!
Mas todo cabe en tu ser;
Que es muy propio de mujer
Agraviar y pedir celos.
Llevé á mi hermana á su aldea,
Flavia, y tú escribiste á otro hombre.

FLAVIA.

Bastaba de serlo el nombre
Para que ninguna os crea.
Mujer llevaste, y después.....

HORACIO.

Rosardo, dilo.

ROSARDO.

Señora,
Su hermana llevó, que adora
Las estampas de tus pies.

HORACIO.

Tú sí que á un hombre escribiste.

FLAVIA.

Rosardo, ¿tal hice yo?

ROSARDO.

Señor, á ti te escribió
Porque sin vella te fuiste.
Sin causa estáis enojados;
Que ninguno culpa tiene.

HORACIO.

El senador, Flavia, viene.

FLAVIA.

¿Qué haremos?

HORACIO.

No estéis turbados.

Sale Quirino, viejo senador, padre de Flavia.

QUIRINO.

Para mi pretensión importa poco,
Senado, hacerme rey por cinco días;
Que no soy yo tan ambicioso y loco.
¡Horacio!

HORACIO.

Gran Quirino, si venías
Hablando en la elección del entrerreino
Cuando esperanza de ser rey tenías,
Ninguno como yo te diera el reino
Si fuera toda Roma un voto solo.

QUIRINO.

Hijo, sobre las canas que ya peino,
Los mismos rayos del dorado Apolo
No quisiera tener; que ya no estimo
Ser rey desde el romano al otro polo.
No cuando sobre el báculo me arrimo
Me dé su cetro Roma, y cuando acaba
Vida que apenas á sufrir me animo.
Si fuera cuando el bozo me apuntaba,
Jugaba todas armas diestramente,
Y el caballo español ejercitaba,
Parece que me fuera conveniente,
Que no cuando soy Tántalo; mas dime,
¿Qué mandas en mi casa el dueño ausente?

HORACIO.

No te espantes, señor, que me lastime
Contigo ya, pues eres rey de Roma,
Y que á pedirte igual favor me anime.
Hablar al mío, como padre, toma
Á cargo tuyo, pues ya sabes cuánto
Tu discreción y autoridad le doma.

QUIRINO.

Qué, ¿ha reñido contigo? No me espanto;
Querría verte el mismo griego Aquiles,
Á quien imitas y pareces tanto.
No debes emplearte en cosas viles,
Teniendo en tus hazañas tal respeto,
Porque no las ofendas y aniquiles.
¿Sobre qué te ha reñido?

HORACIO.

Como es viejo,
Mi libertad le ofende.

QUIRINO.

No le enojes;
Sigue, Horacio, su humor y su consejo.
Yo apostaré que nunca te recoges
Antes que el sol se bañe los cabellos.

HORACIO.

¿Tanto la libertad de un mozo encoges?
¿No sabes ya lo que la extienden ellos?

QUIRINO.

Esto te digo á ti; que á él, yo te juro
Que le sepa reñir.

HORACIO.

¡Ay, ojos bellos!
¿No veis cómo le engaño y aseguro?

QUIRINO.

Ahora bien, qué, ¿me mandas otra cosa?

HORACIO.

Servirte sólo, mi señor, procuro,
Y á vuestra hija noble y virtuosa.

FLAVIA.

¡El cielo os guarde!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HORACIO.

¡Adiós, noble Quirino!
Ven, Rosardo.

ROSARDO.

¡Qué industria!

HORACIO.

Provechosa.

Vanse Horacio y Rosardo.

QUIRINO.

¡Si no fuera, villana, desatino,
Con este mismo báculo ¡por Marte!
Te abriera al alma infame un vil camino!
¡Yo con un hombre en mi aposento hallarte,
Llamado en Roma el temerario, injusta!
¡Romano soy; hoy tengo de matarte!
Si el brazo es flaco, el alma tan robusta
Que la que tu fingido pecho esconde,
De su sangre á pesar, sacarte gusta.
¿Á qué ha venido aquí Horacio? ¡Responde!
¿Qué ha tenido contigo, ó qué pretende?
Di, ¿cuándo le has hablado, cómo y dónde?

FLAVIA.

Pues ¿cómo, di, señor, lo que te ofende
Su atrevimiento de este joven loco,
Para agraviarme á mí tu pecho enciende?
Aquí se entró, tardando tú tan poco,
Que sólo por ti pudo preguntarme.

QUIRINO.

¡Oh, Júpiter Ammón, tu rayo invoco!
También, como él, pretendes engañarme;
Pero yo no soy rey por cinco días:
Entra, que de los dos pienso vengarme.

FLAVIA.

¡Venturas breves, pero fueron mías!

Salen Tulio Hostilio, senador mozo; Cayo Horacio, viejo; Sempronio y Auspicio.

TULIO.

No debe de haber tenido
Quirino el ser entrerrey
Por muy honrado partido.

CAYO.

Quisiera ser, para rey,
De vos, Senado, elegido.

SEMPRONIO.

No entiendo que lo desea,
Y ansí no es bien que se crea
Ambición de tal varón.

AUSPICIO.

Cuando eso fuese ambición,
No es milagro que lo sea.
No es buena filosofía
De nuestra Roma sagrada
Desechar la monarquía;
Si de mí fuese envidiada,
Conozco que es honra mía.

CAYO.

No se entiende que Sempronio
Lo dice más que por dar
De su valor testimonio.

TULIO.

Ese honesto desear
Es romano patrimonio.
Quien no aspira á tanta gloria,
No diga que fué romano.

SEMPRONIO.

Estar presente la historia
De Numa, rey soberano,
De buena y santa memoria,
Hace que en tanto se estime,
Que es justo que desanime
Ese glorioso deseo.

TULIO.

Paso, que á Quirino veo.

Sale Quirino.

QUIRINO.

Tardastes, Senado, y fuíme.

CAYO.

Aquí te hemos aguardado.

QUIRINO.

Eso conozco que os debo:
Sentaos, Padres, y Senado,
Y decidme, ¿qué hay de nuevo
En la materia de estado?

Siéntense en unas gradas, y Quirino en lo alto.

CAYO.

Sólo esta nueva venida
Y embajadores albanos.

QUIRINO.

Merece ser admitida;
Que no es bien que esté, romanos,
La fe jurada rompida.
Entren, déseles audiencia,
Y en justa correspondencia
Les decid, romanos sabios,
Que desharéis los agravios
Que se han hecho en vuestra ausencia.
Que si nuestros labradores
Á los de Alba agravio han hecho,
No los reciben menores.

AUSPICIO.

Los albaneses sospecho
Que tienen causas mayores;
Y así, juzgas bien, Quirino,
Que nuestro Numa divino
Con la paz nos gobernó,
Que jamás bandera alzó
Contra el albano ó latino.

CAYO.

Ya vienen.

QUIRINO.

Dadles asiento.

Salen Lisandro y Aquileyo, embajadores albanos.

LISANDRO.

¡Senado y pueblo romano

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que nos escucháis atento,
Hoy os envía el albano
Salud y próspero aumento!
Dice que ante vos se queja
De agravios de su comarca,
Porque Roma hacerlos deja,
Más por falta de monarca,
Que porque bien se aconseja.
Pues no lo habéis remediado,
Ya no pide, gran Senado,
Que aqueste yerro enmendéis.

QUIRINO.

Pues albanos, ¿qué queréis
Si es el remedio excusado?

AQUILEYO.

Nuestro rey Mecio, este día,
Desde el mayor al plebeyo,
Guerra publica y envía;
Por Lisandro y Aquileyo,
Alba á Roma desafía.
Defended, Senado, á Roma,
Porque ya las armas toma,
Y perdonad esta furia;
Que el embajador no injuria
Cuando las piedras se coma.

QUIRINO.

Roma, albaneses, quisiera
Satisfacer vuestros daños;
Pero si ya alzáis bandera
Como enemigos extraños,
¿Qué medio ó concierto espera?
Partid, y decid á Mecio
Que siente Roma el desprecio,
De suerte, del desafío,
Que en la presteza y el brío
No pueda ganarle el precio.
Si armando en Alba se queda,
Haz cuenta que marcha Roma.

LISANDRO.

¡Júpiter vida os conceda!

TULIO.

¡Ved la arrogancia que toma!

CAYO.

¡De tales padres la hereda!

QUIRINO.

¿Dónde está, Cayo, tu Horacio?

CAYO.

¿Cuál de los tres?

QUIRINO.

El mayor:
Venga al sagrado palacio.

CAYO.

Llámenle.

TULIO.

Basta, señor;
Que vuelve á Roma otro Tacio.
Perdonad, Senado, en esto,
Si os parezco descompuesto
Contra el pacífico Numa;
Que no hay cosa que consuma
La república más presto.
Perdido ya el ejercicio
De las armas, sepultadas
En el ocio y en el vicio,
Las espadas desterradas
Por personas sin oficio,
¡La romana juventud
Bien mostrará su virtud!
Creedme á mí, que la guerra
Importa al bien de la tierra
Y á la plebeya salud.

Sale Horacio.

HORACIO.

Horacio viene á saber,
Pueblo y romano Senado,
Qué servicio os puede hacer.

QUIRINO.

¡Á Roma han desafiado:
Mira lo que puede ser!

HORACIO.

Bien decís, Padres, que yo,
Á quien la desafió,
Basto sólo á dar la muerte;
Que soy el hombre más fuerte
Que entre sus muros nació.
Conozco que tanto honor
No le hubiera merecido
Menos que Horacio el mayor.

TULIO.

¡Qué soberbio!

SEMPRONIO.

¡Qué atrevido!

CAYO.

Romano, diréis mejor.

QUIRINO.

No te quiere Roma agora
Para vengar su disgusto,
Que nunca amenazas llora;
Acudir quiere, que es justo,
Á la religión que adora.
Para hacer justa la guerra
Has de ir, Horacio, á su tierra,
Y á los dioses protestar
Que su rey la quiso dar
Y que nuestra paz destierra.
Parte, y haz como romano.

HORACIO.

Voy.

TULIO.

¡Qué poco respondió!

Vanse.

CAYO.

Á las obras remitió,
Puesta á la espada la mano,
Lo que á la lengua quitó.
No lo digo porque Horacio
Es mi hijo; mas no hubiera,
Fuera del sacro palacio,
Hombre que de Alba trujera
Más honra en menos espacio.

QUIRINO.

Vamos luego á prevenir,
Senado, ejército y gente
Que mañana ha de cubrir,
Pasando el Tibre, su puente,
Y de su margen salir
Mecio, á Roma.

TULIO.

Haz una suma,
Aunque el Erario consuma,
De la gente que levantas.

CAYO.

Salgan las águilas santas
De Remo, Rómulo y Numa.

Sale Horacio.

HORACIO.

¡Famosa calle de mi hermoso dueño,
Donde, como sabéis, fuí tan dichoso,
Veisme aquí donde vuelvo, desdichado,
Á enternecer con lágrimas las piedras;
Que bien pueden romper piedras las lágrimas
De un cuerpo que se va dejando el alma,
Por celos, que enloquecen siempre el alma!
De Flavia el padre, y de esta casa el dueño,
Me halló casi llorando tiernas lágrimas,
Y cuando imaginé que era dichoso
Y que sólo mi amor sabían las piedras,
Vengo á ser en extremo desdichado.
¿Qué le importa al que nace desdichado
Y en triste punto el cielo infunde el alma,
Mover, llorando, á lástima las piedras,
Que no digo los ojos de su dueño,
Pues cuanto más se tenga por dichoso,
Más cerca está de confusión y lágrimas,
Si de un pecho robusto salen lágrimas!
¡Agora es tiempo, Horacio desdichado,
Que llores el estado tan dichoso
En que se vió tan engañada el alma!
Pues ya me parto de mi dulce dueño,
Ayudadme á llorar, amigas piedras:
¡Cuántas veces, sentado en estas piedras,
Vi que á Flavia enjugaba el sol las lágrimas,
Partiéndose, y llamándome su dueño,
Y me tuve yo por desdichado
De no tener entonces más de un alma,
Que en no tenerla fuera más dichoso!
Ya se parte de vos aquel dichoso,
Calle, paredes, puertas, rejas, piedras,
Que un tiempo, de las quejas de su alma
Testigos os hacía con sus lágrimas,
Á ser en vuestra ausencia desdichado,
Y de los ojos de mi hermoso dueño.
¡Dueño de aquel que un tiempo fué dichoso,
Y desdichado, mueve ya las piedras,
Con lágrimas te doy, partiendo, el alma!

Sale Flavia.

FLAVIA.

¿Es Horacio?

HORACIO.

Sí, yo soy;
Dijera mejor que fuí.

FLAVIA.

¿Cómo estás?

HORACIO.

Muriendo estoy.

FLAVIA.

¿De qué?

HORACIO.

De que ya me voy.

FLAVIA.

¿De dónde?

HORACIO.

De ti sin mí.

FLAVIA.

¿Es de Roma?

HORACIO.

Y de tus ojos.

FLAVIA.

¿Adónde?

HORACIO.

Á un Alba sin día,
Que toda es noche de enojos.

FLAVIA.

¿Por quién?

HORACIO.

Tu padre me envía.

FLAVIA.

Ó fueron celos, ó antojos.

HORACIO.

Todo es muy propio de un viejo.

FLAVIA.

Suya ha sido esta invención
Excúsale.

HORACIO.

No hay consejo.

FLAVIA.

¡Cómo!

HORACIO.

Es honra y opinión.

FLAVIA.

Pues ¿vaste?

HORACIO.

El alma te dejo.

FLAVIA.

No quiero alma, sino á ti.

HORACIO.

Pues ¿puédome ir y quedar?

FLAVIA.

Escóndete, Horacio, en mí.

HORACIO.

No habrá, señora, lugar.

FLAVIA.

Pues ¿vienen más que tú?

HORACIO.

Sí.

FLAVIA.

¿Quién?

HORACIO.

Todo el honor de Roma.

FLAVIA.
¡Ah, padre, cuánto has sabido!
¿No ves el color que toma?
HORACIO.
Sé que le tengo perdido
Y que mi arrogancia doma.
FLAVIA.
¿No es posible detenerte?
HORACIO.
¿No te digo que es honor?
FLAVIA.
Luego ¿el honor es más fuerte?
¿No sabes que es el amor
Tan fuerte como la muerte?
HORACIO.
La honra no sufre excusa.
FLAVIA.
En fin, ¿el partirte es fuerza?
HORACIO.
Ansí en el mundo se usa.
FLAVIA.
Luego ¿he de morir por fuerza?
HORACIO.
Ya te doy mi alma infusa:
Si mueres con el partir,
Con ésta vuelve á vivir
Que, partiendo, yo te doy;
En fin, á morir me voy.
FLAVIA.
Y yo me quedo á morir.
¡Que mi padre nos divida!
HORACIO.
No le culpo en mi partida,
Pues me ha honrado en el castigo.
FLAVIA.
No es mi padre: es mi enemigo.
HORACIO.
Sin alma estoy.
FLAVIA.
Yo, sin vida.
HORACIO.
Paciencia, Flavia.
FLAVIA.
No puedo.
¿Cuándo vendrás?
HORACIO.
Luego es tarde.
FLAVIA.
Ya tengo celos.
HORACIO.
Yo miedo.
FLAVIA.
Dios te guíe.
HORACIO.
Dios te guarde:
Triste parto.
FLAVIA.
Triste quedo.
HORACIO.
¡Qué bien la noche temí,
Viendo al alba tu arrebol!
FLAVIA.
En fin, ¿te vas á Alba?
HORACIO.
Sí;
Aunque, faltando mi sol,
¿Dónde la habrá para mí?
FLAVIA.
¡Buenos quedamos los dos!
HORACIO.
Ahora bien, partámonos.
FLAVIA.
¿Vaste?
HORACIO.
Voyme.
FLAVIA.
Espera.
HORACIO.
¿Qué?
FLAVIA.
¿Vendrás?
HORACIO.
Sí.
FLAVIA.
¿Presto?
HORACIO.
Sí, á fe.
FLAVIA.
Horacio, adiós.
HORACIO.
Flavia, adiós.

ACTO SEGUNDO.

Salen Curiacio y el hermano segundo.

CURIACIO 2.°
¿Así la ausencia de tu Horacia sientes?
CURIACIO 1.°
¡Ay, hermano, que tengo muchas causas
Sin la más principal, que fué perdella!
Si fuera este mi amor de algunos años,
Ó ya ¡pluguiera á Dios! de algunos días,
Pudiera estar seguro de mudanza.
Ver á Horacia no más, hablarme Horacia,
Perder á Horacia, todo un mismo día,
¿Qué confianza puede dar á un alma
Que ya no vive sin pensar en ella?
CURIACIO 2.°
Quiéresla bien de sólo haberla visto.
CURIACIO 1.°
De sólo haberla visto estoy muriendo.
CURIACIO 2.°
Pues eso mismo puedes pensar de ella.

CURIACIO 1.°
Es mujer, y sujeta á ser mudable.
CURIACIO 2.°
Antes, lo que una vez mujer percibe,
No lo suele dejar sin mucho agravio.
CURIACIO 1.°
Engáñaste, que en esto las mujeres
Tienen la condición de la memoria,
Que si percibe presto, presto olvida;
Si tarda en percibir, olvida tarde:
Un sello imprime en cera fácilmente,
Pero cualquiera cosa la deshace;
Imprime en piedra mal, mas siempre dura.
Cera fué Horacia; desharánse presto
Del sello de mi vista las imágenes.
CURIACIO 2.°
¿Fuera mejor tardando como piedra?
CURIACIO 1.°
Más seguro, á lo menos para el alma.
CURIACIO 2.°
¡Oh varia condición de los amantes!
Si no los quieren luego, todo es furia,
Todo es desconfianza si los quieren.
CURIACIO 1.°
Dejé á Eufrosina, que pedí á su padre,
En servicio de Horacia, y ya sospecho
Que las dos estarán, hermano, en Roma;
Roguéle que su amor solicitase
Y que le diese cuenta largamente
De mi padre y abuelo, y de que somos
De la mejor familia de esta tierra:
Creo que me habrá sido de importancia.
CURIACIO 2.°
Cuando casarte con Horacia emprendas,
Méritos tienes que le son iguales,
Porque sin duda Julia Horacia, en Roma,
Es la sangre más noble, ilustre, antigua,
Y la familia de más gente heroica.
Si eso deseas, sólo te lo estorba
La nueva guerra que publica Mecio.
CURIACIO 1.°
¡Que sea yo tan desdichado en todo!
¡Que cuando ya pudiera, en nuestro campo,
Pasarme á verla cada día al suyo,
El Rey me llame y diga que le importa
Que le venga á ayudar en esta guerra!
¡Ah, Júpiter! ¡Ah, estrella adversa mía!
CURIACIO 2.°
El Rey sale: suspende amor un poco.
CURIACIO 1.°
¿Cómo puedo, que estoy de amores loco?

Salen Mecio, Rey de Alba, Lisandro y Aquileyo.

MECIO.
Qué, ¿ya vino Curiacio?
CURIACIO 1.°
Aquí vengo á tu servicio.
MECIO.
La brevedad te regracio;
Ya te dará de esto indicio
El rumor de mi palacio.
CURIACIO 1.°
Dicen que vas contra Roma.
MECIO.
Hoy saldrán, antes que coma,
Mis banderas de este muro;
Que del amigo perjuro
Esta venganza se toma.
Creo que te alcanza parte
Del agravio que á Alba han hecho,
Y que te obliga á vengarte;
Que á tu padre yo sospecho
Que no le agraviara Marte.
CURIACIO 1.°
La mayor parte me alcanza;
Que mi ganado y labranza
De tal manera quemaron,
Que alguna vez me obligaron
A tomar la espada y lanza.
Y te juro que, á no estar
Una romana matrona
Un día en cierto lugar,
Que no quedara persona
Ni se pudiera escapar.
No sólo campos y llanos
Asolaban los romanos
De la suerte que refieres,
Pero las propias mujeres
De los ausentes albanos.
Respeté la que te digo,
Y volví acaso lo hurtado,
Sin darles otro castigo.
MECIO.
¿Qué os parece, gran Senado,
De este romano enemigo?
LISANDRO.
Que salgas sin detenerte,
Y que hasta Roma no pares.
AQUILEYO.
El Tibre en sangre convierte,
Robando hasta sus altares,
Dando hasta sus viejos muerte.
CURIACIO 1.°
Piensa aqueste pueblo fiero
Que su Rómulo hechicero
Y su filósofo Numa,
Con la espada ó con la pluma,
Con el ardid ó el agüero,
Han de vencer la grandeza
De la albanesa arrogancia;
Tu campo á Roma endereza:
Verás en poca distancia
Tus pies sobre su cabeza.
CURIACIO 2.°
Un embajador romano
Quiere hablarte.
CURIACIO 1.°
Asiento toma.
MECIO.
Asentaos, Senado albano,
Y no deis asiento á Roma;

Tratadle como á villano.

Todos se sienten, y sale Horacio.

HORACIO.

¡Guárdete, Rey de Alba, el cielo,
Y á ti, Senado famoso!

MECIO.

Habla en pie.

HORACIO.

En la paz no suelo;
Y pues sentarme es forzoso,
Quiero sentarme en el suelo.

Pone el manto en el suelo, y siéntase sobre él.

MECIO.

Di presto.

HORACIO.

No seré largo:
Mas pues Roma os dió su asiento,
De este agravio os hago cargo;
Mas porque agravio le cuento,
Mucho en su ofensa me alargo.
Ya, ni digo que es agravio,
Ni muevo en defensa el labio
De su grandeza y poder;
Que diferencia ha de haber
De un pueblo bárbaro y sabio.
Porque ya ninguno habría,
Si su misma policía
Pudiésedes imitar.

MECIO.

Poco prometiste hablar.

HORACIO.

No he dicho á lo que venía;
Cuanto más, que pues no estoy
Sentado en cosa que es vuestra,
Bien puedo hablaros por hoy.

CURIACIO I.°

Extraña arrogancia muestra.

HORACIO.

Muestro que romano soy.

CURIACIO I.°

Advierte que hablarás bien,
Romano, y á tu contento,
Si como ese tu desdén
Trujo de Roma el asiento,
Trujera tierra también.
Ansí que, pues ya no estás
En aquel tu gallinero,
Sino en el nido no más,
Habla poco y menos fiero,
Ó no sé si volverás.

HORACIO.

Respondiendo á desafío,
Dices que arrogante soy;
Bien puedo mostraros brío;
Que en el lugar que yo estoy,
Todo cuanto cubro es mío.

CURIACIO I.°

¿Tuyo es eso? Error segundo.

HORACIO.

¿Sabes en lo que me fundo?
Porque no le quitará
Á Horacio de donde está,
Toda Alba ni todo el mundo.

CURIACIO I.°

¡Horacio! ¿Eres tú?

HORACIO.

Yo soy.

CURIACIO I.°

¿Cuál de ellos?

HORACIO.

El menor de ellos
Cuando en vuestra tierra estoy;
Pero cuando estoy con ellos,
El menor lugar les doy.

CURIACIO I.°

¿Que eres Horacio?

HORACIO.

¿Qué dudas?
¿Es porque me ves tan bajo?

CURIACIO I.°

Ya no me espanto que acudas
Á quien eres.

HORACIO.

Antes bajo
De quien soy, donde me mudas.

CURIACIO I.°

Toma, Horacio, este lugar
Por tu padre y tus hermanos.

HORACIO.

Vuelve, romano, á asentar;
Que no caben los romanos
Donde tú puedes estar;
Que el no haberme asiento dado,
Bien sé que aquesto tendría
Por fundamento pensado
Que un Horacio no cabía
En todo vuestro Senado.
Mas diciendo á lo que vengo,
Digo que Roma sagrada,
Cuya autoridad hoy tengo,
Fué de vos desafiada;
La causa no la prevengo.
Y es tanta su religión,
Que, porque sois sus amigos,
Hace de esta sinrazón
Todos los dioses testigos
Por esta protestación.
Jurasteis paz y amistad;
Y porque de aquesta guerra
No se enoje su deidad,
Hace dentro en vuestra tierra
Aquesta solemnidad.

Levántese.

Dioses de Roma sagrada,
Marte, y vos, Rómulo y Numa,
Si contra la paz jurada
Viéredes que alzar presuma

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Contra los de Alba la espada,
Mirad que es por su defensa.
Esto protesta, esto dice,
Esto ha de hacer, y esto piensa;
Que á nadie se contradice
Lo que es resistir su ofensa.

Vase.

CURIACIO 1.º
Vuelve, Horacio fuerte.
HORACIO.
¿Á qué?

Vuelve.

CURIACIO 1.º
Toma el manto.
HORACIO.
¿Para qué?
CURIACIO 1.º
Pues ¿por qué le has de dejar?
HORACIO.
No me acostumbro llevar
La silla en que me asenté.

Vase.

MECIO.
¡Valor notable, bajad!
CURIACIO 1.º
Éste tomo para mí,
Rey, con vuestra autoridad;
Que creo que tiene en sí
Reliquias, honra y deidad.
MECIO.
No te espanten estos fieros;
Que ya conozco, romanos,
Sus invenciones y agüeros:
¡Á Roma, fuertes albanos,
Plebeyos y caballeros!
Roma tiene que esta traza
No es que á los dioses estima,
Ni que sus cultos abraza,
Sino que la desanima
Saber que Alba la amenaza.
CURIACIO 1.º
¿En mí temor? Bien lo entiendes;
No digo si á Roma emprendes,
Pero al mundo, iré á tu lado.
MECIO.
Seguidme, albano Senado.

Queden Curiacio y su hermano.

CURIACIO 2.º
Mucho á tu valor ofendes.
CURIACIO 1.º
¿Cómo, hermano?
CURIACIO 2.º
En la humildad
Que has mostrado con Horacio;
Que nuestro Rey y ciudad
No han de entender que Curiacio
Tiene á Horacia voluntad.
CURIACIO 1.º
Déjame, que ¡por Apolo!
Que adoro este manto sólo
Porque es de Horacio, su hermano.
CURIACIO 2.º
Cosa indigna de hombre albano,
Famoso de polo á polo.
CURIACIO 1.º
Calla; que, en viendo á los ojos
La ocasión del santo honor,
Me dará el amor enojos;
Que el manto que aquí es favor,
Entonces será despojos.

Vanse.

Salen Tulio Hostilio y los senadores romanos Sempronio, Cayo Horacio, Auspicio.

SEMPRONIO.
Donde parare el águila sagrada,
Que se ha puesto de Marte en su alto templo,
De Roma la corona será dada;
Que el pueblo pide rey.
AUSPICIO.
Basta ese ejemplo.
CAYO.
Corre la multitud desenfrenada,
Que ya con furia, capitán, contemplo,
Hasta las puertas y el sagrado solio
Del romano palacio y Capitolio.
No quieren entrerreyes, rey os piden:
Dadle, Senado, un rey, todos conformes.
TULIO.
Si el ímpetu feroz no les impiden,
Harán hechos sacrílegos y enormes;
Si con los tiempos de los reyes miden
Los que presentes miran desconformes,
¿Qué mucho que por honra de sus leyes,
Más quieran tener rey que no entrerreyes?

Dentro el pueblo.

¡Rey, Senado romano; rey, Senado;
Que no queremos rey por cinco días!
CAYO.
Las puertas rompe el pueblo acelerado.

Dentro.

¡Rey queremos hacer, si rey no crías!
CAYO.
Quede, Padres conscriptos, decretado,
Por las vulgares voces y porfías,
Que donde pare el águila, ése sea
El rey que la república desea.
AUSPICIO.
Con tal que sea noble y ciudadano,
Yo lo consiento.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SEMPRONIO.
Y yo.
CAYO.
Lo mismo digo.

Dentro.

¡Danos rey que nos libre del albano,
Ó harémosle del pueblo!
TULIO.
¡Oh, Marte amigo,
Detén al vulgo la furiosa mano,
Más fiera que del bárbaro enemigo!
SEMPRONIO.
El águila mirad que se levanta.

El águila baje de alto con fuego, y pare en un frontispicio con fuego.

AUSPICIO.
¿Dónde vas á parar, águila santa?
SEMPRONIO.
Agora es tiempo que me des tu auxilio,
¡Oh, Marte santo!
CAYO.
Ya paró su vuelo
Sobre tu casa, ilustre Tulio Hostilio.
AUSPICIO.
No tiene otro varón tan digno el suelo.
TULIO.
Mirad, Senado, que es la de Pompilio.
CAYO.
No te resistas al poder del cielo:
Rey eres, Tulio; da á besar tu mano,
Desde el más noble al popular romano.
TULIO.
Senado, al cielo, si lo ordena y quiere,
Obedezco y acepto la corona.
CAYO.
Guárdete el cielo.
SEMPRONIO.
El cielo te prospere.
AUSPICIO.
Viva mil años tu Real persona.
CAYO.
No es justo, pues, que el pueblo inquieto espere,
Pues ya su aplauso tu elección abona:
Ponedle ese laurel, y salga al Foro.
AUSPICIO.
Vayan delante las insignias de oro.
TULIO.
Senado, pues á un tiempo el cetro y lanza
Me pone Roma en una y otra mano,
Por padre de la patria en esperanza,
Que la defienda del injusto albano,
El efecto de tanta confianza
No ha de faltar en el valor romano;
Luego la gente militar se apreste,
Y en sus legiones la lucida hueste.
Las cuatro letras, que á las otras cuatro
De los sabinos pueblos respondieron,
Salgan al viento en el marcial teatro,
Como en tiempo de Rómulo se vieron;
Los sacerdotes Furio y Antipatro,
Que ayer el templo del dios Jano abrieron,
Hagan á Marte airado sacrificios:
Quémense aromas de Sabá y fenicios.
Limpiad las armas que el orín corrompe,
Que con la blanda paz nos oprimía:
Pues Alba la jurada paz nos rompe,
No goce más la suya alegre día.
CAYO.
El pueblo ya tu plática interrompe.
TULIO.
Pues goce el pueblo la presencia mía.
SEMPRONIO.
Echemos por la calle de Pompilio.
AUSPICIO.
¡Rey Tulio Hostilio!
TODOS.
¡Viva Tulio Hostilio!

Salen Quirino viejo y Flavia.

QUIRINO.
Ese fué mi intento, Flavia:
Por eso le desterré.
FLAVIA.
Mucho tu enojo me agravia;
Advierte, señor, que haré
Lo que los perros con rabia.
QUIRINO.
Ya sé yo que, si estuviera
Horacio en Roma, no hubiera
León de Albania como él.
FLAVIA.
Que yo no te digo de él
Lo que intentara ni hiciera.
De mí solamente digo
Que él no tiene culpa en nada,
Sino el dar causa al castigo
Que hace en mí la furia airada
De un padre y de un enemigo.
QUIRINO.
Bien sé, te vuelvo á decir,
Que lo supiera impedir;
Resuélvete en la respuesta:
Ó te has de casar, ó á Vesta
En su templo has de servir.
FLAVIA.
Si tenías concertado
Darme al viejo senador,
Padre, injustamente airado,
Porque es el voto mejor
De todo vuestro Senado,
Y tú codicias reinar,
¿Para qué á Horacio destierras?
¿Ó le presumes honrar
Con hacer en estas guerras
Su autoridad singular?
Él es noble; si sospechas

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que le quiero, con él puedes
Casarme, y quedan deshechas;
Que yo sé que no le excedes,
Ni aquel por quien le desechas.

QUIRINO.

¿Hay tan fiero atrevimiento?
¿Posible es que te he escuchado?
Apercíbete al momento;
La cabeza te has cortado
Con ese vil pensamiento.
Monja serás, hoy te apresta,
Que has de ir al templo de Vesta;
Ya tengo, Flavia, entendido
Que soy de Horacio ofendido.

FLAVIA.

¡Buena industria!

QUIRINO.

¿Industria es ésta?
Cerrarte quiero entretanto,
Que voy á ver qué rumor
Causa en Roma tanto espanto.

FLAVIA.

¿Á mí encerrarme, señor?

QUIRINO.

Y aun más, ¡por Júpiter santo!

FLAVIA.

Qué ¿prisiones?

QUIRINO.

Si entendiera
Que aquesta puerta no era
Tan fuerte, te las echara;
Baja hasta el suelo la cara:
¿Tú romana? ¡Scita fiera!

Vase.

FLAVIA.

¿Posible es que á tal extremo
Haya llegado mi suerte?
Que me lleve al templo temo,
Ó que aquí me dé la muerte;
Que tiene imperio supremo.
¿Quién me sacará de aquí?
Horacia está en Roma ya,
Que hoy en el templo la vi;
Mujer es: ella sabrá
Lo que puede hacer por mí.
Quiero escribirle un papel;
Que algún esclavo fiel,
Dándole por un resquicio,
Hará este piadoso oficio
Contra un padre tan cruel.

Sale Julia Horacia, y Eufrosina ya en otro hábito cortesano.

JULIA.

En fin, Eufrosina mía,
Que entiendes que en esta guerra
Vendrá mi bien de su tierra:
¡Ay, si amaneciese el día!
Que después que se partió,
Cuantos he tenido aquí,
He estado fuera de mí.

EUFROSINA.

Y de verte lo estoy yo
Con notable sentimiento
Has tomado su partida.

JULIA.

¿Qué mucho si es de mi vida
El espíritu y aliento?
Si por la fama se ama,
Antes de verle le amé,
Y mucho más cuando fué
Su vista más que su fama.
¿Quién, fuera de Curiacio,
Me pudiera merecer?
Y él, ¿á quién pudo querer
Sino á una hermana de Horacio?
¡Cuánto envidio su ventura,
Que en Alba al fin le verá!

EUFROSINA.

Y él, á quien gozando está
Esa divina hermosura.
Bien te dije yo, señora,
Que el albanés no quería,
Porque nunca visto había
Lo que está adorando agora.
No fué helada condición
La causa de no querer;
Mas no haber visto mujer
De tan rara perfección.
Contábame el mismo día
Con la gracia y la cautela
Que con la espada y rodela
Mostraste heroica osadía;
Porque cree que no hay cosa
Que engendre amor tan furioso,
Como ver que un cuerpo hermoso
Tenga un alma belicosa.
Suspiraba, y me decía
Que te persuadiese á amalle,
Encareciendo su talle,
Su sangre y su valentía.
Pero véote de suerte
Que le quisiera afear,
Porque te he visto llegar
En esta ausencia á la muerte.

JULIA.

¡Ay, Eufrosina! El amor,
Que no se elige ni siente,
Sino que un presto accidente
Imprime al alma su ardor,
¿Dónde hallará resistencia?
Y más cuando no le cura
La falta de la ventura
Ni la ocasión de la ausencia.
Él es un daño cruel.

Sale Rosardo.

ROSARDO.

Un esclavo de una dama,

Sin decir cómo se llama,
Me ha dado aqueste papel.

JULIA.

Muestra, y salte luego afuera
Si respuesta no pidió.

ROSARDO.

Luego al punto se partió.

Vase.

EUFROSINA.

¿Qué será, señora?

JULIA.

Espera.

Lea así:

«Puesto que tienes hermanos,
Julia Horacia, Palas nueva,
A quien pudiera contar
Mis desdichas y mis penas;
Por ser honra de mujer,
Que el hombre á veces desprecia,
Y ser tú mujer tan hombre
Que á muchos hombres afrentas,
Has de saber que tu hermano,
El que está ausente en la guerra,
Me quiere más que á su alma;
Si miente, no hay sangre buena.
Celoso mi padre de él,
Con su industria le destierra
De Roma, porque entretanto
Me lleve al templo de Vesta.
Mientras procura forzarme
Para que su monja sea,
Ó que me case con otro,
En su aposento me encierra.
Cerrada estoy, Julia Horacia;
Que si no, quiero que creas
Que, en lugar de este papel,
En tus manos estuviera.
Si tienes de quién te fíes,
Como ninguno lo entienda,
Venga esta noche á mi casa
Y romperemos la puerta.
Iré con él á la tuya,
Donde es razón que me tengas
Como á mujer de tu hermano
En tanto que á Roma vuelva.
La casa es del senador
Quirino, para que sepas
Adónde vivo y quién soy,
Llamando con una seña.»

JULIA.

¡Notable suceso!

EUFROSINA.

¡Extraño!

JULIA.

Ya conozco la mujer.

EUFROSINA.

¿Qué piensas, señora, hacer?

JULIA.

Poner remedio á su daño.

EUFROSINA.

¿De qué suerte?

JULIA.

Ven conmigo;
Que ya le debo favor,
Por ser negocio de amor,
Cuando fuera mi enemigo.

Vanse.

Salen Sempronio y Quirino.

QUIRINO.

En fin, ¿que Tulio Hostilio es rey de Roma?

SEMPRONIO.

Dios sabe lo que de ello me ha pesado;
Mas ya el laurel y las insignias toma,
Y está á su cargo el militar cuidado.
Dicen que el de Alba por el Tibre asoma,
Que por ventura duerme descuidado,
Y que ya nuestros siete montes cubre,
Y abrasa más que el agostado Octubre.
Si esta elección se hiciera por los votos,
Quirino fuera rey, y yo su yerno;
Pero vi de tu bien pocos devotos
Por la codicia del Real gobierno.

QUIRINO.

Cuando por los confusos alborotos,
Y el ver á Roma Troya, ó vuelta infierno,
Salí, Sempronio, de mi casa, en ella
Dejé cerrada á Flavia.

SEMPRONIO.

¡Ay, Flavia bella!

QUIRINO.

Porque sin duda el temerario Horacio
Debe de pretender su casamiento,
Y quise hacer el tuyo en este espacio;
Pero resiste con diverso intento:
Ó sea en el templo, ó sea en el palacio,
Hoy la quiero sacar de mi aposento;
Y teniéndola allí, dar por respuesta,
Volviendo Horacio, que ya es monja en Vesta.
Importa para esto ayuda y prisa;
Que ya no es tiempo de mudar consejo,
Porque, si Flavia algún Horacio avisa,
La vida y honra entre sus manos dejo.

SEMPRONIO.

Eso de Horacios tengo ya por risa,
Fuera de que los mozos, con el viejo,
Asisten con el nuevo rey, ufanos
De ver los espectáculos romanos.
Árdese Roma de contento y fiestas
Todo es agora grita y luminarias,
Ventanas de laurel y luz compuestas,
Y danzas, discurriendo á partes varias.
Entre estas cosas, que parece que éstas
Fueron para tu intento necesarias,
Podrás sacar á Flavia, pues conoces
Que no se oirán sus lágrimas y voces.
Llevaremos criados que la guarden;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y, por si algún hermano aviso tiene,
Tales que de ninguno se acobarden,
Y viva así mientras Horacio viene.

QUIRINO.

Las voces crecen, y las luces arden;
Armar la gente aprisa nos conviene.

SEMPRONIO.

¿No vamos por la calle de Pompilio?

Dentro á voces:

¡Rey Tulio Hostilio! ¡Viva Tulio Hostilio!

Salen Julia Horacia y Eufrosina, en hábito de hombres, con sus espadas y embozadas.

JULIA.

Las fiestas de la ciudad,
Para mi intento y secreto,
Han hecho de un mismo efeto
La luz que la obscuridad.
No vamos mal disfrazadas
Para no ser conocidas.

EUFROSINA.

Si fuéramos defendidas
De otras mejores espadas;
Que voy temblando, señora,
De que se ofrezca cuestión
Según es la confusión
Y la libertad agora.

JULIA.

¿De qué tiemblas?

EUFROSINA.

De saber
Cómo podremos reñir;
Que al fin nos han de herir
Ó nos han de conocer;
Que cuanto á tu talle y gracia,
El hábito extremo ha sido.

JULIA.

¿Quién pudiera haber temido
Al lado de Julia Horacia,
Sino una mujer albana,
Que no debe de saber
Que esta sangre no es mujer
En siendo Horacia y romana?
Si fueras de quien pudiera
Formar mi persona agravio,
Entre la lengua y el labio,
Ya el alma perdón pidiera.
¿Horacio miedo? Esto puedo
Jurarte ó darte á entender:
Que no he visto, aunque mujer,
De qué color es el miedo.
Tú, sí lo sabrás mejor;
No es mucho que le tuvieses,
Porque allá á tus albaneses
Se fué de Roma el temor.
¡Ay, Curiacio! Perdonad
Si os he hecho en esto ofensa,
Pues mi romana defensa
Rindió á vuestra voluntad.
Pero tampoco me allano
Á creer, llegando á verme,
Que pudiérades vencerme
Con sólo ser hombre albano.
Que como fué cosa llana
Que Horacia su alma os dió,
Albano que la venció
Ya tuvo el alma romana.

EUFROSINA.

Delicado pensamiento
Y digno de tu valor,
Pues, sin ofender tu amor,
Hizo tan alto argumento.
En fin, que vas confiada
Que no moverás el pie.

JULIA.

Oye un poco, si sabré
Jugar de la blanca espada:
Haz cuenta que vienen tres.

EUFROSINA.

Cojo piedras entretanto.

JULIA.

Así me revuelvo el manto:

Juegue la espada así:

Éste es tajo; éste, revés;
Mira esta treta, esta herida.
¡Oh, perros! Pues ¿tres á uno?

EUFROSINA.

¡Tente!

JULIA.

¡Afuera, que ninguno
Ha de quedar con la vida!

EUFROSINA.

¡Tente!

JULIA.

¡Afuera!

EUFROSINA.

¡Tente, pues;
Que no es cuestión verdadera!

JULIA.

Pues si verdadera fuera,
¿No hubiera treinta á mis pies?
Ya me había encarnizado,
Ya estaba como un león.

EUFROSINA.

Ésta es la reja y balcón.
Envaina.

JULIA.

Ya está envainado.

EUFROSINA.

¿Cómo habemos de llamar?

JULIA.

Yo haré señas con el pie.

EUFROSINA.

¿Podrás muy recio?

JULIA.

Podré
Hacer la calle temblar.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Flavia en lo alto.

FLAVIA.
¡Ce! ¿Quién es?
JULIA.
Un caballero
Que os quiere más que á su vida.
FLAVIA.
Yo os la diera agradecida
Si fuérades el que espero;
Pero ¿á qué venís, amigo,
Con señas á este lugar?
JULIA.
Querríaos, dama, llevar
No más de á dormir conmigo.
FLAVIA.
Á fe que sois de Palacio.
JULIA.
Tal cual soy, el alma os jura
Que podéis estar segura
Mejor que al lado de Horacio.
FLAVIA.
Horacio dijo. ¡Ay de mí!
¿Si sus dos hermanos son?
JULIA.
Entraos, dama, del balcón,
Que anda gente por aquí.

Rebócense y arrímense, y salen sus hermanos Horacios.

HORACIO 2.°
No debe de estar Quirino
Bien con la elección del Rey.
HORACIO 3.°
Él quisiera á toda ley
Ser de su corona dino.
No hay en su ventana y calle
Una luz.
HORACIO 2.°
¡Qué obscuro está!
HORACIO 3.°
Gente hay enfrente.
HORACIO 2.°
¿Quién va?
HORACIO 3.°
Dos son, y no de mal talle.
¿Pasaremos, caballeros?
JULIA.
Ó pasen, ó esténse ahí.
HORACIO 2.°
No es honra sufrir aquí
Que aquéstos nos hagan fieros;
Que en la puerta de la casa
Donde sirve vuestro hermano
Á Flavia, es hecho villano
Que así hablen á quien pasa.
EUFROSINA.
Julia, ¿apretaré los pies?
JULIA.
¡Detente!
EUFROSINA.
¡Escucha, por Dios!
¿Tienes lección para dos?
Que la otra era de tres.
JULIA.
De dos, de tres y de mil.
HORACIO 2.°
¡Caballeros!
JULIA.
¿Qué me quieren?
HORACIO 2.°
Allá en otra parte esperen.
JULIA.
¿Tenéisme por hombre vil?
HORACIO 3.°
Pues como digan quién son,
Nos iremos de la calle.
JULIA.
¿No os dice el valor y el talle
Quién somos y la ocasión?
Sabed que somos los dos
Dos caballeros romanos,
De Horacio, el famoso, hermanos.
HORACIO 2.°
¿De Horacio? ¡Bueno, por Dios!
Bastardos de Horacio, el padre,
Debéis de ser, caballeros;
Que aquí están los verdaderos
Si no ha mentido su madre.
EUFROSINA.
¡Por Dios, que son sus hermanos!
JULIA.
Que así entendáis he querido
Que os habemos conocido,
Ilustrísimos hermanos.
Horacio me ha puesto aquí,
Que soy su mayor amigo,
Mientras está ausente.
HORACIO 2.°
Digo
Que estáis norabuena ansí;
Y mirad si de los dos
Queréis en algo serviros.
JULIA.
Más me obligaréis en iros;
Horacios, adiós.
HORACIOS 2.° Y 3.°
¡Adiós!

Vanse.

JULIA.
¡Oh, qué bien se ha negociado!
EUFROSINA.
Da otro golpe con el pie.
FLAVIA.
¿Y la gente?
JULIA.
Ya se fué;
Bajad, y perded cuidado.
FLAVIA.
Antes me tenéis en él

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Por no haberos conocido.

JULIA.

Pues en verdad que he tenido
De vuestra mano un papel.
Bajad y romped la puerta,
Ó arrojaos de ese balcón.

FLAVIA.

Ya bajo.

EUFROSINA.

Á mala ocasión
Quedará, señora, abierta;
Que suena grande rüido.

JULIA.

Gente de la fiesta es.

EUFROSINA.

Huye, y volverás después.

JULIA.

¿Huir? ¡Bien me has conocido!

Pasan cuatro ó seis danzando, con instrumentos de máscara y con hachas.

Desvíen allá las hachas.

MÁSCARA.

Desvíaos vos del camino.

JULIA.

Todo debe de ser vino.

MÁSCARA.

¡Mientes!

JULIA.

¡Máscaras borrachas,
Salid de la calle afuera!
¡Fuera, picaños; salid!

MÁSCARA.

¡Es diablo el hombre: huid!

EUFROSINA.

¿Tiro estos cantos?

JULIA.

Espera:
¿Viste agora los reveses?
Treta fué de más de tres.

EUFROSINA.

¿Romanos huyen?

JULIA.

¿No ves
Que vienen como albaneses?

EUFROSINA.

¡Qué bien has vuelto por ellos!

Sale Flavia.

FLAVIA.

Ya, amigos, estoy aquí.
¿Quién sois?

JULIA.

Quien viene por ti;
Dame aquesos brazos bellos.

FLAVIA.

¡Detente!

JULIA.

No hay detener.

FLAVIA.

¿Quién eres?

JULIA.

Un hombre soy
Que á engañar mujeres voy;
Hoy has de ser mi mujer.

FLAVIA.

Huiré, que me has engañado.

JULIA.

No huyas, que Julia soy.

FLAVIA.

¿Julia Horacia?

JULIA.

Sí, que estoy
En hábito disfrazado;
Por no dar parte á quien sabes,
Vine con otra mujer.

FLAVIA.

¿Quién, sino tú, puede hacer,
Horacia, hazañas tan graves?

JULIA.

Gente viene; espera un poco.

FLAVIA.

Si es mi padre, ¿he de esperar?

Salen Quirino su padre, y Sempronio con gente armada.

QUIRINO.

Así la pienso guardar
De aquel temerario loco.
No hay, amigos, más que hacer,
Si llorare descompuesta,
Sino fingir que esto es fiesta,
Y á toda prisa correr.
Oid; gente hay en la calle:
Reconoced esa gente.

JULIA.

¡Teneos allá, impertinente!

SEMPRONIO.

Dos hombres son, de buen talle,
Que llevan una mujer.

QUIRINO.

Pues ¡sus! dejadlos pasar.

SEMPRONIO.

Si es disfraz, dadles lugar.

QUIRINO.

Máscara debe de ser;
Aguardad, iré por Flavia.

SEMPRONIO.

Váyanse aquéstos primero.

Vanse Julia, Eufrosina y Flavia.

QUIRINO.

Ya son idos; entrar quiero.

SEMPRONIO.

Ya pasan la calle Otavia.

QUIRINO.

¡Ay, Sempronio! ¡Ay de mí, triste!

SEMPRONIO.

¡Cómo!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

QUIRINO.
La puerta está abierta.
SEMPRONIO.
¿La puerta abierta?
QUIRINO.
La puerta.
¡Flavia, Flavia!
SEMPRONIO.
Bien dijiste
Que era máscara; ellos son,
Que sin duda te la hicieron.
QUIRINO.
Vamos, que hacia el Foro fueron.
¡Traición, romanos, traición!

Vanse.

Sale Horacio.

HORACIO.
Muros de Roma, plazas, teatros, cuevas,
Imagen de la fábrica troyana;
En siete montes máquina tan llana
Que, con sus puertas ciento, vence á Tebas:
Pirámides, colosos, torres nuevas,
Arcos, baños y templos, barbacana
Donde la nueva juventud romana
Hace de su valor tan altas pruebas:
¡Salud, divina patria, madre noble
De Horacios, Tulios, Fabios y Fabricios!
¡Salud, del Tibre espléndida ribera!
¡Salud, penates lares! Y tú, al doble;
Templo de mis divinos sacrificios,
Casa de Venus, de mi fuego esfera;
Y tú, la luz primera
De aquestos ojos, junta nuevamente,
Al alma que te he dado, el cuerpo ausente.

Sale su hermano de Horacio, el segundo.

HORACIO 2.°
En sabiendo tu venida,
Quise venir á buscarte:
Guárdete, Horacio, el gran Marte;
Déte, hermano, larga vida.
HORACIO 1.°
Así haga, Horacio, á ti;
Que en todo te soy mayor,
Hasta en desear tu honor
Y tu vida, más que á mí.
¿Qué hay de nuevo en Roma, hermano?
HORACIO 2.°
Á eso, Horacio, venía.
HORACIO 1.°
Si es del Rey, que lo es sabía
Tulio Hostilio, Rey romano.
Si es de la guerra, ya sé
Que Roma está prevenida,
Y que sabe la partida
Del Rey de Alba, y cuándo fué.
HORACIO 2.°
Ya sé que de esto la fama
Nuevas por el mundo lleva:
Ésta es más secreta nueva.
HORACIO 1.°
Pues ¿de quién es?
HORACIO 2.°
De tu dama.
HORACIO 1.°
¡De Flavia! Pues ¿qué hay de nuevo?
HORACIO 2.°
Que falta á Quirino Flavio
De su casa, y que este agravio
Ha echado á cierto mancebo.
HORACIO 1.°
¿Á quién, hermano? ¿Quién fué?
¿Quién es el que me robó
El alma?
HORACIO 2.°
Tú mismo.
HORACIO 1.°
¡Yo,
Que ahora pongo en Roma el pie!
HORACIO 2.°
Tú dice que la has robado,
Y al Rey ha dado querella.
HORACIO 1.°
Ya lo entiendo. ¡Oh Flavia bella,
Ya muerta del viejo airado!
Sin duda que la mató
Creyendo que la ofendí,
Y por disculparse á sí
Dice que la tengo yo.
Es verdad que yo la tengo;
Pero es en el alma, Horacio.
¿Dónde está el Rey?
HORACIO 2.°
En Palacio;
Que agora de hablarle vengo.
Juntóse con el Senado
Para salir al camino
Al Rey de Alba.
HORACIO 1.°
¡Que Quirino
Me haya, hermano, desterrado,
Para entretanto matalla!
¡Muerto soy, ¡oh falso viejo!
Ignorante en el consejo
Y cobarde en la batalla!
¿Para qué te quiero, Roma?
Pero presto, de su muerte,
Conocerás de la suerte
Que el cielo venganza toma.
Parte conmigo al Senado;
Que en dando razón de mí,
Porque sepan que volví
De donde he sido enviado,
Verá Roma en mí la furia
Que por Briseida se vió
En Aquiles, á quien yo
Imito en fuerza é injuria.
Que no ha de quedar ¡por Marte!
Piedra sobre piedra á Flavio,

Hasta que vengue mi agravio
Y pueda, Flavia, vengarte;
Que con aquesto restauro
Lo que mi enojo pretende:
Hércules soy; ya me enciende
La camisa del Centauro.

Vanse.

Salen Tulio, rey; Quirino, Cayo Horacio y Sempronio.

CAYO.

¿Posible es que mi hijo,
Quirino, estando ausente,
Tu hija te robase de su casa?

QUIRINO.

¿No pudo, en su partida,
Hacer este concierto?
¿No tiene dos hermanos? ¿no hay amigos?
¿No hay juventud en Roma
Inclinada á locuras?

CAYO.

No suele acompañarse
Horacio de esos hombres,
Porque, si fuera tal, no fuera Horacio;
Y tu opinión le salva,
Que por Roma le envías al Rey de Alba,
Donde, por dicha, es muerto
Defendiendo su patria.

QUIRINO.

Yo probaré de Horacio la querella;
Que tú y yo somos padres,
Y cada cual defiende
La sangre y el honor que le provoca.

TULIO.

Dejad agora un poco
Suspenso vuestro enojo;
Que bien sabéis que es justo
Acudir á la patria
Y al bien de la república, que al propio
Ha de ser antepuesto;
Que, pasada la guerra, hablaréis de esto.
Ya llega Mecio á Roma,
Según las nuevas llegan,
Con tanta alteración de nuestra gente,
Que importa que salgamos
Á detener su furia:
No piensen unos y otros que esto es miedo;
Que á Horacio, que está ausente,
No es justo que le injuries
De robador, Quirino;
Y cuando Cayo Horacio
Vuelva por él, es padre, y eso es justo.

QUIRINO.

Y yo, ¿no soy de Flavia
El padre, que este Horacio ausente agravia?
Débente de haber dicho,
Famoso Rey de Roma,
Que fuí de tu elección contrario voto
Y que la pretendía.

SEMPRONIO.

¿Qué miras á Sempronio?
Yo no le he dicho nada á Tulio Hostilio.
Antes, pues eso piensas,
Quiero advertirte ahora,
Que sin duda he pensado
Que sabes de tu hija,
Que á mí me prometiste en casamiento
Si te daba mi voto,
Y por negarla has hecho este alboroto.

QUIRINO.

Si la Real presencia
No impidiera mis manos,
Ellas te respondieran, no la lengua.

TULIO.

No se trate más de esto;
Que haré ¡por el gran Júpiter!
Un castigo ejemplar en unos y otros.

Sale un criado.

CRIADO.

Horacio, de camino,
En este punto llega.

TULIO.

Pues decid que éntre Horacio
Y sea bien venido,
Que es un valiente y próspero mancebo:
Sentaos, Padres, y oidle.

QUIRINO.

¡Qué alma fiera encubre el rostro humilde!

Sale Horacio.

HORACIO.

Después de dar, Tulio Hostilio,
Mil parabienes del mundo,
Que no digo de mí solo,
Puesto que te ofrezco muchos,
Á la investidura santa
De tu imperio y reino justo,
Que en celebralle no creas
Que me ha igualado ninguno,
Digo que, en nombre de Roma,
Á los altos dioses sumos,
Protesté al Senado de Alba
Que era el desafío injusto;
Estaban tan enojados
Con nosotros, que te juro
Que, hombre que no fuera Horacio,
Quedaba entre ellos difunto.
No me dieron, para hablar,
Asiento; mas no les culpo,
Que no era bien avisar
Á quien tomársele supo.
Y porque en esto con Roma,
Su Rey y Senado cumplo,
De cosas que á mí me tocan
Escucha un breve discurso.
Hoy he puesto en Roma el pie:
Si he dado al cuerpo el tributo
Que paga al sueño y descanso,
Tras el camino importuno,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ni he visto mi casa y padre,
¡Plegue á Dios que en este punto
Me parta un rayo del cielo
Ó el cuchillo de un verdugo!
Dígolo porque he sabido
La acusación que me puso
Ante ti, Quirino Flavio,
De traición, robo y estupro.
De serviros vengo, Roma;
Por vos esta afrenta sufro,
Y de que Quirino ha muerto
Á quien me pide le acuso.
Verdad es que la he servido;
Mas el intento que tuvo
Mi alma fué honrado intento
Y que nos cubriese un yugo.
Muerta es Flavia, Rey, Senado,
Que no sé cómo lo sufro.
¡Venganza, Padres, justicia;
Que en la que tengo me fundo!

TULIO.

No es tiempo de hablar en esto;
Silencio os pongo diez días.

QUIRINO.

A no haber silencio puesto,
De tus quejas y las mías
La verdad se viera presto.

TULIO.

Calla, pues; siéntate, Horacio;
Que yo te doy ese honor.

Sale un criado.

CRIADO.

Agora llega á Palacio
Un albano embajador,
Del linaje curiacio.

Sale Curiacio.

TULIO.

Entre.

CURIACIO.

Sin pedir asiento,
Ni saludaros, romanos,
Porque no entendáis que os miento,
Mi Rey y Senado albanos.....

HORACIO.

No prosigas.

CURIACIO.

¿Qué es tu intento?

HORACIO.

Mándale, señor, sentar.

TULIO.

Toma, embajador, lugar.

CURIACIO.

¿No te le dieron á ti
En Alba, y en Roma á mí
Asiento me quieres dar?

HORACIO.

Es porque veas, Curiacio,
Que hubo diferencia extraña
De ti entonces á un Horacio:
La arrogancia, en la campaña;
La cortesía, en Palacio.
Siéntate, di tu razón;
Si son bárbaros allá,
Acá diferentes son.

CURIACIO.

Tu silla me truje acá
Para esta misma ocasión.

Enséñele el manto.

HORACIO.

No la pongas en el suelo,
Que no lo consentiré,
Y pagas mal mi buen celo.

CURIACIO.

Yo sobre mí le pondré,
Que en ser tu manto es del cielo.
Y digo, en fin, que el Rey llega
A Roma, Hostilio, y te ruega
Salgas hasta el Tibre á hablalle
De paz.

TULIO.

Di que iré á buscalle,
Y que me aguarde en su vega.

CURIACIO.

Pues vé cuando apunte el día:
A aquesto sólo venía.

HORACIO.

Puesto que eres mi enemigo,
Ven á mi casa conmigo
Y aprenderás cortesía:
Déme licencia tu Alteza.

TULIO.

Parte. (1)

CAYO.

Mi aposento le adereza.

CURIACIO.

¡Que podré verte y hablarte,
Divina y rara belleza!
¿Por cuál hombre aquesto pasa?
¡Horacio, su mismo hermano,
Me lleva á su propia casa!

HORACIO.

Ven, albano.

CURIACIO.

Voy, romano.
¡Oh Julia, tu amor me abrasa!

Vanse Horacio y Curiacio.

TULIO.

¿Qué os parece que será
Lo que el Rey de Alba me quiere?

SEMPRONIO.

Algún partido querrá;

(1) Verso incompleto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y sea, en fin, lo que fuere,
Pues ya junto á Roma está.

TULIO.

Todo el ejército á punto
Quiero que salga, y que vea
Todo su número junto.

QUIRINO.

Si vino, ¿cómo desea
Partido? Aquesto pregunto.

TULIO.

¿No sabéis ya lo que doma
Sólo el ver la cara á Roma?
En viéndola, habrá querido
Paces, concierto y partido.
Cayo amigo, el cargo toma;
Y salgan mañana al alba,
Haciendo á los rayos salva
Del sol, las águilas nuestras.

CAYO.

Si esta noche se las muestras,
Amanecerán en Alba.

Vanse.

Salen Curiacio y Horacio.

HORACIO.

Ésta es mi casa, Curiacio,
Para que te sirvas de ella.

CURIACIO.

Para que reciba en ella
Merced, valeroso Horacio.

HORACIO.

Ya, pues á mi padre viste,
Verás mi hermana y hermanos.

Salen Julia Horacia y Eufrosina.

JULIA.

¿Huéspedes á casa albanos?
¡Con buena suerte allá fuiste!
Seas, Horacio, bien venido.

HORACIO.

¡Ay, Julia, desesperado
Vengo!

JULIA.

Ya te habrán contado
El negocio sucedido.

HORACIO.

¿Flavia robada?

JULIA.

Eufrosina,
Llámame aquella persona.

EUFROSINA.

Voy.

JULIA.

Que no la has visto abona
Tu pena.

CURIACIO.

¡Ay, Julia divina!

JULIA.

¡Ay, cielos! ¿Es mi Curiacio
El albanés que está allí?
¡Qué bien me pagas ansí
El darte tu dama, Horacio!
¿Llegaréle á hablar? ¿Qué haré?

Sale Eufrosina con Flavia.

FLAVIA.

¿Horacio venido?

HORACIO.

¡Ay, cielo!
¿Es sombra?

FLAVIA.

¡Horacio!

HORACIO.

Recelo
Que el alma y vista engañé.
Julia, ¿es mi Flavia?

JULIA.

Ella es,
Que te la tengo escondida.

FLAVIA.

¡Mi Horacio!

HORACIO.

¡Flavia querida!

JULIA.

Entra, y sabráslo después:
No venga aquí quien os vea.

HORACIO.

Habla el huésped, Julia mía,
Porque de tu cortesía
Regalado en todo sea.

Vanse Horacio y Flavia, y queden Curiacio y Julia Horacia.

CURIACIO.

¿Podréte hablar?

JULIA.

Ya podrás
Con los brazos que te doy.

CURIACIO.

Julia, ¿que en tu casa estoy?

JULIA.

Y aun en el alma que es más.
¿Vienes á posar aquí?

CURIACIO.

Pues ¿quién, sino tú, es mi centro?

JULIA.

¿Cómo estás?

CURIACIO.

Como aquí dentro.

JULIA.

¿Contento?

CURIACIO.

Adorando en ti.

JULIA.

¿Sentiste mi ausencia?

CURIACIO.

Mucho.

JULIA.

¿Y de verme?

CURIACIO.
Un sumo bien.
JULIA.
¿Deseábaslo?
CURIACIO.
También.
JULIA.
¡Que te oigo hablar!
CURIACIO.
¡Que te escucho!
JULIA.
¿Conociste allá á mi hermano?
CURIACIO.
Si más no le regalé.
JULIA.
¿Por qué?
CURIACIO.
Porque se me fué.
JULIA.
¿Es arrogante?
CURIACIO.
Es romano.
JULIA.
¿Cómo de paz has venido?
CURIACIO.
Mi Rey, señora, me envía.
JULIA.
Rogóselo el alma mía.
CURIACIO.
Y mi abrasado sentido.
¿Quién es aquesta mujer?
JULIA.
Dama de Horacio.
CURIACIO.
Bien viene.
JULIA.
Mientras suspenso le tiene,
Me podrás hablar y ver.
Entra, que ya me han mandado
Que te regale.
CURIACIO.
¿Es posible?
JULIA.
¡Oh ausencia!
CURIACIO.
Es dolor terrible.
JULIA.
¡Oh presencia!
CURIACIO.
Es bien doblado.
JULIA.
¡Cuánto anima!
CURIACIO.
¡Cuánto esfuerza!
JULIA.
¿Vive el alma?
CURIACIO.
El cuerpo ayuda.
JULIA.
¿Seré tu mujer?
CURIACIO.
Sin duda.
JULIA.
¿Serás mi esposo?
CURIACIO.
Por fuerza.

ACTO TERCERO.

Salen por una parte caja, bandera y soldados del Rey de Alba, y por otra, otra caja, bandera y soldados del Rey de Roma, y en llegando los Reyes, digan así:

TULIO.
Seas, Rey de Alba, bien venido á Roma,
Puesto que contra Roma airado vengas.
MECIO.
Guárdete, Tulio Hostilio, el alto Júpiter;
Que debo, por tu sangre, desearte
Toda salud aunque enemigo seas.
TULIO.
Después de haber venido airado á Roma,
Y cinco millas de ella puesto el campo,
Cercándolo de grandes y anchos fosos,
¿Qué te ha movido, Mecio, á prevenirme
Que hoy te hablase de paz sobre esta puente?
MECIO.
Yo he visto que la causa de esta guerra
Fué nuestro rey Civilio, de quien sabes
Que yo heredé el albano imperio agora;
Tuvo por ocasión vuestro descuido
En no darles castigo suficiente
Á los romanos que robar solían
Nuestras labranzas, campos y ganados,
Ó en no querer, pidiéndolas, volvérselas;
Y yo no dudo, Tulio, que tú digas
Que la misma ocasión y queja tienes;
Mas si verdad decimos unos y otros,
Guerra entre dos vecinos y parientes
Debe de ser codicia del imperio.
Fué mi elección después de comenzada,
Y después que marchando vine á Roma,
Supe cómo los Volscos y de Etruria
Mueven á Roma y Alba injusta guerra.
Viéndonos encontrados, he sabido
Que la suspenden, esperando sólo
El fin de la batalla, porque luego,
Al que venciere, acometiendo, venzan,
Pues, aunque vencedor, quedará flaco;
Pues si los dioses permitiesen, Tulio,
Que quedásemos todos destrozados,
¿Quién duda que los Volscos nos venciesen?
Si ellos nos aman, ¿no es pecado grave

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Poner la libertad nuestra en el juego
De la fortuna variable en todo?
Busquemos, pues, alguna industria ó traza
Por donde, sin que tanto se aventure,
Queden señores los de Roma de Alba,
Ó los de Alba señoreen á Roma,
Y juntos los señores, y sujetos,
Vencer podremos nuestros enemigos.

TULIO.

Conozco, Mecio, que algún dios te inspira
Esas palabras que en provecho dices
De la común república de entrambos;
Deudos somos, vecinos y parientes;
Determinemos cuál de los dos pueblos
Vendrá, sin tanta sangre derramada,
De esta suerte á quedar señor del otro;
Que yo confío que los dioses altos
No quitarán á nadie su justicia.

MECIO.

Tulio, ninguna cosa me parece
Más conveniente, que de nuestros campos
Escoger de soldados cierto número,
Y los que de éstos venzan á los otros,
Den á su patria y Rey el triunfo y reino.

TULIO.

Roma te lo agradece, albanés ínclito;
Que no cría soldados que rehusen
La igual batalla y campo cuerpo á cuerpo:
Gracias á Marte que te dió la industria.

MECIO.

Pues alto: escoge el número y la gente;
Que si arrogancia muestras de la tuya,
Bien puedo estar seguro de la mía.

TULIO.

Escoge tú, que das principio á todo.

MECIO.

Yo tengo tres hermanos en mi ejército,
De un vientre, de un esfuerzo y de una gracia;
Es los Curiacios su apellido ilustre,
Bien conocido en Roma por su padre,
Y de los deudos que ha tenido en ella:
Escoge contra aquéstos tres romanos.

TULIO.

Quieren los dioses este pacto nuestro,
Mecio, Rey de Alba, confirmar en todo;
Que yo tengo en mi campo tres hermanos,
Parientes de ésos y de igual familia,
De no menos valor, esfuerzo y ánimo;
Que ya sabrás que los Horacios digo;
Que no será, sospecho, inconveniente
Que una hermana que tienen trate agora
Con uno de los tuyos casamiento.

MECIO.

Para el bien de la patria, es justa cosa
Aventurar, el que es buen ciudadano,
Lo que más estimare, hasta la vida;
Hágase tres á tres esta batalla:
Y si vuestros Horacios los vencieren,
Alba desde hoy quede sujeta á Roma;
Pero si los vencieren los Curiacios,
Quede sujeta Roma á nuestro imperio.

TULIO.

Para que más de veras se confirme,
Vamos al templo del sagrado Júpiter,
Donde el fecial que nuestros pactos jura,
Sobre las aras y el altar divino,
Por Alba y Roma el juramento diga.

MECIO.

Vamos donde se haga á nuestros dioses,
Con las solemnidades que requiere,
Aquesta conveniencia y pleitesía.

TULIO.

Hoy, Alba, eres de Roma.

MECIO.

Hoy Roma es mía.

Cada uno por su parte se vuelvan, y entren Curiacio y Julia Horacia.

CURIACIO.

¿Tendrás á mal, Julia hermosa,
Que agora del campo falte
Por ser la ocasión forzosa?

JULIA.

Bien sé que eres el esmalte
De su muestra belicosa;
Pero pues de paz se ven,
¿Qué importa agora, mi bien,
Que dejes tu albana tierra,
Pues á las cosas de guerra
Sabes acudir tan bien?
Si esto fuera haber juntado
Los campos á pelear,
Pecho tengo tan honrado
Que te hiciera levantar
De mi cama y de mi lado;
Pero á tratar de partido,
Muy coronado y vestido
De plumas y de arrogancia,
No es negocio de importancia
Para un hombre bien nacido.
Acudir á la reseña,
Á la lista y al alarde,
Donde el soldado se empeña,
Suele ser donde el cobarde
Más oro que acero enseña:
No vayas tú, por mi vida.

CURIACIO.

Antes, mi Julia querida,
En la reseña el soldado
Queda más aficionado
Y allí la flaqueza olvida.
Que como con la trompeta
Cobra el caballo furor,
Ansí el hombre se inquïeta
Con el son del atambor
Para el tiempo que acometa.
Y cualquiera caballero,
De las galas al acero
Pasa mejor el vestido;
Que se empeña en lo fingido
Para lo que es verdadero.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Bien sé que tu amor detiene
El ánimo belicoso
Que tu noble esfuerzo tiene;
Que, como ya soy tu esposo,
A ser temeroso viene.
Quien nunca tuvo temor,
Huya de tener amor;
Que quien ama, ha de temer:
Celo y temor suelen ser
Hijos de amor y de honor:

JULIA.

Bien sabes, esposo mío,
Que, enemigo, te esperé
En campaña y desafío,
Cuando contra tres mostré
Horacio y romano brío;
Pero ya que eres amigo
Tan del alma como digo,
No me mandes, no, temerte,
Pues de que soy flaca y fuerte
Tienes amor por testigo.

CURIACIO.

Mi Julia, partir es fuerza;
No me echen los de Alba menos
Y el Rey conmigo se tuerza;
Que soy yo de aquellos buenos
Con quien su ejército esfuerza.
Palabra te doy, mis ojos,
Ó sea presto despojos
De mi enemigo, de ser
Tan cuidadoso en volver.

JULIA.

Que, en fin, ¿quieres darme enojos?

CURIACIO.

¿Qué más, por ventura, hicieras
Si saliera á la batalla?

JULIA.

Si á la batalla salieras,
Te apercibiera la malla
Y te rogara que fueras;
Mas vas galán, y por Roma,
Y esto de ser extranjero,
Por mucho gusto se toma.

CURIACIO.

Un enemigo tan fiero,
Hombres, no mujeres, doma.
Yo pensé que tus razones
Dirigías á excusar
Que me echasen maldiciones
Viendo casi en Roma entrar
Los albanos escuadrones.

JULIA.

Truécalo bien, dame enojos,
Que ya parece que pruebas
A confirmar mis antojos;
Pues bien sabes tú que llevas
De quien te mira, los ojos.
Vete, que el cielo, recelo,
No llevará más estrellas.

CURIACIO.

Si para darme consuelo
Me miran las tuyas bellas,
Seré de tus ojos cielo.
¡Adiós, dulce Julia mía!

JULIA.

¿Volverás á mediodía?
Que esto, por huésped, lo debes.

CURIACIO.

Haces las horas tan breves,
Que al salir volver podría.

JULIA.

Al mediodía, ya sabes
Que has de volver á comer
Aunque haya negocios graves.

CURIACIO.

Volveré, señora, á ver
Aquesos ojos süaves.
Volveré á ver, Julia mía,
Las estrellas que solía;
Porque al mediodía, sospecho
Que dirás que verme has hecho
Estrellas á mediodía.

Vase.

JULIA.

Esto es amar, esto es temer, que en esto
Consiste el fin de mi amorosa vida:
Temer de un alto estado gran caída,
¿Quién duda que ha de estar en razón puesto?
Ya toma el alma por partido honesto
Detener lo que pude tu partida,
Hermoso dueño, de quien vive asida,
Porque cortando el tiempo vuelvas presto.
Amé, temí, lloré, que son efetos
De esta primera causa: ¡tanto puede
Temer de un buen estado la mudanza!
¡Oh amor! Si eres manjar para discretos,
¿Qué confianza quieres que me quede,
Si es de necios la propia confianza?

Sale Horacio, su hermano.

HORACIO.

Por Flavia sólo me pesa;
Porque, en llegando al honor,
Cuanto es amor luego cesa.

Sale Eufrosina.

¡Delia Eufrosina!

EUFROSINA.

¡Señor!

HORACIO.

Di que me pongan la mesa.

JULIA.

¡Oh hermano!

HORACIO.

¿Está acaso aquí
Nuestro huésped?

JULIA.

¿Cómo así?
¿De qué vienes disgustado?

HORACIO.

De que es mi medio cuñado;
Que hoy á mi padre lo oí,
Y ya es todo mi enemigo.
Toma este manto y espada.

Déle la espada á la criada.

JULIA.

Declárate más conmigo.

HORACIO.

La paz quedó concertada.

JULIA.

Á Marte alabo y bendigo.
¿De qué suerte?

HORACIO.

Tres albanos
Y tres valientes romanos
La batalla hemos de hacer.

JULIA.

¡Cosa que vengan á ser
De mis cuñados y hermanos!

HORACIO.

Qué, ¿lo dudas? Los Curiacios
Alba escogió, y nuestra Roma
Los tres hermanos Horacios.

Desmáyase Julia.

¡Hola! En los brazos la toma,
Que son lucidos espacios.
Qué, ¿te desmayas, di, loca?

EUFROSINA.

Tu amor, señor, la provoca.

HORACIO.

De su esposo, no, dirás.
Vuelve en ti, Julia, que estás
Ya con el alma á la boca.
Pues ¿qué hará Flavia también?

EUFROSINA.

Aguardándote está Flavia.

HORACIO.

Di que de comer me den;
Que ni sé si es hambre ó rabia,
Ni si es por mal ó por bien.

JULIA.

¡Ay!

HORACIO.

Suspira: di que calle
Si á su esposo oyes nombralle
Mientras me voy á comer.

EUFROSINA.

¿Qué haré?

HORACIO.

Déjala caer
Del corredor á la calle.

Éntrase airado, y vuelve en sí Julia.

JULIA.

¿Posible es, airado cielo,
Que ocasión de tanto honor,
Por bien del romano suelo,
Quite la fuerza al amor
Y alargue á la fama el vuelo?
¿Que no se puede excusar
Que salgan á pelear
Mi arrogante hermano Horacio
Y mi esposo Curiacio?
¿Que uno al otro ha de matar?
¿Hay medio en esta desgracia?
Sí, bien le pudiera haber
Con dar la vida de gracia
La que es hermana y mujer,
La desventurada Horacia.
¡Ay de mí! ¿Qué considero?
Ya no es Horacio mi hermano,
Sino mi enemigo fiero;
Luego más debo á mi albano,
Mi esposo y mi amor primero.
¡Muera Horacio, muera aquel
Que consintió, de cruel,
En hacer esta batalla!

EUFROSINA.

¡Calla, Horacia, por Dios, calla;
Que aun estoy temblando de él!

JULIA.

No quiero, sino dar voces
Contra aqueste Horacio injusto.

EUFROSINA.

Mal á tu esposo conoces;
Que puede, aunque no es robusto,
Matar á tu hermano á coces.

JULIA.

Mira, yo sé que esta espada,
De Horacio es tan estimada
Que á cualquier cosa la lleva;
Que muestra, en cuantas la prueba,
Lindo acero y bien templada.
Quiero embotalle los filos
Porque no pueda cortar;
Que con tan tiernos estilos,
¿De qué me sirve llorar,
Ni hacer mis ojos dos Nilos?
¡Ánimo: dame una piedra!

EUFROSINA.

¡Cómo la sangre desmedra
En lo que toca al marido!

JULIA.

Bien que hasta agora no he sido
Isifiles, Tacia ó Fedra.

EUFROSINA.

Ya está la espada desnuda.

JULIA.

¿Y la piedra?

EUFROSINA.

Aquí también;
Guárdate que Horacio acuda.

JULIA.

Que ya no hay mal para quien
Todo su bien tiene en duda.
Embotaos, filos rabiosos;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Duro acero, no cortéis
Aquellos miembros hermosos,
Porque no es bien que saquéis
Sangre horacia rigurosos.
Que sois de Horacio, os confieso;
Pero estoy en ellos yo,
Y sacarla es fiero exceso.
¡Ay, cielo!

EUFROSINA.

¿Qué te espantó?

JULIA.

Vi un rostro en su acero impreso.

EUFROSINA.

Anda, que es el mismo tuyo.

JULIA.

Imaginé que era el suyo,
Ó el alma, que se quejaba,
Que esta espada la sacaba:
Todo á mi mal lo atribuyo.

EUFROSINA.

Es que, como estás llorosa,
La espada sirve de espejo.

JULIA.

Punta fiera, rigurosa,
Parece que aguda os dejo
Y que está el alma quejosa.
Mirad que al pecho no entréis;
Que entrambas las sacaréis,
Que en la tuya está la mía:
Pruébala á ver.

EUFROSINA.

Aun podría
Herilla.

Sale Flavia.

FLAVIA.

¡Oh, Julia! ¿Qué hacéis?
¿Qué espada es ésa?

JULIA.

¿Has sabido
La batalla concertada?

FLAVIA.

Sus lágrimas he comido.

JULIA.

Es de mi esposo esta espada,
Que yo tengo aborrecido,
Porque, en tocando á mi hermano,
La sangre vence, eso es llano.

FLAVIA.

¿Con esa piedra la embotas?

JULIA.

Ya están las dos partes rotas.

FLAVIA.

¿Temes al valiente albano?

JULIA.

No temo; siéntate aquí;

Siéntense las tres.

Pero, en fin, por sí ó por no,
Quiero embotársela ansí.

FLAVIA.

Lo mismo quiero hacer yo,
Que también me toca á mí;
Dadme otra piedra.

EUFROSINA.

Ésta toma.

FLAVIA.

Ansí tu filo se doma,
Fiero albanés.

JULIA.

Dale más.

FLAVIA.

¡Qué bien, hermana, le das!

JULIA.

Vuelvo por mi sangre y Roma.

FLAVIA.

Otra, por ventura, fuera
Que á su hermano la embotara
Porque su esposo viviera.
¡Qué romana ilustre y clara!
¿Quién, sino Horacia, pudiera.....
¡Cómo das en esto ejemplo!
La misma Roma contemplo
Cifrada en ese valor.
Hagan, Horacio, en tu honor
Aras, culto, altar y templo.

Sale Horacio.

HORACIO.

¿Qué es esto?

EUFROSINA.

¡Julia, tu hermano!

HORACIO.

¿Cómo mi espada embotáis?
¡Muy bueno, á fe de romano!
¿Luego entrambas deseáis
La vida del fiero albano?
¡Suelta!

FLAVIA.

Julia me decía
Que de Curiacio era,
Y yo por eso lo hacía.

JULIA.

Vé, mátale, tigre, fiera,
Indio, león, sierpe, arpía;
Que Dios ha de castigar
Esa arrogancia.

HORACIO.

¡Villana!

Húyase Julia.

¡Fuera, que la he de matar!

FLAVIA.

Mira, Horacio, que es tu hermana.

HORACIO.

Déjame, Flavia, pasar.

FLAVIA.

¡Tente ya, pues!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HORACIO.

¡Oh, traidora,
Que la espada me embotaba!

Sale Curiacio.

FLAVIA.

Curiacio viene.

CURIACIO.

Aunque agora
De decirme el Rey acaba
Lo que ya mi afición llora,
Á tu casa vuelvo, Horacio,
No para tomar espacio,
Como otras veces solía,
Ni por ver la esposa mía,
Que ya sólo soy Curiacio:
Por mis armas vengo aquí.

HORACIO.

Por lo que quisieres ven;
Que ya no eres para mí
Más de enemigo.

CURIACIO.

Está bien:
Lo mismo siente de ti.

HORACIO.

Sentiré lo que quisiere.

CURIACIO.

Sentirás lo que es razón,
Y no lo que no lo fuere.

HORACIO.

¿Sabes bien mi condición?

CURIACIO.

Tu lengua me la refiere.

HORACIO.

Á no ser por el concierto,
Creo que te hubiera muerto.

CURIACIO.

Pues, á no estar concertado,
Ya estuvieras enterrado.

HORACIO.

¡Bien, por cierto!

CURIACIO.

¡Bien, por cierto!

HORACIO.

¡Ay de ti, cuando me veas
Donde conozcas quién soy!

CURIACIO.

¡Ay de ti, cuando no creas
Que desarmándote estoy,
Si vida entonces deseas!

HORACIO.

¿Hay tal Curiacio en el mundo?

CURIACIO.

¿Hay tal Horacio en el suelo?

HORACIO.

Yo no he tenido segundo,
Sino es á Marte en el cielo,
Y á Plutón en lo profundo.

CURIACIO.

Yo no he tenido primero,
Sino ha sido en Troya á Eneas,
Y allá, en Grecia, á Aquiles fiero.

HORACIO.

Pues yo me huelgo que seas
Tan valiente caballero;
Que del vencedor la gloria,
Es el valor del vencido.

CURIACIO.

Grande será mi victoria,
Porque en todo el mundo ha sido
Esa arrogancia notoria.

HORACIO.

Quédate adiós, Flavia mía;
Que rabio por ver el día
En que este tierno mancebo
Conozca lo que le llevo
De valor y cortesía.

FLAVIA.

¡Qué! ¿Te vas?

HORACIO.

Llevo disgusto.

CURIACIO.

Bien es que robusto seas;
Y de que soy tierno, gusto,
Porque, cuando allá me veas,
Te pareceré robusto.

HORACIO.

Déjame ir: no haga este hombre
Por donde Roma se pierda.

FLAVIA.

¡Ay, mi Horacio!

HORACIO.

De ese nombre,
Mientras que vuelvo, te acuerda.

Vase.

CURIACIO.

¿Eso quieres que me asombre?

FLAVIA.

¡Que has de procurar matar,
Albanés fiero, mi bien!
¡Estoy por.....

CURIACIO.

Dame lugar
Á que mis armas me den;
Déjame á Julia llamar.

FLAVIA.

¡Qué hecho haré de romana

Ásgale.

En ahogarte con mis manos!

CURIACIO.

¡Suéltame, Flavia inhumana!

FLAVIA.

¡Mataré dos mil albanos!

CURIACIO.

¡Ah, loca! ¡Ah, injusta! ¡Ah, villana!

FLAVIA.

¡Morir tienes!

GURIACIO.

Has de hacer

Que un hombre albano, y Curiacio,
Mate á una frágil mujer.

FLAVIA.

¿Tú, traidor, matar á Horacio?

CURIACIO.

Ya sabes tú que ha de ser.

Sale Julia.

JULIA.

¿Qué es lo que estoy mirando?
¿Á mi esposo, cruel? ¡Suelta á mi esposo!

FLAVIA.

Pues estoy procurando
La vida de tu hermano generoso.
¿Y á mí, Julia, te atreves?
Ni eres Horacia, ni haces lo que debes.

CURIACIO.

Déjala, Julia mía,
Déjala.

JULIA.

¿Cómo es eso? ¡Mataréla!
Ya está la sangre fría
De Horacio en mí; la que tenía, saquéla
Para darla á mi esposo.

FLAVIA.

No importa; Horacio es hombre valeroso:
Él matará tu albano.

JULIA.

Déjame que la mate.

CURIACIO.

¡Huye, enemiga!

FLAVIA.

Hoy morirás, tirano!
Hoy verás cómo el cielo te castiga,
Fratricida sangrienta.

JULIA.

¿Que no la he de matar?

CURIACIO.

¡Huye, escarmienta!

JULIA.

Muestra, dame esa daga.

CURIACIO.

Vete de aquí, mujer.

FLAVIA.

Horacio es fuerte;
Yo haré que satisfaga
Mi rigurosa afrenta con tu muerte.

CURIACIO,

Deja, suelta; ya es ida.

JULIA.

¡Que se va de mis manos con la vida!
Pero si en casa queda,
No dudes que la mate.

CURIACIO,

¡Julia mía,
Licencia me conceda
Tu alma, llena de honra, que este día,
Tú misma me decías
Que de tu lado me despertarías!
Bien sabes que no puedo
Dejar caso tan grave y tan honroso.

JULIA.

Ya satisfecha quedo,
Que es tu partida y mi dolor forzoso:
No quiero detenerte,
Ni con llorar pronosticar tu muerte.
Parte, albanés divino,
Hermosa media vida de este pecho;
Que no es este camino,
Si murieres, tan áspero y estrecho
Que por él no te siga
Tu Horacia esposa, tu mujer y amiga.
Si vencieres, ya es cierta
De tu famoso triunfo en mí la gloria;
Si mueres, ya soy muerta,
Y hará una misma fama una memoria,
Una muerte, una vida,
De nuestro amor la historia conocida.
Este manto de seda
Lleva en mi nombre á la batalla injusta,
Y el cielo te conceda
Tanto valor y fuerza tan robusta,
Que le vuelvas teñido
En sangre de mi hermano, ya vencido.
Dame tus brazos caros.

CURIACIO.

Si así me los esfuerzas, hoy mis hechos
Serán altos y claros.

JULIA.

Como se juntan esta vez los pechos,
Y con las mismas veras,
Se han de juntar, que vivas ó que mueras;
Que no hay fuerza en la muerte,
Ni en la vida fortuna, que me aparte
De amarte, de quererte
En vida y muerte, en una y otra parte.

CURIACIO.

Y yo lo mismo digo,
Haciendo al mismo Júpiter testigo.
¡Adiós, hermosa prenda
Del alma, que hasta veros no descansa;
Que la que me encomienda
Vuestro valor, si la fortuna amansa
Que sigue á los romanos,
Volverá vencedora á vuestras manos!
¡Adiós, esposa mía,
Único bien del alma de Curiacio;
Que hoy ha de ser el día
Que habéis de dar por vuestro esposo á Hora-
[cio!

JULIA.

Mil que tuviera ofrezco.

CURIACIO.

¡Adiós!

JULIA.

Por adoraros lo merezco.

Salen Tulio, Rey de Roma, y Mecio, de Alba; Quirino y Cayo, Lisandro y Aquileyo.

TULIO.

Después de jurado así,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Qué duda puede quedarte,
Mecio, de Roma y de mí?

MECIO.

Sólo el favor del gran Marte,
Á quien mi causa ofrecí;
Que, como padre piadoso
De Rómulo victorioso,
Temo que me sea contrario.

LISANDRO.

Aplacarle es necesario
Con sacrificio forzoso.

TULIO.

El más cierto sacrificio
Es la justicia y razón,
Y el más agradable oficio.

MECIO.

Pienso que en esta ocasión
Hago á los dioses servicio,
Porque de una y otra suerte,
Con la victoria ó la muerte,
Quedamos todos en paz,
Pues el furor pertinaz
En amistad se convierte.

TULIO.

Yo tengo en Marte esperanza
Que tendrá Roma victoria,
Ya por la razón que alcanza,
Ya por la pasada historia,
Que es de mayor confianza;
Que bien sabéis que mató
Rómulo á Amulio tirano,
Y que á Númitor le dió
El cetro é imperio albano,
Y luego á Roma fundó.
Pues si Rómulo quisiera,
Alba entonces suya era,
Y por herencia lo es;
Pero su valor después
No cupo en menor esfera:
Fundó ciudad para sí,
Á quien debe estar sujeta
La vuestra.

MECIO.

Suspende aquí
Tu razón, pues se decreta
Que no se averigüe así.
Que si Rómulo, criado
De Fáustulo y de Laurencia,
Y en las márgenes hallado
Del Tibre, á la gran presencia
Vino de su abuelo, atado,
Donde, ayudándole Remo,
Sacó el imperio supremo
De las manos del tirano,
Primero fué rey albano.
Aunque fué piadoso extremo
Dejar el reino á su abuelo
Y fundar en este suelo
A Roma, bien se averigua
Que es Alba la más antigua
Y que hoy os sujeta el cielo.

TULIO.

Si en las Academias fuera
Ventilada esta cuestión,
Bien Roma se defendiera;
Pero ya está la razón
En esta batalla fiera.
Así, que tomad lugar,
Jueces de Alba y de Roma,
Que sois quien lo ha de juzgar:
Tu asiento, Rey de Alba, toma;
Que Horacio comienza á entrar.

Salen caja y trompeta, los tres Horacios, y el acompañamiento que puedan.

CAYO.

Hijos, romanos sois: que basta, creo,
Haberos dicho yo que sois romanos;
Tras esto sois mis hijos, y en quien veo
Tres Cayos, cual yo soy, en rostro y manos;
Mas para conseguir este trofeo
No es pequeña ocasión que sois hermanos:
Mirad lo que os obliga que esto os pida
Roma, honor, padre, sangre, hermano y vida.
Cada cual de los tres, hijos, defiende
Su patria justamente, y en sus ojos
Tiene la gloria que en el fin pretende,
Dando á su padre y sangre los despojos;
La de los tres, á cada cual enciende.
¿Perder la vida á quien no causa enojos?
Torno á decir la causa referida:
Roma, honor, padre, sangre, hermano y vida.

HORACIO.

Padre famoso y claro, ilustre espejo
En que se ven tus hijos retratados,
Hijos que, con decir de Horacio el viejo,
Bastaba para ser del mundo honrados;
Tu exhortación piadosa, tu consejo,
Cuando fuéramos hombres delicados,
Nos infundiera aquel esfuerzo honroso
De padre tan gallardo y valeroso.
¡Ojalá que tú fueras escogido
Solo, señor, contra los tres albanos;
Que más seguro á Roma hubiera sido,
Pero en deshonra de estos tres hermanos!
Con tal ejemplo cada cual movido
De tus hijos, de Horacios, de romanos,
Verás de qué manera se ejercita:
El que mira tal sol, tal padre imita.

Salen los tres Curiacios, caja y trompeta, y acompañamiento.

MECIO.

Ya estáis, Curiacios, en el campo adonde
Consiste el bien de nuestra patria cara,
Pues vuestro padre ya la tierra esconde,
Miradme en su lugar; Mecio os ampara.
Si cada cual á su valor responde,
Puesta á los ojos su difunta cara,
Daránle la corona merecida

Patria, honor, padre, gloria, fama y vida.
Generoso principio habéis tenido,
Grande ejemplo tenéis en vuestro padre,
El hecho de la empresa esclarecido,
Digno que á solo vuestro nombre cuadre;
El valor del suceso remitido,
Por el bien de la patria, vuestra madre,
Á vuestros brazos, donde cuelga asida
Patria, honor, padre, gloria, fama y vida.

CURIACIO.

Rey invicto albanés, si no es que el cielo
Tiene determinado en su concilio
Que sea del romano y nuestro suelo
Rey absolutamente Tulio Hostilio,
Hoy de este campo levantando el vuelo,
Con el favor de Marte y de su auxilio,
La fama de los tres, y tu honra salva,
Dirá al mundo que es Roma esclava de Alba.
Bien conocen quién somos los romanos;
Yo te digo que teme y tiembla Roma;
Sus muros digo: que sus tres hermanos
Poco harán en temblar de quien los doma:
Dioses de Alba, latinos y troyanos,
Y tú, gran Numitor, la espada toma;
La sangre silvia fué primero nuestra;
Rea fué albana, luego Roma es vuestra.

HORACIO.

¿Á tal tiempo, albanés, soberbias dices?
¡Por Júpiter, que tienes lindo seso!
Mas bien es que te ensalces y autorices,
Que siempre fué del poco valor eso.

CURIACIO.

¡Oh, míseros Horacios, infelices,
Que ya tenéis del corazón impreso
El temor en el rostro! ¿Qué arrogancia
Puede caber adonde no hay distancia?

TULIO.

No es justo agora que al hablar se atienda:
Mirad las armas todas, y los pechos,
Los que habéis de juzgar esta contienda,
Para que estéis entrambos satisfechos.

QUIRINO.

Las armas son iguales; no hay qué ofenda
Los pechos; del valor que fueron hechos
Muestran bien los albanos.

LISANDRO.

Y los vuestros,
Igual verdad que los famosos nuestros.

QUIRINO.

¿Protestáis á los dioses que ninguno
De hierba ó de palabra se ha valido,
Ni ha hecho encantamento ó hechizo alguno,
So pena de cobarde y fementido?

TODOS.

Sí, protestamos.

TULIO.

Tiempo es oportuno
Para que quede el caso definido.
Toque la caja y militar trompeta,
Y cada cual repare y acometa.

Toquen, y hágase la batalla; caigan muertos los dos Horacios; quede el uno con los tres albanos, y parando las cajas diga

HORACIO.

No desmayéis, romanos, yo soy vivo;
Horacio soy, y agora más valiente,
Porque las almas de estos tres recibo
Y su valor me anima juntamente;
Virtud unida soy, Curiacio altivo;
Que la esparcida menos valor siente.
¡Ánimo, Roma; no desmayes, Roma;
Todo tu peso Horacio en brazos toma!

Tornen á tocar, y mate los tres Curiacios él solo, y quite á Curiacio el manto que le dió Julia.

¡Vencí, albanés, vencí! ¡Roma triunfante,
Alba es esclava vuestra!

TULIO.

¡Oh, fuerte mozo,
Cuyo valor divino el mundo espante!

CAYO.

En medio del dolor consiste el gozo.

Dentro:

¡Venció! ¡Roma venció!

QUIRINO.

Ya va delante
El pueblo, con estruendo y alborozo,
Á publicar la nueva y la victoria.

MECIO.

Vuestra es, romanos, hoy la palma y gloria;
Veisme aquí, Roma, á vuestros pies rendido;
Alba es vuestra, que ya tuve por cierto
Que rey de vuestro imperio hubiera sido
El uno y otro Horacio viendo muerto;
Pero el valor, mancebo esclarecido,
En ese pecho espléndido encubierto,
Venció los tres con un ardid tan noble,
Que has dado en el dolor la gloria al doble.
De hoy más podéis mandar á Alba, romanos.

CAYO.

Dame tus brazos, hijo, aunque el ver muertos,
Con tan grave dolor, tus dos hermanos,
De luto me los dé también cubiertos.

TULIO.

Ponedle ese laurel en frente y manos;
Triunfe por Roma, y sus vecinos, ciertos
De la victoria, le bendigan y amen,
Y de la patria defensor le llamen.

HORACIO.

Este manto quitado á Curiacio,
Que sólo por despojos le contemplo
De esta batalla, quiera Roma, Horacio,
Colgar de Marte en el famoso templo,
Pues vamos por el Foro y el Palacio;
Dará en su altar á los demás ejemplo.

TULIO.

Julia tu hermana viene.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CAYO.

Razón tiene
Si á darle el parabién del triunfo viene.

Sale Julia, de luto.

JULIA.

No vengo, enemigo hermano,
Á ver de tu gloria el fruto
Para el Imperio romano,
Sino, cubierta de luto,
Á llorar mi esposo albano.
No vengo con alegría
Á celebrar este día,
Sino con mi llanto triste,
Pues que el homicida fuiste
De la vida que fué mía.
No vengo á ver tus despojos
Llenos de gloria y contento,
Sino mis propios enojos,
Y á verte, infame, sangriento
Contra el cielo de mis ojos.
No vengo á darte mis brazos,
Como á mi esposo lo hicieran,
Á quien has hecho pedazos;
Porque, si de cordel fueran,
Te diera dos mil abrazos.
No vengo á que el parabién
Mi lengua y ojos te den
Con aplauso y gusto igual;
Que lo que fué por mi mal,
No puedo decir que es bien.
Vengo á que pases mi pecho
Con esa traidora espada,
Autora de lo que has hecho,
Porque, en su sangre bañada,
Entrará mejor sospecho.
Junta esa sangre á la mía,
Que ya está la tuya fría;
Y habré sangre menester,
Para tener que verter,
Mejor que la que tenía.
El alma del muerto es cierto
Que vive, traidor, en mí;
Luego es vencimiento incierto
Si, no me matando á mí,
Piensas que á mi esposo has muerto.
Para matar á mi esposo
Que me mates es forzoso,
Porque á quien mataste en él
Yo fuí, tirano cruel,
Que de mí estás victorioso.
Roma y Rey, locos estáis:
¿Porque ha muerto una mujer,
Triunfo á Horacio, y gloria, dais?
¿Cómo es posible vencer
Sino es que á mí me matáis?
Yo soy Curiacio, yo soy;
Roma, dadme á mí la muerte,
Que en su cuerpo muerto estoy;
Y él en mí, que de esta suerte,
Porque muera, á morir voy.
¡Suelta el manto y los despojos,
Infame Horacio, que yo
Los labré con estos ojos!

HORACIO.

¿Cuál hombre infame escuchó
A su sangre estos enojos?
¿Ansí vienes á llorar
La muerte de dos hermanos,
Y el que está vivo á abrazar?
¡Perdonad, dioses romanos!
¡Hoy la tengo de matar!

JULIA.

¡Ay! ¡Aguárdame, Curiacio!

Mátela.

¡Esposo, aguarda; ya muero!

CAYO.

¿Qué has hecho?

HORACIO.

En más breve espacio,
Un triunfo más verdadero.

TULIO.

¡Gran maldad! ¡Prended á Horacio!

QUIRINO.

¡Date preso!

HORACIO.

Ya lo estoy.

TULIO.

Atadle las manos luego.

HORACIO.

Digno de la muerte soy;
Venga el cuchillo y el fuego.

CAYO.

¡Dioses, mis quejas os doy!
¡Todos mis hijos son muertos!

HORACIO.

¡Matadme, pueblo romano
Y enemigos encubiertos,
Que por ser honrado hermano,
No son grandes desconciertos!

CAYO.

Pues ¿cómo, hijo, en mi cara,
A tu hermana has dado muerte?

HORACIO.

Padre, y á vos os matara
Cuando de la misma suerte
Honor perdiera ó ganara.

TULIO.

Las leyes, Horacio fiero,
De Roma te han condenado
A morir.

HORACIO.

Pues morir quiero:
Para eso estoy atado;
Matadme: la muerte espero.

TULIO.

Pésame en esta ocasión
Porque te tuve afición;
Pero lo que puedo hacer

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Es que te quiero ofrecer
Para el pueblo apelación.

QUIRINO.

Horacio, pues por tu honor
La ley de Roma has quebrado,
Y has de morir en rigor,
Al mío estás obligado,
Y no menos á tu amor.
¿Sabes de Flavia?

HORACIO.

Sí sé.

QUIRINO.

Pues no la dejes ansí;
Padre soy, conmigo esté,
Siquiera porque de ti
Amada en la vida fué.

HORACIO.

Vayan por ella á mi casa;
Que allí la tengo, Quirino,
Donde, aunque su amor me abrasa,
¡Por Marte! y Numa divino,
Que ha sido en extremo escasa!
Juró no darme contento
Hasta el mismo casamiento;
Y así, Quirino, te juro
Que puedes estar seguro
De su honrado pensamiento.
Como en tu casa la hallé,
Te la vuelvo.

QUIRINO.

Pues yo iré,
Y aquí la traeré conmigo,
Porque se case contigo,
Y honrada en tu muerte esté.

Vase.

CAYO.

Tanto es mayor el dolor
De verte, Horacio, afligido,
En la empresa vencedor,
Que si te viera vencido
Viendo de Roma el rigor.
Si fué grande tu delito
Contra las leyes romanas,
Su rigor es infinito.

HORACIO.

No afrentéis, padre, esas canas,
Pues de su afrenta las quito.
Más quiero que Roma diga
Que he sido un honrado hermano,
Y que por tal me castiga,
Que un defensor ciudadano
De la ley que á muerte obliga.

TULIO.

Las leyes de Roma, Horacio,
Hoy te condenan á muerte;
Apela en tan breve espacio
Al pueblo, que, por no verte,
Me voy solo á mi palacio.
¡Pueblo romano, doleos
De Horacio, que en este día,
Os dió tan grandes trofeos!

Vase el Rey.

Salen Quirino y Flavia.

QUIRINO.

Aquí tienes, Flavia mía,
Todo el fin de mis deseos.
¿Ves? Aquí está tu marido.

FLAVIA.

Pues ¿cómo, señor, atado,
Cuando Roma libre ha sido?
¿Ella absuelta, vos culpado,
Y el que es vencedor vencido?
¿Para qué vienen mis ojos
A veros de aquesta suerte
Con tanta gloria y enojos,
Pues vine á ver vuestra muerte,
De la victoria despojos?
¿Para qué vengo á casarme
Cuando manos no tenéis,
Que podáis, Horacio, darme?
Y ¿qué importa que os caséis
Si luego habéis de dejarme?
Apenas de la victoria
Llegó la nueva ganancia,
Cuando es la muerte notoria
Porque no hubiese distancia
Entre la pena y la gloria.
Llega el piadoso clamor
De que Horacio es vencedor,
Y á sus ecos junto llega
Otro que dice: Ya entrega
La vida al mismo furor.
¡Pluguiera á Dios que murieras
Sin dar á Roma esta gloria!

QUIRINO.

Hijo, primero que mueras,
Pues ya es tu muerte notoria,
Que sólo el cuchillo esperas,
Deja con honra este viejo.

HORACIO.

Flavia, pues no tengo manos
Que darte, el alma te dejo;
No me quejo á los romanos:
De mi desdicha me quejo.
Cumplan sus leyes, pues son,
De justicia y religión,
Tan raro ejemplo en el suelo:
Tú Flavia, por mi consuelo
Recibirás mi intención.
Échame al cuello tus brazos,
Pues no tengo brazos yo
Con que igualar tus abrazos.

FLAVIA.

Y del alma que te amó,
Serán los postreros lazos.
¿Soy tu mujer?

HORACIO.

Sí, mis ojos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Y yo tu marido?

FLAVIA.

Sí.

CAYO.

¡Que para tales enojos
Les deis, dioses, vida aquí
A mis caducos despojos!
Las lágrimas de este viejo,
¿No os mueven?

QUIRINO.

Ya dejo
Tu gobierno, Roma ingrata;
Que quien á su padre mata,
No tiene ley ni consejo.
Cayo Horacio, decid vos
Á vuestro hijo que apele
Al pueblo, y del pueblo á Dios.

CAYO.

Hijo, apela.

HORACIO.

Si es que os duele,
Padre, apelad por los dos.

CAYO.

Pueblo romano, ¿es posible?
¿Es posible, ciudadanos,
Que no os duele la desdicha
Del mísero Cayo Horacio?
Cuatro hijos hoy tenía,
Gloria de mis largos años;
No he dado á la patria poco,
Pues que le doy tres, de cuatro.
Dejadme, Roma, éste solo;
Dadme éste solo, romanos,
Ó quitadme á mí la vida
Para que os dé cinco Horacios.
Conmutad esta sentencia,
De un mozo á un viejo, pasando
La espada, de un cuello fuerte,
Aqueste inútil y flaco:
¿Para qué queréis un viejo
Que está de vivir cansado?
Viva este mozo robusto,
Vencedor de tres albanos.
¿Es posible que del cuello
Os quite el forzoso lazo
Con aquellas manos fuertes,
Y que agora atéis sus manos?
¿Por el que no sois agora
Todos juntos de Alba esclavos,
Como esclavo le tenéis,
Al pie del verdugo atado?
Si dió la muerte á su hermana,
No ha sido tan fiero caso,
Sino muy justo castigo,
Digno de un honrado hermano.
Aun no era Julia su esposa,
Puesto que fué concertado;
Que parece que es disculpa,
Y que la culpa su llanto.
Mal hizo Julia, mi hija,
Miradlo bien, pueblo amado,
Cuando debiera llorar
La muerte de dos hermanos.
Y cuando fuera bien hecho,
Porque amor es temerario,
Yo soy parte, y no querello,
Antes perdono mi agravio.
Mirad que los albaneses,
Con haber perdido el campo,
La libertad de su patria
Y los fuertes Curiacios,
Están llorando de verme
Y llamándoos pueblo ingrato.
¿Quién jamás cabeza ha visto,
Ni cabello coronado
Para cortalle el verdugo,
Ni un hombre muerto triunfando?
¿Nadie se duele de mí?
¿Qué me respondéis, romanos?

TODOS.

¡Viva Horacio, Horacio viva!
¡Viva Horacio, viva Horacio!

Sale el rey Tulio.

TULIO.

¿Qué alboroto es éste? ¿Es muerto?

CAYO.

Antes la vida le han dado.

TULIO.

Yo os lo agradezco en su nombre,
Valerosos ciudadanos,
Os alabo y os bendigo,
Os honro, estimo y ensalzo;
Que es bien revocar las leyes
Para tan piadoso caso.

QUIRINO.

Flavia, señor, es su esposa.

TULIO.

Pues gócela largos años;
Y acompañando su triunfo
Hasta el templo, á Marte sacro
Vamos todos en paz, juntos
Alba y Roma, celebrando
De Horacio el triunfo, y aquí
Dé fin *El Honrado hermano.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ROMA ABRASADA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ROMA ABRASADA

TRAGEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL MAESTRO GIL GONZÁLEZ DE ÁVILA

CORONISTA DE SU MAJESTAD

Para dar á vuesa merced las gracias y alabanzas, si no iguales á sus méritos, posibles á mi ignorancia, era tan preciso como justo referir las de la historia por cuya excelencia se viniera en perfecto conocimiento de su claro ingenio y universales estudios; pero á quien sabe tan bien sus grandezas como sus preceptos vanamente se buscarán en la retórica, que, después de la verdad, es su fundamento, si bien quiere Cicerón que sea vera et sincera narratio. *Dejando, pues, aparte sus escritos de vuesa merced en todo grado y perfección histórica, donde se ven la verdad, la elocuencia, la exornación y el ejemplo, abrazados con armonía en la pureza de nuestra lengua, pues como dijo Livio:* Hoc illud est præcipuè in cognitione rerum salubre et frugiferum, omnia te exempli documenta in illustri posita monumento intueri, *etc., le debemos los que nacimos en Madrid la honra que le ha dado; porque si el amor de la patria*

Nescio qua *natale solum* dulcedine cunctos
Ducit,

en mayor obligación nos pone vuesa merced cuanto más ilustre le ofrece á los extraños, que sólo le han de ver por los oídos; pues cuando, como á tantos imperios ha puesto en miserable ruina la voracidad del tiempo, se atreviese su mudable condición á su feliz fortuna, ya quedaba alta memoria de su estado á la posteridad de los siglos, y supiera la sucesión de los años que fué Madrid tan grande. A deuda que lo es tanto, paga mi corto caudal con la Tragedia de Roma, *no en su grandeza y suma felicidad, como vuesa merced nos da á Madrid en descripción tan heroica, que como tabla de pintor insigne con admirable veneración se respeta, sino abrasada, aunque Roma, y á los pies de un tirano la cabeza del mundo, para que se vea lo imposible de la proporción en la infinita distancia. A la corona que vuesa merced puso á mi patria, doy un laurel indigno; al honor de nuestros magistrados, el pervertido gobierno de aquellos cónsules; al premio de las letras en esta edad dichosa, el ingrato discípulo de Séneca; á la reputación de nuestras armas, las consulares insignias desatadas y las águilas de plata teñidas del ocio, y el más sangriento perseguidor de la romana Iglesia, á quien tanto ha celebrado la católica monarquía de Felipe IV; pero, finalmente, historia, porque no le alcance (hablando con vuesa merced) la opinión de Herodoto; pues no dirá si van juntas:* Quo fit ut sapientius atque præstantius poesis historia sit. *Patiare igitur, obsecro, hanc opellam tuo faustissimo nomini dicatam per Hispaniam diffundi.* Vale.

Lope Félix de Vega Carpio.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ROMA ABRASADA

TRAGEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

Claudio, *Emperador.*	Séneca.	Camilo.	Un boticario.
Británico, *niño.* } *Hijos de*	Félix.	Furio.	Un labrador.
Otavia. } *Claudio.*	Palante.	Virginio.	Cuatro embozados.
Nerón.	Otón.	Galo.	Músicos.
Agripina, *su madre.*	Niceto.	Lucio.	Guarda.
Popea.	Fenicio.	Hortensio.	Acompañamiento.
Volgesio, *Rey de los Partos.*	Mario, *Cónsul.*	Vitelio.	Soldados.
Dardanio, *su hermano.*	Fulgencio. } *Cristianos.*	Sulpicio.	Pueblo.
Galba, *General.*	Calixto. }	Una vieja.	

ACTO PRIMERO.

Claudio, Félix, Palante y Guarda.

CLAUDIO.

Ni judío ni cristiano
Quede en Roma: vayan fuera.

FÉLIX.

Hoy el imperio romano
Eterna quietud espera
De tu poderosa mano;
Que le alborota esta gente.

PALANTE.

Cualquiera ley diferente
Le ha de tener dividido.

FÉLIX.

Arbitrio, César, ha sido
Provechoso y conveniente.

CLAUDIO.

Pues parte, amigo Palante,
Á la justa ejecución.
Salga de Roma triunfante
Toda la hebrea nación;
Salga el cristiano arrogante;
Hoy con los dos me enemisto.
Es el cristiano malquisto,
Y el hebreo lo es también;
Los unos, por su Moysén,
Y los otros, por su Cristo.
Aqueste Pedro, ¿quién es?

PALANTE.

El Pontífice mayor
De los cristianos.

FÉLIX.

Después
Que vino á Roma, su honor

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Se aumenta al paso que ves.

PALANTE.

Al tercer año dichoso
De tu imperio, á Roma vino
De Antioquía.

CLAUDIO.

Esto es forzoso.
Á lo menos, determino
Que salga el hebreo odioso;
No quede en Roma un hebreo.

PALANTE.

Voy á cumplir tu deseo.

Vase.

CLAUDIO.

Pues, Félix, ¿en qué has pasado
Mi ausencia?

FÉLIX.

Con el cuidado
De verte, como te veo.
Deseaba, gran señor,
De una y otra Mauritania,
Verte volver vencedor,
Como un tiempo de Britania,
Humillada á tu valor;
Y todo, en fin, se ha cumplido.

CLAUDIO.

¿Sabes, Félix, que he sentido
Que no me viniese á ver
Mesalina, mi mujer?
Siempre ausencia engendra olvido.
¿Qué habrá sido la razón?
¿No respondes? ¿No me miras?

FÉLIX.

¡Ay, notable confusión! (Aparte.)

CLAUDIO.

¿Qué te encoges? ¿Qué suspiras?
Dime la triste ocasión.
¿Es muerta? ¿Hánmelo encubierto
Por no me dar pena acaso?

FÉLIX.

No, señor; mas ten por cierto
Que fuera dichoso caso
Que hubiera en tu ausencia muerto.

CLAUDIO.

¡Muerto mejor! ¿De qué suerte
Pudo estarme bien su muerte?

FÉLIX.

No sé cómo te lo diga.

CLAUDIO.

¡Oh Félix! Mi amor te obliga,
Y tu fe y lealtad.

FÉLIX.

Advierte:
Las mujeres, no excusadas
Para conservar el mundo,
Veneno y vida del hombre,
Forzoso mal y bien sumo;
Las mujeres, que en las buenas
Tanto bien el cielo puso,
Que al oro, plata ni piedras,
Jamás igualarse pudo;
Y siendo malas (que en esto,
Poco á las buenas injurio),
No ha dado el cielo á los hombres
Castigo tan fiero y duro,
Han sido de nuestras honras,
Invicto Claudio, un verdugo,
Que en la plaza nos afrenta
Con pregones disolutos.
Mas fué permisión del cielo
Que las malas lo sean mucho,
Para que las que son buenas
Se estimasen en lo justo.
No digo yo que la tuya
Tuvo acceso con los brutos,
Como de algunas se cuenta,
De cuyos ejemplos huyo.
No fué la que edificó
El babilónico muro,
Que tuvo con un caballo
Vil ayuntamiento espurio.
No fué Pasifae de Creta,
Que en el artificio obscuro
De Dédalo gozó el toro,
Que á su marido antepuso.
Mas, fuera de lo que es esto,
Ni los incestos ni estupros,
Sacrilegios ni adulterios
De cuantas pasadas culpo,
Se igualan á la maldad
Y atrevimiento que tuvo
En ausencia tu mujer,
Que ha sido espantable insulto.
Que dejar Elena un Rey
É irse á Troya, no presumo
Que dió tal espanto en Grecia
(Que cuanto es amor disculpo);
Pero está admirada Roma
De que no siendo difunto
Su esposo de una mujer,
Ni desterrado, ni oculto,
Se case públicamente,
Siendo en cielo y tierra injusto:
Contra Júpiter, en cielo,
Y en tierra, contra Licurgo.
Mientras fuiste á conquistar
El africano perjuro,
Cuyas célebres victorias
Oyó de tus propios nuncios,
Y aun sabiendo que ya Roma
Previniendo estaba el triunfo,
No siendo mujer plebeya,
Que es lo que más dificulto,
Siendo emperatriz romana,
Se casó con Cayo Lucio,
Que llaman Silio también,
Honrando su infame gusto.
Casada está Mesalina.
¡Mira si jamás se supo
Semejante atrevimiento
De cuantas mujeres hubo!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que casarse por engaño,
Después de viudez y luto,
Por momentos acontece,
Y no es milagro que dudo;
Mas siendo un emperador
Sólo á Júpiter segundo,
¿De qué bárbara etiopisa
Tan nueva maldad escucho?
Que es el hombre más hermoso
Que vió Roma, te aseguro;
Mas bien pudiera gozarle
Sin ser vista de ninguno;
Mas irse á casar á un templo
Por medio del libre vulgo,
Es hazaña que avergüenza
Cielo y mar, tierra y profundo.

CLAUDIO.

No creo yo que se ha oído
Tal locura, ni afrentado
Hombre como yo lo he sido,
Ni se haya mujer casado
En vida de su marido.
Si repudiado la hubiera,
Y aquel marital consorcio
Se acabara y deshiciera
Por las leyes del divorcio,
Disculpa alguna tuviera.
¡Oh mujeres! ¡Oh casadas,
Cuando buenas, celebradas
Por corona del marido;
Pero si, como ésta han sido,
Con razón vituperadas!
Casada ya Mesalina,
Vivo yo, ¿qué vituperio
Mayor, sino es que imagina
Quitarme vida é imperio,
Y dársele determina?
Esto, sin duda, es lo cierto.
¿Dónde está?

FÉLIX.

En su cuarto está.

CLAUDIO.

¡Mátala!

FELIX.

¿Cómo?

CLAUDIO.

Encubierto:
El alma á los vientos da
Por medio del pecho abierto.

FÉLIX.

¿No será mejor prendella?

CLAUDIO.

Préndela y mátala, y muera
El traidor Silio con ella!

FÉLIX.

Voy. (Aparte.) Que si lo considera,
Se ha de olvidar dél y della;
Que la tiene grande amor,
Y es hombre tan descuidado
Que se le olvida el honor.

Vase, y con él la Guarda.

CLAUDIO.

¿De qué mujer se ha contado
Tan nuevo y famoso error?
¡Mi mujer casada! ¿Hay cosa
Tan notable y prodigiosa?

Sale Palante.

PALANTE.

Ya he cumplido tus deseos,
Y se aprestan los hebreos
A la partida forzosa.

CLAUDIO.

Estoy de ti bien servido.
Mas ¿cómo, amigo Palante,
No has, por lo menos, oído
El caso más importante
Que mi honra y vida han tenido?

PALANTE.

¿Cómo, señor?

CLAUDIO.

Di: ¿tú solo
Fuiste en Roma peregrino,
Si deste hemisferio y polo
Á ser tan público vino
Hasta el sepulcro de Apolo?
No, Palante, no es posible:
Sin duda que me encubrías
Esta deshonra insufrible.

PALANTE.

¿Qué dices?

CLAUDIO.

Que la sabías.

PALANTE.

Fuera, señor, imposible.....
Y no sé de qué te quejas.

CLAUDIO.

De mi mujer.

PALANTE.

Gran señor,
¿Ya de mi verdad te alejas?
¿Ya con nombre de traidor
Pagado á Palante dejas?
¿Qué sé yo de tu mujer?

CLAUDIO.

Di la verdad.

PALANTE.

Si perder
Se debe á un Rey el respeto,
De decírtela prometo.

CLAUDIO.

Ésa pretendo saber.

PALANTE.

Señor, tú has tenido humor
Tan descuidado y dormido
En materia de tu honor,
Que á muchos ha parecido
Querer decírtelo error;
Que Mesalina, hasta hoy día,
Tan libremente vivía
Como plebeya mujer.

CLAUDIO.

Y ¿podrá Roma creer
Que ha sido ignorancia mía?

PALANTE.

No, señor, porque el marido
Que se finge divertido,
No tiene buena opinión.

CLAUDIO.

Luego ¿matarla es razón?

PALANTE.

En eso culpan tu olvido;
Que eres hombre que si ayer
Mandaste un hombre matar,
Y tu amigo solía ser,
Hoy le envías á llamar
Y convidas á comer.
Y ansí dicen que sabías
Tus ofensas, y que luego
En la venganza dormías,
Porque pudo ver un ciego
Las cosas que tú no vías.

CLAUDIO.

¡Oh cuán desdichado he sido!
Cinco veces me he casado,
Y de todas he salido
Descasado ó agraviado,
Pero nunca arrepentido.
Á Emilia Lépida tuve
Por mujer; luego, contento
Con Livia Camila estuve;
Pero en este casamiento
Poco tiempo me detuve.
De Emilia un niño quedó;
Á Livia no la gocé,
Porque en las bodas murió:
Plautina Herculana fué
Quien á las dos sucedió.
Tuve á Druso, que ya es muerto;
Hecho el divorcio y concierto,
Casé con Elia Petina,
Á quien siguió Mesalina,
De tantas fortunas puerto;
No porque allí descansé,
Mas porque libre he quedado.

Felix.

FÉLIX.

Ya por tus libertos fué
Muerta en su Real estrado
La adúltera de tu fe.

CLAUDIO.

Fielmente procediste.
Y pues ya de blanca nieve
El tiempo mis años viste,
Sexta vez no es bien que pruebe
Lo que en desdicha consiste.
¡Vive Júpiter sagrado!
Si me volviera á la edad
Del verde tiempo pasado,
No me viera esta ciudad
Eternamente casado;
Y más, ya que tierra soy.
Un hijo tengo, ése basta;
Que, á tener edad, desde hoy
Rigiera á Roma.

FÉLIX.

¿Fué casta
Su madre?

CLAUDIO.

Dudoso estoy.
No más casar; no más honra;
Pues no basta la grandeza
Para excusar la deshonra.
¡Oh flaca naturaleza!
¿Qué loco te ensalza y honra?
No más mujer: vivo fuego
Me abrase cuando intentare
Verme en tal desasosiego,
Ni el alma y cuerpo enredare
En laberinto tan ciego.
Ya que escapado me veo
De aquel minotauro fuerte,
Temple la edad el deseo;
Pues hoy me ha dado la muerte
El hilo de oro á Teseo (1).
Pero volviendo á tratar,
Palante, de aquella gente
Que te mandé desterrar,
¿Huélgase Roma? ¿Qué siente?
¿Muestra placer ó pesar?

PALANTE.

Señor, tan odiosos son
Desde que al profeta Cristo
Mató la hebrea nación,
Que en todos contento he visto,
Y en nadie he visto pasión.
Estaban aniquilados,
Perseguidos, afrentados
En todo el romano imperio;
Que debe de ser misterio
De nuestros dioses sagrados.

CLAUDIO.

Luego ese Cristo ¿también
De nuestros dioses ha sido,
Y entre ellos ponerle es bien?

PALANTE.

Antecesor has tenido
Que quiere que honor le den.
Y ansí, gran César Augusto,
Que dejes en Roma es justo
Por esta vez los cristianos;
Que hay muchos nobles romanos.

CLAUDIO.

Digo que dejarlos gusto.
Salgan los hebreos luego.....
Y porque á comer me voy,
Decid que esperando estoy
Á Mesalina.

FÉLIX.

¿Estás ciego?

(1) *Dado* á Teseo.

CLAUDIO.
¿Ciego? Pues ¿en qué lo soy?
Si á mi casa vine ayer,
¿Es mucho que mi mujer
Hoy, Félix, coma conmigo?
FÉLIX.
Luego ¿fué burla el castigo
Que en ella mandaste hacer?
CLAUDIO.
Pues ¿qué ha sido?
FÉLIX.
¿No mandaste
Matarla, y el adulterio
Con su muerte castigaste?
CLAUDIO.
¿Que es muerta?
FÉLIX.
¿Del vituperio
De su traición te olvidaste?
¿Habrán los hombres oído
Tan gran descuido y olvido?
CLAUDIO.
Pues si es muerta, no la llames.
Pagó sus obras infames;
Castigo del cielo ha sido.
Voyme á comer.

Vase.

FÉLIX.
Que se olvide
De tal manera ¿es ficción,
Ó con la razón se mide?
PALANTE.
Fuera de ser condición,
El mismo cetro le impide.
La confusión del gobierno
No le deja discurrir.

Salen Agripina y Nerón.

AGRIPINA.

Hablando con su hijo, sin reparar en Félix y Palante

Aun eres mancebo tierno
Que comienzas á vivir,
Y él tiene reposo eterno.
Conviene que al César hable,
Y que esta hacienda se cobre.
NERÓN.
Es en vuestro honor culpable;
Que no, madre, por ser pobre,
Disculpo el yerro notable;
Que una viuda matrona
Como vos, no ha de venir
Á hablar á nadie en persona,
Ni aunque fuese á recibir
Deste imperio la corona.
Todo cuanto os digo y muestro,
Por mi bien y por el vuestro,
Sea de vos bien recibido,
Pues sabéis que es aprendido
De Séneca mi maestro,
Que es el más claro español
Y de más digna persona
Que ha visto en su patria el sol,
De Cádiz á Barcelona,
Y de Navarra al Ferrol.
AGRIPINA.
Calla, que están aquí juntos
Los dos polos, los dos puntos
En que se mueve este imperio.
NERÓN.
Y de Roma el vituperio,
Que tiene á tantos difuntos.
No les hago rostro humano
Á aquestos aduladores,
Que mataron por su mano
Á un hombre de los mejores
De Roma.
AGRIPINA.
¿Quién fué?
NERÓN.
Silano;
Que Séneca dice dél
Mil bienes.
FÉLIX.
¡Si es la sobrina (Ap. á Palante.)
De Claudio!
PALANTE.
Y su hijo aquél.
FÉLIX.
¡Oh hermosa Julia Agripina!
AGRIPINA.
¡Félix, Palante fïel!
Los brazos os quiero dar.
PALANTE.
¡Tú, señora, en tal lugar!
AGRIPINA.
Al Emperador, mi tío,
Vengo á hablar, y el hijo mío
Sus manos viene á besar.
PALANTE.
Dadnos las vuestras, Nerón.
NERÓN.
Antes me dad vos las vuestras,
Palante; que es más razón.
PALANTE.
¡Qué humildad!
FÉLIX.
¡Qué hidalgas muestras
De valor y discreción!
PALANTE.
Bien se os luce el buen maestro.
NERÓN.
Yo recibo como vuestro
Ese honor, que á darle viene,
Á quien falta, quien le tiene.
FÉLIX.
El que vos tenéis es nuestro.

AGRIPINA.
¿Qué hace Claudio?
PALANTE.
Está comiendo;
Pero á buen tiempo venís.
AGRIPINA.
Hoy un pleito os encomiendo.
PALANTE.
¿Pleito, señora, decís?
De que le tengáis me ofendo.
El padre tenéis jüez,
Y sus privados, esclavos:
Saldréis con él esta vez.
NERÓN.
No se os dé, madre, dos clavos (Ap. á Agrip.)
Deste adulador soez.
El príncipe verdadero
Huye de la adulación
Del que fuere lisonjero.
AGRIPINA.
Traigo en mi pleito razón,
Y así el expediente espero.
Aunque Germánico fué
De Claudio hermano, y mi padre,
De quien sobrina quedé,
Por la parte de mi madre
Igual nobleza heredé.
Murió mi amado marido,
Domicio Anneo Nerón,
De quien, cual veis, he tenido
La presente sucesión
Del mismo noble apellido.
Sobre cosas de su hacienda
Á mi tío vengo á hablar.
FÉLIX.
Pues bien será que lo entienda,
Que se holgará descansar
Como con su sangre y prenda;
Que hoy ha muerto á su mujer.
AGRIPINA.
¡Válgame Júpiter santo!
NERÓN.
Debiólo de merecer.
¿Para qué os espantáis tanto
Donde hay razón y poder?
PALANTE.
Quédese Nerón aquí,
Y entrad conmigo.
NERÓN.
Aunque es tío,
Me pesa que entréis ansí;
Que, ¡por Marte! que no os fío,
Con ser mi madre, de mí.
AGRIPINA.
Nerón, con Félix te queda.
FÉLIX.
Que me place.

Vanse Agripina y Palante.

NERÓN.
No hay qué pueda
Pedir á Júpiter Roma,
Pues Claudio en hombros la toma,
Y el nombre de Augusto hereda.
Cuando yo no hubiera sido
Su sangre, le hubiera amado
Por el valor que ha tenido,
Y porque os trae á su lado,
Que siempre le habéis regido.
FÉLIX.
Cuando yo Séneca fuera,
Vuestra alabanza sufriera.
¿Qué os enseña? ¿Á qué os inclina?
NERÓN.
La lengua griega y latina,
En que hacerme diestro espera.
FÉLIX.
Ésas ya vos las sabéis.
En las artes liberales
Más ocupado estaréis.
NERÓN.
Las que son más principales,
Y aun, fuera de una, las seis.
Á la música también
Tengo mucha inclinación.
FÉLIX.
¿Cantáis?
NERÓN.
Diestro, mas no bien.
FÉLIX.
Bien es también que lección
Maestros de armas os den.
NERÓN.
También me inclino á la guerra,
Y al gran César tengo amor
Por ver el valor que encierra.
FÉLIX.
Con espantoso valor
Ha vencido á Ingalaterra.
NERÓN.
¿Cómo fué elegido en Roma?
Que de varias suertes toma
El vulgo elección tan justa.
FÉLIX.
Ansí su corona augusta
Su libre cabeza doma.
Siendo Calígula muerto
De treinta y dos puñaladas,
Y aprobándose su muerte
Por su crueldad y arrogancia,
Porque en su escritorio hallaron
Dos grandes listas selladas,
La una con un puñal,
La otra con una espada,
Y escritos allí los nombres
De la nobleza romana,
Condenados á la muerte
Sin haber delito ó causa,
Quedó la ciudad confusa;
Que todos imaginaban
Que él propio fingía ser muerto
Por conocer quién le amaba.

Pero siendo ya muy cierta,
Luego los cónsules tratan
Que volviese la gran Roma
Á la libertad pasada.
Con esto, del Capitolio
Se apoderaron sus armas
Con el favor que les dieron
Los que el palacio guardaban.
Pero el novelero vulgo,
Que de la crueldad é infamia
De los Césares pasados
La mejor parte alcanzaba,
Y gozaba de las fiestas
Que hacían en partes varias,
Y de los repartimientos
De monedas, oro y plata,
César á voces pedía;
Y con la misma esperanza,
La fiera gente de guerra
Pide al Senado monarca.
El vulgo en Roma, y las cohortes
Cerca de Roma alojadas,
Á los cónsules tenían
Temerosos de su patria.
Claudio entonces, que era tío
De Calígula, no hallaba
Dónde esconder su persona
De la espantosa matanza.
Al fin, con el miedo infame,
En los huecos de una escala
Metió el cuerpo, de manera
Que los pies deja en la sala.
¡Caso extraño, que es tan digno
Que, desde Roma, la fama
Le lleve de Europa al Indio,
Y desde el África al Asia!
Que un soldado vió los pies
Que por el hueco asomaban,
Y dellos, por ver quién era,
Casi arrastrando le saca.
Echóse Claudio á los suyos,
Deteniéndole la espada;
Pero el soldado, á altas voces,
Claudio emperador le llama.
Otros hicieron lo mismo,
Y al real, con gente y guarda,
Sobre los hombros le llevan,
Donde los demás le ensalzan.
Cuando el Senado lo supo,
Con tribunos le amenaza;
Claudio responde medroso
Que los soldados lo tratan.
Hallóse Herodes Agripa
En Roma cuando esto pasa,
Nieto de aquel que por Cristo
Hizo en los niños matanza.
A Claudio, que se rendía,
Puso valor y constancia,
Diciéndole que siquiera
Espere hasta la mañana.
Pasóla Claudio dudoso
Entre miedo y esperanza;
Que fué causa que el Senado
Temiese alguna desgracia.
Al fin se le rinden todos;
Y el que en el mundo no hallaba
Lugar adonde esconderse,
Del mundo señor se llama.

NERÓN.

¡Caso notable!

FÉLIX.

¡Espantoso!
Ya Palante vuelve.

NERÓN.

¡Y solo!

Palante.

PALANTE.

¡Suceso á Roma dichoso,
Y que deste al indio polo
Quedará eterno y famoso!

FÉLIX.

¿Qué ha sucedido?

PALANTE.

Primero
Albricias me dé Nerón.

NERÓN.

Dártelas, Palante, espero,
Y más si del pleito son.

PALANTE.

Del pleito de un mundo entero.
Tu madre, Julia Agripina,
Es ya de Claudio mujer.

NERÓN.

Pues ¡cómo! ¿Con su sobrina?.....
No puede eso en Roma ser
Por ley humana y divina.

PALANTE.

Verdad que entre los romanos
Aun no se consiente al Rey;
Pero, por tocar sus manos,
Ha hecho agora una ley
Que casa hasta los hermanos.

NERÓN.

¡Mil años vivas, amén!
Di que mi hacienda te den,
Aunque es tan pobre, en albricias.

PALANTE.

Entra si darles codicias
De la boda el parabién.

NERÓN.

Entro, de contento lleno.

Vase.

FÉLIX.

¿Cómo este suceso ha sido?
Que estoy de sentido ajeno.

PALANTE.

Vino y amor le han vencido,
Licor uno, otro veneno.

FÉLIX.

¿No blasfemaba sin tiento
Del matrimonio y su fe
Con el pasado escarmiento?

PALANTE.

Pues ¿hay cuando un hombre esté
Más cerca del casamiento?

FÉLIX.

¿Qué vió en Julia?

PALANTE.

Su hermosura,
Su honestidad, su blandura.

FÉLIX.

En eso tiene razón,
Que, junta á la discreción,
Ablanda una piedra dura.

PALANTE.

Con esto tiene disculpa;
Aunque hombre tan desdichado
Con mujeres, tuvo culpa,
Félix, de haberse casado,
Cuando la edad le disculpa.
Hijo, aunque niño, tenía,
Si fué por la sucesión.

FÉLIX.

Este amor y fantasía,
Como llamarada son
Del fin de su monarquía.

PALANTE.

Ven á ver los desposados
En su tálamo sentados.

FÉLIX.

Parecerán esta vez
La juventud y vejez,
Nave y rémora abrazados.

Séneca y Otón.

OTÓN.

¿Que es tan hermosa España?

SÉNECA.

Es admirable,
Es de Europa, sin duda, la más bella;
Su cielo, benignísimo y afable;
Y no porque yo soy nacido en ella
Te la encarezco, Otón, porque sin duda,
Si fuera extraño, esto dijera della.
Es su gente feroz, sabia y aguda;
Que es notable de España la agudeza:
Tan firme, que jamás su intento muda.
No es tanta como Italia su grandeza;
Pero tiene grandezas que la encumbran
Por su espaciosa y fértil aspereza.
Sus hombres más las armas acostumbran,
Que no las letras, porque las de Roma
Desnudas siempre en su cerviz relumbran.
La grande sierra Oróspeda la doma;
El monte de Idubeda no descansa
Hasta que al mar su blanca arena toma.
Es tierra fértil, que jamás se cansa
En producir sustento, plata y oro;
Y más donde á Pirene el agua amansa.
Tiene ríos que llevan un tesoro
Entre las guijas de diverso jaspe,
Y montes más famosos que Peloro.
De Ilerda á Doris, de Híspalis á Caspe,
Hay cosas prodigiosas, y riquezas
Como no las ha visto el indio Hidaspe.

OTÓN.

¿Posible es que entre tales asperezas
Produzca España tan notables cosas,
Y sobre todo á ti que á honrarla empiezas?

SÉNECA.

De todas las ciudades más famosas
A Córdoba te alabo, en que he nacido,
Puesto que hay muchas por extremo hermosas.

OTÓN.

Bien basta haberte ¡oh Séneca! tenido
Por hijo esa ciudad.

SÉNECA.

No me honres tanto;
Que también de Lucano patria ha sido,
De cuyos versos y furor me espanto;
Que así llama Aristóteles los versos,
Homero musas, y Virgilio canto.

OTÓN.

Versos severos son, graves y tersos,
Los de Lucano; yo tu prosa estimo.

SÉNECA.

Otón, nuestros estilos son diversos;
Mas si á loar á Córdoba me animo,
Con ser mi patria, el crédito me valga:
El Betis olivífero y opimo,
Puesto que no tan fértil cuando salga,
A mi patria corone con olivas,
Como su playa el mar de arena y alga.

OTÓN.

Dime de los caballos, ansí vivas.

SÉNECA.

¿Qué quieres que te diga? Al viento exceden.
Pero pues tanto con Dionisio privas,
Mira, Otón, lo que hacer los tiempos pueden;
Que por gobernador has de ir á España,
Ó los astros por fábula se queden.

OTÓN.

¿Sábeslo por tu ciencia?

SÉNECA.

Si no engaña,
Como te digo, el variar del cielo,
Con las luces que adora y acompaña
El claro sol que es lámpara del suelo.

Palante.

PALANTE.

En tu busca venía.

SÉNECA.

¡Oh gran Palante!

PALANTE.

Tu Domicio Nerón, tu hijo y discípulo,
A decirte me envía que le honres
En el lugar que tiene para honrarte.

SÉNECA.
¿De qué manera?
PALANTE.
Ya Agripina hermosa
Es del Emperador esposa.
SÉNECA.
¡Oh cielos!
OTÓN.
¿Julia Agripina es ya mujer de Claudio?
PALANTE.
Ya salen del famoso Capitolio,
Por dar á la ciudad este contento,
Claudio, Agripina y el pequeño niño
Que le quedó de Mesalina solo,
Y Domicio Nerón.
OTÓN.
Gran boda es ésta.
SÉNECA.
Ya Roma se alborota de la fiesta.

Claudio, Agripina, Félix, Nerón, el niño Británico, Otavia, acompañamiento, guardas y pueblo.

Tocan chirimías.

CLAUDIO.
Creo que Roma se alegra
De vernos, esposa mía,
Como mi madre y mi suegra,
Aunque el laurel deste día
No caiga en cabeza negra.
Pero ansí, blanca y nevada,
Como el cielo á veces vemos,
De Agripina laureada,
No muestra helados extremos,
Sino la cumbre dorada.
Y como tras el invierno
El árbol se ve esmaltado,
Dando vuelta el curso eterno,
Del pimpollo colorado
Y del ramo verde y tierno,
Ansí yo reverdecido,
Nuevamente viviré
Cual hiedra á este muro asido.
FÉLIX.
Para bien de Roma fué.
PALANTE.
Para bien de Roma ha sido.
OTÓN.
Roma te da el parabién.
AGRIPINA.
Pues á quien le está tan bien,
¿Qué parabién os dará?
CLAUDIO.
Son los brazos, que me da,
Deste parabién el bien.
AGRIPINA.
Según eso, tiempo es hoy,
Señor, de pedir mercedes.
CLAUDIO.
Alegre aguardando estoy.
Disponer de todo puedes:
Todo es tuyo, y tuyo soy.
AGRIPINA.
Aunque á Británico tienes
Por hijo de Mesalina,
Injustamente previenes
Darle tu imperio.
CLAUDIO.
Agripina,
Prosigue. ¿Qué te detienes?
AGRIPINA.
Por adúltera la has muerto.
¿De qué puedes estar cierto
Que es tu hijo?
CLAUDIO.
Di.
AGRIPINA.
Prosigo.
CLAUDIO.
¿Qué dudas?
AGRIPINA.
Querría contigo
Hacer, señor, un concierto.
Otavia, que es ya mujer,
Fué al principio, que era buena
Mesalina, y puede ser.....
CLAUDIO.
Habla, Agripina, sin pena.
AGRIPINA.
Pues oye lo que has de hacer.
CLAUDIO.
Comienza.
AGRIPINA.
Adopta y prohija
Á mi Domicio Nerón,
Y cásale con tu hija,
Para que con esta unión
Uno y otro á Roma rija.
Tu sangre y la mía ansí
Gozarán tu imperio.
BRITÁNICO.
Di:
Si yo legítimo soy,
¿No ves que primero estoy?
CLAUDIO.
Rapaz, ¿vos habláis aquí?
FÉLIX.
Calla, Británico. (Ap. al niño.) Advierte
Que te mandarán matar.
AGRIPINA.
¡Bravo rapaz!
NERÓN.
Bravo y fuerte.
BRITÁNICO.
Si no tengo de reinar,
Quiero hablar: dadme la muerte.
CLAUDIO.
Llevalde de aquí.
FÉLIX.
Camina.
CLAUDIO.
Respondo, Julia Agripina,

Que hago aquesta adopción,
Y que prohijo á Nerón.

PALANTE.

¡Qué bravo amor!

FÉLIX.

Desatina. (Aparte.)

CLAUDIO.

Y pues se llamó hasta aquí
Domicio Nerón, por mí,
Nerón Claudio desde hoy más
Se llame.

AGRIPINA.

Cumpliendo vas
Lo que esperaba de ti.

NERÓN.

Dadme esos pies, gran señor.

CLAUDIO.

Dale esos brazos á Otavia,
Que hoy eres mi sucesor.

NERÓN.

Vuestro gran valor se agravia,
Mas no de mi grande amor.
Dadme, señora, esa mano.

OTAVIA.

Yo soy, Nerón, la que gano.

CLAUDIO.

Publíquese en Roma todo,
Y vamos del mismo modo
Juntos al templo de Jano.

Vanse todos, menos Séneca y Otón.

OTÓN.

¡Notable fuerza de amor!

SÉNECA.

Eso tiene de furor
De bárbaro ejecutivo.

OTÓN.

Basta: ¡que al hijo adoptivo
Quiere hacer emperador!

SÉNECA.

Pues, Otón, con tu licencia
(Aunque no soy judiciario
Que lo profeso por ciencia,
Y antes pienso que es contrario
A la moral excelencia),
Quiero alzar una figura
Para saber si Nerón
Se ha de ver en tal ventura
Desde este punto y sazón
En que esto Julia procura;
Que del amor y cuidado
Que tengo á aqueste mancebo
(Que en efecto le he criado),
Mas en los ojos le llevo
Que si le hubiera engendrado.

OTÓN.

Júpiter vaya contigo,
Y él se muestre tan amigo
En la parte que es planeta,
Que en cuanto influya y prometa
Venza á Saturno enemigo.
Que las partes de Nerón,
Su ingenio, su entendimiento,
Su cordura y discreción,
Son evidente argumento
De su afable condición.
Y al fin, un hombre enseñado
Por un sabio el más versado
En moral filosofía,
Que conocen este día
Griego y romano Senado,
No puede ser que no sea
El que tan alto lugar
Más dignamente posea,
Aunque su honesto callar
No muestra que lo desea.

Vanse.

Volgesio, Dardanio, soldados armenios y partos, con banderas y cajas.

VOLGESIO.

La sujeción jurada á los romanos,
Desde este día al duro imperio quito,
Que quiere desde Roma con sus manos
Gozar lo que por armas solicito.
Déjense ya sus Césares tiranos,
Pues el valor de Armenia resucito,
De pedirnos tributo y poner reyes
Con sus bárbaros cónsules y leyes.
Rey de los partos soy, y también puedo
Poner igual ejército en campaña,
Sin tener á sus águilas el miedo
Que tiene agora la sujeta España:
Pues tanto imperio como Roma heredo
En cuanto el mar del Occidente baña,
A su pesar de Roma y su tirano,
De Armenia quiero hacer rey á mi hermano.
Vengan acá sus armas y pendones,
Si con éstas no llego allá primero;
Ofendan nuestro sol sus escuadrones,
Imitando sus rayos el acero;
Que ya aquellos Horacios y Cipiones,
Reliquias de su Rómulo agorero,
Se han consumido con el tiempo leve,
Que hasta al valor de Júpiter se atreve.

DARDANIO.

Pasa, famoso hermano, el Asia, y llega
Hasta el Tibre de Rómulo divino,
Donde los campos de la Loba riega
Con el curso veloz y cristalino;
Gana los siete montes, y despliega
Sobre el Celio, Esquilino y Aventino
El rojo tafetán de tus banderas,
Asombrando naciones extranjeras.
¿Qué es esto de sufrir nuestras cervices
El espantoso yugo desta gente,
Más llena de retóricos matices
Que del valor marcial belipotente?
Que mientras que no hicieres lo que dices,
Nunca del yugo sacarás la frente,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ni se verá la tuya coronada
De aquella planta que del sol fué amada.

VOLGESIO.

Con ese ánimo tuyo al arma toca,
Y á la mísera Roma te avecina;
Pon el metal belísono en la boca,
Y la baqueta al pergamino inclina.
Humíllese esta vez su gente loca,
Sabiendo que mi ejército camina
Ya por el campo al sol, ya por la escarcha.

DARDANIO.

Marte va contra Roma.

VOLGESIO.

Toca.

DARDANIO.

Marcha.

Vanse.

Agripina y Séneca.

AGRIPINA.

¿Qué dices, Séneca?

SÉNECA.

Digo,
Si la judiciaria es cierta,
Que Tu Majestad no acierta,
Pues se aconseja conmigo.
Porque, alzada la figura,
Muestra, si es emperador
Nerón, que llega su error
A darte muerte tan dura.
Yo solo no me fié
De mí mismo en lo que digo,
Que á un astrólogo, mi amigo,
Lo mismo le pregunté.
Y dijo: «Yerra su padre
Claudio en aquesta adopción,
Porque, en siendo rey Nerón,
Ha de matar á su madre.»
De mí bien creo que puedes
Su amor de Nerón fiar;
Pero si te ha de matar,
Mejor es que no le heredes.

AGRIPINA.

De ti, Séneca, me espanto
Que á genetlíacos des
Crédito, si verdad es
Que sabes y enseñas tanto.
Esa ciencia es diparate;
Y cuando no fuera error,
Tenga un hijo emperador,
Que yo huelgo que me mate.
Que no es bien que, por querer
Vivir, no le dé lugar
Para que pueda llegar
Al más supremo poder.
Parte, y di que venga aquí.

SÉNECA.

Yo voy.

AGRIPINA.

Dilo con secreto.

SÉNECA.

De tal causa, tal efeto. (Aparte.)
¡Ay, Roma! ¡Triste de ti!

Vase.

AGRIPINA.

Semíramis no diera muerte á Nino,
Ni el hijo airado fuera matricida,
Ni le quitara Rómulo la vida
Al fuerte hermano que pasó el camino,
Si el imitar á Júpiter divino,
Que del padre Saturno fué homicida,
Ya no fuera disculpa conocida,
A que yo por reinar también me inclino.
El amor de los hijos es tan tierno,
Que, por su bien, ninguno considera
Si es veneno ó antídoto el que toma.
Morir quiero y dejalle en el gobierno,
Como esta voz escuche cuando muera:
«¡Claudio Nerón, Emperador de Roma!»

Nerón.

NERÓN.

El veneno traigo aquí,
Si para eso me llamas.

AGRIPINA.

Hoy quiero ver si me amas,
Y hoy verás si te amo á ti.

NERÓN.

¿Qué modo se ha de tener
Para matar á mi padre?

AGRIPINA.

Si has de decir *á tu madre* (1),
Quítete el cielo el poder.

NERÓN.

No es posible, en la comida,
Que este veneno le den.

AGRIPINA.

¿Y en la bebida?

NERÓN.

También (2)
Si hacen salva á la bebida.

AGRIPINA.

Pues escucha: este glotón
Ansí ejercita la boca,
Que á vómitos se provoca,
Que es una infame invención.
Para esto, por la garganta
Se mete una pluma, y luego
Sale de aquel vientre ciego
Bebida y comida tanta.
En esta pluma podremos
Poner el veneno.

NERÓN.

Bien.
El premio, señora, os den

(1) *Si* algún día *has de decir: ¿Qué modo se ha de tener para matar á mi maare?* etc.
(2) También *no es posible,* en lugar de *tampoco es posible.*

De dos tan raros extremos.
¡Qué hermosura y discreción!

AGRIPINA.

Entra, pues, Nerón, y muera;
Que yo haré que Roma quiera,
Aunque le pese, á Nerón.

Vanse.

Palante, Félix y Otón.

PALANTE.

Fué notable espectáculo el del lago,
Y la naumaquia cosa milagrosa.

OTÓN.

De toda Italia vino gente á vella,
A fama de la fábula y batalla
De cincuenta galeras que se hicieron.

FÉLIX.

No es justo que llamarse pueda fábula
Donde hubo vencedores y vencidos,
Y sobre libertad se peleaba.

OTÓN.

¡Hermosas fiestas hizo Claudio á Julia!

FÉLIX.

Fueron, en fin, de emperador romano.

OTÓN.

No las ha visto Roma semejantes.
¡Qué grande amor la tiene!

PALANTE.

No ha querido
A ninguna mujer como á Agripina.

FÉLIX.

Jamás le pide cosa que le niegue.

OTÓN

Es viejo esposo de mujer gallarda,
Que paga en obras lo que falta en gustos.

FÉLIX.

Luego ¿es grande el amor en hombres viejos?

OTÓN.

Los mozos, Félix, en efecto mozos,
Que gozamos con gusto y bizarría
La verde primavera de los años
Sin admitir humanos desengaños;
Los mozos, que pasamos por las flores
Que pasaron entonces los mayores;
Los mozos, que pensamos que la vida
Es una cosa que jamás se acaba,
Engañados del tiempo, y satisfechos
De que por nuestros años, gusto y méritos
Dondequiera seremos admitidos,
No tenemos amor tan verdadero;
Pero un hombre que ya pasó los días
Mejores de su edad y está en las noches;
El que con blanca barba ve mezclarse
Unos cabellos como el oro rubios,
Y en su boca desierta ajenos dientes,
Ama, regala y sirve noche y día.

Agripina.

AGRIPINA.

Guárdeos el cielo, lustre, honor y gloria
Del imperio romano, y las columnas
En que su excelsa máquina sustenta.

PALANTE.

¡Oh hermosa Julia! ¡Oh hermosa emperadora!
Digna de serlo de infinitos mundos,
Si un mundo se volviera cualquier hombre
Grande, como pequeño se imagina.

AGRIPINA.

¡Á mí lisonjas, singular Palante,
Palante bien nacido, antiguo y noble!

FÉLIX.

Por él, señora, responderos quiero;
Que no sólo Palante, pero Roma
Toda generalmente, el vulgo y nobles,
La plebe, los patricios y los équites,
Los pretores, tribunos y los cónsules,
Las cohortes urbanas, las pretorias,
Todas adoran ese nombre tuyo.

AGRIPINA.

Si eso fuese verdad, Félix gallardo,
Félix de noble sangre, bien podría
Vivir segura que, muriendo Claudio,
Cumplirán su palabra y juramento
De recibir en el romano imperio
A mi hijo Nerón.

OTÓN.

Bella Agripina,
¿En eso pones duda? Agravio haces
A tu hermosura, sangre, ingenio y méritos,
Y al valor de Nerón, que está jurado
Ya por emperador de toda Roma.

AGRIPINA.

Otón valiente, por tus armas digno
De mil coronas cívicas, y láureas
Murales y castrenses y gramíneas,
Si reina mi Nerón, todo este imperio
Sin duda es de los tres: regilde todos.

OTÓN.

¡Ojalá que llegase tan buen día!

PALANTE.

¡Quiéralo Marte!

FÉLIX.

¡Júpiter lo ordene!

AGRIPINA.

¿Que me puedo fiar de todos?

PALANTE.

Puedes.

AGRIPINA.

Pues sabed, ¡oh romanos generosos!
Que Claudio es muerto.

PALANTE.

¡Válgame el gran Jú-
[piter!

AGRIPINA.

Sobre mi estrado, en mi aposento queda.

OTÓN.

Pues ¿qué aguardas?

AGRIPINA.

Saber la intención vuestra.

FÉLIX.

Esta es nuestra intención y la de Roma.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AGRIPINA.

Llamando.

¡Nerón!.....

Nerón.

NERÓN.

Señora.....

AGRIPINA.

Llega á tus amigos.

NERÓN.

Dadme esos brazos, como á hechura dellos.

OTÓN.

¡Oh gran Nerón! ¡Oh Emperador romano!

PALANTE.

¡Oh gran César, augusto, milagroso!

FÉLIX.

¡Oh padre de la patria felicísimo!

PALANTE.

¿Qué tardamos? Levántese en los hombros.

FÉLIX.

Véale Roma, y ¡viva el que le amare!

PALANTE.

Y ¡muera el que su nombre aborreciere!

NERÓN.

En mí no tenéis rey, sino un amigo.
Á todos os tendré por padres.

FÉLIX.

Vamos.

PALANTE.

¡Nerón, César augusto! ¡Nerón, vítor!

FÉLIX.

¡Nerón, la posesión del mundo toma!

OTÓN.

¡Nerón invicto, Emperador de Roma!

ACTO SEGUNDO

Nerón, Séneca, Palante, Otón, Dardanio, preso, y acompañamiento.

OTÓN.

Volgesio queda vencido,
Y el Rey de Armenia, su hermano,
Viene en resguardo ofrecido
De que al imperio romano
Está sujeto y rendido.
Con el ejército queda
Vinidio, para que pueda,
Como capitán valiente,
Conducir la demás gente,
Sin que de lo justo exceda.

NERÓN.

¿Tú eres Dardanio?

DARDANIO.

Yo soy.

NERÓN.

¿Qué razón movió á tu hermano
A alzar sus banderas hoy
Contra el imperio romano,
En cuya defensa estoy?

DARDANIO.

No saber que tú vivías
En el lugar donde estás;
Que de Claudio, bien sabías
Que nos obligaba á más
Remisión de tantos días.
Ya, señor, estás seguro,
Pues dentro el romano muro
Tienes á Dardanio preso.

NERÓN.

Tu prisión parece exceso
En la piedad que procuro.
No conviene á nuestro imperio
Usar mal de la victoria,
Ni tenerte en cautiverio.
Basta el honor de la gloria:
La venganza es vituperio.
A tu tierra libre parte,
Que es infamia aprisionarte,
De mi poder imperial;
Que si no fueres leal,
Roma sabrá castigarte.

DARDANIO.

Beso, gran César, tus pies.

SÉNECA.

¡Qué hazaña tan valerosa!

NERÓN.

Vete.

DARDANIO.

Tú verás después
Que esta piedad poderosa
Más que tus águilas es.

Vase.

PALANTE.

¿Quién podrá dar alabanza,
Gran señor, á tu respuesta,
Que en tal bienaventuranza
Tiene á vuestra Roma puesta,
Que tal siglo de oro alcanza?

FÉLIX.

Los soldados pretorianos
Ayuda de costa piden.

NERÓN.

¡Oh valerosos romanos!
Agora verán que miden
Sus espadas con mis manos.
Repártanles diez talentos.....
¿Qué digo diez? Treinta digo;
Y para que estén contentos,
Diez mil hanegas de trigo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OTÓN.
¡Qué famosos pensamientos!
¿Hay príncipe semejante?
PALANTE.
Las provincias con tributos
Tienen queja, y es bastante,
Que estériles van de frutos.
NERÓN.
¡Oh, buen amigo Palante!
Adviérteme; que el que rige,
Si no le avisa el privado,
Jamás sus faltas corrige,
Y no há mucho que al Senado
Eso que me dices dije.
Modérense desde hoy más,
Y paguen un tercio menos.
PALANTE.
Si desa manera das,
Á los Césares más buenos
Dejará tu fama atrás.
NERÓN.
¿Quién fué dellos el mejor?
FÉLIX.
El divino Otavïano.
NERÓN.
¿Hizo leyes?
FÉLIX.
Sí, señor:
De verdadero romano
Y de heroico emperador.
NERÓN.
Pues por esas instrucciones
Roma se rija.
SÉNECA.
Al dorado
Siglo tu nombre antepones.
PALANTE.
Si cuantos la han gobernado
Hubieran sido Nerones.....
NERÓN.
¿Hay pobre algún senador?
FÉLIX.
Curio Camilo, señor,
Terencio y Flavio Vopisco.
NERÓN.
Pues denles renta del fisco.
SÉNECA.
¡Gran príncipe!
FÉLIX.
¡Gran valor!
PALANTE.
El cónsul Mario está aquí.

Mario con un papel.

NERÓN.
¡Oh, mi buen amigo Mario!
MARIO.
Guárdete Júpiter.
NERÓN.
Di:
¿Qué te ha sido necesario
Del Capitolio ó de mí?
MARIO.
No me trates desa suerte,
Aunque tu valor confirmes.
NERÓN.
¿Qué es lo que quieres?
MARIO.
Advierte
Que sólo vengo á que firmes
Una sentencia de muerte.
NERÓN.
¡Que algún hombre ha de morir,
Y lo he de firmar!
MARIO.
¡Me espanto
Que eso me puedas decir!
NERÓN.
¡Pluguiera á Júpiter santo
Que no supiera escribir!
SÉNECA.
¡Oh, gran palabra, tan dina
De ser al mundo famosa!
¡Palabra noble y benina,
Palabra santa y piadosa,
Palabra casi divina!
¿Á qué rey ó emperador
Ha sido en el mundo oída
Palabra de más valor?
NERÓN.
¿Que éste ha de perder la vida?
MARIO.
Esto es justicia, señor.
NERÓN.
Muestra; que tiembla la mano
De un acto tan inhumano.
«Nerón Claudio.» Ya firmé.
MARIO.
Beso tus pies.
NERÓN.
¡Que esto fué
Ser emperador romano!

Vase Mario.

FÉLIX.
La Emperatriz viene aquí.

Agripina.

AGRIPINA.
¿Tiene negocios Nerón?
NERÓN.
¿Halos de haber para ti,
Si ellos, yo y el mundo son
Tierra en tus pies?
AGRIPINA.
¿Cómo ansí?
NERÓN.
Porque Nerón los adora.
AGRIPINA.
¡De rodillas, mi señor!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NERÓN.
Vos, madre, sois mi señora.
AGRIPINA.
Ved que sois emperador.
NERÓN.
Ved que sois emperadora.
SÉNECA.
¿Vió el mundo tal obediencia?
PALANTE.
Tal maestro tuvo en ti.
AGRIPINA.
Vengo á pedirte licencia
Sólo para hacer de ti
Por menos de un hora ausencia.
NERÓN.
Mi señora, ¡á vuestra hechura!
¡Á mí, á quien le distes sér!
¿Ó hacéis burla, por ventura?
Vuestro es el sér, y el poder
Por vos es, y por vos dura.
AGRIPINA.
También querría que deis
Á Cuadrato el consulado,
Y aquellas legiones seis
Que Córbulo ha gobernado,
En Furio Plaucio paséis.
NERÓN.
En lo que es vuestro, señora,
¿Queréis que yo mande agora?
Daldo vos á quien gustéis.
SÉNECA.
¿Qué más humildad buscáis?
AGRIPINA.
Roma con razón te adora.
Con esto me voy.
NERÓN.
Palante,
Séneca, Félix, amigos,
Dejadme solo: id delante.
AGRIPINA.
Dios te libre de enemigos.
NERÓN.
Poco es agora importante;
Y perdonad que no voy
Con vos, que estoy ocupado.

Vanse Agripina, Séneca, Palante y el acompañamiento.

NERÓN.
Ya, Otón, que á solas estoy,
Quiero ver qué has negociado.
OTÓN.
¿Puedo hablar?
NERÓN.
Licencia doy.
OTÓN.
Á Fenicio pregunté
Lo que Aeta respondió.
NERÓN.
Dime presto lo que fué.
OTÓN.
Dijo al principio de no,
Incrédula de tu fe;
Después dijo que secreto
Esta noche á su ventana
Vayas á hablarla.
NERÓN.
En efeto.
¿Que ya la mujer se allana?
OTÓN.
Era el tercero discreto;
Y para decir verdades,
Con el talle persüades
Más que con la majestad.
NERÓN.
¿Que ése engendra voluntad
Más que no las majestades?
OTÓN.
Tráesle agora encogido,
Y á Séneca tan sujeto
(Aunque por esto querido
De Roma), que algo, en efeto,
Tienes el gusto abatido.
Bueno es que seas humano;
Pero dasle tanta mano
Á tu madre, que es muy cierto
Que en Roma y en Asia ha muerto
Á Narciso y á Silano.
Y si Séneca no hubiera
Puesto freno á su crueldad,
Notables cosas hiciera.
NERÓN.
Ya sé que tanta bondad
Me alaba y me vitupera.
De hoy más seré diferente;
Que cinco años he vivido
Recogido injustamente,
Por no llegar á mi oído
Que era mi madre insolente.
Esta noche salgo fuera.
Voyme á armar: dile á Fenicio
Que vamos donde me espera
La que ha sido el sacrificio
De mi voluntad primera.
Y guardad, no sepa Otavia
Que voy á gozar de Aeta;
Que, aunque es en extremo sabia,
Ó no ama, ó no es discreta
Quien de celos no se agravia.

Vanse.

Otavia y Palante.

PALANTE.
Con razón estás quejosa
Que el Emperador tu esposo
Intente tan nueva cosa.
OTAVIA.
De verle andar receloso,
Vengo yo á estar sospechosa.
La compañía de Otón,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No la culpo, ni es razón,
Que es de sangre consular;
Pero ¿por qué ha de privar
Un hombre vil con Nerón?

PALANTE.

Por Fenicio y por Niceto
Debes de estar con cuidado.

OTAVIA.

Que le tengo te prometo,
Y me da celos y enfado
Verlos hablar en secreto.
¿Qué tiene Nerón que hablar
Con Niceto y con Fenicio?

PALANTE.

No tienes que recelar
De su prudente jüicio
Y su valor singular.

OTAVIA.

Anda, Palante; que tiene
Muy nueva la condición.
Ya sale, ya se detiene,
Ya, contra su inclinación,
Á la media noche viene.
Ya no ocupa tantas horas
Con Séneca, ya le deja;
Y cuando viene á deshoras,
Si estima en algo mi queja,
Es con palabras traidoras.
Ya da vueltas en la cama,
Ya no sosiega ni duerme,
Ya lo que es lícito infama:
Señales de aborrecerme
Ó de que tiene otra dama.
Ya, si requiebros le digo,
Que se duerme me responde;
Si está despierto, y prosigo
Que por qué el rostro me esconde,
Me dice que le persigo.
No dudes que no es quien era.

PALANTE.

Mucho, señora, me altera
Esa notable mudanza;
Pero ten buena esperanza,
Y que es mozo considera;
Que no es posible que un hombre,
Aunque algún vicio tuviese,
Obscureciese su nombre,
Y su crédito perdiese,
Para que Roma se asombre,
Donde tiene justa fama
De que te estima y te ama;
Y porque de celos mudes,
Mira que por sus virtudes,
Pompilio Roma le llama.
Mas si gustas que yo entienda
Lo que con Niceto trata,
Y qué es lo que le encomienda,
Yo lo haré.

OTAVIA.

Si fuere ingrata,
Fuego de celos me encienda.
Parte, Palante, y conoce
Qué es lo que tratan los tres,
Y por qué viene á las doce.

PALANTE.

Yo aseguro que no es
Dama que requiebre y goce.
Negocios de Roma son,
Porque en su gobernación
Se aventaja á Otavïano.

OTAVIA.

Seguros dejo en tu mano
Los miedos del corazón.

Vanse.

Nerón, Niceto, Fenicio y Otón, de noche, con rodelas y capotillos; unos músicos, un hombre dentro.

UNO.

Dentro.

Aguarden los bellacones,
Aguarden.

NERÓN.

El diablo aguarde.

NICETO.

¡Bien se hizo!

FENICIO.

Llegué tarde.

NICETO.

¡Brava fruta!

OTÓN.

Es canelones.

NERÓN.

¡Hermosamente corrí
El papel de confitura!

OTÓN.

¡Á qué buena coyuntura
El cintarazo le dí!

FENICIO.

Vuestra Alteza, ¡vive Apolo,
Que corre como una cebra!

NERÓN.

Ya la cabeza me quiebra
Tanta Alteza estando solo.
Aquí no hay Alteza agora;
El César quédese allá;
Que por dicha dormirá
Con su enfadosa señora.
Cinco años de emperador
No estimo en lo que esta noche.

NICETO.

Allí suena un coche.

NERÓN.

¿Coche?

OTÓN.

Será de algún senador.

NERÓN.

Si es de damas, parte, Otón,
Y diles dos picardías.

OTÓN.
Creo que son vecinas mías.
NERÓN.
¿Quién?
OTÓN.
Las de Mario Pisón.
NERÓN.
¡Oh, qué feas! Tirarélas
Cuatro pelladas de lodo.
OTÓN.
No las trates de ese modo;
Que traen hacha y centinelas.
NERÓN.
Démosles vaya.
FENICIO.
Eso sí.
NERÓN.

Llegándose á una bocacalle.

¡Ah, borrachas, picaronas,
Arrugadas como monas!
¿Adónde os llevan ansí?
¿Vais acaso desterradas,
O á hacer alguna invención?
Guardaos que sepa Nerón
Que sois ninfas deportadas;
Que os llevará á su palacio.
OTÓN.
Ya los hombres se alborotan.
FENICIO.
¿Si vendrán á reñir? ¿Votan?
OTÓN.
Parécese en el espacio.
NERÓN.
Eso sí: mátese alguno
Ya que he salido esta noche.
OTÓN.
Ya pasa adelante el coche.
NERÓN.
Todos mentís uno á uno,
¡Picaños, cobardes!
FENICIO.
¡Bueno!
¡Bravo, señor, has quedado,
Habiendo á Aeta gozado!
NERÓN.
Pues aun agora soy trueno.
Todo aquesto ha sido ensayo
De mi furia y valentía;
Líbrete Dios de aquel día
Que Roma conozca el rayo.
OTÓN.
No habla con la blandura (Ap. á Fenicio.)
Que suele el Emperador.
FENICIO.
Calla, y síguele el humor,
Que agora todo es locura.
NERÓN.
¿Quién vive en aquesta reja?
FENICIO.
Una vieja que se vende
Por niña.
NERÓN.
Á quien no lo entiende.

Llégase á la ventana.

Sal aquí, bellaca vieja.
¡Ah, hechicera, imitadora
De Circe, Medea y Canidia!
¡Ah, retrato de la envidia!
¿Andas por el aire agora?
¿Duermes, bellaca, ó brujeas?
¿Qué chupas agora, di?
¿Son niños ú hombres?
OTÓN.
¡Ansí!
¡Bien la pintas y hermoseas!
NERÓN.
¿No hay una piedra?
FENICIO.
Pues ¿no?
Toma.
NERÓN.
Á la ventana.
NICETO.
¡Bien!

Una vieja saliendo á una ventana con un candil.

VIEJA.
¡Mala pedrada te den!
NERÓN.
¿Cómo es eso?
FENICIO.
Que salió.
NERÓN.
¡Á la vieja!
OTÓN.
¡Tira!
VIEJA.
¡Ay, ay!
No habrá sabido el ladrón
Que hay emperador Nerón,
Donde tanta virtud hay.

Retírase.

NERÓN.
¡Mi virtud cuenta!
OTÓN.
Cerró.
Aquí un boticario vive.
NERÓN.
Muchas piedras me apercibe;
Quitaré estas tablas yo.
OTÓN.
¿Qué quieres hacer?
NERÓN.
Romper
Cajas, redomas y botes.
OTÓN.
Paso; no los alborotes,

Que te podrán conocer.

NERÓN.

Déjame ver derramar
El *sirupus* y *uncias tres*.

OTÓN.

Mire que lástima es.

NERÓN.

Pues ¿véngolo yo á comprar?
¡Ah, mi señor Diaquilón!
¿Está vuarced acostado?

Un boticario dentro de su casa.

BOTICARIO.

Dentro.

Allá va azúcar rosado.

NERÓN.

¿Cuántas *uncias*?

BOTICARIO.

Dentro.

Cuatro son.

Vierten por una ventana un jarro de agua.

OTÓN.

Desvía.

NERÓN.

Ya es tarde.

NICETO.

¡Cómo!

NERÓN.

Embistióme.

FENICIO.

Y ¿era ansí
Azúcar rosado?

NERÓN.

Sí;
Mas huele á ungüento de plomo.
Perezca este boticario.

FENICIO.

Dale al diablo, que es guillote;
No nos arroje algún bote
Del humano letuario.
Vente á casa.

NERÓN.

¿Cómo á casa?
¿Hay imperio ó majestad
Como andar por la ciudad
Gritando y viendo qué pasa?
Música demos aquí.

OTÓN.

Conoceránte en la voz.

NERÓN.

¿Qué importa?

NICETO.

Hoy estás feroz.

NERÓN.

Y lo he de ser desde aquí.

MÚSICOS.

Cantan.

Aquiles estaba en Troya
Mirando torres y almenas,
Altas y vanagloriosas
De haber afrentado á Grecia.

NERÓN.

Dejaldo, no cantéis más.
¿Qué es Troya, ni qué es Aquiles?

NICETO.

Bien dices; todos son viles
Donde tú, Nerón, estás.

NERÓN.

Aquilillos era un loco
Arrogante y fanfarrón.
Torna á decir la canción.

FENICIO.

Cantad, y sosiega un poco.

MÚSICOS.

Cantan.

Y mirándolas con ojos
De venganza y de soberbia,
Arrojó una lanza, y dijo
Á los que estaban en ellas:
«Decilde á Elena
Que fué mujer, y que mi lanza es ésta.»

NERÓN.

¡Extremado desatino!

NICETO.

Dice que Elena es mujer,
Y que ansí pudo ofender
De Grecia el valor divino;
Mas que su lanza es aquella,
Y aquel su valor sin par,
Que podrá desagraviar
Mejor que ofenderlos ella.

NERÓN.

¿Quién compuso esta canción?

FENICIO.

Camilo, un nuevo poeta.

NERÓN.

Esto de poesía es seta
Donde es el dios la opinión.
Mañana le he de llamar
Y reprendelle.

FENICIO.

¿Por qué?

NERÓN.

Porque contra Troya fué,
Á quien debiera amparar.
Nosotros somos troyanos,
Que decendimos de Eneas;
Y eso de Troya, no creas
Que fué por falta de manos.

FENICIO.

Verdad es que fué traición.

NERÓN.

Pues oid un epigrama
Que hice.

NICETO.
Será de fama.
OTÓN.
¿Quién lo duda?
NERÓN.
Escucha, Otón.
Mientras Héctor divino despojaba
Un griego muerto en el troyano fuego,
Aquiles, griego (basta decir griego),
Por las espaldas á traición le clava.
Nerón leyendo el vil suceso estaba,
Y donde dijo *Aquiles*, borró luego
El nombre infame, de coraje ciego,
Y dijo ansí con voz soberbia y brava:
«Si como yo te borro, te pudiera
Quitar de los archivos de la fama,
Esto, en lugar de la traición, pusiera:
«No vió la muerte á Héctor, pues le infama;
Por la espalda murió; que si le viera,
Muriera, como fénix, en su llama »
OTÓN.
¡Notable!
NICETO.
¡Lindo!
FENICIO.
¡Extremado!
OTÓN.
¡Malos años para Enio!
NICETO.
¿Qué es Enio para su ingenio,
Ni el griego Homero imitado?
OTÓN.
Su caja de oro es muy llano
Que hoy Alejandro te da.
NICETO.
Métase Virgilio allá
Con su *Arma virumque cano.*
FENICIO.
En música y poesía,
Ninguno á Nerón iguala.

Cuatro embozados, con rodelas.

NERÓN.
No es ésta trápala mala
Para aquello que os decía.
¿Quién va allá?
UN EMBOZADO.
Unos hombres son.
NERÓN.
¿Son de paz?
EMBOZADO.
Á cantar vienen,
Si no es que en la calle tienen
Mucho en que entender: alón.
NERÓN.
¿Qué es alón? ¡Pese al gallina!
¡Mueran!
FENICIO.
Sacude.

Riñen.

OTÓN.
Eso sí.
FENICIO.
¡Bravo valor!
EMBOZADO.
¡Ay, caí!
NERÓN.
Clavéle con esa esquina.
NICETO.
Gente viene á socorrer.
FENICIO.
¿Si es justicia?
NERÓN.
Sea quien fuere.
OTÓN.
Harás que Roma se altere
Si te viene á conocer.
NERÓN.
Vamos á tu casa, Otón.
OTÓN.
Creo que estará acostada
Mi mujer.
NERÓN.
Pues ¿qué te enfada?
OTÓN.
Vamos.
NERÓN.
Di que soy Nerón.

Vanse.

Agripina y Palante.

AGRIPINA.
¿Que el Emperador, Palante,
Con Niceto y con Fenicio
Sale de esa suerte?
PALANTE.
Es vicio
Agora poco importante,
Pero puédese enseñar.....
AGRIPINA.
Antes el principio importa;
Porque, quien éste no corta,
Después no tiene lugar.
Dime: ¿á qué va?
PALANTE.
Diligencia
Me ha costado; porque Otavia,
Ya de sus celos se agravia.
AGRIPINA.
Derriban toda paciencia.
Son celos envidia fiera,
Y la envidia no reposa.
¿Es amor?
PALANTE.
De cierta hermosa.
AGRIPINA.
¿Casada, ó libre?
PALANTE.
Soltera.
AGRIPINA.
¿Tiene valor?

PALANTE.

No; que fué
Esclava, y ya se libró.

AGRIPINA.

¿Que es liberta?

PALANTE.

Y pienso yo
Que há poco, cuando lo esté.

AGRIPINA.

¿Es bella?

PALANTE.

Por todo extremo.

AGRIPINA.

¿Llámase?

PALANTE.

Aeta.

AGRIPINA.

¡Y que sea
Tan dichosa!

PALANTE.

Que desea
Nerón regalalla temo.

AGRIPINA.

Que ella fuera su privanza,
No nos importara mucho;
Pero temo lo que escucho
De su desdén y mudanza.
Ya sale, ya se entretiene,
Ya no estudia, ya estos días
Anda en malas compañías,
Ya armado y desnudo viene.
Anda con desasosiego
Y no me visita tanto.

PALANTE.

Ya sabes, señora, cuánto
Se apaga al principio el fuego.
Remedia este mal temprano.

AGRIPINA.

Celos quiero hacerle.

PALANTE.

¿Cómo?

AGRIPINA.

Ocasión fingida tomo
De regalar á su hermano.
Esto le dará temor,
Pensando que ha de perder
Su imperio y que quiero hacer
Á su hermano emperador.

PALANTE.

Eres, señora, tan sabia,
Que luego en el blanco diste.

AGRIPINA.

Este es Británico triste,
Y su pobre hermana Otavia.

Británico (1) y Otavia.

AGRIPINA.

¿Tan de mañana, hijos míos?

OTAVIA.

No debe de ser por bien.

AGRIPINA.

Bien es que celos te den
De Nerón los nuevos bríos.
¿Á qué hora vino?

OTAVIA.

Á las tres.

AGRIPINA.

¿En qué anda?

OTAVIA.

Enamorado.

AGRIPINA.

Antes dicen que el Senado
Causa de tus celos es.

OTAVIA.

Pues qué, ¿el Senado le ocupa?

AGRIPINA.

Tratan de cierto gobierno.

OTAVIA.

Otro Senado más tierno
Del suyo le desocupa.
Fínjase Tu Majestad
Muy ignorante de todo.

AGRIPINA.

Luego ¿es tu queja de modo
Que ofenda la voluntad?

OTAVIA.

La voluntad y la vida,
Porque no es menos que haber
Otra gallarda mujer.....

AGRIPINA.

Dilo.

OTAVIA.

De Nerón querida.

PALANTE.

Todo lo sabe, señora:
Bien puedes hablar más claro.

AGRIPINA.

Antes, mi Otavia, reparo
En lo mucho que te adora.
Deben de ser mocedades
Eso que cuentan de Aeta.

OTAVIA.

Dasme, en fin, como discreta,
Poco á poco las verdades.
No ignorabas tú sus nombres.

AGRIPINA.

Culparme en vano procuras;
Que hacer esas travesuras
Es condición de los hombres.

OTAVIA.

Hiciéralas cuando mozo.

AGRIPINA.

Siempre quieren libertad.

OTAVIA.

Si cansa la voluntad,
No há tanto que yo le gozo;
Y como no le quisiera,
El sentimiento excusara.

(1) Á este personaje se le llama equivocadamente Germánico en las ediciones antiguas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BRITÁNICO.
Mi hermano viene.
AGRIPINA.
Repara.....

Nerón, Niceto y Fenicio.

NERÓN.
¡Extremado lance fuera!
Mas quede para otro día.
¡Todo el linaje está aquí!
Guárdeos Júpiter; y á ti,
Dulce Otavia, esposa mía.
¿Qué hay de nuevo? ¿Qué tenéis
Todos juntos que tratar?
¿Qué tenéis que despachar?
¿Qué es lo que en consulta hacéis?
¿Qué nuevo Senado es éste?
¿Es Palante el secretario?
¿Qué hay en Roma necesario,
Que tanto cuidado os cueste?
AGRIPINA.
Como andas tan ocupado
En tus gustos, y tan tierno,
Á falta de tu gobierno,
Los cuatro hacemos Senado;
Que también será razón
Aliviarte algún disgusto.
NERÓN.
Que ninguno mande gusto
En Roma, sino Nerón.
OTAVIA.
¡Gentil manera de hablar!
AGRIPINA.
¿Cómo respondes ansí?
NERÓN.
Porque aun Júpiter aquí
No tiene ya qué mandar.
El daros yo tanta mano
Y libertad en mi imperio,
Ha causado el vituperio
De mi valor soberano.
Pues ya los cuatro os juntáis
En mi ausencia de esta suerte,
Para tratarme la muerte,
¿Quién duda que os conjuráis?
AGRIPINA.
Temblando estoy de escucharte.
¿Qué desobediencia es ésta?
NERÓN.
Madre, más blanda respuesta;
Que soy Nerón y soy Marte.
AGRIPINA.
Que Británico está aquí,
Que es agora mi regalo.
Éste á mis pechos igualo;
Éste engendré, que no á ti.
Éste es hijo de mi esposo,
Legítimo sucesor
Deste imperio.
NERÓN.
Si es temor,
¡Por mi vida, que es donoso!
¡Oigan qué lindo martelo!
AGRIPINA.
Palante, ¡extraña mudanza! (Ap. á él.)
PALANTE.
Perdiendo voy la esperanza, (Ap. á Agripina.)
Y alguna traición recelo.
¿Qué es esto, amigo Fenicio? (Ap. á él.)
FENICIO.
Entre padres é hijos es;
Todo es más amor después.
PALANTE.
Efectos son de algún vicio.
Como el agua detenida,
Al tiempo que se destapa,
Con más veloz curso escapa,
Ansí imagino su vida.
Todo aquel encerramiento
Creo que ha de correr más.
OTAVIA.
Mi vida, enojado estás:
Sabe el cielo si lo siento.
Si yo la ocasión he sido,
Mira que celos son rabia.
NERÓN.
Vete norabuena, Otavia:
Todos me habéis ofendido.
AGRIPINA.
Ea, vámonos de aquí.
Británico vive.
NERÓN.
Y viva
Porque el imperio reciba
Que ya me quitas á mí.
OTAVIA.
¡Ah, mi señor!
NERÓN.
Quita allá.
OTAVIA.
¿Así me tratas?
NERÓN.
Y es poco.
AGRIPINA.
Yo le amansaré si es loco. (Aparte.)
PALANTE.
¡Qué temerario que está! (Aparte.)

Vanse Agripina, Otavia, Británico y Palante.

NERÓN.
¡Por Júpiter soberano,
Por el Dios de Delfo y Delo,
Por Marte, por todo el cielo,
Que no ha de vivir mi hermano!
¿Martelos á mí con él?
¿Mi madre así me amenaza?
Pues yo daré mejor traza
Para anticiparme á él.
Parte, Fenicio, y á Hircano,
Mi médico, di que luego
Haga un veneno.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FENICIO.
¿Estás ciego?
Mira que es hecho inhumano.
NERÓN.
Parte luego, y muera hoy.
FENICIO.
No te quiero replicar.

Vase.

NERÓN.
Furioso estoy de pesar.
NICETO.
Y yo de verte lo estoy.
NERÓN.
¿Hay insolencia tan fiera?
¡Quitarme el imperio á mí!
¿Esta es madre?
NICETO.
Vuelve en ti,
Y su intención considera.
NERÓN.
Juzgue Dios de la intención,
Que yo de las obras juzgo.
NICETO.
¿Cuánto va que te reduzgo
Á tu primera razón?
NERÓN.
No me enfades, por tu vida.
Hablemos de mi Popea.
NICETO.
¿Qué? ¿Tu Alteza la desea?
NERÓN.
Téngola en el alma asida.
Entramos en cas de Otón
Huyendo de la justicia,
Que ya la vulgar malicia
Me conoció por Nerón;
Y, como sabes, salió
Á entretenerme Popea
Su mujer, con quien es fea
La que á Grecia Troya hurtó.
Niceto, no es liviandad
Decirte que estoy perdido,
Porque lo que fué sentido
Se convirtió en voluntad.
Amaba á la bella Aeta;
Pero estoy de suerte ya,
Que mi alma huyendo va
Como del arco saeta.
Al tiempo que entraba Otón
Á recibir á su hermano,
Tomé temblando su mano,
Desmayado el corazón.
Díjele: «Hermosa Popea,
¡Quién te gozara!», y calló;
Mas con la vista mostró
Lo que mis brazos desea.
No sé qué tengo que hacer;
Que estoy de Otón bien servido,
Y no ha de caber olvido
En tan violento querer.
¿Cómo he de ofender á Otón,
Ni él querrá darme lugar?
NICETO.
Bien le podrás ausentar
De Roma en esta ocasión.
NERÓN.
¿Cómo?
NICETO.
Dale algún oficio.
NERÓN.
¡Vive Júpiter, Niceto,
Que eres amigo discreto!
NICETO.
¡Qué bien le paga el servicio! (Aparte.)
NERÓN.
Oye; el lobo está en el cuento.

Sale Otón.

OTÓN.
Gran alboroto, señor,
Ha puesto en Roma el temor
De tu nuevo pensamiento;
Que ha sido cosa muy nueva
No la haber obedecido.
NERÓN.
Justo pensamiento ha sido:
Yo sé que Roma lo aprueba.
Allá Ovidio, el gran poeta,
De amar y reinar decía
Que aborrecen compañía,
Y fué sentencia discreta.
Yo quiero solo mandar
Para premiar mis amigos,
Castigar mis enemigos,
Y mis injurias vengar:
Entre los cuales, Otón,
Tú debes ser preferido,
Así porque me has servido,
Como por tu discreción.
Hoy te has de partir á España
Para ser gobernador
De Lusitania.
OTÓN.
Señor,
Tu amor me obliga y te engaña.
Mejor estoy á tu lado
Para servirte.
NERÓN.
Ya, Otón,
Esta determinación
He consultado al Senado.
Á España has de ir: parte luego.
OTÓN.
Pues ¿hoy, señor?
NERÓN.
Hoy. ¿Qué aguardas?
Mira, Otón, que cuanto tardas
Me quitas de mi sosiego.
¡Hola! Vosotros haced

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

La carta como merece.

OTÓN.

Mira, señor, que parece
Más destierro que merced.

NERÓN.

Vete luego.

OTÓN.

¿Qué mudanza
Es ésta en tu condición?

NERÓN.

¿He de matarte?

OTÓN.

¿Estas son (Aparte.)
Mercedes? ¿Esta es privanza?

Vase.

NICETO.

De mala gana ha partido.

Fenicio.

FENICIO.

Ya Británico expiró.

NERÓN.

¿Cómo?

FENICIO.

De beber pidió.....

NERÓN.

Y ¿qué?

FENICIO.

La muerte ha bebido.

NERÓN.

Presto se hizo. ¿Qué dice
Mi madre?

FENICIO.

Temblando está.

NERÓN.

Eso sí: guárdese ya
Que otra vez me escandalice.
¡Cocos á un emperador
De Roma, á un Nerón, á un hombre,
Que basta escuchar su nombre
Para temblar de temor!
¿Y Otavia?

FENICIO.

Llora.

NERÓN.

Recelo
Que aun ella menos se agravia.
Tiemble mi madre y Otavia,
Tiemble el mundo, tiemble el cielo.

NICETO.

Eso no; que si él temblase,
Y Júpiter dél cayese,
Adondequiera que diese,
No dudo que lastimase.
Él está loco y blasfemo. (Ap. á Fenicio.)

FENICIO.

Así es bien para medrar. (Ap. á Niceto.)

NERÓN.

¿Quién me puede gobernar,
Que á cielo ni tierra temo?
Ya basta lo que he sufrido,
Ya basta lo que he callado.
¡Niceto!.....

NICETO.

Señor.....

NERÓN.

Ha estado
Nerón hasta aquí dormido;
Ya es tiempo de despertar.
Ve y di, porque no me enoje,
Que allá en la ciudad se aloje,
Ó donde hubiere lugar,
Y que salga de palacio.
Y la guarda de alemanes
Dirás á mis capitanes
Que le quiten.

NICETO.

Voy.

NERÓN.

¡Despacio!
Quien á mí me ha de servir,
Muy por la posta ha de andar,
Y no me ha de replicar
Si el mundo me viese hundir.

Vase Niceto.

NERÓN.

Fenicio, ya es ido Otón.

FENICIO.

¿Dónde?

NERÓN.

Á España le envié.

FENICIO.

Bien haces, si acaso fué
Para gozar la ocasión.....

NERÓN.

Es Otón muy principal,
Y en su presencia no es justo.

FENICIO.

¿Partió con gusto?

NERÓN.

Ó sin gusto.
Él va al fin á Portugal.

FENICIO.

Discretamente procedes.
¡Tal te venga la salud! (Aparte.)

NERÓN.

Hago del vicio virtud,
Y de los daños mercedes;
Así gozaré á Popea.
¡Oh, bellísima criatura,
Más digna de ser figura
Del cielo que Casiopea!
Parte, y dile que ya Otón
Á Lusitania se parte;
Y dale, Fenicio, parte
De mi espantosa pasión.
Dila que por ella muero,
Y que esta noche me vea.

BIBLIOTECA NACIONAL ESPAÑOLA

FENICIO.

Yo parto.

NERÓN.

¡Oh, hermosa Popea,
Que ya en mis brazos espero!

Vase.

Agripina, Palante y Niceto.

AGRIPINA.

¡Cómo! ¿Que me arroja así?
¡Á quien sangre y sér le ha dado!

NICETO.

Esto, señora, ha mandado.

AGRIPINA.

¡Notable monstruo parí!
¡Mi guarda me quita agora
Del palacio, y su presencia!

PALANTE.

Julia Agripina, paciencia.

NICETO.

Paciencia, noble señora;
Que ya no es lo que solía.

AGRIPINA.

Dime, gallardo Niceto,
Tan digno de ser discreto
De su guarda y compañía,
¿Qué tiene agora Nerón,
Contra todos tan airado?

PALANTE.

La inocencia lo ha pagado,
Debiéndolo la traición.
¡Pobre Británico triste!

NICETO.

No sabré decir, señora,
De lo que pides agora
En qué la razón consiste;
Pero lo que yo adivino,
Sin rayas de frente ó mano,
Es que tiene más de humano
Tu hijo, que de divino.
Los cinco años que ha vivido
Por Séneca gobernado,
Ha sido por él forzado,
Enseñado é instruído.
Luego que gozó de Aeta,
Comenzó á mostrar Nerón
Esta humana inclinación,
Que alma y cuerpo le inquïeta.
Ya trata de otra mujer,
Y tratará de otras mil.

AGRIPINA.

Es la inclinación más vil
Que pudo Nerón tener.
Pero partid los dos juntos,
Y decid que aquí le espero
Para hablarle.

PALANTE.

Considero
Que ya nos hallas difuntos;
Pero, pues es despedida,
Él vendrá.

NICETO.

Guárdete Apolo.

AGRIPINA.

Decilde que venga solo
Y que le importa la vida.

Vanse Palante y Niceto.

AGRIPINA.

Es tan extraño el temor
Que he cobrado á este cruel,
Después que no he visto en él
Aquella gracia y amor,
Que no ha de haber en el mundo
Camino que no le allane
Hasta que su gracia gane,
En que mi esperanza fundo;
Porque, en tenerla perdida,
¿Qué cosa tendré segura?

Nerón.

NERÓN.

Es la respuesta más dura (Ap. á Fenicio.)
Que pudo esperar mi vida;
Mas parte, y dile á Popea
Que cuanto quisiere haré.

FENICIO.

Allá vuelvo.

NERÓN.

Aquí estaré.

Vase Fenicio.

NERÓN.

¿Quién es?

AGRIPINA.

¿Quién quieres que sea?
Quien tu martelo ha de ser,
Quien te dió ese sér que tienes,
Y la que ya á tratar vienes
Como quien no tiene sér.
En este vientre anduviste,
Aqueste pecho te dí.

NERÓN.

¡Oh, qué historias para mí!
Cese, madre, el llanto triste.
Salid de palacio luego;
Que no fué haberme engendrado
Sacarme en hombros turbado
Del mismo troyano fuego.
¡Qué hacen de encarecer
Las madres el engendrar!
Si el parir fué algún pesar,
Cobrado estaba el placer.

AGRIPINA.

Hijo de mi alma y vida:
Si hasta aquí yo te cansaba,
No era porque no te amaba,
Sino de envidia ofendida.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que trates otras mujeres
Es lo que siento y persigo,
Pues puedes tener conmigo
Aquellos mismos placeres.
Eres hermoso y galán;
Quiérome á mi propia en ti.

NERÓN.

¿Posible es que yo nací
De ti? Engañado me han.
¡Oh monstruo! ¡Oh furia! ¡Oh portento,
Que está, de verte con vida,
Naturaleza corrida,
Y el cielo sin movimiento;
Los orbes con pesadumbre,
Sus inteligencias bellas
Con vergüenza, y las estrellas,
Planetas y astros, sin lumbre!
¡Huye mi presencia luego!

AGRIPINA.

Hijo, tente.

NERÓN.

¡Huye, enemiga!
¡Todo el cielo te maldiga!
¡Abrásete vivo fuego!
¡La madre á un hijo! ¡Hay tal cosa!
¡Por sólo ganar su gracia!
¿En qué Libia ó en qué Tracia
Pasó tan nefanda cosa?

Vase Agripina sin hablar.

Conviéneme reportar,
Y pues no he de dar razón,
Buscar alguna ocasión
Cómo la pueda matar.
No sepa la causa Roma,
Que parecerá muy fea.

Fenicio.

FENICIO.

Ya, excelso César, Popea
Tu imperial palabra toma,
Y dice que, repudiada
Otavia, vendrá á ser tuya,
Donde la boda concluya
La voluntad confirmada;
Que ya Otón á España es ido,
Y podrás casarte luego.

NERÓN.

Estoy de coraje ciego:
Por hoy, del amor me olvido.
Mi madre se ha de matar,
Fenicio: ¿cómo ha de ser?

FENICIO.

Pues ¿por qué?

NERÓN.

Porque es mujer.

FENICIO.

Alguna causa has de dar.

NERÓN.

Pues escucha una invención:
Vé, y dile de parte tuya
Que, para que se concluya
La paz entre ella y Nerón,
Me envíe algún grande amigo
Que me hable; y cuando llegue
Y por su gracia me ruegue,
Presente estarás conmigo,
Y harás caedizo un puñal.
Yo diré que ella me envía
Á matar.

FENICIO.

Parto.

NERÓN.

Este día
Soy monstruo y furia infernal.

Vase Fenicio.

NERÓN.

¡Qué listo que viene y va
Este ministro! Pues bien,
Algún día habrá también
En que él también morirá.
¡Qué á propósito un señor
Halla un traidor á su gusto!
Pues quien no perdona al justo,
¿Qué premio dará al traidor?

Niceto, Palante y Félix.

FÉLIX.

Fuertemente Otavia toma
Que trates de su repudio.

NERÓN.

¿Qué quiere? ¿Que ande al estudio
Con los tirones de Roma?
¡Oh, qué graciosa mujer!
Pues sepa que lo es Popea.
Decid que mil años sea,
Mostrando todos placer.

FÉLIX.

Que la goces muchos años.

NERÓN.

¿De aquesto poco se agravia?
No me dé ocasión Otavia.....

PALANTE.

¡Espantosos desengaños! (Aparte á Niceto.)
¿Éste es Nerón? ¿Éste el bueno?
¿Éste el príncipe enseñado
De Séneca? ¡Monstruo airado,
De furia y ponzoña lleno!

NICETO.

Calla, Palante: no quieras (Aparte á él.)
Lograr mal tus pocos días.

PALANTE.

¡Tal mudanza en cuatro días! (Aparte.)
Mísera Roma, ¿qué esperas?

Fenicio y Mario.

MARIO.

Como otras veces, César invictísimo,
Llego á tus pies humilde.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NERÓN.
¡Oh amigo Mario!
¿Qué hay de nuevo?
MARIO.
Tu madre á ti me envía.
NERÓN.
Pues ¿qué quiere mi madre?
MARIO.
Hablarte quiere;
Y para que de paz se trate, dice
Que me oigas, gran señor, si eres servido.

Fenicio echa un puñal desnudo á los pies de Mario.

NERÓN.
¿Qué es eso que sonó?
NICETO.
¡Supremos dioses!
¡Un puñal que en las manos trujo Mario!
NERÓN.
¡Á matarme envió mi fiera madre!
Romanos, ¿no lo veis? ¿Qué es esto, Roma?
¡Á vuestro César dan la muerte en público!
¡Madre Roma! ¿Qué es esto?
MARIO.
¿Yo? ¿Qué dices?
FENICIO.
Pues ¿qué hay que replicar? ¿Aquesto niegas?
NERÓN.
Matalde luego.
NICETO.
¡Muera!
MARIO.
¡Oh santo Júpiter!

Fenicio y Niceto matan á Mario.

NERÓN.
Yo me parto de aquí, para que entienda
Esta conjuración Roma: al Senado
Quiero llevar la daga. El que es mi amigo,
El que quisiere que mi amor entienda,
Mate á mi madre, líbreme, consuéleme.

Vase.

FENICIO.
La Emperatriz ha de morir, romanos:
El que fuere leal, saque la espada.

Agripina.

AGRIPINA.
¿Qué alboroto es aqueste? ¡Á Mario han muerto!
NICETO.
¡Infame Julia, que matar querías
Por mano de un traidor al César nuestro,
Y hacer á Roma un mal tan fiero y grave,
Hoy es tu fin!

Cércanla todos con las espadas desnudas.

AGRIPINA.
Tened un poco: un poco,
Amigos, esperad.
FENICIO.
Ya no es posible.
PALANTE.
Tened, por Dios, oilda; que es gran lástima
Que, ya que ha de morir, no la escuchemos.
AGRIPINA.
Sabido lo que quiero, lo que pido,
Yo sé que no podréis, hijos, negármelo.
FENICIO.
Di presto, pues.
AGRIPINA.
Que la primera herida
Me deis en este vientre, que éste ha sido
Causa de que Nerón saliese al mundo;
Y la segunda en este pecho, en éste,
Que alguna vez le dió su leche y sangre.
¿Haréislo ansí?
NICETO.
Sin duda.
AGRIPINA.
Pues ya muero
Contenta en que lo pague quien lo debe.
FENICIO.
Acaba ya de hablar.

Hiérenla.

NICETO.
Paséla el vientre.
PALANTE.
¡Temeraria crueldad!
FÉLIX.
¡Extraño caso!
FENICIO.
Nerón vuelve.

Nerón.

NERÓN.
¿Qué es esto?
FÉLIX.
Que ya es muerta.
NERÓN.
Dejádmela mirar.
NICETO.
Mírala.
PALANTE.
Creo (Aparte.)
Que algún demonio tiene en las entrañas.
Ni se le muda la color del rostro,
Ni de mirar su sangre tiene lástima.
NERÓN.
¡Bella mujer, por cierto! ¡Hermosos miembros!
¡Qué lindas manos! ¡Qué blancura y cuello!
Llevalda, que ya Roma sabe el caso,
Y cómo á Otavia repudié, y pretendo
Casarme con Popea aquesta noche;
Popea, más hermosa que Diana,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Más bella que Lucrecia y que Semíramis.

PALANTE.

¡Ah, corazón de piedra! (Aparte.)

NERÓN.

¿Qué hay, Palante?
¡Aquí estás tú!

PALANTE.

Para servirte: dime
Qué mandas, gran señor.

NERÓN.

Dicen en Roma
Que de mi antecesor fuiste privado,
Y que después también lo has sido mío,
Y que, con esto, toda la riqueza
Que tiene Roma has usurpado.

PALANTE.

¡Bueno!
Muy pobre estoy.

NERÓN.

Llevalde y dalde muerte,
Y traedme el tesoro de su casa,
Sin que dejéis hasta un tapiz tan solo.

PALANTE.

¡A mí, señor!

NERÓN.

A ti.

PALANTE.

¿Por qué?

NERÓN.

Por rico.
¿No sabes tú que están siempre sujetos
A un golpe del ladrón ó del tirano?

PALANTE.

¡Señor!.....

NERÓN.

Llevalde: muera.

PALANTE.

¡Qué buen pago!

NERÓN.

Agora que estás gordo, es bien que sea.

PALANTE.

¡Ay, tirano cruel!

NERÓN.

¡Ay, mi Popea!

ACTO TERCERO.

Fulgencio y Calixto.

FULGENCIO.

¡Que en estos años que de Roma falto
Ha crecido, Calixto, la dureza
De aqueste monstruo, que en lugar tan alto
Puso para su mal Naturaleza!

CALIXTO.

Aunque este campo Viminal esmalto
De propia sangre que á verter empieza,
De la Naturaleza no me quejo,
Pues fué del cielo el gusto y el consejo.
Los gentiles, que mueren como has visto,
Ésos, haber nacido Nerón sientan;
Que los que mueren por la fe de Cristo,
Aquel breve morir por vida cuentan.

FULGENCIO.

No deja de causar dolor, Calixto,
Ver cómo los acaban y atormentan,
Aunque, deste la Iglesia perseguida,
Goza mil triunfos de la eterna vida.
Séneca se ha apartado del gobierno
Viéndole ya del todo aborrecido,
Y que hinche á un tiempo el cielo y el infierno
De muertos que han bajado y que han subido.
Todas las furias del tormento eterno
Tiene en el pecho bárbaro, vestido
De soberbia, arrogancia, crueldad é ira,
Venganza, enemistad, odio y mentira.

CALIXTO.

¿Tantos cristianos mata?

FULGENCIO.

Que han pasado
De cinco mil, y algunos (1) de gentiles.
A Publio Sila en Francia ha degollado,
Y á Plauto, capitanes como Aquiles;
En músicas y fiestas ocupado,
Juegos y danzas y ejercicios viles,
Representa tragedias, y hace en ellas
Que entren hermosos mozos y doncellas.
Su casa desde el monte Palatino
Al Esquilino llega, que es distancia
Como de media legua de camino:
Edificio de altísima arrogancia.
El licor de las fuentes cristalino
Es agua de odorífera fragancia;
Los estanques (2) del mar, que muda á veces
Para criar y para ver sus peces.
Las huertas frutüosas y jardines
De mil cuadros floríferos esmalta,
Cuyos márgenes verdes y confines
Guarda una cerca defendida y alta.
Allí corren las cabras mallorquines,
El búfalo se tiende, el ciervo salta,
Y en las jaulas de patios y leoneras,
Los osos, tigres, onzas y panteras.
Las piezas de las salas, fabricadas
De jaspes, mármol, pórfido y topacio,
Envidia el sol, y las de Oriente amadas
Deja para salir deste palacio.
Las techumbres y bóvedas doradas
Se van moviendo con el mismo espacio
Que el cielo, con sus orbes semejantes,
Sus eclipses, crecientes y menguantes.
Por alambiques de marfil y oro

(1) Miles.
(2) *Son agua* del mar.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Caen á tiempos flores y aguas puras;
Tiene baños labrados, que un tesoro
Cuestan sus aromáticas mixturas:
Aquí el infame, sin Real decoro,
Goza de mil deleites y blanduras;
Aquí se afeita, lava y entretiene.

CALIXTO.

¡Extrañas cosas y grandezas tiene!
¿Cómo Roma lo sufre?

FULGENCIO.

Dios lo quiere.

CALIXTO.

¿No se rebela nadie?

FULGENCIO.

Ingalaterra;
Pero vencida de Suetonio, muere
Por ofrecelle el resto de la tierra.

CALIXTO.

¿Que tales timbres un infame adquiere?

FULGENCIO.

Otra vez á los Partos hizo guerra,
Hasta que Tiridates vino á Roma
Y la corona de sus manos toma.

CALIXTO.

¿Qué hay del buen Pedro y Pablo? ¿Qué se han hecho?

FULGENCIO.

Presos los tiene.

CALIXTO.

¡Oh Iglesia primitiva,
Que has de permanecer á su despecho,
Aunque al ganado de pastor nos priva!

FULGENCIO.

Gran gente viene.

CALIXTO.

Ya apercibo el pecho
Para que muerte por su Dios reciba.

Niceto, Félix, Fenicio y Guarda.

NICETO.

Mirad si son cristianos, y qué gente.

FENICIO.

¿Quién vive?

CALIXTO.

Sólo Dios omnipotente.

FÉLIX.

¿Qué Dios?

CALIXTO.

El que es un Dios y tres Personas,
Cuyo hijo es Cristo, en cruz por todos muerto.

NICETO.

Vayan presos. ¿Qué aguardas?

FULGENCIO.

¡Qué coronas
Nos muestra ya su claro cielo abierto!

Llévase la Guarda á Calixto y Fulgencio.

NICETO.

¿Así, villano, tanto error pregonas?
Presto no lo dirás el pecho abierto.
¡Cosa es de ver el ánimo y denuedo
Con que éstos mueren sin dolor ni miedo!

Vanse.

FÉLIX.

¡Qué bien Nerón anoche en la comedia
Uno destos cristianos contrahacía!

NICETO.

Agora intenta hacer una tragedia
De cuando Aquiles por Briseida ardía.

FENICIO.

Si el lago para el jueves se remedia,
Será famoso de su fiesta el día;
Que se ha de hacer una naval batalla
Que pueda el mismo Jerjes envidialla.

NICETO.

Ayer hizo vestir á seis cristianos
Pieles de osos y ciervos fugitivos,
Y echarles perros turcos y britanos,
Que así á pedazos los comiesen vivos;
Y los sabuesos rígidos y alanos
No se mostraron á la caza esquivos,
Porque los tiene hambrientos para esto.

FENICIO.

¡Por Dios, que es acto mísero y funesto!
Harto más gusto yo de sus banquetes,
Que de las cazas trágicas que dices;
Que, aunque cristianos, hombres son.

NICETO.

Prometes
Menos piedad cuando eso solemnices.

FENICIO.

Eso quiero pedir que me interpretes.

NICETO.

Que no son todos pavos y perdices,
No todos francolines ni capones.

FENICIO.

En confusión ¡por Júpiter! me pones.

NICETO.

Convite ha hecho á algunos, en que ha dado
Sus mismos padres ó sus hijos.

FENICIO.

¿Cómo?

NICETO.

Un pedazo cocido y otro asado.

FENICIO.

Cosa me has dicho que en mi vida como.

NICETO.

Entre muchas crueldades de que ha usado,
Es la que menos en paciencia tomo
La que agora pretende.

FENICIO.

¿De qué suerte?

NICETO.

Á Otavia quiere dar injusta muerte.

FENICIO.

¿Á Otavia, su mujer!

NICETO.

Sí.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FENICIO.
¿Por qué á Otavia?
NICETO.
Porque fué la mujer más virtüosa
Que tuvo Roma.
FENICIO.
¿Y su virtud le agravia?
NICETO.
Pues ¿tiene agora más contraria cosa?
FENICIO.
¡Que á una mujer tan virtüosa y sabia
Le quiere agora dar muerte afrentosa!
NICETO.
Paso, que viene.
FENICIO.
¡Que éste el mundo asombre!
NICETO.
Debe de ser demonio, que no es hombre.

Nerón, Camilo y Guarda.

NERÓN.

Á Camilo.

Yo lo tengo así trazado.
Por lo demás, le dirás,
Camilo amigo al Senado
Que no me he visto jamás
Á su amor tan obligado.
Bien se echa de ver quién son.
CAMILO.
También muestran su afición
En otra hazaña gentil.
NERÓN.
¿De qué suerte?
CAMILO.
Al mes de Abril
Le quieren llamar Nerón.
NICETO.
¡Ved la lisonja en que ha dado! (Ap. á Fen.)
Que como Julio fué así
Por Julio César llamado,
Á Abril llama desde aquí
Nerón el ciego Senado.
FENICIO.
No hayas miedo que eso dure.
NERÓN.
¡Oh Fenicio! ¡Oh buen Niceto!
Ya es razón que se procure
Aquel trazado secreto,
Como mi honor se asegure.
NICETO.
¿Es de la muerte de Otavia?
NERÓN.
Hoy Otavia ha de morir.
NICETO.
¿Por qué, siendo honesta y sabia?
NERÓN.
Porque hoy tengo de decir
Que con un hombre me agravia.
NICETO.
Pues ¿dónde un hombre hallarás
Que diga que la gozó?
NERÓN.
Tú has de ser.
NICETO.
Burlando estás.
NERÓN.
Tú lo dirás.
NICETO.
¿Yo?
NERÓN.
Tú.
NICETO.
¿Yo?
NERÓN.
Tú, Niceto, ó morirás.
NICETO.
¡Señor!.....
NERÓN.
No repliques nada.
Camilo, lleva en prisión
Á Niceto.
NICETO.
Si te agrada
Darme tan mal galardón,
Pase mi pecho tu espada,
Pero no que tal se diga.
NERÓN.
Di, amigo, que era tu amiga,
Que yo me ofrezco á librarte.
NICETO.
No tengo qué replicarte.
Preso voy; tu amor me obliga.
NERÓN.
No morirás.
NICETO.
¡Ay de mí! (Aparte.)
Que éste á ninguno perdona.

Camilo y Fenicio se llevan á Niceto.

NERÓN.
¡Félix!.....
FÉLIX.
Ya yo tiemblo. (Aparte.)
NERÓN.
Di.
FÉLIX.
No está segura persona. (Aparte.)
NERÓN.
¿Cumplióse mi edicto?
FÉLIX.
¡Ah! Sí.
No queda vivo cristiano.
Popea viene, tu esposa.

Popea.

NERÓN.
¡Oh, mi bien! Dadme esa mano

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Blanca, hermosa, y poderosa
De rendir un león romano.
POPEA.
¿Qué hacéis, mi señor, aquí?
NERÓN.
Á Félix le preguntaba
De un edicto que hoy le dí.
POPEA.
¿Es del cristiano?
NERÓN.
Hoy acaba.
POPEA.
No vengo informada así.
NERÓN.
¿De qué modo?
POPEA.
Que se aumentan
Mientras más los atormentan.
NERÓN.
¿Cómo es aquesto?
FÉLIX.
De paso
Lo refiriera, si acaso
Es verdad como lo cuentan.
NERÓN.
Siéntate, hermosa Popea,
Y darános la razón
Félix de lo que esto sea.
FÉLIX.
De una larga confesión,
Si della es bien que se crea,
Que por mi gusto escribí,
De un cristiano lo aprendí;
Mas no lo diré tan bien.
NERÓN.
Como quiera será bien:
Comienza.
FÉLIX.
Pues pasa así.
Crió Dios la luz del cielo
Y los ángeles divinos,
Á quien los grandes secretos
Comunicó de su Hijo.
El más hermoso de todos,
Por su hermosura atrevido,
Con alguna parte de ellos
Rebelándose, le dijo
Que obedecer no quería
Al que no fuese más digno;
Que por la parte del hombre
No tuvo respeto á Cristo.
Pues, rebelado á su Dios,
Otro leal, puro y limpio,
En virtud de su poder
Le echó del cielo al abismo;
Que esto también se parece
Á lo que nos pinta Ovidio
De aquellos fuertes gigantes
Contra Júpiter altivos.
Mas, volviendo á los cristianos,
Dicen que Dios, condolido
De ver las sillas perdidas
De su hermoso cielo empíreo,
Formando al hombre de nada,
Le puso en un paraíso
Con una mujer hermosa
Y un precepto mal cumplido;
Porque vedándole un árbol,
El ángel que dije vino,
Y engañando la mujer,
Ella engañó á su marido.
Comió la fruta vedada;
Que, á no comerla, en mil siglos
No vieran muerte los hombres,
Enfermedad ni peligro;
No fueran menester artes,
Maestros, ciencias, ni libros,
Jüeces, médicos, armas,
Ni mecánicos oficios;
Pero que, en pecando el hombre,
Todo á propósito vino.
Las leyes fueron primeras
En razón de su delito;
Porque citando la parte,
Y habiendo á Dios respondido,
Oyó la justa sentencia
De su acusación castigo.
Luego el arte militar,
Porque le salió al camino
Un ángel con una espada,
Que fué de su guerra indicio.
Tras ésta la medicina,
Porque sujeto se hizo
Á enfermedades y penas,
Y de la muerte cautivo.
Dicen que para librarle,
No menos persona quiso
Que su Hijo al mismo Dios,
Que estas deudas satisfizo.
Éste se ofreció á la muerte;
Que tan alto sacrificio
Era la hostia por quien
Se perdonaba el delito.
Trató Dios de hacerse humano,
Para lo cual luego vino
Por el sí de una doncella
Un celestial paraninfo.
Dió el sí, bajó Dios, parióle
Dios y hombre, humano y divino,
Virgen antes y después,
Como en su parto bendito;
Que así le llama el cristiano,
Y yo también le bendigo,
Porque en todas las naciones,
Que lo ha de ser está escrito.
Éste fué aquél que en Judea
Dar la muerte Herodes quiso,
Sabiéndolo de unos reyes;
Pero él se fué huyendo á Egipto,
Después de ser por su ley,
Como hebreo, circunciso,
Porque acababa las sombras

Y á la verdad dió principio.
Muerto Herodes, volvió libre;
Perdióse en el templo, niño;
Pero, llegando á ser hombre,
Quién era á los hombres dijo.
Cuentan mil cosas de un Juan
Que le dió en agua el bautismo,
Y después, por la verdad,
Dió la garganta al cuchillo.
Cristo, en fin, que es este Dios
(Que así se llaman, de Cristo,
Cristianos los que le siguen),
Notables milagros hizo.
Resucitaba los muertos,
Daba pies á los tullidos,
Consejo á los ignorantes,
Reprensión á los altivos.
No quitó jamás á César
Su poder, mas antes dijo:
«Dalde á César-lo que es suyo»,
Viendo su rostro esculpido.
Creció su (1) envidia de suerte,
Que habiendo el pueblo, un domingo,
De la gran Jerusalén
Con laureles recibido
Á este Cristo, al punto fué
Condenado á muerte el mismo.
Vendióle un amigo suyo,
Y entrególe á los judíos,
Y azotado y puesto en cruz,
Dió su espíritu divino.
Resucitó glorïoso,
Sacó los Padres del Limbo,
Y aparecióse á sus doce,
Que era su amado concilio.
Con su espíritu de fuego
Alumbrados y encendidos,
Van predicando su fe
Hasta los remotos indios.
Hízolos sus sacerdotes,
Dióles su cuerpo divino;
Que al altar baja del cielo
Con las palabras que dijo.
Destos es Pedro el mayor,
Pues tiene el lugar de Cristo,
El que con Pablo está preso,
Que escribe á Éfeso y Corinto.
Por el consejo de aquéstos,
Tantos sufren el martirio:
Y esto es, señor, lo que dicen
Las confesiones que escribo.

NERÓN.

¡Notable historia!

POPEA.

Extremada.

NERÓN.

¿Paréceos que fundan mal
Su ley?

POPEA.

Digo que me agrada.

NERÓN.

No digáis, señora, tal,
Aunque no parezca errada.
Hablemos en nuestras fiestas.

POPEA.

Dícenme que otras aprestas.

NERÓN.

Castillos ordeno agora,
Que han de llevar, mi señora,
Mis elefantes á cuestas.
Allí se ha de pelear;
Que eso de los gladiatores
Ya te debe de cansar.

POPEA.

Las comedias son mejores,
Y el vértelas recitar.

NERÓN.

¡Qué de laureles gané!

POPEA.

¡Hermoso saliste, á fe!
Mas ¡qué de damas hermosas
Tuve esa noche envidiosas!

NERÓN.

Qué, ¿en efecto te agradé?

Sergio.

SERGIO.

Este papel es de Albino.

NERÓN.

Muestra, Sergio.

SERGIO.

Es muy secreto.

NERÓN.

Algo ¡por Marte! adivino.

SERGIO.

Lee para ti.

POPEA.

En efeto,
¿Qué hay de Otavia?

SERGIO.

Un desatino.

POPEA.

¿Cómo?

SERGIO.

Que presa ha quedado
Por adúltera.

POPEA.

Eso creo.

NERÓN.

¡Oh, Júpiter consagrado!
¡Cómo tu clemencia veo!
Llamadme luego al Senado.

POPEA.

¿Qué es eso, dulce amor mío?

NERÓN.

Media Roma conjurada

(1) ¿La envidia de quién? Como no está expresado, puédese sospechar que faltan algunos versos aquí, á no suponer que la expresión *creció su envidia* equivale á *creció la envidia de él*, esto es, *la envidia que de él tenían. (Nota de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Contra mí; pero en Dios fío
Que ella se verá abrasada,
Y eterno mi poderío.

POPEA.

Pues ¿no me diréis quién son?

NERÓN.

Escuchad: Cayo Pisón,
Tito, Plaucio, Rubeliano,
Andronio, Flavio, Espartano,
Cornelio, Espurio y Otón.....
No me mandéis que más lea,
Que más de quinientos son;
Pero hoy es bien que se vea
Que el cielo guarda á Nerón:
Dios sabe para qué sea.
Toma; y al Senado di,
Fenicio, que, como aquí
Van escritos, vayan luego
Dando sus cuerpos al fuego.

FÉLIX.

¿Á quinientos hombres?

NERÓN.

Sí;
Á quinientos, á ochocientos,
Á dos mil, á dos millones,
Al mundo, á los elementos,
Y al cielo, si al cielo pones
En tan bajos pensamientos.

FÉLIX.

Voy.

Vase.

POPEA.

¡Qué enojado que estás!

NERÓN.

Tú la cuartana serás,
Mi vida, deste león:
Témplame este corazón.

POPEA.

Vese en las voces que das.

NERÓN.

Mientras el papel leía,
Quejarte de Otavia vi.

POPEA.

Alguna queja tenía.
Tu maestro viene aquí.

NERÓN.

Pues ¿es hoy de lección día?

Séneca.

NERÓN.

¿Qué hay, señor Séneca?

SÉNECA.

Agora
Me han dicho que, sospechoso
De Séneca, que te adora,
Me mandas, como á alevoso,
Sacar mi sangre traidora.
¿Esto has creído de quien
Te ha criado y te ha enseñado?

NERÓN.

¿Que allá estabas tú también?
Ya está, Séneca, mandado:
Dirás que á escoger te den.
Toma cordel ó veneno,
Ó acero, si éste no es bueno;
Que esto sólo haré por ti.

SÉNECA.

¡Hijo!

NERÓN.

Véteme de aquí,
Sabio de ignorancias lleno.
Á mi madre, ¿no dijiste
Que la había de matar
Si reinaba?

SÉNECA.

¿Y no lo hiciste?

NERÓN.

¡Eso pudiste acertar,
Y para ti no pudiste!
¡Oh astrólogo impertinente!
¿Ves como esa ciencia miente?
También yo á hechizos me he dado,
Y la mágica estudiado;
Que soy mágico excelente.
Mas desde que vi á Simón
Bajar de la alta región
Del aire y hacerse piezas,
No quiero más sutilezas.

SÉNECA.

Hijo, escucha una razón.

NERÓN.

Tú, ¿eres filósofo?

SÉNECA.

Sí.

NERÓN.

Pues ¿cómo tiemblas la muerte?

SÉNECA.

No más, no más. ¡Ay de ti
Cuando te toque la suerte!

NERÓN.

Echadme este hombre de aquí.

SÉNECA.

Ya por mí, César romano,
No hablo; mira á Lucano,
Gran poeta de mi tierra,
Preso sin culpa.

NERÓN.

No yerra
Quien te llama loco y vano.
Va á morir, y no alcanzando
Piedad, ¡para otro la pide!

SÉNECA.

Mira que vas acabando
El mundo; tu furia mide;
Que vas al cielo enojando.

NERÓN.

¿No es Lucano el que escribió
La Farsalia?

SÉNECA.

El mismo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

NERÓN.

Muera;
Que mal del imperio habló.

SÉNECA.

Hijo, Nerón, considera
Quién eres y quién soy yo.

NERÓN.

¡Infames! ¿no le lleváis?
¡Dareos la muerte!

SÉNECA.

¡Sufrís,
Cielos, tal monstruo y calláis!

NERÓN.

Parece que no me oís.
¿Cómo de mí no tembláis?
¿Cómo no tiembla quien mira
Mi rostro bañado en ira?
Yo soy el que abraso el suelo,
Yo soy los rayos del cielo;
Que los otros son mentira.
Aqueste pecho es la nube
De donde la exhalación
A mi airada boca sube:
Rayos las palabras son
Que como truenos detuve.
¿Quién me detiene y repara?
Para muerte, yo bastara.
¡Ojalá en esta fiereza
Fuera Roma una cabeza;
Que de un golpe la cortara!

POPEA.

Mira, mi amigo y mi bien,
Que estoy yo agora contigo.

NERÓN.

No te ofenda mi desdén;
Que siempre en el alma digo:
«No al ángel que quiero bien.»

Algunos de la Guarda se llevan á Séneca.

POPEA.

Mil años te guarde el cielo.
Niceto y Otavia son
Los que vienen.

Otavia, Niceto y Fenicio.

NERÓN.

Ya recelo
De mi honor la perdición.
Publica por todo el suelo (Á Otavia.)
Que osaste venir aquí.

OTAVIA.

Pues dime: ¿en qué te ofendí?

NERÓN.

¡Adúltera vil, infame!
¿No quieres que afrenta llame
Que lo seas contra mí?

OTAVIA.

¡Yo, señor! ¡Tal testimonio!

NERÓN.

¡Bien, por mi vida, guardaste
La lealtad del matrimonio!
Que de Niceto gozaste
Juran Lépido y Antonio.

OTAVIA.

Que sean falsos testigos
Se ve en que son tus amigos.
Si á mí me quieres matar,
Mal te podrás disculpar
De tus injustos castigos;
Que Roma, que te aborrece,
Dice bien en tu presencia,
Y allá lo que le parece.

NERÓN.

Crece al paso mi paciencia
Que tu desvergüenza crece.
Niceto, si la verdad
Dices, con sólo destierro
Desta sagrada ciudad
Quiero castigar tu yerro

NICETO.

¡Oh piadosa majestad!
Verdad es, César supremo,
Que yo he gozado de Otavia.

NERÓN.

Di, Otavia, que yo blasfemo;
Di que mi envidia te agravia.

OTAVIA.

Tu infamia llega á su extremo.
Di, Niceto, ¿tú has gozado
De mí, y en público dices
Que á Nerón has infamado?

NICETO.

Esa verdad contradices
Como mujer que has errado.
A tu vergüenza está bien;
Pero á mí, como hombre soy,
No es bien que afrenta me den.

NERÓN.

A mí, que tanto (1) lo estoy,
Parte me alcanza también.
¿Veis como se hablan los dos?
Ya no me falta ¡por Dios!
Sino sufrir sus regalos.
Daldes garrote en dos palos.

POPEA.

¡Señor!.....

NERÓN.

Y ¿rogáisme vos?
¿De qué mi afrenta ha nacido,
Sino que ante vos, mi bien,
Mi afrenta se ha referido?

NICETO.

¿A mí me matas?

NERÓN.

También.

NICETO.

Pues ¿qué es lo que has prometido?

NERÓN.

¡Ah, sí! No se me acordaba.

(1) Tan *afrentado*.

Desterrado irás, y muera
Otavia.

OTAVIA.

¡Sentencia brava!
¡Fiera, como de una fiera
Que el género humano acaba!
No me pesa de morir,
Sino de morir culpada;
Pero mal podrá argüir
Roma de mi vida honrada
Tan deshonesto vivir.
Y pues sabe tus maldades,
Tiranías y crueldades,
Verá que para matarme
Has querido deshonrarme,
Que no porque son verdades:
Los dioses hago testigos.

NERÓN.

¿Qué es esto? ¿Cómo dejáis
Que ansí me trate, enemigos?

OTAVIA.

Servilde bien, pues medráis,
Aduladores amigos.
Y tú, gallarda Popea,
Mira que querida fuí
Como tú, por más que sea,
Y que ha de haber para ti
Otra venganza tan fea.
Este vil mató á su padre,
Mató su hermano y su madre,
Su maestro y su mujer:
Pues ¿qué piensas que ha de hacer
Cuando otro gusto le cuadre?
¡Ay de ti, que viva en calma
Quedas, cuando no te asombre
Este infame triunfo y palma,
Para dormir con un hombre
Lleno de sangre hasta el alma!

POPEA.

No le dieras tú ocasión;
Que muy bien mueres, villana.
Castigos del cielo son,
Que contra la culpa humana
Toma por rayo á Nerón.
No es sangriento, es justiciero.

NERÓN.

Llevalda luego de ahí.

OTAVIA.

¡Oh Roma, sin culpa muero!
¡Ay de ti, Roma! ¡Ay de ti,
Sujeta á un bárbaro fiero!

Sergio y algunos de la Guarda se llevan á Otavia.

NERÓN.

¡Qué desvergüenza!

POPEA.

Notable.

FENICIO.

Va á morir.

NICETO.

En fin, señor,
¿Que me destierras?

NERÓN.

No hable
Con Niceto mi rigor,
Que fué ministro inculpable.
Y pues yo le desterré,
Como rey le alzo el destierro.

NICETO.

Bien en tu valor se ve
Que á un tiempo castiga el yerro,
Y á un tiempo premia la fe.

NERÓN.

Oid lo que me ha pasado
Por la idea en este punto.

POPEA.

¿Es fiesta?

NERÓN.

Fiesta he trazado
Que se alegre el pueblo junto,
No para sólo el Senado.

POPEA.

Buenas para el pueblo han sido
Las que has hecho, y repartido
En ellas grande tesoro.

NERÓN.

Esta es digna del decoro
De mi nombre esclarecido:
Quiero á Roma poner fuego.

NICETO.

¡A Roma!

NERÓN.

Enciéndase luego:
Echad fuego en toda Roma;
Que mañana, antes que coma,
No habrá Roma.

POPEA.

Si mi ruego.....

NERÓN.

¿Qué ruego? Calla, Popea;
Que en una torre los cuatro,
Que la más segura sea,
Miraremos el teatro
Cómo se arde y centellea.
Quería representar
De Troya el fuego, y no hallaba
Ni propiedad ni lugar:
Arda esta máquina brava;
Que ésta la puede imitar.
De cuantas fiestas al suelo
He hecho con gastos tantos,
Quiero hacer fiestas al cielo.

POPEA.

Representarán sus llantos,
Su tristeza y desconsuelo.

FENICIO.

¡Qué crueldad! ¡Qué desatino! (Aparte.)

NERÓN.

¡Oh, cuánto se han de alegrar
Marte y Júpiter divino!

NICETO.

Aquí no hay que replicar.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Hecho de quien eres dino.

NERÓN.

Los Césares mis pasados
No entendieron su poder.

Sergio.

SERGIO.

Los Cónsules, obligados
A tu amor, quieren hacer
Fiesta á los dioses sagrados.

NERÓN.

¿Cómo?

SERGIO.

A la diosa Salud,
En cuya fuerza y virtud
De aquella conjuración
Fuiste libre.

NERÓN.

Honrados son;
Ruegan por paz y quietud.
Y mientras ellos lo tratan,
Vamos, que tengo que hacer.

NICETO.

¡Con qué lisonjas le matan! (Aparte.)

NERÓN.

Popea, Roma ha de arder
Si mil mundos la rescatan.
Niceto, delitos graves (1)
Es muy justo castigar.
¡Hola! Llevaldo á quemar.

NICETO.

¿Por qué?

NERÓN.

Porque no te alabes.

Vanse.

Salen con una caja y bandera soldados romanos y Furio, y Galba detrás con laurel y bastón y un papel.

GALBA.

Ya la carta de Otón, romana gente,
Os he mostrado, y que es de Lusitania,
Donde gobierna aquella parte noble
De la famosa España, donde estamos.
¿Qué me decís del César y su vida?

FURIO.

Si de Nerón se dicen tantas cosas,
Que cinco años fué tan cuerdo príncipe,
Roma tiene enojado al alto Júpiter.
¿Posible es que un mancebo generoso,
Enseñado de Séneca, haya muerto
Cien mil hombres romanos en seis años,
Por envidia los más, y sin delitos?

GALBA.

Furio, Roma se queja de este monstruo,
Que dicen que ha nacido entre los hombres
Como veneno de naturaleza;
Y fuera de que Otón me avisa, os digo
Que también del Senado tengo cartas,
Que su muerte desea y le maldice.
Mas es su poder tanto, y tiene al vulgo
Y á la gente de guerra tan contenta
Con los repartimientos y los gastos,
Con fiestas y con vicios consentidos,
Que estima su salud con más lisonjas
Que si fuera el divino Otavïano.
Cerca está Roma de elegir un César;
Pésame de estar lejos por vosotros,
Que yo os diera su Erario y sus oficios,
Como quien sabe vuestros altos méritos;
Que para mí, ya veis que yo soy viejo,
Y que el imperio no le estimo en nada.

FURIO.

Pues ¿qué importa, señor, que lejos vivas,
Y que te coja en Aragón de España
La nueva de Nerón aborrecido?
Soldados tienes tú, tú tienes hombres
Que en Roma te pondrán sobre los hombros;
Que no somos plebeyos, sino mílites,
Usados á rendir el fiero esfuerzo
De los rebeldes pechos españoles,
Más invencibles que orientales fieras.
¿Qué os detenéis, soldados? Galba es César;
Galba es Emperador.

TODOS.

¡Viva mil años!

GALBA.

Soldados, ¿qué decís?

FURIO.

Que Sergio Galba
Es el invicto Emperador de Roma.

GALBA.

Acepto vuestro honor por sólo honraros,
Para satisfacer vuestros servicios,
Para daros oficios, rentas, pagas,
Y lo que debe Roma á vuestra sangre.

FURIO.

¡Viva Galba, soldados, y reciba
La corona en España!

TODOS.

¡Galba viva!

Vanse.

Nerón, Popea, Niceto y Fenicio, en una torre desde la cual se ve á Roma ardiendo.

LOS CUATRO.

Tañendo y cantando.

Mira Nero de Tarpeya
Á Roma cómo se ardía:

(1) Esta redondilla al fin de una escena en quintillas, debe ser añadidura de otra mano que la de Lope, pues más adelante vuelve Niceto á salir sin que se diga cómo su muerte se ha quedado sólo en amenaza.

Probablemente, aunque Lope escribió la dedicatoria de esta comedia, no vería el manuscrito dado al impresor, que lo habría obtenido de los cómicos, viciado por ellos. *(Nota de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.)*

Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolía.
¡Qué alegre vista!
Por representar á Troya,
Abrasarla quiso un día,
Para hacer fiesta á los dioses,
Que desde el cielo la miran.
¡Qué alegre vista!
Con su gallarda Popea,
Dueño de su alma y vida,
Mira el incendio romano
Cantando al son de una lira.
¡Qué alegre vista!
Siete días con sus noches
Arde la ciudad divina,
Consumiendo las riquezas
Que costaron tantas vidas.
¡Qué alegre vista!

NERÓN.

No cantemos más; que ya
Parece que el fuego cesa
Y que aplacándose va.

POPEA.

Ya su máquina confiesa,
Señor, que vencida está.

NERÓN.

¡Qué bien se ha representado!
¡Qué de Anquises, qué de Eneas
Desde aquí habemos mirado!

POPEA.

Con tu patria es bien lo seas,
Y no como griego airado:
Baja á darle algún consuelo.

NERÓN.

Quiérola reedificar,
Pues la he puesto por el suelo:
Mi nombre la haré llamar.

POPEA.

Bien haces: guárdete el cielo.

Vanse.

Virginio y Galo.

VIRGINIO.

¡Mísera, Roma, de ti
En las manos de un tirano!

GALO.

Dais quejas al viento en vano,
Virginio, llorando así.
El pueblo infame contento,
Y el vil Senado cobarde,
Quieren que al cielo se guarde
La muerte deste sangriento,
Y de manera consiente
El uno y otro sus daños,
Que ha de llegar á cien años
Y morir naturalmente.

VIRGINIO.

Si algún hombre de valor
Este Senado tuviera;
Si algún Cévola viviera,
Que no vió el rostro al temor;
Si algún Horacio ó Torcato,
No viera Roma abrasar
Su muro antiguo, ni dar
Tal venganza á un hijo ingrato.

Lucio y Hortensio.

LUCIO.

Los dioses os den salud.

VIRGINIO.

¿Para qué, Lucio, si ha muerto
En Roma el santo concierto,
La verdad y la virtud?
¿De qué sirve hacer Senado?
¿Á qué, señores, venís
Si un tirano consentís,
Mancebo precipitado?
¿Á qué os juntáis? ¿Qué queréis?

HORTENSIO.

Tiene Virginio razón;
Que esto, Senado, es traición
Que á la misma Roma hacéis,
Pues se sabe que por miedo
La lisonja y la maldad
Han vencido á la verdad:
Perdonad si en esto excedo.
Cuanto más este enemigo
La república destruye,
En quien el infierno influye
Su envidia, furia y castigo,
Tanto más hacéis por él
Ruegos y demostraciones
De plegarias y oraciones.

LUCIO.

No es cruel: Roma es cruel;
Y así ha permitido el cielo
Que la abrase y la deshaga,
Que ha sido la justa paga
De su injusto y falso celo.
¿Qué le falta ya que hacer,
Si, muertos los ciudadanos,
Quema la ciudad, romanos,
Que aun hoy no cesa de arder?
Salga una romana espada,
Salga un Bruto, un Mario, un Sila:
Mirad que en vos se aniquila
La sangre teucra heredada.

Vitelio y Sulpicio.

VITELIO.

¡Parece que hay alboroto!

SULPICIO.

¡Oh Cónsules!

VIRGINIO.

¡Oh Sulpicio!
¿Habemos vuestro ejercicio
Acaso deshecho y roto?

SULPICIO.

Aunque es cosa de sospecha

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Esto que aquí se trataba,
Á quien tanto Roma alaba,
Todo peligro desecha.

VITELIO.

¿Es acaso del tirano?

HORTENSIO.

¿De quién se puede tratar?

VITELIO.

Pues ya bien podéis hablar,
Senado y pueblo romano.

HORTENSIO.

¿Cómo?

VITELIO.

Que hay Emperador,
Y Emperadores también.

GALO.

Quiéroos dar el parabién,
Y Roma os le dé mayor.
Aunque en ser tantos hay daño,
No es mucho, pues es tan grande
Que este tirano la mande,
Del género humano extraño.
¿Quién se alzó? ¿Quién lo pretende?
Que si alguien nos favorece,
Hoy este monstruo perece,
Que así cielo y tierra ofende.

VITELIO.

Julio Víndice, que fué
Capitán de las legiones
En Galia, alzó sus pendones,
Negando á Nerón la fe.
En Jerusalén está
Contra el rebelado hebreo
Vespasiano, que el deseo
Del imperio os muestra ya.
La mayor parte de España
Con Sergio Galba se alzó,
Y en Alemania salió
Rufo Virginio en campaña.
Veis aquí cuatro señores,
Y que no menos Otón
Muestra al imperio afición,
Y es sangre de emperadores.
Animo, pueblo romano;
Que ya marcha tanta gente,
Por quien alzaréis la frente
Del yugo deste tirano.
Y cuando no, mejor es
Morir que ver abrasada
A vuestra ciudad sagrada,
Y de un muchacho á los pies.

GALBA.

Bajo, Vitelio famoso,
Que las nuevas nos animan
De suerte que sólo estiman
Á Júpiter poderoso.
Aquesta conjuración
Se jure, y al templo vamos.
¿Juráislo así?

TODOS.

Sí juramos.

GALBA.

¿Quién ha de morir?

TODOS.

Nerón.

GALBA.

Pues alto, que esto consiste
En el secreto no más.
¡Ah, Roma! Presto serás
Señora como antes fuiste.

Vanse.

Nerón, Popea, Niceto y Fenicio.

NERÓN.

Acaba; suelta el papel.

POPEA.

Deja, no me des enojos;
Que, por vida de tus ojos,
Que he de ver lo que hay en él.

NERÓN.

¿De mí tienes celos?

POPEA.

Pues
¿De quién quieres que los tenga?

NERÓN.

¿Quieres que la mujer venga
En el papel?

POPEA.

¿Cúyo es?

NERÓN.

De una romana matrona,
Viuda de un capitán
De los que en España están
Entre Augusta y Tarragona.

POPEA.

¡Viuda! Tanto peor.

NERÓN.

Suelta ya, no seas pesada,
Que es noble y persona honrada;

POPEA.

Ó tengo ó no tengo amor.
Si tengo amor, celos tengo;
Pues con celos, esta culpa
De ofenderte es la disculpa
Con que á disculparme vengo.
¿Qué te pide?

NERÓN.

Por la muerte
Del capitán su marido,
Que en España muerto ha sido
Subiendo á una torre fuerte,
Alguna merced me pide.

POPEA.

¡Sonríeste! Tú me agravias.
Pues no son todas Otavias,
Ni á mí el divorcio me impide.
Vivo tengo yo mi Otón
En Lusitania de España.

NERÓN.

¿Hay necedad tan extraña?
¿Tú á Otón viviendo Nerón?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mataréla.

POPEA.

Paso, paso.....
¡Mira que preñada estoy!

NERÓN.

Por dos coces que te doy
No temo siniestro caso,
Y tú debes hablar bien,
Sin fiarte en que te adoro.

POPEA.

¡Ay! ¡Ay!

NERÓN.

¡Qué fingido lloro!

Cae Popea.

NICETO.

Y verdadero también.
¡Viven los dioses, que expira!
¿Cómo en el vientre le has dado?

NERÓN.

¡Triste de mí! ¡Desdichado!
¡Ah, mi mujer! No me mira.
¡Ah, mi Popea! No habla.
¡Ah, mi gloria! No se mueve.
Cubrió las rosas de nieve,
Perdió para siempre el habla.
¡Ah, dulce bien!

FENICIO.

La funesta
Parca tiene el alma asida.

NERÓN.

No hice cosa en mi vida
Que me pesase, sino ésta.
Llevalda presto de aquí.

Niceto y Fenicio la llevan.

¡Maldiga el cielo el papel,
Pues hice cosa por él
Que no la hiciera por mí!
¡Ay, desdichada Popea!
¡Oh infame enemigo Otón,
Que al fin diste la ocasión
Para una hazaña tan fea!

Vuelve Fenicio.

¿Qué la hicistes?

FENICIO.

En la cama
La echamos.

NERÓN.

Y ¿no respira?

FENICIO.

No hay hablar en eso.

NERÓN.

Mira
Si aun tiene aliento su llama,
Que volverla en sí presumo,
Si aun no está del todo fría,
Con la llama de la mía,
Como á vela por el humo.

Vuelve Niceto.

NICETO.

Señor, ya no hay que llorar:
Popea y tu hijo han muerto.

NERÓN.

¡Que hubo cosa en que fué cierto
Que yo tuviese pesar!

Sergio.

SERGIO.

¡Oh gran Emperador! ¡Oh invicto César,
De quien ayer y aun hoy temblaba el mundo,
Huyendo hasta los justos de tu cara!
Huye, si puedes, del rigor de Roma.

NERÓN.

¿Qué dices hombre? ¿Vienes en tu seso?
¿Que huya, dices, el mayor monarca
Que tiene el mundo, ni tendrá, ni tuvo?
¿Sabes que hablas con Nerón?

SERGIO.

Y ¿sabes
Que á ese mismo Nerón busca el Senado?

NERÓN.

¡Á mí el Senado!

SERGIO.

Á ti, para matarte;
Que á muerte por escrito te condena,
Y te llama enemigo de la patria.

NICETO.

Señor, pues hombre humano se te atreve,
Gran mal es éste: por tu vida mira.

NERÓN.

¡Á mí el Senado me condena á muerte!

SERGIO.

Á ti el Senado á muerte te condena.

NERÓN.

¿Quién le ha dado favor?

SERGIO.

Cuatro columnas
En quien apoya esta esperanza Roma.

NERÓN.

Derribarélas yo.

SERGIO.

¿Cómo es posible?
Que están lejos y tienen sus ejércitos.

NERÓN.

¿Quién son?

SERGIO.

En Galia, el bravo Julio Víndice;
Sergio Galba en España; en Alemania,
Rufo Virginio, y Tito en Palestina.

NERÓN.

¡Oh injusto y fiero Júpiter! ¿Qué es esto?
¿Qué haré, Niceto? ¿Si hablaré al Senado?
¿Si saldré para ver lo que me quieren?
¿Si se sosegarán con mi presencia?

FENICIO.
Señor, aqueste es vulgo amotinado;
Huye, y guarda tu vida; ó por lo menos,
Si mueres, muere por tu propia mano.
NERÓN.
Aquí en esta bujeta de oro tengo
Ponzoña con que puedo darme muerte,
Sin dar esa venganza á mis contrarios.....
Ya suena el gran rigor.
FENICIO.
Pues huye.
NERÓN.
Vamos.
NICETO.
Hasta morir, Fenicio, le sigamos.

Vanse.

Lucio, Hortensio, Vitelio, Sulpicio, Galo, Virginio y pueblo, todos armados.

VIRGINIO.
Saqueen los soldados cuanto hallaren:
Romped aquesas arcas y tesoros.
GALO.
¿Cómo es esto, Sulpicio? ¿No parece
El tirano Nerón?
LUCIO.
¡Si está escondido!
Avisado le habrán estos privados,
De quien se gobernaba en tiempo próspero.
VITELIO.
Todos le habrán dejado en el adverso.
LUCIO.
¡Bravo estrago se hace en sus riquezas!
¡Aprisa, aprisa: henchid, henchid, romanos,
En el tesoro de Nerón las manos!

Éntranse saqueando y riñendo sobre quitarse lo que cogen.

Nerón y un labrador.

NERÓN.
Qué, ¿podré estar escondido
En esta heredad?
LABRADOR.
Señor,
En Roma siento el rüido:
Si sois el Emperador,
Vos seréis mal recibido;
Que aquesta pobre heredad
Es cerca de la ciudad.

Niceto y Fenicio.

NICETO.
¡Huye, señor, si hay adónde,
Ó en el abismo te esconde
Si allá ignoran tu crueldad!
Toda Roma entra contigo.
NERÓN.
Pues ¿qué haré, Niceto amigo?
¿Si tomaré este veneno?
FENICIO.
Donde no hay consejo bueno,
Tomar el del enemigo.
NERÓN.
¡Cómo!
FENICIO.
Si él viene á matarte,
Mátate tú.
NERÓN.
Bien. Pues quiero
Probarme por esta parte.

Prueba la daga.

¡Qué miedo tengo al acero!
¡Pese á Júpiter y á Marte!
¡Oh vida, á los hombres cara,
Y cuánto el perderte altera!
¿Esto es morir? Cosa es clara
Que, si su pena supiera,
Nunca yo á tantos matara.
¿Quiere alguno de los dos
Matarse?
LABRADOR.
¡Bueno, por Dios!
¡Ved con lo que nos convida!
NERÓN.
No os defendáis tanto, vida,
Pues tantas quitasteis vos.
¡Júpiter conmigo sea! (1).

Hiérese.

Muero ya. ¡Popea! ¡Popea!
PUEBLO.

Dentro.

¿Adónde está aquel tirano?
NICETO.
Ya viene el pueblo romano.
LABRADOR.
¡Qué cara ha puesto tan fea!
NICETO.
¡Huye, Fenicio!
FENICIO.
Eso intento.

Vanse los dos.

Galba, Vitelio, Virginio, Hortensio, Lucio, Sulpicio y soldados.

GALBA.
¿Dónde está aquel vil sangriento?

---

(1) La nota de la edición antigua dice: «Métase aquella daga de la invención de Bárbara.» Alude, sin duda, á la famosa actriz Bárbara Coronel. La tal daga sería como los cuchillos ó puñales de que se hace uso en los juegos de manos: instrumento sin punta, en que la hoja, cuando es preciso, se entra y oculta en el mango. *(Nota de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LABRADOR.
Agora se ha muerto aquí.
VITELIO.
¡Que aun no me aguardase á mí!
VIRGINIO.
¡Aun pienso que es fingimiento!
La sangre quiero tentar.
HORTENSIO.
¡Ved en qué vino á parar
Quien hoy el mundo mandaba!
LUCIO.
Todo con la muerte acaba,
Sino sólo el bien obrar.
GALBA.
Senado, César ha sido;
Dalde entierro, que es honor
De Roma y vuestro.
LUCIO.
Elegido
Ha de ser emperador
Por Roma; este bien os pido,
Porque no quedará salva
Cosa desta noche al alba
Si no hay César.
VITELIO.
Galba sea,
Que es el que Roma desea.
¡Viva Galba!
TODOS.
¡Viva Galba!
GALBA.
Dése en el Foro un pregón.
SULPICIO.
Aquí, ilustre y sabia unión,
Á vuestro honor recitada,
Hace fin *Roma abrasada*
Y crueldades de Nerón.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL ESCLAVO DE ROMA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COMEDIA FAMOSA

DE

EL ESCLAVO DE ROMA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Andronio.	Arpago.	Lidoro.	Celia.
Flora.	Tereo.	Camilo.	Un pregonero.
Ariodante.	Casandro.	Rutilio.	Nestor.
Lidia.	Un soldado pícaro.	Persio.	Belardo.
Tiberio.	Lío	Léntulo, *Cónsul.*	Feliciano.
Fortunio.	Régulo.	Parmenio.	Garcelo.
Lisias.	Livio.	Julia.	Mauricio.
Fabio.	Eufemia.	Horacio.	El César.

ACTO PRIMERO.

Salen Andronio y Flora.

ANDRONIO.

Hoy me despido de ti;
Hoy bajo del cielo al suelo,
Flora, para todos cielo,
Flora, infierno para mí.
Y no porque de esto arguya
Mi sujeción libertad;
Si no es ir con libertad,
Irse por hacer la tuya.
Mándasme que no te vea;
Dura sentencia mortal,
Con que has hecho que mi mal
Igual al infierno sea.
Que más que su fuego siente
Quien va al infierno, saber
La pena de no poder
Ver á Dios eternamente.
Yo, condenado en revista
Á tu ausencia, Flora, siento,
Más que todo mi tormento,
El carecer de tu vista.
¡Pluguiera á Dios que tus bríos,
Tus desdenes, tus enojos,
Como yo viera tus ojos,
Martirizaran los míos!
Viérate yo, Flora hermosa,
É hicieras en mí mil suertes;
Que yo sufriera esas muertes
Por vida tan venturosa.
Pero, pues no puede ser,
Comencemos á partir;
Que más quiero no vivir
Que dejar de obedecer.

FLORA.

¿Has dicho, falsa sirena,
Voz dulce y traidor estilo?
¿Has dicho ya, cocodrilo?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ANDRONIO.

Ya he llorado, griega Elena;
Pero no para engañarte,
Que fuera cosa muy nueva;
Que cuando nada se eleva,
En nada engaña el que parte.

FLORA.

¿Yo te he mandado partir?

ANDRONIO.

Tú, pues.

FLORA.

Mira bien, que es sueño.

ANDRONIO.

Tú, como al criado el dueño
Que no quiere despedir.
No me dicen vocalmente
Que me vaya tus enojos;
Mas verá un ciego en tus ojos
Que deseas verme ausente.
Al alma un vestido has hecho
De cristal, por donde entró
El sol de mi amor, y vió
El tuyo en ella deshecho.
Mas mira que te prevengo
Que no puedo, aunque me incitas,
No verte, si no me quitas
La imaginación que tengo.
Ya está el alma imaginando
Que te puedo ver en ella
Tan perfecta, hermosa y bella
Como aquí te estoy mirando.
Mas, véate ó no después,
Tú has de ser obedecida
Aunque me cueste la vida;
Y cueste, que tuya es.

FLORA.

Detente, que esas razones
Suelen ser de amor la salsa,
Con que en vuestra mesa falsa
Nos dais á comer traiciones.
Detente.

ANDRONIO.

Dirás en esto,
Flora de mi alma, burlando,
Que es el detenerme hablando,
Para no partir tan presto.
Pues aguarda, que me importa
Ver cómo el alma se carga
Para jornada tan larga,
Para partida tan corta.
Mucho, dulce ingrata, siento
Que con mis prendas te alejas.

FLORA.

Dirás que el alma me dejas.

ANDRONIO.

Dejo aquí mi entendimiento.
Si voy sin él, voy sin mí;
Mas justamente se queda,
Por no tener en qué pueda
Entender que estoy sin ti.
La voluntad, que era mía,
Quédese á ver lo que pasa,
Aunque ya, Flora, en tu casa
Es alhaja muy baldía.
Ya que es fe sin obras muerta,
Mi amor quisiera sacar;
Mas habréle de dejar
Por no derribar la puerta.
Partamos, pues, que es afrenta
Pedir lo que ya le dió;
Que más siento, Flora, yo
Saber que quedas contenta.
Mil años goces, amén,
De quien tanto mal me ha hecho,
Que aunque me echa de tu pecho,
No lo he visto, ni sé quién.
Pero, pues ya te reservas
De mi amorosa fatiga,
Dime de qué tierra amiga
Te enviaron esas hierbas.
Que puesto que es verdadero,
Más que tuyo, el mal en mí,
También habrá para mí
Algún remedio extranjero.
Dime esas hierbas divinas;
Pero sospecho que hay pechos
Que no toman bien á pechos
Extranjeras medicinas.
Pues mi remedio te fío
Cuando de mi mal te arguyo,
¿Qué desden se iguala al tuyo,
Ni qué amor se iguala al mío?
Pero dure tu desdén:
Adiós, Flora celestial,
Que el penar por ti es un mal
Más rico que el mayor bien.

FLORA.

Oye, necio.

ANDRONIO.

Tú lo eres
En detener mis extremos.

FLORA.

Como esos bravos tenemos
De un cabello las mujeres.

ANDRONIO.

Piensa que del monte al llano
Detienes deshecho el hielo;
Piensa que á un rayo del cielo
Pones, cayendo, la mano;
Ó que á las nubes que llueven
Balas de granizo espera,
Ó que detiene la esfera
Con que las otras se mueven;
Ó que puedes hacer hoy
Que el sol deje de correr;
Que eso mismo es detener
La furia con que me voy.

Vase.

FLORA.

Gran deseo de olvidarme,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Más que tus celos, Andronio,
Me dejas por testimonio
De que lo ha sido el dejarme.
De Ariodante tienes celos
Puesto que no le conoces;
Y mejor, así me goces,
Guarden tu vida los cielos.
Que dejando que pretende
Mi padre con él casarme,
Ellos saben que mirarme
Me mata, agravia y me ofende.
Eras mi primero amor;
Soy en África otra Dido:
Ó tú has de ser mi marido,
Ó he de matarme en rigor;
Que no á menos me provoca
Ese Ariodante, ese hombre.

Sale Ariodante.

ARIODANTE.

¡Gracias á Dios que mi nombre
Oigo, señora, en tu boca!
Que oir el nombre presente
De la hermosa prenda amada,
Cuando ella está asegurada
Que tiene su dueño ausente,
Es la gloria de más gusto
Que se puede imaginar.

FLORA.

¿Hasme oído tú nombrar
Tu nombre?

ARIODANTE.

Á tiempo que es justo;
Porque entre tu padre y yo
Queda concertado aquí
Ser tu esposo.

FLORA.

¿Dijo sí?

ARIODANTE.

Como tú no digas no.
Y esto tan efectuado,
Que yo me parto á mi tierra,
Donde Roma intenta guerra
Por el agravio pasado;
Y quiere tu padre y mío
Que saque de allí mi hacienda
Hasta agora en encomienda
De Cloridano, mi tío.
Porque, si acaso el romano
La combate á sangre y fuego,
Esté en salvo; y quiere luego
Que me des tu hermosa mano.
Tiempo tendrás de pensar
Si te está bien, mientras voy;
Aunque palabra te doy
Que me debes, Flora, amar.
Por la fe más verdadera
Que jamás hombre á mujer
Pudo en el mundo tener,
Ya el alma respuesta espera.
Ya aguardo de los claveles
De esos labios la sentencia;
Declárate en mi presencia
Menos cruel que otras veces (1).
¿No respondes? No me espanto:
Basta que tu padre diga
Que mi camino prosiga
Y que tú enmudezcas tanto.
¡Oh vergüenza! Mas no importa:
El temor la lengua embarga;
Que el amor después alarga
Cuanto la vergüenza acorta.
Mas ya que en mi casamiento,
Flora, no me dices nada,
Ó de vergüenza ocupada,
Ó de ajeno pensamiento,
¿Qué mandas en mi partida?
¿Qué mandas en esta ausencia?
Y di si me das licencia
Para dejarte mi vida.
¿Qué te traeré de Cartago?
¿Qué sedas, qué joyas quieres?
Háblame, mi esposa eres;
No me des, Flora, ese pago.
¡Por los dioses, que te adoro!

FLORA.

En fin, ¿te vas?

ARIODANTE.

Hoy me voy:
Tu esposo, mis ojos, soy.

FLORA.

Noble Ariodante, eso ignoro;
Pero si mi padre gusta
De que yo tenga ese gusto,
Ese tendré por muy justo.

ARIODANTE.

Respuesta discreta y justa.
Que se acaba de tratar
Es tan sin duda, que agora
Me dió licencia, señora,
Para que te entrase á hablar.
Parece que te ha pesado
Que al honesto rostro diga
La pena á que amor me obliga,
Necio como desposado.
Si tú callas por sentillas,
¿Qué más respuesta y favores,
Que palabras de colores
Con rosas de tus mejillas?
Con el susto que recibe
En la nieve de un papel,
Con la pluma de un clavel
Tu vergüenza amor me escribe.
Dame tus manos hermosas,
Y licencia á tantas penas;
Que bien es darme azucenas,
Pues me has dado tantas rosas.

FLORA.

Parte, Ariodante, seguro
De lo que mi padre quiere.

(1) Falta la rima.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ARIODANTE.

Tu vida el cielo prospere,
Que es sólo el bien que procuro.
¿Qué traeré de allá?

FLORA.

Á ti mismo.

ARIODANTE.

Harto has dicho; yo me voy,
De este cielo donde estoy
En tu presencia, al abismo.
¿No me darás esa mano?

FLORA.

Hasta dártela no sé.

ARIODANTE.

Con guante la tomaré.

FLORA.

Ya pasas de cortesano.
Vete.

ARIODANTE.

Aquesta diligencia
Es morir con medicinas.

FLORA.

Casi tu muerte adivinas.

ARIODANTE.

¿Qué mayor que la de ausencia?

FLORA.

Amor, en esta ocasión
Me has dado muerte y remedio;
Que morir, ó tierra en medio,
Únicos remedios son.
Será, pues, mi Andronio agora
Con un papel avisado.
¡Lidia!

Lidia sale.

LIDIA.

¡Señora!

FLORA.

¿Hay recado
Para escribir?

LIDIA.

Sí, señora;
Aquí te puedes poner.

FLORA.

Aquí me pongo á escribir.

Andronio sale.

ANDRONIO.

¿Hay más furioso partir
Ni más humilde volver?
Como la pelota fuí
Que vuelve á quien la tiró
Cuando en la pared tocó;
Así yo en las puertas dí.
Jugóme de aquí un desdén:
Estaba en la puerta amor,
Y con el mismo furor
Me vuelve á jugar también.
Y es la pelota tan alta,
Que he pasado el corredor:
Muy recio jugaba amor,
Sin duda que hiciste falta.
Mas ¿cómo es esto? ¡Ay de mí!
Flora escribe. ¿Á quién será?
¡Flora!

LIDIA.

¡Ay, señora, aquí está
Andronio!

FLORA.

¿Eres tú?

ANDRONIO.

Sí.

FLORA.

¿Sí?
Pues ¿no te fuíste?

ANDRONIO.

Quisiera.

FLORA.

Pues qué, ¿no pudiste?

ANDRONIO.

No;
Que fuí piedra que tocó
En esa pared frontera.
¿Qué escribías?

FLORA.

Un papel.

ANDRONIO.

Muestra.

FLORA.

Eso no.

ANDRONIO.

Muestra, digo.

FLORA.

Ya no se fué tu enemigo.

ANDRONIO.

Yo he de ver lo que hay en él.

LIDIA.

Ea, no riñáis ahora:
Á ti te escribe ¡por Dios!

ANDRONIO.

¡Qué buenas estáis las dos!

LIDIA.

Dile la verdad, señora.

Lea.

«*Aquel hombre que sabes se ha ido en este punto, y no poco desconfiado; si sabes en el que está mi amor, vuelve á remediar la soledad en que me dejas.*»

ANDRONIO.

¿Qué hay que leer? ¡Ay, traidora!
¡Ah, falsa!

FLORA.

Pues bien, ¿qué tienes?
Parece que loco vienes:
¿Es más que llamarte agora,
Porque aquel hombre se fué
Con quien me quiere casar?

ANDRONIO.

Pues qué, ¿vuélvesme á engañar?

FLORA.

Pues qué, ¿hay más?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ANDRONIO.

Yo lo diré.
Aquí dice que aquel hombre
Es ido, y ése soy yo,
Que agora me fuí.

FLORA.

Eso no;
El engaño está en el nombre.

ANDRONIO.

En tu alma está el engaño,
Y en la mía está el dolor:
No era en vano tu rigor.

FLORA.

Oye, amigo, ¿es desengaño?

ANDRONIO.

¿Qué desengaño, si agora
Salgo de aquí, y el papel
Dice lo mismo?

FLORA.

Es por él.
¿No estuvo aquí?

LIDIA.

Sí, señora.

ANDRONIO.

Después que salí de aquí,
Ningún hombre ha entrado acá.

FLORA.

Digo que de aquí se va,
Y que te avisaba á ti.

ANDRONIO.

No puede ser.

FLORA.

¿Cómo no?

ANDRONIO.

Porque estuve en el portal
Como el atado animal
Lo que la soga alcanzó.

FLORA.

Dentro de casa estaría
Ariodante.

ANDRONIO.

Pues si estaba,
¿Cómo no ha salido?

FLORA.

Acaba,
Que miras por celosía.
Apártala de tus ojos
Si quieres ver tus engaños.

ANDRONIO.

No quiero más desengaños,
Que es acrecentar enojos.
Tú le llamaste sin duda,
Y así me dejastes ir;
Mintiendo pensé decir
Lo que ya en verdad se muda.
Yo me apartaré de ti,
Yo me partiré á la guerra,
Yo iré donde me destierra
La crueldad que he visto en ti.
Luego me parto á Cartago,
Iré á la guerra africana,
Donde una lanza romana
Haga en este pecho estrago.
En él te tengo, cruel,
Y no me pienso guardar;
Que dejándome matar
Quiero que se mate en él.

FLORA.

¿Dices todo eso de veras?

ANDRONIO.

Flora, no me estoy burlando;
Cuando tú te estás casando,
¿Qué burlas de Andronio esperas?

FLORA.

Yo, si no es contigo....

ANDRONIO.

¡Ah, cielos,
Que aun me engañas y porfías!

FLORA.

Mira que son fantasías
É ilusiones de tus celos.

ANDRONIO.

Fantasías é ilusiones,
Ó lo que quieres que sean,
Hoy quiere amor que se vean
Tus obras y mis razones.
Roma me dará la muerte,
Cartago la sepultura.

Vase Andronio.

FLORA.

¡Qué temeraria locura!
Oye, mi señor, y advierte.....
Oye, vuelve.

LIDIA.

Ya se fué;
No tienes que le llamar:
Si hay pared en qué tocar,
Podrá ser que vuelta dé.

FLORA.

¡Mísera yo! ¿Qué ocasión
Hoy á los cielos he dado,
Que han reducido mi estado
Al de mayor perdición?
¡Que aquí viniese Ariodante!

Salen Ariodante y Tiberio, padre de Flora.

TIBERIO.

Oye, que trata de ti.

ARIODANTE.

Digo, señor, que la vi
Con vergüenza semejante.
Y temiendo algún rigor
Causado de mi presencia,
Quise pedirle licencia....

TIBERIO.

Fué por entonces mejor;
Pero escucha, que tratando
Está con Lidia de ti.

ARIODANTE.

Sin duda trata de mí,
Pues yo me estoy abrasando.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORA.

¿Es posible que haya sido
Mi desdicha de esta suerte,
Que para darme la muerte
Se haya de mis ojos ido
Á Cartago? ¡Ay, Lidia, hoy muero!
¡Mi bien se me va á Cartago!

TIBERIO.

¿Tan pronto has hecho este estrago
Á su honor, noble extranjero?

ARIODANTE.

Pues, ¿qué dice?

TIBERIO.

Que su bien
Á Cartago se ha partido.

ARIODANTE.

¿Es posible que he tenido
Victoria de su desdén?
¿Su bien dice que se va
Á Cartago?

TIBERIO.

Escucha un poco.

ARIODANTE.

Querrás que me vuelva loco.

FLORA.

Sin duda mi padre está
Fuera de toda razón;
Por él se me va mi dueño.

TIBERIO.

¿Esto es cierto?

ARIODANTE.

Yo lo sueño.

TIBERIO.

Notables palabras son.
De mí se queja, Ariodante,
Porque te dejo partir.

FLORA.

Tras él me tengo de ir
Aunque mi locura espante.
No sufriré estar sin él;
Lidia, á Cartago me lleva
Amor.

TIBERIO

¡Qué notable prueba
De un pensamiento cruel!
Nunca es bien que las mujeres
Sepan con quién las intentan
Casar sus padres, que cuentan
Muy apriesa sus placeres.
Nunca se ha de proponer
Casamiento dilatado;
Dicho y hecho, es acertado
En la más noble mujer.
Con sólo tratar de ti,
Á mi hija enamoré,
Su honrado pecho abrasé
Y mi autoridad rompí.

FLORA.

Si mil muertes, Lidia mía,
Mi cruel padre me diese,
No es posible que no fuese
Antes que pasase el día.

TIBERIO.

¿Adónde?

FLORA.

¿Yo?

TIBERIO.

¿Tú, cruel,
Haciendo en mi honor estrago?

FLORA.

¿Yo, señor?

TIBERIO.

Tú, que á Cartago
Vas á sembrar guerra en él.
Que como otro Agamenón,
Si allá fueras, le cerrara
Diez años y mil.

FLORA.

Repara
Que ha sido imaginación.

ARIODANTE.

Señor, si mi amor la obliga,
Que su esposo vengo á ser,
Lo que no tiene de hacer,
¿Qué te ofende que lo diga?
Verdad es que dijo Flora
Que á Cartago va tras mí,
Mas no lo ha de hacer así,
Que aquí tiene á quien le adora.
Remédialo con casalla;
Y cuando casada esté,
Allá por mi hacienda iré,
Ó podré entonces llevalla.

TIBERIO.

Bien dices, así ha de ser;
Yo quiero, aunque no era justo,
Ser tercero de tu gusto:
Hoy ha de ser tu mujer.
No quiero que con la furia
Del amor que ha puesto en ti,
Se vaya, cual dice aquí,
Haciendo á su sangre injuria.
Entra luego á aderezarte,
Mientras viene quien os dé
Las manos.

ARIODANTE.

¡Que el cielo esté,
Tiberio, tan de tu parte!
Haz lo que dices.

TIBERIO.

¿Quién duda
Que no lo puedo excusar?

FLORA.

Un azar tras otro azar,
Y siempre al mayor se muda;
Lidia, conmigo te ven:
Verás un hecho notable.

LIDIA.

Habla.

FLORA.

¿Qué quieres que hable?

Vanse.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ARIODANTE.
Vergonzosa va también.
TIBERIO.
No me espanto, que el saber
Que he conocido su amor,
La habrá puesto algún temor.
ARIODANTE.
Mal has hecho, que es mujer.
Trataréla como mía,
Cuando no por hija tuya.
TIBERIO.
Ahora bien, hoy se concluya
Lo que dilatar quería;
Que no me espanto, aunque viejo,
De que está la voluntad
Fácil en la mocedad,
Sin experiencia y consejo.

Sale Fortunio, criado de Ariodante.

FORTUNIO.
¿Está Ariodante aquí?
ARIODANTE.
¿Qué es lo que quieres?
FORTUNIO.
Hoy será necesaria tu partida.
ARIODANTE.
Que no puedo respondo.
FORTUNIO.
¿De qué suerte?
ARIODANTE.
De que es forzoso, amigo, que tengamos
En aquesta ciudad algunos días.
FORTUNIO.
Señor, si sólo ver sus altos muros,
Sus bien trazadas y anchurosas calles,
Sus varios edificios, que compiten
Con la griega y romana arquitectura;
Sus jardines que exceden los pensiles;
La gentileza de sus ciudadanos
Y la hermosura de sus damas célebres,
Te detiene aquí en Tiro, no parece
Bastante excusa de dejar tu casa
Casi en poder de la romana gente,
Que por la rebelión pasada envía
El Senado furioso al cónsul Lĕntulo,
Que acosando los aires con las letras,
Que han puesto espanto en su bandera al mun-
[do,
Está sobre sus muros, según dicen.
ARIODANTE.
Fortunio, ya estas nuevas se tenían;
No es posible que el mar esté sujeto,
Como la tierra, á Roma, ni es posible
Que el Cónsul le pasase en menos tiempo
Que de Avido pasaba á Sexto Leandro.
FORTUNIO.
Que está cerca se dice por muy cierto:
Pon en salvo tu hacienda cuando puedes,
Y luego acabe Roma con Cartago,
Como en el tiempo de Cipión lo hizo;
Y si fuera ahora vivo aquel famoso,
Aquel Aníbal fuerte, aquel espanto
De Roma, no viniera solo el Cónsul,
Y tú seguro en Tiro descansaras,
De que tu hacienda no volviera á Roma
En plumas y cadenas de soldados;
Mas ya casi en lo último rendida
Y echada por el suelo, ¿qué pretendes?
TIBERIO.
Hijo, bien dice; la partida apresta,
Pues no tienes que hacer ahora en Tiro,
Pues sólo con tomar la mano á Flora,
Hechas las escrituras y conciertos,
Podrás estar seguro de que es tuya.
ARIODANTE.
Bien dices, mi señor; llamen mi esposa.
FORTUNIO.
¿Haste casado?
ARIODANTE.
¿No lo ves?
FORTUNIO.
Pues ¿cómo
Cosa que ha de durar lo que la vida
En una hora la escoges?
ARIODANTE.
Mira, necio:
Todas las cosas dan en este mundo
Unos hombres á otros con sus tratos,
Mas la victoria y la mujer, el cielo;
Y así, con poca gente se ha vencido,
Y en poco tiempo hallado mujer buena.
¿Qué importa que algún rey lleve un ejército
De cien mil hombres si le vencen treinta?
Y ¿qué importa que un hombre un año ó cuatro
Busque mujer, si ya cuando la tiene
Le sale diferente que pensaba?
FORTUNIO.
Digo que me concluyes; pero dime,
¿Es pobre?
ARIODANTE.
Es rica, hermosa y bien nacida.
FORTUNIO.
Pues cierra el pliego, y pon la fecha á tantos;
Que esas tres condiciones no se juntan
Sino es por gran ventura ó gran milagro.

Sale Lidia.

LIDIA.
¿Habrá jamás tal cosa sucedido?
¿Habráse oído tan mortal tragedia,
Ni caso más cruel y lastimoso?
TIBERIO.
¿Qué tienes, sombra? ¿Qué lamentas, Lidia?
LIDIA.
Acude, infelicísimo Tiberio,
Que tu hija se ha muerto.
ARIODANTE.
¡Cielo santo!
TIBERIO.
¡Mi hija! ¡Ay, cielo!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LIDIA.

Paseándose
En el terrero que desciende al río
Con imaginación del casamiento,
Puso los pies en un cortado tronco
Que algunas hojas verdes encubrían,
Y resbalando por la blanda arena,
Cayó en el río á vista de estos ojos.

TIBERIO.

¡Oh grave mal! ¡Oh extraña desventura!
¡Criados, hijo!

ARIODANTE.

¡Mísero Ariodante!
¿Qué desengaño de la vida es éste?
¡Oh sol, que por el agua te pusiste,
Como el del cielo que en la mar se pone!
Camina allá, Fortunio, á ver mi muerte.

FORTUNIO.

Si fuera fea, pobre ó mal nacida,
Ella viviera hasta acabar tu vida.

Vanse, y sale una caja, Lisias, capitán, haciendo gente, y Fabio con él.

LISIAS.

Si se apresura el Cónsul de tal suerte,
Mal se defenderá la ciudad, Fabio.

FABIO.

Dicen que es hombre Léntulo muy fuerte,
Diestro en la guerra cuanto en la paz sabio,
Y que á su gente cada día advierte
Que de su patria venguen el agravio
Con más grave retórica y razones
Que el mejor de los cuatro Cipïones.
Ha hecho puentes de cortadas hayas
Para pasar la gente por los ríos;
Y tanta ha conducido, que en las playas
Deja los llenos de favor vacíos.

LISIAS.

Presumirá que acá vestimos sayas,
Y que nos faltarán viriles bríos;
Dirá el Cónsul que son nuestras personas
De inútiles eunucos ó amazonas.
Pues venga, que aun quedaron en Cartago
Reliquias de Aníbal, y una centella
En las cenizas muertas de su estrago,
Que puede Roma hallar incendio en ella.

Sale Arpago, soldado.

ARPAGO.

¿Quién escribe?

FABIO.

Yo soy.

ARPAGO.

Pues soy Arpago.

FABIO.

¿De dónde eres?

ARPAGO.

De Aripa.

FABIO.

Yo fuí á vella
Habrá dos meses.

ARPAGO.

Es ciudad famosa.

LISIAS.

Tú nos dirás después si es belicosa.

ARPAGO.

No la pienso ¡por Dios! hacer cobarde.

Sale Terio.

TERIO.

Un soldado hay aquí si hay quien le escriba.

LISIAS.

¡Con qué braveza!

TERIO.

Júpiter te guarde.
¿Hay capitán aquí que me reciba?

LISIAS.

Fabio, éste escribe.

TERIO.

Haced un fuerte alarde;
Que esta vez ha de ser Roma cautiva.
Contra el Cónsul salgamos.

LISIAS.

¡Buen mancebo!

FABIO.

Por esto me verás Hércules nuevo.

Sale Casandro.

CASANDRO.

Cuando se ponga en esa lista el nombre
De este soldado que tenéis presente,
Bastará para hacer que sólo un hombre,
Como otro Horacio en la romana puente,
Al Cónsul, al Senado, á Roma asombre.

LISIAS.

¿Qué dices, di?

CASANDRO.

Que despidáis la gente
En llevando á Casandro aquesta empresa.

LISIAS.

Buena satisfacción de honrado es ésa.

Sale un soldado pícaro.

PÍCARO.

¿Roma otra vez? ¡Por vida del gran Marte,
Que como el tafetán Cartago cruja
De su bandera el viento, y Felisarte
La lanza ponga en la acerada cuja,
Que he de llegar á Roma, y mi estandarte
Poner trepando en la más alta aguja
Del Foro ó Capitolio! ¿Esto se sufre
Sin abrasarla en alquitrán y azufre?
¡Oh, qué graciosos son los romanillos,
Llenos de afeite, y baños, y lascivia!
Piensan que son acá los mozalbillos
Vaciados en arena ó blanda scibia;
Que comemos lechugas como grillos,
Lengua de buey bebiendo, ó clara endibia;
Pues hombre hay por acá, que, ¡por Apolo!
Que come un buey y bebe un cuero solo.
¿Retórica romana, Livios, Toga,

Pretexta, Erario, Scévolas, Torcatos?
No acá eso, sino iza, boga,
Y andar como los perros y los gatos.
Hombre hay que, con el cabo de una soga,
Á espalda y pecho ceñirá dos platos,
É irá con esto á prueba de dos chuzos.
¿Quién es Lisias aquí?

LISIAS.

Yo soy.

PÍCARO.

Escribe
Á Felisarte.

LISIAS.

Así quiero el soldado;
Que éste, porque no estima lo que vive,
Pelea como un tigre desatado.

Sale Andronio.

ANDRONIO.

Aquí, pues, que la hierba me recibe,
Es cierto que las paces me han dejado.
¡Ah, Flora desleal, aqueste día
Tu paz traidora á guerra cruel me envía!
Casástete, enemiga; que no pára
En menos daño una mudanza breve.
¡Oh, qué bien entra aquí!: «¡Quién lo pensara!»
Aunque esto á nadie disculparle debe.
Si vi mi muerte en sus engaños clara,
Justo valor mis pensamientos mueve;
Que es infamia morir poniendo en guerra,
A manos de mujer y en propia tierra.
Escribe, amigo, á Andronio.

FABIO.

¿De dónde eres?

ANDRONIO.

De Tiro soy.

FABIO.

Ya escribo á Andronio y Tiro.

ANDRONIO.

Pues di que ha sido el tiro de mujeres,
Que suele ser el más dañoso tiro.

FABIO.

Estoy por apostar que alguna quieres.

ANDRONIO.

Conócese en los ojos con que miro:
No pongas paga, que ya tengo el pago;
Di que vengo á morir.

FABIO.

¿Dónde?

ANDRONIO.

En Cartago.

Sale Lidoro.

LIDORO.

Bien puedes aprestar la gente al punto
Y correr la ciudad.

LISIAS.

¿De qué manera?

LIDORO.

Todo el poder de Roma viene junto,
El polvo haciendo un toro al alta esfera (1);
No menos que á Numancia y á Sagunto,
Amenazando viene su bandera.

LISIAS.

¡Ánimo, amigos!

PÍCARO.

Basta que me tengas.

ANDRONIO.

Hoy, Flora ingrata, de mi amor te vengas.

Vanse, y sale Flora en hábito de pastorcilla con unas alforjas.

FLORA.

Tirano soldado mío
Que así quebraste la fe,
¿Adónde hallarte podré,
Pues las quejas que te envío
Vuelven quejosas de ti,
Que, no sólo no respondes,
Pero que de ellas te escondes
Y vas huyendo de mí?
¿Cómo entraré en la ciudad
Á buscarte, ingrato amigo,
Cercada del enemigo
Como está mi voluntad?
Apenas, traidor, llegué,
Cuando con armada mano,
Ó todo el poder romano (2),
Como tú contra mi fe.
Cerradas están las puertas
De tu pecho y tu ciudad,
Cuando de mi voluntad
El alma las tiene abiertas.
La cerca llena de velas,
Tú sin ojos para mí,
Yo hecha un Argos para ti,
Poniendo á mi furia espuelas.
Y aunque por ser africana
Temo que me den la muerte,
Quise venir de esta suerte
Á la arrogancia romana.
Con achaque de vender
Pan, vengo al campo vendida;
Que vengo á vender mi vida
Por ver si te puedo ver.
¡Ay, cielos! Romanos son.
¿Si me podré librar de ellos?
Pero éstos son los cabellos,
Y tú, mi bien, la ocasión.

Salen Camilo, Rutilio y Porcio.

CAMILO.

¡Bravo favor ha mostrado!

RUTILIO.

Es quien es.

(1) Así se lee en la primera edición este verso, que debe de estar errado porque no hace sentido. Quizá Lope escribió *tiro*.

(2) También en este verso parece que hay errata. Acaso en vez de *Ó* deba decir *Vi*.

PORCIO.

No digas más,
Sino es que nos vuelve atrás
La furia con que ha llegado:
De hermosa gente hizo muestra.

CAMILO.

Por las almenas está
La suya, que apenas ya
Se atreve á mirar la nuestra.

RUTILIO.

Éstos, al primero asalto
Están, Camilo, rendidos.

CAMILO.

Bravo escuadrón defendidos
Hace en vuestros muros alto:
Oid qué gente hay aquí.

PORCIO.

Una bella panadera.

CAMILO.

Si ella, Porcio, se vendiera,
La comprara para mí.
¿Dónde bueno en el real?
Diga, hermosa labradora.

FLORA.

¿No lo ven? Pan vendo agora;
Déjenme, no me hagan mal.

CAMILO.

¿Mal decís? Mal haga Dios
Á quien mal os haga.

FLORA.

Amén.
Decidle los dos también.

PORCIO.

Amén decimos los dos.

FLORA.

Según esto, bien podré
Llegarme cerca.

CAMILO.

Llegad.

FLORA.

¿Haránme mal?

PORCIO.

No, en verdad.

FLORA.

¿No, por su vida?

RUTILIO.

No, á fe.

CAMILO.

¿Qué hay en las alforjas?

FLORA.

Pan.

RUTILIO.

Bueno; panecillos son.
¿Y los pechos?

FLORA.

¡Qué traición!
Ténganse, que les verán.

RUTILIO.

¿Véndense éstos?

FLORA.

¡Ay! ¿Qué dijo
Habiendo jurado amén?

PORCIO.

El Cónsul viene.

FLORA.

¡Oh, qué bien!
¡Por Dios, qué regocijo!

Salen el cónsul Léntulo y Parmenio, capitán.

LÉNTULO.

¿Eso responde Cartago?

PARMENIO.

Esto, señor, respondió.

LÉNTULO.

¿Tan presto se le olvidó
De aquel su pasado estrago?

PARMENIO.

Dicen que ya Cipïón
Murió, y de Roma las manos.

LÉNTULO.

Mal dicen, que los romanos
Todos Cïpiones son.
¿Qué hace esta mujer aquí?

FLORA.

Vengo á defender mi honor
Á los pies de ese valor.

LÉNTULO.

¿Hasle perdido?

FLORA.

No, y sí.
Véngoos á hacer buenas obras,
Y con malas me pagáis.

LÉNTULO.

¡Hola! ¿Por qué la enojáis?

FLORA.

Fama de piadoso cobras.
Algo quejosa me envían
De todos los que aquí están.

LÉNTULO.

¿Hante tomado algún pan?

FLORA.

No, que la carne querían.

LÉNTULO.

No he visto, ¡por Dios! Parmenio,
Más peregrina africana.

PARMENIO.

Á la gravedad romana,
Á tu condición é ingenio,
Es muy nueva esa blandura.
Di, africana labradora,
¿Venderás también ahora
Al Cónsul esa hermosura?

FLORA.

Por mi fe que la vendiera
Si yo la hubiera comprado;
Lo que de balde me han dado,
De balde darlo quisiera.

PARMENIO.

¿Eres casada?

FLORA.

No, á fe;
Siempre á lo mostrenco voy,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que la libertad no soy
De parecer que se dé.
Allá me quiso casar
Un buen viejo que gruñía,
A tiempo que yo tenía
El alma en otro lugar;
Pero no salió con ello;
Que huyendo me vine de él.

LÉNTULO.

¡Qué azucena, qué clavel,
Qué manos, qué hermoso cuello!
¿Aquesto los campos crían?
¡Oh afrenta de las ciudades!

PARMENIO.

Veo que la persüades,
Y que éstos no se desvían.
Soldados, á vuestros puestos;
De la tienda os desviad.

PORCIO.

Vámonos.

CAMILO.

¡Qué libertad!

RUTILIO.

Camilo, así privan éstos.

CAMILO.

Siempre, Rutilio, el buen pez,
Buen conejo ó perdigón,
Para los que pueden son,
Ó el príncipe ó el jüez.
Al pobre va el contrapeso:
¿Ves ésta?

RUTILIO.

Sí.

CAMILO.

Al tercer día
Vendrá á ser de infantería,
Que entonces vendrá á ser hueso.

PARMENIO.

No es posible que se muden.

LÉNTULO.

¿No se va aqueste tropel?

FLORA.

Han conocido la miel,
Y como moscas acuden.

PARMENIO.

Ya se han ido.

LÉNTULO.

Di, aldeana,
¿Quieres venir á mi tienda?

FLORA.

¿Cuándo?

LÉNTULO.

Cuando nadie entienda
Que la integridad romana
Ha ofendido la hermosura
De una pobre labradora.

FLORA.

Luego ¿no queréis ahora?

LÉNTULO.

Venir de noche procura;
Que á mi oficio, que ha de dar
Ejemplo, mal pareciera
Si así de día quisiera
De tu hermosura gozar.

FLORA.

Todos sois hipocresía
Los romanos; ahora bien,
Haz que unas señas me den.

LÉNTULO.

Mira, aquesta lanza es mía,
Que así, arrojadiza y corta,
La suelo á veces tirar,
Porque al tiempo del marchar,
Los que se alejan reporta.
Ésta toma, y vé con ella
Á mi tienda; que yo haré
Que la guarda á punto esté
Y te conozca por ella.

FLORA.

Mostrad, dádmela en la mano,
Porque diga una mujer
Que ha rendido á su poder
Armas de un Cónsul romano.

LÉNTULO.

¡De eso te admiras! ¿No sabes
Que Hércules, que rindió
Mil monstruos, hiló y labró,
Y trujo tocas y llaves?

FLORA.

Casos son, por cierto, extraños
Los que amor hace sufrir.
De ese hombre oí decir
Que también lavaba paños;
Y no es mucho, pues por dios
Los romanos le tenéis,
Que con él os disculpéis.

LÉNTULO.

Hércules somos los dos;
Que un Cónsul, en gravedad,
Es lo que Hércules en fuerza.

FLORA.

Ahora bien, si amor te esfuerza,
No culpes tu voluntad.
Vete, y darás el aviso
Á tu guarda.

LÉNTULO.

Adiós, señora.

PARMENIO.

Digo que es la labradora
Del campo del paraíso.

Vanse los dos.

FLORA.

¡Oh, cuán bien traza la suerte
Que pueda cobrar mi bien,
Sin que los romanos den
Á mis esperanzas muerte!
Por todo el campo he pasado;
Los soldados engañé,
Su Cónsul enamoré
Contra el valor del Senado.
Pasos son por donde amor

Á ver á Andronio me lleva;
Ni es para amor cosa nueva
Dar á una mujer valor.
Esta lanza que me han dado
Se ha de volver contra Roma,
Puesto que agora la toma
Fuerza y brazo afeminado.
La carta que traigo escrita
Quiero en la punta clavar,
Y por la cerca arrojar
Adonde el amor me incita.
Quiero correr hasta el muro;
Por sus almenas pasó:
¿Cómo sabré si cayó
En la parte que procuro?
Pero la cava está llena
De gente, y vista será:
Alborotándolos va:
La gente y la caja suena.
Quiero en aquesta alameda,
Mientras salen, retirarme.
¡Cielo, mi Andronio has de darme,
Pues otro bien no me queda!

Salen Lisias, capitán; Casandro, Tereo, y Andronio con la lanza y la carta.

LISIAS.
¿Lanza con carta clavada?
ANDRONIO.
Digo que á mis plantas dió.
LISIAS.
Algún romano la echó,
Arrogante de su espada.
TEREO.
De desafío habrá sido.
Lee, señor.
LISIAS.
Dice ansí:
Lea.
«De brazo honrado salí:
Llevadme á Lisias os pido.»
ANDRONIO.
¿Qué dice dentro?
Lea.
«El soldado
Que me viniere á buscar,
Me podrá en el campo hallar,
Al primer olmo sentado.
Puédole dar, si me ayuda,
Al cónsul Léntulo muerto.
CAMILO.
¡Extraño oráculo!
TEREO.
Y cierto.
LISIAS.
Este es negocio, sin duda (1).

(1) También debe estar estragado el texto, ó falta alguna parte del diálogo.

ANDRONIO.
¡Cómo!
LISIAS.
Por ser celada
Para un hombre solo en guerra,
¿Cual estratagema encierra,
Qué ardid, ó qué hazaña honrada?
Traza de los cielos es,
Y el aventurar un hombre
No es caso para que asombre
El valor cartaginés.
ANDRONIO.
Dame licencia.....
CAMILO.
Eso no;
Que esa hazaña, Andronio, es mía.
TEREO.
Dejad la vana porfía,
Porque tengo de ser yo.
ANDRONIO.
Yo soy hombre que á los dos
Os mostraré que merezco
Mejor la empresa, y me ofrezco
Á probároslo, ¡por Dios!
CAMILO.
Andronio, ¿qué tienes más
Que ser un hidalgo honrado?
Cualquiera, de ayer soldado,
Deja tu apellido atrás.
¿Qué has hecho, qué escala has puesto
En Italia, qué romano
Has muerto con propia mano?
TEREO.
Ponte de por medio en esto,
Y mira qué se ha de hacer.
LISIAS.
Yo os querría concertar.
ANDRONIO.
Di.
LISIAS.
Suertes habéis de echar,
Que esto no os puede ofender.
CAMILO.
Soy contento.
TEREO.
Yo pagado.
ANDRONIO.
Yo más que todos.
TEREO.
Pues di.
LISIAS.
Diga cada cual aquí
Su pensamiento y cuidado;
Y el que mayor le tuviere,
Ése sin duda saldrá.
CAMILO.
Yo comienzo.
LISIAS.
Di.
CAMILO.
Ya va,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y apostaré que os prefiere:
Yo estoy de mi bien ausente.

TEREO.

Yo olvidado.

ANDRONIO.

Yo celoso.

LISIAS.

Que vaya Andronio es forzoso,
Que mayor cuidado siente.

CASANDRO.

¿Ausencia no?

TEREO.

¿Ni el olvido?

LISIAS.

No, que mayor es los celos.

ANDRONIO.

Yo voy: guárdente los cielos.

Vase.

CASANDRO.

Pensé ganar, y he perdido.

TEREO.

¿Qué, olvido es pequeño mal?

CASANDRO.

¿Qué, ausencia es mal de afición
Que tiene comparación?

LISIAS.

No tienen celos igual:
Es ausencia niñería,
Olvido es cosa ligera.

CASANDRO.

Si mi capitán no fuera,
Le dijera que mentía.

Vanse, y sale Flora.

FLORA.

Cansada estoy de esperar
Este soldado, y la noche
Ya con su enlutado coche
Saca la frente del mar.
Ya sus caballos dormidos,
Con paramentos de estrellas
Marchan con calladas huellas
Por entre sueños y olvidos.
Con la obscuridad parece
Que viene un hombre hacia acá.

Sale Andronio.

¿Qué gente?

ANDRONIO.

¿Quién es?

FLORA.

¿Quién va?

ANDRONIO.

Quien á tus manos se ofrece.
¿Eres tú aquella persona
Que arrojó sobre Cartago
Una lanza, y del estrago
De los romanos blasona?

FLORA.

Soy una humilde mujer.

ANDRONIO.

¿Mujer?

FLORA.

Sí; llégate más.

ANDRONIO.

Y ¿lo que dices harás?

FLORA.

Escucha.

ANDRONIO.

¡Cómo ha de ser!

FLORA.

Por este bosque conmigo
Has de entrar.

ANDRONIO.

¡Peligro extraño!

FLORA.

No temas, soldado (1).

ANDRONIO.

¿Qué es temer? Ya voy contigo.

ACTO SEGUNDO.

Salen Andronio y Flora.

ANDRONIO.

La obscuridad y silencio
De la noche temerosa,
Con que de ninguna cosa
Tu persona diferencio,
Me llevan con atención,
Fuerte mujer, á tu hazaña,
Porque pienso que te engaña
Alguna imaginación.
¿Cómo al Cónsul puede ser
Que le puedas dar la muerte?
Que, aunque el pensamiento es fuerte,
Es muy flaco tu poder.
¿Qué ardid, qué invención, qué traza,
Qué estratagema es aquésta,
Que, de improviso propuesta,
Nuestras vidas amenaza?
Si es matar á un hombre solo,
¿Qué le va á Roma en mi vida,
De su dueño aborrecida
Más que de la noche Apolo?
Dime, por Dios, la verdad
De todo mi pensamiento.

FLORA.

Soldado, ese atrevimiento
Ha sido temeridad;

---

(1) Verso incompleto. La palabra que falta es probablemente *daño*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pero toda mi invención
Solamente se ha fundado
En hallar aquí un soldado.

ANDRONIO.

¿Quiéresle bien?

FLORA.

Sin razón.

ANDRONIO.

Pues ¿qué imaginaste hacer?

FLORA.

Todo fué rabia y furor;
Que la furia del amor
Corre sin furia en mujer.

ANDRONIO.

Luego ¿amores tienes?

FLORA.

Sí.

ANDRONIO.

Tienes grave enfermedad;
Pero mujer y verdad
Nunca ha pasado por mí.
En efecto, pretendías
Que el soldado que saliera
En la ciudad te metiera
Á buscar lo que querías.
No sé yo cómo ha de ser
Entrar sin lo prometido;
Pero ¿qué te ha sucedido?

FLORA.

Oye, y podráslo saber:
En el lugar que nací,
Me sirvió un hombre seis años
Con palabras, con engaños,
Pero de gran fuerza en mí:
Quísele bien.

ANDRONIO.

¿Cómo sabes
Que ésas fuesen mentirosas?

FLORA.

Porque el fin prueba las cosas.

ANDRONIO.

Ya espero que el cuento acabes.

FLORA.

Mi padre quiso casarme;
Formó celos sin razón,
Fuése, y en tal ocasión
Quise á llamarle humillarme.
Vino á este tiempo aquel hombre,
Que se quería partir,
Á despedirse y cumplir
La obligación de su nombre.

ANDRONIO.

¿Cuál?

FLORA.

Aquel que pretendía
Ser mi marido.

ANDRONIO.

¿Á qué efeto
Se ausentaba?

FLORA.

¡Qué inquieto
Me escuchas!

ANDRONIO.

¡Oh, historia mía!

FLORA.

Era extranjero, y su hacienda
Quería traer primero.

ANDRONIO.

¿Que era tu esposo extranjero?

FLORA.

¿No lo entiendes?

ANDRONIO.

Dios te entienda.

FLORA.

Despidióse y no se fué,
Porque en casa se quedó,
Que con mi padre trató
Lo que después te diré.
Aquel que se fué por él,
Por hoy quedóse en la calle;
Yo, sin velle, por llamalle
Escribí un tierno papel.
Él entra entonces furioso;
Toma el papel, y leído,
Sospecha que escrito ha sido
Para el extranjero esposo.
No bastó razón con él,
Aunque lágrimas la daban,
Porque equívocas estaban
Las razones del papel.
Fuése á la guerra ofendido,
Apenas se fué de allí;
Cuando á las voces que dí,
Dió mi padre atento oído.
Decía yo que tras él
Me iría, pues se partía,
Y mi padre no entendía
Que hablaba entonces con él.

ANDRONIO.

Pues ¿con quién?

FLORA.

Con el extraño,
Pues ya despedido estaba.

ANDRONIO.

Pues ¿qué pensaba?

FLORA.

Pensaba
Que hizo á mi honor engaño.

ANDRONIO.

Y ¿qué resultó?

FLORA.

Querer
Que, antes que el hombre se fuese,
La boda se concluyese.

ANDRONIO.

Y ¿fuiste al fin su mujer?

FLORA.

Oye con paciencia, espera.

ANDRONIO.

No es poco; adelante, di,
Que si respondieras sí,
Con la vida la perdiera.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORA.

Fuíme á aderezar, y salgo
Al campo por un jardín.

ANDRONIO.

¿No te vieron?

FLORA.

Oye el fin.

ANDRONIO.

¡Gran fe, pensamiento hidalgo!

FLORA.

Métome en una arboleda,
Y echo una piedra en un río
Que bañaba el jardín mío
Por una fresca alameda.
«¡Que me ahogo!», dije á gritos.
Una criada acudió,
Y por uno que dí yo,
Dió como loca infinitos.
Llegó mi padre y mi esposo;
Y viendo que el agua hacía
Mil círculos, que rompía
En el margen espumoso,
Creyéronlo, y no buscaron
La viva, sino la sombra.

ANDRONIO.

¿Cómo esa mujer se nombra,
Y esos dos que la llamaron?

FLORA.

Flora se llama.

ANDRONIO.

¡Ay de mí!
¿Y el soldado?

FLORA.

Andronio.

ANDRONIO.

¡Ay, Flora!
Conozco, mi bien, ahora
Que engañado te ofendí.

FLORA.

¿Eres tú acaso mi bien?

ANDRONIO.

La tiniebla y el lugar
Me pudieron desvelar,
Y el imposible también.
Ya tu voz reconocía
El alma; y aunque pensaba
Si eras tú, me deslumbraba
Saber que ser no podía;
Pero ya, en fin, pudo ser.

FLORA.

¿Estás contento, enemigo,
De verme sin ti y contigo?

ANDRONIO.

Hazaña fué de mujer.
Pero di, ¿de qué manera
Á la ciudad volveremos?

FLORA.

¿Quieres que al Cónsul matemos?

ANDRONIO.

Heroico suceso fuera;
Pero no me satisfago.

FLORA.

Con este humilde sayal,
Vendiendo pan al real,
Vine al muro de Cartago.
Enamoróse de mí,
Y cierta señal me dió
Para que en su tienda yo
Pueda entrar, y esto escribí.

ANDRONIO.

Habiéndote ya cobrado,
Por mil Romas que me dé
Cartago, no mataré
Un esclavo del Senado.
¡Gran rumor!

FLORA.

De la ciudad.

ANDRONIO.

No, sino del enemigo:
Escóndete.

FLORA.

¡Ay, dulce amigo!

ANDRONIO.

¡Qué notable obscuridad!
Apenas veo la gente,
Y siento rumor y voces:
Escóndete, así te goces,
Entretanto que se ausente;
Que yo quiero ver lo que es.

FLORA.

Y ¿dónde tengo de hallarte?

ANDRONIO.

Aquí, que es pública parte,
Al tronco de este ciprés.

Vanse, y salen Camilo, Rutilio y Porcio, soldados.

RUTILIO.

Si con tal severidad
Procede el Cónsul, Camilo,
Mudará la guerra estilo,
Y ley la necesidad;
Que, puesto que no la tiene,
El no tenella es su ley.

CAMILO.

Tiene esperanzas de rey,
Y arrogante de ellas viene.
¿De qué habemos de comer
Si no nos deja robar?
Tanto nos quiere enfrenar,
Que el freno se ha de romper.
Así al caballo imitamos,
De espuma sangrienta lleno;
Querrá que, tascando el freno,
La propia sangre comamos.
La noche es la más obscura
Y aparejada á ladrones,
Que en los helados Triones
Vió Enero en su nieve pura.
Vamos á ver si dormidos
Hay pastores desvelados,
Que nos den de sus ganados

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Para comer tres perdidos;
Ó si acaso cautivamos
Algún caminante pobre;
Que, cuando nada le sobre,
Como esclavo le vendamos.

CAMILO.

Quedo; un hombre siento aquí.

ANDRONIO.

Ya no me puedo esconder;
Habréme de defender.

RUTILIO.

¿Quién va?

ANDRONIO.

Una espada.

PORCIO.

Eso, sí.

CAMILO.

Dale muerte, que es espía.

RUTILIO.

Éste viene con celada.
¡Que no sacara una espada
Adonde tantas había!
¡Al arma, al arma, romanos!

CAMILO.

Bien dices; al arma toca.

Salen el cónsul Léntulo, Parmenio y gente.

LÉNTULO.

¿Qué desatino os provoca?

RUTILIO.

Átale, Porcio, las manos.

CAMILO.

¿No fué muy gran desatino?

LÉNTULO.

Haceos aparte. ¿Quién es?

ANDRONIO.

Un hombre y cartaginés
Que tarde á los muros vino:
No me abrieron, y no entré.

LÉNTULO.

¿Eres de alguna celada?

ANDRONIO.

Sí soy, y tan mal guardada
Que verla más no podré.

LÉNTULO.

¿Son muchos?

ANDRONIO.

Una persona.

LÉNTULO.

¿Una persona? Éste miente;
Sin duda salió gran gente.

ANDRONIO.

Que soy hidalgo me abona.

PARMENIO.

No hay en la guerra hidalguía.
Traedle á mi tienda luego,
Adonde el cordel ó el fuego
Sabrán si es traidor ó espía.

ANDRONIO.

Déjame, si he de morir,
Con esas peñas hablar.

LÉNTULO.

¿Qué les quieres preguntar?
¿Qué tienes que les decir?

ANDRONIO.

Peñas, si acaso escucháis
Un cautivo desdichado,
A aquel ciprés concertado
Os ruego que no volváis.
Á la ciudad os volved,
Peñas, y guardad la vida,
Y por la mía perdida
Tiernas lágrimas verted.
¿Ois, peñas, ois? ¿No?
No responden.

PARMENIO.

¡Cosa extraña!
No habla con la montaña,
Que todo lo entiendo yo;
Bueno es decir que se vuelvan
Las peñas á la ciudad:
Aquí hay traición.

RUTILIO.

Es verdad;
Y ojalá que le resuelvan
Esas peñas á venir;
Ruégaselo tú, africano.

ANDRONIO.

Peñas, volveréis en vano;
Que me llevan á morir.

LÉNTULO.

Llevadle á mi tienda luego.

CAMILO.

Camina, desventurado;
Que en medio del fuego has dado.

ANDRONIO.

Sí; pero es mayor mi fuego.

Llévanle.

LÉNTULO.

¿Qué te parece del hombre?

PARMENIO.

Que encierra más que parece.

LÉNTULO

Mucho Marte favorece,
Parmenio, el romano nombre.
Pero ¿qué te ha parecido
De la falsa labradora?

PARMENIO.

Que la trocaras ahora
Por el soldado rendido.

LÉNTULO.

Sin duda que no acertó.

PARMENIO.

Mañana la harás volver.

LÉNTULO.

Vendrá Julia, mi mujer,
Porque ayer desembarcó,
Y ya sabes tú sus celos.

PARMENIO.

Ven á ver este soldado;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Por ventura te han guardado
De gran peligro los cielos.

Vanse, y salen Ariodante y Fortunio.

ARIODANTE.

No se contentó mi suerte,
Para mi remedio avara,
Fortunio, con que llorara
De Flora la triste muerte;
Sino que, vuelto á mi tierra,
Donde mi hacienda dejé,
Cercado su muro hallé,
Y su paz trocada en guerra.
¿Por dónde tengo que entrar
Á ver mis deudos y casa?
Que apenas el viento pasa,
Ni un ave puede volar.
Allí, con fuertes trincheras,
Los pasos tienen tapados
De gruesos olmos cortados,
De verdes juncias y teas.
Aquí, de tiendas gallardas
Con los romanos pendones,
Están diversas naciones
Con un bosque de alabardas.
Y aunque ahora de la noche
Las alas lugar nos dan,
Temo que algún capitán
Su cuartel ronde y trasnoche.
No sé, Fortunio, qué intente.

FORTUNIO.

En mi vida vi, señor,
Más cerrado el resplandor
De las estrellas de Oriente;
Que cuando falta la luna,
Suelen hacer las estrellas
Las noches claras y bellas,
Y ésta apenas tiene alguna.
Pasemos á la ciudad,
Que no seremos sentidos;
Cerca está: ¿no oyes ladridos
Y rumor de vecindad?

ANDRONIO.

Sí oigo; y sin duda alguna,
La obscuridad que se ofrece,
Que las estrellas parece
Que han venido con la luna.
Fía la seguridad
De la vida de Ariodante,
Mas vé, Fortunio, delante.

FORTUNIO.

Pues yo parto á la ciudad.

Vase.

ARIODANTE.

Noche la más obscura que se ha visto,
Mucho os debe el temor que el alma siente;
Mas ¿qué milagro, si mi sol ausente
Se traspuso del polo de Calixto?
Si la eterna con lágrimas conquisto,
Cúrele celestial vivo y presente;
Pero naturaleza no consiente
La justa muerte que el amor resisto.
De sombra en sombra voy, de pena en pena,
De un paso en otro hasta el postrero paso,
Llevando sobre el hombro la cadena;
Mas como me defiendo, es cierto caso
Que al fin ha de acabar con mano ajena
La triste vida y el dolor que paso.

Sale Flora.

FLORA.

Aquí, al tronco de un ciprés,
Dijo Andronio que estaría.
Rumor siento. ¡Ay, Dios! ¿Si él es?
Pero es esta fuente fría
Que va siguiendo mis pies.
No es ¡por Dios! sino mi bien.
¿Amigo mío, aquí estás?

ARIODANTE.

¿Qué es lo que mis ojos ven?
¡Haceos, fiera gente, atrás!

FLORA.

La espada tú, ¿para quién?

ARIODANTE.

¿Quién eres?

FLORA.

¿Quién puede ser?

ARIODANTE.

Dilo.

FLORA.

Flora, tu mujer.

ARIODANTE.

¡Cielos! ¿Mi mujer te nombras?

FLORA.

Mi vida, ¿de qué te asombras?
¿No me mandaste volver?

ARIODANTE.

Sombra, si te he conjurado,
Alma, si yo te he perdido,
Que á la vida que has dejado
Vuelvas de tu negro olvido,
Yo muera de ti olvidado.
Si voluntad me tuviste,
Alma, ya te la pagué;
Y si en el río caiste
Porque de ti me aparté,
Ya lo pago en llanto triste.
Si temes que te he olvidado,
Bien parece que has estado
Adonde todo es olvido.

FLORA.

¿De qué ha perdido el sentido?
¡Cielos! ¿qué lo habrá causado?
Mi bien, ¿qué furor es ése?
¿No te acuerdas, y esto es
La verdad, aunque te pese,
Que al tronco de este ciprés
Me dijiste que volviese?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Ya no me diste perdón
De aquel papel?

ARIODANTE.

¿Yo á ti, esposa?
Más obscura confusión
Que esta noche temerosa,
Flora, tus enigmas son.

FLORA.

Si me conoces y nombras,
¿Para qué de mí te asombras?
Si no es que quieres dejarme,
¿De qué sirve levantarme
Cuando peno entre las sombras?
Verdad es que no es mi pena
Menor que alguna de allá,
Pero por tu causa es buena.

Sale Fortunio.

FORTUNIO.

Seguro el camino está;
Que no hay fuego, ni voz suena.
Llega una vez á la puerta,
Que yo sé que te han de abrir.

ARIODANTE.

Aquí mi desdicha es cierta;
¿Cómo te podré decir
Que está aquí mi esposa muerta?

FORTUNIO.

¿Cómo es eso?

ARIODANTE.

Si tardaras,
Pienso que muerto me hallaras.

FORTUNIO.

¿Tu esposa muerta contigo?

ARIODANTE.

Sí, Fortunio.

FORTUNIO.

¡Ay, Dios!

ARIODANTE.

Sí, amigo.

FLORA.

¡Ah, mi vida! ¿en qué reparas?

FORTUNIO.

¡Mi vida dijo; ella es!
¿Eres Flora?

FLORA.

Sí, yo soy.

FORTUNIO.

¿No eres muerta?

FLORA.

¿No me ves?

FORTUNIO.

¡Huye, señor!

ARIODANTE.

Tras ti voy.

FLORA.

Escucha.

FORTUNIO.

¡Mueve los pies!

Vanse.

FLORA.

¿Hay inquietud como ésta?
Mas como yo le he contado
Que estuve á echarme dispuesta
En el río, habrá pensado
Que fué verdad manifiesta.
Y como ve que he venido
Con tan grande atrevimiento,
Y por el campo rompido,
Piensa que soy sombra y viento,
Y cuerpo de aire fingido.
Pero ¿cómo puede ser,
Habiéndome aquí tocado?
Por sin duda vengo á ver
Que no estaba enamorado
Quien huyó de una mujer.
Noche obscura, y sin estrellas,
Que aun no hay en tu cielo alguna
Por no escuchar mis querellas;
Mudable, inconstante luna,
Que te conjuras con ellas:
Cubrir tu rostro menguante,
En que eres mudable fundo,
Pues tú me quitas delante
Para no ver que en el mundo
Hay una mujer constante.
Sol tardío, que mil nudos
Estás al cabello haciendo,
Del alba en los brazos rudos,
Ó por ventura durmiendo
Entre los indios desnudos:
Ven á ver, aunque deshecho
El corazón con desmayos,
Una mujer sin provecho,
Más clara en fe que tus rayos,
Y con más fuego en el pecho.
¡Ay de mí, que no me queda,
Perdido Andronio, esperanza,
Para que cobrarlo pueda!
Ya su amor hizo mudanza,
Fortuna, al son de tu rueda,
¿Quién habrá que verdad trate?
Quiero irme, pues recibe
Mi fe tan fiero combate,
Donde alguno me cautive
Ó por ventura me mate.

Vanse, y salen Julia, mujer del Cónsul, de camino, Horacio, capitán, y gente, y Celia, criada.

JULIA.

Ya debe de amanecer.

HORACIO.

Tu amor al Cónsul obliga.

JULIA.

Si es amor, así ha de ser.

HORACIO.

Esta es más hora de amiga,
Que no de propia mujer.
Toda la noche he querido
Caminar, y no he dormido,
Que es mucho.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

JULIA.

No obliga á menos,
Si son los maridos buenos,
La obligación del marido.

HORACIO.

Ya le habrán dicho las guardas
Quién es, que oigo rumor
De las picas y alabardas.

JULIA.

Solo viene aquí Nestor.

Sale Nestor.

NESTOR.

Entra, señora, si aguardas;
Que está el Cónsul tan atento
En dar á un hombre tormento,
Que no te ha salido á ver.

JULIA.

Nestor, con propia mujer
Es vicioso el cumplimiento.
No es el Cónsul tan galán
Conmigo, y otra tan dama,
Con el que apenas se van
Las estrellas á su cama,
Y al sol despertando están,
Cuando yo vengo á la suya
Desde la playa del mar.

NESTOR.

Por ser su vida la tuya,
Quiere la vida guardar,
Y es bien que la muerte huya.
Y esto debe de saber
Aquel hombre que atormenta.

JULIA.

Quiero entrar.

NESTOR.

Puedes creer
Que te adora.

HORACIO.

No contenta
Mucho al Cónsul su mujer.

NESTOR.

No están los dos engañados.

HORACIO.

Él por el suegro la estima,
Que es hombre de los privados
Del César.

NESTOR.

Harto se anima
Á disimular cuidados.
No hay carga tan insufrible
Como la del casamiento
Si faltó el lazo apacible
De estar conformes.

HORACIO.

No siento
Que entre los dos es posible.
Porque el Cónsul quiere á tantas
Cuantas mira.

NESTOR.

Así lo creo.

HORACIO.

No son sus costumbres santas.

NESTOR.

Estragada á Roma veo:
¿Del Cónsul no más te espantas?

HORACIO.

¿Qué hay del cerco?

NESTOR.

No se astiga
Esta canalla cruel,
Que á Roma á venganza obliga,
Que esto es alabado en él
Hasta la gente enemiga.
Hase corrido la tierra,
Mucha gente cautivado,
De la que el contorno encierra,
El alto muro cercado,
Y publicado la guerra.
Que para justificar
Roma á su causa, á un trompeta
La hizo ayer pregonar:
Si éste el África sujeta,
Merece en Roma triunfar.

Sale el Cónsul, y Andronio medio desnudo, como atormentado, y Julia y Parmenio.

JULIA.

Grande regalo me has hecho
En que este hombre hayas dejado,
Que matabas sin provecho.
¡Ay Celia, que se me ha entrado
Por los ojos hasta el pecho!

CELIA.

Cierto que tienes razón;
Que suele la compasión,
Viendo padecer á un hombre
De buen talle y de buen nombre,
Engendrar grande afición.

JULIA.

Tiénele este hombre notable,
Y enternecióme desnudo.

CELIA.

¡Que aqueste perro no ladre!
Dime, villano, ¿eres mudo,
Ó eres roca incontrastable?

JULIA.

Déjale agora, por Dios.

CELIA.

¡Qué buenos estáis los dos!
¡Qué piadosa, Julia, eres!

JULIA.

Es virtud de las mujeres,
Y es atributo de Dios.

CELIA.

Dadle que se vista aquí.

JULIA.

¿No le curarán primero?

CELIA.

Bien está, señora, ansí.

ANDRONIO.

¡Ay, dulce Flora, aunque muero,

Vive tu memoria en mí!
¿Qué haré para cobralla?
¿Qué remedio habrá de vella?
Quiero conmigo culpalla
Para que vayan por ella,
Y con esto haré buscalla.
¡Oh, amor, qué invención tan alta!

JULIA.

Déjale ya, por mi vida,
Y el muro á Cartago asalta.

CELIA.

¿Vuelves por un homicida?

JULIA.

Sólo que le mates falta.
Si le llevaras por bien,
Él dijera á qué venía.

LÉNTULO.

Pues háblale tu también,
Si acaso Roma te envía
Para que el triunfo te den.

JULIA.

Di, africano, ¿á qué has venido?
Que te prometo perdón
Si dices verdad.

ANDRONIO.

No ha sido,
Señora, mi obstinación
Porque la muerte he temido,
Sino por ver el furor
Con que el Cónsul me ha tratado.

JULIA.

Eres hombre de valor,
Y hombre que me has obligado.
¡Qué edad y qué tierno amor!
Por mi vida, ¿á qué viniste?

ANDRONIO.

Mira cuán poco resiste
Un hidalgo proceder
Al ruego de una mujer,
Pues más que el Cónsul pudiste.
Vine á ser escolta y guarda,
Cuando se cerraba el día
Tras esa montaña parda,
Á cierta dama gallarda
Que al Cónsul matar quería.
Quejóse, y prendióme á mí.

JULIA.

Pues ¿cómo había de entrar?

ANDRONIO.

Eso al Cónsul se lo di,
Que la había de gozar,
Y está concertado así.

JULIA.

¿Oyes esto?

LÉNTULO.

Y no lo niego.
Pero no era yo, ¡por Dios!
Sino Parmenio.

JULIA.

No llego
Á mal tiempo.

LÉNTULO.

Entre los dos
Fué el partido de este fuego.
Mas yo, ¡por Dios! ¿qué miraba,
Supuesto que no sabía
Que la dama procuraba
Matarme?

ANDRONIO.

Á aquesto venía.

LÉNTULO.

Y dime, ¿quién la enviaba?

ANDRONIO.

Cartago; pero yo os juro
Que nunca el caso entendí
Hasta fuera de su muro.

LÉNTULO.

La vida te otorgo aquí;
Matar la infame procuro.
¿No es una hermosa villana?

ANDRONIO.

Ese disfraz atesora
Una señora africana.

LÉNTULO.

¡Oh, fingida labradora,
Piel de oveja y tigre hircana!
Vayan luego en busca de ella;
Parmenio, parte por ella.

PARMENIO.

Yo parto.

LÉNTULO.

Llega al oído;
Ventura notable ha sido,
Que estoy muriendo por ella.

PARMENIO.

Yo la buscaré, señor.

Vase.

LÉNTULO.

Tú vente, Horacio, conmigo,
Y queda tú aquí, Nestor,
Para echar á ese enemigo,
Aunque esclavo sin valor,
Hierros en su rostro y pies.

JULIA.

Suplícote que me des
Este esclavo.

LÉNTULO.

Sea en buen hora
Tanta piedad, mi señora.

JULIA.

Ó es mi vida, ó no lo es.

Vase el Cónsul y los demás.

¿De dónde eres?

ANDRONIO.

Soy de Tiro.

JULIA.

¿Y noble?

ANDRONIO.

Como tú en Roma.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

JULIA.
Nobleza en tu rostro miro.
ANDRONIO.
La tuya á un bárbaro doma:
Por ti, señora, respiro;
Si no llegas allí, muero;
No fué tormento más fiero
El que Scévola romano
Pasó quemando su mano
Firme en el desnudo acero.
JULIA.
Llagado estás.
ANDRONIO.
Estoy muerto.
JULIA.
Mucho me dueles.
ANDRONIO.
Con verte
Mi pesadumbre divierto.
JULIA.
No tengas miedo á la muerte.
ANDRONIO.
Ya de la vida estoy cierto.
JULIA.
¿Serás ingrato?
ANDRONIO.
No creo.
JULIA.
Pues yo miraré por ti.
ANDRONIO.
De tu nobleza lo creo;
Que hay alma de ángel en ti,
Y en mí de infierno deseo.
JULIA.
Muy desesperado estás.
ANDRONIO.
No puedo, señora, más,
Pues que por una mujer
Á punto me vengo á ver
Que tú la vida me das.
JULIA.
Pues yo, es mucho.
ANDRONIO.
¿Eres romana?
JULIA.
¿Y esa mujer?
ANDRONIO.
Africana.
JULIA.
¿Quiéresla?
ANDRONIO.
Pues la culpé,
No sé qué amor la mostré;
La satisfacción es llana.
JULIA.
Nestor, el esclavo es mío;
Ni le has de herrar ni enojar.
NESTOR.
De ti, señora, le fío.
JULIA.
Llévale, Celia, á curar.
ANDRONIO.
No tengo tan poco brío;
Haz cuenta que he vuelto en mí.
JULIA.
Vete con Celia.
ANDRONIO.
Al fin voy,
Porque lo mandas así.

Vanse.

JULIA.
Loca por el hombre estoy:
En triste punto le vi.
¿Es amor, ó es compasión
De verle en aquel tormento,
Desnudo, y de un corazón
Vestido, que apenas siento
Tan fuerte comparación?
Sea compasión ó amor,
Él me agrada; esto es querer
Ejecutar en rigor
Un deseo de mujer,
Que en la mujer es furor.

Rutilio, Camilo y Porcio, y Flora en hábito de esclava, y un pregonero.

RUTILIO.
Digo que ha de ser vendida,
Que suertes no quiero echar;
Y así puede ser partida.
CAMILO.
Ya no hay más que averiguar.
JULIA.
¡Qué buena esclava!
NESTOR.
Escogida.
PREGONERO.
¡Ea, pues, tres blancas dan!
¿Hay quien puje? ¿Hay quien la quiera?
PORCIO.
Pregona, que sí querrán.
PREGONERO.
Es muy gentil conservera,
Guisa carne y cuece pan;
Lava con tanta limpieza
De los pies á la cabeza;
Á prueba se la darán.
¡Ea, pues, tres blancas dan!
¡Rica pieza, rica pieza!
JULIA.
¿Qué de cosas hay, Nestor,
Dentro de un campo romano?
NESTOR.
Haráse el día mayor,
Que aun es ahora temprano;
Verás más vulgo y rumor
Que tiene Roma en su Foro,
Más trato y más mercancía;
La cabra, la oveja, el toro,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El vestido, la armería,
La venda de plata y oro.
Los esclavos, el sustento.

JULIA.

La esclava me da contento.

NESTOR.

Amiga de esclavos eres.

JULIA.

Son antojos de mujeres;
Así disfrazo el que siento.
Comprando aquesta mujer,
Se echará menos de ver
El esclavo que le pido
Al Procónsul mi marido.
Amor la trujo á vender.
¡Hola, gente!

NESTOR.

¡Hola! ¿No veis
Que está la gran Julia aquí?

JULIA.

Pues, amigo, ¿qué vendéis?

CAMILO.

Esta esclava; pero á ti
Ésta ofrezco y otras seis.

JULIA.

Esta cadena tomad,
Y este dinero partid.

RUTILIO.

¡Qué gran liberalidad!

JULIA.

Id con Dios.

PORCIO.

La bolsa abrid;
No es poca la cantidad.

PREGONERO.

¿Quién me paga mi trabajo?

NESTOR.

¡Ea, que allá os pagarán!

PREGONERO.

¡Tres blancas dan!

NESTOR.

Á destajo
Lo toma.

PREGONERO.

¡Tres blancas dan!

NESTOR.

Baja la voz.

PREGONERO.

Ya la bajo.

Vanse.

JULIA.

¿En aqueste cerco fuiste
Cautiva?

FLORA.

Aquí cautivé.

JULIA.

¿Tú de esta ciudad saliste?

FLORA.

Antes nunca en ella entré.

JULIA.

Qué, ¿por entrar te perdiste?

FLORA.

Así es verdad; he perdido
Todo el gusto que esperaba.

JULIA.

Pues no menos yo he venido
En mal punto, hermosa esclava,
Que á un esclavo me he rendido.

FLORA.

¿Qué dices?

JULIA.

Que tengo amor
Á un hombre.

FLORA.

Pues de él no esperes
Sino mal trato y rigor;
Pero todas las mujeres
Seguimos un mismo error.

JULIA.

¿Cómo te apellidas?

FLORA.

Flora.

JULIA.

Pues, Flora, yo he visto agora
Hombre que ha de ser mi muerte;
Por lo que te compro advierte.

FLORA.

Yo soy tu esclava, señora.

JULIA.

No juzgues á liviandad
El declararme contigo;
Que amor es enfermedad
Que con el primero amigo
Declara su voluntad.
Este hombre es un esclavo
De tu tierra; no le alabo,
Porque presto le has de ver.

FLORA.

¿Tendrá gentil parecer?

JULIA.

Es galán, hidalgo y bravo.
Tu lengua y naturaleza
Le obligarán á mi amor
Si le dices mi tristeza.

FLORA.

Si éste es hombre de valor,
Respetará su cabeza.

JULIA.

¿Díceslo por mi marido?

FLORA.

Pues ¿por quién?

JULIA.

Antes ha sido
Del Cónsul tan mal tratado,
Que á la vida que le he dado
Ha de estar agradecido.

FLORA.

¿Qué le ha hecho?

JULIA.

En un tormento

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Le trujo al último aliento,
Y yo le mandé librar.

FLORA.

Hazle aquí luego curar.

JULIA.

Trae mi esclavo.

NESTOR.

Iré al momento.

Vase.

JULIA.

Pero venga solo aquí,
Y yo me iré, que también
Pienso que es mejor ansí;
Dile, Flora, que es mi bien,
Y será bien para ti,
Porque tendrás libertad
Si con la mía conquistas
Su segura voluntad.

FLORA.

Vengamos los dos á vistas,
Que este hombre no es la ciudad.
¡Pluguiera al cielo, señora,
Cartago así se os rindiera!

JULIA.

Ese es mi Cartago agora:
Él viene.

FLORA.

Vete allá fuera.

JULIA.

Y volveré.

FLORA.

De aquí á un hora.

JULIA.

Aquí me quiero esconder
Para ver si dice ansí,
Y porque le quiero ver;
Quizá podré desde aquí
Alguna cosa entender.

Escóndese, y sale Andronio de esclavo.

ANDRONIO.

¿Eres tú quien me ha llamado,
Y aquí á hablarme ha mandado
Nestor, de parte de aquella
Que fué de mi nave estrella
Y deidad que me ha guardado?

FLORA.

¡Cielo! ¿qué es esto?

ANDRONIO.

¡Ay de mí!
¿Qué ven mis ojos? ¡Mi Flora!
¿Posible es que estás aquí,
Y como esclava, señora?
¿Qué mano te ha puesto así?
¿Quién te trujo desta suerte?
¡Dichoso el fiero tormento
Y el peligro de la muerte,
Pues ha sido el instrumento
Por donde he venido á verte!
Cuéntame tu historia, y dame
Tus brazos.

JULIA.

¡Triste de mí!
¿Qué es lo que he mirado? ¡Oh infame!

FLORA.

¡Desvía, traidor! ¿Yo á ti?

ANDRONIO.

¿Cómo que traidor me llame,
Cómo que traidor me nombre
La que es la vida y luz mía,
La mujer que ha puesto á un hombre
Á mil muertes en un día,
Y que de verme se asombre?
¿Qué es esto?

FLORA.

Pues di, cruel,
Cuando te vuelvo á buscar,
Tras el romano tropel,
En aquel mismo lugar,
Entre el ciprés y el laurel,
¿Que estoy muerta me levantas,
Y que soy cuerpo sin vida?
Que de ver maldades tantas,
No sola yo estoy corrida,
Mas aquellas verdes plantas.
Las fuentes que se pararon
Cuando antes allí nos vieron,
Y después nos escucharon,
Más de corridas corrieron,
Que del curso que llevaron.
¿Yo sombra, traidor, yo muerta,
No más de para dejarme?

ANDRONIO.

Ó tu seso desconcierta,
Ó quieres, Flora, matarme.

JULIA.

¡Bien mi negocio concierta!

ANDRONIO.

¿Yo te he visto desde el punto
Que te apartaste de mí,
Pues un ejército junto,
Preso como estoy, aquí
Me trujo á verme difunto?
¿Qué dices?

FLORA.

Yo no te vi;
Y mi esposa me llamaste.

ANDRONIO.

Pues ¿cómo, si preso fuí?
¿Cómo, si allí me dejaste,
Y me llevaron de allí?
Flora, ¿estás loca?

FLORA.

No sé;
Yo digo que á un hombre hablé,
Y que por muerta me tuvo.

ANDRONIO.

Pues si Ariodante allí estuvo,
Sin duda Ariodante fué.

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORA.

Ya presumo que él sería,
Porque del río decía
En que piensa que caí.

ANDRONIO.

Sin duda fué por allí,
Que á Cartago pasaría.
Dame ya, mi bien, tus brazos:
Mira cuán hecho pedazos
Me tienen tantos tormentos.

JULIA.

Medrarán mis pensamientos
Con los nudos destos lazos.

FLORA.

Yo te abrazo.

JULIA.

No, detente;
Que lo que te encomendé
Fué cosa muy diferente.

FLORA.

Lo que prometí no fué,
Traidora, fingidamente.
No le había conocido;
Pero si éste es mi marido,
¿Cómo te lo puedo dar?

JULIA.

¡Hola, Nestor!

NESTOR.

¿Puedo entrar?

Sale Nestor.

JULIA.

Y á buena ocasión venido:
Lleva esta esclava cruel,
Y hiérrale el rostro luego.

NESTOR.

Voy más con lástima dél,
Que es en nube poner fuego,
Y ése y clavo en un clavel.

Vanse.

FLORA.

¡Señora!

JULIA.

¡Tira con ella!

FLORA.

¡Andronio!

ANDRONIO.

¡Flora del alma,
Allá te me vas con ella;
Y aunque se yerre en la palma,
Llevas de más firme y bella!
¿Qué has hecho, señora mía?
¿Qué es lo que intentas, cruel?

JULIA.

Mi celosa fantasía
Hace un yerro, que con él
Amor acertar porfía.

ANDRONIO.

¿Cómo puedes acertar?
Y pues ya te has declarado,
Yo no quiero declarar;
Muerto, helado y enterrado
Y el alma en cualquier lugar,
Sola Flora vive en mí;
Para esta mujer nací;
Flora es mi vida, mi honor,
Mi solo bien.

JULIA.

¡Ah, traidor,
Yo me vengaré de ti!
Una mujer principal
No se ha de quedar con esto;
Que es grande infamia.

ANDRONIO.

No hay mal
Á que yo no esté dispuesto,
Que ya sé que soy mortal:
Rompe, quebranta, deshace
Esta fábrica en que mora
Flora, que la ilustra y hace;
Lee este alma: aquí está Flora;
De Flora esta vida nace:
Flora soy, no soy Andronio.

JULIA.

Sin duda este hombre es demonio;
Peligro corre mi amor
Con sus guardas. ¡Ah, señor!

ANDRONIO.

¿Mas que hay falso testimonio?
Y huir quiero si podré;
Quiero huir, que con la vida
Algún remedio tendré.

JULIA.

¡Huyes! ¡Ah, fiero homicida,
Sin Dios, sin alma y sin fe!
¡Ah, gente!

Salen el Cónsul, Parmenio, Horacio y Nestor.

LÉNTULO.

¿Qué voces das?

JULIA.

Tengo, Léntulo razón.

LÉNTULO.

Casi sin aliento estás.

JULIA.

No me deja el corazón
Respirar ni alentar más;
Ponme aquesa mano aquí.

LÉNTULO.

Lo que ha sucedido di.

JULIA.

Mi esclavo.....

LÉNTULO.

Acábalo, pues.

JULIA.

No se os vaya por los pies.

LÉNTULO.

¿Fuése?

JULIA.

Sí.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LÉNTULO.
¿Qué dices?
JULIA.
Sí.
LÉNTULO.
Si le herraran no se fuera.
JULIA.
Aquí me quiso matar.
LÉNTULO.
¿Tenía armas?
JULIA.
Una fiera
Daga.
LÉNTULO.
¡Ojalá que pasar
Tu tierno pecho pudiera!
¡Bien te pagó la piedad
De quitarle del tormento!
JULIA.
Mi tierno pecho culpad,
Disculpad mi atrevimiento;
Mas fué por la libertad.
PARMENIO.
No se irá.
JULIA.
Traedle, os ruego.
LÉNTULO.
Di que le perdonen luego.
JULIA.
Antes le he de hacer matar.
¿Está acabada de herrar
La esclava?

Salen Nestor y Flora, herrada en la barba.

NESTOR.
De hacerlo llego.
LÉNTULO.
¿Qué esclava?
JULIA.
Ésta que compré.
LÉNTULO.
Para que me mate á mí.
¡Cielos! ¿Aquesta no fué
La labradora que vi?
¿De dónde eres?
FLORA.
No lo sé.
LÉNTULO.
¿Cómo te llamas?
FLORA.
Tampoco.
LÉNTULO.
¿Dónde estabas?
FLORA.
¡Qué sé yo!
LÉNTULO.
¿Quién te trajo?
FLORA.
Quien me halló.
LÉNTULO.
¡Volverán á un hombre loco!
¡Compra esclavos, por mi vida!
¡Ay, labradora querida,
Si á solas hablarte puedo,
Yo te quitaré ese miedo,
Y tú serás mi homicida!
JULIA.
¿Paréceos bien?
LÉNTULO.
No muy bien,
Que estoy con esclavos mal.
Herrada acertó también:
No tiene su rostro igual,
Ni mi amor ni su desdén.
¿Qué haréis de ella?
JULIA.
Á Roma irá.
LÉNTULO.
¡Guardaos, no os mate!
JULIA.
No hará;
Que yo tendré más cuidado.
LÉNTULO.
Toda el alma me ha robado,
Y dentro del alma está.

Vanse, y sale huyendo Andronio por un monte que esté hecho.

ANDRONIO.
No sé si el nombre de hombre
Es justo que me llamen,
Mas que todos me infamen,
Quitándome su nombre:
Mi amada Flora dejo,
Salvé su vida, y de su luz me alejo.
Por esta gran montaña,
Que por el mar se eleva,
Buscando alguna cueva
Voy con violencia extraña,
Porque nunca está quedo,
Si no le esconde el corazón, el miedo.

Vaya saliendo el león.

Pero el cielo lo ha hecho,
Como Jüez tan justo;
Ya se acabó mi susto,
Sosiéguese mi pecho;
Que este león hambriento
Su vientre me dará por aposento.
Muy justo es que yo muera,
Pues he dejado á Flora:
Vengada estás, señora,
Por una bestia fiera;
Que por sus falsos tratos,
Bestias han de matar á los ingratos.
La mano levantando,
Me halaga con la cola;
Aquella mano sola
Asienta poco y blando.
¡Válgame Dios! ¿Qué tiene?
Parece que enseñándomela viene.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Algo el alma sospecha:
Estoy para tomalla,
Quiero mejor miralla;
Un pedazo es de flecha;
No en balde se llegaba,
Mas no entendí que médico buscaba.
Espera, espera, amigo:
Saquésela. ¡Oh, qué ufano
Está de ver su mano!
Aquí traigo conmigo
Un bálsamo precioso,
Que ha sido en mis heridas milagroso.
Con este lienzo quiero
Atársela. ¡Ah, ventura,
Mi vida está segura!
¿Cómo va, compañero?
Casi responder quiere;
La lengua saca, por hablarme muere.
Amigo, á mí me sigue
Mucha gente este día;
Mas vuestra compañía
Me dice que mitigue
El miedo reducido;
Vení, enseñadme, porque voy perdido.

ACTO TERCERO.

Salen Ariodante y Parmenio.

ARIODANTE.

¿Decís, en fin, que el Cónsul queda en Roma?

PARMENIO.

Llegó, dándole Roma el mismo aplauso
Que á Cipïón, cuando por este triunfo
Apellido le dieron de Africano;
Y huélgome, Ariodante generoso,
Que desde que á Cartago le dió Roma
Nuevo perdón y recibió en su amparo,
Tengas de esta ciudad la prefectura.

ARIODANTE.

Cúpome en suerte, y sabe el alto Júpiter
Que me ha pesado de aceptar el cargo,
Porque me mandan que me parta á Roma
Con un presente y las juradas parias,
Á que nos obligamos desde el día
Que levantó su campo el cónsul Léntulo.

PARMENIO.

No te pese, Ariodante, de ir á Roma,
Porque verás á la cabeza insigne
Del mundo todo, cuyo hermoso cuello
No menos es que siete montes altos,
Sin otros edificios y grandezas
Que fundaron en ella nobles hombres,
Venciendo las pirámides de Egipto,
Que á la bárbara Menfis dieron nombre.
En el del Cónsul y el Senado vengo
Á pedirte, Ariodante, que me guíes
En la aspereza de los montes de África,
Donde vengo á cazar diversas fieras
Para un gran espectáculo que hace
Roma á su pueblo en nombre del gran César.

ARIODANTE.

Parmenio, bien serás de mí servido
En cuanto á caza de animales toca,
Que desde mis primeros tiernos años
Ha sido mi ejercicio, y más agora,
Que, desde que murió mi esposa amada,
Flora, la más hermosa, la más bella
Y divina africana que ha nacido
Del universo mundo en las tres partes,
Tengo la soledad por compañía,
Y lo que hurto al gobierno doy al monte;
Mas ¿qué animales quieres, y á qué efeto
Quiere Roma animales? ¿No le basta
Ser señora absoluta de los hombres?

PARMENIO.

Oye, Ariodante, porque más te asombres:
Cuando de alguna victoria
Vuelve algún Cónsul romano,
Ó el gran César dictador,
Roma le aguarda con arcos;
En ellos pone inscripciones
De sus hechos soberanos,
Y retrata las batallas
Que trata con sus contrarios;
Son de hermosa arquitectura,
Con mil columnas y cuadros;
Muchas veces contrahechos,
Y muchas, de jaspe y mármol.
No puede una gran ciudad,
Con más insigne aparato
Recibir á su señor,
Que por un arco triunfando;
Que, aunque no es fiesta, es grandeza
Que cifra el poder humano;
Que hacer puerta á un hombre solo,
Es darle nombre de Magno.
Si para que entren mil pueblos
Las puertas se fabricaron,
Cuando se hacen para uno,
Que es más que todos es llano.
La entrada es cosa soberbia;
Allí Roma muestra claro
Que es la cabeza del mundo,
Y el César, del mundo espanto.
Van los caballos ligeros,
Con sus escudos y dardos,
Y con los arcos turquescos
Los arqueros de á caballo.
Con sus jacos jacerinos,
Los hombres de armas romanos,
El lucido morrïón
Coronado de penachos;
Las enseñas, que en un asta
Es una águila volando,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Cuyos pies un tafetán
Ciñe con lazada y lazos.
Va luego la infantería,
Velites y sagitarios,
Con otros que tiran hondas
Como los Corsos y Sardos.
Los aquilíferos luego,
Y alféreces Draconarios,
Con los que llevan del César
Imágenes y retratos.
Luego el Lavario, que en Roma
Sólo se lleva el Lavario
Delante el Emperador;
Á éste pienso que llamaron
Los españoles Lebón,
Y es de seda roja un cuadro,
Guarnecido de mil perlas
Por las esquinas y cantos.
Van cohortes, van centurios,
Tormas, falanges y cabos,
Los prefectos y cuestores,
Los cónsules y legados.
Y habréis visto en mil pinturas,
Que de contar fuera largo,
Los esclavos, los despojos,
Laurel y dorado carro.
Después de esto y de otras fiestas,
Finge un mar, que este teatro
Dé una batalla naval,
Con mil galeras remando.
Otras veces, en el Foro
Echan animales bravos,
Á quien los esclavos echan
Á la muerte condenados.
Mejor que los españoles
Este regocijo hallo,
Pues que los hombres sin culpa
Echan á los toros bravos.
Que Roma sólo condena
Los delincuentes y esclavos,
Y por estas fieras vengo
Á los montes africanos.
Llevaré el hambriento lobo,
Y el oso que duerme tanto,
Aunque en África no nace,
Y el león, y el ipolapo;
El cefo y el catoblero,
Y el rinoceronte bravo,
El elefante ingenioso,
El monopo y el tarando;
El tigre y el jabalí,
Y otros animales bravos;
Que jaulas de hierro y naves
Para cuatrocientos traigo.

ARIODANTE.

Parmenio, algunos de ésos tiene el África,
Otros nombras que nunca he visto en ella;
Si quieres hoy salir, haré que al punto
Se aperciban caballos y criados.

PARMENIO.

Gente bastante tengo para todo.

ARIODANTE.

Más importan, Parmenio, los villanos,
Que al fin tienen noticia de los montes.

PARMENIO.

Pues vamos, que con ellos hoy querría
Hacer una famosa montería.

Vanse, y sale Andronio.

ANDRONIO.

Tres meses ha que en estos montes vivo,
Huyendo de la furia de un romano,
Huésped de un animal noble africano,
De quien sustento liberal recibo.
No se ha mostrado al beneficio esquivo
De sacarle la flecha de la mano;
Yo sí á mi Flora por aquel tirano,
Pues que la dejo y ando fugitivo.
¡Oh, cuánto los ingratos son culpados!
Quien agradece la piedad ajena,
Notablemente á Júpiter obliga;
Reserva el cielo de otros mil pecados,
Para otra vida, su castigo y pena,
Y al que es ingrato, en ésta le castiga.

Sale el león con un conejo en la boca.

Mi buen huésped ha venido:
Huélgome que corra y ande.
¡Oh, qué cuidado tan grande!
Ya la cena me ha traído.
¡Ay, hombres que aquesto veis!
¿Cómo podéis ser ingratos?
¿Cómo dais traidores tratos
Á quien buenos los debéis?
Sólo sacar una flecha
De una mano, las dos manos
Pagan ansí; en los humanos,
Esta virtud aprovecha.
¡Oh, cuánto se agrada el cielo
Que la tengan los mortales,
Pues hasta los animales
Muestran en ella su celo!
Compañero, ¿habéis comido?
Creo que dice que no;
De mi cena se acordó,
La suya ha puesto en olvido.
Ea, buen huésped, al monte;
Buscad cena para vos,
Que aquí no hay para los dos;
Mirad que nuestro horizonte
Va Febo desamparando,
Y que lugar no tendréis.
¿Qué decís, que volveréis?
Volved, que os quedo esperando.
Ya se fué mi buen amigo;
Basta que me entiende ya
El trato, que no podrá
Donde habrá mejor testigo.
Si entre un hombre y un león
Esto puede el trato hacer,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En lo que es hombre y mujer,
Hará una eterna afición.
¡Ah, divina compañía!
¡Ah, milagrosa amistad!

Dentro:

¡Por acá, por acá echad!

ANDRONIO.

¿Qué es esto? ¡Ay, desdicha mía!
¿Cómo es esto, que ha tres meses
Que voz de hombre á mis oídos
No tocó?

OTRO.

Que vais perdido;
Echad por estos cipreses.

ANDRONIO.

¡Ay de mí, si son romanos!

OTRO.

¡Hola! ¡Hao!

OTRO.

¡Hola, á la cuesta!

ANDRONIO.

Gente de mi tierra es ésta,
Sin duda son africanos;
No tengo que me esconder,
Antes me quiero informar
Si se ha perdido el lugar
Ó se pudo defender,
Y por ventura con ellos
Podré volverme á Cartago.

Salen Parmenio, Belardo, Feliciano y Garcelo, y cazadores.

PARMENIO.

Cielos, si esta presa hago
Yo le suelto los cabellos,
Desde hoy más, á la ocasión.

ANDRONIO.

Bien asegurarme puedo:
Á todo he perdido el miedo;
Que éstos cazadores son.

BELARDO.

¡Hola! ¡Hao!

FELICIANO.

¡Hola, Belardo!
Ánimo agora tened.

BELARDO.

Que en mi vida vi, creed,
Un animal tan gallardo.

FELICIANO.

Tiradle, pues venís vos
De perros tan bien guardado.

BELARDO.

La sangre se me ha bajado
Á los bolsillos, ¡por Dios!
¿Quién me trujo á mí á cazar
Leones?

FELICIANO.

No sois persona.

BELARDO.

¿No era mejor una mona
Que se dejara tomar?

FELICIANO.

¿Esa es caza?

BELARDO.

¿Qué mejor?
Un león, ¿para qué es bueno?

Dentro.

GARCELO.

¡Hola, Belardo! ¡Hao, Fileno!

BELARDO.

Muriendo voy de temor.

FELICIANO.

Echa por el romeral,
Que junto al arroyo estoy.

GARCELO.

¿Al romeral?

FELICIANO.

Sí.

GARCELO.

Ya voy.

BELARDO.

En mi vida he visto tal:
¡Qué barba tiene! ¡A la tierra
Le llega un gran vedijón!
Puede ser este león
Ermitaño en una sierra.
Pues la cola, ¡voto á mí,
Que á medir con ella el paño,
Que en una vara, ó me engaño,
Pudieran vestirte á ti!
Parece que en ello topo;
No sé si es cola, ó si es rabo,
Que tiene una borla al cabo
Tan grande como un hisopo.

FELICIANO.

¡Calla! ¿De eso te recelas?

BELARDO.

¿No queréis que me dé enojos?
¡Voto al sol, que tien los ojos
Como si fueran candelas!

FELICIANO.

Luego no le tirarás
Con ésa una flecha sola.

BELARDO

Si vos le asís de la cola,
Yo le daré por detrás.

FELICIANO.

¿Cómo no? Garcelo llega.

Sale Garcelo.

GARCELO.

¡Gracias á Dios que os veo!

FELICIANO.

Tente.

BELARDO.

¡Qué gesto que veo!
¡Oh, cuánto el temor me ciega,
Que pensé que era el león!

GARCELO.

¿No miras que soy Garcelo?

BELARDO.
¿Dónde ¡pesar de mi abuelo!
Queda el demás escuadrón?
GARCELO.
Ya vienen todos aquí.
Salen con venablos Parmenio, Ariodante y Fortunio.
PARMENIO.
El león es extremado.
ARIODANTE.
Bien dió en la red.
FORTUNIO.
¡Qué enojado!
BELARDO.
¿Está ya en la red?
FORTUNIO.
Sí (1).
BELARDO.
Quítame esta perrería:
Sal aquí, ¡válgate el diablo!
PARMENIO.
¡Qué bien pusiste el venablo
Cuando embestirte quería!
ARIODANTE.
Estoy muy ejercitado.
ANDRONIO.
¿Aun hay romanos? ¡Ah, cielos!
A mis montañas apelo.
Vase.
ARIODANTE.
Las ramas se han meneado.
FORTUNIO.
Éste ha sido, que cayó.
ARIODANTE.
Sin duda que es animal.
FELICIANO.
Levántate.
BELARDO.
Estoy mortal.
ARIODANTE.
¿No viene el león?
FELICIANO.
Que no.
PARMENIO.
Oí, un hombre escucho (2).
ARIODANTE.
Mas huye.
PARMENIO.
Tente, ó matadle.
ANDRONIO.
Esperad, yo iré.
PARMENIO.
¡Tiradle!
ARIODANTE.
Eso es crueldad.
PARMENIO.
No era mucho;
Que este infame es un esclavo
Del Cónsul, que aquí le echó.
¿No eres tú?
ANDRONIO.
¿Quién sino yo?
PARMENIO.
Al Júpiter santo alabo,
Que más extraño animal
No pude llevar á Roma.
ANDRONIO.
Parmenio, venganza toma
De un esclavo desleal.
Más sin llevar te fatigas
Animales de gran cuenta,
Mira que tu fama afrenta,
Que llevas á Roma hormigas.
Entre fieros animales,
¿Qué podré yo parecer?
PARMENIO.
El mayor, pues en el ser
Sólo seréis desiguales.
Que en las fierezas que has hecho,
Si á contemplarlas te pones,
Es afrentar los leones
Llevar con ellos su pecho.
ANDRONIO.
Hidalgo cartaginés,
De tu patria soy; no dejes
Que me lleven.
ARIODANTE.
No te quejes,
Esclavo, de mí después;
Que, puesto que libre estoy,
También soy de Roma esclavo.
ANDRONIO.
¿Rindióse Cartago?
ARIODANTE.
Al cabo
Se rindió.
ANDRONIO.
¿Quién eres?
ARIODANTE.
Soy
Este año su prefeto,
Y á Roma tengo de ir
Con Parmenio, en que servir
Te puedo en mayor aprieto.
Si eres del Cónsul, yo haré
Que allá te dé libertad.
ANDRONIO.
A los pies, por tu piedad,
Mi boca es razón que esté.
¿Cómo es tu nombre?
ARIODANTE.
Ariodante.
ANDRONIO.
¿Fuiste alguna vez á Tiro?
ARIODANTE.
¡Ay de mí!
ANDRONIO.
En ese suspiro

(1) Verso incompleto.
(2) Verso incompleto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Te conozco de adelante.

ARIODANTE.

Desposado estuve en él.

ANDRONIO.

Basta; no me digas más.

PARMENIO.

Bueno ¿en pláticas estás
Con un bárbaro cruel?

ANDRONIO.

Éste es aquel Ariodante
De quien vino huyendo Flora;
Sin él descubrirse agora,
Pudiera serme importante.
Pero en mejor ocasión
Le diré mi desventura.

PARMENIO.

Ya, Ariodante, no procura
El Cónsul mejor león.

ARIODANTE.

Con éste y con los demás,
A Roma nos embarquemos.

ANDRONIO.

¡Ah, cielos!

PARMENIO.

No hagas extremos.

ARIODANTE.

Calla, que conmigo vas.

BELARDO.

¿No nos iremos con ellos?

FELICIANO.

Sí, vamos á la ciudad

BELARDO.

Y aquestos perros tirad,
Qué no puedo detenellos.

Vanse, y salen Flora, el Cónsul y Horacio.

LÉNTULO.

Con extraña resistencia
Te defiendes de mi amor.

FLORA.

De mi nobleza, señor,
Es esta honesta violencia.

LÉNTULO.

Antes, del amor pasado
De aquel tu esclavo, ya muerto.

FLORA.

Que le tuve amor es cierto.

LÉNTULO.

Y qué, ¿no le has olvidado?

FLORA.

El no le pensar cobrar,
Y el saber que me dejó,
Algo de mi amor quitó;
Mas no le puedo olvidar.

LÉNTULO.

Pues una cosa imposible,
Flora, ¿se puede querer?

FLORA.

Querella no puede ser;
Quísela siendo imposible.

LÉNTULO.

Pues en cesando de ser
Posible, se ha de olvidar.

FLORA.

Amor no es nave en la mar,
Que algún rastro ha de tener.
Y ¿cuándo tú has visto fuego
Que sin él pueda dejar
Por algún tiempo el lugar
Donde estribó?

LÉNTULO.

No lo niego.
Pero si queda el calor
Después del fuego partido,
Quien siempre el fuego ha tenido,
Tendrále mucho mayor.
Yo soy quien, desde aquel punto
Que te vi, nunca dejé
El fuego en que me abrasé,
Que aquí me le tengo junto.
Tú de quien ya se partió,
¿Te puedes doler de mí?

FLORA.

No esperes que diga sí.

LÉNTULO.

Sí dijiste envuelto en no.
¡Ah, cruel, esclava, ingrata!

FLORA.

Vete, mi señor, agora.

LÉNTULO.

¿Qué tienes?

FLORA.

Á mi señora,
Que me martiriza y mata.

LÉNTULO.

Ea, dame aquesta mano,
Sólo para que la bese.

FLORA.

Cuando la mano te diese,
Lo demás estaba llano.
Vete con Dios, que está allí
Horacio.

LÉNTULO.

De él me fié:
Dile, Horacio, que me dé
La mano.

FLORA.

¿Tú, Horacio, á mí?

HORACIO.

Ea, no seas extraña:
Da la mano á mi señor.

FLORA.

Vete, que tengo temor.

LÉNTULO.

Con esto, Flora, me engaña;
Dame esa mano siquiera.

Sale Julia.

JULIA.

Harto, Cónsul, te comides:
¡La mano á Flora le pides!

FLORA.

¡Muerta soy!

LÉNTULO.

Detente, espera:
Quiérola, Julia, casar
Con Horacio, y en estrenas
Pide la mano, que apenas
Se la ha dejado tomar.
Yo por fuerza se la así
Porque se la diese á él;
Dásela, por Dios.

JULIA.

Qué, ¿de él
Es el amor?

HORACIO.

Julia, sí;
Quiérome casar con ella
Si la queréis libertar.

JULIA.

Pues ¿quién te la ha de negar?

HORACIO.

Es Flora en extremo bella.
Y una vez hecha liberta,
Envidia mil me tendrán.

JULIA.

Sea para bien, capitán,
Que de todo estaba incierta;
Dale la mano por mí.

FLORA.

Por ti se la doy, señora.

JULIA.

Ya tienes marido, Flora:
Léntulo, vamos de aquí.

LÉNTULO.

Vamos, y daréte traza
Cómo se haga el casamiento:
En cuanto le he dicho miento.

Vanse.

HORACIO.

El perro más flojo caza,
Corre adelante, es ligero,
Y deja la caza atrás,
Y así viene á gozar más
Que no el que llegó primero:
Ya eres, Flora, mi mujer.

FLORA.

Muerto mi primero amor,
Tengo á ventura, señor,
Venir á vuestro poder.

HORACIO.

La ocupación que en el Foro
Trae el Cónsul con la fiesta,
Á mi pretensión honesta
Impide agora el decoro;
No nos podremos casar
Hasta que aquesto se acabe,
Que, en fin, es negocio grave.

FLORA.

Y ¿cuándo se ha de acabar?

HORACIO.

Sólo se aguarda á que venga
Del África con leones
Parmenio.

FLORA.

El placer que pones,
Breve fin, Horacio, tenga.

Vanse, y salen Ariodante, Parmenio, Fortunio y Andronio.

PARMENIO.

Parece que me sigue toda Roma,
Como si yo también animal fuera.

ARIODANTE.

Parmenio, ¿ésta es la casa del gran Cónsul?

PARMENIO.

¿No te parece digna de su oficio?
Aquí está un capitán que lo fué en África:
Horacio.

HORACIO.

¡Oh, buen Parmenio, el alto Júpiter
Te dé lo que deseas! ¿Cómo vienes?

PARMENIO.

Á tu servicio: ¿quién es ésta?

HORACIO.

Flora.

PARMENIO.

¡Oh, hermosa esclava!

HORACIO.

Mira que ya es libre.

PARMENIO.

Séalo por mil años.

ARIODANTE.

¡Santos cielos!
¿Aquésta es Flora, la que, muerta en Tiro,
En sombra vi después junto á Cartago?

ANDRONIO.

¡Cielos, no puede haber mayor locura
Que desear morir un hombre triste,
Por más que obligue á ello la tristeza!
Cautivo vengo á casa de mi amo,
Y cuando imaginaba hallarla muerta,
No menos hallo que la misma vida.

PARMENIO.

Aquí te queda, mi Ariodante, en tanto
Que entro á decir al Cónsul cómo vienes:
Ven, Horacio, conmigo, por tu vida.

HORACIO.

Vamos á hablarle; ¿hay muchos animales?

PARMENIO.

Diversos hallo, y un león entre ellos
Que, si al Nemeo con aquéste mides,
Mayor me juzgarás que el fuerte Alcides.

Vanse, y queden Andronio, Flora y Ariodante.

FLORA.

¿Eres, capitán valiente,
Por dicha, cartaginés?

ARIODANTE.

Esa es mi patria.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

FLORA.

Y aun es
Causa de mi mal presente.
Y de suerte parecido
Eres á quien le causó,
Que tu vida despertó
De un golpe mi amor dormido.

ARIODANTE.

Pues ¿quién piensas que yo fuí?

FLORA.

Un ciudadano arrogante
Que se llamaba Ariodante,
Por quien mi Andronio perdí.
Porque mi padre con él
Me casaba, y yo en un río
Fingí echarme, y al bien mío
Vine á ver, huyendo de él,
Donde á entrambos cautivaron;
Y él por allá se quedó
Como ingrato, y me dejó.

ARIODANTE.

Bien sus obras te pagaron:
Tengo noticia bastante
De la historia, y aun sé yo
Que una noche te encontró
Junto á Cartago Ariodante.

FLORA.

Yo le tuve por Andronio.

ARIODANTE.

Y él por muerta, Flora, á ti.

FLORA.

Qué, ¿por esto huyó de mí?

ARIODANTE.

¿Qué más cierto testimonio?
¿Quieres que al Cónsul te pida,
Que soy prefecto en Cartago
Y aquí sus negocios hago?

FLORA.

No pienso verle en mi vida.

ARIODANTE.

¿Por qué?

FLORA.

Porque soy casada
Con Horacio, un capitán.

ARIODANTE.

Mal, Flora, lo sufrirán
Aqueste amor y esta espada:
Ariodante soy.

FLORA.

¡Ay, cielo!
Pues ¿qué quieres tú de mí?

ARIODANTE.

Llevarte, Flora, de aquí,
Si pesa al romano suelo.

ANDRONIO.

Deja, africano arrogante,
Á Flora.

ARIODANTE.

Pues ¿tú, traidor,
¿Conmigo?

ANDRONIO.

De mi señor
Es esta esclava, Ariodante.
Y aunque dice que ha de ser
De Horacio, soldado altivo,
No puede, porque soy vivo,
Y ha mucho que es mi mujer.

FLORA.

¡Andronio!

ANDRONIO.

¡Señora mía!

ARIODANTE.

Fortunio, qué, ¿éste es Andronio?

FORTUNIO.

No sé ¡por Dios! si es demonio,
Sueño, sombra ó fantasía;
Dondequiera se aparece:
Flora, poco gozarás
De Andronio, y mejor harás
De darte á quien te merece.
Éste viene condenado
Á las fieras para el Foro,
Que es infamia del decoro
De tus padres heredado;
Este así en África es
Prefecto, y puedo llevarte
Adonde puedas honrarte
De un noble cartaginés.

FLORA.

Lo que durare su vida,
La de Flora ha de durar.
¿Qué más honra que acabar
En la empresa pretendida?

FORTUNIO.

¿Estás loca?

FLORA.

Loca estoy.

ARIODANTE.

Déjala, Fortunio muera,
Y tendrá Roma otra fiera
Con que á mí me maten hoy.

Salen el Cónsul y Parmenio.

LÉNTULO.

Ya, sin duda, Parmenio, si hoy tardaras,
Mañana nuestra fiesta concluyera;
Que el pueblo espera, é impaciente dice
Que anda por mi ocasión todo hombre ocioso.
El esclavo que traes es la fiera
De más contento que me ha dado el África.

ARIODANTE.

De ella el prefecto, Cónsul, tus pies besa.

LÉNTULO.

No niego grandemente Roma estima
Esta puntualidad, y en el Senado
Se trata que os reserve por dos años
Del estipendio del presidio.

ARIODANTE.

Júpiter
Guarde el César; y á vos, conscriptos Padres,
Las parias traigo, y para ti un presente.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LÉNTULO.
El de este esclavo me ha de dar más gusto.
¿Es aquéste?
ANDRONIO.
Yo soy.
LÉNTULO.
¡Que seas tan fiero,
Que al fin te hayan hallado entre las fieras!
Indigno eres de vivir entre hombres:
Llevadle á una mazmorra, donde viva
Sola esta noche, hasta que sea mañana
Sepulcro de una fiera.
ANDRONIO.
Adiós, mi Flora.
LÉNTULO.
Flora, ya estarás contenta agora.
ARIODANTE.
Esta Flora, señor, trocarte quiero
Á una pieza famosa de diamantes,
Que es un tahalí que dicen en Cartago
Que fué de Mitridates, Rey de Ponto.
Vale tres mil escudos.
LÉNTULO.
Yo quisiera;
Pero hásenos casado.
ARIODANTE.
¿Está ya hecho?
LÉNTULO.
Los conciertos no más.
ARIODANTE.
Con tu licencia
Hablaré á su marido; que no puede
Casarse nadie con quien es mi esposa.
LÉNTULO.
¿Que es tu esposa?
ARIODANTE.
De mano y de concierto.
LÉNTULO.
De mano es poco, de impresión es mucho.
¿Qué dices, Flora?
FLORA.
Que el esclavo sólo
Es mi primero amor.
LÉNTULO.
¡Bien, por Apolo!

Vanse, y salen Nestor y Julia.

JULIA.
Vengo muerta de pesar,
De que al esclavo ha traído
Parmenio para matar.
NESTOR.
En una cueva escondido
Dicen que le vino á hallar.
En ésta, de riscos hecha,
Tres meses envidia estrecha
Pasó; ¿más que aprovechó?
Que á quien la muerte buscó,
Ningún sagrado aprovecha.
JULIA.
Yo le tengo de librar;
Mira tú cómo ha de ser.
NESTOR.
Querérmelo á mí mandar,
Que te pienso obedecer
Aunque dé al Cónsul pesar.
JULIA.
Toma la llave, y al punto,
Donde está medio difunto
Camina, y traémele aquí.
NESTOR.
Voy por él.
JULIA.
Amor en mí
Con la piedad anda junto.
¡Pobre esclavo bien nacido,
De buen talle y buena cara,
De su desdicha ofendido,
Que si ella no le mostrara,
No estaba mal escondido!
¡Qué trabajos que ha pasado,
Todos por tener amor
Á quien mal se le ha pagado!
Oféndeme su rigor,
Y de su lealtad me agrado;
Su desdicha no ha de ser
Tan grande que ha de poder
Más que mi amor y piedad.

Salen Nestor y Andronio.

NESTOR.
Procura tu libertad,
Que ésta te vengo á ofrecer.
No te detengas aquí
Más que en besarle las manos
Á quien te la da por mí.
ANDRONIO.
¡Por los dioses soberanos,
Que hay grande valor en ti!
¿Aun no merezco tus pies?
JULIA.
No te pares; vete, pues,
Antes que nadie te vea.
ANDRONIO.
¿Qué cautivo habrá que crea
Que la libertad me des
Y que no la quiero yo?
Si esto, señora, supiera,
De la prisión no saliera
Donde el Cónsul me guardó
Para el vientre de una fiera.
Sed todos, cielos, testigos,
Aunque de mi muerte amigos;
Sol, luna, esfera, planetas,
Obras mixtas é imperfetas,
Elementos enemigos;
Árboles con frutos graves,
Metales de varios nombres,
Aguas puras y suaves,
Peces, animales, hombres,
Altas y pintadas aves;
Tú, gran Roma triunfadora,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Adonde vine á morir;
Tú, Néstor, y tú, señora,
De que pudiendo vivir,
Me vuelvo á morir por Flora.

NESTOR.

A la cárcel se volvió.

JULIA.

Escucha, Andronio.

NESTOR.

Ya es ido.

JULIA.

¡Bravo amor!

NESTOR.

No entiendo yo
Que se haya escrito ni oído.

JULIA.

¡La vida á la muerte dió!

NESTOR.

¿Quién habrá que no se espante
Del notable proceder
De este hombre?

JULIA.

Roma triunfante,
Estatua le puede hacer
Por hombre en amor constante.

Vanse, y salen Cayo, Fabio, Atilio y Rutilio, senadores.

CAYO.

¿Está el Foro prevenido?

ATILIO.

Todo prevenido está.

CAYO.

¿Vendrá el César?

ATILIO.

Bien podrá.

Sale Mauricio, ciudadano.

MAURICIO.

Licencia, Senado, os pido
Para acomodar mi casa.

CAYO.

Mauricio, lugar señale
Donde tu mujer esté.

Salen Florio, Eufemia y Livio, villanos.

EUFEMIA.

Mas que no hallamos lugar.

LIVIO.

De dondequiera veremos.

FLORIO.

¿Mas, cosa que en parte estemos
Que nos puedan quillotrar?

EUFEMIA.

Yo, si no estoy en muy alto,
No pienso verlo.

LIVIO.

¿De veras?

EUFEMIA.

Sí, porque una de las fieras
No me agarre de algún salto.

LIVIO.

No hayas miedo, Eufemia.

EUFEMIA.

No;
Dadlos al dimuño, amén,
Que agarran de cuanto ven.

LIVIO.

Miedo traigo.

CAYO.

También yo.

LIVIO.

Diz que hay león que, si acierta
Con la cola un azotazo,
Suele derribar un brazo.

FLORIO.

Todo un hombro desconcierta.
Á Benita, la de Baños,
Una hisopada le dió,
Que de un lado la dejó
Derrengada por seis años.

EUFEMIA.

¿Saben que dicen que hay tigres?

LIVIO.

¡Oxte, puto, que le aguarde!

FLORIO.

Yo le vide estotra tarde.

LIVIO.

¡Quiera Dios que no peligres
Á sus manos ningún hombre!

FLORIO.

Y un elefante hay también.

LIVIO.

Diz que una trompeta tien.

EUFEMIA.

Calla, que no es ése el nombre.

LIVIO.

Pues ¿cómo?

EUFEMIA.

Hocico la llama:
No se enoje si lo sabe.

LIVIO.

Ya tiene un Cónsul la llave,
Y su mujer es mi ama.

LÉNTULO.

El César viene.

CAYO.

Haced plaza.

Sale el César.

CÉSAR.

Cayo Fabio, ¿es hora ya?

CAYO.

Á punto, señor, está.

CÉSAR.

Mucho me agrada la traza.

CAYO.

El Foro máximo es
De esta grandeza capaz.

ATILIO.

Del tiempo de Pertinaz

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ha quedado como ves.
Sube al teatro y saldrá
El primero delincuente.

CAYO.

¡Hola, salgan brevemente!

ATILIO.

Ya un hombre en la plaza está.

Sale Andronio.

ANDRONIO.

Ánimo, pecho abrasado,
Y corazón bien nacido;
Si este punto habéis temido,
Al postrero habéis llegado.
No ha sido tal vuestra suerte
Que ésta se llame caída,
Y á quien le cansa la vida
Es apacible la muerte.
¡Ea, romanos, mirad
Cómo aquí se os representa
Aquesta imagen sangrienta
De vuestra fiera crueldad!
Veisme, romanos, aquí,
Con soberbia tan romana,
Que sola un alma africana,
Por quien muero, vive en mí.
Ya sale la fiera horrenda,
De mi cuerpo sepultura,
¡Cielos, á tal desventura,
Mi alma á vos se encomienda!

Sale el león, y párese en viéndole.

¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto?
El león se ha detenido;
Parece que no ha querido
Mi pena acabar tan presto.
Si fueras lince, creyera
Que habías, león, ahora
Visto el retrato de Flora,
Ó es el pecho vidriera.
Y mirando su hermosura
Como hombre que está en sagrado,
A la imagen abrazado,
Respetaste por ventura.
Él á halagarme se llega,
Con la cola hiere el suelo;
Algún secreto del cielo,
Que á nuestros ojos se niega,
Debe de encerrar en sí:
La mano ¡por Dios! me enseña
Con una herida pequeña:
Yo estaba fuera de mí.
Perdona, huésped querido
La falta de mi memoria;
Que con la muerte, tu historia
Puso el temor en olvido:
Dame tus brazos mil veces.

CÉSAR.

¡Por los dioses soberanos,
Que se abrazaron, romanos! (1).

ANDRONIO.

Habéisme dado la vida,
La cura me habéis pagado.

CÉSAR.

¿Qué juzgáis de esto, Senado?

ANDRONIO.

Pues huésped, ¿qué hay de la herida?
No me fuí sin despedirme;
Sabed que me cautivaron,
Y á las naves me llevaron
Sin escucharme ni oirme.
Pero he venido á entender
Que así os trujeron á vos:
Luego no hay culpa en los dos.

CÉSAR.

¿Qué aguardáis? ¿Qué queréis ver?
Sin duda es encantador.
Bajad, Senado famoso.

LÉNTULO.

Mira, esclavo venturoso,
Que habla el Emperador.

Bajen todos.

CÉSAR.

Hombre, ¿qué invención es ésta?
¿Cómo tan fiero animal,
A tus pies con gusto igual,
Tiene su arrogancia puesta?
¿Qué palabras, qué conjuros
Le has dicho?

LÉNTULO.

Esclavo, ¿qué es esto?
¿Cómo á tus plantas le has puesto
Y estamos todos seguros?

ANDRONIO.

Noble Emperador de Roma,
Alto monarca supremo,
Que á los dos polos del mundo
Alcanzas con sólo un cetro;
Descendientes generosos
De aquel varón que del fuego
De Troya sacó á su padre,
Estad á mi historia atentos:
Yo soy natural de Tiro,
En Africa, y no plebeyo,
Que de cónsules romanos
Es sin duda que desciendo.
Quise aquella hermosa esclava
Que entre esa gente os enseño,
De mi tierra natural,
Y de padres caballeros.
Con este joven ilustre,
Que es de Cartago prefecto,
Sus padres inadvertidos,
Casarla entonces quisieron.
Fuíme á Cartago celoso,
Y á la defensa del reino;
Y ella, huyendo en busca mía,

(1) Falta un verso á esta redondilla.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Quiso averiguar mis celos.
Después de largas historias,
Fuimos de Léntulo presos;
Léntulo, que de Cartago
Triunfó con aplauso vuestro.
Tratóme de suerte entonces,
Dándome un fiero tormento,
Que procuré libertad
Por este y otros respetos.
Los cuales, porque á su Julia
La vida que tengo debo,
No los digo, y es razón;
Que aunque importaran no puedo.
Escapéme de su furia,
Y por un monte soberbio
Caminé con pies humildes
Por ver si obligaba al cielo.
Apenas entre las ramas
Huía el tímido conejo,
Cuando el temor me formaba
Á la espalda todo un pueblo.
Ni las hojas sacudía,
El más suelto y libre ciervo,
Cuando yo, descolorido,
Daba conmigo en el suelo.
Entre sombríos castaños,
Álamos blancos y negros,
Pálidos bojes, encinas
Rústicas y verdes tejos,
Veo venir un león,
Y cuando venir le veo,
Temíle menos que á un hombre;
Que un hombre airado es más fiero.
Quise huir y fué imposible;
Apercibíme con esto
A buscar descanso al alma
Por la boca de su cuerpo.
Vile llegar tan humilde,
Que á cobrar ánimo vuelvo;
Doy color al rostro, brío
A los brazos y alma al pecho.
Alta la mano traía;
Si la asentaba, tan quedo
Que un pájaro no pisara
Quien abriera á un tigre el cuello.
Llegó y miró, que aun ahora
Parece ¡oh Dios! que le veo,
Y veo en ella un pedazo
De flecha, el hierro dedentro.
Saquésela con blandura,
Y aplicando un lienzo presto
Con bálsamo que traía,
Le curé: ¡extraño suceso!
Que á su cueva le seguí,
Donde tres meses enteros
Fuí su médico, él mi huésped,
Yo pagado, y él contento.
Venía por la mañana
Los ocho días primeros
Á que curase la llaga,
Que después siempre fué menos.
No me faltó la comida,
Porque era mi despensero,
Trayéndome caza fresca
Entre los dientes sangrientos.
Fregaba un laurel con otro,
Y en fin encendiendo fuego,
Le vi una vez que me trujo
También en la boca un leño.
Aguardaba atento á todo,
Y en quitando los pellejos,
Iba á buscar su comida,
Que era negocio más grueso.
Andaban á caza un día
Ariodante con Parmenio,
De quien fuí otra vez cautivo
Y traído al Cónsul preso.
Vine á Roma, donde, entrando
En esta plaza á ser muerto,
Hame conocido el león,
Cautivo en el mismo tiempo.

CÉSAR.

¡Por los dioses, que merece
Una estatua y otro templo!
Y para que quede ejemplo,
Que se labre me parece.
Aprendan aquí los hombres
De los fieros animales
Á ser gratos y leales.

LÉNTULO.

Justo es que vivan sus nombres:
De mármol se labrarán
Para que quede en memoria,
Y el suceso de esta historia,
En estas letras pondrán:
Éste fué el huésped del hombre,
Y éste el médico del león (1).

CÉSAR.

Sí, que con esta inscripción
Se inmortaliza su nombre.
Pero, Léntulo, por mí
Á tu esclava le han de dar.

LÉNTULO.

Á los dos quiero casar.

CÉSAR.

¿Querrá Julia?

JULIA.

Señor, sí.

ARIODANTE.

Yo, cuando vaya á Cartago,
Conmigo los llevaré;
Que de mi primera fe
Con esto me satisfago.

FLORA.

Mi mano y mis brazos toma,
Esposo resucitado.

ANDRONIO.

Aquí da, noble senado,
Fin *El Esclavo de Roma.*

FIN.

(1) Este verso no consta.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA IMPERIAL DE OTÓN

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COMEDIA FAMOSA

DE

LA IMPERIAL DE OTÓN

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

El conde Palatino, *Elector.*
Federico, *inglés.*
Alberto, *bohemio.*
Don Juan de Toledo.
Embajadores.
Un paje.
Margarita, *dama alemana.*
Mendoza, *criado español.*
Cinco electores: *los tres Obispos no hablan.*
Un alguacil.
Un pregonero.
Camila, *criada.*
Un enmascarado.
Doricleo. } *Caballeros.*
Ataulfo. }
Otón, *Rey de Bohemia.*
Etelfrida, *su mujer.*
Un Hércules.
Un león.
Unas mujeres de luto y de máscara: *no hablan.*
Rodulfo, *Emperador.*
Arnaldo, *Conde.*
Anfriso, *pastor.*
Merlín, *viejo.*

ACTO PRIMERO.

Salen el conde Palatino, Federico, inglés, y Alberto, bohemio.

PALATINO.

Traednos sillas aquí;
Aunque negociar sentado
En tiempo tan ocupado
Es digno de culpa en mí;
Que anda nuestra autoridad,
Con ser árbitro del Papa,
De suerte que no se escapa
De la común libertad.
¡Bueno es que los electores
Del imperio no podamos
Vivir si no es que le damos
Á todos los pretensores!
Alguno se ha de perder,
Y alguno se ha de ganar.

FEDERICO.

Ya os podéis, Conde, sentar,
Que nadie os viene á ofender.

PALATINO.

Sentaréme satisfecho,
Que sois discretos los dos.

Siéntanse los tres.

ALBERTO.

Los imperios son de Dios;
Él sabe el mejor derecho.

PALATINO.

¡Pluguiera á Dios que elegido
En Constantinopla fuera!

FEDERICO.

Injusto enojo te altera.

PALATINO.

Justo, Federico, ha sido.

FEDERICO.

Si por estar ya de paso
Para entrar en la elección

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Te habemos dado ocasión
De haberte enojado acaso,
Pide caballo; que aquí
Ya no venimos á hablarte,
Sino sólo á acompañarte.

PALATINO.

Hácenme merced ansí.

FEDERICO.

Las partes del grande hermano
Del Rey inglés mi señor,
Son la justicia mayor
Para el imperio romano,
Aunque Alberto se confía
En las del bohemio Otón.

ALBERTO.

Y pienso que en mi razón
Está Vuestra Señoría.

Sale un paje.

PAJE.

El español está aquí.

PALATINO.

¿Quién es?

PAJE.

Don Juan de Toledo.

PALATINO.

Ya vendrá á causarnos miedo.

FEDERICO.

¿Quién puede dártele á ti?

Sale D. Juan de Toledo.

TOLEDO.

Beso á Vuestras Señorías
Las manos.

PALATINO.

Bien seáis venido.

TOLEDO.

Á lo menos lo habré sido
Más tarde que hoy otros días,
Siendo hoy el último en quien
Se ha de ver nuestro deseo,
Aunque por sin duda creo
Que España lo pase bien.
Que el haber sido elegido
Don Alonso en Franconfordia,
Á la presente discordia
Pone silencio y olvido.

PALATINO.

No hubiera dificultad
Que el Rey español lo fuera,
Si á coronarse viniera
Á la sagrada ciudad;
Pero como se ha tardado,
Está el negocio indeciso.

TOLEDO.

Confieso que fué remiso,
Pero que no fué culpado;
Que las guerras de los moros
De Murcia y Andalucía
Le estorbaron cada día

ALBERTO.

Más su codicia y tesoros.

TOLEDO.

¿Qué mayor que el del imperio,
Si el Rey mi señor pudiera?

PALATINO.

Quien tuvo ocasión y espera,
Tarde llora.

TOLEDO.

Algún misterio
Encierran esas razones:
Mira, conde Palatino,
Que el Rey español es dino
De que su frente corones.

PALATINO.

¿Tengo yo solo el poder?
Otón conmigo otros cinco.

TOLEDO.

Como á España estés propinco,
Á España puedes vencer:
Mira las partes que tiene
Don Alonso mi señor

PALATINO.

Conozco su gran valor
Y de los reyes que viene.

TOLEDO.

Mira á su padre Fernando,
Conquistador de Sevilla.

PALATINO.

Fué del mundo maravilla,
Terror del morismo bando.

TOLEDO.

Cuando en las letras confinas,
Parte de ese buen deseo;
No ha igualado Tolomeo
Á las Tablas Alfonsinas.
Y este Alfonso, que esculpidas
Tiene las mismas hazañas,
También honra las Españas
Con las célebres Partidas.
Pues por armas, ¿qué no ha hecho,
Cercando el muro y adarve
De las villas de Algarve,
Hasta dejarle deshecho?
En Huelva y Gibraleón,
Faro, Lechuel, Alcambín,
Tabila y Castro Marín,
Ha sido español león.
Pues por bien emparentado
El santo rey Luis de Francia,
Ya tiene honrosa ganancia
Haberle sus prendas dado.
Doña Blanca, hermosa y cuerda,
Es del Príncipe mujer
Que Rey de España ha de ser,
Don Fernando de la Cerda.
Mira qué deudos se hallaron
En Burgos al regocijo
Del Rey Santo el primer hijo,
El que ya en París juraron:
Don Eduardo, sobrino

De Alfonso, hijo de su hermana,
De la corona britana
Sucesor famoso y dino;
Don Pedro, Rey de Aragón;
De Toledo, el Arzobispo (1);
De Astorga, Lugo y León,
Los dos hermanos del Rey,
Don Felipe y don Fadrique;
Y porque también le aplique
El defender nuestra ley,
Mira con qué santo celo
Honra la Iglesia, y del Moro
Quita el preciado tesoro
Para la Reina del cielo.
Por casamiento, es razón
Que á otras muchas se adelante
La reina doña Violante,
Hija del Rey de Aragón.
Si esto es ansí, Alfonso el Magno
No es llamado sin misterio
Á vuestro alemán imperio
Ni para el reino romano.

FEDERICO.

Paso, español; poco á poco,
Que otros reyes hay tan buenos,
De tantas virtudes llenos.

TOLEDO.

Inglés, en ninguno toco.
De ninguno digo mal,
Ni parece injusta ley
Que diga bien de mi Rey
Como vasallo leal.
Yo informo de lo que puedo
Al Conde y á los demás.

FEDERICO.

Sí, pero ensálzaste más.

TOLEDO.

Mas antes falto que excedo.
Y de ti debo admirarme,
Pues no siendo rey tu dueño
Más de un Estado pequeño
Que apenas pesa un adarme,
Porque es hermano segundo
De tu Rey de Ingalaterra,
Quiere, Luzbel en la tierra,
Ser emperador del mundo.
Hasta el bohemio callando,
Siendo rey muy noble Otón;
Y tú, con menos razón,
Estás arrogante hablando.
¿En qué te fundas?

FEDERICO.

¿Es poco
Ser mi señor elegido
Como el tuyo?

ALBERTO.

No ha podido
Ser jurídico tampoco.
Y si hasta ahora he callado,
No es porque al Rey de Bohemia
Falta la virtud que premia
Al que de ella vive honrado;
Mas porque echaba de ver
Que el español nos decía
Lo que en don Alfonso había,
Porque era bien menester;
Pero yo, como he sabido
Que es tan conocido Otón,
No quise en esta ocasión
Decir lo que es conocido.
Él será Rey de romanos
Y Emperador de alemanes.

TOLEDO.

Cuando á Cerdas, y Guzmanes,
Y Toledos falten manos.

FEDERICO.

Pues ¿puede dejar de ser
Que mi Rey inglés lo sea?

PALATINO.

Lo que cada cual desea,
Da bien su lengua á entender;
Cesad; que no se averigua
Esta cuestión por la espada.

TOLEDO.

Ya estuviera averiguada,
Á ser la costumbre antigua.
Y ¡ojalá, que solo yo
Á los dos con ésta aquí
Mostrara el valor que en mí
La sangre española dió!
Que yo sé si mi Rey fuera
Con este acero elegido.

FEDERICO.

¡Oh, español!

ALBERTO.

En lo atrevido,
Sin verte te conociera.
Que Ataulfo soy te advierto,
Y este Federico, inglés.

TOLEDO.

Yo lo supiera después
Que os hubiera á entrambos muerto.
Don Juan de Toledo soy.

FEDERICO.

Y ¿piénsasme poner miedo
Si fuera todo Toledo?

PALATINO.

Caballeros, yo me voy;
El que quisiere, me siga.

FEDERICO.

Debo acompañarte.

ALBERTO.

Y yo.

TOLEDO.

Estoy por decir que no,
Pero al fin mi Rey me obliga.

FEDERICO.

¡Qué español tan bravo!

ALBERTO.

Adiós.

(1) Falta un verso.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Que ansí hable el que es más flaco!

TOLEDO.

¡Vive Dios, que si la saco
Que me han de temblar los dos!

Salen Margarita, dama, y Rugero, criado.

MARGARITA.

Y qué, ¿me dices que tiene
El español esperanza?

RUGERO.

Si el de este imperio no alcanza,
¿A quién del mundo conviene?

MARGARITA.

Si por voto nuestro fuera,
Yo con mi gran voluntad,
Tú con tu fidelidad,
¿Quién duda que le tuviera?
Mas ¿quién estará más cerca
De todos los pretensores?

RUGERO.

Dicen que á los electores
La gran corona se merca.
Y vese que es gran maldad,
Y que el vulgo es atrevido,
Pues de seis, los tres han sido
La flor de la cristiandad,
Y eclesiásticos, en fin.

MARGARITA.

¿Dónde nació, sino entre ellos,
La simonía?

RUGERO.

No es de ellos
Acto tan bárbaro y ruin,
Sino de otra gente inicua
Que Dios deja de sus manos;
Que á prelados tan cristianos,
Vana sospecha se aplica.

MARGARITA.

Si la gracia pretendía
Comprar de Dios algún hombre,
No hay, Rugero, qué te asombre
La corona de este día.
Yo quiero á don Juan tanto,
Aunque humilde mujer soy,
Que con el temor qué estoy,
De ningún santo me espanto.
El oro corrompedor
No hay virtud que no contraste.

RUGERO.

Basta, señora, que baste;
Para empresas del amor,
Basta que acabe una guerra,
Basta que conquiste un muro,
Que ablande un jüez más duro
Que el corazón de la tierra;
Pero en casos de tal peso,
Donde á Dios se teme tanto,
Que pongas duda me espanto
De la verdad del suceso.

MARGARITA.

¿Cómo se vino á elegir,
Rugero, en esta ciudad,
La Cesárea Majestad?

RUGERO.

Es cargo de referir.
Mas si gustas, oye.

MARGARITA.

Di,
Que saber la causa quiero.

RUGERO.

Y yo, contándola, espero
Que has de entretenerte ansí.
Constantino, el que llamaron
El Magno por sus grandezas,
Nuevo Alejandro cristiano,
Gran defensor de la Iglesia,
Considerando que en Roma
Su imperial silla pudiera
Humillar la autoridad
De su Vicario y Cabeza,
Dejóle á Roma y á Italia;
Y dando al Asia la vuelta,
La silla puso en Bizancio,
En edificios soberbia,
Por cuyo famoso nombre,
Tan digno de gloria eterna,
Constantinopla se llama,
Que los turcos señorean.
Faltar de Italia su amparo,
Fué causa triste y funesta
Que mil bárbaras naciones
Pusiesen los pies en ella.
Scitas, Vándalos, Alanos,
Su santa arena ensangrientan;
Longobardos y Extragodos,
Con mil góticas banderas.
Alemania, España, Francia,
Lloraron bien su miseria;
Mas como Italia, ninguna
De cuantas el sol pasea.
Que como cabeza fué
Del mundo en tiempo de César,
Los pies que á sus pies tenía
Se quisieron ver sobre ella.
Iba el Pontífice Sumo
De Atila huyendo la fuerza;
Que hasta las reliquias santas
No perdonaba la guerra.
Tanto, que fué menester
Que aquella noche en su tienda
Amenazase San Pedro
Su temeraria fiereza.
Reinó Carlo Magno en Francia,
Bajó á Italia, y echó de ella
Los Longobardos, y en paz,
Al Papa en su silla asientan.
Dióle la imperial corona
En galardón, y en presencia
De mil príncipes y grandes
Que celebraron las fiestas.
Luego, muerto Carlo Magno,
Francia y Alemania empiezan

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á pretender la corona;
Las causas fueron questas:
Que era Carlos álemán,
Dice Alemania soberbia;
Y Francia que es Rey de Francia,
Y que ha de elegirse en ella.
El Pontífice que entonces
Era de la nave (1) excelsa
De Pedro piloto santo,
Este estatuto nos deja:
Que, en vacando (2) la corona,
Á seis Grandes pertenezca
La elección de emperador,
Y aquí en Franconfordia sea.
Los tres son los Arzobispos
De las famosas Iglesias,
Colonia, Maguncia y Triberis (3),
Ilustres en sangre y letras;
Los otros tres son el Duque
De Sajonia, y de la bella
Branderburgue el gran Marqués,
Sangre alemana y francesa,
Con el conde Palatino,
De antigua y clara nobleza;
Y el cónclave de esta junta,
Aquí en Aquisgrana tengan.
Pero el décimo Gregorio,
Con excomunión expresa,
Que uno solo elijan manda,
Que es el que todos esperan.

MARGARITA.

¡Plega á Dios que á Alfonso elijan!
No porque española soy
Ni porque españoles hoy
El sagrado imperio rijan;
Mas porque he puesto los ojos
En don Juan de tal manera,
Que mil mundos que tuviera
Fueran de sus pies despojos.
Y será posible ansí
Venirme á casar con él.

RUGERO.

Yo te aseguro por él,
Porque sé que adora en ti.
Que si reporta su amor,
Es temiendo (4) hacer ultraje
Al reservado hospedaje
De tu padre y mi señor.
Posa en su casa, que ha sido
La causa de esta afición,
Y por la misma razón
De no se haber atrevido.
Mas sucediendo las cosas
Prósperamente al de España,
Será la menor hazaña
De las del mundo amorosas;
Que si don Juan es Toledo
De lo bueno de Castilla,
Tú eres Gante y maravilla
Del mundo.

MARGARITA.

Nómbrale quedo;
Que hay en casa alguna espía
Recelosa de mi bien.

RUGERO.

¡Plega al cielo que le den
Á Alfonso la monarquía
Y que nos vamos á España!

MARGARITA.

Grita en el palacio suena.

RUGERO.

Su plaza, del vulgo llena
De gente propia y extraña
Que á la elección ha venido,
Y con los embajadores
Aguarda á los electores.

Dentro digan:

¡Rodulfo, Rodulfo ha sido!

MARGARITA.

¡Ay, de mi Rodulfo dijo
Aquella voz!

RUGERO.

Puede ser,
Que es noble y de gran poder.

MARGARITA.

Ya se aumenta el regocijo.
Corriendo van los caballos;
Los pretales oigo aquí:
¿Si dicen Rodulfo?

RUGERO.

Sí,
En cuanto puede escuchallos.
Mas también puede haber sido

Suenan los pretales de cascabeles.

Nombralle por disfavor:
No Rodulfo vencedor,
Sino Rodulfo vencido.

Dentro:

¡Rey de Bohemia, Bohemia!

MARGARITA.

Bohemia dicen allí;
Aun Otón, si fuese ansí,

Suenen cada vez los pretales como que corren con la nueva.

Más justamente se premia,
Que es Rey en fin.

RUGERO.

Gran valor
Tiene Rodulfo, señora.

(1) *Nube*, dice erradamente la edición antigua.
(2) *En bando* (primera edición).
(3) *Triberio*.
(4) *Este mundo*, errata de la edición antigua.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Dentro:

¡Vítor, vítor!

RUGERO.

Oye agora,
Del junto vulgo el favor.

Dentro:

¡Rodulfo, Rodulfo, el Conde!

MARGARITA.

¿Sabes que me maravilla
Que nunca dicen Castilla,
Ni nadie España responde?

Dentro:

¡Ganen la apuesta, galanes!

Otro dentro:

¡Otón es César Augusto!
¡Mentís!

MARGARITA.

Temblé, con el susto,
Toda, de la frente al pie (1):
Parte, por tu vida, allá;
Mira lo que ha sucedido.

RUGERO.

Voy.

MARGARITA.

La esperanza he perdido;
Sospechosa el alma está.

Entre D. Juan, y un criado dándole la espada.

TOLEDO.

Muestra, Mendoza, la espada;
Mal haya el consejo adonde
Sin ella un hombre responde.

MENDOZA.

España queda agraviada.

Dentro:

¡Rodulfo, Rodulfo, el Conde!

MENDOZA.

Todos le nombran con gusto.

TOLEDO.

Yo, con enojo y disgusto:
¡Vive Dios, si ésta tuviera,
Que el de España se eligiera!

Dentro:

¡Rodulfo, César Augusto!

TOLEDO.

Dadle priesa, ciudadanos,
Extraños y franconfordes;
Llevad hachas en las manos,
Que ansí agora estáis concordes.

(1) Falta la rima.

Dentro:

¡Rodulfo, Rey de romanos!

MENDOZA.

No cesan.

TOLEDO.

Ni cesarán.

MENDOZA.

Voces unísonas dan
La mujer, el niño, el hombre.

TOLEDO.

Gastarle querrán el nombre.

MENDOZA.

Y aun el oro gastarán.

TOLEDO.

Y aun tiene un grande poder
En lo que dices, Mendoza:
¿Qué empresa podrá temer,
Qué pensamiento no goza,
Qué pretensión, qué mujer?

MENDOZA.

Pues ¿cómo entre tanta grita
Te acuerdas de Margarita?

TOLEDO.

Pues ¿no queréis que me acuerde?

Entra Alberto.

ALBERTO.

¡Que Otón este imperio pierde,
Y de sus hombros se quita!
¡Ah, ignorantes electores!

TOLEDO.

Éste es el embajador
De Otón.

ALBERTO.

Presto haré que llores,
Alemania, este rigor
De esos cobardes traidores.
¡Rodulfo, Rodulfo! ¡Ah, cielo!
No me traga vivo el suelo
Antes que escuche su voz.

MENDOZA.

¡Oh, cómo sale feroz!

TOLEDO.

Con su dolor me consuelo.

ALBERTO.

¿Qué hará el confiado Otón,
Que este imperio pretendió?
Reventará de pasión,
Que su esperanza temió
Segura la posesión.
Pues, soberbios alemanes,
Haced gente y capitanes;
Que ya Otón, por su venganza,
Pone en el ristre la lanza
Y al viento los tafetanes.
Por él, á cuanto se encierra
Desde la una á la otra parte
En vuestra alta y baja tierra,
Os asegure que Marte

Os ha de abrasar con guerra.
¡Al arma, valiente Otón!
Defienda en esta ocasión
Rodulfo su injusto imperio.

Váyase.

TOLEDO.

Nadie con más vituperio
Salió de aquesta elección

Dentro:

Rodulfo, César Augusto,
Padre de la patria, y Rey
De romanos, digno y justo
Defensor de nuestra ley!

MENDOZA.

Ya salen.

TOLEDO.

De verlos gusto.

Toquen chirimías, y salgan dos maceros y acompañamiento, y los seis electores, tres Grandes y tres Arzobispos.

PALATINO.

Vayan Vuestras Señorías;
Que los he de acompañar.

TOLEDO.

¡Qué graciosas cortesías!
Ved que me han hecho esperar
Al cabo de tantos días.

MENDOZA.

¿Cuál es Duque de Sajonia?

TOLEDO.

Aquel alto que acompaña
Al Prelado de Colonia.

MENDOZA.

¡Qué basa de gente extraña!

TOLEDO.

No tuvo más Babilonia.
De Bradamburgue el Marqués,
Va en medio de los tres;
Luego el que mi mal pronuncia,
Arzobispo de Maguncia.

MENDOZA.

¿Y aquél?

TOLEDO.

De Tréveris es.

MENDOZA.

¿Y éste?

TOLEDO.

El conde Palatino:
Ven, que con este disgusto
Mañana á España camino.

Dentro:

¡Rodulfo, César Augusto!
¡Sí, pero Alfonso más dino!

Salen un alguacil, un pregonero y una caja.

ALGUACIL.

Aquí en la rua mayor
Alzad la voz; que la gente,
Como es más, crece el rumor.

PREGONERO.

Mal conoces el corriente
De mi garganta, señor.
Oirán los sordos y mudos,
Los animales más rudos
Y las estrellas del cielo.

ALGUACIL.

Di, pues, lo escrito.

PREGONERO.

Dirélo,
Que merezca diez escudos.
Mi padre, aunque zapatero,
Me crió para contralto
De aquesta iglesia primero;
Mas vine á cantar tan alto,
Que vine á ser pregonero.
Fué la voz de calidad,
Que en toda la vecindad
No me pudieron sufrir,
Porque de puro subir,
Me quebré por la mitad.
Mas no hay hombre que me venza,
De mi oficio, en ocasión
De echar la barba en vergüenza.

ALGUACIL.

Aquí prosigue el pregón;
Toca esa caja y comienza.

PREGONERO.

«Manda el Ilustre Señor
Duque Asfelt, Gobernador
De Franconfordia, que luego
Enciendan luces y fuego
Desde el pequeño al mayor;
Y que adornen las ventanas
De rica tapicería
Por nueve alegres mañanas,
Y muestren su bizarría
Las hermosas ciudadanas;
Hagan máscaras con gusto,
Que les darán galardón,
Que todo contento es justo
Por la divina elección
De Rodulfo, siempre Augusto.»

ALGUACIL.

Bien has dicho; toca y vamos.

Váyanse.

TOLEDO.

¡Buenos, por tu vida, estamos,
Cuando España se entristece!

MENDOZA.

Ansí en el mundo acontece;
Lo que éstos ríen, lloramos.

TOLEDO.

¿Cómo veré á Margarita

Para despedirme de ella?

MENDOZA.

Entre la confusa grita,
Bien podrás hablar con ella
Si acaso las luces quita;
Que si no, ¿qué duda pones
Que las hachas y blandones,
Aunque te arreboces más,
Te descubran?

TOLEDO.

Y ¿no das
En que ha de haber invenciones?
Ven, que de máscara puedo
Hablar y verla sin miedo.

MENDOZA.

Qué ¿te vestirás?

TOLEDO.

No sé;
El bordado llevaré
De las cañas de Toledo.

Éntrense, y con música descubran el lienzo del vestuario, con muchas luminarias en papeles de colores, y Margarita en lo alto, y Camila, criada.

MARGARITA.

Bien persuadirte podrás
Cuánto el placer me entristece.

CAMILA.

Sin decirlo se parece,
Callando lo muestras más:
La noche se ha vuelto en día;
Todos con luces celebran
La elección.

MARGARITA.

Á mí me quiebran
Las mismas del alma mía.

CAMILA.

Ya estás, mi señora, extraña.

MARGARITA.

Pésame que solemnicen
Al Conde, y desautoricen
Las pretensiones de España;
Y pues sabes que la mía
Cesa con irse don Juan,
Cree, Camila, que me dan
Sus fiestas melancolía.

CAMILA.

Tanta pena ha recibido,
Que se va sin ver las fiestas.

MARGARITA.

¿Piensas tú que lo son éstas
Para quien tanto ha perdido?

CAMILA.

Más bien puesto estaba Otón,
Y habrá de tener paciencia.

MARGARITA.

Hay en valor diferencia.
¿Qué es esto?

CAMILA.

Máscaras son.

Suenan chirimías, y salgan un Hércules con un mundo, y máscaras detrás con hachas.

CAMILA.

¡Ah, caballero!

MÁSCARA.

¿Quién llama?

CAMILA.

¿Qué es la máscara? decid.

MÁSCARA.

Letra lleva.

CAMILA.

¿Á ver?

MÁSCARA.

Oid,
Que á fe que es cosa de fama:
Para que descanse Atlante,
Yo, Rodulfo, Hércules nuevo,
El mundo en mis hombros llevo.

MARGARITA.

No vi frialdad semejante.
¿Queréismela declarar?

MÁSCARA.

Por Atlante, significo
El ya muerto Federico.

Tocan.

MARGARITA.

Vos lo merecéis estar.

CAMILA.

Calla, por Dios, que dirán,
Como no sea en la casa,
Y no saben que te abrasa
El loco amor de don Juan,
Que tu padre hace traición
Á Rodulfo.

MARGARITA.

Gente suena;
Hasta el son me causa pena:
Tales mis desdichas son.

Máscaras con hachas salgan coronando á Rodulfo.

Tocan.

CAMILA.

Sin duda que éstos coronan
Á Rodulfo.

MARGARITA.

Así es verdad (1),
Roma y Franconfordia entronan;
Éste es Italia la bella,
Y éste, Alemania la fuerte,
Y éste, Rodulfo,

MARGARITA.

De suerte
Que hoy sale y hoy entra en ella.

MÁSCARA.

Nuestro deseo le ha dado
Esta corona que veis.

(1) Falta un verso.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MARGARITA.

Pontífices os hacéis,
Debéis de haberlo soñado;
No llevéis esa frialdad
Al Senado, si es discreto.

MÁSCARA.

Vos sois la cifra, os prometo,
De toda la necedad.

CAMILA.

Ya te entiendo, ¡por mi vida!

MARGARITA.

No será esta culpa sola;
Que tengo el alma española
Y no la encubro ofendida.

Tocan chirimías, y un león con una espada, en pie, y en tres cadenas tres reinos en figuras de hombres; D. Juan de Toledo, y Mendoza detrás, vestidos de librea, con hachas.

CAMILA.

Éste trae buena invención.

MARGARITA.

Déjame á mí preguntar:
¿Qué quiere significar,
Caballero, este león?

TOLEDO.

Éste es el león de España,
Y éstos tres, tres reinos son
Que ya pone en sujeción
Y su espada en sangre baña:
Borgoña, Alemania y Flandes
Son los tres.

CAMILA.

¡Qué atrevimiento!

MARGARITA.

¡Oh, qué hermoso león sangriento,
Digno de hazañas tan grandes!
Daros quiero colación.

Echa desde alto una fuente de confitura sobre ellos.

TOLEDO.

Siendo vos sereno cielo,
Granizas, señora, el suelo.

CAMILA.

Don Juan y Mendoza son.

TOLEDO.

Mirad, Margarita bella,
Que á mal agüero he tenido
Del dulce tiempo perdido
El favor de vos y de ella.
No más colación, no más,
Que derramas mis porfías,
Las dulces venturas mías
Que no cobraré jamás.

MARGARITA.

¡Ay, mi querido león!
¿Qué pronósticos son esos?

TOLEDO.

Ya os lo dicen los sucesos
De aquesta injusta elección,
Que apresura mi partida.

MARGARITA.

Luego ¿ese león no ata
Los tres reinos de quien trata,
Sino esta alma, gusto y vida?
Luego ¿estas luces no son
Fiestas del nuevo concierto,
Sino de entierro de un muerto,
Que es mi ausente corazón?
Luego ¿esta música ya
Son campanas y clamores
Del alma que en los rigores
Del ausencia muerta está?
Luego ¿á España os vais, don Juan?

TOLEDO.

Voyme, señora, por fuerza;
Que á decirlo, al fin, me esfuerza
La priesa que aquí me dan.
¡Oh negocios! ¡Oh desdichas!
Mas pues lo sentís ansí,
Alargaré desde aquí
Mis cuidados y desdichas.
Mañana pensé partir,
Y hoy me pienso detener.

MARGARITA.

Sólo os puedo responder
Que por vos vuelvo á vivir.
Como caballero hacéis,
Y como español gallardo.

TOLEDO.

Si amé, si lo que me tardo
Á vuestra cuenta ponéis.....

MARGARITA.

¿Eso dudáis? Entrad luego,
Que hay de hablaros ocasión;
Que estos alborotos son
De nuestras almas sosiego.

TOLEDO.

¿Habrá lugar?

MARGARITA.

Sí.

TOLEDO.

Mendoza,
Recoge esa gente y ven.

MENDOZA.

¿Piensas gozarla?

TOLEDO.

También.

MENDOZA.

¡Vive Dios, que es linda moza!

Salen el Rey de Bohemia, Otón, y Etelfrida, Reina, de caza; acompañamiento de criados, Ataulfo, Doricleo y caballeros.

OTÓN.

¡Cómo! ¿que un ave tan vil
Pudo matar un azor?

ATAULFO.

Sí, señor.

OTÓN.

¡Bravo rigor!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DORICLEO.
¡Extraño lance!
ATAULFO.
Sutil.
OTÓN.
Monstruo ha sido.
DORICLEO.
Y gran portento.
ATAULFO.
¡Extraño prodigio!
DORICLEO.
Grande.
OTÓN.
Decidle á la Reina que ande:
Sabrá de mi boca el cuento.
ETELFRIDA.
Aquí vengo, y ya lo sé.
OTÓN.
Pues ¿cómo, mi bien, no habláis?
¿De qué tan suspensa estáis?
¿Qué tenéis que enojo os dé?
¿Ha hecho del sol la furia,
De envidia de la belleza
De esa divina cabeza,
Á su bella frente injuria?
¿Por ventura os ha cansado
La aspereza de la sierra?
La caza imita á la guerra;
Habraos su guerra enojado.
Por eso dejé las fieras
Y mandé seguir las aves,
Dando á los aires suaves
Alas de plumas ligeras.
Que, según corren por él
Alegres, altas y bellas,
Pienso que él vuela con ellas,
Que ellas no vuelan con él.
ETELFRIDA.
Eso sólo me ha enojado.
OTÓN.
¿Las aves, señora mía?
No haya más desde este día
Si ellas enojo os han dado.
Cortad á todas los cuellos,
Despedid mis cazadores,
No haya á mi mesa ventores,
No más cuidado con ellos.
Mis azores de Noruega
Y mis aletos indianos,
No anden más en vuestras manos
Ni en los aires de esta vega.
Gerifaltes, halconetes,
Buhos, sacres, baharíes,
Primas, torzuelos, neblíes,
Halcones y gavilanes (1),
Tuerza una mano cruel,
Y porque no me alborote,
Ni parezca un capirote
Ni suene más cascabel.

(1) Falta la rima.

Ya no más mudas ni crías,
Las alcandoras romped.
ETELFRIDA.
Que no entendisteis creed,
Señor, las tristezas mías;
Que antes de mi gusto son,
Y merced recibiré
En que ya de hoy más esté
La caza en más perfección.
OTÓN.
Pues ¿qué os disgusta?
ETELFRIDA.
Haber visto
Matar una ave ratera
Un halcón de tal manera,
Que el llanto apenas resisto.
Y hame dado mal agüero
De que no os han elegido,
Y en vuestro lugar lo ha sido,
Algún príncipe extranjero.
OTÓN.
No os dé pena, ¡por mi vida!
Segura está mi elección
Donde interés ó pasión
No puede ser admitida.
Son los electores nobles
Y conocen mi poder.
ETELFRIDA.
En los nobles suele haber
Muchas veces tratos dobles.
No lo habéis solicitado
Como el caso requería;
Si el que pide no porfía,
Duerme el que da, descuidado.
De cien veces, las noventa,
La diligencia, señor,
Tiene sentencia en favor.
OTÓN.
Sin causa estás descontenta.
Ya conocen mi persona
Los dueños de esta elección;
Con sólo el decir Otón,
Pide á voces la corona.
Que mal puede el noble hermano
De este Rey de Ingalaterra,
Con cuatro leguas de tierra,
Ni el español castellano,
Competir con la grandeza
Del Rey de Bohemia, Otón;
Y por eso el muerto halcón
Amenaza su cabeza.
Y aquel ave significa
La humildad con que pretendo
Lo que con razón defiendo.
DORICLEO.
¡Qué bien el agüero aplica!
ATAULFO.
Esté Vuestra Majestad
Seguro del sacro imperio;
Que ese agüero es el misterio
De su discreta humildad;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tanto, que ya en su corona
Los arcos puede añadir.

Alberto éntre, de camino.

ALBERTO.

Hasta aquí quise venir
Con esta nueva en persona.

OTÓN.

¡Oh Alberto, mi embajador,
Seas bien venido!

ALBERTO.

Creo
Que habíais tenido deseo
De mi venida, señor.

OTÓN.

Tú mismo puedes juzgallo,
Aunque me tienes incierto.

ALBERTO.

Por los ijares he abierto
Desde la corte el caballo.

OTÓN.

¿Cómo albricias no has pedido?

ALBERTO.

¿De qué las he de pedir?

OTÓN.

No tienes más que decir;
Que ya te tengo entendido.
Desde que te vi llegar,
Vi en tu rostro y lengua muda
Mis esperanzas en duda,
Y sin ella mi pesar.
En fin, ¿no me han elegido?

ALBERTO.

No, señor.

OTÓN.

¡Ah Reina! ¡Ah, cielo!

ETELFRIDA.

No era, señor, mi recelo
Tan vanamente creído.

OTÓN.

¿Es posible? ¡Ah, gente fiera!
¡Ah, electores inhumanos,
Sólo en el nombre cristianos;
Que á saberlo no os creyera!
Por esto no os di interés;
Sabe Dios que le tenía,
Y así la justicia mía
Habéis tenido á los pies.

ETELFRIDA.

Mi Otón, ¡desdicha notable!

OTÓN.

Sepamos, Reina, el que ha sido
En competencia elegido:
Quizá es negocio inculpable.
¿Es el de España? Responde.

ALBERTO.

No, señor.

OTÓN.

¿Es el inglés?

ALBERTO.

Es Rodulfo.

OTÓN.

¿Quién?

ALBERTO.

Él es:
El conde Rodulfo.

OTÓN.

¿El Conde?

ETELFRIDA.

Eso ya se ve que ha sido
Maldad tan notoria y clara,
Que me han salido á la cara
Colores de haberlo oído.
¡Rodulfo! Al cielo divino
Hago voto y juramento,
Si no os armáis y al momento
Ponéis el campo en camino,
De no tener, aunque os ama
El alma y dueño os confiesa,
Silla, Rey, en vuestra mesa,
Ni lugar en vuestra cama.
Jamás me tendréis contenta
Ni cesarán mis enojos,
Si no os armáis en mis ojos
Como espejo desta afrenta.
Ó dadme la gente á mí,
Yo iré á la guerra por vos:
¡Oh, dura gente sin Dios,
Ál Rey no, al Conde sí!
¡Al Conde! ¡Cómo! ¿No era,
Ya que Otón no os agradaba,
Mejor el que electo estaba
Y que de España viniera?
Muero en pensarlo; hoy me muero
Si el campo de Otón no marcha,
Por Julio al sol, y á la escarcha,
Por la inclemencia de Hebrero.
No hay consuelo para mí
Si Otón no cobra el imperio;
Que ha sido este vituperio
Del Rey, del reino y de mí.

OTÓN.

Ea, bohemios fuertes, ya es llegada
La sazón en que yo conocer puedo
Qué vasallos me sirven, y vosotros,
Qué Rey os manda, os ama y os estima:
No por mi honor, que siendo Rey me sobra,
El imperio sagrado pretendía;
Mas porque quien os tiene por vasallos,
Ha de ser más que rey, ó rey del mundo:
Si lo fuera Alemania, y si Rodulfo
Fuera Alejandro, Aquiles, Pirro ó César,
La corona imperial tendrá mi frente,
Y el sacro imperio mis valientes hombros,
Que yo tengo hombros y hombres para todo;
Dejad las jabalinas y venablos,
Vengan lanzas de ristre, y escopetas;
Dejad las galas verdes de la caza,
Vengan las armas de la sangre rojas.
Vos, Ataulfo amigo, de esta empresa
Sois general, y Doricleo teniente;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El maestre de campo Alberto sea,
Y esta noche nombremos capitanes.

ETELFRIDA.

Quiérote dar mis brazos, Otón mío,
Que nunca más galán me pareciste
Que ahora con aquesa honrada cólera.

OTÓN.

Mal conoces á Otón.

ETELFRIDA.

Á las mujeres
Ninguna cosa más nos enamora
Que el valor de los hombres como el tuyo;
Un cobarde, aunque sea gentilhombre,
No hay mujer tan ratera á quien agrade;
Y un valiente, aunque feo, agrada mucho.
Tú estás agora gentilhombre y bravo.

OTÓN.

Vamos donde tus ojos sean espejo;
Y apercibid mis armas, Ataulfo.
¡Muera Rodulfo vil!

TODOS.

¡Muera Rodulfo!

ACTO SEGUNDO.

Salen caja y bandera; en orden, soldados, Doricleo, Ataulfo, Alberto, Otón, y en la ventana la Reina.

ETELFRIDA.

Mi querido Otón, adiós,
Y en vuestra custodia y guarda
Vaya el Angel de la Guarda.

OTÓN.

Basta, mi bien, que vais vos:
Que aunque es verdad que es tan alta
De un ángel la compañía,
Si él me faltase, podría
La vuestra suplir su falta.
Que si al hombre Dios crió
Del ángel, tan poco menos,
De ese menos á lo menos
Poco al ser ángel faltó.
Que una mujer virtuosa,
Casta, varonil y santa,
Merece alabanza tanta,
Mejor que la que es hermosa.
Y si á la hermosa dan nombre
De ángel por alabanza,
La que éste tan buena alcanza,
Mejor es que ángel se nombre.

ETELFRIDA.

No os quiero agora tan tierno,
Sino más fuerte y feroz;
Que la afeminada voz
Desdice al marcial gobierno.
Como el que muere ha de ser
El hombre que va á la guerra,
Que lo que deje en la tierra
No piense volver á ver.
Perdono vuestras ternuras
Al amor que me tenéis,
Porque aún sentido no habéis
Cuánto son las armas duras.
Nunca Scipïón venciera,
Ni al fiero español domara,
Si á su gente no quitara
Lo que tierno entre ellos viera.
La música, las mujeres,
Todo, en fin, supo quitallos;
Que las armas y caballos
No quieren tantos placeres.
Alejandro á sus soldados,
Que en sus conquistas y alardes
Iban flojos y cobardes,
Del oro indiano cargados,
Les quitó por fuerza el oro.
Y estando pobres, vencieron
Cuantas guerras emprendieron
Libres del rico tesoro.
No os traigo ejemplos, que vos
No los habéis menester;
Soy, Otón, vuestra mujer:
Que me queráis manda Dios.
Y que lo hagáis agradezca;
Mas suspéndase mi amor
Mientras al marcial furor
Esas ternuras ofrezca.
No suene la tierna voz,
Sino la caja sonora
Y la trompa vencedora,
Hiriendo el aire feroz.
Alegre la chirimía
El caballo castellano,
Que abra el suelo con la mano,
Viendo la silla vacía.
Huela pólvora y no algalia,
Bullan galas soldadescas,
Y no cueras de olor frescas
Con pasamanos de Italia;
Que espero en Dios, mi señor,
Que volveréis victorioso

OTÓN.

Hablé galán, como esposo;
Perdonad si ha sido error.
En vuestros ojos presentes
Excusé fieros alardes,
Porque, en fin, es de cobardes
Ser con mujeres valientes;
Allá, con el enemigo,
No he de estar enamorado:
Si haberos ángel llamado
Fué culpa, dadme el castigo.

ETELFRIDA.

¡Ojalá que yo lo fuera
Como vos me lo llamáis,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y que á la guerra que vais
Acompañaros pudiera!
Que por tan diversas vías,
Por tierra ó por mar cruel,
Fuera siempre el Rafael
De tan gallardo Tobías.
No os enojéis, Otón mío;
Que si ocasión os he dado,
Fué por veros enojado
Para veros con más brío.
Las gracias de los amantes
Al descuido han de pedirse,
Porque no pueden sufrirse
Con cuidados semejantes.
Así yo con invención
Os quiero mirar brioso,
Para veros más hermoso
Sin que entendáis la razón.

OTÓN.

Sois, Reina, discreta en todo;
Dais á entender sin pesar,
Lo que queréis avisar,
Por extraordinario modo;
Con licencia vuestra quiero
Marchar y salir de aquí.

ETELFRIDA.

Con vos voy.

OTÓN.

Y vos en mí.

ETELFRIDA.

Con la victoria os espero.

OTÓN.

No volveré á vuestra puerta
Sin la corona imperial.

ETELFRIDA.

De este palacio Real
Mayor la hallaréis y abierta,
Porque para entrar por ella
No cabréis si no se ensancha;
Que la Imperial es muy ancha
Y está el mundo encima de ella.

OTÓN.

Yo os doy palabra, mi amor,
No venir sin ella á veros:
Adiós.

ETELFRIDA.

Adiós, caballeros;
Servid al Rey mi señor.

ATAULFO.

Crea Vuestra Majestad
Que le hemos de dar la vida.

ETELFRIDA.

¡Adiós, mi Otón!

OTÓN.

¡Mi Etelfrida,
Adiós! Tocad y marchad.

Sale un mayordomo y criados.

MAYORDOMO.

Poned ese estrado bien,
Y aquesta silla imperial.

CRIADO.

Luego ¿la silla está mal?

MAYORDOMO.

Y el dosel lo está también.

CRIADO.

No viene bien éste aquí:
Mejor estaba el pasado.

MAYORDOMO.

Ése á la iglesia se ha dado,
Y el estrado carmesí.

CRIADO.

Es hecho cristiano y santo.

MAYORDOMO.

Y digno del gran valor
De Rodulfo, Emperador,
Del mundo gloria y espanto;
Cuanto sirve en estas fiestas
Á pobres lo manda dar.

CRIADO.

¿Qué días han de durar?
Que ya, señor, son molestas.
Son á los de afuera buenas,
Que aquí se asoman despacio,
Mas para los de palacio
De pena y cansancio llenas.

MAYORDOMO.

No pasarán de este mes;
Que es ya la costa excesiva.

Dentro:

¡Viva nuestro César, viva!

MAYORDOMO.

La música suena: él es.

Salgan con chirimías el emperador Rodulfo y el conde Arnaldo, y acompañamiento; siéntense en su silla debajo de dosel, y los demás se arrimen.

RODULFO.

Fué esta tarde bizarra con extremo,
La carrera gallarda, conde Arnaldo.

ARNALDO.

En fin, ¿os agradó, César supremo?

RODULFO.

Apenas sé decirlo; imaginaldo.

ARNALDO.

La poca fiesta de esta noche temo.

RODULFO.

¿Quién la ha trazado?

ARNALDO.

Dicen que Cotaldo.

RODULFO.

Creed que el secretario es muy discreto.

ARNALDO.

Y vos, señor, un Príncipe perfeto.

RODULFO.

Los caballos del Duque fueron nueve,
Y buenos los mejores que yo he visto;
Que no los haya, sustentar se atreve,
Mejores desde el Cancro hasta Calixto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Por qué son nueve?

ARNALDO.

Á imaginar se mueve,
Si es que con los tuyos le resisto,
Que son los nueve de la fama.

RODULFO.

Es justo;
Refiérelos, Arnaldo, por mi gusto.

ARNALDO.

Con la espada manchada á moscas negras,
Entró don Félix sobre un turco blanco,
Más que en Olimpias y soberbias Flegras,
Aquí gigante, destrozado y manco;
Y pues que refiriéndolo te alegras (1),
Mostrándose á la tierra el cielo franco,
De damas en balcones y ventanas,
Al sol acompañaron mil mañanas;
Los ocho se dividen, y él aplica
Á un tiempo á entrambos lados las espuelas,
Aliéntale el bocado, corre y pica.

RODULFO.

Parece, Conde, que á su lado vuelas.

ARNALDO.

Al puesto llega, párase, y duplica
De las estampas las herradas huellas;
Luego, con pie siniestro, á mano diestra
Le hiere, y vuelve á la primera muestra;
Á un villano de España, que de plata
Una pequeña estrella trae en la frente,
Con una azul mochila, y de su ingrata
Mil cifras de oro y nácar transparente,
La rienda Horacio coge, y se dilata
Con mucha gracia á tiempo conveniente;
Ya sabes que es Horacio su sobrino.

RODULFO.

Y que há muy poco que de Italia vino.

ARNALDO.

Con las piernas y espuelas le desvía;
Á un punto le levanta, alza la mano,
Y con un salto al aire le confía,
Que el Pegaso imitar pretende en vano;
Da luego un paso, y otra vez le envía
Á que sobre los vientos busque el llano,
Y como ondea el mar, ya bajo, ya alto,
Así le mueve tras el paso al salto.
Á corvetas después suave y tardo.
Vino Leonero en un feroz jinete,
De la costa de Córdoba gallardo,
Que apenas sufre que el ijar le apriete;
Álzase en alto, y entre el polvo pardo,
Todo en las ancas al caer se mete,
De suerte que los pies, aunque no quiera,
Vuelve á imprimir en la señal primera:
Del salto á las corvetas después vuelve,
Y no haciendo jamás estampa nueva,
Alza el siniestro pie, y en tres resuelve
El peso todo, y el que encima lleva;
Luego, á la mano diestra se revuelve,
Danzando así donde la vara mueva;
Que al paso de la mano, ó baja ó alta,
El andaluz overo danza y salta.
Isminio luego, con su bayo obscuro,
Y en dos bárbaros, Pánfilo y Aluesto,
Arena levantando al aire puro,
La palestra ocuparon de aquel puesto.
Un melado de Frisa trujo Arturo,
Galán de entrambas sillas y dispuesto;
Codro, un tordillo, á lo que pienso, franco,
Corto de cuello y que bebió con blanco.
El Duque, en un rosillo, por la arena
Entra gallardo, y los ijares bate,
Alza el bocado que la boca enfrena,
Para que el salto al viento se dilate;
Toca la espalda, de remiendos llena,
La vara al mismo son del acicate,
Y mientras el caballo al aire pende,
Dos coces en un tiempo al cielo extiende;
Las narices torció de suerte hinchadas,
Y cada hueco de manera abierto,
Que pudieran las venas ser lineadas,
Y el músculo más breve descubierto:
Apenas las arenas lastimadas
Tocan las plantas, cuando el Duque, experto,
Con pies y freno se levanta en alto,
El hierro al viento hasta el tercero asalto.

CRIADO.

Ya están los de la fiesta apercibidos.

RODULFO.

¿Qué ha compuesto Cotaldo?

CRIADO.

Dos pastores.

RODULFO.

¿Para tratar del campo introducidos,
Ó para celos y cuestión de amores?

CRIADO.

Sobre celos están desavenidos:
Uno dice que son de amor favores,
Y otro dice que no hay amor con celos.

RODULFO.

Pues si lo he de juzgar, salgan y oirélos.

Salen Lidia, pastora, y Anfriso, pastor.

ANFRISO.

Basta, Lidia, que presumes
Vencer en esta cuestión,
Y todo cuanto resumes
Es mostrar la sinrazón
Con que mi vida consumes.
Juzguen tu engaño los cielos,
Y duélanse de mis duelos;
Que es un notable rigor
Decir que no tengo amor
Porque me abraso de celos.

LIDIA.

Torno á sustentar, Anfriso,
Que no es amor el celoso.

ANFRISO.

Pues ya no culpo tu aviso;
Mi desdicha es más forzoso,

(1) *Te aseguras*, dice equivocadamente la primera edición.

Que ella lo pudo y lo quiso;
Si no es amor el que cela,
El tuyo ha sido cautela.
Digo que me has engañado,
Ó sin amor has amado,
Que es decir que el fuego hiela.

LIDIA.

¿Qué es amor?

ANFRISO.

Deseo de saber
Que la hermosura conquista.

LIDIA.

¿Quién le engendró?

ANFRISO.

Los suaves
Espíritus de la vista,
Que son del alma las llaves.

LIDIA.

¿Qué es lo primero?

ANFRISO.

El deseo.

LIDIA.

¿Que viene tras desear?

ANFRISO.

Celos.

LIDIA.

¿Qué es celos?

ANFRISO.

No creo
Que jamás supiste amar,
Pues vas por ese rodeo.
Celos, Lidia, es un temor
Que en su amiga la sospecha
Dicen que engendra el amor.

LIDIA.

Qué, ¿no es su mujer?

ANFRISO.

¡Qué estrecha
Cuenta de un largo dolor!
No es su mujer, que es su amiga.

LIDIA.

¿Qué adúlteros son? (1)

ANFRISO.

Á bastardos los obliga.

LIDIA.

¿Qué es su efecto?

ANFRISO.

Tener llena
El alma de su fatiga.

LIDIA.

¿Qué es su fatiga?

ANFRISO.

Pensar
Un hombre que ha de perder
Lo que otro puede ganar.

LIDIA.

¿Ves como eso no es querer?

ANFRISO.

¿Con qué lo piensas probar?

LIDIA.

¿No piensa mal el que piensa
Que su dama le hace ofensa?

ANFRISO.

Mal piensa.

LIDIA.

Luego no ama
El que á su amada disfama
Si amor le obliga á defensa.

ANFRISO.

No es querer mal pensar mal,
Sino temer mal suceso,
Que ésa es desdicha fatal.

LIDIA.

Amor que es amor de peso,
Tiene la balanza igual;
La honra y buena opinión
Un peso tienen, Anfriso,
Y otro la satisfacción.
Amor pesa, y nunca quiso
Peso falto en la razón;
Siempre ha de estar en un fil;
Que si por no ver es fe
Quien tiene fe y es sutil,
Ya le falta fe, pues ve
En quien ama cosa vil.
Cuanto más que eso no es bien,
Que no hay más que reprender,
Sino sólo sospechar,
Y es sospechar, en amar,
Principio de aborrecer,
Pues quien comienza algún vicio
Ya pasó de la virtud.

ANFRISO.

Quieres quitarme el jüicio,
Y con esa ingratitud
Sacar la razón de quicio.
Amor, vuelve aquí por mí:
Si amar es temor, y aquí
Este temor celos llaman,
Esos que recelan, aman:
¡Aquí de Dios! ¿No es así?
Harásme que tome el viento;
Bueno es que no llegue amor
Ingrata, á tu entendimiento,
Y por tenelle mejor,
Pruebes tu falso argumento.
Amor es deseo.

LIDIA.

Concedo.

ANFRISO.

El deseo es esperanza.

LIDIA.

Concedo.

ANFRISO.

Esperanza es miedo.

LIDIA.

Concedo.

ANFRISO.

Desconfianza
Es miedo.

(1) Falta la rima y sílabas á este verso.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LIDIA.

Negar no puedo.

ANFRISO.

Desconfiar es celar;
Celos, efecto de amor;
Luego celar es amar.

LIDIA.

Niego.

ANFRISO.

Pruébalo mejor,
Y harásme desesperar.

LIDIA.

Amar es querer.

ANFRIJO.

Concedo.

LIDIA.

Quien quiere confía.

ANFRISO.

Sin duda.

LIDIA.

Quien confía pierde el miedo;
El que no teme no duda;
El que duda estáse quedo;
Un firme nada recela;
Pero celar es cautela,
Pues quien engaña no ama;
Luego ya amor no se llama.

ANFRIJO.

Eres de engaños escuela.

Sale Leonido.

LEONIDO.

Aunque parece atrevimiento grande
Interrumpir tus fiestas, Cesar ínclito,
La ocasión no permite otro respeto:
El fiero Otón, el Rey bohemio, tiende
Veintisiete banderas á los vientos,
Con trece mil infantes valerosos,
Españoles, tudescos y bohemios,
Sin otros que conduce italïanos.
Trae cinco mil caballos; y de suerte
Viene talando el campo de tus tierras,
Que ya se atreven á las grandes villas,
Y ponen cerco á las ciudades grandes.
La fama y los correos han llegado
Á un tiempo mismo á tu palacio y corte:
Agora mira lo que hacer pretendes.

RODULFO.

Cesen las fiestas, cesen ya las galas,
No haya más regocijo, caballeros,
Resistamos la furia del contrario,
Que está agraviado, y viene riguroso,
Que con tanto secreto y tanta prisa,
Que ha igualado su prisa y el secreto.
¿Baja Otón á mi tierra, Otón se atreve
Contra elección que aprueba todo el mundo,
Con bendición y gusto del Pontífice?
¿No ve que á la verdad es imposible
Contrastarla jamás poder humano,
Sino es por los pecados de su dueño?
¡Esa esperanza tuvo, esa arrogancia
Encubrió la humildad con que pedía
La sagrada corona de este imperio!
¡Oh, corona envidiada: si alcanzarte
Cuesta lo que juzgar Rodulfo puede,
No será conservarte menos gloria!
¡Á las armas, valientes caballeros!
Resistamos á Otón, que es arrogante;
Y al que corre furioso, sólo un niño
Que se detenga le derriba al suelo.
Desdoblad mis banderas, y las águilas
De Roma coronadas justamente;
Que yo quiero regiros en persona.

ARNALDO.

Si Otón te mira el rostro y no se rinde,
Invictísimo César, Otón viene
Á malograr su vida entre tus armas.

RODULFO.

Vos sois mi general, Arnaldo.

ARNALDO.

Beso
Sus pies Reales.

RODULFO.

¿Quién es el contrario?

LEONIDO.

Ataulfo decían.

RODULFO.

Vamos luego;
Que me río de Otón y de Ataulfo.

ARNALDO.

¡Viva el Emperador!

TODOS.

¡Viva Rodulfo!

Salen Otón, Alberto y Ataulfo.

OTÓN.

Prosigue.

ALBERTO.

Estaba el conde Palatino
Del español oyendo la arrogancia,
Con Federico, que de Londres vino;
Hizo con más fuerza que elegancia
Una larga oración del parentesco
Que tiene España con San Luis de Francia;
Y luego, blasonando al viento fresco,
Amenazó desde el bohemio al franco,
Y desde el anglo al borgoñón tudesco.
Yo entonces, de colérico más blanco
Que el más blanco papel, aunque el respeto
Del Conde miro si la espada arranco,
Le digo en alta voz como es secreto:
«El valor de tu Rey discreto ha sido
En publicarle para el mismo efeto;
Que Federico y yo no hemos querido
Loar el gran valor de nuestros dueños,
En cuanto el sol alumbra conocido;
Y esos méritos todos son pequeños
Respecto de los muchos que á Otón sobran;
Y así, serán tus pretensiones sueños.»
Respondió el español: «Si aliento cobran
Por el Conde tus bríos, siempre, Alberto,
Las lenguas hablan y las manos obran;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ya fuera aquesta sala campo abierto;
Que yo te hiciera confesar que España
Jamás su gran valor tuvo encubierto.»
«¡Hicieras, dije, una famosa hazaña!
Fuera de que igualar tu Rey al mío
Es la alta palma con la débil caña.»
Cuando esto dije con gallardo brío,
Ya de la sala estábamos afuera,
Y el español trazando el desafío.
Los reyes dejo, no es razón prefiera,
Por ser tan deudos; pero los vasallos
Que tiran sueldo y siguen su bandera.....
Pedían ya los príncipes caballos,
Cuando le respondí: «Probarte puedo
Que los de Otón no puedes igualallos.»
Salióse con decir: «Yo soy Toledo.»
«Si la misma ciudad fueras, replico,
Á toda junta no tuviera miedo.»
Metióse de por medio Federico,
Partimos á la junta, donde atento
Á tu nombre Real el alma aplico,
Cuando dentro de una hora, por el viento,
Al eco escucho y popular rüido,
Y el Conde siempre en el postrero acento;
Pues viendo que Rodulfo era elegido,
Ni cuido de don Juan, ni de sus fieros,
Ni de los electores me despido;
Sólo honrado de algunos caballeros
Salgo de Franconfordia alzando el brazo,
Y mostrando desnudo tus aceros,
De cuyo juramento llega el plazo.

OTÓN.

Mostraste, Alberto, valor;
Eres de mis brazos dino.

Sale un paje.

PAJE.

Aquí ha llegado, señor,
Un español de camino
Con su ordinario rigor.

OTÓN.

¿Está de la tienda cerca?

PAJE.

Á tu persona se acerca;
La tienda quiere pasar.

OTÓN.

¡Qué bravos son!

PAJE.

Por entrar,
Con tus soldados alterca.

Sale D. Juan de Toledo; Margarita, dama, en hábito de paje, con una rodela.

TOLEDO.

¡Ah, qué valeroso Otón!
Que entre tiendas y soldados
Son más humanos los reyes,
Que en sus cortes y palacios,
Sin conquistarlos por tiros,
Atrevidos y enojados
Los de tu dorada llave,
Endiosados cortesanos.
Te habla un hombre español
Del linaje antiguo y llano,
Cuya cabeza es el dueño
De Alba, Coria, Huesca y Carpio.
Este Carpio es el castillo
De aquel famoso Bernardo
Que le dejó á los Toledos
Por famoso mayorazgo.
Aquel valor tienen todos;
Yo, el menor, don Juan me llamo,
Con mi Girón de Mendoza
Y un poco de Acuña y Bravo.
Pasé á Alemania en disculpa
De Alfonso, Rey castellano,
Elegido Emperador
Y depuesto por contrarios.
Que si se tardó mi Rey,
Fué con moros peleando;
Que no es bien perder los propios
Buscando reinos extraños.
Visitando á un elector,
De mi Rey mal informado,
Á tu embajador Ataulfo
Hallé para el mismo caso.
Proponiendo mi justicia,
Ciertas palabras pasaron
De que no estoy satisfecho
Si me ha resultado agravio.
Y antes que á España me vuelva,
Quise venir á tu campo;
Que contra Ataulfo le pido,
Si me das licencia y plazo.
Que basta que Alfonso lleve
Las malas nuevas que traigo,
Sin que lleve alguna duda
En los puntos de hijodalgo.
Ya sabe Alberto quién soy,
De quien la respuesta aguardo
De las palabras que dijo
Á mis espaldas hablando.
Si bravo le parecí
Entre libros y letrados,
Agora le desafío
Entre espadas y venablos.
Y pues la ventaja es suya,
Salga como entonces bravo,
Porque, vencedor ó muerto,
Pienso quedar en el campo.

ALBERTO.

Español, jamás dudé
De tu valor como aquí,
Que cuanto favor se ve,
Ya es razón ser para ti
Y que de tu parte esté;
Que al extraño, en paz ó en guerra,
Siempre el que es noble en su tierra,
Más que á su vasallo ayuda.

TOLEDO.

No quiero que nadie acuda,
Y quien lo imagina yerra.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OTÓN.

Toledo fuerte, si hubiera
Causa para el desafío,
Que agravio bastante fuera,
Conforme al arbitrio mío,
Campo señalado os diera.
Palabras, y no pesadas,
Sobre ajenas pretensiones,
Bien pueden ser perdonadas,
Porque son como razones
Sobre argumentos fundadas.
Tomo á cuenta de mi honor,
Como Rey.....

ALBERTO.

Advierte (1)
Que he de responder, señor.

OTÓN.

Calla, Alberto.

TOLEDO.

De esa suerte
Vos sois mi propio valor;
No tengo yo qué temer.

ALBERTO.

Ni Alberto qué responder.

TOLEDO.

Dadme esos pies y licencia.

OTÓN.

Eso no, que en mi presencia
Amistad habéis de hacer;
Ved que es lo justo y lo cierto.

TOLEDO.

Obedezco vuestro gusto.

ALBERTO.

Y yo tu Real concierto.

TOLEDO.

Partirme, señor, es justo
Á mi Rey, del caso incierto.

OTÓN.

También os quiero pedir
Que en esta horrenda jornada
Que ya me veis proseguir,
Me ayude esa fuerte espada,

TOLEDO.

Yo os debo, señor, servir,
Mas no podré detenerme.

OTÓN.

Gustad de favorecerme;
Que os probaré con razón
Que tenéis obligación,
Como hidalgo, de valerme.

TOLEDO.

Mayor que ése deseo,
En que me hacéis gran merced
Y en que obligado me veo.

OTÓN.

Esta cadena os poned,
Que es de mi insignia el trofeo:
¡Hola! Alojad á don Juan,
Y hoy venga á comer conmigo.

(1) Verso corto.

TOLEDO.

Dadme esos pies.

MARGARITA.

¡Buenos van
Tus designios, enemigo,
Si con este espacio están!
¡Que aquí te quedes agora!

TOLEDO.

¿Qué te parece, señora,
De tan extraño suceso?

Vanse el Rey y los demás, y D. Juan y Margarita queden.

MARGARITA.

Que pierdo de enojo el seso,
Que tienes alma traidora,
Que eres falso, que eres hombre,
Que eres español.

TOLEDO.

Ansí:
Dime en afrenta ese nombre,
Que ¡por Dios! que has visto aquí
Que no hay hombre que no asombre.

MARGARITA.

¿Es esto el llevarme á España
Robada del padre mío
Con esta apariencia extraña?
Si haciendo este desafío
Murieras en la campaña,
¿Qué remedio me dejabas?
Y agora, ¿adónde me vuelves,
Si cuando á España pasabas,
Casi á volver te resuelves
Á la posada en que estabas?
Trátame como quien soy;
Que si este traje en que voy
Me hace tratar como paje,
Haré pedazos el traje
Con que la ocasión te doy.

TOLEDO.

No te disgustes así,
Pues sabes que aquesto es fuerza.

MARGARITA.

La que tú me hiciste á mí,
Es la fuerza que me esfuerza
Á buscar lo que perdí.
No sé quién mete en amor
Á hombres que son tan bravos,
Todos guerras y furor.

TOLEDO.

Que son más tiernos esclavos
De tu amoroso rigor:
Mira, mi bien, que dirán
Que vienes arrepentida.

MARGARITA.

No me arrepiento, don Juan;
Que te he dado el alma y vida,
Que en esas manos están;
Mas veo que no has cumplido
Lo que tú me has prometido,
Pues no me llevas á España;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que dilación tan extraña
Alguna causa ha tenido.

TOLEDO.

Yo te diré en qué se apoya
Que dilatando me veas
Dar á Castilla esa joya:
Porque de España no seas
Lo que Elena fué de Troya.

MARGARITA.

Ya me dices, como sueles,
Falsedades españolas;
Pero de mi honor te dueles.

TOLEDO.

Allá hablaremos á solas,
Que es bien que aquí te receles.

Ataulfo éntre y un criado.

ATAULFO.

Ya tenéis alojamiento,
Y el Rey á comer aguarda.

TOLEDO.

Vete á la tienda al momento.

ATAULFO.

Vé tú y enséñale.

TOLEDO.

Aguarda.

MARGARITA.

¿Mandas algo?

TOLEDO.

Estáme atento.
Vida, haced que Mendoza
Me traiga aquí la carroza,
Y el alazán, y el overo,
Que al Rey presentarlos quiero;
Y guarde Dios el que os goza.

Vase.

MARGARITA.

Mi señor (yo voy) y amigo,
Mi cama os puedo dar yo.

ATAULFO.

Bien harás: duerma contigo.

TOLEDO.

No le digáis eso, no;
Que el paje duerme conmigo.

Rodulfo, Emperador; Arnaldo y gente.

RODULFO.

Tan cerca el enemigo,
Que se escuchan las cajas
Y que ya nos despiertan las trompetas.

ARNALDO.

Notable furia trae;
Furiosamente baja.

RODULFO.

Todo es furor de vengativo pecho,
Todo es juvenil sangre.

ARNALDO.

Cosas extrañas cuentan
Del daño que Alemania
Á su causa padece,
Que no ha dejado villa ni castillo
En su defensa flaco,
Que á sangre y fuego no metiese á saco.
En diciendo Rodulfo
Les pasaba á cuchillo,
Desde el pequeño infante, al viejo anciano;
Mas luego considera
Que, habiendo resistencia,
No ha mostrado valor ni disciplina.

RODULFO.

Gente desordenada,
Capitanes bisoños,
¿Qué otra cosa prometen?
No habrá quitado al cielo
La obscura capa el alba con sus manos,
De aljófar y oro llenas,
Lirios, violetas, rosas y azucenas,
Cuando mi campo en orden
Le presente batalla,
Descansado, regido y gobernado
Por más cuerdo consejo,
Por menos furia y cólera:
Esta noche haced fuegos, y velando
Estaremos á punto prevenidos.

Tocan á marchar y éntrase.

Llegadme aquí una silla,
Que he de dormir, si puedo,
Con la espada ceñida.

ARNALDO.

Aquí la tienes.

RODULFO.

Salíos todos afuera;
Tú, con mi guarda, conde Arnaldo, espera.
Extrañas fantasías
Revuelve un hombre solo,
Y más con el cuidado que yo tengo,
Cuando imposible juzgo
Que duerma quien espera
La gran dificultad de una victoria.
¿Qué rüido es aqueste?
Si acaso es el contrario,
Arnaldo, aguarda solo.

Sale Arnaldo.

ARNALDO.

Tu Majestad Cesárea
No se alborote de esto.

RODULFO.

Pues ¿qué escándalo
Nació tan de repente?

ARNALDO.

De un hombre que á tu tienda trae tu gente

RODULFO.

¿Quién es?

ARNALDO

Merlín se llama;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Aquel grande adivino
Que se precia de espíritu profético,
Y dice que ha de hablarte,
Que importa á tus discursos,
Pero que no ha de estar delante nadie.

RODULFO.

Dile que éntre, y espera.

ARNALDO.

¿Podrélo oir?

RODULFO.

Escucha desde afuera.

Merlín, viejo, como ermitaño.

MERLÍN.

Invictísimo Rodulfo,
Por largos años me aguarda
El cielo para este día;
Oye atento estas palabras:
No te dé cuidado alguno
De la esperada batalla
El dudoso fin que temes,
Que la vencerás sin falta;
Que para empresas mayores
Te está llamando la fama,
Y para que el tronco seas
De la ilustre Casa de Austria;
Que revolviendo los siglos
Felices edades largas,
Procederán de tu tronco
Al cielo famosas ramas,
Emperadores y reyes,
Papas, príncipes, monarcas,
Señores de Austria y Borgoña,
Flandes, Bohemia é Irlanda.
Tu gran sucesor Felipo
Nos dará con gloria tanta
Al duque Carlos famoso,
Padre de María Madama.
Casará con el invicto
Emperador de Alemania,
Maximiliano fuerte,
De los dos naciendo á España
El primero rey Felipo
Que case con doña Juana.
De Fernando é Isabela,
Hija hermosa, y fénix rara,
Cubrirá á España de luto
Su muerte atroz y temprana;
Y de gloria un heredero
Que dejará de tu casa,
Del cual, si el cielo me diera
Lenguas que en eterno hablaran,
No te dijera lo menos
De sus altas alabanzas.
Carlos quinto Emperador
Le llamarán en voz alta;
Desde el Equinoccio al Norte,
Del Aries al Pez de plata.
No hará guerra ni conquista,
Que con victoria no salga,
Dando á los cisnes mil plumas
En sus historias doradas;
Pondrá en prisión, en palabra,
Á Francisco, Rey de Francia,
Después que el Albis se vea
Llenas de rayos las armas;
Y al Duque de Sajonia,
Bañada en sangre la cara,
Ya que al maldito Lutero
En mil concilios deshaga.
Irá Solimán huyendo,
Con infame retirada,
De sus águilas divinas,
Que hasta el mismo sol no paran.
Dará Túnez á su Rey,
Tirándose de las barbas
El valiente Barbarroja;
Mas ¿cómo en cosas tan largas
Discurre mi corto ingenio?
Oye (1) el sucesor que aguarda,
Que es el segundo Felipo,
Felicísimo monarca,
Á quien esperan esposo
Cuatro generosas damas,
Y á quien verá San Quintín
Desnuda la heroica espada,
Por quien tendrá San Laurencio
Casa y maravilla octava;
Pues de su hermano famoso,
Que al Turco en naval batalla
Ha de vencer en Lepanto,
¿Que ha de decir mi voz flaca?
Pues del hijo milagroso
Que los siglos de oro llaman
Tercer Filipo, ¿qué historias
No ocuparán sus hazañas?
Saboya le dará nietos
De aquella dichosa Infanta,
Segunda en el nacimiento
De la hermosa Isabel Clara.
Mas ¡ay! que como me veo
Tan lleno de glorias tantas,
Mi espíritu desfallece,
Lengua y aliento me faltan.
Adios, Rodulfo.

RODULFO.

¿Agora
Vuelves, Merlín, las espaldas?

ARNALDO.

¿Qué es esto, señor?

RODULFO.

Huyó.

ARNALDO.

¡Seguirle!

RODULFO.

¡Corre!

ARNALDO.

¡Aguarda!

(1) *Huye*, dice por error la edición antigua.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salga una sombra con su espada ceñida, y tras ella Otón.

OTÓN.

Sombra espantosa, ¿qué me quieres? Tente,
Que me oprimes el pecho, que no dejas
Que la respiración del aire goce;
Toda la noche asistes á mi tienda,
El pabellón ocupas y la cama,
Pesada más que si de plomo fueras,
Como si fuese corporal la sombra.
¡Háblame! ¿Qué me quieres? ¿De quién eres?
¿Quién te envía? ¿Qué debo que no pago?
Mira que ya me va faltando esfuerzo
Y se me cubre el corazón de nube,
Recogiéndose allí toda la sangre.
¡Habla, ó llamaré mi gente! ¿Callas?
Pues ya llamo mi gente. ¡Criados, hola!
¿No escuchan? Pues con ésta haré que huyas.
¡Oh perro! ¿Contra mí sacas la espada?
¿Si es mi imaginación? ¡Hola, soldados
Ataulfo, don Juan, Alberto, Leoncio!

TOLEDO.

¿Qué es esto, gran señor? ¿De qué das voces?

OTÓN.

¡Mata ese negro!

ATAULFO.

¿Cuál?

OTÓN.

¡Por ahí es ido!

TOLEDO.

¿Aquí negro, señor? ¿Cuándo se ha visto
En Alemania etíope ninguno?
Si en España estuvieras, no faltaran,
Y más si fueras á Sevilla ó Córdoba;
Pero el frío del Norte no los sufre.

OTÓN.

Sin duda que es la sombra de mi muerte,
Sin duda que morir tengo mañana;
Yo no traigo razón, que es lo primero,
Y en que fundar debiera mi justicia;
Y lo segundo, un campo de bisoños
Cargados de la hacienda mal ganada:
Dios me castiga; ¿qué he de hacer?

TOLEDO.

No digas
Cosas, señor, por Dios, tan melancólicas;
Razón tienes, y llevas en tu campo
Famoso general y capitanes,
Con gente veterana y belicosa,
Y un Toledo de España por agüero,
Que no emprende hazaña que no venza.

OTÓN.

Yo sé que la justicia es de Rodulfo;
Que toda aquesta noche lo he pensado;
Tratar quiero la paz por justos medios.

TOLEDO.

Pues si tratas de paz, trátela otro;
Que pues para la guerra te servía,
Desde este punto doy la vuelta á España.

OTÓN.

Parte, Ataulfo, y con Rodulfo trata
Lo que ahora en mi tienda escribir quiero.

ATAULFO.

Señor, si el cielo dices que te avisa,
No vayas contra el cielo.

OTÓN.

Venid todos,
Y llamad mi Consejo de la guerra.
¡Oh fiera sombra prodigiosa y triste!

Váyanse, y quede D. Juan.

TOLEDO.

¡Oh, qué bien disfrazada cobardía!
Esperando mañana la batalla,
Como el que llega al mar le ha sucedido,
Que va furioso hasta pasar la barca,
Y al partir de la nave vuelve á tierra;
Pusilánimo príncipe y cobarde,
No hará cosa jamás que buena sea.

Sale Margarita en hábito de hombre.

¡Marcelino!

MARGARITA.

¡Señor!

TOLEDO.

¡Oh Margarita!
Dile á Mendoza que mi gente llame,
Que no he de amanecer entre esta gente.

MARGARITA.

¿Quieres volver á España?

TOLEDO.

Y luego, digo.

MARGARITA.

Dame esa mano.

TOLEDO.

Y aun los brazos parte.

MARGARITA.

¡Bravo, español Toledo!

TOLEDO.

¡Soy un Marte!

ACTO TERCERO.

Salen Rodulfo, Arnaldo, Leonido y soldados.

RODULFO.

Ó no quieren pelear,
Ó no llega á su noticia
La corrección militar (1).

(1) Falta un verso en esta redondilla.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ARNALDO.

No sé lo que significa
Este desmayo y flaqueza.

LEONIDO.

¿Si algún ardid se endereza
Que secretamente aplica?
Que Lucio Sila interpuso
De esta suerte unos maderos,
Con que de Archilao los fieros
En fuga afrentosa puso.
Con fuego engañó en España
Sertorio á Quinto Metelo,
Y á Sexto lloviendo el cielo,
Junio engañó en la campaña.
Mucho importa la caución
Al discreto capitán.

RODULFO.

Si ellos de ese acuerdo están,
No acomete el escuadrón,
Sino formad de aquel lado
Una batalla cuadrada,
De dos alas adornada,
Paso que me da cuidado.
Guardadla de arcabuceros
Las espaldas y cabeza,
Que tema de esta maleza,
Conde, los ardides fieros.
De la ordenanza en la frente
El lado izquierdo armaréis
Con veinte hileras de á seis,
Y en la segunda harás veinte.
Correspondan los derechos
Á los siniestros, de modo
Que guarde el escuadrón todo
Las espaldas y los pechos,
Con dos hileras de picas
Á la cabeza y al pie;
En medio la enseña esté.

ARNALDO.

Á lo importante le aplicas:
Bien tendrá ochocientos hombres.

RODULFO.

Ésos guarden ese paso.

LEONIDO.

No temas siniestro caso,
Ni del contrario te asombres,
Que para más te ha guardado
El cielo.

CRIADO.

Un embajador
Del rey Otón, gran señor,
Á tu Real tienda ha llegado.

RODULFO.

¿De Otón?

CRIADO.

Sí, señor, de Otón.

RODULFO.

¿Qué será?

ARNALDO.

Ya lo adivino.

RODULFO.

No le impidáis el camino,
Que viene á buena ocasión.

Sale Ataulfo.

ATAULFO.

Supremo César, á quien guarde el cielo
Para bien del imperio soberano,
Cuyas águilas den tan alto vuelo
Que el nombre goces de Rodulfo el Magno:
Del rey Otón el religioso celo,
Las piadosas entrañas de cristiano,
Hoy han dado un ejemplo sin segundo,
De paz, de gloria y de grandeza al mundo:
Ciertos frailes Franciscos y Agustinos
Que anoche su justicia consultaban,
Y otros letrados de este nombre dinos,
Que de entrambos derechos alegaban,
Con dar á su opinión varios caminos,
El verdadero para el alma erraban,
De suerte que al Rey hablan claramente
Para que paz con tu grandeza intente;
Hallando, pues, que la razón es tuya,
Y que el imperio con justicia tienes,
Quiere que se celebre y se concluya
Si en lo que ahora te suplica vienes;
Mas porque el mundo su opinión no arguya,
Puesto que tú con tu valor le enfrenes,
Si darte la obediencia es fuerza justa (1).

RODULFO.

Ataulfo, yo huelgo que asegure
El Rey como cristiano su conciencia,
Que firme paz y que obediencia jure,
Aunque me dé en secreto la obediencia;
El medio del secreto se procure,
Y venga el rey Otón á mi presencia,
Que en mi tienda podrá besar mi mano.

ATAULFO.

Eres príncipe invicto y soberano:
En fin, señor, que dentro de tu tienda,
Sin que lo vea el uno ni otro campo,
Hoy quieres que besar tu mano emprenda.

RODULFO.

Y en esta misma que la planta estampo.

ATAULFO.

Nunca tu edad el largo tiempo ofenda,
Venzan tus canas de la nube el campo (2),
Y por tan justo y celestial misterio,
No salga de tu sangre el sacro imperio;
Yo parto á que el Rey venga.

RODULFO.

Y yo le aguardo.

ATAULFO.

Tomo, señor, secreta la obediencia.

RODULFO.

Ha de faltar algún ardid gallardo:
Oye al oído.

---

(1) Falta un verso á esta octava.
(2) Así en la edición. Quizá escribiría Lope: *de la nieve el ampo.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LEONIDO.

Extraña diferencia:
Rodulfo caminó con paso tardo,
Otón con espantosa diligencia;
El veloz se detiene, el tardo llega.

RODULFO.

Armad la tienda en medio de esta vega.

Salen Otón, Alberto y Doricleo.

ALBERTO.

Puede ser que esa visión
Tu desdicha amenazase,
Y que Dios te la enviase
Como un tiempo á Faraón.

OTÓN.

Pues ¿cómo, Alberto, no ves
Que estaba entonces despierto?

DORICLEO.

Durmiendo, señor, fué cierto,
É imaginación después.

OTÓN.

Doricleo fué sin duda,
Que entonces despierto estaba;
Veldo en las voces que daba
Pidiendo á mi gente ayuda.

ALBERTO.

En buena filosofía,
Eso entiendo que es flaqueza,
Que de tu débil cabeza
Los sentidos suspendía.

OTÓN.

¿Cómo?

ALBERTO.

Como el aire está,
Como un espejo delante,
Ve un hombre su semejante.

OTÓN.

La razón de cómo da.

ALBERTO.

Si está la vista muy flaca,
La penetra el aire, y queda
Como espejo en que ver pueda
Su imagen, que al vivo saca.

OTÓN.

¡Que el aire sólido esté
Cuando está flaca la vista!

ALBERTO.

Como él á su luz resista,
Como en espejo se ve,
Que de un cierto Antiferón
Aristóteles decía,
Que por flaca vista, vía
Por momentos su visión.
Los enfermos, por flaqueza,
Su sombra en el aire ven,
Y los medrosos también.

OTÓN.

Culpar debo mi cabeza.
Aunque no es disculpa vana
Que, quitando á mi persona
El peso de la corona,
Quedase entonces liviana.
Sea flaqueza ó misterio,
La paz está bien tratada,
Y en Rodulfo bien fundada
La elección del santo imperio.

Sale Ataulfo.

ATAULFO.

Ya, señor, se ha dado efeto
Á tu justa pretensión.

OTÓN.

¿Qué responde?

ATAULFO.

Que es razón
Reconocelle en secreto,
Porque no diga tu gente
Que te has humillado tanto;
Dióme su persona espanto,
Que es hombre heroico y prudente.
Parte luego, que te aguarda,
Y darásle la obediencia.

OTÓN.

¡Oh, rigurosa sentencia,
Que tanto el alma acobarda!

ALBERTO.

Si eres súbdito, señor,
Del imperio á la corona,
Si la ofendes y él perdona,
Toda humildad es valor.

OTÓN.

¡Que he de besar yo la mano
Que mi sueldo recibió!
¡Que he de estar á los pies yo,
Siendo rey, de un hombre humano!
Si á los del Papa me he visto,
No era el sentimiento tanto,
Pues eran de un hombre, y santo,
Figura de Pedro y Cristo.
Y allí rendirse es victoria;
Pero ¡á un conde, un conde, un rey!

ATAULFO.

Humana y divina ley
Le dan, señor, esta gloria;
No es Conde ya, que ya es
Rey, César y Emperador.

OTÓN.

Rabiando voy de dolor
De que he de verme á sus pies.

Salen Armudo, Rodulfo, Leoncio, Arnaldo y alabarderos.

RODULFO.

Bien está la tienda ansí:
Dentro, Arnaldo, quiero entrar;
No tengo que te avisar.

ARNALDO.

Déjame este cargo á mí;
Notable será este día,
Por paz de tanta importancia.

Entra en la tienda Rodulfo, cubiertas las armas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LEONCIO.

Borgoña, Alemania y Francia,
España, Italia y Hungría,
Al acto célebre están,
Levantadas las cabezas,
Viendo las altas proezas
De este insigne capitán.

ARNALDO.

La envidia á sus pies se humilla.

LEONCIO.

Ésa no la tiene España,
Pues ya con alta hazaña
La está esperando Castilla;
Que, como afirma Merlín,
Es justo que la anticipes
De un Carlos y tres Felipes,
¡Qué principio, medio y fin!

ARNALDO.

¡Venturosos siglos de oro,
Quién como Néstor viviera!
Del mundo el mayor tesoro (1),
Las cuatro reinas que ampara
El cielo por sus estrellas,
Y las dos infantas bellas,
Catalina, Isabel Clara.
¡Quién viera al joven don Juan!
¡Quién al príncipe Felipo!
Pues sin verlos, participo
De la gloria que me dan.

Salen Otón, Ataulfo, Alberto y Doricleo.

OTÓN.

¡Oh, famosos caballeros!

ARNALDO.

Seáis, señor, bien venido.

OTÓN.

¡Dichoso el hombre servido
De tan valientes aceros!
Esto le debo envidiar,
Más que el imperio que tiene.

LEONCIO.

Como tan humilde viene,
Ya se comienza á humillar.

OTÓN.

Su Majestad, ¿dónde está?

ARNALDO.

En esa tienda te espera.

OTÓN.

¿Cuándo sospecha tuviera
Si un hombre humilde la da?

ERACLIO.

Mucha guarda y gente (2)
La que la tienda ha cercado.

ARNALDO.

Está el campo alborotado
Para verte solamente.

OTÓN.

¡Tantas picas y alabardas!

(1) Falta el tercer verso de esta redondilla.
(2) Este verso es corto.

ARNALDO.

Vuestra Alteza, ¿qué recela?

ATAULFO.

Ya temo alguna cautela.

LEONCIO.

La tienda es ésta: ¿qué aguardas?

OTÓN.

Entro en el nombre de Dios.

ARNALDO.

Alto la música suene
Por la gloria que hoy nos viene
De las paces de los dos.
¿Qué digo? ¿Habéisme entendido?
Tocad adonde él os mande.

ATAULFO.

Traición es ésta.

LEONCIO.

¿Qué fué? (1)

ATAULFO.

Que la tienda se ha caído.

Tóquense chirimías, y cayéndose la tienda, esté Rodulfo en una silla, armado y con la corona imperial, un mundo en la mano con una cruz, y una espada en la otra, y Otón de rodillas.

OTÓN.

Cáigase la tienda, y caiga
El cielo, para que de él,
De las estrellas Luzbel
La tercera parte traiga.
Caiga, pues cayó en el suelo
Tu palabra, fama y ley;
Que no es palabra de rey
La que no se guarda al cielo.
Caiga su cuarto elemento
Sobre mi cabeza infame;
Su piedra y nube, derrame
La parte final del viento.
Todo caiga sobre mí,
Pues no caí que pudiera,
En hombre que al fin lo era,
Caber maldad contra mí.
Hoy á caer se comienza,
Con tu tienda y mi valor,
La cortina de tu honor,
Y el velo de mi vergüenza.
Ya quedamos descubiertos
Entre nuestros campos mudos,
De un mismo valor desnudos,
Y de una infamia cubiertos.
Tú, la palabra rompida
Que diste al hombre de honor;
Yo, humilde á vil vencedor
Que infama toda la vida.
¡Ojalá esta tienda fuera
Aquel templo de Sansón,
Para que, muriendo Otón,
También Rodulfo muriera!

(1) Falta la rima: tal vez Lope escribiría: *Tocad adonde él este.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Dame esa mano, que quiero
Besártela, confiado
Que á lo menos ha tomado,
Para servirme, dinero.
Verás que yo cumplo así
Mi palabra como bueno,
Y tú me la rompes, lleno
De afrentosa gloria, á mí.
Que á no ser porque juzgados,
Aquella afrenta te toca,
Antes de poner la boca,
Te la comiera á bocados,
Pero pensaré contento,
Después de quedar besada,
Que no te he besado nada,
Pues mano y palabra es viento.

RODULFO.

Otón, menos arrogante;
Que si te he dejado hablar,
Es porque he querido usar
De grandeza semejante.
Moviste la lengua aprisa,
Como el áspid cuando ve
Que está debajo del pie
Del cazador que la pisa.
Y que en mis pies te he tenido,
Quiero usar de mi valor;
Que es de grande vencedor
No castigar al vencido.
La palabra que te he dado
La he cumplido; que, en efeto,
Te dí mi perdón secreto
Y mi valor declarado.
La humildad de ti injuriada,
Castiga ansí su maldad,
Porque la buena humildad
No ha de ser enmascarada.
Y que me des tu obediencia
No ha sido mucho milagro,
Si mi persona consagro
Á tan alta preeminencia.
Que, en fin, yo soy el segundo,
Después del Papa, en el suelo;
Que por eso me da el cielo
Esta espada y este mundo.
Pues si al mundo te has rendido,
Disculpado quedarás;
Que eres un hombre no más,
Y yo todo el mundo he sido,
No tomé dinero en vano,
Pues fué ofrenda que me dabas
Para cuando imaginabas
Venirme á besar la mano.
Ni por eso á menos vengo,
Antes yo me debo honrar,
Que era aquello el pie de altar
Del sacerdocio que tengo.
Si la mano me mordieras,
No estaba lejos la espada
Con que tu cabeza airada
Cortada á mis pies pusieras.
Y con este ejemplo parte,
É imagina adonde fueres,
Que tengo, si me ofendieres,
Con que poder castigarte.

OTÓN.

Iréme donde algún día
Que me engañaste verás.

RODULFO.

Mayores indicios das
De tu infamia y cobardía,
Cuanto yo los doy, Otón,
De mi grandeza y clemencia.

ATAULFO.

Esto no ha sido obediencia.

ARNALDO.

Pues ¿qué puede ser?

ATAULFO.

Traición.

ARNALDO.

¡Mientes, Ataulfo!

ATAULFO.

¡Afuera!

OTÓN.

Tente, y partamos de aquí;
Que yo volveré por ti.

ATAULFO.

Vengarme ó morir quisiera.

Levántese Rodulfo.

RODULFO.

Corrido parte, y yo quedo
Contento de su obediencia.

ARNALDO.

Blasonaba en tu presencia,
Y ausente tiembla de miedo.

RODULFO

Mi partida se aperciba,
Pues él se parte á su tierra.

ARNALDO.

Extremado fin de guerra.
¡Viva nuestro César!

TODOS.

¡Viva!

Salen la reina Etelfrida, y Rosela, dama.

ETELFRIDA.

Qué, ¿estará ya coronado,
Rosela, el Rey mi señor?

ROSELA.

No puede ser su valor
Resistido ó contrastado,
Y su gran merecimiento
Asegura su fortuna.

ETELFRIDA.

¡Qué pertinaz me importuna
Un medroso pensamiento!

ROSELA.

Aunque la desconfianza
Todos dicen que es discreta,
No hay cosa más imperfeta
Donde es justa la esperanza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No quepa en tu discreción
Menos que tu justo bien.

ETELFRIDA.

Hay quien te engañó también
De la pasada elección.
Créeme, que el confiado
Ya trae en el alma impreso
El agüero del suceso,
Las más veces desdichado.
Verdad es que la esperanza
Á quien espera conviene,
Que, en efecto, se entretiene
Mientras que el efecto alcanza.
Confiaré desconfiada
Para no poder culparme,
Quedando en desconfiarme
La esperanza disculpada.
¿Si habrá vencido mi Otón?
¿Si habrá el Conde vencido?
El amor ha concebido
Lo que niega la razón.
Mas ¿por qué no he de creer
Mayores hechos de un hombre
Que, fuera de aqueste nombre,
Me tiene á mí por mujer?
Que con la gente famosa
Que recogió su bandera,
Á mis plantas le pusiera
Como Tomíris furiosa.
Vencido habrá el Rey sin falta;
Ya le contemplo en la frente
El arco resplandeciente
Que la cruz del mundo esmalta.
¡Qué dulce imaginación!
¡Afuera, sueños y agüeros!
No siempre son verdaderos
Los miedos del corazón.
El Rey está en Aquisgrana
Coronado y elegido.

ROSELA.

Según eso, ya te pido,
Emperatriz soberana,
Albricias del buen suceso,
Y humillando mi cabeza,
De tu cesárea grandeza
Los pies generosos beso.

ETELFRIDA.

Levántate, que si es
Verdad que venció Rodulfo,
Á tu hijo, y de Ataulfo,
Hago de Trebín marqués.

ROSELA.

Mil años goces, señora,
Del imperio.

ETELFRIDA.

Dios lo quiera.

Sale Ataulfo.

ATAULFO.

Llegar á tus pies quisiera
Sin vida ó sin lengua ahora;
Mas dame tus pies, señora,
Que al dar su planta á mi boca,
Como el que veneno toca,
Me das improvisa muerte (1).

ETELFRIDA.

¡Ataulfo!

ATAULFO.

¡Reina insigne!

ETELFRIDA.

¿Murió mi Otón?

ATAULFO.

No, señora.

ETELFRIDA.

Pues dame licencia ahora
Á que contra ti me indigne.
¿No siendo muerto mi Otón,
Me vienes á hablar ansí?
¿Qué fuera á no haber en mí
Tan varonil corazón?
A la mujer que está ausente
De su marido, no es bien
Que nuevas tristes le den
Cogiéndola de repente.
Cuando el que con él ha ido
La quiere hablar ó escribir,
Primero le ha de decir
Que está bueno su marido.

ATAULFO.

Aquí vengo á conocer,
Con justo arrepentimiento,
Que tu gran entendimiento
Siempre nos da qué aprender.
Perdóname, que el dolor
De daño tan de importancia,
Aunque es grande mi ignorancia,
La hizo entonces mayor.
El Rey vuelve.

ETELFRIDA.

Qué, ¿vencido?

ATAULFO.

¡Pluguiera á Dios!

ETELFRIDA.

¡Ay de mí!
Si vive, y hablas ansí,
Sin duda que viene herido.

ATAULFO.

¡Más valiera!

ETELFRIDA.

¿Qué me dices?
¿Vivo y no herido, y suspiras?
Ataulfo, tú no miras
Que en eso te contradices.

ATAULFO.

¿Cómo quieres que le llame
A un hombre que se rindió?

ETELFRIDA.

¿Fué vencido y preso?

ATAULFO.

No.

(1) Falta la rima.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ETELFRIDA.

¿Libre?

ATAULFO.

Sí.

ETELFRIDA.

Llámale infame.

ATAULFO.

El Rey, señora, afligido
De una fantasma que vió,
Que en sueños le atormentó,
Aunque al despierto ha fingido,
Trazó lo que te diré
Si un poco me estás atenta.

ETELFRIDA.

Lo que ha pasado me cuenta
De la manera que fué.

ATAULFO.

Movido de esta visión,
Sombra espantosa y funesta,
Que su muerte amenazaba
Por ser injusta la guerra,
Fingió que unos religiosos
De vida santa y honesta
Que dejase le rogaron
La felicísima empresa,
Y con Rodulfo las paces
De esta manera concierta:
Que en secreto le daría,
Como á señor, la obediencia.
Holgóse de esto Rodulfo,
Como quien sin miedo ó pena,
Sin sangre y duda, tenía
Del Rey la victoria cierta.
Concertáronse las paces,
Y á las venideras fiestas
De un campo y otro se juntan
Las armas en contra puestas.
Estaba en medio de entrambos
Una hermosa y grande tienda,
En cuyo extremo se vían
Las dos águilas del César;
Cuerdas y borlas de plata
Entretejidas de tela,
En las estacas doradas
Ataban el ruido en rueda (1).
Coronaba la del campo
La bizarra soldadesca,
Duques, marqueses y condes
Bordados de plata y perlas;
Hasta el mínimo soldado
Se pone banda y cadena,
Sin que se viese entre todos
Pluma, cinta ó banda negra.
Relumbrando al sol las armas,
Que ya se miraba en ellas,
Entreteniéndose el viento
Con las inquietas banderas;
Puestas en tierra las coces
De las fuertes escopetas,
Y las picas y alabardas
Azadando las trincheras;
Verdes plumas, rojas, blancas,
Volando de las cabezas,
Que ya de los morriones,
Á los sombreros se truecan;
Todos por señal de paz,
Y estando á la paz atenta
Cuanta gente bebe el Betis,
Lipa de Mel y Mosela,
Y cuanta el Danubio baña
Desde Augusta hasta Viena,
Y el Rheno con agua helada,
Del Lebis á Basilea,
Entró, mirándole el campo,
El Rey tu esposo en la tienda
Del emperador Rodulfo,
Por una cortina y puerta,
Donde, al tiempo que tocaron
Chirimías y trompetas,
Y los mosquetes disparan
La salitrada materia,
Cayó la tienda en el suelo,
Viéndose Rodulfo en ella,
En la mano izquierda un mundo,
Y un blanco estoque en la diestra,
En una silla imperial,
Y armado de todas piezas,
Y á sus pies el rey Otón,
Donde, á vista de su campo,
Por traición ó estratagema,
Con los vergonzosos labios
La mano á Rodulfo besa.
Las palabras que pasaron,
Este las diga y refiera;
Que para pasar de aquí
Se me ha trabado la lengua.

ETELFRIDA.

¡Oh, infame Rey! ¿Es posible
Que eres mi marido?

ATAULFO.

Advierte
Que no muestras de esa suerte
Tu corazón invencible.
Esto es hecho; si le quieres,
Y le quieres consolar,
Has de callar.

ETELFRIDA.

¿Qué es callar,
Viles, cobardes mujeres?
Ahora verás si callo;
Lléguese á la puerta á ver
Cuán presto le haré volver
La fácil rienda al caballo.
No ha de entrar Otón aquí;
Cerrad esas puertas luego.

ATAULFO.

Señora, sólo te ruego
Que en esto vuelvas por ti.

(1) Así se lee en la primera edición este verso, evidentemente equivocado, pero no acierto con la corrección. ¿Diría *formando rueda*?

Tu esposo y tu rey se nombra.

ETELFRIDA.

Compañero del cobarde,
Que á su vergonzoso alarde
Serviste entonces de sombra;
Consejero desleal,
Amigo falso y fingido,
Ya mensajero atrevido,
Y no honrado general:
¡Vive Dios, que te desciña
La espada y te la atraviese!

ATAULFO.

Ponte en medio.

ROSELA.

¿Premio es ése?

ETELFRIDA.

¿Querrás que un laurel le ciña?
No entres tú tampoco aquí,
Mujer de esotra mujer.

ROSELA.

¡Señora!

ETELFRIDA.

¡No hay responder!

Váyase.

ATAULFO.

¡Buenos estamos ansí!
Mas, por tu vida, Rosela,
Que le sobra la razón.

ROSELA.

Vive tú, y perezca Otón
Por justicia ó por cautela;
Á nuestra casa nos vamos,
Que ya el palacio cerró.

ATAULFO.

Sospecho que Otón llegó;
Por este patio salgamos.

Salen Otón, Alberto, Doricleo y soldados.

OTÓN.

Parece que Ataulfo no ha llegado,
Según está el palacio quieto y mudo;
Y como no he querido entrar por Praga,
Menos se habrá sentido el alboroto,
Aunque el haber tocado caja y pífanos,
Y todos los clarines de mi ejército,
Que no está media legua del palacio,
Pudieran despertar estas almenas,
Cuanto más los sentidos de quien ama,
Que por cualquiera voz están despiertos:
¡Extraño caso!

ALBERTO.

¿Cómo?

ELF. (1).

Está cerrada
De tu palacio la segunda puerta.

OTÓN.

¿De eso te espantas, siendo mi Etelfrida
Tan casto ejemplo de matrona casta?

DORICLEO.

Si ansí las ha tenido por tu ausencia,
¿Cómo por tu presencia no las abre?

OTÓN.

Oid, oid; la Reina está en lo alto,
De una celada armada la cabeza,
De un peto el pecho, y de una gola el cuello.
¡Ah, mi señora! Dadnos parte á todos
De tan extraña novedad como ésta;
Que pecho que esperaba mis abrazos,
Lastimaráme con su acero el mío;
Que le pienso apretar con la licencia
Que suele dar una prolija ausencia.

Sale Etelfrida en lo alto, armada.

ETELFRIDA.

¿Quién duda que te parezca
Mi pecho duro, acerado,
Siendo tú tan delicado,
Aunque en mujer resplandezca?
No entiendas que le vestí
Sin causa estando enojada,
Mas porque, viéndome armada,
Fueses huyendo de mí;
Que la dureza que encierra
Lastimará tus abrazos;
Si tienes tan tiernos brazos,
¿Por qué fuistes á la guerra?
Fuerza me quieres hacer;
Quien como tú viene y va,
Aun pienso que no tendrá
Fuerzas con una mujer.
¡Qué gracioso capitán!
¡Oh, que Cipïón en Roma!
De las provincias que doma,
Laurel y triunfo le dan.
Bueno vienes ¡por mi vida!
Con la corona imperial,
De aquel arco celestial
La que llevaste añadida.
Antes, la puerta entendí
Ensanchar para la entrada;
Y tal vienes, que cerrada
Viene á sobrar para ti.
¡Qué descuidado venías
Que ignoraba tu bajeza,
Pues tocaste, por grandeza,
Trompetas y chirimías!
Á tu público desprecio
No sé qué nombre le llame;
No basta venir infame,
Que también viniste necio.
Si hubiera vergüenza en ti,
Á media noche vinieras;
Tan mudo, que no supieras
Hablarme palabra á mí.
Pero podrás disculparte,

(1) Esta abreviatura no corresponde al nombre de ninguno de los personajes de esta pieza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que ya tan obscuro estás
Que, como hombre vil, podrás
Pasar por cualquiera parte.
Vendrás ahora galán
Á gozarme muy despacio,
Entre el ámbar de palacio
Y lejos del alquitrán.
Pero ¡por tu vida! en vano
Amor tu ausencia provoca;
Que no ha de besar mi boca
Quien besó á otro la mano.
Es Rodulfo muy soldado;
Traerála sucia y sangrienta,
Y habrá, después de la afrenta,
Algo á tu boca pegado.
Vete con Dios á otra parte.

OTÓN.

¿Burlas?

ETELFRIDA.

Eres hombre de ellas.

OTÓN.

¿Eclipsadas tus estrellas?

ETELFRIDA.

No la tuviste de Marte.
Y las mías ya lo son;
Que, aunque mujer, si yo fuera
Por tu causa, no volviera
Como tú vuelves, Otón.
Si en la guerra sombras sueñas,
Asiendo el aire que pasa,
Mejor quedaras en casa
Con mi labor y mis dueñas.

OTÓN.

¡Ah, mi bien! Abre.

ETELFRIDA.

¿Entrar quieres?
Ya en mi casa no ha de ser,
Porque ¿qué paz puede haber
Si vivimos dos mujeres?
Aunque si eres mujer ya,
Yo seré el hombre.

OTÓN.

Abre, digo,
Que ya me enojo contigo:
¿No escucháis qué necia está?
Abre, Etelfrida, abre aquí,
Ó romped.

ETELFRIDA.

Menos feroz.
¿No ves que daré una voz
É iréis huyendo de mí?
Pero espera, que ya bajo.

OTÓN.

Infamia fué la desdicha:
¿Soy algún hombre, por dicha,
Que vivo de mi trabajo?
¡Que ha de mandarme ninguno! (1)
¡Reñir é infamar mi nombre!
¡Mi mujer con fieros de hombre!
¡Las puertas quiero romper!

DORICLEO.

Considera, gran señor,
Que si vinieras vencido,
La Reina hubiera tenido
De tu desdicha dolor;
Pero rendido sin guerra,
¿Qué mucho que le lastime?

OTÓN.

La desdicha que me oprime,
También me alcanza en mi tierra;
Ya todos sois contra mí.

DORICLEO.

No, señor; pero alabamos
La resistencia que hallamos
En la Reina contra ti.
¿Qué romana ó macedonia
Á tu Etelfrida igualó,
Ni la asiria que fundó
Los muros de Babilonia?
Mira, señor, que á su nombre
Debes alabanza eterna;
Que aquí, ni mujer gobierna,
Ni tú dejas de ser hombre,
Sino que se ve un ejemplo
De una mujer valerosa.

OTÓN.

Bien dices: ¡oh Reina hermosa,
Tan digna de estatua y templo!
Pero escuchad, que ya abrió.

Sale la Reina con una pica, en la puerta.

ETELFRIDA.

Ya, Rey, la tienes abierta,
Que imagino que esta puerta
Basto á resistirla yo.
El pecho y el paso aplica:
¡Ea, bien puedes llegar,
Porque, el que quisiere entrar,
Ha de entrar por esta pica!

OTÓN.

Reina, ¿qué es esto?

ETELFRIDA.

¡Villanos,
Ninguno pase de aquí!

OTÓN.

¿Armas, Reina, contra mí?
¿Tú, Reina, lanza en las manos?
Puesto que Marte pareces,
Entraré á pesar de Marte.

ETELFRIDA.

¡Vive el cielo, que os ensarte
Uno á uno, como peces!
Mas para venceros puedo
Nombrar á vuestro enemigo;
Porque, si Rodulfo digo,
Iréis huyendo de miedo.

OTÓN.

Cesen ya las palabras afrentosas,
Valerosa Etelfrida, que te juro

(1) Falta la rima.

Por el supremo autor que rige el cielo,
Por mi Real corona y por tus ojos,
Que son las piedras y diamantes de ella,
De no entrar en mi casa, ni quitarme
La espada en Praga, ni comer bocado,
Hasta volver en busca de Rodulfo;
Vencióme tu valor, que nuevamente
Dentro del pecho corazón me infunde;
Conocí mi flaqueza y cobardía,
Y pagaréla con verter mi sangre:
Llamad luego Ataulfo. Ataulfo viene.

ATAULFO.

Sale Ataulfo.

Vengo á servirte.

OTÓN.

Deja, Conde amigo,
Los brazos de Rosela y de tus hijos;
Deja tu casa, pues que yo no puedo
Gozar los de la Reina y ver la mía,
Que, sin tener un hora de descanso,
En busca de Rodulfo volver quiero;
Al campo marche, y máteme la honra
De una mujer tan varonil, que puede
Entre las de la fama ser la octava.

ATAULFO.

Ese valor es digno de tu pecho.

ETELFRIDA.

Ahora quiero yo darte mis brazos;
Ahora, eres, Otón, mi bien y esposo.

OTÓN.

Y yo te estimo en lo que tú mereces.

ETELFRIDA.

Advierte que á la guerra he de ir contigo.

OTÓN.

Pienso que aun temes que me vuelva á verte
Con otra infamia como la pasada.

ETELFRIDA.

No temo ya que á todo el mundo temas,
Sino que quiero ahora acompañarte.

OTÓN.

No te pienso negar los imposibles
Mayores que en tu pecho caber pueden.

ETELFRIDA.

Marche ese campo.

OTÓN.

Vamos, Ataulfo.

ETELFRIDA.

¡Viva el bohemio Otón! ¡Muera Rodulfo!

Entren el rey D. Alonso de España, D. Juan de Toledo y acompañamiento.

ALONSO.

En fin, ¿que ha sido en balde mi camino?

TOLEDO.

El aviso llevaba con cuidado;
Pero la fiera mar ó mi destino
Me impidieron á España haber llegado.

ALONSO.

No fué Rodulfo del imperio indigno.

TOLEDO.

En fin, en Aquisgrana coronado,
Después de Otón vencido, está contento.

ALONSO.

Haber pasado hasta Alemania siento.
La elección me ha engañado, que pensaba
Que guardaban su fe los electores,
Saliendo ansí de Burgos, donde estaba
Con tantos caballeros y señores,
Y en tiempo que mis reinos contrastaba
El mejor de los moros Almanzores:
Quiera Dios que al volver en paz los halle.

Sale un correo.

CORREO.

Dondequiera que esté tengo de hablalle.

ALONSO.

¿Es correo de España?

CORREO.

Ahora llego.

ALONSO.

¿Qué hay de España?

CORREO.

Que el Moro de Granada
Ha escrito á Benyuzaf, que partió luego
De Jubenamarín con gruesa armada,
Y entraban ya, señor, á sangre y fuego
Por Gibraltar, como la vez pasada,
Si don Sancho, arzobispo de Toledo,
No les pusiera con sus armas miedo;
Ya don Nuño de Lara le acompaña,
Que hasta Ciudad Real llegan los moros,
Por donde Guadïana el campo baña,
Cargados de cautivos y tesoros;
De Burgos salió el Príncipe de España,
Movido de sus lástimas y lloros,
Y yo le dejé enfermo en el camino.

ALONSO.

¡Oh Rey nacido en desdichado sino!
Partamos luego á España, caballeros,
Que hacen los moros en su tierra estrago,
Rogando que relumbren los aceros
Sobre sus cuellos, del patrón Santiago.

TOLEDO.

Aguardaron, en fin, los moros fieros
Que estuvieses ausente.

ALONSO.

Si no hago
Una fiera venganza, decir puedo
Que no soy español.

TOLEDO.

Ni yo Toledo.

Rodulfo, Arnaldo, Leoncio y soldados.

RODULFO.

Otón vencido, Otón desbaratado,
Otón que ayer besó mi mano en público,
Ahora, con doblada gente y armas,
Mi descuidado ejército acomete,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Cuando quise, valientes capitanes,
Que cada cual á descansar se fuese.

ARNALDO.

Después de haber las villas destruído
Por donde ahora de Bohemia ha vuelto,
Animoso presenta la batalla,
Y con doblado número de gente;
Pero si ya Tu Majestad Cesárea
Ha conocido su flaqueza y fuerzas,
Su variedad y sus consejos fáciles,
¿Qué tiene de dudar del vencimiento?
Porque si entonces te besó la mano,
Estando en libertad, ahora, preso,
Te ha de besar el pie.

RODULFO.

¿Por qué, decidme,
Habrá tenido tanto atrevimiento?
¿Qué causa le dí yo?

ARNALDO.

La de la tienda,
Adonde, según dice, le rompiste,
Para su infamia, la palabra dada.

RODULFO.

Yo no le dí palabra, en eso miente;
Ni le firmé papel, ni hay hombre alguno
Que diga que le hice juramento.

ARNALDO.

Así es verdad.

RODULFO.

Pues alto: si le falta
Justicia como entonces, y sin ella
Pretende la corona del imperio,
De que el Papa me dió la investidura,
¡Otón muera, alemanes!

TODOS.

¡Otón muera!

ARNALDO.

Yo meteré en sus tiendas tu bandera.

La batalla se dé, saliendo y entrando hasta que Otón salga con la espada.

OTÓN.

¡Ah, consejo que en mi daño,
Femenil engaño dió!
¡Oh amor, de la vida engaño,
Cuán aprisa me llegó,
Tras la culpa, el desengaño!
¡Pobre gente, que á perder
La vida os vine á traer,
Como corderos al ara!
Ved en lo que un hombre pára:
¡Todo por una mujer!
Cansados os he traído
Adonde, sin pelear,
El contrario os ha vencido,
Por no daros más lugar
Un pensamiento avenido.
Aun no os podéis defender
Sin dormir, ni sin comer,
Ni el mismo Rey que os esfuerza
Tiene para hablaros fuerza:
¡Todo por una mujer!
Adán perdió el Paraíso,
Las grandes fuerzas Sansón,
Salomón el alto aviso,
David su gran perfección
Y la vida el circunciso;
Nino el imperio, el placer,
Grecia honor, Troya poder,
Semíramis la razón,
Y ahora la honra Otón:
¡Todo por una mujer!
Mas, aunque por ella muero,
Quiero partir á buscalla,
Que más que al alma la quiero:
¿Cómo á entrar en la batalla,
Tiembla en la mano el acero?

La sombra le asga por detrás los brazos.

¡Ay de mí, sombra! ¿Qué es esto?
Déjame, rostro funesto;
No me atormentes, que voy
Á ver mi esposa; ya estoy
¡Oh muerte! en tus brazos puesto.

Unos soldados.

SOLDADOS.

¡Éste es, dalde!

OTÓN.

¡Tened, gente!

SOLDADOS.

¿Quién es?

OTÓN.

El Rey.

SOLDADOS.

No lo crea,
Que el Rey huye.

OTÓN.

¿Esto consiente
El cielo?

SOLDADOS.

¡Mátale!

OTÓN.

Sea,
Si es á mi honor conveniente.

SOLDADOS.

Vamos de aquí.

OTÓN.

Ya el mortal
Punto que el alma tenía,
Llegó á su extremo final.

Váyanse los soldados.

¿Dónde estás, señora mía,
Causa de todo mi mal?
Ya que me has muerto, visita
En este punto postrero,
Vida que tu mano quita,

Más que el alemán acero,
Aunque mi honor resucita.
Vuelve tu sol celestial,
Antes que se cierre el día
Con esta noche mortal.
¿Dónde estás, señora mía,
Causa de todo mi mal?

Salen Rodulfo, la Reina y todos los capitanes, y banderas y cajas.

RODULFO.

Ya lo tengo ansí mandado,
Mas dicen que no parece.

OTÓN.

Gente á mi muerte ha llegado.

ETELFRIDA.

Aquí, señor, resplandece
Tu valor, nunca eclipsado.
Tuyas son victoria y fama.

RODULFO.

¿No es hermosa?

ARNALDO.

Es bella dama.

OTÓN.

¡Ay!

ETELFRIDA.

¡Oh triste confusión!
Ansí se queja mi Otón
Cuando está malo en la cama.

OTÓN.

¡Jesús, recibe mi ánima!

ARNALDO.

El es, y agora expiró.

ATAULFO.

Pulso y movimiento calma.

ETELFRIDA.

Pues ahora digo yo
Que es de Otón la gloria y palma.
Venció Otón, aunque vencido,
Porque en morir ha cumplido
Con la deuda del honor:
Si no murió emperador,
Murió á la corona asido.
Aunque vencedor te hallas,
No por eso le atropellas;
Las cosas basta intentallas,
Cuando son tan grandes ellas
Que es imposible acaballas.
Aunque el mundo me disfame
De ver que muerto te ame,
Como ya, mi bien, lo estás,
Digo que te quiero más
Mil veces muerto que infame.
Que yo te tendré presente
Lo poco que en esta ausencia
Durará mi vida ausente;
Mas dame, señor, licencia.

RODULFO.

¿Dónde vas?

ETELFRIDA.

¡Suelta!

RODULFO.

¡Detente!
Id tras ella, no se mate;
Y de llevar como es justo
El cuerpo de Otón se trate;
Que de honrar su cuerpo gusto,
Y no pretender rescate.
Id con pompa general,
Arrastrando por señal
Las banderas, de dolor.

ARNALDO.

Aquí dió fin el autor
Á la comedia *Imperial.*

En hombros, con cajas, y trompetas, y soldados, lleven á Otón y den fin.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA REINA JUANA DE NÁPOLES

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COMEDIA FAMOSA

DE

LA REINA JUANA DE NÁPOLES

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Conde Ursino.	Llorente, *pastor.*	Salicio, *pastor.*
Leonelo, *Marqués.*	Lucía, *villana.*	Pinabel, *truhán.*
Duque Juan.	Capitán.	Doristeo, *pastor.*
Príncipe Ludovico.	Príncipe Matías.	Margarita, *dama.*
Reina Juana.	Isabela, *dama.*	Músicos.
Príncipe Andrés.	Conde Antonio.	Un alcalde villano.
Tancredo, *lacayo.*	Fileno, *pastor.*	

ACTO PRIMERO.

Salen el príncipe Matías y el conde Antonio.

ANTONIO.

¿Tal pasa en ausencia tuya?

MATÍAS.

Tal la reina Juana está.

ANTONIO.

No dudes que se concluya
Este casamiento ya,
Ó Nápoles se destruya.
Está la Reina apretada,
Tanto, que teme su tierra
Que será Elena robada,
Ó Nápoles, con la guerra,
Segunda Troya abrasada.

MATÍAS.

Qué, el príncipe Andrés, mi primo,
¿Pretende este casamiento
Por fuerza?

ANTONIO.

Yo le reprimo,
Pero no muda de intento
Por más que le desanimo.
Es su hermano el Rey de Hungría;
Con el favor que le da
Piensa vencer cada día,
Y sin duda vencerá,
Pues tanta gente le envía.

MATÍAS.

Con todo, quiere tratar
De medios.

ANTONIO.

Y para esto
Señalan este lugar:
Este, en efecto, es el puesto
Adonde se han de apear.

MATÍAS.

Resuelta la reina Juana,
El casamiento no aceta.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ANTONIO.
Ni á mil partidos se allana.
MATÍAS.
Tiene opinión de discreta,
Y ve lo poco que gana.
Hoy acabé de llegar;
Y luego que puse el pie
En el campo, á mi pesar
Todo el ejército hallé
Tratando de murmurar.
Hallé todos los soldados
Quejosos y mal pagados,
Y está todo de manera
Que de mi primo creyera
Bien diferentes cuidados.
Una carta recibí
Del Príncipe valeroso
De Taranto, á quien le dí
El alma, porque es forzoso
Vivir yo en él, y él en mí.
Ligónos la voluntad
Con nudos tales y tantos,
Que en ejemplo de amistad
Hemos excedido á cuantos
Celebró la antigüedad.
ANTONIO.
¡Notable amigo!
MATÍAS.
Ése, pues,
Prometió al príncipe Andrés
De no tratar de esta empresa,
Y nadie ha de hacer promesa
Que no ha de cumplir después.
Quejoso de esto me escribe,
Y estoy, como él, ofendido;
Que, supuesto que en mí vive,
Yo también he recibido
El agravio que él recibe.
En fin, Conde, yo os doy cuenta
De esto que mi primo intenta,
Porque, como tan privado,
Lo impidáis.
ANTONIO.
Ese cuidado
Dejad, Príncipe, á mi cuenta.
MATÍAS.
Mi primo debe guardar
Su palabra.
ANTONIO.
Es cosa llana;
Mas ya deben de llegar.
MATÍAS.
Pienso que la reina Juana
Ha de darnos qué mirar.

Sale el príncipe Andrés, y acompañamiento, y la reina Juana detrás.

ANDRÉS.
¡Qué bizarra dama! Sea
Vuestra Alteza bien venida,
Hermosa mujer, y crea
Que le deseo la vida
Que á sí misma le desea.
¿Tiene salud?
REINA.
Salud tengo,
Poco en esto me detengo;
Lo que importa es, brevemente,
Que Vuestra Alteza se siente
Y que escuche á lo que vengo.
ANDRÉS.
¿No es hermosa?
MATÍAS.
Amor es ciego.
ANDRÉS.
Y vence en ver la belleza
Que me abrasa en vivo fuego.
REINA.
Escúcheme Vuestra Alteza,
Porque he de volverme luego:
Mi padre, el Rey, que Dios haya,
En su testamento ordena,
Yo lo confieso, que elija
Por marido á Vuestra Alteza.
Pensaba entonces mi padre
Que esto con mi gusto fuera;
Que claro está que no quiso
Que me casara por fuerza.
Pero yo, que atenta escucho
La fama haciéndose lenguas,
Que de Vuestra Alteza á voces
Mil temeridades cuenta;
Yo, que quizá por oculta
Virtud de aquestas estrellas,
Á Vuestra Alteza aborrezco
Más que á la luz las tinieblas;
Con la libertad del alma
He respondido resuelta
Que impide este casamiento
La propia naturaleza.
Y Vuestra Alteza, indignado
Sin razón de esta respuesta,
Hace á las armas jüeces
De voluntades opuestas.
Vino desde Hungría, y puso
Cerco á Nápoles, y piensa
Que ha de darle mi temor
Lo que mi gusto le niega.
Por fuerza quiere obligarme;
Mas cuando el reino se pierda
Y Vuestra Alteza le gane,
Que es lo mismo de la afrenta;
¿Qué digo perderse el reino?
Si la misma omnipotencia
Que sacó á luz este mundo
Del ejemplar de su idea,
Otros mil y más criara,
Y todos me los pusiera
En las manos de mi imperio,
Y á los pies de mi grandeza,
Con condición que yo fuese
Esposa de Vuestra Alteza,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Vive Dios, que por no hacerlo,
Mil y más mundos perdiera!
Por esta causa he venido
A suplicarle se vuelva;
Que no fuerzan voluntades
Divinas y humanas letras.
Y si á las armas remite
El casamiento que intenta,
Reina soy, vasallos tengo
Celosos de mi defensa.
El príncipe Ludovico,
De Taranto, en esta guerra
Es general, cuya fama
El mundo á voces celebra.
Apercibidos estamos;
Que hasta las mujeres mesmas
Vestirán armas de acero,
En vez de ropas de seda.
Las damas de mi palacio
Espadas ciñen sangrientas,
Que transformándose en hombres,
Varonil esfuerzo muestran.
De mujeriles vestidos
Nos despojamos, y advierta
Que tal vez furor se vuelve
Nuestra natural flaqueza.
Y puede ser que algún día,
Si no se vuelve á su tierra,
Á manos de mis mujeres
Afrentosamente muera.
Bien sé que algunos vasallos
Tengo aleves, que desean
Dar á Vuestra Alteza gusto
Con riesgo de sus cabezas.
Por eso mis damas ciñen
Espadas, para que entiendan
Que sólo con mis mujeres
Le puedo hacer resistencia.
Yo tengo en mi compañía
La bellísima Isabela,
Que es del Duque de Ferrara
Universal heredera.
Y si Vuestra Alteza quiere,
Siendo con su gusto della,
Yo acabaré con su padre
Que por mujer se la ofrezca.
Con esto le he respondido
Con brevedad, aunque muestra
Mayor sentimiento el alma
Que el que pronuncia la lengua.

ANDRÉS.

Reina, jamás he querido
Forzarle yo á Vuestra Alteza
La voluntad; he sentido
Que no estime mi grandeza
Tan capaz de su marido.
Dejóle aqueste preceto
Su padre, cuando moría,
Quizá por cierto respeto;
Mas Vuestra Alteza porfía
Porque jamás tenga efeto.
Tengo á Vuestra Alteza amor,
Adoro aquesa hermosura
Como deidad superior,
Aunque indignarme procura
Su libertad y rigor.
Desta malicia indignado,
Á las armas lo remito;
Que á tanto extremo ha llegado,
Que por un medio exquisito
No casarse ha procurado.
En Hungría me pidió
Ludovico Tarentino
Que no me casase yo
Con Vuestra Alteza; imagino
La causa que le movió.
Palabra entonces le dí;
Y á pesar de mi nobleza,
Porque después presumí
Ser traza de Vuestra Alteza,
Mi palabra no cumplí;
Si no es que pretende ser
Su marido en mi lugar.

REINA.

No hay en el mundo poder
Que pueda hacerme mudar,
Y en esto no soy mujer.
Sólo afirmo que no intento
Por camino semejante
Declarar mi pensamiento.

ANDRÉS.

Según eso, como amante
Estorbó mi casamiento.

REINA.

No sé lo que solicita,
Ni qué razón le obligó:
¿Cómo es esto, Margarita?
¿Tú le has dicho que soy yo
Á quien de noche visita?

MARGARITA.

No sabe tal.

REINA.

¿Qué responde
Vuestra Alteza?

ANDRÉS.

Finalmente,
Vine á Nápoles, adonde
Faltará primero oriente
Al sol, que el ocaso esconde,
Que vuelva á ver á mi tierra
Sin que me case, ó que dé
Sangriento fin á esta guerra.

REINA.

Ciego está, pues que no ve
Vuestra Alteza lo que yerra.

ANDRÉS.

No volveré pasó atrás;
Que antes acierto.

REINA.

No hace.

ANDRÉS.

Harálo el tiempo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REINA.
Jamás.
ANDRÉS.
¿Por qué?
REINA.
No me satisface.
ANDRÉS.
¿Eso responde?
REINA.
Y no más.
ANDRÉS.
¿Tal sufre?
REINA.
Dios lo ordenó.
ANDRÉS.
No sé tal.
REINA.
Yo lo sé bien.
ANDRÉS.
¿Quién ha de impedirme?
REINA.
Yo.
ANDRÉS.
Quedaré venciendo.
REINA.
¿Á quién?
ANDRÉS.
Á Vuestra Alteza.
REINA.
Eso no.
ANDRÉS.
¿Qué busca?
REINA.
Lo que merezco.
ANDRÉS.
¿Sabe quién soy?
REINA.
No lo ignoro.
ANDRÉS.
¿No hay partido?
REINA.
No lo ofrezco.
ANDRÉS.
Sabe el cielo que te adoro.
REINA.
Sabe Dios que te aborrezco.
ANDRÉS.
Eres cruel.
REINA.
En efeto,
No se corrige.
ANDRÉS.
Enemiga,
Otro partido no aceto.
REINA.
Ya Vuestra Alteza me obliga
Á que le pierda el respeto:
Voyme.
ANDRÉS.
Pues á sangre y fuego
Te he de hacer guerra espantosa:
¡Prendedla, prendedla luego!
REINA.
¡Llegad, villanos!
ANDRÉS.
¡Qué hermosa!

Vase la Reina.

Su luz me ha dejado ciego.
¡Prendedla!
ANTONIO.
Puesta á caballo,
Corre más veloz que el viento.
ANDRÉS.
Por falta de un buen vasallo.
ANTONIO.
Átrás deja el pensamiento.
ANDRÉS.
Solo entre tantos me hallo.
MATÍAS.
Ya que la Reina se ha ido,
Quiero, señor, declararte
Mi voto, que, á no haber sido
Contra ti mismo, su parte
Hubiera favorecido.
Ludovico, por ventura,
Quiere la Reina, y así
Que no te cases procura;
Que tener contrario en ti,
No es tener suerte segura.
Dístele, como á tu igual,
Palabra entonces, señor,
De no casarte; es leal
Amigo; téngole amor,
Y págame como tal.
Ya dudoso de esta fe,
Con enojo me ha enviado
Una carta, y bien se ve
Que es muy justo que enojado
Contigo y conmigo esté.
Contigo en primer lugar,
Porque te ha visto faltar
De tu palabra; y conmigo
Porque, siendo yo su amigo,
Te la he dejado quebrar.
ANDRÉS.
Primo, sin mirarlo bien,
En Hungría prometí
Eso á Ludovico, en quien,
Ya prometido, advertí
Que lo pretende también.
Después acá he conocido
Su malicia; ha pretendido
Lo que pretendo, y desea
Por orden suya que sea
Yo de Isabela marido.
Es del Duque de Ferrara
Hija mayor, y confieso
Que tiene muy buena cara;
Mas amor, visto el proceso,
Por ajena la declara.

Su retrato me mostró
Por aficionarme de él:
Si á él primero le agradó,
Quiera á su hermosa Isabel,
Pues quiero la Reina yo.
Si en esto procedo mal,
Si dices que no es buen trato,
Mira aquí cuán desigual
Es este hermoso retrato
De aquel bello original.

Vase.

ANTONIO.

Fuése el Príncipe, y su primo
Mira el retrato suspenso.

MATÍAS.

Tanto, retrato, os estimo,
Que el alma os he dado, y pienso
Que ya con ella os animo.
Mucho la fama ha contado
De Isabela; pero ya
Me dice aqueste traslado
Qué tal lo vivo será,
Pues admira la pintado.
¡Ah, Conde, por vuestra vida,
Que me digáis qué os parece
Éste retrato!

ANTONIO.

Convida
Á que le quieran.

MATÍAS.

Merece
Que abrevie yo mi partida.
Dentro en Nápoles está
El dueño de este retrato.
Voy por dos causas allá:
Por no parecer ingrato
Á quien el alma me da,
Que es el amigo mayor
Que he tenido, ni tendré,
Y porque ya quiere amor
Que tenga envidia á quien fué
De este retrato el pintor;
Que mientras que trasladaba
Su rostro con sus pinceles,
En efecto, la miraba;
Mas fuera yo nuevo Apeles,
Que á Campaspe retrataba.
Mas parece que le miras
También, como yo, suspenso.

ANTONIO.

Admírome si te admiras;
Y aun al mismo blanco, pienso
Tiro más flechas que tiras.

MATÍAS.

Adiós, que dentro de un hora
En Nápoles he de entrar:
Retrato, el alma os adora.

ANTONIO.

Tras ti voy para estorbar
Lo que tú trazas ahora.

Vanse, y salen Isabela y Tancredo.

ISABELA.

¿Qué hace tu señor?

TANCREDO.

No sé.
En impertinencias pasa
Todo el tiempo.

ISABELA.

¡Cómo!

TANCREDO.

Á casa
Con un astrólogo fué.
Hacen desde esotro día
Jüicio en su nacimiento,
Y ándase papando el viento
Y comiendo astrología.

ISABELA.

¿Hallan que sabrá querer?

TANCREDO.

Mucho dicen que querrá.

ISABELA.

¿Quién la dichosa será?

TANCREDO.

Vuecelencia habrá de ser.

ISABELA.

En cuanto á casarse, di,
¿Qué han hallado?

TANCREDO.

Que sin duda
Se casará con viuda.

ISABELA.

¡Con viuda! ¿Cómo ansí?

TANCREDO.

Los signos no dicen tal.

ISABELA.

¿No lo dicen?

TANCREDO.

Ellos no;
Pero colíjolo yo
Para excusar mayor mal.

ISABELA.

Ese pronóstico ha sido
Como tuyo.

TANCREDO.

Claro está;
Mas mi señor viene ya.

ISABELA.

Él sea muy bien venido.

Sale Ludovico, muy galán.

LUDOVICO.

¡Oh mi Isabela!

ISABELA.

¡Oh mi bien!
¿Dónde habéis estado?

LUDOVICO.

En casa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¿Qué hacéis?

ISABELA.

Llorar, pues me abrasa
Mi amor y vuestro desdén.
¿Cómo está la Reina?

LUDOVICO.

Creo
Que debió de llegar buena.

ISABELA.

¿Ese cuidado os da pena?

LUDOVICO.

Cobarde callo y deseo.

ISABELA.

Contento venís; sin duda
Que el astrólogo os señala
Dichosa suerte.

LUDOVICO.

No es mala
Si el tiempo las cosas muda.

ISABELA.

En fin, ¿dicen las estrellas
Que has de ser rey? Si los dos
Lo hemos de ser, ¡plega á Dios,
Mi bien, que lo cumplan ellas!
Acuérdome que también
Me han pronosticado á mí
Que he de ser reina, y así
Viene el pronóstico bien.
Reinaremos, si no reina,
Los dos, no el uno no más;
Si soy reina, rey serás,
Y si eres rey, seré reina,
Pues apuesto que me quieres:
Aquesto mismo influyera
Si un astro del cielo fuera.

LUDOVICO.

En la belleza lo eres.

Salen Matías y Pinabel.

MATÍAS.

Ciego amor, tus pasos sigo,
Más ciego si tú me guías.

LUDOVICO.

¿No es el príncipe Matías,
Mi felicísimo amigo?
¿Qué aguardan aquestos brazos?

MATÍAS.

¡Oh Ludovico! ¿Sois vos?

PINABEL.

Abracémonos los dos.

ISABELA.

Ya envidio aquellos abrazos.

MATÍAS.

Quise veros, no escribiros.

LUDOVICO.

¿No os dieron mi carta?

MATÍAS.

Sí;
Pero de vos y de mí
Tengo mucho que deciros.
¡Hermosa mujer! ¿Quién es?
Mas Isabela será,
Que vi su retrato ya.

LUDOVICO.

Tiénele el príncipe Andrés.
¿No es bello el original?

MATÍAS.

Tanto, que al retrato excede.

LUDOVICO.

Nada negársele puede
Á un amigo tan leal:
Sabed que me quiere bien.

MATÍAS.

¿Decíslo de veras?

LUDOVICO.

Digo
Que trata de esto conmigo.

MATÍAS.

Y de matarme también.
Cese mi esperanza ya;
Que un amigo es para mí
Sagrado.

LUDOVICO.

Pues está aquí,
Habladla.

MATÍAS.

Razón será.
Conózcame Vuecelencia
Por muy suyo.

ISABELA.

Yo lo soy
De Vuecelencia.

MATÍAS.

Yo estoy
Para perder la paciencia.

ISABELA.

De Vuecelencia me ha dado
Muchas nuevas Ludovico.

MATÍAS.

Á Vuecelencia suplico
Me tenga por su criado.
¡Hermosísima mujer!

LUDOVICO.

Nadie lo puede negar;
Pero, en fin, esto de amar
Estrella debe de ser.
Como á diferente intento
Siempre á la mía inclinado,
Su mucho amor he pagado
Con solo agradecimiento.
Finjo, por no ser ingrato;
Quiéreme para marido,
Y sólo habemos tenido
La honestidad de un buen trato.
En fin, engañada está
Con la afición que la muestro.

MATÍAS.

Luego si un amigo vuestro
La quiere, no os pesará.

LUDOVICO.

Antes con mi gusto fuera;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Quedara desobligado
Y libre de este cuidado:
Por ventura me atreviera.....

MATÍAS.

¿Á quién?

LUDOVICO.

Á la reina Juana,
Á quien adoro.

MATÍAS.

Eso bien,
Que yo pienso amar.

LUDOVICO.

¿A quién?

MATÍAS.

Á una beldad soberana.
Pues vos gustáis, me resuelvo.

Sale un paje.

PAJE.

Señor, llama á Vuecelencia
La Reina.

LUDOVICO.

Dadme licencia,
Y quedad, mientras que vuelvo,
Con Isabela.

MATÍAS.

Id con Dios.

Vase Ludovico.

ISABELA.

Un recelo me atormenta.

MATÍAS.

Quedándome yo, haced cuenta
Que queda él mismo con vos.
El dueño de este retrato,
¿Conocéisle?

ISABELA.

¡A Dios pluguiera
Que á mí me desconociera,
Pues conozco un hombre ingrato!
Suplícoos me lo feriéis.

MATÍAS.

¿Hay muchos mundos?

ISABELA.

Yo creo
Que uno solo.

MATÍAS.

Pues no veo
De qué suerte le paguéis.
Para darle tan barato,
Yo no le pienso feriar;
Que no se puede pagar
Con un mundo ese retrato.

ISABELA.

¿Tanto estimáis prenda tal?

MATÍAS.

Toda estimación excede.

ISABELA.

En fin, ¿pagarse no puede?

MATÍAS.

Sólo con su original.

ISABELA.

Ese es un mundo pequeño.

MATÍAS.

Con todo, es precio excesivo.

ISABELA.

No es suyo.

MATÍAS.

Luego ¿es cautivo?

ISABELA.

Y tiene un ingrato dueño,
Pues hallo en otro poder
Prenda que le he dado yo.
¡Qué mal procede!

MATÍAS.

Eso no;
No hay en él mal proceder.
Fiarme, como me fía,
Este retrato, yo sé
Que no es tener poca fe,
Sino conocer la mía.

Salen Ludovico y el Conde.

LUDOVICO.

Dadme albricias.

MATÍAS.

¿De qué? ¡Oh Conde!
¿Acá estáis vos?

CONDE.

Aquí estoy.

LUDOVICO.

En esta nueva que os doy,
Cifrado mi bien se esconde.
Mirad que os espera á vos
La Reina.

ISABELA.

¿De qué pedís
Albricias?

LUDOVICO.

Bien lo decís;
Luego hablaremos los dos.

ISABELA.

Adiós.

Vase Isabela.

MATÍAS.

¡Bella mujer!

LUDOVICO.

Digo
Que llano el príncipe Andrés,
Que, como sabemos, es
Un poderoso enemigo.
Sin duda me casaré
Con la Reina.

MATÍAS.

¡Á Dios pluguiera!
¡Qué firme, qué verdadera
Es, Ludovico, mi fe!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pues me alegra más que el mío
Vuestro bien.

LUDOVICO.

Sois, en efeto,
Amigo.

MATÍAS.

Daros prometo
Las albricias.

LUDOVICO.

Yo lo fío.

MATÍAS.

¿Está el Príncipe tan llano
Como decís?

LUDOVICO.

Á eso viene
El Conde, que con él tiene,
Como sabéis, tanto mano.
Y en premio de esto ha pedido
Á Isabela por mujer,
De quien pienso que ha de ser
Hoy venturoso marido.
Y la Reina, en confianza,
De Isabela el sí le dió.

MATÍAS.

Albricias os daré yo
De vuestra nueva esperanza.
Vos, de mi pena mortal
Dadme el pésame, y también
Dadle al Conde el parabién,
Que ha de ser para mí mal.
Él me escucha y él me entiende,
Yo fuí necio y él ingrato,
Pues yo le mostré el retrato,
Y él á Isabela pretende.
¡Ay, Ludovico, que adoro
Á Isabela! El Conde fué
Traidor, pues rompió la fe;
Vil, pues no guardó el decoro.
Mas si tener yo pesar
Con vuestros gustos no es justo,
De albricias de vuestro gusto
El perdón le quiero dar;
Que supuesto que ha nacido
Vuestro interés de su error,
Antes porque fué traidor
Debo estalle agradecido.

LUDOVICO.

¿Qué decís, Conde?

CONDE.

Deseo
Casarme con Isabela,
Y el Príncipe se desvela
En hacer el mismo empleo.
En fin, mi esposa ha de ser,
Aunque él también la procura.

LUDOVICO.

Conde, yo mudo ventura,
Mudad vos de parecer.
Vos no temáis que me ofendo
De vuestra desconfianza,
Piense que hay en mí mudanza,
Porque á la Reina pretendo;
Que aunque adoro su belleza,
Estimo más ¡vive Dios!
Teneros contento á vos
Que casarme con Su Alteza.

CONDE.

La Reina me ha prometido
Á Isabela.

MATÍAS.

Eres villano,
Y así tomas tanta mano
Que se la das de marido.
Vámonos luego de aquí.

TANCREDO.

Vuesamerced sea servido
De mandarme.

PINABEL.

Yo he venido
Para que me mande á mí.

LUDOVICO.

Vos durmiendo os quedaréis;
Yo tengo una ocupación.

MATÍAS.

¿Es dama?

LUDOVICO.

Negocios son:
Vamos, y descansaréis.

Vanse, y salen la reina Juana y Margarita.

MARGARITA.

¿Para qué es esa corona?

REINA.

Para ponerla en la frente
Del hombre que solamente
Es digno de mi persona.
Ludovico me visita
Estas noches, sin saber
Quién soy, ni quién puede ser
La que ansí le solicita.
Sabrálo esta noche al fin;
Quiérole bien, ya lo sabes,
Como quien tiene las llaves
De mi pecho y del jardín;
Porque le abrieses la puerta
Te he fiado este secreto;
Mira, en semejante aprieto,
Si está la del alma abierta.

MARGARITA.

Ya tienes satisfacción
De que servirte deseo.

REINA.

Y por experiencia creo
La fe de tu corazón.

MARGARITA.

En fin, ¿le has de coronar?

REINA.

Porque sepa que le llama
Á este jardín una dama
Que le puede un reino dar;
Que las veces que he querido

Decirle claro quién soy,
Tal con la vergüenza estoy,
Que toda me he enmudecido.
La corona le dirá,
Pues la lengua no se atreve,
Quién es la dama á quien debe
El corazón que le da.

MARGARITA.

Pues ya debe de venir.

REINA.

Tanto el corazón se altera,
Que el pecho dejar quisiera
Por salirle á recibir.
Mira si á la puerta está,
Que con mucho regocijo
La lengua del aire dijo
Al alma que viene ya.
El céfiro que bullía
Aquel árbol le avisó,
Y él la cabeza inclinó
Haciendo la cortesía.

Salen Ludovico y Tancredo.

LUDOVICO.

Calla ya.

TANCREDO.

Sáqueme Dios
De brujo por su clemencia.

REINA.

¡Oh Ludovico! ¿Sois vos?

LUDOVICO.

Soy quien viene sin paciencia.

REINA.

Poca tendremos los dos.

LUDOVICO.

Yo, con razón, tengo poca,
Pues he merecido oir
Ternezas de vuestra boca (1).

REINA.

Ahora bien, sentaos aquí;
Que quiero yo más despacio
Quejarme de vos.

LUDOVICO.

¿De mí?

REINA.

Bien sé que amáis en palacio
Á cierta dama.

LUDOVICO.

Es ansí.

REINA.

También sé que es Isabela.

LUDOVICO.

Engañáisos, que otra es
La que me aflige y desvela.

REINA.

Siendo ansí, engañáis á tres.

LUDOVICO.

Antes no tengo cautela,
Pues seis noches he venido
Á veros, y no he sabido
En todas seis quién seáis.

REINA.

En fin, ¿en palacio amáis?

LUDOVICO.

Y tanto, que estoy perdido;
Á la más bella he mirado
De palacio; en él estoy
Divinamente empleado;
Quiero á un ángel, pero soy
Cobarde, aunque enamorado.

REINA.

¡Bien me pagáis!

LUDOVICO.

Considero,
Cuando hubiera entre los dos
El amor más verdadero,
Que no es quereros á vos,
Pues no conozco á quien quiero.
Llamáronme en un papel
Que me arrojaron; en fin,
Por saber el dueño de él,
Vengo obediente al jardín,
Y hálloos á vos en él.
En seis noches no he podido
Conocer á quien he hablado,
Y así estoy arrepentido
De haber venido llamado,
Pues que no soy escogido.
Vine por no ser cobarde,
Como he dicho; no dormí
Anoche; ansí Dios me guarde,
Que tengo sueño, y así,
Dadme licencia, que es tarde.

REINA.

Dormid al son de esa fuente,
Y del aire que menea
Los árboles mansamente.

LUDOVICO.

Bien habláis, mas seréis fea.

TANCREDO.

La dama es impertinente.

REINA.

Un poco celosa estoy.

LUDOVICO.

¿No me diréis vuestro nombre?

REINA.

Determinándome voy.

LUDOVICO.

Pues ¿qué dudáis?

REINA.

Eres hombre;
Duérmete, y sabrás que soy
La Reina.

LUDOVICO.

¿La Reina?

REINA.

Sí;
Que reina debe de ser
La que te merece á ti.

(1) Faltan dos versos á esta quintilla.

TANCREDO.
Picón es de la mujer.
LUDOVICO.
Basta, que os burláis de mí.
TANCREDO.
Ahora bien, yo estoy aquí;
Ó se conciertan ó no:
Quiero llegarme hacia allí,
Dormiré por ellos yo;
Que ellos hablarán por mí.
REINA.
Él se duerme; amor me abona:
¿Qué aguardo? Mas en su frente
Quiero poner mi corona;
Que ella dirá claramente
Las prendas de mi persona;
Mas ¿qué rüido es aquel?
Retírome; pasos siento.

Escóndese la Reina detrás del paño, y sale Isabela.

ISABELA.
¡Plega á Dios, amor cruel,
Que me mienta el pensamiento
Ó que me mates, cruel!
Mil celosas fantasías
Me han traído á este jardín;
Si hay pasadas alegrías,
Mucho temo vuestro fin
Después que sé que sois mías.
La luna ha salido ya,
Y en una corona de oro
La luz en sus rayos da;
Pero ¿no es éste el que adoro?
Él es, y durmiendo está.
Cierto el pronóstico fué;
Ya le miro con enfado
Como rey; mas bien se ve
Que es de la Reina el cuidado
Y de Isabela la fe.
¡Duermes, ingrato!

Sale la Reina.

REINA.
Isabela
Le despierta. ¡Ay, enemiga!
Quiero llegar con cautela,
Pues con mis celos me obliga
El amor que me desvela.
ISABELA.
Bien se parece que nada
Te da cuidado, traidor.
LUDOVICO.
¿Quién es?
ISABELA.
Una desdichada.
REINA.
¡Jesús, qué grande calor!
ISABELA.
El disimulo me agrada. (Aparte.)
REINA.
¡Oh Isabela! Lo que á mí,
Á este lugar os traería.
ISABELA.
Pienso, señora, que sí.
REINA.
Con el calor que tenía,
Á buscar fresco salí;
Pero sin duda que fué
Muy otra vuestra intención:
¡Hombres aquí! ¡Bien, á fe!
ISABELA.
No vino por mi ocasión
Ludovico; aquí le hallé.
LUDOVICO.
¡Reina y señora!.....
REINA.
¿Qué es esto?
¿Vos corona, Ludovico?
LUDOVICO.
¿Quién en mi frente la ha puesto?
Á Vuestra Alteza suplico
Que no me culpe tan presto;
¡Vive el cielo, que no sé
Quién la corona me puso!
REINA.
La verdad descubriré.
LUDOVICO.
Confieso que estoy confuso,
Mas yo conozco mi fe.
REINA.
Aquí hay poco que dudar;
Sin duda os queréis alzar
Con el reino; y ¡plegue á Dios
No quiera alzarse con vos
Isabela, á mi pesar!
ISABELA.
No, Reina, no me levanto;
Que estoy picada del juego,
Adonde he perdido tanto.
LUDOVICO.
Sólo digo que estoy ciego
De confusión y de espanto.
REINA.
Isabela, aunque he pensado
Que es vuestra virtud un templo,
Y le habéis vos profanado,
Y dirán que el mal ejemplo
De mi casa lo ha causado,
Idos luego á recoger.
ISABELA.
Iré, señora, contigo.
REINA.
No, no será menester:
Idos con Dios.
ISABELA.
Enemigo,
Todo se viene á saber.
REINA.
Ya no es vuestra compañía
De gusto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ISABELA.

Ya sé á qué viene;
Por quedar sola me envía.

REINA.

Sabré quién la culpa tiene.

ISABELA.

Como fué tuya, fué mía.

Vase.

LUDOVICO.

Señora, pensar de mí
Que tener corona fué
Usurparte el reino á ti,
Es poner duda en la fe
Con que siempre te serví.
¡Qué de días há, señora,
Que ha temido mi humildad,
Que aunque hoy su suerte mejora,
Vacila la voluntad
Entre mil dudas ahora!
Emprender esta jornada
Temí, como tu vasallo;
Que eres Reina coronada,
Y atreviéndome, te hallo
Con humildad agraviada.
Mas visto tu Real decoro,
Me pone amor, Reina bella,
Como á rey, corona de oro,
Porque me atreva con ella
Á decirte que te adoro.

REINA.

¿Qué dices?

LUDOVICO.

Que me perdones
Si adorarte es ofenderte.

REINA.

No pensé.....

LUDOVICO.

Miedo me pones.

REINA.

¿Qué temes?

LUDOVICO.

Mi humilde suerte.

REINA.

Luego es bien que te corones.
El amor te hace mi igual,
Que yo te quiero también.

LUDOVICO.

Espera, no digas tal;
Que á veces un grande bien
Mata como un grande mal.

REINA.

La dama soy que á ver vienes:
Rey, en efecto, has de ser;
Que esa corona que tienes,
Públicamente has de ver
Adornar tus dignas sienes.
Eres mi dueño, he de amarte,
Y conmigo has de reinar;
Pero adiós puedes quedarte;
Que no me da más lugar
La vergüenza para hablarte.

LUDOVICO.

Aguarda; ¿adónde te vas?
El curso veloz detén,
Y parte en mi bien tendrás,
Porque se aumente mi bien,
Pues comunicado es más.
Ya que me dejas tan rico,
Espera un rato pequeño,
Mientras que me certifico
Quién has dicho que es tu dueño.

REINA.

El príncipe Ludovico.

Vase la Reina.

LUDOVICO.

Oye, aguarda.

Sale Isabela.

ISABELA.

Yo también
He escuchado mis desdichas.

LUDOVICO.

Si acaso me quieres bien,
Solemnizarás mis dichas
Y darásme el parabién.
No impidas con tu disgusto
Mi inmensa felicidad;
Que ni es posible ni es justo
Que me tengas voluntad
Y te pese de mi gusto.
La Reina me quiere á mí;
Dice que rey he de ser
Siendo su esposo, y así
No pienso que has de querer
Que pierda un reino por ti.
El amor, esta sentencia
Nos notifica á los dos;
No hay sino tener paciencia;
Perdón te pido, y adiós,
Que me voy con tu licencia.

ISABELA.

¡Con mi licencia, enemigo!
Tente, fugitivo Eneas,
Mientras mis ansias te digo,
Que, aunque tú la causa seas,
Te enternecerás conmigo.
Acompáñame siquiera
En esta hora desdichada,
Pues ha de ser la postrera;
Basta morir mal pagada
Sin que ausente también muera.
¿Dónde escondió tu desdén
Mis favores mal logrados,
Que en cualquier parte que estén,
Pues son favores hurtados,
Podré sacarlos muy bien?
¿Dónde están los gustos llenos

De pensamientos más buenos
Y de más satisfacción?

LUDOVICO.

Digo que tienes razón,
Pero no puede ser menos.

Vase.

ISABELA.

No más, causa de mis daños;
Calla, cesen mis engaños;
Y aunque te llamé marido,
Otro dueño al cielo pido
Que te goce dos mil años.
Viváis con paz y contento;
Mas ¿qué digo? ¡Plega á Dios
Que padezcáis mi tormento,
Para que sintáis los dos
Qué es sentir el mal que siento!
En medio de la bonanza,
Muestre el tiempo su rigor.
¡Ah, monstruo vil de mudanza,
Ruego á los cielos que en flor
Se marchite tu esperanza!
Con la Reina te suceda
Lo que me sucede á mí,
Sin que ella escucharlo pueda;
Muestre la fortuna en ti
Las mudanzas de su rueda.
La tuya, ¡bárbaro aleve!
Como el pavón la deshagas,
Y dentro de tiempo breve
Te pague, como me pagas,
La que mucho amor te debe.
Dad, celosos desvaríos,
Materia siempre á mi llanto;
Pero ¿qué es esto, ojos míos?
¿Por qué razón lloráis tanto
Que os convertís en dos ríos?
No lloréis más, ojos, llenos
De variedad de venenos;
Si os agravia el corazón,
Digo que tenéis razón,
Pero no puede ser menos.

ACTO SEGUNDO.

Salen el conde Ursino, el marqués Leonelo y el duque Juan.

URSINO.

La Reina lo mira mal.

LEONELO.

Mirarlo bien le conviene;
Que ya pienso que no tiene
Sólo un vasallo leal.

JUAN.

Disculpa puede tener,
Pues á Nápoles ha puesto
En peligro manifiesto.

LEONELO.

Sin duda se ha de perder.

URSINO.

El príncipe Andrés nos pone
En aprieto.

LEONELO.

Ser podría
Que antes que se pase el día
En Nápoles se corone.

JUAN.

¿Daránse todos?

URSINO.

¿Qué mucho
Según la ciudad está?

Sale Ludovico.

LUDOVICO.

Caballeros, baste ya;
Que con vergüenza os escucho.
Defendiendo á la ciudad
Y á nuestra Reina, es razón
Que juzguemos sin pasión
Y mostremos lealtad.
Si cuenta tantas bajezas
Del príncipe Andrés la fama,
Que Heliogábalo le llama
En los vicios y torpezas;
Si es tirano y tan cruel,
Que á nadie ha de perdonar,
¿Por qué la habéis de obligar
Á que se case con él?
¿No es mucho mejor que elija
Ver su reino en vuestra mano,
Que no dársele á un tirano
Que nos maltrate y aflija?
Esto es bien que se os acuerde,
Y olvidad esa querella,
Que la que más pierde es ella,
Pues es la que el reino pierde.

JUAN.

Todos sentimos su daño,
Y buscamos de este modo
Su bien, y el del reino todo,
Que lo demás es engaño.
La reina Juana se case
Y mude de voluntad;
Que no es bien que esta ciudad,
Como otro Nerón, abrase.

LEONELO.

Y determínese presto
La Reina; ó se ha de casar,
Ó nos habemos de dar
Al príncipe Andrés.

LUDOVICO.

¿Qué es esto?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Conde, Marqués, duque Juan,
¿Qué decís?

JUAN.

Príncipe, digo
Que esto sienta el que es mi amigo.

LEONELO.

Todos de ese voto están.

LUDOVICO.

Mirad que es infamia nuestra
Que dé la mano forzada.

JUAN.

Este parecer me agrada;
Que esa opinión sólo es vuestra.
Con la misma libertad
Á la Reina le diré
Que se case, ó rendiré
Al Príncipe la ciudad.

URSINO.

Lo mismo haré.

LEONELO.

Certifico
Que he de decirle otro tanto.

LUDOVICO.

Caballeros, ya me espanto.

JUAN.

¡Qué bien está Ludovico!
La Reina no se ha casado,
Siendo manifiesto error,
Por voto de algún traidor
Que se juzga interesado.
Y pues vos también seguís
Ese voto, ¡vive Dios,
Que pensamos que sois vos!

LUDOVICO.

¡Yo traidor! Todos mentís.
Yo os mantendré á cuchilladas,
Con las armas en la mano,
Que el que lo piensa es villano.

JUAN.

¡Muera!

Sale la Reina.

REINA.

¿En mi palacio espadas?
¿Qué descompostura es ésta,
Príncipe, Conde, Marqués,
Duque Juan?

LUDOVICO.

Su Alteza es;
Dadle por todos respuesta.

REINA.

¿Quién es el que dió ocasión
Á tal desvergüenza?

LUDOVICO.

Espero
Que habléis vosotros primero
Para dar satisfacción.

JUAN.

Conde, hablad, que yo no he osado.

URSINO.

Duque, tampoco osaré.

LEONELO.

En mirándola, quedé
De todo punto turbado.

LUDOVICO.

¿Cómo ahora enmudecéis?
¿Cómo no movéis los labios
Para referir agravios
Que á la misma Reina hacéis?
¿Cómo ahora, que os provoco,
Menos bravatas escucho?
Mas quien sin tiempo habla mucho,
En la ocasión hace poco.
Pues yo diré lo que ha sido:
Dicen, señora, los tres
Que es digno el príncipe Andrés
Del nombre de tu marido.
Dicen que el común sosiego
Se pierde por tu ocasión,
Y que, como otro Nerón,
Á Nápoles echas fuego.
Y que estando como ves,
Solamente por tu gusto,
Dicen que casarte es justo;
Pero yo, que no lo es.
Hablaron con libertad;
Respondíles que mentían,
Y con las armas querían
Contradecir mi verdad.
Esto pasó.

REINA.

¡Desleales!
¿Tal bajeza se permite?
¿Queréis, traidores, que os quite
Esas vidas como á tales?

LEONELO.

Reina, no hablemos acaso
Que á ti te importe.

REINA.

¡Que importe!
¡Por mi corona, que os corte
Las cabezas!

JUAN.

¡Reina!

REINA.

¡Paso!
No habléis palabra.

JUAN.

Señora,
Aunque al bien común miramos,
Porque el tuyo deseamos
Te culpábamos ahora.
Por sólo tu gusto abrasas
Todo el reino, que ya veo
Perdido, y así deseo
Saber por qué no te casas.
Si fué gusto de tu madre,
Tu padre te lo ordenó.

REINA.

Porque lo he mirado yo
Mucho mejor que mi padre.
Dignos sois de que os castigue;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mas si la intención fué buena,
Quiero remitir la pena
Que á la culpa se le sigue.
¿Qué decís vos?

LUDOVICO.

No replico
Si es Vuestra Alteza en su abono.

REINA.

Sí, pero no les perdono
Vuestra ofensa, Ludovico.
Vos la podéis castigar
Con el rigor de la ley,
Como si fuérades rey,
Que os tengo en ese lugar.
Mi poder os doy, y así
Sentenciad vos esta vez.

LUDOVICO.

Nunca la parte es jüez;
Mas pues que remite á mí
Vuestra Alteza este proceso,
Yo los absuelvo y les doy
Por libres, porque, en fin, soy
Su amigo en cualquier suceso.

REINA.

El hace como quien es.
Pedidle perdón.

URSINO.

Sí haremos,
Y su amistad conocemos.

LUDOVICO.

Yo estimo mucho á los tres.

Suena dentro una caja.

Escuchad.

REINA.

¡Válgame el cielo!
¿Qué estruendo de armas es éste?

JUAN.

¡Plegue á Dios que no te cueste
La vida!

REINA.

Ya la recelo.

Sale un soldado.

SOLDADO.

Acude, Reina excelente;
Que á traición han entregado
La ciudad, y se ha entrado
El contrario con su gente.

LUDOVICO.

Huye, Reina.

REINA.

Yo no huyo.

LUDOVICO.

Voy á defenderte. Adiós.

Vase.

REINA.

Defenderemos los dos
El reino, que es también tuyo.
¡Ah de mi guarda! ¿Qué hacéis?
Dadme unas armas.

Dentro.

PRÍNCIPE.

¡Quitad
La vida á todos; entrad!
Á ninguno perdonéis.

Salen el príncipe Andrés y soldados, desnudas las espadas.

Pero la Reina está aquí.
Prendedla, pues, ¿qué aguardáis?

REINA.

¡Ah, vasallos! ¿Dónde estáis?
¿No hay quien me defienda?

PRÍNCIPE.

Sí,
Yo te quiero defender.
Tened la espada sangrienta,
Porque esta vez hago cuenta
Que defiendo á mi mujer.
¿Qué es esto, Reina? Ya ves
Que defenderte es en vano,
Que está tu vida en mi mano
Y tu corona á mis pies.
Hoy he de hacer en un punto
En Nápoles el estrago
Que Escipión en Cartago
Y Aníbal hizo en Sagunto.
Hoy he de vengarme; hoy quiero,
Aunque se llame inocente,
Que muera toda la gente,
Y Ludovico el primero.
¡Ah, ingrata! ¿Qué te parece?
La causa del daño has sido,
Pudiendo haber redimido
Todo el pueblo que hoy perece.
Mas con todo, Reina amada,
Premia mi fe; vesme aquí,
Que, si quieres, contra mí
Te daré mi propia espada.
Casarte conmigo es justo,
Siquiera por tu provecho,
Y diré que no lo has hecho
Por fuerza, sino por gusto.
Yo, que soy el vencedor,
Vengo á pedirte partido;
Hazme, Reina, tu marido.

REINA.

Matarme fuera mejor;
Mas no quiera Dios que diga
Mi reino, perdido ahora,
Que en lugar de defensora,
Tuvo en mí Reina enemiga.
Bien sé que este casamiento
Dos almas juntas divide,
Y que Ludovico impide

La novedad que ya intento.
Pero por más que lo impida,
Más pierdo en dar ocasión,
Con mi misma obstinación,
Á que le quiten la vida.
Con tu buen término estoy
Obligada, en fin, de suerte,
Que, aunque es menos mal la muerte,
Tu esposa digo que soy.

PRÍNCIPE.

Pues, Reina, porque se vea
El alma en tan grande bien,
Luego las manos nos den.

REINA.

Luego, si quisieres, sea;
No hay en eso inconveniente;
Que antes, si me han de culpar,
Por disculpa podré dar
Que lo miré de repente.
Entre Vuestra Alteza, y luego
Las armas haga parar.

PRÍNCIPE.

Yo voy; que querrán llevar
La ciudad á sangre y fuego.

Dentro:

¡Á ellos!

Sale Ludovico.

LUDOVICO.

¡Furia inhumana!

PRÍNCIPE.

Paso, amigo; paso, pues;
No más armas, que ya es
Mi esposa la reina Juana.
Llamen al Obispo al punto,
Que nos despose.

REINA.

Está bien.

LUDOVICO.

Si ella es muerta, yo también,
Sin morir, estoy difunto.
Aguarde el Príncipe, aguarde,
Y verá un pecho esforzado:
Reina, ya estoy á tu lado.

REINA.

Detente, que llegas tarde.
Vuelve á su lugar la espada;
Ya la guerra se acabó
Porque desde ahora yo
Comience á ser desdichada.
General, Príncipe, amigo,
Y poco há dueño también,
Si os quise ó no quise bien,
Vos mismo sois el testigo.
Los de mi Consejo votan
Que me case; los soldados
Murmuran amotinados,
Y los grandes se alborotan.
El mismo príncipe Andrés,
Aunque victorioso entró,
Con humildad me pidió
La mano puesto á mis pies.
Ya pienso que me llamáis
Mudable; mas sabe Dios
Que lo siento más que vos,
Por mucho que lo sintáis.
Voy más triste que creeréis
A desposarme: ya es tarde;
Adiós, pues; á Dios, que os guarde
Y os dé lo que merecéis.

LUDOVICO.

Aguarda, verás cumplido
Lo que á Dios pides, cruel,
Pues tú misma, que no él,
Me has dado mi merecido.
Y si es fuerza morir yo,
Mi espada tenéis aquí;
Matadme con ella, sí,
Pero con mudanza, no.
¿Este es el amor que tienes
Á Ludovico? ¿Esta fué
La esperanza? ¿Esta la fe?
¿Este el gusto? ¿Estos los bienes,
Ayer míos, hoy ajenos,
Hoy en otra profesión?

REINA.

Digo que tenéis razón,
Pero no puede ser menos.

Vase la Reina.

LUDOVICO.

¿Digo que tenéis razón,
Pero no puede ser menos?
¡Ay, despreciada Isabel,
Maldiciones tuyas fueron!
¿Ves? Aquí pago sin culpa
De aquellos pasados yerros;
Ven, y verás en mis ansias
Qué bien te ha vengado el tiempo.
Quisísteme bien; paguéte
Con sólo agradecimiento:
Era el amor desigual,
Falso el mío, el tuyo cierto.
Quise á la Reina; ofrecíle
El alma, ofrecióme el reino,
Y su corona en mi frente
Puso una noche durmiendo.
Soñábame rey entonces;
Ahora....., ahora despierto
De aquel sueño y de este engaño,
Y echo de ver que fué sueño.
Quise subir hasta el sol
Como un Ícaro soberbio;
Era violencia; acabóse
El ímpetu, dí en el suelo.

Sale Tancredo.

TANCREDO.

¿Cómo das voces al aire,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Príncipe y señor? ¿Qué es esto?
¿Qué tienes? ¿De qué te quejas?
¿Es desdén, olvido ó celos?
¿Es frenesí del amor?
¿Es desengaño? ¿Es desprecio,
O tener poco jüicio?
Que no hay amante con seso.
¿Quién te ha ofendido?

LUDOVICO.

La Reina;
La Reina ingrata me ha muerto.

TANCREDO.

Mira, señor, que enloqueces.

LUDOVICO.

Loco estoy, furioso peno;
Pero si dicen que el loco
Por la pena ha de ser cuerdo,
Pónganme, pues, en las manos
Unas esposas; que temo
Que por falta de una esposa
Han de sobrar desconciertos.

TANCREDO.

Pues ¡vive Dios, que han de atarte
Si no callas!

LUDOVICO.

¡Fuego, fuego!

Salen el príncipe Matías é Isabela.

MATÍAS.

Ludovico es quien se queja.

ISABELA.

Y da palabras al viento.
¿Adónde vas, Ludovico?

LUDOVICO.

Y tú, ¿dónde vienes?

ISABELA.

Vengo
Á consolarme contigo,
Que es mal de muchos consuelo:
Ya los dos se desposaron;
Ten paciencia, pues la tengo.

LUDOVICO.

¿Yo paciencia?

MATÍAS.

Vos paciencia,
Pues yo con ella padezco;
Padezco la ingratitud
De Isabela, aunque más quiero,
Y padezco vuestros males,
Que son míos por ser vuestros.

LUDOVICO.

¿Quién padece como yo?
En un punto, en un momento,
Padezco siglos de penas
Y eternidades de infierno;
Pierdo un ángel en belleza
Perdiendo la vida, y pierdo
De las sienes la corona,
Y de las manos el cetro.
¿Qué os parecen mis desdichas?
¿Qué decís de mis tormentos?

ISABELA.

Digo que tenéis razón,
Pero no puede ser menos.

LUDOVICO.

Calla, enemiga Isabela;
Que esas palabras me han muerto,
Porque con ellas pronuncias
La sentencia de mis yerros.

ISABELA.

No puede ser menos, digo;
Ya se desposó.

MATÍAS.

Ya es hecho.

LUDOVICO.

Si no puede ser menos,
Que no me valga la razón que tengo.

Vase.

MATÍAS.

¡Ay, dulce Isabela mía!
Posible será, señora,
Si me aborrecéis ahora,
Que me queráis algún día.

ISABELA.

Tan imposible será
Mudar yo de parecer,
Como dejar de querer
Al que me deja y se va.

Vase, y sale el Conde.

CONDE.

Príncipe, el Rey os ha hecho
Justicia mayor.

MATÍAS.

Apriesa
Me hace merced.

CONDE.

Interesa
En fiar de vos su pecho.
Con tanta priesa os elige,
Porque con la misma espera
Que por vuestra mano muera
Quien le desvela y aflige,
Tuvo la Reina afición
Á Ludovico, y es justo
Quitar la ocasión al gusto:
No tropiece en la ocasión.
Habéis de buscarle, pues,
Y darle garrote luego.
Esta cédula os entrego,
Que la firma del Rey es.

MATÍAS.

Sin duda que el Rey ha sido
De vos mal aconsejado;
Que el monstruo de este pecado
De vuestra envidia ha nacido.
Muy mal lo miró mi primo
Y vos, pues que sois testigos,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que entre todos mis amigos,
Es éste el que más estimo.
Mas si con el Rey no hacéis
Que no muera, ¡vive Dios,
Que he de quitaros á vos
Esa vida que tenéis!

CONDE.

¿Por qué apuráis mi paciencia?
Esa es firma y provisión
Del Rey.

MATÍAS.

Donde no hay razón,
No me obliga la obediencia.

Rompe la cédula.

¡Haré la firma pedazos,
Y ojalá, como la firma,
Al que estas maldades firma
Cogiera aquí entre los brazos!
Mejor estará rompida,
Pues tiene tan mal estilo
Que quiere romper el hilo
De la más honrada vida.

Sale la Reina

REINA.

¿Qué es esto?

CONDE.

El Príncipe fué,
Que una provisión rompió
Del Rey mi señor.

REINA.

¿Quién?

MATÍAS.

Yo;
Mas no he rompido la fe.

REINA.

¡Prendedle!

MATÍAS.

¿Por qué me prendes?
Mas no me espanto, señora,
Si ofendiste al que te adora
Y á tu enemigo defiendes.

REINA.

Mientras no fuí su mujer,
Mi mortal contrario ha sido;
Mas ya el Rey es mi marido
Y le habéis de obedecer.

CONDE.

Bien estará en la prisión;
Al Rey importa avisar.

Vase el Conde.

MATÍAS.

Si oídos me quieres dar,
También me darás perdón.
El Rey me mandaba en ella
Dar la muerte á Ludovico.

REINA.

Si aquello fué, no replico,
Bien hicistes en rompella.
¿Tan apriesa, Rey cruel,
Muerte á Ludovico?

MATÍAS.

Sí.

REINA.

No me obedezcáis á mí
Cuando fuere contra él.
¡Ah, Ludovico, mejor
Fuera morir que dejarte!
Buscaréisle, y de mi parte
Le diréis que, por mi amor,
Luego á huir se disponga
Porque sin peligro esté;
Una cédula os daré
Para que en cobro se ponga,
Que le sirva de seguro
Por dondequiera que fuere.

MATÍAS.

Tarde olvida quien bien quiere.

REINA.

Guardar su vida procuro.

Vanse, y salen Fileno y Salicio y otros dos pastores.

PASTOR 1.°

¡Gran mal, Fileno! Los prados
Se abrasan, las viñas arden
Y se queman los sembrados.

PASTOR 2.°

Avisadlos, porque guarden
Los pastores sus ganados.

PASTOR 3.°

El monte todo se abrasa,
Y se quema aquella choza
Que ha sido mi pobre casa.

PASTOR 4.°

¿Qué tempestad nos destroza,
Ó qué rayo, que aun no pasa?

PASTOR 1.°

¿Qué traidor el fuego echó?
Busquémosle por aquí:
¿Quién ha echado el fuego?

Sale Ludovico.

LUDOVICO.

Yo.

PASTOR 2.°

¿Tú fuiste, enemigo?

LUDOVICO.

Sí.

PASTOR 3.°

¿Estás en tu seso?

LUDOVICO.

No.
Á los campos me he salido
Para quejarme de veras,
A vengarme de un olvido,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y para imitar las fieras,
De cuyo sér me he vestido.

PASTOR 4.°

¿Hay tan gran bellaquería?
Pues ¿qué culpa vos tenía
El prado, el monte, las mieses,
Que dan, tras de tantos meses,
El sustento que Dios cría?
¡A Belcebú vos ofrezco!
¿Por qué os vengáis de ese modo?

LUDOVICO.

Porque todo lo aborrezco,
Que es retrato el campo todo
De los males que padezco.
Las viñas verdes y bellas
Quemo, envidioso de vellas;
Que pues que no ha de llegar
Mi esperanza á madurar,
No es bien que maduren ellas.
¿Por qué ha de estar enlazada
Al olmo la verde yedra?
Sea, como yo, abrasada,
Pues envidio el bien que medra
Al firme tronco abrazada.

PASTOR 1.°

¡Mal rayo arrojen los truenos,
Que vos rasgue el corazón!
¡Habéisnos dejado buenos!

LUDOVICO.

Digo que tenéis razón,
Pero no puede ser menos.

Voces dentro:

Ya debieron de tañer
Á fuego allá en el aldea:
Gente viene á socorrer.

PASTOR 2.°

Como la justicia os vea,
¡Por Dios, que os ha de prender!
Vámonos de aquí, Salicio.

LUDOVICO.

No os vais vos, ni vos tampoco.

PASTOR 3.°

Este hombre está sin jüicio.

LUDOVICO.

No os vais, pues.

PASTOR 4.°

Él está loco.

LUDOVICO.

Ya he dado bastante indicio.

PASTOR 1.°

¿Qué queréis?

LUDOVICO.

Que mal tan fiero
Me le ayudéis á llorar,
Y que muráis pues que muero.

PASTOR 2.°

Si ello se puede excusar,
¡Por Dios, morirme no quiero!

LUDOVICO.

¿Quién llora conmigo ya?
Pero en aquel ramo seco
Una tortolilla está:
¡Qué triste responde el eco
A los gemidos que da!
Llora, tortolilla, llora
Tu viudez, tu mal te duela,
Aunque tu suerte mejora,
Si el mal de muchos consuela,
Pues yo te acompaño ahora;
Llorad vosotros también,
Todos de mi mal se enojen.

PASTOR 3.°

¡Guarda el Alcalde, no os den
En la cabeza si os cogen!

LUDOVICO.

Matarme es hacerme bien.

PASTOR 1.°

¡Pardiobre que estamos buenos!
¿Tienen acá obligación
De llorar duelos ajenos?

LUDOVICO.

Digo que tenéis razón,
Pero no puede ser menos.

Salen Pero Andrés y el Alcalde.

ALCALDE.

Pero Andrés, no digáis nada;
Que si peco de malicia,
He de fer una justicia
Que sea en el mundo sonada.

PASTOR 1.°

Señor Alcalde, éste fué
Quien echó el fuego.

LUDOVICO.

¿Yo?

ALCALDE.

¡Vos!
Decid, ¡mal os haga Dios,
Y malas Pascuas os dé!
¿Por qué habéis hecho este daño?
Vaya á la cárcel, que tengo
De ahorcalle.

LUDOVICO.

A morir vengo.

PASTOR 2.°

Merece un castigo extraño.

PASTOR 1.°

Alcalde, no os arrojéis,
Que parece palaciego:
No vos cueste triunfo el juego.

ALCALDE.

¿Queréis callar, Pero Andrés?
Morirá para escarmiento,
Pues el pueblo ha destruído.

Sale el Conde solo.

CONDE.

Por las señas, he venido
Hasta aquí en su seguimiento;
Pero aquél es que está allí,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y el Alcalde del lugar.
¿Sois Alcalde?

ALCALDE.

Señor, sí.

CONDE.

Pues dadme favor al Rey,
Que, porque se ha levantado,
Al que veis le ha condenado
En la pena de la ley.
Para todas las justicias
Traigo provisión que muera.

ALCALDE.

¡Voto al sol, que vos las diera
Si pidiérades albricias,
Porque echó fuego el traidor
Á las viñas y á los trigos!

LUDOVICO.

¡Matadme, pues, enemigos!

CONDE.

Manda aquí el Rey mi señor
Que muera.

LUDOVICO.

La muerte pido.

CONDE.

Aquí verás si debías
Contra el príncipe Matías
Favorecer mi partido.
De ti me he vengado y dél.

LUDOVICO.

Véngate de mí no más;
Vida en la muerte me das,
Más piadoso que cruel.
Á él déjale vivir;
Porque, si el Rey le condena,
Podrá quitarme esa pena
El contento de morir.

ALCALDE.

Vamos.

PASTOR 2.°

Vaya en un borrico,
Alcalde, si habéis de ahorcallo.

Sale el príncipe Matías.

MATÍAS.

Ven, Pinabel, y el caballo,
Que allí he visto á Ludovico.
¿Qué es esto, Conde? Desvía.

LUDOVICO.

¡Ay, amigo, á morir voy
Entre villanos!

MATÍAS.

Yo estoy,
Príncipe, en tu compañía.

ALCALDE.

¿Príncipe le habéis llamado?

MATÍAS.

El príncipe Ludovico.

PASTOR 1.°

Alcalde, que es el más rico
Del reino.

PASTOR 2.°

Y el más privado.

MATÍAS.

Lee esa provisión, villano,
De Su Alteza.

ALCALDE.

¿De quién es?

MATÍAS.

De la Reina.

LUDOVICO.

No me des
La vida si es por su mano.

ALCALDE.

La Reina manda por ésta
Que no le ofendan.

PASTOR 1.°

¡Tomá!

ALCALDE.

Senténcienlo ellos allá,
Que yo no entro en esa fiesta.
El Rey manda que le mate,
La Reina quiere que viva;
Sobre eso he de her que escriba
El Concejo un disparate.
Conciértense noramala
Para entrambos, y no mande
Uno y el otro desmande.

CONDE.

¿Qué confusión á ésta iguala?

ALCALDE.

Ahora bien, esta sentencia
Es de mi caletre.

PASTOR 1.°

Á ver.

ALCALDE.

Quiérole, en duda, prender
Y llevarle á la presencia
Del Rey, y la Reina luego;
Allá se lo hayan los dos;
Pero mal me haga Dios
Si no me pagare el fuego.

LUDOVICO.

Vamos; bien dice.

MATÍAS.

Eso no,
Que temo tu muerte.

LUDOVICO.

Vamos;
¿Por qué razón recelamos
Lo mismo que busco yo?
Demás, que es muy imposible
Defendernos de esta gente.

MATÍAS.

En todo hay inconveniente.

PASTOR 1.°

¡Por Dios, que el caso es terrible!

ALCALDE.

Ello ha de ser de esta suerte.

MATÍAS.

La Reina defenderá
Tu causa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONDE.

El Rey le dará
Más á mi salvo la muerte.

Vanse, y salen Isabela y el príncipe Andrés.

ANDRÉS.

Isabela, á ti te quiero,
Á ti te estimo y adoro;
No haberte querido lloro
Por remediar lo que espero.
Quise á la Reina infinito
Antes de la posesión,
Y era porque la afición
Encendía el apetito.
Ya, como está en mi poder,
Hago menos caso della;
Que no es la mujer tan bella
En siendo propia mujer.

ISABELA.

Señor, Vuestra Alteza mire
Que se ofende el pensamiento,
De que á semejante intento
Su imaginación aspire.
Ya ve si me estará bien
Por tres razones su amor:
Por la Reina, por mi honor,
Y por mi gusto también.
Vuestra Alteza quiso darme
Armas con qué defenderme,
Pues viniendo á poseerme
Vendrá luego á despreciarme.
Ya, señor, estás casado.

ANDRÉS.

Si yo te gozo, Isabela,
Fía de cierta cautela
Tu honor, remedio y estado.
¿Por qué piensas que en su muerte
Á la Reina le mandó
Su mismo padre que yo
Fuese su marido? Advierte.
Este reino, no lo dudo,
Por derecho es mío, y creo,
Pues casado le poseo,
Que le poseeré viudo.
Si el fin que pienso consigo,
Entonces reina serás,
Y no me preguntes más,
Que bien claro te lo digo.
Cuando esto no satisfaga,
Porque debes de estar ciega,
El conde Antonio me ruega
Que tu marido le haga.
Mira cuál te está mejor.

ISABELA.

Vuestra Alteza se reporte;
Que moriré cuando importe
En defensa de mi honor.
Hija soy del de Ferrara,
Que podrá vengar mi agravio.

ANDRÉS.

No prosigas, cierra el labio;
Que éste es mi gusto repara
Y siéndolo, claro está
Que lo tengo de cumplir.

ISABELA.

Claro está que he de morir
Primero.

ANDRÉS.

Acabemos ya,
Que yo, por el mismo caso
Que tú te defiendes, tengo
Más apetito; á esto vengo.

ISABELA.

Daré voces.

ANDRÉS.

Paso, paso;
Este es mi gusto, y por él
En tal ocasión me he puesto.

Sale la reina Juana.

ISABELA.

¡Mataréme!

REINA.

¿Qué es aquesto?

ANDRÉS.

La Reina viene.

ISABELA.

¡Ay, cruel!

Vase Isabela.

REINA.

¿Por qué razón Isabela
Daba voces, y se fué
Luego que me vió?

ANDRÉS.

No sé:
Poco enojarme recela.
Ofrecíle por marido
Al conde Antonio, obliguéme
En su nombre, y enojéme
Que niegue el sí que le pido.

REINA.

Es ansí; pero no es bien
Que la fuerce.

ANDRÉS.

¿Quién la fuerza?

REINA.

Todo lo quiere por fuerza
Vuestra Alteza.

Salen el Alcalde, Ludovico, el Conde, Matías y los villanos.

ALCALDE.

En paz estén.
Dios guarde á sus remenencias:
Yo, que so Alcalde y Juez,
He venido acá, ¡pardiez!
Con ciertas desavenencias.
Á nuesa aldea aportó
Éste, ¡dole á Barrabás!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que ¡por Dios! sin más ni más,
Fuego á los campos echó.
Juntóse todo el lugar,
Y éste llegó muy apriesa
Con una provisión vuesa
En que le mandáis matar
Y que nadie lo dilate;
Y en ella mandáis también
Que las justicias le den
Favor para que le mate.
Ya yo sacarle quería
Á ahorcar en un pollino,
Cuando por la posta vino
Éste, que la Reina envía;
Y otra provisión nos muesa
En que, so pena de muerte,
Nadie, de ninguna suerte,
Ose ejecutar la vuesa.
No me pareció esto bien,
Uno cesta, otro ballesta,
Y así, le dí por respuesta
Que hay reyes necios también.
Ellas no vienen compridas
Porque no vos entendí:
Ella que no, y él que sí;
Concertáme esas medidas.

LUDOVICO.

Rey, á morir he venido
Donde sé que me condena
Á muerte una culpa ajena,
Que propia no la he tenido.
Ya me dió muerte un engaño;
Muerto soy.

REINA.

Yo estoy aquí,
Que tiene mi reino en mí
El remedio de su daño.
Supe, Rey, que sin razón
Darle la muerte querías,
Por odio que le tenías
Ó por otra pretensión;
Y sentí que Vuestra Alteza,
Acabado de casar,
Comience luego á mostrar
Poca fe, mucha fiereza.
Consejeros tengo sabios,
Reina legítima soy,
Y muestro que viva estoy
Para deshacer agravios.
Por encubrir su malicia,
Éste quise deshacer;
No digan que soy mujer
De quien no guarda justicia.

ANDRÉS.

Reina, lo que ordeno es justo;
Que de eso sirve ser rey,
Para hacer del gusto ley
Cuando lo pidiere el gusto.
Es verdad que no sabía
Que esto fuese contra el vuestro;
Pero ya que agora os muestro
El que en su muerte tenía,
Sentencialdo, Reina, vos:
No siendo como yo quiero,
No me importa: tiempo espero
Que me lo paguen los dos.
Y también sabrá mi primo
Si me debe obedecer;
Sentenciad, esto ha de ser.

REINA.

Esa cortesía estimo;
Pero yo, ¿qué he de juzgar
En una cosa tan clara,
Donde una Reina le ampara,
Y la ley le ha de amparar?
Pues no habrá quien diferencie
Mi gusto del suyo y de él;
Y así, lo remito á él
Porque él mismo se sentencie.

LUDOVICO.

¿Para qué jüez has hecho
Parte tan apasionada
Contra mí, que doy la espada
Con que me pasen el pecho?
Pues yo soy juez, ¡vive el cielo,
Que he de sentenciarme á muerte!

MATÍAS.

Has desesperado; advierte
Que de tu sentencia apelo.
Mira que me importas vivo
Para un intento: ¿estás loco?

LUDOVICO.

Pues la sentencia revoco:
Por vos la vida recibo.
Con la vida me dejad,
Porque, si os importa á vos
Que yo viva, ruego á Dios
Que dure una eternidad.

REINA.

Yo confirmo la sentencia.

ANDRÉS.

Yo alegaré nulidades.

ALCALDE.

Puestas en sus santidades
Lo que se debe en conciencia.
El fuego, aquí se concierte

Vase la Reina.

Lo que ha de dar.

ANDRÉS.

Yo os haré
Pagado.

CONDE.

Yo intentaré
Por otros medios su muerte.

Vase.

ALCALDE.

Allá os podéis apartar;
Que ¡por Dios! antes que venga

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Provisión que me detenga,
Que vos tengo de ahorcar.

Vase el Alcalde y los dos villanos.

LUDOVICO.

Ya, Príncipe, estamos solos;
Por vos solamente vivo,
Cuando ya casi tenía
Á la garganta el cuchillo.
Decid para qué bien vuestro,
Que si es vuestro será mío,
Os puede importar mi vida
Viendo que yo no la estimo.

MATÍAS.

Sin duda alguna estáis loco.
En los efectos se ha visto
Que no asiste la cordura
Adonde el mal es contino.
¿Qué ha de hacer quien por vos vive
Muerto vos? Estoy corrido
Que preguntéis por qué causa
Vuestra vida solicito.
Mal sentís de mi amistad;
Mas no os culpo, Ludovico;
Vuestros sentidos no sienten
De lo mucho que han sentido.
¡Ay, dulce amigo del alma!
Como quien soy, os afirmo
Que ha de acabar ambas vidas
La muerte de un golpe mismo.
Sin esto, que es lo que importa,
Tengo también qué pediros,
Pues sabéis lo que es amor,
Celos, desdenes y olvidos;
Yo quiero más á Isabela
Que á Ero Leandro quiso,
Pues paso el mar de mi llanto
Con tempestad de suspiros;
Á tal extremo he llegado,
Que ya, como basiliscos,
Han de matarme sus ojos
Si me mira aborrecido.
No me quiere por quereros;
Y así, he dado en un arbitrio:
Vos mismo habéis de pedirle
Pague mi amor excesivo;
Porque, como gustos vuestros
Desea tanto, imagino
Que, en sabiendo que os da gusto,
Seré adorado y querido.

LUDOVICO.

Ya que de amor sabéis tanto,
Sentid agora conmigo
El espantoso rigor
De mis tormentos esquivos.
Si vos, teniendo esperanza,
Padecéis tantos martirios,
El que está desesperado
De un bien como el que he perdido,
Decidme ¿qué sentirá?
Mas no lo digáis, amigo;
El que lo sintió lo diga
Que otro no sabrá decirlo.
Yo veré luego á Isabela;
Si con mi gusto la obligo,
Persuadiréla á que os ame;
Aunque como amor es niño,
Suele ser contra su gusto
Pocas veces persuadido;
Mas si estuviera en mi mano
Forzarle el libre albedrío,
Por fuerza hiciera querernos:
Tanto gusto de serviros.

Abrázanse.

MATÍAS.

Dadme esos brazos mil veces.

Sale Isabela.

ISABELA.

¡Ay de mí, que tanto envidio
Aquellos tiernos abrazos
Con que los dos se han ceñido!

LUDOVICO.

Isabela es ésta; agora
Hay ocasión.

MATÍAS.

¡Qué divino
Milagro de hermosura,
De discreción y de aviso!

LUDOVICO.

Isabela, si el amor
Que siempre me habéis tenido,
Si el gusto de hacer mercedes,
Que lo tenéis por oficio;
Si la condición de noble,
Si vuestro agradable estilo
Os obliga, hoy he de ver
Lo que con vos he podido.

ISABELA.

Escucha, antes que prosigas:
Si el amor, si los suspiros,
Si una fe tan mal pagada,
Si el nombre de agradecido;
Si mis agravios presentes,
Si tus pasados delitos
Te obligan, hoy he de ver
Lo que yo puedo contigo.
Una pretensión del alma
Á suplicarte he venido:
¡Plegue á Dios que no me niegues
Lo que humilde te suplico!

LUDOVICO.

Por este amigo, que es más
Que por mí, te certifico,
Te prometo y doy palabra,
Y te juro de cumplirlo.

ISABELA.

¿No hará lo que le pidieres

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El Príncipe?

LUDOVICO.

Yo lo fío.

ISABELA.

Y tú, ¿no harás cualquier cosa
Que te pida?

LUDOVICO.

Así lo afirmo.

ISABELA.

Pues supuesto que los dos
Habéis de hacer lo que has dicho,
Lo que el uno pida al otro,
Hoy mi pretensión consigo.
En fin, lo que pido es esto:
Que tú mismo, Ludovico,
Lo mismo al Príncipe ruegues
Sea tercero contigo,
Porque tú mismo le obligues
Á que te pida á ti mismo
Que pagues mi voluntad
Y que te cases conmigo.

LUDOVICO.

Calla, enemiga Isabela,
Calla, ya que has impedido,
Con pedirme lo que pides,
El gusto que más estimo.
¡Ah, Príncipe! ¿Qué os parece?
Mirad lo que me ha pedido
Sólo por quitarme el bien
De daros gusto y serviros.
El vuestro de mí fiastes,
Pero con riesgo infinito;
Que fiar de un desdichado
No puede ser sin peligro;
Mas buen remedio, si el daño
De mi amistad ha nacido,
Dejar la amistad; la ofensa,
Yo os la perdono y remito.
No siendo amigo, no estoy
Obligado, ni me obligo
Á hacer lo que me pidiere
Quien no fuere amigo mío.
Ya no soy amigo vuestro;
De mi amistad os despido,
Pues que sois tan desdichado
Sólo porque sois mi amigo.

MATÍAS.

Ejemplo de la amistad,
Callen Eurialo y Niso,
Callen Pílades y Orestes,
Que á todos has excedido.
Tu amistad quieres que deje;
Mas no perdiéndote, miro
Que de perder á Isabela
Mucho siento y poco digo.
Si á Isabela no perdiere,
Á ti te pierdo: ¡en qué abismo
De confusiones has puesto
Mis potencias y sentidos!
¿Á cuál perderé de entrambos?
Perdóname, Ludovico,
Si pongo duda en perderte;
Ya ves que estoy sin jüicio.
No soy libre; en un Argel
Me tienen preso y cautivo,
El amor con una esposa,
Y la amistad con dos grillos.
Pero si ella vence á todos
En hermosura y en brío,
Su enemistad, ella es
Ingrata, tú agradecido.
Es mujer, podrá mudarse;
Eres hombre, y más confío;
Tú posees, y es, en duda,
El poseedor preferido.
Piérdase, pues, Isabela;
Á ti, Príncipe, te elijo;
Así lo sentencio en vista,
Y en revista lo confirmo.

ISABELA.

Dadme la palabra aquí
Que habéis de ser mi marido.

LUDOVICO.

¿Qué decís?

MATÍAS.

Que ruego á Dios
Que en paz os gocéis mil siglos.

LUDOVICO.

No me atrevo á replicaros;
La palabra os doy.

ISABELA.

Yo he sido
La más dichosa del mundo.

LUDOVICO.

Á quererte ya me inclino.

MATÍAS.

Queredla, que es justo.

LUDOVICO.

Vamos,
Que ningún contento admito,
Porque á vos, Príncipe, os falta.

MATÍAS.

El vuestro, Príncipe, es mío.

ACTO TERCERO.

Salen el marqués Leonelo y el duque Juan.

LEONELO.

¡Abrasaráse la tierra!
¡Ojalá y no se casara!

JUAN.

Tarde los fines repara
El que los principios yerra.
Él nos destruye y deshonra,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Quitando, sin tener rienda,
Á los hombres la hacienda,
Y á las mujeres la honra.
Y aun se dice que la Reina
No está del todo segura;
Que reinar solo procura
Si hoy acompañado reina.

LEONELO.

Dícese que el Rey de Hungría,
Su hermano, ese intento tiene,
Y que él en persona viene,
Ó que su ejército envía.

JUAN.

Notable ha sido el rigor
Del rey Andrés, pues es tal
Que da la muerte al leal
Y favorece al traidor.
Todas las noches pasea
Con el conde Antonio, á quien
Hace solamente bien
Porque imitarle desea.
No se viene á recoger
Hasta el alba, y me mandó
Que aquí le esperase yo
En queriendo amanecer.

LEONELO.

Lo mismo me mandó á mí,
Mas no entiendo para qué:
¿Qué hay de Isabela?

JUAN.

No sé,
Después que falta de aquí.
La Reina la tiene ausente,
Y está en una casería
Mientras que su padre envía
Por ella.

LEONELO.

¿El Rey lo consiente?

JUAN.

Procede con gran cuidado
La Reina; con ella tiene
Mucha guarda.

LEONELO.

Así conviene.

JUAN.

Todo se hubiera acabado
Si, queriendo efectuar
Ludovico el casamiento,
No le impidiera este intento
El que le quiso matar.

LEONELO.

No aseguro la conciencia
Del Conde, que es un traidor.

JUAN.

Como Justicia mayor,
Hizo grande diligencia

LEONELO.

Y hace el príncipe Matías
Que le dejasen por muerto,
Y no se haya descubierto
El culpado en tantos días.
Esa misma noche oí
Que el rey Andrés no volvió
Con la capa que llevó,
Sino con otra.

JUAN.

Es ansí.
Yo os juro que presumía
Que al Rey se le había caído
En la pendencia, y ha habido
Más sospecha que la mía.

LEONELO.

Ludovico fué dichoso
En convalecer.

JUAN.

Ya está
Con salud, y trata ya
De ser de Isabela esposo.

LEONELO.

¿Cómo ha conservado tanto
El Rey á su primo, viendo
Que siempre va procediendo
Contra él?

JUAN.

De eso me espanto;
Hále menester, y quiere
Ganarle de esa manera.

LEONELO.

Ruido siento allí afuera;
Sabré quién es, sea quien fuere.

Vanse, y salen el príncipe Andrés, el príncipe Matías y el conde Antonio.

ANDRÉS.

Date prisa, que nos sigue
Mi primo; y me pesará,
Pues que nos alcanza ya,
Que á descubrirnos me obligue.

MATÍAS.

Teneos allá, que sospecho
Que es mi primo; y si lo es,
No sepáis que el rey Andrés
Maldad tan enorme ha hecho.

ANDRÉS.

Descubrirnos es forzoso;
Que ya nos ha conocido.

MATÍAS.

¡Señor!

ANDRÉS.

De habernos seguido
Me tenéis, primo, quejoso.

MATÍAS.

Más que tú te quejas, yo
De ti y del Conde me quejo,
Y más que yo, el pobre viejo,
Que el alma me lastimó,
Arrancándose las canas,
Llorar dos hijos difuntos,
Que dieron la vida juntos,
Defendiendo á sus hermanas.
De manera que el rigor
De una torpeza homicida

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Deja á los hijos sin vida
Y á las hijas sin honor.
Justicia mayor me has hecho,
Y así lo he de ejecutar,
En quien hubiere lugar,
De justicia y de derecho.
Confieso que el Rey no tiene
Superior; no soy su juez;
Pero he de serlo esta vez:
Dése quien contigo viene:
Al Conde pienso prender.

ANDRÉS.

¡Bueno está, primo!

MATÍAS.

Señor,
Si soy Justicia mayor,
Justicia tengo de hacer.

ANDRÉS.

Éste es mi gusto; demás
De que no es suyo el exceso,
Pues hace en cualquier suceso
Lo que yo mando, no más.
Y así, pues que me obedece,
Merece ser de mí honrado;
Que el que obedece mandado,
Obedeciendo merece.
En fin, esta causa es mía,
Y vos estáis condenando
Á quien hace lo que mando.

MATÍAS.

Señor, yo no le prendía
Por lo que mandado ha hecho
Aunque son delitos grandes,
Sino porque hace que mandes
Mil cosas contra derecho.
Mira por cuán malos modos
Tu bien solicita y ama,
Pues que destruye tu fama,
Que es el mayor bien de todos.
Y así, pues tu sér deshace,
Cuando por más no haya sido,
Prenderle, Rey, he querido
Por la ofensa que te hace.

ANDRÉS.

Luego ¿el Conde no es leal?
¿Ofensa á mí?

MATÍAS.

Á ti también,
Pues que no procedes bien
Porque te aconseja mal.
Y así será justa ley
Dejarme á mí castigallo,
Para que no haya vasallo
Que aconseje mal al Rey.

ANDRÉS.

Basta.

CONDE.

Deje Vuestra Alteza
Que satisfaga á quien soy.

ANDRÉS.

Conde, satisfecho estoy;
Vos no agraviéis su nobleza.
¿No sabéis como prendí
Un espía con un pliego?

MATÍAS.

No sé tal.

ANDRÉS.

Veremos luego
Quién me ofende.

MATÍAS.

¿Es contra ti?

ANDRÉS.

No le he abierto.

CONDE.

El duque Juan
Y el marqués Leonelo esperan.

ANDRÉS.

Yo les mandé que vinieran;
Lleguen si esperando están.
¡Oh Duque! ¡Oh Marqués!

Salen el duque Juan y el marqués Leonelo.

JUAN.

Aquí
Esperábamos.

ANDRÉS.

Hoy es
Víspera de San Andrés
Y del día en que nací.
Quisiera hacer de repente
Una fiesta, y para esto
Os quise hablar.

LEONELO.

Yo estoy presto.

JUAN.

Yo estoy llano.

MATÍAS.

Yo obediente.

ANDRÉS.

¿Tendrá fuerzas Ludovico
Para poder jugar cañas?
Como fueron tan extrañas
Sus heridas, certifico
Que no pensé que viviera;
Que, al pensarlo, ¡vive el cielo,
Que hiciera un hoyo en el suelo
Y en él sepulcro le diera!
¿No habéis sabido quién fué
Quien le hirió?

MATÍAS.

No lo he sabido;
Mas sepamos cúyo ha sido
El pliego.

ANDRÉS.

Yo lo veré.
Está al vivo contrahecha
La firma.

CONDE.

Notablemente.

ANDRÉS.

Leed.

MATÍAS.

¡Jesús!

CONDE.

Ya lo siente.

ANDRÉS.

¿Qué os turbáis?

MATÍAS.

Cierta sospecha.
Ludovico Tarentino
Es el que firma.

ANDRÉS.

Veamos
Qué escribe: bien negociamos.

CONDE.

Guióse por buen camino.

Toma Matías la carta, y lea.

Carta.

MATÍAS.

«Muchas veces he ofrecido á Vuestra Majestad la corona de Nápoles; siempre ha sido fácil la conquista teniéndome á mí Vuestra Majestad ya ganado; según el estado de las cosas, con ninguna dificultad y poca gente podrá apoderarse de este reino, que yo le entregaré dando el orden Vuestra Majestad, á quien guarde Dios felicísimos años.»

ANDRÉS.

¿Qué decís, marqués Leonelo?

LEONELO.

Digo, señor, que me espanto
Que haya obscurecido tanto
Ludovico su buen celo.

ANDRÉS.

Vos, duque Juan, sentenciad

JUAN.

Si ha faltado á su grandeza,
Castíguele Vuestra Alteza.

ANDRÉS.

¿Vos, Conde?

MATÍAS.

Conde, callad.
No juzguéis vos si es culpado;
Basta que juzguen los dos;
Que os recusarán á vos
Como á juez apasionado.

CONDE.

Harto más clara se ve
Vuestra pasión.

ANDRÉS.

Paso, paso;
Ya, primo, habéis visto el caso:
Decid, ¿qué sentís?

MATÍAS.

No sé.
Mientras dudo si intentó
La traición que miro aquí,
La firma dice que sí,
Pero su lealtad que no.

ANDRÉS.

Pues, y sin más parecer,
Le condeno á privación
De su Estado.

MATÍAS.

No es razón
Sin oirle.

ANDRÉS.

Esto ha de ser;
El cargo de quién le prenda,
Yo veré á quién le he de dar;
Pero en vos quiero emplear
Su Estado, bienes y hacienda.

MATÍAS.

Yo lo acepto.

ANDRÉS.

Haré de modo
Que no se case.

JUAN.

¡Éste es
Su amigo! ¡Ah, vil interés,
Qué presto lo allanas todo!

Vase.

LEONELO.

No creyera tal.

CONDE.

Con esto
Revolver pienso á los dos.

MATÍAS.

Ludovico, sabe Dios
El cuidado en que me has puesto.

Sale la reina Juana sola.

REINA.

Apenas el día empieza,
Ya, Rey, estoy levantada;
Que me tienen desvelada
Los vicios de Vuestra Alteza;
Ambos velamos con ellos;
Mas yo, viendo murmurallos,
Velo para remediallos,
Vuestra Alteza para hacellos;
Todo el mundo está quejoso
De Vuestra Alteza.

ANDRÉS.

¿De mí?

REINA.

De Vuestra Alteza; y así,
Lo siento porque es mi esposo;
Sobre esto habremos hablado
Las veces que ha sido justo;
Escucha con poco gusto,
Y responde con enfado.
Cien mil bajezas me cuentan
Del Conde y suyas; deseo
Enmendarlas, pero veo
Que por instantes se aumentan.
Acabe de declarar

Vuestra Alteza qué pretende,
Porque, cuando no se enmiende,
Le tengo yo de enmendar.

ANDRÉS.

¿Vos á mí, Reina?

REINA.

Yo á vos.

ANDRÉS.

Soy Rey de Nápoles.

REINA.

Sí,
Rey sois, mas soislo por mí.

ANDRÉS.

¿Quién podrá más de los dos?

REINA.

Yo, que en posesión quieta
Soy Reina, y siempre lo he sido.

ANDRÉS.

Después que tenéis marido,
Aunque Reina, estáis sujeta.

REINA.

No lo estaré para hacer
Que os enmendéis.

ANDRÉS.

¿Á mí fieros?
¡Por Dios que estoy por temeros!

REINA.

Pues temedme aunque mujer.

ANDRÉS.

¿Yo he de temer?

REINA.

¿Por qué no?

ANDRÉS.

No habrá quien mi gusto tuerza.

REINA.

Enmendaréisos por fuerza.

ANDRÉS.

¿Quién ha de forzarme?

REINA.

Yo.

ANDRÉS.

¿Quién sois vos?

REINA.

Mi nombre muestra
Que soy la Reina y señora
De Nápoles, aunque agora
Soy menos porque soy vuestra;
Lo que importa es vivir bien,
Basta habéroslo rogado,
Ó quien el cetro os ha dado,
Os le quitará también.

ANDRÉS.

Acabemos, no haya más;
Mujeres, es lo mejor
Que traten de su labor
Sin meterse en lo demás.

REINA.

Podrá ser, tratando de ella,
Que trate de castigaros.

ANDRÉS.

¡Vive Dios que he de quitaros
La vida!

REINA.

Sé defendella;
Mirad por vos.

ANDRÉS.

¿Tendré miedo
Á mujeres?

REINA.

Ser podría
Que las temáis algún día.

ANDRÉS.

Pagaréismelo si puedo.

LEONELO.

La Reina tiene razón.

CONDE.

Tómase mucha licencia.

Salen el duque Juan y el príncipe Ludovico.

JUAN.

Esto ha pasado.

LUDOVICO.

Paciencia;
Sucesos del tiempo son:
Hoy soy pobre, ayer fuí rico.
Dadme esos pies.

REINA.

¡Oh, pariente!
¿Cómo os halláis?

LUDOVICO.

Ya valiente.

LEONELO.

Galán viene Ludovico.

MATÍAS.

Capa del Rey era aquélla;
Algún misterio hay en esto.

ANDRÉS.

¿Por qué mi capa se ha puesto?

CONDE.

Querrá descubrir con ella
Que fuiste tú quien le hirió.

ANDRÉS.

Esa noche, dices bien,
Volví sin mi capa.

REINA.

¿Á quién
Esta capa he visto yo?

ANDRÉS.

Ludovico, ¿á qué viniste?

LUDOVICO.

Señor, á avisar venía
Que hoy me caso, en cuyo día
Mi boda honrar prometiste;
Pero yo tan pobre estoy,
Que no habré de ser honrado;
Que como no hay firme Estado,
Dicen que sin él estoy.
Mas dándose á tal amigo,
Á mí mismo se me da;
Que en cualquier trance sabrá
Partir la capa conmigo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No fué justicia, aunque es justo;
Que, á ser ésta, es cosa clara
Que la suerte no se echara
Sobre la capa del justo;
Y así, por prueba y asombro
De mi honor, ha de bastar
Haber venido á quedar
Con esta capa en el hombro;
Capa de un Rey ser podría;
Mal dije que pobre estoy,
Pues vale mi capa hoy
Mucho más que antes valía.

ANDRÉS.

Sí, bien vale vuestra capa;
Si no por propio valor,
Valdrá bien por su señor.

LUDOVICO.

Sí, pues con ella se escapa;
De escudo sirve, y yo sé
Á quién libró de la muerte,
Pues por hacer una suerte
Dejó la capa y se fué.

CONDE.

Señor, descubierto estás.

REINA.

Quien esa capa tenía,
¿Qué suertes con ella hacía,
Que encuentros parecen más?

LUDOVICO.

No diré ajenos errores;
Que esta capa en mi poder
Como la noche ha de ser,
Que es capa de pecadores.

REINA.

Decí el secreto.

LUDOVICO.

Eso no:
No mande tal Vuestra Alteza,
Que le encargó á mi nobleza
Quien la capa me dejó;
Pues dejarla fué decir,
Juzgándose sin disculpa,
Que echó la capa á su culpa
Para poderla cubrir.

ANDRÉS.

Vamos, y veréis un pliego
De no pequeño cuidado.

REINA.

¿Por qué le quitáis su Estado?

ANDRÉS.

Venid, y sabréislo luego;
Vos traedme á la memoria
Las cartas que habéis escrito:
Quedaos.

LUDOVICO.

De ningún delito
Me acusan.

Vanse, y quedan Matías, el Conde y Ludovico.

MATÍAS.

¡Notable historia!

LUDOVICO.

¿Por qué me habló con rigor
El Rey, Príncipe? ¿Á quién digo?
¿No habláis al mayor amigo?

MATÍAS.

No tengo amigo traidor.

Vase Matías.

LUDOVICO.

¿Qué es esto? Traidores obran
Contra mi lealtad sin falta;
Gran fuerza contra mí cobran;
Que pues Matías me falta,
Grandes desdichas me sobran.
Él también se fué enojado.
¡Ay, interés! Cuerdo anduvo,
Que, como tomó mi Estado,
Quiso mostrarme que tuvo
Razón de haberle tomado.

CONDE.

Ludovico, sabe Dios
Que me pesa; yo pensé
Que era amigo como vos
El Príncipe, y bien se ve
Cuán mal os pagáis los dos.
Como el Príncipe le dió
Vuestro Estado, al mismo punto
Contra vos se declaró.

LUDOVICO.

Yo le diera el mundo junto,
Y él hiciera lo que yo.
Esta hacienda, que era mía,
Agora más lo ha de ser;
Que él la aceptó porque vía,
Cuando entraba en su poder,
Que del mío no salía.
Yo gasto su hacienda, él gasta
De la mía que le dan.

CONDE.

Si el interés le contrasta,
Preguntadlo al duque Juan
Y al marqués Leonelo.

LUDOVICO.

Basta;
Cierra esa boca enemiga.
El Príncipe es buen amigo,
Que saber quién es me obliga
Á no examinar testigo
Que contra el Príncipe diga.

CONDE.

Bien presto dirá la fama
Quién sois vos y quién es él.

Vase el Conde y sale Matías.

MATÍAS.

¡Ah, Conde! Su Alteza llama.

LUDOVICO.

¡Cómo la envidia cruel
Hoy su veneno derrama!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

¡Ah, Príncipe! No es vileza
Ser pobre un hombre. ¿Adelante
Pasáis sin verme? ¡Ah, pobreza!
¡Qué diferente semblante
Suele tener la riqueza!
Muy otro me juzgaréis,
Siendo el mismo Ludovico,
Y así me desconocéis,
Porque me tratasteis rico
Y agora pobre me veis.
Vos gocéis el nuevo Estado
Con el gusto que yo muestro
De verle en vos empleado,
Que hubiera sido antes vuestro
Si hubiérades vos gustado.

MATÍAS.

No por ser rico ni pobre
Sois menos ó más conmigo;
Hacienda tenéis que os sobre,
Pues en mí tenéis, amigo,
Quien la defienda y la cobre.
El Rey os quiso quitar
Vuestro Estado, y me le dió;
Comenzáronme á culpar
Sin ver que le acepté yo
Para volvérosle á dar.
Fué bien que yo le admitiera,
Que os le tengo de volver,
Y no consentir que fuera,
No yendo al mío, á poder
De quien nunca os le volviera.
Jamás os desconocí;
Mas si es espejo el amigo,
De verme en vos me corrí,
Porque, siendo otro vos, digo
Que en vos desleal me vi.
Esta causa es la mayor
Para conoceros mal;
Muy otro estáis en rigor,
Pues os conocí leal
Y ahora os miro traidor.

LUDOVICO.

¿Traidor? Mirad qué decís.

MATÍAS.

Vos es justo que miréis
Qué firmáis y qué escribís.

LUDOVICO.

Yo no os entiendo.

MATÍAS.

¿Tenéis
Correspondencia en París?

LUDOVICO.

Ninguna.

MATÍAS.

¿Cómo escribistes
Una carta al Rey francés,
En que el reino le ofrecistes?

LUDOVICO.

¿Es éste el daño?

MATÍAS.

Esta es
La traición que cometistes.

LUDOVICO.

Pues ¡vive Dios, que en mi vida
Al Rey de Francia escribí!

MATÍAS.

¿Qué dices?

LUDOVICO.

Verdad sabida.

MATÍAS.

¿Eso es cierto?

LUDOVICO.

Esto es ansí.

MATÍAS.

Luego la carta es fingida;
Vuestra firma han contrahecho.

LUDOVICO.

Bien claramente se muestra;
Mas vos ofensa habéis hecho
Á mi opinión y á la vuestra
Creyendo tal de mi pecho.
Hacéis ofensa á la mía
Pensando de mí este error,
Y á la vuestra, pues podía
Presumirse que es traidor
Quien por amigo os tenía.
Si hubo ocasión de sospechas,
Aun siendo mucho mayores,
Quedaban bien satisfechas
Con advertir que hay traidores
Que juegan con cartas hechas.

MATÍAS.

Tenéis razón: es ansí;
Mas mi agravio mayor es,
Pues presumistes de mí
Que pude por interés
Ser otro del que antes fuí.
Dadme esos brazos.

Sale el conde Antonio.

CONDE.

Su Alteza
Manda que os prenda.

MATÍAS.

¿Qué es esto?
¡Vive el cielo que es bajeza
Sufrir un traidor dispuesto
Á intentar cualquier vileza!
Yo lo he sabido muy bien
Que la firma es contrahecha;
La carta es falsa, y también
Sé que de vos se sospecha.

CONDE.

¿Yo pude hacer tal?

MATÍAS.

Pues, ¿quién?
Vos, vos.

CONDE.

Ya me maravillo
De esa malicia atrevida.

MATÍAS.

Esto ya puedo pedillo,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que os he de quitar la vida
Si ansí no pensáis decillo.
Firmadme de vuestro nombre
Que falseastes la firma,
Ó yo veré si sois hombre
Que con la espada confirma
Su engaño.

CONDE.

¿Qué es esto?

LUDOVICO.

Asombre
Tu amistad al mundo entero.

MATÍAS.

Has de confesar tu engaño.

LUDOVICO.

Príncipe, aguardad; no quiero
Ningún bien con vuestro daño.
¡Qué amigo tan verdadero!

Vanse, y salen Isabela y Tancredo, Pinabel, Llorente, Lucía y Doristeo, con guitarra.

TANCREDO.

No hay sino prevenir al padre cura,
Que Ludovico, mi señor, no quiere
Casarse con estruendo ni con fiestas:
Ya no puede tardar; él vendrá luego;
Vueseñoría se alegre, y desenoje
Con su cara de pascua á los presentes.

ISABELA.

Y ¿quién viene con él?

TANCREDO.

Pienso, señora,
Que el príncipe Matías vendrá sólo;
Y aquí mi amigo Pinabel le sirve
De precursor.

PINABEL.

Yo vengo á ser partícipe
Por ser cosa que toca á Vuecelencia.

LUCÍA.

¡Pardiez, nuesama, que os tengo envidia!
¡Oh, qué deseos tengo de ser novia,
Por saber á qué sabe el matrimonio!
Pero ya que no bebo en la taberna,
¡Pardicas, que he de holgarme! Vos, Llorente,
¿Por qué estáis papando musarañas?
Cantemos y bailemos.

LLORENTE.

Que me prace.

ISABELA.

Yo os agradezco, amigos, el deseo
Que tenéis de alegrarme; llegad todos
Y partid estas joyas.

Dales á todos unas joyas.

LLORENTE.

El domingo
Salgo de nuevo.

LUCÍA.

Reina la veamos,
¡Prega á Dios! y parida de dos hijos,
Que uno sea gran Turco, y otro Papa.
Dadme á mí la cadena.

TANCREDO.

Yo me tomo
El diamante, que vale seis cadenas;
Vos tomá el cabestrillo, pues sois asno.

PINABEL.

En buena mano está, señor Tancredo.

Sale el príncipe Andrés.

ANDRÉS.

Quedaos afuera.

ISABELA.

¡Ay de mí!
¿No es éste el Rey? ¿Qué querrá?

ANDRÉS.

No os alteréis: ¿dónde está
Isabela?

LLORENTE.

Veisla allí.

TANCREDO.

Rogad á Dios que no asombre
La caza.

ANDRÉS.

Mañana es
El día de San Andrés,
Que es el santo de mi nombre.
Hácenle fiestas, y quiero
Llevar una empresa vuestra,
En que á todos daré muestra
Que os tengo amor verdadero
Á la Reina he de matar:
Á avisároslo he venido;
Que por ser vuestro marido
Hoy veneno la he de dar.

ISABELA.

Señor, Vuestra Alteza sabe
Que hoy me caso.

ANDRÉS.

Ya lo sé;
Por eso vine; ésa fué
La causa.

ISABELA.

¡Malicia grave!

ANDRÉS.

Ludovico, mi enemigo,
Preso en una torre queda,
Porque, estándolo, no pueda
Casarse, ingrata, contigo.
Pero yo, que amor te tengo,
Mientras en ejecución
Se ponía su prisión,
Á verte y hablarte vengo.

ISABELA.

Alguna fuerza tirana
Estoy temiendo.

LUCÍA.

Alto, pues:
Colguemos al rey Andrés,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pues es San Andrés mañana.

LLORENTE.

Colgadle con la cadena
Que os dió Isabela.

LUCÍA.

¡Dos higas!
Prestadme vos vuestras ligas,
Que harán lazada buena.

Dale unas ligas.

ANDRÉS.

Yo ya estoy determinado.

LLORENTE.

Echadle el lazo, Lucía.

Échale las ligas al cuello, como que le quiere colgar.

LUCÍA.

¿Quién lo fía, quién lo fía?

ANDRÉS.

¿Qué es esto?

LUCÍA.

Os hemos colgado.

ANDRÉS.

Desatad, que me ahogáis;
Soltad, villanos, que muero,
Y tengo por mal agüero
Este lazo que me echáis.

TANCREDO.

Soltadle.

LUCÍA.

¿Quién lo ha fiado?

ANDRÉS.

¡Canalla! ¿á mí os atrevéis?

LUCÍA.

¡Qué mala cara os ponéis!
¡Pardiez, como un ahorcado!

Sale el conde Antonio.

CONDE.

Señora, aquí viene ya
Ludovico.

ANDRÉS.

¡Oh, santo cielo!
¿No está preso?

CONDE.

No lo está;
Que tu primo, con mal celo,
Vida y libertad le da.
Acuchillóme, señor,
Y quísome dar tormento
Como Justicia mayor;
Y, en fin.....

ANDRÉS.

De pesar reviento.

CONDE.

La verdad dijo el temor;
Confesé ante un escribano
Que la letra y firma fué
Contrahecha de mi mano.

ANDRÉS.

Él es un traidor sin fe,
Y tú un cobarde villano:
Pártete al punto, y allí,
En aquella selva, luego
Has de matarla.

ISABELA.

¡Ay de mí!

LUCÍA.

¡Hola! Si yo se lo ruego,
¿Dejarála?

TANCREDO.

¡Por Dios, sí!

ARDRÉS.

Idos, y llevad con vos
Alguien de mi guarda.

ISABELA.

Apelo
Para el tribunal de Dios.

CONDE.

Solo he de ir: permita el cielo
Que nos gocemos los dos.

Vanse.

LLORENTE.

¿Qué os parece?

LUCÍA.

Tirte afuera.

TANCREDO.

Triste he quedado.

PINABEL.

Yo fío
Que mi señor desespera.

TANCREDO.

Más debe sentirlo el mío.

LUCÍA.

¡Ay, tal Rey ahorcado muera!

Salen Ludovico y Matías.

LUDOVICO.

¿Qué es de Isabela, mi esposa?
¿De qué estáis tristes, qué es esto?

TANCREDO.

¡Hay grande mal!

LUDOVICO.

¿Qué?

TANCREDO.

No es cosa
Para dicha.

LUDOVICO.

Acaba presto.

PINABEL.

Una fuerza lastimosa.
El Rey la quiso forzar;
Defendióse, y él, de rabia,
Al Conde mandó matar.

LUDOVICO.

Luego ¿el Rey es quien me agravia?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LUCÍA.

Él vos hizo ese pesar.
¿Qué decís?

MATÍAS.

¡Oh, rey Andrés,
Castigue Dios tu malicia!

LUDOVICO.

Rayo de los hombres es.

LUCÍA.

Pedid al cielo justicia,
Qué ¡pardiez! razón tenéis:
Vengaos del Rey.

LUDOVICO.

¿Qué aguarda
Una paciencia ofendida?
¿Quién la razón acobarda?
¡Maldiga el cielo la vida
De quien tan mal leyes guarda!

MATÍAS.

¿Sabéis si será ya muerta?

LUCÍA.

Ya el Conde la habrá acabado;
Pero vaya, por si acierta
Á hallarla viva.

MATÍAS.

Turbado
Estoy.

LUDOVICO.

Mi desdicha es cierta.

MATÍAS.

Como Justicia mayor,
Prenderé al Conde traidor.

LUDOVICO.

Fuerte escudo es la paciencia,
Pues sufre con resistencia
Golpes de tanto dolor.

Vanse, y salen la reina Juana y Margarita; traerán almohadilla de labor y un cofrecillo para la Reina, de donde sacará un cordón de seda, que es la labor que hace.

REINA.

No me deis más memoriales;
Déjenme culpas del Rey,
Que no está sujeto á ley,
Y así sus obras son tales.
¡Que hasta el cuarto donde vengo
Á hacer labor me persigan!

MARGARITA.

¿Andas sin quietud?

REINA.

Obligan
Tanto que ninguna tengo.

MARGARITA.

Podrá ser que la labor
Te entretenga.

REINA.

No le he dado
Treguas un punto al cuidado.

MARGARITA.

Mal hace el Rey mi señor.

REINA.

¡Margarita!

MARGARITA.

¡Triste está!

REINA.

Canta, y llama quien te ayude:
Resistílo mientras pude.
Caséme; el Rey pudo más.

MARGARITA.

Ya tenía prevenidos
Los músicos.

REINA.

Cantad, pues,

Salen los músicos con instrumentos, y cantan con Margarita.

Letra nueva.

MARGARITA.

Ésta lo es.

REINA.

Divertiré los sentidos.

Cantan:

Si te quisiere matar
Algún enemigo fiero,
Madruga y mata primero.

MARGARITA.

¿Oyes?

REINA.

Sí.

MARGARITA.

Pues madrugar.

Cantan:

Tal vez ocasión se ofrece,
Que es virtud ser homicida;
Que defendiendo su vida,
El que mata antes, merece.
Y así, si te ha de matar
Algún enemigo fiero,
Madruga y mata primero.

MARGARITA.

¿Oyes?

REINA.

Sí.

MARGARITA.

Pues madrugar.

Sale el marqués Leonelo.

LEONELO.

Hasta su cuarto he de entrar.

REINA.

¿Qué es, Marqués?

LEONELO.

Á ti, señora,
Como á nuestra defensora,
Del Rey me vengo á quejar:

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Llegando agora un soldado
Que le dijo que venía
Con gran gente el Rey de Hungría,
Le dió de albricias mi Estado,
Dando á entender que es su intento
Despojar por malos modos,
De sus Estados, á todos;
Reina, yo no lo consiento.
Si así mis servicios paga,
Veráse un grande alboroto
Del reino.

REINA.

Por vuestro voto
Me casé; no sé qué haga.

Sale el duque Juan.

JUAN.

¡Señora! ¿cómo no acudes,
Que en secreto se conjura
El reino todo, y procura
Su libertad? No lo dudes.
Dicen que no han de sufrir
Rey que tanto les ofende;
En fin, Nápoles pretende
Vivir en paz ó morir.
El reino está alborotado;
Que tiene el Rey destruídas
Honras, haciendas y vidas.
¡Nunca te hubieras casado,
Pues trata con tal violencia
Á todo el reino y á ti!

REINA.

¿No lo quisisteis ansí
Vosotros? Tened paciencia.

Echan una carta al tablado.

LEONELO.

¿Qué papel es éste?

JUAN.

Ahora
Le echaron aquí.

LEONELO.

Mirad
El sobrescrito.

REINA.

Mostrad.

Lea la Reina el sobrescrito.

«Á la Reina mi señora.»

Abre la carta y léela.

Dice: «El Rey fía de mí
Un bocado para darte;
Hecho está: quiere quitarte
La vida; mira por ti.»
¡Válgame Dios! ¿Quién echó
Este papel?

JUAN.

No lo sé.

REINA.

Él querrá que yo le dé
La muerte que él me trazó.

Sale el príncipe Ludovico.

LUDOVICO.

Con lágrimas y suspiros,
Que arrojo de mil en mil,
Con un dolor que las piedras
Lo sentirán sin sentir,
Á tus pies vengo quejoso,
Por ver si descanso aquí,
Viudo antes de casado,
Y muerto antes de morir.
Si admite mi mal remedio,
Á ti le vengo á pedir,
Si acaso desdichas mías
Pueden obligarte á ti.
De tu marido me quejo,
Si el alma puede sufrir
Darle el nombre de marido,
Que es el que yo casi fuí.
Á mí me ha ofendido el Rey;
¿Por qué lo has de permitir?
Á mí me hà ofendido.

REINA.

¿Á vos?
¿Á vos, Ludovico?

LUDOVICO.

A mí.
Hoy lunes, que en las desdichas
Martes se puede decir,
Yo iba á casarme, señora,
Con quien pensé.

REINA.

Proseguid.

LUDOVICO.

Iba á casarme, en efecto,
Con Isabela, á quien dí
Mal pago un tiempo, por otra
Que me burló en un jardín.
Fué el Rey á la casería,
Pretendió forzarla allí,
Y resistió, como honrada,
Con ánimo varonil.
Porque yo no la gozase
En viéndola, estoy sin mí,
Se la entregó al conde Antonio
Que la matase.

REINA.

¡Ay de mí!
¡Buena cuenta daré de ella
Al Duque su padre!

LUDOVICO.

En fin,
Llegó el Conde en este punto,
Y al Rey le dijo.....

REINA.

Decid.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LUDOVICO

Dijo que Isabela es muerta:
¿Quién es el vasallo vil,
Que de tan pesado yugo
No sacude la cerviz?
Al gran Duque de Ferrara,
Su padre, me tengo de ir,
Para que vengue la injuria
Que recibió y recibí.
Á Ferrara me voy, Reina,
Si primero.....

REINA.

¿Qué decís?

LUDOVICO.

¿No mata al feroz Gigante
Un pastorcillo David?

REINA.

Palabra os doy, Ludovico,
Que os he de restituir
Lo que el rey Andrés os quita;
Pagado seréis de mí.

LUDOVICO.

¿Palabra me das, señora?
No sé si la has de cumplir;
Aunque eres Reina, la temo,
Porque es de mujer, en fin.

REINA.

Satisfaré eternamente
Vuestro agravio; idos de aquí,
Que viene.

LUDOVICO.

Justicia pido.

JUAN.

Cese esta guerra civil.

Vanse, y quedan la Reina y Margarita, y salen el príncipe Andrés y el conde Antonio.

CONDE.

¡Lastimosa muerte fué!

REINA.

Volvamos á la labor.

ANDRÉS.

Ya me pesa del rigor
Que con Isabela usé.
Pero no importa; ya llega
El Rey de Hungría, mi hermano,
Que pondrá el cetro en mi mano,
Que en paz la Reina me niega.
Receloso de ella vivo,
Y ansí, dándole veneno
Me quietaré.

CONDE.

No condeno
De tu opinión el motivo.

ANDRÉS.

Es seguro, aunque cruel.
¡Oh Reina!

REINA.

¡Buena ocasión!

ANDRÉS.

¿Qué estáis haciendo?

REINA.

Un cordón
Para ahorcaros con él.

ANDRÉS.

¿Para ahorcarme?

REINA.

Para ahorcaros.

ANDRÉS.

¡Digo, qué de buena gana!

MARGARITA.

Como es San Andrés mañana, (Aparte.)
Quiere la Reina colgaros.

ANDRÉS.

¡Qué mal que nos ha entendido!
De otra suerte me ahorcara
Si el veneno adivinara.
Un cordón habéis tejido.
¿No sabremos para qué?

REINA.

Para ahorcaros.

ANDRÉS.

¿No es bueno,
Que os pienso yo dar veneno?

REINA.

¿Veneno á mí? Ya lo sé.

ANDRÉS.

Conde, ¿qué os parece de esto?
Ella se burla conmigo;
Yo, en burlas, veras le digo.

REINA.

Yo os he de ahorcar bien presto.

ANDRÉS.

Yo el veneno os he de dar.

REINA.

Uno será de los dos
El burlado.

ANDRÉS.

Seréis vos.

MARGARITA.

¿Oyes?

REINA.

Sí.

MARGARITA.

Pues madrugar.

REINA.

Hoy fama á mi nombre doy;
Fingiré que tengo sed:
Dadme agua.

ANDRÉS.

Conde, traed
Un vaso á la Reina.

CONDE.

Voy.

ANDRÉS.

El veneno.

CONDE.

Ya lo entiendo.

Vase el Conde.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REINA.
Margarita, entraos de ahí.

Vase Margarita.

¡Ah, señor, llegaos aquí!
ANDRÉS.
Mal sabe lo que pretendo. (Aparte.)
REINA.
Sabréis un suceso extraño
Aquí dentro.
ANDRÉS.
Vamos, pues.

Vanse, y dice la Reina dentro:

REINA.
Ya es tiempo, enemigo Andrés,
De no esperar mayor daño.
Con este cordel, criadas,
Le ahorcad; hoy ha de ver,
En mis injurias vengadas,
Si han sido para temer
Mujeres determinadas.
ANDRÉS.
¿Qué es esto, Reina enemiga?
REINA.
¿Qué aguardáis? ¡Muera el tirano!
Colgalde de aquella viga;
Que el instrumento es mi mano,
Mas Dios es quien le castiga.
ANDRÉS.
¿Quién vió desventura igual?
REINA.
No viviré si no mueres;
En matarte no hago mal,
Pues que tú matarme quieres,
Que ésta es la ley natural.
Y que difunto ha de verte
Todo el reino, me consuela,
Y muriendo de esa suerte,
Á su padre de Isabela
Satisfago con tu muerte.
Dejómela en mi poder,
Y siendo tú su homicida,
Tanto le quedo á deber,
Que menos que con tu vida
No puedo satisfacer.

Sale la Reina, y el conde Antonio con el vaso del veneno, y la Reina hace que le beba por fuerza.

CONDE.
Aquí está el agua.
REINA.
Bebed;
Bebed, Conde, en mi lugar,
Que ya yo no tengo sed.
CONDE.
Ni yo.
REINA.
No hay que replicar.
CONDE.
Señora, ¿harásme merced?
REINA.
¡Bebe, enemigo!
CONDE.
¡Ay de mí,
Mi muerte bebo!
REINA.
Eso quiero.

Sale Margarita.

MARGARITA.
¡Murió el Rey!
REINA.
Bien está así.
MARGARITA.
¡Justa muerte!
REINA.
Considero
Que es mi esposo á quien la dí.

Sale un capitán.

CAPITÁN.
Dame albricias y los pies,
Que ya tu marido es
Rey de Hungría; murió ya
Su hermano el Rey.
REINA.
Bien está;
Entra, y habla al rey Andrés.

Vase el capitán.

Salen Ludovico, el marqués Leonelo y el duque Juan.

JUAN.
¿Quién es éste que ha venido?
¿Hay alguna novedad?
REINA.
Entrad, veréis lo que ha sido;
Ello fué temeridad,
Pero el pueblo he redimido.
JUAN.
Danos los pies, que has librado
Tu reino de un Faraón
En sus vicios obstinado.

Vuelve á salir el capitán.

CAPITÁN.
¡Ay, tan grande confusión!
LUDOVICO.
¡Bien la Reina me ha vengado!
CAPITÁN.
¿Qué es del príncipe Matías?
Que él es Rey muerto su primo.
LUDOVICO.
Una villa de las mías
Te doy de albricias.
CAPITÁN.
Yo estimo

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El premio con que me envías.

LUDOVICO.

Al campo le iré á avisar.

REINA.

Ludovico, deteneos.

CAPITÁN.

Las nuevas le voy á dar.

Vase el capitán.

REINA.

Cumplidos vuestros deseos
Ahora deben de estar.
El Rey la vida pagó
De Isabela, con la vida;
Mas, con todo, os debo yo
Una deuda, tan debida,
Que gran cuidado me dió.
Satisfacer prometí
Vuestro agravio enteramente;
Mujer os quitó, y ansí,
Por pagar debidamente,
Será fuerza darme á mí.
En siendo un año cumplido,
Las bodas celebraremos,
Porque, en fin, fué mi marido.

JUAN.

Todos parabién le demos.

LUDOVICO.

Mi silencio ha respondido.

Salen Matías é Isabela.

MATÍAS.

Aunque es mi primo, bien sé
Que ha sido justa su muerte;
Pero á Isabela libré.

LUDOVICO.

Luego ¿es viva?

ISABELA.

Fué gran suerte.

LUDOVICO.

Engaño del Conde fué.

MATÍAS.

Vuestra mujer os entrego.

LUDOVICO.

Con la Reina estoy casado;
Tarde ha llegado.

MATÍAS.

Yo llego
Á buen tiempo, que he heredado
Un reino que goces luego.

ISABELA.

Tuya soy.

REINA.

El parabién
Os doy á entrambos.

LUDOVICO.

Yo vengo
Á gozar el mayor bien.

MATÍAS.

Ludovico, un reino tengo;
Si es mío, es vuestro también.

LUDOVICO.

Que soy vuestro es cosa llana.

MATÍAS.

Á Pinabel he de honrar.

ISABELA.

Sois mi verdadera hermana.

REINA.

Á todos he de premiar.

LUDOVICO.

Pues dé fin *La reina Juana.*

EL REY SIN REINO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL REY SIN REINO

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA AL CAPITÁN FR. ALONSO DE CONTRERAS,

CABALLERO DEL HÁBITO DE SAN JUAN.

Si Vm., Sr. Capitán, hubiera nacido en Roma en aquellos dorados siglos de su Monarquía, cuando fué cabeza del mundo por las armas, pienso que no le hubiera faltado corona de las que se concedían á los valientes soldados por hazañas heroicas, murales, navales y castrenses. Hónrase mucho Madrid, patria de Vm., y los que en ella nacimos, de que, saliendo de sus brazos en tan tiernos años, y como arrojado en los de la Fortuna, haya merecido por los suyos tan ilustre fama, cargos de tanto honor y esa cruz blanca, que sin otro favor humano le adorna el pecho, testigos del valor del corazón con que fueron adquiridos, mayores de toda excepción, y que no dejan duda, á juicio de los que regulan por la virtud los méritos. Digno sujeto fueran de larga historia, ó de poema heroico, tantas y tan innumerables empresas desde el día que Vm. probó la espada en Petrache, lugar de Turquía, con tan justas esperanzas de su valeroso esfuerzo, á que parece que la mar obedecía, como inclinada, á quien con sola una fragata que le armó el sobrino del Maestre, venciendo sus peligros y atropellando sus ondas, le trujo en pocos viajes más de trescientos esclavos; de suerte que en toda la Berbería era temido, y con singular nombre famoso y respetado, el español de Malta. ¿Qué pluma no se honrará de escribir la jornada en el galeón del capitán Pedro Betrián, donde se tomó la turca Axema, peleando animosamente, y defendiéndola los turcos tres días y tres noches, y de la retirada que hicieron los que estaban en el navío al puerto de Venecianos, donde, porque se prometían por cada turco diez escudos, saltaron en tierra cien soldados, y después de tantos hechos le cupo á Vm. aquel valeroso turco que, terciada la pica, y en ella una bandera naranjada, con palabras bárbaras llamaba á singular desafío las naciones, á quien con la espada y la rodela sola hirió y prendió, quitándole la bandera, y defendió también de algunos soldados franceses que querían parte de lo que no habían merecido? En cuyo repartimiento de esclavos, después de otros premios, se le dieron á Vm. cien escudos por la bandera, y la honra de ponerla en ellas, si le señalasen armas, que en el mundo no las hay más nobles que las que gana el dueño con la propia espada. Pero ¿quién dijera el ánimo

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

intrépido con que en una fragata, por orden del nuevo Maestre, reconoció Vm. la Armada de Solimán en Negroponte, dando aviso al caballero Rutinel, Gobernador de Ríjoles, de que venía á tomarla, por cuya causa valerosamente, con una emboscada de la Fossa de San Juan, le degolló trescientos turcos y cautivó setenta y cuatro; y aquel esfuerzo con que pasó á dar aviso á la ciudad de Estabormina, y Zaragoza, por medio del Armada, donde le pasaron la pierna de un mosquetazo y le mataron tres soldados; pero llegando á Malta fué de tanta importancia que, prevenido el Gran Maestre, volvió Solimán sin honra y con notable pérdida de sus genízaros? Pues ¿quién supiera pintar aquel famoso día de San Gregorio, en que los esclavos de Malta se huyeron, Vm. los siguió, alcanzó y venció, y trujo con el robo que habían hecho? ¿Quién en el viaje al Nilo, y en la emboscada de mil y quinientos moros que iban á Meca, donde se mostró tan valiente como dichoso? ¿Quién los avisos de todas aquellas costas, trayendo de Trípol, de Siria á Malta, diez y siete turcos? ¿Quién en los Despalmadores de Xio, donde Solimán de Catania, que después fué Rey de Argel, tenía la más querida de sus mujeres, húngara de nación y única de hermosura, se la quitó y llevó con otros esclavos, y habiéndole seguido hasta San Juan de Pathmos con dos galeras, se libró con ingenio militar donde la fuerza no era de provecho? Pues ¿qué diré del valor que mostró cuando se ganó Pasaba, castillo fuerte? ¿Qué de los servicios de la Mahometa, y particularmente en la ocasión que, nadando, alcanzó la fragata en que salvó la vida, hasta que, dándole el Gran Maestre licencia para venir á España, Su Majestad le hizo merced de la bandera del capitán D. Pedro de Jaraba después de tantas fortunas? Pues ¿que siendo después capitán de dos galeones del Duque de Feria, con que en Chipre y Alejandría tuvo tan notables sucesos, y volvió con la victoria de aquel galeón inglés que había sido tres años famoso pirata en todo el mar Océano? Luego los grandes trabajos en España y la nueva jornada en Flandes, donde en todas las ocasiones sirvió tres años con tanta satisfacción y valentía. La prisión de Borgoña después de la muerte de Enrique IV, y las aventuras de León de Francia hasta volver á Malta, donde, á pesar de tanta envidia y persecución, recibió el hábito, que pudiera traer por orla: Hazañas y no ruegos. *El socorro asimismo de las islas de Barlovento. El de la Mamora, que fué en tan fuerte ocasión tan gran servicio. Pero ¿para qué intento cifrar en una carta lo que en muchos libros fuera imposible? Perdónese á mi amor este atrevimiento, el cual confieso que es grande; pero fundado en su virtud y valor, que, como al principio dije, desde los desamparos de su patria (llevando de los cabellos á la Fortuna), ha llegado por sus manos hasta el lugar que tiene, y librado la vida de tantas pendencias, asaltos, batallas, emboscadas, envidias, desafíos, mares y extrañas tierras, y últimamente de dos venenos, sólo diré á Vm. que, si no me falta la mía, pienso en dilatados versos honrarme de escribir sus valerosos hechos, para no envidiar los que pusieron la pluma en los de García de Paredes, Urbina y Céspedes, célebres españoles, que con tan ilustres hazañas consagraron á la inmortalidad sus patrias y sus nombres: entretanto reciba Vm. esta palabra en empeño, y esta comedia en su protección, y lea estos versos:*

Puso el valor natural
Pleito al valor heredado,
Por más noble, más honrado,
Más justo y más principal:
Siendo la verdad fiscal,
Probó el natural valor
La fama, laurel y honor
De Contreras en España,
Y por la menor hazaña
Tuvo sentencia en favor.

Servidor, amigo y capellán de Vm.,
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL REY SIN REINO

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

El Rey de Polonia.
El Príncipe, *su hermano.*
Juan Huniades.
Jorge Pogebracio.
Dos criados.
Federico, *Emperador.*
Severo.
Elisa, *Reina de Hungría.*
Ladislao. } *Hijos de Hu-*
Matías. } *niades.*
Licino, *soldado.*
El Conde de Cilia.
Filipo y Clenardo, *criados.*
El Rey de Hungría, *niño.*
Alberto, *su ayo.*
Alibeyo. } *Turcos.*
Meceto. }
Amurates. }
Solimán. } *Villanos.*
Belardo. }
Elpina. }
Lucindo, *villano niño.*
Un soldado.
Un capitán.
Un paje.
Roán, *lacayo.*
Rosimunda.
Guarda.
El conde Palatino.
Segismundo.
Isabela, *madre de Matías.*
Felicia, *criada de Rosimunda.*
Músicos.

ACTO PRIMERO.

Sale el Rey de Polonia, y el Príncipe, su hermano, de camino.

POLONIA.

¿Hoy te partes, en fin?

PRÍNCIPE.

Con tu licencia.

POLONIA.

Con notable secreto te has casado.

PRÍNCIPE.

Como murió, señor, Alberto de Austria,
Rey de Hungría, Bohemia y Transilvania,
Dejando á Elisa, su mujer, preñada
En cuatro meses, sus vasallos todos
Para su esposo me eligieron luego,
Ó ya por ser tu hermano, Casimiro,
Ó ya porque pensaron que del Turco
Conmigo aseguraban sus fronteras.

POLONIA.

Pues ¿cómo casas con la Reina, hermano,
Si preñada quedó?

PRÍNCIPE.

Porque el concierto
Es que, si pare hijo varón, sea
Rey de Hungría, y después para los míos
Queden, señor, Bohemia y Transilvania;
Mas sería desdicha mía y tuya
Parir hijo varón.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POLONIA.

Concierto es éste
En que perder es imposible, y juegas
Con la Fortuna á hacer una ganancia
Que darte puede estos famosos reinos;
Mas ya sea varón, ya hembra sea,
Mientras tuviere edad tú reinas solo,
Y será maravilla que se logre
Naciendo en tal desdicha; y después de esto,
Viviendo, tantos años como faltan,
Entre tanta ambición y envidia fiera.

Sale un criado.

CRIADO.

Aquí ha llegado agora Juan Huniades,
Húngaro noble y capitán famoso.

PRÍNCIPE.

Sea mil veces bien venido.

POLONIA.

Él viene
Á darte la obediencia de su parte
Como vasallo, en fin; y pues es hombre
De tan alto valor que él solo tiene
Libre la Transilvania de los turcos,
Hónrale, que las honras ganan pechos
Que pierde la soberbia altiva y grave;
Que los reyes que van á extraños reinos,
Con esta humildad se hacen legítimos.

Sale Juan Huniades, ya viejo.

JUAN.

Aunque perdonéis, señor,
Á mi Rey, pues ya lo es,
Beso primero los pies.

POLONIA.

Hacéisme en eso favor.

JUAN.

Dalde vuestros pies á Juan
Huniades, Rey de Hungría.

PRÍNCIPE.

Con mil abrazos querría,
¡Oh, más fuerte capitán
Que Alejandro y Cipïón,
Daroos el alma y el pecho!
Alzáos.

JUAN.

Yo, señor, he hecho
Lo que fué mi obligación.
Agora, Rey de Polonia,
Los pies me dad.

POLONIA.

Capitán,
Á quien hoy ventajas dan
En Grecia y Lacedemonia
Aquellos héroes pasados,
Vos seáis muy bien venido,
Y pues justamente han sido
Tales sujetos honrados
De príncipes y de reyes.
¡Hola! Dos sillas nos dad.

JUAN.

Está aquí Su Majestad,
Y no serán justas leyes.

PRÍNCIPE.

Muy justas leyes serán
Que os sentéis con vuestro Rey,
Y si no, yo haré esta ley
De que os sentéis, capitán:
Dadnos sillas á los tres.

POLONIA.

Juan, á mi lado os sentad.

JUAN.

Apenas mi indignidad
Merece estar á esos pies.

PRÍNCIPE.

Si á Vuestra Alteza parece,
Esté en medio de los dos.

POLONIA.

¡Bien lo merece, por Dios!

JUAN.

Nadie, señor, lo merece.

PRÍNCIPE.

Sentaos, y no porfiéis;
Que un hombre cual vos, es justo
Honrarle así.

JUAN.

Siendo gusto
Vuestro el honor que me hacéis,
No será bien replicar.

Siéntanse los tres.

POLONIA.

Muy bien parecéis aquí;
Quien reyes defiende así,
Con reyes se ha de sentar.

JUAN.

¡Válgame Dios! Si me viera
La envidia, á quien he pisado,
Entre dos reyes sentado,
¿Qué es lo que de mí dijera?

POLONIA.

Dijera que era razón
Que se le diera este asiento
Al de más merecimiento
De cuantos fueron, ni son.
La virtud, son santas leyes
Que esté en lugar semejante,
Porque es la virtud diamante
Digna de engastarse en reyes.
Envidien vuestra nación,
Juan, del mundo las naciones.

JUAN.

No aumentéis obligaciones
Sobre tanta obligación.
Luego que en la Transilvania
De esta elección tuve nuevas,
Aunque andábamos á pruebas
Con Bayaceto de Albania,
Dejé la gente, dejé

Mi casa, y vine á serviros
Con mi persona, y pediros,
Como ya vasallo, el pie.

PRÍNCIPE.

Juan, yo estoy agradecido,
Y hasta haberme coronado,
Y con mi Elisa casado,
Jurado al fin y admitido,
No os pago la obligación
Tan grande en que me habéis puesto.

JUAN.

Reinad vos, y gozad presto
Del reino la profesión;
Que yo tengo por allá
Para criar mis hijuelos.

PRÍNCIPE.

Veáislos, quieran los cielos.....

JUAN.

Basta donde el padre está,
Que un vasallo á toda ley,
Tienda Fortuna el compás,
No puede llegar á más
Que á sentarse con su Rey.
Marte los haga tan diestros
En las armas; que yo sé,
Que con igual pecho y fe
Han de servir á los vuestros.

POLONIA.

¡Capitán!

JUAN.

¡Señor!

POLONIA.

Creed
Que en mi vida más honrado
Me he visto que á vuestro lado.

JUAN.

¡Gran señor, tanta merced!

POLONIA.

Pues ¿no es gran felicidad
El verse al lado de un hombre
De tan alta fama y nombre?

JUAN.

Ya se corre mi humildad

POLONIA.

¿Qué veces habéis vencido
Al Turco en campal batalla?
Que lo que la envidia calla,
Claro por la fama ha sido.

JUAN.

Si me acuerdo bien, serán
Treinta y seis veces, señor.

POLONIA.

¿Hay tan notable valor?
¿Hay cristiano capitán,
Ni gentil, que haya ganado
Treinta y seis victorias solo,
En cuanto de polo á polo
Cubre el círculo estrellado?

PRÍNCIPE.

No hay laurel, no hay interés
De triunfo, que iguale al premio.

Sale un criado.

CRIADO.

Un caballero bohemio
Os quiere besar los pies:
Díjome que se llamaba
Jorge Pogebracio.

PRÍNCIPE.

Di
Que éntre.

JUAN.

¿Que Jorge está aquí?

PRÍNCIPE.

¿Quién es Jorge?

JUAN.

Hombre que alaba
Bohemia por su valor,
Y un noble vasallo vuestro,
Sabio en paz y en guerra diestro.

Sale Jorge Pogebracio.

JORGE.

Dadme vuestros pies, señor.

PRÍNCIPE.

¡Oh Jorge, seas bien venido!
Besa á mi hermano la mano.

JORGE.

Perdonad, Rey soberano.

JUAN.

Jorge, ¿no me has conocido?

JORGE.

Juan Huniades tú eres:
Pues ¿aquí sentado estás?

POLONIA.

Su virtud merece más:
El Rey soy; habla si quieres.

JORGE.

Así es verdad; pero no
Hablaré si está sentado,
Que, si es bien haberle honrado,
Honrado también soy yo.
Como yo, vasallo es
De la Corona de Hungría.

JUAN.

Jorge, si la virtud mía
Me ha dado el lugar que ves,
Habla, ó mostraréte yo
De qué manera has de hablar;
Que tú no me has de quitar
De donde un Rey me sentó.

JORGE.

¿Aun aquí soberbia tienes?

JUAN.

Si Dios subiera á Luzbel
Á ser tan Dios como él,
Ya que con su envidia vienes,
No hubiera Luzbel pecado;
Y así, no he pecado yo,
Pues hoy el Rey me sentó
Adonde me ves sentado.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Habla, que aun hay diferencia
De ti á mí.

JORGE.

Si mi embajada
Fuera buena, ni tu espada
Ni tu soberbia imprudencia
Me la hiciera dar; mas quiero
Darla porque, siendo mala,
Dé pesar á quien te iguala,
Adonde verle no espero:
Y así, digo que parió
Elisa un niño, que Hungría
Aclama por rey.

JUAN.

Sí haría,
Pues que su Rey le engendró.

JORGE.

Mas Elisa, con temor
Que le mate su marido,
Á Alemania se ha partido,
Para que el Emperador
Críe el niño como tío,
Y le tenga en su poder,
Negando que es tu mujer.

Levántanse todos.

PRÍNCIPE.

Ese es mayor desvarío,
Esa es locura notable.

JUAN.

Consejos del Conde son.

PRÍNCIPE.

¿Quién?

JUAN.

El de Cilia.

PRÍNCIPE.

¿En traición
Ha sido el Conde culpable?
Yo soy su Rey.

JUAN.

Es verdad.

POLONIA.

Propia mudanza en mujer.

PRÍNCIPE.

Debe el Conde de querer,
Con alguna novedad,
Tomar el cetro de Hungría.

JUAN.

Para cualquiera traición
Tiene el Conde inclinación,
Arrogancia y rebeldía:
La envidia que me ha tenido,
El mal que me ha procurado,
Lo dice bien.

PRÍNCIPE.

¿Que ha faltado
Elisa á lo prometido?
Es mujer.

JUAN.

Herede á Hungría
El niño Rey, que es razón,
Como los conciertos son.

PRÍNCIPE.

Á su pesar será mía.

JUAN.

Sé que soy muy leal
Á mi patria en ayudarte,
Porque, de no coronarte
Y hacerse concierto igual,
Resulta que mil traidores,
Por ser reyes, han de ser
Su destrucción, y poner
El reino en daños mayores;
Haz ejército, y camina
Donde tomes la corona.

PRÍNCIPE.

Basta sola tu persona.

POLONIA.

¡Buen Juan!

JUAN.

¡Señor!

POLONIA.

Encamina
Los negocios de mi hermano
De manera que te deba
Ser Rey de Hungría.

JUAN.

Por prueba,
¿No basta besar su mano?
Ya es mi Rey; mirara Hungría
Primero qué Rey me dió,
Que mano que bese yo
Se ha de servir de la mía.

POLONIA.

De ir presto siempre nace
Gran efecto.

JUAN.

Es buen consejo.

JORGE.

Pagarme tiene este viejo
Las afrentas que me hace.

Vanse, y salen el emperador Federico y Severo.

SEVERO.

En estas variedades han andado,
Sacro señor, los húngaros, haciendo
Cada uno el rey que tiene imaginado;
Los bohemios, á Alberto persuadiendo,
Cumplieron su deseo mal en todo,
Que no ha querido ser su Rey, diciendo
Que no era bien quitar de ningún modo
Á un niño la corona de la frente,
Con valor de alemán y español godo.
Los húngaros hicieron, finalmente,
Á Vladislao, de Casimiro hermano,
Rey de Polonia, y de Polonia ausente
Su Rey, y Elisa prometió su mano;
Mas pariendo varón, pienso que niega
Todo el concierto y que le sale en vano.

FEDERICO.

Si el casamiento de los dos no llega,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Severo, á efecto, yo pretendo á Hungría,
Aunque respondas que ambición me ciega;
Que si la junto á la corona mía,
No dudes que es mejor que el grande Imperio,
Pues es por elección su monarquía.

SEVERO.

¿No estabas tú remiso sin misterio
En las cosas del Húngaro? Pretende;
Que de eso no resulta vituperio.

Sale un criado.

CRIADO.

Una señora, á quien entrar defiende
La guarda, húngara en traje, quiere hablarte.

FEDERICO.

¡Hola, dejalda! Una mujer, ¿qué ofende?

Sale la reina Elisa con alguna gente, un ama con un niño cubierto con un tafetán, y puesta una corona.

ELISA.

¿Conócesme, Emperador?

FEDERICO.

Conozco por tu presencia
Tu nobleza, que tu cara
Trae escrita tu nobleza.

ELISA.

Yo soy la Reina de Hungría.

FEDERICO.

Señora, ¿de esta manera?

ELISA.

Detente y escucha.

FEDERICO.

Haré
Mi obligación.

ELISA.

Sólo ésta:
Que si conocer de agravios,
Y oir las tiernas querellas
Del pobre, si hacer justicia
Al humilde que se queja
Es del imperio el oficio,
Todo se cumple en que tengas
Atención á mis desdichas.

FEDERICO.

Que descansaras quisiera
En el lugar que mereces.

ELISA.

No hay descanso en tantas penas;
Ya sabrás, gran Federico,
Cómo por la muerte fiera
De tu hermano y de mi esposo,
Antes de nacer le hereda
El hijo que me dejó,
Y que el Húngaro concierta
Con Vladislao casarme.

FEDERICO.

Ya sé que obligada quedas,
Por gusto de tus vasallos,
Á quien la palabra quiebras
Por haberles dado un Rey.

ELISA.

Fué cosa justa y honesta:
Los húngaros, en sabiendo
Mi parto, con ansia extrema
De ver su Rey, su Rey piden,
Casi me rompen las puertas;
Yo, triste, salgo y les digo,
Bañada en lágrimas tiernas:
«Nación belicosa y noble,
Cristianísima defensa
De la fe, si al Rey buscáis,
Veisle allí; dejad que duerma.»
La cuna les muestro entonces,
Uno de los cuales llega
Y alza el velo de su cara,
Como de la noche negra,
Levantando el manto el sol,
Se descubren con su fuerza
Las azucenas y rosas,
Á sus rayos de oro abiertas.
Dan mil besos á la cuna,
Dos mil bendiciones le echan,
Todos lloran de alegría,
Y de sus lágrimas riegan
El suelo, que desde entonces
La cuna es barca y navega
En el mar de su fortuna,
Donde ya corre tormenta.
Lleváronle á Alba Real
Con gran placer, y en la iglesia
Del rey San Esteban santo,
De su abuelo el rey Esteban.
El arzobispo Dionisio
Dijo misa, y después de ella
Saqué la corona sacra,
Que de todo el oro y piedras
De Hungría hurté solamente,
Mostrándome sus riquezas;
El Cardenal se la puso,
Haciendo engaste á una perla
Con el oro de sus rayos,
Que hicieron sol su cabeza.
Juráronle por su Rey;
Mas en jura como aquella
No le besaron las manos
Porque las tenía envueltas;
Por el niño, á quien faltaba
Para el juramento lengua,
Lo hizo el Conde de Cilia,
Y así, con aplauso y fiesta,
Partímonos á Belgrado,
Porque aquella fortaleza
Guarda la corona sacra,
Donde yo fingí ponerla
Dentro de su cofre de oro,
De todos en la presencia;
Pero al echarla, escondíla
Y eché aprisa la cubierta;
Que imaginando los reyes
Tiranos que Hungría espera,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Quise que el mío llevase
La corona verdadera:
Luego vi que, divididos,
Cada cual por la soberbia
De su aumento y ambición,
Hacer nuevo rey intenta;
Temí la vida del niño,
Y porque ninguno pueda
Quitársela, te le traigo
Para que, en tanto que llega
Á poder cobrar su reino,
Su tutor y guarda seas.
El archiducado de Austria
Es lo primero que hereda,
Patrimonio de su padre;
Tú administrarás su renta,
Que Hungría, en teniendo edad,
Él la cobrará por fuerza.
Guárdale con la corona
Que tanto el Húngaro precia,
Y ves aquí el Rey sin reino,
Que llorando tus pies besa.

Descúbrale y désele.

FEDERICO.

¡Extraña y notable historia!
Querrá Dios que llegue el día,
Angel, que goces á Hungría,
Para aumento de su gloria;
Que de padre tan cristiano
Ya parece que se ve
La defensa de su fe
En esa encubierta mano.
Id, señora, á descansar,
Y del deudo y del amor
Fiad, que no halló tutor,
Mas que padre pudo hallar.
Yo lo seré suyo ahora;
Entrad y descansaréis,
Que, después que descanséis,
Sabréis lo demás, señora.
Y no temáis, pues á cuenta
Del cielo y su coro eterno
Queda guardar este tierno
Angel, que corre tormenta.
No será barca la cuna;
Y si lo fuere, será
Porque ya en el puerto está
Del mar de tanta fortuna.
Rey sin reino me le dais,
Yo os le daré Rey con él.

ELISA.

Su sangre sois; haced de él
Como quien sois.

FEDERICO.

No temáis;
Que como guardarle intente
Dios, que mirándole está,
Ningún Herodes habrá
Contra su cuello inocente.
Llevalde, y duerma; que un día
Despertará de este sueño
El Rey sin reino, á ser dueño
De Transilvania y de Hungría.

ELISA.

Yo voy segura, señor,
De que en vuestro amparo queda.

Vanse, y quédense el Emperador y Severo.

SEVERO.

¿Hay ventura que se pueda
Llamar con razón mayor?
Á la intención que tenías
De juntar á tus Estados
Este reino, á los cuidados,
Que eran de su cetro espías,
¿Cuál tan dichosa esperanza
Te pudo el cielo ofrecer,
Como ver en tu poder
Tutela, amparo y crianza?
El Rey sin reino, que, en fin,
No reinará si no quieres.

FEDERICO.

Lisonjero y necio eres:
Este tierno Benjamín,
Este José, se ha de ver
Triunfar de sus enemigos,
Y yo los haré testigos,
Si vivo y lo puedo hacer,
De que por mí tiene á Hungría;
Porque tomarle su hacienda
El mismo á quien la encomienda,
Es la mayor tiranía.
En mi poder se entregó;
Yo le tengo de guardar,
Porque no le he de tomar
Lo mismo que me fió.

SEVERO.

Hablé, señor, conociendo
Tu gusto.

FEDERICO.

Fué sin saber
Que vendría á mi poder
La vida que ya defiendo.

SEVERO.

¿Qué quitas á quien no entiende?
¿Qué le quitas, ó qué espadas
Tendrán dos manos fajadas,
Con que este reino pretende?
¿Otros no le han de tomar?

FEDERICO.

Si él muriere en mi poder,
Yo le sabré pretender;
Mas vivo, no hay que tratar.

SEVERO.

Por una ciudad no más,
Y aun por lugares sin nombres,
¿No se matan cien mil hombres?
Pues ¿qué delitos harás
En que por un reino mates

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Un niño que ayer nació?

FEDERICO.

Cuando te replico yo,
No es bien que de esto me trates;
No quiero cuentos, Severo,
Con pobres, con inocentes.

SEVERO.

Pues ¿no es mejor?

FEDERICO.

Son valientes,
Y muerto me considero.

SEVERO.

Y para hacer resistencia,
¿Tendrá espada un niño?

FEDERICO.

Sí,
Porque basta contra mí
La espada de su inocencia;
No fíes de que entre fajas
Agora este niño esté,
Que desde que Dios lo fué
Y se vió al hielo entre pajas,
No hay niño por quien no vuelva;
Y estas dos manos atadas,
Sabrán jugar mil espadas
Cuando Dios las desenvuelva;
No quiero tentarle, en fin,
Y que, por serle cruel,
Resucite con Abel,
Y yo muera con Caín.

Salen Juan Huniades, Matías y Ladislao, sus hijos; Georgio y el Príncipe de Polonia.

JUAN.

No con menos ventura le sucede
En todo lo que intenta y determina,
Á quien en todo como tú procede.

GEORGIO.

Todos los reinos á servirle inclina:
Rey tiene Hungría, mas regir no puede,
Mientras la nave de su edad camina,
Tan belicosa gente, pues es cierto
Que ayer nació, que fué salir del puerto.

JUAN.

Conozca Vuestra Alteza mis dos hijos
Ladislao y Matías, pues han hecho
Á su elección notables regocijos,
Y aunque mozos, estime su buen pecho.

PRÍNCIPE.

Si los ojos al sol tuvieron fijos
De su padre, yo quedo satisfecho;
Que ningún rey ni César poner pudo
Dos águilas mejores en su escudo.

LADISLAO.

Si el padre, gran señor, de quien tenemos
Este sér nos abona y acredita,
Nuestra lealtad y vida te ofrecemos.

PRÍNCIPE.

¿Tu nombre?

LADISLAO.

Ladislao.

PRÍNCIPE.

Tu padre imita.

MATÍAS.

Yo pienso que los dos satisfaremos
Á su esperanza.

PRÍNCIPE.

Á entrambos os incita
Su gloria y fama: dime el nombre tuyo.

MATÍAS.

Matías.

PRÍNCIPE.

Tu suerte de tu nombre arguyo.
Yo, con tal Ladislao, con tal Matías,
Herederos de Hunïades famoso,
Del mayor enemigo, en breves días,
Pienso quedar vengado y victorioso.

JUAN.

Como recibas estas prendas mías
Debajo de tu amparo generoso,
Tendrán valor, señor, que el suyo es poco.

GEORGIO.

De verle en tanto honor me vuelvo loco.
¿Qué importa que se acabe y envejezca
Hunïades, si quedan estas plantas
Para que su fortuna resplandezca,
Que las ha puesto sobre envidias tantas?

PRÍNCIPE.

Para que toda Hungría me obedezca,
Ya que mi nombre, Hunïades, levantas,
Con sujetar á quien rebelde ha sido.

GEORGIO.

Mas ¿qué dice? ¿Que él solo le ha vencido?

PRÍNCIPE.

Si te parece á ti, será acertado
Coronarme; pues, hecho el juramento,
Quedará sin disculpas obligado
Todo vasallo al reconocimiento.

JUAN.

Hoy serás, noble Príncipe, jurado,
Que es de tu pretensión el fundamento,
Con la corona sacra, que este día
En tal veneración ha puesto Hungría.

GEORGIO.

No puede agora el reino coronarte,
Porque siendo costumbre antigua nuestra
Que esta corona sacra ha de adornarte
Cuando el cetro levantes en la diestra,
Y que ninguno pueda Rey llamarte
En tanto que tu frente no la muestra
Ceñida al reino; la corona falta,
Que constituye dignidad tan alta.

PRÍNCIPE.

Pues ¿cómo, amigos, falta la corona?

GEORGIO.

Desde el primero Rey que tuvo Hungría
Se guarda en su tesoro, y la persona
Más noble es el Alcaide, á quien se fía.
La Reina, que tan mal te galardona
El amor que la muestras, aquel día
Que coronó su hijo, y fué jurado,
Envuelto en las mantillas y fajado,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Haciendo que en el cofre la guardaba,
La hurtó y llevó á Alemania, y Federico
La tiene agora.

PRÍNCIPE.

Elisa imaginaba
Los pretensores de este Imperio rico:
Cuando Alejandro junto al yugo estaba,
Que en la misma ocasión me significo,
Viendo que desatarle no podía,
Cortóle, y dijo lo que yo en Hungría:
Tanto monta, vasallos, coronarme
Con la corona que estimáis en tanto,
Como de otra cualquiera, que el jurarme
Es de vuestra obediencia el yugo santo;
Que no fuera bien hecho dilatarme
El cetro de oro y el purpúreo manto
Porque falte un pedazo de oro y piedras:
Coronas dan también lauros y yedras:
¿Qué iglesia es ésta á que he venido á misa?

LADISLAO.

Del santo rey Esteban es el templo,
Adonde está su bulto por divisa
De aquel valor que fué del mundo ejemplo.

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué puede importar que lleve Elisa
Al César la corona que contemplo
Como de la discordia la manzana
Para vuestra nación y la alemana?
Quitad al bulto santo la corona,
Que más sacra será, pues fué de un santo,
Y coronad, honrando mi persona,
Mis sienes de un laurel que estimo en tanto.

JUAN.

Tú, claro honor de la nación polona,
Y de ésta protector, mereces cuanto
Cabe en humanos límites, y es justo
Llamarte padre de la patria augusto;
La capilla es aquésta, y el que miras
El santo rey Esteban.

PRÍNCIPE.

Humillado,
Le reconozco por quien es.

JUAN.

¿No admiras
El grave rostro en resplandor bañado?

Descubriéndose una cortina, se vea un altar, y de rodillas delante de él, sobre dos almohadas, el rey Esteban, armado, con su corona de oro en la cabeza.

PRÍNCIPE.

Divino Esteban, á tus sacras piras
Humilde llego, y para ser jurado
Por Rey de Hungría esa corona pido.

LADISLAO.

No siempre es un milagro concedido;
Alguno se la quite de la frente.

JUAN.

Yo no me atreveré por el respeto
Que debo por vasallo.

PRÍNCIPE.

Humildemente
La tomo yo para este solo efeto.

MATÍAS.

Parece que empuñó la espada; tente.

PRÍNCIPE.

Pues ¿por qué, si volvérsela prometo?
Dejad vanos antojos, coronadme,
Y el cetro de oro y las insignias dadme.

JUAN.

Siéntate, que yo quiero hacer por todos
El juramento de obediencia.

PRÍNCIPE.

Creo
Que haréis como reliquias de los Godos.

JUAN.

Tu imperio y vida, gran señor, deseo;
Y pues no puede hacerse de otros modos
Esta coronación, mayor trofeo
Pongo en tu frente y obediencia juro.

PRÍNCIPE.

Por ti de toda Hungría estoy seguro;
Y así, juro guardaros noblemente
Cuanto os han concedido los pasados
Reyes, y que jamás quebrar intente
Los estatutos que tenéis jurados.

GEORGIO.

En día que tu sacra invicta frente
Ilustran estos círculos dorados,
Haz mercedes, señor.

PRÍNCIPE.

Pedid mercedes.

GEORGIO.

No hay que pedirlas cuando hacerlas puedes

PRÍNCIPE.

Gobernador de Transilvania quiero
Que sea Juan Hunïades, y sea
Capitán general, de quien espero
Que el fiero Turco sus hazañas vea;
Y sea Ladislao mi camarero,
Aunque en las armas su persona emplea;
Hago á Matías mi caballerizo.

GEORGIO.

Sólo á Juan y á sus hijos merced hizo.
¿Qué es esto, cielo? Di, señor, ¿qué es esto?
¿Á Georgio Pogebracio no das nada?

PRÍNCIPE.

Buscaré en qué haceros merced presto,
Y estimaré vuestra persona honrada.

GEORGIO.

Sin duda Juan Hunïades me ha puesto
Mal con el Rey.

LADISLAO.

Tu frente coronada
Veas en paz, señor, por largos años.

GEORGIO.

¡El cielo te condene á eternos daños!

Sale Licino, soldado, y gente.

LICINO.

¿Adónde está la defensa?
¿Adónde el famoso amparo

De Transilvania y de Hungría?
¿Adónde el nuevo Alejandro?
¿Adónde está Juan Huniades?

JUAN.

Adonde está el Rey, soldado.
¿Para qué por mí preguntas?

LICINO.

¿Qué Rey?

JUAN.

El gran Ladislao,
El Príncipe de Polonia,
Del gran Casimiro hermano.

LICINO.

Hungría no tiene rey.

JUAN.

Después de haber concertado
Que se casasen los dos,
Parió Elisa, cuyo parto
Apenas le ha visto Hungría;
Yo, que he besado la mano
Al Rey que hicisteis, no quiero
Quebrar la fe que le he dado;
Hacéisme dar la obediencia
Á un Rey tan noble y cristiano,
Y ¿agora queréis que sirva
Á un Rey sin reino y sin brazos?
Miráradeslo primero,
Con Elisa está casado;
Mientras no veo otro rey,
Yo sirvo el que habéis jurado.

LICINO.

Señor, los que aquí venimos
Á la Reina hacemos cargo
De que por malos consejos
La palabra os ha quebrado;
El traidor Conde de Cilia,
Aspirando al reino en vano,
Vuestro casamiento impide,
Del Pontífice aprobado;
De las maldades que ha hecho,
Robos, traiciones y daños,
No tengo que referíros,
Porque todas se han fiado
En ser de Dios enemigo,
Y á su santa ley contrario;
Protector de los herejes
Y nuevo Elvidio y Pelagio;
La mano os besamos todos,
Y de veros coronado
Gran contento recibimos;
Pero sólo os suplicamos
Que enviéis por el Rey niño,
Y como tutor y amparo
Le criéis en vuestra corte,
Y prosigáis lo tratado;
Que la Reina vendrá en ser
Vuestra mujer en dejando
De oir al Conde de Cilia,
Porque esto sólo es reparo
De tantos perdidos reinos;
Que ya por el transilvano
Ha entrado Amurates fiero
Con el más lucido campo
Que ha visto el que está presente,
Aunque le ha vencido tantos;
Como se cubren de flores
Las zarzas y espinos altos,
Así en campaña parecen
Tocas y turbantes blancos;
Las astas parecen selvas,
Montes las tiendas, y ramos
Las banderas que tremolan,
Y jardines los penachos;
Las pistolas y mosquetes
Parecen truenos y rayos;
Los carros, aldeas parecen,
Los elefantes, peñascos:
Dijéronle que al Rey niño
El Rey sin reino llamaron,
Y dijo que no era Rey
Sin reino, sino al contrario;
Reino sin rey llamó á Hungría,
Y destruyendo y matando,
Jura que ha de echar por tierra
Á Viena y á Belgrado.

PRÍNCIPE.

No me espanto que Amurates
Cobre arrogancia, vasallos,
Viendo un reino sin Rey, viejo,
Y á un Rey sin reino, muchacho.
Elisa será mi esposa,
Puesto que el Conde tirano
Por ambición la desvíe
De lo que tiene jurado;
Y cuando no, mientras puede
Tomar el cetro en la mano
Ladislao, yo seré Rey,
Que también soy Ladislao;
Vaya el terror de los Turcos,
Vaya Juan á castigarlos;
Que ya le conocen ellos
De los encuentros pasados.
Yo sé que verán muy presto,
Aunque blasonan de bravos,
Que tiene este reino Rey,
Y que soy yo quien le guardo:
Que si no voy en persona,
Es porque quiero entretanto
Ver si puedo hacer que cumpla
Elisa lo que ha firmado.

JUAN.

Dadme, señor, vuestros pies;
Que yo detendré los pasos
Del Turco feroz tan presto,
Que de sus turbantes blancos,
Para cuando os coronéis
De la corona que hurtaron,
Con más aplauso de Hungría,
Podáis hacer el teatro:
Mis hijos llevo conmigo,
Porque sepan que á mi lado
Han de morir con serviros.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PRÍNCIPE.
Mil veces os doy los brazos.
Vamos, y veré salir
De Alba Real los soldados.
JUAN.
Veréis un viejo, señor,
Si me miráis á caballo,
Cual suelen pintar al tiempo,
Que es caduco y va volando.

Vanse.

GEORGIO.
¿Quién no revienta de envidia
De ver este transilvano,
Medio español por su madre,
Subir á lugar tan alto?
Yo he gobernado á Bohemia,
Yo soy Jorge Pogebracio;
Mas quiero callar, que, en fin,
Dijo un sabio que los sabios
Negocian lo que desean
Dando gracias por agravios.

Salen el Conde de Cilia, Ulrico y la reina Elisa.

CONDE.
Todo este mal te ha venido
De Juan Hunïades.
ELISA.
Creo
Que mi destrucción ha sido.
CONDE.
¡Qué mal encubro el deseo
Que de este reino he tenido!
ELISA.
Él me dicen que el primero
Besó al Príncipe la mano.
CONDE.
Quiso, como lisonjero,
Anteponer el tirano
Al legítimo heredero.
ELISA.
La disculpa que habrá dado
Será decir que sabía
El casamiento tratado.
CONDE.
Ya que tiene rey Hungría,
¿Cómo al tirano ha jurado?
ELISA.
Mucho temo que ha de ser
Mi destrucción su favor,
Porque se dará á entender
Que á quien le dí por señor
Es razón obedecer;
Y como el niño he llevado
Y de él no le confié,
Debe de estar agraviado.
CONDE.
Traidor ha sido á tu fe;
No puede ser disculpado.

Sale Filipo.

FILIPO.
¡Con gentil descuido estáis!
ELISA.
¿Qué hay de nuevo?
FILIPO.
Que ya Hungría
Tiene rey.
CONDE.
No lo creáis.
ELISA.
¿De la poca dicha mía
Tales fortunas dudáis?
FILIPO.
Su hermano del Casimiro,
Queda en Buda coronado.
ELISA.
Verdad será, no me admiro.
CONDE.
¿Quién la corona le ha dado?
¡Tarde á la corona aspiro!
FILIPO.
Juan Hunïades.
ELISA.
Pues di,
¿No está en Alemania?
FILIPO.
Sí,
Pero al santo Rey quitó
La suya, y se coronó.
ELISA.
¿Vístelo?
FILIPO.
Testigo fuí:
Y vi que Esteban, al punto
Que le quitó la corona
Á vista del vulgo junto,
Estremeció su persona,
Y vino el color difunto;
Puso la mano en la espada,
De donde se conjetura
Que antes, Reina desdichada,
Que goce la investidura
Y la corona sagrada
El Rey sin reino, ha de haber
Tantas guerras, tantos daños,
Que apenas ha de poder
Hungría por muchos años
Volver á su antiguo ser:
Sin esto, Amurates fiero
Destruye la Transilvania.
ELISA.
¿Qué más desdichas espero?
CONDE.
¿Dejó la guerra de Albania?
FILIPO.
Juró por un año entero
Paces Jorge Castrioto,
Que llaman Escanderbeco,
Habiendo á Amurates roto.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Sale Clenardo.

CLENARDO.
Sin aliento á verte llego.
ELISA.
¿Hay otro nuevo alboroto?
CLENARDO.
Ladislao viene aquí.
ELISA.
¿Ladislao?
CLENARDO.
Señora, sí.
ELISA.
Huye, Conde.
CONDE.
¿Por adónde?
ELISA.
En este paño te esconde.
CONDE.
Necio he sido.
ELISA.
Loca fuí.

Sale el Príncipe.

PRÍNCIPE.
No te alborotes, pues llego,
Reina, solo á tu palacio.
ELISA.
Que no me ofendas te ruego.
PRÍNCIPE.
Y yo á ti que un breve espacio
Me escuches con más sosiego.
Bien lejos queda mi gente;
Que á las puertas he dejado
Cien soldados solamente.
ELISA.
Prenderme habrás intentado.
PRÍNCIPE.
No quiera Dios que lo intente;
Mas fuera justa razón
Que te pusiera en prisión
Tu palabra.
ELISA.
No se entiende
Que á la mujer comprehende.
PRÍNCIPE.
Sí hace, si nobles son:
¿No juraste, y lo firmaste,
Casarte conmigo?
ELISA.
Sí.
PRÍNCIPE.
Pues di, ¿cómo la quebraste?
ELISA.
Porque heredero parí;
Que para disculpa baste.
PRÍNCIPE.
Ése, por nuestro concierto,
Herede, señora, á Hungría;
Los demás, está muy cierto
Que siendo tú mujer mía.....
ELISA.
Que no lo digas te advierto.
PRÍNCIPE.
Han de heredar á Bohemia
Y á Transilvania si es justo:
Elisa, este celo premia.
ELISA.
Ningún noble, á su disgusto,
Una mujer libre apremia.
PRÍNCIPE.
Libre en negar; que, en efeto
No es libre, sino sujeto,
Quien sin fuerza se obligó.
ELISA.
Lo mismo confieso yo,
Pues fuí forzada, en efeto.
PRÍNCIPE.
¿Forzada fuiste? ¿De quién?
ELISA.
De mis vasallos.
PRÍNCIPE.
Lo justo
No es fuerza.
ELISA.
¿Querrás también
Hacerla, Príncipe, al gusto?
PRÍNCIPE.
No se fuerza el gusto al bien.
ELISA.
¿Cuál es el bien?
PRÍNCIPE.
Lo que pide
Un reino á un rey que se mide
Con la justicia y razón.
ELISA.
Sí, pero la distinción
Los argumentos divide.
Cuando prometí forzada,
Á nada quedé obligada;
Y si obligada quedé,
Con heredero me hallé
Antes que fuese casada.
Si tengo un hijo heredero,
Dime tú para qué quiero
Casarme y darle un hermano
Que sea Caín tirano
De un Abel tan verdadero.
PRÍNCIPE.
No lo será, pues tendrá
Á Bohemia.
ELISA.
Bien está:
Heredero en tu poder,
Y niño, no ha de poder
Vivir.
PRÍNCIPE.
Dios le guardará.
ELISA.
¿Serás tú el Ángel de guarda?
PRÍNCIPE.
De su vida lo seré.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ELISA.
Mejor su tío le guarda.
PRÍNCIPE.
Mal agradeces mi fe,
Ó el ser mujer te acobarda.
ELISA.
Si sabes lo que es mujer
Cuando en no querer porfía,
No me fuerces á querer.
PRÍNCIPE.
Mira que soy Rey de Hungría,
Y que estás en mi poder.
ELISA.
¿Ves que me amenazas ya?
PRÍNCIPE.
¡Qué bien enseñada está
Del traidor Conde villano!
ELISA.
Habla bien del Conde.
PRÍNCIPE.
En vano
Amenazarla será.
¿Adónde está aquel infame,
Aquel traidor, aquel fiero,
Que así es razón que le llame,
Para que con este acero
Su baja sangre derrame?
Bien su consejo has tomado;
Yo le tomaré su Estado,
Yo escribiré la razón
Al Papa, pues su traición
Tiene este reino alterado;
Lo que Dios junta, apartó.
ELISA.
Dios, Rey, nunca nos juntó,
Porque, si Dios nos juntara,
Ni el cielo nos apartara.
PRÍNCIPE.
Sí juntó; ¿cómo que no?
ELISA.
¿No ves tú que el Sacramento
Cae sobre su voluntad?
Á su forma el casamiento
Presta en conforme igualdad
Materia el consentimiento.
Y aunque hubiera consentido,
¿Delante de quién ha sido
Para que obligada quede?
PRÍNCIPE.
¡Que tanto un consejo puede
De un villano mal nacido!
¡No estuviera agora aquí!
Cuerpo á cuerpo le matara,
Aunque le igualara á mí.
ELISA.
Cuando él así te igualara,
Algo perdiera de sí.
PRÍNCIPE.
Mientes, Elisa, que pierde
Mucho en eso mi valor;
Tu dormido amor recuerde
Que, en tocándome al honor,
No hay amor que se me acuerde.
FILIPO.
¡Señor!.....
CLENARDO.
¡Señor!.....
PRÍNCIPE.
Á no haber
Aquesta gente delante,
De quien se puede saber,
Castigara con el guante
Palabras tan de mujer.
¿Con un villano traidor
Á Ladislao?
FILIPO.
¡Señor,
Mire Tu Alteza á quién es!
PRÍNCIPE.
Quien me ha de besar los pies,
¿Se ha de igualar á mi honor?
Voyme, porque no querría
Dar á la cólera mía
Lugar con una mujer;
Pero ese Conde ha de ser
El conde Julián de Hungría.

Vase.

CLENARDO.
Libre has estado, y pudiera
Prenderte; vuélvele á hablar.
ELISA.
¿No sale el Conde acá fuera?
FILIPO.
Hale estado bien callar.
ELISA.
¿No era mejor que muriera?
FILIPO.
Si como tutor recibe
Al niño, al César escribe.
ELISA.
¡Cómo! ¡Vive el cielo santo,
De no me casar en tanto
Que aquel Rey sin reino vive!

ACTO SEGUNDO.

Salen el Rey de Hungría, muchacho, y Alberto, ayo suyo, con un libro.

ALBERTO.
Propuse en mi pensamiento,
Desde que con más edad
Llegó Vuestra Majestad
A tener entendimiento,

Hablarle en cosas de veras.

REY.

Pues, ayo y maestro mío,
De cuya verdad confío
Liciones tan verdaderas,
Sepa que hay valor en mí.

ALBERTO.

Bien tiene á quien parecer.

REY.

Diga, ¿quiéreme leer
Otro libro?

ALBERTO.

Señor, sí;
Otro libro diferente
Del que hasta ahora he leído,
Que es para lo que he nacido
Con cercos de oro en la frente;
Nacer el sol coronado,
Y la frente envuelta en oro,
Es símbolo del decoro
A que está un Rey obligado;
Vuestra Majestad nació
De esta manera.

REY.

Es así;
Ya sé que, cuando nací,
Mi madre me coronó.

ALBERTO.

Sí, ¿mas de qué sirve ser
Rey sin reino? Si saliera
El sol, y mundo no hubiera
En quien mostrar su poder,
Y á quien dar su claridad,
¿Qué sirviera el cerco de oro?
Comunicar su tesoro
Es la mayor majestad.

REY.

Díceme el César, mi tío,
Que, en siendo mayor, seré
Rey con reino, porque iré
A regir el reino mío.

ALBERTO.

¡Ah, señor, todo es engaño!
Que si quien su reino tiene
A verse con hijos viene,
Y crecen por nuestro daño,
También querrán heredar:
Pues para sacar á Hungría
Después de su tiranía,
Menos le darán lugar.

REY.

Seré yo grande, y por fuerza
Tomaré la posesión,
Pues me ayuda la razón
Y la justicia me esfuerza.

ALBERTO.

Esas palabras convienen
Con el valor que heredó;
Pero, señor, temo yo
Los enemigos que tienen.
Si ahora el Emperador
No le ayuda, ¿no está claro
Que no le ha de dar su amparo
Cuando venga á ser mayor?
Pues ¿cómo podrá cobrar
Su reino de un Rey tirano
Sin su favor?

REY.

Pues ¿no es llano
Que el César me ha de ayudar?

ALBERTO.

No, señor, porque su intento
Es también tomarle á Hungría.

REY.

Pues ¿cómo en la sangre mía
Cupo tan vil pensamiento?

ALBERTO.

La codicia del reinar,
Tal vez los hijos ha hecho
Matar los padres; sospecho,
Señor, que os han de matar.

REY.

¿Matarme á mí?

ALBERTO.

¡Quedo!

REY.

El cielo
No permita esa traición.

ALBERTO.

Mal pagáis esta afición,
Mal conocéis mi buen celo;
No os alteréis, escuchad;
Que, si lo decís, me iré.

REY.

Alberto, yo callaré:
Si os enojé, perdonad;
No os espantéis, que no hay hombre
Tan hombre que, oír tratar
Su muerte, pueda callar;
No es mucho que yo me asombre.

ALBERTO.

No, mi Rey; pero entender
Es bien, por los hechos que hacen,
Que los Reyes hombres nacen,
Y que vos lo habéis de ser.
Yo intento que vos viváis.
Y pues por injusta ley
Sin reino habéis sido Rey,
Que Rey con reino seais.
Traza, señor, dar querría
Cómo os huyáis y nos vamos,
Pues más seguros estamos
En Bohemia, ó en Hungría,
Que sois su Rey, y veréis
Que, si os ven, han de tomar
Las armas, y os han de dar
El reino que no tenéis.

REY.

Pues ¿cómo será posible
Huir del Emperador?

ALBERTO.

Yo os avisaré, señor,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Aunque os parezca imposible;
Que temo que os han de dar,
Si más aguardáis, veneno.

REY.

Ayo mío, Dios es bueno,
Y Dios me sabrá guardar.

Sale Severo, tesorero del Emperador.

SEVERO.

En la primera ocasión
Haré que os den el dinero.

ALBERTO.

¿Es gente?

REY.

Sí, el Tesorero.

ALBERTO.

Haced que tomáis lición;
Este nombre, como os digo,
Es neutro, y así diréis
Hoc Regnum, aunque tenéis
Por él tan grande enemigo.

REY.

¿El Rey no es neutro?

ALBERTO.

Pues no.

REY.

Mas bien decís si es el mío.

ALBERTO.

Declinalde.

REY.

Eso porfío,
Pues Rey sin reino soy yo.

SEVERO.

¿Qué es esto, Alberto?

ALBERTO.

Enseñar
Al Rey.

SEVERO.

Muy bien me parece.

REY.

Al reino que Dios me ofrece
Me ha mandado declinar.

SEVERO.

Ha hecho el maestro bien,
Pues anda en declinación,
Mientras tomáis posesión,
Que vos declinéis también.

REY.

No importa, que del poder
Del gran César mi señor
Espero presto favor
Con que le podré tener.

ALBERTO.

Decid el nominativo.

REY.

Hoc Regnum.

SEVERO.

Bien me parece,
Pues género neutro ofrece.

REY.

Y Regni en el genitivo:
Pero este reino no es
El mío, porque, por Dios,
Que casi es común de dos
Y se va haciendo de tres;
Que hay más de tres pretendientes.

SEVERO.

Gran agudeza.

ALBERTO.

Adelante.

REY.

Dativo Regno, aunque espante
Este dativo á las gentes.
¡Que habiendo sido de Dios
El dativo de reinar,
Me lo han podido quitar!
Mas, Señor, confianza en vos.
Regnum es acusativo:
¿Que reino más acusado
Que el mío sin ser culpado,
Y lo mismo el vocativo?
Más vocativo es llamar;
Y pues mi reino me llama,
Sin duda me quiere y ama,
Y que tengo de reinar:
Pero viene el ablativo
Del reino que me han quitado,
Puesto que fuí Rey llamado
En este nominativo.
El plural, no sé que os diga;
Muchos reinos es plural:
Querrá el poder celestial
Que en el cobrar los prosiga;
Y dejemos la lición,
Que en ser de reino este nombre
Yo lo sabré, si soy hombre,
Sacar de declinación.

SEVERO.

Si de esta suerte aprendéis,
Mejor diré que enseñáis.

ALBERTO.

Ah, qué mal disimuláis;
Mirad, señor, que os perdéis.

Sale Jorge Pogebracio.

JORGE.

Ya que al César he besado
Los pies, á mi Rey querría.

SEVERO.

Este es un noble de Hungría
Que con el César ha estado.

JORGE.

¿Podré, señores, saber
Dónde el Rey de Hungría está?

REY.

Delante de él estáis ya.

JORGE.

Ojos que os pudieron ver
Cieguen llorando, señor,
Y salga el alma por ellos.

REY.

Brazos tengo yo, que en ellos,

Amigo, estaréis mejor.
Dejad los pies.

JORGE.

Ya, Rey mío,
Que á vuestros pies he llegado,
Y esta licencia me ha dado
Vuestro generoso tío,
Sabed que por vuestra ausencia
Todos lo pasamos mal;
Y aunque yo en seros leal
Bien puedo hacer competencia
Con cuantos allá tenéis,
Tan deseosos de vos,
Que todos ruegan á Dios
Que vuestro reino cobréis.
Vuestra madre no ha querido
Casarse, que, si lo hiciera,
En paz el reino estuviera.

REY.

¿Pues qué causa lo ha movido?

JORGE.

Decir que ya tiene Hungría
Rey en vos, y que no quiere
Que haya otro Rey, y que espere
De vuestra venida el día,
Y os pida al Emperador;
Mas como no os quiere dar,
Cansándose de esperar
Os niegan la fe, señor.
Con esto el Turco se os entra
Por mil partes, aunque ya
Mal con Hungría le va
Cuando con su Rey se encuentra:
Digo su Rey, el tirano
Que usurpado el reino os tiene:
Huniades le detiene
También con su heroica mano;
Aunque éste, por dar favor
Al Rey, deslustra las glorias
De sus insignes vitorias:
Y á mí me debéis, señor,
Algunas que os he ganado;
Jorge Pogebracio soy,
Que en toda Bohemia estoy
Por vuestro tutor nombrado.
Tengo infinitas heridas,
Y no tengo galardón.

REY.

Dado me habéis compasión:
Quisiéraos dar dos mil vidas.
¿Tesorero?

SEVERO.

Señor mío.

REY.

Cuatro escudos me prestad.

SEVERO.

De buena gana; tomad.

REY.

Pagarte, amigo, confío
Si llego á ser Rey con reino;
Toma lo que puedo darte,
Porque no puedo pagarte
Mientras que sin reino reino.

SEVERO.

¿Hay semejante piedad?

ALBERTO.

Gran muestra del corazón.

JORGE.

Rey mío, aqueste doblón
Que me da esa tierna edad
Quedará en la sangre mía
Por vínculo y mayorazgo,
Y yo le tomo en hallazgo
De la libertad de Hungría:
Y para poder hacello
De mayor estimación,
Le traeré como tusón
Con una cadena al cuello.
Pésame que no ha querido
Daros el Emperador
Para que fuera el amor
Que os tenemos conocido.
No sé en esto la intención
Que tiene su Majestad.

Sale Federico, emperador, Clenardo y Filipo.

FEDERICO.

Esta respuesta les dad:
Yo sé que tengo razón.

CLENARDO.

Eso te suplica Hungría
Y el Rey mismo.

FEDERICO.

No hay que hablar;
Yo no les tengo de dar
Lo que es propia sangre mía
Sin tener más fundamento.

FILIPO.

¿Pues no es bastante haber sido
De Ladislao admitido,
Que presta el consentimiento?
Si el Papa entre Elisa y él
Su autoridad interpone;
Si paz entre los dos pone,
Y cesa el odio cruel;
Y si están ya concertados
Que del niño sea tutor,
Y para vivir, señor,
Le dan sus rentas y Estados,
Y Ladislao y su hermano
Casan con tus dos sobrinas,
¿Qué novedad imaginas
Cuando está todo tan llano?
Danos el niño, señor,
Goce su reino á su Rey.

FEDERICO.

No alargues tanto la ley
De ser libre Embajador.
Responde á Elisa que yo
Voy á Italia á coronarme,
Y que del Rey quiero honrarme.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CLENARDO.
Honra el Imperio te dió
Para dársela á los Reyes;
Sin él te coronarás.
FEDERICO.
Partíos, no me habléis más.
JORGE.
Divinas y humanas leyes
Disponen lo que éstos piden.
Dadnos, señor, nuestro Rey.
FEDERICO.
Con el autor de la ley
Nunca las leyes se miden.
Ellos, y tú, capitán,
Salid de mi corte luego.
JORGE.
Lo que no alcanzare el ruego,
Las armas lo alcanzarán.
FEDERICO.
Prendelde.
JORGE.
¿Por qué, señor?
FEDERICO.
Por esa amenaza.
JORGE.
Entiende
Lo que digo, que no ofende
Tu soberano valor.
Digo que, si con el ruego
Del tirano no se alcanza,
Las armas dan esperanza,
Y las tomaremos luego;
Que no lo digo por ti.
FEDERICO.
Dejalde.
JORGE.
Venid conmigo.
FILIPO.
El cielo te dé el castigo.

Vanse Jorge, Filipo y Clenardo.

FEDERICO.
¿Qué hacéis vos, Alberto, aquí?
ALBERTO.
Al Rey le daba lición.
FEDERICO.
Pues llevadle; que no gusto
Que hable agora, pues no es justo,
Con hombre de su nación.
No quiero que mi sobrino
Oiga estas cosas.
ALBERTO.
Yo haré
Lo que me mandas.
REY.
Si fué
Su petición desatino,
Yo, señor, no soy culpado;
Que, aunque licencia me diera
Vuestra Majestad, no fuera
En esta edad á mi Estado,
Y así os suplico, señor,
Que no me dejéis llevar.
FEDERICO.
Yo sé que os debo guardar,
Y me debéis este amor.
Aprestaos á la jornada,
Que á Italia conmigo vais.
REY.
Mientras vos, señor, me honráis
Todo el reino tengo en nada,
Y en justa razón lo fundo;
Porque precio más por Dios
Ser Rey sin reino con vos,
Que sin vos ser Rey del mundo.

Vanse el Rey niño y Alberto.

FEDERICO.
Poco me agrada, Severo,
Ver tanta bachillería.
SEVERO.
¿Esperas cobrar á Hungría?
FEDERICO.
Á Hungría cobrar espero.
SEVERO.
Pues ponle guarda, que aquí
Le vi glosar la lición,
En que vi su inclinación
Y su intención entendí.
Fuera de eso, al capitán
Que llorando se quejó
De que nadie le pagó
Las heridas que le dan,
Pidiéndome cuatro escudos
Se los dió como en señal;
Que de ver presteza igual
Estábamos todos mudos.
Mira que se te ha de ir
Y ponerte en confusión.
FEDERICO.
Yo tendré más atención:
Guarda le quiero añadir,
Deja que enflaquezca á Hungría
De armas y gente no más
El Turco, que tú verás
Por dónde viene á ser mía.

Vase.

Sale Elisa y Ladislao, hijo de Huniades.

LADISLAO.
El parabién te doy de estos conciertos
De parte de mi padre Juan Huniades,
Que supo en Trasilvania que eran ciertos,
Y que sin casamiento paz teniades.
Los cielos vi también, señora, abiertos
Cuando, llegando, supe que comiades
Juntos los dos; pues ya del todo amigos
Hacéis de vuestro amor tantos testigos.
Y para que te alegres, ha vencido

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Nuevamente mi padre á Bayaceto,
De que Amurates, dicen que corrido,
Envía con ejército á Meceto:
Nuestras tierras ha entrado; mas ya es ido
Adonde el castigarle tendrá efecto.
Plega á Dios que, al volver con la vitoria,
Halle tu hijo aquí para más gloria.
Suplícote que creas que haber hecho
La parte del Polaco no es su culpa;
La mano le besó, rindióle el pecho,
Que firmarte su esposa le disculpa:
Bien creo que está el reino satisfecho
Si alguna envidia de su honor le culpa,
Y que tú lo estarás de sus servicios,
Que han hecho á Hungría tantos beneficios.

ELISA.

Ladislao, yo tengo, como es justo,
Del capitán tu padre la debida
Satisfacción, y en día de tal gusto
Estimo el que me ha dado tu venida.
El Papa Félix, que el estado injusto
Miró de aqueste reino y de mi vida,
Hizo estas paces para bien de todos,
Y sin casarme yo, por otros modos.
El título de rey deja el Polono,
Y él y su hermano el Casimiro luego
Se casan con mis hijas, y corono
Al niño que en tutela al mismo entrego;
Que siendo el Papa del concierto abono,
Gobernará este reino con sosiego
Hasta que tenga edad.

LADISLAO.

Bien muestra cierto
Ser de un santo Pontífice el concierto.
¿Y viene el niño ya?

ELISA.

No le ha querido
Dar su tío hasta ahora, y se ha tratado,
Por concierto á los otros añadido,
Que le cobre el tutor, y él se ha obligado:
Por mis Embajadores se le pido,
Puesto que por los suyos le ha negado.
No se excusa la guerra.

LADISLAO.

¡Extraño intento
Muestra el Emperador!

ELISA.

Culparle siento.

LADISLAO.

Parece que no estás aquí con gusto.
¿Qué te desasosiega? ¿No estás buena?

ELISA.

La comida me ha dado algún disgusto,
De dulces que me dan fastidio llena.

LADISLAO.

Pues que descanses me parece justo;
Que no quiero, señora, darte pena,
Y en el color se ve lo que padeces.

ELISA.

Justo consejo, Ladislao, me ofreces.
Vete con Dios, y guarde el alto cielo
Á tu padre y á ti, y al buen Matías.

LADISLAO.

Él te guarde.

ELISA.

Detente, que recelo
Que llega el fin de mis amargos días;
Dame esos brazos, pero ya en el suelo
Cayeron hoy las esperanzas mías,
Y mi vida cayó.

LADISLAO.

¡Tan de improviso!
¿Qué es esto, cielo?

ELISA.

Que matarme quiso.

LADISLAO.

¡Ah, caballeros, gente de palacio,
Guardas, nobles, amigos!

Sale el Príncipe y gente.

PRÍNCIPE.

¿Qué es aquesto?

LADISLAO.

La Reina, cuyo sol en breve espacio
Al Polo de la muerte se ha traspuesto.

PRÍNCIPE.

¿Hay desigual dolor? Llamad á Estacio.
Vengan remedios: ¡ah, mi bien! ¿tan presto
Os vais y nos dejáis?

ELISA.

¡Traidor, villano,
Dios te castigue con su eterna mano!

PRÍNCIPE.

¿Murió?

LADISLAO.

Y te deja culpado
En las razones postreras.

PRÍNCIPE.

Míralo bien, Ladislao.

LADISLAO.

Llevad adentro la Reina;

Llévanla.

Que si ella comió contigo,
Y muere de esta manera,
Y te ha llamado traidor
Remitiéndote á la pena
Que Dios te dará en castigo,
Di, ¿qué disculpa te queda?

PRÍNCIPE.

Bárbaro, ¿tú no conoces
Que, si entonces no muriera
Y la razón acabara,
Puesto que en traidor comienza,
Dijera que, si no hiciese
Bien la jurada tutela
Del Rey niño, entonces Dios
Me castigase por ella?
Esto quería decir;
Mas las razones primeras

Cortó la muerte, y quedaron
Desotra parte las medias.
¡Ay mi bien, ay mi señora!
¡Ay mi Elisa; aquestas tiernas
Lágrimas hago testigos
De mi lealtad é inocencia:
Bien puede ser que traidores,
Pero no que yo lo sepa,
Te hayan muerto con veneno;
Tú sabes, si con Dios reinas,
Que yo no he sido culpado.

LADISLAO.

No es posible que lo sea
Porque llora, y es un hombre
Tan feroz en paz y en guerra,
Que por mil reinos del mundo
No se entristeciera apenas.

Sale un soldado.

SOLDADO.

Los Bajáes de Amurates
Traen las juradas treguas
Para que las firmes.

PRÍNCIPE.

Dí
Que de aquí á un hora se vuelvan;
Pero vuelve y diles que entren,
No sea que se arrepientan;
Que más importa la paz
Después de muerta la Reina.

Sale Alibeyo y Meceto, turcos, con un papel.

ALIBEYO.

Guárdete Alá, Rey de Hungría.

PRÍNCIPE.

Dios os guarde.

ALIBEYO.

Aunque en la pena
De esta desgracia era justo
No interrumpir tu tristeza,
Porque el Gran Señor aguarda
De estas paces la respuesta,
Para dar la vuelta al Asia
Es fuerza venir por ella.

PRÍNCIPE.

Leed el papel.

MECETO.

Escucha;
Más mejor es que tú leas.

PRÍNCIPE.

Ladislao, Rey de Hungría,
De Trasilvania y Bohemia,
Hago juramento á Dios,
Y de la ley que profesan
Los cristianos á los cuatro
Evangelios de la Iglesia,
Á María, que de Cristo
Es madre y señora nuestra,
De no hacer guerra en diez años,
Hacer gente, alzar bandera
Contra Amurates, y aquí
Firmo y juro aquestas treguas;
Y yo, Amurates, señor
Del Asia y África entera,
De Constantinopla Rey,
Emperador de la tierra,
Duque de Jerusalén,
Señor del mar que rodea
El mundo, juro al gran Dios,
Y al Alcorán del Profeta,
Que en los desiertos de Arabia
El moro y turco veneran,
De no hacer guerra en Europa,
Ni que con armas me vean,
Y lo firmé de mi nombre
Si no es para mi defensa.
Dada á quince de la Luna
De Jumet, y de la Hixera
Mil cuatrocientos y doce,
Según los cristianos cuentan.

ALIBEYO.

Eso viene ya firmado
De Amurates, sólo resta
Tu firma.

PRÍNCIPE.

Mostrad la pluma.

LADISLAO.

Lo que firmas considera;
Que á Dios y á su Madre juras,
Y antes de jurarlo piensa
Que lo has de cumplir.

PRÍNCIPE.

Sí haré.

Firme.

El Rey de Hungría y Bohemia.
Tomad, y á vuestro señor
Le decid que al punto vuelva
Su turco ejército al Asia.

MECETO.

Él lo hará; con Dios te queda.

Vanse los turcos.

PRÍNCIPE.

¡Ay Elisa, ay Reina ingrata!
¿Es posible que me cuestas
Lágrimas? Sí, pues las lloro.
¡Grande amor, ó gran flaqueza.!

Vanse todos, y salen Belardo, Elpina y Lucindo, niño, villanos.

ELPINA.

No tenéis que porfiar,
Pardiós; crérigo ha de ser.

BELARDO.

Tenéis muy buen parecer,
Bien le queréis emplear;
Pero yo no tengo hacienda

Para que estudie importante,
Pues ser crérigo ignorante
Non es razón que lo emprenda.

ELPINA.

Pues ¿cuál oficio, Belardo,
Os parece á vos mejor?

BELARDO.

Uno que tenga valor,
Que cubra el capote pardo.

ELPINA.

¿Sastre es bueno?

BELARDO.

¿Para qué?
¿Para aprender á mentir?

ELPINA.

¿Y mercader?

BELARDO.

El medir
Oficio dicen que fué
De la justicia y templanza;
Pero, siendo mercader,
Para el trato há menester
Dicha, hacienda y confianza.

ELPINA.

¿Zapatero no querréis?

BELARDO.

Perdóneme San Crispín,
Que es muy trabajoso.

ELPINA.

En fin,
¿De albañil os pagaréis?

BELARDO.

Ya que es hombre, no le quiero
Hacer ángel y que vuele
Por donde ninguno suele.

ELPINA.

Pues aprenda á carpintero.

BELARDO.

También andan por lo alto.

ELPINA.

¿Y tornero?

BELARDO.

En un invierno
Descalzo un pie; buen gobierno
Para andar de salud falto.

ELPINA.

¿Escribano será bueno?

BELARDO.

Si es bueno, bueno será;
Pero es oficio que está
De muchos peligros lleno.
¿Cuál es la cosa, decid,
Más arrogante?

ELPINA.

No sé.

BELARDO.

La pluma.

ELPINA.

¿Cómo, ó por qué?

BELARDO.

Si no lo sabéis, oid:
Aunque por la ligereza
Pintan al ángel con alas,
Cuando á las supremas salas
Quiso oponer la cabeza,
De soberbia alas tomó;
Y aunque de viles espumas
Fueron las primeras plumas,
Que el cielo ni el mundo vió,
Desde entonces para el cielo
Esta soberbia heredaron,
Porque, cuantos levantaron,
Tantos bajaron al suelo.

ELPINA.

No en balde dicen, Belardo,
Que caducáis.

BELARDO.

Es ansí;
Pero ya sólo de ti,
Lucindo, este oficio aguardo.
¿A qué te inclinas?

LUCINDO.

Yo, padre,
Quisiera ser sacristán.

BELARDO.

¿Sacristán? Á fe que están
De un voto el hijo y la madre.

LUCINDO.

Antes no, pues ser casado
Puedo.

BELARDO.

De oficio me tratas
Que es como el de las beatas:
Que ni es carne ni pescado.
Con hábito clerical
Tendrás hijos y mujer.

LUCINDO.

Muérome yo por tañer
Y cantar en el misal.

Salen Alberto, ayo del Rey niño, y el Rey huyendo.

ALBERTO.

Echad por aquí, señor,
Y no os canséis.

REY.

Ayo mío,
El bien que tener confío
Quita el cansancio y temor.

ALBERTO.

Este monte es muy seguro:
Aquí nos esconderemos.

REY.

¡Oh, plega á Dios que lleguemos,
Alberto, al bien que procuro;
Que yo os juro que ese día,
En pago de tanto amor,
Os haga el mayor señor
De todo el reino de Hungría!

ALBERTO.

Aquí hay pastores. ¡Ah! Gente,
¿Vamos bien á la ciudad?

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BELARDO.

Muy buen camino, en verdad,
Si vais por agua á la fuente.
Dejáis el camino allá,
Y venís á dar al río.

ALBERTO.

El no saber, pastor mío,
En estos peligros da.
Ya es tarde; hasta la mañana
No querría caminar.

BELARDO.

Aunque yo os quiera albergar,
Que lo haré de buena gana
Si podéis vivir conmigo,
No puedo, porque también
Voy de camino.

ALBERTO.

Está bien;
El cielo os lo pague, amigo.
Traigo este niño que veis,
Y no podrá caminar;
Que no ha sido poco andar
Hoy cinco leguas ó seis.

BELARDO.

¿Cómo está tan bien tratado
Y viene á pie?

ALBERTO.

Ya os dirán
Soldados de un capitán
Que bajan del monte al prado.

ELPINA.

¡Qué caballos nos quitaron!
Mal les haga Dios, amén.

LUCINDO.

Este zagal anda bien.
¿Dónde el hato le compraron?

ALBERTO.

Si vos, zagal, le queréis
Trocalde al vuestro, y si vos
Queréis el mío, por Dios,
Buen hombre, que le toméis;
Que de pastores vestidos
Nadie por esta montaña
Nos hará mal.

ELPINA.

No se engaña,
Que hay soldados foragidos.
Dalde ese gabán, Belardo,
Y al niño el tuyo, Lucindo.

LUCINDO.

Sí, padre, que aquél es lindo.

BELARDO.

Veis aquí mi gabán pardo.

ALBERTO.

Tomad mi capa y sombrero,
Y aun esta espada tomad.

LUCINDO.

Y vos conmigo trocad,
Que quiero ser caballero.

REY.

Mi capa y sombrero son
Muy lindos; véislos aquí.

BELARDO.

Elpina, ¿estoy bien así?

ELPINA.

Estáis como un Salomón.

LUCINDO.

Madre, ¿no me ve pulido?
Vámonos presto de aquí
Por que me vean ansí
Los muchachos del ejido.

ELPINA.

¡Oh! Si trujeran mujer
Para ponerme galana;
Que vos noble y yo serrana,
¿Qué habemos de parecer?

BELARDO.

Callad, que yo os haré luego
Una saya en la ciudad:
Buen hombre, con Dios quedad.

ALBERTO.

Que no digáis nada os ruego
Si alguna gente topáis.

ELPINA.

No tengáis miedo, señor.

LUCINDO.

Padre, así estaré mejor
Por que á oficio me pongáis.

BELARDO.

No pocos pasos se atajan;
¿Qué oficio quieres?

LUCINDO.

Hoy quiero
Me pongáis á caballero,
Que comen y no trabajan.

ALBERTO.

¡Qué bien estamos ansí!
Descansad, señor, un rato
Mientras algún ave os mato
Y os enciendo fuego aquí.

REY.

Tiralda vos, ayo mío;
Que yo el fuego encenderé.

ALBERTO.

No, mi Rey, vos no.

REY.

¿Por qué?

ALBERTO.

Porque fuera desvarío
Que vos tanto os humilléis.

REY.

Callad, que en una ocasión
Tan hombres los Reyes son
Como los demás que veis.

Dentro.

Por aquí dicen que van.

OTRO.

Pues atajad por aquí.

REY.

¿Dan voces?

ALBERTO.
¡Ay mi Rey, sí:
Voces en el monte dan!
REY.
¿Qué haremos?
ALBERTO.
Ya no hay remedio:
Gente del César parece.

Sale Severo, y guardas con alabardas y arcabuces

SEVERO.
Haced fuego si anochece
De aqueste monte en el medio,
Y dél con hachas corred
Por una y por otra parte.
ALBERTO.
¿Adónde podré guardarte?
REY.
¡Ay cielos! piedad tened,
No de mí, mas de la vida
De mi buen ayo.
ALBERTO.
Señor,
De mí no tengáis temor,
Que á vos la tengo ofrecida.
REY.
Yo he nacido para ser
Rey sin reino.
SEVERO.
¿Quién va allá?
ALBERTO.
Pastores, señor, que ya
Se empiezan á recoger.
SEVERO.
Reconoced esa gente.
ALBERTO.
Detened los arcabuces.
SOLIMÁN.
Mal se puede entre dos luces
Reconocer claramente:
Un pastor y un niño están
Solos.
SEVERO.
¿Niño?
SOLIMÁN.
Sí, señor.
SEVERO.
¿Has visto acaso, pastor,
Por cuál de estas sendas van
Un hombre y un niño?
ALBERTO.
Agora,
Señor, iban por aquí.
SEVERO.
¿Este es vuestro?
ALBERTO.
Señor, sí.
SEVERO.
¿Mora con vos?
ALBERTO.
Aquí mora.
SEVERO.
Dádmele, pues, por que guíe
Estos soldados.
ALBERTO.
Señor,
Yo iré con ellos mejor.
REY.
No padre, no se desvíe
Que me comerán los lobos;
¿No vé que anochece ya,
Y que cerca de aquí está
El ganado en que hacen robos?
SEVERO.
Pues alto, venid los dos.
ALBERTO.
Echad por esta laguna.
REY.
El Rey sin reino, Fortuna,
Hoy pone su vida en vos.

Vanse.

Salen Ladislao, Matías, Huniades y el Príncipe.

PRÍNCIPE.
Á lo que te digo estoy determinado.
HUNIADES.
¿Cómo podrás romper el juramento
Habiéndole firmado de tu nombre?
PRÍNCIPE.
¿Palabra quieres que le guarde á un bárbaro?
HUNIADES.
No está la calidad en el sujeto.
De tu parte, señor, que eres cristiano,
Príncipe de Polonia y Rey de Hungría.
Está el honor y obligación que tienes.
PRÍNCIPE.
Si el Pontífice, Huniades; si Reyes,
Si Príncipes me mandan y me ayudan,
Que la cerviz del turco, aunque domada
Tantas veces por ti con mil vitorias
Acabe de rendir, decir podemos
Que no se quiebra el juramento.
HUNIADES.
Mira
Que donde quiera es uno el juramento;
Juraste á Dios, y en un misal juraste
Los Evangelios santos, y á la Virgen
Que fué de Cristo soberana Madre.
Pues ¿cómo quebrarás el juramento,
Mientras el turco su palabra guarda?
PRÍNCIPE.
No pude yo jurar en daño, Huniades,
De los Reyes y Príncipes cristianos;
Las repúblicas todas son menores.
HUNIADES.
Caballeros, ¿es justo que el Rey vaya?
LADISLAO.
Á nadie le parece cosa justa.
MATÍAS.
Justo es aquello que los Reyes hacen
Por su defensa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

HUNIADES.

Por mi fe, Matías,
Que no aprendiste de tu viejo padre
Esas lisonjas.

MATÍAS.

¿Luego sonlo aquestas?

HUNIADES.

Todos los más que sirven á los Reyes,
Hacen traición, Matías, en dos cosas:
La una, en que jamás al Rey le acuerdan
Que ha de morir; la otra, que le encubren
Por su gusto las cosas en que yerra.
Yo, que tengo los años que me bastan
Para que acabe mi cansada vida;
Que todo, como veis, soy blancas canas,
Y más que canas tengo, tengo heridas,
Con cuya sangre escribe mis victorias
La fama que los hechos eterniza,
No quiero las mercedes de los Reyes:
Decir quiero á los Reyes las verdades.
Vosotros, hijos, aunque agora mozos,
No quedaréis tan pobres que os obligue
Necesidad de hacienda ni de honra,
Pues de una y de otra cantidad os dejo
Ganada á puros botes de una lanza.

MATÍAS.

Señor, no niego yo que el juramento
No cumpla el Rey; pero si el Padre Santo
Le manda que no deje que diez años
Descanse el turco, y prevenido en ellos
Vuelva, y destruya á Italia por las costas
De Chipre, Candia y todo el archipiélago,
Paréceme que tiene gran disculpa.

PRÍNCIPE.

Huniades, no más: mi gusto es éste;
El turco se previene en estas treguas;
Yo juré sin poder; marche el ejército;
Que no os pido consejo.

HUNIADES.

Por mí, marche
Á Trasilvania y al infierno mismo

PRÍNCIPE.

La fe de Dios se ensalce; el Turco muera.

HUNIADES.

No ensalza poco á Dios el que procura
No le jurar ó cumple lo que jura.

Vanse.

Salen Amurates, Gran Turco, y Solimana.

AMURATES.

Las flores de este jardín,
Las aguas de aquestas fuentes,
Espejos en que presentes
Se ven la rosa y jazmín,
Bellísima Solimana,
Hago de esta fe testigos,
Aunque parientes y amigos
De esa beldad soberana.

SOLIMANA.

¿Cómo puede un capitán
Tener amor?

AMURATES.

Ya, señora,
No soy capitán agora;
Treguas las guerras me dan;
Ya sabéis que están juradas
Por el Húngaro y por mí.
Mi ejército despedí:
Todos cuelgan las espadas.
Diez años tengo de estar
En ocio; hacedme favor,
Que con diez años de amor,
¿Qué amor me puede igualar?

SOLIMANA.

Eso dices por vencer
Este desdén que os enfada;
Que amaros yo siendo amada,
No era difícil de hacer.
Pero apenas tocarán
Una caja, cuando luego
Diréis que el amor es juego
Y os llamaréis capitán.

AMURATES.

No hay en todos mis Estados
Quien pueda tocarme á guerra
Si el Húngaro y yo en su tierra
Estamos pacificados.
No temáis; que es ofender,
Señora, vuestro valor.

Toquen dentro.

SOLIMANA.

¿Esta no es caja, señor?

AMURATES.

Caja, ¿cómo puede ser?
Sin duda es algún ruido
Que mucho á atambor parece.

Toquen otra vez.

SOLIMANA.

Otra vez el son ofrece
Á la puerta del oído.

AMURATES.

¡Oh, Alá! ¿Quién para enojarme
Agora toca atambor?

SOLIMANA.

Yo apostaré que es amor,
Porque queréis engañarme.

Toquen otra vez.

AMURATES.

¿Otra vez? ¿Qué es esto? ¿Gente?
¿Quien toca agora esas cajas?

Sale Alibeyo.

ALIBEYO.

Aquellas banderas bajas
Que asombraron el Poniente

Vuelve á levantar, señor,
Y saca luego la espada
Que tenían envainada
Ocio, descanso y amor.

AMURATES.

¿Háse rebelado alguno
De mis bajás, Alibeyo?
¿Es escándalo plebeyo?

ALIBEYO.

No es por vasallo ninguno.
El villano Rey de Hungría
El juramento ha quebrado,
Y con su ejército entrado
Hasta llegar á Sofía.
Dos ó tres veces pasó
El Danubio, destruyendo
Á Misia.

AMURATES.

¿Qué estoy oyendo?
¿Que el juramento quebró?

ALIBEYO.

Yo te digo lo que pasa.

AMURATES.

Saca mi ejército luego.

SOLIMANA.

¿Qué hay de amor, Príncipe?

AMURATES.

Es juego
Cuando tierra y honra abrasa
El húngaro desleal;
Toca esas cajas; partamos,
Que, pues justicia llevamos,
No ha de sucedernos mal.

Vanse.

Salen el emperador Federico, y gente.

FEDERICO.

Por todo extremo estoy desconsolado.
¡Qué! ¿No parece el Rey?

SOLIMANA.

Está muy cierto
Que no es del ayo sólo aconsejado.

FEDERICO.

Sin duda que algún húngaro encubierto
Con gente le robó.

SOLIMANA.

Severo viene.

Salen Severo, el Rey y Alberto.

SEVERO.

Corriendo el monte hasta el vecino puerto,
Que el mar de Italia por espaldas tiene,
Hallamos solamente dos pastores.

FEDERICO.

¿Qué furia de matarte me detiene?

SEVERO.

Oye, señor.

FEDERICO.

¿Qué os he de oir, traidores?

SEVERO.

Pues si es el uno el Rey, y el otro Alberto,
¿Qué señas te podemos traer mejores?
Así llevaba á pie por un desierto
Al niño Rey el español infame.

FEDERICO.

¿Ladislao?

REY.

¡Gran señor!

FEDERICO.

Su voz, es cierto;
¿Dónde ibas de esta suerte?

REY.

No se llame
Traición irme de ti; libre he nacido;
No te espante que el serlo estime y ame;
Rey soy sin reino; llámame afligido.
Vóile á buscar á pie, pues no me dejas.
Sin él perdido estoy, sin mí perdido;
Á Italia agora sin razón me alejas;
Aconsejé á mi ayo me librase
En este traje de pastor de ovejas.
Mi madre es muerta; no es razón que pase
Porque un tirano goce lo que es mío
Y que por tu descuido un reino abrase.

FEDERICO.

¡Qué bien que te ha enseñado, yo lo fío!
Palabras son del ayo claramente.

REY.

Más son de mi inocencia, señor tío.
Mi madre me dió á vos más libremente.

FEDERICO.

Poned al ayo en una cárcel luego,
Y vos no estéis de mí ni un hora ausente.

REY.

¡Por su vida, señor, no más te ruego!
¡Mátame á mí!

ALBERTO.

No ruegues, hijo mío,
Por quien ya de llorarte viene ciego;
Tú vive, y muera yo.

FEDERICO.

Tu desvarío
Pagarás, español.

ALBERTO.

Por serlo muero,
Que esta lealtad nació con este brío.

REY.

Alberto, si murieres, morir quiero.

Vanse, y salen Amurates, Alibeyo y soldados turcos; caja y bandera.

ALIBEYO.

Ya, gran señor, se mira claramente,
Desde estos campos Mérules de Varna,
El católico ejército furioso
Acometer el tuyo.

AMURATES.

Nunca he visto
Tan espantoso ejército, Alibeyo.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ALIBEYO.

Aquí viene, de parte del Pontífice,
El Cardenal que llaman Cesarino;
Viene el Despoto y Rey de la Valaquia,
Y aun se dice que el Príncipe de Epiro,
Jorge Castrioto Escanderbec llamado,
Sin otros muchos belicosos Príncipes.

AMURATES.

No viniera, Alibeyo, Juan Huniades,
Que los demás yo los tuviera en poco.
¿De manera que el bárbaro Rey húngaro,
Porque se vió favorecido de éstos,
Quebró las treguas que juró conmigo?

ALIBEYO.

Envía luego los seis mil caballos
Contra los transilvanos, y no temas;
Que Alá de todos te dará vitoria.

AMURATES.

Las cajas suenan, atrevido viene,
Batalla me presenta; no es posible
Que la pueda excusar; pero primero
Que acometamos, el papel firmado
De la mano del Rey saco del pecho,
Y al Dios de los cristianos desta suerte
Quiero quejarme.

ALIBEYO.

La traición le advierte.

AMURATES.

Jesucristo, aquestas son
Las paces que tus cristianos
Firmaron tener conmigo,
Y que por tu ley juraron
Tus Evangelios, tu nombre,
Tu Madre, que antes del parto,
En él y después fué virgen:
Todo cual ves lo han firmado.
Pues si eres Dios, como dicen,
Y nosotros ignoramos,
Venga tu injuria y la mía
De quien la venganza aguardo
Contra los que, siendo tuyos,
Perjuran tu nombre santo.

ALIBEYO.

Bien has hecho.

AMURATES.

¡Ay Alibeyo,
Qué corazón he cobrado
Con las palabras que he dicho!
Toca al arma, acometamos.

Aquí una batalla, y tras ella el Rey herido; la espada desnuda.

PRÍNCIPE.

Vasallos, ¿adónde vais?
¿La espalda volvéis, vasallos,
Á quien mil veces vencistes?
Pero ¿para qué los llamo?
Herido vengo de muerte;
El cielo me ha castigado
El perjurio de su nombre.
¿Vitoria vas publicando?
¡Piedad, Señor, no del cuerpo:
Por vuestra sangre la aguardo
Del alma! Pequé, Señor,
Y pienso que vuestro agravio
Venga el turco, á quien tomáis
Por instrumento en mi daño.
Esto es hecho, morir quiero
Como Rey, como soldado,
Vendiendo mi vida: turcos,
Yo soy el rey Ladislao.

ACTO TERCERO.

Sale Jorge y un capitán.

JORGE.

Muerto el Rey, como digo, en la batalla
Por permisión de Dios, que el pensamiento
Juzga, y vertiendo por la rota malla
La sangre, el alma y el soberbio intento,
Y pagando á su gente en mil combates
Haber quebrado al turco el juramento,
Quedó sin rey Hungría.

CAPITÁN.

No dilates
El bien presente en los pasados años.

JORGE.

Hubiera el ferocísimo Amurates
Tomado á Hungría si estos ocho años
No hubiera Juan Huniades vencido
Sus bárbaros ejércitos y engaños.
Que de aquella batalla mal herido
Escapó con sus hijos, y aquel día
Por Virrey de este reino fué elegido.
Ocho años al fin estuvo Hungría
Sin rey, negando siempre Federico
Á Ladislao, que en su poder tenía;
El Rey sin reino, tan leal y rico,
Vivía pobremente.

CAPITÁN.

¿Qué mal hecho?

JORGE.

Pues aquí no te digo y significo
Lo que su reino por cobarde ha hecho:
Pasó el Emperador á coronarse,
Y llevóle consigo á su despecho:
Después de coronado, y de tratarse
Con Leonor, española, Infanta hermosa,
Hija del Rey de Portugal, casarse,
Huyóse el niño á pie, y en la fragosa
Cumbre de un monte, en hábito villano,
Fué preso de la guarda belicosa.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CAPITÁN.

¿Por qué el Emperador era tirano
Del niño Rey?

JORGE.

Quedarse con Hungría
Era su intento, pero intento vano;
Porque haciéndole guerras cada día
Los de Austria, su ducado al fin le ha dado,
Y hoy con notables fiestas y alegría
Entra en su reino y cobra al fin su Estado.

Salen con música y acompañamiento los que pudieren, y Juan Huniades, y sus hijos Ladislao y Matías, el Conde de Cilia, y detrás, debajo de un palio, Ladislao; salga de él, y dígale Huniades de rodillas:

JUAN.

Dadme vuestros pies, señor.

REY.

Padre del reino de Hungría
Por quien la gozo este día,
Los brazos con mucho amor;
Y aunque yo sé que no os pago
Haberla en tantos combates
Defendido de Amurates,
Conde de Bistricia os hago.
Y pues que, como león,
Vencistes su poder fiero,
En campo blanco os le quiero
Dar por armas y blasón;
Que yo sé que corresponde
Con vuestro invicto valor.

JUAN.

Mil años viváis, señor.

Todos digan:

¡Viva el Conde! ¡Viva el Conde!

REY.

Ya veis que mi tierna edad,
Por quien Rey sin reino he sido,
Pues que de un mes fuí traído
Á tanta cautividad,
No permite que por mí
Gobierne tantos Estados,
Y así, serán gobernados
Por quien os nombrare aquí.
Huniades tenga á Hungría,
Jorge á Bohemia, y mi tío
Á Austria, patrimonio mío.

CONDE.

De todos, señor, confía
Que tendrás satisfacción.

REY.

Conozco vuestra lealtad.

JUAN.

Licencia, señor, me dad,
Pues ya tenéis posesión
Del reino, para que vea
Á mi mujer.

REY.

Mucho siento
Que os vais.

JUAN.

Vuestro regimiento
En vuestro tío se emplea
Tan bien, que yo no haré falta.

REY.

Id en buen hora, y daréis
De mi parte un gran recado
Á la Condesa.

JUAN.

El Estado
Mil siglos, señor, gocéis.
Hijos, vuestro Rey cautivo
Quince años tenéis aquí;
Muy viejo estoy, ya serví
Mozo, brioso y altivo.
Ejemplo os dejo de fe,
De valor y de lealtad:
En este espejo os mirad;
Dios su bendición os dé.

MATÍAS.

El cielo alargue tu vida
Como tus dichas.

JUAN.

Adiós,
Y al Rey servid, que á los dos
La tuve siempre ofrecida.

LADISLAO.

Tu hechura somos, señor.

JUAN.

Oid las palabras mías:
Tú, Ladislao, á Matías
Enseña como á menor,
Y tú obedece á tu hermano.

MATÍAS.

¿Dónde vas? ¿Qué nos enseñas?

JUAN.

Soy mortal, y tengo señas
De que está mi fin cercano.
En vuestra vida juréis;
Y si por dicha juráis,
Advertid que lo cumpláis,
Pues tan claro ejemplo veis.
Tened gran veneración
Á la Iglesia y su Cabeza,
Y al Rey lealtad y firmeza,
Obediencia y afición.
Que, con esto, espero en Dios
Que el nombre que os he ganado
Se verá pronto aumentado
Por el uno de los dos.

Vase Huniades.

LADISLAO.

¡Caso extraño!

MATÍAS.

Con gran pena
Me ha dejado el padre mío.

REY.

Mientras que descanso, tío,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Esto que te digo ordena.

CONDE.

¡Vaya vuestra Majestad!

LADISLAO.

Acompañemos al Rey.

Vanse, y quedan solos Jorge y el Conde.

CONDE.

Jorge amigo, si la ley
De una sencilla amistad
Obliga á perder la vida,
Dame esa mano.

JORGE.

Ya sé
Tu intento.

CONDE.

Cuando al Rey fué
Hungría restituída,
Por la mala información
De Huniades, que decía
Que tiranizaba á Hungría
Mi codicia y ambición,
Fuí, como vos, desterrado;
Ya que posesión tomó,
A su gracia me volvió
Con ser yo tan desgraciado.
Mas traza debe de ser
Que al Ducado de Austria vaya,
De éste, cuya edad desmaya
Y quiere, Jorge, poner
Sus hijos en alto estado.
Matarle no es discreción,
Veneno sus años son:
Su edad veneno le ha dado.
Para que tú y yo quedemos
Señores del Rey muchacho,
Y en el gobierno y despacho
De guerra y paz nos entremos,
Hoy, Jorge, quiero matar
A Ladislao y á Matías;
Que traigo puestas espías
Aunque ha faltado el lugar.

JORGE.

Lugar, ¿por qué?

CONDE.

Porque creo
Que andan juntos con cuidado;
Apartarlos he pensado
Con un extraño rodeo.
Una hija hermosa tienes;
Haz que entretenga á Matías,
Y le llame algunos días
Mientras á Palacio vienes;
Que es tan bravo, que á su lado
No hay orden de acometer
A Ladislao.

JORGE.

Podrá ser
Que entiendan nuestro cuidado
Si nos ven juntos; de hoy más
Nunca te llegues á mí.

CONDE.

Bien dices, harélo ansí.

JORGE.

A hablarla voy.

CONDE.

Mientras vas
Quiero tener prevenidos
Los homicidas.

JORGE.

Adiós.

CONDE.

Pero aquí vienen los dos.
¡Qué arrogantes, qué atrevidos!

Vase Jorge, y salen Ladislao y Matías.

LADISLAO.

Al despedirme, Matías,
El Rey sus brazos me dió.

MATÍAS.

Mucho nuestro padre honró.

LADISLAO.

Estime el fin de sus días;
Que si le falta este viejo,
Queda entre muchos traidores.

CONDE.

¿Adónde bueno, señores?
¿Fuese ya el divino espejo
De la virtud militar?

LADISLAO.

Ya, señor Conde, es partido.

CONDE.

Pero no pienso que es ido,
Pues os deja en su lugar.

MATÍAS.

Para serviros quedamos
En lo que el Conde faltó.

CONDE.

¿Qué hace el Rey?

LADISLAO.

Solo quedó.

MATÍAS.

En su jardín le dejamos.

CONDE.

Voile á ver.

LADISLAO.

¡Guárdeos el cielo!

CONDE.

¡Qué muerte os espero dar!

Vase el Conde.

MATÍAS.

¡Qué! ¿Este vuelve á gobernar?

LADISLAO.

No hay tan vil hombre en el suelo.
Si hasta salir de Viena
No le hubiera acompañado
En el destierro pasado,
La calle, de nobles llena,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El vulgo le hubiera muerto.

MATÍAS.

El es notable traidor.

Sale un paje.

PAJE.

Ya con ser paje de amor
Será mi remedio cierto.
¡Ah, caballero!

MATÍAS.

¿Quién es?

PAJE.

Cierto paje de una dama.

MATÍAS.

¿Conocéisme bien?

PAJE.

La fama
Me ha traído á vuestros pies.
¿Matías no sois?

MATÍAS.

Sí soy.

PAJE.

Dale un papel.

Pues tomad este papel.

MATÍAS.

Veré lo que dice en él.
¡Confuso, por Dios, estoy!

Lee Matías.

LADISLAO.

Mientras que lee mi hermano,
Os quería preguntar:
¿Cúyo sois?

PAJE.

No hay que tratar
De tener sospecha en vano,
Porque es muy noble mi dueño.

LADISLAO.

¿Quién?

PAJE.

Rodesinda, señor,
Hija de Jorge.

MATÍAS.

Aunque amor
Es poderoso, esto es sueño,
Es burla, es prueba; mas sea
Lo que fuere, hermano, adiós.

LADISLAO.

¿No será bien ir los dos?

MATÍAS.

No es bien que conmigo os vea.
¡Guiad, paje!

PAJE.

Voy delante.

LADISLAO.

Mira que es error.

MATÍAS.

No es.

Vase Matías, y sale Roán, lacayo, de camino. con un pliego de cartas.

ROÁN.

Desde aquí os advierto, pues,
Que es el negocio importante;
Mirad que habemos de ir
Con más presteza que un rayo.

LADISLAO.

Este es Roán, un lacayo
Que me solía servir.
¿Adónde bueno, Roán?

ROÁN.

¡Oh, señor, dame esos pies!

LADISLAO.

¿A quién sirves?

ROÁN.

Habrá un mes,
Señor, que sueldo me dan
En cas del Conde de Cilia
Por correo.

LADISLAO.

Mi fe empeño
Que has mejorado de dueño.

ROÁN.

Tiene una honrada familia;
Que él no tiene cosa buena.

LADISLAO.

¿Dónde llevas la derrota?

ROÁN.

Que dé esta carta al Despota,
Su suegro, el Conde me ordena.

LADISLAO.

¿Carta al Conde, y con tal prisa?
Sospechas me dan, por Dios.
¿Qué tratan, Roán, los dos?
De lo que pasa me avisa
Y vuélvete á mi servicio.

ROÁN.

Mejor estaba yo acá;
Que esto de á pie, siento ya
Por temerario ejercicio.

Saca una bolsa.

LADISLAO.

Cien escudos hay aquí:
Dame esa carta.

ROÁN.

Es traición.

LADISLAO.

No es si por dicha son
Estas cosas contra mí;
Que tú mi pan has comido,
Y es obligación hidalga
Por que, si es traición, me valga
De este favor que te pido;
Hazme este bien.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ROÁN.

Soy contento:
Judas vendió á su Señor
Por treinta como traidor;
Yo á un traidor vendo por ciento.

LADISLAO.

Vete á mi casa, y allí
Ocho días estarás.

ROÁN.

Serviros quiero, no hay más;
Presto negocié y volví.

Vase Roán.

LADISLAO.

Quiero ver lo que le escribe
Á su suegro este traidor.

Lea.

«Cuando llegue, gran señor,
Á Alba Real, recibe
Al Rey con mucho sosiego;
Que quiero por alegrarte
Dos pelotas enviarte
Para principio de juego,
Porque aquestas dos serán
Las cabezas de Matías
Y Ladislao, que estos días
Solos en Viena están.»
¡Cielos, esto se trataba!
¡Esto pasa, y esto intenta!
¡Oh envidia, fiera sangrienta
Donde la inocencia acaba!
¡Guiado del cielo ha sido
Este papel á mis manos!
Pues no lograréis, tiranos,
La tela que habéis urdido;
Yo sabré guardarme fiero,
Que es remedio singular
Al que trataba matar
Dalle la muerte primero.

Vase, y salen Matías y Rosimunda.

ROSIMUNDA.

El más verdadero amor
Comienza por la piedad,
Porque en mi vida, señor,
Te miré con voluntad,
Ni para hacerte favor;
Mas cuando mi padre fiero
Tu muerte me proponía,
Y este papel lisonjero
Me hizo escribir, y quería
Que fuese mi amor tercero,
Comenzó por la piedad
Á entrarse amor poco á poco
Al alma y la voluntad,
Y lo que él mintió por loco,
Por cuerda hago yo verdad;
Y pues os he descubierto
Que os quieren matar, creed
Que es amor seguro y cierto.

MATÍAS.

Es amor, vida, merced,
Y de mis fortunas puerto;
No me alzaré de este suelo
Sin que las estampas bese
De esos pies.

ROSIMUNDA.

Guárdeos el cielo.

MATÍAS.

El hombre que ingrato os fuese,
Angel en humano velo,
La muerte merecería;
Y aunque mi padre aquel día
Que su bendición me dió
El no jurar me encargó,
Ó cumplirlo si lo hacía,
Hago juramento á Dios,
Si soy algo, de pagaros
Este pensamiento á vos
Con lo más que puedo daros,
Que es con casarnos los dos.
Trágueme la tierra luego,
Máteme el Conde traidor
Dando á una pistola fuego,
Si faltare á tanto amor,
De otro amor interés ciego.

ROSIMUNDA.

Yo quedo tan confiada
Cuanto de vos es razón.

MATÍAS.

Vos seréis mi prenda amada.

ROSIMUNDA.

Matías, esta afición
Bien merece ser pagada;
No os querría detener
Aunque me huelgo de veros.

MATÍAS.

Mi hermano me importa ver;
Que sus enemigos fieros
Ya le querrán emprender.

ROSIMUNDA.

Ya os he contado que ha sido
Lo de aquel papel fingido
Por que yo os entretuviese.
Guárdeos Dios.

MATÍAS.

Aunque les pese,
Para ser vuestro marido.

Vase Matías.

ROSIMUNDA.

Si la mujer es de importancia al hombre,
Díganlo humanas letras y divinas,
El bulto de Micol y las cortinas,
De Sancha el hecho y la prisión que asombre.
A Rosimunda desde agora nombre
La fama entre las Griegas y Latinas,

Pues para sus historias peregrinas
Ganará mi valor inmortal nombre.
Matías, como al Conde de Castilla,
Hoy te libré; no pagues con engaños
Fe que al valor del hombre maravilla.
Mas no son en mujer casos extraños,
Porque, como salió de su costilla,
Siempre pone los hombros á sus daños.

Vase, y salen el Conde y Ladislao.

CONDE.
¿Tú de la iglesia me sacas
Para hablarme?
LADISLAO.
¿Por qué no?
CONDE.
¡Enojado estaba yo;
Harto bien mi enojo aplacas!
LADISLAO.
La iglesia no ha de valer
A quien la obedece mal.
CONDE.
Yo soy católico.
LADISLAO.
Igual,
Ulrico, debes de ser
A los herejes maestros
De tu seta.
CONDE.
Pues, ¿tú á mí?
LADISLAO.
Hoy se han de acabar aquí,
Conde, los agravios nuestros;
A mi padre has pretendido
Matar; mas Dios le ha guardado,
Pues á la edad ha llegado
Que tan necesaria ha sido;
Y ahora quieres, cruel,
Apóstata, hereje fiero,
Matar sus hijos.
CONDE.
¿Qué espero?
LADISLAO.
¿Conoces este papel?
CONDE.
Conozco esta letra mía,
Mas mientes en lo demás.
LADISLAO.
¿Cómo sin honra podrás
Quitarla á quien Dios la envía?
CONDE.
Ya no lo puedo sufrir.

Metan mano, y sale el Capitán y alabarderos.

LADISLAO.
Ni Dios á ti.
CAPITÁN.
¿Qué es aquesto?
GUARDIA.
Ladislao, y Ulrico.
CAPITÁN.
Presto,
Presto.
GUARDIA.
¿A cuál se ha de acudir?
CAPITÁN.
A Ladislao, mis soldados.
GUARDIA.
Pues muera el Conde traidor.
CONDE.
Muerto soy.
CAPITÁN.
Huye, señor.

Sale Matías.

MATÍAS.
Los húngaros, alterados,
Van dando á un hombre la muerte,
¿Es mi hermano, Capitán?
CAPITÁN.
Antes á Ulrico la dan,
Matías, heroico y fuerte.
MATÍAS.
Á librar voy á mi hermano.
CAPITÁN.
Del Rey, señor, le guardad.

Sale el Rey.

REY.
¿Qué esto?
CAPITÁN.
Tu majestad
Hoy se libra de un tirano;
Ulrico tu tío es muerto.
REY.
¿Quién le mató?
CAPITÁN.
Alguna gente
De Ladislao.
REY.
¡Que intente
Tan infame desconcierto
Ese villano á mis ojos!
Muera, matalde.

Sale Jorge.

JORGE.
Si pasa
Esto al umbral de tu casa,
Y con tan justos enojos
Dejas de aqueste linaje
Un hombre vivo, señor,
No creo que tu valor
De reyes húngaros baje;
Mataron de mil heridas
Á tu tío estos villanos.
REY.
¿Qué estos soberbios hermanos
Son de mi sangre homicidas?
Por mi tío han comenzado

Mañana acaban por mí.
¡En qué mal punto nací!
¡El Rey sin reino llamado!
En mantillas fuí cautivo;
Y cuando libre me veo
En el reino que deseo,
Con más enemigos vivo.
Dichoso yo que, aquel día
Que me vi pastor, lo fuera,
Que más seguro viviera
En un monte que en Hungría.
Haceldos, Jorge, prender.

JORGE.

¿Cómo es posible, señor,
Que de su padre el valor,
Los hace honrar y temer?

REY.

Pues ¿qué haré?

JORGE.

Disimular
Para aguardar ocasión.

REY.

Por más disimulación
Quiero partirme al lugar
Donde Huniades fué á ver
Á su mujer.

JORGE.

Bien podrás
Por el Danubio, que irás
En una nave á placer.

REY.

Capitán, apresten luego
Una nave, porque al alba
No he de estar en Nandoralba.

CAPITÁN.

Yo voy.

REY.

¡Á este punto llego!
Viendo voy que son engaños
Mis pensamientos por puntos.
¡Ay, que tantos reinos juntos
No son para pocos años!

Salen Ladislao, Matías y Roán, todos con rodelas.

LADISLAO.

La noche nos favorece.

MATÍAS.

La escuridad es notable;
Dame lugar á que hable
Á quien tan bien lo merece.

LADISLAO.

Mira el peligro en que estamos.

ROÁN.

¿Peligro donde yo voy?

LADISLAO.

Hermano, á fe de quien soy
Que pienso que nos perdamos.

MATÍAS.

¿No dicen que muestra el Rey
Enojo del muerto Conde,
Viendo que el vulgo responde
Que muere con justa ley?
Antes está agradecido,
Que era su tío un tirano;
Sola esta merced, hermano,
Te pido si te he servido.

ROÁN.

Déjale, señor, hablar.
¿No estoy yo aquí? ¿Qué teméis?

LADISLAO.

¡Plega á Dios que no intentéis
Lo que no podáis llorar!

MATÍAS.

Guarda, Roán, esa esquina;
Tú, Ladislao, ésa toma;
Que ya por su cielo asoma
Aquella estrella divina:
Mal dije, aun el sol es poco.

En lo alto Rosimunda.

ROSIMUNDA.

¿Es Matías?

MATÍAS.

¿Sabes ya
Que Ulrico es muerto?

ROSIMUNDA.

Aquí está
Jorge volviéndose loco;
Pero vase con el Rey
Por el Danubio en secreto.

MATÍAS.

Ello tuvo alegre efeto;
Y pues reserva la ley
De castigo á las mujeres
Que sus maridos encubren
Mientras su pecho descubren
Al Rey, y tu padre, ¿quieres
Guardarme contigo, esposa?

ROSIMUNDA.

Yo lo hiciera, dulce amigo;
Pero casa de enemigo
Paréceme sospechosa.
Si en el alma estar pudieras,
Donde por mi amor estás,
No dudes de que jamás
Visto de traidores fueras:
Mejor es de mi consejo
Que con vuestra madre os vais.

LADISLAO.

Despacio, por Dios, estáis;
Señora, de ti me quejo.

ROSIMUNDA.

¡Ay, Ladislao, que el amor
No sabe temer la muerte!

LADISLAO.

Ya sé en el grado que es fuerte;
Pero la vida es mejor
Para que os podáis gozar.

ROSIMUNDA.

Gran gente siento y ruido.

LADISLAO.
Sin duda que te han venido
Á su ventana á buscar.
MATÍAS.
¡Mi bien, por quien muero y vivo,
Présteme el cielo paciencia,
Pues estoy para esta ausencia
Puesto ya el pie en el estribo;
Que en pensar que no he de verte
No partiré, moriré!
ROSIMUNDA.
Y yo, ¿cómo quedaré
Con las ansias de la muerte?
MATÍAS.
Mayor, mi bien, la recibo
En pensar que tengo de ir
Donde no pueda decir:
¡Señora, aquesta te escribo!
LADISLAO.
¿Agora en requiebros locos
Tentáis el cielo?
ROSIMUNDA.
¡Ay, Matías,
Que para las ansias mías
Son tus sentimientos pocos!
De verte y vivir me privo.
MATÍAS.
¿Qué indicio quieres más cierto
De que vuelva á verte muerto,
Pues partir no puedo vivo?
ROSIMUNDA.
Qué, ¿lo sientes de esa suerte?
MATÍAS.
No pienso que he de vivir
Para poderme partir,
Cuanto más volver á verte.

Vanse, y salen Segismundo y el conde Palatino.

PALATINO.
Acosta, acosta: pon presto
La plancha.
SEGISMUNDO.
Ya de la barca
El mozo Rey desembarca
Gallardo, aunque descompuesto.
PALATINO.
¡Qué hermoso cabello cría!
SEGISMUNDO.
Casi hasta el hombro le llega.

Salen el Rey y Jorge.

REY.
Toda la vida navega
Quien ha navegado un día.
JORGE.
Si tal es su brevedad,
Un día es todo el camino.
PALATINO.
Déle al conde Palatino
Los pies vuestra Majestad.
Que aquí le he venido á ver
Por que no entienda que doy,
Puesto que su suegro soy
Y es mi hija su mujer,
Al homicida de Ulrico
Favor en esta ocasión.
REY.
Conde, ya esas cosas son
Pasadas; ya más me aplico
Á la piedad, como quien
Fué preso desde la cuna;
Que aun pienso que la fortuna
No sabe tratarme bien.
SEGISMUNDO.
Á Segismundo, señor,
Dad las manos.
REY.
¡Oh, pariente!
SEGISMUNDO.
Vuestra vida el cielo aumente,
Y llegue vuestro valer
Á ser igual con los reyes,
Vuestros abuelos divinos,
Que fueron del nombre dignos
De santos por santas leyes.
REY.
¿Qué gente es ésta enlutada?
PALATINO.
La mujer de Juan Huniades.
REY.
¿Luto?
PALATINO.
Pues vos, ¿no sabiades
Su tragedia desdichada?
Sabed, señor, que ya es muerto.
REY.
¿Muerto Huniades?
SEGISMUNDO.
Señor,
Hoy hizo fin su valor
Y llegó su vida al puerto;
Ya se acabó el Capitán
De más honras y memorias
Que las antiguas historias
Ni las modernas tendrán.

Sale Isabela con luto, y gente que la acompañe.

ISABELA.
Aunque para enternecerme
Veros bastaba, señor,
Aumentándome el dolor
En tantas desdichas verme,
El ver que os han ofendido
Mis hijos es de tal suerte,
Que os vengo á pedir su muerte,
Mi muerte, señor, os pido.
Porque la suya y la mía
Sola una muerte han de ser.
REY.
¡Oh, valerosa mujer

Del gran defensor de Hungría!
¡Oh, matrona, que, á la par
De las Griegas y Romanas,
Tus virtudes soberanas
Son dignas de celebrar!
Césares y Cipiones,
Alejandros, Pirros, Darios,
Trajanos y Belisarios,
Y otros ínclitos varones,
Así como no igualaron
Á Huniades en poder,
Á tan heroica mujer
Todos atrás se quedaron.
Pésame, porque perdí
Padre, amparo y protector,
Hungría su defensor,
Y el Rey que reinó por mí.
¿Dónde tus hijos están?

ISABELA.

Señor, están recogidos.

REY.

¿Pues de mí han de estar huídos
Hijos de tal capitán?
¿No basta para abonar
Mayores culpas su padre,
Y el ver á su honrada madre?

ISABELA.

Los pies os vuelvo á besar.
No fué vana la esperanza,
Gran señor, que tuve en vos.
Mil años os guarde Dios;
Mas si la desconfianza
Es tan hija del amor,
Y amor de madre es tan grande,
Vuestra Majestad me mande
Asegurar del temor
Que si los servicios hechos
De Huniades tales son
Que merecen su perdón,
Vendrán á postrar sus pechos.

REY.

Digo que yo los perdono;
Haced que vengan á verme.

ISABELA.

No deja amor atreverme,
Aunque es tan grande el abono.

PALATINO.

Fiad, señora Isabela,
De la palabra Real.

ISABELA.

Soy mujer medrosa al mal.

SEGISMUNDO.

¿Del Rey presumís cantala?

ISABELA.

No presumo, Segismundo;
Mas digo que soy mujer,
Cuya pena fué el temer
Desde el principio del mundo.

REY.

¿Tengo de dar por escrito
Que ya no estoy enojado?

ISABELA.

Como vos lo hayáis jurado,
Á Dios, señor, lo remito.

REY.

Por el alto sacramento
De la santa Eucaristía
Juro, ó que no goce á Hungría
Desde el castigo un momento
Si los tocare en un pelo;
Decid que á la corte voy,
Que vayan adonde estoy.

ISABELA.

Aumente esa vida el cielo.

REY.

Yo me parto, y tan contento
De haberos visto, señora,
Cuanto lo veréis agora
Después de mi juramento.
Añado á vuestros Estados
Esta villa y puerto, y quiero
Que os acuda el Tesorero
Con cincuenta mil ducados.
Á vuestras mujeres den
Á mil, y á esotros criados
A quinientos.

ISABELA.

Los pasados
Reyes imitáis tan bien
Que los dejáis inferiores.

REY.

Adiós, Isabela, adiós.

ISABELA.

Él vaya, mi Rey, con vos.

PALATINO.

Adiós, Condesa.

ISABELA.

Señores,
Mis hijos os encomiendo.

Sale Ladislao y Matías.

SEGISMUNDO.

No basta que el Rey juró.

MATÍAS.

¿Fuése el Rey?

ISABELA.

Ya se partió.
Aquí le estoy bendiciendo.
Fuera de vuestro perdón,
Me ha dado esta villa y puerto.

LADISLAO.

¿Cierto, mi señora?

ISABELA.

Cierto.
Sin las mercedes, que son
De más de cien mil ducados
De valor, con lo que yo
Tengo de haber, y que dió
Á mujeres y criados.

MATÍAS.

Ladislao, ¿no fué verdad

Lo que siempre te decía?

LADISLAO.

¿Luego es temor?

MATÍAS.

Ser podría.

LADISLAO.

Más es liberalidad
Y forzosa obligación
Que tuvo al Conde mi padre.

ISABELA.

Hijos, yo soy vuestra madre;
Y aunque el Rey os dió perdón
Con tan grave juramento
Al santo Pan del altar,
Un consejo os quiero dar
Que antes de hacer testamento
Vuestro padre me mandó
Que os dijese.

LADISLAO.

¿Y cuál, señora?

ISABELA.

Y éste os viene bien agora
Supuesto que el Rey juró.
No vais juntos á la corte;
Vaya el uno, que el valor
Del que queda hará temor
Para que el Rey se reporte.
Nunca estéis juntos los dos:
Siempre el uno esté en su tierra
Prevenido para guerra,
Y con esto guárdeos Dios.

Vase.

LADISLAO.

Él os dé tan larga vida
Cuanto habemos menester.

MATÍAS.

¿Qué es lo que pensáis hacer?

LADISLAO.

Apercebir mi partida.

MATÍAS.

¿Que yo vaya no es mejor?

LADISLAO.

No, hermano; que á cualquier cosa
Es mi persona forzosa,
Fuera de ser el mayor.

MATÍAS.

¡Ay, Ladislao, por Dios vivo
Que de mi amor no te olvides,
Porque, si con él te mides,
Ya sabes que es excesivo,
Y que no sólo seré
Mayor que tú, mas que el mundo!

LADISLAO.

Si el Rey juró, ¿en qué me fundo
Que no ha de guardar la fe?
Vamos, Matías, los dos,
Que á los dos nos temerán.

MATÍAS.

Bien dices, que no osarán
Mirarnos.

LADISLAO.

Líbrenos Dios.

Sale el Rey, Jorge, conde Palatino y Segismundo.

PALATINO.

Paréceme que, ya que estos conciertos
Se han firmado, señor, no se dilaten.

REY.

Pienso que acierto en este casamiento.

JORGE.

Es Carlos, Rey de Francia agora el sétimo,
Un gran señor, bien quisto en todo el mundo.
Su hija, la más bella que el sol mira
Desde las puertas donde sale á Europa
Hasta la mar en que se va por África.
Por ella envía; que tus reinos todos
Sólo desean este alegre día.

REY.

Vayan doscientos nobles de Bohemia,
Otros doscientos de Austria, y otro tantos
De Hungría, con la Casa más espléndida
Que se contó de Príncipe en el mundo.

SEGISMUNDO.

Bien es que á tu prisión, á tus fortunas
Sucedan cosas prósperas.

Sale Ladislao y Matías.

MATÍAS.

Ten ánimo.

LADISLAO.

Dadnos, señor, los pies.

REY.

¿Quién me los pide?

LADISLAO.

Ladislao y Matías, tus criados.

REY.

Yo no tengo criados homicidas,
Ni doy mis pies á bárbaros traidores.

Vase el Rey, y todos tras él.

MATÍAS.

¡Traidores, gran señor, dos hombres, hijos
De quien te defendió diez y seis años
El reino de Amurates, y á quien debes
Estar en el lugar donde nos niegas
Los pies!

LADISLAO.

No te lamentes de esa suerte,
Que mi suegro traidor nos ha vendido,
Y Jorge por su parte; porque creo
Que, aun muerto, le da envidia nuestro padre;
Salgamos de Palacio á toda prisa,
Y en nuestra tierra nos hagamos fuertes.

MATÍAS.

Bien dices; caminemos.

LADISLAO.

¿Por adónde?

Lleguen á las puertas, cada uno por la suya, y vuelvan atrás.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MATÍAS.
Las puertas ¡vive Dios! están tomadas.
LADISLAO.
En entrando, Matías, las cerraron,
Que yo sentí los golpes y las guardas.
MATÍAS.
Un capitán y seis arcabuceros
Vienen aquí.

Sale un Capitán y guardia.

CAPITÁN.
Calad los arcabuces.
LADISLAO.
¿Es morir, Capitán?
CAPITÁN.
No, caballeros.
MATÍAS.
¿Pues qué?
CAPITÁN.
Prisión no más.
LADISLAO.
¿Y vamos juntos?
CAPITÁN.
Á diferentes torres el Rey manda
Que os lleve.
MATÍAS.
Obedecer al Rey es justo.
CAPITÁN.
Caminad por aquí.
LADISLAO.
Bien lo merece
Quien no toma el consejo de sus padres.
MATÍAS.
¡Ay, Rosimunda, el alma me decía
Que vivo, si el partir era mi muerte,
Era imposible que volviese á verte!

Vanse, y sale Rosimunda.

ROSIMUNDA.
¡Ansias y congojas mías,
Qué poco poder tenéis,
Pues que tantas no podéis
Traer al fin de mis días!
Bastaba la injusta ausencia
Que me causa tal dolor,
Sin que en sueños el temor
Quite al alma la paciencia.
Soñaba que me sacaba
Un coronado león,
Con la mano, el corazón
En que Matías guardaba,
Aunque después muchas aves
Me lo intentaban poner.
Que siendo al amanecer,
Me dió pesadumbres graves.
¡Triste de mí! Ningún bien
Me promete mi temor.

Sale Felicia, criada.

FELICIA.
¿Hay más notable rigor?
ROSIMUNDA.
Tú, amiga, ¿lloras también?
FELICIA.
Vinieron los dos hermanos,
Ladislao y tu Matías,
Seguros.
ROSIMUNDA.
¡Ay, penas mías!
FELICIA.
Á besar al Rey las manos
Debajo de juramento,
Y prendiólos el cruel.
ROSIMUNDA.
¡Los cielos me venguen de él!
FELICIA.
Guarda para más tormento,
Si eres servida, el dolor.
ROSIMUNDA.
¿Qué mayor que sus prisiones?
FELICIA.
Que con públicos pregones
En que le llaman traidor,
Á Ladislao ha cortado,
En la plaza de palacio,
La cabeza.
ROSIMUNDA.
Algún espacio
De vida á mi muerte has dado.
¿Y mi Matías?
FELICIA.
Espera
Lo mismo.
ROSIMUNDA.
¿Cuándo?
FELICIA.
Mañana.
ROSIMUNDA.
¿Hay pena más inhumana,
Más insufrible, más fiera?
Dame papel.
FELICIA.
¿Para qué?
ROSIMUNDA.
Quiérole al Rey escribir.
FELICIA.
¿De qué te puede servir?
ROSIMUNDA.
¡Ay mi Felicia, no sé!
Pero ven, que por ventura,
Si mi desdicha declaro,
Tendrá su vida reparo.
FELICIA.
¡Qué dolor!
ROSIMUNDA.
¡Qué desventura!

Sale el Rey, Jorge, Palatino y Segismundo.

JORGE.
Ya, señor, se ejecutó.
REY.
Fué justo, y está bien hecho.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PALATINO.
Alzad el paño.
REY.
Mi pecho
Su infame sangre templó.

Descubran un paño, y en él la cabeza de Ladislao puesta en el plato, como se suele hacer.

REY.
¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
PALATINO.
Su cabeza, gran señor.
REY.
¿Su cabeza?
SEGISMUNDO.
¿Qué temor?
PALATINO.
Que está arrepentido creo.
SEGISMUNDO.
¿Qué tienes, señor, que allí
No hay más del plato y cabeza
De Ladislao?
REY.
¡Qué fiereza!
¡Qué gigante contra mí
Tiene desnuda una espada
Sobre el cadahalso puesto!
Cerrad, Conde, cerrad presto.
PALATINO.
¿Véislo vos?
SEGISMUNDO.
No he visto nada.
JORGE.
Señor, como sois mancebo,
Póneos el temor delante
Ese espantable gigante.
REY.
Ya vuestra justicia pruebo;
Ya, Señor, mostráis en mí,
Como al Rey mi antecesor,
Que no he guardado, Señor,
Lo que á Isabel prometí.
Herejes sacramentarios
Andan agora en Hungría,
Á quien Roquezana guía
Y otros enemigos varios.
Y como yo, que soy Rey,
Juré el Sacramento santo
Que debiera estimar tanto,
Matáisme por justa ley.
Porque cuando el Sacramento
Un Rey católico debe
Ensalzar tanto, y se atreve
A quebrar su juramento,
Bien es que muera, Señor.
Rey toda mi vida fuí
Sin reino; y cuando me vi
Con él y con tanto honor,
No supe estimar el bien,
Ni agradecérosle á Vos;
De los Reyes reina Dios,
Y así es bien que gloria os den.
Muera el Rey que no os la dió,
Y así os ruego, pues podéis,
Que mejor me perdonéis
Que á mis enemigos yo.
PALATINO.
¿Expiró?
SEGISMUNDO.
Pienso que sí.
JORGE.
Malogrado Rey que en flor
Lleva la muerte.
PALATINO.
¡Dolor
Tan grande en mi vida vi!
JORGE.
Llevalde vos, Palatino,
A su cama, y sosegad,
Segismundo, la ciudad.

Meten al Rey.

SEGISMUNDO.
Su esposa vendrá camino
Pensando hallar alegrías;
Tristes exequias verá.
JORGE.
El mundo estas vueltas da,
Y no va mal en las mías.
Capitán.
CAPITÁN.
Señor.
JORGE.
Ya veis
Que ningún hombre ha quedado
De mis prendas, de mi estado,
Á quien obediencia deis.
No digo que es mi intención
Alzarme por rey de Hungría;
Pero que este mesmo día
De rey hagáis elección.
Nobles y ejército luego
En una sala juntad;
Rey que os gobierne nombrad
Antes que se encienda el fuego
Y acudan los pretensores;
Y porque no hay ya quien trate
De que Matías se mate
Aunque lo pidan traidores,
Sabed que tengo pensado
Del rescate aprovecharme
De su prisión.
CAPITÁN.
Con mandarme,
Gran señor, me has obligado.
JORGE.
Cien mil ducados y más
Pienso á su madre pedir.
CAPITÁN.
Sí, pero puédese ir

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Mientras ocupado estás
En esta nueva elección.

JORGE.

Pues ponle una gran cadena,
Y á mi casa luego ordena,
Con gente de guarnición,
Que le lleven, por que el vulgo,
Viéndole, no se levante.

CAPITÁN.

Voyte á servir.

JORGE.

Sí, adelante;
Mis pensamientos divulgo.
Yo sé que saldré mejor
Que publicándose ahora;
Que Hungría en el muerto adora
Y es bien que temple el dolor.

Vanse, y salen Rosimunda y Felicia.

ROSIMUNDA.

Todo me sucede mal;
Porque, cuando al Rey cruel
Quisieron darle el papel,
Dicen que estaba mortal.
Toda la ciudad se altera
Sobre quién ha de reinar.
¡Oh, si esto diese lugar
Á que Matías no muera!
Que me está diciendo amor
Que tema mi desventura.

FELICIA.

No es amor el que procura
Ponerte tanto temor;
Que, aunque amor suele temer,
Él mismo suele animar.
Sólo el curso del pesar
Te va escondiendo el placer.
Advierte que haberse muerto
El Rey dió vida á Matías.

ROSIMUNDA.

¡Oh, si las desdichas mías
Con mi muerte hallasen puerto!

FELICIA.

Gente suena y gran ruido.

ROSIMUNDA.

En casa, ¿quién puede ser?

FELICIA.

Nuevas deben de traer
De que es tu padre elegido.

Sale un Capitán y soldados con arcabuces; Matías con una cadena.

CAPITÁN.

Aquí os manda poner, señor Matías.

MATÍAS.

Agradecelde á Jorge Pogebracio,
Capitán, de mi parte estas mercedes.

CAPITÁN.

¡Hola! Vosotros á esa puerta luego
Os poned con las cuerdas encendidas:
Vos, señora, advertid que sois alcaide
De aqueste preso.

ROSIMUNDA.

Y lo seré de suerte
Que no salga de casa hasta la muerte.

Vanse el Capitán y los soldados.

MATÍAS.

¡Rosimunda de mi vida!

ROSIMUNDA.

¡Matías de aquestos ojos!

MATÍAS.

Alcaide de los despojos
Del alma á vos ofrecida.

ROSIMUNDA.

¡Preso mío, en quien se funda
El bien de mi libertad!

MATÍAS.

La mano y brazos me dad,
Bellísima Rosimunda;
Que ya no es ésta prisión,
Pues que mi alcaide os han hecho.

ROSIMUNDA.

Pues yo más preso os sospecho.

MATÍAS.

Es verdad, del corazón.

Sale Jorge.

JORGE.

No quiero entrar en vuestras elecciones
Si pasión os obliga á tomar armas.

ROSIMUNDA.

¿Qué es esto, mi señor?

MATÍAS.

Señor, ¿qué es esto?

JORGE.

Matías, yo no pienso que ha criado
El cielo algunos bárbaros tan locos.

MATÍAS.

¿Están en la elección de Rey de Hungría?

JORGE.

Carlos, el Rey de Francia, la pretende,
Y Guillermo, Gran Duque de Sajonia;
Pues Federico, Emperador, ya piensa
Que la corona en la cabeza tiene.
Pues ¿qué dirás también del Casimiro,
Rey de Polonia? Alberto y Segismundo
Quieren llamarse con las armas reyes,
Obispos y Arzobispos los conciertan,
Mas no hay remedio de concierto alguno.
¡Hola! dadme á comer, y allá se maten.

MATÍAS.

¿Dásme licencia que á tu mesa sirva?

JORGE.

No trato yo tan mal, Matías, los huéspedes;
Que huésped eres tú, puesto que preso.
Conmigo comerás y con mi hija.

MATÍAS.

Vivas mil años.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

JORGE.

¡Ah, soldados! presto,
Que es día de comer con poco espacio.

Los soldados saquen la mesa.

Siéntate aquí, y de esta parte
Tomará mi hija asiento;
Que la cabecera, en fin,
Siempre se la toma el dueño.

MATÍAS.

A un preso todo lugar
Le sobra, que al fin es preso:
Enfrente estoy de tus ojos;
No es tal lugar el imperio.

ROSIMUNDA.

Señor, el preso está triste;
Cántenle mientras comemos.

JORGE.

Canten, que es mucha razón.

MATÍAS.

Esta no es prisión, es cielo.

Canten los músicos.

Entre las penas de amor,
Algunos dicen que celos
Es la pensión de su gusto
Que el alma paga por censo:
A la ausencia llaman otros
Martirio de sufrimiento;
A los desdenes porfía,
Y á los desengaños fuego:
Todos los males, en fin,
Ya que no tengan remedio,
Pueden tener esperanza
En las mudanzas del tiempo.
Mas ¡ay del preso
Que entre memorias tristes pierde el seso!

Mientras esto se canta, éntre el Capitán, déle un papel á Jorge, y él le está leyendo y le vuelva á cerrar.

JORGE.

Toma de esto por mi vida:
Espera, muda de asiento;
Siéntate donde yo estoy.

MATÍAS.

¡Triste de mí, yo soy muerto!

JORGE.

Hijo, toma este lugar.

MATÍAS.

Ese papel es que luego
Me corten el cuello. ¡Ay ojos,
Esta vez sin duda os pierdo!

JORGE.

Hijo, come. ¡Hola! cantad;
¡Haya alegría y contento!
¡Regálale, Rosimunda!

ROSIMUNDA.

¿Que le regale? ¿Qué es esto?

MÚSICOS.

Mas ¡ay del preso
Que entre memorias tristes pierde el seso!

MATÍAS.

Señor, si verdad os digo,
Ni comer ni beber puedo;
Temblando estoy del papel
Que de palacio os trujeron.
Si no le leo, señor,
Mi señor, si no le leo,
No he de comer más bocado.

JORGE.

Matías, si te lo muestro,
¿Qué albricias me piensas dar?

MATÍAS.

¿Albricias? Si algunas tengo
De libertad, yo las doy.

JORGE.

Pues escúchalas, que quiero.
Dame palabra, Matías,
De que has de casarte luego
Con Rosimunda, y verás
De este papel el suceso.

Levántense.

MATÍAS.

Digo que la doy mil veces.

JORGE.

Pues lee.

MATÍAS.

Temblando leo.
¡Ay, papel, eres mi muerte!
¿Tienes mi cuchillo dentro?
Pero, pues éste me casa
Con su hija, ¿por qué temo?

Lea.

«Todos los nobles de Hungría,
Aunque con votos diversos,
Se encerraron á tratar
La elección.» ¿Qué es esto, cielos?
«Y aunque por ti daban voces
Los del Austria y los bohemios,
Los húngaros con las armas
Prevalecieron, é hicieron.....»
¿Qué hicieron, cielos sagrados?
¡Muero, vivo, abraso, tiemblo!
«Hicieron Rey á Matías.»

JORGE.

Los pies te beso el primero.

ROSIMUNDA.

Yo la segunda.

MATÍAS.

Eso no;
Mi esposa sois, vos mi suegro.

Dentro.

PALATINO.

¡Abrid las puertas, villanos!

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ROSIMUNDA.
Estos son nobles y pueblo
Que vienen por ti, Matías.
JORGE.
Soldados, abrildes presto.
PALATINO.
Si no quisieren abrir,
Echad la puerta en el suelo.
JORGE.
Ea, señores, entrad.

Sale el Conde y Segismundo, y todos.

PALATINO.
¿Dónde está el Rey?
MATÍAS.
¿Rey y preso?
PALATINO.
Esa cadena, señor,
Será para nuestros cuellos.
La suerte cayó en Matías,
Tú eres Rey.
MATÍAS.
¡Gracias al cielo!
Besad la mano á mi esposa.
SEGISMUNDO.
Por Reina la obedecemos.
PALATINO.
Húngaros, ¡viva Matías!
MATÍAS.
Aquí acabó el *Rey sin reino*.

FIN.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL GRAN DUQUE DE MOSCOVIA

Y EMPERADOR PERSEGUIDO.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL GRAN DUQUE DE MOSCOVIA

Y EMPERADOR PERSEGUIDO

PERSONAS

BASILIO, *Gran Duque de Moscovia.*
TEODORO. } *Sus hijos.*
JUAN. }
DEMETRIO, *hijo de Teodoro.*
CRISTINA, *mujer de Teodoro.*
ISABELA, *mujer de Juan.*
BORIS.
OROFRISA, *su mujer.*
EL REY DE POLONIA.
EL CONDE PALATINO.
MARGARITA, *su hija.*
LAMBERTO, *caballero.*
TIBALDA, *su mujer.*
CÉSAR, *su hijo, niño.*
LISENA, *dama.*
RUFINO, *español.*
RODULFO. }
CONRADO. }
AUGUSTO. } *Caballeros.*
TIANO. }
SEVERIO. }
ELIANO. } *Caballeros.*
ALBAÍNO. }
EL DUQUE DE ARNIES.
FINEA.
UN PRIOR.
UN MAESTRO DE NOVICIOS.
BELARDO. }
FEBO. } *Villanos.*
LUCINDA. }
UN SASTRE.
UN ASTRÓLOGO.
UN CAPITÁN.
UN VEEDOR.
UN MAESTRESALA.
UN CAMARERO.
DOS PAJES.
CABALLEROS.
SEGADORES.
GUARDAS.
CRIADOS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

Basilio, Teodoro, el niño Demetrio y Conrado.

BASILIO.

Monstruo de naturaleza,
Hijo en mal punto engendrado,
Indigno de la grandeza
De mi generoso estado;
Vil, fabulosa cabeza,
A la que miraba igual
Aquel astuto animal
Que de verla se espantaba,
Viendo que sin seso estaba
La belleza natural;
Hombre falto é ignorante,
Rudo, villano, grosero,
Á una estatua semejante,
Más que los bárbaros fiero
Que habitan el moro Atlante.....

TEODORO.

Señor.....

BASILIO.

Esa boca tapa,
¡Infame, medio mujer!
¿Tan vil razón se te escapa?
¿Ansí se ha de responder
A un Embajador del Papa?

TEODORO.

¿Pues sé yo quien es?

BASILIO.

¿No sabes
Que es el que tiene las llaves
De Pedro, y Pedro de Cristo?

TEODORO.

Cuando yo le hubiera visto.....

BASILIO.

Pero ¿quién en cosas graves
Mete á un hombre sin razón
Y discurso natural?

TEODORO.

Señor, tú tienes pasión.....
Todo te parece mal.....
Celos de mi hermano son.
Pues cierto que soy discreto,
Y que dicen por ahí
Que sé más que tú.

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BASILIO.
En efeto,
Yo te engendré.
TEODORO.
¿Y yo salí
De ti con tan mal conceto?
BASILIO.
¿Qué sierpe de libio monte,
¡Cielo! qué asirio elefante,
Cuál indio rinoceronte,
Ó qué monstruo semejante
A los que abrasó Faetonte,
Vi pintado en mi aposento
La noche que te engendré?
TEODORO.
Calla ya, que hablas á tiento;
Que ningún monstruo se ve
Mayor que el mismo contento.
Tú has sembrado en tu ducado,
Por lo que quieres á Juan,
Que soy yo tonto.
BASILIO.
Admirado
Los sentidos que le dan (1)
Me dejan ¡por Dios! Conrado.
Mira lo que dijo: advierte
Si sentencia puede haber
Tan alta.
CONRADO.
Es razón muy fuerte,
Que es gozar una mujer
Monstruo que el alma divierte.
No le apremies, pues que sabes
Que estos intervalos tiene.
TEODORO.
Si no hablo palabras graves
Como á un Príncipe conviene.....
Tú tienes urcas y naves;
Envíame á Roma luego,
Pediré al Papa perdón.
EL NIÑO DEMETRIO.
Señor, humilde te ruego
Que no le des ocasión
A mayor desasosiego.
Acepta, si he merecido
Tu gracia por ser tu nieto.
BASILIO.
Si por ti no hubiera sido,
Demetrio, que tan discreto
Has de una bestia nacido,
Sospecho que le encerrara
Donde ninguno le viera.
DEMETRIO.
Abuelo y señor, repara
En que la celeste esfera
Nunca el movimiento pára.
Ella en las causas segundas
Infunde este bien ó mal.

(1) *Las ideas, los pensamientos* que se le ocurren. *(Nota de D. Juan E. Hartzenbusch.)*

BASILIO.
Muy bien su disculpa fundas.
DEMETRIO.
Y ¿qué más clara señal,
Para que tu error confundas,
Que ver que de ti, en efeto,
Padre tan sabio y discreto,
Naciese un hijo ignorante,
Y de un hijo semejante
Venga á nacer este nieto?
BASILIO.
Deso entiendo que los cielos
Dan, Demetrio, á los abuelos
Parte en la generación
De los nietos.
DEMETRIO.
Ramas son
De sus troncos.
TEODORO.
Todo es celos,
Todo es querer dar á Juan,
Tu hijo, aqueste ducado.
Pues tus ojos no verán
Ese tu Juan coronado,
En quien tan puestos están;
Que yo pediré favor
Al Papa, al Emperador
Y á los Príncipes cristianos.
BASILIO.
Si no pongo en ti las manos,
Es por ver.....
DEMETRIO.
¡Señor!.....
CONRADO.
¡Señor!.....
TEODORO.
Tú, ¿qué me puedes hacer?
Dame, padre, á mi mujer:
Seremos frailes los dos;
Que quiero servir á Dios,
Que es Rey de mayor poder.
BASILIO.
¡Tu mujer fraile contigo,
Animal!
TEODORO.
Pues ¿por qué no?
BASILIO.
Yo me voy, Conrado amigo.
¡Qué hijo el cielo me dió
Para mi afrenta y castigo!
Según la cólera mía,
Temo que aqueste bastón (1)
Le ha de dar la muerte un día.
CONRADO.
Nunca, señor, la razón
Con la ignorancia porfía.
Juan te queda, aunque menor,

(1) Este bastón traen los Duques de Moscovia por cetro. (*Nota de la edición de 1617.*)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Para que herede tu estado,
Y á quien tienes tanto amor.

BASILIO.

Ese remedio me ha dado
Consuelo en tanto dolor.

Vase.

CONRADO.

No tienes razón, Teodoro,
De hablar á tu padre ansí.

TEODORO.

¿En qué le pierdo el decoro?
¿Tiranizo para mí
Sus reinos y su tesoro?
Si para tal monarquía
No tengo capacidad,
No ha sido la culpa mía.

DEMETRIO.

La virtud en esta edad
Es corta sabiduría.

TEODORO.

¡Vive Dios, que si me hace
Que me vaya por el mundo!.....

DEMETRIO.

Dios da el sér; si Dios no hace,
Ó el instrumento segundo,
No tiene culpa el que nace.
Padre mío y mi señor,
Dejad agora el furor.

TEODORO.

Hijo, ¿qué quieres que quiera?
¡Ah! ¡Nunca yo te pariera
Para ver tanto dolor!

DEMETRIO.

Engendrado fuí de ti,
Que no has de decir parido.

TEODORO.

¿Engendrado?

DEMETRIO.

Señor, sí.

TEODORO.

¡Ved el mundo á qué ha venido,
Y ved quién me enseña á mí!
Entre parir y engendrar,
¿Hay alguna diferencia?

Augusto.

AUGUSTO.

¿Qué caballo han de sacar?

TEODORO.

¡Qué graciosa impertinencia!
¡Qué enfadoso preguntar!
Cualquiera me lleva bien;
Saca cualquiera.

DEMETRIO.

Señor,
Di que el castaño te den,
Que hay gustos en la color,
Y bueno y malo también.

TEODORO.

Si la elección muestra el gusto,
Y el gusto el entendimiento,
Saca el castaño, que gusto
Del castaño.

AUGUSTO.

Mucho siento
Que esté enfermo.

TEODORO.

¡Cómo, Augusto!

AUGUSTO.

Que ese caballo, señor,
Está enfermo.

TEODORO.

Pues ¿qué esperas
Que no llamas un doctor?

AUGUSTO.

¿Doctor?

TEODORO.

Pues ¿de qué te alteras?
Dios, que es soberano Autor
De la noche, el sol y el día,
¿No cría al hombre?

AUGUSTO.

Sí cría.

TEODORO.

Pues también cría al caballo,
Y ansí es menester curallo.

CONRADO.

¡Notable filosofía!

DEMETRIO.

¿Tú no ves que la excelencia
Del hombre es por diferencia
Del ánima racional?

TEODORO.

Darle ración será igual
Irracional preeminencia.

Suena dentro ruido de perros.

¿Qué es eso?

CONRADO.

Los perros son,
Que ladran.

TEODORO.

¿Por qué razón?

CONRADO.

A quien los cura (1) maldicen.

TEODORO.

Id vos á ver lo que dicen.

CONRADO.

¿Yo?

TEODORO.

Vos.

CONRADO.

Pedirán ración.

Vase.

(1) Cuida.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEODORO.

Dirigiéndose á los perros.

¿Sois en lisonja primeros
Y no coméis? Eso es más
Que no el correr tan ligeros,
Porque en palacio jamás
Han faltado lisonjeros (1).

AUGUSTO.

Cosas dice que me admiran.

CONRADO.

Aquí está el sastre.

Un sastre.

TEODORO.

¡Oh maestro!
Siéntate aquí.

CONRADO.

Señor, mira.....

TEODORO.

Callad; todo el trato nuestro
Es arrogancia y mentira.
¿Quién viste á un toro del cuero,
De escama al pez, pluma al ave,
Para su curso ligero!

SASTRE.

Naturaleza, que sabe.....
Y ella fué el sastre primero.

TEODORO.

Pues si tiene tanto nombre
Quien viste con tal primor
Un animal, no os asombre
Que le merezca mejor
El sastre que viste al hombre.
Siéntate.

SASTRE.

Señor, yo estoy
Como debo estar.

TEODORO.

Querría,
Pues harta seda te doy,
Vestir por la traza mía
Esto que en el mundo soy.

SASTRE.

¿Qué traza tienes pensada?

TEODORO.

Una vestidura holgada
Que ni me ciña ni apriete,
Ni á nueva ley me sujete,
Pues fué la antigua extremada.
Cuantos habemos nacido,
Del cuerpo esclavos nos llaman
Con la comida ó vestido;
Unos más que otros le aman,
Pero todos le han seguido.
Y pues yo le he de seguir
Y desnudar y vestir,
No me hagas calza ó jubón
Que me apriete el corazón
Y no me deje vivir;
Hazme, si me has entendido,
Una ropa de una pieza,
Que sin paje ni rüido
Se me éntre por la cabeza
Y quede todo vestido.
Basta el dormir y el comer,
Sin que el vestir venga á ser
El que también se nos lleve
La mitad del tiempo breve
Que pasa y no ha de volver.

CONRADO.

Mucho que decir dirás;
Nunca tal error dijiste.

TEODORO.

Conrado, engañado estás;
Que como el señor se viste
Se vestirán los demás.
Ven, sastre amigo, que quiero
Darte la traza á mi gusto.

Vanse Teodoro y el sastre.

DEMETRIO.

Mientras que más considero
Á mi padre, amigo Augusto,
Menos su remedio espero;
Peor está cada día.

AUGUSTO.

Esto es cosa sin remedio.

CONRADO.

Tu madre viene.

Cristina y Lamberto.

LAMBERTO.

Sería
Un justo y honesto medio,
Pues tanto el Duque porfía;
Mas no sé yo si seré
Tal que le enseñe y dotrine.

CRISTINA.

Justa mi esperanza fué
Por que á la virtud se incline,
Que en tus costumbres se ve.

LAMBERTO.

Aquí está Demetrio.

CRISTINA.

Quiero
Hablarle á solas.

LAMBERTO.

Y es justo,
Porque, si tu suegro fiero
Lo sabe, en mayor disgusto
Te ha de poner que el primero.

CRISTINA.

Conrado, Augusto.....

(1) Querrá decir: En palacio jamás faltan lisonjeros que coman *bien á costa del Príncipe. (Nota de Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONRADO.

¡Señora!.....

CRISTINA.

Despejad la cuadra.

AUGUSTO.

El cielo
Te guarde.

Vanse Conrado y Augusto.

CRISTINA.

Demetrio, agora
Conocerás de mi celo
Lo que una madre te adora;
Á lo que te digo advierte,
Que en guardarte y advertirte
Están tu vida ó tu muerte.

DEMETRIO.

Tu esclavo seré en servirte,
Tu hijo en obedecerte.

CRISTINA.

Juan Basilio, Duque ilustre
De Moscovia, mi Demetrio,
Tuvo dos hijos, Teodoro
Y Juan, gallardos y bellos.
Mas como Teodoro fuese
El mayor y de su ingenio
Se esperase gran bondad,
Virtud, justicia y gobierno,
Invidiosos y privados
De Juan, segundo heredero,
Dieron yerbas á Teodoro
Para que perdiese el seso.
Quedó incapaz de reinar,
Con tanto aborrecimiento
Del padre y de sus vasallos
Como has visto en él y en ellos.
No porque furioso intente
Su daño ni su provecho,
Mas porque en muchos discursos
Le falta el entendimiento.
Los lúcidos intervalos,
Los movimientos diversos,
Deslucen la majestad
De un Príncipe noble y cuerdo.
Cuerdo ó loco al fin me cupo
En suerte, y no me arrepiento
De haberme con él casado,
Pues que fué gusto del cielo,
Y porque, en fin, de los dos
Naces al mundo, cual vemos
Salir el sol coronado
De luz por nublados negros.
Ha puesto el duque Basilio
Tanto amor en su heredero,
En Juan digo, pues que al fin
Le quiere dejar sus reinos,
Que nos aborrece á todos
Con el más notable extremo:
Á mí por mujer, á él
Por hijo, y á ti por nieto.
Mas el cielo y su divino
Autor, que los pensamientos
Por tantas ventanas mira
Como estrellas tiene el cielo,
No ha dado á Juan, que le adora,
Hijos; de donde sospecho
Que quite al hijo la vida
Quien quita al padre el imperio.
Muchos enemigos tienes,
Demetrio; mira que temo
Que me han de dejar sin ti
Tantos envidiosos pechos.
Por esta causa envié
Por Lamberto, caballero
Tudesco, hombre de valor
Y de notable sujeto.
Este quiero que te lleve
Á un castillo que no lejos
De la corte está, en un sitio
Fuerte y de defensa lleno.
Allí quiero que te enseñe
Actos de Príncipe, y quiero
Que sepas armas y letras,
Porque ha de llegar el tiempo
En que las letras te ayuden,
Las armas te den esfuerzo,
Porque en un Príncipe juntas
Hacen un imperio eterno.
Su mujer tendrás por madre:
Una dama de quien creo
Que á las Porcias y Artemisas
Pudiera dar casto ejemplo.
Su hijo, que es de tu edad,
Tendrás por hermano, y pienso
Que habéis de crecer los dos
Como Cupido y Anteros.
Parte sin ver á tu padre,
Que me conviene el secreto,
Que ése es loco á quien le falta
Para sus cosas silencio.

DEMETRIO.

Todo lo entiendo, señora,
Y con el alma agradezco
Ese cuidado por quien
Dos vidas, madre, te debo.
Dame licencia y tus brazos,
Y mientras los pies te beso,
Con tu bendición me ampara.

Arrodíllase.

CRISTINA.

¡Dios te bendiga, Demetrio,
Te libre de Juan, tu tío,
Y de Basilio, tu abuelo;
Te confirme en su fe santa,
Por que merezca tu celo;
Que, como ensalces su fe,
Ayudará tus intentos!
¡Plega á Dios y á aquella Aurora,

En cuyo virgíneo pecho
Tomó nuestra carne y sangre
Por el humano remedio
(De quien has de ser devoto,
Si en tus dichos ó en tus hechos
Quisieres tener ventura),
¡Que alumbren tu entendimiento!
¡Que como te veo tan niño,
Me dejen verte mancebo!
Que si á ser mancebo llegas,
Tú sabrás cobrar tu reino.—
Levántate y da tus brazos
Á Lamberto, tu maestro.

DEMETRIO.

Dame, Lamberto, tus brazos;
Que ya como á padre quiero
Obedecerte desde hoy.

LAMBERTO.

Yo, pues de padre merezco
Piadoso nombre, señor,
Seros tan leal prometo
Que venda mi propia sangre
Por vos.

DEMETRIO.

Adiós, fiero abuelo;
Adiós, padre mío Teodoro;
Que por defender mi seso
De las yerbas que os han dado,
Entre enemigos os dejo.
Pero hago al cielo voto
Y solemne juramento
De preciarme eternamente,
Señor, de ser hijo vuestro,
De guardar la ley de Dios
Y sus santos mandamientos
Sobre todo; que bien sé,
Y por infalible tengo,
Que Dios pone de su mano
Los reyes, reparte imperios,
Da victorias, alza humildes,
Y humilla y baja soberbios.

Vanse Demetrio y Lamberto.

Isabela.

ISABELA.

¿Qué haces tan sola?

CRISTINA.

No estaba
Sola: con Demetrio aquí
Hablaba.

ISABELA.

¿Hablabas de mí?

CRISTINA.

No, amiga; del Duque hablaba.

ISABELA.

Hanme dicho que murmuras
De Juan, mi esposo y hermano
Del tuyo.

CRISTINA.

Princesa, en vano
Descomponerme procuras.
Ni tengo qué murmurar
De un Príncipe virtüoso,
Ni (1) pecho tan cauteloso,
Ni tú tienes qué envidiar (2).
Si es belleza, no sé yo
Qué desigual (3) me ha criado
El cielo. Pues si es estado,
¿Qué más estado te dió?
Si es virtud, no sobra en ti;
Si es entendimiento, menos;
Tus ojos de envidia llenos
Deben de mirarme á mí;
Que como sin hijo estás,
Y el que Dios me ha dado miras,
Lo mismo porque suspiras
Eso me atribuyes más;
Pues aunque á mi dulce esposo
Quite el Duque injustamente
El reino, Dios no consiente,
Jüez justo y poderoso,
Que vengas á verte en él;
Porque, aunque le herede Juan,
¿Cómo tus hijos podrán,
Pues que no los tienes dél?

ISABELA.

Oye, Cristina, detente.

Vase Cristina.

Fuése por no me escuchar;
Que supiera castigar
Su fiero pecho insolente.
¡Ah, cielo, cruel conmigo!
¿Cómo un hijo no me dieras?
¿Posible es que perseveras
En darme tanto castigo?
Ya que no hereda Teodoro
Por loco, y el reino dan
Á Juan, ¿qué sirve que Juan
Goce la corona de oro?
¡Válame Dios! ¿Cuál será
De los dos por quien no tengo
Hijos? Que yo á pensar vengo
Que en él el defeto está.
Mas ya tengo imaginado
Cómo lo diga mejor
La experiencia, que este error
Merece ser perdonado.
Ni seré yo la primera
Que dé á su esposo un extraño
Hijo, pues con este engaño
Mi sangre este imperio espera.
Este es Rodulfo, de quien
No soy celebrada poco.

(1) Se suple el *tengo* de arriba.
(2) Ni tú tienes cosa que yo te envidie.
(3) Desigual á ti. *(Notas de Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Rodulfo.

RODULFO.

Si amor vuelve á un hombre loco, (Aparte.)
¿Qué hará el amor y desdén?
Ciego en arrojarme fuí;
Mis penas son inmortales,
Pues con dos contrarios tales
En el campo me metí.
Pero ya la causa veo,
Amor, por quien peno más.

ISABELA.

¿Adónde, Rodulfo, vas?

RODULFO.

Á lidiar con mi deseo.
Mi deseo y yo, aunque dos,
Somos uno, pues está
Dentro del alma, que ya
Toda se ha rendido á vos.
Por él gozáis el trofeo:
Yo me rindo á vos y á él,
Pues en pelear con él
Conmigo mismo peleo.
Á él por vos me rendí;
Pero si os juntáis los dos,
No me defiendo de vos:
Defiéndame Dios de mí.

ISABELA.

Ese colérico amor,
Rodulfo, muestra que es poco.

RODULFO.

Isabel, si amor es loco,
No puede ser sin furor.
Hay entre enojo y locura
Diferencia conocida:
El loco es toda la vida,
Y la pasión mientras dura.
Locura es pasión de amor:
Mientras dura, ha de ser furia.

ISABELA.

Quien da esperanza no injuria,
Y la esperanza es favor.
Ten paciencia y confianza,
Pues hay poca diferencia;
Y advierte que la paciencia
Es hija de la esperanza.

RODULFO.

De que esperanza me dés
Estoy muy agradecido.
Tus manos, Isabel, pido.....
Mal dije, dame tus pies.

ISABELA.

Alza, levanta del suelo.

Basilio.

BASILIO.

¡Parece que la abrazó! (Aparte.)
¿Mancha en mi honor sufro yo,
Claro como el mismo cielo?
Isabel.....

ISABELA.

Señor.....

BASILIO.

Rodolfo (1),
Salte allá.

RODULFO.

¡Oh amor incierto! (Aparte)
Celajes muestras del puerto
Cuando me anego en el golfo.

Vase

BASILIO.

¿Cuántas veces te he pedido
Que con Rodulfo no hables?

ISABELA.

A tus canas venerables
Justo respeto he tenido;
Que aunque es cosa tan injusta
Que siendo suegro me celes
Con el cuidado que sueles,
Mi amor de servirte gusta:
Y hasta agora no le hablé,
Que con un recado entró
De cierta dama, á quien yo
Hoy una carta envié
Que vino en un pliego mío
De Alemania.....; y por tu vida
Que dé voces mi ofendida
Honra.....

BASILIO.

Paso: menos brío.

ISABELA.

¿Cómo paso? A no saber
Cuantos tus estados viven,
Y malas obras reciben
De tu absoluto poder,
Que eres en la condición
Un nuevo Nerón romano,
Que porque fuiste liviano
Piensas que todos lo son,
Quejárame á mi marido,
Y por dicha le dijera
Que el celarme tú no era
Sin causa.

BASILIO.

Causa he tenido;
Que sospecho que el honor
De mi hijo tratas mal.

ISABELA.

Yo soy quien soy, tan leal
Cuanto debo á mi valor;
Y esos celos han nacido
Quizá de que me pretendes.

BASILIO.

Mientes en eso que entiendes,

---

(1) *Rodulfo* se llama en todo el poema á este personaje; pero, según el consonante que se le da aquí, parece que el autor debió llamarle *Rodolfo*. *(Nota de Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y en lo que has dicho has mentido.
El testimonio comienza;
Que en la mujer no me admira
Que camine la mentira
Á espaldas de la vergüenza.
Aun bien que soy poderoso
Para deshacer tu ofensa.

ISABELA.

Allá de Cristina piensa
Ese deshonor celoso;
Que es mujer que pare y cría
Y tiene un marido loco.

BASILIO.

Puesto que le tengo en poco,
Le estimo por sangre mía.
Adoro en Juan tu marido;
Mas ¡ojalá que tú fueras
Como Cristina, y que dieras
Su ejemplo!

ISABELA.

Luego ¿no he sido?.....

BASILIO.

Ni mereces desatar
La cinta de su chapín.

ISABELA.

Caducas, Basilio, en fin.

BASILIO.

Siempre llamáis caducar
Las verdades de los viejos
Dichas con justo rigor,
Mirar por el santo honor
Y daros buenos consejos.
Mas porque tan vil razón
Á la venganza provoca,
Te quiero tapar la boca
Con aqueste bofetón.

Se le da.

ISABELA.

¡Justicia de Dios del cielo,
Pues que no tengo marido!..... (1).

Juan, Teodoro, Conrado y Augusto.

TEODORO.

¿Qué es esto?

JUAN.

Isabel, ¿qué ha sido?
Mi desventura recelo. (Aparte.)

ISABELA.

¿Tu padre á mí me ha de dar
Un bofetón?

JUAN.

Pues, señor,
Tú, que me has de dar honor,
¿Me le vienes á quitar?
¿Tú pones mano en la cara
Que yo como al cielo adoro?

(1) Aquí, presente.

¿Qué más hiciera Teodoro
Si á verla furioso entrara?
¿Ese es todo aquel amor
Que me tienes y has tenido?
¿Sabes que el espejo ha sido
En que se mira mi honor?
¡Bofetón! ¡Qué barbarismo¡
Pues mira que me le diste,
Que en el cristal que rompiste
Estaba mi rostro mismo.
Mi rostro rompen tus brazos,
Pues que, mirándome en él,
Lo mismo que has hecho dél
Han de mostrar los pedazos.

A Isabela.

¿Cómo le diste ocasión?

ISABELA.

¡Triste! ¿Qué ocasión le di?
Anda celoso de mí.

BASILIO.

A Juan.

Celos de tu honra son.

JUAN.

¿De mi honra, Isabela?

ISABELA.

Sí,
Pues te la quiere quitar.

TEODORO.

¡Guarda afuera!

BASILIO.

No hay que dar
Satisfacciones de mí.
Yo soy tu padre; esta loca
Se vale, para indignarte,
Deste enredo.

JUAN.

Por mi parte,
Volver por mi honra me toca;
Que, aunque eres padre, eres hombre,
En cuya naturaleza
Cupo gozar la belleza
Con infamia de mi nombre.
¡Ah, padre! ¿Qué he de creer,
Mirando en la cara hermosa
De una mujer virtüosa
La fuerza de tu poder?
De los gigantes del suelo
Se ve historia semejante;
Que menos fuerte gigante
No se atreviera á su cielo:
Y si á una deuda tan clara
Como es padre no tuviera
Respeto, Júpiter fuera
Y tu crueldad fulminara.

BASILIO.

Si á ella dile el bofetón
Por lasciva é insolente,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Á ti por inobediente
Con este cetro ó bastón.

Dale en la cabeza un fuerte golpe.

JUAN.

¡Ay, que me ha muerto!

Cae y muere.

ISABELA.

¡Qué has hecho!

BASILIO.

¿Heríle?

TEODORO.

¿Eso preguntó?
Pues ¿qué más dijera yo?

BASILIO.

¡Hijo!.....

TEODORO.

Ya no es de provecho.

BASILIO.

¡Juan mío!

ISABELA.

¡Esposo querido!

CONRADO.

Expiró.

TEODORO.

¡Lindo garrote!
Le ha pegado en el cogote.....

ISABELA.

¡Ah, mi bien!

BASILIO.

Pierdo el sentido.
¿Qué yo fuí tu muerte? ¡Yo!
Yo maté un hijo el más bueno
Que tuvo padre, y más lleno
De virtud!

TEODORO.

Bien le pagó.

BASILIO.

¿Había tu entendimiento
En el mundo? Mis estados
Dejas á un loco.

TEODORO.

Cuidados
De bien poco fundamento.
Dadme con ese bastón
Otro coscorrón á mí,
Y quedaréis libre ansí.
Mas oid una razón
Que de la vuestra se arguya:
¿Veis toda su gentileza?
Pues más quiero mi cabeza
Que como tiene la suya.

BASILIO.

Quítateme de delante,
Mujer, causa de mi afrenta;
Que si tu maldad intenta
Venganza, ésta fué bastante.
Si mi hijo muerto hubiera
Como el romano Torcato,
No fuera á mi patria ingrato,
Ni infame en el mundo fuera.
Colérico le ofendí;
Arrepentido sabré
Llorarle ó me mataré.
Llevad el cuerpo de aquí.

A Isabela.

No quedes en mi palacio,
Fiera, y al cielo agradece.....

Llevan el cuerpo Conrado y Augusto.

ISABELA.

Yo me iré como merece
Quien.....

BASILIO.

No vayas tan despacio;
Que ¡vive Dios!.....

AUGUSTO.

Tente un poco.

ISABELA.

El cielo te dé el castigo.

BASILIO.

¿Qué mayor?

Vase Isabela.

TEODORO.

Padre, á vos digo:
Sed vos desde hoy más el loco.

BASILIO.

Bien dices: nadie me vea,
Nadie á mi aposento llegue.

Vase.

Cristina y Boris.

CRISTINA.

¡Que tanto un hombre se ciegue!

BORIS.

¡Qué hazaña tan vil y fea!

CRISTINA.

¡Ay, Boris, hermano mío!
¿Quién no tiembla?

BORIS.

Con razón,
Si advierten la condición
De aqueste tirano impío.

CRISTINA.

Si al hijo querido mata,
¿Qué espera el aborrecido?

TEODORO.

¿Habéis lo que pasa oído?

BORIS.

Quien ansí, Teodoro, trata
Al hijo que tanto amó,
Que de un palo le ha quitado
La vida, ¿qué hará, cuñado,
Al que tanto aborreció?

TEODORO.

Pardiós, cuñado: á dos palos

Que dé el Duque deste modo,
Queda á buenas noches todo:
Ni hay hijos buenos ni malos.
Veis aquí por lo que yo
Digo que esto de reinar
De burlas se ha de tomar.

BORIS.

Luego, ¿no es de veras?

TEODORO.

No;
Pues el más dichoso estado
Le sujeta vez alguna
Cualquier vaivén de fortuna
Á un palo de un enojado.
Mirad si es reinar regalo,
Ó si viene á ser molestia,
Pues á un rey como á una bestia
Le matan á puro palo.

BORIS.

Esta es permisión de Dios,
Porque el reino te quitaba
Tu padre, y á Juan le daba.

TEODORO.

¡Oh qué bien decís los dos!
En Moscovia es el bastón
Ceptro é insignia real,
Y éste le dan por señal
En nuestra coronación:
Y ansí el Duque lo ha mostrado,
Pues con el bastón le dió
En señal que le dejó
Heredero de su estado.

Conrado.

CONRADO.

No vienen sin misterio de los cielos
Estas cosas jamás.

CRISTINA.

Conrado amigo,
¿Qué es esto? ¿Qué hay de nuevo?

CONRADO.

Entrad, seño-
[res,
Á la cámara luego del gran Duque;
Que, de pena y dolor que ha recebido
De ver muerto á su hijo, está acabando,
Y pienso que ya llega al postrer punto.

CRISTINA.

Extrañas desventuras amenazan
Estos estados.

TEODORO.

Habla como sientes;
No finjas nada. ¡Vive Dios, Cristina,
Que te huelgas de ver que el Duque ha muerto
Á Juan, mi hermano, y que él se muera agora,
Para que reine yo, que soy un asno,
Y gozar á tu gusto los mayores
Estados que en Europa tiene príncipe,
Mientras Demetrio á edad bastante llega!

BORIS.

No digas tal; que no es razón que pienses
Tan mal de tu mujer y hermana mía.

TEODORO.

Cuñado, ¿qué descuento dar pudiera
El cielo á un loco de un dolor tan grave,
Fuera de la licencia que tenemos
De decir y de hacer cuanto queremos?

CRISTINA.

Déjale, Boris, y en el daño advierte
Que viene á estos estados, pues ya quedan
En poder de Teodoro.

BORIS.

Tú, señora,
Eres bastante á gobernar el mundo.

CRISTINA.

¡Pluguiera á Dios que fuera yo bastante!
Pues, si muere el Duque, hacerte quiero
Gobernador de todos sus estados
En nombre de Teodoro, mi marido.
Daré también tutores á Demetrio,
Y contigo serán los adjutores
Hasta que tenga edad.

BORIS.

Beso tus manos
Por tan alta merced.

CRISTINA.

Vamos, Teodoro,
Á ver al Duque.

TEODORO.

Vamos, pues tú quieres;
Que ya sé que deseas verle muerto.
Advierte que soy tanto como nada,
Y que no he de estorbar lo que tú hicieres.

CRISTINA.

¿Por qué me adviertes?

TEODORO.

Porque mujer eres.

BORIS.

Si yo me veo en el lugar que dices,
Yo daré cuenta del sobrino mío;
Que de Teodoro no hago cuenta agora.

CRISTINA

Vamos á ver qué tiene.

TEODORO.

Dios me guarde
De algún palo de aquestos; que yo entiendo,
Puesto que alcanzo pocas sutilezas,
Que es el reinar enfermo de cabezas.

Vanse.

Demetrio, Lamberto, Tibalda, César y Rufino.

LAMBERTO.

Quien padre habéis de llamar
Gran premio á su casa ofrece.

DEMETRIO.

Todo esto y más merece
Quien á mí me ha de enseñar.

CÉSAR.

Quien os tiene por hermano,
Demetrio, estímese en mucho.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DEMETRIO.
Las dulces voces que escucho
Me dan, señores, la mano
Para levantarme al cielo.
LAMBERTO.
Á Rufino conoced,
Que os ha de servir.
DEMETRIO.
Creed
Que estimaré su buen celo.
RUFINO.
Para cuando llegue el sol
Del aurora que gozáis,
Os suplico que os sirváis
De un gentilhombre español.
Mis señores os dirán
De mi lealtad lo que saben.
DEMETRIO.
No es menester que os alaben,
Rufino; diciendo están
Vuestros ojos el valor
Que ese noble pecho encierra.
RUFINO.
Todo el mundo os hace guerra;
Pero no temáis, señor;
Que Dios vuestra causa ampara,
Y Él os sabrá defender.
DEMETRIO.
Después de su gran poder,
Que cuanto cubre repara,
Confío en mi nuevo padre,
Lamberto, mi amparo y bien,
Y en vos, mi Tibalda, á quien
Tengo en lugar de mi madre.
Suplícoos, señores míos,
Que no me desamparéis,
Pues perseguido me veis
De mil tiranos impíos.
Ya veis que el nuevo Caín
Quiso dar la muerte á Abel;
Y aunque vive es más cruel,
Pues le volvió loco en fin.
La princesa mi señora,
Su esposa y mi madre amada,
Con Isabel, su cuñada
Anda en gran peligro agora.
El Duque mi abuelo intenta
Hacer á Juan sucesor
Su hijo, aunque es el menor:
Todo en mi daño y afrenta.
Guardadme, que el cielo muestra
Que quiere honrar mi verdad:
Pagará mi voluntad
Lo que debiere á la vuestra.
LAMBERTO.
Si el hijo de mis entrañas
Que veis, Demetrio, presente,
Por vuestra vida inocente
Ya por naciones extrañas
Importara desterrar,
Ó dar á un cuchillo fiero
Su cuello, advertiros quiero,
Y á fe de noble jurar,
Que podéis estar seguro
Que el ser padre no lo impida.
TIBALDA.
Fiad, Demetrio, la vida,
No tanto de aqueste muro
Como de nuestra lealtad.
DEMETRIO.
Ansí estoy yo satisfecho.
LAMBERTO.
¿Está el aposento hecho?
RUFINO.
Á punto está todo: entrad.
DEMETRIO.
Venid, César, y los dos
Estudiemos.
CÉSAR.
Dios os guarde;
Que vos seréis Duque tarde,
Y yo moriré por vos.

Vanse.

Boris y Rodulfo.

BORIS.
Ansí tuvieron grandes monarquías
Los medos, los asirios y romanos.
El Duque es muerto, y en tan breves días
Ya tengo sus estados en mis manos.
No has de llamar las pretensiones mías
Los pensamientos locos y tiranos
De los que pretendieron las coronas
Indignas (1) de sus hechos y personas.
Justa razón, Rodulfo, me ha movido;
Dignamente merezco estos estados.
Teodoro es loco: en su lugar he sido
Puesto de su mujer y sus privados.
Esos dos coadjutores que he tenido,
Y conmigo al gobierno son llamados,
Por no temer de su opinión contraria
Los envío á la guerra de Tartaria.
Resta sólo Demetrio; que Teodoro
(Fuera de ser lo que es) acá me queda.
El medio sólo de matarle ignoro,
Sin que Moscovia murmurarme pueda.
RODULFO.
Como á la prenda que en el alma adoro
El cielo larga vida te conceda,
Para que, los estorbos derribados,
Goces la posesión destos estados;
Que no será Demetrio el que te impida
Que goces el laurel.

Rufino, que sale quedito, se queda escuchando.

RUFINO.
Con gran secreto (Aparte.)
El príncipe Demetrio, cuya vida

(1) Inmerecidas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Guarden los cielos para un grande efeto,
Me envía del castillo á que resida
En la Corte, por ver el mal conceto
Que Lamberto ha tomado de su tío,
Fiando esta lealtad del pecho mío.
Soy español: mil vidas que tuviera
He de ofrecer, pues mi nación me inclina
Á la suya inocente.

BORIS.

¿Qué te altera?

RODULFO.

No más del sentimiento de Cristina.

RUFINO.

Boris es éste. (Aparte.)

BORIS.

Á que se ponga espera
El sol, y al fuerte próximo camina,
Y éntrale con gran número de gente.

RUFINO.

Peligro corre el Príncipe inocente. (Aparte.)

BORIS.

¿Qué defensa te puede hacer Lamberto?

RODULFO.

De Lamberto no temo.

RUFINO.

¡Ah cielo airado! (Ap.)
Al niño tratan de matar.

BORIS.

Y muerto,
Di que Lamberto (1) le mató pagado.

RUFINO.

Pues he entendido el bárbaro concierto, (Ap.)
¿Qué aguardo más?

Vase.

RODULFO.

Un hombre entró, y turbado
Nos volvió las espaldas.

BORIS.

¿Si habrá oído
Nuestro concierto?

RODULFO.

Muy posible ha sido.

BORIS.

Llamando.

¡Guardas!.....

Salen dos guardas.

GUARDAS.

¡Señor!.....

BORIS.

Prended á un hombre [al punto
Que entró y salió de aquí.

Vanse los guardas.

(1) Falta este nombre en las ediciones antiguas.

RODULFO.

No tengas pena.
¿Cuándo quieres que vaya? te pregunto.

BORIS.

Luego era tarde: tu partida ordena.

Los dos guardas trayendo á Rufino.

UN GUARDA.

Éste, á la puerta de tu cuadra junto,
Iba saliendo; pero, el alma llena
De temor, no responde preguntado.

BORIS.

Debe de estar, con el temor, turbado.
¿Entraste agora aquí?

RUFINO.

Ba, ba.

BORIS.

¿Qué es esto?

RODULFO.

¿De dónde eres?

RUFINO.

Ba, ba.

BORIS.

¿Qué tiene este hombre?

RODULFO.

¿Á quién sirves?

RUFINO.

Ba, ba.

RODULFO.

Señas y gesto
De mudo son.

BORIS.

Si hablas, di tu nombre.

RUFINO.

Ba, ba.

RODULFO.

No hay que tener recelo desto.
Él es mudo sin falta; no te asombre
Agüero alguno; y pues entrarse pudo,
El cielo permitió que fuese mudo.

BORIS.

Dejad salir este hombre.

RUFINO.

Ba, ba.

UN GUARDA.

Hermano,
Idos con Dios.

OTRO GUARDA.

Besar quiere tu mano.

BORIS.

Sacalde allá, que de su voz me ofendo.

Llévanse los guardas á Rufino.

¡Ah, cuánto debo al cielo soberano!
Con justa causa la corona emprendo,
Pues quiere que secretos que la intenten
Los hallen mudos por que no lo cuenten.
Parte, Rodulfo, y quitarás la vida
Á mi sobrino, y vuelve con secreto;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que Isabel será tuya.

RODULFO.

Agradecida
Mi voluntad, matalle te prometo.

BORIS.

No soy yo de mi sangre el homicida
Primero por reinar.

RODULFO.

Pondré en efeto
Lo que mandas.

BORIS.

Tendrás honor y fama.

RODULFO.

Yo te daré este reino.

BORIS.

Y yo á tu dama.

Vanse.

Demetrio y César con espadas negras.

DEMETRIO.

Afírmate bien conmigo,
El pie derecho delante.

CÉSAR.

Soy desta ciencia estudiante
Nuevo.

DEMETRIO.

Escucha lo que digo:
Yo tengo agora la espada
Uñas arriba.

CÉSAR.

Está bien.

DEMETRIO.

Y tú la tuya también.
Tienta.

CÉSAR.

¿Cómo?

DEMETRIO.

No haces nada,
Porque ha de ser por defuera.
Saca por debajo y tira
Una estocada, y retira
El cuerpo.

CÉSAR.

¿Desta manera?

DEMETRIO.

Bien. Tírame á derribar
La espada. Un golpe tras esto.

CÉSAR.

Estoy muy nuevo.

Sale Lamberto.

LAMBERTO.

¿Qué es esto?

CÉSAR.

Padre y señor, batallar.

LAMBERTO.

No me desagrada á fe
El ejercicio; otro vaya.

DEMETRIO.

Mide en una línea ó raya
La espada.

CÉSAR.

Ansí la pondré.

DEMETRIO.

Tienta, y á un tiempo metiendo
El pie izquierdo, al rostro tira
De puño.

LAMBERTO.

Detente, y mira
Si algo de la espada entiendo:
Si metió el pie, ¿cómo pudo
Tentar? Y, en fin, si tentó,
¿Cómo á un tiempo el pie metió?
Que ese movimiento dudo.
Y la espada del contrario,
¿Cómo queda, pues no hiere?

DEMETRIO.

Para lo que esto requiere
Más tiempo fué necesario.
El maestro que tenía
Era de Italia, y muy diestro.

LAMBERTO.

El cielo ha de ser maestro
De tu heroica valentía;
Y hacedme placer, por Dios,
Que de día ejercitéis
Las armas, pues ya tenéis
Maestro y tiempo los dos;
Que de noche es peligroso
Este ejercicio, y peor
Después de cenar.

CÉSAR.

Señor,
Dar gusto me fué forzoso
Á Demetrio.

LAMBERTO.

Y fué razón;
Mas vete agora á acostar.
Vos podéis, Demetrio, estar
Algún rato en oración.
Mete, César, las espadas:
Denle á Demetrio unas horas.

DEMETRIO.

Verás lo que en mí atesoras.

LAMBERTO.

Con tu obediencia me agradas.

Vanse Demetrio y César, cada uno á su cuarto.

Rufino.

RUFINO.

Sin aliento, y aun sin vida,
Pues muerto un caballo dejo,
Vengo, señor, á avisarte.

LAMBERTO.

¿Qué hay, Rufino? ¿Qué hay de nuevo?

RUFINO.

Del dolor del muerto hijo,
El duque Basilio es muerto;

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Boris, de Cristina hermano,
Tío del Príncipe nuestro,
Tiraniza los estados;
Que á sus tutores ha hecho
Ir á Astrakán y á Casano
Á título del gobierno.
De los que al suyo ayudaban,
Conrado, Augusto y Damperto,
A los tártaros envía
De Turquestán con ejército.
Presto matará á Teodoro,
Y aun á Cristina sospecho,
Porque tras mí viene quien
Ha de dar muerte á Demetrio.
Mira, señor, lo que haces,
Que me venían siguiendo;
De suerte que mis espaldas
Iban sintiendo sus pechos.

LAMBERTO.

No digas más, español;
Entra á su cuadra corriendo:
Mira si duerme mi hijo,
Mientras á Demetrio llevo
Donde le libre.

RUFINO.

Yo voy.

Vase.

LAMBERTO.

¡Cielos! ¡A un ángel defiendo,
A un Príncipe, á un inocente!

Rodulfo con cuatro soldados con alabardas y pistolas.

RODULFO.

Éste, amigos, es Lamberto.

LAMBERTO.

Éstos son: tiempo es agora, (Aparte.)
Generosos pensamientos,
De dar mi sangre á un tirano
Por dar un rey á estos reinos.

RODULFO.

¿Quién va?

LAMBERTO.

Tened las pistolas,
Si no es que buscáis mi pecho.

RODULFO.

¿Eres Lamberto?

LAMBERTO.

Yo soy.

RODULFO.

¿Dónde tienes á Demetrio?

LAMBERTO.

Señalando una alcoba.

En esta cama acostado.

RODULFO.

Correr las cortinas luego;
Y, pues duerme, será bien
Que duerma el postrero sueño.

UN SOLDADO.

¿Cómo morirá?

RODULFO.

Ahogado.

LAMBERTO.

Señores, mirad que es hecho
Indigno de hombres tan nobles.

Tiran la cortina, y aparece en una cama acostado César, durmiendo.

RODULFO.

Apriétale presto el cuello.

CÉSAR.

¡Ay, que me matan!

RODULFO.

Aprieta.

CÉSAR.

¡Jesús!

RODULFO.

¿Expiró?

SOLDADO 2.º

Ya es muerto.

RODULFO.

Pues salgamos del castillo
Y caminad con secreto.

Vanse Rodulfo y los soldados.

LAMBERTO.

¿Cuál hombre se alabará
De más lealtad que Lamberto,
Pues di un hijo por la vida
Que en confianza me dieron?
Angel que el divino coro
Aumentas, por Dios te ruego
Que perdones á este padre,
Pues gozas de mejor reino.
Y pues fuerzas he tenido
Para dejar que tu cuello
Rindiese el alma á mis ojos,
Sin duda es gusto del cielo!

Rufino y Demetrio.

RUFINO.

No temas, ven por aquí.

DEMETRIO.

Español, ánimo tengo.

LAMBERTO.

¿Es Demetrio?

DEMETRIO.

Sí, señor.

LAMBERTO.

¡En gran peligro te han puesto!
¿Partiéronse los traidores?

RUFINO.

Ya del castillo salieron.

LAMBERTO.

Mira si leal he sido;

Mira, Príncipe, si puedo
Decir yo que la palabra
Cumplí como caballero.
En tu lugar, César yace
Muerto.

DEMETRIO.

¿Qué me dices?

LAMBERTO.

¡Quedo!
No lo entiendan los criados
Ni su madre.

DEMETRIO.

¡Extraño ejemplo
De lealtad y de verdad!

LAMBERTO.

Vente conmigo, Demetrio,
Que quiero ponerte en salvo.

DEMETRIO.

La vida y alma te debo.

LAMBERTO.

¡Ay mi César!

DEMETRIO.

¡Hay mi hermano!

RUFINO.

Camina, Príncipe excelso;
Y pues que Dios te ha guardado,
Él te volverá tu reino.

ACTO SEGUNDO.

Demetrio, ya hombre, y Rufino sosteniendo á Lamberto.

DEMETRIO.

Poco á poco, ¿no podrás?

RUFINO.

Anda, señor, poco á poco.

LAMBERTO.

Hijo, pues tus hombros toco
Y no me levantan más,
Siendo, como son, colunas
Del templo de mi esperanza,
Es que la muerte me alcanza
Con sus alas importunas;
Porque es un ave cruel
Que cuanto vive deshace,
Pues desde que un hombre nace
Viene volando tras él.
Yo muero sin ver cumplido
Lo que tanto he deseado,
Que fué verte en el estado
Para que fuiste nacido.
Abre los ojos, y advierte
Estas últimas palabras.

DEMETRIO.

En mí tu sepulcro labras,
Que he de ser piedra en tu muerte.

LAMBERTO.

Desde que Boris, tirano
Del ducado de Moscovia,
Te quiso matar, Demetrio,
Sucedieron tantas cosas
Que no sólo aquí mi lengua,
Pero apenas las historias,
Archivos de los sucesos
Del mundo, las dirán todas.
Yo puse á César mi hijo,
Cuando su gente traidora
Entró á buscarte en el fuerte
Llena de armas y pistolas,
En tu lugar, donde fué
Muerto por ti; hazaña honrosa
Más que fué la de Zopiro;
Que si él los labios se corta,
Darte la vida de un hijo
Fué prenda más amorosa;
Porque, si hay boca en las almas,
Del alma te di la boca.
En aqueste sacrificio
Fué al revés la sacra historia:
Yo fuí Abraham, mi hijo Isac,
Tú fuiste el cordero y hostia;
Pero no bajando el ángel
Á la espada rigorosa,
Quedóse el cordero vivo,
Y el hijo muerto en memoria;
Boris pensando, Demetrio,
Que eres tú el muerto, negocia
Con los homicidas fieros
Que en la corte de Moscovia
Digan que de peste fué;
Porque es gente tan medrosa
De peste como se vió
En el remedio que toman.
Pusieron fuego al castillo,
Donde las casas, la ropa,
Mi hijo y alguna gente
Hicieron consuelo á Troya.
Della te saqué, Demetrio,
Por remate de mi gloria,
Dejando á Tibalda muerta,
¡Tibalda, mi amada esposa!
También fué historia al revés,
Pues quiere el cielo que ponga
En salvo Anquises á Eneas,
Pues era tu edad tan poca.
Boris envió á Tartaria
Las personas sospechosas
De su imperio, donde á muchos
Les dió muerte con ponzoña.
Murió Teodoro, tu padre;
Cristina dicen que es monja;
Mas pienso que la mataron
Tantas penas y congojas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Con esta seguridad,
El tirano se corona
Emperador de Rusia
Y gran Duque de Moscovia,
César de Astrakán se llama,
Rey de Tartaria se nombra,
Porque son estos estados
De los mayores de Europa.
Yo con aqueste criado,
De cuya fiel persona
Fié tu nombre y tu vida,
Como se ha visto en las obras,
Varias provincias anduve,
Hasta que la edad briosa
De los juveniles años
Despertase tu memoria.
Ya es tiempo, Príncipe ilustre,
Que, volviendo por tu honra,
Por tu vida, por tu fama,
A quien eres correspondas,
Cobrando el paterno imperio;
Que Dios te dará victoria
Del tirano que há diez años
Que de tu laurel se adorna.
Mas mira cómo lo intentas
Y fías tan grandes cosas;
Que no hay amistad segura
Donde interés se interponga.
Mira que te han de vender
La codicia y la lisonja,
Que en las cortes de los reyes
Andan en diversas formas.
Si intentares declararte,
Ha de ser cuando conozcas
El pecho de quien te fías
Con experiencias notorias.
Gran señor naciste al mundo:
Si tantos estados cobras,
Ten memoria desde viejo.....
Y adiós; que mi vida es poca,
Y gastada en tus cuidados,
No es maravilla que rompa
El hilo la dura Parca,
Que me niega el ver tus glorias.

Danle bascas de muerte.

DEMETRIO.

¿Expira mi padre?

RUFINO.

Expira.

DEMETRIO.

¡Ah, padre! ¿Por qué me dejas?

RUFINO.

Deja, Demetrio, las quejas,
Y al remedio incierto mira.

DEMETRIO.

¡Ay, Rufino! ¿Qué consuelo
Puede haber en tanto mal?

RUFINO.

Ya tiene el rostro mortal,
Y el cuerpo se vuelve un hielo.
Llevarle quiero á su cama.
Aguarda, Demetrio, aquí.

Lleva adentro á Lamberto.

DEMETRIO.

¡En dura estrella nací!

RUFINO.

¡Ah, viejo, digno de fama!

DEMETRIO.

Nací rey, pobre soy, secreto vivo.
Si digo que soy rey, cierta es mi muerte;
Si no lo digo, viviré de suerte
Que envidie el remo del mayor cautivo.
Pues si paso la vida fugitivo,
¿Qué dura pena, qué dolor más fuerte?
¿Adónde me pondré que no me acierte
El rayo? ¿Seré palma ó seré olivo?
¡Pluguiera á Dios que un labrador naciera!
No hay en este ajedrez tretas sutiles,
Porque se acaba el juego de manera,
Que los reyes, las damas, los arfiles
Junta la muerte, sin quedarse fuera
Las piezas altas ni las piezas viles.

RUFINO.

Ya de todo punto es muerto.

DEMETRIO.

En él murió mi esperanza,
Padre, amparo, confianza,
Luz, maestro, norte, puerto.
No quiero vida, Rufino,
No quiero estado, ni imperio.
Sea el reino un monesterio.

RUFINO.

¿Qué dices?

DEMETRIO.

Que determino
Tomar un hábito aquí,
Y con disfrazado nombre
Vivir, Rufino, como hombre
Que para morir nací.

RUFINO.

¿Fraile?

DEMETRIO.

Pues ¿qué puedo hacer
Para asegurar mi vida,
De un tirano perseguida
Que tiene tanto poder?

RUFINO.

Fía, Demetrio, de mí,
Que no habrá cosa que seas
En que también no me veas.
¿Quieres ser fraile?

DEMETRIO.

Yo sí.

RUFINO.

Pues yo soy tu compañero.
Da á Lamberto sepultura,
Y un monesterio procura.

DEMETRIO.

Darte mil abrazos quiero.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RUFINO.
¿Serás de misa?
DEMETRIO.
Es razón
Que me ordene siendo rey.
RUFINO.
Bien dices: yo á toda ley
Pienso ser.....
DEMETRIO.
¿Qué?
RUFINO.
Motilón.

Vanse.

Boris, Orofrisa y Rodulfo.

BORIS.
¿Quién puede haber que eso diga,
Ni que lo funde en razón?
OROFRISA.
Una vulgar opinión
A mucha sospecha obliga.
Dicen que Demetrio es vivo,
Y que le guardó Lamberto.
BORIS.
Demetrio, señora, es muerto:
Cese tu deseo altivo.
Ni aun reliquias puede haber
De sus cuerpos abrasados.
Creed que destos estados
Mira la envidia el poder.
Alguno, por levantar
A Moscovia contra mí,
Dice que vive.
OROFRISA.
¿Es ansí?
BORIS.
Ejemplos os puedo dar,
No sólo qué antiguamente
Muchos reyes se fingieron
Por aquellos que murieron,
Pero en esta edad presente;
Porque en Portugal de España
Mil intentaron reinar,
Que los hizo castigar
Felipe.
OROFRISA.
La misma hazaña,
Boris, podrá ser que intente
Quien hace á Demetrio vivo.
BRISO.
Orofrisa, en este altivo
Lugar é imperio eminente,
Estoy por industria yo,
Y alguno querrá entender
Que le podrá suceder
Lo que á mí me sucedió.—
Rodulfo.....
RODULFO.
Señor.....
BORIS.
Aquí
Te llega más con los dos.
¿Murió Demetrio?
RODULFO.
Por Dios,
Que entre estas manos le vi
Rendir el alma del pecho.
BORIS.
¿Pusiste fuego al castillo?
RODULFO.
Que digas me maravillo
De lo que estás satisfecho.
Ni una piedra se descubre;
Que donde el castillo fué,
La hierba, no sólo á pie,
Un hombre á caballo cubre.
BORIS.
Orofrisa está dudosa;
La vulgar opinión sigue.
RODULFO.
Intenta que se mitigue
Esta plática enfadosa:
Pon penas, pues, en justicia
Á quien dijere que es rey.
BORIS.
¿No ves tú que de la ley
Nace también la malicia?
Los reyes nunca han de hacer
Prematicas de callar,
Porque es obligar á hablar,
Á preguntar y saber
OROFRISA.
Forzallos á obedecella.
BORIS.
Lo que una cosa dilata
Es decir, cuando se trata
Que ninguno trate della.
El medio que yo tendré
Para saber la intención
De aquesta nueva opinión,
Aunque pienso que la sé,
Es visitar mis estados,
Y luego pienso partir.
OROFRISA.
Con vos, señor, quiero ir
Á sentir vuestros cuidados,
Aunque detenerme intenta
De mis hijos el amor.
BORIS.
El ver la cara al señor,
Mucho al súbdito sustenta.
Rodulfo, esté á punto luego
Lo necesario.
OROFRISA.
Querría
Ver el fuerte.
BORIS.
Prenda mía,
En las cenizas del fuego
Hallaréis un bosque agora.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Demetrio murió.

OROFRISA.

Eso creo:
Vivid vos.

BORIS.

Vivir deseo
Para serviros, señora.

Vanse.

Demetrio en hábito de fraile.

DEMETRIO.

Temerosa vida mía,
Que tantas figuras haces:
No fíes en tus disfraces;
Sólo en el cielo confía.
Pues ya con otros intentos
Estoy, con el bien que fundo,
Destotra parte del mundo.
¿Qué me queréis, pensamientos?
Ya no soy rey: ¿qué queréis?
Un pobre fraile soy ya:
Adónde el mundo no está,
Pues que sois de allá, no estéis.
Conquistad otro lugar
Adonde la ambición sobre:
Mirad que quiero ser pobre,
Dejadme de atormentar;
Haced cuenta que estoy muerto:
Ya no quiero otra corona;
Porque ésta, aunque pobre, abona
Reino más durable y cierto.
¿Qué sirve representar
Al alma la sangre mía?
Salid de mi fantasía,
Que no me pienso mudar.
Ya sé que tiene mi tío
Mi imperio y reino usurpado;
Ya sé que me lo ha quitado,
Y que de derecho es mío;
Pero conquistáis los vientos
En decirme lo que fuí,
Porque no saldré de aquí
Aunque me deis más tormentos.

Rufino, de lego, con dos escobas.

RUFINO.

¡Ah, padre fray Bernardino!

DEMETRIO.

¿Qué quiere padre fray Gil?

RUFINO.

Mire ¡á qué oficio tan vil
Le ha traído su destino!
Tome esa escoba, y comience
Á barrer por esta parte.

DEMETRIO.

De servir á Dios es arte,
Y todo imposible vence.
Musa musae es el barrer;
Que *Dominus* es Señor,
Y *templum templi* es mejor
Que todo el mortal poder.
Sermo sermonis también
Es la palabra de Dios,
Que aquí guardamos los dos.

RUFINO.

Los principios sabe bien;
Mas en los nominativos,
Veru ¿no es el asador?
Pues ¿cómo estamos, señor,
Muertos de hambre más que vivos?

DEMETRIO.

Barra y calle.

RUFINO.

Barreré,
Consolado en que las leyes
Del mundo á los altos reyes
Ponen en el cuello el pie.
Pues barre un rey, ¿qué atropellas
Tiempo, en un pobre español?

DEMETRIO.

También barre el sol.

RUFINO.

¿El sol?

DEMETRIO.

Sí, que al alba barre estrellas.

RUFINO.

Pues ¿en qué espuerta las coge?

DEMETRIO.

En la noche.

RUFINO.

¡Extraño caso!

DEMETRIO.

Barre aprisa, y habla paso.

Barren los dos.

El Prior del convento y el Maestro de novicios.

MAESTRO.

Al Prior.

Todos los frailes recoge
Y saldrásle á recibir,
Que pasa por nuestra puerta,

PRIOR.

¿Es nueva cierta?

MAESTRO.

Es tan cierta,
Que ya le siento venir.

DEMETRIO.

¿Qué es esto, padre fray Blas?

MAESTRO.

Que el gran Duque, que visita
Sus reinos (que en esto imita
Á sus ascendientes más),
Hoy pasa por nuestra puerta.

DEMETRIO.

¿El gran Duque?

MAESTRO.

Y aun los dos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

DEMETRIO.
¿Los dos?
MAESTRO.
Sí.
DEMETRIO.
¡Válgame Dios! (Aparte.)
PRIOR.
¿Si entrarán á ver la huerta?
DEMETRIO.
Rufino..... (Aparte á él.)
RUFINO.
¿Qué?.....
DEMETRIO.
Grande mal.
RUFINO.
No temas.
PRIOR.
Ya el Duque viene:
Salgan los padres.
MAESTRO.
Él tiene
Rostro y presencia real.

Boris, Orofrisa, Rodulfo, acompañamiento y guardas.

PRIOR.
Deme su alteza los pies.
BORIS.
¡Oh, padre! Seais bien hallado.
PRIOR.
Mucho habéis, gran Duque, honrado
Esta tierra.
BORIS.
Ella lo es.
PRIOR.
Dadme vuestros pies, señora.
OROFRISA.
Alzaos, padre.
PRIOR.
Justamente
Sois deste polo el Oriente,
Soberana emperadora.

Repara Boris en Demetrio, y mírale.

BORIS.
¿Quién es este fraile?
PRIOR.
Aquel,
Gran señor, es un novicio.
BORIS.
De hombre noble muestra indicio.
PRIOR.
No hay mucha nobleza en él;
Antes es un hombre bajo,
Que aquí por Dios se le dió
El hábito, y prometió
Darse al servicio y trabajo.
BORIS.
En mi vida vi retrato (Aparte.)
De mi sobrino como él.
PRIOR.
Hablad, gran señor, con él.
DEMETRIO.
Hoy muero. (Aparte.)
BORIS.
Deja el recato,
Mancebo; dime tu nombre.
DEMETRIO.
Bernardino, gran señor.
BORIS.
¿Eres hombre de valor?
DEMETRIO.
Apenas, señor, soy hombre.
Hijo fuí de quien no fué
Sin servicio y sin valor;
Porque fué..... esclavo y señor.....
De quien lo mismo heredé.
Nunca mi padre fué nada;
Mi madre no era profeta,
Ni aun pienso que fué discreta
Porque fué muy confiada.
Dió su hacienda, y me dejó
Pobre; y cuando ansí me vi,
Á sagrado me acogí:
Vos sois Duque y fraile yo.
BORIS.
Padre, encomiéndeme á Dios.
DEMETRIO.
Con mil ruegos le importuno,
Y no pasa día ninguno
Que no me acuerde de vos.
BORIS.

A Orofrisa.

Parece un santo....., y parece
Á Demetrio.
OROFRISA.
¡Caso extraño!
Y temo desto algún daño.
BORIS.
Mil pensamientos me ofrece. (Aparte.)
¿De dónde sois, padre?
DEMETRIO.
Soy
Natural desta ciudad.
BORIS.
Padre prior, escuchad. (Aparte al Prior.)
Viendo mis estados voy
Por quietud de la opinión
Que tienen de que está vivo
Demetrio.
PRIOR.
¡Engaño excesivo!
BORIS.
Engaños del mundo son.
Este fraile le parece
De suerte, que, á no ser cierto
Que el mismo Demetrio es muerto,
Viva su imagen me ofrece.
Desto puede resultar

Que algunos que allá le vieron
Muchacho, y le conocieron,
Por rey le quieran alzar:
Y esto no piense que es cosa
Nueva en el mundo.

PRIOR.

Ansí es.

BORIS.

¿Quiere matarle, y después
Le daré una iglesia honrosa?

PRIOR.

¿Cómo podré?

BORIS.

Calle ya,
Que en la comida bien puede:
O ¿quiere que aquí se quede
Quien le mate?

PRIOR.

Esto será
Cosa más fácil á un Rey;
Que á un perlado es indecente.

BORIS.

Pues calle.

PRIOR.

Sí haré.

BORIS.

Esa gente
Camine.

PRIOR.

¡Qué injusta ley! (Aparte.)

BORIS.

Rodulfo, mira..... Al oído.

Háblale aparte.

PRIOR.

¿Cómo le podré avisar? (Aparte.)

DEMETRIO.

Padre, escuche. (Aparte al Prior.)

PRIOR.

No hay lugar.

Vanse todos menos Demetrio y Rufino.

RUFINO.

Fuéronse.

DEMETRIO.

Yo soy perdido.

RUFINO.

En gran peligro has estado.

DEMETRIO.

No es menor en el que quedo.

RUFINO.

Justo miedo.

DEMETRIO.

Ya no es miedo,
Es peligro declarado.
El preso, con pesadumbre
Hasta la sentencia está;
Que cuando la sabe, ya
No es temor, es certidumbre.
Desnuda presto, y colguemos
Destos árboles, Rufino,
Los hábitos, y el camino
De aquella sierra tomemos.

RUFINO.

Bien dices. Adiós, capilla;
Adiós, santo escapulario.

Desnúdanse los hábitos.

DEMETRIO.

Darte priesa es necesario.

RUFINO.

Tu estrella me maravilla,
Toda sujeta á traidores.

DEMETRIO.

¿No acabas?

RUFINO.

Poco me falta.

DEMETRIO.

Cubre esa rama más alta.

RUFINO.

Vesme aquí en paños menores.
¡Huye!

DEMETRIO.

Parece más ley
Por reinar pasar tormento;
Mas yo paso los que siento
Porque huyo de ser Rey.

Dejan colgados los hábitos y vanse.

Rodulfo y dos guardas.

RODULFO.

Parécele al Duque justo.
No tenéis que replicar.

GUARDA 1.°

Y ¿adónde le manda echar?

RODULFO.

Nadie replique á su gusto:
Con una piedra, me ordena
Que le arroje en ese río.
¡Sabe Dios el celo mío!

GUARDA 2.°

Escucha y no tengas pena;
Qué él tomó mejor consejo
Y de morir se libró.

RODULFO.

¿Cómo?

GUARDA 2.°

Que aquí se dejó,
Como culebra, el pellejo.

RODULFO.

¡Son los hábitos!

GUARDA 2.°

Sin duda.

RODULFO.

Él lo debió de entender.

GUARDA 1.°

¿Qué es lo que habemos de hacer?

RODULFO.
Seguirle.
GUARDA 2.°
El intento muda,
Y di al Duque que le dejas
Muerto.
RODULFO.
Vámosle á buscar;
Que, no le pudiendo hallar,
Sosegaremos sus quejas
Con decir que es muerto.
GUARDA 1.°
En vano
Teme, asegurarle puedo.
RODULFO.
Mal sabes tú lo que es miedo
En un príncipe tirano.

Vanse.

Belardo, Febo y Lucinda.

BELARDO.
Échalas por acá abajo.
¡Mal les haga Dios, amén!
LUCINDA.
Sábeles, Belardo, bien
El tomillo.
BELARDO.
¡Hay tal trabajo!
FEBO.
Mucho en cólera te ciegas;
Pues es bien que consideres
Que cabras, sarna y mujeres
Son golosas y andariegas.
Todo el monte anda la cabra,
Y la sarna un cuerpo todo;
La mujer, del propio modo,
Come y anda, cunde y labra.
LUCINDA.
¡Las malicias del rapaz!

Demetrio y Rufino de segadores.

DEMETRIO.
Aquí hay gente.
RUFINO.
¿Hay qué comer?
FEBO.
Pollos debéis de traer:
No les faltará el agraz.
DEMETRIO.
¿Ansí llegas?
RUFINO.
Pues ¿qué quieres, (Ap. á Dem.)
Si rabio de hambre, señor?
DEMETRIO.
¿Sois vos el dueño, pastor?
BELARDO.
Yo soy.
RUFINO.
Buen hombre, ó quien eres,
¿Hay algún cabrito asado?
¿Hay algún pan por acá
Sobrado?
BELARDO.
Sobrado está,
Que está en la parva del prado.
¿Quién sois?
RUFINO.
¡Bueno! ¿No lo veis?
Dos segadores.
BELARDO.
Por Dios,
Que tenéis talle los dos
De comeros otros seis.
DEMETRIO.
Padre, ¿hay que hacer por acá?
BELARDO.
No faltará si sois gente
De pro.
DEMETRIO.
Con él nos asiente,
Que la pro ya la verá.
BELARDO.
¿Recibirélos, Lucinda?
LUCINDA.
Pardiez, padre, que, á mi ver,
Bien los habéis menester.
FEBO.
Son tordos; ¡guarda la guinda!
BELARDO.
Las tierras del Romeral
Están ya que es bendición.
Ya los llevo, nuestros son.
¿Cómo os llamáis?
DEMETRIO.
Yo, Marzal.
BELARDO.
¿Y vos?
RUFINO.
Yo me llamo Bruto.
BELARDO.
¿Segáis bien?
RUFINO.
Ya lo verán.
De un golpe derribo..... un pan
De seis libras.
FEBO.
¡Oxte, puto!
RUFINO.
Tengo la hoz en la boca.
FEBO.
¡Mala pedrada que os den!
LUCINDA.
Marzal es hombre de bien,
Y regalarle me toca.
FEBO.
¡Cómo os llegáis al zagal
Antes que el zagal os ruegue!
Guardaos que Marzal no os pegue
El fuego de San Marzal.

Vanse.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El conde Palatino, Margarita y el Duque de Arnies, de caza, con venablos.

CONDE.

Por aquí descendió corriendo al río;
No habrá llegado al agua.

MARGARITA.

Entre estos árboles
Se debió de quedar.

CONDE.

Ansí contemplo
Nuestra vida veloz, que va corriendo
Al mar de nuestra muerte.

DUQUE.

Si estuviera
Entre estos blancos álamos, no hay duda
Que volviera á seguir á nuestras voces
El fugitivo curso que llevaba.

CONDE.

Yo quiero entrar á ver si, por ventura,
Le saco desta fértil espesura.

Vase.

DUQUE.

¿Hasta cuándo, Margarita,
Tendrá mi loca esperanza
Fuerzas contra tu mudanza?

MARGARITA.

¡Cuánto la ocasión incita!
¿Tú no ves, Duque, el rigor
Del Conde, mi padre?

DUQUE.

Advierte
Que el imperio de la muerte
Es feudatario al amor.
Vuelve esos ojos al alma,
Que no tiene luz sin ellos;
Que en rendillos, no en querellos,
Consiste de amor la palma;
Pues conocido el intento
Con que los míos te ven,
Bien merecen que les den
Los tuyos alojamiento.

MARGARITA.

Quejarte de mí pudieras
Si me vieras inclinada
Á otra cosa.

DUQUE.

¿En ser amada
Y en no amarme perseveras?
¡Nuevo modo de matar!
No sé cómo puede ser
Que el aprender á querer
Consiste en dejarse amar.

El Conde.

CONDE.

Por más que entre las ramas destos árboles
Hice rüido y sacudí las hojas
Con el venablo, no parece el gamo.

MARGARITA.

Sentémonos al pie de aquesta fuente,
Que parece que llama con su risa.

DUQUE.

Allí se ven algunos segadores,
Que nos dirán si por aquí le vieron.

MARGARITA.

Paréceme que ya del rubio trigo
Las hoces sutilísimas suspenden,
Y con alegre música descienden.

Segadores, cantando; Demetrio, Rufino, Belardo, Lucinda y Febo.

SEGADORES.

Cantan.

Blanca me era yo
Cuando entré en la siega;
Dióme el sol, y ya soy morena.
Blanca solía yo ser
Antes que á segar viniese;
Mas no quiso el sol que fuese
Blanco el fuego en mi poder.
Mi edad al amanecer
Era lustrosa azucena;
Dióme el sol, y ya soy morena.

BELARDO.

En aquesta verde orilla
Os podéis todos sentar.

RUFINO.

Ya rabio por merendar.

LUCINDA.

Gente hay aquí de la villa.

DEMETRIO.

¡Triste de mí! que, aun apenas (Aparte.)
Veo de la corte gente,
Cuando mi sangre inocente
Se vuelve hielo en mis venas.
¿Rufino, quién serán éstos? (Aparte á él.)

RUFINO.

¿Quién te puede conocer
En tierra extraña?

FEBO.

Á placer
Tomad por la hierba puestos,
Y tenderé los manteles.

CONDE.

¿Hay para todos, amigos?

RUFINO.

¡No se hiciera sin testigos! (Aparte.)

BELARDO.

Háblalos tú como sueles.

FEBO.

Por Dios que, si lo traéis,
Que á muy buen tiempo llegáis.

DEMETRIO.

Si por el monte cazáis,
Gana de comer tendréis.

RUFINO.

Lo que come un cazador.....

FEBO.
Comen y mienten que es gloria;
Más mienten en una historia
Que un hombre que tiene amor.
LUCINDA.
¡Ay, qué señora tan linda!
Nunca me habéis hecho á mí,
Padre, un vestidillo ansí.
BELARDO.
Yo soy labrador, Lucinda;
Conforme á mi calidad
Te visto.....
LUCINDA.
También lo creo.
BELARDO.
Ricas telas del deseo
Bordadas de voluntad.
LUCINDA.
¡Á fe que estáis de gobierno!
De la voluntad, es llano
Que es muy caliente el verano
Y el mismo hielo en invierno.
FEBO.
Según eso, á la veleta
Se debe de parecer.
DEMETRIO.
¡Qué bellísima mujer! (Aparte.)
¡Á cuanto mira sujeta!
¡Dichoso el que amaneciere
Con tan bello sol al lado!
RUFINO.
¡Que á este tiempo haya llegado! (Aparte.)
¿Qué es lo que esta gente quiere?
DEMETRIO.
¡Qué rostro! ¡Qué hermoso brío! (Ap.)
Un hielo puede encender.
RUFINO.
Si es que habemos de comer,
Soltad la merienda, tío.
BELARDO.
Si alguna cosa mandáis,
Aquí, señor, nos tenéis;
Si no, perdón nos daréis.
CONDE.
Contento en veros me dais.
Merendad, que ver me agrada
El modo.....
RUFINO.
¿Quién sois, vecino?
CONDE.
Soy el Conde Palatino,
Vuestro señor.
RUFINO.
¡Mas nonada!
BELARDO.
¡El Conde! Echaos en el suelo.
FEBO.
¿Ha de pasar por encima?
BELARDO.
Si un rey la humildad estima
A ejemplo del mismo cielo,
De rodillas os suplico
De mi casilla os sirváis
Mientras vuestra gente halláis.
CONDE.
¿Qué palacio habrá más rico?
Digo, amigos, que la aceto.
BELARDO.
Guiad á la casería.
Por aquí, señora mía.
DEMETRIO.
¡Alto y celestial sujeto! (Aparte.)
Escucha y déjalos ir,
Rufino. (Aparte á él.)

Vanse todos menos Demetrio y Rufino.

RUFINO.
¿Qué te parece
El Conde?
DEMETRIO.
El bien que me ofrece
El cielo quiero seguir.
RUFINO.
¿Cómo?
DEMETRIO.
El Conde Palatino,
Que agora vive en Livonia,
Es del gran Rey de Polonia
Amigo, deudo y vecino.
Ir quiero tras él y entrar
Á servir algún criado
De su casa, disfrazado
Hasta que le pueda hablar.
Y si el Conde hablase al Rey
Y el Rey me diese favor
Para hacer guerra al traidor
Sin Dios, sin alma y sin ley,
Que usurpa el imperio mío,
No dudes que le cobrase
Y que al Conde le pagase
Con la vida que le fío,
Y aun con tomar por mujer
Su bella hija.
RUFINO.
Señor,
Ya es tiempo que tu valor
Comience á darse á entender.
No me ha parecido mal
Que sigas al Conde.
DEMETRIO.
Quiero
Servir, Rufino, primero
En traje tan desigual
Que nadie entienda quién soy.
RUFINO.
Todo será menester.
DEMETRIO.
Que me venga á conocer
La envidia temiendo estoy.
RUFINO.
Busca un oficio que tenga

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tu rostro desconocido.

DEMETRIO.

En el oficio he caído
Para que, aunque el mundo venga,
No me pueda conocer.

RUFINO.

¿Y es?

DEMETRIO.

Servir en la cocina,
Donde el carbón y la harina
Me sabrán desconocer.

RUFINO.

Bien dices; y allí sabrás
(Porque es palacio, en efeto)
Del tirano con secreto,
Y algún principio darás
A la justa ejecución
Del reparo de tu estado;
Que en un monte desterrado
Nunca hallarás ocasión.

DEMETRIO.

¿Reparaste en la divina
Hija del Conde?

RUFINO.

¡Pues no!

DEMETRIO.

Matóme.

RUFINO.

Así te envió,
Como caza, á la cocina.

DEMETRIO.

¡Ojalá que el corazón
Le guisara yo de modo
Que le supiera bien todo!

RUFINO.

Pícale, y harasle alcón.
Mas di: ¿tengo yo también
De ser pícaro contigo?

DEMETRIO.

Quien es en el daño amigo,
También lo será en el bien.
Vamos, que si en la cocina
Conmigo sirves, es ley
Justa que, siendo yo rey,
Seas rey.

RUFINO.

Señor, camina;
Que con ánimo español
Seré, pues siempre le tuve,
Nube cuande fueres nube,
Y sol cuando fueres sol;
Que si un alma es adevina,
Tú serás emperador
Tras ser fraile y segador
Y pícaro de cocina.

Vanse.

Boris y Rodulfo.

RODULFO.

Crecen los desatinos de la gente,
Y pienso que ha nacido.....

BORIS.

No prosigas:
Dirás que soy mal quisto.

RODULFO.

Culpa tuya,
Que tienes algo de cruel.

BORIS.

Rodulfo,
¿Qué agravios, qué crueldades hechas tengo
De que puedan quejarse estos Estados?
Diez y seis años há que reino en ellos:
¿Quién de toda Moscovia y de Casano,
Hasta el más vil y más remoto tártaro,
Puede decir que le tomé su hacienda,
Que hice imposición, fuerza ó tributo
Que fuese injusto, exorbitante y feo?

RODULFO.

Señor, bien puede ser que injustamente
Tu Estado te aborrezca, alborotado
Con esta nueva de que vive y viene
Demetrio contra ti.

BORIS.

Pues si es ansina,
¿Por qué llamas crueldad que yo castigue
Los que tratan de hacer con ese engaño
Tanto daño á la paz de aqueste imperio,
A mi sosiego y de mis hijos?

Un capitán con soldados, que traen preso á un astrólogo.

CAPITÁN.

Entra,
Fiero alborotador de la república.

BORIS.

¿Qué es esto?

RODULFO.

Traen preso á un hombre.

CAPITÁN.

Á Boris.

Agora
Conocerás el gusto y diligencia
Con que te sirvo; aqueste es el astrólogo
Que ha dicho que Demetrio vive.

BORIS.

El cielo
Castigue, loco, tu arrogancia vana.
¿Cómo alborotas mis Estados?

ASTRÓLOGO.

Nunca
Fué, mi señor, mi intento alborotarlos.
Como vi que trataban vulgarmente,
Y aun entre las personas muy ilustres,
De la vida del príncipe Demetrio,
Quise saber la causa, y ya me pesa.
Las doce casas escribí en un pliego;
Y poniendo los signos y planetas
En el lugar del sol y de la luna,

Hallé, juzgando la figura.....

BORIS.

Calla.

ASTRÓLOGO.

No hallé nada, señor; que bien entiendo
Que no se ha de dar crédito á estas cosas;
Que por eso esta ciencia se reprueba
Respecto de que el vulgo é ignorantes
Ponen en ella fe.

BORIS.

¿No sabes, necio,
Que llama engañadores é infieles
Tácito á los astrólogos, y afirma
Que en Roma se vedaron para siempre?

ASTRÓLOGO.

Alguna vez también, escribe Séneca,
Que dicen cosas ciertas los astrólogos.

BORIS.

Pues mira lo que dice Favorino,
Referido por Celio; mira á Erasmo.
¿Ó verdadero, ó falso, ó incierto dices?
Si incierto, ¿de qué sirve? Pues si falso,
¿Qué más mal que engañar con la mentira?
Si verdadero, ó es alegre ó triste:
Si triste, antes de tiempo te entristeces;
Si alegre, te fatigas esperándolo.
Pues mira luego lo que Tulio siente.
¿Qué mucho reprobándolo los santos
Y los profetas?

ASTRÓLOGO.

Gran señor, si fuera
Lícito disputar el bajo súbdito
Con el señor y príncipe, sospecho
Que te dijera en lo que es cierta ó falsa.

BORIS.

¿Quiéres ver cómo es falsa?

ASTRÓLOGO.

¿De qué suerte?

BORIS.

¿Cómo has pensado tú morir?

ASTRÓLOGO.

Yo pienso
Que tengo un gran peligro; mas si puedo
Salir agora dél, mi vida es larga.

BORIS.

Albán, cuélgale luego de las rejas
Deste palacio, á vista de los locos
Que creyeron sus fábulas y círculos,
Pues que quieren con mil y treinta estrellas
Saber lo que hace Dios con mil millones.

ASTRÓLOGO.

¡Señor, piedad!

BORIS.

Si fueras buen astrólogo,
Supiéraste guardar deste peligro.
Tirad con él.

CAPITÁN.

Camina.

El capitán y los soldados se llevan al astrólogo.

BORIS.

Y tú, Rodulfo,
Desvélate en buscar mis enemigos,
Y no me des consejos excusados.

Vase.

RODULFO.

Con la sonda en la mano eternamente
Ha de andar el que sirve, porque un príncipe
Tiene en la voz la espada de la suerte
Que el basilisco en la mirada fiera,
Porque es matar decir que un hombre muera.

Vase.

Un veedor y un maestresala.

VEEDOR.

¿No está á punto la comida?

MAESTRESALA.

Todo está á punto, señor;
Mas permitid por favor
Que sólo un instante os pida.
Ea, pícaros, daos prisa.
¿Tengo de enojarme?

Sale Rufino, tiznado, de pícaro (1).

RUFINO.

Ya
A punto lo asado está.
¡Cielos! Si yo me muevo á risa. (Aparte.)
¿Cuánto más el ver asar
A un nieto de emperadores?

Sale Demetrio de pícaro, con su delantal.

DEMETRIO.

Todos estos asadores
Puedes aparte arrimar.

MAESTRESALA.

¿Están las perdices bien?

DEMETRIO.

En un punto se pasaron.

MAESTRESALA.

¿Y los capones?

DEMETRIO.

Quedaron
A que una vuelta les den.

MAESTRESALA.

Los dos pavos.....

DEMETRIO.

Esos creo
Tienen algo que esperar.

MAESTRESALA.

La sopa.....

DEMETRIO.

Sólo afeitar
La sopa falta.

(1) Vestido de *pícaro de cocina*, de *pinche* ó mozo ordinario de cocina. *(Nota de Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

VEEDOR.
Deseo
Saber lo que afeite llamas.
DEMETRIO.
La canela es el color,
Y el azúcar es, señor,
El afeite de las damas.
MAESTRESALA.
Tú, ¿partistes los limones?
RUFINO.
Habrá media hora que están,
Amo mío, maese Juan,
Con más ruedas que pavones.
VEEDOR.
Ya da prisa el mayordomo.

Vanse el maestresala y el veedor.

RUFINO.
Triste vida es cocinero,
Pues como lo que no quiero
Y lo que quiero no como.
Como el humo, que desamo,
A la lumbre noche y día.
Y la carne que querría,
Esa se come mi amo.
¿Sabes, maese Andrés, qué siento?
DEMETRIO.
¿Qué sientes, maese Pasquín?
RUFINO.
Que es este oficio rüin
Un camaleón del viento.
DEMETRIO.
Que otros me guisen espero
Lo que tengo de comer.
RUFINO.
Una cosa viene á ser
Alcahuete y cocinero.
DEMETRIO.
¿Cómo puede ser que haga
Igualdad?.....
RUFINO.
En esta forma:
Que guisa, junta y conforma
Para que coma el que paga.
DEMETRIO.
Ya la comida han subido.
Bien puedes luego sacar
El recado de fregar.
RUFINO.
¡A fregar hemos venido!
DEMETRIO.
Camina presto.
RUFINO.
Señor,
Tanta humildad me enternece.

Vase.

DEMETRIO.
Esta humildad os ofrece,
Cielos, mi antiguo valor.
Recibid de un perseguido,
Aceptad de un desdichado
En traiciones engañado,
Con deslealtades nacido,
Estos inmensos trabajos.

Rufino, que vuelve con una caldera de agua y recado para fregar.

RUFINO.
Aquí está ya el fregatorio.
DEMETRIO.
Aqueste es el refitorio.
RUFINO.
Y éstos son los estropajos.
DEMETRIO.
Advierte, hidalgo español,
Pues sabes mi majestad,
Que el oro de mi humildad
Se afina en este crisol.
RUFINO.
Harto mejor se afinara
En la olla que llevaron
La mía.

Sale un paje.

PAJE.
Platos faltaron.
¡Hola, pícaros!
RUFINO.
Repara
En que hay un pícaro aquí
Que duque pudiera ser.
PAJE.
Y ¿quitárale el poder
La gran fortuna?
DEMETRIO.
Es ansí.

Friega Demetrio, y Rufino limpia los platos.

PAJE.
Siempre aquestos desdichados
Se nos fingen bien nacidos.
DEMETRIO.
Si estamos tan mal vestidos,
No fué por no ser honrados.
Yo salí á correr un toro,
Y por escapar la vida,
Traigo la capa rompida,
Que traje bañada en oro.
Cuando niño, me prendió
Su alguacil de la fortuna;
Pero déjele la cuna
En que acostado me halló,
Y vine de una corrida
Hasta donde Dios lo sabe;
Porque es bien perder la nave
Porque se salve la vida.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RUFINO.
Ya están limpios: toma, y trae
Algo que coma.
PAJE.
Sí haré.

Vase.

RUFINO.
El pajecillo se fué.

Otro paje, con una pella en un plato.

PAJE 2.°
Este necio en todo cae: (Aparte.)
Pues esta vez no lo vió,
Comeréme el manjar blanco.
RUFINO.
¡Manjar blanco! ¿Soy yo manco?
PAJE 2.°
¡Ay! ¿Quién me lo toma?
RUFINO.
Yo.
PAJE 2.°
¡Pícaro!.....
RUFINO.
No hay que tratar.
Muquirélo á la española.
PAJE 2.°
¡Hola, pajes! ¡Pajes, hola!
RUFINO.
¿Qué sirve tanto holear?
Aunque estuviera oleado
Me lo había de comer.
DEMETRIO.
¡Maese Pasquín!
RUFINO.
No he de ser
En palacio corto.
PAJE 2.°
¿Has dado
Fin á la pella, marqués?
Pues aguarda, y lo veremos.
RUFINO.
Marqués dicen que seremos
En siendo rey maese Andrés.
PAJE 2.°
¡Vive Dios, que te he de echar
Un libramiento traidor!
RUFINO.
Á maese Andrés es mejor,
Que se procura librar.

Vase el paje.

DEMETRIO.
¿Que no quieres tener seso?
RUFINO.
Y ¿que no quieres saber
Lo que es pícaro, y comer
Como gavilán, en peso?
¡Ay, dichosa picardía!
¡Comer provechoso en pie!
¿Cuándo un pícaro se ve
Que muera de perplejía?
¡Ah, dormir gustoso y llano,
Sin cuidado y sin gobierno,
En la cocina el invierno,
Y en las parvas el verano!
Vida de rey fuera risa
Con esta vida ligera,
Si un pícaro se pusiera
Cada día una camisa.
Por esto le tratan mal,
Y causa al discreto enojos;
Que aquesto de tener piojos
Es temerario fiscal.
La honra, la presunción,
¿De qué sirven en el mundo?
DEMETRIO.
De dar almas al profundo
Y cuerpos á lo que son.

Tiano y Severio.

TIANO.
Suceso será notable
Si Demetrio es vivo.
DEMETRIO.
¡Ay, cielo! (Aparte.)
¡Mi nombre!
SEVERIO.
Lo que es recelo,
Y es que es el vulgo variable,
Amigo de novedad.
Como á Boris aborrece,
Da vida á Demetrio, y crece
Por una y otra ciudad.
Este correo que vino,
Que era vivo dijo.
DEMETRIO.
Espera.
RUFINO.
¿Qué quieres?
DEMETRIO.
Esa caldera
Lleva allá dentro, Rufino;
Que éstas son nuevas de mí. (Ap. á él.)
RUFINO.
Mira lo que haces. (Ap. á Demetrio.)
DEMETRIO.
No temas. (Ap. á Rufino.)

Vase Rufino.

TIANO.
Hablan con lenguas blasfemas
Deste Boris.
SEVERIO.
Y es ansí,
Y no les falta razón.
DEMETRIO.
Señores, aunque sea mengua

Que un hombre mueva la lengua
De tan baja condición
En presencia de criados
Del Conde, porque yo soy
De Moscovia y lleno estoy
De pensamientos honrados,
Me decid: ¿qué nuevas son
Las que de allá le han traído?

TIANO.

Riéndose.

Marqués, el Conde ha sabido
Que hay grande revolución.
En la mesa se ha tratado
Que Demetrio es vivo.

DEMETRIO.

¡Vivo!

TIANO.

Y que aquel tirano altivo
Mata á quien lo dice, airado;
Que se previene de gente,
Que á un astrólogo ahorcó,
Y que á dos nobles cortó
Los cuellos públicamente.
Las mesas alzan, Severio.
Vamos á dar aguamanos.

Vanse.

SEVERIO.

Vamos.

Vase.

Demetrio.

DEMETRIO.

¡Cielos soberanos,
Dadme mi paterno imperio!
¿Qué fama es ésta ó por quién?
Si yo soy que vivo estoy,
¿Cómo diré que yo soy
Para que el reino me den?
¿Osaréme descubrir
Al Conde? Sí, que es señor
De gran valor; y el valor
¿Cómo le puede encubrir
La maldad y la traición?
Su hija es ésta. ¿Qué haré?
¡Ay cielo! ¿Cómo me entré?
Mas vuestros secretos son.
Ya me ha visto; ya no puedo
Volverme atrás

Margarita.

MARGARITA.

¿Qué es aquesto?
Di, villano, ¿quién te ha puesto
En este lugar?

DEMETRIO.

¡Qué miedo! (Aparte.)
¿Iréme? ¿Responderé?
¿Diré quién soy?

MARGARITA.

¿No responde?

DEMETRIO.

Gran señora, busco al Conde.

MARGARITA.

Pues ¡tú al Conde! ¿Para qué?

DEMETRIO.

Sirvo al Conde, mi señor,
En la cocina.

MARGARITA.

¿Qué intento
Te ha dado ese atrevimiento?

DEMETRIO.

Señora, mi gran valor.

MARGARITA.

¿Eres truhán?

DEMETRIO.

Sí, señora;
Que el gran valor que decía
Fué burlas.

MARGARITA.

Eso sería.

DEMETRIO.

Pretendo ser duque ahora
Y emperador.

MARGARITA.

Bien harás.
¡Locura maravillosa!

DEMETRIO.

Pienso que ninguna cosa,
Si yo lo soy, perderás.

MARGARITA.

¿Harásme merced?

DEMETRIO.

Sospecho
Que te haré mayor señora;
Porque el alma que te adora
Más te ha dado en darte el pecho.

MARGARITA.

¡Amores también!

DEMETRIO.

También.
¿Qué loco has visto, señora,
Sin punto de amor?

MARGARITA.

Agora
Te voy conociendo bien.

DEMETRIO.

Si Dios me lleva al estado
Que pretendo, tú has de ser
Mi mujer.

MARGARITA.

¿Yo tu mujer?

DEMETRIO.

Esta noche lo he soñado.

MARGARITA.

¡Buenos pensamientos tienes!

DEMETRIO.

Si Dios los deja lograr,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tú me verás coronar
De oro y laurel las dos sienes.

MARGARITA.

¿Qué le llevas que decir
Á mi padre?

DEMETRIO.

Grandes cosas
Que parecen fabulosas;
Que sabe el tiempo fingir,
Y el presente en que me veo,
Á aqueste disfraz me obliga.

MARGARITA.

Pues Vuestra Alteza prosiga:
Saber su nombre deseo.

DEMETRIO.

Yo me llamo el Perseguido
Del nuevo Herodes cruel;
Pero en viéndome con él,
Se verá á mis pies rendido;
Que espero en Dios que ha de darme
De mi enemigo victoria
Para aumento de tu gloria.

MARGARITA.

Ni acierto á irme ni á estarme.

DEMETRIO.

Pues estáte, de mi voto,
Y vete.

MARGARITA.

En verte me río,
Para ser truhán tan frío,
Y para señor tan roto.
Ven, porque te vea agora
Mi padre.

DEMETRIO.

Harásme favor.

MARGARITA.

Entrad, roto emperador.

DEMETRIO.

Entro, sana emperadora.

ACTO TERCERO.

El Rey de Polonia, el conde Palatino, un camarero, y criados.

REY.

Seáis, Conde, bien venido.

CONDE.

Vuestra Majestad, señor,
Me dé sus pies; sus pies pido.

REY.

Conde, á vuestro gran valor
Tenéis mi pecho ofrecido.
Una silla al Conde.

CONDE.

En todo
Honra Vuestra Majestad
Su hechura.

REY.

Ese estilo y modo
Dese pecho ilustre y godo,
Merece esta autoridad.
Tome Vuestra Señoría
La silla.

CONDE.

Tantos favores.....

REY.

Esta es corta cortesía:
Los méritos son mayores.

Siéntanse.

CONDE.

Señor, la venida mía,
Después de besar los piés
De Su Majestad, no es
Á cosa breve y ligera.

REY.

Salíos todos afuera.

Vanse el camarero y los criados.

Hablar puedes.

CONDE.

Oye, pues:
La opinión que se tenía,
Famoso Rey de Polonia,
De que Demetrio vivía,
Pasó de Moscua á Livonia,
Y de Tartaria á Rusía.
Creció de suerte, señor,
Á todos común deseo
De que fuese emperador
El que ser sin duda creo
Legítimo sucesor,
Que animado el encubierto
Príncipe de la piedad
General, se ha descubierto.

REY.

¡Cómo!

CONDE.

Vuestra Majestad
Escuche.

REY.

Luego ¿no es muerto?

CONDE.

No, señor.

REY.

Prosigue, acaba.

CONDE.

Sirviendo Demetrio estaba
En mi cocina.

REY.

¿Qué? ¿Dónde?

CONDE.

Sin duda.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REY.

¿Qué dices, Conde?

CONDE.

Tanto el temor le obligaba.

REY.

Advierte que la opinión
Del vulgo loco, atrevido,
Habrá hecho esta invención.

CONDE.

De que es Demetrio, he tenido
Bastante satisfacción.
Seis caballeros, criados
De su abuelo, con secreto
Á conocerle llamados,
Juran que es él.

REY.

¿En efeto
Vive?

CONDE.

Y pide sus Estados.
Las señas, la majestad
Del rostro, la autoridad,
Aunque en un roto vestido,
Muestran bien que no es fingido:
Ten por cierto que es verdad;
Que del modo que luciera
Un diamante si estuviera
En pardo plomo engastado,
Aquel valor heredado
Sale del vestido afuera.

REY.

Pues ¿no ha mudado vestido?

CONDE.

Hasta verte no ha querido.

REY.

¿Dónde está?

CONDE.

Quedó á la puerta.

REY.

La del alma tengo abierta,
Piadoso y enternecido.
¿Quiere verme roto?

CONDE.

Quiere;
Que cuanto más te moviere
Á compasión, más lo estima.

REY.

Á que me vea le anima.
Pero aguarda, Conde; espera,
Y una ropa le traerán.

CONDE.

No habrá remedio que quiera.

REY.

Pues dile que éntre.

CONDE.

Aquí están
Él y un español.

Va á una puerta y habla á Demetrio, que está fuera de la sala.

Ya espera
El Rey, y licencia os dan.

Demetrio y Rufino, de cocineros.

DEMETRIO.

Aunque el hábito, señor,
Sea de veros indigno,
Mi antigua sangre y valor
Dan atrevimiento digno
Á mi vergüenza y temor.
Dadme, señor, esos pies,
Que yo pongo en vuestras manos
Mi vida.

REY.

Al Conde.

¿Qué, es él?

CONDE.

Él es.

REY.

¿Cierto?

CONDE.

Temor de tirano
Le ha puesto como le ves.

REY.

Aunque viera á Valeriano
Puesto á los pies del Persiano,
Ó al Turco, del mundo asombro,
Dando á Taborlán el hombro,
Ó al grande Emilio Romano;
Aunque viera dando enojos
Á Pompeyo la Fortuna,
Y de un egipcio despojos;
Á Mario en una laguna,
Y á Belisario sin ojos;
Aunque á las cerdas sutiles
Del gran caballo de Aquiles
Viera á Héctor arrastrado,
Y á Julio César pasado
De cuatro puñales viles;
Aunque á Federico viera,
Cuando iba á Jerusalén,
Darle un río muerte fiera,
Ó preso al inglés por quien
Vió el Jordán nuestra bandera;
Ó agora viera la muerte
De mi padre, que en tan fuerte
Prisión acaba un traidor,
No tuviera más dolor,
Demetrio, que tengo en verte.
Bien has hecho de venir
Desa manera á mover
Mis ojos.

DEMETRIO.

¿Qué hará el oir,
Señor, si te mueve el ver?

REY.

Poco habrá que persuadir.
Siéntate.

DEMETRIO.

El hábito impide

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que me siente.

REY.

Tu valor
En las estrellas le pide.
Siéntate en medio.

DEMETRIO.

Señor,
De Tu Majestad divide
Esta ropa, que del toro (1)
Muestra la señal.

REY.

No ignoro
Que es tu vergüenza profunda;
Pero estás como en la funda
Viene de la mina el oro.
Mas tráigante de vestir.

DEMETRIO.

Primero, Rey, me has de oir.

REY.

Pues comienza, y di qué quieres.

DEMETRIO.

Que cuando lágrimas vieres.....

REY.

Sin miedo puedes decir.

Siéntanse todos tres, Demetrio en medio, y cúbrese con su sombrero de pícaro.

DEMETRIO.

Ínclito Rey de Polonia,
Gran Segismundo tercero,
De Cristina y de Teodoro
Soy hijo: yo soy Demetrio.
El gran duque Juan Basilio,
Fué, como sabes, mi abuelo;
Á mi padre dieron hierbas
Envidiosos caballeros.
La intención era matarle,
Pero quitáronle el seso;
Aunque hay muertes en la vida,
El que es loco, es vivo y muerto.
Mató el Duque á Juan, su hijo,
Que llamaba su heredero,
Riñendo con su mujer;
¡Mira lo que pueden celos! (2).
Murió de pena Basilio;
Mi madre, con poco acuerdo,
Dió á Boris, mi tío, su hermano,
Por su marido el gobierno.
Lo que ha hecho, ya lo sabes;
Mas sólo advertirte quiero
Que mi ayo, en mi lugar,
Cuando matarme quisieron,
Puso un hijo que tenía,
Y por lugares diversos
Me trujo y guardó mi vida
En traje y nombre encubierto
Que solamente sabía
Este español el secreto,
De mis trabajos testigo,
De mis desdichas consuelo.
Murió, y quedamos los dos
Sin padre, amparo y maestro (1);
Pero muriendo exhortóme
Á que cobrase mi imperio.
Lloré su muerte; y pensando
En el fin de sus consejos,
Vi que mi vida temía
El que me tuvo por muerto.
Con este miedo, señor,
Tomé un hábito de lego
En un monasterio santo.
Visitó Boris su reino,
Vióme, hablóme, y dióle al alma
Tanto cuidado y recelo,
Que mandó matarme. Yo
Salí por la huerta huyendo,
Donde (2) otras dos veces fuí
Fraile en otros monasterios;
Hasta que viví en un campo,
Labrador de pensamientos,
De donde, siguiendo al Conde,
Serví en su casa algún tiempo,
Disfrazado en la cocina,
Para vivir encubierto;
Donde oyendo que Moscovia
Con tanto aborrecimiento
Hablaba de su tirano,
Osé hablar al conde Aurelio.
El hizo las diligencias
Que sobre caso tan nuevo
Parecieron necesarias;
Y viendo que era tan cierto,
Á tu presencia me trujo,
De mis lágrimas y ruegos
Movido, de ver los daños
Que desterrado padezco.
Duélate un Emperador
A quien en tantos destierros
Se atrevió la hambre fiera,
No digo el calor y el hielo;
Que como me des tu ayuda,
Al cielo, á quien soy prometo
De confesar para siempre
Que cuanto fuere te debo.

(1) En el acto anterior se lee otra metáfora ó comparación del toro, y allí está bien expresada y es oportuna, y aquí no. Más arriba, para manifestar que Demetrio merece un asiento muy alto, se dice que el valor del Príncipe *pide asiento en las estrellas*. Hay en esta comedia una porción de trozos que parecen ingeridos por una mano muy distinta de la del gran poeta. *(Nota de D. J. E. Hartzenbusch.)*

(2) Basilio no mató por celos á su hijo; otro indicio de que esta comedia está remendada por alguno que no la había estudiado bien.

(1) En ninguna parte de la comedia se dice que Rufino hubiese tenido por padre, por maestro, ni aun por amparo, á Lamberto. *(Nota de D. J. E. Hartzenbusch.)*

(2) Salí huyendo *á otros puntos*, donde fuí fraile otras dos veces. *(Nota de Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REY.

Para significar como quisiera
Á Vuestra Majestad, Príncipe ilustre,
Mi sentimiento, fueran necesarias
Muchas razones justas, muchas lágrimas,
De que los perseguidos tienen copia,
Y vienen bien cuando consuelo piden,
Pero no cuando piden su remedio;
Y ansí, excusando de lo que él no sea
Algunas circunstancias, sólo digo
Que (fuera de la suma del dinero
Que fuere necesario para el gasto
De la casa y familia, que es tan justo
Que Vuestra Majestad tenga en Polonia)
Le haré cincuenta mil hombres de guerra.
Sin éstos, podré hacer de los confines
Cinco ó seis mil cosacos, gente diestra,
Que militaron con el rey Estéfano,
Y que tienen la guerra por ganancia.
Esto es de paso lo que ofrezco agora
Á Vuestra Majestad, porque quisiera
Verle mudar del hábito que tiene.

DEMETRIO.

Nunca yo tuve menos confianza
De Vuestra Majestad, que guarde el cielo,
Y á quien pido con lágrimas que premie
Tanta merced y beneficios tales.
Digo que agora mudaré vestido.

REY.

¡Hola!

Un camarero.

CAMARERO.

Señor.....

REY.

Vestidos al Rey, presto.
Entre Su Majestad.

DEMETRIO.

De ningún modo.

REY.

¡Por vida mía!

DEMETRIO.

Estimo el juramento.

Vanse el Rey, Demetrio y el Conde.

RUFINO.

Ya parece que levanta (Aparte.)
El cielo aquella inocencia.

CAMARERO.

Lo que manda el Rey me espanta. (Ap.)

RUFINO.

Descubrióse la excelencia (Aparte.)
De un Rey en miseria tanta.

CAMARERO.

Vestidos oí decir (Aparte.)
De rey; aquí me dirán
Á quién tengo de acudir.
¿Quién es aqueste truhán
Á quien manda el Rey vestir?

RUFINO.

Majadero camarero,
Ya que podemos hablar,
Quién somos deciros quiero,
Pues me venís á informar
Vos de que sois majadero;
Y vos, cuanto á vos, estáis
Á saber vos para vos
Con quién vos agora habláis,
Que vos sois vos, y por vos
Á vos mismo os agraviáis.
Éste á quien el Rey quería
Vestir, é hizo cortesía,
Es de Moscovia el Gran Duque,
Es de Astracán Archiduque,
Y Emperador de Rusía,
Rey de Tartaria, y señor
De cien provincias.

CAMARERO.

¡Ay, cielo!
¿Es Demetrio?

RUFINO.

¿En su valor
No lo has visto?

CAMARERO.

Sin recelo
Pido perdón de mi error.

De rodillas.

¡Hola! ¿Qué digo? ¡Criados!
Telas, brocados, bordados.....
¿Quién es Vuestra Señoría?
Porque vestirle querría.

RUFINO.

Á lo grave.

Soy quien rige sus Estados.
Marqués dicen que seré,
Duque dicen, Conde dicen,
Si Demetrio Rey se ve.

CAMARERO.

Pues bien es que le autoricen
Desde la cabeza al pie.
¿Qué color, Vueseñoría,
Quiere que le den?

RUFINO.

Querría
Azul, porque estoy celoso.

CAMARERO.

¿De quién?

RUFINO.

Muy á lo grave.

Ya estáis enfadoso.
Dejadme ¡por vida mía!
Dicen que tengo de ser
Galán de cierta mujer,
Y de celos me prevengo,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Que hasta agora no la tengo;
Pero puédola tener.

CAMARERO.

¿Qué caballo?

RUFINO.

Azul también.

CAMARERO.

¿Azul?

RUFINO.

Pues ¿qué se os da á vos?

CAMARERO.

Los pobres, cuando se ven
Ricos.....

RUFINO.

Bien dice, ¡por Dios! (Aparte.)
Haced que á comer me den:
El vestir, mando y replico;
Esto de comer, suplico.

CAMARERO.

Voy.

Vase.

RUFINO.

Por mí mismo he sacado
Que no hay necio más cansado
Que pobre que llega á rico.

Vase.

Boris, Orofrisa y Rodulfo, con una carta.

OROFRISA.

¿Tanto dolor os ha dado?

BORIS.

¡Vengo de pesar furioso!

OROFRISA.

Leédmela.

BORIS.

Estoy turbado.

Á Rodulfo.

De ti ¡infame! estoy quejoso.

RODULFO.

¡Señor!.....

BORIS.

Tú me has engañado.
¿Es éste el Demetrio muerto?

RODULFO.

¿Luego vive?

BORIS.

Y está cierto
Que está en Polonia.

RODULFO.

¡En Polonia!

BORIS.

Y que fué desde Livonia,
Dice esta carta, encubierto;
Y el Rey con gente le anima,
É iguala á Su Majestad.
Ya todo el vulgo le estima;
Pues ¿quién habrá, si es verdad,
Que su violencia reprima?

RODULFO.

Señor, tú propio has contado
Que mil hombres han tomado
Las personas de los muertos,
Y fingiéndose encubiertos,
Á mil reinos aspirado.
Mira que aquesto es fingido.

OROFRISA.

Que lo sea ó no lo sea,
Estando tú prevenido,
Jamás en lo que desea
Se verá restituído.
Escribe al Emperador,
Al Papa, á Bohemia, Hungría,
Y pide á todos favor.

BORIS.

Al Emperador querría
Hacer un embajador
Que ofrezca de parte mía
Paz y amistad verdadera,
Y gente, como le envía
Italia, contra la fiera
Guerra del Turco en Hungría.
Quiero ofrecerle un tesoro
En mis amorosas cartas,
Y conforme á su decoro,
Tantas cebellinas martas
Que valgan un millón de oro.
Al Papa quiero escribir
Que soy Príncipe clemente
Y católico, y pedir
Que al rey Segismundo intente
Este designio impedir;
No habrá príncipe de quien
Demetrio espere favor.
En este intento, con quien
No trate paz por amor,
Ó por interés también.....
Aunque mejor medio fuera
Matarle si yo pudiera.

OROFRISA.

Pues ¿por qué no has de poder,
Sin aguardar á temer
Lo que si él vive se espera?
¿Para qué es la industria, el oro,
El poder y el amistad?

BORIS.

Daré, Orofrisa, un tesoro
Á quien le mate.

RODULFO.

Escuchad;
Que yo la prenda que adoro
Quiero dejar por resguardo
De que iré á dalle la muerte.

BORIS.

¡Oh, buen Rodulfo gallardo!
¡Cómo cumples desa suerte
Lo que de tu pecho aguardo!
Mas porque vayas mejor,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Si en la libertad repara,
Irás por embajador
Al mismo Rey que le ampara.
Quejoso de su rigor,
Di el agravio que recibo
En que á un fingido villano
Dé crédito.....

RODULFO.

Yo apercibo
Mi partida.

BORIS.

Y cuán en vano
Piensa que Demetrio es vivo.
Camina presto.

RODULFO.

Yo voy
Á servirte.

Vase.

BORIS.

Triste estoy.
Con razón tengo cuidado.

Eliano.

ELIANO.

Otras nuevas han llegado.

BORIS.

El blanco del vulgo soy.

ELIANO.

Dicen, señor, que ha salido
Demetrio, ya revestido
De sus títulos y nombres,
Con cincuenta y dos mil hombres.

BORIS.

¡Brava desvergüenza ha sido!
¡Que esto el de Polonia intente!
¿Hay tal maldad?

OROFRISA.

Gran señor,
Toma las armas.

BORIS.

En gente,
En oro, en fuerza, en valor,
Le venceré fácilmente.
Salgan luego mis banderas,
Cubran las verdes riberas
Del Boristenes helado;
Marchen en campo formado
Las bien armadas hileras.
Cien mil hombres llevaré;
Los veinte mil á caballo,
Los ochenta mil á pie.

OROFRISA.

Algún infame vasallo
Autor deste enredo fué.
Pues yo tengo de ir contigo.

BORIS.

Y nuestros hijos irán,
Aunque pequeños, conmigo.

OROFRISA.

Bien haces, y aprenderán
Á dar á infames castigo.

BORIS.

Haz una horca, Eliano,
Mientras que voy á prender
Á este fingido villano.

ELIANO.

La de Amán te pienso hacer. (Aparte.)

BORIS.

¿Qué dices?

ELIANO.

Que aun es temprano.

BORIS.

Vamos.

Vanse Boris y Orofrisa.

ELIANO.

Todos con deseo
De ver su Príncipe están.
Ya me parece que veo
Triunfar del soberbio Amán
Al humilde Mardoqueo.

Vase.

Margarita y Lisena en un balcón.

LISENA.

Desde este balcón, señora,
Verás el lucido alarde
Del Príncipe.

MARGARITA.

Dios le guarde.

LISENA.

¿Eso respondes agora?

MARGARITA.

Y le dé victoria, amén;
Pues es la causa tan justa,
Que favorecerle gusta
Mi padre, y el Rey también.

LISENA.

Ayer, roto, le tenías
Por truhán, y hoy ¿le deseas
Tanto bien?

MARGARITA.

Para que veas
Sus venturas y las mías.
Palabra me dió desnudo
De que seré su mujer.

LISENA.

Vestido, podrá romper
La que roto darte pudo.
Agora es Gran Duque y Rey,
Entonces era una sombra.

MARGARITA.

El alma siempre se nombra
De un valor y de una ley;
Y pues la misma tenía,
No dudes que era verdad
La fe de la voluntad,
Pues yo le he dado la mía.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Salen capitanes y soldados, y sacan una bandera con un sol que una mano saca de unas nubes, y hay algunas aves huyendo. Salen el conde Palatino, Rufino y Demetrio, con un bastón y gola, muy galán, y el Rey de Polonia, también muy galán, con capa adornada de camafeos.

REY.
Dios te haga venturoso.
DEMETRIO.
Mi fe en su piedad espera.
REY.
La empresa de la bandera
Me da á entender.
DEMETRIO.
Rey famoso,
Deste sol que ves aquí,
Mi nuevo oriente se arguya,
Porque aquella mano es tuya
Que me saca al mundo ansí.
Los nublados son mis graves
Penas y rotos vestidos.
Destos rayos esparcidos
Van huyendo aquellas aves:
Buhos y mochuelos son,
Y otras que de noche vuelan,
Que apenas el sol recelan,
Cuando huyen.
CONDE.
La invención
Es como de ingenio tal.
La letra dice.....
DEMETRIO.
«En naciendo.»
REY.
Todo el pensamiento entiendo,
Digno de un pecho Real.
Muestra que Boris, tirano,
Y los que le dan favor,
Han de huir del resplandor
Del sol que saca esta mano:
De manera que, en naciendo
Su luz, el vuelo les quita.
¿Quién está allí?
CONDE.
Margarita,
Mi hija.
DEMETRIO.
¡Á verme, partiendo!

Hácense cortesías.

¡Notable favor, señora!
MARGARITA.
Nuevo Alejandro segundo,
¿Vais á conquistar el mundo?
¿Sol lleváis?
DEMETRIO.
El de esa aurora:
Y esos ojos, Margarita,
De luz divina adornados,
Han subido á tantos grados
La que al sol la suya quita,
Que le han convertido en fuego;
De cuyo fuego nació
Este sol que llevo yo,
Con que tantas aves ciego.
MARGARITA.
Luego ¿podré estar segura
De la palabra?
DEMETRIO.
Y tan cierta
Si este sol á verse acierta
En el centro que procura,
Que antes dejaré de ser
Que dejarla de cumplir.
MARGARITA.
Si á un rey se puede pedir,
Y obliga el dar la mujer,
No miréis, para rompella,
Que tan roto me la distes.
DEMETRIO.
Si vestida el alma vistes,
Desa salió á vos por ella.
Y palabras desa suerte,
Dadas á personas tales,
Son espíritus vitales
Que se rompen con la muerte.
El cielo en mi bien se muda.
MARGARITA.
Vamos, Lisena, de aquí,
Que no es bien estar ansí.
¡Dios en tu defensa acuda!

Quítanse del balcón Margarita y Lisena.

DEMETRIO.
Vuestra Majestad me dé
Su bendición.
REY.
Con los lazos
Destos amigables brazos
Y testigos desta fe.

Abrázanse.

Dios, Demetrio valeroso,
Te restituya en tu imperio.
DEMETRIO.
No me guardó sin misterio
De un hombre tan cauteloso.
Dios me dé victoria dél
Y tiempo de agradecerte
Tanta merced.
REY.
Conde, advierte
Que llevas un hijo en él,
Tuyo por obligación,
Y mío por voluntad.
CONDE.
Crea Vuestra Majestad
Que intentos del cielo son.

Vanse.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El Rey de Polonia y el Duque de Arnies.

DUQUE.

En este punto ha llegado
De Boris embajador.

REY.

¡Embajador de un traidor!

DUQUE.

¿Por qué traidor le has llamado?

REY.

Duque, vos sois de su parte:
Entre, y no me repliquéis.

DUQUE.

Yendo á avisar.

Entrar, Rodulfo, podéis.

Sale Rodulfo.

RODULFO.

Guárdete Dios.

REY.

De ayudarte. (Aparte.)

RODULFO.

El Gran Duque, señor, á ti me envía
Con justa queja de una cosa injusta
Que apenas creo de la vista mía.
Dice que tu persona heroica, augusta,
Ha sido indigna á dar crédito á un loco
Que de engañarte con quimeras gusta.
Sin las dificultades que no toco,
Se ve que en lo que agora intenta ha dado
Á un hecho grande fundamento poco.
Este nuevo Demetrio, levantado
De la espuma vulgar, del lodo infame
Del pueblo, á novedades inclinado,
¿Por qué quieres que príncipe se llame
Siendo hijo de un clérigo que hoy vive,
Y que esta voz y fábula derrame?
El proceso tendrás, que ya se escribe,
De la vida de aqueste sedicioso,
De quien Moscovia tanto mal recibe.
Fué estudiante primero y religioso,
Y en desprecio del hábito, soldado;
Fué encantador y astrólogo famoso.
Por salteador ha sido castigado:
¡Qué bien vendrá la púrpura en espaldas
De un hombre infame en público afrentado!
¡Qué bien vendrán las hojas de esmeraldas
Del divino laurel, á quien se ordene (1),
Y el cetro á quien merece rueca y faldas!
Ya el Papa deste vil noticia tiene:
Descomulgarte en cónclave se trata,
Y aun el Emperador armas previene.
Á la remota España se dilata
La nueva; de tu error todos se admiran;
De tu inocencia todo el mundo trata.
Á su ejemplo, también otros aspiran,
Y hay mil Demetrios ya: pues ¿cómo quieres
Hacer secreto lo que tantos miran?
¿Qué puede haber que de un traidor esperes,
Que tiene ya la horca apercibida?
Siendo cristiano, Príncipe, y quien eres,
No dejes la amistad, tan bien nacida,
De Boris, el Gran Duque, rico y noble,
Ni desprecies que agora, Rey, te pida
Que adornes de su cuerpo infame un roble
Para que sirva á los demás de ejemplo,
Pues no es razón que tu valor se doble,
Que ha tenido en la fama heroico templo.

REY.

Estoy desa relación,
Embajador, admirado.
Basta, que me han engañado.
¡Qué extraño enredo y traición!
Mas no pasará adelante.
Yo escribiré al Conde luego
Que le abrase en vivo fuego.
Duque, ¿hay traición semejante?

DUQUE.

Todo el mundo, gran señor,
De tu engaño murmuraba.

REY.

Como el Conde le fiaba,
Dí crédito á tanto error.
Voy á escribir que en el punto
Que llegues corte su cuello.

RODULFO.

¿Yo iré con la carta?

REY.

En ello
Me servirás.

Vase.

DUQUE.

No pregunto,
Rodulfo, si es ó no es
Este Demetrio, mas digo
Que soy de Boris amigo
Y que me corre interés.
Quiere el conde Palatino
Casarle con Margarita,
Y de mis brazos la quita.

RODULFO.

Tu pensamiento adivino;
Mas no temas, que sin duda
Demetrio, fingido ó cierto,
No puede escapar de muerto.

DUQUE.

¿Y si el Rey de intento muda?

RODULFO.

Ya con cien mil hombres marcha
Boris, ceñidas las sienes
De laurel, al Boristenes,
Sin temer su helada escarcha,

(1) En las ediciones antiguas dice:

Del divino laurel *entre las sienes.*

Sienes no es consonante de *tiene.*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Adonde le hará pedazos
Con victorioso trofeo.

DUQUE.

¡Ay, Margarita, no creo
Que te han de gozar mis brazos!

Vanse.

Demetrio, el conde Palatino y Rufino.

CONDE.

Impórtanos, pasando aqueste río,
Cuidado y vigilancia, ilustre Príncipe.

DEMETRIO.

Mayor importa en tan obscuras selvas,
Donde tengo noticia que escondidos
Algunos enemigos nos esperan.
Mucha gente nos falta.

CONDE.

Dicen muchos
Que con dineros Boris los atrae;
Que es invencible el oro.

DEMETRIO.

¡Ah, cielo santo!
Yo, pobre, sin tesoro y sin ejército,
Pues que me falta gente cada día,
¿Cómo podré salir con tal empresa
Y contra el más cruel y poderoso
Tirano que hasta agora el mundo ha visto,
Aunque entren los Dionisios de Sicilia,
Polícrates en Éfeso, y Busiris
En Egipto, pues todos no le igualan?

Eliano y Finea.

ELIANO.

Dando el debido respeto (Ap. á Finea.)
Que se debe á las sagradas
Letras, no habrá, te prometo,
En las historias pasadas
Hazaña de tanto efeto.
Dejo á Judit y á Jahel;
Pero daránte el laurel
Dálida y Amalasiunta,
Si con esta aguda punta
Pasas su pecho cruel.
De su parte estaba yo,
Mas Boris me prometió
Darme un título, que ha sido,
Finea, el que me ha traído,
Que razón y gusto, no.

FINEA.

Á mí me trujo el quererte
Y el decir que has de casarte
Conmigo si le doy muerte.

ELIANO.

Si él apetece el gozarte,
En que es muy seguro advierte.
Será secreto el lugar,
Y que le podrás matar
En su deleite ocupado,
Es sin duda.

RUFINO.

A Demetrio.

Aquí ha llegado
Gente que te quiere hablar.

DEMETRIO.

¿Qué queréis?

FINEA.

Yo te buscaba.

DEMETRIO.

Pues ¿quién eres?

FINEA.

¿No lo ves?
Cuando tu ejército entraba
Por el bosque del Simbés,
Con este soldado estaba.
Vite, Demetrio, y nací
Con flaqueza de mujer
Que vive ansí.

DEMETRIO.

Pues de mí,
¿Qué es lo que puedes querer?

FINEA.

Óyeme en secreto.

DEMETRIO.

Di.

Hablan Demetrio y Finea aparte.

ELIANO.

¡Así se conciertan, cielos,
Y yo doy tiempo y lugar,
Que antes tenía recelos
Del sol, y ya vengo á dar
Por un título mis celos! (1).
Demás, que tengo creído
Que se anticipa su muerte
Al intento prometido.

DEMETRIO.

No digas más.

FINEA.

Oye, advierte.....

DEMETRIO.

Todo lo tengo entendido.

Á Eliano.

Soldado.....

ELIANO.

Señor.....

DEMETRIO.

¿Quién es
Esta mujer?

ELIANO.

¿No lo ves?

DEMETRIO.

Si fueras hombre discreto,

(1) Parece que faltan versos entre esta quintilla y la siguiente. *(Nota de Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

No fiaras tu secreto
De mujer.

ELIANO.

¿Pues?.....

DEMETRIO.

Ya es después.
Conde.....

CONDE.

Señor.....

DEMETRIO.

El soldado
Es un traidor que ha enviado
Boris á darme la muerte.

CONDE.

¿Qué dices?

DEMETRIO.

La industria advierte,
Que la mujer me ha contado:
Para que me enamorase
La trujo, y que me matase
Cuando en secreto estuviese.

CONDE.

¡Que tal maldad presumiese!

RUFINO.

Deja que el pecho le pase.

DEMETRIO.

Tente, Rufino, eso no;
Porque ha de haber diferencia
Del traidor que le envió,
Porque diga esta clemencia
Al mundo que yo, soy yo.
¡Vete, villano Elïano!

ELIANO.

¡Señor!.....

DEMETRIO.

¡Huye!

Vase Eliano.

RUFINO.

¡Que esto quieres!

CONDE.

Á no lo tener por llano,
Supiera agora quién eres
Viendo tu piadosa mano.
Á la mujer premio debes.

DEMETRIO.

Esta cadena y anillo,
Puesto que son premios leves.

FINEA.

No quiero yo recibillo,
Aunque á darme el mundo pruebes.
Guarda el oro, que, si es justo,
Me honrarás cuando Rey fueres;
Que la moneda del gusto
También corre en las mujeres
Queriendo á veces lo justo.

DEMETRIO.

Guárdame aquesta mujer,
Rufino.

RUFINO.

De buena gana.

Á ella.

Mi camarada has de ser.

CONDE.

Ya la gente el paso allana.

DEMETRIO.

Pues Dios me ha de socorrer.

Rodulfo.

RODULFO.

¿Quién es el Conde aquí?

CONDE.

¿Quién lo pregunta?

RODULFO.

Un criado del Rey, con esta carta.

CONDE.

Yo os apuesto, Demetrio, que os avisa.....
Muestra: leeréla.

RODULFO.

Toma. ¡Cielo santo! (Aparte.)
¿Que éste es Demetrio, á quien le di la muerte?
No puede ser. Yo, ¿no apreté su cuello,
Pequeño niño, y le dejé en la cama
Sin aliento vital? Y después desto,
¿No puse fuego al fuerte?

CONDE.

Después de leer.

¡Extraño caso!

DEMETRIO.

¿Qué escribe, Conde, el Rey?

CONDE.

Oye qué escribe:

Leyendo alto.

«El que ésta lleva vino, Conde, á verme;
Contóme mil enredos y mentiras,
Llamando encantador al inocente
Demetrio, y hombre castigado en público.
Mas como á mí de la verdad me consta,
Quise enviárosle allá, disimulando,
Porque la ley de embajador le valga
Conmigo, y con Demetrio no; pues viene
Á procurar su muerte, pues me pide,
Sea de roble ó haya, que hay bien altos;
Dalde el castigo que merece, en tanto
Que se le da al traidor mayor del mundo.»

DEMETRIO.

Firma.....

CONDE.

«El Rey de Polonia, Segismundo.»

DEMETRIO.

¿Faltan más persecuciones?

CONDE.

¿Quedan ya más asechanzas?

RODULFO.

¡Del Rey son estas razones!
Burló el Rey mis esperanzas.

CONDE.

En contingencia me pones
De ser tu verdugo fiero
Mientras á Boris espero.

RUFINO.

Pues ¿no estoy yo aquí?

CONDE.

Rufino,
Al capitán Albaíno
Entrega este caballero;
Haz que con su cuerpo infame
Afrente el tronco de un roble.

RUFINO.

No es menester que le llame.

DEMETRIO.

Tente, que no es bien que un hombre
Con la crueldad se disfame.
¿Quién eres?

RODULFO.

Rodulfo soy:
Con la mujer de tu tío
Estoy casado.

DEMETRIO.

Y yo estoy
Tan justo con el sér mío,
Que vida y perdón te doy.
Parte á Boris, y dirás
Que lo mismo hiciera dél;
Y no es piedad, porque es más,
Como ha sido tan cruel,
No parecerle jamás.
Él quiere ser mi homicida,
Y no le quiero ofender;
Quiero que perdón me pida;
Que no le he de parecer
Mientras Dios me diere vida.
En diferentes estados
Hoy somos tan diferentes,
De todo el mundo notados,
Que él no perdona inocentes,
Y yo perdono culpados.
Él dice que he sido yo
Castigado por justicia,
Aunque en esto se engañó,
Porque lo fuí de malicia (1),
Pero de justicia, no.
Encantador me ha llamado;
Pero si mira mejor
Los trabajos que he pasado,
Él es el encantador,
Y yo he sido el encantado.
¿Qué formas no ha habido en mí?
Fraile fuí, para rogar
Á Dios volviese por mí;
Segador, para enseñar
La hoz, que ya corta aquí.
Espigas hay que derrame
Al suelo, en tanto que llame
Mi piedad la maldad suya;
Pero dejando la tuya,
Porque ha sido intento infame (1),
No fué el estar sin provecho
En la cocina; sospecho
Que allí me enseñé á guisar
El veneno que he de dar
A la traición de su pecho.
Agora ya soy soldado,
Porque Dios me da favor
Para que cobre mi Estado.

RODULFO.

Quien tiene tal defensor,
No puede ser derribado.
Déjame besar el suelo
De esos pies.

DEMETRIO.

Ten, que recelo
Que por los pies solicitas,
Si tu veneno vomitas,
Dar con mi vida en el suelo.
La cabeza fué la pieza
Que buscaba tu interés
En aquella fortaleza;
Y agora intentas los pies,
Como escapé la cabeza.
Vete, Rodulfo, que es cierto
Que si de César la historia,
Por ser hijo de Lamberto,
Me atormenta la memoria,
No escaparás de ser muerto.

RODULFO.

Voyme; pero á voces quiero
Decir que Demetrio vive.

Vase.

RUFINO.

¡Que así se vaya este fiero!

Albaíno y caballeros.

ALBAÍNO.

¡Oh gran Demetrio! Apercibe
Contra el tirano tu acero;
Que desa parte del río
Ya con su campo te aguarda
Y provoca á desafío.

DEMETRIO.

¡Cielos, el castigo tarda!
¡Ea, Conde, señor mío!
¡Ea, ilustres caballeros
De Polonia!.....

(1) Perseguido, sí ha sido por malicia Demetrio; pero castigado, no. *(Nota de Harzenbusch.)*

(1) En las ediciones antiguas leemos:

Pero dejando la suya,
Porque es decente, no infame.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONDE.
Los primeros
Habemos de acometer.
DEMETRIO.
Señor, ¿quién puede vencer,
Sin vos, contrarios tan fieros?
¡Virgen santa, mi abogada,
Aquí os traigo retratada,
Y en el corazón mejor.
Diez templos en vuestro honor
Prometo; ayudad mi espada.

Vanse.

Voces y toques de guerra dentro.

El Rey de Polonia y Margarita.

MARGARITA.
¿En ese trance se ha visto?
Su vida me da cuidado.
REY.
Piérdele de eso.
MARGARITA.
Su Estado
Con mis lágrimas conquisto,
Como con las armas él.
REY.
Si esta victoria se gana,
Todo lo demás allana.
MARGARITA.
Ese tirano cruel
Es, señor, muy poderoso:
Cien mil hombres ha juntado,
Y un ejército pagado
Es por extremo animoso.
REY.
Juzgaste como mujer.
Los que sirven por amor
Tienen doblado valor
Para morir ó vencer.
El soldado que es amigo,
Si al capitán pobre siente,
Pelea como valiente
Por cobrar del enemigo.
MARGARITA.
Oigo decir que se va
Toda su gente al tirano;
Con el dinero en la mano
Á todos llamando está.
Los cosacos, gente diestra,
Le han dejado, y le importara
(Pues que tu favor le ampara
Y ya es honra tuya y nuestra),
Señor, que te hallaras donde
Que se reportara hicieras;
Que se va por las riberas,
Y por las selvas se esconde;
Que yo iré también contigo,
Y otra Tomiris seré.
REY.
Pues su amparo comencé
Y soy su deudo y amigo,
Vamos; que yo no me canso
De dar á Boris enojos.
MARGARITA.
¡Ay, Demetrio de mis ojos!
¿Cuándo te veré en descanso?

Vanse.

Tocan dentro, y salen soldados huyendo, y Demetrio tras ellos con rodela y espada.

DEMETRIO.
¿Adónde, soldados, vais,
Vuelta la espalda al traidor?
Que él la volverá mejor
Como el rostro le volváis.
Demetrio soy, caballeros;
Que no soy encantador,
Aunque á mi voz y á mi honor
Parecéis áspides fieros.
¡Triste de mí! No aprovecha.

Sale Rufino.

RUFINO.
¡Ah, Príncipe desdichado!
DEMETRIO.
¿Qué hay, Rufino?
RUFINO.
Que ha parado
Tu rueda, de viento hecha.
DEMETRIO.
¡Esto da esta gente vil!
RUFINO.
No lo digas, que el exceso
Nos puso en tan mal suceso.
DEMETRIO.
¡Cómo!
RUFINO.
Porque son cien mil,
Y acá veinte mil no son.
DEMETRIO.
Pues hoy cesan mis trabajos.
¡No más en hábitos bajos,
Que es de infame corazón!
¡Virgen, ayudad mi espada!
RUFINO.
¿Adónde vas?
DEMETRIO.
Á morir.
RUFINO.
Pues yo te voy á seguir.
DEMETRIO.
Hoy seré César, ó nada.

Vanse.

Tocan dentro cajas.

El Conde y soldados.

CONDE.
¡Oh gallardo! ¡Oh famoso caballero!

Con tal valor ha vuelto á la batalla,
Que la gente, que ya vencida huía,
Le van siguiendo, y á su ejemplo hacen
Hazañas inauditas.

Boris, con la espada desnuda, huyendo, y Demetrio, siguiéndole.

DEMETRIO.
Oye, espera.
BORIS.
¿Qué quieres?
DEMETRIO.
Que me escuches;
Yo soy Demetrio.
BORIS.
¡Tú! Si quiere el cielo
Mostrar milagros en defensa tuya,
Vesme aquí de rodillas á tus plantas.
Por secretos del cielo y por castigo,
Yo te rendiré el alma envuelta en sangre.

Vase.

DEMETRIO.
¡Espera!..... (1).

Dase Boris dentro de puñaladas.

CONDE.
Murió vertiendo sangre por la boca.
DEMETRIO.
¡Ah, bárbaro! ¡Que en fin lo fuiste tanto,
Que quisiste morir con esta furia
Por quitarme la gloria que tuviera
De perdonarte, pues perdón te diera!

Un soldado.

SOLDADO.
Advierte, heroico señor,
Para fin de tu victoria,
El más extraño suceso
Que has oído en tantas cosas
Como en años diez y seis
Pasaron por tu memoria.
Luego que entendió Orofrisa
Que Boris perdió la gloria
Desta batalla, y que en sangre
Echó el alma por la boca (2),
Hizo á su gente y privados
Una plática amorosa,
Pidiendo que á Juan, su hijo,
Diesen su Real corona.
Mas viendo que á voces dicen:
«¡Viva Demetrio!», furiosa
Discurrió toda la tienda,
Y halla un vaso de ponzoña.
En un estrado se sienta
Y á sus dos hijos exhorta:
Juan estaba de una parte;
De la otra Isabel, la hermosa;
Dióles á beber primero,
Y luego, temblando toda,
Cuando los niños expiran,
El vaso en la mano toma.
Pero dióse tanta prisa,
Y murió tan por la posta,
Que alcanzó las almas dellas;
La esperaron en las bocas.
Allí cayó, y á este punto
Segismundo de Polonia
Con Margarita llegó,
Que dicen que es ya tu esposa.
La gente de Boris junta,
La llama Reina y señora,
Y con laureles y palmas,
Gran Duque y señor te nombran.

El Rey de Polonia, Margarita, Rufino, Rodulfo, Lisena y soldados.

UNO.
¡Viva el príncipe Demetrio!
TODOS.
¡Viva el Duque de Moscovia!
UNO.
¡Muera Boris, el tirano!
¡Muera el tirano sin honra!
REY.
Dame, Demetrio, esos brazos.
DEMETRIO.
Después de Dios, esta gloria
Se os debe, señor, á vos.
MARGARITA.
¡Demetrio!.....
DEMETRIO.
¡Duquesa hermosa!.....
MARGARITA.
Cumplido habéis la palabra (1).
DEMETRIO.
Mi mano es prenda.
MARGARITA.
Esta sola
Estimo más que el imperio,
Porque, siendo vuestra, sobra.
CONDE.
Hijo, de mi mano quiero
Ceñir destas verdes hojas
Tu cabeza.
DEMETRIO.
Sois mi padre.

Pónenle una guirnalda de laurel.

(1) Falta para completar un verso.
(2) Demasiado pronto lo ha sabido. Harto será que no falte algo en esta parte de la comedia. *(Nota de Hartzenbusch.)*

(1) Porque el ejército viene ya aclamándola Reina y esposa de Demetrio. *(Nota de Hartzenbusch.)*

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RUFINO.

¿Podré hablar contigo agora?

DEMETRIO.

Rufino, español amigo,
Hermano, á tu arbitrio toma
Deste imperio cuanto quieras.

RUFINO.

Sólo á Rodulfo perdona,
Porque él, gran señor, ha sido
Quien tus grandezas pregona,
Quien dijo que eras Demetrio,
Quien con voces amistosas
Hizo volver á tu gente.

DEMETRIO.

Agravio ha sido que pongas
Mi piedad en contingencia;
Pero su culpa te abona.
Lo que una vez perdoné,
Perdono mil veces.

RODULFO.

Cobras
Un nuevo vasallo en mí.

DEMETRIO.

Premiar quiero tu persona,
Pues tú no quieres, Rufino.

RUFINO.

Señor, el verte me sobra
Donde mi amor deseaba.

DEMETRIO.

Serás Duque de Cracovia
Y Marqués de Cacuriso;
Pero que le des me importa
La mano á Lisena.

RUFINO.

Digo
Que ya es Lisena mi esposa.

LISENA.

¿Qué mejor bien pudo darme
Que aquesta mano española
Esa generosa mano?

DEMETRIO.

A vos, gran Rey de Polonia,
Mi vida, mi imperio ofrezco,
Y por mi persona propia
Iré luego contra Carlos (1).

REY.

Tu esposa y tu imperio goza,
Dando fin á los sucesos
Del *Gran Duque de Moscovia*.

---

(1) El Rey de Suecia, á quien hasta ahora no se había nombrado. *(Nota de Hartzenbusch.)*

INDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas.	
Observaciones preliminares	VII	
COMEDIAS MITOLÓGICAS.		
Adonis y Venus	3	1597-1603
Las Mujeres sin hombres	33	1613-18
El Perseo	71	c1618-13
El Laberinto de Creta	109	1610-15
El Vellocino de oro	145	
El Marido más firme	173	
La Bella Aurora	211	1620-25
El Amor enamorado	249	1625-35
COMEDIAS HISTÓRICAS DE ASUNTO EXTRANJERO.		
Contra valor no hay desdicha	285	1620-35
Las Grandezas de Alejandro	317	
El Honrado hermano	361	
Roma abrasada	403	-1594-1603
El Esclavo de Roma	447	
La Imperial de Otón	485	-1598?
La reina Juana de Nápoles	519	-1597-1603
El Rey sin reino	557	1597-1612
El Gran Duque de Moscovia y Emperador perseguido	599	

ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA